GREGORIO
MORÁN



1939-1985



GREGORIO
MORÁN

MISERIA, GRANDEZA Y AGONÍA DEL PCE



1939-1985



Akal / Anverso

Gregorio Morán

Miseria, grandeza y agonía del Partido Comunista de España

1939-1985


akal
ARGENTINA
ESPAÑA
MÉXICO

Hace tres décadas, Gregorio Morán daba a la imprenta un libro singular, Miseria y grandeza del Partido Comunista de España (1939-1985), una descarnada radiografía del PCE que arrancaba con la derrota en el mes más cruel de 1939, y llegaba hasta aquel presente. Un presente que tocó los cielos otro mes de abril, de 1977, cuando la legalización del PCE –el partido con mayor implantación social, prestigio y autoridad– invitaba a la esperanza a una España que recién acababa de enterrar al dictador. Pero, ay, aquellos a quienes los dioses aman, se pierden. Y después del suicidio del PCE, se procedió al reparto de sus despojos.

En una nueva edición revisada, vuelve a las librerías un libro lúcido y desencantado, la más completa, brillante y polémica historia de Partido Comunista de España: un relato de héroes y villanos, de grandes figuras y de militantes desconocidos, una historia, a la postre, de épicos éxitos y sonoros fracasos.

Gregorio Morán (Oviedo, 1947) es autor de un puñado de libros fundamentales para interpretar la historia cultural y política de la España contemporánea, desde Adolfo Suárez: historia de una ambición (1979), pasando por El precio de la Transición (1991 y 2015), El maestro en el erial: Ortega y Gasset y la cultura del franquismo (1998), Los españoles que dejaron de serlo (2003), Adolfo Suárez. Ambición y destino (2009), hasta El cura y los mandarines, su pluma mordaz e incisiva constituye una referencia y un ejemplo de la labor crítica del periodismo.

Diseño de portada

RAG

Nota editorial:

Para la correcta visualización de este ebook se recomienda no cambiar la tipografía original.

Nota a la edición digital:

Es posible que, por la propia naturaleza de la red, algunos de los vínculos a páginas web contenidos en el libro ya no sean accesibles en el momento de su consulta. No obstante, se mantienen las referencias por fidelidad a la edición original.

Sector Foresta, 1

28760 Tres Cantos

Madrid - España

Tel.: 918 061 996

Fax: 918 044 028

www.akal.com

ISBN: 978-84-460-4312-6

A José-Amalia Villa, compañera de Heriberto Quiñones, que hizo verdad aquellos hermosos versos de Cernuda:

Si renuncio a la vida es para hallarla luego, conforme a mi deseo, en tu memoria.

A los militantes anónimos que murieron por la libertad y que no tienen tumba, ni familia, ni partido que los recuerde.

Breve introducción a la edición de 2017

A veces los libros nacen mal. Quizá les ocurra como a los niños, que por más rollizos y saludables que parezcan, las circunstancias no facilitan que los reciban con los brazos abiertos. Esto sucedió con Miseria y grandeza del Partido Comunista de España.

Aparece en 1986, a finales de abril, un mes después del Referéndum sobre la permanencia de España en la OTAN, cuya característica más significativa fue la división de la izquierda en un enfrentamiento a cara de perro. La derecha contemplando la escena, sin demasiado interés en participar. A partir de aquí se desarrollaría, de una parte, una derechización del PSOE en el poder y de otra la lenta aparición de Izquierda Unida, una organización creada con la ambición de recoger lo que había surgido en la Batalla del Referéndum. Los tartamudeos políticos del PCE no facilitaban la formación de un grupo político con menos historia y nuevas generaciones dispuestas a pelear.

Por si fuera poco, el 22 de junio de aquel infausto año se celebran unas elecciones generales donde el PSOE de Felipe González y Alfonso Guerra ratifican su mayoría absoluta. La quiebra del PCE deviene una evidencia, acompañada de guerras intestinas que oscurecen aún más su porvenir político, y el desplazamiento de militantes, cuadros y dirigentes comunistas hacia el triunfador socialista se convierte en una auténtica diáspora.

En ese contexto aparece Miseria y grandeza del Partido Comunista de España, un libro entonces de 650 páginas, cada una de las cuales la editorial desea que esté partida en dos columnas, a lo que el autor se niega absolutamente y que tendrá como venganza una letra de tan difícil lectura –casi exige lupa– que añadirá un elemento más a las dificultades del texto. El eco mediático de la existencia de aquel ladrillo de letra diminuta, del que los editores no hicieron presentación pública alguna, creo recordar que se limitó a una reseña elogiosa de Manolo Vázquez Montalbán y una serie de boberías del inefable pingüino académico, Antonio Elorza, que reprochaba la ausencia de referentes archivísticos. ¡Cómo iba a tener referencias archivísticas, si las cajas documentales, que habían llegado de Moscú, las fuimos abriendo el bueno de Domingo Malagón, archivero único, y yo; presencias también únicas del

archivo!

Algunos se preguntaron, tras leer el libro, cómo es que el PCE, en el que yo no militaba, si bien gozaba del privilegio de conocerles prácticamente a todos, dada mi anterior militancia, me permitió llegar tan lejos en la revisión documental.

Por dos razones. La primera es que ni ellos mismos sabían lo que tenían, porque nadie, primero en México, luego en Moscú y París, se había preocupado de ordenar los materiales. Las cajas de madera, de procedencia rusa, estaban repletas de documentos sin orden ni concierto de fecha ni de tema. A Domingo Malagón, antiguo falsificador de carnés y pasaportes durante la clandestinidad, y hombre de probidad fuera de toda sospecha, correspondió la primera ordenación de los materiales hasta su jubilación, que felizmente coincidió con la aparición de Miseria y grandeza… La segunda razón se reducía a algo tan simple como que bastantes problemas tenían ellos para preocuparse por un tipo que leía papeles antiguos de una historia que a nadie interesaba ya; vejez y polvo.

Pero no habían pasado ni seis meses de la aparición del libro cuando ocurrió algo verdaderamente sorprendente. Su desaparición de las librerías y la imposibilidad de su reposición, porque la editorial lo consideraba «descatalogado». (Lo comprobé yo mismo haciéndome pasar por librero.) Jorge Semprún, hombre muy dado a ese tipo de teorías, sostenía que se trató de una conspiración contra el libro promovida por Santiago Carrillo, que iba a publicar sus enésimas memorias en la misma editorial. Pero a mí me cuesta creerlo, porque, en 1986, Carrillo cada vez se acercaba más al agónico líder que trataba de sobrevivir a la debacle, y, conociéndole, poco podía contar que no fuera la enésima variante de sus versiones autobiográficas. Ahora bien, ¡a veces las editoriales son tan cándidas con quienes creen que constituyen valores seguros, que todo puede ser!

Lo cierto es que el libro salió de la circulación librera durante años. También es verdad que yo me trasladé a Bilbao para dirigir un diario –La Gaceta del Norte– en el que duré apenas un año, hasta que me echaron, y que bastante tenía yo con poner en marcha aquel cacharro antiguo, con mala fama y arruinado, en una sociedad como la vasca de 1986-1987, con asesinatos tan significativos como el de «Yoyes» por sus mismos compañeros de ETA, o la división del PNV, unas elecciones autonómicas y otras generales… y una situación personal de alto riesgo.

Miseria y grandeza del Partido Comunista de España lo tenía aparcado de mis

preocupaciones. Recuerdo que el entonces ministro de Sanidad, y buen amigo, Ernest Lluch fue una de las escasas personas que llamó para felicitarme por el libro, al que auguraba dudoso eco. Quizá él estaba más en el secreto que Jorge Semprún. En el fondo, y en 1986, cuando la diáspora del PCE hacia el PSOE se había consumado, nadie quería recordar otro pasado militante.

¿Y qué sucedió con el resto de los 8.000 ejemplares que según el responsable editorial se habían impreso? Los que no se vendieron en los primeros meses sospecho que fueron retirados al almacén central de Barcelona y, pasados varios años, se vendieron de saldo en grandes superficies. Me consta que una amplia remesa se liquidó en la librería de El Corte Inglés de la Plaza de Cataluña, en Barcelona, a 100 pesetas; hoy diríamos a medio euro. Últimamente –me refiero a 2017–, la obra alcanza precios escandalosos en el mercado editorial de libros antiguos. Burlas de la historia.

La trayectoria de algunos libros españoles es tan singular que parece trazada por alguna mente tortuosa, de ahí la tendencia a considerarlas una conspiración, que también las ha habido, aunque lo más común es la incompetencia y la ignorancia. Determinados medios de comunicación –ABC, por ejemplo– dedicaron hace años un suplemento histórico-literario al PCE y el único libro que no aparecía ni siquiera en la bibliografía era Miseria y grandeza…

Lo que sigue se ha dicho tantas veces que se ha convertido en un tópico, pero exactísimo: resistir es vencer. ¿Quién iba a creer que un libro habría de esperar treinta años después de ser editado por primera vez para que los lectores se interesaran por esa singularidad?

Aparte de correcciones y algunas apostillas, sigue siendo el mismo libro de entonces, aunque se hacía obligado atenerse a un hecho trascendental que condicionó, hasta llegar a su liquidación prácticamente total, al movimiento comunista internacional que había nacido al calor de la Revolución rusa de octubre de 1917. En 1989 caía a mazazos el Muro de Berlín que separaba, o hacía como que separaba, el llamado socialismo real, impulsado por la Unión Soviética, del también equívocamente llamado mundo occidental. Apenas dos años después se desmoronaba, hasta desaparecer, la Unión Soviética.

Un mundo que había nacido a partir de octubre de 1917 dejaba de existir, salvo excrecencias muy particulares que se escapan de las ambiciones de este libro: China, Vietnam, Corea del Norte, Cuba, así como algún partido comunista

valerosamente resistente, como en el caso de Portugal. Nada que ver cada uno de ellos, que exigirían un análisis particularizado, pero que en el fondo son los restos adaptados de un movimiento que conmovió al mundo.

En mayor o menor medida el movimiento comunista internacional viraba en torno a la URSS. No digamos ya el PCE, que si bien había conseguido fuentes de financiación tan exóticas como la Rumania de Ceaucescu y la Corea del Norte de Kim Il-sung, mantenía el referente de la Unión Soviética incorporado a su ADN histórico, por más que fuera desdeñado por las nuevas generaciones de comunistas. Ni siquiera el Partido Comunista occidental más potente y con mayor contribución a una cultura propia, el PC italiano, pudo resistir el envite y se desmigó hasta convertirse en una parodia de lo que había sido.

Desde 1986 hasta hoy han ido apareciendo bastantes trabajos parciales de la historia del PCE, desde el movimiento guerrillero de la inmediata posguerra, hasta debates que en su tiempo tuvieron su importancia; lo que, sumado a numerosísimas autobiografías, o intentos de memorias justificatorias de tal o cual malandanza, han enriquecido la historia del PCE. Pero un relato de conjunto desde el final de la guerra civil hasta el comienzo de la agonía, pasada la Transición, seguía sin haber otro, que yo sepa, que esta Miseria y grandeza…, que ha tenido que esperar treinta años y el empeño de la editorial Akal para que los lectores puedan conocerlo de primera mano.

Se hacía obligado un epílogo que a grandes rasgos marcara esos años que siguen a 1985, con los que termina el libro. Adelantándome, debo decir que a ellos va dirigida la variación en el título y el añadido de la «agonía», a lo que antes solo eran Miseria y grandeza. Los treinta años que separan 1986 y aquel PSOE arrollador y gobernante absoluto, y este final de la segunda década del siglo XXI constituyen una decadencia del PCE original, disfrazado en ocasiones de Izquierda Unida, cuando no diluido en formaciones más inclinadas al nacionalismo que a la lucha de clases. Iniciativa por Cataluña, como su mismo nombre indica, es un residuo bautizado por excomunistas del PSUC. Quien había sido una potente variante del comunismo hispano, miembro en su día de la III Internacional Comunista, orienta este nuevo curso con un lema digno de la derecha catalana más conservadora. Ya nada se parecía a nada. Un ciclo había terminado y varias generaciones habían desaparecido.

Prólogo (1986)

Cuando inicié esta historia del PCE se trataba de algo semejante a tomarle la tensión a un enfermo grave. Estábamos en 1982. Ahora tengo la impresión de que no era otra cosa que la autopsia de un cadáver. En varios años de trabajo he sido testigo de esta mutación suicida.

Ni entonces ni después tenía la intención de hacer un alegato contra nadie, sino de contar una historia a la que no será fácil encontrarle precedentes. Intenté describir la recuperación del PCE desde la derrota hasta su momento más esplendoroso, desde el día 1 de abril de 1939 hasta la legalización en abril de 1977. Un fragmento definitivo de la historia de España que iba del final de la guerra civil al restablecimiento de la democracia.

Luego, contemplé el minucioso ritual del harakiri, una singularidad que merecerá figurar, quizá, en la ciencia política. En los seis años que dura la transición, el PCE se suicida ante la mirada perpleja de amigos y enemigos. En 1976 podía decirse sin exagerar que se trataba del partido con mayor implantación social, prestigio y autoridad; su líder estaba considerado el profesional político más experimentado y hábil no solo del país, sino allende las fronteras.

Pasaron seis años y el partido se convertía en una parodia de sí mismo y su secretario general, dimitido y denostado, en un fantasma sin castillo, un tipo que llama la atención pero que no impresiona ni a los niños y que ni siquiera divierte a los mayores.

Después del harakiri se procedía al reparto de despojos; como los restos de un naufragio, unos cayeron acá y otros allá, y a aquel instrumento que un día temieron tantos se le vieron sus miserias y se redujo a muy poco distribuido entre varias nadas. Es la parte que alcanza desde la derrota algo más que electoral del 28 de octubre de 1982, en la que el PSOE obtuvo diez millones de votos y la mayoría absolutísima.

Como todas las historias de la historia, esta es una aventura de enanos y gigantes. Se dice que la Revolución rusa de octubre fue una obra de gigantes que

se consideraban enanos y tengo la impresión de que esta historia nuestra, como el propio país, trata de gente bajita, de enanos que nos creíamos gigantes.

Este prólogo es la única parte del libro en el que se utiliza el «nos» sin sentido mayestático. Muchos excomunistas son más fanáticos en su papel de renegados que aun en el de militantes. Nos ocurre lo que al poeta catalán Carles Riba y también decimos: «Exijo en el objeto de mi ira o de mi cariño un cierto grado de dureza». Si bien yo he preferido por dignidad y coherencia seguir otra consigna que, a pesar de ser más frívola, se convirtió en leyenda entre algunos caballeros franceses, la de jamás escupir sobre aquello que uno ha amado.

Si el autor tiene algún derecho después de empeñar cuatro años de su vida, sugeriría que se leyera como una novela. Ya sé que el gusto del público no se inclina hoy por los libros largos, pero contiene personajes fuertes, con carácter; y hay intriga, pasión y hasta sangre. No lo digo superficialmente; antaño la novela estaba considerada como algo muy serio. Con independencia de la calidad literaria, ocurre con las historias largas que hay siempre grandeza y miseria, y las figuras están condicionadas por los dioses o por el destino, o lo que en la jerga se denominaban las condiciones objetivas y subjetivas, que en definitiva vienen a ser lo mismo.

Cuentan que Charles Chaplin le dijo en una ocasión al músico y comunista Hanns Eisler: «¡Entre vosotros sucede como en los dramas de Shakespeare!». La frase tiene varias interpretaciones, pero de ella salió la idea del título de este libro, porque en los personajes más míseros hay un punto de grandeza y en los momentos de grandeza su detalle miserable.

Una recomendación que daría a mis hijos si algún día me pidieran una, lo que es bastante improbable, es que se prepararan para el día que dejen de creer. Porque creer fieramente en algo no lo pueden hacer ni los estúpidos, ni los mediocres, ni los viejos, pero es bueno que, si algún día abandonan sus firmes convicciones, lo hagan con dignidad, sin aspavientos y sobre todo sin nuevas conversiones. Admito que respeto a aquellas personas que defienden la idea de que la Organización del Atlántico Norte es un baluarte de la democracia; aunque no la comparta. Lo que me indigna es escuchar a los mismos que han defendido de modo implacable que el Pacto de Varsovia era el garante de la «nueva democracia» convertirse en acérrimos cantores de la OTAN. Hay una generación de conversos del siglo XX que recuerda demasiado a los del XVI.

Pienso que cuando uno se ha equivocado una vez debe ser muy discreto a la hora de declarar nuevas adhesiones incondicionales. De algo hay que vivir, pero la ventaja de un régimen democrático respecto a otro totalitario es que no te obligan todos los días a proteger el condumio declarándote feroz partidario del sistema. Con que lo hagas una vez al mes basta.

Nuestra generación –que abarca algo así como tres décadas– está condicionada desde su más tierna adolescencia por ser «ex» de algo; hemos tenido que sufrir esa especie de tara que no permitía ser una cosa sin renunciar de manera inapelable a otra. Hemos vivido durante cuarenta años bajo un Régimen que obligaba a ser consecuente con los principios o a no tenerlos. No dejaba opciones.

Por eso es muy difícil que en España alguien tire la primera piedra; tenemos techos de cristal, algunos ni eso. La diferencia quizá está en que algunas gentes procedentes de la izquierda tienden a revisar su historia con escalpelo y a dejarse en carne viva, mientras que es infrecuente, por no decir insólito, que ciertos personajes que deben su cátedra a méritos de guerra, o su categoría de funcionario a diez años de militancia en el Opus Dei, o su prebenda al «glorioso movimiento», jamás le hayan dedicado al tema ni una línea avergonzada. Esta atrofia ética lleva a comparar la afiliación al Opus Dei con la clandestinidad comunista. Es el modo que tiene una sociedad con mala conciencia de evitar los recuerdos; unos rezaban con los ministros y otros llevaban paquetes a los presos.

Aunque es un hecho personal e intrascendente para la historia en general, es bueno precisar que el autor de este libro militó durante once años en el PCE y para evitar malentendidos señala que abarcaron desde 1965-1966 a febrero de 1977. (La afiliación a un partido clandestino es siempre imprecisa; ni existen papeles ni carnés.) Entró porque había que hacer una revolución y salió porque ya no se iba a hacer y, si la hacían, lo cual era harto improbable, ya no le necesitaban. Fue un sentimiento entonces muy subjetivo y personal, nada político; percibió que si ganaban los nuestros perdíamos nosotros. Esos once años quizá no estén entre los más felices de su vida, porque la clandestinidad, salvo para los masoquistas, es castradora y, además, porque nuestra generación no tuvo muchas oportunidades de ser feliz sin ser a la vez irresponsable. Pero debo decir que es el periodo del que me siento más orgulloso.

Comprendo que haya quien trate por todos los medios de hacerse perdonar el inmenso error de haber militado en el único partido antifranquista que había a

mano, y en este sentido he tenido algunas experiencias cómicas durante la elaboración de este libro. Hay quienes, cuando empezaba allá por el 81, estaban muy preocupados por la imagen que pudiera quedar del PCE. Luego estaban aún más preocupados por desaparecer de su historia. En otros casos han rehusado colaborar personas que creían haber recobrado la virginidad porque nadie recordaba ya, ni la policía, su episódica militancia. Incluso hubo quien, con su taxativo «no quiero hablar de aquello», preservaba las preguntas sobre un comportamiento poco honroso.

Tuve la tentación de escribir sus nombres y agradecerles los servicios no prestados, pero lo entendí. Es duro ser diputado o concejal socialista, y saber que jamás llegarás a otra cosa mientras no se olviden de que militaste en el PCE hasta 1981; o ser ese periodista de vuelta de nada que está viviendo una nueva juventud y al que ahora no le gusta aparecer en el envejecido papel de militante; o bien la dama veterana a la que no le preocupa salir en la historia, pero que no desea que alguien le pregunte sobre esa parte que ella quiere ocultar. Lo comprendo.

Me siento, por el contrario, en deuda con todos aquellos que facilitaron mi trabajo, tanto los que estaban en 1981, durante el periodo de Santiago Carrillo en la secretaría general, como con su sucesor Gerardo Iglesias. Citarlos por sus nombres no les haría ningún bien, pero sin ellos, sin su amistad y confianza, no hubiera podido estudiar los fondos íntegros del PCE. Lo mismo digo respecto a personas, militantes o exmilitantes, que me abrieron sus colecciones en Madrid, Barcelona, Asturias y Valencia. Por expresa sugerencia de algunos me limito a señalar en el libro los documentos sin apuntar el lugar donde se encuentran; en unos casos están sin catalogar y en otros no son de fácil acceso a los historiadores. Conservo, eso sí, fotocopias de todos los documentos citados.

Sin falsa humildad y sin soberbia, es posible que este libro permita al fin discutir las interpretaciones de los hechos sin necesidad de debatir, como hasta ahora, los hechos en sí. La mayor dificultad con la que me encontré fue la de desentrañar los tópicos y las imágenes preconcebidas. La idea que de la historia del PCE yo tenía y la realidad demostrable apenas si coinciden en algo; ni en la grandeza, ni en la miseria.

Me siento satisfecho de poder decir: ahora tenemos el marco, interpretémoslo. Fuimos durante un periodo el peonaje de la historia; la única ventaja de esta condición es que nos forjamos la paciencia necesaria para ir desenterrando cada

pieza y dándole su valor en el tiempo. En el fondo este libro nace de una insatisfacción personal que comparten muchos de los que vivimos intensamente esta historia.

Quien mejor la expresa es un hombre curtido en esa experiencia, el filósofo Ernest Fischer, cuando escribe en sus memorias aquel revelador diálogo con su esposa:

—He fracasado –dije.

—¡Nuestra época ha fracasado! –respondió ella.

—También la época, pero sería muy sencillo consolarme con eso.

PRIMERA PARTE

AÑOS REVUELTOS (1939-1945)

Capítulo 1

Y ante el tránsito ciego de la noche

huyen hacia el oriente,

dueños del sortilegio,

conocedores del fuego originario,

la pira donde el fénix muere y nace.

L. Cernuda, Como quien espera el alba

LOS DIRIGENTES SE VAN LEJOS

Primero fue la derrota y luego vino todo lo demás. Porque esta historia comienza el día primero de abril de 1939, mientras se repetía por radios y paredes el último parte de guerra firmado por el general Franco, leído por el actor Fernández de Córdoba –especialista en Calderón de la Barca–: «Cautivo y desarmado el ejército rojo…». Nacía un nuevo régimen y los vencidos se sumían en el caos.

Tres años de guerra civil destruyeron familias, fortunas y vidas; es lógico que los partidos también salieran de ella descompuestos y algunos agonizantes. Llevaban muchos meses estudiando paliativos al desastre que se avecinaba. Los comunistas y sus abundantes compañeros de viaje, con fe en no se sabe qué, se mantienen en sus puestos, con excepciones de menor cuantía, y el final bélico los coge apelotonados en la zona de Levante. Allí está la dirección, la base, los cuadros medios. Prácticamente todos los efectivos comunistas, militares y políticos, se concentran en la zona levantina, salvo algunos suertudos que no han

vuelto desde que se perdió Cataluña y se quedaron en Francia: Santiago Carrillo, Francisco Antón, Luis Cabo Giorla…

Pronto se irán los dirigentes y se quedarán para sustituirlos un puñado de hombres y mujeres que tratarán de ordenar el caos. A ellos especialmente está dedicado este capítulo. Son los que mostrarán su voluntad cuando todo está perdido y contra todo pronóstico pensaron que podían cambiar el curso de la historia y derribar la dictadura. Por el hecho de que hayan dejado sus vidas en el empeño, pese a lo cual no movieron siquiera esa historia que pensaban cambiar, no se merecen la crueldad del olvido.

A ellos se dirige este modesto homenaje del recuerdo: a Matilde Landa, a Enrique Sánchez, a los llamados Heriberto Quiñones y José Wajsblum, a Jesús Monzón y a Cristino García, a Trilla y a los innumerables etcéteras, tan llenos de vida ayer como llenos de olvido hoy. Lo escribió César Vallejo y puede servir para definirlos:

¿Batallas? ¡No! Pasiones. Y pasiones precedidas

de dolores con rejas de esperanzas,

¡de dolores de pueblos con esperanzas de hombres!

* * *

A partir del 10 de marzo (1939), cinco días después del golpe del coronel Casado, la dirección del PCE empieza una atropellada marcha del territorio nacional. Lo hacen con lo puesto y una libra esterlina que va dando a cada uno el tesorero Delicado; no tienen documentación correcta, ni saben exactamente hacia dónde van; ni siquiera los pilotos están preparados: todo es improvisación.

El partido de la mítica organización leninista se muestra chapucero y torpe. El golpe de Casado no ha hecho más que incrementar la incompetencia y la falta de previsión del aparato del PCE y de los dirigentes de la Internacional Comunista

(IC) en España. Fuera de los eslóganes sobre la resistencia a ultranza y el esquema dogmático, según el cual «la casa[1] se ocupará de todo» o «lo tiene todo previsto», es posible que tampoco ellos tuvieran ni idea de cómo terminar la guerra si Casado no hubiera favorecido un final precipitado. Nada previsto, nada pensado, ninguna iniciativa, exceptuando las de Togliatti para hacer menos costosa la fuga. Solo queda el «sálvese quien pueda» y en muchos casos rompiendo el tópico del escalafón; porque en la fuga no se tuvo en cuenta rigurosamente el nivel jerárquico del PC, sino que se fueron a la española, «marica el último».

Cinco meses, cinco, van a dar de sí todo lo necesario para concentrar el caos, la irresponsabilidad y la incompetencia del estado mayor del PCE. Son los cinco meses que median entre el fin de la guerra civil y el comienzo de la conflagración mundial: de abril a septiembre de 1939. Cada dirigente comunista ha terminado la guerra como ha podido, sin plan alguno, en una improvisación perpetua. Han ido recalando en Francia, unos directamente, y la mayoría tras rebotar en África del Norte.

Es verdad que en un estudio comparativo, el PCE, como partido, es el que ofrece un balance menos pesimista. Mientras los demás salen del país llevando encima no solo la derrota, sino el fraccionamiento y en algunos casos hasta las semillas de su disolución, en el PCE hay una curiosa sensación de vivir en el limbo; nada existe antes que les haga reflexionar y nada hay después que les obligue a tomar medidas para el futuro. Sencillamente, llegan a Francia y allí, en seleccionados grupos, van saliendo hacia «la casa», nunca mejor dicho, donde se sentarán en espera de instrucciones. En espera de que la IC decida el sentido de sus vidas y de su política, como un batallón más del gran ejército de la revolución, aunque en su caso se trate más bien de un ejército de sombras.

Las primeras reflexiones autocríticas, con orientaciones de futuro, llevan las firmas de Pedro Checa y Joan Comorera, responsable de organización del PCE y secretario general de los comunistas catalanes, respectivamente. Hay otro informe anónimo que, por su estilo y el tono, cabría ubicar entre la cabeza de la IC para los temas españoles: el italiano Togliatti o el búlgaro Stepanov[2]. Posiblemente sea del primero, porque hay un pálpito de actualidad en el tema de la guerra española y Togliatti fue el último en salir de España, con Checa, el 21 de marzo de 1939. Además, en este interesante informe, titulado Resolución del Buró Político del PCE, se encuentran líneas de trabajo genuinamente togliattianas.

Este documento, que atribuyo a Togliatti, pretende ser un esquema bastante minucioso de Resolución para pasarlo a la firma de los miembros del Buró Político (BP) español. En él se hace un somero balance y unas detalladas reflexiones sobre el futuro. Un elemento accesorio que convierte en excepcional el interés de este proyecto de Resolución es que lleva anexo notas manuscritas del secretario general del PCE, José Díaz, con su caligrafía torpe y su fonética andaluza trasladada al papel –escribe ciertas con s de Sevilla–. ¿Cuál es la posición de la IC, o de Togliatti, cuando redacta esta resolución el 8 de julio de 1939, y cuál la reacción de los protagonistas españoles?

En la Resolución, que nunca se hará pública, hay dos tipos de análisis y de medidas que tomar: los políticos y los organizativos. En el terreno político se trata de un intento de acercarse a la realidad y de ofrecer alternativas pegadas al terreno, que el PCE rechazará de plano. Por ejemplo, la consideración de que se abre «un periodo más o menos largo de descenso del movimiento obrero revolucionario»[3] a causa de la victoria de Franco, lo que, a pesar de su obviedad, no fue tenido en cuenta y siguieron pensando en la inminente caída del régimen. Por lo tanto, según escribe presuntamente Togliatti, hay que pensar en ir hacia una Alianza Nacional, que es un frente de toda la oposición a Franco (…), siendo más amplio que el viejo Frente Popular. Idea precursora de la futura Unión Nacional, que causa sorpresa enunciada en los difíciles tiempos del verano de 1939, víspera del pacto germano-soviético. Rechaza este proyecto de Resolución las tentaciones de los actos de terror individual; una inclinación en la que chapoteará el PCE hasta finales de los cuarenta.

Lo más llamativo es la taxativa recomendación, que se aplicará tras muchas reticencias quince años más tarde y que no tendrá frutos hasta cinco después, según la cual es necesario que los comunistas y obreros revolucionarios ingresen en las organizaciones de masas creadas por el fascismo, con el fin de utilizar las posibilidades legales que ellas ofrecen para mantener el contacto con las masas… Esta audacia táctica, que sería desestimada por los españoles hasta los años cincuenta, estaba entre las convicciones de Togliatti, como lo demuestran sus conferencias sobre la situación italiana dadas en la Escuela Leninista de Moscú en los primeros meses de 1935[4].

Mucho se hubiera avanzado en el PCE de haberse adoptado entonces estas tres recomendaciones, sugeridas para que las aceptaran en la primera resolución del BP después de la guerra: Alianza Nacional, trabajo en los sindicatos falangistas y rechazo del terrorismo individual. Las tres ideas van a ser marginadas del

documento final que redactaría Checa bajo la supervisión de Pepe Díaz.

También en el terreno interno aparecen dos ideas luz de Togliatti: la corrupción introducida en el PCE por su participación en el gobierno republicano y la influencia de los masones afiliados al PC. Con el lenguaje elíptico que caracteriza a Togliatti, se refiere a la corrupción de los cuadros dirigentes, como las costumbres que algunos camaradas pueden haber contraído por la estancia en el poder, resaltándola y exhortando a estar atentos ante el peligro y las consecuencias. Es más explícito respecto al tema masón, en el que ofrece incluso una vía pragmática para abordarlo, partiendo de la evidencia de que durante la guerra han ingresado en el partido muchos masones. Togliatti no es partidario de purgarlos, sino de expulsar solo a los que han demostrado ser elementos de descomposición de nuestras filas, dejando a los que han roto toda ligazón con la masonería. No obstante, en el interior de España, es decir, en la clandestinidad, se tendrá un criterio más amplio cuando se trate de elementos que trabajan activamente para organizar la lucha contra Franco. Esta obsesión de Togliatti por la masonería, que aparece como leitmotiv en sus informes a la IC durante la guerra[5], está aún por estudiar en su doble sentido: si se trataba de una imagen creada por el estalinismo, parecida a la que Franco elaboró al aunar «masonería y comunismo», o si se trató de algo real.

Donde el proyecto de resolución va a ser puntualmente seguido es en el aspecto más discutible, es decir, en el organizativo, donde se proponen varias medidas. La primera, la formación de un secretariado de no más de 5, que vivirán fuera de España, y la segunda, reorganizar el Comité Central, que se ha convertido en algo no operativo a causa de su número (25 miembros efectivos y 45 candidatos o suplentes). Ni por su número, así como por su composición, corresponde a la situación y tareas de hoy. Se debe crear un nuevo Comité Central, «designado por los miembros del viejo y algunos otros cuadros del partido».

El informe interno de Checa, que soslayará todos los aspectos políticos, será muy fiel a estas recomendaciones del proyecto de Resolución, colocándolas en lugar preferente: El primer problema que se plantea en el momento actual es el de la «reorganización de la dirección del partido» (subrayado en el original). Con lo que hace de la organización el motor y principal cuestión por resolver, y añade, en una consideración derivada de su visión organizativista de la política, que ya en los últimos tiempos de la guerra se notaban muchas dificultades en la dirección y se estaba preparando su renovación. En el momento actual esta se impone. A lo largo de las 15 páginas de que consta este documento se hace un

blando análisis de la quiebra producida tras la sublevación de Casado y de la derrota que la sigue.

Checa traslada a su lenguaje la recomendación togliattiana sobre la corrupción, pretendiendo hacerla digerible. El cambio de la situación, el brusco paso del partido de la participación en el poder a la ilegalidad completa en el país y en la emigración[6], exigen una acción rápida y eficaz para cambiar radicalmente los métodos de trabajo de la dirección y de todos los cuadros del partido y la lucha por la simplicidad y modestia revolucionaria, contra las costumbres que algunos camaradas pueden haber contraído por la estancia en el poder. La cita es aplastante y revela por una parte la honestidad revolucionaria de Checa, además de la puritana obsesión, por lo demás evidente, de que el poder corrompe siempre.

El brusco paso, por utilizar la incorrecta terminología de Checa, debe ligarse más a su propia conciencia y la de los cuadros políticos del partido que a la realidad, pues desde los prolegómenos del golpe de Casado había que estar muy ciego o ser muy ignorante para no pensar que la derrota era inminente. Pero ya fuera en la conciencia, en la realidad, o en ambas cosas, ¿cómo afectó ese brusco paso a la dirección del PCE?

Antes de agosto, es decir, antes del pacto germano-soviético, que tantas consecuencias tendrá para el PCE en su estructura organizativa, ya habían enviado a la Unión Soviética a 350 cuadros del partido. El éxodo hacia la URSS se inició casi simultáneamente a su llegada a Francia y a la derrota republicana. En otro de los informes sobre la estrategia que seguir tras la quiebra, escrito por el líder del PSUC[7] Joan Comorera, y redactado por aquellas fechas, se dice refiriéndose a los exiliados que no tienen trabajo en Francia, ni pueden volver al interior, que deben venir a la URSS, sea cual sea su número, para completar su formación. Pues Comorera, quizá algo más audaz y ambicioso que el resto de sus colegas, tiene planes para los cuadros militares del partido, que deben ser empleados lo más rápidamente posible en las guerrillas dentro de nuestro territorio y en la lucha antifascista, en los lugares adecuados.

La adecuación, según Comorera, era un concepto tan laxo como China, que para él ha de ser una de nuestras escuelas de entrenamiento y de lucha. Allí se podrán formar buenos guerrilleros. El secretario general del PSUC escribe esto en mayo de 1939, en plena guerra chino-japonesa, en un momento de ascenso del PC chino, que ha pasado de los 40.000 militantes de 1937 a 800.000; Mao Tse Tung

reside en Yenan y mantiene complicadas relaciones con el Kuomitang del derechista Chang Kai-shek, creando «zonas liberadas», mientras se pregunta: ¿qué revolución estamos realizando ahora? Y se responde: estamos llevando a cabo una revolución democrático-burguesa y nada de lo que hacemos rebasa ese marco[8]. Resulta difícil comprender las ideas de Comorera tras la experiencia de la guerra civil española. Estas sugerencias guerrilleras con los chinos leídas hoy son insensatas. Imaginarse a los catalanes combatiendo en China y adaptándose a la vida del campesino chino ronda la paranoia.

No menos curioso es el otro lugar adecuado, según Comorera, para la formación militar de los españoles, Abisinia, porque allí heriremos en uno de los puntos más sensibles al fascismo italiano. Creo que yendo más lejos de la pura anécdota, por lo demás muy significativa, hay que pensar que Comorera refleja en este documento el despiste, la falta de eje político que sacude a toda la dirección del PCE tras la derrota. El improvisarlo todo lleva a Comorera a proponer escuelas militares de guerrilleros en Yenan, o en Asmara, o en otro rasgo genialoide en Egipto, como escribe textualmente, lo que convertiría a los españoles en los luchadores por excelencia de la revolución mundial y a los catalanes en particular en émulos de las hazañas guerreras de su paisano Roger de Flor, más discreto que Comorera, pues solo alcanzó Grecia y Tierra Santa a comienzos del siglo XIV.

Lo indiscutible es que de Francia se iba a la URSS, y en la URSS es donde se decidía qué hacer. El objetivo era Moscú. Una comisión de responsables del PCE y de la IC «en tránsito» va decidiendo sobre los ritmos de traslado y las personas. Por la IC, están los franceses Thorez y Marty, y, por los españoles, Dolores Ibárruri, Hernández, Mije y Martínez Cartón y Antón, todos del BP. Preside la comisión «Ercoli», es decir, Palmiro Togliatti.

Cuando se firma el pacto germano-soviético en agosto de 1939, la plana mayor del PCE se encuentra en la URSS o en camino; el grueso marchará en dos barcos, el Maria Ulianova y el Cooperazya; este último sale de El Havre el 11 de mayo de aquel 1939. Entre los pocos que permanecen en Francia están Checa y Antón. Checa intentará entrar en contacto con la IC, y no lo logrará hasta que llegue Raimond Guyot, dirigente del PCF y secretario general del KIM (Internacional Juvenil Comunista), quien le pone al corriente del pacto. Firmado el pacto y con el PCF forzado a la ilegalidad, el PCE no tiene otra opción que dirigirse hacia la URSS. La decisión había sido tomada ya de antemano y cabe preguntarse por qué, en esos pocos meses que van de abril a agosto, el PCE no

trata de sentar bases clandestinas en Francia, ni siquiera se lo plantea. Abandonan Francia hacia lugares tan difícilmente fronterizos con España como América y la URSS. A otros partidos comunistas en peores condiciones de trabajo, como el italiano, que luchaba contra el fascismo de Mussolini en un momento de consolidación del sistema, no solo no se les ocurrió abandonar Francia, sino que crearon una infraestructura que se mantuvo hasta la primavera de 1940. Durante unas semanas, a finales de abril de 1939, se constituye el Buró Político español en torno a Dolores, del que forman parte Vicente Uribe, que se responsabiliza de las finanzas; Manuel Delicado, del control de los acuerdos y de las cosas que editar; Antonio Mije, de Mundo Obrero y de las relaciones con los otros partidos, incluido el PSUC; Luis Cabo Giorla, de organización y ayuda a los evacuados; Francisco Antón, de relaciones con el interior de España; y J. J. Manso, de los campos de internamiento. Ayudan a Pasionaria, en las labores de la secretaria general in pectore, Jesús Monzón e Irene Falcón. Pero ni siquiera llegan a celebrar media docena de reuniones, obsesionados por coger los barcos y llegar a «la casa».

La decisión de abandonar Francia para dirigirse a la URSS está en la mente de la dirección del PCE desde el primer momento, y posiblemente no les pasara por la cabeza otra cosa. El argumento más sólido residía en la convicción del Buró Político de que la lucha contra el franquismo debía dirigirla el Estado Mayor de la IC, que se encontraba en la URSS. Ellos eran, al fin y al cabo, soldados u oficiales, pero el Estado Mayor, quien decidía y quien tenía los conocimientos imprescindibles para comprenderlo en su visión de conjunto, estaba en Moscú, y en ese Estado Mayor tenían una confianza ciega. Si algún miembro de la dirección del PCE se hubiera cuestionado la nueva línea política tras la derrota se hubiera apelado a la dirección de la IC y especialmente a Togliatti. Como prueba, ahí está el proyecto de Resolución del BP que redacta la IC, y presumiblemente Togliatti, que servirá de base a la dirección del PCE para su informe interno, del que no se harán más que 5 copias. Las correcciones que la dirección española introducirá no son cambios, sino reducciones; no se añade nada, solo se recorta, y en las líneas generales, no tácticas, se sigue al pie de la letra las sugerencias de la IC.

Quizá en otra época el control de Togliatti sobre el PCE hubiera tenido un mayor seguimiento; así ocurrió durante gran parte de la guerra, pero en 1939 bastante tenía él con lo suyo. De un lado el fracaso de «la revolución española» le situaba ante los mandos de la IC y Stalin como el responsable del descalabro; ahí ven algunos analistas el motivo de que Togliatti se esforzara durante los últimos

momentos en comprometer su vida con gestos de heroísmo inauditos en un jefe de la IC en país extranjero. Hay quien lo considera un intento de salvar su figura ante Stalin y sus oponentes en la IC, empezando por Stepanov, su colega y adversario en las labores hispanas. De otra parte estaba la situación italiana, que pasaba por un momento difícil para las fuerzas democráticas, pues la capacidad de maniobra de Mussolini se veía realzada por los intentos británicos de considerarle el principal interlocutor continental, según la política suicida del primer ministro Chamberlain. La estancia de Togliatti en Moscú será breve, pues en seguida volverá a Francia, donde le cogerá la noticia del pacto germano-soviético, siendo detenido por indocumentado; los soviéticos y los españoles le sacarán de la cárcel, manteniendo el anonimato gracias a la embajada chilena, que manejaba en el sentido más noble un militante del PCE, Amilibia. Quizá fuera tanto la débil situación política de Togliatti, como el deslumbramiento ante los grandes padres de la Komintern[9], como Dimitrov y Manuilski, lo que hizo disminuir a los ojos españoles la figura de Togliatti. Aunque su prestigio se conservó, su palabra dejó de ser divina, porque ellos habían entrado en el reino de los cielos y conversaban con los dioses todos los días en los despachos del Lux, en la avenida Gorki.

Era Pedro Checa, el responsable de organización, quien había propuesto en el documento al que hacíamos referencia una reunión de los miembros del viejo CC, que se encuentran en la Unión Soviética, junto con otros cuadros del partido que están aquí. En esta reunión se designaría el nuevo BP y el núcleo fundamental del nuevo CC. Si esta idea había sido tomada en cuenta en alguna ocasión, la verdad es que fue rápidamente desechada por los acontecimientos. Las reuniones que se celebrarán, contadísimas, no tendrán ese carácter constituyente que Checa parecía querer imprimirles.

La última sesión del BP había tenido lugar en Madrid el 25 de febrero de 1939, antes del golpe de Casado, y, aunque había numerosos miembros del BP, tampoco se trataba de un pleno y de dicha reunión parece que no se levantó ni siquiera una modesta acta[10].

Posteriormente se celebrarían importantes reuniones de miembros del BP en un chalé de la provincia de Alicante, denominado en clave «Posición Dakar»; reuniones en precario, una vez sublevado Casado, en las que participaron no más de media docena de miembros, mientras que el BP elegido en marzo de 1937 lo formaban 12. Ahora bien, a esas reuniones no faltó nunca ni «Ercoli» (Togliatti) ni Stepanov. En Toulouse, el 12 de marzo, y antes de que termine la guerra, se

reúne un grupo reducido de miembros del Buró, que habían salido de Alicante días antes, pero, a pesar de redactar un documento apurado y cauto, no podían ir más lejos, pues ni Checa ni Togliatti se encontraban allí. Por eso la declaración de Toulouse de marzo de 1939 es una rareza documental, pero no significativa de las orientaciones del PCE.

En la Unión Soviética no habrá ninguna sesión del BP y menos del Comité Central (CC) hasta septiembre de 1940, en que se reunirán los miembros del Central residentes en Moscú. Ahora bien, sí habrá reuniones del Buró Político con la Internacional Comunista, cuando fueron convocados para discutir sobre la guerra de España a mediados de 1939 y al año siguiente. Estas reuniones, no muy significativas desde el punto de vista político, pues no introdujeron ni cambios ni revisión de los análisis, sí tienen algún interés en el enfoque de las nuevas relaciones de fuerzas en la cúpula del PCE.

La dirección del PCE era atípica por definición; estaba constituida por un secretario general inexistente, José Díaz, enfermo crónico, que había abandonado España en 1937 para ser operado en París primero y luego en la URSS, de hospital en hospital. Se sentía desplazado de los centros de decisión de su propio partido y abandonado por la plana mayor de la IC, que le consideraba en su justa medida de honestidad y limitación a partes iguales. Además, su vida no aventuraba un ciclo muy largo.

El resto de la dirección la formaban Dolores Ibárruri, Pedro Checa, Jesús Hernández, Vicente Uribe y Francisco Antón, recientemente promocionado por Dolores en virtud de sus relaciones personales, las cuales le habían hecho decir ante la IC que Antón era «la revelación de nuestra guerra». Checa, cuyo nombre auténtico era Pedro Fernández Checa, tenía alguna formación teórica, y por eso se puede decir que constituía una excepción; se había integrado en el PC desde grupos izquierdistas preocupados por el dilema ideológico del momento entre trotskismo, leninismo y el emergente estalinismo. Estudió comercio y trabajaba de delineante; asistía a los debates juveniles de socialistas y comunistas y militaba en un pequeño grupo marginal llamado «Rebelión». Había nacido en Valencia, pero su estancia en Sevilla le condicionó a aceptar el PCE por la influencia personal y recíproca de su secretario general, José Díaz. Tenía una enorme capacidad de trabajo y organización, que conjugaba con una gran modestia y una timidez que rayaba en lo enfermizo. Era, después de Pepe Díaz, el hombre más querido por la base del partido, aunque fuera de la organización se tratara de un desconocido, frente a figuras como Ibárruri, Hernández o Antón,

que biológicamente pueden considerarse sus opuestos.

Dolores Ibárruri, Pasionaria, era la figura más conocida del PC. La guerra la había transformado en la imagen de la República de los trabajadores. Mujer fuerte, sensible, indolente, oradora de fuste, plena de receptividad, Dolores fue durante la guerra una esponja que absorbía todo y lo borraba luego con la misma facilidad que se había empapado de ello. Si en todo político hay algo de actor, Dolores se convirtió en una actriz que se creyó su papel hasta el punto de que siguió manteniéndolo y representándolo después de que la obra hubiera terminado, cuando el telón estaba sobre el suelo y, salvo los tramoyistas, nadie quedaba en el teatro.

Pasionaria, políticamente, poseía escasa entidad, pero en ella existía la capacidad de explicar las cosas mejor que muchos y de darles una versión popular que conectaba felizmente con el público. Su hándicap tenía un rasgo objetivo, que se reducía a su escaso bagaje intelectual, y otro subjetivo, personal e intransferible, que consistía en una tendencia a la tranquilidad, al inmovilismo, a ser ama de casa, lo que contrastó siempre con su leyenda de mujer volcánica que daba la escena, pero no la vida. Podía charlar, recibir, dar pésames y plácemes, pronunciar frases felices; pero estudiar, preparar las reuniones, leer, darle vueltas a las cosas no era lo suyo.

Hernández y Uribe, a pesar de su semejante procedencia de clase y geográfica, formaban dos tipos biológicamente opuestos. Los dos habían sido pistoleros en Bilbao, aunque Uribe lo había dejado antes, desplazándose a Madrid. Hernández entró en la política como guardaespaldas del periodista socialista y líder del primigenio PCE de los años veinte, el inefable Oscar Pérez Solís, un personaje barojiano que acabaría en líder de la extrema derecha de Oviedo. Aunque nacido en Murcia, pasó la infancia en Bilbao, formando parte de aquella generación bilbaína de «las tres pes» –política, putas y pistolas– de la que salieron algunos cuadros del PC y de la JSU. Estaban a caballo de una tendencia anarquista, que despreciaba toda política que no fuera activismo. Pero les gustaba el mando, la influencia social, mejorar el mundo, el suyo y el de los de su clase, si bien al tiempo les apasionaba el ambiente de los prostíbulos, en los que adquirieron cierta notoriedad entre las «profesionales del amor», como las llamaba Hernández. Tomaban resoluciones radicales, no tenían miedo y se jugaban la vida. Conviene no olvidar que esos niveles de violencia empapaban el ambiente. En Bilbao las peleas a tiros entre socialistas y comunistas, o entre fascistas e izquierdistas, estaban a la orden del día. Constituía una forma peculiar de zanjar

las discusiones ideológicas; como ninguno era ducho en ideas, y en ese terreno se movían con incomodidad, dejaban hablar a la pistola o «al camarada Mauser», como decía un himno revolucionario alemán. En noviembre de 1922 los representantes de la UGT de Vizcaya que asistían al congreso sindical que en Madrid iba a decidir el ingreso de la UGT en la Internacional Sindical Roja (ligada a la Komintern) acaban a tiros con sus oponentes en la discusión «de principios», dejando sobre el terreno un muerto y tres heridos. En el mismo año de 1922, el que sería secretario general del PCE hasta 1932, José Bullejos, sufrió un atentado perpetrado por los socialistas que le dejaría herido y malparado entre Gallarta y Ortuella, en Vizcaya.

Un año más tarde, con ocasión de la huelga general de agosto, Hernández, a la cabeza de un grupo comunista, asalta el diario El Liberal, que dirigía Indalecio Prieto, e intenta eliminarle. Hernández siguió esta ruta hasta que se encontró en la dirección del partido en 1926, durante la dictadura de Primo de Rivera, época en la que se instala en Bilbao el Buró Político Clandestino y asciende vertiginosamente en el PCE, junto a otro afiliado a «las tres pes», Agapito García Atadell, secretario de las juventudes comunistas. No tardaría en sobrepasar sus límites, y en el verano de 1931, tras ser acusado de matar a dos socialistas vizcaínos en el restaurante La Bilbaína, huye de España y marcha a la URSS, donde toma asiento durante un año en la Escuela Leninista de Moscú. Había ingresado en el PCE en su fundación, recién cumplidos catorce años.

Tenía encanto personal, y era buen amigo de sus amigos, lo que no podía decirse de Vicente Uribe, que unía a sus limitaciones intelectuales una brutalidad en el trato que le valió el apodo de Herodes por los jóvenes de la JSU, a quienes despreciaba públicamente. Se lo cobrarían en 1956. A Hernández se le quería; era simpático, audaz, ágil, mujeriego, intuitivo y nada dado a discurrir; con un nivel de instrucción elemental, le propusieron para ministro de Educación a los veintinueve años, porque no había otro de su ductilidad y su audacia en el Buró Político y porque esa cartera le correspondía al partido; representaba a Córdoba en las Cortes y pasaba por orador fogoso y eficaz.

Uribe, metalúrgico vizcaíno, conocía apenas los ciclos de las cosechas, pero ser ministro de Agricultura en el gobierno de Largo Caballero se reducía a defender una trinchera más, y dar la tierra a los campesinos. Eso explica que nadie se sorprendiera del nombramiento. Además estaba el espíritu estalinista de la época, según el cual todo dirigente comunista servía para todo aquello que se le encomendaba, y los primeros en creérselo eran los propios interesados.

Había un rasgo de Hernández que no se veía con buenos ojos en el aparato del partido. El puritanismo estalinista estaba modelado en la imagen de Pavel Korchaguin, el protagonista del libro de cabecera de todo revolucionario de los años treinta, Así se templó el acero. En esta novela de Nikolai Ostrovski, publicada en 1935, y traducida a todas las lenguas, no había más besos que en las mejillas y las lágrimas podían contarse de una en una; porque los héroes ni besan ni lloran. La guerra, no obstante, rompió algunos tabúes, es lógico, y favoreció que las relaciones personales se volvieran más libres. Así se hizo posible, sin escándalo, aunque sí con malevolencia, que Dolores Ibárruri, una mujer casada, se relacionara con la «revelación de nuestra guerra», el comisario Antón. Pero en el caso de Hernández el asunto tenía un componente de complejidad, pues, al convertir en su mujer a Pilar Boves, esta había dejado de serlo de Domingo Girón, responsable del Comité Provincial de Madrid (detenido luego por la Junta de Casado y fusilado por Franco en 1941), con el que se había casado unos meses antes. Al fin y al cabo, el marido de Dolores Ibárruri, Julián Ruiz, nunca había pasado de militante de base, mientras que Girón era muy querido por sus camaradas. Pilar Boves, de la que hablaremos posteriormente, estaba entre las bellezas de su época; gozaba de un físico excepcional, de un buen conocimiento del mundo y de sus miserias. Había sido amiga de personajes de tronío, como el popular torero Cagancho (Joaquín Rodríguez Ortega, de Triana, «gitano de los ojos verdes»), con el que, por cierto, se volverá a encontrar en el exilio mexicano, derrotados ambos, odiados también ambos por sus excolegas envidiosos: toreros y comunistas.

Al grupo de cinco que componía la dirección del PCE –Díaz, Checa, Ibárruri, Hernández y Uribe– se sumará pronto Antón, que había quedado como responsable del PCE en Francia en 1939, amparado tras la pantalla del SERE (Servicio de Emigración de los Refugiados Españoles), que presidía el embajador Azcárate. La ilegalización de los comunistas franceses en septiembre y las detenciones subsiguientes le condujeron, por «indocumentado», al campo de concentración de Vernet d’Ariège junto a Jesús Larrañaga, del Buró Político y único conocedor de los contactos con el interior, que no se reanudarán hasta finales de 1941. De Vernet lo sacaron los alemanes en 1940, tras la invasión de Francia. Los tiempos estaban marcados por el pacto germano-soviético y esta luna de miel permitía favores de poca monta, como el de liberar al español Francisco Antón, a solicitud de Pasionaria. La petición fue cursada por el Ministerio de Asuntos Exteriores soviético y, cosa sin precedentes, se admitió, no sin algún comentario malévolo, dicen, del propio Stalin, sorprendido de que una dirigente de la IC rogara que su compañero fuera puesto en libertad por

razones personales y no políticas. Al marido de Dolores, Julián Ruiz, exiliado también en la URSS, se le destina entonces a una fábrica de Rostov y posteriormente a Ufa, en los Urales.

Antón llegó a Moscú en 1940, viajando en vagones de la Alemania nazi y con pasaporte soviético. A su llegada ya habían terminado las reuniones al más alto nivel convocadas por la IC con la dirección del PC español para discutir de la guerra española. Según contó el dirigente comunista argentino Codovila a Hernández, las discusiones sobre la guerra civil entre la dirección de la IC y los españoles habían nacido de una de las «ingenuas» preguntas de Stalin a los líderes de la Komintern. «¿Por qué ha terminado la guerra del pueblo español en forma tan inesperada y luctuosa?» Para dilucidarlo, y ante el temor de que Stalin volviera a repetir la pregunta, la IC se reúne en el verano de 1939 y, luego, en febrero de 1940, casi un año después de la tragedia, con los cinco miembros del Buró Político, algunos cuadros militares españoles (Líster, Modesto, etc.) y el líder del PSUC, Comorera. Por la Komintern asistió la plana mayor: Dimitrov, Manuilski, Stepanov, Geröe…

Tenemos muy pocas informaciones fiables sobre estas reuniones. Hernández, que fue quien más se refirió a ellas en sus memorias, se señala como vencedor frente a Dolores y Antón. Líster, a su vez, se considera el gallo de la reunión frente a los demás colegas de armas. A partir de las distintas versiones pueden establecerse algunos hechos con cierta verosimilitud. Las reuniones tuvieron varios niveles de representatividad, siguiendo el estilo de la IC, muy estricta en cuestiones de escalafón y protocolo.

Para responder a la inquietante pregunta de Stalin empezaron a reunirse un grupo de cinco por parte de la IC –Dimitrov, Manuilski, Stepanov, Togliatti y Geröe– y otros cinco del Buró español: Díaz, Pasionaria, Uribe, Checa y Hernández. Pronto Díaz dejó de asistir con regularidad a causa de la enfermedad y las reuniones se ampliaron, al tiempo que se discutía acerca del trabajo futuro y las perspectivas del PC para la lucha en España. Las tesis de Hernández, según las cuales el BP se redujo entonces a tres miembros –Pasionaria, Checa y él–, así como la decisión de «salir hacia Francia» para dirigir la lucha contra Franco, carecen de sentido, no hay prueba documental ni personal; y además, y esto es el argumento más sólido, entrarían en contradicción con el punto de vista soviético, que en la primavera de 1940 no tenía ningún interés en crearse fricciones con los nazis que habían invadido Francia, a causa de unos españoles que querían recuperar lo que habían perdido en una guerra; una guerra que en aquel

momento estaba objetivada para Stalin en una pregunta llena de intenciones.

La impresión que se obtiene al leer las referencias de Togliatti al equipo dirigente del PCE es que la IC tenía de ellos una opinión detestable, lo que escrito por Togliatti, que empleaba las palabras con sumo cuidado, es mucho decir. Si hay algo en lo que todos parecen coincidir es que estas reuniones con la cúpula de la Komintern fueron la puntilla para José Díaz, el secretario general, al que nadie ahorró responsabilidades y a quien se habían ocultado datos fundamentales sobre el final de la guerra y sobre el enfrentamiento con la Junta de Casado. Esto le había llevado a enviar algún telegrama torpe e injusto a la dirección del partido en el interior, que revelaba que Díaz no tenía ni idea de lo que estaba ocurriendo en España en aquel dramático mes de marzo de 1939. Desde que habían llegado a Moscú los dirigentes del PCE, Díaz no se había recatado de pedir informes sobre el golpe de Casado. Sabemos que solicitó detallados memorandos a Castro Delgado y a protagonistas militares de primera fila, como Tagüeña, Líster, Modesto e incluso al secretario general de la organización de Madrid, Arturo Jiménez, y al responsable de la Comisión militar, Jacinto Barrios. Es lógico que en estas discusiones políticas, en las que estaban en juego tantas cosas, incluso la vida, el perdedor fuera siempre el más débil. Y este papel le correspondía a Pepe Díaz, sin datos, sin salud y sin amigos.

Las discusiones se dilataron varios meses y a primera vista, y a falta de documentos que expliquen algo más la conclusión, se redujeron a cuestiones internas: produjeron algunos giros en la débil estructura dirigente del PCE y en sus relaciones con la IC. La figura de Pepe Díaz no salió verdaderamente reforzada, aunque, sumado a su precario estado de salud, ello no supusiera más que la confirmación de que los días del secretario general estaban contados y de que la sucesión no parecía sencilla y sin consecuencias.

Las discusiones terminaron sin balance público, pero dejaron un poso de inquinas y recelos, pues cada participante vomitó lo que llevaba acumulado desde España, ensuciando a adversarios, enemigos y competidores. Inmediatamente después, la Komintern toma una decisión insólita, que solo cabe calificar de sarcasmo: encarga a Pepe Díaz la responsabilidad de la Komintern hacia Latinoamérica y ¡la India! Se nomina para dirigir la revolución y a los revolucionarios de Latinoamérica y la India, amén de a sus paisanos españoles, a un hombre al que toda su honestidad y hombría de bien no pueden ocultar que es un expeón de panadería, que sabe leer y escribir tras meritorios esfuerzos, que quizá hubiera sido un magnífico líder sindical, porque sabía lo que querían

aunque le costara expresarlo, pero que en política no se atreve a firmar un papel sin consultarlo previamente con las autoridades de la IC, Stepanov, Togliatti y, sobre todo, Codovila, el orondo argentino que conoce desde hace más tiempo y que estaba más cercano a su naturaleza de hombre sencillo, torturado por la responsabilidad, que lleva sobre sí una enfermedad de etiología nerviosa.

No se ha dado suficiente importancia a este escarnio. Díaz estaba convaleciente de una operación de estómago –la tercera que le hacían en la URSS– y de todos es conocido que se trataba de la definitiva, pues alcanza a interesar al mismo Stalin, quien hace preguntar al secretario general español si tiene algún deseo antes de ser sometido a la intervención quirúrgica. La respuesta de Pepe Díaz no deja de ser paradigmática, pues su único deseo reside en «estrechar la mano de Stalin», quien le visitará, por primera y única vez, acompañado de gran parte de la dirección soviética de la IC. Confortado por tan celestial visita, Díaz pudo quizá comprobar la justeza iconográfica con que los comunistas del mundo entero idolatraban al gran Stalin. Barbusse lo describió para toda una generación de estalinistas: «cabeza de sabio, rostro de obrero, traje de soldado». La trilogía resumía el cenit de un dirigente comunista: sabio, obrero y soldado.

Díaz era obrero y era soldado y, si la sabiduría fuera tan solo un aprendizaje del dolor, también estaría entre los sabios, pero en 1940 la IC debía considerar que la situación en la India y en América Latina se vislumbraba tan alejada de sus preocupaciones como para encomendar a Pepe Díaz que las estudiara, cuando, ironía aparte, apenas si sabía dónde se encontraban y cómo se distribuían los países en el continente americano. Los conocimientos de un obrero en 1940, con una cultura de oído, basada en maratonianas reuniones, sin mapas o diccionarios a su alcance, no son los de hoy en día.

El sarcasmo es tanto más grave cuanto que la situación en la India, en 1940, se caracterizaba por la efervescencia política provocada por la omnipotencia del virrey británico lord Linlithgow, que había declarado al país beligerante sin necesidad de consultar a sus representantes. La India vivía una crisis en la que se entrecruzaban el nacional-fascismo de Chandra Bose, la no violencia de Gandhi y el separatismo musulmán de M. A. Jinnah. Una compleja situación que quedaba muy lejos de las preocupaciones soviéticas, pues desde los tiempos de Lenin habían sido escasos los artículos sobre temas hindúes, fuera de las polémicas en el II Congreso de la IC (julio de 1920) con el líder Manabendra Nath Roy[11]. Sin embargo, el pacto germano-soviético descubrió un aspecto inédito de la India: su utilización como ariete propagandístico contra «el

imperialismo británico», que tenía la desfachatez de acusar a los alemanes de invadir Polonia. De esta forma se justificaba, sin citarlo, el reparto de Polonia incluido secretamente en el pacto germano-soviético. Los imperialistas ingleses, escribe el órgano de la IC en enero de 1940, han pedido que Alemania retirara [sic] sus tropas de Polonia y que respetara [sic] la soberanía del pueblo polaco. Es esta una magnífica petición, que no pasará de ser una engañifa mientras Inglaterra no retire sus propias tropas de la India y mientras no respete la soberanía del pueblo hindú.

Tratándose de un interés tan accesorio y utilitario, les bastaba con Pepe Díaz, que a sus cuarenta y cuatro años, y con su escasa salud, no iba a prestarle una atención desmedida, esperando siempre a que le tradujeran los textos al castellano. La revolución en Latinoamérica, Brasil incluido, la tenía más cerca por la coincidencia idiomática, pero también esto trasluce la exclusividad europeísta de la IC, limitada a los intereses más inmediatos del Estado soviético. El continente americano, excluidos Estados Unidos y Canadá, vivía entonces experiencias muy interesantes, como el Frente Popular de Chile, que había ganado las elecciones de octubre de 1938 y que se mantendría unido hasta la crisis de 1941. Hecho sin precedentes en la historia del Komintern, pues los chilenos lograron mantener una política más allá de su validez en Moscú, quizá por la única razón de que Chile para los soviéticos estaba en el trasero del mundo; de su mundo. Y eso sin citar la situación en Argentina, con el gobierno oligárquico que un historiador definió como «combinación de fraude electoral, corrupción descarada y violencia desnuda a cargo del ejército y la policía»[12] y que preludió el peronismo. Con un Brasil bajo la dictadura de Getulio Vargas, finalizadas las aventuras del PC brasileño y su profeta Luis Carlos Prestes; un partido y un dirigente que movilizaron a millones de campesinos antes que Mao Tse Tung. O la situación en México, por citar solamente a los grandes del continente, donde se advierte un giro en la política progresista de Cárdenas con la nominación de Manuel Ávila Camacho y los peligros reaccionarios del general Almazán. En fin, mas todo lo que no fuera Europa no les interesaba; igual les daba que los temas hindo-americanos los dirigiera Pepe Díaz que le sustituyera Dolores Ibárruri, como así ocurrió al agravarse el estado de salud del secretario general español, lo que permitió a Pasionaria acceder a la categoría de titular del presidium de la IC, dejando de ser suplente. Díaz tenía la titularidad desde el VII Congreso de la IC en julio de 1935.

No solo Díaz se vio afectado por la discusión en la IC. En aquel año de 1940, tras una reunión de la IC (Togliatti, Stepanov, Marty) con la dirección del PCE

(Dolores Ibárruri, Cordón, Líster, Antón, Castro, etc.), se toman decisiones organizativas que demuestran lo inocuo de las informaciones de Hernández, consideradas hasta ahora como verdad de fe histórica, según las cuales el BP se redujo a tres en beneficio suyo. Según consta en la especie de acta que se conserva, hubo dos temas de discusión, uno la guerra civil y otro más ambiguo, sobre cómo debe trabajar la dirección en América. Aquí es donde se concreta la formación de un secretariado americano de cinco miembros (Uribe, Hernández, Carrillo, Mije y Antón), por este orden y asignando a cada uno misiones específicas. Esto, que fue decidido en 1940, no pudo aplicarse en su totalidad hasta tres años más tarde; la generalización de la guerra mundial primero, la invasión de la URSS luego y las dificultades de comunicación fueron retrasando el desplazamiento hacia América. Uribe y Mije llegarán en 1939, Carrillo y Comorera al año siguiente y Hernández y Antón a finales de 1943.

Para apuntalar a Pepe Díaz en sus multifacéticas misiones se decidió que Enrique Castro Delgado fuera su secretario. Castro llevaba quince años de militancia en el partido, y estaba en el CC desde 1937. Periodista y buen organizador, había participado activamente en la fundación del V Regimiento durante la guerra. Conocía a figuras de la política y de las artes y además sabía algo de idiomas y de la teoría marxista-leninista-estalinista, como se decía entonces. Pronto le sustituirá Kety Levi Rodríguez, que había sido secretaria de Ramón y Cajal y hermana de Irene Falcón, colaboradora de Dolores Ibárruri.

Terminada la primera tanda de reuniones en Moscú, Checa sale hacia América, pero no formará parte oficialmente del secretariado del PCE en América, aunque participará en las reuniones de México. Da la impresión de que Checa está muy ocupado con la organización del partido, y con misiones de la IC en América Latina; todo tendrá que interrumpirlo en marzo de 1941, cuando apenas si puede levantarse de la cama por la enfermedad que le aqueja. Mije se encarga de la «relación con otras fuerzas» y Uribe se convierte en el máximo responsable del partido, exceptuado Checa. Hernández y Antón, según consta en el acta, se ocuparían cuando llegaran a América de la «propaganda» y «organización», respectivamente; Carrillo, de la juventud. También otros, como Claudín y Diéguez, miembros del CC, e incluso del BP, como Martínez Cartón, salieron hacia México desde la URSS. La responsabilidad del grupo americano incluía específicamente la comunicación recíproca, anticipada, sobre publicación de documentos con el centro de Moscú.

El invierno de 1939, que sufrieron todos juntos, fue el más duro que se recordaba

desde los tiempos de Lenin. Mientras una parte de la dirección iba hacia el sol, otros quedaron en la URSS soportando aquellas condiciones climáticas que destrozaban todas sus defensas. Del Comité Central buscaron diversos acomodos en Moscú Antón, Líster, Modesto, Acevedo, Enrique Castro, Arrarás, Vidiella, Pretel, Escobio y Juan Antonio Uribe. Además, dos miembros del Buró Político: Ibárruri y Hernández. Pasionaria ya aparecía como sustituta de Pepe Díaz en todas las actividades, desde las rituales en las reuniones –ella abría y cerraba las sesiones– hasta las de organigrama. Así, por ejemplo, consta en una de las escasas actas que se conservan –un plenario del núcleo dirigente en Moscú–, celebrada el 12 de septiembre de 1940, donde dice que cuantos materiales se hagan (artículos, conferencias…) deberán ser conocidos y aprobados por los camaradas Pepe y Dolores. Reunión esta donde a Hernández se le encargó expresamente del control y aplicación de las decisiones. Todavía tardará en reunirse el pleno del CC residente en la URSS. Lo hará el 11 de marzo de 1941, casi a los dos años de su llegada; Dolores leerá el informe político, sustituyendo a Díaz, ya retirado, fuera de Moscú.

La cúpula del PCE, que estaba a su vez integrada en la Komintern, habitaba en el hotel Lux, en la avenida Gorki moscovita. Allí residían los colaboradores extranjeros de la IC. Unos con residencia fija en él y otros a la caza de solicitar los «propus» (pases), que se daban con cuentagotas y que eran imprescindibles para moverse entre la burocracia soviética. Ernest Fischer, el filósofo austriaco que pasó en la Komintern aquellos años, describió el ambiente del Lux en sus Memorias: ¿En qué mundo vivíamos nosotros, la gente del Lux? Viajábamos o caminábamos día tras día al Komintern. Allí leíamos informes, escribíamos informes, artículos y folletos, participábamos en sesiones, discutíamos problemas de política internacional, nos encontrábamos con nuestros pensamientos en Austria, Alemania, Francia, o España, y no sabíamos casi nada de Moscú. Vivía entre forasteros, trabajaba con forasteros, o con rusos que se ocupaban del extranjero, y no resultaba fácil hacer contacto con los rusos.

No era este el caso de la inmensa mayoría de emigrados españoles que penetraron casi desde el primer momento en la sociedad soviética y que, a pesar de las dificultades, tuvieron una situación de relativo privilegio. La palabra «dificultades» (Trudnesti), cuenta Artur Koestler en su Autobiografía, es una de las palabras que más frecuentemente encuentra uno en el lenguaje del Soviet; sirve para restar importancia a los desastres, así como otras sirven para aumentar la significación de los éxitos alcanzados. El ciudadano soviético comprende automáticamente que «una gigantesca victoria de las fuerzas revolucionarias en

Inglaterra» significa que el Partido Comunista aumentó en un medio por ciento, en tanto que «ciertas dificultades en la situación sanitaria de Birobidehan» significa que el cólera se extiende por esa provincia. Sobre este esquema, tan diferente a los hábitos hispanos, no le fue fácil la vida a la emigración española.

Se componía de 1.248 adultos, 900 políticos y sus familiares, 122 maestros que habían llegado con los niños durante la guerra civil, 157 aviadores a los que sorprendió la derrota instruyéndose en la URSS y 69 marinos de barcos republicanos fondeados en puertos soviéticos. Luego 2.895 niños que habían llegado en varias remesas, durante la guerra, procedentes en su mayoría de Euskadi, Asturias, Madrid y Levante[13].

El equipo formado por la IC (Dimitrov, Togliatti, Marty, Bielov y la funcionaria de la NKVD[14] Blagoieva) y la dirección del PCE (Dolores, Checa, Hernández y luego Antón) decidió la distribución de los emigrados que formaban la elite de militares y políticos. A los militares que tenían una formación académica anterior a la guerra los enviaron a la Escuela de Estado Mayor del Ejército Rojo, un Estado Mayor que había sufrido el colapso del fusilamiento de los tres mariscales más prestigiosos –Tujachevski, Egorov y Blucher– por decisión de Stalin, dentro de una represión que castigó de manera feroz a los cuadros militares. Los seis españoles seleccionados fueron Cordón, Ciutat, Márquez, Galán, Prados y el marino Rodríguez Sierra. A los demás, en número de 28, los expidieron a la Academia Frunze; eran los que habían aprendido el oficio de la guerra haciéndola: Modesto, Líster, Valentín González, Tagüeña, Romero Marín, Soliva, Artemio Precioso, José Vela, Rodríguez, García Vitorero, Merino, Beltrán, Ortiz, Feijoo, Usatorre, Garijo, Aguado, Álvarez, Justino, Casado, Muñoz, Carrasco, Sánchez, Boixó, Carrión, Sánchez Tomás, Bobadilla y Menchaca. A tres de ellos los seleccionó la policía política soviética, la temible NKVD, de los cuales solo se mantuvo hasta el final de la guerra Ramón Soliva. Todos vivieron en la Frunze el comienzo de la guerra con Alemania, salvo dos: uno cuyas limitaciones intelectuales le imposibilitaron seguir, so pena de tener que hacerle la escuela para él solo, y Valentín González, el Campesino, que chocó desde el primer momento con el rigor soviético, igual que antes había chocado con la dirección del PC, que desconfiaba de él desde la batalla del Ebro; pertenecía a otro siglo y concentraba en sí esos rasgos que afloran en las grandes peleas históricas: mitad golfo, mitad héroe. Cuando llegó a la URSS, su mitad héroe ya se había difuminado. Otros 150 españoles emigrados se inscribieron como futuros cuadros políticos en la Escuela Leninista del PCUS para aprender doctrina. A los militares les conservaron el grado que tenían en España, con lo

que estaban en situación de privilegio respecto a sus colegas rusos y les dieron otras gabelas en forma de pisos y ropas, más importantes de lo que hoy, con la distancia, parece.

Al resto lo enviaron a trabajar a las fábricas. Mal preparados para competir en el trabajo a destajo, cuenta Tagüeña en sus Memorias, los sueldos eran ínfimos y el Socorro Rojo Internacional tenía que completarlos hasta los trescientos rublos, considerados indispensables para sobrevivir. Todo eran quejas, problemas y luchas internas en los colectivos españoles de las fábricas.

El largo viaje entre la URSS y América también sirvió para depurar a algunos dirigentes. Hombres de primera línea durante la guerra fueron colocados al borde de la expulsión, como Luis Cabo Giorla, Martínez Cartón, Delicado y Leandro Carro. A Giorla, que había sido el orador indiscutido junto a Pasionaria y líder sindical notorio, se le acusaba de responsabilidades en la desaparición de los archivos del PCE, que cayeron en manos del gobierno francés de Daladier en 1939; a Martínez Cartón, exdiputado por Badajoz, miembro del Buró Político y cuadro militar de primer orden durante la guerra, se le había marginado ya desde que se casó con la representante alemana en el KIM (Internacional Juvenil Comunista), odiada en las JSU[15] por su dogmatismo y a quien denominaban despreciativamente ¡en privado! como Carmen la Gorda. Desde su llegada a México en 1941, el distanciamiento recíproco entre Cartón y el PCE se agudizó. Delicado y Carro, miembros de pleno derecho en el CC, la dirección consideraba que no entendían la situación política y la línea antialiados que duró hasta la invasión nazi de la URSS. A Delicado se le destinó a Chile y a Carro a México.

EL PACTO GERMANO-SOVIÉTICO Y LOS COMUNISTAS ESPAÑOLES

El partido tenía que adaptarse a una situación tan inexplicable como la de ser el llamado a hacer la revolución en España mientras sus dirigentes se encontraban, en el mejor de los casos, a cuatro mil kilómetros. ¿Qué línea política mantenían, que pudiera justificar o entender esa contradicción?

La primera idea la proporciona Checa cuando, en su informe del verano de 1939,

habla de la necesidad de resucitar los comités de Frente Popular y de impedir las maniobras contra las instituciones republicanas, que son insistentes en la primavera de 1939 y que venían incubándose desde el gobierno de Negrín en 1937.

El breve lapso que abarca desde el final de la guerra al pacto germano-soviético mantiene a los negrinistas como únicos aliados de los comunistas, y ello a pesar de que las relaciones de Juan Negrín con estos pasan por un momento particularmente malo. Negrín se encuentra más aislado que nunca en el seno del PSOE y en los organismos internacionales socialistas. La prueba más contundente del rechazo hacia los comunistas españoles, agravado por el pacto germano-soviético, tiene lugar a finales de 1939. En Lille se expulsa a las Juventudes Socialistas Unificadas de la Internacional Juvenil Socialista.

Tanto la organización española como los mandos de la KIM y de la IC se volcarán inútilmente en evitar la expulsión que cortaba los lazos entre ambas internacionales, y privaba a los comunistas de la posibilidad de seguir y conocer los pasos políticos de sus adversarios socialistas. Ni Santiago Carrillo, ni Cabello, ni el prestigioso Tagüeña, dirigentes todos de las JSU que vuelven desde la URSS para el acontecimiento, lograron nada más que ser escuchados en la reunión de Lille. Con aplastante unanimidad serán expulsados de las filas juveniles socialistas; solo los apoyaron los suizos, y tendrán una actitud dilatoria los noruegos.

No hacía falta el pacto germano-soviético para encontrar actitudes antisocialistas en el movimiento comunista de 1938-1939; sin embargo, el pacto sirvió de coartada en ambos bandos. Para los comunistas se transformó en la ocasión de mostrar que los socialistas eran el peligro bélico principal de los pueblos y los aliados del imperialismo en sus intenciones belicistas; formaban la cortina de humo ante la clase obrera, ocultando los ánimos agresivos del imperialismo, que preparaba la segunda gran guerra. La Internacional Comunista recupera los eslóganes y los clisés analíticos del V (1924) y VI Congreso (1928). Si en el V Congreso se decía que la socialdemocracia era «la hermana gemela del fascismo», en el VI se acuñó la expresión de procedencia germánica «socialfascismo», para bautizar a los partidarios de la II Internacional socialista. Con la recuperación de estos jirones de ideología se arrinconaban las tesis de los Frentes Populares y de la unidad de diversas fuerzas para frenar al fascismo, lo que había sido el meollo del VII Congreso de la IC (1935). Los textos comunistas de la época son una aportación al terreno de la confusión y el

cinismo, mezclando verdades de a puño con exageraciones unilaterales. Pues si bien es verdad que la política socialdemócrata de «no intervención» había sido una puñalada a la República Española y una ayuda involuntaria y no solicitada al general Franco, el movimiento comunista, la Komintern, ayudaba ahora a ese mismo enemigo nazi.

Para los socialistas el pacto germano-soviético representó una prueba más de la colusión de ambos sistemas totalitarios, y mostraba la doble faz de Stalin, que no quería continuar la guerra española porque ya estaba preparando el pacto con Hitler. En otras palabras, para los socialistas el enemigo fundamental y más agresivo era, en el terreno militar, el nazismo y, en el ideológico, el comunismo. Si poco antes del pacto el socialdemócrata holandés Albarda llamaba a los comunistas «enemigos de la humanidad», excuso reproducir su definición a partir del verano de 1939.

El pacto no provocó en el PCE ninguna crisis, ni profunda ni superficial, a diferencia de las repercusiones que tuvo en otros partidos comunistas. Hay quien asegura que influyó negativamente en la baja moral de combate de José Díaz, pero es una hipótesis aventurada y no comprobable. Respecto a la plana mayor del PCE, no hubo dudas. En París, el pacto sorprende a Checa sin información, pero la obtiene en seguida del dirigente francés Raimond Guyot, que acaba de llegar de la URSS. En el interior también se produce un momentáneo desconcierto entre la militancia comunista, que primero se niega a creerlo, porque se trata de una «calumnia franquista», para luego, sin apenas transición, alabar el talento táctico de Stalin frente a la burguesía internacional. Santiago Carrillo lo expresó años después en un memorable artículo (1948), según el cual los comunistas españoles adoptaron ante el pacto el razonamiento sencillo y profundo de si lo ha hecho Stalin, si lo ha hecho la Unión Soviética, bien hecho está. Recientemente ha vuelto el mismo Carrillo a ratificar su peculiar punto de vista, sosteniendo en su libro de entrevistas con Debray y Max Gallo que en aquel momento (del pacto) estaba así de claro…, estos cerdos tienen lo que se merecen. No se puede confiar ni asociarse uno con ellos. Quizá los nazis le parecían a Santiago y al Movimiento Comunista más serios y menos cerdos.

El sencillo y profundo razonamiento no tenía validez universal, ni siquiera peninsular. En el partido de los comunistas catalanes, el PSUC, el pacto sirvió de aglutinante de una crisis en las organizaciones que el Partido Socialista Unificado de Cataluña (PSUC) tenía en América, concretamente en México y Chile. El secretario general del PSUC, Joan Comorera, que había llegado a

México desde la URSS en agosto de 1940, tomó en sus manos la campaña de «bolchevización» del PSUC, y en su sonada conferencia de septiembre mantuvo un seguidismo estricto respecto a las tesis soviéticas y de la IC. La conferencia titulada Contra la guerra imperialista y por la liberación social nacional de Cataluña ofrecía una repetición de las fórmulas kominterianas, con el aditamento crítico de un nuevo ángulo contra la República, porque no había permitido a Cataluña ejercer el derecho a la autodeterminación. Dos meses más tarde, un documento público contra el pacto germano-soviético firmado por militantes y simpatizantes del PSUC se resolvió por el procedimiento expeditivo de las expulsiones generalizadas. Fue la purga política más importante del exilio, no solo en cuadros, sino en militantes de base y simpatizantes. Hombres como Serra Pàmies, Palerm Vich, Víctor Colomer, Pere Aznar, Artís Gener o Pelai Sala, que formaban parte de la cúpula política del partido catalán, salieron a la fuerza para formar un nuevo grupo político de signo a la vez nacionalista y socialista. La plana mayor de la UGT catalana, dominada por el PSUC, también fue expulsada: Miguel Ferrer, Ángel Estivill, Dolores Piera, Joan Gilabert, Jaume Camps. Un año después seguiría el mismo camino otro de los dirigentes históricos del comunismo catalán, José del Barrio, y por las mismas razones. El pacto germano-soviético, acumulado con las tensiones con el PCE y la crisis del exilio, dejó muy menguado al PSUC y a la validez hispana de la teoría «sencilla y profunda» que citara Santiago Carrillo. Pero, eso sí, consiguió que Comorera adaptara el siempre peculiar PSUC a la uniformidad del movimiento comunista de 1940.

El pacto se firmó el 23 de agosto de 1939 y sorprendió a propios y extraños, provocando una reacción fulminante de los socialistas, hasta antes de ayer aliados de los comunistas en varios países. El carácter de traición que tenía el pacto para las potencias occidentales fue denunciado en todos los tonos y por todos los instrumentos. En Francia, los comunistas se convirtieron ante la opinión, y sobre todo ante el aterrorizado gobierno de Daladier, en agentes de una potencia extranjera. El decreto que declaraba disueltas las organizaciones comunistas se hizo público el 26 de septiembre.

A los comunistas el pacto les dio rienda suelta en su inquina hacia los socialistas. No solo se resucitó lo del «socialfascismo» como definición de la socialdemocracia, sino que se sacaron del archivo los arsenales de la vieja terminología. Resulta curiosa y poco estudiada la inclinación de la IC a una mayor agresividad antisocialista, previa al pacto germano-soviético. En el número de mayo de 1939 del órgano de la IC[16] se desentierra la idea del frente

único de lucha entre socialistas y comunistas y no se ahorran críticas al papel de la II Internacional socialista como colaboradora de la reacción mundial en la organización de la derrota del pueblo español. Se acentúan, así, las críticas a los «reaccionarios ingleses y franceses», al tiempo que se atenúan las dirigidas a la Alemania nazi, siguiendo una línea de conducta que procedía del XVIII Congreso del PCUS (1938), cuando el número dos de la IC, Manuilski, dijo: La Alemania fascista no está preparada para una guerra grande, lo que conjugaba con la reflexión de Stalin de que la nueva guerra imperialista es ya un hecho, y daba como conclusión que, ante esta pelea que se avecinaba, lo único que debía hacer la URSS era abstenerse hasta la liquidación o el debilitamiento de los contendientes. Esa será la política de Stalin hasta junio de 1941 y su obligada entrada en la guerra.

Con estas premisas, los meses que preceden al pacto germano-soviético son una evidencia precursora. Los ataques a Francia y a Gran Bretaña en el órgano de la IC se convierten en mordaces y de trascendencia histórica, como si pretendiesen demostrar algo más que lo obvio, pues se insiste en la falta de reciprocidad de las propuestas soviéticas de un tratado de paz con Gran Bretaña y Francia, al tiempo que se crean esperanzas sobre el aspecto positivo para la URSS de una nueva gran guerra. Si estallara una guerra mundial –dice el editorial de LIC de junio de 1939–, la revolución se desencadenaría más rápidamente. Nadie sería capaz de seguir conteniendo por mucho tiempo la riada arrolladora de la revolución que se agita bajo la capa de hielo de la dictadura fascista en Alemania, Italia y el Japón. Es decir, el fascismo como antesala del comunismo, la misma estrategia que llevó a la catástrofe al PC alemán en los comienzos de Hitler.

Esta posición no es lineal, sino que está llena de pequeños matices que no ocultan el aspecto general del giro. Así, por ejemplo, se mantienen rigurosamente los lazos con la «intelectualidad burguesa», muy útiles en el terreno propagandístico como globos sonda de los giros de la IC a lo largo de sus casi veinte años de historia. El objetivo seleccionado en esta ocasión será Thomas Mann, el escritor alemán, a quien se dirige una carta «editorial» de LIC en agosto de 1939, vísperas del pacto. La misiva tiene dos sentidos: el primero, desautorizar a la agencia RUNA, del PC alemán, que le había llamado ignorante reaccionario y vendido al capitalismo norteamericano a causa de su panfleto Achtung Europa!

Y el otro objetivo de esta carta es la necesaria alianza con estos hombres de la cultura burguesa frente al fascismo alemán y en favor de la paz con la URSS,

principio ideológico, práctico, diplomático y militar que regirá la política de Stalin, quien veía a los «intelectuales burgueses» como idóneos aliados. El humanismo que florece en la URSS –escribe LIC– no es un humanismo anémico y enfermizo, sino un humanismo combativo, «militante», un humanismo al que pueden aplicarse las palabras de Thomas Mann: lo que necesitamos es un humanismo de la voluntad y de la decisión combativa al servicio de la propia conservación.

La «propia conservación» lo justificaba todo y nada mejor para ampararlo que el «humanismo». Todo este encaje de bolillos con basto cordel se volverá innecesario tras el pacto firmado la noche del 23 de agosto de 1939 entre Molotov y Von Ribbentrop. Después de que se consumaron los aspectos físicos del pacto –la invasión y repartición de Polonia, entre otras lindezas–, llegó el momento para los comunistas de explicar las nuevas realidades fronterizas. Los soviéticos ocupan en septiembre su zona pactada con los nazis sobre Polonia, y entramos en la era de las justificaciones, en las que los comunistas españoles adquirirán notoriedad por su dedicación y su audacia.

La invasión polaca obliga a la IC a apoyarla con la artillería ideológica. La IC empieza a justificar lo injustificable de la única manera posible; es decir, considerando «arbitraria» la frontera entre la URSS y Polonia. A partir de ahí ya será fácil mostrar la invasión de la mitad del país para liberar a once millones de ucranianos y de rusos blancos indescriptiblemente oprimidos (LIC., enero de 1940), mientras se sacaban del archivo poético los versos de Heine contra Gran Bretaña, para que dieran la nota política y radical del «más canalla eres tú»: ¡Inglaterra! Tú dominas el mar, pero el mar no tiene agua bastante para lavar tu vergüenza. Perfecto prólogo al planteamiento burdo y unilateral de la guerra recién comenzada: los imperialistas ingleses –escribe el órgano de la IC– están preparando una prolongada guerra de grandes proporciones contra «Alemania», puesto que Inglaterra es el pilar más fuerte de la reacción mundial (LIC., marzo de 1940).

La invasión nazi de Francia otorga un aire surrealista a la verborrea de la Komintern, pues al romper las líneas fronterizas y avanzar inconteniblemente hacia París, en ese mismo momento el imperialismo ya no será inglés solamente, sino «anglofrancés», y ese pérfido imperialismo anglofrancés está tratando de erigir nuevas barreras contra Alemania y de suprimirle a Alemania las fuentes de abastecimiento de materias primas y alimentos. Esto escribía el órgano de la Internacional Comunista en el mes de mayo de 1940, cuando los alemanes

habían invadido ya Dinamarca, Noruega, Holanda, Bélgica y Francia. No hay ejemplo de mayor vileza ideológica en toda la historia de la IC que estas páginas.

Es lógico que los comunistas españoles, al igual que los de todo el mundo, oculten con pudor los documentos de aquellos meses, más siniestros aún y más injustificables que los promovidos durante la guerra fría y los juicios estalinistas, fáciles de enmascarar tras el «no sabíamos nada». Después del pacto germano-soviético y la invasión rusa el 17 de septiembre de la Polonia oriental, anexionando sus territorios, el PCE no solo sigue la tónica general de la IC, sino que introduce aportaciones dignas de su bagaje intelectual, llegando más lejos que otros. En febrero de 1940 escribe Dolores Ibárruri un pedestre artículo en España Popular, donde plantea la obviedad de disolver Polonia porque se trata de un estado creado artificialmente por el Tratado de Versalles, y […] un conglomerado de pueblos donde los polacos no estaban más que en un 60 por ciento. Este artículo de Pasionaria, titulado «La socialdemocracia y la actual guerra imperialista», publicado el 18 de febrero de 1940, después de describir el país de modo tan peculiar, ya puede justificar la invasión transmutándola en liberación: ¡La Polonia de ayer, cárcel de pueblos, república de campos de concentración, de gobernantes traidores a su pueblo, que estaba constituida a la imagen de la democracia de los Blum y Citrine! La socialdemocracia llora sobre la pérdida de Polonia, porque el imperialismo ha perdido un punto de apoyo contra la Unión Soviética, contra la patria del proletariado. Llora la pérdida de Polonia, porque los ucranianos, bielorrusos, trece millones de seres humanos han conquistado su libertad. Esta perla de la geopolítica no necesita comentarios.

Sin entrar en la «liberación» forzada de ucranianos y bielorrusos, lo que dice mucho de los conocimientos de geografía humana de Dolores, la curiosa ejemplificación de la opresión de una minoría sobre el 60 por 100 de los polacos ya de por sí es llamativa. En el fondo, y sin sacar el tema de quicio, estos meses se caracterizan por un lenguaje desvergonzado del que quizá sea paradigma el comunicado de la Internacional Comunista el 1 de mayo de 1940, donde se afirma que, respondiendo a la brutal violación de la neutralidad de los países escandinavos por parte de Inglaterra y Francia, Alemania envió sus tropas a Dinamarca y ocupó posiciones estratégicas en Noruega. Aunque la comparación pueda resultar demagógica, esos mismos contenidos de las informaciones aparecían en la prensa franquista de 1940. En las cárceles estaban convencidos de que se trataba de una manipulación de la Dictadura.

En el fondo y en la forma el objetivo consistía en apuntar y descargar todas las baterías contra el imperialismo inglés y la gran burguesía francesa y sus agentes, la socialdemocracia internacional. La gran burguesía alemana no existe, desaparece. El escamoteo es tan escandaloso que en algunos artículos ni siquiera aparece la Alemania nazi como estado beligerante: la nueva matanza organizada por el imperialismo inglés y por la burguesía francesa, escribe Dolores Ibárruri en su artículo «Contra la guerra imperialista y por la paz», refiriéndose a la guerra mundial recién comenzada. Los únicos artículos que tratan de la conflagración llevan la firma de Dolores, y los recoge puntualmente el órgano del PCE en México, España Popular.

A los otros dirigentes les quedaba el recurso de atacar a la socialdemocracia nacional e internacional, en lo que se distinguió tanto por su celo como por su zafiedad Vicente Uribe, ministro de Agricultura del gobierno de Largo Caballero y cuya obsesión se centraba en el que había sido su compañero de gabinete durante la guerra, Indalecio Prieto. Después de aparecer el panfleto de Prieto Por qué salí del Ministerio de la Guerra, Uribe publica en mayo de 1940 una semblanza de Indalecio que titula El cadáver insepulto y que merece figurar en las antologías de panfletos deleznables, superando con creces el de su oponente Prieto, también de ínfimo nivel. Empieza así: Como todo buen cadáver que se estima [sic], el señor Prieto, convertido en una miasma, no puede hacer otra cosa que apestar. No se sabe qué llama más la atención, si la audacia en el juego de los tiempos verbales, el carácter fantasmal de los «cadáveres» que consiguen estimarse «a sí mismos», o sencillamente la espantosa penuria ideológica. Prieto describió con exactitud, en el prefacio de una de sus obras, los esfuerzos literarios de su adversario Uribe: Luego de entablar heroica y desigual batalla con la sintaxis y el sentido común, abriéndose paso entre ellos a machetazo limpio…

Nadie se salvaba de aquellos artículos perrunos e inquisitoriales; el mismo Checa, que era todo lo contrario de un exaltado, explicaba por entonces el final de la guerra y la derrota republicana achacándolos exclusivamente a los socialistas, por encima incluso de la participación del ejército de Franco. Da la impresión, leyendo hoy estos monumentos a la intransigencia, de que esta guerra cuchillera se dirime exclusivamente entre socialistas y comunistas, y de que el enemigo nazi o fascista no es sino una máscara del otro. Los líderes socialistas tampoco esquivaron la charca, sino que aportaron su caudal de insultos variados del que fue promotor y principal inspirador, Indalecio Prieto, a quien alguien había descrito como de pluma «fácil y suelta» y él había creído oír «buena y

afilada».

Se siguieron las orientaciones del llamamiento de la IC del 1 de mayo de 1940, en el que no se descartaban las alianzas con los socialistas, pero «por abajo», utilizando una terminología de la III Internacional en sus V y VI Congresos, donde se planteaba un «frente único de las organizaciones obreras por abajo». Esta fórmula permitía al mismo tiempo llamar «traidores» a los dirigentes socialistas y acusarlos de impedir la unidad de la clase obrera, facilitando, al menos en su intención, que socialistas y comunistas «de base» se unieran. El frente único obrero, el Frente Popular, no son posibles en su vieja forma, escriben en un folleto de finales de 1939 Pepe Díaz y Dolores. Pueden y deben ser forjados con las masas desde abajo.

Los socialistas en esto siempre carecieron de sutileza y jamás plantearon que se debía llegar a acuerdos «por abajo», sin la cúpula comunista, quizá porque desconfiaban de las posibilidades de libre albedrío de los militantes estalinistas. Interesante tema para una larga reflexión; los comunistas siempre pensaron que la base socialista, de la que ellos procedían, era susceptible de unirse y distanciarse de sus dirigentes, mientras que, para los socialistas, tal extremo en las filas comunistas era considerado intrínsecamente imposible.

La ráfaga de sectarismo a ultranza obligaba a una radicalización verbal que, a su vez, introdujo un corolario estratégico que aparecerá en el llamamiento del Comité Central del PCE del 1 de mayo de 1940: la superación de la República. Puestos a estar aislados y a insultar a sus aliados de ayer, había que ir más lejos. Nada mejor, entonces, que hacer también una República Española «por abajo», que se traducirá en la reivindicación de una República Popular Española. En esta carrera hacia el fondo del saco hay algún respiro al lograr que algunos grupos, tan aislados como ellos y muy minoritarios en sus propias formaciones, firmen en México un documento, en abril de 1941, para la formación de un nuevo Frente Popular. Pero el comportamiento hacia los aliados lo definía el citado documento del CC de mayo de 1940, donde se consideraba que los dirigentes de los partidos republicanos, del Partido Socialista y de la FAI están dispuestos a pactar con las fuerzas reaccionarias que hoy dominan el país, es decir; Franco. Estos traidores han dado la señal de cese de la lucha contra Franco, bajo el pretexto de que la unión nacional es necesaria para la reconstrucción del país.

Esta línea no se variará hasta la entrada de la URSS en la guerra y el comienzo de la «Unión Nacional», tan detestada meses antes. La invasión nazi de la URSS

el 21 de junio de 1941 significó para los comunistas españoles que la historia volvía al mismo punto en el que se encontraba en julio de 1936, en el momento de la sublevación militar, cuando el único agresivo era el fascismo mundial. El 21 de junio de 1941 los comunistas del mundo entero dieron una vuelta a la página de los meses recientes y miraron hacia delante como si nada hubiera sucedido. Sería una ingenuidad decir que recuperaron la buena conciencia, porque la mala conciencia no existe cuando uno cree tener siempre la razón. La nueva situación se reducía a considerar que, a partir de ahora, la lucha en Europa sería más fácil.

El periodo que abarca del final de la guerra civil española a la entrada de la URSS en la guerra (junio de 1941) marca un momento particularmente siniestro de la Komintern. Durante los dos años que duró esa etapa, sus efectos incidieron especialmente en minorías más o menos egregias; hubo en el mundo filocomunista deserciones sonadas, pero en el conjunto del movimiento no tuvo consecuencias desastrosas sobre la moral combatiente. Sin embargo, a largo plazo, los efectos serían irreversibles; con solo estudiar este breve lapso de dos años se puede obtener una radiografía de los objetivos y las limitaciones de la III Internacional. Nada tan esclarecedor para marcar la diferencia entre lo que proclamaban y la realidad, entre los planes y los métodos, entre el entusiasmo de los primeros años de su fundación (1921-1924) y la sordidez y brutalidad que se condensaban en los dos años ominosos (1939-1941).

Da la impresión de que el comunismo español estaba cauterizado frente a los efectos del pacto germano-soviético. Se suele decir que los comunistas españoles estaban tan indignados por la actitud de las democracias occidentales y la socialdemocracia durante la guerra civil que hasta se felicitaron de la puñalada que les asestaba Stalin. Es difícil medir esto en términos históricos, pero el argumento puede también interpretarse como una falacia, muy repetida, pero falacia al fin y al cabo. Nadie, en principio, podía ser más sensible que los españoles, y que los comunistas en especial, para comprender la brutalidad que suponía para sus convicciones el que los nazis, que les habían derrotado y masacrado, como no se cansaba de repetir la prensa del partido, fueran ahora aliados de sus hermanos, los soviéticos. Sin embargo, no hubo reacciones destempladas y no hay que buscar las razones tanto en el resentimiento histórico hacia los aliados socialdemócratas, como en la configuración del movimiento comunista español, fiel, luchador y limitado.

La letra de la ley ya la había marcado Togliatti en su intervención ante el VII

Congreso de la IC (1935): Nosotros no defendemos a la Unión Soviética solo en general, defendemos en concreto toda su política y cada uno de sus actos; y esta afirmación estaba situada en el contexto de la nueva política del Frente Popular, como si Togliatti quisiera con su lema abarcar todo un largo ciclo, por encima de los giros tácticos, que obligaban en un momento dado a acercarse a unos aliados y en otro a marginarlos, porque, en definitiva, lo que marcaba la orientación era la política de la URSS y cada uno de sus actos.

Desde la perspectiva de los españoles no es fácil juzgar el pacto germano-soviético, porque pertenecía a la galaxia de la gran política, y la «sabiduría de Stalin» era el único garante de la supuesta fidelidad a los principios. Desde el punto de vista global de la política exterior, el pacto fue un éxito para el Estado soviético. Como ocurrió en tantas ocasiones durante la larga noche estalinista, una vez más la URSS y el movimiento comunista ni proyectaban ni se adelantaban a los acontecimientos, sino que sabían aprovecharse de ellos, sin haberlos desencadenado. Esto es lo que en el terreno teórico señala Aldo Agosti al escribir: Si hay un rasgo que pueda definir al estalinismo como sistema ideológico es este: la teoría no es una guía para la acción, sino una justificación a posteriori de la acción[17].

La actitud anglo-francesa ante Múnich y la consiguiente usurpación y desmembración de Checoslovaquia por Hitler con el apoyo tácito de las democracias occidentales dejaron a Stalin en un mar de dudas e inseguridades. Para él no se trataba de escoger el mal menor, sino de aprovechar la menor oportunidad que le ofrecieran. E iba a ser Hitler quien se la ofreciera, porque, en el chalaneo general, las ofertas anglo-francesas a la URSS a comienzos de 1939 se basaban en la consideración de la URSS como sujeto esquivo y aliado obligado por su debilidad a pactar con Occidente, en la creencia de la imposibilidad de una entente, que ellos eran los primeros en juzgar contranatura, entre el nazismo y el comunismo.

Luego se creó para explicarlo la teoría de los dos totalitarismos, pero entonces Occidente minusvaloró la capacidad de maniobra de Stalin, que si no supo sacar mejor partido al pacto fue por su propia culpa, y su débil entramado político. Confiaban más en el pacto los soviéticos, que los nazis.

El 1 de agosto de 1940, el poderoso Molotov explicaba ante el Sóviet Supremo de la URSS el genuino alcance del pacto: Las relaciones de buena vecindad y de amistad soviético-alemanas se basan en intereses estatales básicos, y estos

intereses eran tan rentables para la URSS como la anexión de Besarabia (44.500 km^2 y 3.200.000 habitantes), Bucovina del Norte (6.000 km^2 y 500.000 habitantes), Lituania, Estonia y Letonia (2.800.000 habitantes), de resultas de lo cual, afirma Molotov, la Unión Soviética ha aumentado en el último año en más de 23.000.000 de habitantes.

Y esto era saludado como un éxito del movimiento comunista internacional, que, a falta de victorias fuera de la URSS, consideraban la creación de un imperio ruso cual si se tratara de la liberación de los pueblos de sus diferentes yugos, como escribía Dolores Ibárruri. Entretanto los pequeños países tenían que escoger entre Chamberlain, Ribbentrop o Molotov, lo que visto con ojos de hoy se reducía a elegir entre ser devorado por un lobo o por un tigre. Desde el punto de vista del Estado soviético, el pacto fue un éxito sin igual, superior incluso a las negociaciones de Yalta de 1944; obtuvo más sin poner tanto. Es verdad que trituró el conjunto de los principios ideológicos que animaban al movimiento, pero eso, curiosamente, solo afectó a una minoría que sufrió una crisis de identidad. El Estado soviético salió fortalecido, y si no lo fue más se debió a los errores del grupo dirigente soviético, que confió en el pacto más de lo que la situación permitía.

La IC y el PCE, como sección, salieron heridos del pacto, sin ser conscientes de ello, por la desvergüenza y la falta de fiabilidad de sus principios en el camino hacia nuevas alianzas. El pacto germano-soviético preludió la disolución de la IC. Con el Estado soviético bastaba para mantener la entelequia de un movimiento que servía exclusivamente para el Estado, aunque sus miembros siguieran considerándose el ejército de la revolución mundial. El pacto marcó el final de la IC; ya no interesaba. Se disolvería oficialmente en 1943, aunque todo siguió igual que antes.

[1] En el lenguaje del partido, «Moscú».

[2] Su verdadero nombre era Stepan Minev Ivanov, y en España, además de Stepanov, utilizó el de Moreno.

[3] Tanto las palabras como las frases o párrafos en cursiva que aparecen a lo largo de este libro están extraídos de los documentos citados.

[4] P. Togliatti, Le fascisme italien, París, 1971, pp. 54 y ss.

[5] P. Togliatti, Escritos sobre la guerra de España, Barcelona, 1980, pp. 121 y ss.

[6] Este documento es posterior al verano de 1939; está escrito tras el pacto germano-soviético y la ilegalización del PC en Francia.

[7] Partido Socialista Unificado de Cataluña.

[8] Discurso en Yenan a la juventud, 4 de mayo de 1939.

[9] Utilizaré indistintamente Internacional Comunista (IC) y Komintern.

[10] Solo hay información a partir del único superviviente, que es Dolores Ibárruri; pues el otro supuesto asistente vivo, José Palau, no fue tal, dado que llegó tarde y solo tiene la versión verbal que le dio Checa.

[11] El I Congreso del PC hindú se celebrará en 1943.

[12] M. Kaplan, 50 años de historia argentina, México, 1977.

[13] El drama de estos niños fue múltiple. Además de los azares históricos y las dificultades de todo tipo que sufrieron, en numerosos casos venían sin registrar sus apellidos y filiación, por lo que muchos padres perdieron a sus hijos y muchos hijos no volvieron a ver a sus padres. No fue premeditado; fue irresponsabilidad e improvisación.

[14] Policía Política del Estado.

[15] Juventudes Socialistas Unificadas.

[16] La Internacional Comunista, órgano del Comité Ejecutivo de la IC. Publicado en español, ruso, alemán, francés, inglés y chino.

[17] El mundo de la III Internacional. Historia del Marxismo, Barcelona, 1983.

Capítulo 2

Tu vida, lo mismo que la flor, ¿es menos bella acaso

porque crezca y se abra en brazos de la muerte?

L. Cernuda, Como quien espera el alba

LA QUIEBRA DEL INTERIOR

La palabra «interior» designa una mezcla de arcano y esperanza; con ella se referirán a aquellos que luchan contra la dictadura dentro de España. Va a ser mitificada y escarnecida, añorada y vilipendiada; fue el objetivo de todo y de todos.

En el «interior», se puede decir sin exagerar, no existió ni el pacto germano-soviético ni la invasión nazi de la URSS. Hubo que esperar a la victoria soviética de Stalingrado, en 1943, para que algún hecho supremo, optimista, superara las miserias cotidianas y entrara como un soplo de esperanza en el viacrucis de las organizaciones comunistas del «interior». Con deliciosa grandilocuencia bíblica lo recordará Pasionaria en un discurso: La derrota alemana en Stalingrado grabó en el palacio de El Pardo el trágico MANEL, THEZEL, PHARES que anunciaba al Caudillo sangriento el hundimiento de su poder. No fue profético, pero sí el símbolo de que algo al fin empezaba a cambiar.

Unas horas después de que se hiciera público el último parte de guerra del general Franco, el 1 de abril de 1939, ya se reunían en el campo de concentración de Albatera una parte de la dirección política y militar del PCE que no había podido escapar. Unos pocos porque no quisieron y otros porque vagaron sin instrucciones, a la espera de orientaciones; los concentraron y

pasaron a ser indocumentados en busca de oportunidades de fuga hacia el exilio. Mientras esperaban esas instrucciones terminó la guerra y ahora se encontraban sentados en el suelo de Albatera: el coronel Toral, el coronel Etelvino Vega, el coronel Burillo, el comandante Asarta, Cristóbal Errandonea, Larrañaga, el coronel Ortega, Ormazábal, Cazorla…, casi todos miembros del Comité Central e incluso alguno, como Larrañaga, del máximo órgano del partido, el Buró Político.

Ellos se constituirán en dirección del PCE y discutirán la línea que seguir. Unos, como Etelvino Vega, proponen echarse al monte y organizar partidas guerrilleras; otros, como Cazorla, encontrar la vía de escape y huir hacia Francia. (La crueldad del destino ocasionará que ambos tengan un final similar al que proponían: Vega fusilado, tras ser detenido[1] en Alicante, y Cazorla caerá en Madrid, en el primer intento de organizar las guerrillas.) Otros sostienen dar licencia general (Ormazábal) y que cada uno se las apañe como pueda para salir de España y entrar en contacto con la dirección del partido en el exilio y las orientaciones de la Internacional Comunista.

No se llegará a ninguna conclusión. Se tomará la decisión de no adoptar ninguna; que cada uno obre como pueda y haga lo que le parezca bien. Solo Larrañaga, como máximo dirigente en el escalafón partidario, pasará la antorcha del mando a un tal Espinosa, que luego aparecerá episódicamente en nuestra historia, y este le cederá el tan poco querido objeto a un cuadro de menor cuantía, Calixto Pérez Doñoro, para que se dirija a Madrid –como Dios le dé a entender– y se entere de qué queda allí. Los demás obrarán en conciencia. Son muy pocos los que optan por orientar a los residuos que dejó la derrota, como veremos en páginas posteriores. Estos consideran que su deber está en acompañar a su pueblo e intentar recuperar lo perdido ante el inminente derrumbe del franquismo. Pero los más, utilizando toda su habilidad, sus contactos y la camarada fortuna, inician una larga marcha para escapar del infierno en el que se había convertido el país para cualquier demócrata y más aún para los comunistas, los más aislados y recalcitrantes, después de la confusa experiencia de la Junta de Casado.

Se ha afirmado con frecuencia en las altas instancias del PCE, e incluso en documentos oficiales, el sentimiento autocrítico por el error que supuso no dejar algo organizado para el momento de la derrota, algo que facilitara la lucha clandestina que se avecinaba. En el V Congreso del partido (1954), la secretaria general de entonces, Dolores Ibárruri, afirma: Fue una gran debilidad no haber

dejado organizado en España el trabajo ilegal del partido, no solo al salir del país después de la derrota, sino antes, en el transcurso de la guerra. A partir de esta «autocrítica» de Pasionaria se repetirá en los libros, hasta la saciedad, esta audacia conmiserativa que paliaba otro error de fondo, del que nadie se autocriticaba: la concepción del momento político. La falta de previsión clandestina es un recurso manido que no resiste la crítica por dos motivos. El primero es que el análisis del final de la guerra y de la inminente caída del régimen de Franco –ilusión que se mantendrá durante décadas– impedían por principio la estructuración de organizaciones que tuvieran como misión resistir un periodo más o menos largo, que es el principio básico de un aparato organizativo en la clandestinidad. Si alguien entonces hubiera tenido la osadía de proponerlo le habrían fusilado por traidor y agente del enemigo, o cuando menos expulsado por «falta de confianza en las masas».

El otro motivo, complementario del anterior, es que se dejó una mínima estructura organizativa, basada en la concepción comunista del momento político; es decir, un puñado de personas, de baja graduación en el escalafón partidario, que fueran capaces de resistir algunos meses. Lo suficiente para enlazar con el grueso del partido, cuya vuelta era inminente[2]. Se trataba entonces de coordinar a los desperdigados, atender a las cárceles; en resumen, garantizar la presencia del partido hasta la vuelta de los derrotados.

La misión política de esos militantes que constituyeron la primera dirección clandestina se redujo, en un principio, a estudiar la huida de aquellos dirigentes, como Mesón y Girón, que se encontraban en dificultades al pasar de las cárceles de la Junta de Casado a las de Franco, sin apenas cambiar de celdas.

En el informe de Checa al Buró Político, escrito en el exilio a comienzos del verano de 1939, se especifica el estado de la cuestión, dada su condición de responsable de organización: En los últimos tiempos de la guerra, la dirección del partido ha trabajado, aunque de manera débil, para preparar el paso a la ilegalidad. Se organizaron un comité de partido de tres camaradas no muy conocidos en Madrid, para las provincias de Madrid, Cuenca, Guadalajara y Toledo (uno de estos camaradas ya ha sido detenido); otro, en un pueblo de Granada, para Granada, Jaén y Almería; otro, en Ciudad Real, Córdoba y Extremadura; y otro, para la región de Levante.

La información de Checa era lenta por razones obvias; cuando él está escribiendo su informe, que echa por tierra las «autocríticas» edulcoradas, ya no

queda prácticamente nada de lo que se dejó en la «ilegalidad». El máximo dirigente que permanece en el interior, con sede en Madrid para reorganizar el partido, es una mujer, Matilde Landa. La decisión se tomó en la última reunión del Buró Político, incompleto, que se celebró en Madrid días antes del golpe de Casado.

Matilde Landa no figuraba en la nómina de la dirección del partido, pero estaba muy bien considerada como organizadora del Socorro Rojo durante la guerra. Es significativo que tanto ella como su sustituto a la cabeza del partido en el interior, Enrique Sánchez, fuesen ambos directivos del Socorro Rojo. Ahí está bien explícito el carácter asistencial de esa estructura organizativa que habían dejado en el interior. Ni política, ni militar, solo asistencial; ayuda a los presos y solidaridad con los represaliados; ese fue el criterio de las primeras direcciones partidarias. El tiempo no favorecería esta concepción.

Matilde Landa durará apenas una semana como responsable del partido en el interior antes de ser detenida, pero merece la pena detenernos sobre su figura como símbolo de la concepción del partido en los comienzos de la nueva etapa: la clandestinidad.

La organización sobre la que se asentó Matilde Landa en Madrid estuvo limitada a los residuos del Comité Provincial del partido anterior al golpe de Casado. Hay que hacer honor a los héroes, pero la verdad es tozuda y, en honor a esa verdad, hay que admitir que ocho miembros del Comité Provincial se mantuvieron escondidos en una casa de la calle Atocha desde que las tropas de Franco entraron en la ciudad. Cuando se les terminaron las provisiones se separaron. Los detuvieron de manera dispersa, a algunos incluso en sus domicilios. Al secretario de organización del comité, Joaquín Rodríguez, le capturaron en su propia casa; había salido de la de su vecino «para cambiarse de ropa». Es un ejemplo de la inexperiencia clandestina, que habrán de pagar caro.

El Partido Comunista que salía de la guerra no tenía ni idea de lo que era la clandestinidad, nadie la había conocido. Todos habían ingresado durante la República o durante la propia guerra. Además, consideraban que no había necesidad de aprenderlo, porque la caída del régimen iba a ser inminente. Habrá que esperar hasta 1941, concretamente en el breve periodo de Quiñones, para que un profesional de la clandestinidad enseñe al partido que la cosa iba para largo y que los métodos conspirativos necesarios para la ilegalidad eran más imprescindibles que los análisis políticos.

Matilde Landa tenía treinta y cuatro años cuando fue detenida el 4 de abril de 1939. Sin ser una personalidad intelectual, sí puede decirse que constituía una figura, tanto por su capacidad como por su formación y sus relaciones sociales. Había nacido en Badajoz de una familia liberal y bien posicionada económicamente; hablaba francés y estudió primero en la Universidad de Madrid y luego, a causa de una lesión pulmonar, buscó un clima más seco en la de Salamanca, donde siguió con su especialidad de ciencias naturales.

Su familia no solo se había preocupado de que estudiara piano, sino que la matriculó en la Residencia de Señoritas, anexa a la Institución Libre de Enseñanza, donde estaba su hermano Rubén. Casó en 1930 con Francisco López Ganivet, sobrino del pensador Ganivet, quien, como su tío, tendría un final suicida en 1961. Durante la guerra se separaron, y mientras él fue nombrado oficial del V Regimiento y siguió la suerte de Enrique Líster en la contienda, ella trabajó primero en la secretaría de Propaganda con Sánchez Arcas, y posteriormente volvió al Socorro Rojo para ayudar al veterano Isidoro Acevedo, fundador del PCE y compañero de Pablo Iglesias. Del matrimonio sobrevivió una hija.

Matilde había ingresado en el Partido Comunista a comienzos de la guerra, pero ya trabajaba con los comunistas en el Socorro Rojo Internacional y colaboraba activamente con Vittorio Vidali, el comunista italiano que popularizaría el apelativo de «Comandante Carlos» en el V Regimiento, y que llevaba en España desde diciembre de 1934. Matilde y Vidali mantendrán una estrecha relación personal que durará hasta bien entrada la guerra; a él se debió la afiliación de Matilde al partido.

El 21 de febrero, pocos días antes del golpe de Casado, llega Matilde Landa a Madrid y, según el testimonio de la única superviviente de la reunión del Buró Político, Dolores Ibárruri, se la dejó encargada del partido en el interior, ante la eventualidad de que Madrid cayera en manos del enemigo. Cuando aún los últimos dirigentes no habían abandonado Levante, ya recibió Matilde la orden de organizar la fuga de Mesón y Girón, presos en las cárceles de Casado y luego en las de Franco. En este intento estaba cuando la detuvieron.

Pasa varios meses detenida en Gobernación y luego en la cárcel de mujeres, hasta ser juzgada en diciembre de 1939 y condenada a muerte. Le conmutarán la pena gracias a las gestiones del sacerdote y filósofo García Morente, y se le da a escoger un penal exterior a la península. Elegirá Mallorca, en donde se suicidará

el 26 de septiembre de 1942, después de años de terrible sufrimiento personal, con su hija en la URSS, y ella sometida a un chantaje atroz: de su conversión al catolicismo dependía la cantidad de alimentos de los niños de las madres presas. Cuando no pudo soportar más la superchería y el obispo don José Miralles Sbert le exigió la cristianización, se lanzó desde una galería. Fue bautizada en artículo mortis y enterrada en sagrado. Es menester recordar que el obispo de Mallorca, José Miralles Sbert, logró escandalizar al escritor Bernanos por su fanatismo inquisitorial y asesino, testimoniado en su libro Los cementerios bajo la luna. Matilde dejará en su celda tres obras significativas: las de santa Teresa, editadas en Burgos, con notas del padre Silverio; las poesías de Bécquer, prologadas por los hermanos Quintero; y la edición completa de Quevedo, que le habían regalado sus compañeras de la cárcel de Ventas.

Detenida Matilde Landa y el grupo de Madrid, cada uno de los que lograban salir de Albatera o de Porta Coeli, o de tantos otros campos de concentración, tenían dos opciones: constituirse en dirección del partido en el interior y aglutinar a los comunistas dispersos, o cruzar la península hacia el exilio francés, camino de América, como hicieron Ramón Ormazábal (por Portugal), Jesús Larrañaga (por Euskadi), y tantos otros.

Las cárceles eran inmensos depósitos de presos, donde las noticias llegaban sesgadas y apenas si las interpretaban, porque desde el momento en que entraban en prisión dejaban de ser líderes políticos y pasaban a la categoría de heroicos ciudadanos que se disponían a mostrar su dignidad muriendo como valientes. Fue un martirologio que abarcó a todos, partidos y ciudadanos anónimos, y que, como tantas cosas, aún está históricamente disperso y ha sido mal contado.

Algunos llegaban a Madrid confiando en que el previsor partido hubiera dejado una estructura organizativa que les permitiera continuar la lucha con garantías. Ese fue el caso de José Cazorla, miembro del Comité Central. Había logrado escapar de Albatera con otro cuadro comunista, Torrecilla, y llegaron a Madrid dispuestos a echarse a la sierra si encontraban alguna base política para las armas y los puntos de apoyo. El carácter suicida de la iniciativa de Cazorla venía agravado aún más por su condición de exconsejero de Orden Público de la Junta de Defensa de Madrid y exgobernador de Albacete y Guadalajara. Si lo pillaban era hombre muerto. Este dirigente hubo de esconderse, haciéndose pasar por jardinero, en una casa de las afueras de Madrid, abandonado de todos, sin saber qué hacer y hacia dónde tirar, sin salir ni siquiera a la calle si no era para entrevistarse con otro dirigente menos conocido, Enrique Sánchez, a la sazón

responsable del partido en Madrid y en España y en lo que le alcanzara la vista. Le cogieron sin haber podido hacer nada más que pensar y esperar las esporádicas entrevistas con Sánchez. Luego la leyenda le convirtió en el primer guerrillero. Este hombre a quien conocía todo el mundo por su actividad como dirigente de las Juventudes Socialistas, desde antes de la unificación con las comunistas, nadie podía pensar que se encontrara a salto de mata en Madrid, esperando poder contactar con alguien de la dirección del partido. Al único que encontró fue a Enrique Sánchez, otro miembro del CC, que, desde la detención de Matilde Landa, se mantenía al frente de la «secretaría general del interior», según se decía entonces.

Enrique Sánchez, maestro, antiguo empleado de ferrocarriles, dado su estado de salud, no pudo ir al frente y se le adscribió al Socorro Rojo, y posteriormente a la Intendencia militar. Será la cabeza de la organización comunista de Madrid, con ramificaciones por diversos lugares, durante cuatro meses. Le detendrán en agosto de 1939 y con él irán a la cárcel varias decenas de militantes, entre los que se encontraba el médico Izquierdo y el futuro dramaturgo Buero Vallejo, entonces dibujante y voluntarioso calcador de cartillas, documentos y avales oficiales para la descabalada organización comunista.

Fusilarán a Enrique Sánchez, Torrecilla y Juan Fonseca, como antes habían hecho con Cazorla y su pequeño grupo de emboscados con ilusiones de ir a la sierra, y que ni siquiera llegaron a tener las armas, ni a salir de sus refugios. Política y previsión no habría entonces ninguna, pero heroísmo y dignidad había a raudales. Todo mezclado con el ambiente de la época, violento y pasional. Uno de los testigos carcelarios cuenta una conversación entre Enrique Sánchez y su hijo de siete años: «Dime: ¿qué van a hacer con papá?». Y el niño responde: «Matarte». «Y tú –añade Sánchez– ¿qué tienes que hacer?» No dudó: «¡Vengarte!».

Había una solidaridad ante la muerte, ante el último gesto que cargaban de significado. En esos momentos Enrique Sánchez supo mostrar su carácter y su genuina autoridad. En aquellas circunstancias consiguió que los penados despidieran en posición de firmes la salida de Cazorla y sus compañeros hacia la cárcel de Porlier y el fusilamiento.

Los últimos gestos eran la última dignidad del derrotado, en los que ponían la frase o la anécdota para la historia, que sirviera, a su vez, para elevar la moral de sus camaradas. Cazorla redacta una frase que deja escrita a la organización,

como testamento para la epopeya: «Cuando se cae en la lucha por liberar a la humanidad, no se está tranquilo, sino orgulloso». Una especie de culto a la muerte digna, un relativizar ese acto definitivo de morir, sustituyendo la miseria del entorno por la grandeza del futuro que creían vislumbrar. Enrique Sánchez, cuando el director de la cárcel le comunica su inminente fusilamiento, se dirige a él, perentorio: «¡Tómeme el pulso!». Y ante el gesto de sorpresa del funcionario, le repite: «¡Tómeme el pulso, para que vea cómo mueren los comunistas, sin temblar!». Otros se volvían meditabundos y dedicaban un último pensamiento a la posteridad, como Perico Sánchez, que al leer la noticia del fusilamiento de «Girón, Mesón, Ascanio, etcétera» en un documento de la organización, entró en un mutismo tan rotundo que sus compañeros de celda de condenados a muerte le pidieron una explicación, y a él, candidato al fusilamiento, conocido solo por su familia y sus íntimos, no se le ocurrió otra cosa que decir: «Estaba pensando en el etcétera».

Estos hombres no estaban en las mejores condiciones para entender desde su digno y heroico olimpo a los otros, los pobres, los jodidos, que intentaban salvar la piel, porque era lo único importante; perdido todo, qué quedaba que no fuera la miseria de su propio cuerpo. Esto ocurrió con Amable Donoso, al que con injusticia e irresponsabilidad todavía se le incriminaría en la detención de Enrique Sánchez y sus compañeros.

Amable Donoso es más que un caso, es otro paradigma de los tiempos revueltos y de la grandeza y miseria que los rodean. Entra en el Partido Comunista a comienzos de la guerra y abandona el sacerdocio, alcanzando en el partido la categoría de miembro del comité de Madrid. Tras la desbandada que sigue a la derrota, Donoso vuelve a ejercer de sacerdote en una iglesia cercana a la calle Fortuny, en Madrid, y se reincorpora al partido en las tareas de propaganda. Detenido con el grupo de Enrique Sánchez, su comportamiento será especialmente correcto, lo que no se pudo decir de algunos de sus calumniadores, hasta el punto de tener garantizada la condena a muerte. Ya en la cárcel de Toreno, el capellán le ofrece servir de intermediario para la conmutación de esa máxima pena si vuelve a convertirse a la religión y asume su condición de sacerdote. Amable Donoso ofrece esperanzado esta salida al partido, que ya se puede suponer lo que resolvió.

Nunca superó su condición de renegado al escoger entre la renuncia a sus ideas o la vida. ¿Quién hoy puede seguir repitiendo la calumnia sobre Donoso? Enrique Sánchez le negará la mano, antes de ir al pelotón, porque «él no saluda a

traidores». Hay que entender la época, conocerla para comprender la dignidad de Sánchez y comprender también la humanidad de Donoso. Ambos eran esclavos y señores de aquel momento[3]. La amplia frontera entre un hombre débil, que se ve obligado a traicionar sus convicciones, se transformaba en la tenue frontera entre el renegado al que, con el tiempo y sin saber cómo, todos ya reconocían como el «confidente».

Las direcciones del PCE se formaban en las calles de Madrid y se disolvían en la Puerta del Sol, en el siniestro edificio de la Dirección General de Seguridad, para volver a reagruparse ante los pelotones de fusilamiento. Sin duda Madrid ejercía la atracción de ser el centro, la organización importante, el mito del partido por su heroica resistencia bélica, y aquí se concentraban, por tanto, los mayores golpes policiales. Incluso el PSUC, más cercano a la frontera, dependerá del centro dentro de las inestables condiciones del momento, e irá de la mano en las caídas importantes, que alcanzarán ramificaciones casi siempre de varias provincias.

En la escasa y deleznable historiografía oficial del PCE se cuenta brevemente que, durante esta etapa entre el final de la guerra y la llegada de dirigentes «avalados» desde el exterior, la dirección política la ejercía desde la cárcel un «centro dirigente encabezado por Girón». Leyenda ridícula e inconsistente, porque Girón pasa de la Junta de Casado, que le detuvo el 7 de marzo de 1939, sin cambiar ni de carceleros, sino de director, hasta su fusilamiento el 3 de julio de 1941, días después de conocerse la invasión nazi de la URSS. Le acompañaron en el paredón otros líderes muy populares en el Madrid de la guerra, como Eugenio Mesón y Guillermo Ascanio. Suponer que desde la cárcel se podía ejercer algún tipo de dirección política u organizativa significa desconocer las condiciones de las prisiones y de la represión del momento. Tanto Girón, en la cárcel de Yeserías, como Matilde Landa, en la de Ventas, sirvieron para mantener un clima de esperanza no solo ante los agravios permanentes que sufrían, sino ante las derrotas y catástrofes del mundo, que bajaban a mínimos la moral combatiente. También servían para seguir con atención las detenciones y hacer sugerencias a los supervivientes; fuera de eso, nada.

Detenido Enrique Sánchez, se abre un periodo que durará hasta la primavera de 1941, casi dos años, en el que no existe Partido Comunista estructurado, sino comunistas dispersos, dependiendo de sí mismos y sin esa orientación taxativa del leninismo, según la cual hay partido cuando hay organización. No había organización, sino grupos de amigos, familiares y conocidos que se dedicaban a

animarse mutuamente y que carecían de conexiones, fuera de las sospechas, fundadas en muchos casos, sobre confidentes y descalificaciones mutuas; pues eran tiempos preñados de tipos que pensaban en la delación como única forma de sobrevivir a la quema. El más importante de estos casos fue el denominado expediente «de las trece rosas», de escaso interés político, pero importante fotografía humana de la inmediata posguerra.

El comandante Isaac Gabaldón, su hija y el chófer sufrieron un atentado en el que perdieron la vida, mientras viajaban cerca de Talavera de la Reina. Gabaldón tenía bajo su responsabilidad el Archivo de la Masonería y el Comunismo y su muerte nunca se aclaró, dada la enorme gama de candidatos a su eliminación. El atentado tuvo lugar el 27 de julio de 1939 y las consecuencias no se hicieron esperar. Fueron detenidos numerosos jóvenes que intentaban reconstruir las Juventudes Socialistas Unificadas animados por un exizquierdista que posteriormente se haría famoso en la policía de Franco, Roberto Conesa. Nadie ha podido aún demostrar relación alguna entre el supuesto robo de los expedientes que llevaba Gabaldón y los jóvenes incriminados, de los cuales algunos ya estaban detenidos cuando ocurrió el atentado. Un tribunal militar en juicio sumarísimo los condenó en número de 62 el 4 de agosto de 1939, y al día siguiente fueron fusilados 13 jóvenes[4] sin que se respetara ni a hermanos, que había; ni a novios; ni enfermos; ni siquiera a hijos de guardias civiles, que también los había. Fue una muestra del holocausto, que predecía lo que iban a ser los años venideros: una mezcla de voluntad y valentía, de sangre y de mierda.

Paralelamente a lo que hemos narrado de Matilde Landa y Enrique Sánchez, hubo otras iniciativas. Del campo de concentración de Albatera salieron, a finales de 1939, dos militantes con la misión de informarse y coordinar lo que quedara disperso a partir de Madrid. Ambos traían la representatividad verbal que les había otorgado, en Albatera, Jesús Larrañaga, miembro del Buró Político. Primero fue Espinosa y luego este le había cedido la misión a Calixto Pérez Doñoro. Ninguno de los dos había tenido participación destacada en ningún campo. Luis Espinosa, el más conocido, trabajó durante la guerra bajo las órdenes directas de Pedro Checa en el llamado «aparato militar» del PCE.

Espinosa, apenas llegado a Madrid, desaparece de la circulación, pues al intentar legalizar su situación se entera de que su quinta, que había sido llamada a filas por la República, volvía a ser convocada, esta vez por los vencedores, y le tocaba África. Allí estará destinado hasta que escape en 1942. Se queda, pues, Calixto Pérez como albacea de los dirigentes de Albatera y de toda la dirección

del partido, que ha desaparecido o se ha exiliado. Con la delicadeza que requiere el asunto, Calixto trata de poner en claro lo que queda de organizado en Madrid, utilizando solo a sus viejos conocidos, para evitar contactar con «infiltrados» y «denunciadores». La situación es tan demencial que se entera de la existencia de varios autodenominados comités provinciales del PCE, lo que obliga a los más capacitados a ponerse a la tarea de darle una cierta consistencia organizativa a aquel caos.

Doñoro contacta en Madrid con varios militantes sin notoriedad y conoce a un hombre que sabe rodearse de militantes valiosos y que tiene, además, una capacidad política y una experiencia de la que él está exento. Se llama José Wajsblum, y es entonces el genuino responsable de gran parte de los grupos comunistas que operan en Madrid. Bajo la orientación de este profesional de la Internacional Comunista se reunirán los escasos cuadros políticos que están libres. Lo hacen aprovechando el bautizo de la hija de un militante, Américo Tuero, lo que dice más que cien explicaciones sobre las dificilísimas condiciones en las que se veían obligados a trabajar. Presidida por Wajsblum asisten, además del anfitrión Tuero, Calixto Pérez Doñoro, el sastre Julián Vázquez, el tabernero Prades, el bombero Vaquerizo, el ferroviario Elvira y pocos más. De aquí saldrá un grupo, entre los más capaces, que luego se autodenominará Comisión Central Reorganizadora, y en la que están integrados: Wajsblum, Pérez Doñoro, Julián Vázquez, Sanzano (electricista de cine), Vaquerizo y Julito.

Esta reunión de festejantes del bautizo tendrá relevancia sobre la actividad política del PCE. Es la primera vez que autónomamente, sin ayuda exterior –si exceptuamos el papel de Wajsblum, que luego señalaremos–, un grupo de comunistas asume la dirección política, sin tener más garantías que su voluntad. Tendrá también consecuencias personales para los reunidos: cuando los detengan, el juez militar Josualdo de la Iglesia, que haciendo honor a su apellido no sabrá separar el fervor del fanatismo, agravará sus penas hasta el fusilamiento a todos los asistentes que reconocieran su participación en lo que para él era como un sacrilegio; el que unos comunistas ateos conspiraran al amparo de una ceremonia religiosa solo se podía lavar con el pelotón. Fusilará a todos los asistentes que lo confesaron, menos al anfitrión, Américo Tuero, que salvó la vida gracias a su nacionalidad argentina.

Las posteriores reuniones de esta Comisión Central Reorganizadora no sirven solo para hacer un balance de la situación organizativa del PCE en el interior, sino para constatar lo que uno de los supervivientes llama «nuestra debilidad

política». El nivel político del grupo «Reorganizador» es muy bajo y no hay posibilidad de reforzarlo con instrucciones exteriores. La línea política debía partir del análisis de los escasos hechos que filtraba la férrea censura de prensa y ninguno de los miembros de la Comisión Central Reorganizadora, si exceptuamos a Wajsblum, tenía idea de la complejidad de los problemas internacionales en aquellos terribles días de comienzos de 1941.

Es entonces cuando Wajsblum, ante las quejas que le formulan sus colegas, ayunos de formación política y confiando en él como hombre de la Komintern, que siempre tendría soluciones para todo, pronuncia las mágicas palabras que tantas consecuencias habrían de tener en sus vidas: «Yo conozco a un hombre en Valencia que tiene los conocimientos necesarios para hacerse cargo de la Comisión Central Reorganizadora y es de absoluta confianza». Este hombre recomendado por Wajsblum respondía al nombre de Heriberto Quiñones González.

¿Quién era Wajsblum, para recomendar con éxito a otro y lograr que, en tan cautelosos tiempos, le aceptaran la propuesta como oro de ley? Se hacía llamar José Wajsblum Herman, había nacido en Polonia y, siendo niño, al retirarse el ejército soviético de la zona que había ocupado en 1920, lo llevaron consigo a la URSS. Su padre abandonará Polonia y montará en Estados Unidos una industria textil. Profesionalmente se formó en la URSS en el campo de la ingeniería electrónica. Además de unas manos de orfebre, sentía una especial predisposición hacia la radiotelefonía y los idiomas; quienes le conocieron bien afirman que hablaba media docena de lenguas.

Llegó a España durante la guerra civil y trabajó de asesor en las industrias bélicas, donde, como es bien sabido y poco documentado, los soviéticos concentraron a algunos de sus hombres. Casó a poco de llegar con una valenciana de buena posición económica; y del matrimonio nació, con dificultades, un hijo que andaría siempre en silla de ruedas y al que su padre adoraba. Antes de entrar en España, Wajsblum se había ganado un buen historial al servicio de la IC y de la URSS, trabajando como infiltrado en los astilleros italianos donde Mussolini construía un barco acorazado para la Polonia del mariscal Pilsudski. Fue un profesional de la IC, de la ya declinante Komintern, como tantos otros, la mayoría héroes anónimos con ingratos y deslucidos trabajos; unos pocos pasaron a la historia, como Leopold Treper, por su red de información en Europa occidental durante la segunda guerra; otros, como Wajsblum o Quiñones, apenas si han ocupado alguna línea en las historias

oficiales, si no es para calumniarlos. Todos cumplían escrupulosamente con sus tareas, regularizando su situación; se casaban, buscaban trabajo y establecían su casa, tal como si fueran a vivir siempre. Luego la realidad, los avatares históricos o la muerte truncaban sus planes y solo un puñado de personas seguían fieles a su recuerdo; son los únicos que garantizan que han existido.

El fin de la guerra pilló a Wajsblum, como a tantos otros, en el campo de concentración de Albatera. Se ofrecerá voluntario para trabajar en Regiones Devastadas y, por su inclinación profesional hacia la electricidad y su atractivo personal, logrará que un coronel franquista fascinado por su capacidad técnica, su aparente apoliticismo y su simpatía, ponga en sus manos un emisor de radio entregado a España por los nazis, que a partir de entonces, según testimonio de supervivientes, servirá a Wajsblum para entrar en relación con «la casa»; es decir, Moscú[5].

Llevaba varios meses trabajando y recorriendo España en un coche oficial de Regiones Devastadas, cuando encontró a Heriberto Quiñones, otro hombre de la IC, extranjero, que sí tenía, a diferencia de Wajsblum, amplia experiencia política y sindical. Los dos eran profesionales de la revolución mundial, como solían explicar los documentos de la Komintern. Hay una bibliografía limitada, aunque muy vivencial y personalizada sobre este tipo de hombres. Lamentablemente, solo han escrito aquellos que pasaron al otro lado de la barricada y la actitud siniestra de los soviéticos en estos temas, su secretismo, ha impedido hasta ahora reconstruir buena parte de la historia de este «ejército en la sombra» que tan buenos servicios prestó a la URSS y en algunos casos a otros partidos, como el PCE; ya que sin ellos hubiera prácticamente desaparecido en términos políticos hasta 1944 y la incorporación de Jesús Monzón al trabajo clandestino en el interior.

Formaban parte de esa intrincada red de «profesionales de la revolución mundial», que Malraux describió, admirado, en La condición humana y que convirtieron a la URSS en la primera potencia informativa, en el centro de la más poderosa maraña de datos, muchos de los cuales fueron luego usados en detrimento de los propios informadores. El marxista alemán Karl Korsch, en su reseña sobre el libro de Jan Valtín, dedicado a su experiencia como agente de la IC, definía admirablemente la significación de ese Ejército en la sombra en 1941: existe gente que quiere minimizar la importancia del libro de Valtín subrayando que el autor nunca fue «un comunista importante». Es, por el contrario, importante que este feroz ataque contra los actuales usurpadores del

nombre del comunismo revolucionario provenga no de una persona de posición elevada en el partido, sino de uno de aquellos trabajadores comunes que siempre fueron usados malamente y sacrificados a los fines más elevados de los dioses[6]. Tanto Wajsblum como Quiñones son esos «trabajadores comunes». Posiblemente su muerte heroica les evitó el descubrimiento de su involuntario papel dentro de esa línea general de la IC, marcada en 1941, de la fractura entre las masas obreras y un restringido círculo secreto, utilizando las palabras de Korsch.

Este «ejército en la sombra» está definido con un estilo inconfundible por el mismo Korsch, que tiene la autoridad que le otorga su experiencia de antiguo dirigente del PC alemán: El movimiento comunista internacional había perdido todo el significado autónomo que tenía antes. Se había transformado en un simple instrumento del gobierno ruso. Y en este papel no cumplía ya ninguna función política, sino que estaba reducido a actividades organizativas y conspirativas. Las secciones nacionales de la Komintern (los partidos comunistas de los diversos países) habían sido virtualmente transformadas en secciones[7] destacadas del servicio secreto ruso[8].

Hombres como Quiñones y Wajsblum marcaban el lado heroico de esa dramática historia, peones de brega en un partido donde la dirección había desaparecido y donde ellos, creados para pelear en la sombra, tuvieron que avanzar un paso y asumir su papel ante la historia, con una dignidad, un talento y un valor que dudo pudiesen igualar los autóctonos dirigentes españoles. Cruel paradoja la de esos hombres obligados a ser, por un azar, más españoles que los propios dirigentes, que se habían convertido en más soviéticos que los soviéticos. El frágil tejido político con el que estaba hecho ese equipo dirigente quizá determinó en Quiñones, como veremos, una mayor autoridad frente a ellos.

UN HOMBRE PARA LOS TIEMPOS DIFÍCILES: HERIBERTO QUIÑONES

Un día de abril de 1941 llegó a Madrid Heriberto Quiñones González con documentación falsa a nombre de Anselmo Aracil Laborda, arquitecto. Entraba en la última etapa de su vida un hombre que iba a pasar a la historia para unos

sencillamente como Quiñones y para otros, hasta la actualidad, como el «traidor Quiñones».

Su figura no ha sido rehabilitada por el PCE, ni siquiera revisada. El «asunto Quiñones» sigue siendo para sus acusadores un caso cerrado, mientras que para nosotros es una incógnita. Para la historia se trata de una personalidad atractiva, casi fascinante, que se cierra heroicamente con su fusilamiento frente a las tapias del cementerio del Este madrileño el 2 de octubre de 1942. Fue capaz de plantear por primera vez en la historia del PC de España una línea política y unos métodos de funcionamiento diferentes de los oficiales. Habrá que esperar hasta la década de los sesenta para que este hecho se repita en el caso de Fernando Claudín y Jorge Semprún; claro está, que con la obvia diferencia de época y personalidades. Siempre se olvida el carácter de precedente que tiene la figura de Heriberto Quiñones.

No estamos aún en condiciones de desvelar muchos aspectos del personaje Quiñones; se necesitaría disponer de los archivos de la IC. No obstante, sí hay los suficientes datos como para describir, aunque sea superficialmente, al personaje, su actividad política y sus planteamientos teórico-prácticos. A partir de ellos quizá se comprenda por qué el «asunto Quiñones» nunca ha sido revisado, a diferencia de otros casos que, como observaremos más adelante, fueron analizados autocríticamente, aunque solo a efectos de vida interna del partido. En el PCE jamás se hizo documento público alguno que lavara las afrentas que también públicamente se habían proferido.

En tan solo nueve meses de actividad conspirativa (abril-diciembre de 1941), y en unas condiciones particularmente difíciles, Quiñones abrirá una crisis en el PCE, cuestionando tan variados elementos que quizá sea esta una de las razones de la siempre postergada revisión de su caso. En primer lugar está su nacionalidad. Oficialmente el PCE tendría que explicar que Quiñones no era español y justificar inmediatamente la razón que hizo posible que la organización del interior estuviera dirigida en sus momentos más difíciles (1940-1941) por profesionales de la IC, no designados expresamente para ello. La dirección oficial del PCE se encontraba en el exilio soviético o americano, iniciando uno de los rasgos que se harían más acusados en esa troupe itinerante, el «síndrome de Lenin», esa especie de remedo del líder bolchevique según la cual no hacía falta estar presente en los acontecimientos y sobre el terreno, sino que a través de cartas, de «análisis científicos», de «orientaciones correctas», los modestos cuadros del interior entenderían el qué, el cómo y el cuándo que

constituye la base de todo revolucionario. Uno de los paradigmas del «síndrome de Lenin», Vicente Uribe, lo expresó así desde su exilio: Nosotros estamos aquí para pensar lo que ellos tienen que hacer[9]. La figura de Quiñones echó por tierra esta fantasmada en 1941.

El que se hace llamar Heriberto Quiñones González llega a España en 1931, desde Francia[10], como instructor de la Komintern y se le destina a Valencia, para hacerse cargo del grupo «antimilitar»; denominación que recibía en el argot comunista de la época el trabajo en el seno del Ejército.

Hablaba castellano con acento sudamericano, por lo que se veía obligado a narrar una historia explicando su viaje de infancia a Argentina, sus padres españoles, su vuelta a España ante la llamada de la sangre. Es indudable que había estado en Latinoamérica, como gran parte de los cuadros de la Komintern de procedencia eslava que se dedicaron a los temas españoles y que sirvieron en las redes de información de la URSS y de la IC.

Quiñones nació en Besarabia, al igual que su admirado mariscal Timoshenko; por tanto, no es fácil decir si era rumano o recién asimilado ruso, porque las tierras de Besarabia y Bucovina estaban en litigio ruso-rumano desde muchos años antes. En 1941 Quiñones podía considerarse por razones de nacimiento un ruso. En la primera década del siglo, que es la fecha previsible de su nacimiento, Quiñones tendría la nacionalidad rusa, pero si vio la luz a finales de la segunda década tendría pasaporte rumano, pues desde 1917 hasta 1940 perteneció a Rumania.

Su último nombre en Francia, antes de entrar en la península, fue el de Yefin Granowdiski. Tenía esa capacidad de los pueblos centroeuropeos, acostumbrados a coexistir entre diversas lenguas, para asimilar rápidamente los más variados idiomas; en pocos meses aprenderá catalán, lo que servirá de base cuando se desplace a Palma de Mallorca. Viaja con documentación a nombre de José Cavanna y luego, en Valencia, consigue otra haciéndose pasar por Vicente Moragues. En 1933 se le prepara ya una biografía más sólida, elaborada gracias a un comunista asturiano empleado en el ayuntamiento de Gijón, que le hará nacer en esa villa asturiana en el mes de enero de 1907. Con esta identidad pasará a la historia; es la de Heriberto Quiñones González. Desde entonces, y tras una estancia en Asturias de familiarización con su nueva personalidad, el recién «bautizado» Quiñones hablará con acento asturiano, salpicando de «bablismos» su lenguaje.

Se casa en Levante con la comunista balear Aurora Picornell y del matrimonio nacerá una hija a la que pondrán un nombre inequívoco, «Octubrina»[11]. Vive la revolución de 1934 en Palma de Mallorca, adonde ha ido destinado coincidiendo con la crisis del PC de las Baleares, donde tiene influencia el Bloc Obrer y Camperol (BOC), entonces filotroskista. Le detienen como consecuencia de la fallida revuelta de octubre y es encarcelado junto a otros cuarenta y nueve comunistas de las islas por tenencia de explosivos. Atrae entonces sobre su persona la atención de la policía española y se descubren irregularidades en su filiación, en especial la ausencia de «servicio militar». Es declarado inútil total por tuberculosis, lo que, dicho sea de paso, era verdad. Quizá la única y genuina verdad fuera esa enfermedad que le salvará la vida, pues al estallar la sublevación del 19 de julio de 1936 en Palma, Quiñones se encuentra en el hospital antituberculoso de Humera (Madrid). De haberse quedado en la isla le hubiera ocurrido lo mismo que a su esposa, quien fue fusilada en los primeros momentos del alzamiento fascista.

En la guerra civil, Quiñones participa en el intento de liberar Mallorca con la columna del coronel Bayo y trabaja en la reorganización del PC de Menorca en 1938. Pero su principal tarea estará ligada a la embajada de la URSS en España, ejerciendo diversas funciones que van desde la radio hasta intérprete de los militares soviéticos. Estos son hechos probados, luego están otros probables, como su participación en el XIV Cuerpo de Guerrilleros, donde, según algunos, habría alcanzado el grado de comandante. Lo único comprobado es que Quiñones conservaba un cinturón de guerrilleros que la policía le romperá a golpes durante las largas sesiones de torturas a las que fue sometido. Parece confirmado también que trabajó en el SIEP (Servicio de Información Especial Periférica), uno de los grupos de «inteligencia» de la República.

También se encuentra en el campo de concentración de Albatera al finalizar la guerra, pero escapa pronto y se dirige a Valencia, adonde llega en los últimos días de abril de 1939. Se constituye, por exclusión y ausencia de otros, en dirección del partido y trabaja en la reconstrucción de la organización comunista, en condiciones tan difíciles que carece hasta de lugar para dormir, usando para tal menester los portales. Logra crear una mínima infraestructura e incluso envía hasta la frontera francesa a un militante, Gonzalo Castelló, con el objetivo de encontrar unas casas en el valle de Broto, en el Pirineo de Huesca, que sirvieran como plataforma para el traslado de gente; una vía de salida segura hacia el país vecino que permitiera la comunicación con el exterior. La gestión falla porque la zona está arrasada y deshabitada tras el deterioro de la guerra.

En el verano de 1939, Quiñones es detenido y, tras ser sometido a torturas, le encierran en la cárcel de Valencia, de donde no saldrá hasta octubre de 1940. Un hecho poco conocido de la inmediata posguerra es la actividad de un selecto grupo de policías nazis, enviados a España con la finalidad de descubrir o recuperar a los agentes de la IC que habían llegado durante la guerra civil. Quiñones pasará por sus manos en 1939. Estos nazis fueron los pioneros de una siniestra novedad, entonces sofisticadísima: la tortura eléctrica. Cuando Quiñones llega a la cárcel de Porta Coeli de Valencia hay testimonios que garantizan la protesta del director de la prisión, alegando que «le llevaban un cadáver». Quiñones ingresa directamente en la enfermería y mantiene el primer contacto con la dirección del PCE desde el final de la guerra; este hecho tendrá consecuencias.

Quiñones está prácticamente desahuciado cuando solicita una conversación con el más alto dirigente del partido en la cárcel, para que la transmita a la dirección del PCE y a «la casa» (Moscú). El dirigente es el vasco Ramón Ormazábal, miembro suplente del CC. En 1941, ya desde su exilio en Nueva York, Ormazábal escribirá un informe al Buró Político del PCE, del que se conserva gran parte en los archivos del PCE, aunque en un estado de deterioro lamentable. Este documento será la principal base para que la dirección del partido defina a Quiñones.

Un buen día –cuenta Ormazábal en el denominado Informe sobre Paco[12]–, no puedo precisar con exactitud, pero al mes o mes y medio de estar nosotros en la cárcel, nos avisó [Quiñones]. Fui con algún otro camarada a su habitación. Estaba un poco emocionado, pero entero. Su opinión era que lo llevaban a Baleares y que para él todo había terminado. Nos abrazó muy emocionado y nos pidió como única voluntad suya que si salíamos nosotros adelante continuaríamos la obra sin flaquear. Al salir de la habitación se despidió de nosotros definitivamente con un viva a la Internacional Comunista.

Llama la atención en el documento que citamos el trato de superioridad y desconfianza de Quiñones hacia Ormazábal, un recién ascendido al CC gracias al corrimiento de escala que produjo entre los vascos la liquidación política de Astigarrabía, en 1937. Le aconseja seguir luchando como si se tratara de un militante de base. La distancia es tal que Ormazábal señala en su informe que también conmigo se expresaba con una gran reserva.

Pero hay un cambio de actitud a finales de 1939[13]. Ormazábal lo relata así:

Una mañana nos comunicaron que de noche le habían traído a la cárcel en un estado verdaderamente moribundo. Se contaban detalles de que el director de la cárcel se había negado ante la policía a admitir un cadáver y que los policías le respondieron que efectivamente le devolvían porque era un cadáver y que si no, no le devolverían todavía… Hay en el informe del dirigente vasco sobre Quiñones una coletilla permanente, «se contaba», «decían», en un claro intento de distanciarse de Quiñones e incluso de aparentar que no se confía demasiado en los hechos que rodean su detención. No escribe que fuera torturado, cuando es evidente que vio con sus propios ojos las consecuencias, su estado. Hay un momento en el que no le queda más remedio que meter los dedos en la llaga y entonces afirma: Cuando llegué a la enfermería […] no me reconoció. El médico, un camarada al parecer de confianza, de Valencia, me aconsejó que marchase porque [Quiñones] no estaba ni podía estar aquel día en estado de charlar. Le pregunté a este médico si él sabía si saldría y me respondió con dudas. A los dos o tres días volví. Estaba ya un poco restablecido y rogó a los que había allí que nos dejasen solos […]. Creo que lo mejor es relataros muy concretamente no solo lo que entonces me contó y la actitud que mantenía, sino también la impresión que yo recibí.

Hay que agradecer a Ormazábal su escrupulosidad, que, al margen de coletillas y distanciamientos, es hoy por hoy la única fuente escrita de la que disponemos sobre la detención de Quiñones: Su estado era lamentable –escribe Ormazábal–. Estaba agotado físicamente hasta el punto de no tener más que un hilo de voz […] y a las pocas palabras tenía que reponerse. No podía moverse porque el reflejo nervioso de las corrientes [eléctricas] le producía grandes pérdidas en el cerebro y en las articulaciones, al menor movimiento. Las muñecas y los tobillos los tenía en carne viva de las quemaduras de las corrientes que le habían aplicado. Estaba esquelético. Semiabrazado […] me dijo que quería hacer su declaración para que la conociese el partido, porque todo indicaba que para él había terminado todo.

La declaración de Quiñones se redujo a contarle a Ormazábal su detención en Valencia, los interrogatorios y en especial las dificultades que tuvo para ocultar a los policías su trabajo en la embajada soviética durante la guerra; no hay ningún dato revelador, ni la más mínima pista autobiográfica. Estamos ante un profesional que cuenta a un inferior, para que lo transmita al Buró Político y a la IC, sus actividades militantes inmediatas, pero sin una sola concesión, sin un ápice de confidencia que nos permita a nosotros, o a Ormazábal en su momento, hacerse una idea de quién es el que le está hablando. Ormazábal se convierte en

un modesto magnetófono, solo eso; ahí está su limitación y el inmenso valor de su testimonio.

Ormazábal se escandaliza, por ejemplo, ante el carácter dialogante de Quiñones, y narra la historia de un militante –«un sinvergüenza», en el lenguaje de Ormazábal– que en la cárcel se ha atrevido a criticar a la dirección exiliada del partido, y para el que Quiñones recomienda que se proceda a hablar con él y convencerle de que no era buena su actitud. Ormazábal se indigna por ese liberalismo, y así lo hace saber a la dirección en su informe: Reaccioné violentamente; le hice observar que la intangibilidad de nuestro Buró Político era para los camaradas un problema de principios. Quizá involuntariamente Ormazábal había dado una definición de los dirigentes del BP que ni ellos mismos se hubieran atrevido a formular: «intangibles». Es decir, intocables, sagrados, y al tiempo lejanos e inaprensibles. Quiñones los tenía en un concepto mucho más pedestre.

Ormazábal parece consciente del riesgo que corre con su informe, pues es la última fuente de información sobre el sospechoso Quiñones; como todo portador de malas noticias, teme ser castigado por ello; de ahí la constante diferenciación de sus opiniones respecto a las de Paco (Quiñones): Un día –escribe Ormazábal– me habló [Quiñones] de que los camaradas de la Unión Soviética, cuando la cosa se puso fea, quisieron sacarle del país y llevarle a la URSS[14]. Para él –sigue escribiendo el fiel Ormazábal– era un gran mérito no haber accedido y lo explicaba así: ¡Cómo yo iba a marchar a comer el pan de los obreros de la URSS, después de no haber sido capaces aquí de ganar la guerra! Y estas palabras testimoniales, que son al tiempo una acusación y una autocrítica, obligan a Ormazábal a añadir: A mí me parecía esto una cosa monstruosa; implicaba una acusación de incapacidad al Comité Central [del PCE] y una crítica intolerable para todos los camaradas que habían ido a la URSS…

Quiñones, pasadas unas semanas, se recupera de su postración y empieza a pensar en escapar de la cárcel. Si no existiera el testimonio escrito por un militante tan disciplinado como Ramón Ormazábal, esa etapa de la detención y las torturas hubiera podido utilizarse en su contra, como un trabajo de infiltración. Ormazábal, involuntariamente, dejó un testimonio definitivo, que se mantuvo oculto y del que cabe pensar que conocía toda la dirección del partido, primero en México, donde estuvo depositado hasta el mes de abril de 1959, y luego en la URSS, y al que tenían acceso todos los cuadros que acusaron a Quiñones de «agente» y «traidor», entre los que sobresalieron, por la virulencia

de sus ataques, Dolores Ibárruri[15], Santiago Carrillo[16] y Fernando Claudín[17]. Si no leyeron estos informes fue porque no quisieron; sabían de su existencia y prefirieron ignorarla.

A Quiñones la oportunidad para escapar de la prisión se la va a proporcionar otro militante, Francisco Badía. La mujer de este se pone en contacto con un sacerdote que por dinero está dispuesto a sacar a un preso. El procedimiento es muy sencillo: el cura tiene acceso a los expedientes del Juzgado Militar número 11 y puede rellenar el documento que pone en libertad al encarcelado. Se decide que sea Quiñones el que se beneficie de la oportunidad, porque el cura no ponía más condición que la pecuniaria y el que se encontraba en mayores dificultades era él. Ante la sorpresa de todos, llega a la cárcel la orden de libertad condicional para Heriberto Quiñones. El asunto traerá cola, porque el cura no cobró, y los funcionarios y el director de la cárcel no se libraron de las sospechas policiales, que no entendían que el pez más gordo de la cárcel de Valencia saliera en libertad con tal facilidad[18].

En octubre de 1940, Quiñones está ya de nuevo en la calle y desde esa fecha hasta abril de 1941 no sabemos nada de lo que hizo. Hay quien afirma que se dirigió a Barcelona, donde tenía seguros contactos. Lo cierto es que abandonó Valencia durante algún tiempo y que no se acercó a Madrid hasta aquel día de abril de 1941, haciéndose pasar por el arquitecto Anselmo Aracil Laborda.

Su llegada a Madrid es consecuencia directa de la aceptación de la propuesta de Wajsblum a la Comisión Central Reorganizadora de traer de Valencia a un cuadro político capaz y de confianza. A la primera casa que se dirige en Madrid, en la calle Sainz de Baranda, no viene precisamente como un emboscado o un huido, sino como dirigente, vestido impecablemente; esta será una constante indumentaria de Quiñones hasta el momento de su detención, un detalle no muy habitual en la época ni entre la gente común ni menos aún entre los clandestinos, que bastante tenían con sobrevivir con sus hambres y sus pulgas. El detalle lo utilizarán demagógicamente en contra suya, al igual que el uso de agua de colonia, auténtica blasfemia en aquel movimiento bisoño de clandestinidad. Uno de sus adversarios más fanáticos le describía de esta guisa: «Se perfuma igual que las putas». Quiñones tenía en su haber una profesionalidad conspirativa de la que los otros carecían. Sin entrar en los nebulosos oficios anteriores a su entrada en España, había sido albañil en Palma, hasta convertirse en dirigente del gremio de la construcción, el único sindicato mallorquín vinculado a la UGTU[19]; y luego aparentó ser un caballero de buena posición en el Madrid de la posguerra.

Era un veterano de la conspiración, con su porte esbelto, delgado, de tez más morena que clara –demasiado sol–, susceptible de convertirse en aquello que dictaran las necesidades. Los otros estaban en la edad de piedra de la clandestinidad, él había pasado la de hierro.

A Madrid no viene solo; le acompaña un militante que ha recuperado en Valencia, Luis Sendín López, que había estado en órganos directivos de la Juventud Comunista antes de la guerra, amigo de Claudín, Girón y Cazorla, otros líderes juveniles anteriores a la unificación con las juventudes socialistas. Sendín, gallego, tuvo responsabilidades técnicas en el diario Mundo Obrero, y ya bien entrada la guerra había sido comisario de blindados. Sufría una querencia más fuerte que la política hacia las mujeres. Si llamaba la atención por algo era por su aparente falta de atractivo –bajito, ojos saltones, miope, poca cosa–, aunque tenía bien ganada fama de acompañarse de mujeres con fuste político, como la líder femenina Encarnación Fuyola, luego periodista en México. Las mujeres, más aún que la política, iban a ser su perdición y la de los suyos, y ese trato indiscriminado hacia el otro sexo, fuesen militantes, fulanas, viudas o hermanas (las que provocarían su detención), le costará la vida.

Tras su llegada en abril de 1941, Quiñones se hace desde la primera reunión con la denominada Comisión Central Reorganizadora. Solo hay un militante que se siente postergado, Calixto Pérez Doñoro, pues él había sido ungido desde el campo de Albatera para hacerse cargo del partido. Quiñones opera desde el primer momento como un dirigente seguro de sí mismo, que no tiene que pedir explicaciones a nadie. Toma en sus manos la organización y empieza a desarrollar una línea política, de la que el elemento más nuevo y llamativo se reducía a «tenemos que pensar por nosotros mismos», para hacer ahora un partido que se adapte a la situación y que anule la dispersión provocada por la derrota y el caos. Con grandes cautelas envía emisarios a todas las provincias con la intención de explicar que «ya hay una dirección del PCE en el interior». Sigue la táctica general del movimiento comunista de entonces: frente único por abajo, que ampliará a todos los niveles el 22 de junio, tras la invasión nazi de la URSS. Hay, no obstante, un llamativo detalle y es el interés que se toma desde el primer momento en desarrollar las contradicciones entre el enemigo: trabajar en los sindicatos fascistas y apoyar a los requetés en su pelea contra los falangistas. Dos novedades que la dirección del PCE no percibía y que adoptará casi diez años más tarde.

El único lugar donde se sigue manteniendo la fidelidad al exilio como única

dirección política es Bilbao. Allí está un oscuro dirigente que sobrevive en una chabola con huerto propio para autoabastecerse. Es Fernando López Realinos. No ejecuta ninguna actividad política más que servir de enlace, muy de tarde en tarde, con algún marinero acoquinado que trae un Mundo Obrero metido en una pastilla de jabón, o un llamamiento caducado en las entretelas de un abrigo viejo. En una hábil jugada, Quiñones se desembaraza de Calixto Pérez Doñoro, y le envía a Bilbao. La desconfianza del nuevo dirigente del PCE en el interior hacia Calixto, casi recíproca, había alcanzado tal punto que le sugirió la conveniencia de proveerse de una «pastilla» para suicidarse si caía en manos de la policía. A Quiñones le parecía Calixto un hombre débil, susceptible de desmoronarse ante la represión. La historia demostrará que no fue así, pues Calixto fue detenido y continuó sus actividades, pero en lo que no se equivocó Quiñones es en que Calixto no veía con buenos ojos su actividad. Cuando sea detenido Quiñones, Calixto se lo cobrará; él llevará el grueso de la campaña antiquiñonista en el interior.

La misión de Calixto en Bilbao se reducía a convencer a Realinos, y a los restos del Comité de Euskadi, de que la dirección del partido ya estaba en Madrid y era a ella a la que debía dar cuentas y también la que recibiría las escasas comunicaciones que procedían de América. Según cuenta el mismo Pérez Doñoro, las palabras de Quiñones fueron tajantes: «Si no logras convencerles, quédate allí y mándamelos aquí».

Doñoro, siendo militante hábil y trabajador, no tenía muchas luces políticas; no consigue convencerles y desplaza a Realinos y un par de miembros del Comité de Euskadi a Madrid para hablar con Quiñones. Este sí lo logra y les incorpora a la dirección. Realinos y uno de sus acompañantes, Luciano Sádaba, que había llegado de América y que traía una carta de Vicente Uribe (máximo dirigente en el exilio del otro lado del mar), pasan al nuevo equipo dirigente en Madrid, punto que señalar en el currículo de Quiñones. Tenía capacidad para convencer, pues ni Sádaba ni Realinos eran precisamente novatos.

A finales de junio de 1941 se produce la invasión nazi contra la URSS y, claro está, tratándose de un hombre de la IC, disciplinado y convencido, Quiñones acelera su organización para incidir más activamente en la política española. Por procedimientos desconocidos, pero fáciles de deducir, está al corriente de la nueva política de la IC: la Unión Nacional, la agrupación de todos frente al nazi-fascismo, y está claro para la IC que, cuando se dice todos, se incluye a los monárquicos. A él no le costó ningún esfuerzo hacerse a esa idea, porque ya

había apreciado que los comunistas debían ayudar a los requetés en sus ataques a los falangistas.

Durante el verano de 1941 tienen lugar una serie de reuniones con dos objetivos: constituir una dirección estable en el interior y elaborar una línea política que se adecúe al momento. El primer objetivo se consuma con la formación de un Buró Político[20] en el interior y el segundo tendrá concreción teórica en un documento que él titula Anticipo de orientación política, al que añade un paréntesis («hasta que se redacte el anteproyecto de tesis»), obra suya y de Sendín. El Buró Político de Quiñones se componía de doce miembros (luego se ampliará a trece) y fue elegido por el clásico procedimiento leninista de la «cooptación», lo que se reducía a ampliar y adaptar a los escasos cuadros políticos que tenía a mano los vaivenes represivos. Como dijo Quiñones, ante una crítica que le hacía uno de sus escasos amigos por la utilización de personajes tan frívolos como Sendín en puestos clave, «uno hace el mejor uso de lo que tiene, si no hay ninguna posibilidad de tener otra cosa».

En julio se produce una desgracia organizativa que obligará a Quiñones a reforzar sus medidas de seguridad y que pondrá a la policía sobre la pista de la nueva situación de la organización comunista en el interior. Un militante, Manuel Prades, instala una taberna en la calle Ave María de Madrid. No se trata de un militante distinguido, aunque es conocido por su actividad sindical en la UGT de las llamadas «Artes blancas» (panadería, pastelería…) antes de la guerra y su episódico paso por el Comité de Madrid. Por su taberna recalaron, en aquellos tiempos de soledad y aislamiento, bastantes militantes que volvían de los campos de concentración. Al ser detenido Prades, la primera vez tendrá un comportamiento correcto, pero al enterarse de que iba a ser condenado a muerte por su pasado se ofreció a la policía para denunciar sus conocimientos del partido si se le levantaba la máxima pena.

Fue excarcelado y provocó una caída de considerables dimensiones, paliada gracias a que los denunciados mantuvieron el tipo. Gran parte de la Comisión Central Reorganizadora que había salido del famoso bautizo en casa de Américo Tuero fue detenida. Salvo el anfitrión, Tuero, que alegó su condición de argentino, y el sastre Julián Vázquez, que negó todo y con tanta resistencia a la tortura que le creyeron, los demás asistentes al bautizo, prácticamente todos, fueron fusilados. No se libró ni el propio denunciador, Manuel Prades, a quien la policía no respetó el acuerdo; murió, según cuentan los supervivientes, como un perro, mientras unos le echaban escupitajos y otros balas.

Adaptándose a estas circunstancias, el Buró Político de Quiñones lo forman, entre otros, él, Sendín, Agustín Ibáñez, Fernando L. Realinos, Calixto Pérez, Luciano Sádaba (responsable de la Juventud), el asturiano Jesús Bayón, que luego tendrá un papel importante en los comienzos del movimiento guerrillero tras fugarse de la cárcel, Ángel Cardín (que sustituyó a Sádaba en la Juventud), Félix Navarro (responsable de Andalucía) y Valeriano García Bartrina. El primer acto constitutivo de este Buró Político consistió en redactar un acta y enviarla a la dirección del partido en México. En esta acta, brevísima, se hace constar el número de miembros del Buró, que entonces son doce, y se señala con minuciosidad la ausencia justificada de algunos responsables de zona, el catalán, asturiano, andaluz, Tomás y el de Alicante.

Respecto al documento programático titulado Anticipo de orientación política, es un texto del que se ha escrito bastante, sin que hasta ahora haya más que una persona que lo haya leído, el teniente coronel de la Guardia Civil Ángel Ruiz Ayúcar. Parece que está (o estaba) en poder de los servicios de Información de la Guardia Civi1[21]. Algunas de las referencias que proporciona Ruiz Ayúcar en su libro son aberrantes y carecen del estilo literario, por llamarlo de alguna manera, que caracteriza los documentos de la IC y de un profesional como Quiñones; posiblemente se trate de deducciones al estilo de la Guardia Civil, cuya misión no es precisamente la de escribir historia ni, por cierto, tampoco la de guardar documentos en depósito. Escribir que Quiñones proponía fusilar a Negrín y «al gobierno republicano» es una sandez o una extorsión del mismo jaez, pero a la inversa, de la que le lleva a escribir eufemísticamente al citado teniente coronel que la esposa, Aurora Picornell, «desapareció al comienzo de la guerra civil», en vez de señalar que fue fusilada por el Ejército sublevado.

Existe, no obstante, una referencia, aunque sea tangencial, del propio Quiñones al Anticipo de tesis en su primera comunicación a la dirección del partido en México. En esta comunicación destacan varias cosas. Al margen de su carácter disciplinado, que le lleva a dar cuenta a sus colegas en América, es chocante el tono, que debió de enfurecer a los «intangibles» del exilio: Queridos camaradas. Sirva esta nuestra primera comunicación para ponernos en contacto y delimitar nuestras acciones y funciones respectivas. Nuestro deseo –sigue escribiendo Quiñones– hubiera sido adjuntar con la presente un amplio y detallado informe sobre la situación económica, militar y política de nuestro país, por una parte, y de otra sobre el partido y sus actividades. Al mismo tiempo hubiéramos querido remitiros el «Anteproyecto de tesis», lo que nosotros consideramos debe ser línea política para España… Esta misiva inhabitual de unos militantes, por más

egregios que fueran, a los inaccesibles exiliados afectados del «síndrome de Lenin» lleva fecha de 31 de agosto de 1941.

Partimos de la base –sigue escribiendo Quiñones a la dirección en México– de que debido a la situación y condiciones actuales concretas se precisa en España una dirección fuerte que, de acuerdo con vosotros y la Internacional Comunista, pueda dirigir la lucha autónomamente, sin necesidad de consultar cada paso. No hay en Quiñones nada que no sea justeza, porque en 1941 la propuesta es tan obvia que o se cumple así o no puede hacerse de ninguna manera. Llama la atención la puntualización del acuerdo «con vosotros y con la IC», que no es lo mismo que ponerse incondicionalmente a sus órdenes y consignas, según estaban acostumbrados Uribe y el grupo de México, genuinos albaceas de la IC.

Quiñones habla a los dirigentes de México sin desprecio, pero desde la autoridad de ser un cuadro de la IC. Aunque su actitud es de igual a igual, va implícito un rasgo de aplomo y audacia que favorece su situación, particularmente difícil. Al otro no le queda más que escuchar y proyectar en la distancia; un papel muy alejado del que se creían llamados a prestar. Es una larga carta la que envía a América, donde se permite dar recomendaciones bastante atinadas sobre el carácter de los cuadros políticos que se destinen al interior: deben imitar a los paracaidistas que caen en suelo enemigo, capaces de orientarse [solos] y de saber orientar a los demás. Pasa revista también a la situación nacional e internacional, levemente, pero con conocimiento y en el estilo ortodoxo de la IC; y, tras informaciones y sugerencias, termina su misiva con una oportuna referencia que debió de parecerles una provocación: Finalmente queremos plantear lo siguiente: hay que hacer cumplir a todos los camaradas una decisión antigua de la Internacional Comunista, consistente en que todos los camaradas que no tengan pena de muerte regresen a España.

Tras esto, de poco debían valer las referencias a Stalin y Dimitrov, que carecían además del habitual tono exagerado, acerca del «gran Stalin» o el «clarividente Dimitrov». Se aprecia, no obstante, un cierto deje de minusvaloración de la capacidad de la dirección del PCE, recomendándoles tareas supletorias. Así, por ejemplo, escribe: Hemos comenzado a hacer gestiones para ponernos en contacto directo con la IC, tarea que vosotros podéis facilitar. Así pues, facilitadnos esta gestión que nosotros pensamos hacer por medio de Portugal e Inglaterra. En otras palabras: vosotros podéis ser unos intermediarios, porque estáis en mejores condiciones, pero nada más que eso.

Al recibir la carta empezó a funcionar el tantán informativo del partido, tratando de saber Uribe, Mije y los de Cuba quién se escondía tras ese Paco que firmaba tan seguro de sí mismo. Es entonces cuando la dirección en México pregunta a Ormazábal, que es el último que salió de España vía Portugal, si sabe a quién corresponde la lacónica firma de «Paco», dada la imposibilidad de comunicarse con Moscú, tarea lenta y compleja en plena debacle del Ejército y del Estado soviéticos.

Ormazábal responde inmediatamente: No cabe la menor duda de que el tal Paco es Quiñones, que es también el famoso delegado de la Internacional Comunista de que nos habló uno de los enlaces marítimos llegados aquí [Nueva York] últimamente desde Bilbao. Uribe, siguiendo su estilo poco dado a las consultas, toma varias decisiones aparentemente contradictorias: primero acelera los trámites para que entre en funcionamiento la dirección del partido que ha sido enviada hacia el interior, capitaneada por Larrañaga y Diéguez. Segundo, escribe una carta por el correo habitual marítimo que le llegará a Pérez Doñoro en Bilbao y que este no entrega a Quiñones para utilizarla posteriormente contra él. Tercero, intenta advertir a la organización del partido en Francia, que dirigen Carmen de Pedro y Jesús Monzón, de que hay problemas con el interior y se debe desplazar un enlace, lo que harán en octubre mandando a Jesús Carreras, un vasco experto en pasos de fronteras, y de escasa capacidad política para un vieu routier como Quiñones. Y, por último, dirige una comunicación a Dolores, que tardará casi dos años en obtener respuesta.

Ajenos a las reacciones de Uribe y la dirección en México, Quiñones y su gente se ponen a la tarea de estructurar un partido que contaba con numerosos militantes. Según afirma Julián Vázquez, responsable hasta su caída de la organización, alcanzaba la cifra de varios millares, con comités en lugares donde no existieron nunca, como Segovia o Cuenca, pero estancados siempre ante la cuadratura del círculo: cómo conseguir que unos militantes que desconocían las técnicas conspirativas las aprendiesen sin necesidad de ser detenidos, como le había ocurrido a todo el mundo, empezando por el propio Quiñones, que tenía el largo bagaje de su experiencia de profesional de la IC. En las condiciones en que trabajaban solo le daban a uno una única oportunidad; detrás estaba la cárcel por muchos años o el pelotón de fusilamiento.

Llama la atención la preocupación de Quiñones por las formas y su obsesión por el trato preferente hacia los presos y la discusión política en un momento muy poco dado a ella. Para evitar la parálisis informativa que genera la clandestinidad

a ultranza redacta unos boletines de una sola hoja, escrita solamente la mitad y en los que hay una recomendación curiosa: los boletines deben ser reproducidos por vuestros propios medios, con algún comentario cuando lo precisen, lo que escandalizaba a los dirigentes del mismo Buró de Quiñones, pues comprobaron que, en una ocasión que llegó el órgano Mundo obrero desde México, Quiñones se permitió apostillarlo. Estos boletines, que más bien son circulares, dan recomendaciones generales sobre procedimientos de discusión entre todos, absolutamente todos los presos […] y nuestros camaradas deben promover una inteligente y fraternal discusión con los presos de todas las tendencias.

Para enfrentarse a esa cuadratura del círculo de la clandestinidad desarrolla algunas técnicas usadas en diferentes niveles de los servicios de espionaje soviéticos y que produjeron éxitos, como el caso de Treper en Europa y el de Sorge en Japón, pero que a Quiñones, en Madrid y dedicado a hacer funcionar un partido político, no le servirán más que para sobrevivir unos meses más que los demás. Mantiene reuniones triangulares, en grupos nunca más extensos de tres. Para los dirigentes intentan desarrollar las «citas mudas» y espaciar las entrevistas lo más posible. Las «citas mudas» eran conocidas por el Buró Político de Quiñones como «contactos de saludos» y consistían en cruzarse por aceras paralelas cada dos o tres días, sin necesidad de pararse o dirigirse a la acera del otro salvo en caso de extrema necesidad; así se podía tener localizados a los dirigentes y no era fácil que provocaran otras caídas al ser seguidos. Si alguien se ausentaba, se daba el aviso de que había dificultades y se tenía tiempo para tomar medidas.

No tuvo mucho éxito, a tenor de los nueve meses que duró, y las citas triangulares sirvieron para que Uribe denominara en un informe interno «una estructura masónica de organización»; además de que las citas mudas, o «contactos de saludos», les parecían a muchos colegas del Buró una manía de espías. Resulta sintomático, no obstante, que las detenciones de julio provocadas por el tabernero Prades no desmantelaran por completo a la organización. El comportamiento de los más responsables –Wajsblum, Vázquez– fue espléndido y las actividades del partido siguen su ritmo sin apenas interrupción, aunque la policía tiene conocimiento por primera vez de que la organización comunista ha resucitado en base a un nuevo dirigente del que posee todos sus datos físicos gracias a la detención de su sastre, Martín Mon; quién mejor que él para apuntar sus medidas.

Un nuevo acontecimiento va a poner sobre aviso a la policía sobre la naturaleza

y las dificultades en las que se mueve la organización comunista en España. Dos miembros de las Juventudes Socialistas Unificadas, enviados desde América, han sido detenidos; forman parte de la operación montada por Uribe desde América para dotar al PCE de una dirección oficial en el interior.

Los dos jóvenes detenidos pasarán a la historia como «los traidores Irma y Lobo» por su responsabilidad –irresponsabilidad, habría que decir– en el desmantelamiento del equipo más cualificado que mandó nunca la dirección del partido a España. Los dos jóvenes estaban en una misión muy por encima de sus posibilidades, y sus únicos haberes políticos se reducían a una escasa militancia en las juventudes del PSUC. Ella respondía al espantoso nombre de Perpetua Rejas, una predicción de su destino que intentó cambiar llamándose Mari Ibarra e Irma. Él tampoco era manco: Eleuterio Lobo. ¿Qué hacían en España Rejas y Lobo?

En la primavera de 1941 la dirección del partido en México decide acelerar los planes para instaurar en Madrid un equipo político con experiencia, que sea la auténtica secretaría general del interior, con gente probada y de fidelidad fuera de toda sospecha. La decisión quizá fuese compartida, pero la selección del personal la hizo personalmente Vicente Uribe, miembro del Buró Político y máximo dirigente del centro americano, pues Checa llevaba enfermo y encamado desde marzo de aquel año y apenas si se levantará hasta su fallecimiento en agosto de 1942.

Los enviados al interior debían salir de La Habana, alcanzar Lisboa y esperar las noticias que les llegaran del interior, donde ya estaban dos jóvenes recogiendo datos y sentando las bases mínimas para la entrada de los que esperaban en Portugal. Los jóvenes de la vanguardia eran Perpetua Rejas (Irma) y Eleuterio Lobo, y el grupo de Lisboa lo componían Jesús Larrañaga, Isidro Diéguez, Asarta, Eduardo Castro (hermano de Enrique Castro Delgado), Jesús Gago y Jaime Girabau y Valverde, del PSUC. Había, por tanto, dos miembros del máximo organismo del partido, el Buró Político, Larrañaga y Diéguez. Larrañaga volvía al interior con la veteranía que le había conferido ser uno de los últimos en marcharse, tenía experiencia clandestina, y conocía muy bien los pasos de frontera en el País Vasco, por su condición de vasco, de obrero metalúrgico e incluso de exseminarista. Durante la guerra desempeñó un importante papel militar en la campaña del Norte. Su veteranía alcanzaba hasta el IV Congreso celebrado en Sevilla (1932), donde había sido ascendido al equipo dirigente del PCE.

En principio parecía el jefe auténtico del grupo que llegó a Lisboa el 19 de mayo de 1941. A sus órdenes estaba otro vasco, Manuel Asarta, miembro del Comité Central del PC de Euskadi. Más tarde llegarán otros integrantes del grupo, Castro y Jaime Girabau, obrero textil, excenetista y excomisario de división, además de miembro del Comité Nacional del PSUC. En julio se les unió Diéguez, una figura en ascenso dentro del aparato del partido, albañil que había sido responsable del Comité Provincial de Madrid durante la guerra y ascendido al Buró Político en 1938.

Irma y Lobo se dirigieron a Barcelona, donde tenían contactos y lograron posteriormente entrar en relación con Quiñones y entablar con él una única conversación. La impresión que obtiene Quiñones de los dos enviados es detestable y, temeroso de que se trate de una trampa, rompe toda relación con ellos. Esta medida preventiva le permitirá sobrevivir unos meses, porque en octubre la policía detiene a los dos enviados y, a partir de ellos, da con el conjunto de la red, que tiene sus extremos en Galicia y Lisboa. En Galicia cayó Francisco Barreiro, líder de la JSU y secretario del partido en Vigo; él, que había sobrevivido a la represión durante toda la guerra, fue a perder su buena suerte con la llegada de los enviados, y así, en una complicada historia preñada de confidentes y detenidos, la policía pudo reconstruir la tela de araña y detener primero a Eladio Rodríguez, secretario general del PC de Galicia, que había llegado en marzo a la península para hacerse cargo de su partido y que fue al encuentro del grupo de Lisboa, cavando con ello su tumba. Luego los policías de Oliveira Salazar hicieron el resto, primero detuvieron a Diéguez, Larrañaga y Asarta, y a partir de la agenda de Larrañaga pifiaron a Girabau y Gago, que acababan de llegar. Dos días después cayó el último, Eduardo Castro. La línea Barcelona-Galicia-Lisboa, que empezaba en Irma y Lobo y terminaba en Larrañaga y Diéguez, quedó desmantelada hasta sus últimas consecuencias el 17 de octubre de 1941. Los trasladaron de los cuartelinos de Salazar a las prisiones de Franco. El único que se quedó en Portugal fue Valverde, que tenía pasaporte cubano y su ciudadanía antillana en regla.

Los seis principales (Larrañaga, Diéguez, Asarta, Girabau, Eladio y Barreiro) serán fusilados el 21 de enero de 1942, no sin antes enviar una carta al Comité Central haciendo balance del fracaso y sugiriendo una idea luminosa que pasó inadvertida, pero que demuestra no solo su temple, sino su sensibilidad política: Queremos insistir –escriben los condenados– en los pocos instantes de vida que nos quedan. El enemigo es muy fuerte todavía. Huid de optimismos infundados, que solo conducen a castrar el ánimo. Esta reflexión, con la brillante expresión

final, no tuvo la menor consecuencia y, sin embargo, se les inventó posteriormente un papel político que estaban muy lejos de representar. Con ocasión del tercer aniversario de su fusilamiento, la dirección del PCE hará en 1945 una referencia política al grupo de Lisboa y a Quiñones, absolutamente desprovista de verdad, pero no de sentido. El sacrificio de Diéguez, de Larrañaga y de los otros camaradas estableció las bases para la lucha contra Quiñones, para la liquidación de sus nefastas influencias en el seno del partido[22]. Es evidente que no pudieron establecer «base» alguna, porque no llegaron ni a entrar en el país, pero sí tiene sentido la naturaleza del ataque a las «nefastas influencias» de Quiñones que los enviados a Lisboa pensaban interrumpir, pues, como dice con feliz desparpajo el órgano oficial, Nuestra Bandera, se estaba saboteando la línea política y desprestigiando a los miembros del Buró Político.

Es esta la primera referencia pública a Quiñones en la prensa del partido, en enero de 1945, y en verdad que el desprestigio del Buró Político que provocaba Quiñones no residía solo en la elaboración de una línea política y organizativa sin contemplaciones con la dirección del exilio, sino en sus brutales ataques a ese Buró Político, al que hace responsable, primero, del envío de Rejas y Lobo para contactar con él y luego del descalabro de Lisboa. En una comunicación interna enviada a México antes de que Quiñones supiera de las detenciones de Larrañaga, Diéguez y su grupo, les dice a los «intangibles» de México: No sabemos por qué nos enviasteis –se refiere a Perpetua Rejas, «Mari Ibarra»–, una mierda como esa, porque «cayó» porque ha querido caer e inmediatamente cantó y, en consecuencia, detuvieron a Lobo entre otros muchísimos [Alicante, Barcelona, Hellín, Sevilla y Madrid] [Quiñones aún no sabe lo de Lisboa y Galicia]. Este último [Lobo], de la misma calidad de su compañera de fatigas, a su vez cantó y canta y sigue cantando como una cotorra… Francamente, no comprendemos cómo hacéis esfuerzos y gastos para enviarnos basura… Gente de esa no necesitamos para nada, por tenerlos aquí a montones.

Fracasado, pues, este intento de penetrar en el interior desde América vía Lisboa, transportando una delegación del Comité Central, que cumpliera la doble finalidad de ser disciplinados y atentos con la emigración y que desbancaran las «tendencias» peligrosas de Quiñones y su autonomía política y organizativa, no quedó más remedio que hacer la prueba desde Francia, donde tanto Monzón como Carmen de Pedro están al tanto de la existencia de un peculiar secretario general del interior, con su Buró Político.

La organización de Francia envía al interior a Jesús Carreras con la única misión

de intercambiar información para que la dirección del exilio supiera a qué atenerse. Carreras llega a Madrid en octubre y logra entrevistarse con Quiñones en lugar tan singular como la plaza de la Cibeles. Se intercambian datos y Carreras lee a Quiñones una comunicación de Vicente Uribe enviada desde México vía Francia, en la que, sin utilizar un lenguaje duro, sino moderado –según dice hoy la única fuente que existe sobre este hecho, quien precisa que Carreras leyó la carta, pero no se la dio–, advierte no obstante a Quiñones de que la única dirección del partido es la que se encuentra en el exilio. Está claro que Uribe ni quiere ni puede romper con Quiñones porque es la única organización que queda en pie y trata de ganar tiempo, y mostrarse cauto desde que Quiñones ha tomado la decisión de romper los contactos con la dirección del exterior mientras no se hagan a nivel de su Comisión Nacional, rechazando así las iniciativas que se han tomado de separar a los presos de las cárceles de Madrid de la dirección política del interior. Quiñones había afirmado, y su Buró Político le había respaldado, que no habría más contactos con el exilio que los orgánicos; es decir, los controlados por ellos. A partir de ahora –escribe Quiñones a los dirigentes de México– debéis remitirnos todas las cosas a la CN [Comisión Nacional] y solo por su contacto[23].

El doble cerco a Quiñones, de la policía y de la dirección del partido en el exilio, se va cerrando. Las consecuencias de las detenciones de la línea Barcelona-Galicia-Lisboa han afectado exclusivamente a la organización del PSUC, que entonces tenía a su cabeza a otro hombre de la Internacional Comunista, el turco Alberto Assa, un judío sefardita que había llegado a España con las Brigadas Internacionales.

Quiñones está obsesionado con la idea de crear organizaciones guerrilleras, decisión ya tomada en el verano, según consta en el acta de la reunión de su Buró Político. El ritmo de trabajo se vuelve intenso, arrollador y, por tanto, los riesgos se multiplican desde el punto de vista conspirativo. Las caídas provocadas por Prades en julio han limitado el círculo de los hombres de su confianza al perder a Julián Vázquez, que era su mejor correo y puente con las organizaciones. Luego, en noviembre, se produce la detención de Realino en la Gran Vía madrileña, al ser reconocido por un policía de Bilbao. El penúltimo día de 1941, cuando pasaba junto a la puerta del metro General Mola, en la madrileña calle de Alcalá, la policía detiene a Quiñones; le acompaña un obrero santanderino, Ángel Cardín, secretario de organización tras la detención de Julián Vázquez.

Desde el 31 de diciembre de 1941 hasta su fusilamiento el 2 de octubre de 1942, estos nueve meses fueron para Quiñones la segunda parte de su actividad política; casi se podría decir que el papel de Quiñones como dirigente del partido, como secretario general del PC en el interior, se divide en dos periodos de nueve meses. Uno de clandestinidad y otro de detención. Hemos hablado sobre el primer periodo en clandestinidad; el otro no fue más que la continuación y la demostración de que se trataba de un tipo humano infrecuente, que había asumido dentro de su concepción del mundo un aspecto muchas veces olvidado: el de que solo es dirigente aquel que ante la desgracia demuestra mayor entusiasmo, mayor capacidad de análisis y mayor resistencia a la tortura. Solo se es dirigente cuando se demuestra ser hombre fuera de toda sospecha y ejemplo de militantes. Como así fue.

Hay datos variados sobre el paso de Quiñones por la Dirección General de Seguridad. Se reconoció secretario general del PC en el interior, máximo responsable, por tanto, pero su negativa a dar información fue tan firme que la policía se vio obligada a una astucia: insertar en el ABC un anuncio que decía: «El día 30 de diciembre fue recogido en la calle un caballero de unos treinta y cinco años de edad, de buena complexión y pelo castaño, con entradas bastante pronunciadas. Viste traje y gabán color café, con espiguilla; sombrero gris y zapatos marrón. Por haber sido hospitalizado…». Y se solicitaba que alguien le echara en falta.

El anuncio iba en la página de libros, junto a la noticia de la aparición del número 13 de la revista Escorial, donde Laín Entralgo escribía de la Alemania nazi y el espíritu de Weimar, Nicolás González Ruiz de la Falange y Álvaro Cunqueiro del Santo Grial. Ese día El Caballero Audaz ponía en la calle su novela ¡Si tú supieras…! y se estrenaba Raza, con guión del general Franco, música del maestro Parada y realización del cuñado de José Antonio Primo de Rivera, Sáenz de Heredia. Mientras, la gloriosa División Azul avanzaba irresistiblemente «en el sector norte del frente del Este», lo que era imposible de comprobar por la imprecisión de los datos, pero, eso sí, luchaba «contra un enemigo veinte veces superior y, ante el empuje español, los bolcheviques se vieron obligados a retroceder y abandonaron en el campo de batalla exactamente 1.089 cadáveres».

Nadie estaba para reír, aunque parecía expresamente indicado, y siempre llamaba la atención un recuadro como aquel, encabezado por un «Para identificar a un hospitalizado desconocido». La astucia no dio el resultado apetecido, aunque el

guardia civil Ruiz Ayúcar eche una mano a la policía, por eso de ser colegas, y mienta al escribir que la dueña de la pensión se apresuró a avisar a la policía. No fue así. La dueña de la supuesta pensión era militante, Guadalupe Jiménez, y fue condenada a treinta años de cárcel, aunque negó en todo momento su adscripción, ateniéndose a su papel de patrona. La policía no llegó a saber nunca que la tal patrona no tenía más tarea política que dar cobijo a Quiñones. Al conocer su desaparición, eliminó toda la documentación que poseía y así no fue encontrado ningún papel en el domicilio de Quiñones, fuera de los que llevaba encima en el momento de la detención. La denuncia la hizo el «jefe de casa», institución creada entonces para controlar a los vecinos.

La abundante documentación que recibió la policía a comienzos de 1942 le llegó gracias a Luis Sendín, principal colaborador de Quiñones, quien involuntariamente les prestó un servicio que pagaría con la vida. Militante activo, Sendín fue a una casa de dos hermanas siguiendo su personal inclinación y allí le pilló la policía, de noche y con la maleta donde estaban registrados innumerables organigramas del partido en el interior. Lanzó la maleta por la ventana en un desesperado intento por hacerla desaparecer, con tan mala fortuna que, al ser de madera, explotó al chocar con el suelo y fue localizada por la policía. El comportamiento de Sendín en la DGS, tanto como su posterior fusilamiento, le hacen acreedor de una honestidad sin tacha. Él fue la principal víctima de su pasión amorosa en unos tiempos poco inclinados a ello.

Quiñones ingresa en la prisión de Porlier en una camilla. Ha pasado dos meses en la DGS y trae la columna rota, los pies y las manos agarrotados; es un hombre físicamente deshecho. Lo colocan en la enfermería y le ponen a su disposición a un preso común, homosexual, que prestará al postrado Quiñones una atención y unos cuidados que le valieron la admiración de todos: tenía que ayudarle a hacer sus necesidades, a comer, a fumar.

En la cárcel de Porlier, entonces superpoblada con más de cinco mil presos, Quiñones tiene un contacto con el partido. El médico Froufe y el practicante Carlos Elvira consiguen evitar la incomunicación y le hacen saber que ha sido «expulsado por traidor». No tardan en aparecer poco después el juez militar que le había condenado a muerte, Josualdo de la Iglesia, acompañado del policía Saturnino Yagüe, quienes le ratifican su expulsión del partido por traidor y le animan a romper con el PC. Parece que Quiñones acogió la acusación de «traidor», luego intensificada con «provocador al servicio de los ingleses», con notable frialdad. Daba la impresión de que le disgustaba que se diera

importancia a eso; es posible que considerara que su tarea estaba cumplida y que los hechos hablaban por sí mismos.

En el consejo de guerra que le condenó a muerte el 20 de septiembre de 1942, hizo una defensa apasionada de sus ideales, aunque seguía postrado en una silla, sin poder levantarse, y asumió de nuevo la responsabilidad de secretario general del interior. A la pregunta del fiscal sobre qué tenía que decir cuando sus camaradas le acusaban de traidor, apenas si quiso responder para no dar la impresión de desunión en sus filas, y se refirió a que eso solo competía a los comunistas y no a sus enemigos. Él conocía aquellas palabras que puso Stendhal en boca de Matilde de la Mole en el Rojo y Negro: «Una condena a muerte es la única distinción que no se compra».

El 2 de octubre de 1942, sentado y llevado en andas por sus compañeros de infortunio, Sendín y Cardín, fue fusilado contra las tapias del cementerio del Este. Cuentan que, mientras los otros dos murieron en silencio, Quiñones gritó: «¡Viva la Internacional Comunista!».

Habían matado a Quiñones, pero el «quiñonismo» vivía. Él mismo se sonreiría de que la llamada herejía quiñonista fuera considerada una variante nacionalista, que despreciaba a la dirección central constituida por el partido de Pepe y de Dolores, como reza en los documentos oficiales. El análisis de lo que representó Quiñones en el PC de posguerra no se limita a una actividad dirigente concentrada en nueve meses de trabajo. Fue bastante más, conviene detenerse en ello.

Quiñones vivió la preguerra civil en España y luego los tres años bélicos, y no hay ni un resquicio para pensar que esta experiencia le hubiera resultado descorazonadora para sus principios de militante abnegado y fidelísimo de la Komintern, aunque sí hay pruebas sobradas de que afectara a su valoración de la dirección del PC de España.

Su opinión sobre la dirección del partido español era detestable y quienes tuvieron oportunidad de conocerle lo ratifican: tenía en buen concepto a José Díaz y a Checa, y en las Juventudes Socialistas Unificadas a Tagüeña; el resto quedaban en un segundo plano. Despreciaba a Dolores Ibárruri por falsa, a Claudín y a Alberti por cobardes, y sin embargo mantenía buenas relaciones con Fernando Vela, el asturiano vinculado a Ortega y Gasset, y le merecía buena opinión Unamuno, al que había conocido en Salamanca por mediación de Vela.

No es fácil describir a Quiñones sin hacer literatura, dada su complejidad. A su nivel, tiene rasgos de una generación centroeuropea que tan buenos servicios cumplió para la URSS en el seno de la Komintern durante los años treinta: Humbert Droz, Ernest Fischer… Capaz de adaptarse a las más variadas circunstancias, unas veces albañil, otras arquitecto, y otras rentista; duro e implacable, siguiendo el modelo del «temple estaliniano», que tanto se repetía entonces. Es verdad que esa dureza empezaba por él mismo: muy seguro de sí y muy poco de los demás; capaz de transportar a Madrid en 1941 una maleta llena de libros de la editorial Cenit, la traductora de los grandes de la literatura comunista; atraído por Mozart, a quien consideraba su músico preferido; y que podía describir con un recuerdo indeleble dos cuadros de Rubens que se conservan en el Louvre. Poco más sabemos de él, pero es lo suficiente para rescatarle del olvido, porque tenía tres elementos que lo hacen atípico en el comunismo español: experiencia política, cultura básica y consecuencia ideológica.

La experiencia política le viene dada en primer lugar por su pasado, y por la variedad de campos en los que trabaja durante su estancia española. Una experiencia política que, según la terminología estalinista, se cifraría en la categoría de «cuadro intermedio» de un partido comunista, es decir, ese personaje susceptible de servir de puente entre las órdenes de la dirección y hacérselas aceptar y comprender a la base del partido. Ahora bien, ese cuadro medio o intermedio es capaz en momentos de emergencia de asumir una responsabilidad muy superior a la inicial y, a tenor de sus efectos, con pleno éxito. Esto forma parte ya de la cultura básica; Quiñones se siente seguro en la jerga ideológica leninista-estalinista de la Komintern y, además de conocerla, cree en ella. No tiene, por tanto, nada que le genere inseguridad o insatisfacción; frente al personal que le rodea es un pozo de ciencia, al que además le atrae por otro polo de su personalidad, el de la consecuencia ideológica. A lo largo de este libro encontraremos el rasgo de la «inconsecuencia ideológica» como quizá el más notable y constante de la dirección del PCE. Un rasgo que se resume en la contradicción de plantear unos análisis políticos a la vez que se desarrolla una práctica política que no tiene nada que ver con esos análisis políticos. En otras palabras, si la dirección del PCE en México fuera consecuente con los análisis que hacía sobre la situación en el interior –protestas generalizadas, entusiasmo antifranquista, desmoronamiento del sistema, etc.–, hubiera debido trasladarse al interior, pero estaban muy lejos hasta de pensarlo. Sin embargo, Quiñones considera que todo comunista consciente, si es dirigente, debe mantenerse en el interior para reagrupar a los derrotados y no abandonarlos a su propia suerte, y

más teniendo en cuenta la responsabilidad que los comunistas asumieron durante la guerra, manteniéndola hasta el final. Esta parece que es una de las líneas de desarrollo ideológico que Quiñones planteará en el Anteproyecto de tesis y que casa perfectamente con su concepción de la «coherencia política».

La «herejía quiñonista», independientemente de la intención del protagonista, significó para la dirección emigrada un peligro que se tornará obsesionante durante muchos años de franquismo: el riesgo siempre posible de enfrentamientos entre las organizaciones del interior y la dirección emigrada. Durante la etapa de Quiñones se puede decir que el distanciamiento entre las organizaciones del interior y la dirección exterior fue total, quizá sea esta la época donde esto se manifiesta con mayor rotundidad de toda la historia del partido, y se produce de una manera funcional, sin que haya por parte de Quiñones predisposición al enfrentamiento o a la escisión, impensable en el esquema estalinista de entonces. En Quiñones había ese rasgo de voluntad a ultranza que hizo escribir a Malraux aquello de que el marxismo «no es una doctrina, es una voluntad».

Quemar hasta las raíces de lo que suponía Quiñones y el quiñonismo, es decir, la autonomía de las organizaciones del interior, fue la principal tarea a la que se encomendó la dirección del partido desde que pudo actuar con manos libres, es decir, tras la detención del secretario general del interior, en diciembre de 1941. Siguiendo el estilo de la época, su brutalidad y su fanatismo, la mejor fórmula no consistía en combatirlo políticamente como escisionista o revisionista, o con el cliché que se quisiera, sino en combatirlo a sangre y fuego como obra del enemigo: Heriberto Quiñones era un traidor, un agente del imperialismo inglés.

El único párrafo que le dedica la historia oficial del PCE, redactado en aparente fulgor antiestalinista (1960), es una muestra generosa del odio acumulado hacia su figura, a quien no solo se tacha de «provocador», es decir, agente del enemigo, sino que se le calumnia, afirmando que «entregó a la Policía toda la organización del partido». Sañuda y falaz acusación, ya que ahora sabemos que la dirección del partido tenía en su poder no solo testimonios de la heroica actitud de Quiñones ante sus torturadores y ante el pelotón de fusilamiento, sino el expediente completo de sus declaraciones ante la policía y los jueces, que un secretario del juzgado, Antonio Collar, hizo llegar al partido en el exterior.

Había algo en el «caso Quiñones» que concitaba un odio ciego. Merece la pena reconstruir la historia de su imagen de «agente inglés», porque refleja, mejor que

mil palabras, el ambiente y la tipología de la calumnia política en la que todos, Quiñones y sus acusadores, estaban metidos.

En toda acusación de la época estalinista existe siempre una determinada coherencia; algo así como un pie forzado o un eslabón, que sacado de su contexto se convierte en aberrante prueba. Así fue con el asunto de su trabajo como «agente inglés». Entre los adversarios de Quiñones en el interior durante los nueve meses de actividad política antes citábamos a Calixto Pérez Doñoro. Hubo también otro, González Montoliú. «Monto», como le llamaban popularmente en el PC, sin ser un cuadro dirigente era un veterano comunista que había trabajado en la sede del CC durante la guerra y que conocía directamente a las principales figuras del PCE desde antes de 1936.

Cuando Montoliú llega a Madrid después de salir del campo de concentración y entra en relación con Quiñones, este le presenta en una reunión como «camarada Montoliú que formó parte del Buró liquidador». Este término de «liquidador», heredado de Lenin, constituía, junto al de «revisionista», los máximos insultos políticos para un militante comunista. La referencia al «liquidacionismo» de Montoliú, hombre honrado a carta cabal y que había tenido un papel de cierta entidad en los momentos finales de la guerra, se la impuso Quiñones por haber estado presente en el campo de Albatera, cuando los allí reunidos decidieron que cada dirigente hiciera lo que le pareciera. Para un militante como Quiñones eso se reducía a «liquidacionismo».

Montoliú a partir de este incidente, según confesión propia, empezó a mirar con malos ojos la figura de Quiñones, con tal susceptibilidad que en una cita creyó ver que este se deshacía de manera rara de una colilla de cigarrillo. Tras complejas deducciones Montoliú descubrió, asombrado, que Quiñones fumaba tabaco inglés. En una época en la que se hacían pitillos con hoja de parra y periódicos, esta información de «Monto» vino como anillo al dedo a la dirección del partido para fabricar la acusación de agente británico[24].

Toda esta maraña de acusaciones ocultaba la genuina preocupación de la dirección del partido, fueran veteranos (Uribe, Mije, Dolores) o jóvenes (Carrillo, Claudín). La figura de Quiñones les afectaba en los dos puntos sensibles de su política y de su prestigio: que la lucha había que dirigirla desde el interior, o, en otras palabras, que el interior era quien decidía; y la segunda, que la irresponsabilidad de la dirección del partido abandonando a su suerte al conjunto de la militancia tras la derrota debía ser analizada y extraídas sus

consecuencias. Para ellos entrar en las acusaciones de Quiñones hubiera sido tanto como aceptar una situación incómoda, en contradicción con su categoría de «intangibles». De ahí que se centrara el ataque a Quiñones en una descalificación que le imposibilitaba para la crítica. Al tratarse de un agente británico, carecía de valor el que acusara a la dirección de México por haber abandonado el país sin prever nada y la constatación de que estaban demasiado alejados de la realidad para elaborar una política que tuviera alguna incidencia en España se convertía en una calumnia interesada. Quiñones y el quiñonismo, con el tiempo, fueron perdiendo su significación primigenia y se transformaron en la mente de la dirección del partido en un cliché más de «provocación», sin que nadie jamás se propusiera revisar el caso.

Terminaba 1941 con la caída de Quiñones y gran parte de la organización. El partido quedó de nuevo desmantelado. Del destrozo dan idea las detenciones de Sevilla: 250 militantes. Fue un año aquel de decepciones; la URSS se desmoronaba ante el avance alemán y en Santander caía traicionado por los suyos el último mito alimentado por la derrota: Pin el Cariñoso. Se llamaba José Lavín y le mataron en un encontronazo traidor el 28 de octubre, cuando ya pensaba que no había más remedio que huir a América; con él terminó el mito del guerrillero romántico, incansable y correspondido amante, individualista, simpático. Los más fanáticos pensaron desde la soledad de sus celdas que el huracán y el incendio que arrasaron Santander días después de morir Pin fueron la venganza de sus novias y su madre encarcelada en la prisión de Los Salesianos.

En los primeros meses de 1942 el PCE está en las cárceles. Es entonces cuando vuelve por segunda vez Jesús Carreras a Madrid el 8 de abril de 1942. Muy mal debían andar las cosas cuando un hombre como él llegaba al interior, tras haber sido uno de los responsables del Orden Público republicano de Bilbao durante la guerra; si le cogían lo de menos iba a ser que iba a morir, lo importante hubiera sido preguntarse cómo le iban a matar. Llega a Madrid con instrucciones muy concretas, desconociendo la detención de Quiñones; incorporarse a la dirección quiñonista y lograr ir cambiando la relación de fuerzas entre el Buró Político del interior y la dirección emigrada.

No le hubiera sido fácil porque la talla política de Carreras, según quienes le conocieron, era muy escasa, pero al llegar tuvo que dedicarse a reconstruir una Comisión Nacional con los escasos supervivientes de la dirección de Quiñones: el asturiano Jesús Bayón y Guerreiro, que estaban creando la infraestructura del

movimiento guerrillero bajo las orientaciones de Quiñones. Carreras pudo utilizar solo a cuatro de los trece miembros del Buró Político anterior, el resto estaba detenido. Luego recuperó a otro como Agapito Olmo y el desaparecido Luis Espinosa, que vuelve a Madrid. Pérez Doñoro le va a buscar a Tarifa, donde estaba adscrito a un batallón de trabajo, convirtiéndole en prófugo. Curioso personaje este Espinosa, que salvó la vida comportándose siempre como un guadiana; había sido durante la guerra secretario de la Comisión Militar de Madrid bajo la responsabilidad de Domingo Girón y se le quería entre sus camaradas por su abnegación y su dureza. Antes de la guerra se quemó la mano, dejándosela medio inútil solo para obtener la cuota de invalidez, que entregaba a su familia, mientras él seguía dedicado a la actividad revolucionaria; no estaba entonces bien considerado lo de cobrar del partido. Cuando le detengan en 1943 no reconocerá ante la Policía ni a su propio padre.

La primera tarea de Carreras, consistente en aglutinar una nueva dirección del partido en el interior, la consigue; la segunda, que es crear una nueva estructura organizativa, no. Carreras trae consigo un comunicado del CC del exterior sobre Quiñones, que posiblemente sea el mismo que le trasmiten al interesado, comunicándole su expulsión por «traidor».

El orden de preocupaciones de todos se basaba entonces en la supervivencia mucho más que en las discusiones políticas, por eso no debe sorprender que algunos dirigentes del Buró de Quiñones se pasen con armas y bagajes a Carreras y que en algunos casos sean los denunciantes del «quiñonismo», actividad en la que se distinguirá Bayón, convertido ahora en el número dos del PC en el interior, quien hizo proverbial su modo de descalificar el «Anteproyecto de tesis» de Quiñones. «Qué pollas de tesis… No hay más tesis que el leninismo.» La verdad es que los dioses no le habían facilitado ni la vida ni el talento a Jesús Bayón, campesino astur y de zona agreste, la de los míticos Llanos de Soberón, en los límites entre Asturias y León. Lo suyo era la acción, como demostrará escapando de la cárcel y lanzándose a la guerrilla gracias a su audacia; logró romper el cerco policial, usando el coche del torero Manolete y alcanzando la sierra de Guadarrama, donde operó durante dos años. Lo matarán en una emboscada junto a Talavera de la Reina en 1946.

También recuperará Carreras a algunos adversarios de Quiñones, concretamente González Montoliú y Asunción Rodríguez La Peque, que hará llegar a la dirección a su cuñado Trinidad García Vidales y que tendrá la osadía de fugarse luego de la cárcel vestida de monja. No fue precisamente una monja ni por su

comportamiento en prisión ni ante la policía; solo conservó hasta el final su obsesión antiquiñonista, repitiendo machaconamente cada vez que alguien se refería a él: «Ese maricón, que se perfumaba como las putas».

Cuentan que el invierno de 1942 fue atroz, en Moscú y en Madrid, donde se alcanzaron los 5 grados bajo cero. Entre esto, el hambre y la Dirección General de Seguridad dirigida por el coronel Caballero se puede entender fácilmente que ningún antifranquista lo olvidará nunca.

El 15 de marzo de 1943 cayó Carreras, y es lógico pensar lo que le hicieron; llevaban semanas siguiéndole y gracias a eso la policía obtuvo el mayor archivo de material del PCE desde el final de la guerra[25]. Es obvio añadir que fue ejecutado.

Detenido Jesús Carreras, el partido en el interior quedará a su propia suerte, con visitas esporádicas de enlaces llegados desde Francia, como Manuel Jimeno y algún polizonte que se acerca desde América, como Pérez Garrido. Muchos de ellos anónimos héroes que no figuran en ninguna lista. Hasta que llegue Jesús Monzón la vida de los comunistas en esta etapa, que media entre Quiñones y él, se limitará a sobrevivir a la feroz represión y al hambre, lo que no era poca cosa.

[1] No hay que confundir a los dos Vegas: Etelvino, fusilado, y Esteban, que logrará alcanzar el exilio y vivirá en Moscú.

[2] La dirigente comunista catalana Teresa Pàmies dice en su libro Cuando éramos capitanes que se dio orden expresa de no destruir la documentación y las listas de militantes del partido, porque la vuelta iba a ser inmediata. El mismo Simón Sánchez Montero, miembro de la dirección del PCE, cuenta que el día que entraron las tropas de Franco en Madrid él fue a una cita con otro militante. Todo parecía provisional hasta que llegó la muerte.

[3] Lo que resulta injustificable es que Amable Donoso siga apareciendo como «delator», cuando se sabe dónde y por quién fue detenido Enrique Sánchez en la calle Ramón de la Cruz.

[4] Se suele decir erróneamente que eran menores de edad, lo cual no es exacto. Eran jóvenes, no niños. Se ha dado en llamar a este grupo el «expediente de las menores», por una referencia carcelaria que indicaba su adscripción al «pabellón

de menores» (Escuela de Santa María) de la prisión de mujeres de Ventas.

[5] Esto no quiere decir que en 1940 fuera posible establecer comunicación directa con la URSS. Wajsblum operaba como un profesional y los profesionales de la red de la IC estaban en toda la Europa Occidental. En 1940 la sede central «clandestina» se situaba en Bruselas.

[6] K. Korsch, Escritos políticos, vol. II, p. 382.

[7] En el VII Congreso de la IC (1935) pasan a formar parte de la cúpula de la Komintern dos jefes de la policía soviética, Exhov y Moskvin (Trliser).

[8] K. Korsck, op. cit., p. 375.

[9] Palabras pronunciadas por Uribe, citadas en las actas del CE de 1956.

[10] No desde América, como han escrito algunos. Para evitar el desagradable tono polémico que comportaría ir desmontando las fabulaciones que ha ido creando la figura de Quiñones, me limitaré exclusivamente a citar lo probado, que, por exclusión, niega las otras afirmaciones.

[11] Tras pasar penalidades sin cuento, Octubrina, casada y con descendencia, fallecerá en Palma durante los años sesenta.

[12] Nombre de guerra de Quiñones en el último año de su vida.

[13] O comienzos de 1940. No están claras las fechas del informe.

[14] Obsérvese el detalle, por si a alguien le cupieran dudas sobre su adscripción al aparato de la IC.

[15] Entre las muchas intervenciones de Dolores Ibárruri llama la atención la de 1956: «De Quiñones todo es falso, hasta el nombre».

[16] S. Carrillo, «Hay que aprender a luchar mejor contra la provocación», editorial de Nuestra Bandera (febrero-marzo de 1950).

[17] F. Claudín, Unidad y lucha, 26 de enero de 1946.

[18] El cura entró en prisión y se sancionó a empleados y funcionarios del

Juzgado Militar número 11; el caso no fue cerrado y juzgado hasta 1947.

[19] Unión General de Trabajadores Unificada, variante comunista de la socialista UGT.

[20] Y no un Comité Central, como suele escribirse a partir de las informaciones del guardia civil Ruiz Ayúcar, que se mueve con cierta incomodidad en el peculiar argot comunista.

[21] Después de variadas gestiones para emular el privilegio de la Benemérita institución y poder consultar el documento, Ruiz Ayúcar afirmó que él lo había tenido en sus manos gracias «a un amigo» que se lo había prestado. Días más tarde había desaparecido el amigo y el documento.

[22] Nuestra Bandera, enero de 1945.

[23] Quiñones utiliza indistintamente el término Buró Político y Comisión Nacional para designar el órgano máximo de dirección política del interior.

[24] Confieso que de no ser porque el propio Francisco González Montoliú me contó esta historia, y que lo hacía con absoluto desconocimiento de sus consecuencias, no la hubiera creído. Mi sorpresa fue absoluta cuando dos dirigentes, Fernando Claudín y Francisco Romero Marín, confesaron paladinamente que conocían la procedencia de la acusación contra Quiñones.

[25] Cabe suponer que estos archivos pasaron entonces a la Guardia Civil, dado que a Carreras le cogieron cuando intentaba cruzar la frontera y es posible que hayan sido usados por los beneméritos historiadores Ruiz Ayúcar y Francisco Aguado, al que el publicista Ricardo de la Cierva describió con su proverbial equilibrio: «El ilustre historiador y teniente coronel don Francisco Aguado [tiene] una vocación histórica tan acendrada y profunda como su vocación militar al servicio del orden».

Capítulo 3

Mas tú no existes. Eres tan solo el nombre

que da el hombre a su miedo y su impotencia.

L. Cernuda, Como quien espera el alba

MUEREN DOS DIRIGENTES Y APARECE UNO

El año 1942 estaba, al parecer, gafado. En el interior apenas si había algunos militantes que sobrevivían tras las masivas detenciones que siguieron a la de Quiñones y su grupo. En el exterior, aún peor; el equipo dirigente del PCE va a sufrir dos desapariciones, la de José Díaz (secretario general del partido) y la de Pedro Checa (responsable de organización), que inclinarán el liderazgo hacia personajes con menor consenso entre los militantes y marcará el comienzo de una crisis en la dirección. En marzo se suicida José Díaz; en agosto muere Checa. Unas semanas antes, Hitler decide invadir la URSS. El mundo del PCE se desmoronaba.

Ya desde la reunión de la dirección en septiembre de 1940, en Moscú, se distribuyeron las funciones, quedando Pepe Díaz, el secretario general, obviamente marginado. Estaba enfermo; primero en Moscú, luego en dachas de los alrededores y por fin en Tiflis. En un país con dificultades de comunicación, y en el precario estado de Díaz, la secretaría general estaba vacante. Tenía, eso sí, una autoridad moral indiscutible, de la que dan buena prueba las referencias «en última instancia» que se le dedican en las reuniones.

En esta sesión de septiembre de 1940, la primera en importancia de la dirección del PC español en la URSS, la distribución funcional queda así: los temas de

«educación política y cultural» son responsabilidad de Dolores Ibárruri, los de «organización» de Jesús Hernández y la «prensa e información» de Enrique Castro Delgado. Ahora bien, se señala que cuantos materiales se hagan deberán ser conocidos y aprobados por los camaradas Pepe y Dolores.

Meses más tarde, en marzo del año siguiente, se celebra al fin una reunión plenaria de los miembros del CC concentrados en Moscú, que componían el aciago número de trece, y a la que no puede asistir Pepe Díaz, que afronta ya la recta final de su enfermedad, la que le llevaría al suicidio.

Este primer plenario, del que se levanta una especie de acta, lo presidirá Dolores y en él se tratará de elaborar un documento sobre los peligros de guerra en España y las tareas del partido (eran momentos de vigencia del pacto germano-soviético). Por entonces la Komintern y todos los PPCC seguían refiriéndose a la «guerra europea» como «guerra imperialista» y su objetivo se limitaba a preservar la paz, su paz, a cualquier precio, de ahí que se enfocara «la guerra de España» desde el ángulo de la posible intervención de Franco en la conflagración europea a favor del Eje, en un momento en el que la Alemania nazi había ocupado ya Francia, parte de Polonia, Holanda, Bélgica, Dinamarca, Noruega…

En este pleno del CC de Moscú se vierten algunas críticas a la dirección del partido en México, especialmente a la línea un tanto sensacionalista, más que de orientación y agitación, que tenía el periódico del partido España Popular, que había empezado a publicarse en febrero de 1940. Aunque, según señala Ibárruri, en otras cosas hay un trabajo positivo. Los aires americanos favorecen la aparición de algunos desánimos o incluso deserciones en las filas del equipo dirigente. Se trata el caso de Pedro Martínez Cartón, exdiputado por Badajoz, miembro del Buró Político e importante cuadro militar en la guerra, quien, después de abandonar la URSS y dirigirse a México, actualmente trabaja poco… y en caso de que no acepte los consejos del partido, se tomarían medidas. Cartón concitaba inquinas variadas; desde su carácter, hasta su matrimonio con la veterana instructora de la Internacional Comunista Juvenil (KIM).

En esta reunión del CC se hace balance de la situación en el mundo y en España y nos ilustra sobre el desconocimiento, el triunfalismo y la irresponsabilidad de los allí reunidos, que aceptan como verdad de fe los informes de Dolores y Hernández, según los cuales tenemos partido en los centros más importantes del país [España], pero se carece de una dirección que centralice… y el ambiente es

de crecimiento de nuestro partido y así incluso lo reconocen los republicanos, que señalan que el pueblo español busca la salida natural a su situación: el comunismo.

No sabemos de dónde partió esta idea tan «republicana» del paso de la dictadura de Franco al comunismo, pero ahí está y revela en qué nivel de dogmatismo y autocomplacencia se vivía en Moscú refiriéndose a la España de comienzos de 1941, cuyo caos y dificultades ya hemos señalado. Jesús Hernández, recién investido responsable de la organización, atacará en la reunión a varios miembros del CC ausentes, como «Arturo Giménez, Palau, Giorla y Delicado» por sus «incomprensiones» del momento político, pues estaban, al parecer, influenciados por los socialistas y los republicanos y carecían de optimismo. Aunque en la reunión se decidirá celebrar plenarios del CC en Moscú, una vez al mes, la realidad es que la dirección no volverá a hacerlo y funcionará a trancas y barrancas superando las dificultades de la vida en la URSS, mientras siguen puntualmente las orientaciones de la IC a través de los dos líderes, Ibárruri y Hernández, que pugnan por ocupar la vacante abierta por las enfermedades de José Díaz.

El fallecimiento de Pepe Díaz, secretario general desde 1932, planteará a la dirección del PCE en Moscú problemas acumulados y algunos accesorios. Los primeros provenían de la propia relación de fuerzas en el seno de la dirección, que se polarizaban entre Dolores Ibárruri y Jesús Hernández. Los accesorios fueron aportados por las circunstancias de la muerte de Díaz. Hoy ya es reconocido por todos, aunque no oficialmente, que Pepe Díaz se suicidó en Tiflis, aunque se desconocen algunas incidencias que rodearon su muerte. Hasta la misma fecha del fallecimiento no está fijada y menos aún las causas que la motivaron.

Cabe suponer que la pendiente hacia el suicidio no era unívoca, sino múltiple. Parece demostrado que el secretario general sufría una desmoralización total, según manifiestan quienes convivieron con él en los momentos finales. Primero, la derrota en la guerra civil, que él sufriría más dolorosamente por la distancia que imponía su enfermedad; estaba hospitalizado en la URSS desde septiembre de 1937, siendo operado en dos ocasiones (1937 y 1939). Ya antes había pasado por el quirófano en París. Luego, las discusiones en la IC sobre la guerra perdida, en las que se lanzaron muy duras críticas a las limitaciones del equipo dirigente, que también eran las suyas. No encontró entre sus colegas la solidaridad que debiera, preocupados de echarse el muerto unos a otros.

Posteriormente vino el pacto germano-soviético, que, para un hombre de natural bondadoso y de indiscutible talante ético, hubo de afectarle. Y, por fin, la invasión nazi de la URSS y el indescriptible caos y desbarajuste que generó en un país donde se divinizaba la organización.

Esa invasión supuso para él, entre otras cosas, su desplazamiento, primero a un sanatorio de Pushkin y luego a Tiflis, en el Cáucaso, que desde el punto de vista político, de los centros de poder e información, era poco menos que el culo del mundo soviético; ¿quién iba a acercarse hasta allí para contarle a Díaz cómo marchaban las cosas? Estaba rodeado de afecto y respeto tanto por su mujer como por su hija en una especie de residencia para altos cargos, donde su única visita hispana era la del médico José Bonifaci. La última noticia que conocemos de su estado es una respuesta de Dolores el 3 de marzo, en la que esta constata: «Recibí tu carta, no tan optimista como yo hubiera deseado».

Un día de la primavera de 1942, el secretario general del Partido Comunista de España se lanzó por la ventana del tercer piso de su casa[1]. Padecía un cáncer de estómago y ni siquiera los dolores y el sufrimiento, hay que decirlo en su honor, lograron agriar su carácter, retraído y tímido, y no adoptó nunca tonos dictatoriales ni agresivos, que tan en boga estaban entre otros dirigentes del PCE y de la IC. El comunista argentino Vitorio Codovila, que fue su mentor, le definió muy bien en su artículo necrológico: «José Díaz, ejemplo de dirigente obrero y popular de la época estaliniana». Fue, por tanto, genuino representante de lo más honesto y abnegado que había en su época y reflejo de todas las limitaciones de esa misma época. Para entender el suicidio de Díaz quizá haya que pedir prestada una reflexión a Ernest Fischer. La pensó en una situación muy semejante, en la Komintern, a la del secretario español: «Tener que morir es la negación de todo eso que llamamos libertad y dignidad humana; pero la posibilidad de quitarse la vida promete una libertad que no carece de placer».

Las circunstancias de su muerte se guardaron en el mayor de los secretos, siguiendo la norma puritana del estalinismo, según la cual, y dado que se vivía en un paraíso o se acercaban al galope hacia él, no tenía ningún sentido renunciar a todo eso con el suicidio. El suicidio era para el movimiento comunista internacional un acto cobarde (con lo que se asemejaba a la concepción católica del suicidio) y una traición, pues daba mal ejemplo a las nuevas generaciones, e impedía seguir trabajando en la construcción del comunismo. Se usó entonces la expresión «enfermedad incurable» o «larga y dolorosa enfermedad» para referirse al fallecimiento del secretario general.

Pudibundo recurso, al tiempo que una tautología, porque ¿acaso hay enfermedad más incurable que la propia muerte?

La verdad es que Pepe Díaz había muerto políticamente mucho antes, quizá en el momento en que se agravaron sus dolencias durante la guerra civil y la IC se hizo cargo de la dirección del partido colocando a hombres como Stepanov y Togliatti. Pasó a ser una figura decorativa, aunque respetada, pero jamás suscitó una polémica o tomó una decisión; aceptaba todo, incluso los discursos que le redactaban Castro Delgado y el húngaro Geröe, con la resignación del hombre honrado e iletrado, impedido por las enfermedades y la época que le tocó vivir. Manuel Azaña dejó de él un retrato cruel pero expresivo en un apunte de su Cuaderno de la Pobleta (1937): «Me dijeron los comunistas (Díaz: “asín”, “presona”) que aceptarían incluso…». Murió no como un secretario general, rodeado por los suyos, sino como un luchador cascado, retirado contra su voluntad, a quien solo le quedaba el calor de su escasa familia: una mujer y una hija.

La esquela funeraria siguió los protocolos habituales en la IC; aparecieron los también habituales dirigentes, con sus habituales artículos hagiográficos[2].

Pepe Díaz pasó a los altares y su figura será a partir de entonces intocable, apelación ganadora de indulgencias, al que había que citar todos los años en el aniversario «de la inmensa pérdida»; los artículos tenían mayor autoridad si venían acompañados de una cita del santo. Me resisto a no incluir al más desfachatado de los hagiógrafos, Vicente Uribe, que iniciaba una conferencia en 1944, dentro de un estilo emparentado con fray Gerundio de Campazas: «Dos años viven nuestro partido, nuestro pueblo y nuestra patria sin José Díaz».

En el terreno político quedó abierta una interinidad; la interinidad de la costumbre, hábito muy frecuente en el movimiento comunista, conservador y lento para las novedades organizativas, inclinado siempre a seguir como si tal cosa, hasta que la Komintern y sus responsables decidieran. Por entonces los dirigentes de la IC bastante tenían organizando la retirada ante el ejército alemán como para preocuparse de los españoles y sus querellas. Dolores quedaba, por tanto, como primera figura, ocupada en las altas esferas de la IC y su aparato burocrático desorganizado tras la invasión nazi. Hernández, por su parte, se volcaba en las tareas del partido y mantenía un contacto estrecho con los militantes españoles, cuyas inquietudes y problemas en la URSS eran muy numerosos: dificultades de trabajo, de alimentación, de vivienda, en las

relaciones personales… en casi todos los aspectos chocaban el estilo y el carácter de los españoles con el modo de vida ruso-estalinista, por más que fueran modelos de «temple estaliniano». Otro elemento venía a aumentar esas contradicciones y es que los españoles acababan una guerra en la que se habían jugado la vida y tenían la audacia de los derrotados, convencidos de que esa pérdida no había sido sino una batalla.

A muchas millas de Moscú estaba el otro centro, México. Mientras la URSS seguía siendo «la casa», el lugar donde se apelaba en última instancia, la bicefalia del PCE era auspiciada por ese otro polo en México, chiquito, pero actuante. A grandes rasgos podía decirse que Moscú pensaba y México se movía. Si las figuras de Moscú estaban en torno a Dolores y Hernández, en México todo giraba alrededor de Vicente Uribe, a quien la exuberancia de la tierra y su situación de virrey en área caribeña le imbuían la creencia de ser el nuevo Lenin español. Muerto Díaz, quedaba Dolores, la gran figura a la que él respetaba, sin darle nunca demasiada importancia, valorándola en su justa medida de puente con la historia y con el PCUS, pero después estaba él, un veterano, experto en la ciencia marxista-leninista-estalinista, que se veía obligado a ocuparse de la engorrosa práctica porque Pedro Checa había entrado en la fase final de su vida.

Pedro Checa falleció en México un día de agosto de 1942; desaparecía con él uno de los escasos «indiscutidos» de la dirección del partido. Un hombre que gozaba de un prestigio sin tacha, el dirigente que, según la mitología del partido, tenía «dos mil cuadros en su cabeza», que había trabajado junto a Togliatti durante su estancia en España. Un modelo de discreción, de tacto, de naturalidad. Le querían los militantes sin temerle, y esto, conociendo el funcionamiento del partido, es mucho decir. En Checa no habitaba un hombre ambicioso, sino sencillamente un individuo con fe y con notable capacidad de trabajo.

Antes de la guerra apenas si era conocido fuera de la alta dirección de la IC, que algo debió de ver en él, porque sin ser ni siquiera suplente del CC le colocaron a la cabeza de la secretaría de organización del partido. La orden de su incorporación al Buró Político la dio la Komintern, sin consultar con ningún militante español; dato que fue ampliamente explicitado en 1956, durante los discusiones del Buró que siguieron al XX Congreso del PCUS. Sencillamente, la dirección del PCE se encontró un día con la novedad de que un tal Checa era el responsable de la organización de su propio partido.

No se puede olvidar la gran responsabilidad de Pedro Checa en el caos y la improvisación de las últimas semanas de la guerra, e incluso de la diáspora inexplicable de los meses que siguieron a la derrota. No obstante, arrostra esa responsabilidad con dignidad y se abre para él una etapa de ostracismo que para aquellos duros tiempos nos hace sospechar que no estábamos ante un hombre de acero. Su autoridad estaba confinada más en el terreno moral y técnico que en el político. No se le conocen textos específicamente políticos, o análisis agudos, sino informes ponderados, sobrios, sobre su parcela organizativa.

Su actividad en México está teñida de oscuridad. Se le implica en el asesinato de Trotski, el 20 de agosto de 1940, y, por supuesto, en actividades de los servicios de espionaje soviéticos. Situémonos en el momento. En las filas del PCE no ejercía de «espía soviético» más que aquel a quien no se lo proponían. Trabajar para la GPU o el NKVD se consideraba un timbre de gloria, un honor. En un informe confidencial enviado por la enlace «Marta» desde México a la dirección del PCE en Moscú está escrito este inquietante párrafo referido a Checa. El partido [en México] ha sido informado de que la policía [mexicana] tiene un archivo en el que se registra detalladamente la actividad de los camaradas españoles. Sobre Checa está registrado que trabaja por encargo de la GPU, que tiene en sus manos todos los hilos de la conspiración y que vive con otro nombre. A estas «informaciones policiales» la enlace «Marta» solo responde con una frase que es tanto como una afirmación implícita: Se ha tratado de averiguar de dónde ha sacado la policía esta información, pero sin éxito.

Checa vivía con otro nombre, semejante al suyo, Pedro Fernández Izquierdo, en vez del propio Pedro Fernández Checa. La filiación amañada en el segundo apellido la obtuvo en Cuba gracias a que su madre procedía de la región de Camagüey. El carácter honroso, de elite, que tenía la pertenencia a los servicios de espionaje o de policía soviéticos era tan evidente para los españoles que Tagüeña narra en sus memorias cómo causaba admiración en la colonia hispana de la URSS Caridad Mercader portando la «Orden de Lenin», bastante antes de que finalizara la guerra mundial. Aunque había evidencias sobre sus vinculaciones con el GPU, tardaron en saber que su premio se le había concedido como madre de Ramón del Río Mercader, el asesino de Trotski. Caridad tenía bajo su cargo a su nuera, Elena Imbert, enferma de tuberculosis, mientras su marido purgaba veinte años de prisión en México. Todos ellos estaban vinculados al NKVD, siglas que junto, a la del GPU, forman la pantalla de esas tenebrosas instituciones de espionaje y represión que marcaron la era estalinista.

La muerte de Checa se venía avistando desde que en marzo de 1941 empezara una convalecencia de la que no saldría. Numerosas reuniones hubieron de celebrarse en su habitación de enfermo y quizá esto influyó en el desconcierto que reinó en las cuestiones organizativas del PCE desde marzo de 1941, coincidiendo con su retiro físico, que se adelantó en más de un año a su fallecimiento. Murió el 6 de agosto de 1942 tras una operación de apendicitis con complicaciones múltiples; estaba hecho cisco. La primera guardia de honor a su cadáver la hicieron Comorera, Mije, Ángel Álvarez y Federico Melchor. Da la impresión de que la muerte física se retrasó mucho respecto a la política; prácticamente desde su vuelta de Moscú en 1940, Checa ya era un cadáver.

Su fallecimiento dejó ante los ojos de todos la evidencia de que alguien debía hacerse cargo del aparato del partido, descoyuntado, disperso y sin ideas. Los dos máximos dirigentes en México se vieron obligados, tras la enfermedad y posterior desaparición de Checa, a excederse en sus atribuciones y aún más en sus capacidades. Tanto Vicente Uribe como Antonio Mije, tan diferentes y tan paralelos, hubieron de cubrir gran parte de lo que sobre el papel debía ser tarea de Checa; en el caso de Uribe, los contactos esporádicos con las escasas organizaciones del interior de la península y en el de Mije la organización de la emigración política latinoamericana. Mije asistía a las reuniones del Buró Político del PC mexicano, pero el asesinato de Trotski rompió de puertas afuera estas mixturas, pues la participación operativa de españoles y mexicanos en el crimen y en anteriores atentados es incontestable. Con el PC cubano, y concretamente con su líder Blas Roca, no se gozaba de buena sintonía y los españoles le acusaban de «débil ante el imperialismo norteamericano», quizá por sus relaciones peculiares con Fulgencio Batista, que entonces hacía una política verbalmente antifascista.

Uribe no se distinguía por su capacidad de organización. Talentos aparte, la organización requiere como condición imprescindible la capacidad de trabajo, y Uribe se distinguió por una indolencia amparada tras su mandarinato. Para sacarle de apuros estaban algunos dirigentes de las JSU –Carrillo, Claudín, Santiago Álvarez, Sebastián Zapirain– y también el secretario general del PSUC, Joan Comorera, quienes, junto a Mije, formaban el grupo dirigente y actuante de lo que Claudín denominó años más tarde «el confortable exilio latinoamericano», por oposición al implacable exilio soviético y el muy duro exilio francés o norteafricano.

La principal misión del núcleo dirigente consistía en abrir una línea desde el

Caribe hacia el interior de España. El primer centro de trabajo en esta vía se montará en Cuba, porque México tenía dos dificultades: la ausencia prácticamente total de tráfico marítimo hacia la península y la situación del Partido Comunista mexicano, donde hay aún un fuerte foco de provocación, según escribirá Carrillo en 1941, a su llegada a tierras americanas. El foco de provocación no era otra cosa que las consecuencias generadas entre los comunistas mexicanos por el asesinato de Trotski en el verano de 1940 y por el rechazo del pacto germano-soviético, que motivó expulsiones en la plana mayor del PC mexicano, incluido su secretario general, Hernán Laborde.

Este primer centro de trabajo hacia el interior que montaron en Cuba estuvo en un principio bajo la responsabilidad de Uribe, porque a Checa el clima de La Habana le incrementaba su «lesión pulmonar». También se abrirán otros focos de penetración hacia España, en Buenos Aires (bajo la responsabilidad de Giorla primero y luego Palen) y en Nueva York (con Diéguez, sustituido por Ormazábal, cuando marche a Portugal).

Pese a ser quienes mejor conocían la situación española dentro de los límites del momento, no daba la impresión de que les sirviera de mucho, pues la ola de triunfalismo que inauguraron en sus artículos no tenía ni límites ni excepciones. Si Uribe acababa de inventarse un movimiento guerrillero, que en 1942 no existía más que en sus deseos, Claudín lo llenaba de hechos tan falaces como ingenuos: en Asturias hasta los niños cuando parecen estar jugando están atentos para recoger informaciones y comunicárselas a los guerrilleros[3]; y Santiago Carrillo hablaba de la envidia que sentía de no poder estar en el interior, gozando, como esos legendarios guerrilleros.

En este clima de furor triunfalista, coincidente con el más escandaloso destrozo de las organizaciones en el interior, el fanatismo fue el don más preciado. Cualquiera que dudara de aquella grandilocuencia podía ser expulsado y aparecer como traidor en letras de molde. Una figura de la talla y el prestigio de Margarita Nelken, escritora, crítica de arte y diputada del PSOE por Badajoz que ingresa en el PCE en plena guerra, será expulsada en octubre de 1942, alegando sabotaje y descrédito de la política de Unión Nacional. Mientras, su hijo, Santiago de Paúl, combatía en las filas soviéticas y moría heroicamente en 1944. Las acusaciones contra Margarita se reducían, según consta en un informe interno, a que estaba muy amargada y tiene gran desconfianza, condiciones que para Uribe y Mije avalan sus calificativos de elemento intrigante y enemigo. Morirá en México en 1968, sin que su figura fuera reivindicada. Las

depuraciones siempre coinciden con los momentos más difíciles; mientras se cantaban loas al entusiasmo revolucionario, importantes cuadros políticos veteranos eran «separados» del partido, medida previa a la expulsión. Martínez Cartón, Leandro Carro y Manuel Delicado, que entonces residía en Chile, fueron algunos de los que no eran traidores, pero estaban descompuestos, según rezaban los informes oficiales.

Entre los jóvenes entusiastas de la JSU había que extraer al sustituto de Checa. Ni Uribe ni Mije tenían ni la capacidad ni la voluntad imprescindible para echar sobre sus espaldas el peso de la más ingrata tarea: penetrar organizativamente en el interior de España desde el otro lado del Océano. El carácter surrealista o kafkiano, como quiera expresarse, de aquella situación queda patente en el contraste entre unos artículos plenos de mentiras de a puño y de triunfalismo de baratija, mientras no había manera de conseguir meter un pobre Mundo Obrero en la España franquista o una carta. Los artículos y discursos de Carrillo, de Uribe o de Claudín, los más prolíficos, son literatura deleznable, pero literatura, en la que mientras unos se inventan historias de niños, otros lo hacen de guerrilleros y otros de metalúrgicos. Había un campo inmenso, porque nadie iba a atreverse a desmentirlos.

Muerto Checa, Uribe se decide a descargarse definitivamente de la tarea y propone al activo e inteligente Santiago Carrillo como responsable de organización del partido. No fue necesario que se rompiera la cabeza; ni había mucho para escoger, ni tenía otros candidatos.

Es esta la primera vez que Santiago Carrillo se incorpora al equipo dirigente. La propuesta fue aceptada sin trámites ni dificultades por el grupo moscovita, quizá basados en una razón de tanto peso y tan obvia como esta: no había otro. Nadie podía superar a Carrillo en capacidad de trabajo ni en conocimiento de lo que habría de ser, obligatoriamente, la carne de cañón del partido que debía ir al interior, los exjóvenes de las JSU.

¿Había algún impedimento para que Santiago Carrillo se ocupara de la difícil tarea de organización? La única objeción que podía truncar su candidatura se reducía a la fidelidad, al «talante bolchevique», y en este sentido Carrillo era un modelo de joven estalinista. Por el partido había sido capaz de renunciar a su pasado socialista, a sus amigos, y hasta a su padre. Debió de ser entonces cuando los responsables de los temas españoles en la IC revisaron la biografía de Santiago Carrillo Solares hasta aquel verano de 1942, si es que les dejaban

tiempo las dificultades de la URSS en guerra.

El día primero de abril de 1939, al finalizar la guerra, Santiago Carrillo se encuentra en Francia, adonde llegó tras la retirada y pérdida de Cataluña. Junto a otros dirigentes comunistas como Antón, Giorla o Mije, se queda en París a la espera de órdenes de sus superiores. Para quien conozca el funcionamiento del partido y las valoraciones de actitudes que solían realizarse en el movimiento comunista, es una frivolidad acusar a Carrillo de haberse quedado en París y no haber vuelto a Madrid, cosa que hicieron cuadros militares y el mismo jefe de gobierno, doctor Negrín. Sencillamente, él no fue convocado a Madrid y es posible que no recibiera indicación alguna ni a favor ni en contra de volver al interior. Quedó donde estaba a la espera de instrucciones, y la dirección de la IC y del PCE estaban demasiado ocupadas con otras cuestiones, como para interesarse en aquellos dirigentes sin peso específico ni mando sobre fuerzas militares.

Consumada la derrota, la emigración política francesa se llenó de refugiados y Carrillo continúa en la misma situación que antes, dedicado a agrupar a los jóvenes socialistas unificados, ya completamente bajo la disciplina del PCE y de la IC. Le había afectado más política que personalmente la insurrección de Casado y la formación de la Junta antinegrinista que se constituyó en Madrid el 5 de marzo de 1939. Su padre, Wenceslao Carrillo, aparecía como la tercera figura de la insurrección al gobierno legalmente constituido, tras Casado y Besteiro. Además, su responsabilidad consistía nada menos que en el Orden Público, es decir, en la detención y neutralización de los comunistas y sus escasos aliados.

El distanciamiento entre Santiago y su padre venía de algunos años antes. Las relaciones apenas si existían desde la caída del gobierno de Largo Caballero, en la que los jóvenes socialistas unificados habían desempeñado un papel nada desdeñable. Carrillo hijo realizó un trabajo decisivo en el deslizamiento de las juventudes hacia posiciones comunistas, y esto no hizo, lógicamente, más que aumentar el distanciamiento galopante en las relaciones paternofiliales. Carrillo padre estaba acosado por las acusaciones de blandura que le dirigían sus colegas socialistas, agudizando así su acusado anticomunismo.

Ha de pasar un mes del final de la guerra para que Carrillo se ocupe de Casado y de su padre, y lo hará coincidiendo con las reuniones que en París tiene la IC y el BP español para la elaboración de las listas de salida hacia la Unión Soviética.

Su situación personal tenía un borrón, o, si se prefiere, un punto de duda, pues, según las normas de conducta estalinista, la traición de un familiar caía irremisiblemente sobre sus parientes más cercanos si estos no se aprestaban a denunciarle públicamente y sin paliativos. Esto es lo que va a hacer Santiago con su padre el 15 de mayo, es decir, dos meses y medio después de que el triángulo Casado-Besteiro-Wenceslao Carrillo se levantaran contra el gobierno del doctor Negrín y contra la República.

Resulta sorprendente cómo no se ha señalado la evidente relación entre el viaje a la URSS y la carta a su padre. Esta coincidencia pone en sordina su justificación de que la escribió para «condenar la traición de mi padre… en el momento en que mis camaradas combatían en las calles de Madrid»[4]. Al analizar la carta se comprueba que tiene que ver muy poco con Casado, menos aún con su padre; sencillamente, es un ataque a la II Internacional, a los socialistas y a las potencias anglofrancesas, siguiendo puntualmente las orientaciones de la Komintern en la etapa que va del final de la guerra española al pacto germano-soviético. Añadiendo el detalle significativo de insistir, con el lenguaje más duro que pueda darse, en el apoyo sin paliativos a las decisiones de Stalin contra sus enemigos: Vuestros hermanos gemelos –escribe Santiago–, los traidores trotskistas, zinovietistas y bujarinianos, son para el joven converso agentes del fascismo, igual que Largo Caballero, Araquistain, Baraibar, Zancajo y Cía. Estos fueron los maestros de Santiago Carrillo en su primera etapa política y de los que entonces abjuraba sin tapujos.

Abjuraba de su pasado, de su aprendizaje. Aprovechaba las circunstanciales referencias a su padre para autoafirmarse en sus principios y convencer al PCE y a la IC de la solidez de sus convicciones: Cada día me siento más orgulloso, escribe Carrillo utilizando a su padre de recurso, de ser un soldado en las filas de la gran Internacional Comunista, que tú y tus compinches odiáis tanto y que ha sabido mantener en todo el mundo la bandera de la solidaridad con el pueblo español, mientras que tus amigos del extranjero, los dirigentes de la II Internacional, hacían cuanto podían para acogotarnos, trabajaban y siguen trabajando contra la unidad y contra la URSS, utilizando el mismo lema que Hitler y Mussolini: la lucha contra el comunismo […]. Cada día es mayor mi amor a la Unión Soviética y al gran Stalin, a los que vosotros odiáis y calumniáis precisamente porque han ayudado a España de una manera constante a través de toda nuestra lucha. El odio de vuestra cuadrilla caballerista-trotskista al PCE, a la Unión Soviética, y al gran Stalin es una prueba más del formidable papel jugado por estos en la lucha del pueblo español por su libertad […]. Entre un

comunista y un traidor no puede haber relaciones de ningún género. Tú has quedado ya del otro lado de las trincheras.

El lenguaje es diáfano y no necesita exégesis. Así lo entendió su padre, que dirigió la respuesta al señor Stalin, porque yo afirmo que esta carta no ha sido escrita por mi hijo. Mas esto era pasión paterna a la cual la historia no puede dar la razón. La carta fue pensada, meditada y redactada por Santiago. Se publicó primero, por si cupiera alguna duda del interés y del objetivo con el que fue redactada, en la revista de la Komintern, Correspondance Internationales, el 3 de junio de 1939, y días más tarde en el órgano de las Juventudes Comunistas de la IC, Jeunesses du Monde. Unas semanas después Carrillo recibe la orden de desplazarse a Bélgica, donde está establecida la central occidental de la Komintern. Piensa conformarse con la salida hacia América. Lo hace con un pasaporte diplomático que le entrega el encargado de negocios de la Legación de Chile en París, un militante apellidado Arellano. El argentino Codovila, que entonces dirige desde Bruselas al PC español y que es quien desplaza hacia Norteamérica a Checa, Claudín, Tagüeña, Mije, Uribe o Irene Falcón, entre otros, confía hacer lo mismo con Santiago cuando llega un comunicado de «la casa» conminándole a expedirlo hacia Moscú.

Había hecho pública su carta en el momento previo a la catástrofe que iba a suponer la guerra mundial. Ya podía considerarse un modelo de temple bolchevique, y lo que hubiera podido interpretarse como un borrón en su biografia –un padre traidor– se ha transformado en todo lo contrario. Según la metodología estalinista, los gérmenes de la patología política son hereditarios y pueden ser perniciosos en las biografías políticas; por eso Santiago, al denunciar a su padre, tiene el valor ejemplificador que en la historia han tenido siempre los renegados: afirmar las propias convicciones. No puede entonces sorprender que cuando llegue a Moscú, a finales de diciembre de 1939, su papel, ya importante desde la cabeza de las JSU, se haya multiplicado. Se le va a asignar en la KIM (Internacional Juvenil Comunista) una misión en el gran ejército de la revolución mundial. Será cooptado al secretariado de la KIM, según cuenta Fernando Claudín, su biógrafo y entonces amigo íntimo, por iniciativa del mismísimo Dimitrov, presidente de la Komintern, quien le incluye en las selectas reuniones de la Komintern. Tenía veinticinco años.

No había parado hasta conseguirlo, ni su padre ni su mujer podían interponerse en su camino; a él lo barrió con la carta y ella, Asunción Sánchez, con la que había tenido una hija, Aurora, que, tras ser enviada a la URSS, falleció por

aquellas fechas sin haberse recuperado de un nacimiento dificultoso, había quedado en España al final de la guerra y tardaría en volver a verla. Tras un tránsito por París, Asunción morirá en Cuba después de casarse con otro militante. La leyenda de su asesinato es una estupidez propia de las secuelas de la época.

Tras dudas, confusión y vacilaciones deciden enviarlo a América, vía Japón y Canadá, con misiones de la KIM. Se dirige a los Estados Unidos y trabaja durante algún tiempo con el gran Earl Browder, que pasaba entonces por una vedette del movimiento comunista internacional dirigiendo el PC norteamericano. Browder, después de la Conferencia de Teherán entre Stalin, Roosevelt y Churchill, en noviembre de 1943, elaboró una curiosa teoría sobre la colaboración entre socialismo y capitalismo que le llevó, en un modelo de coyuntural coherencia, a proponer la disolución del PC en los Estados Unidos, sustituyéndolo por una «Asociación Política Comunista». Según Browder, debemos aprender a elevarnos por encima de las viejas divisiones y de los viejos prejuicios, debemos llegar a la confraternización con los viejos enemigos, es necesario suprimir las fronteras entre los partidos y dejar atrás los antagonismos de clases. La propuesta sería aprobada casi por unanimidad en el X Congreso del PC estadounidense, en mayo de 1944, y Browder seguirá su ascendente carrera en el movimiento comunista hasta que termine la guerra mundial y se cambie de política. En abril de 1945 fue criticado y al año siguiente expulsado de su partido y del movimiento. Pero en 1940, cuando Santiago trabaja con él, Browder es un líder que no podía menos que sorprender al joven militante estalinista, armado de rudimentos teóricos. Afirmaciones browderianas como la de que el comunismo es el americanismo del siglo XX tenían que sonarle a charada al Carrillo que venía de España vía Moscú. Solo residirá seis meses en los Estados Unidos; se sentía incómodo. No solo por Browder, sino porque la vida en Norteamérica no era sencilla para un joven nada cosmopolita, un paleto, limitadísimo culturalmente y absolutamente incapaz de aprender un idioma. Además, tenía el lastre de conciencia de todo dogmático; había venido de la Jerusalén del Nuevo Mundo (Moscú) para vivir en las Sodoma del Viejo (Boston y Nueva York).

De Estados Unidos marcha a Cuba y posteriormente pasa a México, dedicándose primordialmente a la reorganización de la JSU y preparándose a cumplir con otras tareas encomendadas en Moscú. En el primer informe que redacta para «la casa» nada más llegar a México dice expresamente: En cuanto a la otra parte del trabajo del centro [la Komintern], la ligazón con los partidos [comunistas]

latinoamericanos, esperamos antes de dar ningún paso contar con la opinión de Luis [Vitorio Codovila]. Este se halla ahora en Chile, para adonde [sic] salió Claudín –porque yo personalmente no podía por razones técnicas– con el fin de informarle de las decisiones de ahí.

Santiago, entretanto, se distingue por su feroz antisocialismo, en el que se mezclaba el espíritu del PCE de entonces y la voluntad de no arrojar la menor sombra de duda sobre su afiliación y las concomitancias paternas. Edita con otros dirigentes de las JSU, como Melchor y Claudín, una revista, La lucha por la Juventud. Apenas si le quedan unos meses de viajar por el Caribe, entre mítines entusiastas narrando sus experiencias bautismales en la URSS, hasta que Uribe le pasa los trastos que había dejado Pedro Checa, trastos reducidos a unos rudimentarios procedimientos para introducir propaganda en el interior. La nueva tarea de Carrillo consistirá en dilucidar cómo desarrollar una organización y al tiempo dominarla. No tenía experiencia de partido, sino de joven socialista unificado en un partido como el comunista, donde la veteranía también es un grado que él no poseía y donde además el escalafón estaba tan cerrado como el de un ejército en tiempos de paz.

Pero eran tiempos de guerra. Se puede decir sin exagerar que la responsabilidad que adquiere Carrillo en el verano de 1942 se limita a dirigir las relaciones escasísimas con el interior, porque el otro privilegio adosado al cargo, el de miembro oficial del Buró Político, apenas si le valía como credencial, dado que ese órgano no se reunía nunca, estaba disperso y el PCE funcionaba con un estilo propenso a los reinos de taifas desde su creación. Ser titular del Buró Político –antes solo figuraba de suplente– se parecía a tener un carné que a nadie podía enseñar. El partido era el de Dolores y el de la IC, y en Moscú se estaba cociendo entre los españoles una crisis doméstica de escasa entidad política, pero a la que se dio una gran importancia: la disidencia de Jesús Hernández y Enrique Castro Delgado.

CRISIS EN LA CÚPULA: HERNÁNDEZ Y CASTRO DELGADO

La crisis, latente ya en los últimos meses de la enfermedad del secretario general

José Díaz, se disparó a su muerte. La sucesión natural seguía idéntico sentido que el eslogan de la organización: «el partido de Pepe y Dolores». Forma un tanto chabacana de definirse, pero que correspondía a su escala de valores.

Es poco probable que Hernández tuviera la más mínima posibilidad de acceder a la secretaría general a partir de sus amistades en la IC, que es quien decidía en última instancia. Ahora bien, si la secretaría general hubiera dependido en 1942 y 1943 de los españoles residentes en la URSS, militantes todos del partido, no cabe duda de que se hubieran inclinado por el exministro de Educación Pública. La figura de Pasionaria era muy cuestionada en aquel momento por dos razones: su distanciamiento de las preocupaciones de la emigración española en la URSS y la cerrazón y nepotismo de su camarilla.

La emigración española en la URSS sufrió un shock de imprevisibles consecuencias en el terreno vital e ideológico. La sociedad soviética no solo estaba más atrasada y tenía rasgos bárbaros más acusados que los que ellos habían dejado en la península, sino que el mismo esquema mental y el modo de vida de los rusos chocaba, en ocasiones violentamente, con aquellos hombres acostumbrados a la irregular supervivencia y a las costumbres de quienes llevaban tres años haciendo la guerra. Para la mayoría, que hubo de incorporarse a las fábricas, el encuentro con el «stajanovismo» fue brutal. El fenómeno «stajanovista», que había nacido en agosto de 1935, estaba entonces en plena efervescencia; los obreros españoles, enfrentados a aquellos ritmos de trabajo enloquecidos, muy superiores a lo que ellos acostumbraban, no se arredraron ni lo rechazaron, pero encajaron un golpe.

Todos, obreros, políticos o técnicos, habían llegado a un país donde se necesitaba permiso para todo, sin los propus (pases) no se podía ir a parte alguna. Las carencias eran superiores a las que habían vivido en España durante la guerra. La sociedad soviética que ellos afrontaron con admirable entusiasmo destrozó sus esquemas; será necesaria la guerra contra el invasor nazi para que muchos españoles entendieran algo de aquella sociedad impenetrable. Jesús Hernández, al enfrentarse a los numerosos problemas de esta emigración, solía recomendar que se les dejara partir hacia América, a lo que añadía una frase: «los que se queden, se pierden».

El detestado nepotismo de la camarilla de Pasionaria se limitaba a mejorar el estatus de sus incondicionales y a un cierto desapego hacia sus conciudadanos. La figura de Antón, con el prólogo de su viaje en vagón alemán y su prepotencia

castiza, se hizo odiosa. Surgió entonces en el seno de la camarilla un alevín, procedente de la JSU, antiguo flauta en la banda municipal de Jaén, Ignacio Gallego, novio de su hija Amalia, quien, con una esfinge llamada Irene Falcón, formaban el grueso de la troupe que rodeaba a Dolores Ibárruri. Su única conexión con la Academia Frunze y el grupo «militar» del partido lo representaba Antonio Beltrán, más conocido por «El Esquinazao», que había alcanzado durante la guerra española el grado de teniente coronel.

En una sociedad ya cerrada de por sí, como la soviética, había que sumar la sensación de claustrofobia de los españoles emigrados; los odios, obviamente, se multiplicaban y esa camarilla de Pasionaria concentró buena parte de las antipatías dispersas. Todo contacto con Dolores Ibárruri pasaba por Irene Falcón y esta se ganó a pulso la inquina de casi toda la emigración por su carácter despegado y su sordidez de novela por entregas. Irene Falcón, que entonces firmaba como Irene Toboso, y a quien todo el mundo conocía por la Intrigante, se llamaba realmente Irene Levi Rodríguez. De padre judío, y de ascendencia eslava, chocaba con el lugar de nacimiento, Valladolid, donde quedó huérfana de padre a los cinco años. Tanto ella como sus dos hermanas estudiaron en el Colegio Alemán de Madrid, donde se hablaban cuatro idiomas básicos que serían una ayuda a su considerable interés políglota.

Desde su casamiento Irene oculta su raíz judía y utiliza el apellido de su marido, César Falcón, un periodista peruano residente en Madrid, con el que formarán la IRIA –Izquierda Revolucionaria y Antiimperialista–, un grupo radical minoritario que editaba la revista Nosotros y que ingresará en bloque dentro del PCE en 1933, en un momento en el que los comunistas españoles aglutinan algunos grupos minoritarios, como ocurriría poco antes con el de Pedro Checa y con los «social-revolucionarios» de J. A. Balbontín.

Irene Falcón tenía una compleja personalidad que no facilitaba la comunicación; mujer fría, físicamente poca cosa, vivía entonces con una de las figuras emergentes de la Komintern, el checoslovaco Geminder, conocido con el nombre de guerra de Friedrich, responsable de Información y Propaganda de la Internacional Comunista. Ella concitaba las antipatías que debían ir repartidas entre aquella camarilla formada por Gallego, Antón y Pasionaria, que hacía las veces de reina madre.

Hernández aprovechó este clima para crearse una imagen de dirigente comprensivo y atento con sus compatriotas, ayudado por la simpatía y el don de

gentes de su mujer, Pilar Boves, que sabía por experiencia propia lo que era pasar necesidades por haberlo padecido durante su precaria infancia. Como dijo un protagonista refiriéndose a la época y al encanto inolvidable de la esposa de Hernández: «Era una golfa con un corazón enorme; nadie que la conociera podrá hablar mal de ella».

En este clima tenso y personalizado, los órganos de la Komintern seguían preocupados de sus cosas e intentando superar el clima de derrota ante los avances nazis. Mientras, el PCE aplazaba sine die los acuerdos de la reunión del Comité Central de 1940, en Moscú, donde se había decidido que Hernández y Antón marcharan hacia América, el primero para ocuparse de las relaciones con otras fuerzas y el otro para echar una mano al debilitado Checa en cuestiones de organización; posiblemente para sustituirle, porque Checa ya no parecía el mismo dos años antes de su muerte. En 1940, tanto Dolores como el mismo José Díaz no mantenían excelentes relaciones con Hernández, frente a lo que este escribe en sus libros de memorias. Cuando muere Díaz y se produce ese estado de interinidad en la cúpula del que hablábamos antes, el enfrentamiento se agudiza, por lo que es lógico que Dolores viera con buenos ojos el cumplimiento de la decisión de 1940, según la cual Hernández debía partir hacia América, y además acompañado de hombre tan incondicional como Antón. Así dejaría de conspirar en Moscú, socavándole el pedestal a Pasionaria, y evitaba que las gestiones de Hernández con Manuilski, el número dos de la jerarquía de la IC, fructificasen y se encontrara Jesús en la secretaría general del PCE, que cosas más extrañas habían hecho los soviéticos y la Komintern con partidos como el polaco[5] o el alemán[6].

Tras una breve estancia en Suecia como puente de la Komintern entre Francia y Moscú, Hernández y Comorera, su acompañante, se enteran de la invasión nazi de Dinamarca y Noruega, en abril de 1940, y vuelven a Moscú, donde pronto conocerán la invasión del propio territorio soviético, complicándose aún más las condiciones en que vivían. Hernández va a la ciudad de Asmara, a orillas del Volga, entonces conocida como Kuybishev, amparándose en su condición de corresponsal del periódico argentino Crítica, y se instala en los aledaños del Gobierno soviético. Dolores Ibárruri marcha, con la plana mayor de la Internacional, hacia Ufá, en Siberia; mientras en todos los frentes arrollaban los ejércitos nazis invasores.

Será en el verano de 1943 cuando emprendan viaje hacia América Hernández, su esposa, su hijo y Antón. Esperarán dos meses en Vladivostok para poder

dirigirse a Canadá, donde pasan veintitrés días. Luego en Estados Unidos los retendrán durante un mes, hasta que una campaña de solidaridad los libere, permitiéndoles al fin entrar en México en olor de multitudes el 9 de diciembre de 1943. La campaña de solidaridad con Hernández y por su liberación –Antón, que estaba en la misma situación, era un perfecto desconocido, mientras que Hernández había sido ministro de Instrucción Pública con Largo Caballero y Negrín– acrecentó la imagen de Jesús. El apoyo abarcaba casi todas las tendencias del bando republicano, desde Martínez Barrio a Ramón Lamoneda, pasando por Giner de los Ríos y Álvaro de Albornoz. Esto, sumado a sus colaboraciones en España Popular, que venía menudeando desde hacía un año, le crearon a Hernández falsas expectativas de un éxito político arrollador.

La suerte le fue adversa. Empezó a serlo nada más pisar suelo mexicano. Entonces se vio obligado a retirarse afectado por una pulmonía, que le dificultó el aprovechamiento del caudal político surgido durante la campaña de solidaridad. Su acompañante y adversario Francisco Antón tiene tiempo suficiente para poner en antecedentes a los dos dirigentes españoles en México: Vicente Uribe y Antonio Mije. Hernández, que es hombre habilidoso, va a plantear una pelea en dos frentes: el fundamental, contra la dirección del PC en Moscú y muy concretamente contra Dolores y su emisario en México, Antón. El otro es la denuncia de la notoria incompetencia política de Uribe y Mije, en su papel de máximos representantes del partido para el área latinoamericana y las relaciones con otras fuerzas.

Por motivos muy semejantes ambas peleas se saldarán para él con derrotas. Para el enfrentamiento entre Uribe y Antón, o más exactamente para ganarse a Uribe a sus posiciones, Hernández utiliza sus conversaciones con Manuilski, el número dos de la IC –nada proclive en principio a Dolores–, y describe con tintes duros la siniestra situación de los niños españoles en la URSS, responsabilidad directa de Pasionaria. Estos ataques a Pasionaria los hace Hernández marginando a Antón, hecho que ve facilitado por una historia medio sórdida medio idiota, que relatará Hernández en carta enviada a la dirección del PC en Moscú con la doble finalidad de deteriorar a Uribe y de mostrar a Dolores la verdadera naturaleza de su compañero Antón. Aunque el tema no sea de naturaleza política tiene interés para conocer algunos usos, costumbres y preocupaciones de aquellos «intangibles» dirigentes. En este intervalo de tiempo se produjo un hecho que me repugna tener que mencionarlo aquí, escribe Hernández en su informe, redactado varios días después de su marginación del partido en México y dirigido tanto a la dirección del PC soviético[7] como del PC español.

El asunto, que tiene visos novelescos a lo Felipe Trigo, es el siguiente, según narra con no oculto regusto el galante Hernández: Se trata de que Uribe se celó terriblemente de Antón, por estimar que este se entendía con su mujer. Después de una semana de escenas melodramáticas en las que se hablaba de muertes y de suicidios, después de una semana consecutiva de borracheras de Uribe (decía que para olvidar), gracias a nuestro esfuerzo la situación fue serenándose y Uribe y su compañera decidieron continuar viviendo juntos y Antón y Uribe se dieron mutuas explicaciones.

Como la carta va dirigida al centro de Moscú, Hernández se toma más espacio en denunciar la incompetencia del dúo Uribe-Mije, tanto en el terreno político, como en el militante y en el personal. En el político se refiere a la manera sectaria que tiene la delegación del PC en México de entender la política de Unión Nacional y en especial las consecuencias desastrosas de la Junta Suprema de Unión Nacional, tomada como eje por el que deben pasar todos sin excepción. En la prensa y en los discursos, en las conversaciones y en las asambleas, el problema lo planteábamos así: Con la Junta o contra la Junta; la Junta es la expresión del pueblo español y quien no esté con la Junta está contra el pueblo español. Naturalmente –dice Hernández a modo de conclusión–, con este lenguaje solo producíamos irritación. A nadie convencíamos. Y de este jaez sectario son los ataques del PC en México a Negrín y esa mirífica demagogia política de la que Hernández muy justamente se burla y que Antón acaudillaba con este enunciado: Hay quien dice que nos quedamos solos. Cierto, pero solos con el pueblo español.

Hernández llega a la conclusión, después de comprobar la denominada política de alianzas del PCE en México y por exclusión del PC en su conjunto, de preguntarse si interesa o no la unidad de las fuerzas políticas de emigración, y lo hace de forma inteligente, demostrando una visión política mucho más realista que sus colegas de partido, al advertir algo que parecía pasarles desapercibido y es que sin lograr un sólido bloque de fuerzas de izquierda, es un puro disparate quererse proyectar hacia la derecha. En su enfoque sugiere compaginar la Junta Suprema de Unión Nacional con otras formas unitarias en el exilio, y no hacer de la Junta un obstáculo para el entendimiento. Hernández, al redactar su balance político para Moscú, confirma: Cada día estamos más solos y distanciados de nuestros aliados más inmediatos.

De poco le van a servir, si no es como derecho al pataleo, las justificadas denuncias de corrupción que lanza sobre Mije y sobre el partido en el área

americana. Nuestro partido –escribe– cuenta en la actualidad con más funcionarios retribuidos que durante el periodo de la guerra en España. Y volviendo contra Mije las acusaciones que luego se aplicarían a él mismo, define el modo de vida de este: por la mañana fútbol, por la tarde toros y por la noche el restaurante de postín a cenar, y apunta el rasgo megalómano de Mije, que lleva dos escoltas personales, lujo que no se permiten ya ni los propios generales mexicanos.

Los dos frentes que intenta separar Hernández se unirán para liquidarle. Su explicación a Uribe y Mije sobre la necesaria renovación de la dirección del PCE y los métodos de Dolores y su camarilla en Moscú va a ser neutralizada por Antón, que tiene la partida ganada por su poder de representación –es el rey consorte– frente a un Hernández que para ellos figura como un competidor además de un oponente. Y para Moscú, es decir, Dolores y la IC, Hernández no es más que un trepador que pone en cuestión el centro soviético. Sus orientaciones, por más que sean justas, de darle la razón pondrían al partido bajo sus órdenes. En resumen, ambos frentes le atacarán a degüello, acosándole en México y forzándole a dos autocríticas por escrito –una el 15 de enero y otra cuatro días más tarde– de las que ni Antón, ni Uribe, ni Mije se darán por satisfechos hasta que le separen del partido en abril de 1944, obligándole a comunicarse con Moscú en busca de amparo en una larga carta, especie de pliego de descargo, que no le librará ni de la calumnia ni de la expulsión.

Se le separó del Comité Central el 7 de abril y no tardó en ser expulsado. Él creía que ni en México ni en la URSS se atreverían a tomar esa medida contra él, por su prestigio, por sus conocimientos internos y por las consecuencias de la medida. Una vez más, se equivocó al sobrevalorarse, como tantos otros. Su expulsión apenas si tendrá más consecuencia política que el abandono de dos militantes que se irán con él, el excomisario en la guerra Ramón Pontones y Antonio Hierro Muriel, que había ingresado en el PCE en 1932, con el partido social-revolucionario de Balbontín. El resto del partido creerá a pies juntillas el decreto de expulsión y los infundios que hicieron de él prototipo de renegados y agente del enemigo; la calumnia funcionó mejor que años de vida militante, demostrando también una vez más que el destino vuelve a repetirse inexorablemente y que nada pone coto a las más increíbles mentiras para justificar la expulsión del partido. Su principal e inestable apoyo se situaba en Moscú. Allí Enrique Castro Delgado, temeroso y aislado, hace de albacea de Hernández contra su voluntad y sirve de pararrayos de todas las iras acumuladas por los dos bandos.

A Enrique Castro se le va a someter a un proceso típico del estilo estalinista; un precedente de los que se seguirán en 1947. En él se jugó la vida. Se salvará gracias a reconocer, no sin cierta dignidad, tan difícil en aquellas circunstancias, errores, equivocaciones y crímenes contra el partido y Dolores.

Un mes más tarde de la marginación de Hernández en México, se abre en Moscú el proceso contra Castro Delgado. Es el 5 de mayo de 1944 y cuenta con la presencia de Stepanov, el búlgaro que sirve de contacto de la IC con los españoles. Están presentes los miembros del CC residentes en la URSS.

Mientras que la separación de Hernández y su posterior expulsión del partido, en México, fue un puro trámite, sin más consecuencias, la de Enrique Castro Delgado, por celebrarse en la URSS, tuvo su parafernalia procesal, con sus acusadores y su víctima, y ofrece un retrato del equipo dirigente del PCE en Moscú en aquel año 1944.

Conforme al respeto jerárquico, será Stepanov quien abra la reunión, entre alabanzas a Pasionaria (yo puedo conocer chino, filosofía… pero yo soy un enano y Dolores un gigante) y referencias al pasado de Hernández (yo le conocí en el 31, con su espíritu de pistolero). Apuntará a la víctima, Castro Delgado, con un giro malévolo: Me da la impresión que Castro no va en el mismo vagón que Hernández, pero sí en la misma dirección. El tema de la reunión está definido en el orden del día: «Expulsión de Hernández y juicio a Enrique Castro Delgado para separarle del Comité Central».

Leídas las acusaciones, bastante personalizadas y nada contundentes en el terreno político, los papeles de la representación se distribuyen entre buenos y malos, dependiendo de las relaciones de los participantes con los procesados Hernández (en ausencia) y Castro (presente). Dolores, especialmente implicada, pues es el objeto en litigio, desempeña quizá por ello un papel de «bueno», pidiendo que se llegue hasta el fin (la expulsión), aunque sugiere la conveniencia de darle [a Castro] una oportunidad de salvarse, pues se infiere religiosamente que sin el partido no hay salvación posible en el curioso lenguaje de Dolores, que entronca con su tradición de acendradas convicciones católicas. Esta terminología eclesial y evangélica la usarán varios miembros del Comité Central, que están convencidos de la imposibilidad de «salvar» a Castro, pues uno a uno lo van sentenciando al fuego eterno. Primero Vidiella, representante del PSUC en la Komintern, luego Segis Álvarez, vallisoletano y secretario de la KIM (Internacional Juvenil Comunista), que pronto será sustituido en el cargo

por Ignacio Gallego, el joven promocionado por Pasionaria. Segis, inteligente y discreto, fue uno de los autores de la unificación de las JSU en 1936, desde su posición de líder juvenil comunista; tras esta reunión, en la que le salpicarán algunas críticas por su falta de fidelidad a Dolores, entraría en un ostracismo del que ya no saldría nunca.

Enrique Líster, siempre malévolo, hará gala de un cínico puritanismo que no aplicó a su propia vida y dirá: Hay testimonios escritos, cartas, que demuestran hasta qué grado de degradación moral había llegado Hernández en su vida privada[8]. Ignacio Gallego, sofista y astuto, afirma: A mí no me hace falta que uno hable mal de Dolores, basta que no hable bien; y mantiene un aire de dramatismo que va al caso: Hernández ha preparado la puñalada trapera. José Antonio Uribes, amigo y colaborador de los acusados, se muestra implacable, ardoroso, y acusa a Castro de incrédulo porque este anda diciendo que el Manifiesto de la Junta Suprema de Unión Nacional, que a Castro le llegó en francés, no ha sido hecho en España. La intuición de Castro era exacta; lo había redactado en francés Gabriel León Trilla, antes de ir al interior.

Es costumbre en el movimiento comunista que a las reuniones del CC también asistan otros que sin ser miembros del organismo, tienen peso y no deben quedar al margen de la fiesta. Este fue el caso de Tagüeña, el físico a quien la guerra convirtió en dirigente militar, y que al igual que Juan Antonio Uribes, dada su amistad con el acusado, y para evitar comparaciones, se lanzó a una desmadrada sarta de acusaciones, algunas brutales –como la sugerencia de que Hernández había sido confidente de la policía– y otras tan ambiguas que motivaron al simple de Carrión, un miembro histórico del CC, una palabra de reconvención: Hay que saber mucha filosofía para comprender a Tagüeña; si ha tenido algo debe decirlo y no divagar, lo que provoca en el temeroso Tagüeña una frase definitiva: He tenido relaciones con Castro que han durado hasta este momento.

Todos los ojos cuentan que estuvieron pendientes de la actitud de las tres promesas militares del partido –Líster, Cordón y Modesto–, descartados todos los demás por diversas razones. Líster, en la línea ya citada, fue ensartando insultos y desprecios tantas veces como intervino; de Castro Delgado lo más que se podía decir es que se trataba de un fantasma. Modesto fue más allá en la línea de ataque: Hernández y Castro han vivido aquí en plan fantástico y cuando se hace esto es que hay algo en el fondo. Cordón, más sobrio, es el único que no insulta a nadie, sencillamente apela a la unidad del partido y a las grandes palabras.

Meses antes de la reunión, los tres –Cordón, Modesto y Líster– son ascendidos a generales del Ejército soviético y Manuilski, el mítico Manuilski, celebra una fiesta en su honor, el 23 de febrero, en su dacha de Kunsevo. Esta fiesta presidida, entre otros, por Dolores Ibárruri, es para Castro y Tagüeña, según cuentan en sus memorias, la puesta de largo de Pasionaria como secretaria general del partido y la prueba de que ha sido aceptada por la IC. Creo que la falta de documentos y su situación personal les ciega; posiblemente sea el momento en que tanto Castro como Tagüeña vean su cabeza pendiente de un hilo, que no es lo mismo. Dolores ya estaba entronizada como secretaria general in pectore antes, y las fechas demuestran que los ascensos soviéticos a Cordón, Modesto y Líster son anteriores al estallido del asunto Hernández-Castro. Después de ese nombramiento ninguno de ellos hubiera hecho nada que disgustara a sus superiores soviéticos.

La crisis Hernández-Castro fue una tormenta en un vaso de agua, casi un problema doméstico, sin connotaciones políticas, fuera de los aspectos personales: si siempre en la discusión política hay parte de sentimiento y personalismo, en este caso fue solo sentimiento y personalismo sobre un fondo de política. Es patética la explicación de Castro, narrando a sus acusadores algunas de las razones de sus contactos con Hernández: Jesús le daba azúcar que no había más que para los líderes del primer nivel, y mantequilla para el chico (su hijo), que estaba subalimentado. La misma Dolores no tiene pudor alguno en confesar sus relaciones con Antón, primera y única vez que lo hará en una reunión de partido: Si yo he tenido relaciones con Antón, las he tenido de una manera normal, como hacen los comunistas. Parecían charlas de confesonario.

Así de sencillo y de sórdido fue todo. Tras una reunión informativa con los españoles de la Academia Frunze y otra del CC en junio de 1944, el asunto Hernández-Castro, emparejados y amontonados ya de por vida y para la posteridad, quedó sentenciado al mismo nivel de la discusión, es decir, ínfimo. En palabras del principal conductor y brillante fiscal del proceso, Ignacio Gallego, el caso Hernández se reducía a la historia de un corruptor, que durante su estancia en la URSS había convertido su casa en un cafetín rico donde la gente encontraba de todo: café, coñac, cigarrillos ingleses. El supuesto delito de Hernández parecía residir en el dispendio, en no guardarlo para su uso personal, como hacían otros dirigentes, mientras, según Gallego, el pueblo soviético sufría las dificultades de la guerra. Nadie le hizo notar que los hechos se referían a la penuria soviética anterior a la invasión nazi, pero metido en su papel de fiscal no dejaba ningún resquicio a la duda: Vosotros sabéis que hay problemas en

principio justos, pero que desde el punto de vista de su solución inmediata presentan dificultades. Esta versión sofística de Gallego justificaba el corolario definitorio de Hernández; el asunto se reducía a un hombre inclinado a vivir en la degeneración y en la orgía [sic].

Si en México Hernández fue aislado sin mayores dificultades y el partido asimiló el «hernandismo» como una figura más de las malas artes del enemigo y de la corrupción capitalista, en Moscú las sesiones del proceso político a Castro Delgado fueron convirtiendo la organización en algo parecido a una balsa de aceite dispuesta a decir «amén, Jesús» cuantas veces fuera necesario; los tiempos no permitían ni la más ligera duda. Algunos de los antiguos opositores a Pasionaria y su grupo –Líster, Modesto y Cordón– habían sido ascendidos en el estricto escalafón soviético y otros, como Segis Álvarez, entraron en el ostracismo crónico. Ignacio Gallego surgió como discreta estrella y no abandonará este papel, jugando siempre entre luces y sombras, hasta muchos años más tarde. El partido se anegó de disciplina y fe ciega, y la figura de Dolores se convirtió en inmarcesible. Ella misma resumió con una frase, a modo de reconvención y advertencia, la crisis de Hernández-Castro; la enunció ante los miembros del Comité Central reunidos en Moscú el 29 de junio de 1944: Una oveja sarnosa contagia al rebaño.

La expulsión de Hernández y su secuela moscovita (Castro Delgado) no tuvo en su momento trascendencia política; la cuestión política estaba al fondo, en algunos detalles, pero el conjunto se inclinaba más hacia problemas domésticos. Apenas si se referían al año 1944, aunque se viviera el impulso triunfalista de la victoria soviética en todos los frentes.

Las consecuencias políticas para los protagonistas de la crisis, Hernández y Castro, fueron escasas, no así las personales, pues ambos expulsados sufrieron durísimas situaciones en el terreno privado. Castro Delgado, después de dificultades, maniobras y gestiones interminables, consiguió abandonar la URSS gracias a los soviéticos, y con la oposición del PC español. Pasionaria puso en juego todas sus influencias para intentar impedirle abandonar la Unión Soviética. El 8 de junio de 1944 escribe al mismísimo Dimitrov una carta personal en la que le dice: Sabemos que Enrique Castro ha recibido el visado del gobierno mexicano para salir de la URSS a México, él, su mujer y su cuñado… Mi opinión es que Castro no debe salir de la Unión Soviética y deseo que usted me aconseje qué debo hacer para impedirlo… No debió fiarse mucho de su éxito, pues dos días más tarde envía otra carta a un tal Dekanosov en la que vuelve a

insistir: Es posible que a usted se dirija en demanda de visado para salir de la Unión Soviética el emigrado político español Enrique Castro… Mi opinión es que Enrique Castro no debe salir de la Unión Soviética, porque estoy convencida de que, lejos de rectificar, ha de seguir luchando contra el partido y contra nuestra causa común, cosa que en la Unión Soviética no podrá seguir realizando… El destino de Enrique hubiera sido fácilmente previsible, pero los soviéticos desoyeron las presiones de Dolores.

Llegó a México en 1945, acompañado de su esposa Esperanza Abascal, momento en el que reniega de su etapa comunista. Escribirá años más tarde dos libros de recuerdos militantes teñidos de resentimiento –Mi fe se perdió en Moscú (1950) y Hombres made in Moscú (1960)–, ambos publicados en México y de escaso interés histórico, escritos más con el hígado que con la cabeza. En septiembre de 1963 volverá a la España de Franco, gracias a las gestiones de Fernández Figueroa, director de la revista Índice, cercana al ministro de Información, Manuel Fraga Iribarne. No cumplirá dos años en su patria, pues el 2 de enero de 1965 morirá en un chalé de las afueras de Madrid rodeado de los catorce perros que su esposa había ido recogiendo de aquí y de allá. De la soledad, la incomprensión y el aislamiento que sufrió lo dice todo la dedicatoria de uno de sus libros: «A Lobo (un perro), único gran amigo de mis años viejos».

Hernández, por su parte, también escribió un libro de recuerdos –Yo fui ministro de Stalin (1952)– que no le evitará el olvido y las dificultades económicas; primero se dedicó a la venta de automóviles usados, luego a las placas para taxis y por fin instaló una tienda de café en un mercado de la capital mexicana. En eso quedó aquel hombre a quien sus detractores consideraban inclinado hacia «la degeneración y la orgía». Murió en 1971, como un exiliado más que había engranado en la vida mexicana; dedicado a modestos negocios, a tertulias de poco fuste y casado ya con una azteca.

Ambos, Hernández y Castro, intentaron infructuosamente instalarse en la vida política después de su expulsión.

Esperaron hasta 1946. En septiembre de ese año aparece en México el número uno de la revista Horizontes, que lleva el subtítulo indicativo Revista española de Orientación y de Polémica Política. Los primeros números los dirigirá Enrique Castro, pero a partir del 7 (junio de 1947) las divergencias personales y políticas llevarán a Castro a separarse de su compañero y Horizontes se convertirá en unas hojas mal impresas, que Hernández intenta orientar

denominándolo «órgano central del movimiento comunista de oposición», de nula influencia y errática orientación política: en 1947 aprueba la política exterior de la URSS en los países del Este de Europa.

Castro Delgado, cada vez más distante del movimiento comunista e incluso del marxismo, lanzó primero una publicación titulada Democracia y posteriormente El Español, que editaba él solo y que enviaba por correo. Fue recuperado por el franquismo y colaboró activamente en el Ministerio de Información. Hernández será utilizado como portaestandarte del denominado «titismo» a finales de los años cuarenta y constituirá en Yugoslavia un fantasmagórico Partido Comunista Español Independiente (1953), en el que colaboró otro veterano miembro del Buró Político, Martínez Cartón.

Todas estas fueron actividades circunstanciales que tenían el mismo valor político que una tertulia o redactar un panfleto. La realidad es que ambos, después de la crisis de 1944, desaparecieron, aunque intentaran sobrevivir a la vorágine de la calumnia y el olvido. Sus tentativas posteriores a 1944 demuestran la falta de savia política y su fragilidad personal. Su historia se magnificó gracias a la cruzada anticomunista de la guerra fría y a la instrumentalización que de ellos hizo el régimen de Franco. Esto desdibujó sus figuras, que hoy debemos enmarcar dentro de la crisis de identidad, ideológica y vital de una generación de españoles cargados de fe que llegó a la URSS tras la derrota republicana, en pleno furor estalinista. Sus previsiones y sus esperanzas se vieron defraudadas; algunos desaparecieron, muchos sobrevivieron en silencio y algunos pudieron escapar y cambiaron de bando. Fue, insisto, una crisis doméstica anterior a la guerra fría que resucitará esa misma guerra fría.

[1] En algunos libros se fecha el suicidio el 18 de marzo, otros el 21, y el comunicado oficial señala que fue el 24.

[2] La firma de la esquela tiene interés para conocer los niveles del escalafón tanto del PCE en la URSS (Ibárruri, Hernández, Modesto, Líster, Cordón, Tagüeña, Antón, Castro, J. A. Uribe, Vidiella, Planelles y Segis Álvarez), como de la Komintern (Dimitrov, Manuilski, Pieck, Marty, Ercoli (Togliatti), Gotwald, Florín, Varga, Koplenig, Rakosi, A. Pauker, Ulbricht, Akkerman, Kolarov, Fridrich (Geminder), Furnberg, Kopetsky, Weinberger, Koehler, Bruno y Blagoieva).

[3] F. Claudín, Los guerrilleros, destacamento armado de la Unión Nacional del Pueblo, enero-febrero de 1942.

[4] Y Mañana, España, vol. I, pp. 76-77, Madrid, edición clandestina, 1975-1976.

[5] El PC polaco fue disuelto por la IC en el verano de 1938.

[6] Desde el fallido pusch de 1929 hasta la entrada de la URSS en la Segunda Guerra Mundial, el PC alemán sufrió de tal modo los giros de la política soviética que incluso algunos dirigentes fueron entregados a Hitler durante la vigencia del pacto germano-soviético.

[7] El documento que he podido leer lleva en su portada de puño y letra de M. (¿Manuilski?) una nota en ruso que traducida dice: «Camara. D. (¿Dimitrov?) le ruego que urgentemente examine este material y que haga un resumen con sus opiniones». La fecha puesta por M. (¿Manuilski?) es 11 de julio de 1944.

[8] Líster, quizá por su vieja profesión de cantero, era inmutable, como las piedras; con Carrillo volvió a decir exactamente las mismas cosas que dijo con ocasión de Castro Delgado, y que volverá a repetir con ocasión de Vicente Uribe en 1956, como veremos.

Capítulo 4

Es la patria madrastra avariciosa,

exigiendo el sudor, la sangre, el semen,

a cambio del olvido y del destierro.

L. Cernuda, Como quien espera el alba

NACIMIENTO DE LA UNIÓN NACIONAL

Una de las primeras decisiones del Estado soviético para frenar el avance nazi fue recoger las radios particulares; luego se eliminó la semana de cinco días y se decretó la más férrea inmovilidad laboral. El Ejército no tardó en dejar de ser Rojo para ser Soviético y en el verano del año siguiente aparecieron distinciones de origen zarista: la orden de Suvorov, la de Kutusov, la de Alexander Nevski. Se volvieron a poner charreteras y galones a los oficiales. El himno dejó de ser la Internacional y ocupó su lugar el de 1812, el himno de Souvarov. La guerra contra el nazifascismo se transformó en la Gran Guerra Patria.

En el terreno de la elaboración política, el PCE, como no podía ser de otro modo, se atuvo estrictamente a las orientaciones de la política soviética y de su brazo exterior, la Komintern. Al día siguiente de la invasión alemana de la URSS (junio de 1941) se da el gran giro táctico que pasará a la historia como la política de Unión Nacional. Este viraje ocupará todas las energías del PCE; se trataba de la aportación española a la causa soviética de la Gran Guerra Patria y al tiempo servía para recuperar los vínculos perdidos después de la guerra civil.

Un día después de la invasión nazi la dirección del PCE hace pública una

declaración en forma de manifiesto firmado conjuntamente por el PCE, el PSUC y las JSU. Se trataba de la primera ocasión desde el final de la guerra en que aparecían mancomunadas las tres organizaciones comunistas españolas y este documento del 24 de junio debió de ser redactado en el calor de las horas inmediatas a la invasión de la URSS. Se recupera una parte del lenguaje olvidado, definiendo de nuevo a los nazis como imperialistas alemanes, lo que no se repetía desde el pacto germano-soviético; y se señala, siguiendo la consigna general de la Komintern, que la guerra ha entrado en una nueva fase, que transformaba la que hasta el día anterior era una guerra interimperialista en una guerra justa, revolucionaria y [que] merece el apoyo intrépido, combativo, no solo de la clase obrera y de los trabajadores, sino de todos los que luchan por la causa sagrada de una humanidad avanzada y progresiva.

No era cosa fácil adaptar las consignas en veinticuatro horas. Por eso se insistía, por última vez, en la búsqueda de la paz. La lucha por una paz de los pueblos debe ir vinculada a la guerra abierta y sin tregua contra los agresores imperialistas alemanes y sus miserables aliados italianos, rumanos y finlandeses blancos, hasta borrar de la faz de la tierra la tiranía nazifascista. Pero aun en esta declaración precipitada los comunistas españoles no se percatan de la amplitud del giro que se avecina, de lo que significa la política de Unión Nacional, al recordar la complicidad de los jefes socialdemócratas mil veces traidores, que no volverá a repetirse en posteriores manifiestos.

Apenas un mes más tarde, el 1 de agosto de 1941, ya se introduce un nuevo lenguaje, exento de improperios, en el que los enemigos se han trasmutado. Winston Churchill pasa a tener claridad meridiana, y el vacilante socialdemócrata Negrín se convierte en don Juan Negrín, jefe del último gobierno constitucional de la República. Se convoca entonces a la unión nacional de todos los españoles contra Franco y Serrano Suñer, una unión con minúsculas, pero en la que ya caben obreros, campesinos y pequeña burguesía; y se desarrolla esa manía estratificadora que incluye a la burguesía media y sectores de la burguesía nacional. Se convoca también a los ayer «traidores», como los republicanos, socialistas, católicos, anarquistas, masones, nacionalistas catalanes, vascos y gallegos, cenetistas, separatistas catalanes, hombres de centro y la derecha. Y para que nadie quede por citar se refiere a los elementos que en el interior del país constituyen en las filas del régimen la oposición a la política que Franco realiza; es decir, en el lenguaje críptico, los monárquicos, carlistas y demás familias del régimen surgido el 18 de julio de 1936, no vinculadas a Serrano Suñer y la Falange.

El giro es tan brutal y tan carente de mala conciencia por el inmediato pasado que, siguiendo en esa vía atrapalotodo, unos días más tarde se envía una carta llena de felices imágenes a los socialistas, en forma de «carta abierta», quizá porque las cartas cerradas eran imposibles donde estaban cegados los canales de comunicación desde hacía más de dos años. Esta «carta abierta» de los comunistas es una respuesta moderada, templagaitas y llena de comprensión hacia la indignación de los socialistas ante el viraje del PCE. Para el PSOE se trata de algo inaudito, incalificable, que en apenas veinticuatro horas los comunistas españoles varíen su definición de los socialistas; de aliados del imperialismo, se convierten en aliados para hacer una patria próspera y feliz, como dice textualmente el llamamiento del 1 de agosto de 1941.

Leída con ojos de hoy, la «carta abierta» del PCE al PSOE tiene rasgos humorísticos, por ejemplo al referirse a la falta de argumentación de las acusaciones socialistas, que a juicio del ahora templado PCE ha sido sustituida por una madeja de insultos y calumnias en un lenguaje soez y provocativo impropio de trabajadores. Junto a justas críticas de los comunistas al PSOE, acusándole de ser el culpable de romper el Frente Popular con su levantamiento de Casado, hay también afirmaciones desvergonzadas: Se pretende que el PC cambia «como una veleta de posición» (el subrayado viene en el texto). Que ayer «combatía a la democracia» (ídem) y a los socialistas «por defenderla» (ídem) y «hoy» se sitúa en el plano de la democracia […]. A esta acusación, que más parece una constatación, responde el PCE con un viva cartagenero: solo los cretinos incorregibles pueden hablar de que los comunistas han dejado un solo día de luchar contra el fascismo, lo que al tiempo de ser una verdad de a puño referida a España no responde a la pregunta que se le hace. Con notable desfachatez resumen los dos años de antisocialismo con estas palabras: El PCE ha criticado, con argumentos y razones, y no insultado a tácticas y conductas de partidos y hombres durante la guerra.

Ante el dilema que se le plantea al PCE, en su proyecto de Unión Nacional, de si este incluye o no a Prieto y a los más anticomunistas del PSOE, como Baraibar y Araquistain, el partido es sibilino y radical al tiempo. De Prieto afirma que el PCE no le excluye […], que es Prieto el que con su conducta se excluye. Sin embargo, Baraibar y Araquistain son provocadores, como los trotskistas, servidores de la reacción mundial y principales artífices de la derrota del pueblo. Esta «carta abierta» al PSOE tiene la hechura de Pasionaria, algo más fluida que la prosa apelmazada y redundante de Vicente Uribe. Además, si tenemos en cuenta la envergadura de la iniciativa, solo Pasionaria, o Uribe –previa

consulta–, tenían facultades para tomarla.

La política de Unión Nacional inaugurada por el PCE en el verano de 1941 queda estancada ante la violenta reacción del PSOE oficial, pese al intento de tender un puente hacia Negrín, residente en Londres y en quien se ponen grandes esperanzas para que sirva de cuña en el seno de los socialistas mayoritarios. La prensa del PC publica íntegro el discurso de Negrín en Londres, el 20 de julio, y la declaración del Comité Central de agosto, que antes citábamos, tiene como eslogan: Por un Gobierno de Unión Nacional presidido por don Juan Negrín.

A partir de esta declaración a favor de la Unión Nacional menudearon los artículos de circunstancias que tenderán a destacar la españolidad del PCE, en el camino de recuperar las alianzas, tratando de demostrar que solo el bienestar del pueblo español era la guía del PCE. Se buscaban antecedentes históricos en la Guerra de Independencia frente a Napoleón, y no se fue más lejos, hasta Viriato, posiblemente por falta de conocimientos.

Se reforzarán los contactos con la intelectualidad, pues a falta de partidos políticos que nuclearan la Unión Nacional se arropará este cambio táctico con la prueba de la adhesión de los intelectuales. José Bergamín va a ser, una vez más, el aglutinante de los intelectuales de América, encauzando el apoyo a la Unión Nacional. Sus relaciones con el PCE son excelentes, siguiendo una de las características personales de Bergamín, la de ir contra la corriente. Si numerosos intelectuales mostraban su distanciamiento y sus dudas sobre los procesos de Moscú, Bergamín prologa el vergonzoso texto oficial. Si el «pusch» de mayo de 1937, en Barcelona, es un episodio en el que se mezclan provocaciones del POUM y manipulaciones estalinistas, Bergamín cubre con su manto el exterminio de trotskistas con otro prólogo a un libelo titulado Espionaje en España. Si el aislamiento comunista a comienzos de los cuarenta es prácticamente total, Bergamín, sin ser comunista y sin dejar de ser católico, prestaba su prestigio y su atractivo personal a la causa de los más solos, los más despreciados entre la clase política del exilio: los comunistas que acaban de convertirse a la política de Unión Nacional. Un informe interior del PC español en México enviado a Moscú dice: Con Bergamín tiene el partido buenas relaciones y se mantuvo cerca de nosotros cuando otros rompieron sus relaciones con el partido. Pudibunda referencia al aislamiento que generó el pacto germano-soviético.

La Unión Nacional no triunfó como vía política, pero es cierto que consiguió

sacar a los comunistas del guetto y del ridículo político en el que ellos mismos se habían metido. La guerra civil había terminado enfrentándoles con todos, hasta con Negrín, su último partenaire. La política de Unión Nacional les facilitará la salida del pozo, porque amplios sectores exigían un tipo de política parecida. Además, los comunistas en el exilio podrán muy pronto echar sobre las mesas de negociación con otras fuerzas algo que ningún otro partido estaba en condiciones de exhibir con tanta profusión: sus mártires en la lucha del interior.

Con el conjunto del PSOE no se avanzará mucho, aunque sí se consiguen algunos acuerdos que hubieran sido imposibles antes. Otro tanto ocurre respecto a la CNT. Pero la política del PCE en el camino de la reconversión a la democracia por la vía rápida forzaba las cosas y le obligaba a ser más papista que el papa. Le conducía a un oportunismo político; abría tanto su abanico de futuras alianzas que perdía a sus aliados más cercanos, sin siquiera llegar a tentar a esos otros, hipotéticos y lejanos.

Esto va a ocurrir palmariamente con un documento que redactará íntegramente Dolores Ibárruri y que pasará a la historia como el Manifiesto de la Unión Nacional por antonomasia, publicado el 16 de septiembre de 1942 y firmado por el Comité Central. Años más tarde, Santiago Carrillo llegará a afirmar públicamente –pleno del CC de diciembre de 1945– que la política de Unión Nacional comienza en el manifiesto de Dolores de septiembre de 1942.

La declaración de septiembre es una consecuencia de varios elementos que se mezclan en la cabeza de Dolores desde su lejanía soviética. En primer lugar, la nueva estrategia aperturista del partido en la búsqueda de aliados hacia todos los azimuts. Luego unas declaraciones del catalanista conservador Ventosa, exdirigente de la Lliga de Cambó, que mantenía un cierto equilibrio fluctuante entre el distanciamiento del Eje y la inclinación natural hacia Churchill y los aliados, tratando de hallar una vía equidistante de la Falange de Serrano Suñer y la gran coalición que abarcara a los comunistas. Un acontecimiento vino a ahondar aún más en la complejidad de aquella situación política: Franco hará el 3 de septiembre de aquel año 1942 una remodelación ministerial que alejó del gobierno a Serrano Suñer.

Dolores Ibárruri plantea en esta declaración de septiembre la Unión de todos los antifranquistas, o anti-Eje, sin necesidad de definirse mediante la república, ni mediante la monarquía, es decir, sin signo institucional definido. Esta audacia rompía con las instituciones republicanas, en verdad muy maltrechas, de las que

Negrín era garante y máxima figura, por más que el presidente de la institución siguiera siendo Martínez Barrio y el gobierno de Negrín fuera declarado disuelto por la Diputación Permanente de las Cortes reunida en París (julio de 1939). Antes de que Indalecio Prieto plantee esto en 1947, con gran escándalo del PCE, ya Dolores Ibárruri, con la firma del Comité Central, lo avanzaba en septiembre de 1942 en lo que llamaba Programa de un gobierno de Unión Nacional para la salvación de España, donde el primer punto abordaba la necesidad de romper todas las ligazones actuales de España con Hitler y los países del Eje, y luego se refería a la depuración del aparato del Estado de todos los falangistas y el restablecimiento de las libertades de prensa, de reunión y de opinión; hasta alcanzar el punto nodal, de incalculables consecuencias: el de preparar las condiciones para que por medio de elecciones democráticas el pueblo elija una Asamblea Constituyente que elabore la Carta Constitucional. Es decir, que el PCE rompía con la legitimidad del régimen surgido el 14 de abril de 1931 y se optaba por una nueva situación de interinidad.

Al tiempo que se producía este bandazo táctico en la política comunista, al tiempo que se daba esta derechización en el análisis de la política global del PCE, se introducía otro elemento de signo inverso, la izquierdización al proponer una defensa a ultranza del movimiento guerrillero. Dicho en palabras de Dolores y en su declaración de septiembre: La guerra de guerrillas debe extenderse por todo el país.

El desconcierto teórico en las propias filas del partido debió de ser monumental, hasta el punto de que el máximo dirigente en México, Vicente Uribe, con su torpeza habitual, escribe un artículo de exégesis de la declaración de septiembre, enviado desde Moscú, en el que no se sabe si apreciar más sus definiciones, entre las que está la de denominar a Hitler caníbal, o su peculiar inquietud ante una declaración que no entiende. El PC en su llamamiento de septiembre, escribe Uribe, no dice qué debemos hacer después de la victoria, porque el partido no tiene la costumbre de desviar la atención de las gentes sobre cosas irreales [sic] [1]. Es decir, que la victoria era cosa irreal, según Uribe. Esta botaratada refleja mejor que nada la confusión creada por la declaración de Moscú de septiembre de 1942.

Excuso decir las consecuencias que tuvo dicho documento en las otras fuerzas del arco republicano, que, con sus reticencias y timorateces, habían ido a la guerra civil para defender la Constitución de 1931. En México, donde las fuerzas políticas españolas actuaban a pecho descubierto, la declaración de marras causó

conmoción. Se había constituido en febrero de 1942 la UDE (Unión Democrática Española), donde junto a los comunistas estaban republicanos como Fernández Clérigo, exministros (Antonio Velao, Vieitez y Elfidio Alonso) e incluso la facción federal de los republicanos, representada por el exdiputado por Huelva, Luis Cordero. Estos mínimos puentes tendidos al PCE para salir del guetto se vinieron abajo tras la declaración de septiembre, que abría las puertas a los monárquicos y carlistas, y las cerraba a todos los demás del exilio. Negrín, desde Londres, se apresuró a romper todo contacto con el PCE, y la UDE entró en vía de extinción sin apenas haber terminado de nacer.

Otra idea novedosa fue lanzada por Carrillo durante el verano de 1941 al proponer una «Alianza Nacional de la Juventud Española», primer paso para el cumplimiento de una orientación de Manuilski y la KIM (Internacional Juvenil Comunista), que hubiera consistido en una magna Conferencia que preparara el Congreso Mundial de la Juventud, por celebrar en México.

Lo poco que había se desmoronó y el PCE no solo no consiguió ganar un solo aliado por la derecha, sino que se deterioró a ojos vistas entre los ya muy sensibilizados socialistas y republicanos, dándoles razones para acusarles de oportunismo y seguidismo soviético, pues estaba en las orientaciones de la IC el que los comunistas del mundo entero propusieran el más amplio abanico de alianzas, con la única excepción del Eje y «sus agentes trotskistas».

Cuando en aras de esa política de alianzas a cualquier precio entre la URSS y las potencias angloamericanas se disuelva la Komintern, ya nada podía sorprender a nadie. Fue el 10 de junio de 1943 y cinco meses más tarde se vieron los primeros frutos de los acuerdos entre los tres aliados. Estados Unidos y Gran Bretaña se decidían a abrir el segundo frente en Europa, tan solicitado por Stalin.

El PCE aprobará y firmará la disolución por mano de Dolores Ibárruri, que formaba parte de la dirección de la Komintern. En México, Vicente Uribe va a dedicar un artículo a esta «decisión histórica». Un texto de relevancia política, que sin embargo tiene un detalle que haría las delicias de cualquier coleccionista de las genialidades del PCE en el movimiento comunista internacional. En primer lugar, va incluido en un número de España Popular con fecha de mayo, anterior al motivo de su elegía. La sabia decisión de disolver la Komintern tuvo lugar en junio, en mayo el Presidium del Comité Ejecutivo solo «proponía»[2]. Además recuerda un hecho que, por cierto, pocos conocen, fuera de los estudiosos de la Komintern, y es la anulación de las 21 condiciones que imponía

la IC a las organizaciones que se quisieran incorporar a la III Internacional. Es difícil que se trate de una errata, posiblemente Uribe, que se jactaba de ser el número uno en el manejo de la ciencia marxista-leninista-estalinista, se refiriera a la denominada «reforma de estatutos» de la IC propuesta por Bujarín, el dirigente bolchevique, en 1926, y que apenas se puso en práctica, salvo en el breve lapso en el que Bujarín fue presidente de la IC (1926-comienzos de 1929). Esta pifia de Uribe, de haber sido escrita en cualquier otro lugar más cercano a «la casa», le hubiera costado cara, pues Bujarín en 1943 ya había sido ejecutado por Stalin y su memoria era objeto de alta traición. Uribe solo tenía en su descargo el que entonces no se conocían esas interioridades y que los soviéticos no estaban para precisiones históricas.

Si la disolución de la IC no afectó al PCE bajo ningún concepto, la Unión Nacional sí. En el terreno de las alianzas políticas en la cumbre apenas significó un avance; más bien todo lo contrario, salvo en lo que se refiere a sumar individualidades intelectuales del exilio americano. Pocas veces se ha hecho referencia a esta atipicidad del comunismo español en 1943. Los comunistas franceses se vincularon a movimientos unitarios. Hay que recordar en este sentido la correspondencia entre hombres tan fuera de toda sospecha como Léon Blum y De Gaulle, coincidentes ambos en la necesidad de contar con los comunistas franceses. Otro tanto sucede en Italia y en Bélgica. Sin embargo, en España, las heridas que abrió la guerra y la posguerra hicieron imposible el acuerdo que empezaba a reanudarse en toda Europa entre socialistas y comunistas.

Lo que sí facilitó la política de Unión Nacional, como veremos más adelante, fueron las conexiones en el interior de España, donde las otras fuerzas se hallaban en un nivel organizativo más débil que el PC y sobre todo estaban más desmoralizadas. El PC conservaba una moral exultante, que no era capaz de mellar la sangrienta represión, ni la soledad política. En los duros años cuarenta los comunistas en el interior fueron portadores de una fe en la victoria inquebrantable, que regaron con su sangre y con dosis admirables de heroísmo.

LA JUNTA SUPREMA DE JESÚS MONZÓN

La Unión Nacional, su política, sus avances, sus ilusiones y hasta su quiebra están indisolublemente unidos a un nombre: Jesús Monzón Reparaz. Monzón será responsable del PCE en Francia, aunque de manera no oficial, desde 1940 y del interior desde 1943 hasta finales de 1944. Había nacido en Navarra en 1907[3], en el seno de una familia bien situada y con influencias, contaba parientes en la Iglesia y en las filas carlistas. Se hace abogado y se afilia al Partido Comunista apenas instaurada la República. Pasa la primera parte de la guerra civil en Euskadi y con esa propensión a ser el hombre de los momentos difíciles y de asumir los puestos que nadie quiere se hace cargo de la gobernación de Alicante y Cuenca, perdida ya la zona norte y metida la guerra en la recta final. Poco antes de la derrota, Negrín le propondrá como secretario general del Ministerio de la Guerra, pero no le dará tiempo ni a tomar posesión.

Forma parte del equipo dirigente del PCE sin ser miembro del Comité Central ni del Buró Político. Es persona bien vista por Dolores Ibárruri, a la que siempre atrajeron los hombres dominadores, hechos para triunfar o aparentarlo. Juntos abandonarán España en un avión el 8 de marzo de 1939, en los últimos días de la guerra. En el avión, además de Monzón y Dolores, va el delegado de la Komintern, Stepanov, y el diputado del PC francés, Jean Catalá; lo cual dice mucho de la alta consideración en que se tenía a Monzón sin ser miembro de las altas instancias. La guerra había producido un desfase entre las responsabilidades políticas en el Estado y las responsabilidades en el partido, lo que hacía que algunas figuras fueran dirigentes populares mientras en el partido no tenían el nivel de representación adecuado; conviene no olvidar que el PCE no había hecho congreso alguno, que había entrado en la guerra por la puerta chica y se había hecho con casi toda la habitación. Algunos de estos desajustes se intentaron corregir en los dos Plenos de Valencia de 1937.

Monzón era un tipo humano peculiar, un navarro vitalista que no se ajustaba precisamente a lo que la tradición estalinista denominaba «temple bolchevique», caracterizado por el puritanismo, la disciplina, la discreción, la abnegación y la confianza ciega en los dirigentes. Monzón gustaba de la comida como experto, tenía un encanto para las mujeres del que da testimonio su propia vida (se le conocen oficialmente cuatro), le gustaba jugar al bacarrá y la ruleta en el casino de Biarritz, vestía a la antigua y cautivaba con su individualismo, su palabra fácil y su pluma brillante, de la que decían sus amigos, que entonces eran muchos, que se parecía a la de Henry Barbusse, cénit de la literatura en el mundo comunista español. Había nacido para mandar y allí donde iba acababa dirigiendo. Tenía una «cultura cosmopolita», término acuñado por el estalinismo

para designar la frivolidad y que traducía exclusivamente un cierto interés intelectual por todas las cosas que merecían la pena. Un veterano comunista le definió como «un señorito» y sin embargo este hombre, hábil y valiente, va a ser el máximo dirigente político del PCE en la clandestinidad desde 1943 hasta finales de 1944. Será detenido en el verano de 1945 por la policía de Franco. Fue quizá el dirigente clandestino de los años cuarenta que más tiempo duró en el interior sin ser detenido.

Al producirse la desbandada del PCE en Francia a consecuencia de la ilegalización de los comunistas, de resultas del comienzo de la guerra mundial y el pacto germano-soviético, Francisco Antón nombra precipitadamente a Carmen de Pedro responsable del partido en todo el territorio francés. Hay quien interpreta esto como una insensatez y una venganza hacia Monzón. Carmen de Pedro estaba considerada una persona de confianza, que había sido secretaria del CC y había trabajado directamente con Togliatti en cuestiones burocráticas, pero carecía de capacidad política para ser una dirigente. Era una mecanógrafa que no alcanzaba los treinta años, de aspecto rubensiano; entrada en carnes y bonita, sin ser bella.

A Antón le debió parecer más segura que Monzón, quizá porque pensaba que pocas tareas iba a tener fuera de las burocráticas. No tardó Monzón en hacerse con el partido en Francia, lo que fue facilitado porque ambos empezaron a vivir juntos. Monzón se había separado de su primera esposa, Aurora Urritia, con la que tuvo un hijo, Sergio, que a los cuatro años saldrá para la URSS y desaparecerá en extrañas circunstancias cuando su padre se convierta en «un traidor oportunista».

Desde finales de 1939 Monzón empieza a dirigir a los comunistas españoles dispersos por Francia, ayudado por un equipo del que era líder indiscutible y director de orquesta; nadie puso en cuestión nunca ese liderazgo, lo que dice mucho en aquellos momentos de su valentía, de su audacia y de su habilidad para convencer. Le ayudarán en la tarea, además de su mujer, Carmen de Pedro, un miembro del Comité Central recién escapado de un campo de concentración francés, Jaime Nieto, y otros como Sánchez Esteban y Puértolas, sobre cuya base agruparán a cerca de cinco mil españoles dispersos en el dividido territorio francés. Poco a poco se rodeará de unos colaboradores –Jimeno, Trilla, Azcárate, Malagón, Poveda, Agudo…– que darán que hablar y que dirigirá sin conflictos desde su residencia habitual de Marsella y luego de Aix-en-Provence. Marsella le facilitará los contactos con la estructura clandestina del PC italiano, más

experimentado en el trabajo conspirativo, quienes le cederán una máquina de imprimir Minerva que, con la imaginación y el voluntarismo de Monzón y su gente, hará de todo. Con un equipo, una organización y una máquina de imprimir, Monzón estaba dispuesto a llegar lejos. Tenían en él una fe ilimitada; no solo les enseñaba brillantemente los rudimentos del análisis político, sino que les mostraba lugares que no habían pensado que ni siquiera existieran, como «Chez Pascal», un restaurante en el puerto de Marsella donde no existían restricciones ni límites; los llevó a los cabarés y fue el primero que les puso delante a una cantante que iba de tournée, Edith Piaf. Todo esto será utilizado en su contra cuando llegue la hora de la desgracia.

Los difíciles años que abarcan desde la ilegalización del PC francés (septiembre de 1939) hasta el comienzo de la resistencia y el maquis los dedicaron los comunistas españoles a superar el cerco impuesto por la división del país entre la «zona ocupada» y la gobernada desde Vichy. Mientras, facilitaban la salida de los campos de concentración a los rezagados y recuperaban a miembros de la IC que se habían quedado atrapados, como fue el caso de Togliatti, entonces viajando bajo el nombre de Antonio Viale, que había vuelto de Moscú a Francia en agosto de 1939, y quien fue detenido en septiembre y huido en febrero de 1940, con dirección a la URSS, gracias a los españoles y a su tapadera en la embajada de Chile.

En 1942 el PCE en Francia contaba con una organización clandestina e incluso con un aparato técnico dedicado a fabricar documentación falsa. Así pudo ser enviado a España Jesús Carreras para contactar con la organización de Heriberto Quiñones. Luego, caído este, mandó a Manuel Jimeno para que se pusiera en relación con Carreras. Jimeno sustituirá a Carreras y se librará por los pelos de la detención gracias a su primera mujer, la tiple Amparo Puerto, que representaba entonces la zarzuela La Venta de los Gatos, del maestro Guerrero, en el teatro Fuencarral.

Cuando Jimeno vuelve a Francia a mediados de 1943 ya se encuentra con unos débiles organismos de la recién creada Unión Nacional, obra y hechura de Monzón, y también con el despertar de actividades de guerrilla urbana antinazi, que auguran un resurgir de la pelea antifranquista.

Las actividades guerrilleras prácticamente se reducían entonces a acciones de terrorismo individual, a lo que los españoles fueron muy dados. Bastante más que los franceses, hasta octubre de 1942, cuando el PC francés lanza la consigna

a sus FTPF[4] de «a cada uno su boche». Bastaba una pistola y una bicicleta para ser un guerrillero de ciudad. El primer atentado de este tipo lo provocan un español (Alberto Manuel) y un comunista francés (Maurice Le Berre) en París el 13 de agosto de 1941, y es una carnicería: con un cuchillo apuñalan a un soldado alemán en la Puerta de Orleans.

Más adelante va a ser Jesús Ríos, antiguo integrante del XIV Cuerpo de Guerrilleros, el primero que participe de un modo organizado en los «maquis» de la zona de La Liege, cerca de Perpignan, dependiendo del PC francés, bajo cuyas órdenes se habían puesto los españoles como «grupo de lengua» siguiendo instrucciones de la IC. Parece que esta dependencia no era del agrado español, pero resultaba ineludible, pues algunos españoles podían suministrar a los maquis franceses la experiencia bélica que a ellos les faltaba. Este fue el caso de Antonio Buitrago, instructor del maquis que compartió esta misión con algunos franceses que tenían experiencia armada gracias a su estancia en las Brigadas Internacionales, caso de Pierre George, «Coronel Fabien». En conjunto los españoles se beneficiaban al combatir no solo de participar en la lucha contra el enemigo común, sino de preparar un plantel de guerrilleros que integrarán en los años sucesivos los focos de guerrilla del interior.

Monzón promueve durante el verano de 1941 una iniciativa singular: la creación de un periódico que respondiera a la nueva política de Unión Nacional, es decir, que no se convirtiera en órgano oficial del PCE. La iniciativa de editar Reconquista de España, cuyo primer número aparece en agosto de 1941, será la base para constituir un organismo de Unión Nacional un año más tarde. Aunque oficialmente la reunión tendrá lugar en Grenoble el 7 de noviembre, realmente la primera sesión de Unión Nacional tuvo lugar en el verano de 1942 y en Montauban, cerca de Toulouse, asistiendo los comunistas, algunos partidarios de Negrín y los escasos compañeros de viaje del PCE, que se autoconstituyeron en el primer organismo de Unión Nacional Española, con el que Monzón demostraba su rapidez de reflejos y su capacidad política para plasmar en hechos y en difíciles circunstancias la nueva política de la IC tras la invasión nazi de la URSS. En Montauban se redacta el primer manifiesto de Unión Nacional, encabezado con un ¡Españoles, a las armas!, que tenía evidentes ecos de 1808, que tanto imitaría Monzón, y que fue el prólogo imprescindible para crear en Foix (Pirineos franceses) una Agrupación de Guerrilleros Españoles que hará su prueba de fuego en el asalto al castillo de Toucoing.

Con el periódico Reconquista de España, en el que van a ser colaboradores

habituales plumas como la de Corpus Barga y el sietemesino «Unión Nacional», alumbrado en Montauban, Monzón parece tener esa convicción que llevó a decir a Elias Canetti en sus memorias que «una historia bien inventada es una historia, no una mentira», y se decide a ir más lejos. Consigue que esa mínima expresión de voluntades unitarias se transforme en un órgano político: Unión Nacional Española, y que él sea nombrado presidente. Ya tiene la tapadera para poder viajar a España y poner en pie su plan.

Al volver Manuel Jimeno del interior, Monzón envía para sustituirle y para preparar el terreno a su propio viaje a un hombre de amplia formación política, un veterano que llevaba en la brecha desde 1922. Se trata de Gabriel León Trilla, profesor de francés en Aix-en-Provence, a quien Monzón recupera de su retiro y le lanza al interior para sentar las bases de la Unión Nacional en la clandestinidad y las futuras organizaciones guerrilleras en la península.

A mediados de 1943, llega a Madrid Gabriel León Trilla. Había nacido con el siglo y se ligó al Partido Comunista español desde su tempestuosa fundación. Estudia en las universidades de Valladolid –donde nació en el seno de una familia militar– y Madrid, y se licencia en Filosofía y Letras. Siguiendo la orientación del partido, deserta del ejército y se ve obligado a exiliarse en Francia. Pese a que tomó posición a favor de Trotski en la polémica con Zinoviev y Stalin de 1923, José Bullejos, entonces máximo dirigente, le nombra «secretario de agitación y propaganda» en 1924, formando parte del restringidísimo grupo que capitanea el PCE desde París durante la dictadura de Primo de Rivera. Marcha luego a Moscú, donde trabaja como funcionario de la Komintern hasta que la crisis de 1932 entre los comunistas españoles les conduzca a él, al secretario general, Bullejos, y a algún dirigente más, como Serafín Adame y Etelvino Vega, al ostracismo obligado, expulsándoles no solo del Buró Político, sino del partido.

Durante la guerra, vuelve a ser admitido, al igual que Etelvino Vega, y tiene cargos públicos –director general de Enseñanza Media– y responsabilidades militantes –director de la revista teórica del partido, Nuestra Bandera–. Mientras, su esposa entonces, Lidia Kupper[5], hace de intérprete de los consejeros soviéticos ante Jesús Hernández. Su figura, no obstante, no traspasa el umbral de las sombras a pesar de que no había ningún otro español que hubiera conocido la Komintern como él. Aparece luego exiliado en Aix-en-Provence, donde le encuentra, para su desgracia, Jesús Monzón, necesitado de colaboradores y que no le hace ascos a nadie, sean cuales sean sus antecedentes.

El aparato del PCE en Francia durante 1943-1944 cuenta con una infraestructura clandestina nada desdeñable, que se aprovechaba, además, de tener el viento de la historia a su favor. El ciclo avasallador del nazismo había empezado a declinar y la relación de fuerzas se inclinaba hacia la resistencia, aunque hubiera coletazos represivos que dejaban al PC español descabezado, como el que llevó en 1943 a Carmen de Pedro y Manuel Azcárate a Suiza para huir de la Gestapo y de la policía de Vichy.

Conviene señalar también, para evitar simplificaciones a posteriori, que el PC español en Francia no tenía ninguna característica peculiar que lo hiciera diferente del PC que se movía en el interior o en el exilio americano, fuera de las condiciones políticas en las que vivían y de las diferencias de personalidades entre un Monzón y un Uribe, por ejemplo. Aunque estas variaciones caracteriológicas no sean una nadería, el PC en Francia seguía, por lo demás, al pie de la letra las instrucciones de la Komintern y –cuando llegaban– las de Moscú (D. Ibárruri) y México (Uribe), a los que consideraban dirigentes sin asomo de duda y en los que creían a pies juntillas.

Ya ocupada Francia por los alemanes, en noviembre de 1940, coincidiendo con la muerte de Manuel Azaña, tuvo lugar un contacto entre Monzón y la Komintern para recibir instrucciones, pero luego, por las dificultades de comunicación, la organización operó con gran autonomía, aunque siempre dentro de las líneas políticas generales elaboradas por la IC en Moscú; si bien tenían en su aplicación concreta ese carácter personal, incluso personalista, que caracterizó siempre la actuación de Monzón.

En el otoño de 1943, y tras un intento fallido a causa de la nieve que cubría los pasos de los Pirineos, llega a España Monzón investido de la doble autoridad que le procuran dos autonombramientos, presidente de Unión Nacional Española, que él había logrado en las reuniones del grupo de Montauban, y la responsabilidad máxima del partido, conseguida en ausencia de otro que se la dispute. Con él van llegando, unos antes, otros después, los que serán sus colaboradores en España, amén de Trilla: Ros, Alegre, Sixto Agudo, Apolinario Poveda, quienes se lanzan a una actividad febril.

Monzón consigue reunir a un puñado de perfectos desconocidos en una tasca de la madrileña calle de Jesús y María, en un barrio castizo, y allí, bajo su conjuro, constituye la Junta Suprema de Unión Nacional, con un socialista, un ugetista, un cenetista y otro comunista como él, y se hace nombrar sin ninguna dificultad

presidente de dicha Junta Suprema.

Una fantasmagoría, quizá, pero que para él es al tiempo un disfraz que le permite trazarse contactos políticos de altura que alcanzarán su mayor éxito al lograr que el exministro de Agricultura de la CEDA gilroblista, Giménez Fernández, firme un documento conjunto con la Junta Suprema de Unión Nacional, es decir, con Jesús Monzón Reparaz, comunista.

Parece que la entrevista entre Monzón y Giménez Fernández tuvo lugar en la residencia de este, en Sevilla, a primeros de octubre de 1943, aunque el documento conjunto lleva la fecha del 16 de noviembre. Se titula Acuerdo entre la Junta Suprema de Unión Nacional y los católicos, porque así lo encabezó el órgano del PCE, Nuestra Bandera, cuando lo publique en febrero de 1944, echando, lógicamente, las campanas al vuelo. El documento se transformó pocos meses después en acuerdo de la Junta Suprema de Unión Nacional y el Partido Popular y los Sindicatos Católicos Agrarios, ambas formaciones vinculadas a Gil Robles, y esto indudablemente se debía a la capacidad transformista y mixtificadora de Monzón, pues el acuerdo solo se había alcanzado con Giménez Fernández, que representaba una minoría dentro de una corriente políticamente minoritaria. No obstante, el documento sí tiene interés, al avalar un representante de un sector católico, por primera vez desde el fin de la guerra civil, las tesis de la Unión Nacional y de los comunistas, al que se añade el detalle significativo de un llamamiento a cuantos españoles reprueban el régimen actual, a que suspendan a partir del 1 de enero de 1944 toda colaboración con Franco, abandonando cuantos cargos de índole no exclusivamente profesional puedan ostentar en el aparato del Estado totalitario…, lo que, evidentemente, estaba escrito en un lenguaje nada filocomunista y bien puede ser obra del propio Giménez Fernández.

Acusar de fantasmagoría a las capacidades alumbradoras de Monzón sin extender el apelativo a las demás agrupaciones o Juntas existentes sería una injusticia. Al fin y al cabo, en aquellos momentos no quedaban más que pequeños grupos de fieles. Las otras organizaciones antifranquistas, que habían terminado la guerra ya destrozadas, estaban ahora en las catacumbas.

La tarea de Monzón, Trilla y sus colaboradores fue doble: desarrollar la Unión Nacional y crear un movimiento guerrillero. Monzón se concentrará en la Unión Nacional y Trilla en el movimiento guerrillero, sirviendo a su vez de puente entre Monzón y la delegación en Francia (Carmen de Pedro y Manuel Azcárate).

Monzón toma Madrid como centro de operaciones y, aunque viaja frecuentemente, mantiene una clandestinidad tan duradera que sorprende para aquellos momentos; quizás a su personalidad barojiana le fueran bien las sutilezas del enmascaramiento clandestino. Si por algo llamaba la atención Monzón, cuentan los que le trataron entonces, era por su peculiar aliño; impecable siempre, simultaneaba los ternos clásicos con la capa castiza. Según un testigo, parecía que siempre iba a los toros: capa larga, sombrero de ala ancha y puro en la boca. Se hacía pasar por médico y su residencia habitual la tenía en un chalé del Paseo de Arturo Soria.

Tuvo pocos contactos con el incipiente movimiento guerrillero, pero sustanciosos. En marzo de 1944, después de la fuga de la cárcel de Carabanchel de los comunistas Jesús Bayón y Ramón Guerreiro, Monzón les convence de que con su experiencia pueden ser el embrión de un movimiento guerrillero que ocupara la amplia zona de Cáceres-Badajoz-Toledo. Otros fugados constituirán a su vez el núcleo de Sierra Morena: se trata de Calixto Pérez Doñoro, del que ya hemos escrito ampliamente, Dionisio Tellado y Cecilio Martín, más conocido con el apodo de Timochenko, que se habían escapado en septiembre de la cárcel de Alcalá de Henares. Posteriormente llegará a España un hombre oscuro, José Isasa, un vasco procedente de Argentina, que se hará cargo de la llamada zona guerrillera del Centro.

Trilla, por su parte, se desplazó a Valencia, donde había una potente base organizativa del PCE y donde, lógicamente, podía ser más fácil crear una agrupación guerrillera. La potencialidad de la organización comunista levantina estaba orientada políticamente por un exempleado de banca, Demetrio Rodríguez, más conocido por su seudónimo Centenera, que había imprimido a la organización un aire autonomista y regionalista que chocó desde el primer momento con la estructura fuertemente centralizada de Monzón y Trilla. Centenera había tenido la idea precursora de editar un periódico clandestino, de corte a la vez marxista-estalinista y nacionalista, El Palleter, que tomaba el nombre de un héroe valenciano en la Guerra de la Independencia contra los franceses, y por tanto marginaba la tradición del PC en Valencia, que seguía la ruta de su diario oficial Verdad. Por esos giros curiosos de la historia, Centenera fue acusado en 1944 por el dúo Monzón-Trilla de «diluir el partido en la Unión Nacional» y una vez expulsado del partido, fue la misma acusación que repetirían Carrillo y la dirección del partido un año más tarde para liquidar políticamente a Monzón. Nadie parecía librarse de los clichés y los métodos que imponía la época. La organización guerrillera de Valencia salió adelante y

durará, tras pasar por innumerables vicisitudes, hasta 1952; fue la última que existió en España, como señalaremos en su momento. Si Trilla salió hacia Valencia, Monzón envió al Norte a Casto García Roza, exactamente a su lugar de nacimiento, Asturias, donde se mantendrá hasta que le mate la Guardia Civil, en Gijón, el año 1946.

El primer documento redactado por Monzón desde el interior de la península lleva fecha de octubre de 1943 y, siguiendo las costumbres de la clandestinidad, debió de ser redactado en noviembre, apenas llegado a Madrid. Este documento, auténtica toma de tierra del nuevo dirigente que viene a hacerse cargo y orientar esta nueva etapa de la actividad del partido, está enmascarado en una supuesta reunión ampliada de la Delegación del Comité Central del partido celebrada en octubre de 1943. En realidad tal reunión no existió, el documento es el resultado del cambio de impresiones entre Monzón, Trilla y algunos colaboradores; nada de reunión formal, impensable en las condiciones en que se trabajaba. El documento, que será conocido como el primer comunicado de la Delegación del Interior, respira triunfalismo por los cuatro costados y aprovecha la crisis abierta en el fascismo italiano tras la capitulación de Badoglio para pontificar sobre los demás con la inaudita audacia monzoniana: Sobre los acontecimientos desarrollados en Italia muchos se preguntan cómo han podido quedar «a mitad de camino»… política y militarmente. Es que el pueblo italiano, factor básico de tales acontecimientos, no ha sabido jugar en ellos un papel dirigente y manifestar e imponer toda su voluntad. La experiencia de Italia nos ofrece aleccionadoras enseñanzas al pueblo español. Este párrafo es clarificador; destrozados, trabajando en condiciones inverosímiles de cerrada clandestinidad, no teniendo más que fe y voluntad, los comunistas españoles del interior, capitaneados por Monzón, dan, o creen dar, una lección a los italianos.

Es el estilo Monzón, audaz y personal, en el que llama la atención la escasa referencia a la situación en España y al franquismo, y al tiempo el bagaje importante de conocimientos sobre la situación internacional. El documento trasparenta las intenciones de su inspirador, tanto en lo que hace referencia a la situación internacional como en su sugerencia sobre las guerrillas: Los guerrilleros, escribe Monzón en el documento citado, tienen que iniciar ya sus actividades ofensivas. No se trata de grandes planes de Estados Mayores…, basta con que en cada provincia o localidad se constituyan grupos de dos o tres españoles firmes, decididos y combativos. La insistencia en la situación internacional no era más que otra apoyatura más en el ejemplo, un elemento añadido de movilización en un momento en el que lo único que entusiasmaba

procedía del campo internacional, el retroceso del nazi-fascismo y la ofensiva de los aliados, que estaban a punto de abrir el ansiado segundo frente en Normandía.

El titánico esfuerzo de Monzón y los suyos por romper el aislamiento comunista en el terreno político se salda solo con algún éxito circunstancial, como el acuerdo con los cristianos de Giménez Fernández. Pero por encima de los fantasiosos comunicados de innumerables Uniones Nacionales que solo tenían validez en la mente de sus creadores, estaba fuera de toda duda el valor y la potencialidad de los comunistas como aglutinantes de las fuerzas en el interior. Esta potencialidad y este valor no aparecía por parte alguna en otros engendros políticos, similares a la Unión Nacional Española de Monzón, como la JEL (Junta Española de Liberación), que se habría creado en México en noviembre de 1943 para responder con siglas a las siglas de la UNE. En la JEL estaban todos, pero en el exilio: Izquierda Republicana, el PSOE, Unión Republicana, Esquerra Republicana de Cataluña y Acción Catalana. En el interior apenas si contaban; se limitaban a respetar y confiar en la Carta del Atlántico firmada en agosto de 1941 por Roosevelt y Churchill, garantía –según ellos– de la restauración de la República. En octubre de 1944, vísperas de la operación del Valle de Arán organizada por la Unión Nacional y el PCE, las fuerzas presentes en la JEL crearán «en Madrid», según consta en sus documentos oficiales, la Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas, de inexistente vida en el interior, fuera de las querellas domésticas con la UNE y el PCE, pero que tenía una fuerza sindical en pleno declive, los anarquistas. Había en la actitud de los comunistas una mayor coordinación entre sus palabras y sus obras, y esto resultaba dramático al comprobar el aislamiento comunista en el movimiento guerrillero y el aterrador balance carcelario, en el que los comunistas hacen palidecer comparativamente al resto. No digamos en fusilados.

La cárcel sigue siendo lo que fue en 1940, tumba para muchos y lugar devastador de voluntades, donde solo hay salvación en la fuga; pocas con éxito. Los presos salen destrozados, solo una minoría sigue en la pelea hasta la siguiente caída, que ya con la categoría de reincidente habrá de esperar hasta una nueva época o irá directamente al pelotón de fusilamiento.

Las cárceles, que serán apodadas en los cincuenta y sesenta «universidades», son en los cuarenta un lugar siniestro, aún más de lo que lo serán más tarde, donde no había espacio, ni libros, ni ambiente para hacer otra cosa que comerse la mala sangre, intentar escapar o esperar pacientemente el final de la condena. Un

hombre representativo de la institución carcelaria, el director general de Prisiones, Máximo Cuervo, que unía a lo apropiado de su nombre el de ser ferviente cristiano y miembro de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas, definió a la perfección el espíritu que reinaba en las cárceles: En nuestros organismos penitenciarios debe presidir: la disciplina del cuartel, la seriedad de un Banco y la caridad de un convento.

Estas frases de Máximo Cuervo reflejan a la manera hispana la deformación de un régimen obsesionado entonces por la imitación del modelo nazi en todos los aspectos de la vida, y, cómo no, también en el carcelario. La etapa más dura de las instituciones carcelarias y de los pelotones de ejecución correspondió históricamente al periodo en el que dos personas cristianísimas –Esteban Bilbao y Eduardo Aunós– desempeñaron la cartera de Justicia, de la que dependían entre otras cosas las instituciones penitenciarias. El lema de Máximo Cuervo referido a la trilogía cuartel-banco-convento, con absoluto desprecio de lo demás, recuerda la famosa respuesta de Hoess, el director del campo de Auschwitz, cuando en el tribunal de Núremberg le preguntaron cómo había sido posible que no se sensibilizara ante la tragedia humana que tenía delante de sus ojos. La respuesta antológica de Hoess ilumina toda una manera de pensar: Tenía demasiadas preocupaciones prácticas con los crematorios que funcionaban mal, que no conseguían absorber los suficientes cadáveres y por tanto no tenía tiempo para plantearme problemas metafísicos. Con cambiar algunos términos nazis por sus homólogos en la situación española, se tendría un panorama en el que no faltaban rasgos de humor negro. No solo se españolizaba el poder, las instituciones, sino que también los presos desarrollaban su sarcasmo mientras se familiarizaban con la muerte.

Álvaro de Retana, el novelista erótico, encarcelado en las prisiones madrileñas, cumplió a destajo su bien ganada fama de letrista al ponerle unos versos al chotis Pichi, llenos de respeto hacia ese personaje omnipresente en la vida carcelaria de los cuarenta: «la Pepa», la pena de muerte.

Es la Pepa una «gachí»

que está de moda en Madrí

y que «tié» predilección por los rojillos.

Cuando viene esta mujer,

a Torrijos o a Porlier,

al más bravo se le arruga el solomillo.

Como es tan caprichosa

a veces se presenta

y para divertirse

se lleva a veinte o treinta.

Y como del paseo

no suelen regresar

con bastante cachondeo

todos suelen cantar:

Pe-pa, Pe-pa, ¿dónde vas con tantísimo tío?…

Retana solo verbalizaba lo cotidiano, y lo cotidiano lo dirigía el juez don Josualdo de la Iglesia, con su escasa estatura y su barba bien cuidada, predecesor del coronel Eymar. Había otros modos de verbalizarlo, los oficiales, otra literatura diferente de la de Álvaro de Retana, la del periódico Redención, que dirigían también cristianísimas figuras como José María Sánchez de Muniain o Nicolás González-Ruiz, a la búsqueda de conversos y a la fabricación de renegados. La vuelta al catolicismo de Regina García durante su estancia en prisión adquirió caracteres de leyenda.

Regina García, exdiputada socialista, se convierte a la fe –titulaba Redención, mientras Regina se dirigía a sus correligionarios desgranando su auto de fe–: No me duelen prendas para declarar que, influida por teorías racionalistas, hice mías las ideas de los filósofos materialistas del siglo pasado […]. Negaba la existencia del alma, admitiéndola como resultante de las impresiones que los

nervios reciben, y todo se reducía para mí a «fuerza y materia». Abjuro solemnemente de mis errores pasados. Solemnemente me declaro creyente fervorosa. No es de extrañar que ante tanto Imperio hacia Dios el propio papa Pío XII encargara al nuncio, Cicognani, que expresara a la Dirección General de Prisiones el 4 de mayo de 1942 sus sentimientos de complacencia y sus felicitaciones por los laudables y meritorios esfuerzos que realizan (las prisiones y su Dirección General) en el terreno de una acción tan altamente cristiana y social.

Desde febrero de 1943, en el clima carcelario, ha entrado al fin una ráfaga de esperanza: los nazis han sido derrotados en Stalingrado. Desde entonces la moral sube y el entusiasmo se hubiera convertido en exultante si no lo apagaran las filas de compañeros que se dirigen a los pelotones de fusilamiento. También en las prisiones se cree que la liberación de España está cercana.

En 1944 el tono de los llamamientos de la Junta Suprema de Unión Nacional se hace épico y el partido entero vibra en torno a esa Junta Suprema, igual en Moscú que en México, donde las «fantasías moriscas de Antonio Mije», en feliz expresión de Castro Delgado, no necesitan muchos esfuerzos para dar cuadros magnificentes de la Unión Nacional. Mije cifraba, desde México, en 70.000 a los manifestantes madrileños en el Parque del Oeste para celebrar el aniversario de la Defensa de Madrid. Uribe, por su parte, entre cómico y patético, informa a una asamblea de militantes en México, en la primavera de 1944, haciéndose eco de una carta del interior, a todas luces falsa: Con fecha de diciembre (¡se refiere a 1943!) en un informe recibido nos dicen (los camaradas del interior) que esto va mejorando mucho. En Madrid se efectuó una gran manifestación el 7 de noviembre, en la Ciudad Universitaria (la misma a la que ponía asistentes Mije). Fue un éxito, sin precedentes desde hace cuatro años. Estuvo concurridísima. Fue un enorme éxito para el partido que organizó la manifestación en unión de todos los amigos de otras organizaciones, aunque, como ya sabéis, (lo) que ocurre con frecuencia, nosotros tuvimos que hacerlo casi todo.

Si alguien tuviera dudas sobre la falacia de esta carta, ahí está como prueba el descaro de la autopropaganda, por la que sentía especial inclinación Uribe, cuando dice entre los aplausos y vítores de los militantes que a los activistas del interior les gustan los artículos de Dolores y también los de Uribe, Mije y Carrillo, que son estupendos y estamos completamente de acuerdo con ellos. Es sabido que en 1943, como antes y después, las posibilidades de enviar propaganda al interior eran escasísimas y nunca excedían de números sueltos,

nunca eran paquetes, que si casualmente alcanzaban el interior lo hacían con meses de retraso.

La milonga fabuladora de Uribe riza el rizo, y como no podía ser menos ha de referirse a la represión, que es poca cosa: Ha habido algunas detenciones en el sur […], pero el partido es suficientemente fuerte para sobrellevar lo que ellos mismos llaman gajes del oficio. Tiene el cinismo de hacerles decir a los del interior que son conscientes de la pena y las rabietas por no poder estar a nuestro lado.

El cinismo no es contagiable, la estupidez menos, pero el entusiasmo sí, y en los medios del exilio se vive la euforia de la cercanía de la victoria sobre los fascismos. Eximias figuras, políticamente independientes, se suman a las opciones comunistas y a la Junta Suprema de Unión Nacional, por más que años más tarde nieguen algunos haberlo hecho. Vicente Rojo, David García Bacca, Benjamín Jarnés, Manuel Altolaguirre, León Felipe, Emilio Prados, Rodolfo Halffter, Eugenio Imaz, sin olvidar al ubicuo Bergamín, ni la emocionada solidaridad del dramaturgo Alejandro Casona desde Montevideo. Todos están con la Junta Suprema.

Y la Junta Suprema es Monzón y los escasos militantes del partido en el interior que construyen sus puentes con la realidad en forma de comunicados y de proclamas. Ellos también viven esa escalada de entusiasmo y de ánimos; están a merced de la desgracia y no a millas de distancia. En febrero de 1944 parece que ha llegado el momento de la insurrección y se lanza en Madrid una proclama así titulada: Hacia la insurrección nacional. Al Ejército de Franco no se le llama sino Instituciones Armadas, nada pretende ofenderlas, aunque se les intente insuflar informaciones internacionales y triunfalismo propagandístico con aires de Agustina de Aragón: ¿Es que no hay, se preguntan en la proclama, entre ellos [los militares] un solo patriota con reaños, como un De Gaulle, un Lattre de Tassigny, un Tito, no hay militares capaces de unir su valerosa acción a las luchas del pueblo? Pregunta capciosa tras tres años de guerra civil y la derrota de la República.

En mayo se baja el listón con relación a la declaración de febrero, que por su tono parecía haberse redactado en Francia, más que en el interior. Se hacen entonces apelaciones a las jornadas gloriosas del alcalde de Móstoles, de el Empecinado y de Agustina de Aragón y llaman a un «primero de mayo», de confraternización entre obreros y patronos patriotas, de iniciativas de lucha por

doquier, llegándose hasta la huelga; e invita a todos a que el 2 de mayo pasen delante de las embajadas y consulados de la Gran Bretaña y de Estados Unidos.

El 6 de junio, con ocasión de la apertura del segundo frente contra Alemania, el llamamiento de la JS de UN emplaza a ponerse en marcha hacia la insurrección nacional libertadora. Tres meses más tarde, el 12 de septiembre, cuando se acerca el fin de la guerra en Europa, vuelve a convocar en nombre de la España eterna a los obreros y campesinos a la huelga y a los patronos y propietarios al lock-out para el día ya próximo de la toma de Berlín. El lenguaje, siendo grandilocuente, se ha hecho menos ambicioso.

Pero todos piensan, en agosto de 1944, dentro y fuera, en Madrid y en Toulouse, que se necesita un gran bocinazo que escuche España entera. Es Monzón quien envía, en agosto de 1944, una carta al PCE en Toulouse conminándolo a organizar un asalto desde Francia sobre un lugar de la frontera española. Con esto confían en cubrir dos objetivos: catalizar a la opinión pública, que capta, cada día que pasa, que la derrota del Eje llevaba aparejada la caída de Franco, y además obligar a los aliados a apoyar la lucha antifranquista con las armas en la mano. Estas dos razones serán el substrato sobre el que se montará la invasión del Valle de Arán, en octubre de 1944.

LA RECONQUISTA DE LOS PIRINEOS

Un clima de entusiasmo liberador recorre las filas de los españoles exiliados, que tan activamente han luchado por expulsar a los nazis de Francia. Varias escuelas guerrilleras se crean al efecto de preparar el futuro ejército que reconquistará España. En Montrejeau, López Tovar dirige la más importante academia de combatientes, entre cursillos sobre la historia del PC de la Unión Soviética y el manejo de explosivos.

Se está fomentando una ilusión que solo necesita una chispa para lanzarse a la aventura. Hay más de diez mil españoles en pie de guerra lindando con los Pirineos. Radio Toulouse, en manos del PCE y de la Junta de Unión Nacional, emite proclamas firmadas por el general Riquelme, y llamamientos a la invasión. Desde el verano de 1944 el Midi es del PCE y de la Junta. En el terreno

organizativo los comunistas españoles se han constituido en la autoridad que imparte justicia por su mano. Época de triunfalismo y sectarismo sin límites, el PCE impone su ley provocando a los demás partidos, que no cuentan con la base militante de los comunistas. Se volvió a los ajustes de cuentas y se abrieron otras heridas que no cerrarían. El primer número de El Socialista de Toulouse, en 1944, da cuenta del asesinato en Francia de un militante socialista, Auxiliano Benito. El mes anterior cayeron otros, entre ellos Juan Farré, del Comité Central del POUM. Habrá «razias» de adversarios políticos que aparecerán asesinados: San Miguel (POUM), García Martínez (CNT), Georgeakopolos (PSOE) y simples disidentes dentro de las filas comunistas, como el catalán Pujadas.

Es un proceso imparable donde la ausencia de dirección política en el equipo del exterior torna aún más graves la falta de orientaciones, las indisciplinas, los reinos de taifas, los desórdenes y las provocaciones a las otras organizaciones. En este clima llegan las orientaciones de Monzón a la dirección del partido en Francia. El texto consta de cuatro puntos y está redactado en el verano de 1944, a partir de un elemento básico que encabeza la comunicación. Hoy, liquidado el enemigo hitleriano en Francia, aparece más claro que nunca que el objetivo fundamental de nuestros guerrilleros de ahí, de los guerrilleros de la Junta Suprema de Unión Nacional, es luchar por la independencia y la libertad de su patria, por librarla de las garras hitlerianas de Franco y la Falange. En ese camino, Monzón dicta cuatro proposiciones que deberán seguir los guerrilleros españoles del sur de Francia: la primera, concentrar todas sus fuerzas en un punto determinado y bien elegido de los Pirineos y abrir una cabeza de puente en la vertiente española… La segunda, desencadenar toda una serie continuada de acciones secundarias de diversión y hostigamiento a todo lo largo de la vertiente pirenaica… La tercera, introducir en el país y poner a nuestra disposición la mayor cantidad posible de armas ligeras, con munición y bombas de mano. Y la cuarta, mandarnos al país un par de técnicos más, capaces de construir artefactos… 4 equipos de 2-3 compañeros, uno de los cuales debe ser fuerte políticamente… para que aquí sean inmediatamente incorporados a diversos grupos guerrilleros del monte, y 8 o 10 guerrilleros preparados, para que realicen acciones… en determinadas ciudades.

El PCE y los mandos guerrilleros se ponen a la labor y proponen primero la ocupación de Andorra, para constituir allí un gobierno provisional que presidiría una persona de prestigio. El único que tienen a mano, el exministro de la República y dirigente de Izquierda Republicana, Julio Just, no está por la labor. Además, entrar en Andorra crearía un conflicto diplomático con el gobierno

galo, dado el estatus franco-español del Principado.

El PCE en Francia consulta con los comunistas franceses sobre la eventualidad de una invasión, y parece que los intermediarios, Manuel Azcárate y Carmen de Pedro, notaron desgana en los interlocutores, Jacques Duclos y Andre Marty, bastante atareados en misiones de mayor enjundia[6].

Por su cuenta y riesgo, y pensando y creyendo que la situación del interior es como la pintan los documentos de la dirección del partido en México y los informes de Monzón sobre la disposición del pueblo español a la insurrección, proponen la invasión del Valle de Arán. Lo decide la dirección del PCE en Francia reunida al efecto: Carmen de Pedro, Manuel Azcárate, Luis Fernández General Luis, el exestudiante de Derecho de Madrid, Juan Blázquez General César, Vicente López Tovar, que había alcanzado el grado de teniente coronel durante la guerra civil, y Manuel Jimeno. La decisión de entrar por el Valle de Arán parece que la tomó Juan Blázquez por sus conocimientos directos del lugar; había nacido en pleno valle, en Bossost.

La hora de la verdad va a ser el amanecer del 17 de octubre, y el Estado Mayor del Interior, dirigido por el propio Monzón, confía en que la ofensiva fronteriza desmoralice al Ejército franquista y revitalice la oposición de la sociedad a la dictadura, lanzándose a la insurrección. Aberrante análisis político, porque, de producirse, cosa que rondaba la utopía, hubiera representado la masacre de los insurrectos.

Un conjunto de casi 5.000 hombres entraron primero, en pequeños grupos, por la frontera navarra (Valle del Roncal), Huesca (Valle del Gállego) y Lérida (Port Vell), como maniobra de diversión, mientras el bloque más numeroso lo hacía por el Valle de Arán. Tras arrollar a algunos grupos de guardias civiles y ocupar ínfimas localidades que darían base a toda una imaginería de banderas y mítines en las plazas de los pueblos, las avanzadas se detuvieron ante el punto más importante de la región, Viella, que no pudieron tomar y donde se les fue enfrentando un ejército que primero los diezmó y luego los hizo retroceder, haciendo realidad lo que la prensa franquista venía anunciando desde el 11 de octubre: que los «maquis» querían invadir España y que iban a recibir su merecido.

En tan pocas líneas se puede resumir la operación del Valle de Arán, mitologizada posteriormente. Fue una operación militar realizada por grupos

guerrilleros sin experiencia de táctica y estrategia militar. De haberla tenido es posible que no lo hubieran hecho de esa forma. El general Yagüe, que dirigió la operación contra los invasores, junto a sus colegas Moscardó y Monasterio, confiaba encontrarse con un ejército y halló unas partidas sin apenas experiencia bélica, con mandos tan voluntariosos como incompetentes, cuyos grados se habían autoimpuesto en la mayoría de los casos, y sin preparación de ningún tipo, avanzando en una zona deshabitada, sin población de apoyo, y con un armamento irregular[7], sin intendencia ni plan estratégico.

Mientras que Monzón y los suyos confiaban en que la invasión iba a producir el milagro de cambiar la relación de fuerzas y provocar la insurrección general, los que invadían por los Pirineos creían que, a su vez, iba a producirse otro milagro, consistente en generar la insurrección conforme entraban, supliendo desde el interior la improvisación del ataque.

La lucha duró 11 días y fue completamente desfavorable para los exiliados españoles. Respondía exclusivamente a un estado emocional y a una necesidad política y personal de los emigrados que acababan de ver cómo se liberaba Francia con su concurso y pensaban que la liberaciónde España podrían conseguirla ellos solos. Creo que con algo de crueldad, pero sin ensañamiento, hay que decir que más de un español «maquisard» pensó que solo la resistencia franco-española había sido capaz de vencer a los nazis. El desembarco de Normandía había sido para algunos simplemente un apoyo. El Valle de Arán los apeó de la nube. El rasgo valleinclanesco lo procuró una conversación entre los miembros de la 5.a Brigada que intervino en el ataque. «¿Y los puntos de apoyo?», le preguntó, angustiado, un guerrillero a su jefe cuando los machacaba el fuego enemigo. El otro respondió, convencido: «¿Puntos de apoyo? ¡Puntas de polla!».

Nadie sabía quién podía parar aquello, pero sí parecían intuir cómo podía terminar, cuando en esto llegó Santiago Carrillo y tomó sobre la marcha la decisión de retirar todas las fuerzas, primera parte de una nueva política que liquidaría la Junta Suprema y la anterior estrategia de Monzón. No hizo falta un gran esfuerzo para frenar aquella aventura, porque las consecuencias catastróficas de la invasión del Valle de Arán no se hicieron esperar.

Primero fue la decepción de la gran masa de guerrilleros que se salvaron milagrosamente[8]. Segundo, ejerció un efecto contrario al esperado, es decir, reforzó el franquismo y desmoralizó a las desasistidas fuerzas del interior, que se

sintieron aún más desamparadas. Y tercero, produjo consecuencias en el terreno de la vida interna del PCE e incluso en las relaciones entre los comunistas y sus aliados en la lucha.

Tras el fracaso del Valle de Arán la Junta Suprema es un cadáver fantasmal que Carrillo se encargará de enterrar. Esto no quiere decir que la crisis fuera fulminante; todo lo contrario, estos organismos que viven por la fe de sus componentes tienen su inercia y en los momentos más difíciles, que preceden a la asfixia, suelen hacer esfuerzos ímprobos por superar con grandes éxitos propagandísticos lo que la realidad les niega.

Días después de la operación del Valle de Arán, retirado y maltrecho el ejército guerrillero, se celebra en Toulouse un Congreso de Unión Nacional en el que aparecen figuras como Victoria Kent y el doctor Aguasca, el escritor Corpus Barga, minoritarios socialistas como Enrique de Santiago y Julia Álvarez, cenetistas como Pascual y militares sin tropa como el general Riquelme y el coronel Paz. Nadie que leyera las informaciones sobre esta gran fiesta de Unión Nacional advertiría, entre el entusiasmo del ambiente, que aquel iba a ser el último homenaje a la Unión Nacional.

Después de la aventura del Valle de Arán, con la victoria aliada en todos los frentes y el aislamiento absoluto del PCE, la Unión Nacional no podía sobrevivir. Es curioso que sea Carrillo, y en lugar tan poco adecuado como el Congreso de UNE, de noviembre de 1944, el que dé la pista de la nueva línea. Santiago apela, en su discurso ante la fantasmal Unión Nacional, al doctor Negrín. Vuelve a convocar al olvidado último jefe de gobierno republicano, empujándole a encabezar un gobierno prácticamente imposible: sería como el último de la República, ampliado y reforzado por todas las fuerzas republicanas y sindicales (catalanas, vascas, gallegas), así como con los militares. Y por si este gobierno no tuviera bastante con su propia composición debe asumir la tarea, según Carrillo, de servir para apoyar y sostener a la Junta Suprema. Lo de la Junta Suprema no es más que una concesión obligada a los presentes, porque ha entrado en vías de extinción. Oficialmente, la autodisolución de la Junta Suprema de UN en Francia se formalizará en el verano de 1945, estampando su última firma el general José Riquelme (presidente de la UNE en Francia), el doctor Juan Aguasca (secretario), los socialistas minoritarios Julio Hernández y Enrique de Santiago (UGT), el comunista Jesús Martínez y el republicano Marín Cayre.

El discurso de Santiago Carrillo en noviembre de 1944 planteaba bien a las claras, y tras la experiencia del Valle de Arán, lo que él denominaba facilitar la creación de un organismo superior de unidad; es decir, la disolución de la Unión Nacional, sin informar tan siquiera a su gran fautor y mago, Jesús Monzón, que sobrevivía en el interior. En la posición de Carrillo no había nada de audaz ni temerario, era la política que se había marcado desde Moscú. Pasionaria había enviado a la dirección del partido en México un comunicado, que fue luego transmitido a Santiago Carrillo. Ella lo había redactado el 4 de octubre de 1944, y lo dirigió a Vicente Uribe y al secretario general del PSUC Joan Comorera, ambos en México: Considero que sería conveniente que os pusieseis en relación con Negrín e hicieseis la proposición de que bajo su presidencia, y aprovechando los mejores hombres de su gobierno, se crease un Comité de Liberación de amplia base política, en el que estén, además de esos hombres, personalidades como Aguirre, Comorera, Portela Valladares, Casares Quiroga, Ossorio y Gallardo, e incluso Prieto y Martínez Barrios si es necesario. Un nuevo giro se iba a imprimir a la política del partido. De matar a socialistas y disidentes en el sur de Francia se pasaba a proponerles gobernar juntos. La nueva política diseñada entonces para el conjunto del movimiento comunista pasaba en el caso español por incorporar «si es necesario» a dos enemigos irreconciliables: Prieto y Martínez Barrios. Respecto a qué hacer con la Junta, otro párrafo del telegrama de Dolores lo aclara: Continuando nuestra labor de ayuda a la Junta Suprema de Unión Nacional, no debemos, sin embargo, condicionar la formación del Comité de Liberación al reconocimiento de la Junta. En el curso de la lucha, debemos esforzarnos por ligar las actividades del Comité de Liberación a las de la Junta Suprema. El esfuerzo sería baldío. La Junta respondía a otra política y la propuesta del PCE significaba situarse a remolque del conjunto de las fuerzas republicanas y socialistas; cualquier cosa, menos quedarse descolgados del tren que ellos calculaban que iba a ponerse en marcha: Si Negrín –sigue escribiendo Dolores– prefiere a la formación del Comité de Liberación la ampliación de su gobierno con estas mismas fuerzas, nosotros no debemos quedar al margen en ningún caso.

El PCE volvía a encontrar en Negrín su único clavo al que agarrarse, o, como escribía Pasionaria al propio don Juan, en diciembre de 1944: Creo que ha llegado el momento de plantearse seriamente que usted tome prácticamente en sus manos la dirección de la lucha por la reconquista de la República. Terminaba la política de Unión Nacional y se volvía a la gran coalición republicana.

Con el talento poético que caracterizó siempre a Rafael Alberti para hacer

epitafios donde creía entonar himnos de gloria, escribió por entonces el soneto A la Junta Suprema de Unión Nacional:

Lo que era llanto, ya no es llanto, canta.

Lo que sombra, no es sombra, es alegría.

Lo que estrella sin rumbo, es norte, es guía.

Claro el valor, que la tiniebla espanta.

[…]

Levantarás la vida de la muerte.

La Junta Suprema de Unión Nacional murió prácticamente el día que Santiago Carrillo cruzó la frontera y retiró las fuerzas que un grupo de voluntariosos irresponsables habían mandado al matadero.

[1] Nuestra Bandera, diciembre de 1942.

[2] Las irregularidades en las fechas de ciertos órganos del PCE se deben a dificultades técnicas de impresión o redacción y en ocasiones consiguen confundir a los historiadores.

[3] El guardia civil e historiador Ruiz Ayúcar sostiene que nació en 1910.

[4] Frances-Tirieurs et Partisans Français.

[5] Futura gran traductora de autores rusos al español.

[6] Es obligado señalar la supuesta entrevista entre Dimitrov y Líster citada por este, en la que el antiguo líder de la IC da a finales de 1944 una serie de orientaciones a Líster sobre la necesidad de crear un movimiento guerrillero en España y la formación de un comité de liberación. Conociendo a Líster, son

posibles varias hipótesis: que Líster encontrara a Dimitrov en una fiesta y le propusiera lo que él mismo pone en boca de Dimitrov; que Líster mandara a Dimitrov un informe con tales propuestas; que un secretario de Dimitrov se emborrachara con Líster y decidieran que eso es lo que había que hacer; que alguien le hubiera dicho a Líster lo que supuestamente pensaba Dimitrov. Lo que parece evidente es que en octubre de 1944 es impensable que Dimitrov llamara a Líster, y solo a Líster, para proponerle nada menos que romper los acuerdos de Yalta, a menos que Dimitrov hubiera leído el libro de Líster sobre su participación en la guerra civil y le considerara el hombre capaz de transformar la estrategia soviética. Mas es difícil, pues por aquellas fechas solo estaba manuscrito.

[7] «El armamento que llevábamos se componía de fusiles ametralladores, metralletas Stern, carabinas americanas Rock-oll, armas cortas, bombas de mano y goma explosiva («plástic»). Con el agravante de que cuando se terminasen las municiones había que procurárselas en el «mercado» local. Y que estas, como por casualidad, eran de calibres distintos a los empleados por nosotros.» Pons Prades, Guerrillas españolas (1936-1960), p. 56.

[8] Es difícil hacer el cálculo de bajas. Los protagonistas suponen que se perdieron unos mil, entre muertos y prisioneros. Pero se hace imposible precisarlo porque varios grupos siguieron su penetración en la península, constituyéndose en partidas guerrilleras.

Capítulo 5

Fe, contra toda razón, es algo ciego,

sombra del pensamiento aquietadora.

L. Cernuda, Como quien espera el alba

Y EN ESTO LLEGÓ SANTIAGO

A comienzos de 1944 sale de Buenos Aires hacia Lisboa Santiago Carrillo. Hace escala de varios días en Uruguay para justificar la tapadera de su nueva identidad, Hipólito López de Asís, hijo de asturianos emigrantes y nacionalizado uruguayo. Aparece en Lisboa travestido en técnico interesado en las industrias conserveras de pescado y pasa en Portugal varios meses, hasta conseguir un buen medio para desplazarse al norte de África, a Orán.

En Portugal espera durante semanas el contacto que le ha de llevar a entrevistarse con una delegación del Comité Central del interior. La cita ha sido convenida para la primera quincena de julio, pero no llega nadie y Carrillo se ve obligado a entrar en relación con el PC portugués. La estancia lisboeta le sirve como experiencia de un mundo desconocido para él, hacia el que se revelará muy dotado: las relaciones públicas. Enhebra una amistad bien trabajada con el embajador de Uruguay en Portugal, Carlos María Gurméndez, cuyos hijos ideológicamente simpatizan con aquel comunismo que amenazaba convertirse en la ideología de los vencedores.

Desde su salida de Buenos Aires ya se puede decir que va ligado a la red de la IC, que parte de un tal Muñoz, jefe de la secretaría del ministro de Asuntos Exteriores de Uruguay, José Serrato. Muñoz trabajaba para la IC, era un

apasionado de Lenin y del poeta Lautremont, sobre quien escribió una biografía.

Lamento romper el cliché que el propio Santiago se había construido, de hábil agente internacional, cuyos derroches de simpatía sedujeron al embajador uruguayo. Carrillo olvida contar a Debrey y Gallo en su autobiografía un dato fundamental que puso al embajador a su enterísima disposición y es que el tal «Hipólito López de Asís» llegó a Lisboa con un «Pasaporte de Servicio», es decir, un documento expedido personalmente por el ministro de Asuntos Exteriores uruguayo. Quien viaja con dicho documento tiene una representación «oficial», aunque no pública. Esto ponía a Carrillo a resguardo de detenciones y, evidentemente, obligaba al embajador a una solicitud y a un tacto exquisito al amparar a quien viajaba con dicho pasaporte. No hacía falta ser Talleyrand para percibir que el tal Hipólito ocultaba, tras su leve disfraz de «industrial conservero», otras actividades; claro está que nunca supuso que relacionadas con el Movimiento Comunista Internacional[1].

El embajador y sus hijos no eran tan ingenuos como para no sospechar de aquel atrabiliario experto en «industrias conserveras», especialmente interesado en «latas de sardinas». ¡Para Uruguay! En varias ocasiones le localizan en lugares tan poco industriales como la Alfama lisboeta, lugar de fadistas, pobres y prostitutas. Carrillo utiliza entonces la infraestructura del PC portugués y se entrevista con el buscadísimo secretario general del PC portugués, Álvaro Cunhal, con el que no se entenderá ni entonces ni luego, caracteriológicamente dispares. Su objetivo no tiene ya nada que ver con la infraestructura del partido en España; trata de alcanzar Francia y la mejor vía es recalar en el norte de África. Consigue llegar a Orán en agosto de 1944 y allí trabaja, junto a su amigo de adolescencia madrileña Ramón Vía, en la organización de una agrupación guerrillera de sesenta miembros que denominarán Agrupación Guerrillera de Málaga. Cuando están dispuestos a desembarcar en la península, Santiago consulta con Moscú y Dolores le responde perentoriamente: «No hacer nada. Vete a Francia».

Posiblemente lo de «Vete a Francia» debía ser cierto, pero alguna proposición más debía de haber para que Santiago saliera disparado hacia Marsella e interrumpiera fulminantemente las operaciones del Valle de Arán que acababan de comenzar. Es inexacto decir que Dolores le sugirió «no hacer nada», porque la autodenominada Agrupación Guerrillera de Málaga desembarcará, sin Santiago, un mes más tarde en la costa española y será diezmada en abril de 1945. De lo que no cabe la menor duda es de que Dolores le conminó con un

«vete a Francia».

Y Santiago llegó a Marsella cuando los guerrilleros ya habían cruzado la línea fronteriza y llevaban más de una semana intentando cubrir sus objetivos. Es decir, que a menos que pensemos en la casualidad, la llegada de Carrillo está directamente ligada a la tarea de dar marcha atrás a la aventura del Valle de Arán, organizada por Monzón y el PCE en Francia.

Nada más desembarcar en Marsella se dirige a Toulouse, y de Toulouse al Valle de Arán. No hay en Francia entonces ningún miembro de la dirección del partido, ni siquiera del Comité Central, y él asume, en su condición de miembro del Buró Político, la más alta representación. Hace retroceder a los invasores, en tal feliz ocasión que un par de días más y la operación del Valle de Arán se hubiera convertido en una carnicería. Casualidad o no, lo cierto es que Carrillo no dudó y su gesto, que no carecía de valor físico y de audacia política, pese a tener el respaldo de Dolores, como parece evidente, le valió un prestigio de enorme rentabilidad política en el futuro. Fue su puesta de largo en el Buró Político. De Santiago Carrillo cabe afirmar que supo asumir el mando en la primera ocasión que lo tuvo a su alcance, y la ocasión no fue sencilla, porque se trataba de hombres armados y bregados durante el maquis francés, mientras que él formaba parte del exilio americano y procedía de las JSU.

Aquel día 27 de octubre de 1944, en que Santiago Carrillo se reunió con el Estado Mayor de la operación del Valle de Arán, ponía el primer peldaño hacia la secretaría general del partido. Apareció como un líder maduro, dispuesto a asumir sus prerrogativas de responsable de organización hasta las últimas consecuencias. Desde aquel día no soltará las riendas ni un solo instante.

Carrillo es el primer miembro de la dirección del PC que llega a Francia tras su liberación. Hay que cargar este hecho en la larga lista de incompetencias e irresponsabilidades de esa dirección. Ningún miembro del Buró Político está presente en las jornadas liberadoras. El primero que llega es Carrillo. Dolores y la troupe que la rodea sigue en la URSS y habrán de pasar varios meses para que se decida a acercarse. Los «estrategas» mexicanos siguen dando consignas con el tono plúmbeo de Uribe, que ha recuperado el número dos del escalafón del partido, el cual había perdido durante la irresistible ascensión de Jesús Hernández. El PCE era el partido de «Pepe y Dolores», luego venía la disputa. Liquidado Hernández, ya no tenía por qué preocuparse.

Se podrán ver motivos e intenciones aviesos, pero es indiscutible que Carrillo fue el único capaz de explotar el sentido de la oportunidad. El resto se hallaba en Moscú, con dificultades siempre de comunicación, y los demás en México, sentados, esperando que les llamaran como al conde del chiste, diciéndoles a la manera dieciochesca que había empezado la revolución. La revolución les pertenecía por derecho propio y no cabía apresurarse. Las variables de la fortuna no existían. Lo había dejado bien claro Stalin en su respuesta a Emil Ludwig: «Los comunistas no creemos en la suerte».

Mientras se va liberando Francia de la ocupación nazi y del gobierno de Vichy tampoco hay intentos de acercarse a la zona recuperada. Por eso cabe preguntarse acerca de que, si la operación de Monzón hubiera salido con bien, la situación para el PCE no hubiera sido fácil, porque Monzón, que no estaba ni en el Comité Central, dirigía política y militarmente el organismo llamado a liberar España, disponía en Francia de un aparato guerrillero notable, tenía contactos en el interior con los otros partidos e incluso con las embajadas aliadas y empezaba a esbozar las agrupaciones guerrilleras en las sierras. Todo esto no podía calificarse de nadería, y sin embargo no estaba integrado en la estructura oficial del partido. Monzón ejercía de secretario general del partido en Francia y en el interior, pero nadie lo había nombrado. Lo era por méritos propios.

Todo esto lo percibió posiblemente Carrillo en el momento de llegar a Francia, si no antes, y frenó la operación del Valle de Arán como primer paso en la recuperación del mando y la organización. Pero su principal tarea va a ser desmantelar la red de Monzón en el interior y crear otra propia.

Tenía las manos libres para ejercer su autoridad omnímoda, la dirección de Moscú quedaba muy lejos y la de México, mejor comunicada, estaba exultante tras la pelea y la victoria absoluta sobre Jesús Hernández. Uribe, Antón y Mije, con pasmosa tranquilidad, observaban el panorama europeo, sospecho que distribuyéndose el mundo que iba a caerles encima como manzana madura. Según la terminología de la época, diríamos que los tres esperaban que la situación europea se clarificara para trasladar el Estado Mayor de la revolución española a Francia.

Igual ocurre en Moscú, aunque con sus propias peculiaridades. En noviembre de 1944, mientras Carrillo está solo en Francia y asume la responsabilidad de dirigir el partido en ausencia del resto del Buró Político, en la Unión Soviética Dolores Ibárruri es la secretaria general sin ápice de mediación ni condicionamiento,

nadie lo discute, tiene el apoyo soviético y la orla de que se inviste por haber perdido a su hijo Rubén en el frente de batalla. Dolores va a ser desde entonces para los soviéticos la imagen genuina y viva del PC de España. Ella, durante el transcurso de esa larga guerra, se ha rodeado de sus incondicionales, a quienes ha podido hacer partícipes de su poder y su figura legendaria: Líster, Modesto, Gallego…

Ninguno de ellos ha desempeñado papel notorio alguno en el frente bélico ruso. Ni Líster, ni Modesto, ni Cordón participaron directamente en operaciones militares, pese a la grandilocuencia de Líster y la ironía zumbona de Modesto; me atengo al testimonio más rico y privado de Antonio Cordón, que reconocía el valor de los tres mosqueteros internacionales –Líster, Modesto y él– que llegaron a Polonia como asesores y fueron homenajeados con un generalato honorífico. Luego alcanzaron Yugoslavia, después de liberarse Belgrado, y recibieron otro tanto.

No obstante, esta fue excepción en la regla, porque la mayoría de los españoles participa activamente en la guerra dentro del ejército soviético. A unos pocos, en virtud de su responsabilidad política y su papel futuro en la liberación de España, se les ubica, mal que les pese, como instructores; es el caso de los tres citados y alguno más. El resto sirve en fuerzas de choque, de donde sobrevendrá un problema político no abordado a tiempo: los españoles con experiencia militar serán diezmados en la URSS durante las acciones bélicas.

Cuando se desee corregir este error será tarde. Hubo casos de impericia que costaron numerosos muertos durante las primeras misiones en las que enviaron a españoles para traspasar las líneas del enemigo nazi; dos operaciones, una al noroeste de Moscú y otra en las playas de Crimea, dirigida la última por Fusimaña, acabarán con todos los componentes. El resumen estadístico es desolador; la participación de españoles en el ejército soviético fue de 749, de los que 135 pertenecían a la generación de jóvenes que llegaron a la URSS durante la guerra española. Morirán en los frentes 204; de ellos, 66 jóvenes.

Las autoridades soviéticas prohibieron al principio que los españoles se enrolaran, aunque casi todos ya lo habían hecho por su cuenta y riesgo, saltándose las normas rusas. Voluntariamente querían participar en la defensa de la URSS y no se arredraron, sino todo lo contrario. Esta fue la primera etapa de la guerra, en la que solo murió un español a causa de una bala perdida.

La segunda etapa de la participación bélica de los españoles en la URSS coincide con la contraofensiva soviética sobre Jarkov, en el verano de 1942, y el casual encuentro de dos viejos amigos: el español Domingo Ungría y el coronel soviético Starinov, que había sido instructor en España del XIV Cuerpo de Guerrilleros que mandaba Ungría. En el calor del entusiasmo coinciden ambos en formar unidades guerrilleras con españoles, dedicadas a operar en la retaguardia enemiga. Aunque el mando soviético no aprueba en principio el plan de Starinov en lo que se refiere a los españoles, la dirección del PCE, consultada por Dimitrov, no se atreve a tomar una decisión y el asunto queda empantanado hasta que el constante Starinov habla con su íntimo amigo, el general jefe de operaciones del Ejército del Cáucaso, y deciden poner en práctica las ideas de Starinov-Ungría por necesidades bélicas y sin mediación de nadie. Cuando se den por enterados los mandos soviéticos y la dirección del PCE, ya habrán muerto el 75 por 100 de los participantes en estas unidades. Una sangría. Luego Dolores Ibárruri exigirá responsabilidades y todo se achacará a Ungría, uno de esos personajes que surgen fugazmente en el aluvión revolucionario. Había nacido en Buñol (Valencia) y tras llegar exiliado a la URSS, y pese a sus antecedentes como jefe del XIV Cuerpo de Guerrilleros en la guerra, se le destinó a una fábrica y no a la Academia Frunze. Aunque sí era conocida su adscripción al NKVD, los servicios secretos soviéticos. Se distinguía por sus intemperancias y su agresividad. Marchará a Francia y sobrevivirá malamente hasta finales de 1945, en que desaparecerá oscuramente en un paso clandestino de la frontera franco-española.

Este es, en resumen, el panorama. En Moscú, Dolores es la secretaria general indiscutible, rodeada de una elite militar –Líster, Modesto, Cordón, Tagüeña, Romero Marín, Beltrán– que políticamente es incondicional, aunque está a un nivel inferior. Como lo ha demostrado la crisis de Enrique Castro Delgado, han perdido ya sus veleidades críticas. De la parte civil destaca solamente un joven, Ignacio Gallego.

En México, Uribe, Antón y Mije se han distribuido funcionalmente la actividad. Uribe, las relaciones con otras fuerzas y la alta política. Mije, las conexiones con la diáspora española por América. Antón, la organización; aspira a ser el nuevo Checa del Partido Comunista.

Santiago Carrillo entretanto se dedica a hacer realidad lo que Antón solo sueña y desea. Carrillo pone orden –su orden– en la organización que ha encontrado en Francia y en el interior. Va a restaurar la jerarquía, esa estructura del partido que

se ha cuarteado durante tantos años de guerra y caos. Lo primero que hace es responsabilizarse personalmente de la escuela guerrillera de Toulouse, de donde saldrá a partir de ahora el futuro ejército liberador de España. La pone bajo el control político de Luis Fernández, el hombre que desde la intentona del Valle de Arán será el más devoto y fiel de los hombres del aparato de Santiago. Militarmente la dirige un profesional, Fernando Claudín Jareño, que empezó la guerra civil de comandante artillero y la terminó alcanzando el generalato[2]. No entrarán en la península formando grandes unidades, sino pequeñas «partidas»; hombres sueltos que instruyen a los del interior. Su primer y principal comisionado hacia España, su hombre de confianza, será Agustín Zoroa.

Agustín Zoroa es un joven de veintiocho años, nacido en el norte de África. Llega a Madrid clandestinamente a finales de 1944 y entra en contacto con Monzón, que sigue siendo el responsable político del interior, aunque ahora adopten una nueva distribución funcional: Monzón la política y Zoroa la actividad guerrillera. A su vez, Zoroa será el contacto con la dirección en Toulouse, es decir, Carrillo.

No tardan en surgir diferencias entre ambos y Zoroa es el encargado de transmitirlas. Las relaciones entre los dos se agrian y Monzón empieza a sentirse políticamente aislado. Figura aún como presidente de la Junta Suprema de Unión Nacional, pero ya no la controla. En Francia, se ha celebrado en noviembre el congreso de Unión Nacional y él ni siquiera puede enviar un comunicado, ni se lo solicitan. Quien preside es el nuevo jefe del partido, Santiago Carrillo, que ostenta dicha representación desde la tribuna. A Monzón le quedan pocas posibilidades, pero contraataca, a su manera, en su genuino estilo, haciendo unas sonadas declaraciones al corresponsal de la agencia anglosajona United Press, en las que hace balance de sus éxitos y sus limitaciones, pero que la prensa mundial recoge y el partido, aunque sea con la boquita pequeña, cita en sus órganos de Francia.

Es su canto del cisne. En el haber de las aportaciones de Monzón va relatando, además del periódico Reconquista de España, que él creó, sus negociaciones con los católicos de Giménez Fernández, a los que denomina inapropiadamente Partido Popular Católico (cuando solo eran una parte de dicho partido), y los Sindicatos Católicos Agrarios, desconocida entelequia; y en un envite de hombre acosado señala que acabamos de recibir la valiosísima adhesión de la Masonería española, lo que no era sino un farol diminuto, puesto que a continuación se superaba a sí mismo describiendo a los componentes de la Junta Suprema de

Unión Nacional, en aquellos días de diciembre de 1944: dirigentes republicanos, socialistas, comunistas, catalanes, vascos del Partido Popular Católico, de la UGT, de la CNT y de los Sindicatos Católicos Agrarios, cuando la realidad era que la Junta Suprema en el interior la formaban personajes acosados y de tercera fila. La CNT la representaba Palacios, un militar republicano de Sanidad. Las reuniones con el PSOE, periódicas pero nada junteras, se hacían con Gorines, responsable de la UGT del Espectáculo, y con Saugar, de Transportes, y muy de tarde en tarde, con un escalón más elevado, Egido. El personaje de mayor entidad social que se entrevista con el PC y con la Junta es Peire, un abogado de Izquierda Republicana que ocupa un cargo relevante en la casa aseguradora La Equitativa de la madrileña calle de Alcalá. Él será quien preste un despacho de dicha sede para dar la impresión de notoriedad al enviado del cardenal Segura, que solicita una «sesión informativa» con la Junta Suprema a comienzos de 1945.

Son los últimos coletazos de Monzón, quien se siente acosado por la policía y por el partido, que ha enviado nueva gente; en muchas reuniones y contactos le sustituye su hombre de confianza Alberto Pérez Ayala, bajito y rubiales, que se hace llamar César. Pronto Alberto y él deberán dejar su responsabilidad ante un cuadro venido de Francia que les sustituirá en las postrimerías de la Junta, Casimiro Gómez, más conocido por Roca, un albañil, que trae la misión de enterrarla.

Los informes de Agustín Zoroa que llegan a Toulouse socavan cada vez más el peso político de Monzón en el interior. Su situación se hace más incómoda al saber que Zoroa acaba de casarse, en uno de sus breves viajes a Francia, con su antigua compañera, Carmen de Pedro. A partir de ahora los ataques de Zoroa podrán ser interpretados de muy diversa manera, porque él percibe en Agustín algo de animadversión personal.

En febrero de 1945 Monzón deja ya de ser el «hombre del interior». La ocasión coincide con la publicación de un texto, de muy distinta factura a la suya, que aparece en Francia con fecha de enero, siguiendo las normas clandestinas de alterar los meses. Es la famosa «Carta abierta de la Delegación del CC del interior», en la que se enunciaran críticas implícitas y explícitas a los hombres que hasta aquel momento han capitaneado la Junta Suprema en el país. Esta archicitada «carta abierta» fue redactada íntegramente en Francia por Santiago Carrillo.

Llama la atención en primer lugar su longitud; no hay precedentes de tan largo documento redactado desde el interior. Casi desde los primeros párrafos se descubre el verdadero sentido de la misiva, al apuntar críticamente algunas actividades del interior, como la pasividad que retarda aún el desencadenamiento de la rebeldía popular y patriótica, haciéndoles responsables, por tanto, de no actuar con suficiente entusiasmo y energía, sino de manera elitista y limitando la autonomía del Partido Comunista en el seno de la Unión Nacional. Acusaciones antimonzonistas que se convertirán en lugar común desde entonces. Como dice palmariamente la carta: El signo más característico de las influencias de la pasividad en nuestro partido es la debilidad con que hemos planteado hasta aquí los problemas materiales de la clase obrera y las masas populares […]. La insuficiente atención prestada a la organización de luchas de masas, manifestaciones, protestas y huelgas por reivindicaciones parciales.

Lentitud, elitismo y falta de confianza en las masas constituyen los tres pecados de la organización de Monzón en España. La «carta abierta» quiere echar la casa por la ventana y lanzarse al no va más, que para ellos es el terrorismo individual: Hay que ejecutar a todos los magistrados que firmen una sentencia de muerte contra un patriota […] Hay que pasar decididamente a la ejecución de los jefes de Falange responsables de la ola de crímenes y terror […] ¡Por cada patriota ejecutado deben pagar con su vida dos falangistas! Es este el primer llamamiento al ojo por ojo y al terror y hay que reconocer que hasta entonces no había precedentes de actos de esta naturaleza. Es a partir de esta declaración de Santiago Carrillo y del grupo de Toulouse que el PCE se inclinará hacia las operaciones sangrientas en las ciudades, más que hacia la infraestructura guerrillera de montaña.

Pero el objetivo de la «carta abierta» es el ataque a Monzón y su política y, pese a las dificultades con que se encuentra el partido en el interior, no se les van a ahorrar críticas, denunciando supuestas debilidades. Por ejemplo, se acusa expresamente al llamamiento monzonista de septiembre de 1944 a la huelga general, coincidiendo con el día de la caída de Berlín. Lo juzgan timorato. En cierto modo –dice la «carta abierta»– el manifiesto de la Junta Suprema de septiembre participa de la misma debilidad en que incurren los que esperan la liberación de España de los actos que puedan desarrollarse fuera de nuestras fronteras y no de la acción misma de los españoles. La «Junta Suprema» en el interior, es decir, Monzón, no se encontraba en condiciones de responder a estos ataques que abarcaban diversos frentes, y que compaginaban la crítica por las supuestas debilidades con el triunfalismo más descabellado al describir las

valerosas luchas de las costureras madrileñas, o la insurrección de los soldados en Campamento (Carabanchel). Porque, para los exiliados redactores de la «carta abierta», Madrid, a comienzos de 1945, es una fiesta democrática, donde las calles están llenas de pasquines antifranquistas y se puede contemplar como la cosa más habitual del mundo el reparto de propaganda hecha desde automóviles, en las narices de la misma policía falangista. No se convoca a organizar sóviets, pero sí Juntas de Soldados, tomando como modelo la invasión del Valle de Arán, donde se expresa la fanfarronada de señalarla como ejemplo del funcionamiento durante diez días de los órganos de poder de la Unión Nacional. Este dato bastaría para demostrar que la supuesta «carta abierta» del CC del interior fue redactada en Francia, pues en el interior no podían en apenas tres meses conseguir los datos de conjunto que señala la carta, aunque estuvieran magnificados y fueran una pálida expresión de la realidad. En el interior, con la frontera impermeabilizada por el Ejército de Franco, lo desconocían todo.

En el tono general de descaro que caracteriza el documento sobresalen los ataques casi personales a Monzón. Uno es el que hace referencia con nombre y apellidos, es decir, denunciando a algunos de los aliados potenciales de Monzón. A ciertos afiliados a las corrientes socialistas, cenetistas y republicanas se les acusa de estar al servicio de la Policía franquista, especialmente aquellos que se inclinan hacia la Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas, una agrupación tan fantasmagórica o más que la Junta Suprema, que se había constituido en octubre de 1944, limitada a los socialistas de Prieto, los republicanos de Alfaro y los cenetistas de Mera. El otro aspecto directo de crítica a Monzón es el significativo olvido, al citar las Juntas Supremas que funcionaban en España, de la de Navarra, patria chica de Monzón, y donde, según la prensa del partido, en marzo de 1944 se había creado una Junta de Unión Nacional con republicanos, socialistas, cenetistas y destacados representantes del movimiento carlista. El olvido era tanto más significativo, cuanto que se citaban juntas tan irreales como las de León, Santander y Ciudad Real.

La «carta abierta» no solo responde a los defectos inherentes a las organizaciones del partido en Francia, sino que mezcla dichos defectos con dosis de triunfalismo y alarmante desconocimiento de la realidad española en aquellos primeros meses de 1945. Convoca a todas las organizaciones del partido en el interior a que preparen la insurrección nacional a la luz del día, a través de multitud de acciones parciales, de huelgas, de manifestaciones, y en un párrafo que desde entonces se haría habitual en los textos de Santiago Carrillo se apunta que la insurrección nacional no es la guerra civil, sino el levantamiento unánime

de la nación. Carrillo ha desbancado a Monzón por su blandura y falta de entusiasmo revolucionario.

Dato significativo, por primera vez en un documento público del PCE se refiere a Heriberto Quiñones, el expulsado de 1942, con palabras definitivas que suenan a advertencia para el mismo Monzón y su gente: los residuos del quiñonismo deben ser extirpados a sangre y fuego. Estaba clara la mano redactora, solo podía ser obra del grupo de Toulouse y de alguien procedente de América. La prueba aparecerá en la propia historia oficial del PCE, publicada en Varsovia (1960), donde, amén de llamar a Monzón oportunista y otras lindezas, se añade: En la lucha contra [estas] tendencias oportunistas desempeñó un gran papel la CARTA ABIERTA DEL COMITÉ CENTRAL de enero de 1945. Ha desaparecido al fin la coletilla «Delegación del CC», es decir, «del interior», con la que se publicó en enero de 1945.

Tras la «carta abierta», la suerte de Monzón ya está echada. Zoroa le trae la noticia definitiva: la dirección del partido le convoca a Toulouse.

TODO BAJO CONTROL

Santiago Carrillo sabe que está jugando una baza muy fuerte y que lo está haciendo sin las espaldas cubiertas, sin el visto bueno de ninguna de las dos direcciones oficiales, la de México (Uribe) y sobre todo la de Moscú (Ibárruri). Por eso se dirige a esta última con un informe en el que traza un panorama espléndido del desarrollo del partido en el interior (2.000 afiliados en Madrid, con 23 células en fábricas y empresas, organizaciones potentes en Ciudad Real, Toledo y Cuenca, en Asturias seis comités comarcales y más de 279 militantes…). Pero apunta los disparos hacia su presa: Jesús Monzón.

Para Carrillo la organización del interior está infectada de provocadores y así se lo hace saber a Dolores, y por si esto fuera poco Monzón no solo no se atiene a las órdenes que le da Carrillo desde Toulouse, sino que contraataca señalando que es Carrillo el que con su política está en oposición a la línea de Unión Nacional que defiende el partido. Santiago se lo explica así a Dolores, con su «objetividad» característica: Es evidente que Monzón no ha hecho ningún

esfuerzo por comprender mis críticas, hechas de buena forma, y se disculpa con las directivas recibidas hace meses de América, coincidentes con las mías, para no atender las mías. Trata de especular con la carta de julio de la dirección del partido desde América, en la que enjuiciando su trabajo anterior se aprueba su gestión… [y] presenta mi actitud como de discrepancia con la dirección del partido, aunque lo haga suavemente, insinuándolo tan solo[3].

Monzón, en su condición de jefe de la Junta Suprema de Unión Nacional y responsable del partido en el interior, no está dispuesto a dejarse tratar como un cualquiera. Carrillo, entonces, da un paso más en la difamación y no lo hace «suavemente, insinuándolo tan solo», sino tentando a Pasionaria ante un problema político al que ella es muy sensible: la actitud antidirección del partido. La situación se ha agravado –escribe Santiago–. Acaba de regresar el enlace que mandé para prevenirles sobre la provocación y tras una carta que es un modelo de mala fe. Dice [Monzón] que para evitar la provocación rompe todo género de relaciones conmigo hasta que logre montar su aparato de enlace, pues no sabe si las directivas y hombres que mando yo son efectivamente mandados por mí o por la policía y negándose, por tanto, a recibir nada ni a nadie. Añade que se siente fortalecido por la aprobación que le dio el Buró Político desde México. La carta es de una evidente mala fe… Está en el camino de crear un grupo con Trilla, Pilar Soler y Arriolabengoa, que por su ambición puede degenerar en grupo contra el partido y que hoy ya comienza la marcha por ese camino. Es lógico que ante este «alarmante» panorama sugiera a Dolores la «solución final» si no aceptan atenerse a sus órdenes: S. va para discutir con los camaradas e invitar a Monzón (de que) [sic] venga a Francia para discutir conmigo. Si se resiste o busca subterfugios le plantearé que eso significa enfrentarse con la dirección del partido. En caso de que llegase a una posición extrema los camaradas de allá romperán el contacto con él y le dejarán aislado del partido. Espero que no habrá que llegar a esto. Pero no vacilaremos ante nada.

Está firmada la sentencia. Carrillo ha cogido en sus manos la organización de Madrid, la más importante del interior; ya no es aquel grupo orientado por el dúo Monzón-Trilla, sin grandes acciones, aunque las pregonen, y con discretos contactos políticos. A Madrid ahora le ha sonado la hora de su liberación. Acaba de llegar José Vitini, en enero; Cristino García en abril. Cada uno, como el Cid, vienen con algunos de los suyos, dispuestos a demostrar con un heroísmo sin igual y una ignorancia política absoluta, cómo hay que hacer las cosas para que se repita lo de Francia; han tenido un papel destacado en la Resistencia francesa.

El gran Vitini, un antiguo oficial de Asalto durante la guerra civil, formado como luchador en la Resistencia francesa, dura cuatro meses. Pone bombas en el diario pro nazi Informaciones y en la Delegación falangista de Prensa de la calle Montesquinza, pero su gran obra va a ser el asalto a un local de Falange en el barrio de Cuatro Caminos; el comando mata a dos falangistas de la clase de tropa, Martín Mora y Daniel Lara. Luego algún atraco de poca monta y mal organizado que no sale a pedir de boca, y la represión los diezma. En abril es ya un detenido que va para cadáver; heroico cadáver quizá, pero cadáver al fin y a la postre, mientras la organización del partido está esquilmada. No importa, en 1945 las cosechas de militantes se suceden.

A Vitini le sustituye en la actividad guerrillera de la capital de España otro asturiano, Cristino García. La continuidad política la sigue manteniendo Agustín Zoroa, que hace escasos viajes a Francia y que va a ser detenido en el terrible verano de 1945, casi al unísono que otros dos enviados al interior, Sebastián Zapirain y Santiago Álvarez, miembros del Comité Central. Zapirain dura en libertad, desde su entrada clandestina, poco más de un mes, y Álvarez apenas si llega al mes, el tiempo que tardó en buscar casa para dormir y contactar con el partido. Zapirain y Álvarez, no obstante, marcarán un hito en la historia del partido, porque serán los dos primeros miembros de la dirección que consiguieron librarse del fusilamiento gracias a la solidaridad internacional. Caído Zoroa, y con Zapirain y Álvarez en la cárcel, ya no habrá más Delegación del Comité Central en el interior.

Cristino García, el sustituto de Vitini, alcanza Madrid a finales de abril. Llega con la aureola de su legendaria actividad en Francia, luchando en el Gard, en Lozere y Ardeche. Es el vencedor de la batalla de La Madeleine, con un balance de 1.500 prisioneros y 600 bajas al enemigo; es el liberador de Foix y el asaltante de la prisión de Nimes. Tiene cuando llega a Madrid, treinta y un años, es un veterano que ya luchó en 1934 y que hizo la guerra civil en el XIV de Guerrilleros. Conserva un inconfundible acento asturiano y el aspecto de minero batallador: alto, delgado, puro nervio. Apenas si durará seis meses, un récord para este hombre que no se arredra ante nada; realiza brillantes atracos, limpios, sin sangre y muy rentables, y utiliza el desconocido «plástico» para volar el transformador eléctrico que da corriente a la fábrica Barreiros, en la periferia madrileña. Tiene un talento innegable de activista nato.

Todos son éxitos y crea el «Grupo Especial», seis hombres como él, dispuestos a todo. La afluencia de militantes, las ganas de pelea entre la gente es tal que se ve

obligado a incorporar a más guerrilleros de los que puede controlar. El Grupo Especial se transforma en un estado mayor que no alcanza a orientar a cada partida de la guerrilla urbana. El ritmo de la actividad es imparable y todos están metidos en la vorágine, sin tiempo para pensar que el enemigo algún día logrará detener a alguien del «estado mayor» y todo se vendrá abajo.

Ese momento llegó días después de la aparición de un cadáver de mujer en la calle Amor de Dios, una pobre prostituta que frecuenta un antro denominado El Brasero. La investigación policial les acerca a un cliente habitual de la casa, un derrochón que nadie sabe dónde trabaja, se llama Francisco Carranque y no tiene nada que ver con esa muerte, pero sí tiene mucho que ver con las actividades guerrilleras. En el partido se le conoce por Paquito y es uno de los seis del Grupo Especial de Cristino García.

Paquito va armado el día que le detienen, un 16 de octubre de 1945. El resto no es más que la sordidez de una historia de la época. Le ofrecen la libertad y pasaje para Argentina si lo cuenta todo, y la policía, para hacerlo más verosímil, contacta con su hermana en Buenos Aires y le provisiona de la documentación precisa. Él no irá nunca a América, sino al paredón, y los demás con él. El 20 de octubre detienen a Cristino en la Plaza Mayor[4]. Ha durado seis meses y no ha podido consumar su proyecto: sublevar a los presos políticos el 20 de noviembre, coincidiendo con la marcha falangista del catafalco de José Antonio Primo de Rivera hasta El Escorial. Solo alcanzó a ver la primera parte: la fuga, en mayo, de treinta y tres presos del campo de concentración de Valdemanco.

Le fusilarán el 21 de febrero de 1946 con nueve de los suyos y el gobierno francés cerrará en su honor la frontera francesa por orden del general De Gaulle. Le concederán a título póstumo, un año más tarde, la más alta condecoración: la Cruz de Guerra. Su detención arrastró la de casi todo el partido en el interior, que se renovará a las pocas semanas con un entusiasmo suicida, desbordante de satisfacción por el fin del franquismo, que se ve cerca. De veinte en veinte, grupos de activistas mantienen la llama sagrada de la fe con aquel tipo de actividad guerrillera entrecomillada, que apenas si necesitaba de más gente para cumplir su único objetivo: desestabilizar y crear inseguridad en el régimen. Pretenderán debilitarle y sí demostrarán que se trata de un régimen débil, pero el terror individual le fortalecerá. Si el valor y el heroísmo que demostraron aquellos hombres que cruzaron la frontera para liberar España hay que escribirlo en letras de oro, la incompetencia política de quienes les mandaron debería

esculpirse en piedra y ponérsela al cuello, de ronzal. La actividad guerrillera urbana, concentrada fundamentalmente en Madrid, donde se trae a los mejores hombres, y que tuvo en 1945 su mayor derroche de capacidades y energías, no solo fue una historia negra, donde se mezclan el heroísmo y el crimen político, sino que fue un error de incalculables consecuencias para la lucha antifranquista, para el Partido Comunista y para los aliados políticos de dentro y fuera de España.

Pero en Toulouse pueden decir que todo está bajo control; de allí salen los mártires que consumarán su heroísmo en España. Pocas veces se derrochó tanto entusiasmo y tanta voluntad para tan poco, dicho sea en honor de los muertos y en desprecio de los estrategas. Unos estrategas para quienes la política de Unión Nacional está sentenciada y que viven un breve periodo de radicalización; que vuelven a formulaciones republicanas echando por la borda, con la misma facilidad que antaño los aceptaron, conceptos como el de la asamblea constituyente sin signo institucional definido. Santiago Carrillo se hará portavoz y estandarte de esta izquierdización en una asamblea de militantes celebrada en Toulouse el 14 de mayo de 1945: Hay que decir que toda solución que no sea la República […], todo lo que no sea el restablecimiento de la Constitución de 1931 […] será una estafa para salvar la reacción y el fascismo, será un intento para engañar de nuevo al pueblo español.

Este nuevo viraje se produce porque el PCE pretende incorporarse al Gobierno Republicano que se está gestando y deben abandonar las veleidades que generó la «Unión Nacional», desmarcándose de esa política e incluso de la figura de don Juan Negrín, que, a finales de 1944, los tenía encandilados. No vacilaríamos un minuto en autodisolver Unión Nacional, dice Santiago un mes antes de disolverla; prácticamente ya estaba redactado el documento.

Estas nuevas orientaciones son consecuencia del clima creado con la reunión de los tres grandes –Truman, Stalin y Churchill– en Postdam, a finales de julio de 1945. Pero incluso antes ya se detecta un giro conciliador del partido desde que Pasionaria pisa tierra francesa el 24 de abril de 1945[5]. Meses después, el comienzo de las gestiones de José Giral para la formación de un gobierno de unidad republicana hace exclamar a Dolores: Nosotros, comunistas, no tenemos ninguna incompatibilidad con el señor Giral, demócrata bien conocido por el importante papel que jugó como jefe del Gobierno republicano en los primeros meses de nuestra guerra liberadora. La alta política ya se hace en Francia. En México, Vicente Uribe, que no está al tanto de las novedades, sigue manteniendo

la defensa a ultranza de don Juan Negrín como cabeza de gobierno y exige una política de «resistencia y firmeza», firmando documentos contra Giral. Se lo recordarán años más tarde.

La alta política oculta la pequeña, la de los derrotados del interior, como Monzón, que ha sido convocado a Toulouse como otros fueron a Canosa, a comparecer y dejar el orgullo y su razón en el camino. El 19 de febrero de 1945, Santiago Carrillo manda un cable a Dolores, a quien supone todavía en Moscú, con la clave de muy secreto. Es un resumen de su largo informe anterior, que no ha obtenido respuesta: Desde hace seis o siete meses, se constatan graves debilidades en la aplicación de la línea del partido por parte de la Delegación [del interior]… Monzón se resiste a corregir. Además, frena el funcionamiento colectivo de la Delegación y resuelve todo personalmente en un pequeño grupo de Trilla, Pilar Soler y Arriolabengoa. Muy poco vigilantes frente a la provocación, que consigue penetrar en el aparato… Yo he decidido hacerle venir para discutir con él y quitarle la Delegación. Cuando esté aquí, haré venir a los otros tres… Si Monzón se resiste a venir, se le alejará de la organización y se tomarán las medidas necesarias. Esto hoy es posible. He discutido y he preparado todo con Zoroa, que ha partido para realizarlo… Espero tus consejos y directrices.

Monzón se ha decidido a marchar a Francia, pero teme dejar la vida en el tránsito, porque sabe que otros adversarios políticos han sido liquidados en ese largo camino en el que se puede siempre disculpar un accidente o un enfrentamiento ficticio con la Guardia Civil. Pero está dispuesto a ir porque no es un cobarde y cree tener razón, pero debe buscar unos procedimientos que no sean los canales oficiales de Toulouse, controlados por Santiago. En el paso de frontera mataron a Pere Canals, miembro del Comité Central del PSUC y delegado de Monzón en Cataluña. Sabe que el nuevo responsable de pasos por Cataluña es Josep Serradell Román, a quien él y Canals separaron del partido y que Carrillo ha vuelto a incorporar. Quiere llegar vivo a la reunión.

Busca guías fronterizos y no encuentra. Para estar más cerca de Francia se desplaza a Barcelona con su compañera de entonces, Pilar Soler, una veterana militante, cuñada de Pedro Checa, el secretario de organización fallecido en México, e hija de Félix Azatti, una personalidad de primer orden en la sociedad valenciana, director del diario blasquista El Pueblo. El tiempo pasa en Cataluña sin encontrar el medio de cruzar al otro lado; una detención de poca monta lleva a la policía de Barcelona a la casa donde espera Monzón, y con sorpresa

descubren que ese señor avejentado, bien vestido y de aspecto inocente se llama Jesús Monzón Reparaz, el hombre más buscado en los últimos dos años. Era un día de julio de 1945.

Le juzgarán, tras sucesivas demoras, en 1948 y le condenarán a treinta años. Salvó la vida gracias a poderosas ayudas entre los que ganaron la guerra y a las gestiones de su hermano y del Partido Nacionalista Vasco sobre el gobierno británico. Un hombre del bando ganador de la guerra civil, el líder carlista Antonio Lizarza, le facilitará la prueba trucada con la que se librará de la pena de muerte. Lizarza firmará un documento atestiguando que Jesús Monzón estuvo en Suiza desde 1943 hasta poco antes de su detención. Fue el honorable pago de un navarro a otro; Monzón le había salvado la vida cuando en plena guerra le amparó desde su cargo de gobernador de Alicante, ante la indignación de Indalecio Prieto, canjeándole posteriormente por su hermano. Ahora ese hombre agradecido conseguía que el tribunal dudara sobre la responsabilidad de Monzón en la invasión del Valle de Arán… si persona de tan firmes creencias como Lizarza afirmaba que estuvo en Suiza. Cumplirá tres años en la cárcel de Ocaña, y siete en el penal de El Dueso. Hay quien dice que se libró de morir porque no cruzó la frontera; no era un hombre para dejarse matar.

Antes de que empiece el verano de 1945 no habrá un solo militante en activo que no esté bajo el control de Santiago desde Toulouse. Puede ya mandarle un cable a Pasionaria: En aplicación de las directrices trasmitidas, Monzón, Trilla, Pilar Soler han sido separados de la delegación del Comité Central [del interior]. Espero llegarán de un momento a otro. Resoluciones definitivas serán tomadas con Dolores. Actualmente Arriolabengoa habrá sido igualmente separado. Como en anterior comunicación, Carrillo oculta a Pasionaria que Monzón y los suyos han dejado de ser la dirección de la delegación desde enero, con ocasión de la «carta abierta». Pero todo vale; está a punto de dar el carpetazo definitivo al caso Monzón.

Cuando se enteran de que Jesús Monzón ha sido detenido en Barcelona, la dirección sospecha que se ha dejado detener para no comparecer ante la dirección del partido. Pero se tranquilizan cuando logra llegar su compañera, Pilar Soler. La dirección la retiene en un chalé de las afueras de Toulouse, donde soporta durísimos interrogatorios de Carrillo, el joven Claudín y Ormazábal –según confesión propia– para que acepte denunciar la auténtica «naturaleza de la conducta de Monzón», que es un traidor. Ella prologa otros interrogatorios a los antiguos colaboradores de Monzón en Francia, como los dos Manueles, Azcárate

y Jimeno. Pero pronto Azcárate se convierte en el principal acusador de Monzón y se pasa al bando de los fiscales. Detalle sarcástico es que la única persona exenta de sospechas es su principal colaboradora en Francia, compañera personal de Monzón en el país vecino, Carmen de Pedro. La razón es tan sencilla como ridícula; el principal acusador de las traiciones de Monzón es ahora su marido legal, Agustín Zoroa.

Detenido Monzón y liquidado su representante en Cataluña y responsable de Organización, Pere Canals, aún quedan tres hombres en el interior. Arriolabengoa, que será detenido en el verano de 1945, y dos tipos que sobreviven buscados por los dos bandos, la dirección del partido y la policía: Gabriel León Trilla y Alberto Pérez Ayala. Ninguno de los dos está dispuesto a ir a Francia. Trilla ha roto todos los contactos con el partido del interior cuando llega a Madrid el enviado de Toulouse, Antonio Núñez Balsera, con una orden perentoria que transmite a Cristino García: liquidar físicamente a quienes no estén dispuestos a marchar a Francia. Deben hacerlo antes de que caigan en manos de la policía.

A Gabriel León Trilla le localizará su secretaria, Esperanza Serrano, hija del abogado, autor teatral y concejal madrileño por Izquierda Republicana Serrano Batanero, fusilado por Franco en 1940. Después de tenderle una celada en el Campo de las Calaveras hicieron honor al lugar y le apuñalaron. La operación la dirigió Olmedo, más conocido por El Gitano, quien ideó lo de matarle con arma blanca, quitarle la documentación y todo lo que llevaba encima, para dar al crimen un aspecto de robo, lío de faldas o de maricones. Fue el 6 de septiembre de 1945. Tuvo buen criterio el tal Olmedo, porque la policía no sabrá de la muerte de Trilla hasta que inicie los interrogatorios al grupo de Cristino García[6].

De Alberto Pérez Ayala se sabe muy poco; incluso la policía sospecha que se trataba de un nombre falso. Fue responsable de contactos políticos en la Junta Suprema y utilizaba el seudónimo de César; era bajo y rubio. Datos muy genéricos, pero que coinciden con los de otro militante asesinado en Madrid, y nunca citado, Enrique Cantos. Enrique procedía del maquis de Carcasonne, al igual que su ejecutor Olmedo. La fecha de su muerte, en Madrid, coincide también con la del supuesto, anónimo y desconocido Alberto Pérez Ayala: primeros días de octubre de 1945.

Tampoco se sabe mucho del experto en liquidaciones, el killer de la organización

madrileña. Se apellidaba Olmedo, y en Madrid se le conocía por El Gitano, mientras que en Francia le llamaban Madriles. Era pariente del futbolista del Real Madrid de igual apellido y tenía una fisonomía de hombre sañudo y mal encarado. El primer crimen que de él se tiene noticia fue la muerte del cenetista Luis García, en octubre de 1944, en Francia. En España, y antes de que se incorporara al grupo de Cristino García, participó en la sierra madrileña con la partida de Lucas Regilón. Le detendrá la policía años más tarde en una «agrupación» que dirigía, en el Sur, Manuel Prado. Será ejecutado en Madrid. Cuentan quienes convivieron con él en la prisión de Ocaña y en Alcalá que no era hombre de trato fácil, y que el Partido Comunista en la cárcel, que no se distinguía, lógicamente, por su blandura, le separó de la militancia.

Una semana más tarde de la muerte de Alberto Pérez Ayala empezó a ser desmantelada la organización de Cristino García[7]. Héroes y víctimas, criminales y mártires se mezclaban en esta historia compleja y sucia como la época que les tocaba vivir. Lo cierto es que a mediados de octubre de 1945, aunque no hubiera supervivientes que mandaran a Toulouse un telegrama confirmando que las disensiones del interior se habían eliminado a la brava, las pruebas irían llegando. La dirección del partido podía estar tranquila.

Fernando Claudín, en su singular biografía de Santiago Carrillo, señala la curiosa hipótesis de que los soviéticos podían estar detrás del asesinato de Trilla. A cada uno sus muertos. En el verano de 1945 la dirección del PCE se encuentra ya en Francia y la Unión Soviética queda muy lejos para «orientar» a los españoles en la liquidación de un exprofesor de francés en un liceo, llamado Gabriel León Trilla. Santiago Carrillo está en Francia desde octubre de 1944. Dolores Ibárruri desde el 24 de abril del año siguiente. Igual que Ignacio Gallego. Fernando Claudín llega algo más tarde, pero va hasta Lisboa desde América en el verano de 1945, junto a Santiago Álvarez, que es uno de los encargados de darle el vuelco a la organización que había montado el dúo Monzón-Trilla. Los soviéticos han derramado suficiente sangre de adversarios como para no necesitar que Claudín y el PCE les echen la suya.

Quedaba un paso por dar. Rebajar los humos de los que habían combatido al fascismo en Europa, en el maquis, con las armas en la mano. Los pasados serán gloriosos o dejarán de serlo según lo aprecie la dirección del partido. Las medallas que valen son las que concede la autoridad y no hay autoridad superior a la que representa la dirección exiliada en México y en Moscú. Será, una vez más, Santiago Carrillo quien precisará la dualidad del héroe, su fragilidad: hay

que abrir los brazos para recibir a los camaradas que vuelven de los campos nazis, pero no hay que olvidar que la Gestapo puede enviarnos entre estos camaradas algunos agentes falangistas; hay que felicitarse de los valerosos guerrilleros y de los atrevidos que se fugan de las cárceles franquistas, pero mucha vigilancia, mucha atención, para impedir que se infiltren en las filas de nuestro partido… agentes de Franco. La única manera de no ser sospechosos, de garantizar un probo pasado, una biografía sin mácula, consistía en haber pasado la guerra mundial en el exilio de América o en la URSS. Fuera de ahí no había garantías.

Conforme van llegando a Francia los líderes históricos de «la revolución española» las cosas se van sedimentando. Pasionaria no solo ha venido tras un largo periplo desde la gran patria soviética, sino que entre los responsables se sabe que Stalin la ha recibido el 23 de febrero. Ella lo ha solicitado para despedirse y agradecerle las atenciones. La han acompañado Ignacio Gallego y José Antonio Uribes, y el gran Stalin les ha enardecido para que aumenten los ataques contra Franco y él pueda colocar el tema de España en la mesa de negociaciones de los grandes. Lo hará en Postdam, cinco meses más tarde, pero no logra de sus interlocutores Truman y Churchill ni siquiera el acuerdo de una condena pública al régimen franquista. Fue la última reunión de los tres aliados, que tuvo lugar el mismo día que los Estados Unidos experimentaron con éxito la bomba atómica, y terminó con un Stalin que no estaba dispuesto a ceder ninguna de sus conquistas de guerra, salvo Austria, donde tenía esperanzas de lograr un buen papel en las elecciones del 25 de noviembre. No le volverá a pasar en parte alguna. Franco le quedaba muy lejos, y a los otros demasiado cerca. Ni siquiera insistió.

En el invierno de 1945 ni los estados mayores de los partidos ni las bases perciben lo que está empezando. El PCE lógicamente menos, porque se vive en pleno estado de euforia. Dolores es la representación hispana de Stalin, y si a él se le instituyó la tradición del homenaje público y multitudinario desde que cumplió cincuenta años, allá en 1929, igual deberá hacerse a ella desde este 9 de diciembre en que cumple el medio siglo. Partido y persona indisolublemente unidos. Un pleno de organización para abrir el festejo y una fiesta onomástica a Pasionaria como broche de oro.

El pleno se inaugurará con su palabra ante tres mil personas concentradas en el cine Gaumont de Toulouse. Luego seguirán las reuniones a puerta cerrada –300 delegados del exilio– en la sala algo tétrica del Museo de Ciencias Naturales.

Para romper el maleficio del lugar, entre discursos y proclamas, se leerá un soneto del principal bardo del partido, Juan Rejano, dedicado a la secretaria general, que ha pasado de puntillas por los tiempos más duros del siglo XX. A ella, a Pasionaria, se dirige este terceto imperecedero:

Madre nuestra, panal, vena de fuego,

amapola de héroe, guerrillera,

a ti, entre llamas de esperanza, llego.

Han terminado los años de catástrofe, los años de fuego, y allí, en el pleno y en el homenaje, están de nuevo los elegidos, los que han sobrevivido al desastre, los que han ganado una guerra sin disparar, los vencedores de ayer y los de mañana, los nuevos y los veteranos: Dolores y Antón, Carrillo y Comorera, Líster y Claudín, Modesto y Gallego… Todo vuelve al orden. Los tiempos revueltos han quedado atrás. Se abre un largo periodo que alcanzará hasta 1956: la edad de plomo de la era estalinista en el PC de España.

[1] De ahí que la historia de los informes a la dirección del PCE que se enviaban por valija diplomática no se deba a la habilidad de Santiago al emocionar al propio embajador con la historia de una novia porteña, que por cierto sí existía, sino a que el embajador estaba dispuesto a hacer la vista gorda a todas las actividades de Hipólito López de Asís gracias a su «Pasaporte de Servicio».

[2] No hay que confundir al general Fernando Claudín Jareño con el líder de las JSU, Fernando Claudín Pontes. Por dicha confusión algunos historiadores convirtieron al futuro miembro del Buró Político, expulsado con Jorge Semprún en 1965, en un instructor militar.

[3] Para evitarme interponer constantes «sic» detrás de las extorsiones gramaticales, advierto que el texto responde a la redacción original de Santiago Carrillo.

[4] Las fechas no corresponden a las que se dan habitualmente. La policía tuvo especial interés en confundirlas.

[5] En sus fantasmales Memorias, recientemente aparecidas (Barcelona, 1984), sitúa su llegada en «los primeros días de mayo». Creo que ni ella ni su secretaria, Irene Falcón, tuvieron la paciencia necesaria para consultar sus propios archivos.

[6] Suele señalarse, siguiendo las informaciones policiales, que fue Carranque quien dirigió y ejecutó el apuñalamiento de Trilla. Carranque fue el cómplice, no el ejecutor material. De la operación contra Trilla aún quedaban supervivientes cuando salió la primera edición de este libro.

[7] Contra lo que suele decirse, Cristino no fue detenido el mismo día del crimen, sino días más tarde.

SEGUNDA PARTE

REFLEJOS Y SOMBRAS DEL FINAL DE LA ERA ESTALINISTA (1945-1955)

Capítulo 6

El honor es un simple escudo de armas…

W. Shakespeare, Falstaff en Enrique IV

NI TEMOR AL FUTURO, NI ESCRÚPULOS HACIA EL PASADO

El 5 de diciembre de 1945 había muchas razones para pensar que el mundo podía ser domado. Contemplando las ruinas que lo dominaban todo, entre los millones de muertos y las toneladas de escombros que había dejado la segunda gran guerra, los comunistas españoles del exilio tenían ante sí un horizonte majestuoso. Quien entrara en la sala Gaumont de Toulouse para presenciar el Primer Pleno del PCE y escuchara la timbrada voz de Pasionaria, traspasaría el umbral de las miserables realidades que habían quedado atrás y penetraría en un camino despejado: Nos reunimos por primera vez después de una larga y forzada separación, no como los caminantes fatigados […], sino como un ejército que, disperso por una inmerecida derrota, reagrupa sus fuerzas para nuevas y decisivas batallas.

Estas palabras pronunciadas en la apertura del pleno y con las que Dolores Ibárruri reanudaba su contacto con la militancia del partido traducían, a su vez, el estado de ánimo de los comunistas; base y dirigentes. En la mesa presidencial, Pasionaria en el centro, a su derecha Francisco Antón, a su izquierda Carrillo. No se arrepentían de nada: Si fuese necesario, volveríamos a empezar de nuevo como en 1936; ni temían a nadie: Vamos a la lucha armada insurreccional; y colocaban a sus pies, ante aliados, amigos y enemigos, su atiborrado cementerio de héroes: Difícil será que nadie pueda superar el número de bajas de nuestro partido en la resistencia de nuestros treinta y dos meses de guerra y en la lucha

ilegal en estos seis años trágicos y sombríos de la dominación falangista. Dolores dixit.

Ni temor al futuro, ni escrúpulos hacia el pasado; legítimo orgullo. Sobre esta falsilla declamaron las figuras del pleno ante los trescientos delegados de las organizaciones del PCE en Francia, encerrados durante cuatro días en el Museo de Ciencias Naturales de Toulouse. La sesión de apertura fue pública y asistieron unos tres mil españoles al cine Gaumont. Por la tribuna pasaron las figuras del momento: Antón, Carrillo, Claudín… Cada uno desarrolló su parcela con particular esmero, menos Santiago Carrillo, que aprovechó la de todos y enfiló hacia algunos temas con audacia. Llamó a Pasionaria el más grande hombre de Estado con que cuenta nuestro país. Definió a la militancia del interior, que luchaba contra la pasividad, con imperial expresión: están templados como el acero de Toledo. Se refirió a los guerrilleros como el espejo en que deben mirarse [todos] para no regatear sacrificios; y mencionó por vez primera, aunque sin citar nombres ni hechos, las dos grandes experiencias de provocación que ha conocido nuestro partido. Alusión a Quiñones y Monzón, respectivamente, a los que Santiago describirá años más tarde con todo lujo de imaginación, detalles y extorsiones. Hay un ángulo en Carrillo, no obstante, que pasó inadvertido en un discurso de pompa y circunstancia como aquel y que revela su indudable olfato político: España no podemos liberarla solamente con los guerrilleros.

Francisco Antón estuvo más limitado en su enfoque político, aunque sí compitió en galantería con los demás al referirse a su entonces compañera, Dolores Ibárruri: Somos un ejército aguerrido, curtido en no pocas batallas, y tenemos la suerte, la dicha inmensa de que en el combate nos conduce «Pasionaria». Desde su llegada a Francia, Antón se ocupa de organización, retirando a Carrillo de esta tarea, y tendrá encomendada esta misión hasta su defenestración en 1952. En su intervención ante el pleno sobre la situación organizativa acuñó una frase feliz e involuntariamente exacta: ¡Cuántos prodigios de organización ha realizado nuestro partido en estos seis últimos años! Se equivocaba en la apreciación del «enemigo franquista» a quien calificaba de «refinado y astuto», quizá pretendiendo al sobrevalorarle justificar los errores propios, porque en 1945 el enemigo apenas si era astuto, sino zafio, y la brutalidad cubría cualquier tipo de refinamiento.

La parte hagiográfica sobre los aspectos audaces y heroicos del partido para mejor ilustración de exiliados ignorantes la proporcionó Fernando Claudín. Versó sobre «el esfuerzo de los comunistas españoles desde América para ayudar

a la lucha de nuestro pueblo» y trató de mantener un tono para el que Fernando carecía de aptitudes, el de las «novelas de aventuras», si bien, ayudado por su afirmación de que no hay barrera que los comunistas no puedan cruzar, se lanzó a contar historias de marineros de rudas faenas, de dirigentes firmes, audaces y navegantes que cruzaban el océano metidos en un angosto armario y respirando por un agujero. Las ovaciones y el delirio de los presentes fueron tales que no le permitieron seguir la historia y no sabemos cómo llegó a España el dirigente del armario y el agujero, que por referencias me temo que se tratara de Jesús Larrañaga en su viaje sin retorno hacia Lisboa.

Terminaba el año 1945 con este pleno que restauraba el triunfalismo y la gloria. El triunfalismo, porque los comunistas, como dijo Claudín en su discurso, repitiendo una imagen tradicional del estalinismo, están hechos de un temple especial, sin precisar, como Santiago, que se trataba del de Toledo. La gloria, porque tenían la suerte de estar dirigidos aquí en la tierra por Dolores y en el cielo por Stalin; aventurada imagen que estaba implícita en los discursos de los citados, en los retratos que cubrían las paredes y en lo íntimo de los corazones. Nada ni nadie era capaz de evadirse de aquel embrujo. La jornada de clausura de este Primer Pleno, entre cantos y homenajes, gozó de la presencia de Pablo Picasso, el gran genio de la pintura contemporánea, según escribió en la ocasión el órgano del PCE.

Todo era entusiasmo. Además el año terminaba no solo con un pleno apoteósico, que ya hubiera sido bastante, sino con un homenaje. En diciembre de 1945 se festejó un pleno y un cumpleaños. Pasionaria cumplía entonces cincuenta años de vida y veinticinco de militancia, como si a sus veinticinco diciembres hubiera querido regalarse con el carné del joven Partido Comunista de 1920. Desde 1945 y hasta 1956 el Comité Central celebrará reunión extraordinaria para festejar tu aniversario, según reza el primer comunicado, que se repetirá año tras año, con la rara particularidad de ser siempre el mismo y, sin embargo, diferente. En el alambicado lenguaje de entonces se referían a ella como «forjadora de nuestro partido», «nuestro guía y jefe», «esforzado paladín» y lo inevitable del «temple marxista-leninista-estalinista». El léxico siempre guardaba relación con la terminología metalúrgica de oficina: forja, temple, cadenas y eslabones.

La felicitación del Comité Central a la secretaria general del partido permite calibrar los cambios en el organigrama del PCE, pues aparecían citados concienzudamente todos sus miembros. Gracias a ello se puede apreciar qué hay de nuevo y quiénes se quedaron en el camino en estos seis borrascosos años,

pues la última lista del Comité Central había aparecido en 1937. Hay algunos ascensos significativos, que pasan al Comité Central, como suplentes: Luis Fernández, el «general» guerrillero que seguía de máximo orientador técnico de la lucha armada en el interior pese a su responsabilidad en la invasión del Valle de Arán. También el vasco Ramón Ormazábal, que acababa de volver de los Estados Unidos; e Ignacio Gallego, que llegaba de la URSS, acompañando a Dolores. Luego ascienden figuras que pronto habrían de apagarse tras sus resplandores del final de la guerra española (Hidalgo de Cisneros) o durante la soviética (Ramón Soliva, Rebellón, Pedro Prado…).

En el terreno de las ausencias, hay cuatro que han caído en la lucha, ante los pelotones franquistas: José Cazorla, Enrique Sánchez, Isidoro Diéguez y Jesús Larrañaga. Otro, como el diputado por Pontevedra, Adriano Romero, está encarcelado en Alcalá de Henares, pero sus divergencias con la política de la dirección en el exilio han provocado su cese. Hay algunas ausencias que no necesitan explicación, como Hernández y Castro Delgado; y también, aunque menos conocidas, la de José del Barrio, uno de los dirigentes del PSUC, y Pedro Martínez Cartón, también exdiputado y cuadro militar de enorme relevancia durante la guerra civil.

El orden, la jerarquía y el escalafón volvían a estabilizarse en las filas de aquel partido que consideraba los años pasados como una etapa de la que más valía olvidarse. Casi ninguna de las tareas que los dirigentes tuvieron encomendadas en esos años pasados se mantendría a partir de 1945. Carrillo deja la responsabilidad de organización desde que Antón pisa suelo francés, dedicándose entonces a la alta política; Uribe hace lo mismo que Carrillo, pero en México, donde aún está el grueso de la emigración política republicana; Líster y Modesto desde su llegada a Francia en febrero de 1945 van a «ocuparse», dentro de sus características «panchovillescas», de una supervisión «a vista de águila» del movimiento guerrillero, reforzados en marzo de 1946 por otros jefes militares que vienen de la URSS, vía Yugoslavia, y que no fueron muy bien recibidos: Antonio Beltrán El Esquinazao, Romero Marín…

Sobraban jefes, donde no había ejército. Claudín e Ignacio Gallego recuperaban nuevas actividades entre las Juventudes Socialistas Unificadas y el aparato del partido, que eran una misma cosa.

Estos reajustes funcionales no afectaron para nada a la estabilidad de la cúpula. El orden del escalafón del partido a finales de 1945 quedaba así: primero,

Dolores Ibárruri, máxima figura. A considerable distancia la seguía Vicente Uribe, y luego Mije, Antón y Carrillo. A otro nivel se colocaba el pelotón, entre los que sobresalían Comorera, Líster, Modesto, Gallego y Claudín. Este esquema se conservará invariable, salvo en el caso de Comorera, hasta 1952.

La proverbial indolencia de Vicente Uribe debilitó algo sus posiciones, pues no se decidió a vivir en Francia hasta finales de 1946, lo que facilitó a Carrillo ocupar un lugar privilegiado que en principio le estaba destinado a aquel: ministro en el gobierno republicano de José Giral e interlocutor en las negociaciones entre los diversos grupos políticos, cuyo centro se había desplazado de México a Toulouse y de Toulouse a París a comienzos de 1946.

VUELTA A LAS INSTITUCIONES REPUBLICANAS

La política del partido había entrado, como señalamos en su momento, en una etapa de abandono de la llamada Junta Suprema de Unión Nacional desde la invasión del Valle de Arán, en octubre de 1944, por más que en los documentos y declaraciones se gritara con la boca chica a favor de la Junta. Se preparaba el terreno político para un giro táctico, que se acelerará con el final de la guerra mundial y la llegada a Francia, en marzo, del secretario general in pectore (no hay que olvidar que, según los estatutos del PCE, Dolores no será designada secretaria general hasta el V Congreso, en 1954).

El giro se manifestará públicamente a comienzos de 1946, al solicitar el PC su ingreso en la ayer denostada Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas, organización unitaria creada en 1944 a la contra de la Unión Nacional. Mientras la Unión estaba dominada por el PCE, en la Alianza ocurría otro tanto con el Partido Socialista, al que se añadían los variados grupos republicanos y los anarquistas; la multiplicidad del exterior se correspondía con la ausencia casi total de peso en el interior. En 1946 los vientos que soplaban eran unitarios y favorables a una entente con los aliados. La Junta Suprema se autodisolvió oficialmente en julio de 1945 y la solicitud del PCE para ingresar en la Alianza se concretó en enero del año siguiente.

Nadie en el partido se hacía ilusiones sobre el genuino carácter de la tal Alianza,

que solo se diferenciaba de la Unión Nacional de Monzón en que ahora se trataba de un conglomerado de siglas, y escasos activistas en el interior; exactamente al revés de la Junta Suprema, que se jactaba con razón de haber montado una indiscutible red clandestina identificada con el propio partido comunista. La Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas estaba dirigida en el interior por veteranos luchadores políticos, como el socialista Gómez Egido, el republicano Régulo Martínez y el anarquista Catalá, pero pronto la represión les reemplazará por personajes de muy distinto bagaje, como Luque, «confederal», por llamarlo de alguna manera, y el prietista Alfaro.

El interés del PC no residía, es obvio señalarlo, en la Alianza Nacional, sino en el gobierno de la República, que terminada la guerra mundial había resucitado o, por mejor decir, se había desempolvado para ver si podía ser de alguna utilidad para la causa de las democracias occidentales.

La dirección del PC seguía residiendo en Toulouse, Carretera de España, mientras los dirigentes de los otros grupos ya se habían desplazado a París, lo que no tardarán en imitar los comunistas. Se diluyeron algunas veleidades «frentistas» o «unitaristas» que se orientaban a que el partido pasara por aglutinante de diversas fuerzas. El PCE asumió su papel único e intransferible, obligado por la incontestable realidad. Se dejó de publicar Unidad y Lucha, que desde la primavera de 1945 había sido su portavoz en Francia, y apareció Mundo Obrero, el veterano órgano del partido, el 16 de febrero de 1946, con sede, redacción e impresión en Toulouse.

El paso imprescindible para penetrar en el gobierno republicano consistía en afirmar su identidad. Al tiempo había que romper el aislamiento, haciendo de tripas corazón y pasándose con armas y bagajes al terreno marcado por el adversario. El ingreso del PCE en la Alianza Democrática, de preponderancia socialista, se realizó en enero de 1946 y meses después se abrieron las conversaciones para la incorporación comunista en el gobierno presidido por José Giral.

Las gestiones las llevó a cabo personalmente Dolores Ibárruri en París, sirviendo como intermediario José Antonio Aguirre, presidente del gobierno vasco en el exilio. La toma de contacto la describe Pasionaria en un informe confidencial enviado a la dirección del partido residente en Moscú: Aguirre se mostró de acuerdo con nosotros en que el Gobierno Giral no es lo que necesita España en estos momentos; que es necesario cambiarle, llegando también a la conclusión

de que no puede haber Gobierno sin comunistas. Al objetarle yo que no comprendía cómo, manteniendo esa opinión, él no hubiera dado entrada a los comunistas en el Gobierno Vasco, me pidió diese un nombre y yo dí el de Leandro Carro, que él aceptó como consejero… Aguirre nos pidió no hacerlo [público] hasta que complete la reorganización de su Gobierno… [y] nos informó que sus gestiones cerca de nosotros las hacía por encargo de Giral y nos pidió fuésemos a visitarle, como así lo hicimos. Ibárruri se entrevistará con Giral dos veces, la segunda coincidiendo con el fusilamiento en España de Cristino García, en febrero de 1946, lo que aprovechando la ocasión sirve a Dolores para solicitarle iniciativas que impidan la ejecución, pero Giral, de admitir el relato de Pasionaria, rehuyó, diciendo que los franceses le ponen dificultades para actuar. Una desvergüenza, pues el fusilamiento de Cristino provocó que el gobierno francés cerrara su frontera con España.

Por encima de Cristinos y solidaridades y gestiones antirrepresivas, el significado político de las gestiones de Dolores Ibárruri relativas a Giral, Aguirre, Tarradellas e Irla, que lleva a cabo por entonces, está definido por ella misma en el citado texto confidencial: procuraremos que no se repita lo de México, es decir, que el partido quede aislado mientras el resto de las fuerzas políticas participa en el Gobierno, a pesar de protestar diciendo que este no es el Gobierno que corresponde a la situación.

Un lunar en el camino de vuelta al gobierno republicano de Giral lo constituía el doctor Juan Negrín, último jefe del gobierno republicano desde mayo de 1937 hasta la derrota, que había gobernado la república en la guerra civil y en la mundial con dignidad no exenta de críticas, hasta que dimitió formalmente del cargo en agosto de 1945 en favor del presidente de la República, Martínez Barrio. Este pasó la responsabilidad a Giral, con la aspiración de que formara un gabinete de unidad. Aunque la figura de Giral no estaba mal vista por los comunistas, era necesario abandonar al doctor Negrín, cuyo apoyo constituyó durante 1945 uno de los ejes de la política del PCE. Para hacerlo, Dolores no encontrará otro procedimiento que la descalificación personal, paso previo a la descalificación política: Negrín –escribe confidencialmente Pasionaria en noviembre de 1946– se inclina cada vez más hacia los ingleses y comienza a mostrar algunos rasgos antisoviéticos. En el caso de Negrín, en mi opinión, es que aparte de la influencia inglesa y de los compromisos que haya contraído en Inglaterra, existe también un factor que no podemos desconocer: el problema de la responsabilidad del dinero de la República.

Aunque se obviara por procedimientos irregulares el factor Negrín, la formación de un gobierno de unidad con la entrada de los comunistas no era cosa fácil, en razón del enfrentamiento entre socialistas y comunistas. Los socialistas, dominados por Prieto, se negaban a olvidar las bellaquerías que habían tenido que escuchar sobre su Alianza Nacional, para echar ahora pelillos a la mar. Negrín iba a ser expulsado del PSOE oficial y los hombres de Prieto llevaban a cabo una depuración implacable contra cualquier militante susceptible de caer en la herejía unitarista, es decir, la vieja unidad popular del PSOE con el PCE.

El enfrentamiento había alcanzado tal nivel que, apenas iniciadas las conversaciones entre Giral y los comunistas, el PSOE hizo pública una declaración durísima contra la incorporación del PCE en el gobierno de la república en el exilio.

Por más esfuerzos que Prieto y sus amigos hicieran colocando chinas en el engranaje de la «nueva unidad», la dinámica iba en el sentido de sumar y, aunque frágil, aquello tenía visos de Frente Popular reconstruido. Giral nunca había visto con malos ojos a los comunistas, ni estos a él, como se demostró durante su breve etapa en el primer gobierno de la guerra civil (julio de 1936). Forzó la entrada del PC y, a finales de marzo de 1946, Santiago Carrillo se incorporaba como ministro sin cartera. Un mes más tarde se ampliaba por la derecha con la figura del conservador Sánchez Guerra, formando el gobierno más representativo que fuera constituido nunca por fuerzas republicanas.

El escollo mayor con el que se enfrentaban los comunistas en esta etapa de la búsqueda de aliados lo encontraban en las heridas abiertas en el cuerpo socialista. El PSOE avanzaba a favor del viento y veía engrosar sus filas en el exilio con nuevos militantes; desde mediados de 1945, la emigración española en Francia se inclinaba en gran proporción hacia el PSOE, que capitalizaba su dispersa y abundante base militante, oficialmente cifrada en 5.000 y que iba a incrementarse aún más en los próximos años.

Había que sumar a los elementos propios de la emigración española, y al optimismo respecto a la debilidad y caída del fascismo en España, el entusiasmo de los socialistas al comprobar que en muchos países se convertían en la cabeza de los gobiernos de posguerra, cuando, todo hay que decirlo, habían entrado en la guerra mundial con los aparejos rotos y la quilla agujereada. He aquí que reaparecían ahora como la alternativa gubernamental de la nueva etapa posbélica.

Se van a explicitar entonces dos planos paralelos en el intento comunista de superar el foso entre socialistas y comunistas abierto desde el pacto germano-soviético de 1939. Uno de ellos se manifestará a nivel mundial, a partir de la URSS, hacia el conjunto de los partidos socialistas, y otro, específico del caso español, trataba de olvidar el choque con el PSOE de Prieto, cuyos antecedentes alcanzaban hasta abril de 1938, cuando don Inda hubo de dimitir del Ministerio de la Guerra por la presión comunista.

La manifestación más clara a nivel internacional de esta reorientación de las alianzas de la URSS hacia la recomposición del frente único socialistas-comunistas está expuesta en la carta que envía en 1946 Dimitrov, expresidente de la disuelta Komintern, pero en la práctica hombre fuerte del movimiento comunista internacional, al líder laborista británico Harold Laski. Hoy, después de las duras lecciones de la guerra –escribe Dimitrov–, la fusión de comunistas y socialdemócratas en un partido unificado de la clase obrera es una necesidad histórica.

El PC de España recogerá la idea de Dimitrov, citada expresamente por Fernando Claudín, en un artículo publicado en el verano de 1946 con el esclarecedor título de: La unidad de socialistas y comunistas, problema fundamental de la lucha por la libertad de España. En él, Claudín insistía teóricamente sobre la propuesta que el PCE había hecho al PSOE en una carta remitida el 22 de mayo de 1946, poco antes de que los socialistas españoles en Francia celebraran el II Congreso. En la epístola, y con un lenguaje de rara humildad, el PC confiesa no querer hurgar en heridas propias y ajenas, y les invita a emprender conversaciones políticas que permitan llegar a un rápido entendimiento. Como se ve, bastante menos que la osada propuesta de Dimitrov a Laski. Pero tampoco sirvió de nada, pues los socialistas decidirían en el Congreso rechazar toda alianza con el PCE. Por cierto, que siguiendo el PSOE con su peculiar sentido de los compromisos partidarios, el primero en no cumplir este acuerdo sería Rodolfo Llopis al ser nombrado presidente del gobierno unos meses más tarde.

La propuesta de unidad desarrollada por Claudín en el artículo citado consistía en recuperar aquel objetivo del partido único del proletariado, que estuvo tan en boga a comienzos de la guerra en torno a la figura de Largo Caballero. Terrible coincidencia, pues el veterano don Francisco morirá en marzo de aquel año de 1946. Uno de los dirigentes sindicales del PCE, Luis Cabo Giorla, le dedicará un artículo favorable y comprensivo a su figura; apenas un año antes hubiera sido

imposible.

Si la respuesta de Laski a Dimitrov fue distante y negativa, la de los socialistas españoles fue violenta e indignada, insultante, cabría decir. A primeros de marzo, pocos días antes de incorporarse Carrillo al gobierno del republicano Giral, habían advertido a este de las consecuencias negativas que tendría en todos los órdenes abrir el gabinete al PCE. Dos meses más tarde repetirán la advertencia, corregida y aumentada, con la carta de Indalecio Prieto al gobierno británico, en la que no se ahorran ataques a los comunistas. Vicente Uribe reaccionará ante este gesto de Prieto con un artículo en su estilo balbuceante y repetitivo, del que sobresalen algunas perlas de ingenuidad, como esa que dice: Prieto tiembla ante la fuerza de nuestro partido[1].

La actividad ejecutiva de Giral y sus ministros, por más Alianza Democrática que los amparara, se reducía a los contactos internacionales y la presión sobre los aliados, quienes decidirían el cómo y el cuándo del derribo de la dictadura y su sustitución por un régimen democrático. Y conviene insistir en ese aspecto, pues el gobierno formado por Giral, que demostró una habilidad muchas veces olvidada, fue el más representativo de cuantos existieron en España desde el 18 de julio. No solo estaban en él socialistas, republicanos y confederales, sino también el PCE, el galleguista Rodríguez Castelao y el liberal conservador Rafael Sánchez Guerra, un superviviente de las áreas republicanas, católicas y conservadoras de 1931. Quizá por ello tuvo un reconocimiento internacional rápido, aunque de países de segundo grado en la arena de posguerra (Yugoslavia, Panamá, Polonia, Rumania, Checoslovaquia, Hungría, Albania, Guatemala y, por supuesto, México). Los grandes respondieron con un silencio que ahora es fácil de valorar, pero que entonces no se percibió en su natural descaro. Es verdad que Estados Unidos ya no tenía a Roosevelt, sino a Truman, pero Gran Bretaña estaba gobernada por el laborista Attlee y Francia por la triple fuerza de socialistas, comunistas y MRP; y qué decir de la Unión Soviética, que no varió un ápice su politica respecto de la de sus colegas, y cuya única referencia citable es Potsdam (verano de 1945), donde mencionó el caso español.

Para el Partido Comunista esta actividad del Gobierno Giral estaba dominada por la subsidiariedad y no había más vía para salir del impasse que fortalecer la lucha del interior, la cual, con toda razón, consideraban la única garantía de dañar al régimen de Franco y obligar a los aliados a retirarle. Esto es lo que lleva al PCE a defender la creación de un Consejo Central de Resistencia. Para algunos se reducía a una maniobra comunista para hacer labor de zapa al

gobierno republicano en el exilio, pero la verdad es que se trataba de un objetivo político de primer orden si se quería operar en términos de poder político, y no solo como carta potencial de los gobiernos occidentales.

Como ya hemos dicho, a comienzos de 1946 el Partido Comunista se encuentra ante un dilema: o cambia de política o se aísla de la ola unitaria. Solo hay una vía para salir de la estrechez en la que él mismo se ha metido con su torpe realización de la política de Unión Nacional, una política bien diseñada teóricamente, pero realizada con la soberbia que caracterizaba a los que se creían ungidos por la razón y que además habían vencido en Stalingrado. Esa vía no era otra que la incorporación al Gobierno Giral, ligándose de nuevo a unos aliados despreciados la antevíspera. No hacerlo así hubiera estado en contradicción con la propia línea soviética, que seguía rigiéndose por la conservación de las alianzas nacidas en la guerra, hasta obtener de ellas el mayor beneficio. Que el PCE no fuera capaz de superar las diferencias que había alimentado con otras fuerzas le marginaría de la eventualidad, entonces concebible, de que los aliados derribaran la dictadura e impusieran la democracia, cuyo albacea era el gobierno republicano en el exilio.

Los comunistas contaban con la única organización sólida de resistencia armada en el interior, si exceptuamos una partida guerrillera de orientación socialista en Asturias, aislados grupos anarquistas, sobre todo en Cataluña, y la disciplinada red de los nacionalistas vascos, dedicada a tareas de información bajo orientación norteamericana. Para ampliar la resistencia en el interior y darle mayor consistencia política, parece imprescindible que la avale y la patrocine el gobierno republicano. A partir de la primavera de 1946 y la entrada de los comunistas en el gobierno se da una situación peculiar, que el comunista Félix Montiel definió en una frase acertada: Estamos unidos en el Gobierno, pero no fuera de él[2]. De esta situación anómala nacerá la propuesta del PCE de un «Consejo Central de Resistencia», que al margen del sentido utilitario que le hubiera dado al partido y a sus militantes del interior, resumía una fórmula correcta para llevar el combate sobre los dos frentes, el internacional, que capitaneaba el gobierno de la República, y el de la «resistencia interior», que mostrara al mundo la debilidad de la dictadura; misión que debía centralizar y orientar el Consejo Central de Resistencia, bajo la supervisión de la máxima institución unitaria: el gabinete de José Giral. Es preciso lograr que la Alianza Democrática –escribe el PCE en septiembre de 1946–, en unión de organizaciones de resistencia como la AFARE, las Agrupaciones Guerrilleras, la Unión de Intelectuales Libres, las organizaciones de la Juventud y las fuerzas

antifranquistas vascas, catalanas y gallegas, sea la base para la constitución de un Consejo Central de la Resistencia, que se entregue ardorosamente a organizar y promover la lucha antifranquista, sin paliativos ni vacilaciones. Y que este Consejo Central de la Resistencia actúe subordinado y en contacto estrecho con el gobierno republicano. Ver en esta propuesta una maquiavélica operación comunista para copar el Consejo Central de Resistencia, con sus organizaciones paralelas, no era más que un recurso exculpatorio de la incapacidad, la desgana y la falta de cuadros de las otras organizaciones políticas que no contaban ni con el valor, ni con el arraigo, ni con el entusiasmo que caracterizó, para bien y para mal, a los militantes comunistas. Porque también podía interpretarse de manera directa y nada maquiavélica, pues lo que proponía el PCE no era ni más ni menos que colocar bajo «la subordinación» del gobierno republicano sus organizaciones, excelente ocasión para que los líderes socialistas y republicanos estuvieran dispuestos a aprovechar la oportunidad y equilibrar el desnivel de activismo y militancia que diferenciaba a unos y otros. Pero no fue así; una vez más, socialistas y republicanos pensaron que en eso no tenían nada que ganar; su terror al potencial comunista y su confianza hipotecada a las cancillerías occidentales hizo el resto. Si los comunistas querían seguir luchando, que lo hicieran; allá ellos. Los otros esperarían a ver quién quedaba peor parado para aprovecharse de los despojos.

Los comunistas se negaban a admitir empecinadamente que la guerra civil había terminado, y que si la habían perdido, después de haber tenido en sus manos el resquebrajado aparato de la República, ahora, tras la derrota, la situación no podía ser mejor que en 1936. Los textos, los análisis, y la estrategia elaborada se basaban en un hecho incuestionablemente falso: que en 1946 la situación era más favorable para la unidad antifranquista que diez años antes. Ni siquiera en el plano internacional era mejor, aunque las declaraciones de los aliados hincharan las velas del entusiasmo por la causa de la libertad sepultada en España.

Por razones muy diferentes a las que utilizaban los comunistas para seguir tozudamente en la brecha, ni los anarquistas, ni los socialistas, ni los republicanos, en su conjunto, salvando honrosas excepciones, estaban dispuestos a continuar la lucha con las armas o con un intenso esfuerzo político. Esta evidencia había hecho posible el plan del coronel Casado en marzo de 1939 para acelerar el final de la guerra civil; en 1946 este sentimiento se había multiplicado. La red guerrillera en el interior, en la que militaban socialistas, anarquistas, republicanos y por supuesto comunistas, quedó en manos de estos porque se volcaron en esa tarea con un celo y una entrega que ninguna

organización quiso emular.

No obstante, el PC mantuvo en el interior contactos regulares con la Alianza Democrática (nombre con el que se conocía y se abreviaba el de Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas). Quien primero llevó la representación del PC del interior con la Alianza fue el doctor Izquierdo Pascual, hombre curtido en castigos, que se había librado del pelotón en el verano de 1939, junto a quien luego sería famoso autor dramático, Antonio Buero Vallejo, y que en 1946 había vuelto a la brecha tras salir de la cárcel. Otra vez volvió a prisión y le sustituyó, en marzo de 1946, un militante de muy otras características, Casimiro, voluntarioso pero poco dotado para las actividades de templar gaitas que caracterizaban a la Alianza Democrática en el interior. En un informe al Buró Político, Casimiro Gómez Roca, se definió a sí mismo y a su actividad en la Alianza con una brillantez y un celo modélicos: Yo soy bracero del campo y muy joven en política, (la Alianza Democrática) es un traje muy lujoso y muy grande para mí. Roca se exasperaba ante aquellos aliados que ni comían ni dejaban comer, y su figura revelaba que el PC empezaba a declinar en su derroche de cuadros; ya no enviaban al interior a gente experimentada, sino a quien podían, bien porque no tenían más o porque la situación hacía arriesgado el envío de dirigentes. La detención de Casimiro Gómez el 4 de enero de 1947 marcó, a su vez, el final de la colaboración del PCE del interior con la Alianza. En los documentos, la ficción se mantuvo unos meses más, pero en noviembre la policía franquista daría el puntillazo final a la Alianza con el desmantelamiento de las ejecutivas del PSOE y de la UGT en el interior, ambas de orientación prietista y antiunitaria, que había expulsado en la primavera de aquel año a las corrientes negrinistas, con el propio don Juan a la cabeza. La depuración dirigida por los prietistas echó de la organización a hombres del prestigio de Álvarez del Vayo, Lamoneda, Del Rosal e incluso caballeristas como Vidarte y Galarza.

LA LUCHA ARMADA EN EL INTERIOR

1946 y 1947 son los años de máxima expresión del movimiento armado contra la dictadura. En la ciudad (Madrid y Barcelona), y sobre todo en el monte, este movimiento, en el que se mezclaban un numeroso grupo de huidos por la represión y escasos cuadros políticos, estuvo dirigido, orientado y alimentado

por hombres del Partido Comunista de España. La guerrilla va tejiendo durante estos dos años una tela de heroísmo y derrotas, convirtiendo a muchos en mártires y a unos pocos en traidores o en bandidos, pero siempre con el bordón de la derrota como constante. Porque la guerrilla hizo un círculo sobre sí misma, no tenía salida política y, sin embargo, para continuar luchando necesitaba creerse que era la única alternativa política. Fue un foco que incomodó considerablemente a la dictadura, que producía gastos y desasosiego en sus filas. Algo que mantenía vivas las características antipopulares que Franco imprimió a su régimen, si bien al tiempo ese foco de lucha no hizo avanzar un ápice la unidad de las fuerzas democráticas, ni la conciencia de las masas hacia el hipotético derribo de la dictadura, al igual que no debilitó tampoco al sistema. Fue como una avispa en el coche: incómoda, molesta, capaz de provocar un accidente, pero condenada en su propio golpe de aguijón. Como veremos, las condiciones políticas internacionales y la incapacidad del grupo dirigente español convirtieron este retrato político en estrategia.

La línea política se basó en la lucha guerrillera porque era lo único a que podía agarrarse el PCE y lo que le distinguía de los demás grupos. Convirtió la guerrilla en su único horizonte político al transformar la lucha armada en un aspecto decisivo de sus señas de identidad. Guerrillero igual a comunista; y soledad y abandono igual a guerrillero y a comunista, y así, en ese círculo de conexiones que tan poco tenían que ver con un partido político, sino con un grupo de fieles creyentes en mañanas esplendorosas, transmitieron, sin que nadie les pusiera coto, los terribles años que van de 1946 a 1951, con un saldo comúnmente admitido por comunistas y guardias civiles de 15.000 muertos del lado guerrillero. 15.000 activistas, entre los que cabe agrupar no solo a militantes del partido, sino a colaboradores e incluso a militantes de otros grupos, es una cifra que ningún partido puede derrochar sin pagar muy alto coste por ello.

Desde que Monzón cae en desgracia y es llamado a Toulouse por la dirección del partido, el máximo dirigente en el interior es Agustín Zoroa, que asume la responsabilidad tanto en el terreno político como en el militar, es decir, guerrillero. Aunque haga algunos viajes a Francia, tendrá como residencia habitual Madrid. Es un joven que aún no ha cumplido treinta años, pero que tiene su bagaje, pues ha sido comisario de brigada durante la guerra civil, cayendo herido en combate, y luego ha participado en el maquis francés hasta su llegada a España a finales de 1944.

Le auxilia en las tareas dirigentes Eduardo Sánchez Biedma, que, a pesar de su

experiencia militar en la liberación de París, en España se ocupa exclusivamente de tareas de organización del partido, mientras Lucas Nuño lo hace en el movimiento guerrillero, en el que estaba bien bregado tras su actuación en los grupos soviéticos que operaban en la retaguardia alemana.

La febril actividad de 1946, expoliados por el aislamiento internacional de Franco, no terminará bien. El movimiento guerrillero, que muestra audacia e iniciativa en diversos «golpes económicos» (atracos), y que cumple la finalidad obvia de crear inseguridad en ciudades, montes y caminos, recibe en octubre de 1946 un golpe definitivo que impidió que los jefes de grupos guerrilleros, que se reunían en Talavera, dieran un giro más político a sus actividades.

Una vez más, serán las putas y los cabarés los que parezcan echar el mal de ojo a aquella gente. En Lisboa fue detenido en un lujoso tugurio Emilio de Santiago, que no podía justificar ni su documentación ni sus ingresos. Había sido un activista en Madrid tanto por su destino en el Ministerio del Ejército, como por su participación en el atraco de Chamartín, que comportó el saldo de dos pagadores muertos. Tras esto decidió que no estaba dispuesto a dejarse la piel en España y la dirección del partido en el interior no tuvo más remedio que expedirlo hacia Lisboa, antes de que la policía le pillara y contara todo lo que sabía del armamento facilitado a los guerrilleros desde el Ministerio del Ejército y de su episódica participación en el sangriento atraco. Para hacerlo rápido y sin riesgo, le mandaron en el Lusitania Express, cuyo maquinista trabajaba para el partido. Después de coger el cabo en Lisboa, a la policía no le fue difícil ir sacando hilos, hasta conseguir el ovillo. En Talavera de la Reina se iba a celebrar una reunión de responsables de la guerrilla; el lugar era la estación y el sitio un vagón de ferrocarril que les había facilitado el maquinista del Lusitania. Fue como cazar conejos, solo que las víctimas eran avezados luchadores como Jesús Bayón, el asturiano que había sobrevivido a las torturas de 1943 y que había escapado de la cárcel al año siguiente, José Llerandi y Manuel Tavernero, dirigentes de la guerrilla en la zona Centro.

A finales de octubre la emboscada de Talavera, en la que hay supervivientes, alcanza en sus ramificaciones al aparato de propaganda de Madrid, que surte a las organizaciones de todo el país. Así van cayendo poco a poco de muchos en muchos. En noviembre apenas si quedará nada con entidad de fuste. La moral también se vendrá abajo; el máximo responsable, Zoroa, no oculta a los detenidos que toda resistencia ya es inútil y que solo cabe esconder las armas, los datos y bagajes. La colaboración policial del encargado de propaganda,

Antonio del Rey, será la puntilla, y uno tras otro pasarán todos por el potro de la tortura. Solo se salvará Antonio del Rey, al que en gracia a su labor se le borrará del expediente. Se mezclaba, como siempre, la sangre y el pus, la derrota con la fe, el heroísmo con la debilidad; héroes como las radiotelegrafistas Faustina y Alejandra, que se negaron a entregar las claves de sus comunicaciones con Toulouse, pese a las sugerencias de algunos dirigentes detenidos que sí pasaron a la historia, no deben quedar en el olvido.

Sánchez Biedma, torturado por la policía hasta el extremo de tornar irreconocible su porte de hombre a lo Jorge Negrete, acepta llevar a la policía hasta una cita con enlaces del exterior, si bien aprovechó la salida para lanzarse a las ruedas del metro en la estación de Antón Martín un día de noviembre de 1946. Murió valientemente, porque en ocasiones lo más digno es terminar antes de que la traición o la tortura acaben con uno. Pese a que los informes enviados desde la cárcel a la dirección del partido eran concluyentes, quizá el rechazo estalinista del suicidio y la actitud lógicamente beligerante de los familiares, hayan llevado a considerar que la policía lo mató antes y luego lo arrojó bajo el tren. Peregrina discusión. La policía lo mató, pero fue él quien escogió la forma de morir.

Agustín Zoroa, sacando fuerzas de flaqueza, tuvo un comportamiento ejemplar durante el juicio, lo que le valió el honor de ser expulsado de la sala por el mismo juez que le condenaría a muerte. Será fusilado un 29 de diciembre, junto a su compañero de armas Lucas Nuño, cuando ya acababa 1947 y mientras Herrera Petere le dedicaba un poema de infrecuente belleza:

Nosotros hemos de haber

la fuerza grave del hombre

que trabaja en el silencio

de las cárceles, de noche,

para ti, Zoroa, muerto.

Con la caída de Zoroa y su estado mayor, la organización de Madrid, donde se situaba la delegación de la dirección del partido, va a quedar en manos de unos personajes tan turbios como los tiempos que se vivían. Pedro Sanz Prades, el más famoso de los responsables, tenía un vago barniz político; se hizo célebre con el apodo de Paco el Catalán. Era un pistolero frío, sin ningún interés por la política ni por papeles que no fueran billetes de banco. Empezó a lo grande atracando Huarte y Compañía y terminó haciéndolo a carniceros, minoristas de aceite, sospechosos de ganar unos miles con el estraperlo. Todo en él corría parejo con la época; contradictoria, brutal y gris al mismo tiempo, donde también todo era diferente a lo que parecía, sin ser nada especial. Tan representativo era de los tiempos, el tal Paco el Catalán, que ni se llamaba Paco, ni era catalán, sino de Castellón, y con acento sudamericano; no era guapo ni feo, ni alto ni bajo, lo que histerizaba a la policía, que no poseía señal alguna que lo hiciera identificable. Pero él sobrevivió a las grandes caídas y a los traidores que infectaban la organización, unos por miedo y otros por seguridad, para superar lo cual había que matar a los «traidores» reales o supuestos, toda duda tenía que ser implacablemente castigada, y la verdad es que había que ser muy ciego para no tener dudas a finales de 1946.

Paco el Catalán va cada vez más lejos, primero colocando bombas (Embajada Argentina…), luego asaltando cuarteles (escuela de automovilismo de Villaverde, Cuartel de Usera…), así hasta que ya no le queda refugio donde meterse y entonces se echará al monte con los contados supervivientes. Morirá tras ser detenido en enero de 1947. Con él caen los rescoldos de la nimbada delegación interior del Partido Comunista de España.

Los intentos de mantener la llama de la organización en el interior fracasan reiteradamente. A Luis Castillo, el primero de los enviados para sustituir a Zoroa, le detienen en Bilbao apenas llega. Igual le ocurre al fotógrafo Luis de las Heras. Los cuadros directivos van cayendo en manos de la policía uno tras otro gracias a la actividad de dos responsables del partido que al ser detenidos han cambiado de bando. Se trata de Tomás Planas El Peque, un aragonés que penetró en España en septiembre de 1946 después de pasar una etapa en la Escuela guerrillera de Toulouse. Viene con la tarea de organizar las JSU, pero las caídas le colocan a la cabeza del partido en Madrid, siendo detenido a comienzos de 1947 y dedicándose desde entonces al siniestro trabajo de la delación. Con él están Luis González, Carlitos, y Antonio Rodríguez, El Chato, responsables del partido, que también trabajarán reiteradamente para la policía, logrando por entonces los éxitos más fáciles. Sin ninguna espectacularidad, tan sencillamente

como van llegando, la policía los deja moverse para conocer si traen alguna novedad y luego los detiene.

Es la etapa de oro de un policía que logrará su sucia leyenda, Roberto Conesa. A sus órdenes, Planas, Carlitos y Rodríguez se divertirán a costa de la vida de muchos y de la dirección del PCE. Entre sus obras está el aniquilamiento de la partida guerrillera de los montes de Toledo, que, acosada, decide trasladarse hacia Gredos haciendo parada en Madrid. Los acribillarán en una casa de la calle Moratín cedida por Planas. La impunidad y la osadía de estos personajes alcanzaba hasta a redactar un Mundo Obrero que editará la policía bajo la dirección literaria de Roberto Conesa. Lo recuerda José Satue, testigo y víctima de ese momento: «La policía parecía descojonarse redactando el Mundo Obrero. Me acuerdo de cómo me llamó la atención el que en alguno de aquellos números «clandestinos», hechos en Madrid, se citaba por ejemplo a Shakespeare, lo que era inédito en la prensa del partido. Exactamente unos versos sacados creo del Enrique II que decían… "que el sol le niegue su luz y las mujeres su amor…"; todo eso enfocado contra el franquismo. El descojone a nuestra costa». José Satue había entrado en España con Planas y tendrá entrevistas con el responsable de la imprenta del partido, que no era otro que el policía Conesa. Le detendrán en 1947 y pasará largo tiempo en la cárcel.

Los años que van de 1947 hasta 1950 serán un calvario para la organización clandestina del PCE. Por lo que se puede decir que tanto en el terreno político como en el guerrillero el momento álgido de la actividad hay que situarlo, globalmente, en 1946 y parte de 1947. Hay partidas en Andalucía Occidental y en la Oriental, donde Ramón Vía, que ha escapado de la prisión en mayo, lucha desesperadamente hasta que la policía lo liquida en una calle de Málaga. En Asturias las partidas son muy numerosas debido al enorme número de huidos de la represión; se calcula en cerca de dos mil las personas implicadas entonces en actividades guerrilleras, lo que obligó a Franco a concentrar en Asturias importantes efectivos militares: labores de regulares y tropas de infantería, sin contar a la guardia civil y a la policía armada. Es una guerrilla de múltiples direcciones políticas, aunque predominantemente comunista, y donde el PCE ha logrado eliminar la disidencia de Fernández Ladreda, el líder que estaba convencido de que en el exilio no sabían lo que pasaba dentro y a quien la policía descuartizó antes de fusilarle, mientras sus viejos compañeros de armas le llamaban «provocador».

Las partidas guerrilleras de Galicia, junto a las de la zona levantina, se

consolidarán como las más potentes y enraizadas del conjunto del movimiento armado. Sus dirigentes, procedentes de todos los partidos políticos, acabarían a las órdenes del comunista porque era el único que les echaba una mano y que quería luchar hasta el final. Uno tras otro fueron cayendo Manuel Piñeiro (en 1947), Segundo Vilavoy (en enero de 1948) y Manuel Ponte, que, además de ser un astuto líder que se transformó de sastre –su genuina profesión– en implacable guerrillero, merecería pasar a la historia aunque solo fuera por la aguda carta que dirigiría al embajador británico en Madrid el 5 de agosto de 1946: Nosotros no pedimos cosas imposibles, señor embajador. No pedimos que el Ejército inglés venga a implantar en España una democracia […]. No somos más que guerrilleros, hombres que hace diez años se tiraron al monte porque las palabras rendición y capitulación ante el fascismo no cabían en sus cabezas. Morirá en combate en abril de 1947 junto con Marrofer, caído en una emboscada cerca de Betanzos. Serán mitos populares, más que jefes guerrilleros o soldados. Con ellos termina la gran época guerrillera en Galicia. Sobrevivirán otros; pero ni tenían su espíritu ni podían tenerlo en aquella guerra cada vez más difícil. Gómez Gayoso, secretario general del partido en Galicia, y Seoane morirán también a manos de los pelotones de fusilamiento. Fueron los últimos responsables políticos comunistas con capacidad para dar orientaciones a un movimiento que cada vez más se inclinaba a la supervivencia y por tanto al bandidismo.

La zona Centro estaba dominada por la figura de un jefe, Cecilio Martín Borja, fugado de la cárcel de Alcalá en 1943. Su apodo retrataba sus inclinaciones políticas y su pasión por el mando y la dureza: Timoshenko. Un hombre de ideas fijas, con la cabeza de piedra y una moral de hierro que gritaba a sus subordinados después de haber sido diezmados en Tomelloso: Muchachos, estamos en el principio del fin; la victoria se acerca. Murió baleado en una casa de Madrid adonde llegó huido con unos pocos de su diezmada partida, aquella que se enseñoreó en 1946 de La Mancha, de la Sierra de Alcaraz, de Cuenca, Ciudad Real y hasta Albacete. Lo acribillaron en un piso con señora en 1947; murió bravamente, como había vivido, absolutamente convencido de que llegaba «el principio del fin». Timoshenko, como tantos otros, merecería un gran libro, lo que sería, con todo, un modesto homenaje, porque casi todos ellos son, por encima de todo, personajes humanamente fuera de lo común, en situaciones fuera de lo común, aunque políticamente de interés escaso. Tienen vida por sí mismos, sin necesidad de adscribirlos a una estrategia política; mirarlos desde el prisma de la lucha política, de una táctica y una estrategia, inevitablemente empobrece sus figuras. Fueron los mandos de un ejército sin generales.

Vivieron el espejismo del cierre de la frontera francesa en marzo de 1946, después del fusilamiento de Cristino García y la nota tripartita (Francia, Gran Bretaña, Estados Unidos) criticando el régimen de Franco, pero ni una cosa ni otra creaban un resquicio de esperanza para ellos. Solo el PC se volcaba en ayudarles, mientras se separaba más y más de sus aliados y también de la realidad; por rechazar a los socialistas también se rechazaba la realidad, con lo que involuntariamente se les daba a estos una razón que estaban muy lejos de poseer y de merecer.

Una vez más el aislamiento y la violencia de la pelea generan en los comunistas triunfalismo y autosatisfacción, únicas vitaminas para conservar la moral combatiente. Un aislamiento que se manifiesta en todas las facetas de su actividad clandestina, desde los contactos y los puntos de apoyo hasta la vida cotidiana; José Luis Fernández Alver, uno de los veteranos del movimiento guerrillero en Francia y en España, cuenta cómo, en un descanso de la sesión doble del cine La Flor, en la madrileña Glorieta de San Bernardo, se encontró a más de una docena de cuadros del movimiento clandestino. Cada uno por su cuenta habían ido allí al reclamo del calor, la distracción y la baratura de los programas de sesión continua. Había entonces una copla que decía: «Amigo, si vas al cine a pasar un rato, procura llevar manta, cuchara y plato». El desfase entre lo que entonces se escribía y la realidad alcanzó sus cotas más altas y superó con creces las mentiras piadosas que pretendían justificar la invasión del Valle de Arán en octubre de 1944.

Desde Toulouse primero y desde París luego, los órganos oficiales del partido les aportan un peculiar sustrato ideológico, un material de apoyo recogido en los escasos textos de Lenin sobre las guerrillas de 1905 y 1906, y novelas, novelas soviéticas publicadas por entregas: Vengadores, de Paulenko, y la autobiografía del héroe de la gran guerra patria, P. K. Ignatov. Mientras, la médula espinal de la estrategia guerrillera la constituyen Enrique Líster y Juan Modesto, convertidos ahora en generales por correspondencia. Sus análisis son pobres impresiones sacadas de datos inexactos, cuando no falsos. Con el material que tienen en sus manos tampoco pueden alcanzar a programar batallas con soldados imaginarios, porque la realidad guerrillera está muy lejos y esta pareja son lo que queda de la espuma de una época ya irrepetible. Los guerrilleros de 1946-1947 apenas si tienen puntos de contacto con el mundo que se han construido en su imaginación Líster y Modesto, usufructuándolo ávidamente porque ya ni pueden ni saben dedicarse a otra cosa.

Balance y experiencia del movimiento guerrillero en estos últimos meses –escribe pomposamente Líster en la primavera de 1946–. Seis meses de acciones y combates guerrilleros en España es la réplica de Modesto, un año después, a las elucubraciones de Líster. Ambos interpretan un dúo en una partitura improvisada. Se turnan como competidores, siguiendo el pique que empezó en 1937 y que no terminará hasta su muerte. Modesto, simpático y vivalavirgen; y Líster vanidoso y grandilocuente. Ambos escriben de algo que les ha contado alguien que a su vez lo sabe porque lo ha escuchado de los protagonistas; son actores que improvisan sus papeles de manera tan vívida que acaban convenciéndose de ellos.

Si en el movimiento obrero no había prácticamente nada hasta las huelgas en Euskadi de 1947, en las que el PCE careció de protagonismo, sí contaba, y mucho, en las partidas guerrilleras. Antonio Mije, miembro del Buró Político y director de Mundo Obrero, se refería así al año que terminaba: Ha sido el de 1946 un año pródigo en huelgas obreras. ¡Qué no dirá él y otros de las luchas guerrilleras que existían realmente, en las que se combatía con valor, aunque con adversa suerte!

Quizá la culpa fundamental no fuera exclusivamente de la dirección exterior, porque ellos, al fin y al cabo, solo «hinchaban el perro» de unos informes transmitidos por sus delegados en el interior. El balance oficial de la dirección del partido se hace en el verano de 1946 y presenta un panorama desbordante: en el interior (cárceles incluidas) hay un total de 18.981 organizados. La distribución a todas luces abultada, aunque irregularmente, otorga a Madrid 3.058 activistas (de los que 400 están en las cárceles de la capital), a Toledo 35, a Ciudad Real 257, a Zamora 50, a Valladolid 35, a Burgos 180, a Ávila 45 y a Guadalajara 94. Todo esto da a la región Centro un total de 4.236 militantes, cifra difícil de admitir en las condiciones de aquellos años y remitidas a una región donde la debilidad del partido ha sido congénita y casi inexistente en lugares como Ávila, Burgos y Valladolid. Pero las cifras se disparan en casos como el de Levante, porque, según este cómputo oficial que será manejado en París por el restringido Buró Político, Valencia tiene 2.900, Alicante 360, Murcia 400 y Albacete 170. La estadística se hace más imaginativa cuando aporta 900 militantes en Baleares y se vuelve de una aplastante exactitud en Galicia, donde en 1946 la guerrilla va de viento en popa y sin embargo computan 974. Esta contradicción, que iguala el volcán gallego con el desierto balear, tiene una explicación bastante obvia, aunque solo sea una hipótesis basada en personales experiencias: el responsable político de Galicia ejerce de tal y el isleño es un

fantasma. En este balance no puede faltar Asturias, que contabiliza 1.332 militantes, Euskadi, con la exigua cantidad de 203, y Andalucía 2.678. El PSUC, cuyos datos se sumarán al final a los del PCE para hacer el cálculo global, cuenta entonces con 2.355.

Aunque las cifras carezcan de rigor, tanto por la manía de hinchar, como por lo difícil de precisar en clandestinidad el término «militante», es importante señalarlas por lo que tienen de ilustrativo; ya que sobre esas bases debe el PCE elaborar su plan de lucha. Y si el plan se concentra, como ya hemos dicho, en las partidas guerrilleras, aparece, después de estudiar el informe del verano de 1946, una flagrante contradicción: las partidas guerrilleras, formadas por comunistas y no comunistas, son infinitamente más reducidas que los participantes en el movimiento armado, de donde cabe pensar o preguntarse qué hacían los militantes del partido que no ayudaban a las guerrillas. No existía movimiento obrero; la UGT comunista, como escribirá Uribe años más tarde, se reducía al nivel más bajo de los militantes del Partido. Si salvamos una proporción exigua de activistas preocupados en ayudar a los encarcelados, el resto, aparato técnico aparte, debía tener como exclusiva tarea el apoyo logístico, técnico o económico a las guerrillas. Esta simple conclusión cuestiona la validez del cómputo oficial de militancia recogido en París durante el verano de 1946. La misma relación oficial de gastos del PCE durante 1946 es significativa: «sostenimiento del aparato» en Francia 3.137.055,80 francos (4.534.025,30 francos en 1947), la partida dedicada a «guerrilleros» empleó 1.239.564,30 francos y 1.966.506,35 francos en la preparación de viajes.

Las cifras oficiales referidas al movimiento guerrillero, que Líster y Modesto debían conocer, ni siquiera les hubieran permitido hacer sus digresiones sobre la ola insurreccional que anegaba España, y eso que cabría, por pequeña que fuera, una cierta hinchazón en los datos. En el verano de 1946, momento álgido de la lucha guerrillera, el Buró Político hace el cómputo de guerrilleros: 582[3]. Tal cantidad pronto irá en regresión y quizá uno de los aspectos que preludia esa regresión y el aislamiento de las partidas está contenido en los innumerables documentos propagandísticos de la guerrilla. En ellos se dedica mucho más esfuerzo a ensalzar a Dolores Ibárruri que a denunciar datos cercanos a los lugares donde opera la guerrilla. Irene Falcón, en un artículo de Nuestra Bandera, nos ilustra sobre la importancia para las masas del órgano guerrillero de Málaga Unidad, que califica a Pasionaria de cerebro privilegiado; o de las Juventudes Socialistas Unificadas de Madrid, que la reconocen como heroína y mejor representante de nuestro pueblo; así como de los de Valencia, que en plan

fallero le hacen una letanía religiosa donde se sustituye Virgen María por Pasionaria.

Son escasos los testimonios documentales de denuncias en los órganos de partido locales; entre otras cosas, por la escasez de infraestructura propagandística, lo que dice mucho de las dificultades del trabajo y el aislamiento en el que vivían, de la vida política local y de la realidad oficial, monopolizada por los líderes falangistas provinciales.

NUEVA RUPTURA DEL FRENTE REPUBLICANO

Sobre este esquema del interior dejado a su suerte, políticamente hablando, se va tejiendo en el exilio una nueva situación, o más bien un giro que preludia la ruptura del frente republicano creado tras la segunda guerra mundial. En 1947, en enero, el gobierno que dirige José Giral entra en crisis. Los ministros socialistas Trifón Gómez y Enrique de Francisco, conjuntados con el conservador Sánchez Guerra, cuestionan la estrategia del Gobierno Giral, que, en su opinión, no se adecúa a la resolución de la ONU sobre España y su futuro. Era una victoria de los planteamientos de Indalecio Prieto; primero traer la democracia, luego considerar si vivir en república o en monarquía. La CNT y sus ministros en el gabinete Giral, Martínez Prieto y José Leiva, apoyan el giro socialista. Giral dimite.

Le sustituye el socialista Rodolfo Llopis con otro gobierno similar pero de contenidos políticos más blandos. La primera decisión de Llopis es reducir los catorce ministros de Giral a un gabinete de ocho, uno por cada partido (PSOE, PCE, PNV, Esquerra Republicana de Cataluña, Izquierda Republicana y Unión Republicana) y dos por los sindicatos (UGT, CNT). Los comunistas, en parte haciendo de tripas corazón, en parte porque no perciben las maniobras que se avecinan, saludan al gobierno como «una victoria de las instituciones republicanas», y Vicente Uribe se hace cargo de la cartera de Economía.

Uribe llegó a París en mayo de 1946, acompañado de Antonio Mije, para ocupar el segundo lugar en el escalafón jerárquico del PCE, que le correspondía desde la expulsión de Jesús Hernández en 1944. Carecía de la ductilidad política de

Dolores y de la capacidad de Carrillo. A finales de 1945 había perdido el tren del gobierno de Giral por su torpeza política y su rigorismo. Uribe mantuvo hasta vísperas de la incorporación de Carrillo al gobierno que los comunistas no participarían en ninguna formación en la que no estuviera Negrín. Así lo manifestó al presidente de la República en el exilio, Martínez Barrios, y fue necesario que Giral se entrevistara en París con Pasionaria para que los comunistas se mostraran los primeros interesados en no quedarse al margen del nuevo impulso unitario que había llevado a los partidos comunistas al gobierno en Francia, Italia y Bélgica.

En esta segunda ocasión Uribe desplazará a Carrillo por dos razones, a cual más obvia. La primera, estar a un nivel superior al de Santiago y tener ya una experiencia gubernamental en el gabinete de Largo Caballero (1936). Y la otra, aunque de menor cuantía ante la primera, es que la figura de Carrillo enervaba particularmente a los socialistas por su responsabilidad en el desplazamiento de las JSU hacia el PCE, sin entrar en el detalle personal de que Llopis y el padre de Santiago eran buenos amigos y aún coleaba la denuncia pública del hijo hacia don Wenceslao.

El partido no parece consciente de que la política mundial va a cambiar de signo y de que los primeros síntomas de la guerra fría aparecen en el horizonte tras la expeditiva intervención de Winston Churchill en Fulton el 5 de marzo de 1946, en la que había una referencia esclarecedora del líder conservador al papel anticomunista, muy beneficioso, de Franco y su régimen.

Los análisis de la dirección del PCE sobre la situación política del régimen no sobrepasarán los clichés verbales. La frase estamos en las postrimerías del régimen franquista, pronunciada por Dolores en 1947, se repetirá año tras año, hasta que la dictadura, de puro vieja, muera de consumición. El lugar escogido para decirla por vez primera será el III Pleno del PCE celebrado en París en la alcaldía de Montreuil, a mediados de marzo de 1947, en una sala engalanada con medallones de las efigies de los miembros del Buró Político, que Domingo Malagón, pintor y principal falsificador de documentos, retrató por encargo de Fernando Claudín. Este pleno, como el anterior, venían a ser sucedáneos baratos y nada complicados de los Congresos.

En este denominado III Pleno[4], el PCE encontró otra ocasión más para felicitarse de su fuerza, su talento y su perspicacia. Dolores, gran reina de la fiesta, instaurará con su frase de apertura el tópico que durará cuarenta años:

Camaradas, celebramos esta Conferencia en las postrimerías del régimen franquista[5]. Siguiendo ese raíl los oradores no encontrarán más que signos favorables en todo. Vicente Uribe, en un ejercicio de funambulismo, encuentra positivo para la revolución el que antes en España había 2.800 millonarios y ahora hay más de seis mil; y, sin abstenerse de usar dato tan peligroso, añade enfurecido: ¡Y estas cifras falangistas no corresponden a la realidad, porque hay muchos más! Carrillo, por su parte, toma pie en el luminoso informe de «Pasionaria» y desarrolla sus análisis basado en las huelgas, manifestaciones, protestas de todo género (que) han agitado a España entera. Antón, asumiendo su responsabilidad organizativa, insiste en la clave femenina y lanza ideas que podían interpretarse en sentido avieso por los presentes, que conocen sus relaciones personales con Dolores: Debemos –dice– acostumbrarnos a considerar a las mujeres como nuestras iguales. No hay que tener ningún temor a las mujeres. En la difícil tarea de incorporar mujeres a las responsabilidades políticas, cuya muestra es el Comité Central, que apenas si cuenta con cuatro[6], Antón utiliza un símil que será repetido hasta la saciedad y que él debió de tomar de los propagandistas soviéticos: En el diccionario comunista la palabra imposible está borrada desde hace muchos años.

En el moroso informe organizativo de Antón, vocero de las opiniones de Dolores, hay una referencia que unos años después tendrá consecuencias: En un porvenir no remoto el PSUC formará un todo orgánico con el PC de España, en aras de constituir un solo Partido Comunista de todos los pueblos hispánicos.

Los plenos servían para insuflar entusiasmo en los cuadros del partido y los momentos elegidos parecían especialmente idóneos para ello. Si el primero, el de Toulouse, se celebró en diciembre de 1945, cuando en Francia declinaba ya la fiesta de la victoria, este III de Montreuil, en marzo de 1947, está inmerso en el clima que preludia la guerra fría y se necesitaba entusiasmo a raudales para superar la negrura que apuntaba en el horizonte. Dolores Ibárruri, que inauguró el pleno, no podrá clausurarlo, aquejada del mal que la llevará inmediatamente a Moscú. Marzo de 1947 será su última aparición pública. Tendrá que esperar casi 25 años para volver a la tribuna de oradores y encandilar a un público que no fuera el Comité Central o los delegados de un Congreso.

La euforia, no obstante, obnubilaba la razón. Carrillo, haciendo bandera de la «victoria inminente», se atreve a dirigirse a los españoles del interior, a los que colaboran con el régimen franquista, exigiéndoles –como en el caso de los cargos sindicales– su dimisión; de no hacerlo, el día de mañana no podrán

trabajar en ninguna fábrica o taller. Castigo político y brutal chantaje, pues, en definitiva, se les castigaba a morirse de hambre si ganaban las fuerzas democráticas. Y esto en marzo de 1947, apenas un año antes de que Stalin, como veremos, les recuerde la tradición bolchevique de trabajar en las organizaciones fascistas.

Los partidos, por encima de grandilocuencias y prosopopeyas, no solo el comunista, están elaborando, cada uno a su estilo, la política que van a seguir en los próximos años, independientemente de su ajuste con la realidad. Mientras el PCE celebra su pleno impregnado del triunfalismo y el voluntarismo a lo Marinetti del «no hay nada imposible», el PSOE se reúne en Asamblea a finales de julio de 1947, en Toulouse. Es esta la primera vez en que se observa un distanciamiento neto de la mayoría del PSOE hacia lo que ha significado la República y su gobierno. Consecuencia de la labor de zapa de Indalecio Prieto, máximo muñidor de esta política, a resultas de la cual entrará de nuevo en crisis el gobierno de la República que capitanea su colega de partido, Rodolfo Llopis. Antonio Mije, miembro del Buró Político comunista, que no gozaba de buena pluma, pero sí de un agudo ingenio para los chistes y los sarcasmos, dirigió entonces a Prieto una frase tomada del joven Marx: «Hay alguien más despreciable que el verdugo: su ayudante».

El 5 de agosto de 1947, Vicente Uribe se ve obligado a presentar la dimisión de su cartera de Economía, porque los acuerdos del PSOE al pronunciarse por la desaparición de las instituciones de la República significan la muerte del gobierno presidido por el socialista Llopis.

La República intenta sobrevivir sin socialistas ni comunistas y a esta tarea ingenuamente prometeica se dedicará Álvaro de Albornoz. Formando un gobierno de «pureza» republicana sin el PSOE, ni el PCE, ni la CNT, abriendo así un periodo en el que los gobiernos «purísimos» y nada angelicales de la República parecen otro fantasma que recorre Europa e incluso América, viviendo de la caridad occidental, conservando el frasco de las esencias republicanas y el escaso cofre de sus vergüenzas como si de un club privado se tratara.

El Buró Político del PCE va a enviar una carta a don Álvaro de Albornoz el 25 de agosto en la que se queja por la exclusión de que es objeto. Lo primero que nos ha sorprendido es la carencia de base y argumentación al comunicarnos su propósito de formar un gobierno del que se excluye al Partido Comunista y otras

fuerzas defensoras de la República. Es la exigencia de una explicación que por el silencio del interpelado se convertirá en el último derecho al pataleo. El tono digno y exacto de la carta comunista será el trapo con el que se borrará todo vestigio de estilo y de diplomacia, porque desde esa fecha se echarán por la borda cautelas y buenos modos para enfilar la artillería de los insultos recíprocos hacia los aliados de ayer, rememorando el abundante arsenal, oxidado desde los tiempos del pacto germano-soviético.

La despedida de los comunistas españoles del gobierno de la República estaba en la partitura: en Bélgica fueron desalojados en marzo de 1947. Luego los franceses siguieron a comienzos de mayo de 1947 y los italianos unos días más tarde. En mayo de 1948, los comunistas vascos se verán expulsados del gobierno autónomo vasco y con esto se cerrará una etapa que se abrió a finales de 1945, con los efluvios de la victoria aliada. Duró apenas dos años. Menos en el caso español que en el de los países europeos. A partir de aquí se entraría en una etapa histórica de enfrentamiento que duraría hasta hoy.

Indalecio Prieto, por un lado, y el PCE, por el otro, se batirán en duelos dialécticos para regocijo de terceros y gran satisfacción de cada parroquia. El dirigente socialista ha dado vida a un instrumento político con nombre de periódico falangista, Solidaridad Española, al que el PCE no duda en calificar, con cierta justeza, de «espantajo». Pasionaria, que es una indiscutible buscadora de descripciones sonoras, a lo Rubén Darío, define así el proyecto de Indalecio: La Solidaridad Española es el trapantojo de un nuevo abrazo de Vergara entre los monárquicos-falangistas, los republicanos monarquizantes y los socialistas[7].

Los que parece que no estaban por los abrazos de Vergara eran los policías de Franco, que después de duras redadas consiguen desmantelar, a finales de 1947, las direcciones de la UGT socialista y del propio PSOE en Madrid. El número total de implicados en el expediente fue exiguo (veintitrés) y las penas moderadas con relación a los detenidos comunistas, para quienes nueve años de cárcel constituían un privilegio que rara vez obtenían.

Las baterías que enfilaron antes hacia la dictadura se repartían ahora, a partes casi iguales, entre «el fascismo» de Franco y el «socialfascismo» de Prieto, en esta nueva versión que el experto Santiago Carrillo denominó en un enjundioso artículo, a finales de 1947, la ideología reaccionaria de Indalecio Prieto. Este artículo contiene todos los guiños de los tiempos del pacto germano-soviético. En cada país el movimiento comunista internacional se cerraba sobre sí mismo,

iniciando otro periodo defensivo que le permitiera no ceder en ninguno de los terrenos conquistados por la URSS durante la guerra antifascista.

EL KOMINFORM

Sobre ese substrato, nacerá una nueva formación en septiembre de 1947. En un extraño ambiente de clandestinidad se reúnen en Polonia nueve grandes partidos comunistas de Europa; se constituirán en el «Buró de Información», el Kominform, versión readaptada al esquema funcional de Stalin y el PCUS de lo que debía ser el movimiento comunista en este periodo, de lo que se esperaba de él.

Desde la perspectiva de este libro hay dos rasgos que merecen destacarse: el eurocentrismo del Kominform y al mismo tiempo el carácter marginal del PC de España en la creación, desarrollo y funcionamiento de este nuevo organismo que agrupaba al cogollo del comunismo. Los nueve partidos que forman el Kominform son europeos, lo que de por sí llama ya la atención por el desprecio hacia el comunismo chino, que está a punto de tomar el poder en su inmensidad continental, o por aquellos otros que están en trance revolucionario como Vietnam y Corea. Y más cercana y llamativa es la ausencia del PC griego, que sufre una guerra civil.

A Stalin solo le preocupaba Europa, y en concreto garantizar sus adquisiciones de guerra, tanto en los territorios que el Ejército Rojo había liberado (Checoslovaquia, Rumania, Hungría, Bulgaria y Polonia), como aquellos otros a los que solo ayudó: Yugoslavia y Albania. El Kominform, o Buró de Información, se formó con los partidos comunistas de estos países, exceptuando al de la pequeña Albania, pero incluyendo a los dos más influyentes del comunismo occidental, el francés y el italiano. Todo bajo la orientación del PCUS.

Los comunistas españoles estuvieron absolutamente en la inopia no solo de la reunión de Varsovia, sino hasta de la futura colaboración en el seno del Buró de Información una vez creado. Ya en pleno periodo de consolidación del Buró, este solicitó del PCE militantes que pudieran ocuparse de la traducción y corrección

para los textos oficiales y las publicaciones diversas del organismo «informativo». Aunque la sede fue en un primer momento la capital yugoslava, los españoles no llegaron allá, sino que se incorporaron durante los primeros escarceos de conflicto antititista, desplazándose directamente a la sede suplente de Bucarest, en Rumania, a donde se trasladaron los limitados equipos burocráticos del Kominform en junio de 1948.

La participación política del PCE en las tareas del Kominform se limitó, por tanto, al envío de tres militantes, ninguno de ellos miembros del Comité Central[8], a quienes asignaron la misión de vertir al castellano los textos, especialmente el órgano de prensa cuyo título está entre los más largos de la historia de la prensa: Por una paz duradera. Por una democracia popular. El título fue impuesto por Stalin, de quien se contaba en la sede del Kominform la anécdota del periodista occidental que, lleno de audacia, le interrogó en el Kremlin sobre la evidente incomodidad de un título tan largo y tan poco periodístico, a lo que Stalin respondió con unas palabras que se convirtieron en míticas: «Pero es claro».

Las colaboraciones del PC español en el órgano del Kominform son muy circunstanciales. Dolores Ibárruri lo hace en seis ocasiones, Uribe en dos, y Claudín e Ignacio Gallego solo se estrenaron. De creer a los expertos en el tema kominformiano, los artículos eran corregidos y aumentados por los responsables soviéticos. Se hizo lugar común la broma de Wilhelm Pieck, secretario general del PC alemán, quien, al releer su artículo, afirmó, impertérrito, que lo único que se conservaba del original era la firma.

En agosto de 1948 la dirección del PCE solicita con timidez pero insistentemente su incorporación al Buró de Información, iniciativa que se conserva en los archivos del PCE y que nunca se hizo pública. A decir verdad, ni siquiera mereció una respuesta soviética. Quizá la clave de esta actitud de menosprecio esté en la intervención inaugural del Buró de Información, cuando Zdanov, representante del PCUS y casi se puede decir sosias de Stalin, afirmó: Visiblemente, los monopolios americanos, como toda la reacción internacional, no estiman que Franco, e incluso los fascistas griegos, sean un baluarte, ni poco ni mucho seguro, de Estados Unidos, contra la URSS y las nuevas democracias en Europa.

Este desconocimiento de la geopolítica y de la dinámica de fuerzas que estaba desencadenando la guerra fría quizá contó a la hora de valorar el peso potencial

del PC de España. Las palabras de Zdanov no tenían nada de elucubración personal e intrascendente. Andrei Zdanov no solo era el discípulo predilecto y aventajado de Stalin, sino que desde su categoría de secretario del CC dirigió las batallas políticas más importantes, de la que quizá solo se recuerda la referida al arte y la literatura. Además, Zdanov tenía en sus manos no solo el campo de la ideología, sino, lo que es más importante, el de la agricultura y su colectivización forzosa, así como el de la política internacional, donde los partidos comunistas estaban llamados a desempeñar una insustituible labor de apoyo logístico. En el desprecio de Zdanov por el valor político-estratégico de España estaba, al tiempo, la desconsideración hacia el PCE y el papel que había de desempeñar. La importancia de España en 1947 en el contexto europeo era prácticamente residual.

Zdanov, como planteó en su apertura de la reunión de Polonia (septiembre de 1947), estaba interesado en una serie de objetivos en los que España y el PCE ni entraban ni salían: la lucha por la paz, el boicot a la ayuda norteamericana que se concretaba en el Plan Marshall y la tendencia al monolitismo calcado del modelo soviético, abandonando experiencias como las de Checoslovaquia y Polonia. La historiadora Marcou apunta que la primera reunión de la Kominform «señalaría el fin de la era de la dualidad de poder, concretada en Gobiernos de coalición» en el Este de Europa, lo que coincidía, o más exactamente se simultaneaba, con las expulsiones de comunistas en Francia e Italia (mayo de 1947). En definitiva, la reunión de los nueve partidos comunistas europeos iba a decidir, confirmar y alimentar el hecho de que el mundo quedaba dividido en dos bloques irreconciliables. En ese juego de grandes el PC de España no podía ocupar un lugar de importancia. Los comunistas españoles eran para la URSS algo similar a la emigración política búlgara para Gran Bretaña.

Por todo esto el PCE quedó a la zaga del juego político del Kominform, lo que no significará mantenerse al margen de sus efectos. Porque la política de Truman, junto a la creación del Buró de Información, bastaron para asentar sobre sólidas bases la guerra fría, haciéndola particularmente brutal y duradera. El PCE respondió a ambos fenómenos de la única manera que sabía hacerlo, con la reacción sobre dos frentes: el del enemigo de clase, el régimen de Franco ayudado por todos los partidos y en especial por el PSOE, que hace el juego a la dictadura; y luego, afilando la navaja en el frente interior, esa manifestación que en lenguaje comunista se denomina «provocación», porque se introduce en el seno del PCE para destruirle y que solo tiene una vacuna: las depuraciones.

[1] Nuestra Bandera, octubre de 1946.

[2] Nuestra Bandera, agosto de 1946.

[3] Madrid, 27; Ciudad Real, 150 (de los que se especifica que 50 son del partido); Sierra de Gredos, unos 50; Extremadura, 200; Albacete, 15; Málaga (datos de 1945), 25; Granada, «varios grupos»; Sevilla, «grupos hasta de 300 y con jefe del PC»; Galicia 84, distribuidos en 35 por La Coruña, 30 en Pontevedra, 16 en Lugo y 3 en Orense; Asturias, 31; León, 65; Santander, 20; Levante y Aragón, 307; y Cataluña, 94).

[4] El galimatías existente sobre la numeración de los plenos del PCE, lógicamente, merece una explicación. En 1947 el PCE celebra su III Pleno y lo hace sin que haya pleno alguno entre el 1 de diciembre de 1945 y este. La razón, aunque pedestre, es la siguiente. Cuando se publicaron las intervenciones del Pleno de Toulouse (diciembre de 1945) Carrillo y los demás, en París, le pusieron el título de «I Pleno del PCE», lo que motivó que Dolores Ibárruri recordara a los neófitos que tal pleno no era el primero, porque antes se había celebrado el «histórico de Valencia» en 1937. En un ejercicio digno de Alfred Jarry y su teatro de los despropósitos, cuando se celebró el de la alcaldía de Montreuil se puso un tanto arbitrariamente el número tres; reconocimiento a medias de la sugerencia de Pasionaria. La numeración exacta hubiera sido VI, pues en guerra se celebraron cuatro: marzo de 1937 (Valencia), junio de 1937 (Valencia), noviembre de 1937 (Valencia) y mayo de 1938 (Madrid). De todas formas, la confusión se mantiene entre plenos del CC y plenos del partido.

[5] Obsérvese que Dolores se refiere a Conferencia y no a Pleno. En los estatutos, «conferencia» era un escalón intermedio entre la reunión del Comité Central y el Congreso, que cayó en desuso. En el VIII Congreso (1972) Carrillo lo rescatará y se instaurará esta fórmula que evitaba las dificultades inherentes a los Congresos.

[6] Dolores Ibárruri, Carmen Manzana, Esperanza Macías y la suplente Emilia Elías.

[7] Posiblemente el linotipista, sorprendido ante el arcaísmo, lo escribió como le sonaba, en vez de «trampantojo». N. B., octubre-noviembre de 1947.

[8] Tomás Huete, Alicia Herraiz y Elena Bernal. Posteriormente llegó Santiago Álvarez, del CC.

Capítulo 7

La verdad es un perro que hay que echar a la perrera y debe echársele a latigazos.

W. Shakespeare, El rey Lear

«¡AGUANTAD! ¡YA VENDRÁ PASIONARIA!»

En 1948 se desencadenó la guerra fría en todos los frentes. Para el PCE fue además la confirmación de sus tesis, según las cuales todo lo que había a su alrededor era o traición o medias tintas. Para expresarlo con el siempre florido lenguaje de Pasionaria, entre «la verdad», que era el partido, y «la traición», que era Prieto, lo demás se reducía a poquedad, confusión y vacilaciones.

Lo que sí parecía incontrovertible es que entre Prieto y lo demás le quedaba muy poco juego a los comunistas. Las relaciones socialistas-comunistas se habían agravado tras el denominado «golpe de Praga», en febrero de 1948. Hasta entonces las espadas estaban levantadas esperando el gong que diera la señal para empezar el degüello. El golpe de los comunistas en Praga, desalojando a sus aliados socialdemócratas y monopolizando el poder, hizo el efecto de ese gong. Como las cerezas, así iban entrelazados los acontecimientos hasta llegar al momento álgido de febrero de 1948. Primero la presión norteamericana desalojó a los comunistas de los gobiernos europeos occidentales, luego los nueve grandes PC europeos crearon la Kominform en el verano de 1947, a la que siguió la poco estudiada COMISCO (Comité de la Conferencia Socialista Internacional), una agrupación de los partidos socialistas que salió de Anvers (Francia) en noviembre de 1947. Todo, pues, estaba preparado para la gran pelea socialistas-comunistas; entre hermanos uterinos la saña es mayor. El peso fundamental de la guerra fría, en lo que se refiere al anticomunismo, lo llevarían

los socialistas, dejando casi en la sombra a las otras corrientes políticas.

La historia le vuelve el rostro a los españoles y la resistencia, tanto interior como internacional, está plagada de desaires; comienza la cuesta abajo, aunque al flujo se le pongan compresas paranoicas. Pasionaria caracteriza así la situación que se abre en 1948: En España se vive hoy un clima de Golpe de Estado y de levantamiento de masas[1]. La frontera franco-española, símbolo de tantos recuerdos en la lucha antifascista, vuelve a abrirse en febrero, mientras Carrillo detecta que entre las fuerzas de la oposición se está formando el partido «americano» capitaneado por Mister Prieto, Mister Trifón y Mister Luque[2], y que abarca desde los reaccionarios y fascistas hasta los dirigentes socialistas de derecha y los anarquistas. No es extraño que, con tanta amalgama, Carrillo vea una relación directa entre la política norteamericana para Europa y la represión franquista: El asesinato diario de decenas de campesinos (por Franco) huele cada vez más a plan Marshall.

Corrigiendo el desinterés y la desinformación de Zdanov en la Kominform, el PCE publica un manifiesto en marzo de 1948 en el que caracteriza el objetivo de Estados Unidos: USA quiere hacer de España una base militar. Dicho entonces, significaba una perspicacia de la que se careció en otras ocasiones. Esa política norteamericana hacia la España de Franco sería imposible para el PCE sin los socialistas prietistas y la espuma de los bajos fondos, referencia chusca y castiza a los reyes faístas del mercado negro, esa elite de la criminalidad. No debe sorprender, por tanto, que con estas «definiciones» de los otros grupos políticos el PCE proyecte un giro táctico envuelto en grandilocuencia. El PCE propone la necesidad de un «Frente Nacional Republicano y Democrático» del que apenas si se conoce su contenido y sus posibles componentes. El desamparo de dicho Frente y su impotencia está involuntariamente descrito en una declaración de Carrillo, en 1949, al diario comunista británico Daily Worker, en la que responsabiliza a socialistas, anarquistas y republicanos históricos de que el Frente no exista aún, aunque va formándose lentamente gracias a la combatividad de las Agrupaciones guerrilleras que mantienen enhiesta la bandera de la rebeldía y la insumisión del pueblo al fascismo. Es decir, que no hay nada, pero que podría haberlo.

Una característica del comportamiento político paranoide reside en convertir las afirmaciones en realidades incontestables. Un proceso según el cual llega un momento en que no existe más realidad que la de las palabras, que lo han suplantado todo. Así, por ejemplo, en este momento de terrible confusión,

mientras propone su Frente Nacional Republicano y Democrático, conforme se hace evidente el declive de la lucha en el interior y cesa el aislamiento del franquismo, el PCE se confirma a sí mismo, en un editorial de Nuestra Bandera: Cuando se escriba la historia de España [sic] será preciso buscar los documentos del Partido Comunista, porque en cada instante nacional [sic] ellos marcan el hito [sic][3]. La enfermedad era general y contagiosa. En junio de 1950, durante el IV Congreso del PSOE, el dirigente Trifón Gómez decía: Si Franco está acorralado, a la acción tenaz del Partido Socialista se debe.

El PC no tiene aliados posibles a menos de inventarlos y ese es, en el fondo, su viraje político en dos frentes. Ambos van a converger en un solo punto, que, curiosamente, es el mismo de donde se partía. Parece una charada, pero es muy sencillo: de un lado el Frente Nacional Republicano y Democrático, constituido por el PCE, y de otro, en el plano de la lucha armada, el Consejo Central de Resistencia, que a su vez está formado por los instructores del partido. No necesitaban convocar al Frente ni al Consejo, con reunir al partido bastaba.

La política entonces tenía un eje que la vertebraba y en el que se volcaban todas las energías e incluso las esperanzas: el movimiento guerrillero. 1948 será el año que marque su deslizamiento hacia la quiebra. Antes de que acabe estarán prácticamente extinguidas agrupaciones como la de Asturias-Santander (que operaba en zonas de Palencia y León), la de Extremadura, la del Centro (Madrid, Toledo, Ciudad Real, Ávila, Segovia y Guadalajara), o Andalucía (concentrada en Málaga, Córdoba y Granada). Quedarán partidas aisladas, atareadas en la supervivencia como única misión e inclinadas, por tanto, al bandolerismo y sin apenas connotaciones políticas. Porque es exactamente una diferenciación política, y no numérica, la que se debe hacer entre la Agrupación y la «partida». La agrupación depende de la organización del partido, o incluso en ocasiones sustituye a la organización del partido en la zona donde opera, mientras que la «partida» es una organización residual dedicada a sobrevivir mientras espera que el partido les ayude, sacándoles fuera de España o reforzándola material y políticamente.

Todos los defectos y las improvisaciones de la táctica guerrillera del PC saldrán a flote a partir de 1948, arrasando los vestigios guerrilleros. Es llamativo que el periodo que marca la gran oleada de entusiasmo guerrillero (octubre de 1944-verano de 1948) no llegó nunca a concretarse en algún órgano dirigente de la Resistencia, ni de los propios guerrilleros, ni siquiera en el PC.

El movimiento guerrillero siguió orientado por Santiago Carrillo en todo lo referente a planes y ayudas, a quien rodeaba un equipo reducidísimo de militantes encargados de cuestiones técnicas, sin ningún tipo de organismo político que encauzara lo que se les venía encima. Esta personalización del trabajo era inherente al estilo del PCE y a la idiosincrasia de Carrillo. La guerrilla hasta finales de 1948, es decir, hasta su declive, no tendrá orientaciones específicas del aparato político, fuera de las consignas generales. Ni en el partido ni en el mismo movimiento guerrillero se creó un Consejo Central de Resistencia. Son escasísimos los intentos de coordinar desde el interior a varias agrupaciones. Se sabe que Francisco Bas Aguado, levantino, que había tenido la experiencia de maquisard en Francia, celebró en 1948 una reunión de mandos guerrilleros en Santa Cruz de Noya (Cuenca) para «organizar la ofensiva de primavera», que, por cierto, marcaría el comienzo del fin. No se tiene conocimiento de experiencias semejantes anteriores a 1948.

Como señala el minucioso y personalísimo trabajo de Pons Prades sobre las guerrillas[4], por entonces, hasta los guerrilleros menos politizados estaban persuadidos de que la solución debía venir de fuera, es decir, de Francia. Sin embargo, por la particularidad de la situación política internacional, Francia o, lo que es lo mismo, la emigración política exiliada solo tenía una baza para jugar y era que el proceso de recuperación viniera de dentro. Por tanto, unos y otros, enfrentados a esta situación, se vieron obligados a mantener la ficción: convertir el declive en un ascenso irresistible, hasta que la realidad hizo imposible alimentar esa fantasmagoría.

Quedan en el movimiento guerrillero, no obstante, dos Agrupaciones; sólidas como arma política, aunque fueran débiles por su conformación. Servirán de ariete al PCE frente a las demás fuerzas de oposición: las Agrupaciones de Galicia y la de Aragón-Levante, más conocida como Agrupación de Levante. Un caso aparte es el de la Agrupación Málaga-Granada, la segunda de España numéricamente hablando, dirigida por José Muñoz Lozano, Roberto, y con base en la Sierra de Loja. Su incidencia política y social fue menor que en el caso de las otras dos, aunque dio golpes económicos relevantes, gracias a la utilización de los secuestros de terratenientes, y ejecutó atentados de enorme repercusión, como el que costó la vida al coronel de ingenieros Milans del Bosch en enero de 1947. Contó en sus filas con hombres eminentes en la dirección guerrillera, como el madrileño Ramón Vía, el asturiano José Merediz y el manchego Ricardo Beneyto. Sobrevivió con cierto esplendor y fuerza hasta 1949, en que el Gobierno encargó la liquidación de dicha Agrupación al teniente coronel de la

Guardia Civil Eulogio Limia Pérez.

Limia contaba con la experiencia exitosa de Toledo y Ciudad Real y logró derrotarla en breve tiempo, por consunción. La objetividad obliga a hacer una referencia a este mando de la Guardia Civil que se distinguió por dos cosas que no tienen par en la época: no utilizó la tortura ni la matanza de familiares, y cumplió su palabra allí donde la dio. Una golondrina no hace verano, pero siempre escribimos sobre ella. El balance de la Guardia Civil sobre la guerrilla andaluza deja un saldo de cerca de cuatrocientos muertos (340 guerrilleros y 53 guardias civiles).

La Agrupación Guerrillera de Galicia puede considerarse como la más antigua. Ya hubo partidas durante la guerra civil y en los años cuarenta se incrementó y alcanzó en 1946-1947 un peso numérico importante. Gozaba de una influencia y un respaldo popular indiscutible, hasta en las áreas urbanas castigadas por la represión. De ese movimiento surgieron líderes populares que se convirtieron en personajes míticos como Ponte, Foucellas, Gayoso…

La dirección del PCE siempre cultivó con mimo la Agrupación Guerrillera de Galicia, tanto en el terreno del refuerzo político y económico, como en el aspecto más llamativo y crematístico de la propaganda. La Agrupación gallega tiene el honor de ser la destinataria de una carta de la Secretaría General del partido. Carta que con fecha de 31 de marzo de 1948 se hará paradigma de la sensibilidad del PC hacia los «gloriosos guerrilleros» y cuyo contenido político se resume en unas palabras de la misma Pasionaria: «¡Tened confianza!».

Como buena parte de los documentos de la dirección del partido hacia la guerrilla, parece dirigido más al propio partido y a su área de influencia en la emigración que a los guerrilleros. El «tened confianza» de Dolores designa el sentido de la misiva, dar ánimos para que no se ceje en la lucha armada, utilizando para ello toda una gama de emotividades; desde una supuesta carta de Segundo Vilavoy, un guerrillero gallego caído en la lucha, y que difícilmente podía escribir antes de morirse frases en forma de eslóganes como ¡Guerrilleros de Galicia! ¡Guerrilleros de España…, por encima de la pasividad y del entreguismo, camaradas y amigos, adelante, hacia la victoria de la República y de la democracia!; hasta la utilización de acentos y trémolos típicamente «pasionarios», como ese que dice: Vuestras voces de esperanza vibran en la oquedad sepulcral de España.

Ese «¡Tened confianza!» de marzo de 1948 intenta dar una bocanada de aliento a un movimiento guerrillero que se desmorona. Los documentos del partido están llenos de panegíricos con ambiciones literarias sobre los luchadores que generan llamaradas de orgullo en las mañanas aurorales. Todo tiene un aire de final al que sirven de música los himnos fatalistas de aquellos guerrilleros:

La muerte heroica y marcial,

del que ha muerto en la porfía,

no merece una elegía,

sino una marcha triunfal…

Ese aire tétrico se introduce de rondón en el movimiento guerrillero de la decadencia (1948). Hay algo de mesiánico o legionario en el convencimiento de que la muerte va a ser inevitable. El himno más conocido de los guerrilleros en 1948 dice en una de sus estrofas: Soy guerrillero y doy mi vida con gran placer. Afirmación difícil de ser compartida como no sea por razones místicas, porque una cosa es morir por una causa y otra sentir placer en morir por ella. Quizá inconscientemente se palpaba el callejón sin salida y el derrumbe final. Qué otra cosa es la consigna que Santiago Carrillo lanza en abril de 1948, sino el reconocimiento de un fracaso y de la indigencia política del momento: Millones de españoles resumen su fe y su confianza en estas expresivas palabras: «¡Aguantad! ¡Ya vendrá Pasionaria!».

Pasionaria tardó y ellos no pudieron aguantar más. En el verano de 1948 la represión se ensaña con el movimiento guerrillero de Galicia. Los máximos líderes, Gayoso y Seoane, caen acosados por las balas y las traiciones, resistiendo heroicamente. Nada ni nadie los puede ya salvar del fusilamiento en el otoño de aquel año de muerte. José Gómez Gayoso, treinta y cuatro años, maestro nacional, llevaba trabajando clandestinamente en España desde hacía cuatro años, dos de ellos asumiendo la secretaría general del PC de Galicia, mientras las tareas estrictamente guerrilleras las lideraba el tipógrafo Antonio Seoane. Gayoso gozaba de una sensibilidad política y de un atractivo humano indiscutible, lo que, unido a su prestigio, facilitó durante esos dos años el

mordiente político de la agrupación gallega. Fue testigo del intento de reconversión del movimiento armado en movimiento campesino, una orientación fallida que se introducirá desde Francia en 1948. En uno de los últimos plenos guerrilleros de los que se tienen noticia en Galicia, un mes antes de su detención, Gayoso advierte a los suyos de evitar, en la medida de lo posible, matar a guardias civiles salvo en caso de legítima defensa, lo cual suponía una ruptura con la tradición y los métodos implementados hasta entonces.

Con el fusilamiento de Gayoso y Seoane en noviembre de 1948 termina la etapa más política. A partir de entonces la organización se precipita en la charca de la violencia bandolera, carente de orientaciones políticas y de hombres capaces que las encarnaran. Los Gómez Gayoso, con su muerte, dejaban el camino expedito a personajes astutos e implacables como Benigno Andrade Foucellas, que habrá de durar montando sobre el caballo salvaje del bandidismo hasta su detención y fusilamiento en 1952. O el mismo Fernández Soto, acribillado por la Guardia Civil en junio de 1949.

En los análisis del movimiento guerrillero se produce a veces el espejismo de valorar los boletines propagandísticos, sin dar valor a los documentos internos o memorias privadas de los supervivientes. La comparación es escandalosa. Un mes antes del gran golpe que desmocharía la Agrupación gallega, está escrito en el órgano de la agrupación Vida Guerrillera (abril de 1948): ¿Por qué el apoyo y la ayuda de las masas populares hacia los guerrilleros alcanza un volumen como jamás ha conocido? Porque aquel concepto de «huidos» ha pasado a la historia…, dejando paso a destacamentos combatientes, organizados, que luchan con perspectivas…[5]. Unos meses después, los «destacamentos organizados» volvían a la etapa de «huidos», en partidas muy reducidas y grupos cada vez más marginados de la realidad y más distanciados de sus bases campesinas, esperando el día que el partido viniera a hacerse cargo de ellos.

LA GUERRILLA COMO LÍNEA POLÍTICA

Con potencialidad, en el otoño de 1948 no queda en España más Agrupación que la de Levante y Aragón, que pronto no será más que de Levante, porque sus desplazamientos y su residencia se reducirán a esta región. La Agrupación

Guerrillera de Levante se convertirá en el pilar sobre el que se va a sostener la política del PCE, incluso su estrategia de luchar solos hasta el fin.

La Agrupación de Levante y Aragón hacía referencia a esta última región gracias al asentamiento que tuvo en 1946 en la provincia de Teruel. Posteriormente se limitaría a Levante, concretamente las provincias de Castellón, Alicante, Valencia e incluso Murcia. Sus dirigentes estaban entre los más expertos cuadros del partido con tradición en la lucha de guerrillas durante la segunda guerra mundial: Francisco Bas Aguado (Pedro), Valentín Galarza (Andrés), Francisco Corredor (Pepito), entre otros. Unos habían pasado por la experiencia francesa contra los nazis y otros por la Unión Soviética, en los grupos que operaban en la retaguardia alemana, como Pelegrín Pérez o José Gros.

Desde los golpes definitivos a la Agrupación gallega, el partido se volcó en la experiencia de Levante. Santiago Carrillo quería tomar una zona que fuera modelo y campo de experiencia y que permitiera crear una cabeza de puente sólida, con vistas a extenderse y repoblar otras zonas descabezadas. La Agrupación de Levante fue ejemplo y clavo ardiente al que agarrarse todos, unos por unas razones y otros porque carecían de ellas.

Sin aliados en el exterior, en el momento más duro de la guerra fría, sin ningún elemento esperanzador que ratifique que la vía hacia la República es transitable, el PCE utiliza su único recurso, la Agrupación Guerrillera de Levante, para confirmar su política e intentar, en un postrer e inútil esfuerzo, acosar y forzar a los hipotéticos aliados a sumarse a su política o, al menos, a romper su aislamiento.

A finales de mayo de 1948 aparecerá con todo lujo tipográfico un llamamiento de la Agrupación de Levante y Aragón, que introduce algo sin precedentes desde los tiempos de Monzón y su Junta Suprema de Unión Nacional: el que una organización del interior no solo manifieste su coincidencia con todos y cada uno de los puntos de la política del PCE, sino que exija a las demás fuerzas que se sumen a su política. Todo en función de la fuerza moral de quien está jugándose la vida en la lucha contra la dictadura de Franco.

Basta con leer el Manifiesto para asegurar que la redacción no la hizo la Agrupación levantina, sino la dirección del partido en París. El texto ocupó la primera página de Mundo Obrero y contenía informaciones difícilmente asequibles para una organización guerrillera. El carácter instrumental del

llamamiento queda reflejado en que la Agrupación no solo propone a las diferentes fuerzas políticas la necesidad de sentarse en la misma mesa, sino que ya incluye hasta el orden del día: 1.o Creación de un Consejo Central de la Resistencia que coordine y dirija todas las fuerzas que luchan contra el franquismo… 2.o Elaboración de un programa nacional y democrático… Ambas peticiones son coincidentes con la declaración del partido de marzo de aquel mismo año. Para que no cupiera duda, la «Agrupación Guerrillera» se dirige también a todos los españoles emigrados pidiéndoles su apoyo. Tras la firma de la «Jefatura de la Agrupación Guerrillera de Levante y Aragón» estaba la dirección del partido, pues a mayor abundamiento, en mayo de 1948, la agrupación levantina empezaba a declinar de manera alarmante, hasta el punto de que el partido la reforzará con el envío de cuadros dirigentes desde Francia que llegarán a Levante a mediados de 1949. El texto del llamamiento parece, no obstante, meticulosamente planteado, como si se tratara de la última carta que jugar.

Simultáneamente al llamamiento «levantino», con su orden del día incluido, el Buró Político del PCE lanza una declaración de apoyo a la justa y patriótica iniciativa de crear el Consejo Central de Resistencia. Si cupiera en tan dramático tema el sentido del humor, podríamos decir que ellos mismos lo habían propuesto y que ellos mismos lo apoyaban, felicitándose a sí mismos de la feliz iniciativa que habían tenido. El título del comunicado del Buró Político suscribiendo su otro llamamiento por persona interpuesta, de la Agrupación levantina, es revelador: Voluntad y mandato del pueblo. En él se señala en un monumental farol lo que había de lección y de advertencia a las otras fuerzas políticas; el documento de los guerrilleros llega a tiempo para que las fuerzas republicanas democráticas y antifranquistas reconsideren sus posiciones y rectifiquen errores. Quizá lo aportaba aquella siniestra época en la que cada grupo parecía retar al otro a golpes de imaginación y de trapacería. Son momentos en los que Mundo Obrero dice enviar al periodista Jesús Yzcaray de gran reportero con la Agrupación levantina. Yzcaray no salió de Francia ni pisó suelo español entonces, no digamos ya tierras mediterráneas, pero sí publicó a partir de mayo de 1948 en el órgano del PCE una larguísima serie de reportajes titulados 30 días con los guerrilleros de Levante. Era un lugar común en el partido que Yzcaray no había ido allá; ni siquiera era un secreto.

Lo que la experiencia del supuesto llamamiento de Levante, o los artículos «en vivo» de Yzcaray, revelan es que la voluntad, el deseo, teñido de imaginación, había convertido la política del exilio en un ejercicio literario, porque al igual

que Yzcaray creaba unos guerrilleros a imagen y semejanza de su caletre, pues no tenía más idea del mundo guerrillero que los informes que le suministrara el partido, así Santiago Carrillo, en uno de sus escarceos de periodista imaginativo, desarrolla la leyenda de la guerrillera Manuela Sánchez, cuyo heroico comportamiento es indiscutible, pero a quien él incorporaba a la historia de España, al lado de los más puros mártires de las libertades nacionales. La gallega Manuela Sánchez, al morir ametrallada por la Guardia Civil que rodeaba su casa, por dejar entrar en su humilde caserío a los guerrilleros, demostraba una entereza y una fe, e incluso una conciencia, de la que no se podía hacer un símbolo de los miles de familias campesinas que piensan y obran como la legendaria familia de los Chintos, a la que Manuela pertenecía. Pues Carrillo intentaba forzar, con su genuino estilo y valiéndose de los Chintos, una idea previa, la de que en los pueblos campesinos se ha superado ya la tradicional diferenciación de izquierdas y derechas; hay un pueblo unido… y enfrente unos pocos expoliadores franquistas… Tesis que a partir de 1948 constituirá para Santiago una constante analítica. Entonces, se trataba de reconvertir las guerrillas en movimiento campesino, y Carrillo veía ya en torno a la leyenda de Manuela Sánchez y de la familia Chinto una gran fuerza política campesina organizada en torno a las Agrupaciones Guerrilleras. Ello expresaba sus deseos y su táctica, pero la realidad, que permitía cuanta literatura se quisiera, no facilitaba la acción política. Las «Manuelas Sánchez» existían y seguirían existiendo, pero no caracterizaban la situación. No representaba más que el valor de esa parte del pueblo que se niega a esclavizarse, pero de ahí no podía obtenerse una línea política.

Política guerrillera y estrategia política se convirtieron en dos caras de la misma moneda; no podían separarse. Sin una la otra se hubiera desmoronado y construyeron un esquema absolutamente fantasioso, en el que la Agrupación de Levante servía de pedestal para sus sueños.

En Francia, lugar privilegiado para conocer la emigración política, el PCE y los demás grupos estaban más distanciados que nunca. Una pequeña población a medio camino entre Toulouse y Lyon, Decazeville, quizá fuera la que reflejara mejor lo paradójico de la separación entre las diferentes fuerzas. Allí patentaron el término «jugar a las cuatro esquinas», que definió el comportamiento de la emigración política española. Los domingos se reunían en la plaza de Decazeville, frente al Ayuntamiento, cuatro grupos de españoles: en un rincón el PCE, en otro los socialistas, y los otros dos, bien separados, los ocupaban las dos facciones de la CNT.

Sobre un terreno como el descrito, el «Llamamiento» no era ningún abono, sino una ratificación más del comportamiento que los adversarios consideraban «típicamente comunista»: la invención y la manipulación, indisolublemente unidas. El llamamiento de la supuesta «Jefatura de los guerrilleros de Levante y Aragón» no hizo avanzar un ápice las relaciones políticas, ni facilitó al PCE romper el aislamiento. Los grupos, mientras jugaban a las cuatro esquinas, esperaban aprovecharse del cambio en la política de los aliados occidentales no se sabe muy bien cómo, pero todos coincidían en que la guerrilla, la lucha armada, que nadie defendía salvo los comunistas y algunos anarquistas marginados por su organización, era un camino sin salida. Indalecio Prieto, consciente de su responsabilidad de líder socialista metido a la sazón en una política pactista a ultranza, se encargará personalmente de poner en marcha la salida de España del último grupo de guerrilleros socialistas. La hará el 23 de octubre de 1948 y la operación se saldó con éxito y gran despliegue propagandístico. Treinta y un guerrilleros fueron recogidos en la costa oriental de Asturias para desembarcar luego en San Juan de Luz (Francia).

Cada día que pasaba, el decaimiento del movimiento guerrillero era mayor. ¿Cómo se explica que el PCE no hiciera lo que Prieto llevó a cabo con éxito: salvar al máximo de militantes antes de que perecieran en un fin inevitable? No solo había razones de análisis político general, de dos líneas políticas, que entonces eran más irreconciliables que nunca, porque tenían a su favor los vientos que impulsaba la guerra fría. También había en el caso del PCE una ceguera política tan completa, tal empecinamiento en esa vía, que insistía en demostrar que, como ya habían dicho los dirigentes, para los comunistas no existe la palabra «imposible». Pensaban que las derrotas de las Agrupaciones, puesto que derrotas eran los desmantelamientos, se debían fundamentalmente a razones técnicas que si se subsanaban harían recuperarse al movimiento, porque los análisis de base sobre las masas y sobre la debilidad del régimen eran exactos.

Este es el marco en el que se desarrollará la iniciativa que, a comienzos de 1948, realiza el PCE hacia los comunistas yugoslavos y su líder Josip Broz, Tito. Para los comunistas de todo el mundo, los yugoslavos eran los otros grandes vencedores de la segunda guerra mundial; los primeros, obviamente, eran los soviéticos. Detrás venían los yugoslavos, que además lo habían hecho contra todo pronóstico y gracias a la pericia táctica y estratégica de la plana mayor del Partido Comunista yugoslavo, que gozaba del máximo prestigio político y militar: Tito, Kardelj, Djilas, Rankovic, Vlajovic…, de los cuales, dato que hay

que tener en cuenta, la mayoría había estado en España, en las Brigadas Internacionales, y eran muy sensibles al tema español.

Una delegación del PC de España, en la que figura Santiago Carrillo como primera cabeza, visita a Tito en Belgrado durante el mes de febrero. El hecho de que vaya Santiago, y no Dolores, define cuál es el objetivo de la reunión. Carrillo dirigía y asumía, con un reducido grupo de subalternos, el peso organizativo del movimiento guerrillero; desde las escuelas hasta las necesidades técnicas. Quién mejor que él, conocedor de las lagunas de ese movimiento, para tratar pormenorizadamente con los yugoslavos las deficiencias técnicas de los españoles, para que les asesoraran como ya hacían estos con los griegos, que llevaban varios años de guerra civil y a quienes Yugoslavia protegía.

El aislamiento de los comunistas españoles no solo era completo en lo referente al movimiento de oposición antifranquista, sino incluso en el seno del movimiento comunista internacional. El PC de España seguía puntualmente las líneas maestras de la política comunista, como en el caso de la creación de la Kominform, sin hacer ni el más mínimo gesto de exigir una explicación, y lo mismo ocurría con las esclavitudes ideológicas del momento, llamáranse Lyssenko y sus teorías biológicas, o Zdanov y sus análisis literarios; pero en las relaciones con otros partidos comunistas el PCE estaba al pairo, siguiendo su propia suerte, o su desgracia. Va a ser inopinadamente este viaje de Santiago Carrillo a Yugoslavia lo que les introduzca en las relaciones de fuerzas internacionales involuntariamente. Gracias a este viaje de febrero de 1948 el movimiento comunista internacional y sus centros motores, la URSS y Stalin, se acordarán de que existe el PCE y que necesita que le echen una mano.

Los hechos sucedieron así. Carrillo iba a Belgrado con la idea de solicitar toda clase de ayuda a los yugoslavos, en especial sobre técnicas, escuelas e incluso apoyo logístico guerrillero. Si la única Agrupación que quedaba era la de Levante había que tratar de que los yugoslavos, con importantes bases en el Mediterráneo, facilitaran el lanzamiento de paracaidistas en la costa española, pues el partido poseía soldados suficientes, pero carecía de posibilidades de utilizar aviones. Reforzar la Agrupación de Levante, haciendo de ella un modelo de organización guerrillera, significaba al mismo tiempo revitalizar la línea política del PCE y cargarlo de razón frente a las otras fuerzas. La Yugoslavia de Tito estaba en inmejorable situación para prestar al PC español y a la Agrupación de Levante la ayuda que necesitaba. Si los yugoslavos –dice Carrillo[6]– nos hacen lanzamientos en paracaídas, podremos organizar la base

del movimiento en la región de Levante, en donde los guerrilleros son más numerosos y las comunicaciones con Francia más fáciles, sobre todo por mar…

Hay que imaginarse la sorpresa de Tito cuando Carrillo, en nombre del PC español, le expone sus planteamientos y necesidades. Las relaciones con Stalin estaban a punto de la ruptura, apenas faltaba un mes. Los conflictos entre el PC yugoslavo y los otros partidos de la Kominform tenían ya su historia desde la primera reunión constitutiva del Buró de Información en Polonia. En aquella ocasión los soviéticos habían azuzado a los representantes yugoslavos para que atacaran despiadadamente a los comunistas franceses e italianos por su «derechismo» y su irresolución frente a la derecha que les había desembarcado del poder. Esto había ocurrido en septiembre de 1947; cinco meses más tarde el enfrentamiento giraba entre el PCUS y el PC yugoslavo, siguiendo un camino rápido que llevará a la reunión de junio de 1948, en la que estarán ausentes los yugoslavos y donde los asistentes condenarán sus «errores». La uniformidad que Stalin quería darle al movimiento comunista surgido de la segunda gran guerra y su política con los países que consideraba de su área chocó desde el primer momento con el esquema yugoslavo y la personalidad de Tito.

Aunque el contencioso se redujo en un principio a los círculos más elevados del Kominform, el PC español podía conseguir información, de habérselo propuesto, procedente de los franceses o incluso de los soviéticos, por muy sesgada y tendenciosa que fuera, y muy especialmente Dolores Ibárruri. Pero los comunistas españoles vivían en un gueto; se basaban en una especie de autarquía político-ideológica, reciclada con la lectura puntual de las grandes orientaciones del PCUS, que seguían casi exclusivamente en las publicaciones comunistas francesas. Dolores nunca leyó ruso con soltura y siempre necesitó la traducción de los documentos al castellano, y entre la plana mayor del PCE, en esta época, nadie tenía facilidad para los idiomas, constituyendo una peculiaridad más de los españoles en un movimiento como el comunista, que siempre se distinguió por su poliglotismo. De los dirigentes nadie hablaba otro idioma, ni siquiera el francés; ni Carrillo, ni Antón, ni Líster, ni Claudín, ni Uribe, ni por supuesto Dolores o Mije. Sin embargo, a otro nivel del escalafón, se contaba con excelentes conocedores de lenguas, como Irene Falcón, César G. Arconada, José Laín Entralgo, Luis Aboyado, Wenceslao Roces…

Con este telón de fondo la respuesta de Tito a Carrillo se limitó a una pregunta y unos dólares. De creer el testimonio siempre dudoso de Enrique Líster, que formaba parte de la delegación, Tito estuvo acompañado por tres hombres claves

de su equipo: Rankovic, Djilas y Kardelj. ¿Habéis consultado con los camaradas soviéticos?, esta fue la pregunta de Tito que Carrillo no captó en su verdadero significado. Cuando este le aclaró que los soviéticos no sabían nada de este proyecto hispano, ya no tuvo tiempo que perder, les dio 30.000 dólares y echó balones fuera, esperando que el tiempo facilitara a los españoles el entendimiento del lío en el que estaban a punto de meterse. Si Tito llega a prestar la ayuda solicitada por el PC español, la cabeza de Carrillo hubiera rodado en apenas seis meses, y el término «rodar» no es una metáfora. Pasados cien días de la visita, la Kominform hacía pública su primera condena del PC de Yugoslavia, para gran sorpresa de los españoles, que ocultarían la entrevista con Tito hasta que Carrillo la mencionó por primera vez en 1974 a Regis Debray y Max Gallo.

STALIN Y PASIONARIA

Los historiadores y cronistas de aquella época coinciden en señalar la preocupación de Stalin porque el titismo careciera de posibilidades de contagio. Es bien sabido que fue implacable y que obligó a serlo a la dirección de los partidos comunistas del mundo entero. Entre los grandes partidos integrados en la Kominform, Tito y sus yugoslavos no tenían aliados desde el momento en que fueron los principales críticos de los franceses e italianos. Respecto a los otros partidos comunistas del Este europeo, no tenían ninguna veleidad titista, aunque en alguna ocasión aprobaran sus iniciativas[7]. Las direcciones de esos partidos habían sido elegidas por el PCUS. Esos países habían sido liberados directamente por el Ejército Rojo, lo que no era el caso de Yugoslavia.

Los dos únicos partidos comunistas europeos susceptibles de inclinaciones proyugoslavas eran el griego y el español. Por más impensable que fuera en aquel momento, un hombre como Stalin no podía dejar de calcular el peligro latente. El Partido Comunista griego se había empeñado en una guerra civil que durará hasta el verano de 1949 y en cuyo curso las fuerzas populares fueron perdiendo terreno gracias, entre otras cosas, a la intervención del Ejército británico. Desde que estalló el enfrentamiento entre la URSS y Yugoslavia con la declaración de la Kominform, los guerrilleros griegos quedaron a su suerte. Un año más tarde Yugoslavia cerraba su frontera con Grecia y pocos días después se desmantelaba el Ejército Popular (ELAS), dominado por el PCG que dirigía

Zachariadis. Más de sesenta mil griegos cruzaron la frontera con Yugoslavia y se diseminaron por los países socialistas. Ahí empezará una purga en el seno de la dirección del PCG en la que Zachariadis acusará a casi todos sus colaboradores de los años de clandestinidad de «agentes del enemigo»; fueron destituidos Karagheorghis, Siantos y el mítico jefe guerrillero Markos. El PC griego se convirtió en ariete de la lucha contra el titismo y se hizo recaer sobre el régimen yugoslavo la responsabilidad de la derrota del Ejército Popular (ELAS).

El tratamiento dado al PC de España fue aún más sencillo, puesto que los lazos entre el PCE y la URSS no solo estaban basados en agradecimientos bélicos, sino que habían sido sellados con sangre durante la segunda guerra mundial. Bastó con que Stalin, el inasequible, citara a la plana mayor del partido español, para que las dudas de Stalin sobre el estado de ánimo y las inclinaciones españolas quedaran aseguradas y la fidelidad a buen recaudo; se trataba de discípulos fieles y abnegados que nunca darían un disgusto, ni albergaban la sombra de una duda.

La audiencia de Stalin a tres miembros de la dirección del PCE –pues se trató de una audiencia, más que de una reunión– tuvo lugar en octubre de 1948, y nadie parece dudar hoy de que el detonante para alcanzar la reunión, que no había sido solicitada, fueron los contactos del PCE con Tito. Por parte española asistieron Dolores Ibárruri, Francisco Antón y Santiago Carrillo, que entonces formaban la troika dirigente en sus dos aspectos de dirección política y de contactos con el interior, pues los introductores de la audiencia señalaron en las reuniones previas que el tema iba a ser informativo sobre la lucha en España. Acompañaban a Stalin, en la sala, Molotov, Vorochilov y Suslov. Nunca jamás los españoles habían soñado una cosa igual. En toda la historia del PCE no se recordaba algo semejante, desde que Stalin y su gobierno visitaron a Pepe Díaz en su lecho de enfermo, y ni eso siquiera tenía comparación.

El único testigo que ha hablado sobre aquella ocasión histórica, Santiago Carrillo, no da ninguna precisión sobre cómo transcurrió el tiempo, ni qué dijeron los protagonistas, ni tan siquiera cuántos traductores había. Solo sabemos algún detalle de menor importancia, como la influencia que ejercería sobre Antón y Carrillo el estilo oratorio de Stalin; lento, aparentemente reflexivo, monocorde, que a partir de entonces suplantará a la vitalidad oratoria de Pasionaria, convirtiéndose en la imagen de marca de los líderes del PCE. A esta visita al Kremlin se le ha querido dar una importancia decisiva para respaldar un giro en la politica del PCE sobre dos campos concretos, el sindical y la guerrilla.

No es difícil demostrar que ninguno de estos dos temas sufrieron cambio llamativo tras la entrevista con Stalin.

Parece que después de un breve informe de Pasionaria, que resumía otro más amplio entregado por escrito a la dirección del PCUS, Stalin se limitó a ensalzar la lucha del pueblo español y sugirió que entre los admirables logros del PC de España en todos los campos de la actividad política había uno que no aparecía y al que la tradición leninista y bolchevique siempre habían dado mucha importancia: el trabajo en los sindicatos fascistas. Ni Stalin sugirió detener el movimiento guerrillero, ni entrar en los Sindicatos Verticales falangistas. Stalin solo se refirió a la tradición bolchevique de trabajar también, es decir, sin abandonar los sindicatos clandestinos y de clase, en los fascistas. Según Carrillo, les recomendó «terpenie» (paciencia), mucha «terpenie».

La sugerencia, por venir de Stalin, fue convertida en línea política nada más volver a París, y lo fue exclusivamente en el sentido de que Stalin había apuntado, con su proverbial clarividencia, una posibilidad que los demás no habían percibido. Lo que era falso, pues Togliatti ya lo sugería en su informe al PCE del verano de 1939. Pero ni Togliatti era Stalin, ni los españoles estaban en 1948 como nueve años antes. La politica del PCE hacia el movimiento guerrillero siguió invariable. Y, junto a la clarividencia de Stalin y la tradición bolchevique, los españoles salieron del Kremlin con un jugoso donativo en dólares, superior, eso sí, al de Tito, que fue recibido con alborozo y eterna gratitud. Ocasión en la que parece que el PCE ratificó ante el generalísimo Stalin que nadie tan fiel como los españoles hacia él y el movimiento comunista.

Frente a lo que suele citarse, ninguna de las grandes figuras del partido recogió la «experiencia bolchevique» en el trabajo sindical y esto ya de por sí llama la atención, pues es de rigor que si hay algún giro significativo sea la más alta personalidad quien marque la pauta. El primero que constata por escrito el nuevo enfoque sindical no será ni Dolores, ni Antón, ni Carrillo. Claudín[8], fiado en su curiosa memoria y en la mitología del momento, que él ayudó a crear, afirma que fue Santiago Carrillo quien introdujo el tema por primera vez en su análisis de las huelgas de 1948.

En dicho texto está ausente el nuevo enfoque, a menos que demos interpretaciones esotéricas a frases diáfanas. No será tampoco Claudín, ni Mije, sino el responsable de la UGT comunista en Francia, Luis Delage, excomisario del Ejército del Ebro, quien se refiera por primera vez al trabajo en los sindicatos

falangistas, a los que ni siquiera cita si no es como organizaciones existentes, que son utilizadas por los falangistas como campo de expansión de su demagogia. Curiosa perífrasis para obreros, a quienes, de haber conseguido leer el texto de Delage, es probable que se les hubiera pasado el denominado «giro histórico» entre la maraña verbal. La orientación de Delage se limita a recomendar luchar… contra las actividades del enemigo en las filas de las organizaciones obreras que hoy dirige, y en ningún momento se refiere el entrismo leninista, aunque Delage, asustado por su audacia, se vea obligado a salpicar su texto de reiteradas citas de Vladimir Illich Lenin. El trabajo de Carrillo, que Claudín sitúa en las huelgas de 1948, se titula realmente «Sobre las experiencias de dos años de luchas» y se publicó en la revista teórica del PCE, Nuestra Bandera, en el número siguiente al que incluía el trabajo de Delage[9]. El hecho de que fuera Delage, discreto miembro suplente del CC, y no alguien del Buró Político, indica la desdeñable importancia que tenía la revisión de la táctica sindical a finales de 1948. No obstante, sí se percibe ya en Mundo Obrero del 21 de octubre de 1948, exactamente nada más volver de Moscú, un nuevo aire en el tratamiento del movimiento obrero, especialmente a partir de un editorial de luminoso título que evita la cita de sus párrafos: Es necesario aprovechar todas las posibilidades para ligarse aún más estrechamente a la clase obrera y las masas.

Sin un ápice de ironía debemos admitir que fue Vladimir Illich Lenin el único que planteó en Nuestra Bandera el problema sin tapujos, pues a él le cedieron la palabra y reprodujeron un texto de 1920 titulado: «¿Deben actuar los revolucionarios en los sindicatos reaccionarios?». Con este capítulo del libro de Lenin La enfermedad infantil del «izquierdismo» en el comunismo creyeron los dirigentes del PCE, veinte años más tarde, haber dado un giro espectacular a su política sindical.

Hay que reconocer que en la política del PCE se da en ocasiones una disociación llamativa entre su discurso público y su discurso interno, como hemos tenido ocasión de ver ya, y como comprobaremos en otras ocasiones. Así fue también respecto a la cuestión sindical, pues, a finales de 1948, dos hombres del Buró Político –Vicente Uribe y Antonio Mije– reunirán a los cuadros del PCE y del PSUC para hacer una reorientación del tema sindical. En esta reunión, celebrada en octubre en un «chateau» cercano a París, y a la que Dolores no pudo asistir porque ya se encontraba enferma y fuera de Francia, Uribe, que por carácter y convicciones estaba muy lejos del estilo voluntarista a ultranza que caracterizó siempre a Carrillo, se descolgó con un ataque a la «política de masas» que había

defendido el partido en los años anteriores. Nuestra táctica huelguística a ultranza es errónea –dijo Uribe, y añadió sin paños calientes–: aunque la realidad era tozuda, nosotros éramos más tozudos aún, persistiendo en nuestros trece, a pesar de que los hechos nos desmentían. Este alegato indirecto contra Carrillo y Antón, que dirigían políticamente todo lo referente a la lucha en el interior, incluía una rectificación de futuro: ¿Cuál es el mejor camino?, se preguntaba Uribe ante los cuadros del PCE y el PSUC. No el que hemos seguido… Nuestra conclusión es que debemos trabajar en los sindicatos creados por Falange, [abandonando la política del partido que consideraba] al grupo sindical, simplemente como la organización de los comunistas de «segunda categoría». Esta revisión crítica de Vicente Uribe, la más dura y elaborada de cuantas hizo el Buró Político por aquellos años, se mantuvo oculta en los años «revisionistas», de 1956 en adelante, quizá porque Uribe fue marginado de la dirección y los nuevos aires alentados por Carrillo y Claudín no podían basarse en los textos de un hombre que ellos habían triturado. Uribe, en la reunión citada, mostraba una excepcional clarividencia e incluso una frescura de expresión de la que estaba carente cada vez que cogía la pluma. Adelantándose en mucho a lo que sucederá posteriormente a 1948, Uribe afirma que la UGT va a desaparecer como organización en el interior, y si el PCE se muestra hábil llegaremos a una inteligente combinación del trabajo clandestino del partido con las posibilidades legales que incluso un régimen fascista no puede cerrar totalmente…

El peso de Vicente Uribe era indiscutible en 1948, aunque estuviera un tanto marginado de las grandes decisiones tras la troika dirigente: Dolores, Antón, Carrillo. Desde que Dolores se ve obligada a retirarse de la primera fila por enfermedad, Uribe se lanza a ocupar la vacante y no está dispuesto a dejarse arrinconar por los procedentes de las JSU, a quienes no ocultaba su desprecio. No es raro que entonces sea Vicente Uribe quien sustituya a Dolores en la explicación de los nuevos aires respecto a la cuestión sindical, yendo bastante más lejos de lo que iría la propia Pasionaria, e incluso Antón y Carrillo. Así por ejemplo, Uribe aboga por ampliar la nueva táctica sindical: Se sobreentiende que esta táctica que emplearemos en los sindicatos será extendida a las otras organizaciones de masas. Las Hermandades Campesinas… y la multitud de organismos de la juventud que ha creado la Falange: deportivos, estudiantiles y otros…

De haber seguido esta vía a partir de 1948 es probable que la readaptación del PCE a la realidad del interior frente a la sangría guerrillera, que perdurará hasta 1951, hubiera encontrado al PCE y al PSUC en mejor situación para abordar las

luchas obreras de los años cincuenta. Concretamente las perspectivas que abrirán las huelgas de Barcelona de marzo de 1951, que marcarán realmente el comienzo de la revisión a fondo del trabajo sindical del partido. Las palabras de Uribe en su reunión de cuadros de 1948 no serán efectivas, por más que Vicente Uribe se autoconstituya en figura importante de la dirección del partido en París, apoyado en su colaborador Antonio Mije, director de Mundo Obrero. El órgano del partido reproducirá, con un despliegue que hasta entonces solo había merecido Pasionaria, algunos discursos de Uribe. En el periodo que va de la retirada forzosa de Dolores Ibárruri, en el verano de 1947, hasta la ilegalización del PCE en Francia, en noviembre de 1950, se incubará una pelea interior entre el dúo Antón-Carrillo, de un lado, frente a Uribe-Mije por otro, de cuyos resultados, en sucesivos combates, hablaremos más adelante.

De momento quien decidía la inclinación del fiel de la balanza era Dolores Ibárruri y aún, en 1949, se inclinaba, aunque fuera por última vez, hacia el joven Carrillo, que llevaba el peso de los contactos con el interior y hacia su compañero Francisco Antón, de quien ella, enferma y hospitalizada en Moscú, no sabía que acababa de casarse. Pero en 1949 Pasionaria, prácticamente convaleciente, no está dispuesta a dejarse olvidar en Moscú e interviene directamente en la pelea de los banderizos parisienses. El tema no será otro que el de la revisión de la táctica sindical, y la participación de Pasionaria arroja mucha luz sobre el supuesto giro sindical de 1948, que globalmente considerado no fue tal hasta tres años más tarde.

Desde el 21 de octubre de 1948, Mundo Obrero, dirigido por Antonio Mije y bajo la orientación de Vicente Uribe, reproducía las informaciones magnificadas de las huelgas en España, intentando destacar aquellos aspectos que mejor ayudaban o ratificaban el giro táctico que se debía emprender. Animados por este enfoque enriquecedor, los redactores de Mundo Obrero recogieron las iniciativas de algunas secciones del sindicato oficial franquista, lo que provocó una destemplada carta de Dolores Ibárruri, desde Moscú, a la redacción de Mundo Obrero: Yo quisiera, camaradas, que cada uno de los redactores de Mundo Obrero pensase en cada una de sus palabras antes de escribirlas. La misiva la reprodujo el órgano oficial del partido en primera página el 17 de noviembre de 1949, aunque estaba escrita un mes antes. Permitidme llamar la atención –escribe Pasionaria– sobre un hecho que se viene dando con bastante frecuencia en Mundo Obrero en relación con los Sindicatos Verticales; y de esta acusación general se pasa al caso concreto y paradigmático: Si los Sindicatos Verticales han sido creados para impedir la lucha de los obreros… ¿cómo se

puede llegar a las conclusiones, falsas a todas luces, a que se llega en Mundo Obrero en el comentario sobre la huelga de la casa Trinxet, aparecido en el número del 29 de septiembre de este año?

La verdadera historia de la huelga de la casa Trinxet era muy poca cosa para que Dolores echara su cuarto a espada y reapareciera a toda página en Mundo Obrero, después de varios meses entre la vida y la muerte. El calibre de las palabras es grueso: los redactores de Mundo Obrero pueden hacer involuntariamente el juego a los líderes anarquistas y socialistas traidores, que se han pasado con armas y bagajes al campo franquista. Para Pasionaria se trata de falsas interpretaciones de nuestra política, que pueden dar lugar al nacimiento de tendencias extrañas a nosotros. La indignación «pasionaria» la había provocado un artículo titulado «Los jerarcas sindicales franquistas al descubierto. Unos obreros textiles de Barcelona logran aumento de salarios, pero los jerarcas se oponen». Si después de leer tan largos titulares uno se adentra en el texto no halla nada en él que no sea un ligero matiz de consideración hacia las posibilidades legales, en las que no se muestra confianza alguna: Este hecho ocurrido con los obreros de la casa Trinxet dice claramente que en el trabajo que se realiza en el interior de los Sindicatos Verticales, unido a la exigencia de las reivindicaciones de los trabajadores y a la presión que debe realizarse constantemente para conseguir que estas reivindicaciones sean satisfechas, debe llevarse a cabo la lucha para desenmascarar completamente a los jerarcas sindicales impuestos por Franco… Al margen de lo enrevesado de la redacción, la idea es diáfana: hay que utilizar los Sindicatos Verticales al tiempo que se desenmascara a los nombrados a dedo. A la secretaria general del partido esto le parecía en 1949 una falsa interpretación de nuestra política. Había que seguir en las mismas posiciones anteriores a la entrevista con Stalin, aunque contemplando ahora la eventualidad de trabajar de tapadillo en los sindicatos falangistas.

La carta de Dolores a la redacción de Mundo Obrero congelará la política sindical, reincidiendo de nuevo en la creación de sindicatos de UGT, clandestinos, aunque no se vuelquen precisamente nuevos recursos para esa tarea. Junto a la UGT clandestina, estarán lo que Carrillo denomina «Consejos de la Resistencia», constituidos sobre la base de un fantasmal movimiento de unidad de masas que le distinga de todos los elementos que llamándose antifranquistas coinciden con Franco en lo fundamental. Estas ideas de Carrillo, que están escritas en el artículo que, según Claudín, revisaba la táctica sindical del partido, muestran, en cuanto a revisión táctica se refiere, un sesgo netamente defensivo, de repliegue oculto tras la fraseología y los denuestos. Pero, en cuanto

a revisión de la táctica sindical, nada nuevo sobre el horizonte. La carta de Pasionaria zanjó la timidez del avance y eso hizo posible que Mundo Obrero recibiera las elecciones sindicales de 1950 con un título inequívoco: «La farsa de las elecciones sindicales». Su contenido no dejaba un resquicio a la utilización.

Con los incipientes brotes o tanteos de revisión del tema sindical, y con el número en el que Carrillo hacía el balance de «dos años de luchas», se clausurará la revista teórica Nuestra Bandera. Sin explicación alguna, como si se abriera un periodo de turbulencia en el que lo mejor consistía en no escribir hasta que la dirección unificara sus criterios. La revista reaparecerá un año más tarde, con un cambio semántico en la cabecera, pues si antes se trataba de una Revista mensual de orientación política, económica y cultural, ahora lleva el zdanoviano título de Revista mensual de educación ideológica del PC de España, convirtiéndose en un búnker ideológico, con artículos-río sobre «el papel dirigente del proletariado en la revolución» escritos por los plúmbeos académicos soviéticos Farbesov y Burdzhalov, junto a homenajes a Stalin, Lenin y Pepe Díaz. Eso sí, el mayor peso de la ideología hizo aumentar, amén del dogmatismo y del desprecio por la realidad, el número de páginas. Se convirtió en una revista de «educación y orientación para los cuadros del partido», porque, como había escrito ya Stalin, «todo lo resuelven los cuadros».

En la carta de Dolores a la redacción de Mundo Obrero de noviembre de 1949 había un componente no desdeñable, su reaparición política. La carta la entregará personalmente Pasionaria a Santiago Carrillo para que la lleve a París, donde todos aceptarán las justas críticas de la camarada Dolores, y en especial el responsable del periódico, Antonio Mije, quien era un simple ordenador del material que publicar, pues Uribe supervisaba todo, impregnándolo de su habitual indolencia. El ataque a la redacción de Mundo Obrero es, a su vez, una reacción frente al desapego, una crítica implícita al abandono en el que los imponderables la han colocado, pues desde el verano de 1947 Pasionaria ha tenido que dejar la política a causa de su salud. En la primavera de 1948 había salido hacia Moscú.

Dolores estará enferma hasta finales de 1949, y el rapapolvo a Mundo Obrero es su resurrección política, su «estoy aquí», su «todavía mando yo». En diciembre de 1948 fue operada de la vesícula. Luego padeció en el postoperatorio una aguda bronquitis. Su estado se convirtió en crítico. Siguiendo la tradición estalinista de los homenajes simbólicos, antes de entrar a vida o muerte en el quirófano, como ya se había hecho con Pepe Díaz, también a Pasionaria se le

regala un ceremonial con emotividad, pompa y circunstancia[10]. El 2 de noviembre, y ante las máximas autoridades de Stalingrado, se trasladarán los restos de su hijo, el teniente Rubén Ruiz, desde la pequeña aldea de Srednaya Ajtuva, donde murió el 3 de diciembre de 1942, hasta el otro lado del Volga, y allí fueron recibidos con honores militares. Con banda de música y con su catafalco escoltado desde el embarcadero del gran río, le enterrarán en la Plaza de los Combatientes. Su madre ya podía ser operada. Las complicaciones del postoperatorio fueron gravísimas: una inflamación pulmonar en forma de múltiples focos que no ha cedido al tratamiento de la penicilina y la estreptomicina y que tenía en vilo a la cúpula del partido en Moscú y París, pues tanto Fernando Claudín, en la capital soviética, como Carrillo, en París, coincidían en el sentimiento de que si los médicos no salvaban a Dolores –«La madre», como escribía Claudín–, Vicente Uribe sería su sucesor a la cabeza del partido. La idea los espantaba y rompía sus proyectos.

Salvará la vida aunque, prácticamente, hasta mediados de 1950 no estará en condiciones de seguir la rutina política del partido[11]. No volverá a París hasta los años sesenta, en que hará alguna entrada ilegal y episódica, pues primero por su salud y luego por la ilegalización del PCE en el territorio francés, a partir de septiembre de 1950, Pasionaria se verá forzada a un dorado exilio moscovita, gozando de todas las atenciones de la nomenklatura soviética en su piso de la calle Stanislavsky junto a su hija Amaya, casada con un militar soviético y rodeada del respeto religioso de los militantes españoles en la URSS, que apenas si la veían salvo en las grandes ocasiones. Pero las cosas en 1949 no se prometían así y Dolores retomaba con su carta a Mundo Obrero el timón del mando, aunque fuera entre clínica y clínica. La misma violencia de sus palabras guardaba algo de su peculiar situación personal; no solo estaba lejana al centro de los acontecimientos y de la vida del partido, sino que también su vida sentimental iba a sufrir un vuelco definitivo. Aprovechando su marcha de París, Francisco Antón, compañero inseparable desde la guerra civil, se casa con una joven militante que había conocido en 1947. Pasionaria tiene que soportar tanta mudanza desde el distante observatorio soviético; enferma y abandonada, no tardará en recuperar su temple y recordará a los olvidadizos sus compromisos políticos y personales: a Pasionaria nadie la echa a un lado sin que sufra las consecuencias.

Los cuadros del partido registrarán la vuelta de Dolores por su carta a Mundo Obrero y todo será vuelos de campanas y cánticos de dicha. César Arconada le dedicará unos versos titulados «¡Vive Dolores!» en difíciles silvas, con sus bien

medidas estrofas de heptasílabos y endecasílabos, aunque la inspiración no acompañara la precisión de su ritmo:

¡Qué dolor aquel día, camaradas,

qué sobresalto ahogaba los latidos,

qué nube empañó las alegrías

cuando dijeron:

Está nuestra Dolores en peligro!

[…] a la orilla del Tajo, un ruiseñor

expresaba su pena en dulces trinos

y en Aragón bajaba la mirada,

por no llorar, un viejo campesino

y en Bilbao un obrero junto al yunque

su angustia repicaba en el martillo,

y en cualquier fría sierra de Castilla,

en el regazo de la madre, un niño

pedía que le hablasen de Dolores,

porque ella era canción en sus oídos…

¡Qué dolor por los valles y los montes,

qué dolor por collados y caminos,

qué dolor por los viejos olivares,

qué trémulo dolor llevan los ríos!…

¡Gloria por su vida

de manos de la muerte rescatada

por la ciencia soviética, la ciencia

que más la muerte niega y la vida ama!

¡Vive Dolores!

Y por esa vida,

que es el oro mejor que tiene España,

por esa vida que han devuelto al pueblo,

dando su corazón, el pueblo paga,

y repiten sus labios fervorosos:

¡Una vez más, al gran Stalin, gracias!

ADIÓS A LAS ARMAS. FIN DE LAS GUERRILLAS

Aunque no tuvieron versos para la ocasión, también otros dirigentes sufrieron el azote de la enfermedad. Las dificultades, la soledad política y la exasperación de los comunistas hacían que las enfermedades afloraran. Vicente Uribe se vuelca en el alcohol y Santiago Carrillo tiene que ser intervenido de una úlcera de estómago. Fernando Claudín resumió con exactitud la etiología del mal: Nos encontrábamos recibiendo golpe tras golpe de la policía franquista, aislados de las otras fuerzas políticas de la República, rodeados de la pasividad general del pueblo, envueltos en la guerra fría. La intoxicación producida por la campaña estaliniana contra Tito y su partido nubló aún más nuestro juicio político, exacerbó nuestra ya enfermiza tendencia a ver enemigos por todas partes, a

convertir en policías y espías a nuestros adversarios políticos, fuera y dentro del partido. Sobre Carrillo recayó el peso principal de estas tensiones… Fue entonces cuando se le presentó una úlcera de estómago. También es cuando su primera mujer, Chon, le abandona por el «radista» Muñoz, colaborador de Ramón Soliva, y se va a Cuba; cuando también deja a la argentina que le venía buscando desde Buenos Aires y convierte a su colaboradora Carmen en su esposa.

La realidad se sigue mostrando tozuda y no sirven depuraciones, ni búsquedas de infiltrados para cortar la sangría de la lucha en el interior. La dirección del partido hace balance en julio de 1948 de los cuadros políticos enviados al interior desde 1945. Le salen 658 y, sin embargo, apenas le quedan noticia de ellos fuera de los ciento y pico que tiene contabilizados en prisión (86), o fusilados (21), o asesinados durante las detenciones (4), caídos en combate (7). ¿Dónde están los demás? El centro parisino no sabe, no contesta. Se buscan culpables entre los muertos o liquidados; en la traición y la astucia del enemigo. Pero cuanto más se depura más insegura es la penetración en el interior. Sin desdeñar la importancia de la infiltración y el trabajo policial, tardarán en darse cuenta de que el mal está en la concepción, más que en las personas que se envían al interior.

Todo sigue concentrado en el movimiento guerrillero, al que envían cuadros, dinero y medios y en el que hasta el más empecinadamente ciego percibiría, a mediados de 1948, síntomas alarmantes de desarraigo y bandolerismo. Es entonces cuando se les ocurre el «más difícil todavía». Si lo más llamativo es el desmoronamiento de la moral política entre unos guerrilleros que bastante tienen con luchar para sobrevivir y que no los cacen como a conejos, la dirección del partido introduce una tarea ímproba: «neutralizar políticamente a la Guardia Civil». Esta consigna del verano de 1948 es el no va más, el cénit de lo atrabiliario, porque los guerrilleros no solo han de huir, no solo han perdido los contactos con el campesinado, que cada vez tiene más dificultades y más miedo a una represión brutal, sino que además han de vencer «políticamente», sin matar, a la Guardia Civil.

No ha sido estudiada esta última etapa del movimiento guerrillero, en la que se dan una serie de orientaciones, por llamarlas de alguna manera, como la citada, de escaso sentido para los guerrilleros y que reflejan un desconocimiento o una cerrazón ante la evidencia de que aquella vía no daba más de sí. A comienzos de 1949 se lanza otra consigna, la de convertir a los guerrilleros en «instructores

políticos y organizadores de los campesinos»[12]. A tal fin Carrillo reúne ¡en las afueras de París!, durante tres días, a una docena de guerrilleros, procedentes de la Agrupación de Levante. Servirá para elegir al Comité Provincial del PCE de Levante y Aragón, mientras Santiago los inicia en los arcanos de la instrucción politica de los campesinos. Quizá influyera en esta orientación la triunfante revolución china de 1949, al considerar a los guerrilleros como «apoyos técnicos» del partido en las ciudades, especialmente en cuestiones de propaganda. Solo la inexperiencia del aparato parisino podía hacer pensable que se colocaran imprentas en el monte; a lo mejor pensaban también que aprendieran a hacer papel con la madera de los bosques. Incluso Carrillo proyecta la creación exovo de una nueva Agrupación Guerrillera, en este caso la de Cataluña, con el objetivo de abrir una línea de comunicación entre la de Levante y la frontera francesa. La decisión la toma en febrero de aquel año loco de 1949 y encarga de la tarea a tres catalanes: Gros, Noy y Buscat. Sentadas las bases para empezar a operar, Carrillo, personalmente, les da la contraorden, porque el tema catalán ha entrado en una vía diferente: ha estallado el conflicto con Comorera, el secretario general del PSUC, y, según sus palabras, «Comorera está al corriente de todo». La iniciativa se archiva, pero la idea refleja cuáles eran las intenciones del PCE en 1949, un año después de la entrevista con Stalin.

Mientras la dirección del partido y el responsable del trabajo hacia el interior, Santiago Carrillo, rizaban el rizo encomendando a los escasos y aislados guerrilleros tareas políticas de altos vuelos, el acoso los convertía en bandoleros para sobrevivir, o en carne de pelotón de fusilamiento si por extraña suerte la Guardia Civil los cogía vivos. La Guardia Civil cambia, a su vez, las tácticas y se dedica a cazarlos con técnica alimañera, mezclada con la creación de contrapartidas pseudoguerrilleras que desarrolla el director general de la Guardia Civil, Camilo Alonso Vega. Esta será, probablemente, la única idea que se le recuerda en vida al que sería luego ministro de la Gobernación, y dará la puntilla al movimiento guerrillero cortándole de sus bases, pues las «contrapartidas», simulando ser guerrilleros y no guardias civiles disfrazados, ejecutarán a campesinos y aterrorizarán a los dudosos o susceptibles, rompiendo los últimos puntos de apoyo que unían al maquis español con su medio natural. El nombramiento del general de la Guardia Civil Manuel Pizarro Cenjor para el gobierno civil de Teruel, simultáneamente al de jefe de la V Zona de la Benemérita, significó el comienzo de la agonía para la Agrupación de Levante. Pizarro Cenjor era un experto antiguerrillero, dispuesto a todo, como lo indica el que unificaran bajo su mando tanto el lado civil como el armado, militarizando la vida en la región que era el último reducto guerrillero.

Las misiones consistentes en instruir y organizar a las masas campesinas y en servir de apoyo técnico a la organización de las ciudades son los dos últimos ungüentos amarillos que se le ocurren al imaginativo Santiago, antes de tener que aceptar que aquello no tiene ninguna salida y que no hay más remedio que intentar recuperar los residuos de la Agrupación de Galicia y Asturias, las cuales están huyendo del acoso desde hace un año, así como al conjunto de la Agrupación de Levante, antes de que la Guardia Civil consiga exterminarlos. Pero ese momento se va demorando mientras se siguen haciendo balances. En enero de 1950, la dirección del partido confirma que la actividad guerrillera prosigue desarrollándose y que han intensificado su labor de propaganda, agitación y organización entre las masas del campo. Y si el momento de liquidar el movimiento guerrillero se va retrasando es por una razón evidente, nunca enunciada: solo una persona puede asumir esa responsabilidad y dar esa orden, y no es otra que Dolores Ibárruri. Pero Pasionaria está en Moscú, primero enferma, luego convaleciente, y cuando Carrillo obtenga la resolución de la secretaria general para desmantelar lo que queda ya habrá entrado el año 1951. La orden de retirada general la da Santiago Carrillo, con la aprobación expresa de Dolores Ibárruri, en la primavera de 1951; como se ve, muy lejos de las fechas que se dan oficial y habitualmente en los libros que tratan del tema.

Nadie podrá decir que fuera cómoda la situación en Francia de los responsables del trabajo hacia el interior, pues mientras iban llegando, en un flujo permanente, diferentes responsables de partidas, tras ímprobos esfuerzos, esperaban que en París les dieran, como en el caso del gallego Mario Rodríguez (Langullo), «información y orientaciones» adecuadas que les permitieran proseguir. Langullo exige que le expliquen por qué a él, que lleva operando en la provincia de Orense desde el dificilísimo año 1941, ahora, casi diez años después, le es imposible seguir. Había, no obstante, quien no tenía ninguna duda sobre la capacidad del movimiento guerrillero y su espléndido futuro. Líster y Modesto, los generales de tres ejércitos, hacían sus juegos de guerra sobre una mesa camilla. Modesto seguía refiriéndose a 1948 como el año de mayor combatividad y mayor número de operaciones guerrilleras… en Andalucía, donde prácticamente solo quedaban partidas no superiores a tres personas, aisladas y dedicadas a la áspera supervivencia. No sorprende el análisis de Modesto, pues, según su peculiar manera de entender las bases operativas guerrilleras, todo se debía a que en la campiña andaluza es donde la influencia ideológica y orgánica del marxismo alcanzó mayor auge, donde existe más rancia solera. Esta castiza definición del andaluz guasón que era Modesto iba a la par con el tono de piedra berroqueña que daba el excantero Líster a sus

rotundos análisis. Mundo Obrero, por su parte, sigue a lo largo de 1950 jaleando la lucha guerrillera, narrando en primera página el «ajusticiamiento» de un comandante y un teniente de la Guardia Civil, totalmente inventados[13], o la ofensiva guerrillera en Granada durante el verano de 1950.

Carrillo, con razón, no soportaba a Líster ni a Modesto, aquellas dos figuras de cartón piedra creadas en los revueltos tiempos bélicos, abocados al alcoholismo y a las sórdidas aventuras amorosas, que no hacían más que decir cuáles debían ser las grandes líneas operativas del movimiento guerrillero, mientras los demás debían solucionar los engorrosos problemas del aparato técnico, las claves, las emisiones, el dinero, el armamento o los buzones. Aunque sea una afirmación difícil de probar, estoy persuadido de que fue para quitárselos de encima, que Carrillo y Antón, así como Mije y Uribe, favorecieron la creación de una revista afolletada, titulada Ejército Nacional Democrático, de la que no se ha hablado nunca en las historias del PCE, pero que ocupó parte de la libido frustrada de Líster y Modesto, que amenazaban con ocuparse de otras cosas o en otros menesteres que afectaran a su buen nombre. Saldrán doce números, entre 1949 y 1954, de cuyo nivel da idea el que todos los ejemplares llevaban como pie de imprenta el de Levante. La inutilidad de la empresa solo se justifica por el afán singular de protagonismo, y la obligación de hacer valer los entorchados. Publicaron artículos en primer lugar Modesto y Líster, que entonces usaba el grado de coronel, pero que nadie sabe muy bien por qué un día decidió ascenderse a general, haciendo valer aquel postrer decreto de Negrín que nunca llegó a la Gaceta Oficial. En menor medida escribieron otros militares del partido, como Antonio Cordón, Manolo Márquez o Hidalgo de Cisneros y, por supuesto, se incluyeron textos de estrategas soviéticos. Posiblemente, sin la rivalidad entre Líster y Modesto, y su afán de no ser engullidos en el olvido, no hubieran surgido ni la revista Ejército Nacional Democrático ni la siniestra puja para ver quién ensalzaba más el movimiento guerrillero.

La realidad nada tenía que ver con los estrategas de bolsillo. En 1951, se produce en Levante la retirada definitiva de la última Agrupación tras una odisea en la que se concentra la torpeza de los planificadores y el grado extremo de penuria al que habían llegado los supervivientes del movimiento guerrillero. Un año antes, en agosto de 1950, José Gros había salido del puerto de Marsella acompañado de nueve guerrilleros y una importante cantidad de dinero para pagar las deudas de la Agrupación y poder volver sin dificultades. Iba en misión «no combativa, sino informativa»[14], a conocer las consecuencias de la matanza de guerrilleros a manos de la Guardia Civil. Habían liquidado a la

dirección de la Agrupación en Santa Cruz de Maya (Cuenca). En noviembre de aquel año Gros consigue entrevistarse, en el monte, con Basilio Serrano, el mítico guerrillero, más conocido como Manco de la Pesquera. Se trataba de un superviviente que mantenía su partida contra viento y marea en la Sierra de Cuenca. Gros, que sería uno de los últimos en verlo, lo describe así: «No era comunista, ni anarquista, ni republicano. Era un asaltacaminos, pero odiaba ferozmente al régimen franquista». No durará el Manco ni un año más, lo matará la Guardia Civil en una emboscada. En marzo, Gros es consciente, sobre el terreno, de que ya no queda nada que hacer, más que dirigirse a la frontera, pues al eficaz acoso de la Guardia Civil hay que sumar el descubrimiento de que el ferroviario que facilitó el asalto guerrillero al tren pagador no era sino un confidente. La operación guerrillera más importante de Levante, la más limpia, la más rentable, había sido preparada por la Guardia Civil para colarles un confidente que durará entre la Agrupación hasta que huya en 1951 y les persiga, dirigiendo a la Guardia Civil hacia sus puestos y guaridas. No les quedaba nada más que dirigirse como pudieran hasta Francia. Gros llega a comienzos del verano y, después de informar de la situación, recibe la orden, personalmente de Santiago Carrillo, para que vuelva y evacue los restos de la Agrupación. Los últimos recuperados alcanzarán suelo francés en 1952.

Los hechos terminaron con el movimiento guerrillero, ni siquiera dio tiempo a hacer giro alguno. La orden de retirada general, dicha, eso sí, en voz baja y sin trompetas, vino a confirmar lo que ya era una evidencia: el movimiento guerrillero, que había empezado con furor en 1944, se saldaba en 1952, dejando una estela de heroísmo y una sangría humana y política difícil de evaluar, pero de consecuencias irreversibles. Si utilizáramos el símil, tan querido por Pasionaria, de que en el maquis estaban los más aguerridos hijos de la clase obrera, cabe deducir que la clase obrera se había quedado diezmada.

A la hora de hacer un balance del movimiento guerrillero, en el que se concentró la estrategia del PCE desde 1944, hay que establecer dos niveles: su incidencia y sus consecuencias políticas. En su momento de mayor apogeo, que se cifra en 1946-1947, exceptuando la Agrupación de Levante y Aragón, ninguna sobrepasaba los cien hombres en armas, aunque el valor y la audacia dieran en ocasiones la impresión de estar constituidas por más gente y por importantes redes informativas. Las acciones más sonadas por su eco social fueran quizá el momentáneo secuestro del director del Banco Exterior y futuro ministro, Manuel Arburúa, aunque hay que añadir que el grupo no supo de quién se trataba, contentándose con quitarle diez mil pesetas de 1946. Los únicos atentados de

envergadura fueron el dirigido al coronel de ingenieros José Milans del Bosch, en Granada, a comienzos de 1947, y la muerte del falangista que dirigía el periódico El Ideal Gallego. Pero todas las acciones, pequeñas y grandes, siempre estuvieron presididas, consciente o inconscientemente, por la idea de que la solución vendría de fuera, de que la lucha empezaría cuando se iniciara desde el exterior un ataque a gran escala, en el que las Agrupaciones desempeñarían un papel de refuerzo. En el fondo, algo semejante a la intención táctica de Monzón cuando programó la invasión de 1944 por el Valle de Arán.

En el terreno político tuvo consecuencias desastrosas para el PCE y para el renacimiento del movimiento popular. Para el partido fue un despilfarro de militantes, los mejores y los más valientes; no es fácil encontrar hombres como Gayoso, Fernández Ladreda Ferio, Marcelino Rodríguez Marrofer, Ramón Uría, Cristino García…, o los sin partido, que acabaron solos y traicionados, como Juanín y Bedoya, acribillados por la policía en 1957, cuando ya no eran más que la sombra de sí mismos y cuando las razones de un principio se habían podrido por la ferocidad de una muerte inevitable. Heroísmo, aventura y valor, pero de política nada. Eran soldados, desempeñando el papel de capitanes. El Partido Comunista, que utilizó, según cifras de Carrillo[15], a quince mil militantes en esa vía, se vio obligado, al elegir esa estrategia y mantenerla, a practicar unos análisis bélicos maniqueos, que le dificultaron la revisión de algunos esquemas; lo que harán demasiado tarde. El mismo hecho de que la historiografía oficial del PCE sitúe en 1949 la fecha del final del movimiento guerrillero muestra el intento de desmarcarse de la responsabilidad de la masacre.

Políticamente creó en el interior, y en aquellos sectores susceptibles de luchar contra el régimen, una falsa confianza en que la solución, es decir, la caída del odiado régimen, vendría de fuera o, lo que para muchos era lo mismo, del monte. Y otro hecho que tener en cuenta es que el Régimen, que abrigaba la brutalidad en su propia constitución, se radicalizó aún más; escudándose en las actividades del supuesto bandidismo, asesinó a mansalva, en aplicación del código no escrito de las guerras civiles.

Quedó la estela de un tiempo y unas gentes irrepetibles; figuras humanas, brutales y sensibles, contradictorias, últimos rescoldos del siglo XIX. ¡Cuántas páginas se necesitarían para explicar, sin hacer literatura, a individuos como Juan Antonio Cuadrado! Herido, torturado, acribillado por la policía en Barcelona durante su detención de 1945, no admite que el inspector Polo le llame «hijo de puta» por el simple hecho de que los comunistas le hayan dejado cojo de un

balazo. «Hijo de puta lo serás tú», y le partió la boca de una patada[16]. Unos meses después, ya internado en la cárcel de Burgos, el gobernador de Barcelona, Correa Véglisson, le visitará para proponerle que se convierta en su guardaespaldas. Para Correa, falangista puro y duro, hombres así era lo que él necesitaba: Yo todavía andaba con muletas –contó Cuadrado años más tarde– y quise pegarle con ellas y caí al suelo, y Correa me dijo que me pudriera en la cárcel.

Los libros de historia no incluyen historias así y, sin embargo, son las que mejor fotografían a los personajes de un momento histórico volcánico. ¿Acaso lo que la Guardia Civil hizo en Asturias con Fernández Ladreda, llevándolo herido y esposado por las calles, entre golpes y befas, hasta el paredón de fusilamiento, no tiene que ver con Goya y con las ferocidades de las partidas carlistas del cura Santa Cruz o los pelotones del general Concha? ¿Y acaso los veintiocho tricornios de guardias civiles que, según la plausible leyenda, tenía Juanín como trofeos de otros tantos guardias muertos, colgados del techo de su cueva de Sotres, en los Picos de Europa, no explican bastante más que los informes, facilitando los análisis? Porque las cosas no eran tal como parecían. Los personajes, hasta en los mayores niveles de ferocidad, tenían su barniz político. El mismo Juanín de los tricornios no olvidaba ningún 14 de abril, aniversario de la proclamación de la Segunda República. En esa fecha tomaba una aldea, hacía formar a los paisanos y, tras lanzarles una arenga, escuchaban a su lugarteniente, Saturnino López, interpretando con la armónica los compases del Himno de Riego y de la Internacional. Nadie perdonó a Saturnino sus inclinaciones musicales; el franquismo le condenó a ocho penas de muerte y lo fusilaron, una sola vez, en 1949. Hay épocas ricas en elementos humanos que, sin embargo, carecen de empaque político, aunque haya sido la lucha política el desencadenante de la grandeza de sus personalidades.

PERO NOS QUEDA STALIN

No se podía pasar por encima de tanta sangre y tanto error impunemente. La década de los cuarenta ha terminado y el PCE se encuentra sin política definida. De un lado el partido, sus problemas, sus depuraciones internas, sus luchas banderizas se convertirán en un objetivo en sí mismo. De otro, mientras se sigue

alimentando la guerrilla de una manera ciega, se defiende el objetivo de la paz, la paz mundial a cualquier precio, en una curiosa y sofística diferenciación de los procesos de la lucha de clases; aquí guerra porque está Franco, allá paz porque está el imperialismo.

El PCE se identificará con la política de la URSS hasta en una coincidencia de etapas y tareas, pues si la Unión Soviética estalinista se caracterizó por algo fue, en el frente interno, por las depuraciones sucesivas y, en el externo, por una política de paz que garantizara las conquistas territoriales de la segunda guerra mundial. Statu quo interior y exterior. Para evitar crisis en el interior lo mejor era adelantarse a ellas y eliminar a los supuestos adversarios reales y potenciales. En el exterior, paz, consolidación del poder de cada bloque hegemónico hasta que el potencial soviético se recuperara del enorme deterioro que produjo la guerra.

La primera señal de que la política de paz mundial debe resaltarse como objetivo del PCE, dado el interés del imperialismo hacia España, coincide, curiosamente, con la reunión de la troika dirigente con Stalin y, aunque ningún testigo lo haya indicado, es más que probable que Stalin durante la audiencia se refiriera a la inmensa fuerza del campo antiimperialista y democrático en favor de la paz, como reza un enigmático editorial de Mundo Obrero en el que ha desaparecido como por ensalmo toda referencia a las guerrillas y se habla de prepararse y educar a las masas[17]. La recién creada Oficina de Información (Kominform), al tiempo que denunciaba a Tito como un «perro de la guerra», clamaba por la paz; es decir, defendía el statu quo que Tito amenazaba romper con su autonomía.

El citado editorial de Mundo Obrero fue flor de un día, y significativo más por los olvidos que por las referencias. Pero las dudas sobre la política de paz del PCE se despejarán a finales de octubre, cuando se readapte la consigna general a las necesidades del Buró Político: El régimen fascista de Franco es un grave peligro para la paz. Esta frase, que devendrá también cliché a lo largo de los años, iba, en octubre de 1948, acompañada del genuino significado de la paz y del papel que debía desempeñar el PCE en su defensa: El pueblo español no empuñará nunca las armas contra la Unión Soviética, a diferencia, según el Buró Político, de la total disposición (de Franco, los socialistas y los monárquicos) a colaborar en los planes de guerra del imperialismo americano. Un año más tarde la consigna se comprimirá, haciéndose eslogan: Franco es la guerra, al tiempo que se apelaba a los supuestos «Consejos de Resistencia» a tomar firmemente la defensa de la paz, lo que era tanto como convocar a los guerrilleros de 1949 a

que lucharan por la paz y por una «República democrática» al mismo tiempo.

Nadie crea que se trataba de dos frentes, sino de uno solo, aunque visto posiblemente desde ángulos diferentes; se luchaba por la paz, armadamente, y contra Tito, violentamente. Al Congreso Mundial de la Paz celebrado en Estocolmo durante la primavera de 1949 el PCE envió el fusil y la pluma; un grupo de guerrilleros de Levante y la crema de su intelectualidad: el arquitecto Sánchez Arcas, el compositor Bacarisse y el escritor Quiroga Pla, yerno de Unamuno. Al mismo tiempo el PCE enfilaba sus baterías contra la traición titista, enemiga de la paz y casi del género humano. Sin darles «paz ni cuartel», como dice el himno, Pasionaria hace valer su condición de diputada, no utilizada para temas de mayor enjundia, e interpela en enero de 1950 al presidente del Gobierno Republicano en la emigración, Álvaro de Albornoz, por condecorar a varios ministros del dictador fascista yugoslavo Tito y solicita la dimisión de todo el gobierno republicano español, porque no pueden representar a la España republicana quienes por hacerse gratos a los representantes del Departamento de Estado norteamericano condecoran a los espías titistas.

Difícil coyuntura la del PC español, pues mientras el movimiento comunista europeo se ve obligado a luchar «por la paz» y contra «el fascista Tito» al mismo tiempo, lo que de por sí no era tarea sencilla, los españoles veían sumada su misión histórica combatiendo con las armas en la mano por la paz. Como escribió Líster por entonces, animando a los guerrilleros, luchar por la paz es luchar contra el franquismo, y por si esto fuera poco defendiendo un denominado «Frente Nacional Republicano, Democrático y Antifranquista», horizonte estratégico que suplía lo anodino de su contenido con la longitud sintáctica. Cuatro tareas a cual más difícil: luchar por la paz mundial, hacer la guerra santa contra Tito, impulsar las guerrillas y bailar solo en el Frente Nacional Republicano-Democrático-Antifranquista.

Con este panorama no era fácil entusiasmarse cuando terminaba la movida década de los cuarenta y menos si se trataba de españoles. Pero un acontecimiento de envergadura legendaria vino a insuflar moral en aquellas maltrechas perspectivas. Fue un milagro esplendoroso que es difícil de reproducir hoy y más aún relatarlo sin caer en la extorsión y la befa. El movimiento comunista internacional, solo, aislado hasta de lo más cotidiano, empozado en un gueto sin luz alguna en el horizonte ni perspectiva política tangible para muchos años, descubría su propia fortaleza, su capacidad para entusiasmarse y demostrarse a sí mismo, como ante un espejo, que el presente

podía ser negro, pero el futuro era de ellos mientras viviera un hombre como José Stalin. Nunca en su historia se festejó una jornada, ni siquiera la de la revolución de octubre de 1917, que había dado vida al movimiento, más que el setenta aniversario del líder soviético. El 21 de diciembre de 1949 Stalin cumplió setenta años.

Es difícil reconstruir históricamente lo que de delirante entusiasmo tuvo esta efeméride. El PCE se volcó de tal forma en ella que, desde el Buró Político hasta el último militante encerrado en las lobregueces de los penales franquistas, todos discutieron y se emocionaron pensando en su aportación al gran guía, todos dieron su óbolo a la inconmensurable figura que cumplía setenta diciembres entregados a la humanidad.

Colectivamente el Buró Político, tras largas discusiones, encargó a la buena mano del pintor Domingo Malagón, responsable en el aparato del partido de la falsificación de documentos, que construyera un libro repujado en cuero en el que cada página fuera una tabla en madera noble, representando un momento de la lucha del comunismo soviético y español. Fueron 19 láminas con una portada, pintada al óleo por el mismo Malagón, en la que se iconografiaba el avance esplendoroso de las masas hacia la conquista del futuro. En el interior de este volumen, de considerable tamaño, estaban representadas las efigies de Zdanov, Dolores Ibárruri, Molotov y Pepe Díaz, sin olvidar, por supuesto, a Stalin, que presidía el conjunto. Hay que reseñar que en las largas discusiones del Buró sobre la ofrenda Antón, que por entonces era pieza clave del partido y estaba obligado a tener fino olfato y ojo sensible percibió, sorprendido, que en el cuadro que abría el volumen de pergamino y fina madera se había cometido un error de bulto que podía causar espanto a los avezados y sensibles líderes soviéticos: el pie del campesino que con una hoz en la mano acompañaba al obrero y dirigía a las amplias masas estaba a la misma altura que el del proletariado, lo que podía mover a confusión sobre quién era el genuino dirigente de todo el pueblo. Domingo Malagón, apresuradamente para poder alcanzar las fechas de envío, realizó una corrección, dejando en el cuadro uno de aquellos «pentimentos» que hoy contemplamos con pasmo en el mismísimo Velázquez de Las hilanderas. Dándole un quiebro a la pierna campesina subsanó el peligro de confundir la necesaria alianza entre obreros y campesinos con un contubernio sin principios.

No solo el Buró Político, como colectivo, envía tan primorosa obra, sino que cada uno de sus miembros se aprestó a mandar a Stalin aquello más valioso entre

lo que poseía. Fernando Claudín, por ejemplo, se desprendió emocionadamente de una bufanda tejida, entre dolores y lágrimas, por su hermana Pilar en las prisiones franquistas[18]. Hubo quien, cual si fueran amuletos para que el conductor de los pueblos lograra cumplir otros setenta más, mandaban productos del campo, exvotos guerreros, banderas y estandartes. En una arqueta de madera repujada se le envió el cinturón que Cristino García había usado en el maquis francés. Como escribió Mundo Obrero, con minuciosa intensidad, se han enviado a Stalin regalos de lo más variados: cuadros y dibujos, pergaminos y orlas, álbumes, coffres [sic] y estuches, banderas y banderines, condecoraciones, pañuelos pintados o bordados, carpetas y pisapapeles, relojes, anillos, artísticas botijas, pipas, palomas, muñecos vestidos con trajes regionales españoles, lámparas de mineros y otros instrumentos de trabajo…

En todas las organizaciones del partido se recogieron y se redactaron cartas al hombre más grande que tuvo la tierra. En París una española empezaba su epístola al camarada Stalin con este patético contraste: Cada vez que veo a mi niña durmiendo en su cunita mi pensamiento se vuelve hacia usted. Y así cada uno, según su función, dio lo que pudo, lo que más quería, lo que solo se entrega a aquel que está por encima de los hombres y ha entrado en el olimpo de los dioses. Los obreros ofrecieron sus instrumentos de trabajo; las damas, pañuelos; los niños regalos queridos y los políticos artículos de prensa, como si fueran sus tarjetas de felicitación. Pasionaria superó a todos en concisión al escribir, enferma, para tan magna ocasión esta letanía rotunda: Stalin, maestro; Stalin, jefe; Stalin, liberador; Stalin, camarada y amigo; Stalin, guía y orientador. El Buró Político, no contento con el trabajado volumen y los presentes individuales, añadió un número colectivo de Nuestra Bandera dedicado al «conductor de los pueblos». Por riguroso escalafón, exceptuando a Dolores, hospitalizada, que solo pudo aportar su óbolo de la letanía en Mundo Obrero, el resto del Buró Político dedicó su individual e intransferible retrato del genio.

Uribe le definió en una frase: Hoy Stalin es el más grande de todos los grandes hombres que ha producido la humanidad. Carrillo, más tradicional, le llamó genial estratega y adalid en un artículo muy trabajado en el que, por primera y única vez en su vida, cita a Lenin y Stalin, e incluso una obra de Engels, poniendo su referencia bibliográfica a pie de página, lo que imprimió a su trabajo un aire sesudo y doctoral. Mije, andaluz, como si se tratara de la Semana Santa, empieza su texto con tono de saeta: Nuestro Jefe[19] y maestro amado… Líster, gallego valleinclanesco sin pretenderlo, abre con su aportación al acontecimiento una vía nueva a la historiografía militar: Durante la segunda

guerra mundial solo se encontraron frente a frente, en realidad, dos ejércitos: el Ejército soviético y el Ejército alemán. Y así, siguiendo, por estricto orden jerárquico, Ángel Álvarez, Ignacio Gallego, José Moix y Manuel Delicado, con textos tradicionales, reverenciales. Quizá el único que destaque sea el de Carrillo, intentando elevarse sobre el cliché a costa de afirmaciones doctrinales de reputado cinismo; por su desmesura, es difícil que creyera en ellas: La dictadura del proletariado en la URSS ha sido desde su formación un acabado ejemplo de democracia proletaria. Los órganos del Poder, los Soviets, estaban compuestos desde el principio por los representantes democráticamente elegidos de los obreros, campesinos y soldados, es decir, de la inmensa mayoría del país. Solo estaban privados de voto los elementos de las clases explotadoras, contra quienes se ejercía precisamente la dictadura. Más tarde la base de la dictadura del proletariado, con la liquidación de la clase explotadora, se ensanchó y se introdujo el sufragio universal sin ninguna restricción.

Esta «descripción» del sistema forma parte del minucioso trabajo de Carrillo que él tituló a la manera de Mao Tse Tung, de moda en 1949, con un soberbio eslogan, algo largo para el gusto occidental: Sobre la teoría marxista-leninista-estalinista del Estado y el papel del camarada Stalin en su elaboración y realización práctica. No falta nada ni en el título ni en la vida, pues, como escribe Santiago, Stalin había elaborado una teoría completa y acabada sobre el Estado socialista. El mundo estaba ya cerrado, al alcance de la mano.

No es que la idea de elaborar un regalo ideológico a la causa fuera del PC español: la pauta la había marcado ya el Kominform con su revista Por una paz duradera…, donde los secretarios generales o sus primeras plumas nacionales desgranaban insospechadas maravillas dialécticas encabezadas por el estentóreo «Viva Stalin» de Mauricio Thorez. Luego siguieron, de uno en uno, el británico Pollit, el italiano Togliatti, el polaco Bierut, el búlgaro Chervenkov, el alemán Piek, el checoslovaco Gottwald, el rumano Gheorghiu-Dej y, como notas de color, el novelista brasileño Jorge Amado y la española Pasionaria[20].

Diciembre de 1949 supuso el cénit de la etapa estalinista del movimiento comunista. Como creyentes fieles todos miraron a su Meca, mientras en ella Stalin sabía que llegaban centenares de trenes cargados de regalos y donde un equipo seleccionaba los más significativos, para incorporarlos al Museo de la Revolución. Stalin y Revolución se habían identificado tanto que de la revolución no se hablaba porque bastaba con decir Stalin.

Stalin convertiría el 21 de diciembre de 1949 en un día memorable. Primero lo declaró festivo. Luego convirtió en gratuitos durante la jornada los cines y teatros. Apareció a media tarde durante la función de gala en el viejo templo de los zares, el teatro Bolschoi, en una escena entrañable, dándole la mano a su hija Svetlana. Fue el delirio. Por la noche, en el banquete del Kremlim salieron los selectos invitados al balcón, ateridos de frío, para contemplar cómo los proyectores escribían en el cielo un nombre y una efigie, colocándola entre las estrellas: Stalin.

Acababa una década, pero no los signos que la definían: se abrió con Stalin y con él terminó. Su figura estaba en la cumbre. Una sólida cumbre maciza de cadáveres. Eugenia Semionova Ginsburg, detenida en un campo de concentración, describió la mentalidad del momento, en pugna con la razón, al narrar su conversación con otra prisionera de los campos de concentración estalinistas:

—*¿Acaso sabe usted lo que sucede en la URSS?*

—*¡Traición! Terrible traición en todas las capas del partido y del gobierno. Entre los traidores se encuentran numerosos secretarios de los comités del partido y de los comités centrales de las diversas repúblicas: Postichev, Jataievich, Aike, Rasumov, Ivanov, el presidente de la Comisión de Control, Antipov; muchos oficiales.*

A lo que respondió la Ginsburg:

—*Pues si todos han traicionado a uno, ¿no es más fácil pensar que él ha traicionado a todos?[21]*

[1] Mundo Obrero, 29 de enero de 1948.

[2] Respectivamente, Indalecio Prieto (PSOE), Trifón Gómez (UGT) y Juan José

Luque (CNT).

[3] N. B., marzo de 1948.

[4] E. Pons Prades, Guerrillas españolas. 1936-1960, Barcelona, 1977.

[5] Este texto será instrumentalizado por Enrique Líster años más tarde para criticar la decisión de disolver las guerrillas.

[6] Y mañana, España, 1975-1976, vol. I, p. 107.

[7] Por ejemplo, el proyecto de una Federación Balcánica, que encandiló hasta al propio Dimitrov en 1947.

[8] F. Claudín, Santiago Carrillo, Barcelona, 1983.

[9] L. Delage, N. B., septiembre-octubre de 1948; S. Carrillo, N. B., noviembre-diciembre de 1948.

[10] También la visitó Stalin durante el postoperatorio. Le acompañó tan solo Molotov.

[11] La curación se debió a una supuesta dieta de pepinillos. El relato del asunto aparece en su último libro de recuerdos (Barcelona, 1984). Ella lo denomina el «milagro de los pepinillos» y refleja a las mil maravillas ciertas deficiencias seniles que sería muy cruel resaltar.

[12] Mundo Obrero, 3 de febrero de 1929.

[13] El único comandante muerto en Andalucía por fuerzas guerrilleras era del Cuerpo de Ingenieros y el hecho tuvo lugar en 1947.

[14] Testimonio personal de José Gros.

[15] Y mañana España, vol. I, p. 23.

[16] E. Pons Prades, ídem, p. 270.

[17] El editorial lleva fecha de 30 de septiembre de 1948. Si tenemos en cuenta que la aparición del semanario no coincidía con la fecha impresa, pudo redactarse nada más terminar la entrevista con Stalin o como resultado de las

reuniones previas con la dirección del PCUS para preparar la audiencia.

[18] Testimonio de Pilar Claudín.

[19] Sic., con mayúsculas.

[20] Por su estilo no parece que este trabajo lo redactara la propia Dolores de su puño y letra. Además, coincide con su hospitalización.

[21] A. S. Ginsburg, «Marschroute eines Lebens», citado por Ernest Fischer en Recuerdos y reflexiones, p. 357. La pregunta de Ginsburg ha sido corregida del original.

Capítulo 8

REY RICARDO: ¿Qué resta aún?

NORTHUMBERLAND (presentándole el papel): Nada, sino que leáis estas acusaciones y estos odiosos crímenes cometidos por vuestra persona contra el Estado para que, por vuestra confesión, las conciencias puedan juzgar que habéis sido justamente destronado.

REY RICARDO: ¿Debo hacer tal? Noble Northumberland, si tus ofensas estuviesen escritas, ¿no te llenaría de confusión leerlas ante tan escogida asamblea?

W. Shakespeare, Ricardo II

AL MODO Y MANERA DE LOS PROCESOS ESTALINISTAS

En noviembre de 1947 comienza la etapa de las depuraciones en el interior del partido. Hasta entonces había, como en todo partido, expulsiones individuales o incluso eliminaciones físicas a título de decisiones políticas, pero en 1947 se abre un periodo en el que se tiende a colectivizar la expulsión, a dar significado general a las depuraciones. No es casual que este proceso, que durará intermitentemente hasta 1956, coincida con una etapa en la que el PCE se encuentra aislado, en plena guerra fría y con una crisis como partido político que le llevará a agudizar sus «señas de identidad», identificables con el estalinismo imperante. Es un periodo que se inicia con la expulsión de los comunistas de los Gobiernos occidentales y se cierra con la muerte de Stalin (1953). El fenómeno estalinista español y las depuraciones al uso permiten ampliar el periodo hasta 1956.

Los procesos políticos de los países socialistas coincidirán en el PCE con otro tipo de procesos, no menos bárbaros y amañados, aunque sus consecuencias no serán en ningún momento la pena de muerte, sino el ostracismo político y la redención por el trabajo. Las condenas significaban abandonar los privilegios inherentes a los altos funcionarios del aparato comunista, en países donde dicha categoría era algo digno de tener en cuenta, y sumergirse en un mundo particularmente difícil, como es el de las condiciones laborales a destajo de los trabajadores durante la etapa estalinista. El agravante de estar fichado como expulsado o sancionado del partido se traducía en una mayor rudeza en las ya de por sí difíciles condiciones. Los procesos, como ocurría en los países socialistas, llevaban aparejados el castigo a toda la familia, salvo denuncia expresa y pública del pariente que había «traicionado» a la causa. También era obligada la publicidad y la autodenuncia de los procesados.

Va a ser Moscú el lugar donde se inaugurarán los procesos del PCE con similares características de sanciones, inculpaciones y condenas públicas de los autos de fe. Los ejecutores materiales en su papel de jueces en dicho proceso serán Vicente Uribe y Fernando Claudín. Las víctimas: dirigentes del PCE en la URSS. Tres de ellos miembros del Comité Central: José Antonio Uribes, exdiputado por Valencia y responsable de la organización en la URSS; Segis Álvarez, exmiembro del Comité Nacional de las JSU; y Julio Mateu, valenciano, uno de los escasos líderes del sindicalismo agrario durante la República. Los otros tres depurados también estaban bien situados en el escalafón del aparato del PCE en Moscú: Luis Abollado, sevillano, afiliado a las Juventudes Comunistas desde 1931; José Juárez, que había estado en la URSS antes de la guerra civil y cuya responsabilidad durante la contienda había sido la sección de cuadros del Comité Central; y, por último, Ramón Barros, gallego, otro exdirigente de las JSU.

¿Qué da a este proceso, conocido en la historiografía del PCE como el «complot del Lux», su carácter de primero, restándoselo al «caso Quiñones», al de Monzón o al de Jesús Hernández y Enrique Castro Delgado? Lo fundamental es que en esos casos citados se trata de diferencias políticas o personales que generan discusiones; un conflicto al que seguirían sanciones y depuraciones. Hay una divergencia política, hay elementos políticos de fondo, de matiz o respecto a apreciaciones de la capacidad de los dirigentes. Sin embargo, en los procesos políticos que se inauguran en 1947, en Moscú, no existirán diferencias sustanciales hasta que el proceso las fabrique y las magnifique, y por supuesto las extorsione, convirtiendo las biografías, a partir de un tendencioso análisis, en

elementos de sospecha política y en causa primera de los comportamientos y las actitudes. De las biografías se extrajo más basura para la obsesión de la que soñó hallar Freud con su método psicoanalítico.

El proceso denominado «complot del Lux» debe su nacimiento a la ofensiva que, en los comienzos de la guerra fría, lanza la derecha, y muy especialmente el PSOE, contra el dúo dirigente Dolores-Antón, aprovechándose sobre todo de los testimonios vivos de Jesús Hernández y Enrique Castro Delgado, exiliados en México. Tanto Hernández como Castro podían tener razón, exagerar o mentir, pero de lo que nadie podía dudar es de que se trataba de dos conocedores de primera mano del mundo comunista español desde sus comienzos, que habían sido testigos excepcionales de la borrascosa etapa del PCE en la URSS tras la pérdida de la guerra y el comienzo de la conflagración mundial. Los ataques de Hernández y Castro podían dirigirse al PC y su equipo dirigente, pero a quienes más afectaban era a Dolores y Antón, y les dolían en el terreno personal tanto más que en el político.

No es extraño que en el furor de la indignación, presionado el Buró Político por Dolores y Antón y curándose todos los demás en salud, se exigiera en una reunión del Buró en París revisar las conductas durante 1941 y 1942 en Moscú, el periodo en el que Hernández y Castro conspiraban contra Dolores y Antón. Indignaba sobremanera a Pasionaria la huida de Castro Delgado de la URSS y creía ver en su fuga hacia México connivencias entre los españoles residentes en la URSS, que no habían actuado con la suficiente firmeza para impedirla. Había, por tanto, entre el núcleo de españoles en la URSS dos grados de responsabilidades no depuradas: los que procedían del pasado, por haber osado criticar a Dolores y a su compañero Antón, y los que se derivaban de supuestas complicidades en la marcha de Castro hacia México. De una y otra parte la cabeza bien visible y malquista de Dolores y Antón era el maestro de escuela conquense José Antonio Uribes. Pero ese hombre al que no ahorraban odios Pasionaria y otros tenía una aureola de viejo militante y líder político de prestigio y había que «desenmascararle» a él y a los que se la habían fabricado.

Para abrir el dossier del Lux hubo que ir a Moscú y hacer un primer estudio sobre el terreno. La tarea se la encomienda el Buró Político a Santiago Carrillo, quien viajará a la URSS en el verano de 1947. A su vuelta informa al Buró Político de sus entrevistas moscovitas, dando lugar a la apertura de la fase «sumarial» del proceso político interno del «complot del Lux». Se hacía referencia con ello al Hotel Lux, residencia en los primeros años cuarenta de los

representantes extranjeros en la Komintern, y donde vivieron tanto Hernández como Castro Delgado, así como otros españoles adscritos a tareas burocráticas en la Internacional Comunista.

En 1947 los viajes a la URSS eran infrecuentes y Santiago aprovechó su estancia veraniega para luego dar una sonada conferencia en la «Casa de los Sindicatos» de París ante la plana mayor del partido, sobre el tema «los niños españoles en la URSS». El comienzo de su alocución lo dice todo: Camaradas y amigos. El 12 de julio se festejó en Moscú, corazón y cerebro de la democracia mundial, el décimo aniversario de la llegada de los niños españoles a la Unión Soviética… Entre las numerosas lindezas que pronunció Santiago hay una que convendrá recordar para aplicarla al caso del «complot del Lux» y las posteriores sanciones. Santiago, además de exclamar: ¡Qué maravillosa reserva está siendo educada para la democracia española en la Unión Soviética!, advierte de que en la URSS el trabajo no es una carga para el hombre… es una cuestión de gloria y honra.

Conocido el informe de Carrillo sobre la situación del PCE en la URSS, deciden que sea Vicente Uribe quien vaya a depurar la organización, eliminando cualquier antigua concomitancia con Hernández o Castro Delgado. Le acompañará Fernando Claudín, recién cooptado al Buró, para que asista al juicio político en su calidad de nuevo dirigente y para que conozca de primera mano la organización, sus miserias y flaquezas. Entre las misiones de Vicente Uribe y Claudín está la de destituir al responsable del PCE en la URSS y miembro del CC, José Antonio Uribes, y encargar a Claudín de dicha tarea[1].

El 25 de noviembre de 1947 se celebrará en Moscú la reunión-juicio por «el complot del Lux», en presencia del pleno de la organización del partido. Presidieron por parte española Uribe y Claudín y, dada la importancia del asunto, fue testigo de excepción Tatiana Ivanova, responsable del PC de la URSS para las relaciones con los PPCC de los países latinos.

La reunión-proceso durará tres días. La abrirá Vicente Uribe haciendo el informe fiscal con una exposición que no dejaba lugar a dudas: en la URSS hubo un traidor (Jesús Hernández) y ese traidor encontró ciertos cómplices (José Antonio Uribes, Moncho, Abollado…) que no supieron desenmascarar su plan de infamias, [en el que] entraba el aniquilar física y políticamente a nuestro secretario general (Dolores Ibárruri). Siguiendo la línea del discurso de Vicente Uribe, podría percibirse aquello de excusatio non petita, acusatio manifesta, porque a partir de aquí fue lanzando descripciones exculpatorias de la figura de

Dolores: nuestra honra, orgullo del pueblo español que ha dado vida a figura tan gigantesca, y así, subiendo por esa escalera de Jacob de los ditirambos en busca de lo sublime, se alcanzó lo ridículo: Dolores no es solo una gran oradora, que ya es mucho, Dolores es un gran cerebro político. Debía reconocer, y así lo hacía, que se había tratado de una guerra sorda contra los camaradas Dolores y Antón, y aunque Antón maldito el caso que le merecía a Uribe, Dolores, sin embargo, era persona limpia y cristalina.

Tras la descripción del crimen, llegaba el momento de citar expresamente a los criminales, degenerados políticos… fieles a todo lo corrompido, a todo lo podrido (Hernández y Castro Delgado) amparados por un dirigente, José Antonio Uribes, y que contaron con la colaboración de ese cuarteto de Segis (Álvarez), Abollado, Moncho (Ramón Barros) y Juárez, ese cuarteto a quienes el partido les ha elevado de gentes inconscientes a ser algo decente en la vida, porque fuera del comunismo no hay nada decente en la vida.

Esa definición ecuménica con acentos de Vicynsky, el famoso juez-fiscal-verdugo del estalinismo, iba acompañada de una amenaza siniestra: Si las andanzas y manejos de Hernández se hubieran sabido, no hubiese podido llegar a México. Era una sentencia de muerte clara como el agua, que junto a la definición universal sobre el comunismo, la vida y la decencia, resumían un mundo, el de la degeneración estalinista, que había entrado, al galope, en su última etapa, abierta en 1948 y que duraría de manera sangrienta hasta la muerte del dictador. Los españoles, por sus peculiares condiciones y su idiosincrasia, la adelantaron un año.

Uno por uno los acusados fueron pasando por la piedra de pulir manejada por los dos maestros desbastadores, Uribe y Claudín. El resto de los reunidos, una vez conocidas las víctimas, aportaban algún toque personal o una minucia rastrera, y los reos quedaban vistos para sentencia, que en noviembre de 1947 se reducía a dos: si no admitían la condena y su culpabilidad manifiesta, irían a campos de trabajo, vulgo, concentración, y si abjuraban de sus pecados pasados, por más supuestos que fueran, les condenarían al más infamante de los castigos: trabajar en una fábrica, dejando de ser funcionarios del partido. Curiosidad penal que aún hoy hace sonreír a los supervivientes de estas y otras purgas, cuando señalan el carácter freudiano de que el Partido Comunista, en un país donde por principio reinaba la clase obrera, castigara a sus militantes a convertirse en obreros.

El principal acusado, José Antonio Uribes, antiguo diputado por Valencia y

miembro del Comité Central, mantuvo una indiscutible dignidad frente a sus acusadores: aceptó la autocrítica –qué otra cosa podía hacer–, pero añadió una defensa de su honestidad política y de su comportamiento desde que salió de España en 1939, citando valientemente las aberraciones con las que se halló a su llegada a la URSS, y de las que eran responsables los dirigentes máximos del PCE. Su audacia obligó a Fernando Claudín, en su papel de fiscal, a interrumpirle exigiéndole que no citara nombres ni organismos, pues por su boca salían los de quienes coincidían en sus apreciaciones críticas a Antón y Dolores, como Líster, Modesto, Cordón, Esteban Vega… y estos en 1947 se habían convertido en intocables.

De poco le valió su alegato, pues, como él había manifestado al comienzo de su intervención, el Buró Político va a juzgarme, si no me ha juzgado ya. Estaba juzgado y condenado, pero aún tendrá la osadía de mantener hasta después de conocer su sanción, en una reunión personal con la dirección del partido, que él, sobre Antón, seguía manteniendo sus dudas y exigió a Fernando Claudín, según consta en un acta del 12 de marzo de 1948, cuatro meses después del juicio y la condena, que explicase por qué razón le señalaba como traidor, y por qué dejaba en el aire semejante duda.

José Antonio Uribes no era un novato en la política; a sus treinta y seis años tenía experiencia y una vida dedicada a sus convicciones para que le trataran como un traidor o un ambicioso. Había empezado su lucha revolucionaria antes de la República, entre los escasísimos núcleos de estudiantes comunistas de la Universidad de Valencia, donde hizo varios cursos de Medicina después de terminar Magisterio y ejercer en Picassent. Cuando le acusan de haber recibido un libro desde México de la «renegada» Margarita Nelken, con una frase expresamente dedicada, se revuelve contra sus fiscales: Yo os digo más: si revisáis en los archivos veréis que hay también una carta de ella dirigida a mí y una contestación mía… yo le envié las cosas que obraban en mi poder y que pertenecían a su hijo, que como sabéis había muerto en el frente. Ella entonces me escribió agradeciéndome el interés tomado, pero a la vez quejándose de que Dolores no le hubiese comunicado la muerte de su hijo. Todos estaban al tanto de que el hijo de la Nelken, Francisco de Asís, había muerto heroicamente en el Ejército soviético.

El penúltimo acto en el fallido intento de enterrar a José Antonio Uribes tuvo lugar el 18 de febrero de 1948 y, por esas crueldades de la historia, sus seis acusadores, fiscales y jueces, Fernando Claudín, Rebellón, Jacinto Barrios,

Joaquín de Diego y Carmen Pinedo no solo verán defraudadas sus esperanzas de que Uribes lo admitiera todo, sino que serán expulsados del partido o marginados de él, uno tras otro, en años y circunstancias diferentes. En la búsqueda del argumento descalificador afirmaban que ganaba más dinero que nadie, en la URSS, con sus charlas, artículos y conferencias. Él, asumiendo su papel, responde que tiene capacidad y cultura suficiente para hacer traducciones y que sin embargo no se beneficiaba de ello como hacían otros, ni colaboraba en Radio Moscú, para que no pensasen que lo hacía por cobrar; y que si buena parte de los niños españoles en la URSS se habían lanzado al robo, él no podía aceptar la responsabilidad de que existan delincuentes, no puedo cargar sobre mí esta responsabilidad, porque había que entender de qué modo vivían y lo que tuvieron que sufrir durante la guerra.

Al fin, después de varias reuniones, decidieron destituir a Uribes de toda responsabilidad política y mandarlo de profesor de español a un centro universitario moscovita. Los otros acusados tuvieron peor suerte: Segis Álvarez, dirigente histórico de la Juventud Comunista, Luis Abollado, Ramón Barros, Julio Mateu, a quien Vicente Uribe, en su acta acusatoria, denominó payaso, y José Juárez fueron inhabilitados de sus cargos y responsabilidades en el partido. Les enviaron a trabajar a la fábrica de automóviles Stalin de Moscú, rebautizada Lijachov después de 1956. No serán rehabilitados formalmente nunca, aunque José Antonio Uribes volverá a incorporarse al Comité Central en 1956, pasando a responsabilizarse de Radio España Independiente junto a Ramón Mendezona. Se dio carpetazo al asunto como si nunca hubiera existido.

Con este juicio se iniciaban los procesos en el PCE. La aparente exigüidad de las condenas no es tan inocua como parece, pues incorporarse a un taller o a una fábrica, tras haber sido funcionario del partido, no era precisamente algo envidiable; las condiciones laborales, ya de por sí muy duras, se convertían en brutales y la indefensión y el sentimiento de que la vida de uno pendía de un hilo era algo por lo que pasaban en todo momento los sancionados. Ahora bien, en esto como en otras cosas, los tiempos fueron radicalizando las posiciones y, conforme fueron avanzando los meses, el PCE dejó de ser pionero en procesos políticos, endureciéndose el tono y las consecuencias de los castigos.

La depuración de la plana mayor del PCE en Moscú, que no otra cosa será lo que se realice en el denominado «complot del Lux» en el 1947-1948, fue un toque de atención a los tiempos que corrían. Pasionaria temía en la figura de José Antonio Uribes una independencia de criterio que le había llevado a escribir en mayo de

1946, en una carta de advertencia: Vuelve a repetirse el mismo juego de Hernández; tú [Uribes] eres partidario de que los compañeros salgan de la Unión Soviética y yo [Dolores] me opongo a que vayan a Francia. Uribes había pasado a la categoría de sospechoso porque en el fondo no podía ocultar su pensamiento de que todo militante que se quedara en la URSS estaba perdido para la revolución, formulación que había hecho suya Hernández a comienzos de los cuarenta.

PSICOSIS DE GUERRA FRÍA

Las depuraciones internas abrían un periodo de bunkerización en el que el Partido Comunista, o los partidos comunistas, debían buscar en su seno los males que les aquejaban, que no podían ser otros que la traición, la doblez y el trabajo de zapa del enemigo. Contentos o sencillamente resignados con el mundo político general, que se resumía en el plano nacional con el tran-tran sangriento de las guerrillas y el Frente Republicano, y en el internacional con los trazos de la Kominform, el PCE podía volcarse sobre sí mismo y depurarse. Partamos siempre de la premisa de que los depuradores, por principio, han sido los más sospechosos. Pero uno de los principios de la depuración es ese, el de que los depuradores o inquisidores jamás se cuestionan; ellos se han imbuido de la tarea y la asumen como si se tratara de un derecho divino. La única persona por encima del bien y del mal, administradora de vida y hacienda, ojo del huracán e implacable tribunal supremo de aquellos años, fue Dolores Ibárruri. Nada era realmente oficial sin que ella le imprimiera el sello, la aprobación o el silencio. Así será a lo largo de este periodo en las sucesivas depuraciones y revisiones: la camarada Dolores tiene la última palabra.

La comparación entre esta apertura de los procesos políticos en el PCE y su parafernalia con los que empiezan a menudear a partir de 1948 en los países socialistas confluye en un punto; cada proceso político saldado con éxito, lo que dadas las condiciones y el ambiente no era pedir demasiado, aumentaba el entusiasmo, y las depuraciones se multiplicaban. Tras el éxito de la depuración de Moscú de finales de 1947, y coincidiendo con las dificultades con las que choca el PC en el interior de España y su nada olímpico aislamiento, la dirección del partido se concentra en la misión depuradora, en la que ven incluso una serie

de ventajas de orden práctico con relación a sus objetivos de lucha clandestina: los reiterados fracasos en el interior tienen una causa; el partido está infectado de traidores y hay que descubrirlos. De la fiebre no se salvó ni el superclandestino aparato de falsificación de documentos. Desde mediados de los años cuarenta el PCE había conseguido crear un taller de reproducción de carnés y otros papeles imprescindibles para el trabajo clandestino. La tarea estaba en manos de Domingo Malagón, que con el tiempo devendría un mago de la falsificación; había empezado reproduciendo los bonos para la alimentación en la zona francesa ocupada por los nazis y este exestudiante de la Escuela de La Paloma y de Bellas Artes, en Madrid, crearía escuela con el transcurrir de los años. En 1946, tras la detención de Zoroa en Madrid, uno de los encargados del aparato clandestino entonces y responsable político de pasos, Fernando Claudín, sometió al mismo Domingo Malagón a una investigación minuciosísima sobre su pasado, de la que no debió de salir muy convencido, pues se le impuso un comisario personal, Luis Solares, con la tarea de controlar y supervisar las actividades de Malagón. Evidentemente, con Malagón no había posibilidad de sancionarle; de hacerlo, el partido se hubiera quedado sin documentos. Tanto él como su ayudante, el guipuzcoano Jesús Beguiristain, estaban incursos en graves sospechas por los inquisidores.

Toda gran campaña política en el movimiento comunista tiene un título periodístico, o un artículo, o un folleto que la define. En el PCE las depuraciones se ejemplifican, después de la exitosa experiencia de Moscú, en un artículo aparecido en Nuestra Bandera, a primeros de 1948, con la firma de Santiago Carrillo: «Desenmascaremos a los falsos resistentes».

A partir de ese texto de febrero de 1948 la historia del partido se va a reescribir en función de este momento y de las necesidades intrínsecas del núcleo dirigente del PCE. Toda divergencia presente o pasada, todo matiz, todo punto de ambigüedad que cualquier militante o dirigente hubiera mantenido en el pasado será susceptible de utilizarse como prueba de traición inveterada. Era obligado revisar las biografías para encontrar la causa primera de la traición, que siempre alcanzaba hasta la propia cuna, es decir, el corrompido y perjudicial ambiente familiar; con lo que, una vez más, los análisis del PC, sus procedimientos analíticos, coincidían con la psiquiatría y el psicoanálisis en un plano burdo y extorsionador.

El artículo de Carrillo «Desenmascaremos a los falsos resistentes»[2] plantea ya las líneas maestras aprendidas en el proceso de 1947 y desarrolladas luego: el

arte de la amalgama. En su texto, Santiago, tomando como hilo conductor exclusivamente su pluma y los adjetivos, vincula a la Alianza Democrática, de mayoría socialista y en la que el PCE había ingresado en enero de 1946, con una fórmula política lanzada y sostenida por el espionaje inglés, el cual había creado una mafia de falsos resistentes, socialistas y cenetistas, conectados con los Servicios de Información de Franco e incluso con la Gestapo nazi, todo ello capitaneado por la Embajada inglesa en Madrid y los consulados de Su Majestad británica en ciertas provincias. En un contexto como este se menciona significativamente el ejemplo de Jesús Monzón, el líder de la Unión Nacional y responsable del partido en el interior en 1944, como elemento aventurero, primer paso para una revisión más a fondo y a la que se va preparando a la militancia. Todo se reduce a lo mismo: la ofensiva imperialista ha penetrado en las filas del partido, porque el partido es el objetivo único de ese enemigo imperialista. Los aliados de ayer y los policías de Franco no tienen más que una obsesión: destruir al PC de España. Santiago Carrillo aduce que en la cárcel de Larrínaga, en Bilbao, los carceleros y los policías, entre tortura y tortura, tratan de convencer a los detenidos de las bondades del plan Prieto[3].

Estaba en el ambiente que envolvía la guerra fría. La crisis del movimiento comunista contra Tito no saltará hasta el verano de 1948, pero ya había síntomas y precedentes en el PCE y en otros partidos comunistas. Tito y lo que se denominaría «titismo» servirá de acicate en la búsqueda de traiciones. La identificación y el mimetismo del movimiento comunista lleva a que si Stalin, con su clarividencia, ha desenmascarado a Tito, cada partido debe buscar su Tito particular; porque no hay partido sin su Stalin, ni traición sin su Tito. Cada dirigente parecía haberse encerrado en los archivos a la búsqueda de alguien identificable con posiciones titistas; vivo o muerto, pero identificable.

En España el «titismo» va a estar representado en un principio, y a falta de mejor ejemplo, por Jesús Monzón, el hombre de la Unión Nacional y dirigente clandestino del partido en Francia y España. Como parece obvio, Monzón no tenía ni idea de Tito y de sus posiciones, ni de lo que se dirimía en el movimiento comunista internacional; estaba en las cárceles de Franco desde 1945. Fue escogido como chivo expiatorio por la ausencia de otros candidatos y el tema, aunque vidrioso y traído por los pelos, podía facilitar dos hallazgos si se extorsionaban bien. El primero, hacer de Monzón el responsable de los desaguisados partidarios desde 1943, dada su condición «aventurera», que luego se transformará en pura y simple «provocación» (trabajo de espionaje). El segundo, que el encarcelamiento de Monzón podía ser una prueba fehaciente del

cinismo y la maldad congénita del enemigo por infiltrarse en las filas comunistas y confundirlas, al meter a un espía en la cárcel cual si fuera militante honrado. Lo tortuoso del argumento es lo de menos; la verdad es que funcionó. Ya decía un personaje de la novela Dientes de dragón, de Upton Sinclair, que «cuanto mayor es la falsedad, más fácilmente se cree en ella». Mientras no se vuelva a abrir el caso Quiñones, y sobre todo hasta que no salte la crisis de Comorera, el PCE utilizará a Jesús Monzón como el espía titista, avanzado por el imperialismo y desenmascarado por la firmeza y el talento de la dirección del partido.

A falta de mejores ejemplos, y con la ventaja de sus respectivas situaciones, se utilizará primero a Monzón, encarcelado, y luego a Heriberto Quiñones, fusilado por Franco en 1942, como los agentes del enemigo, titistas «avant la lettre», lo que colocaba al PC español y a su dirección como unos avezados descubridores de enemigos, antes incluso que el resto del movimiento comunista internacional.

En la evolución de los procesos políticos en el PCE, aunque sea algo acrónica y, como la lanzadera, vaya hacia adelante y atrás, la lana saldrá continuamente siguiendo este hilo: revisión del denominado «complot del Lux», luego reconsideración de la figura de Monzón y su Junta Suprema; posteriormente se incorporará a Quiñones en la galería de provocaciones y luego, siguiendo ya el paso del tiempo, se provocará el proceso a Comorera, secretario general del PSUC, y por último, y durante tres años, estará el caso Antón, que conmoverá como ningún otro al núcleo dirigente y cuyas consecuencias alcanzarán a numerosos cuadros y miembros del CC. Con el proceso a Antón, que es sin duda más importante para el PCE que el de Comorera, se terminan los procesos políticos de la época de esplendor estalinista.

Casi simultáneamente a la apertura en Moscú del proceso a los seis encubridores del «complot del Lux», se daba comienzo en París a los interrogatorios que despejarían el caso Monzón. El fiscal-instructor será en este caso un hombre a la altura del escalafón que correspondía a la escasa representación de los interrogados; se trata de Esteban Vega, miembro del CC y mano izquierda en Francia de Santiago Carrillo y Francisco Antón. El objetivo de Vega, respecto a los colaboradores de Monzón durante la guerra mundial, es el de lograr que confiesen la vinculación de Monzón con el entonces factótum del espionaje imperialista, según la versión soviética, el norteamericano Noel Field, por lo demás un veterano del KGB soviético. Los principales encausados, sometidos a duros interrogatorios, fueron el valenciano Manuel Jimeno y la que había sido

compañera de Monzón en Francia, Carmen de Pedro, posteriormente esposa legal de Agustín Zoroa, fusilado en Madrid en 1947.

La historia ha confirmado que el judío norteamericano Noel Field era en realidad un agente soviético que trabajó para la URSS primero en Francia y luego en Suiza. Jesús Monzón no llegó a conocerle, pero sí Carmen de Pedro. Field había colaborado con los españoles en 1944, cuando, a raíz de las detenciones de comunistas españoles en Francia, Carmen de Pedro y Manuel Azcárate se vieron obligados a cruzar a Suiza, donde a la sazón residía Field. Este norteamericano se convirtió luego, gracias a las manipulaciones de los servicios soviéticos, en el principal agente de infiltración imperialista en las filas comunistas y cualquiera que hubiera tenido relación con él fue considerado susceptible de trabajar para los norteamericanos, incluso –como en el caso de Monzón– cuando no le conocían. Esto obligaba a aquellos que sí le conocían, como Manuel Azcárate, a admitir cuanto de él solicitaran para poder salvar su cabeza[4]. Y en este juego siniestro el que delataba falsedades se salvaba y el que decía solo la verdad era condenado. En aplicación de este curioso código, y sin explicación alguna, Carmen de Pedro y Manuel Jimeno fueron expulsados del partido sin más protocolos. Un par de meses antes, todavía Carmen de Pedro presidía, junto a Vicente Uribe, un homenaje multitudinario a su marido Agustín Zoroa. De pronto, sin más precedente que los torpes interrogatorios de Esteban Vega, pasaban a la categoría orweliana de no personas; ya no existían para el partido, ni nadie les saludaba, ni iban a su casa, ni tan siquiera les recibían en las de otros militantes. Jimeno volvió a su antigua profesión de sastre y Carmen de Pedro a secretaria bilingüe en busca de trabajo. Francisco Antón, entonces en la cúspide de su poder, zanjó cualquier sensiblería con una frase antológica referida a Jimeno y Carmen de Pedro: Aunque se pongan a cuatro patas no reingresarán en el partido[5].

Después de los interrogatorios, y al unísono con las expulsiones de Jimeno y Carmen de Pedro, expulsiones que, por cierto, no les comunicó nadie, sino que fueron de facto, apareció en Mundo Obrero[6] un comunicado firmado por el Comité Provincial de Madrid en el que informaban de que Jesús Monzón ha sido expulsado del PC, por la labor de provocación que ha venido realizando de manera sistemática y consecuente desde hace mucho tiempo. Aunque el comunicado llevaba la firma del Comité de Madrid es evidente que lo habían redactado en París, pues Monzón estaba en prisión desde hacía dos años y la organización del partido en la capital de España estaba preocupada por otras cuestiones que por un preso en el Penal del Dueso. Cuando los responsables del

partido en el penal le comunicaron la orden recibida de expulsarle, cuentan los testigos presenciales que le importó un comino, aunque hubo de sufrir un boicot verbal de los militantes del partido, controlados por la troika que dirigía el PCE en el Penal: Núñez Balsera, Arnau y Azpiazu.

La dinámica inquisitorial es imparable y crea inseguridad entre los protagonistas; se fomenta de alguna manera el fantasma de la provocación y se magnifica el acoso del enemigo: Sabemos que crímenes como el cometido contra Togliatti y contra Tokuda[7] se proyectan también contra nuestro partido, se escribe en los medios de prensa del PCE. Se vive en un ambiente de guerra fría, con los dos campos bunkerizados en sus respectivas posiciones y con la aplicación de métodos terroristas para excluir al adversario. La barbarie y el toque a rebato no solo estaban en el campo comunista. David Caute escribe en su alegato anticomunista «Compañeros de viaje»: El repicar de tambores del establishment militar norteamericano y la histeria de la prensa norteamericana al uso dieron motivos para que la alarma fuese legítima, particularmente el número correspondiente al mes de octubre de 1951 de la revista Collier's, cuyos títulos ponían los pelos de punta: «La derrota y ocupación de Rusia. 1952-1960: reseña anticipada de la guerra que no queremos». Profusamente ilustrada, con mapas y diagramas, declarando haber contado con la colaboración de altos funcionarios de Washington, el número de octubre preveía una guerra de tres años y medio que culminaría con la insurrección del pueblo soviético contra Stalin. Se daba fríamente la cifra de bajas soviéticas, calculadas en 32 millones de muertos. Pero, como señaló Corliss Lamont, Collier's no fue ni mucho menos la primera publicación que ofrecía semejante espectáculo al público norteamericano enloquecido de miedo. En 1948, The New York Times, Newsweek, Look, Life y Saturday Evening Post habían publicado largos artículos sobre la manera más eficaz de bombardear a Rusia por el aire[8].

Los medios de comunicación autodenominados «liberales» incitaban a la inquisición anticomunista y algunos llegaban al linchamiento. Formas de evidente fanatización con ribetes fascistas que correspondían, con sus propias características, a la criminalidad del terror estalinista, al que beneficiaban y alimentaban.

Dentro de este clima general hay que incluir, obviamente, al régimen del general Franco, que actuaba con otros parámetros o, más exactamente, que llevaba los esquemas operativos del mundo occidental a sus últimas consecuencias, ratificando así su genuino carácter fascista. Durante los años cuarenta y primeros

cincuenta, los demócratas, cualquiera que fuera su color, eran reos de la justicia y candidatos al pelotón de fusilamiento. El régimen seguía atentamente los sucesos de su entorno occidental y se felicitaba de que algunos procedimientos que hasta entonces le caracterizaban solo a él se hubieran convertido en epidémicos.

El 14 de julio de 1948 un joven atenta contra Togliatti a la salida del Parlamento. El dirigente más sobresaliente del comunismo occidental oscila durante días entre la vida y la muerte. Unos meses después, el secretario general del PC japonés, Tokuda, sufre otro atentado. Y en el verano de 1950 Julien Lahaut, presidente del PC belga, es asesinado. Togliatti, ya recuperado, vive un oscuro accidente de automóvil cerca de Milán y otro tanto le pasa al francés Jacques Duclos en Auch, con un saldo de diez heridos. La inexistencia casi absoluta de investigaciones históricas sobre la guerra fría en Occidente y la represión que generó ha sido referida recientemente por el trabajo de Marie-France Toinet La chasse aux sorcières. 1947-1957. Pese al esfuerzo, quedan enormes lagunas que habrá que ir llenando, al igual que se ha hecho con el cerrado mundo de los países con socialismo de Estado.

En aquella época, hollada por una guerra fría con ribetes de caliente, la dirección del PC español se siente particularmente afectada por los atentados a sus colegas italianos, franceses y belgas, y en el típico ejercicio de sugestión defensiva denuncian un supuesto complot contra Pasionaria. El atentado hipotético contra Dolores Ibárruri dará pie a un rigorismo en el PCE y estará rodeado de hechos que, con toda probabilidad, tienen visos de montaje. La hipótesis de que la denuncia del atentado a Dolores no escondiera sino objetivos internos puede deducirse directamente del relato oficial, así como de sus efectos, pues el supuesto atentado, del que nunca jamás se volverá a hablar, sí significó la revisión de algunas biografías.

En el mes de octubre de 1950 se emite, en nombre del Comité Central, una declaración donde se denuncia que en el territorio de Francia se encuentra un grupo de agentes franquistas que, con el apoyo de agentes americanos, tiene la misión de perpetrar el asesinato de la gran dirigente del pueblo español, camarada Dolores Ibárruri, y de otros dirigentes del partido… Dos datos hacen difícil que los agentes norteamericanos estuvieran interesados en colaborar con los franquistas para asesinar a Pasionaria. El primero es que el PC español había sido declarado ilegal en Francia desde septiembre de aquel año y estaba prácticamente desmantelado, y el otro y más evidente es que desde la primavera

de 1948 Pasionaria estaba en Moscú y este es un detalle que no podía escapar a ningún servicio de información, por muy incompetente que fuera.

La denuncia del supuesto atentado sí sirvió para apretar las clavijas a la organización y subir un escalón más en el camino de la espionitis. Las organizaciones reciben entonces una serie de instrucciones, como la de estar muy atentos a los camaradas cuya vida privada no es normal: cuya moral no está a la altura de la moral comunista. Esta imprecisión permitía todo, porque nadie podía aplicarle tal reglamento a Uribe, por ejemplo, de quien era bien sabida su pasión por las prostitutas y cuyos festejos en la casa parisina de una farmacéutica polaca se habían ganado notoria reputación entre los miembros del Buró. Ahora bien, sí se podía aplicar a un cuadro medio y no digamos al militante de base, al que se había advertido desde hacía años de que tuviera cuidado de los lazos tendidos por mujeres ([sic] Mundo Obrero, 23 de octubre de 1948).

La tesis de la dirección del partido, si se puede llamar tal, era que el enemigo estaba dentro y eso constituía de por sí un objetivo no solo primordial, sino único. Los comunistas debían enclaustrarse, dudar de todo, no relacionarse más que entre ellos, como dice exactamente una circular enviada a las organizaciones: vigilar y cortar todos los contactos con gentes extrañas. La sola presencia en un consulado español en el extranjero, independientemente de que se tratara de formalizar la situación laboral, un óbito, una partida de nacimiento o el libro de familia, estaba específicamente condenada con la expulsión inmediata y con el agravante de tener que responder de la sospecha que es fácil suponer. A tal efecto se leyó la circular en todas las organizaciones del PCE en Francia durante el verano de 1948.

TITISMO Y ANTITITISMO DEL PCE. LA SOMBRA DE DANTON

Conforme saltaban a la opinión, con gran profusión propagandística, los grandes procesos estalinistas, desde los hitos que supuso Tito y el titismo en 1948 hasta el proceso Slansky (1952), pasando por el de Rajk y Kostov (1949), la dirección del PCE se observaba, como si estuviera dubitativa ante la duda de quién iba a ser su Tito, su Rajk, su Kostov y su Slansky. Esta peculiar situación obligaba a

los protagonistas o a los susceptibles de algún desliz a lacer esfuerzos sobrehumanos en su celo para que quien entendía de eso los descartara.

Santiago Carrillo, cuyo artículo «Desenmascaremos a los falsos resistentes», marcó un jalón en los procesos de depuración internos, se vio forzado a ir aún más lejos y repetir con furor renovado la denuncia contra su padre y sus antiguos compañeros, vulgares agentes del imperialismo anglo-francés[9]. Así evitaba que aquellos a quienes los dedos se les hacían huéspedes no le buscaran las cosquillas como hijo de un traidor. Ya hemos dicho que en la época estalinista los pecados políticos eran hereditarios y consanguíneos; especie de «pecado original» que solo se redimía con el bautismo de la denuncia pública. Como dirá Santiago años más tarde, cuando Manuel Jimeno le pida explicaciones en su condición de víctima: «Bastante tenía yo entonces para que no sospecharan de mí…».

Cubrían sus espaldas y protegían su tejado capitaneando la santa cruzada contra las provocaciones en el partido, aportando su capacidad para la extorsión y la amalgama. Tras la declaración de la Kominform contra Tito, la dirección del PCE celebrará el 17 de julio de 1948 una reunión de cuadros del partido residentes en Francia, ante los que expuso Vicente Uribe la posición oficial del movimiento comunista.

Las aplicaciones al caso español de la expulsión de Tito y sus «espías fascistas» las hizo Santiago Carrillo en una larguísima intervención publicada luego por Nuestra Bandera con el título de «A la luz del comunicado de Bucarest. Las tendencias liquidacionistas en nuestro partido, durante el periodo de la Unión Nacional en Francia». En aquellos años Carrillo tenía cierta querencia hacia los títulos largos, a la moda maoísta, antiperiodísticos, pero «claros» y «exactos», como diría Stalin.

Aprovechando por los pelos el comunicado de la Kominform emitido en Bucarest, Santiago construye el mayor panegírico que podría hacerse a los dirigentes históricos del partido, Dolores Ibárruri y Vicente Uribe, y el más brutal y desvergonzado ataque a quienes, en muy difíciles condiciones, lucharon en el interior de España tras la catástrofe de la guerra civil. Al declarar que hombres como Jesús Monzón y Gabriel León Trilla trabajaban como provocadores a sueldo del imperialismo, no solo reinventaba la historia, sino que exoneraba de sus responsabilidades a quienes, amparados en la distancia, no habían desempeñado ningún papel en el siniestro periodo que terminó en 1945.

Ni Dolores, ni Uribe habían podido ejercer su papel dirigente a causa de los traidores infiltrados que se hicieron con el partido en el interior. Sobre esta tesis, Carrillo va a reescribir la historia a mayor gloria y justificación de sus superiores. Todos sospechaban de todos, pero unos tenían el derecho y el deber de hacerlo y los demás el de asumirlo.

Para Santiago, Jesús Monzón, el militante que deja el exilio francés cuando las vacas empezaban a engordar, para lanzarse a la aventura del interior, llevando sobre sus espaldas la fantasmagórica «Junta Suprema», el reo que está en el Penal del Dueso cumpliendo su larga condena, ese hombre es para Santiago un corrupto, ambicioso, maniobrero, resentido, aventurero y fanfarrón. Al asesinado Trilla le saca de la tumba donde él mismo le metió para alancearle de nuevo, llamando a su vuelta al partido y su pase a la clandestinidad en España el jesuítico arrepentimiento de un viejo provocador. Frente a la contumaz perversión y malicia de Monzón, el PCE sabía, escribe Santiago, que Dolores era la esperanza del pueblo español, a la que había que cuidar como las niñas de nuestros ojos; y, adelantándose en la metáfora a aquel primer ministro de Franco (Arias Navarro) que llegó a decir que cuando tenía dudas o flaqueaba miraba siempre la luz encendida del Caudillo en El Pardo, Carrillo asegura que si el camino está oscuro y no es fácil orientarse, hay una estrella polar que no falla: la Unión Soviética, el partido bolchevique, el camarada Stalin.

El sorteo del titista en el PC español había recaído en Jesús Monzón Reparaz, hasta que un año más tarde surja Comorera, secretario general del PSUC, y entonces Monzón e incluso Quiñones, el dirigente fusilado por Franco, pasarán a segundo plano, ante la emergencia de un traidor con cara y ojos, que ni está muerto ni todavía encarcelado. Pero en esta primera entrega de finales de 1948 todas las varas son para Monzón, paradigma de los males del titismo en el PC español. El ataque a Monzón y la publicación de la resolución de la Kominform contra Tito irán acompañados, en la revista Nuestra Bandera, de un comentario editorial que señala la magnitud de la ofensa que ha inferido el líder yugoslavo a los comunistas españoles: (Tito) se ha tomado la libertad de insultar y agraviar a la grande y gloriosa Unión Soviética, a la madre de todos nosotros. Y ya se sabe lo que pasa cuando a un español le mientan a la madre, aunque sea, como en este caso, putativa.

Si alguien había pasado por Yugoslavia o vivido en ella, debía ser fulminante en sus denuncias, relatando lo que había sufrido en su condición de comunista en aquel nido de espías imperialistas. Antonio Cordón, el militar minucioso que

mereció la confianza de Juan Negrín, el oficial de carrera que había roto con tantas cosas para pasarse al Partido Comunista, el hombre culto y sensible, discreto y nada panchovillesco, se va a ver obligado a firmar una serie de artículos, posteriormente aparecidos en libro, que daban una imagen tan extorsionada y falaz de la Yugoslavia de Tito que él había conocido, que avergonzarían hasta a hombres incapaces del sonrojo. Su título lo expresaba: «La actuación criminal de la banda de Tito durante la guerra en Yugoslavia». Cordón hacía la más vil de las jugadas, la de insultar a quienes le habían atendido espléndidamente durante año y medio y le habían nombrado, a título honorífico, general de sus ejércitos. A Cordón, por su personalidad, por su pasado, por su experiencia, se le escogió para lo que Claudín describió en 1983: Nos tocó desempeñar un papel vergonzoso a los dirigentes del PCE. El prestigio que el PCE había conquistado en el movimiento comunista internacional por su combate de los años 1936-1939 sirvió para acreditar las infames acusaciones lanzadas contra los hombres que arriesgaron su vida en tierras de España. Los yugoslavos de las Brigadas Internacionales se convirtieron, a partir del verano de 1948, en la auténtica causa de la derrota de 1939.

Líster, que tenía el doble motivo de ocultar su pasado de complotado en el Lux, contra Antón y Dolores, y además el de ser general honorario del Ejército yugoslavo, se aprestó también a denunciar a cuantos le rodeaban. Modesto, que había cantado las excelencias de los guerrilleros yugoslavos y el talento militar de Tito, se convirtió en su denunciador implacable. Manuel Azcárate, que había trabajado activamente bajo las órdenes de Monzón, se hizo su acusador más rastrero; señalando su gusto por la comida de calidad y sus éxitos femeninos, y hasta traspasándole contactos que Monzón no tuvo nunca y él sí, y que habrían de servir en el trucado montaje contra su antiguo y respetado jefe. La señal para elevar el tono y tornarlo en insulto estúpido la dio esta vez el secretario general del PC rumano, Gheorghiu Dej, en su informe de 1949 ante la Kominform: «El Partido Comunista Yugoslavo, en poder de asesinos y espías». Dej fue el avispado teórico del cambio en la terminología antiyugoslava: Si en su conferencia de junio de 1948 la Kominform comprobó el paso de la pandilla de Tito-Rankovitch desde la democracia y el socialismo al nacionalismo burgués, el periodo transcurrido desde esta conferencia ha visto cómo se cumplía el paso de esta pandilla del nacionalismo burgués al fascismo.

Este deslizamiento «analítico», por llamarlo de alguna manera, facilitará la labor de la dirección del PCE al describir a los titistas hispanos. La influencia real de Tito en el PCE y sus aledaños fue reducida. Como es lógico, el PC yugoslavo

contactó y trató de agrupar algunos residuos que el PCE había ido dejando por el camino, ya fuera por expulsiones o por divergencias no muy explícitas. Ese fue el caso de José del Barrio, Félix Montiel y Antonio Beltrán El Esquinazao, e incluso de la recuperación episódica de Jesús Hernández.

José del Barrio había formado parte de la dirección del PSU de Cataluña y su separación de los comunistas oficiales coincide con el comienzo de la guerra mundial o, más exactamente, es consecuencia del pacto germano-soviético de 1939 y de las depuraciones que ejecuta Comorera en 1941-1942. Félix Montiel había sido diputado del PC por Murcia y miembro del CC, eclipsado en la posguerra, aunque tuviera una aparición efímera en el Pleno de 1947, con una intervención sobre la intelectualidad española, de escaso valor y en la que se notaba la inexistencia de vínculos profundos entre el PC y los intelectuales exiliados más notables, reflejo del desinterés de la dirección del partido hacia ese mundo. Pero quizá el hecho de que Félix Montiel se encontraba en París y además reunía la condición de antiguo catedrático de Derecho Administrativo, es decir, un universitario, bastó para que Antón, que entonces dirigía la distribución de las responsabilidades, le pidiera que discurseara en el pleno sobre la cultura, los intelectuales y el franquismo. José del Barrio y Félix Montiel, que habían, por tanto, protagonizado sus salidas del comunismo hispano sin especial ruido, constituyeron un grupo de orientación proyugoslava denominado MAS (Movimiento de Acción Socialista), de escasa incidencia, aunque atrajo a sus filas a otros exmiembros del Comité Central como Adriano Romero (exdiputado por Pontevedra) y Martínez Cartón (miembro del Buró Político durante la guerra y exdiputado por Badajoz).

El caso del «titista» Beltrán está aparte de la historia del MAS y es tan intransferible como fue toda la vida de este hombre más conocido como El Esquinazao. Había nacido en Jaca y ya se enroló voluntariamente en la primera guerra mundial dentro del ejército norteamericano. Casi se puede decir que, exceptuando la revolución mexicana, no hubo acontecimiento de cierta entidad en el siglo XX en el que Antonio Beltrán no participara. Se incorpora a la sublevación que en 1930 capitanean en su pueblo Galán y García Hernández, y que precedió a la República. Luego, convertido en militante comunista, alcanza durante la guerra civil el grado de teniente coronel y manda la 43 División por tierras de Huesca en 1938. Marcha a la URSS y cursa estudios en la Academia Frunze para ampliar sus conocimientos militares. Participa con el ejército soviético en la gran guerra y se dirige luego a Francia, vía Yugoslavia e Italia, para incorporarse al aparato clandestino del partido, encargado de los pasos

fronterizos bajo la dirección de Fernando Claudín. En 1949 Claudín hará un informe al CC sobre el caso Beltrán, en el que asegura haber llevado el tema personalmente. Beltrán alimentaba confusiones y discrepancias respecto a la política del partido y de la URSS, pero después ocurrió un hecho que nos obligó, escribe Claudín, a considerar el problema desde otro ángulo… Beltrán había establecido relaciones con Carlos Montilla, un político republicano, viejo amigo suyo, que se había «escapado» (entrecomillado en el original) de España en condiciones muy sospechosas y que inmediatamente de llegar a Francia se había unido a Prieto [Indalecio]…

A partir de esta relación con el «viejo amigo» se explicará la intrínseca maldad de Beltrán y su seducción ante los poderes imperialistas. Lo que el partido no quería admitir era el hecho, sin precedentes, de que Beltrán tuviera el valor de atacar a la URSS en una reunión de cuadros celebrada en octubre de 1948 para condenar a Tito y el titismo, dato que, obviamente, siempre se ocultó, pero que, en el citado informe de 1949, Claudín describe así: Realizó [Beltrán] un ataque a fondo contra la política exterior de la URSS, diciendo que era tan imperialista como la de Estados Unidos; hizo críticas a la situación interior de la URSS… atacó la política elaborada en la reunión de los partidos comunistas en Varsovia… Como conclusión declaró que rompía con el partido y que se negaba a toda nueva discusión. No es difícil imaginar el estupor ante tamaña osadía. Beltrán fue acusado de todo en base a que solo alguien con el riñón bien cubierto se hubiera atrevido a decir tales cosas en una reunión de cuadros del partido. Unos meses después dos militantes reciben la misión de ejecutarle, intento que realizan en Bayona (Francia) con resultado negativo, pues Beltrán, armado, los reconoce y se lo impide. También por uno de esos azares de la historia, uno de sus presuntos ejecutores, Losa, abandonará el PC años más tarde y se encontrará con Beltrán en México. En el citado informe, Claudín se abstiene de entrar en detalles sobre estos hechos porque todo esto coincidió con mi venida a la URSS, pero desde su posición de responsable del PC en la Unión Soviética cree que el mejor procedimiento para hacerle callar, dado que han fallado los anteriores, es chantajeándole con su mujer. Beltrán, según informa Fernando, se casó en la URSS con Elena Legaz, que está arreglando la documentación para marchar a Francia… Mi opinión es que a esta mujer no se debería conceder la autorización de salida de la URSS, teniendo en cuenta la actitud de su marido. Elena Legaz no saldrá de la URSS, pero Beltrán conseguirá escapar de Francia y dirigirse a México, tras pasar por una experiencia que revelaba su inocencia en relación con los servicios de información y demás conexiones. En septiembre de 1950, al ser ilegalizado el PCE en Francia, entre los dirigentes españoles detenidos y

enviados a Córcega estará El Esquinazao, que pasará varias semanas intentando explicar a las autoridades francesas no solo su condición de exmilitante, sino el riesgo físico que corre. El Gobierno francés no estaba al tanto de las querellas españolas. De Córcega volverá a Francia. Morirá de ancianidad en México.

El titismo hispánico se reduce a esto y a la coyuntural ayuda económica que prestaron los yugoslavos a Jesús Hernández y a su privadísimo «Partido Comunista Español independiente». No se debe creer, no obstante, que la influencia de Tito en las filas del exilio español fuera tan limitada; otros pro yugoslavos surgieron entonces y otros se declararán después, pero no tenían la condición sine qua non para ser «titistas», la de proceder de las filas del Partido Comunista Español. No se podía ser titista sin ser un renegado, doble condición inseparable. El fenómeno estaba vinculado directamente a la insistencia sobre otro personaje histórico: Danton. Danton-Tito, Tito-Danton, ambas figuras se identificarán para el movimiento comunista internacional y le darán un precedente histórico cuya revisión no dejaba de ser interesante.

Danton, el hombre de las soluciones para los momentos difíciles de la Revolución francesa, el líder amado e imitado por las multitudes, la contraposición al fanatismo robespierano, se había demostrado que, al tiempo que un líder revolucionario, era un hombre corrupto, un político que había recibido dinero de la Corte y de Felipe Igualdad.

Si aquel a quien Lenin había reconocido su genio revolucionario había sido al mismo tiempo traidor a la revolución, qué no serían los Tito, Slanski, Rajk y compañía. Formarían la larga lista iniciada con la propia Revolución francesa: los Danton, Mirabeau, Dumouriez, personajes cuyas conductas debían ser revisadas en función de informaciones confidenciales, de secretos de Estado y de alcoba, pero que proporcionaban un nuevo ángulo, definitivo para el estalinismo, sobre sus actividades. En el fondo y en la forma era una estafa histórica, pues si Lenin, máxima autoridad, reconocía en Danton su genio revolucionario, eso reflejaba que los subsidios de la Corte no anularon dicho genio: podrían dañar su figura, pero no la trastocaban. El cinismo estalinista se escondía tras una mentira, una gran mentira que ocultaba un sinnúmero de pequeñas; en la liquidación de Danton, como ocurriría luego en los procesos estalinistas, no se trataba tanto de demostrar solo que Danton había recibido dinero del enemigo, sino de que si se demostraba una cosa cierta (que había recibido dinero) ya no se necesitaban pruebas para acusarle de conspirar contra la revolución. El maquiavelismo de Robespierre y Saint-Just, posteriormente imitado hasta la

saciedad durante la guerra fría, estaba basado en un esquema causal muy simple: una vez que el acusado reconocía un error o un desliz, o hacía una concesión al adversario, el resto no podía ser más que la consecuencia lógica de que no rompió sus amarras con ese adversario del que se había beneficiado. El proceso y condena de Danton, y sus amigos fue un juicio político amañado por los jacobinos para desembarazarse de sus enemigos de la derecha, igual que unos meses antes lo habían hecho con la izquierda de Hebert. En el contexto de la primavera de 1794 la tarea política de Saint-Just será hacer un montaje policial, gracias a los servicios del confidente Alexandre La Flotte, antiguo ministro de la República en Florencia, para barrer a los adversarios tipificándolos de conspiradores.

El resultado es que Robespierre, como posteriormente Stalin, golpeando a su «derecha» y a su «izquierda», edifica su imagen, identificándola con la revolución, superponiendo su persona a algo que encarnaba una época, y en detrimento de todos los que la estaban construyendo. El historiador Georges Lefebvre escribe a propósito del guillotinamiento de Danton y Desmoulins por los jacobinos: Esta crisis marca un momento crucial de la Revolución. Por primera vez desde 1789, el gobierno se había adelantado a la acción popular y suprimido a sus jefes… la autoridad quedaba restablecida. Esa autoridad indiscutible que estaba cuestionándose, aunque solo fuera por la contradicción de intereses y necesidades, es la que Stalin iba a restablecer. Los Danton, explicará, son accidentes de la historia, gusanos que carcomen el gran edificio, como Tito, Rajk, Slanski… Robespierre y Saint-Just son figuras atractivas para la historiografía estalinista, basada en gran parte sobre los residuos de las teorías de M. N. Pokrovski (1868-1932), el historiador bolchevique que durante los primeros años del estalinismo adquirió rango oficial, pero cuyos discípulos posteriormente caerían en desgracia por «desviacionistas». A Pokrovski se debe la mejor definición de la concepción estalinista de la historia: La historia es la proyección de la política hacia el pasado. Danton, gracias a esta particular concepción, adquirió un valor ejemplificador. Se convirtió en un símbolo del modo de adecentar el pasado tergiversándolo.

ADECENTAR LA HISTORIA TERGIVERSÁNDOLA

A comienzos de 1950 la dirección del PCE se encuentra en situación de culminar su proceso de depuraciones del pasado cerrando la revisión de su historia inmediata. Gracias a la figura de Comorera se da fin a la obsesión antititista, porque en Joan Comorera está, para la dirección del PCE, el buscado paradigma de traidor titista. Pero al tiempo hay un personaje oculto en los difíciles pliegues de los primeros años cuarenta, Heriberto Quiñones, al que deben sacar a la luz para colmar la revisión de toda la etapa que se inició el día de la derrota en la guerra civil. Gracias también a la exhumación del cadáver político de Heriberto Quiñones tendrán al fin el cierre definitivo. Esta revisión histórica permitirá explicar a todos los militantes el largo camino de sinsentidos que va de abril de 1939 a 1950; es un viacrucis con piedras crapulosas denominadas Heriberto Quiñones, Jesús Monzón, Gabriel León Trilla, Beltrán y los de su ralea, y dominándolo todo, al fin un titista de envergadura y vivo: Joan Comorera.

En el número de Nuestra Bandera correspondiente a febrero-marzo de 1950 aparece el texto más largo del que se tiene memoria en la prensa del partido: se titula «Hay que aprender a luchar mejor contra las provocaciones», y es a la vez acusación de fiscal y parodia de juicio con irremisible condena. Va sin firma, pero tiene la huella estilística de Carrillo y bastantes retoques que pudieron introducir Uribe y Antón, como metiendo la cuchara en sus particulares obsesiones. Pasionaria está en Moscú y la redacción es parisina; además, entre finales de 1949 y comienzos de 1950 pasa por el periodo más agudo de su enfermedad. Es casi como si la delegación de París –Uribe, Antón y Carrillo– le hiciera a Dolores el mejor regalo para su entrada en el más allá: adecentarle la historia en beneficio de todos.

El texto constituye el corpus más completo en el proceso de amalgama y revisión histórica de los años pasados; la summa de los divergentes convertidos en traidores y espías del enemigo. Para que no se abrigara ninguna duda sobre la relación entre el texto y el contexto, empezaba dando la bienvenida a las experiencias depuradoras de Hungría y Bulgaria, que han venido con extraordinaria oportunidad a agudizar la vigilancia colectiva dentro de nuestras filas contra las actividades del enemigo. Referencia explícita a los juicios políticos contra Rajk en Hungría y contra Kostov en Bulgaria.

Por su importancia, el proceso a Laszlo Rajk, que comenzó el 16 de septiembre de 1949, ocultó el de Kostov. Hoy se conoce ya lo suficiente sobre este proceso. En él, como en casi todos, hubo dos aspectos; el nacional y la utilización soviética de la divergencia en beneficio propio. Fue, en el aspecto nacional, la

forma bárbara, patrocinada por los asesores soviéticos, de zanjar una pelea política y de clanes entre el «aparatchiki» de la vieja Komintern, Rakosi, y el líder clandestino del interior, Rajk. En el otro aspecto, el de la utilización soviética de la divergencia, hay que señalar que no se ha insistido lo suficiente en las raíces económicas de estas crisis en los países del Este. Eugen Löbl, primer viceministro de Comercio Exterior checoslovaco y depurado en uno de los procesos de su país, advierte con minuciosidad, en el relato de su proceso[10], sobre lo que en la jerga de entonces se denominaba «factor dominante» de las depuraciones: el dominio económico soviético sobre las aspiraciones nacionales de los países del Este. Si en Occidente los Estados Unidos establecieron su imperio sobre las economías de Europa y América gracias a la alternancia del palo con la zanahoria, en el caso soviético se hizo con la variante imperial gran-rusa, con la institucionalización del crimen bajo la forma de procesos amañados, iniciados en el verano de 1948 con la denuncia de Tito y el PC yugoslavo.

El proceso Rajk sirvió para encauzar hacia Tito y los yugoslavos todo fenómeno depurador en las denominadas «democracias populares». Rajk y los «traidores» que surjan a partir de 1949 serán agentes del Gobierno yugoslavo.., siguiendo instrucciones directas de medios extranjeros imperialistas, según precisa la Nota del gobierno de la URSS, anulando el Tratado de Amistad y Asistencia Mutua con Yugoslavia[11].

Tomando como modelo y casi al pie de la letra la experiencia del caso Rajk, el revelador documento del PC español contra las provocaciones presentes y pasadas se abre con un proceso de intenciones, señalando en primer lugar el papel «objetivamente» policial e imperialista de los aliados de ayer (socialistas y anarquistas): Los más peligrosos provocadores y chivatos… hay que buscarlos en primer término en una serie de elementos socialistas de derecha y anarquistas… que se presentan como los «responsables» de organizaciones clandestinas socialistas y anarquistas. Una vez afirmado que los aliados del interior son «provocadores y chivatos», todo aquel que hubiera patrocinado una alianza o acuerdo con ellos se convertía en su agente.

La lista de los «criminales», aunque abarcara todo un periodo, no se podía hacer cronológicamente, sino por gradación. Así, ocupaban el primer lugar Jesús Hernández y Enrique Castro Delgado, que, como había revelado la experiencia húngara con Rajk, pasaba por veterano dirigente comunista. Hernández y Castro fueron enviados a las filas del partido por el enemigo hace largo tiempo y el

enemigo, trabajando en perspectiva, les mantuvo camuflados hasta que consideró llegado el momento de que se arrancaran el antifaz.

Luego aparece, por primera vez en grandes letras, Quiñones. Tras años de cuchichear sobre «el traidor Heriberto Quiñones», el PCE pone en letras de molde su figura y le asciende a un puesto de esplendor en la galería de la traición y el crimen imperialista. ¿Quién era Quiñones?, se pregunta el Buró Político: Un aventurero, audaz y sin escrúpulos, con toda evidencia un agente del Intelligence Service inglés. La evidencia, desgraciadamente, no incluye nada, ni siquiera el «sólido argumento» de que fumaba tabaco inglés. Pero el trabajo de relojería en los procesos políticos consistía en utilizar todas las piezas que permitían al reloj ir hacia adelante, encajándolas de tal modo que pudieran también ir hacia atrás. A partir de los datos que poseía la dirección del partido, gracias a los informes carcelarios, los cambian de sentido y se convierten en todo lo contrario; cada vez que Quiñones es torturado, eso explica la habilidad policial para hacer ver que Quiñones había sido torturado; cada vez que Quiñones consiguió algún avance político, se admiran de cómo la policía tuvo el talento de proporcionárselo.

Donde la acusación traspasa los límites de la desvergüenza es cuando acusan a Quiñones de la denuncia y posterior detención de Diéguez, Larrañaga y los demás enviados por el Buró Político a Lisboa, y sobre cuya muerte era manifiesta la responsabilidad de la dirección del partido[12]. Sin embargo, los acicaladores de la historia se encontraban con un hecho que no quedaba más remedio que admitir, porque había sido en cierta medida público y notorio: el de las torturas policiales a Quiñones y su fusilamiento en una silla, de resultas de su estado físico. El fusilamiento de Quiñones –escribe el Buró Político– ha sembrado durante algún tiempo en ciertos camaradas dudas (obsérvese el estilo galaico del Buró Político ante la prueba incontestable que tenían muchos militantes que se encontraban en las cárceles y que sabían ce por be lo que había ocurrido con Quiñones) sobre si era efectivamente un agente del enemigo. La historia del movimiento revolucionario muestra que la reacción y el fascismo no vacilan en fusilar, en destruir físicamente a sus propios agentes cuando ya han dado de sí todo lo que podían dar y están descubiertos. Y a modo de epitafio procaz se incluía un argumento tomado de La vida es sueño de Calderón: el traidor no es menester siendo la traición pasada.

Aparte de las novedades que introdujo el caso Rajk, el resto es de una aplastante monotonía. Van pasando por el banquillo de los acusados Jesús Monzón, detrás de cuya figura están los servicios de espionaje americano, y lo que es una

novedad para los historiadores, los agentes carlistas españoles y hasta el propio Allen Dulles, jefe del espionaje USA en Europa y posteriormente jefe de la CIA hasta 1961. Luego viene Gabriel León Trilla, el viejo provocador, y también le llega su turno a la dirección del PCE en África del Norte, con la que Santiago Carrillo había tenido enfrentamientos durante su estancia, antes de llegar a Francia, y a la que hará responsable de los desaguisados en la planificación guerrillera del Sur de España. Los dirigentes del partido más conocidos del Norte de África, Lucio Santiago (del Comité Central), Clemente Rodríguez Chaos, Miguel Boria, Enrique Alfonsín Argüelles y Bartolomé Pozuelo, serán expulsados por mantener «contactos con los servicios americanos». Luego pêle-mêle hay implicados en el intento de asesinato de Pasionaria agentes triples, mujeres versátiles y hasta encarcelados que cumplen cadena perpetua, como el exdiputado y miembro del CC Adriano Romero, que, pese a estar en el penal de Ocaña, es denunciado como confidente policiaco. Ellos sabían muy bien que su «traición» consistía en escribir indignadas cartas a la dirección del partido en el exilio, exigiéndoles se rectificara la línea política suicida e irresponsable que se estaba siguiendo y que él comprobaba cada día desde su celda.

El documento inquisitorial respira una fustración: la de no poder ejercer la misma «justicia» que se aplicaba en los países bajo dominio soviético; ellos estaban obligados a juzgarlos sobre el papel, pero no sobre sus cabezas. Las condenas no llevaban aparejadas la muerte o la prisión, porque muchos ya habían muerto y los otros estaban en las prisiones de Franco. En definitiva, no liquidaron a los vivos porque no estaban en condiciones de hacerlo; vivían en países dominados por el enemigo, lo que no obsta para que lo intentaran. No es lo mismo matar bajo la capa del Estado, como se hizo en la URSS enviando a campos de concentración a numerosos españoles, que hacerlo en condiciones de clandestinidad y con grave riesgo. En 1950, en el momento de la ilegalización del PC español en Francia, el gobierno de Pleven-Moch estudió la posibilidad de abrir un proceso criminal contra Santiago Carrillo y el tema fue analizado por Pasionaria en Moscú, quien sugirió que si el asunto seguía hacia adelante lo mejor era sacarle de Francia, porque la clandestinidad no le garantizaba nada[13]. Parece que los franceses no tenían ningún interés en arreglar las querellas de los españoles y revisar los comportamientos durante la posguerra, en la que socialistas y comunistas franceses trabajaron juntos aunque no revueltos. Y el tema se archivó, aunque no se olvidó.

La situación de los españoles en la URSS y el trato dado a las divergencias tuvo esa impunidad que consiente el trabajar al servicio del Estado. Coincidió este

periodo con la estancia de Fernando Claudín a la cabeza del PCE en la capital soviética. Aunque es bien conocida la posterior posición antiestalinista de Fernando, esa etapa siniestra de 1948-1953 abarca su virreinato en la URSS dentro del reino de taifas que representaban los españoles. Periodo caracterizado por la impunidad de los máximos dirigentes y el desamparo de los españoles ante cualquier decisión de los órganos soviéticos. Conviene señalar la diferencia entre el comportamiento de la dirección del PC italiano, en la defensa de su colonia en la URSS, y la del PC español, del que no se conoce ni una sola ocasión en la que gestionara alguna liberación. La tragedia que supuso la represión estalinista para familias y amigos, sin hablar de las propias víctimas, necesitaría un estudio monográfico. Casos como el del marino Daniel Álvarez, Pepín (campos de concentración), Carmen de Juan (campos), Manolo Vidal (campos), Adriano Iglesias (campos), Antonio Cepeda (campos), José Tuñón (campos), el médico Julián Fuster (campos), Francisco Ramón (campos), Juan Bote (campos)…, todos ellos militantes comunistas, va más allá de la anécdota personal. Existió una represión estalinista en el PC español, y no solo porque una alicantina tuvo la humorada de comparar un cerdo del koljós con el bigote de Stalin, o porque el capitán de marina Álvarez dirigía un buque de línea Vladivostok-San Francisco y eso bastaba para no estar libre de sospecha.

Tanto Claudín como su segundo, Joaquín de Diego, estaban obsesionados por la pureza ideológica, hasta tal punto que cualquier palabra banal podía ser interpretada como blasfemia que merecía el máximo castigo. Ninguno de los residentes en Moscú podrá olvidar la escena de Adriano Iglesias vomitando en una reunión –calle Gorki, número 10– presidida por Claudín y De Diego, en la que Iglesias no pudo soportar las cosas y las amenazas que le echaron encima. Todo porque mientras iba hacia la fábrica charlando con Julio Mateo y otro militante se le ocurrió comentar… «dicen que Franco era valiente en las batallas». Un joven alicantino al que la guerra sorprendió estudiando, haciendo cursos de piloto en la URSS, Juan Riera Trujillo, se suicidó ante la imposibilidad de poder entregarles a De Diego y a Claudín los requeridos antecedentes biográficos que por su edad no tenía. El doblemente condecorado piloto José María Bravo estuvo a punto de ser enviado a campos porque, según De Diego, había ocultado un dato fundamental de su biografia: que estudió en la Alemania nazi. Fueron necesarios grandes esfuerzos para explicarle que antes de 1933 se trataba de la República de Weimar. Joaquín de Diego, auténtico martillo inquisitorial, era un modesto dependiente de comercio en Madrid que gozaba del sarcasmo de tener de segundo apellido el de «Buen Consejo». Pero su personalidad, por zafia y brutal que fuera, no puede explicar por sí sola el envío

de hombres como Tuñón a Magadán, el nombre más terrorífico de los campos siberianos, o la denuncia contra Carmen Juan, que sufría el doble castigo de marchar a trabajos forzados mientras metían a su hija en un orfanato.

Tras el carácter genérico de la represión en los países socialistas se olvida un hecho incontrovertible: los procesos estalinistas se reflejaron en el seno del PC español y si no tuvieron el carácter cruento de aquellos países se debió exclusivamente a su falta de aparato coercitivo para realizar las ejecuciones. Las liquidaciones físicas de aquella época –que las hubo– fueron, en muchos casos, justificadas por las dificultades del trabajo clandestino, lo que podía ser cierto, pero enmascaraban algo que para todos era un lugar común: todo enemigo merecía la muerte y aplicársela o no era cuestión de medios.

El estalinismo, como sistema de violencia, afectó, como no podía ser menos, al PC español, y lo hizo con mayor furor por las condiciones difíciles de su lucha frente al franquismo. Sin embargo, hasta 1950, fecha de la ilegalización del PCE en Francia, se cometieron las mayores tropelías amparados no en el enemigo del franquismo, sino en el imperialismo americano, lo que era un sinsentido, porque los norteamericanos se preocupaban de España y de su PC tanto como podían hacerlo respecto a Islandia.

El estalinismo dio además un mayor impulso a la soberbia de los dirigentes, esos hombres ungidos por los dioses que sabían de todo o, más exactamente, que tenían «las herramientas del análisis científico» para dilucidar cualquier tema académico o personal. Cuando la ciencia quedaba atrás, entonces se apelaba a la arrogancia. Hombres como Antón, Claudín y Carrillo fueron en este sentido paradigmáticos; las frases de Antón zanjando problemas, se hicieron proverbiales por su chulería y su desprecio de la opinión ajena. ¿Qué cosas era capaz de decir un hombre que si en ocasiones dejaba una camisa, una chaqueta o un pantalón usados a un guerrillero que llegaba del interior, solía advertirle, en un tono que no dejaba lugar a dudas, «decidle que es de Antón»? Como si se tratara de un exvoto o de la reliquia de un dios que había pasado de ferroviario a formar parte del olimpo por vía morganática.

Hay anécdotas inenarrables que compendian esa soberbia; las hay variadas, para todos los gustos, pedestres y grandilocuentes, geniales y ladinas. Federico Melchor, veterano dirigente de las JSU y periodista, por el que Santiago Carrillo siempre sintió un cierto desprecio superador de su amistad de otros tiempos, se propuso un día escribir una obra teatral sobre «Las trece rosas», fusiladas en

1939. Cuando Carrillo se enteró le abordó en tono de chunga: «Federico, a tu edad, ¿quieres cambiar de sexo?». En Moscú, enterados los estudiantes del Instituto Energético de que el responsable del partido, Fernando Claudín, había forzado sus relaciones sexuales con una joven, Carmen Prieto, aprovecharon una asamblea del partido para reprocharle su conducta como dirigente y como comunista, a lo que respondió con una frase antológica: «Yo soy comunista de la cintura para arriba».

En definitiva, podían decir lo que quisieran, fuera brillante o desvergonzado, zafio o genial: todo tendría siempre el soplo del mando, que imprimía su huella en aquellos espíritus nacidos para mandar y ser obedecidos, en aras de la historia y del progreso de la Humanidad. Era un lugar común, entre el aparato del partido en París, que el secretario para las cuestiones económicas de Vicente Uribe, Tomás García, más conocido por «Juan Gómez», debía hacerle el café todas las mañanas, pero que no tenía derecho a tomarlo con él, en virtud de un tácito protocolo. Y así sucesivamente. Si hubo quien hizo famosa la frase de que solo era responsable ante Dios y ante la historia, aquellos solo eran responsables ante Moscú y la historia; y Moscú, aunque estaba algo más cerca que Dios, maldito el caso que hacía a los españoles. Como ocurre, según algunos, con Dios, estaba muy ocupada con otros pormenores.

La lectura del estalinismo debe hacerse a dos niveles, el general y el cotidiano; el político y el consuetudinario, porque corremos el riesgo de percibir exclusivamente el rasgo estalinista en los procesos represivos, en las ejecuciones sumarísimas, perdiendo la perspectiva de un ángulo que imprimió su huella en las costumbres comunistas: el rigor del escalafón y las obligaciones y privilegios del cargo.

ASCENSO, CAÍDA Y MARTIRIO DE JOAN COMORERA

El proceso y las consecuencias de la batalla política contra el secretario general del PSU de Cataluña, Joan Comorera, forman parte, en sentido estricto, de la historia del PCE, son consustanciales con él, y tienen el doble valor de su simbolismo ejemplificador. El PCE hizo converger hacia la figura de Comorera la campaña del movimiento comunista contra Tito. Al fin el PCE había

encontrado en sus aledaños a un enemigo de talla para pechar con el shakespeariano papel de traidor «titista». Y, con un rasgo inconfundible y sin precedentes, el enemigo estaba vivo y no en la cárcel.

La resolución de la Kominform contra Tito y los yugoslavos inauguró una campaña furibunda, desde el verano de 1948, contra el «nacionalismo» en todos los partidos comunistas. Se entendía por nacionalismo aquellas posiciones que no suscribieran al ciento por ciento las orientaciones de los partidos superiores. En el caso de los países del Este, las del Partido Comunista de la URSS, el PCUS, que veía «nacionalismo» sencillamente en las puntualizaciones a la desigual política de intercambio económico que se inauguró en 1945. Con razón, percibían en ello la amenaza de corrientes de mayor independencia que había que cortar decapitando; este fue el fondo de la detención de Pastracanu en Rumania, de Gomulka en Polonia; ambos líderes tenían considerable peso en sus respectivos partidos, pero no ofrecían entonces garantía de total fidelidad al dominante partido soviético.

A su escala y medida, otro tanto ocurrió con el Partido Socialista Unificado de Cataluña, partido de los comunistas catalanes, que entró durante aquel periodo en un proceso de dependencia absoluta del PCE en cuanto a línea política, organización y funcionamiento orgánico. La guerra fría y el aislamiento político de los comunistas obligaba a una uniformidad total, con la consiguiente pérdida de los rasgos particulares de cada formación política. El PSUC constituía uno de los fenómenos políticos más interesantes de los años treinta y, por eso mismo, a finales de los cuarenta estaba fuera de lugar.

El PCE encontró en la figura de Joan Comorera Solé la quintaesencia de lo que para él englobaba la palabra «titismo». Comorera, en su condición de secretario general del PSUC, reunía en su persona casi todas las obsesiones del estalinismo imperante; en primer lugar, su partido no era de «nueva planta», con el pedigrí de la revolución de 1917 o al socaire de aquella gran jornada de octubre, sino que había nacido de un proceso de unificación de diversas corrientes socialistas y nacionalistas en 1936. Frente a los políticos que se asentaban en la cúpula del PCE, ayunos de experiencias políticas previas a su nombramiento como líderes por decreto de la IC, Comorera, abogado, con cincuenta y cinco años a sus espaldas en 1949, era un «vieux-routier» de la política, que había comenzado su actividad pública a los diecisiete años; y, aunque parezca chocante, figura como el único dirigente de las filas del comunismo español de la guerra civil que había realizado estudios universitarios, lo que –insisto– confería al PC español un

carácter atípico en el movimiento comunista internacional.

A fines de 1949 el tema Comorera se convertirá públicamente en la versión hispana de la campaña antititista. La dirección del PCE encontró en Comorera las condiciones tipo para concentrar en una persona las consignas y los peligros que explicaban los comunicados de la Kominform. Lo que no calcularon en su exacta medida eran los riesgos de vérselas con un tipo humano que había nacido para la política, para la pelea, y para quien la lucha, en cualquiera de sus modalidades, era una fuente nutricia. Además, contaba con un valor físico y un talento para la maniobra muy superior al de sus adversarios, que entonces, en París, se reducían a Vicente Uribe, Francisco Antón, Antonio Mije y un Santiago Carrillo capitidisminuido por el lugar en el escalafón, detrás de tanta lumbrera y en un momento histórico que no permitía audacias.

La crisis de Comorera, iniciada en 1949 y nunca cerrada del todo, va a ser un conflicto político y personal sin precedentes. Es el primer caso de alguien enfrentado al PCE, al que la dirección no logra arrinconar del todo, ni hacerle caminar por el viacrucis del ostracismo político. Comorera nunca se dará por vencido en su desigual pelea, y el combate, que habrá de costarle la vida, le salvará políticamente, hasta el punto de poder decir hoy, sin un ápice de exageración ni oportunismo, que Comorera, desde la década de los ochenta, es el lunar político que conforme pasó el tiempo les eclipsó, convirtiéndose en motivo de sonrojo para sus adversarios del PCE. Lo más llamativo de la figura política de Comorera es que, sin mantener posiciones significativamente diferentes de las del PCE, supo encarnar sus planteamientos con una voluntad y una constancia tal, que sus oponentes, sean Mije, Antón o Carrillo, han quedado descalificados no solo en el plano ético de esa pelea, sino también en el político. Comorera tenía razón y razones para desarrollar aquellos aspectos menos esquemáticos del comunismo catalán. Dentro del dogmatismo imperante y consustancial cabe resaltar una cierta atipicidad del PSUC y, aunque el momento no fuera el más adecuado, a más largo plazo, hubiera permitido hipotéticamente la italianización o «togliattización» del comunismo catalán.

Frente a Comorera se encontraban adversarios catalanes como Josep Serradell; su esposa Margarita Abril; el ladino Pere Ardiaca, llevando sobre su espalda, como un fardo, las demoledoras palabras de Togliatti sobre su «inconsistencia política»; y el dirigente sacado de la incubadora, Gregorio López Raimundo. Todos estos no eran sino peones o verdugos en un juego, en el que la partida la dirigía de un lado el tándem Uribe-Carrillo y de otro Comorera, escapando por

los pelos del jaque mate continuo.

Sobre las tablas Comorera perdió la apuesta, pero consiguió dos cosas de las que nadie, ni antes ni después, pudo jactarse. La primera, que, sin hacer broma alguna, se burló de ellos, incluso jugándose dramáticamente la vida en una apuesta: volver a Cataluña y vivir clandestinamente durante un tiempo récord de tres años, lo que ningún dirigente del PCE logró entonces, ni siquiera intentó. Y la segunda, la de que una vez muerto su figura se engrandeció más que en vida, se convirtió en el fantasma de Hamlet que recuerda el crimen que todos desean olvidar. Los que hicieron el trabajo sucio intentaron endosarse el crimen político unos a otros.

La crisis de Comorera fue, como no podía ser de otra manera, esclava de su época. El PSUC había nacido al calor del Frente Popular y su líder indiscutido es Joan Comorera, protagonista de ese proceso de unificación que no tenía parangón con ningún otro de la década de los treinta y que por eso mismo encandiló a la Internacional Comunista[14]. Joan Comorera entra en la política como periodista en 1913, a los dieciocho años, y desde entonces, en Cataluña y en el exilio, su figura es la de un político que sigue una profunda evolución que va del republicanismo radical al socialismo catalanista. Forma parte del primer gobierno de Luis Companys en la Generalitat, en enero de 1934, y sigue a la cabeza de su partido, la Unión Socialista de Cataluña. Tras los sucesos de octubre es encarcelado en el Penal de Santa María, de donde saldrá para fundar el PSUC en 1936, apenas unos días después de iniciada la guerra. Seguirá bajo las órdenes de Luis Companys como consejero de una Generalitat atascada por la contienda[15].

En 1939 se abre una profunda grieta en el PSUC, de resultas de su irregular comportamiento en los años bélicos, a juzgar especialmente por los informes de Togliatti a la Internacional Comunista. Comorera sigue siendo líder indiscutido, lo que no es el caso de varios de sus colegas de partido. Aunque su figura palidece en los primeros meses que siguieron al derrumbamiento del frente de Cataluña y la pérdida de esta, un éxito da nuevos vuelos al PSUC y a su secretario general. En junio de 1939, la Internacional Comunista admite al Partido Socialista Unificado de Cataluña como «Sección Catalana» de la gran institución del movimiento comunista; significaba retirarlo del patrocinio del PCE y colocarlo, aunque solo fuera sobre el papel, a un nivel semejante al de su hermano, el Partido Comunista de España. Dolores Ibárruri enviará por entonces a Comorera una felicitación en forma de reproche: Al final te has salido con la

tuya; estarás contento. Le cobrará el contento a partir de 1949. El PSUC se admitía como «sección» de la Komintern en función de una realidad que parecía un subterfugio: se le incluía por ser un «partido unificado», pero no por ser un «partido nacional», pues los estatutos de la IC dejaban bien claro que a todo Estado correspondía, en su representación ante la IC, un solo partido.

Se trataba de un éxito personal de Comorera y una finura de Manuilski, el auténtico jefe de la Komintern, que percibió en el fenómeno catalán algunos aspectos que merecía la pena respaldar y que meses después serán rechazados por la propia Internacional. Recordemos que la inclusión del PSUC como «Sección Catalana» de la III Internacional se produce en junio de 1939 y que, dos meses más tarde, tendrá lugar el pacto germano-soviético, que abrirá, a su vez, la veda para los ataques a los socialistas. Dos meses más tarde se puede garantizar que el PSUC no hubiera sido admitido en la IC como lo fue.

Este fue el segundo gran éxito de Comorera; el primero había sido la fundación del PSUC el 23 de julio de 1936, apenas una semana después de iniciarse la guerra civil. Por su desenvolvimiento en la política de la Generalitat durante los años bélicos, Comorera consiguió hacer del PSUC una especie de «pal de paller»[16], que sostuviera gran parte del entramado político catalán, sabiendo conciliar las diferentes posiciones no solo en el gobierno coaligado de la Generalitat, sino en el propio partido, donde las diferentes corrientes, unificadas en el PSUC, no habían sido pulidas y desbastadas por el estalinismo dominante. En el PSUC se encontraba junto a gente procedente de la Unión Socialista de Cataluña (USC), como el mismo Comorera, Josep Muni, Pau Cirera o Serra Pàmies; del Partido Comunista Catalán (PCC), como José del Barrio, Miguel Valdés, Benejam, Miret y Ardiaca; de los radicales del Partido Catalán Proletario, con Marlés y Cussó a la cabeza; de la reducida Federación Catalana del PSOE de Rafael Vidiella y Dolores Piera; e incluso con hombres procedentes de la CNT que se convertirían a la larga en miembros de la dirección del nuevo partido unificado, como José Moix. Esto había sido posible en 1936, sin ningún congreso constituyente[17], aunque determinadas reuniones plenarias del PSUC tuvieron características casi congresuales.

En marzo de 1939 se celebra la I Conferencia del PSUC, denominada «de Amberes», aunque se celebró en las afueras de París, y donde Comorera y el PSUC hubieron de afrontar las consecuencias de la pérdida de Cataluña ante el avance imparable de Franco. Fue la ocasión para hacer balance de las debilidades propias y ajenas. Dos dirigentes, miembros del Comité Central,

fueron cesados de sus cargos; conviene retener sus nombres, porque reaparecerán como verdugos, vengadores de viejos agravios, en 1949, diez años más tarde. Son Pere Ardiaca, convicto y confeso de «abandono de puesto» o, lo que es lo mismo, deserción ante el enemigo, famosa cobardía de la que escribiría hombre tan poco dado a exagerar como Togliatti; y Wenceslao Colomer, casado con la hija de Comorera, Nuria, y acusado con pruebas reiteradas de «capitulador» y de proferir «ataques y difamaciones» a la dirección del PSUC. En esta primera Conferencia serán separados también del CC, por diversas razones, Pons, Gatell y Víctor Colomer, y expulsado Miguel Ferrer. El PSUC saldaba con depuraciones su irregular y equívoco comportamiento de los últimos días de la República en Cataluña. Ocasión que aprovecharía Comorera para solicitar la incorporación del PSUC a la IC avalada por el veterano de la Komintern presente en el I Pleno, Vitorio Codovila.

Dos meses más tarde Joan Comorera viajó a Moscú, junto a varios líderes del PCE, siendo recibido como un nuevo dirigente de la IC. No hace falta señalar más para comprender que el PSUC estaba empapado de la carismática personalidad de su máximo dirigente. En la inmediata posguerra española, Comorera se pliega con absoluta convicción de estalinista al seguimiento de la política general de la Komintern y del PCE, sin apenas fisuras. Depura cuando hay que depurar, plantea ofertas amplias y unitarias cuando debe hacerlo y se dogmatiza y denuncia a sus aliados de ayer, a tenor de las orientaciones de la IC. Eso sí, catalanizando las líneas generales, pues el marco de sus operaciones fue siempre Cataluña y, como animal político que era, carecía de la tendencia abstrusa a hacer propuestas no tangibles. Merece la pena destacar esta diferencia con los líderes gemelos del PCE. Lo que no es óbice para que a veces sus proyectos rozaran lo aventurero, como la propuesta de formar guerrilleros en Etiopía y China.

Al cerrarse las vías de apertura y alianzas, en 1947, y comenzar la bunkerización de los PPCC que caracteriza la guerra fría, se hace más y más aviesa la apreciación de los comunistas españoles hacia sus homólogos catalanes, que hasta entonces era tan solo crítica, pero distante. Comorera ya no cuenta con el paraguas protector de la IC, con Manuilski a la cabeza, ni con su reconocimiento como «Sección Catalana» y, por tanto, plenamente autorizada por Moscú para actuar autónomamente. La IC está disuelta desde 1943 y Moscú, que sigue dirigiendo el conjunto del movimiento, es en 1947 un baluarte de la guerra fría, preocupado en problemas de envergadura como para entrar de nuevo en querellas hispanas.

El denominado III Pleno del PCE, en marzo de 1947, va a representar, como en tantas otras cosas, la primera señal pública en la vía de someter al PSUC al mismo ordenamiento que el PCE, abandonando su autonomía, hasta desde el punto de vista formal. Las palabras amenazadoras de Pasionaria en su discurso –El interés de España y Cataluña exige que el PSUC forme un todo orgánico con el PCE cuando las exigencias de la lucha lo determinen…– se transforman en la voz de Antón, durante su intervención sobre el tema organizativo, en una cuestión perentoria: La camarada Dolores ha situado el problema en sus justos términos: en un porvenir no remoto el PSUC formará un todo orgánico con el PC de España.

No podía caber duda alguna de que después de estas palabras de la Reina y el consorte ya nada iba a ser igual que antes. No hay que desdeñar el que también, en algunos sectores de los comunistas catalanes del exilio, proliferara la inclinación hacia la incorporación en el PCE para «protegerse mejor de los ataques del enemigo», como se decía en la época.

Hay un flanco en el que Comorera se mostrará especialmente torpe, dejando al adversario todas las cartas en su mano: el aparato organizativo del PSUC. En una organización que ha de trabajar clandestinamente, sometida a una brutal represión del Estado, el aparato clandestino tiene una envergadura paralela, y a veces hasta superior, a la labor política de altura. Quizá sea este uno de los aspectos en los que Comorera, pese a sus esfuerzos, refleja más su escasa «formación» bolchevique, su atipicidad de dirigente comunista. La tradición bolchevique, usada hasta el hartazgo en el movimiento comunista internacional, marcaba desde Lenin mismo la preponderancia de la labor del aparato sobre muchas tareas de línea política. El aparato clandestino, como columna vertebral de la actividad bolchevique durante muchos años, marcó la pauta para que los partidos comunistas valoraran como una tarea primordial del partido la de ese grupo de «aparatchikis», que en el lenguaje comunista significaba «profesionales de la revolución» y en el lenguaje de los partidos legales, «permanentes». En el PCE y en el PSUC la lucha, en condiciones de clandestinidad particularmente duras, obligaba a sobrevalorar el aparato clandestino en detrimento de la brillantez de los análisis políticos.

Quizá por su idiosincrasia, Comorera siempre delegaba el aparato clandestino en personas de menor cuantía y principalmente, lo que ya es más curioso, en gentes que no eran de su cuerda y que mostraban desprecio hacia la política, como actividad contaminante de las esencias revolucionarias; este no era precisamente

el caso de Santiago Carrillo, sino todo lo contrario. Desde que Santiago llega a Francia, en octubre de 1944, hasta la fecha que relatamos, 1947, dirigirá personalmente todas y cada una de las cuestiones referentes al PSUC. Para ello encontrará a un hombre de su confianza: Ramón Soliva. Soliva venía de la URSS y nadie en la plana mayor del PCE desconocía su adscripción a la mítica NKVD, o servicio de espionaje soviético[18]. Llegó a Francia en 1945 y desde entonces, hasta 1947, seguirá fielmente las orientaciones del PCE en general y de Carrillo en particular. Será defenestrado en un oscuro asunto de malversación de fondos mezclado con irreprimibles pasiones femeninas. Volverá a la URSS y reaparecerá años más tarde en Cuba, como consejero militar del número dos del régimen, Raúl Castro, hermano de Fidel y único hombre de clara procedencia comunista entre los primeros insurgentes de Sierra Maestra.

A partir del obligado ostracismo de Ramón Soliva, va a sustituirle, como hombre del aparato del PCE incrustado en la dirección del PSUC, Josep Serradell, más conocido por su nombre de clandestino, Román, casado con una dirigente de las JSU y del PSUC, Margarita Abril. Serradell y Carrillo habían trabajado muy estrechamente en la liquidación de Monzón y el «monzonismo» en Cataluña, y concretamente eran los responsables, al más alto nivel, de la desaparición física de Pere Canals, delegado de Monzón en Barcelona, y del que solo se sabe que no llegó a sobrevivir a un paso de frontera[19].

Desde el punto de vista comunista no hay ninguna explicación razonable para entender el desdén de Comorera hacia lo referente al aparato clandestino, y eso es aplicable incluso a sus corolarios: admite la incorporación de un hombre como Ramón Soliva en el secretariado del PSUC, al que apenas si había visto alguna vez. Esta incorporación se produce poco después de que Comorera llegara a París, procedente de Montevideo, en octubre de 1945. Que Carrillo lo propusiera es lógico, que lo consiguiera sin resistencia no tanto, a menos que Comorera valorara especialmente el papel de Soliva en el NKVD, que entonces era un timbre de gloria, o también el que Comorera, muy dado a sobrevalorarse a sí mismo y a la infatuación, pensara que Soliva apenas si merecía una discusión.

Comorera dirigía el PSUC como si se tratara de una societé amicale en torno suyo; su peso, su prestigio, su ascendiente eran tales que no necesitaba reunir al secretariado y mucho menos al Comité Central para funcionar, hacer declaraciones y orientar políticamente. Ni siquiera les consultaba. Las deformaciones de la dirección del PCE en cuanto al trabajo colectivo se multiplicaban en el PSUC, por la simple razón de que en el PCE la dirección

estaba repartida entre prestigios históricos, prebendas y unos pocos que trabajaban, mientras que en el PSUC Comorera era una máquina imparable, que no vivía más que para su función de secretario general. Es probable que, desde aquellos años de la posguerra mundial, hombres como Carrillo, y no solo él, trabajaran en la sombra, socavando su figura para cuando llegara el momento de poder derrumbarla.

El momento parecía acercarse en 1947, a partir de la inequívoca perspectiva que abrían los discursos de Dolores y Antón en el III Pleno del PCE. Algo inaudito, que ha pasado desapercibido a los historiadores, es el artículo que en el verano de aquel año escribe Ramón Soliva conmemorando el 11 aniversario de la creación del PSUC; no aparece citado ni una sola vez Comorera y, sin embargo, sí se cita a Dolores Ibárruri. En un momento donde las citas y la hagiografía son fundamentales, no existen los olvidos, o más bien son lapsus freudianos, esclarecedores. El sentido del artículo de Soliva reside en una frase: Para fortalecer el PSUC es preciso estrechar más los lazos que nos unen con el PCE[20].

Se había iniciado el proceso de españolización del PSUC, el de la uniformidad del movimiento comunista en toda España; nada de peculiaridades catalanas, vascas o gallegas. En Euskadi ese problema no existía, pues el PC de Euskadi, que había tenido su Congreso fundacional en 1935, fue depurado, reeducado y vacunado con la expulsión de su secretario general, Juan Astigarrabía, en 1937 por «trotskista emboscado», y no funcionarían como partido, y con limitada autonomía, hasta 1970, en que Ramón Ormazábal será ungido por Santiago Carrillo, en una reunión de cuadros políticos vascos, como secretario general, ratificado luego en el II Congreso del PC de Euskadi en 1974. Por su parte, Galicia era una provincia más de la distribución territorial del PCE aunque Gómez Gayoso aparezca como secretario general del PC gallego en los cuarenta, nombrado por el Buró Político del PCE. Un solo Estado y un solo partido; y ese partido único para toda España no podía ser sino férreo y sin fisuras, lo que Antón denominaba, con expresión imperial, un solo partido marxista-leninista-estalinista de los pueblos hispánicos.

No tarda en hacerse visible la asimilación del PSUC por el PCE. Comorera es propuesto para incorporarse al Buró Político del PC español. El PSUC a partir de esta medida dependería directamente de dicho Buró, dado que su secretario general estaba inmerso en las obligaciones inherentes al máximo órgano ejecutivo del PCE.

Desde octubre de 1948, y por tanto unos meses después de la condena de la Kominform contra Tito, Comorera forma parte como miembro de número del Buró Político del PCE. Se especifica bien claramente, por parte del PCE, que su incorporación se debe a sus méritos personales, es decir, no a su estatus de secretario general del PSUC. Aparece, por tanto, como una concesión del Buró a su hermano catalán, que encierra una doble trampa: controlar al PSUC desde el BP del PCE, cuyas decisiones a partir de ahora serán obligatorias para todos los comunistas catalanes; y, al tiempo, restringir ese ir por libre que siempre caracterizó a Comorera. A finales de 1948 el Buró Político del PCE es un órgano nada funcional, que apenas si se reúne salvo parcialmente, nunca en plenario, y que está dirigido con mano de hierro por el tándem Antón-Uribe, pues Pasionaria está ya hospitalizada en Moscú, dependiendo de los informes y aún más de los médicos. Por los papeles de Comorera es fácil deducir que sentía hacia Vicente Uribe alguna inclinación, consuetudinaria amistad entre veteranos, pero a Carrillo y Antón los despreciaba olímpicamente, aunque por razones diferentes. Igual debía ser el caso con Antonio Mije, que asistía a las escasas reuniones del Secretariado del PSUC.

El proceso de asimilación del PSUC en el PCE es tan brutal que antes de que termine 1948, Comorera entiende que ha dejado de ser secretario general del PSUC y que es uno más en el abotargado cuerpo del BP español. Empieza, por tanto, un movimiento de retirada en el que el veterano líder da muestras de lentitud y torpeza y aún mucho de ingenuidad en un hombre que nunca había hecho gala de ella. Da la impresión de que Comorera estaba hecho para las peleas políticas, pero le aburría la guerrilla interna, doméstica, hecha de conciliábulos a pequeña escala y golpes de mano de bolsillo. Lo suyo era lo grande y quizá había cultivado tanto su ego que se negaba a abordar la minucia y las pequeñeces de los conflictos en el seno de los aparatos; fuera el del PCE o el del PSUC. Sin embargo, lo pequeño formaba el conjunto de la historia de los comunistas españoles y catalanes, en aquel momento álgido de la guerra fría que fue la segunda mitad de 1948 y el sórdido 1949.

A finales de 1948 su situación como secretario general del PSUC tenía algo de fantasmagórico. El historiador Miguel Caminal, en su importante tesis doctoral sobre Comorera, escribe: La fuerza política de Comorera se fundamentaba básicamente en dos aspectos: la pervivencia de las instituciones republicanas, y concretamente del gobierno de la Generalitat, y su legítima y probada autoridad para definir independientemente la línea política del PSUC. Lo primero se desvaneció con la guerra fría, la atomización de las instituciones republicanas y

la disolución del gobierno de la Generalitat en enero de 1948. Hay, a mi juicio, mucho de exactitud en estas palabras de Caminal, aunque también haya algo de sobrevaloración al referirse a la autonomía política del PSUC durante la etapa comorerista. Quizá Comorera tenía más talento y más experiencia que los dirigentes del PCE para hacer suyas o reconvertir las líneas generales trazadas para el movimiento comunista en su conjunto, pero de esto a entender que el peso de Comorera, entre los dirigentes del PCE, se basaba en ello va una gran distancia; la que transcurre de la indiscutible profesionalidad de Comorera al arbitrismo de Uribe o el verbalismo de Dolores Ibárruri.

Desde que en enero de 1948 se disolvió el gobierno de la Generalitat, Comorera se había convertido en un exministro, cuya capacidad de maniobra apenas si sobrepasaba el estrecho marco de las oficinas del Buró Político del PCE, en el que estaba patente, desde ese mes de enero, que no era más que una pérdida de tiempo mantener la «ficción» del PSUC como dirección autónoma. La misma peculiaridad que enorgullecía a Comorera y a los fundadores del PSUC, su carácter unificado, había pasado de ser una virtud a convertirse en un pecado original; los tiempos estaban hollados y roturados para la unidad fanática y monolítica, lo demás era barbecho para quemar.

La última oportunidad de Comorera para dar un golpe de mano y hacerse con una parte o con todo el aparato organizativo pasó por delante de sus narices en octubre de 1948, casi coincidiendo cronológicamente con su incorporación al BP del PCE. En Barcelona se juzgaba a 78 dirigentes y cuadros intermedios del PSUC; las detenciones habían empezado en toda Cataluña en 1947 y duraron cuatro meses, arrastrando a más de un centenar de militantes del interior. Fueron fusilados cuatro de ellos a comienzos de 1949: Puig Pidemunt (director del órgano del PSUC Treball), Numen Mestres (responsable de las JSU), Ángel Carreró (responsable político del movimiento guerrillero en Cataluña) y Pere Valverde (responsable militar). Fue la última vez que la prensa comunista catalana consignó el postrero grito de los condenados: ¡Viva Comorera!

Después de las caídas de 1947, el PSUC investigó la catástrofe, responsabilidad exclusiva de Ramón Soliva y su sostenedor, Santiago Carrillo. Comorera podía haber aprovechado para desembarazarse de la tutela del aparato del PCE. Pero no fue así. Ramón Soliva será licenciado por «negligencia», lo que aludía tácitamente al despilfarro económico y vida irregular a costa del erario del PSUC. Fue reexpedido a la URSS. Le sustituirá Román (Josep Serradell), ayudado por Wenceslao Colomer, yerno de Comorera, y hombre a quien el

secretario general del PSUC tenía en pésimo concepto. Tanto Serradell como Colomer habían trabajado en las JSU de Barcelona a las órdenes de Santiago Carrillo, hasta la caída de la ciudad, en 1938; ahora volverían a hacerlo para lograr la caída de Comorera.

Nada indica que Comorera diera alguna importancia a la ocupación del aparato clandestino por los que estaba muy lejanos de su círculo y de su procedencia. Lo cierto es que en agosto de 1948 el secretariado del PSUC se amplía con la entrada del matrimonio Serradell-Abril y con la reincorporación del resentido Pere Ardiaca, por el que Comorera siente la misma consideración que si hubieran puesto una silla más en las reuniones. Comorera, en su soberbia de hombre indiscutido rodeado de mediocres, no percibe que tiene los días contados si quiere seguir siendo el Comorera que siempre fue.

La ocasión para comprobar lo irreversible de la situación la tiene en julio de 1949, en ocasión del XIII Aniversario de la fundación del PSUC. El aparato del PCE organiza los actos y la propaganda; los organizadores prevén un mitin grandioso en Toulouse con la actuación estelar de Dolores; la propaganda, como el mitin, tiene por primera vez un marcado cariz español: la efigie de Pasionaria ocupa lugares preferentes sobre la de Comorera.

El secretario general del PSUC toma dos decisiones y las dos darán armas al adversario. La primera es boicotear el mitin de Toulouse y la otra retirarse de la pelea e irse a vivir, fuera del alcance de la organización, a una casa en el campo. Comorera, al boicotear el mitin, cree que va a frenar la unificación entre el PSUC y el PCE, que, según ha llegado a sus oídos, se solicitará a gritos durante el acto, comprometiendo a la presidencia. Retirándose a la pequeña casa de campo, alegando enfermedad, cree, a su vez, que el PCE y el PSUC no podrán tomar decisiones hasta que las discutan con él. Ambas reflexiones se revelarán completamente inadecuadas para el momento y la gente contra la que debe luchar.

El mitin se celebrará sin que cuente para nada la opinión de Comorera. El 28 de agosto, el cine ABC de Toulouse estará a rebosar escuchando a Antonio Mije[21], Vidiella, Colomer y Serradell, presididos por José Moix, un hombre débil y limitado, que por sugerencia del PCE sustituirá a Comorera en la coordinación del secretariado del PSUC.

La decisión de retirarse a Toulouse es la culminación de una serie de errores de

Comorera basados quizá en su desprecio hacia el valor político del aparato del PCE y una sobrevaloración de su prestigio, que él juzga indestructible. Antes de retirarse a Toulouse, indignado por el curso de los acontecimientos, tiene una entrevista con el miembro del Buró Político del PCE encargado de las relaciones con el PSUC, Antonio Mije. Ambos charlan ampliamente el 14 de agosto de 1949, días antes de que Comorera abandone el terreno y se vaya a la casita de campo, con una confianza inexplicable en que irían obligadamente a llamarle y sacarle de su retiro, porque no podrían seguir sin él.

Comorera, en su charla con Mije, apunta por primera vez quién es el motor de la conspiración y los ataques contra su persona. En un informe redactado por Mije para sus colegas del Buró Político escribe: Dice [Comorera] que contra él ve la mano de Santiago [Carrillo] y… que en la actitud y la conducta de [Ramón] Soliva estaba la mano de Santiago y que ahora en la conducta de Román [Serradell] está la mano de Santiago. Dice ¿qué es lo que quiere Santiago?… Es que Santiago está contra el PSUC y está contra mí, continúa diciendo. Y en la lista de agravios que Comorera, harto, va relatando a Mije, señala a Román (Serradell) como un militante que no es leal con él. Por ejemplo, Comorera le ha planteado que él deseaba hablar con el camarada responsable de montar la Agrupación Guerrillera de Cataluña. A esto Román respondió que lo pensaría. Curiosa respuesta de un miembro del Comité Central a su secretario general.

Comorera, después de acusar a Santiago Carrillo de ser quien está trabajando contra el PSU de Cataluña y contra él, abandona el campo confiando en que el PCE le pedirá disculpas y deshará los malentendidos. Mije, en la citada charla, no le oculta que uno de los dirigentes del PSUC, José Moix, informa regularmente al PCE de sus posiciones y de su dudosa actitud.

El secretario general del PSUC está solo. Deja a su partido en manos de José Moix, moldeable y dispuesto a hacer cuanto le manden. En la URSS, el otro polo que Comorera puede tocar para darle la vuelta a la situación, está Rafael Vidiella, ejerciendo una especie de mandarinato hecho de indolencia y vista gorda. Si las más altas personalidades del PSUC pintaran algo en esta pelea, hubiéramos podido decir que la defensa de Comorera quedó en manos de un débil (José Moix), en París, y un cínico adulador (Rafael Vidiella), en Moscú.

Desde su retiro, y a falta de cuarenta y ocho horas del mitin de Toulouse, sin que nadie haya ido aún a visitarle ni a explicarle los «malentendidos», Comorera quiere limpiar su figura de adherencias que le comprometen. El 26 de agosto

escribe a Vicente Uribe, el hombre que más conoce del Buró Político español y la figura de mayor peso político en el PCE de cuantos siguen en Francia: He tomado la decisión de retirarme del Buró (político del PCE), de reintegrarme plenamente a mi función de secretario general del PSUC, de no admitir más que la política del PSUC sea discutida fuera del mismo.

Es la declaración de guerra, que va acompañada de la redacción de un número especial de Lluita, órgano oficial del PSUC, que el PCE boicoteará y no llegará a aparecer, porque el aparato de propaganda, como casi todo, está controlado por Carrillo. Pero Comorera sigue en su retiro y nadie puede ganar las batallas desde el Aventino. La suerte está echada para Comorera y, dispuesto a no retroceder, en atribución de sus funciones de secretario general, suspende de militancia a tres miembros del secretariado del PSUC: el matrimonio Serradell-Abril y Pere Ardiaca.

Era el 30 de agosto, y al mismo tiempo que Comorera sancionaba a los tres miembros del secretariado, Vicente Uribe le respondía a su carta de manera conciliadora, porque aún no conoce la decisión tomada veinticuatro horas después por Comorera. Como si se apresurara a borrar la imagen de blando que daba en su anterior carta, el 5 de septiembre Uribe rechaza con un tono brutal, que no deja resquicios a la duda, la dimisión de Comorera al Buró Político: En el Partido Comunista no existen dimisiones…

Ya todo está roto; Comorera escribe una última carta al Buró Político dirigida personalmente de nuevo a Uribe, protestando por el tono de la anterior y sus exigencias, y añade de su puño y letra algo tan inútil como la amistad: De todas maneras, para el camarada Uribe las puertas de mi casa estarán siempre abiertas. Se equivocaba, porque a partir de entonces no podría dejar abiertas las puertas quien no tendría casa.

En un intento desesperado por no aislarse del movimiento comunista internacional, Comorera apela a sus viejos conocidos de la época de la Komintern, y en especial a un hombre que tiene llaves en Moscú y al que cree conocer bien, Mauricio Thorez, secretario general del PC francés. Le escribe una carta solicitándole que le ponga en contacto con el PC soviético, lo que era una forma de conocer las intenciones de Thorez y al tiempo un sondeo sobre si existían o no posibilidades de que el indiscutible partido de Stalin sirviera de mediador. No recibirá respuesta, y Comorera vuelve a escribir el 15 de septiembre.

Esta vez sí, Thorez le comunica en un tono equilibrado, que deja margen a la esperanza de Comorera, que ha trasladado su petición a los soviéticos y añade que ha informado de dicha gestión a la dirección del PC español. Thorez mantiene, por tanto, un equilibrio nada fácil, que revela cierta inclinación hacia Comorera, pues en los hábitos comunistas no entraba tal sensibilidad dirigida a un hombre que acababa de enfrentarse al Buró Político del PCE. Lo acostumbrado hubiera sido archivar la carta y mandarle una copia al PCE para que los españoles hicieran de ella y de Comorera el uso que estimaran oportuno. Aún le quedaba un clavo al que agarrarse para defenderse del PCE. Aprovechándose de él vuelve a escribir a Thorez, rogándole su «neutralidad» en el conflicto. Y, cosa aún más curiosa, lo cierto es que lo logra, pues L'Humanité no tomará postura contra Comorera hasta diciembre de 1949, cuando ya lleva semanas denunciado públicamente como «traidor» por el partido español. Es probable que Thorez, conocedor tanto del trío dirigente del PCE en Francia, Uribe-Antón-Carrillo, como de la figura de Comorera, considerara que los españoles no tenían peso específico para atacar a Comorera, y esperó unas semanas hasta que los soviéticos decidieran transar o dar un palmetazo. Es indudable que para considerar a Comorera públicamente como «traidor titista» se necesitaba luz verde del PC de la URSS. Cuando llegue ese momento, el movimiento comunista internacional cerrará filas y no tendrá fisuras.

Desde ese momento Comorera no contó más que consigo mismo. Los tres centros políticos del PSUC estaban prácticamente en manos del adversario. El interior lo controlaba Serradell, Román; el exilio, en Francia, lo dirigía Wenceslao Colomer, inequívocamente pro PCE; y en México, donde podía ejercer aún alguna influencia, los dirigentes allí exiliados, tras unos días de dudas, apoyaron a la mayoría del Secretariado, que estaba contra Comorera, y de este modo García Lago, Muni, Salvadores y Bertrán, que habían sido incondicionales de Comorera, dejaron de serlo a finales de 1949.

Tras ímprobas gestiones consigue que 80 militantes del PSUC en París firmen una carta, el 7 de noviembre, defendiéndole en su puesto de secretario general; acto ridículo si lo contrastamos con lo que hasta aquel momento había sido el omnímodo poder de un dirigente estalinista. Desde el momento en que las autoridades del PCE, como delegados del glorioso Partido Comunista de la URSS en la tierra, decidieron poner a Comorera fuera del paraíso, no cabía duda, era un traidor y lo había sido siempre por los siglos de los siglos, y fuera de esa decisión no había salvación posible. Desde el 8 de noviembre, veinticuatro horas después de los festejos de la revolución de octubre, Comorera fue públicamente

declarado traidor, perverso, degenerado, ambicioso, megalómano, con espíritu de caudillaje e imitador punto por punto del camino seguido por la banda fascista de Tito. Ya no tenía salvación, ni allí, en el cielo soviético, ni aquí, en la dura tierra del exilio. Comorera abandonaba a la fuerza el PSUC para convertirse en un fantasma, renuente a ser enterrado entre los recuerdos de lo que había sido el movimiento comunista en España.

Los últimos meses de 1949 fueron una borrachera antititista y antinacionalista. Dos días antes de hacerse pública la condena de Comorera, Santiago Carrillo ya preparaba el camino y explicaba las similitudes: Cuando el enemigo se ve obligado a desenmascarar a sus agentes en nuestras filas, quema sus últimos cartuchos… ¡No, camaradas, en nuestro partido no hay plaza para los titos o titillos, para los Rajk y otros traidores! Comorera se integró en la galería de monstruos, o como escribió el órgano oficial del PSUC excomorerista, Lluita, en la galería de reptiles titistas enmascarados.

Solo, aislado, denunciado, acosado, pasando a la categoría de alimaña, que es cuando una cabeza ya no tiene precio, Comorera intenta dar un sentido político a su situación y mantiene como si no hubiera pasado nada las siglas «PSUC» en sus declaraciones y edita un «Boletín interior», mimeografiado, minúsculo, humildísimo, en el que al tiempo que denomina con exactitud a sus adversarios del Secretariado del PSUC sección catalana del PCE, para evitar malas interpretaciones, dedica la primera página del Boletín a felicitar a Stalin en su setenta aniversario y promete combatir sin desfallecer la degeneración del traidor Tito y su pandilla de espías y saboteadores.

Incómoda su situación de renegado y traidor a pesar suyo, denunciando a renegados y traidores para intentar infructuosamente demostrar que uno no es renegado ni traidor, y viéndose así elevado a la quintaesencia de los renegados y traidores por tener la desfachatez de denunciar, a su vez, a los renegados y traidores. Un demencial galimatías. Sus ataques al PCE y al Secretariado del PSUC eran picotazos que apenas si herían la bunkerizada y coriácea superficie militante del PCE y el PSUC. Su divertida comparación del Buró Político del PCE con La isla de los pingüinos de Anatole France revelaba un rasgo de las señas de identidad de Comorera. Su cultura, así como su mundo, eran algo tan anacrónico como Anatole France, aquel «maître à penser» de sus años juveniles que venía ahora a prestarle el último servicio. ¡Anatole France en el mundo español de 1950!

Frente a sus alfilerazos, el PCE-PSUC enfilaba su artillería para disparar fango y mierda a partes iguales, y obligarle a encerrarse en ese gueto de los renegados, donde solo con el silencio se podía mantener la vida, aunque no el honor. Sus parientes, siguiendo la tradición abierta con los procesos de Moscú de 1937 e hispanizada luego por Carrillo en 1939, denunciaron públicamente la perversidad de su propia sangre. Primero fue su hija Nuria, esposa del miembro del Secretariado del PSUC Wenceslao Colomer. Firmó en París el 21 de marzo de 1950 una declaración de principios con una frase que era un epitafio: El mismo día que nació el traidor Comorera, murió mi padre. Hasta su sobrino, desde la URSS, aportó su óbolo de insultos, pasando por los amigos. Apareció Rafael Vidiella, buscando los adjetivos más envilecedores y los improperios más sucios; y también Pere Ardiaca, volcando el resentimiento largos años acumulado, sacándose las espinas para ir introduciéndoselas una a una; además de aportaciones foráneas al mundo catalán, como la del extremeño Virgilio Llanos, su amigo de tantas correrías del exilio, fabulando esas calumnias minuciosas, dignas del «apuntador de teatro» que había sido, efectistas, porque explican cómo un traidor no nace por generación espontánea, sino por la ceguera de sus compañeros: Comorera ya adolescente era un enemigo que cruzaba mares y océanos al servicio del imperialismo.

Bazofia que no debía escandalizar ni sorprender a Comorera, acostumbrado a ese estilo después de trece años de secretario general, con la piel curtida en las peleas y los avatares del movimiento comunista de la etapa estalinista. Pero quizá por eso mismo él percibe que lo ocurrido no es más que el ruido de trompetas que anuncia su liquidación, y así lo escribe, anticipándose a su destino y aportando un dato que solo un hombre de la época de la Internacional Comunista podía conocer: el «protocolo M». Es decir, su eliminación física. Sin escrúpulos de ninguna clase habéis agotado el diccionario de los bajos fondos, habéis agotado el almacén de injurias y calumnias, habéis removido el puñal venenoso en la herida incurable de los sentimientos familiares más íntimos y profundos, lo habéis intentado todo… Ahora ¿qué os queda por hacer? ¿Un protocolo «M»? Es posible, pues los elementos técnicos no son difíciles de encontrar…[22].

Comorera describía su calvario y anunciaba su crucifixión, mientras el PCE jaleaba a los militantes a un linchamiento moral que precediera a su liquidación física. Fernando Claudín informaba así a la dirección del PCE en Moscú: Para nosotros, después de la traición de Tito y del proceso de Budapest [Rajk] tiene que estar aún mucho más claro –aunque ya antes lo preveíamos– que casos como

el de Hernández, Castro, Monzón y otros no eran ajenos a los manejos de los agentes del imperialismo. Como tampoco puede serlo el caso Comorera. Justamente gentes de esas características son la presa fácil para ser comprados por el enemigo. Señoritos inmorales y ambiciosos como Hernández. Pequeño-burgueses nacionalistas y ambiciosos como Comorera. Gentes sin verdadera conciencia comunista, para los cuales el partido no es la causa a la que se entrega la vida, sino el medio de conquistar popularidad, posición y hacer carrera.

Estas reflexiones de Claudín estaban basadas en un hecho del que era depositario desde hacía muchos años, porque ya en 1939 él había notado que Comorera no era trigo limpio; su olfato bolchevique lo distinguió claramente en el llamado Pleno de Amberes, cuando Comorera intervino y dijo, refiriéndose a Cataluña: Tenemos la simpatía de las masas democráticas del mundo entero y al frente de ellas Roosevelt y el gran país que preside y la ayuda efectiva, constante, que nunca nos ha faltado ni nos faltará, de la URSS… Ay, ay, en estas palabras se desenmascaraba la auténtica catadura del traidor Comorera, porque Claudín, con el fino olfato de un Vichynsky, conmueve a los reunidos preguntando: La URSS, camaradas, queda en segundo plano y a Stalin ni lo nombra. ¿No es esto tal vez un indicio de qué manos podían estar ya entonces detrás del nacionalismo y de la lucha contra el PCE mantenida por Comorera?

Su sentencia estaba ya firmada. A la desesperada escribe a los veteranos de la Komintern, de la guerra de España, de Moscú, y envía cartas sin respuesta a Togliatti, a Geröe, también a Thorez… Y de nuevo el silencio de ellos mientras los chacales gritan y se acercan. Francia ha declarado la guerra a los comunistas españoles, sean del PCE o del PSUC, y los detiene y deporta sin compasión desde septiembre de 1950, pero Comorera, ni corto ni perezoso, un día de octubre de 1950 cruza la puerta de la embajada de la URSS en París y entrega al embajador una carta personal para José Stalin. Exige justicia y reconoce que su paciencia ha tocado fin al leer en el órgano de la Kominform que se le compara, a él, Joan Comorera Solé, con traidores como Hernández y Castro Delgado; a él, que sigue siendo un dirigente que tiene a orgullo el temple estalinista.

Pero Stalin calla y Comorera, febril, no da la batalla por perdida. Reconstruye un Comité Ejecutivo de trece miembros y propone la celebración de la II Conferencia Nacional, la primera desde la «de Amberes» de 1939. Aún cuenta con algún dinero gracias a que su astucia le ha permitido retirar la provisión de fondos del PSUC en el Banque Commerciale pour l’Europe du Nord, la financiera soviética que trabaja para los partidos comunistas occidentales. Son

trescientos mil francos que dan para poco, pero algo es algo cuando se ha perdido la batalla internacional.

La situación de Comorera mientras se acercan las Navidades de 1950 es desconsoladora. Cualquiera sin su voluntad y su exultante confianza en sí mismo hubiera renunciado y marchado a México o Uruguay. Carece de bases políticas, su ayudante y colaborador más aplicado, Miguel Valdés, ha fallecido en septiembre, y el acoso de las autoridades francesas se estrecha sobre él; el ministro socialista Jules Moch no hace distingos entre comunistas disidentes y oficiales.

El caso Comorera ya está cerrado. El antiguo secretario general del PSUC ha sido desbancado de su cargo en una crisis interna aprovechando que el tema nacional se ha convertido en el sensibilizador del movimiento comunista; nacionalista igual a «titista», igual a traidor. Desde ahora va a engrosar la lista de personalidades de irregular mérito que en un momento dado se enfrentaron, voluntaria o involuntariamente, con la línea dominante y con el grupo dirigente del PCE. Ese es a grosso modo el conflicto y la condena. No hay nada de peculiar, ni de extraño, ni de sorprendente, ni de chocante, al margen de la tipicidad y los rasgos propios de cada caso tomado individualmente. Miguel Caminal, en su tesis doctoral sobre Comorera, sostiene que el dilema político entre Comorera y la dirección del PCE se derivaba de dos concepciones táctico-estratégicas; mientras el secretario general del PSUC defendía para Cataluña la revolución «democrático-popular», el PCE solo planteaba la «democrático-burguesa». A riesgo de parecer despectivo creo que esto es hipersensibilidad teórica, es pura música celestial en el contexto de 1948-1950, y un intento voluntarioso y bien intencionado de dar consistencia teórica a lo que fue un conflicto de intereses políticos. Tan es así que el mismo Caminal reconoce en la página siguiente sus dificultades para alumbrar el planteamiento estratégico del PCE, pues admite con clarividente intuición: Al historiador le resulta difícil explicar cuál era el pensamiento de los dirigentes del PCE sobre la revolución democrática[23]. ¡Y tan difícil!, porque no había ninguno, de otra forma no se les hubiera ocurrido lanzar lo del Frente Nacional Republicano Antifascista y Democrático.

La seductora personalidad de Comorera, su valor y su talento político han forzado quizá a historiadores y analistas a rellenar, a posteriori, la distancia entre Comorera y lo que él exactamente denominaba «la sección catalana del PCE», como si se tratara de concepciones estratégicas y tácticas diferentes. No hay

nada de eso a lo largo de toda la crisis, y el intento se parece, aunque con objetivo diferente e indudable buena fe, al del PCE buscando en los textos de Comorera razones para descalificarle «históricamente» desde su más temprana edad. El proceso, la acusación y hasta el desenlace fueron dirigidos contra el «desviacionismo nacionalista» que Comorera encarnaba al defender la autonomía orgánica del PSUC, no su autonomía política. La cuestión de la definición del carácter de la revolución sonaba entonces aún más a sexo de los ángeles que ahora[24].

Fue una polémica estalinista entre estalinistas; y por tanto no se discutían ni ideas ni programas; se discutían poderes o parcelas de poderes. Aunque también se puede decir al revés y sería más exacto: a lo largo de toda la polémica que abre el PCE en 1947, respecto a la asimilación del PSUC, y que se cierra con la expulsión de Comorera en noviembre de 1949, no se discute de ideas, ni de programas, ni de tácticas, ni de estrategias: se discute de organización, de autonomía orgánica, que es la característica de las discusiones estalinistas. En última instancia de política, pero vista a través del instrumento, porque, como buenos estalinistas, discuten del partido, no de la situación política en Cataluña o en España. El partido es todo; y lo es tanto para Comorera como para sus adversarios del PCE. Para ellos no debe haber parcelas de poder autónomas; mientras que Comorera reivindica el pasado y la trayectoria del PSUC para defender su órgano de poder, en ningún momento plantea una divergencia política ni con el PCE ni con la Kominform. No hay dos estrategias, hay dos organizaciones y el PCE ha decidido, al socaire de la ofensiva antinacionalista de la Kominform, aprovecharla para domesticar y absorber al PSUC, aunque siga convervando su nombre, pero sin concesiones a más poderes que los del PCE. A partir de noviembre de 1949, el Buró Político del PCE dirigirá la política de toda España, incluida Cataluña.

Un hecho viene a trastocar la apreciación de Joan Comorera como disidente y opositor a la dirección del PCE-PSUC. Comorera toma una decisión que coloca a sus acusadores en una incómoda situación y que les obliga a enfilar con mayor saña sus baterías para derribarle a cualquier precio, sin excluir la liquidación física. Porque Comorera no solo se niega a aceptar su papel de traidor, lo que entra dentro de lo normal y lógico, sino que además tiene la osadía de retar a sus enemigos, lanzándose a lo que estos más temían: el gesto de ir al interior y proponerse acaudillar el PSUC en la clandestinidad.

Con su olfato característico, Carrillo volvió a captar, como ya había hecho

estudiando el caso de Quiñones y Monzón, que denunciar a un oponente en el exilio, en la cárcel o una vez muerto no era difícil para quien dominaba los canales de información del exilio o de la cárcel, pero en la clandestinidad esto se convertía en más dificultoso y obligaba a apurar las calumnias hasta tal punto que parecieran argumentos. Un oponente en la cárcel, muerto o en el exilio está sometido a un control permanente, pero en la clandestinidad se daba la paradoja de que estaba más libre, con su correlato de independencia, audacia y valor ético; destruir todo eso exigía un esfuerzo suplementario de intoxicación informativa.

La decisión de entrar clandestinamente en España fue una barbaridad política de Comorera, si lo tomamos en el sentido leninista de que los gestos no deben tener más juez que la eficacia, y que cuando carecen de ella, carecen a su vez de significación política. Sin embargo, de no ser por esa audaz y valiente decisión, Comorera y el caso que le rodeó no tendrían hoy el mordiente que aún conservan, y su controvertida figura de secretario general estalinista no alcanzaría la fascinación humana que nos produce este personaje orgulloso y temerario, que es capaz de retar al mismo tiempo al aparato del movimiento comunista internacional y al de la feroz represión franquista de 1951. Moviéndose entre Escila y Caribdis, Comorera volvió a ser el audaz político que se reencontraba a sí mismo, sabiendo que sus días estaban contados. Él fue el único disidente, a pesar suyo, que escogió su propia liquidación política, consiguiendo con este gesto dar un nuevo sentido a toda su trayectoria anterior.

Los tres años que durará Comorera en clandestinidad ejercen una atracción irresistible. Los azares de su entrada en Cataluña con documentación falsa en enero de 1951 hasta su detención, el 9 de junio de 1954, forman parte de una apasionante novela sobre la condición humana, aunque es verdad que en el terreno político su virtualidad sea escasa. Sus mermadas huestes pasan a ser indigentes desde el momento que decide cruzar la frontera. El 29 de enero de 1951, fecha de su aventura clandestina, Comorera se encuentra aún más desasistido por su familia política; los hermanos Marlés (Josep y Joaquim) y Florentino Escudero, tres dirigentes de la facción comorerista, dejan de ser sus incondicionales y le abandonan, quizá convencidos de que su líder, al pasar a la clandestinidad en Cataluña, entra en un periodo de enorme interés personal, pero de dudosa utilidad revolucionaria.

Días antes de ese 29 de enero en que cruza hacia Cataluña por el monte, Comorera se encontrará leyendo en Saillagousé, junto a Puigcerdá, una obra

significativa, El hombre que ríe, de Víctor Hugo. El protagonista es el bufón Triboulet, ese patético personaje a quien el rey quita lo único serio de su vida, su hija[25]. Después de ser violada y escarnecida, Triboulet se enfrenta en una escena del mejor Hugo romántico al rey y a su corte. ¡Quién me había de decir que los más ilustres personajes de la nación se sentarían para robarle la hija a un pobre hombre! Son indignos de nobles razas corazones tan viles; sin duda vuestras madres se prostituyeron a sus lacayos y sois todos bastardos. Comorera se quedó el 29 de enero sin hija, sin partido, sin base y sin nada; los dedos de una mano por amigos: Massip, Planes, Cirera…

Es posible que reapareciera en Comorera por entonces su personalidad política anterior al leninismo, sus raíces entroncadas con el republicanismo radical del que estuvo imbuido en los años diez. Comorera creía en los gestos y quizá por eso fíe en el hecho de que teniendo la audacia y corriendo el riesgo de pasar a la clandestinidad en Cataluña, el movimiento comunista internacional se verá obligado a cambiar el enfoque sobre su persona. Era una hipótesis poco probable.

El 19 de marzo, cuando Comorera ya lleva dos meses en el interior, su Comité Ejecutivo Provisional, es decir, sus escasos amigos, envían sendas cartas a las cabezas de ese movimiento para informarles de que su líder ya está luchando bajo la represión franquista, lo que evidencia la falsedad de las acusaciones. Pero ni Stalin, ni Jacques Duclos, ni Manuilski, ni Togliatti, ni Geröe, ni su amigo el polaco Oscar Lange responden. Su caso está cerrado y Comorera tiene ocasión de confirmar lo que empiezan a ser tímidas dudas sobre el movimiento comunista. Pocos días antes de cruzar la frontera, entre lecturas de Víctor Hugo y la inquietante espera, escribe a su amigo y principal interlocutor, Evarist Massip: En ningún caso ponemos ni pondremos en discusión los principios de Marx y Engels, de Lenin y Stalin, pero si la actual política continuase, si se nos niegan los derechos sustanciales de la crítica y la autocrítica, entonces, habremos de analizar necesariamente, más de cerca y más a fondo –para así servir mejor a los intereses de la Unión Soviética, de la clase obrera, del campo antiimperialista–, los métodos y las conductas, que de convertirse en normales envenenarían, descompondrían el movimiento comunista internacional.

Comorera, sin dinero, sin contactos, encerrado en una pensión con derecho a cocina, cerca de Poblet, que le ha proporcionado un sacerdote, alcanza a oír los ecos de la gran manifestación cívica de Barcelona contra el franquismo: el boicot de tranvías de 1951.

LA PRIMERA ACCIÓN POPULAR FRENTE AL FRANQUISMO. BARCELONA, 1951

En los primeros días de febrero de 1951 se hace público que los billetes de los tranvías de Barcelona subirán veinte céntimos. El escarnio es doble; además de que la miseria y el hambre se siguen enseñoreando de la población, se da la particularidad de que en Madrid los tranvías son más baratos y, sin embargo, han pospuesto la subida. Esta simple constatación se convertirá en la chispa que prende fuego a una situación de rechazo que abarca a todos los sectores de la población, por diferentes motivos, y así se producirán las acciones huelguísticas más importantes ocurridas en España desde el final de la guerra; superiores en muchos aspectos a las de Euskadi en 1947[26].

La primera manifestación de la protesta fue la rotura de cristales y pronto el boicot a los tranvías fue ganando adeptos; a partir del 23 de febrero se convirtió en masivo. Era la Barcelona de 1951 una ciudad con un millón trescientos mil habitantes que sufría en su carne unas condiciones de vida difíciles y en extremo corruptas, a las que había que sumar la derrota en la guerra civil, que todos los días la prensa se encargaba de refrescar. En este contexto se multiplicaban las leyendas urbanas sobre los regalos fabulosos del gobernador Baeza Alegría a la vedette Carmen de Lirio, que echaban leña al fuego, aunque fueran a todas luces exageradas.

Las fuerzas vivas de Barcelona, es decir, los que habían ganado la guerra, carcomidos por sus peleas intestinas entre monárquicos y falangistas, presionaron al gobernador y a Madrid hasta que volvieron las tarifas a la situación anterior. Los ciudadanos consideraron aquel 6 de marzo como una victoria popular, en la que se había demostrado su disposición a llegar hasta los límites del propio sistema, que se mostró torpe, anquilosado y brutal.

Cuando todo parecía haber terminado, una reunión de representantes sindicales convocados oficialmente por sus superiores jerárquicos falangistas dio un nuevo curso a los acontecimientos. La asamblea, que tenía el fin de hacer un balance triunfalista de la capacidad del Sindicato Vertical para reformar la vida ciudadana, se convirtió, por la presión de las bases, en un llamamiento a la

huelga general a partir del lunes 12 de marzo. El paro fue masivamente seguido durante tres días, con reivindicaciones que superaron la cuestión de los tranvías y que incluyeron los salarios, la jornada laboral y la libertad. No solo se conmovieron Barcelona y Cataluña, sino que fue un aldabonazo en las puertas del Régimen que advertía a aquellos despreocupados personajes de que tras los tres días de huelga ya nada sería igual ni para unos ni para otros.

Comorera, encerrado en su pensión, escribe cartas a sus amigos del exilio en las que relata el boicot y exagera los acontecimientos con manifestaciones de cerca de medio millón de trabajadores y balances de muchos muertos y heridos y entierros de estudiantes asesinados por la fuerza represiva, a los que asistieron representaciones estudiantiles de toda España. La verdad histórica es que si bien se dieron manifestaciones, poco numerosas, lógicamente, tratándose de 1951, hubo un solo muerto, en una carga policial; el niño de cinco años, Juan Moreno Ruiz, lo que explica que, con ese comportamiento de la Fuerza Pública, fuera imposible que se manifestaran medio millón de trabajadores sin que se convirtiera en levantamiento popular.

Sus exageraciones coinciden con las del PSUC oficial, y ambos se encuentran en situaciones muy semejantes, siendo observadores de los acontecimientos, más que agentes o promotores. Comorera aún no está en Barcelona y el PSUC oficial está dirigido en el interior por Emiliano Fábregas, mientras Gregorio López Raimundo se halla en París discutiendo la situación en Cataluña y las consecuencias de la entrada de Comorera en el país. No pasará al interior hasta el mes de abril y mientras tanto Fábregas apenas si se entera de lo que está ocurriendo a su alrededor. En un informe personal enviado por Carrillo a Pasionaria, que se encontraba en Moscú, le narra la realidad con reflejos patéticos: La iniciación de los hechos sorprendió a la delegación del partido [de Barcelona], que aunque reaccionó pronto no supo comprender quiénes iniciaban la lucha y cayó en el tremendo error de considerar la actitud de los estudiantes como el producto de simples «discordias» entre los falangistas… En la carta admitirá como una de las «debilidades» la ausencia de Gregorio López Raimundo, dirigente principal de la organización del partido en Cataluña que llevaba varios meses en Francia[27].

Las mejores lecciones sobre marzo-abril de 1951 no las aprenderá ni el PSUC de Comorera, falto de bases para operar, ni el PSUC oficial, sino el PCE. Es a partir de estos acontecimientos que se revisará a fondo la política del partido respecto a la cuestión sindical y se planteará como tarea la de penetrar en los sindicatos

verticales, marginando cualquier intento de reconstruir la UGT clandestina, aunque las referencias a la UGT pervivan en la propaganda partidaria.

Conviene recordar en qué momento de la estrategia política del PCE se producen los acontecimientos de Barcelona. El Partido Comunista, en marzo de 1951, aún sigue con su política de guerrillas y de rechazo práctico a cualquier entrismo en las organizaciones franquistas. Es en abril, y tras la experiencia del boicot a los tranvías de Barcelona y la huelga general del 12 de marzo, cuando se revisan las dos piedras angulares de su fantasmagórico edificio político: la lucha guerrillera y el trabajo en los sindicatos verticales. Los informes de Santiago Carrillo a Moscú y a Dolores, sobre las enseñanzas de los acontecimientos, harán a Pasionaria dar luz verde a la tarea de desmantelar los restos de guerrilleros que quedan en España e insistir en la necesidad de que los comunistas penetren en los sindicatos verticales franquistas.

En el informe que la dirección del PCE envía al PC de la Unión Soviética en septiembre de 1951, y en el que, como hace regularmente, los españoles aportan el balance confidencial de su situación, está escrito con el estilo de Carrillo: En las luchas de febrero-marzo de 1951 se han recogido los frutos de la rectificación de la anterior táctica errónea del partido en relación con los Sindicatos Verticales, corregida en 1948; lo que, además de una mentira era un piropo agradecido a los soviéticos de sus alumnos españoles, que recogieron la sugerencia de Stalin. Tengo la convicción, no probada, de que quizá Carrillo y hasta Uribe entendieron la necesidad de ese giro en la cuestión sindical, pero la jerarquía estaba dominada por Pasionaria y ella había zanjado el tema con su carta a la redacción de Mundo Obrero en 1949. Salvo algún despistado que en las difíciles condiciones de clandestinidad no oyera Radio España Independiente ni leyera Mundo Obrero, nadie enterado podía presentarse a las elecciones sindicales de octubre de 1950 después de que Mundo Obrero les dedicara un editorial tan rotundo como el titulado «La farsa de las Elecciones Sindicales»[28]. Lo que resulta incuestionable es que los ecos de las luchas de Barcelona llevaron hacia el partido a enlaces y representantes de toda España, elegidos en 1950.

La huelga general que se declara en Barcelona el 12 de marzo de 1951 obliga, tanto a Comorera como al PSUC oficial, a hacer ímprobos esfuerzos para capitalizarla o para servirse de ella como ariete contra el adversario. Comorera, aunque lo intenta, está paralizado por su soledad y su falta de recursos humanos y económicos. No así el PSUC oficial, que desde que estalló el conflicto con su

secretario general había sido reforzado intensamente por el aparato del PCE, enviando al interior a varios cuadros, entre ellos a Gregorio López Raimundo; con la mala fortuna de que estalla la más inesperada de las huelgas y el encargado, por la historia y el partido, para dirigirla no está allí, sino en París, discutiendo cómo hacer lo que ya está hecho sin que él se diera cuenta. Cuando en abril de 1951 vuelve López Raimundo, las tareas que le encomendaron en París para capitalizar las movilizaciones son tan desmesuradas para los escasos medios con que cuenta el PSUC que apenas si dura dos meses[29].

En el verano López Raimundo ya está detenido. Ha llegado la ocasión para Carrillo de cumplir cuatro tareas que sin la detención de López Raimundo no hubieran sido fáciles y que ahora tiene delante de sus ojos: darle la puntilla a Comorera, crear un nuevo líder del PSUC, capitalizar las huelgas de marzo y reorientar la política sindical.

EL FIN DE COMORERA

Comorera, que había sido denunciado a bombo y platillo por la prensa y la radio del PCE desde que tuvieron conocimiento de que se encontraba en Cataluña, pasó a convertirse, a partir de la detención de López Raimundo, en el traidor que lo había entregado a la policía. Obreros de Cataluña: Juan Comorera es un provocador cuya actual actividad es entregar a los comunistas a la policía, tanto en Francia como en Cataluña. La campaña sube un grado en la infamia y el órgano del PSUC oficial, Treball, denuncia con sus nombres y apellidos a los dos únicos colaboradores de Comorera en la clandestinidad: Martí Salvat y Francesc Perramón. Salvat, que se encontraba en una situación irregular desde su llegada a España, es detenido por la policía e interrogado sobre la posible presencia de Comorera en Barcelona. Al régimen le parece improbable, hasta el punto de que para los mandos de la policía de Barcelona toda esa historia de Comorera no es, en opinión de un comisario, «más que otra maniobra del comunismo internacional».

Quizá la cima de los ataques contra Comorera, el más barroco y hasta sofisticado dentro de su pedestre esquema, sea el texto leído por Radio España Independiente y debido a la pluma de su director Ramón Mendezona. Tiene

párrafos que parecen una lectura estalinista de Kafka: La sociedad burguesa no produce genios, ni pensadores, ni filósofos, ni grandes polemistas. Produce engendros monstruosos, enanos deformes a los que viste en el oropel de una propaganda barata y los coloca en primera fila como bufones de una sociedad que se derrumba y que en las muecas de estos tristes seres quiere encontrar alivio al cáncer que lleva en las entrañas… Cuando sus viles criaturas, los Rajk, los Kostov, son llevados a la picota por la indignación de los pueblos, la burguesía va sacando sus reservas del arsenal de la infamia y un día aparecen a la luz de las candilejas un Castro, un Comorera, un Hernández.

Tito en Yugoslavia, Rajk en Hungría, Comorera en Cataluña. Si se señalaba a Comorera como el denunciador de Gregorio López Raimundo se le enlodaba, está claro, pero al tiempo se ensalzaba a la víctima. Desde el momento de su detención, el PCE y el PSUC promueven una febril campaña «contra la pena de muerte que amenaza a López Raimundo». Bacarisse compone un himno con letra de Juan Rejano –… salvemos esas venas españolas / que con López Raimundo a la cabeza / han cuarteado el tenebroso muro / donde el gusano uniformado tiembla…–. Rafael Alberti, convocado para la ocasión, saca a su Juan Panadero del baúl y le enjareta unas coplas: Me llamo López Raimundo, ya el mundo sabe quién soy…

El mundo, lógicamente, no tenía ni idea de quién era el tal López Raimundo, incluso en el PSUC era un perfecto desconocido. Había ingresado en el partido durante la guerra y combate como soldado raso en la 31 División del X Cuerpo[30]. Perdida Cataluña, se queda en Francia y marcha en seguida hacia México, donde trabaja de contable. Vuelve a Europa a finales de los cuarenta para reforzar el debilitado aparato de enlaces con el interior que dirige en Francia Ramón Soliva. Cuando se produce la crisis de Comorera, se le envía a Barcelona clandestinamente para que se turne con Emiliano Fábregas, otro miembro de la dirección del PSUC en el interior. Como ya dijimos, pasa las jornadas históricas de febrero y marzo de 1951 en París, y a su vuelta es detenido. Con estos antecedentes ni siquiera un obseso de la represión como el coronel Eymar podía pedir pena de muerte. En aquella época, en la que para abultar un expediente la policía no necesitaba que nadie la incitara, resulta que se hace una campaña contra la «pena de muerte» a López Raimundo y el siniestro Tribunal de la Masonería y el Comunismo le condena a ¡cuatro años![31]. Para mayor sarcasmo, Joan Comorera, cuando le pillen, será condenado a treinta años.

Después de haber sido detenido, juzgado y condenado López Raimundo,

Comorera no ceja en su empeño. A las dificultades inherentes a la clandestinidad debe sumar la falta de dinero, su penuria de medios, que se hace más frustrante con la mejora en las condiciones de lucha tras los acontecimientos de marzo. Al fin, consigue trasladarse a Barcelona y hacerse con una multicopista. Él y su esposa, Rosa Santacana, encerrados en un piso alquilado de la calle Consejo de Ciento, redactarán, imprimirán y distribuirán por correo el órgano Treball, versión comorerista. El primer número llevará fecha de 15 de enero de 1952 y no se interrumpirá hasta su detención en 1954; 32 números de Treball logrará poner en circulación, con una edición límite de mil ejemplares cada uno.

Todos los números repetirán un lema hasta la saciedad: ¡Desperta, Catalunya! (Despierta, Cataluña). Los boletines, íntegramente escritos en catalán, solo romperán el hábito introduciendo el castellano en un artículo sobre el Pacto de Franco con Estados Unidos[32]. El interés de esos Treball multicopiados es más humano que político, su incidencia escasísima, pues a las dificultades de toda prensa ilegal hay que sumar la nula infraestructura del grupo comorerista.

No es difícil imaginar la actividad cotidiana de Comorera durante los tres años largos de vida clandestina en Cataluña. Cabe suponer que estaba dominado por el afán de supervivencia, sin salir de casa, salvo al anochecer, leyendo los periódicos con mirada de entomólogo, de la primera página a los anuncios por palabras, percibiendo cómo crecía la yerba desde su habitación y, a partir de 1952, con la gran cura mental y política de redactar Treball; hacer algo, aunque fuera una gota en el desierto. Está obsesionado por las penurias económicas, que para un clandestino suponen tanto como el aire que respira. Esas dificultades obligan a procedimientos nada rigurosos para hacerle llegar el escaso dinero, procedente del exilio mexicano o francés, aunque tuviera el divertido detalle de usar al novelista Georges Simenon como intermediario; se supone que involuntario e ignorante de esa historia, que, por cierto, hubiera sido el mejor argumento de su obra.

Su supervivencia no era fácil, porque debía escapar de dos enemigos. Tenía que batirse en clandestinidad sobre dos frentes: el de la represión franquista, con una policía que no acababa de convencerse de que estaba en Barcelona, y un PCE que no pierde oportunidad para amenazarle de muerte. En marzo de 1953, Comorera se siente más acosado que nunca y denuncia en un comunicado que el Buró Político del PC español prepara su asesinato, y lo hace como lo que es, como el estalinista que por encima de desgracias, de calumnias y hasta de la reciente muerte de Stalin sigue siendo medularmente fiel al estalinismo, a sus

fantasmas y a sus mentiras: Que el Buró Político [del PCE] se aplique la lección ejemplar de lo que ha ocurrido personalmente a gente que se creían intocables, inamovibles, infalibles y que se parapetaban tras la adulación… que ejercían el terror político que les eximía de la obligación de hacer una autocrítica comunista. Que el Buró Político [del PCE] se pregunte cómo han acabado Malinovski, Bujarin, Piatakov en Rusia; Rajk en Hungría, Kostov en Bulgaria, Slansky en Praga… O es que el Buró Político cree de verdad que el PC de España es por decreto divino invulnerable a la provocación… ¿Es que el Buró Político se ha creído de verdad que saldaría la cuestión con la eliminación de Joan Comorera?[33].

La salida de los Treball, las denuncias del PCE, los contactos para llevarle las exiguas cantidades de dinero iban reduciendo el cerco y acercando a la policía hasta su casa. El 9 de junio de 1954 le detenían en su piso alquilado del número 248 de Consejo de Ciento. Tardará varios días en hacerse pública la noticia y cuando lo haga irá acompañada de una foto en la comisaría donde la policía exhibe a su trofeo, al que denomina «El Lenin Catalán». Es un Comorera delgado, viejo, con una barba abundante y nada leniniana. Mundo Obrero también recogió inmediatamente la noticia: Días pasados la prensa franquista dio a conocer que se había «detenido» al traidor Comorera… Para que los hechos queden en su verdadero lugar, frente a la inmunda leyenda que los servicios policiacos franquistas y otros extranjeros han hecho circular, es necesario decir que el traidor Juan Comorera se ha entregado a la policía después de haber estado viviendo durante unos años en Barcelona, a donde fue llevado como delator de los comunistas[34].

Joan Comorera i Solé será juzgado y condenado a treinta años de cárcel. Enviado a la prisión de Burgos, desasistido por los médicos, morirá en la cárcel de una bronconeumonía el 7 de mayo de 1958. Tenía sesenta y tres años. Su esposa, Rosa Santacana, no pudo ver el cadáver. A ella, la modista que ni sabía ni quería saber de política, pero que amó al hombre Comorera y sufrió las consecuencias del Comorera dirigente, las autoridades no le permitieron verle muerto. Rosa iniciará un doloroso peregrinaje sin rumbo hasta que el gobierno yugoslavo, a solicitud de unos amigos de su marido, tuvo el gesto encomiable de aceptarla, ya desquiciada, a finales de 1960. Murió tranquila, en agosto de 1964, en Split, allá en la costa dálmata, mientras intentaba poner en orden sus recuerdos para que no la devoraran.

Dos años antes de que muriera Comorera, en 1956, mientras seguía en la prisión

de Burgos, se celebró el I Congreso del PSUC que él había creado veinte años antes. Pusieron de secretario general a José Moix, el veterano, y en el comité ejecutivo figuraban Pere Ardiaca, Josep Serradell, Margarita Abril y el nuevo Comorera de incubadora, Gregorio López Raimundo.

Comorera se enteró en la cárcel, pero nadie conoce su reacción; posiblemente fue una sonrisa. Había perdido la batalla, pero la guerra la ganaría él aunque fuera después de muerto. El PSUC, sin Comorera, quedó al servicio del PCE, como su delegación catalana. En 1954, en el V Congreso del PCE, con Comorera en la cárcel y el PSUC domesticado, sus máximos dirigentes, Rafael Vidiella, José Moix y Gregorio López Raimundo, propusieron integrarlo en el PCE sin más demora. El Buró Político del PCE no lo consideró necesario.

Todo lo ocurrido lo resumen las palabras pronunciadas ante el biógrafo de Comorera, Caminal, por una de las personas que estuvieron en el secreto, Margarita Abril: Comorera era un obstáculo para el PCE. Después, López Raimundo ha hecho todo lo que le han dicho. El PSUC ya no era ningún problema, no debía cambiar los estatutos ni ir a la unificación. Santiago Carrillo lo había conseguido aplicando a la política el principio popular de «muerto el perro, se acabó la rabia».

El ajusticiamiento político de Comorera lo dirigió en sus detalles Santiago Carrillo. Lo ejecutaron Josep Serradell, más conocido por Román y su esposa Margarita Abril. Y el convidado de esta historia fue Gregorio López Raimundo, un oscuro militante aragonés que había llegado a Barcelona para convertirse en sastre, y que conocería la lucha política gracias a su hermano Antonio, líder del Sindicato de Trabajadores de la Banca.

Carrillo y Serradell harán de él un dirigente; su nivel político brillaba tan bajo que su esperada intervención en el V Congreso del PCE, tras salir de la cárcel, sorprende a los miembros del Buró Político del PCE, que no eran precisamente ni Lenin ni Bujarin. Solo Santiago Carrillo conocía la verdad y la encubrió, desarrollando la idea de que López Raimundo no sería un talento político, pero tenía lo que él necesitaba: sonriente, represaliado, constante, discreto hasta el oprobio. Lo formó como quien cuida un geranio; con paciencia, esperando cada primavera para ver la flor, pero consciente siempre de que, por más esfuerzos que hiciera, no perfumaría el jardín. Carrillo decidirá enviarle a la Unión Soviética nada más terminar el V Congreso. Allí asistirá durante dos cursos (1954-1955, 1955-1956) a la Escuela Superior del PC de la URSS. Este centro,

exclusivo para futuros dirigentes del partido soviético y lo más granado de otros países, tendrá en López Raimundo un alumno aplicado tanto en el estudio del ruso como en los rudimentos de la ciencia marxista-leninista-estalinista.

Carrillo está seguro de que con ese barniz soviético se reforzará su leyenda, lo que, junto al reencuentro feliz con una mujer con raigambre catalanista, Teresa Pàmies, permitirá moldear al futuro secretario general del PSU de Cataluña. Porque el V Congreso del PCE no será la ocasión esperada para el recién creado Dimitrov de Cataluña, pero sí va a suponer un hallazgo personal de trascendencia en la vida de Gregorio López Raimundo. En la Checoslovaquia de 1954, va a encontrar a una admirada dirigente de las JSU durante la guerra; se habían conocido entonces y vuelven a encontrarse ahora, quince años después, cuando para él la vida todavía puede empezar, porque mantiene esa sonrisa que encandila y esos cabellos de Gary Cooper en Por quién doblan las campanas. Ella, sin embargo, está casada y tiene tres hijos. Se llama Teresa Pàmies y es hija de un campesino de Balaguer, de nombre Tomás. Mientras él hace de jardinero del Estado checo ella trabaja de locutora para las emisiones en castellano de Radio Praga. Está casada con un personaje interesante, Félix Barriga, un hombre de acción, simpático y pendenciero, hecho para la aventura, fanfarrón y mujeriego, agente del NKVD y retirado del servicio por «individualista» e «indisciplinado». Es un matrimonio que va mal. Teresa empezará otra vida con Gregorio López Raimundo.

Al mismo tiempo que marcha hacia Moscú a la Escuela Superior del PC de la URSS, entran por la puerta grande en el grupo de jóvenes veteranos de las JSU de Cataluña, los que admiran a su líder natural, Santiago Carrillo, el matrimonio formado por Josep Serradell-Margarita Abril y Wenceslao Colomer, su superior jerárquico en México. Miembros todos, durante la guerra, de la dirección de las JSU. Gregorio López Raimundo ya tiene todo para alcanzar la cúpula con un poco que ponga de su parte; además de su leyenda, tiene una mujer catalana hasta la médula, una Pàmies, y cuando vuelva de Moscú ya sabrá la suficiente «ciencia» como para hacer el resumen al final de las reuniones y citar a las autoridades políticas sin equivocarse. Será el más elaborado invento que fabrique Santiago Carrillo en los primeros años cuarenta. La elección no resultó equivocada: mantendrá la constancia, conservará su proverbial sonrisa y se mostrará inasequible al desaliento.

PROBLEMAS DOMÉSTICOS

Un hecho vino a agudizar aún más el aislamiento, las dificultades y el enclaustramiento del PCE: su ilegalización en Francia. El gobierno dirigido por René Pleven decide poner en ejecución el plan diseñado por el ministro del Interior, el socialista Jules Moch. El 7 de septiembre de 1950 los comunistas españoles pasan a estar fuera de la ley y en virtud de esta medida de la guerra fría se hacen masivas redadas. Se abre la caza al comunista español en un entorno de histeria anticomunista.

La orden apenas si tuvo eficacia contra los altos cargos del PCE, porque los camaradas franceses informaron de lo que se preparaba con la suficiente antelación. El día anterior a la redada se celebró la tradicional fiesta de L'Humanité, y allí el que quiso pudo enterarse de que el lunes «la canalla Pleven-Moch» preparaba la gran cacería contra los comunistas españoles.

La medida represora contra los comunistas españoles podía considerarse una forma de calibrar la potencia del movimiento comunista, tratando al tiempo de mellar su filo. El ambiente prebélico era evidente y cada cual se aprestaba a arrimarse a su campo. Los años 1949 y 1950 alcanzaron el clímax de la guerra fría. Cada mes que pasaba era un peldaño más en la escalera de la confrontación en sus diversas formas y en muy diversos frentes. Se festeja el año nuevo con Berlín bloqueado, la primavera con la creación del Pacto Atlántico (OTAN), el verano con el final de la masacre griega, el otoño con la bomba atómica soviética y la denuncia de la Kominform y el invierno con los juicios criminales contra Rajk (Hungría) y Kostov (Bulgaria).

Cuando se inauguró 1950 nadie podía sorprenderse de que se desatara en junio la guerra de Corea; se abría un nuevo frente en la lucha entre los dos mundos y nada ni nadie podía quedar fuera de la contienda. Hasta la intervención abstrusa de Stalin en el campo de la lingüística estaba tejida de hilos políticos, mucho más que de referencias a Mach y a la «superestructura». Menudeaban los atentados contra líderes comunistas occidentales y el linchamiento moral estaba a la orden del día en la prensa pro occidental y en la pro comunista. El Documento por la Paz, llamado de Estocolmo, que aparece en marzo de 1950 es una herramienta bélica en manos del movimiento comunista, porque cualquier papel debe posicionarse a un lado o a otro, no hay posible conciliación, ni

terceras vías. El secretario general del PC francés, Mauricio Thorez, había hecho una declaración concluyente ante su Comité Central el 22 de febrero de 1949: Si… nuestro pueblo fuese arrastrado a una guerra contra la Unión Soviética, y si en estas condiciones el ejército soviético, defendiendo la causa de los pueblos, la causa del socialismo, persiguiese a los agresores hasta nuestro suelo, ¿por qué la actitud de los trabajadores, del pueblo de Francia, ante el ejército soviético tendría que ser diferente a la actitud de los trabajadores y de los pueblos de Polonia, de Rumania…?

Se trataba de una afirmación de inequívoca resistencia, o para ser más claro de amenaza de colaboración con el enemigo, y constituyó la tónica general de los partidos comunistas occidentales durante aquellas fechas. Togliatti en Italia, Pollitt en Gran Bretaña y hasta Foster en los Estados Unidos se declararon consecuentes con el denominado «eje del internacionalismo», la defensa de la Unión Soviética, lo que visto desde el otro ángulo no era más que una afirmación de «quintacolumnismo». A Thorez se le respondió en el verano de 1949 con la edición de un millón de ejemplares del libro de Victor Kravchenko Yo escogí la libertad; otra herramienta bélica, esta vez en manos de Occidente, contra los países del área soviética. Como la medida de ilegalizar al PC francés hubiera tenido consecuencias irreparables incluso para la democracia blindada que se estaba construyendo, se procedió a castigar a su hermano menor, el PC español; un ensayo y una advertencia.

Al mismo tiempo que se ilegalizaba al PCE y al PSU de Cataluña se suspendía la publicación legal del semanario Mundo Obrero, de Lluita y de las revistas Nuestra Bandera y Cultura y Democracia. Precedente al que siguió la prohibición en Francia del órgano de la Kominform, Por una paz duradera… incluso en su versión francesa. Reaparecerá poco después con el nuevo formato y nuevo título, Paz y Democracia, en un alarde de utilización de las denominadas libertades burguesas que el PC francés denunciaba cada día.

La ilegalización del Partido Comunista de España en territorio francés trastocó las estructuras partidarias que se habían ido adaptando a la vida democrática del país galo y que contaban, además, con la facilidad del vecindaje con España. Afectó a la base del partido porque obligó a la semiclandestinidad; afectó al aparato de relación con el interior porque sus tareas, de por sí muy ocultas, sufrieron embates serios en las redadas de la noche del 7 de septiembre; y finalmente afectó a la dirección del PCE al menos en cuanto a que la obligó a esconderse e impidió las comunicaciones fluidas con el centro de Moscú, donde

Dolores Ibárruri se recuperaba de sus operaciones. Para facilitar la línea París-Moscú, al tiempo que para garantizar la supervivencia del Buró Político, se desplazaron a Praga Vicente Uribe y Antonio Mije. Desde finales de 1950 el PCE va a tener tres centros dirigentes: París, Moscú y Praga.

En París quedaron, clandestinamente, dirigiendo la organización Francisco Antón y Santiago Carrillo. Carrillo ocupado preferentemente en atender el aparato de relaciones con el interior de España, y Antón de todo lo demás, es decir, la base operativa que constituía las organizaciones del PCE en Francia y sus múltiples vínculos con los camaradas franceses. Vicente Uribe y Antonio Mije salieron en seguida hacia Praga, al igual que Enrique Líster. El otro miembro del Buró, Ángel Álvarez, fue detenido por la policía francesa y enviado a la República Democrática Alemana.

A partir de septiembre de 1950 y la ilegalización del PCE en Francia se exasperan los conflictos latentes en el seno de la dirección. Se van a mezclar razones personales y argumentos políticos. Desde la ilegalización, Francisco Antón va a actuar como máximo dirigente del partido, en parte por las dificultades en las comunicaciones y también porque formaba parte de su manera de ser y del estilo del PCE. Antón descuida las informaciones a Vicente Uribe y el grupo de Praga, ganándose su enemistad, especialmente de Uribe, muy celoso siempre de sus prerrogativas y que difícilmente podía soportar el desprecio a que le sometía Antón.

Francisco Antón, entretanto, prosigue haciendo y deshaciendo, sin tener en cuenta que su situación personal ha cambiado y que sus privilegios de antaño, gracias a su relación íntima con Dolores, se han convertido en todo lo contrario. Antón, parece que infatuado por su poder omnímodo, no es consciente de que la única fuente de poder, que da y reparte a voluntad, es Dolores Ibárruri. Desde que conoció a Dolores en 1937, Antón tuvo una meteórica carrera en el PCE; pasó casi sin interrupción al Comité Central y al Buró Político, primero por la vía orgánica del matrimonio, no por no legalizado menos evidente, y luego, a partir de 1942, por el derecho consuetudinario que le otorgaba seguir siendo el compañero de la camarada «secretario general»; aunque después de la llegada de Pasionaria a Francia, a mediados de 1945, y en atención a una petición de ella en este sentido, ambos no vivirán juntos, «para evitar las habladurías», según manifestó Antón. Seguirán manteniendo sus relaciones íntimas hasta que Pasionaria en la primavera de 1948 abandone Francia para su operación de vesícula.

En 1946 Dolores Ibárruri tiene cincuenta y un años y Francisco Antón treinta y ocho. No es difícil entender que el día que Antón vio a Carmen Rodríguez en la fiesta de L'Humanité de aquel año se enamorara. Carmen tenía veinticinco años y era una belleza morena, simpática, con gusto y con la suficiente experiencia de la vida como para contemplar a Francisco Antón un poco más acá de los dioses del Olimpo. Que ella se fijara en Antón es normal, tratándose de un hombre con todo el poder que otorgaba la jerarquía del partido; que Antón se fijara en ella no es tan difícil, pues a juzgar por todos los testigos lo merecía. Él era hombre atractivo, de estatura mediana, de voz concluyente y galanteador; ella una joven bellísima con ganas de vivir y, según confesión propia, dispuesta a amar apasionadamente. Todo eso que ya era imposible que diera de sí Dolores Ibárruri, aunque la llamaran Pasionaria.

Carmen Rodríguez había nacido en 1921 en Marruecos, en la cosmopolita Casablanca de entreguerras, y enviudó en 1942, de un exteniente de ametralladoras, Bernardo Peña Cruces, detenido en Tánger y liquidado por la policía franquista por su militancia en el Partido Comunista. Viaja a París, al Pleno de Montreuil, en marzo de 1946, como representante de la organización de Marruecos, y unos meses después vuelve otra vez a París convocada por el Comité Central para trabajar en la Unión de Mujeres Españolas. Desde el 5 de octubre de 1947, Antón y Carmen tienen relación personal, aunque no vivirán juntos hasta el año siguiente, coincidiendo con la salida de Pasionaria hacia la URSS.

En la primavera de 1951 se reúnen en Moscú los miembros del Buró Político residentes en Praga y la URSS. Desfila ante Dolores un rosario de ofensas y menosprecios que los dos «jóvenes» de París –Antón y Carrillo– han inferido a los dirigentes históricos: Uribe, Mije, Líster… e incluso a la misma Pasionaria. Se hace patente el malestar, la indignación del Buró hacia «los de París» y deciden que otro miembro del Buró Político, Ignacio Gallego, se desplace a Francia para transmitirles las críticas de que han sido objeto.

La respuesta de Antón y Carrillo a Dolores, en junio de 1951, tiene un tono inusual de aplomo y de contestación hacia el Buró, del que no se libra ni la propia secretaria general: ¿Cómo se nos puede pedir que mantengamos una correspondencia personal y enviemos una información de todo lo que hay, a cada miembro del Buró Político ausente? Eso significaría que tendríamos que pasar el tiempo escribiendo cartas… También les informa Gallego de otros extremos que, por venir de Pasionaria, son recogidos como si se tratara de oro de ley y

especialmente uno de trascendencia histórica. En la reunión del Buró Político en Moscú, en la primavera de 1951, la secretaria general decide –¡al fin!– desmantelar el movimiento guerrillero. La respuesta de Antón y Carrillo es elocuente: Consideramos de la más alta importancia la decisión tomada en virtud de una proposición de Dolores… de cambiar la orientación sobre el movimiento guerrillero… Hemos empezado a aplicar la decisión en Galicia y vamos a extenderla inmediatamente a Levante. Efectivamente, será a partir de mediados de 1951 cuando se desmantelen las últimas partidas de la Agrupación de Levante y se recojan los residuos de la gallega.

Pero por encima de la aceptación de esto, que a la altura del verano de 1951 era una obviedad, y más después de las experiencias del boicot de tranvías y la huelga general de Barcelona, había otros elementos en la respuesta de París que no podían dejar indiferente a Dolores, no solo por el despego con que trataban la figura de Uribe. Implícitamente utilizaban las exigencias de información de Uribe para criticar al conjunto del Buró; mientras ellos trabajaban en muy difíciles condiciones, los Uribe, Mije y hasta la misma secretaria general les exigían estar informados de todo, pero bien sentados en países sin problemas de clandestinidad. La reacción de Pasionaria al leer el informe de junio redactado por Antón y Carrillo en respuesta a sus críticas, trasmitidas por Ignacio Gallego, fue violenta: llamó a Antón a Moscú.

En el invierno de 1951 llega Antón a la Unión Soviética; permanecerá varias semanas, y lo más benigno de su estancia posiblemente fuera el invierno, particularmente duro aquel año, y más en Moscú. En apenas unos días Antón pasó de ser «la revelación de nuestra guerra», con que le denominó Pasionaria, a «el zar del ordeno y mando». Ambas definiciones las hará la misma persona y casualmente en idéntico lugar, Moscú, solo que con la diferencia de diez años.

La soberbia de Antón desmpeñó también su papel. Cuando llega a Moscú ya no es el compañero de Dolores, sino un hombre casado con una mujer veintiséis años más joven que Pasionaria y que acaba de ser padre de una hija, engendrada exactamente unos meses después de que ella abandonara París, pues la niña nacerá en junio de 1949. Acostumbrado a que alimentaran su fatuidad, fue tan vanidoso que no distinguió que su mérito principal, que no el único, se basaba en sus particulares relaciones con la camarada «secretario general». Por algo le llamaban «Narcisín», durante la guerra, sus colegas del Comité Central. La irresistible carrera que le acercó al Comité Central y al Buró Político no podía partir más que de aquello que él se negaba a tomar en cuenta, aunque fuera

evidente. Había ingresado en el PC muy joven aún, gracias a su hermano Gregorio, secretario de organización del partido en Madrid, un ferroviario como él a quien la lengua viperina de Castro Delgado denominaba El Bubones por su afición puteril y nada higiénica. Y ahora, terminadas las audiencias que le concedió Dolores en Moscú, donde le acusó de querer dividir el partido, de «zar del ordeno y mando», él pasaba a estar más contaminado que El Bubones; ahora El Bubones era él. Las sesiones fueron tan catárticas que volvió a París con un herpes nervioso que le cubría la espalda, y Antón, hasta entonces tan fogoso, según me confesó su mujer, dejó de serlo. Cuentan sus colegas que, tras las audiencias de Dolores –porque de eso se trató, de audiencias, en las que le manifestó desde el primer momento quién mandaba y quién obedecía–, resumió su situación en una frase: «Se acabó Antón».

No es que volviera con la cabeza agachada, sino destrozado, hecho otro hombre. Se dio cuenta de que si sobrevivía a lo que iba a venir ya sería bastante para los tiempos que corrían. Quizá fue consciente de que la pasión que había despertado en Dolores se había trasformado en un rencor sin límites. La crisis de Antón, que se inicia a finales de 1951, con su llegada a Moscú, es inseparable de la transformación de una pasión femenina en odio, posiblemente porque ella, como mujer y como dirigente, se sintió burlada por aquel hombre al que había entregado todo y al que había convertido durante años en el hombre más poderoso del partido. Ahora que Pasionaria tenía cincuenta y seis años volvía a ella trayéndole el regalo de una hija con una militante que no llegaba a la treintena. Antón iba a pagar fríamente, concienzudamente, su daño, con una venganza y una saña sin límites, de la que Dolores nunca se considerará saciada.

Volvió Antón trayendo, además de su herpes y de su derrota, una resolución formal del Buró con las directrices que deberían aplicarse en París. Los dos de París pasarían a tener a su lado a un comisario especialmente enviado por Dolores, Ignacio Gallego, para reforzar el núcleo de miembros del Buró Político en Francia, según reza la resolución. Ahora bien, el punto más doloroso y que abría la puerta a los palmetazos que recibiría de ahora en adelante consistía en que ordenaba a Antón y a Carrillo que facilitaran información completa y detallada y elaborada sobre todas las cuestiones políticas y de organización… con la mayor regularidad a la secretaria general, que asumía su papel y les ponía a ellos en el lugar del que juzgaba no debían haber salido nunca.

Pasaban a ser meros delegados de los centros de Moscú (Dolores) e incluso Praga (Uribe y Mije). Moscú y Praga deberán aprobarlo todo antes de que se

ejecute, incluso asunto tan autónomo como la impresión de propaganda deberá ser decidido por Moscú-Praga y allí se establecerán el número de ejemplares para cada publicación. El plan para 1952 es el siguiente: Mundo Obrero editará 24.000 ejemplares, de los cuales 14.000 se distribuirán en la emigración y el resto se intentará introducir en la península; Nuestra Bandera editará 2.000 ejemplares, igual que La Revista Militar, que es el cómic con el que se entretiene Enrique Líster. De Treball, del PSUC, se editarán por decisión de Dolores y Uribe 3.000 ejemplares. El aparato del partido español en Francia va a sufrir las consecuencias de la nueva situación y será castigado con una drástica reducción: 22 profesionales del partido son licenciados, con lo que se reduce en un 30 por 100 el aparato en Francia.

Había empezado una purga de grandes proporciones, en cuya cúpula ya se veía el balanceo de las cabezas de Antón y Carrillo, las dos juntas e inseparables, y estos empezaban a ser conscientes de ello, porque Dolores no iba a conformarse con retirarles la autoridad y ponerles trabas burocráticas.

Conscientes de que su situación política está al borde del colapso, Santiago Carrillo, en el verano de 1952, antes de que Pasionaria decida la dirección que va a tomar el proceso, escribe un largo informe al Buró Político, del que solo tendrá conocimiento Pasionaria y que será la autocrítica más brutal, y quizá la única, que se haga en su larga carrera política. La ocasión lo merecía, porque lo que estaba en juego no era solo esa carrera política, sino también la vida, como lo demostrará el caso Antón.

SANTIAGO CARRILLO SE HACE LA AUTOCRÍTICA

El 5 de junio de 1952 termina Santiago Carrillo su largo memorial autocrítico: 75 páginas. Es el documento más importante que tenemos sobre el fracaso de la política guerrillera y acerca de la responsabilidad del partido, y de él mismo, en el desastre. El tono del texto y las conclusiones nos evitan los comentarios, se explican por sí solos:

El primer punto negativo residía en utilizar la experiencia del «maquis» francés para la lucha guerrillera en España: La Resistencia y el «maquis» en Francia

tuvieron características muy particulares, sobre todo en la zona sur; era un movimiento muy amplio y muy abierto contra el invasor extranjero; participaban en él infinidad de gentes de toda condición social, incluso muchos policías y gendarmes; no necesitaba cubrirse tan rígidamente como tiene que hacer la organización del partido en las condiciones de la lucha en España… es claro, a mi juicio, que nosotros sobreestimamos la experiencia clandestina de los camaradas enviados desde Francia… En dos meses [de cursillo] era de todo punto imposible dar a los camaradas todo lo que les faltaba y arrancarles todo lo que les sobraba como deformaciones. El carácter breve de estos cursos estaba determinado por nuestra prisa, por nuestra impaciencia por reforzar el trabajo en el país; por nuestra perspectiva también, en aquel periodo, de un derrumbamiento próximo del régimen de Franco.

Dando un repaso a la selección de luchadores en la resistencia francesa, Carrillo se ve obligado a reconocer que junto con un comportamiento valeroso, se mezclaban elementos de aventurerismo y corrupción que no fueron vistos con suficiente antelación por nosotros, y sobre todo por mí. Tal es el caso de hombres como Vitini, que fueron capturados por el enemigo, entre otras causas, por su forma de vida impropia de un militante revolucionario, que se encuentra en una situación de clandestinidad tan rigurosa.

Una vez reseñados por Carrillo los aspectos deficientes con los que nacía el movimiento guerrillero, llega el momento de la verdad: la acción. Las Agrupaciones alcanzan su momento de esplendor por sus operaciones, aunque es verdad que no conseguimos nunca que la lucha guerrillera fuese una lucha de masas, en la que los campesinos tomasen una participación activa, labrando la tierra de día y empuñando las armas de noche, y tampoco conseguimos que las guerrillas creasen en torno a sí verdaderas organizaciones de partido… Patética confesión que echa por tierra años de entrega y que convierte el empecinamiento político del partido en una tozuda masacre buscada para taponar el aislamiento cada vez más creciente: En el momento del retroceso, hacia 1947, cuando la agitación había remitido en los centros obreros, y el gobierno franquista volcó sus fuerzas de represión, incluso el Ejército, contra el campo, se produjo un fenómeno que nos desconcertó un poco. Mientras que en las ciudades, al acentuarse la represión, el partido decrecía y se dispersaba, en el campo, por el contrario, al acentuarse la represión, las Agrupaciones guerrilleras crecieron momentáneamente… por todas partes se incorporaban a las guerrillas campesinos que habían sido puntos de apoyo y que se sentían en peligro. Nosotros consideramos esto entonces como un reforzamiento de las guerrillas y

preveíamos el incremento de la lucha guerrillera. No acertamos a ver que el crecimiento numérico no era un síntoma de su fortaleza, sino de su debilitamiento… las Agrupaciones comenzaban un peligroso proceso de aislamiento de las masas que forzosamente había de acelerar el desarrollo de los elementos de descomposición en su seno. Y esos elementos de descomposición abarcaban desde la cabeza a los pies, pues en las Agrupaciones se había desarrollado un tipo muy peculiar de jefe; estos jefes han surgido en la lucha misma, han llegado al mando en general por su audacia, con la que en general ha ido de par [sic] una muy escasa formación política… En su zona ellos actuaban como verdaderos reyezuelos, verdaderos caciques. El partido eran ellos, si ellos hablaban o tomaban una decisión, aunque fuese arbitraria, la tomaba el partido. La ambición se desarrolló enormemente en ellos, cuando comenzaron a ser populares. Aparecieron también elementos de corrupción: mujeres, bebida, derroche de dinero, particularmente en el periodo en que menudeaban los golpes económicos.

Carrillo intenta sistematizar los errores del partido y de él mismo en el tema guerrillero, además de repartir mandobles a muertos, vivos y «traidores», con el inevitable recurso a Quiñones, Monzón y Trilla, pero ha de reconocer: En primer lugar, nosotros no apreciamos a tiempo el cambio producido… en el campo imperialista, con Estados Unidos a la cabeza, y el sostén de dicho campo a la dictadura franquista. En segundo lugar… los cuadros y militantes enviados desde aquí al país, al lado de su combatividad y entusiasmo, revelaron… una débil formación política e ideológica y falta de sensibilidad para captar los problemas vitales de la clase obrera y las masas… En tercer lugar, no hicimos bastantes esfuerzos para utilizar los cuadros y militantes que habían permanecido en el interior; no utilizamos su experiencia, sus conocimientos del país, su ligazón directa con los obreros… nos apoyamos casi exclusivamente en los cuadros y militantes de la emigración… En cuarto lugar… no comprendimos la necesidad del trabajo en las organizaciones legales de masas… En quinto lugar, sobreestimamos la importancia de la lucha guerrillera… y no acertamos a retirar a tiempo, por lo menos, parte de nuestras fuerzas de este sector de la lucha, mientras se producía su aislamiento creciente de las masas campesinas y se desarrollaban en su seno los elementos de descomposición. En sexto lugar, en la selección de cuadros… se deslizaron errores… Y en séptimo lugar, en diversas ocasiones nuestros camaradas en el interior incurrieron en serias faltas de vigilancia revolucionaria, violando las reglas de la conspiración y las instrucciones recibidas, y mostraron indecisión y falta de destreza para hacer frente a la policía franquista.

Entre tantos lugares comunes y la dilución de responsabilidades en la historia general y en los militantes que habían muerto y que no podían ya protestar, se quedaba todo en una autocrítica muy larga, muy minuciosa, llena de sangre mezclada de errores. La figura misma de Carrillo, descrita por él mismo, estaba llena de buena voluntad y de inexperiencia. El asunto salpicaba también al Buró Político, que no se enteró de nada de lo que ocurría, desde el final de la guerra: Una de las primeras cosas que se echa de menos… es un examen profundo por nuestra parte… sobre los problemas del trabajo de la organización del partido después de la derrota, en un periodo en que teníamos que replegarnos y sabernos replegar en orden…

Santiago reconocía la gran ayuda de Dolores, con su clarividencia, e incluso prometía corregirse de los errores pasados, gracias a que, en este último tiempo, he tenido la oportunidad de conocer una serie de trabajos del camarada Stalin, sobre los problemas del trabajo del partido, publicados entre 1901 y 1912, y reproducidos en sus Obras completas, comprobando que cuestiones que para mí se presentaban llenas de dificultades nuestro gran maestro y jefe las había resuelto de una manera admirable hace ya muchos años. No quiero tratar de disculparme ni de disminuir mi responsabilidad, al contrario, es claro que con una mayor preparación ideológica, un mayor conocimiento del trabajo de los bolcheviques, estudiando de una manera más completa y seria al camarada Stalin, hubiera trabajado mejor. Y así, de esta guisa, se ponía a disposición de la camarada Dolores y del Buró Político. Conociendo a Carrillo, era la primera, y sería la única vez, en que inclinaría la rodilla, esperando que el palmetazo no fuera tan fuerte que le derribara, que Dolores supiera apreciar su disposición a enmendarse.

La posición de Antón y Carrillo durante 1951 no había hecho más que deteriorarse, de ahí que al año siguiente, tanto uno como otro esperen impacientes las reacciones del Buró Político y especialmente de Pasionaria. En el caso de Antón la situación del partido en Francia va de mal en peor tras la ilegalización; en primer lugar, los confinamientos de gran parte de los cuadros del PCE en Córcega y en el norte de África, luego las deserciones y las irresponsabilidades, que ponen en manos de la policía francesa materiales vitales del PCE y gran parte de su aparato clandestino.

Santiago Carrillo no sale mejor parado; desde que surgió inopinadamente el boicot a los tranvías de Barcelona, que él ha utilizado hasta la saciedad, no le sale nada correctamente y su papel como responsable de las relaciones con el

interior es torpe e incluso suicida, aunque sea a costa de la vida de los demás. El simplista análisis tras las acciones de Barcelona consiste en que si en Madrid, Bilbao, Andalucía y Asturias no se han producido acontecimientos semejantes, se debe a la falta de organización y coordinación de las fuerzas del partido. A partir de esta conclusión envía a cada una de estas zonas a una serie de responsables políticos para que enderecen la situación y la conviertan en una nueva Barcelona. A Madrid manda a Benayas y Narciso Julián (Chicho), a Euskadi a Arrieta, Esparza, Bueno y Dolores Valbuena, igual hace con Levante (Galán), Galicia (Sevil) y Asturias (Rubén y Pascual), donde los enviados deben además reconvertir los residuos guerrilleros en organización política de masas; algo así como hacer encaje de bolillos con las manos esposadas.

Carrillo lo reconocerá en su autocrítica de junio de 1952: Yo reconozco que a partir de las huelgas de esta primavera [se refiere a las de Barcelona] he ido incurriendo de nuevo en el error de la impaciencia…, consistente en confundir nuestros buenos deseos con el estado real de la conciencia de las masas. Error, por cierto, que empeñará toda la actividad de Carrillo y que, como veremos, fundamentará la crisis de 1964 sobre la táctica y estrategia del PCE. Pero a la altura de 1952 la autocrítica ha de referirse a algo tan concreto como la convocatoria de huelga general en Madrid. Santiago encuentra un chivo expiatorio en la figura de Arsenio Benayas, quien será destituido de sus cargos cuando lo sea Antón y acusado de traición y otras lindezas. La verdad es que Benayas, un joven militante procedente del norte de África e incrustado luego en el aparato de París, lo primero que hace nada más llegar a Madrid es proponer una huelga general para el 7 de noviembre de 1951, coincidiendo con esa fecha mítica, que une los dos símbolos de la revolución de octubre y la defensa de Madrid frente al fascismo. Problemas técnicos de propaganda, exclusivamente, obligan a Carrillo a retrasar la fecha al 26 de ese mismo mes, y así, tras ímprobos esfuerzos para hacer llegar las octavillas de convocatoria desde París a Madrid, la acción no es solo un fracaso, sino que provoca detenciones en las menguadas fuerzas del PC en la capital. Carrillo confiesa: Yo veía la huelga del día 26 como la respuesta a la farsa electoral sindical.

Toda la planificación del aparato de París hacia el interior es un fracaso estremecedor. Los enviados al interior, según confiesa Santiago, para contactar con la guerrilla y reconvertirla han vuelto sin conocer una palabra de la situación en sus respectivas regiones, como si hubieran estado en la luna. Ya no le queda a Carrillo más que ponerse a disposición de la camarada Dolores y de los miembros del Buró Político y esperar el veredicto.

EL VIACRUCIS DE FRANCISCO ANTÓN

La primera reacción vendrá de Dolores en una carta a «Vicente Uribe y a todos los camaradas del Buró Político», del 28 de junio de 1952. Es un alegato brutal contra las guerrillas y su responsable máximo, Santiago Carrillo, aunque se utilice en todo momento el «nos» que hace la responsabilidad compartida: La existencia de los guerrilleros hacía creer a los campesinos que la caída del régimen está próxima y al no producirse el hundimiento del franquismo, los guerrilleros quedaban en una situación difícil y han ido perdiendo el apoyo de la población campesina a medida que ha pasado el tiempo y Franco continuaba en el poder. Las cosas habían llegado a tal extremo que en algunos lugares los campesinos, aleccionados por tristes experiencias, llegaban a decir: «preferimos ver a un guardia civil que a un guerrillero»… y esa renuncia a trabajar en las organizaciones de masas franquistas y esas impaciencias de que habla el camarada Carrillo y esa huelgomanía y ese afán de enviar al país armas y dinero y camaradas a costa de lo que fuese…, no son errores del camarada Carrillo solamente, son errores de todos nosotros…

En su carta, Pasionaria respondió a los argumentos de Carrillo que señalaban la ausencia de análisis sobre el «repliegue» de la posguerra con una acusación semejante: él tampoco había percibido el repliegue necesario del movimiento guerrillero, siendo como era el principal responsable y el hombre más cercano a lo que ocurría en el interior. El procedimiento para taparle la boca no podía ser más torpe: si tú nos acusas de no haber estudiado la retirada al final de la guerra, aplícate el mismo cuento en el tema guerrillero. Aunque, a decir verdad, el argumento de uno y otro reflejaban que la incompetencia y la irresponsabilidad de la dirección del PCE venía de largo, y que Pasionaria, al asumir los errores de Carrillo como colectivos, también cubría los suyos.

Pero la carta a Uribe y al Buró Político tenía, no obstante, otra meta; Carrillo quedaba de momento exonerado, pero sobre… el camarada Antón… yo lamento no sentirme tan satisfecha como al parecer estáis vosotros… El camarada Antón ha eludido el verdadero fondo de la cuestión con un vocablo: «caciquismo»… pero la actitud del camarada Antón tiene otro nombre que expresa algo mucho más grave que un vicio caciquil. Este nombre es fraccionismo y fraccionismo

además de la peor especie…

La autocrítica que Antón había redactado casi al unísono de la que hacía Santiago había sido rechazada. Pasionaria no se conformaba con sus explicaciones ni con su propósito de enmienda. La acusación de «fraccionismo», en 1952, en pleno furor del monolitismo y con los últimos coletazos de procesos estalinistas, era más que una definición o la clasificación de una conducta: era sencillamente pasar de golpe al otro lado de la barricada. Mientras no constara lo contrario, el «fraccionista», que dice Pasionaria en vez de fraccionalista, es un enemigo, y ya se sabía cómo se trataba a los enemigos.

Acaba de comenzar el viacrucis de Antón. Reunido días después el Buró Político, presentes Uribe, Carrillo, Mije, Delicado, Errandonea y Líster, ausente Dolores, Antón da una vuelta más a la tuerca que va a ahogarle. Es el 2 de agosto de 1952. Las mismas fechas en que se detenía a Slansky en Praga, el número dos del Partido Comunista checoslovaco. Entonces se iniciará un paralelo biográfico entre estas dos figuras, que apenas se conocían, pero que van a estar unidas por el tiempo, el castigo y casi también por su destino.

Aprovechando una frase de Dolores en su carta a «Uribe y al Buró Político» en la que apuntaba con el dedo la aviesa conducta de Antón y su coherencia, que ella manipulaba para mejor ponerle ante la irremisible condena, Antón empieza su confesión ante un Buró Político mitad satisfecho y mitad estupefacto: Como Dolores dice acertadamente, «la lógica es brutal pero es lógica»… La camarada Dolores recuerda justamente que la experiencia que vivimos cada día en la actividad de los PC en las democracias populares es muy aleccionadora. El partido… debe tenerlas muy en cuenta. Ella las ha tenido y pone así de relieve, una vez más, sus excepcionales cualidades de gran dirigente comunista, de jefe indiscutible del partido… Yo no tenía una idea clara de la gravedad de mi conducta, ni de mi proceder… operaban en mí, con fuerza extraordinaria, los defectos que me caracterizan, me cegaba el orgullo y la suficiencia, me emborrachaban los vapores del envanecimiento… Los juicios y conclusiones de la camarada Dolores han sido para mí la sacudida definitiva.., ellos son los que me impulsan a adentrarme aún más en mi interior… Y me he hecho la siguiente pregunta: ¿dónde están las raíces más profundas de la suficiencia y el orgullo necio que me han ido dominando, de esa egolatría de la que tan evidentes pruebas he dado? Y para encontrar una respuesta satisfactoria… me he remontado muy atrás. He hecho un examen de mi vida desde que tengo uso de razón… Mi origen es muy humilde: hijo de campesinos pobres que se vieron

obligados a emigrar a la ciudad como tantos otros de su condición. Los primeros años de mi infancia fueron penosos. Mi padre, con 3 hijos de corta edad, sufrió durante algún tiempo las angustias de la falta de trabajo. Más adelante –tenía yo alrededor de 4 años– la situación comenzó a cambiar. Mi padre encontró trabajo. Y mientras mi hermano mayor, que tenía 8 años, comenzó a ganarse la vida, yo fui enviado a un colegio. En él continué hasta los 12 años, recibiendo una instrucción que puede calificarse de media. Durante 4 años trabajé, primero de ayudante contable y después de taquígrafo-mecanógrafo, hasta que con 16 años escasos obtuve por oposición una plaza de empleado en los Ferrocarriles del Norte… Mi sueldo cubría holgadamente mis necesidades… Pienso que estas condiciones particulares… crearon en mí los primeros elementos de sobreestimación de mis capacidades y cualidades, dieron nacimiento a un cierto espíritu de suficiencia pequeñoburguesa… Desde los primeros momentos de mi ingreso en el partido me entregué a su actividad con el mayor entusiasmo y continuidad. Y empecé a ocupar puestos de gran responsabilidad…, creo que es indudable que, como a otros muchos, la gloria me deslumbró, me emborrachó… El demonio de la suficiencia y del orgullo, que había ido apoderándose de mí, iba a jugarme nuevas malas pasadas… Podéis comprender que yo no tenga ningún interés en adjudicarme defectos que no tengo. Ya son demasiados los que me caracterizan. Pero la condición absorbente, caciquil, es real en mí. Y no de ahora, sino muy vieja… Pero este mal o vicio que me caracteriza no es el único. Considero que en mi conducta hay también elementos muy acusados de burocratismo…

Descargado del peso maligno que me oprimía… me empeño en irme sirviendo cada día mejor del arma infalible; el que la camarada Dolores señala al final de su carta: el estudio de los problemas políticos y de nuestra teoría marxista-leninista-estalinista. Este estudio ocupa ya un lugar más destacado y regular en mi actividad diaria… Y termino diciendo: una vez más, la camarada Dolores demuestra que el partido tiene en ella la guía clarividente, firme e intransigente frente a toda tentativa o peligro que amenace quebrantar o romper la unidad de la Dirección del partido, del partido mismo; pone de relieve las excepcionales condiciones y cualidades que hacen de ella el jefe indiscutible, digno y amado de nuestro Partido Comunista. Y aunque realmente avergonzado quiero expresarla mi respeto y agradecimiento sinceros y emocionados. Y le ruego los acepte, por poco que los estime, junto con mi voluntad de marchar en adelante, como corresponde a un militante del glorioso PC de España.

No se podía ir más lejos en la adulación y la autoflagelación en estas páginas

patéticas de un hombre intentando explicar su vida de un modo sumiso y vergonzante para así poder salvarla. Creía que después de confesar ante el Buró Político tantas vergüenzas propias y ajenas, adquiridas e impostadas, había conjurado el peligro. Incluso su compañero de banquillo, Santiago, admite la buena voluntad de Antón y de él mismo en un intento de cerrar el caso, aunque deslice hacia su colega de París críticas torcidas, que hacen las veces de inventario de agravios pasados: Creo que estas críticas de Dolores son de una importancia enorme, dice Carrillo tras escuchar a Antón en su letanía, y que comprenderlas por parte de Antón, por parte mía y de todos, es decisivo para corregir los vicios que tenemos, que tiene Antón y que tenemos todos… [pero] las cuestiones que Dolores plantea no ponen en tela de juicio la voluntad y las buenas intenciones de Antón.

Incluso Carrillo irá más lejos en su afán de dar por terminado el asunto y hará una afirmación de la que no tardará en arrepentirse: Yo estoy convencido de que Antón desde el punto de vista personal es un camarada honesto. Claro que haber dicho lo contrario era tanto como condenarse a explicar cómo había trabajado con Antón durante siete años sin que se le pegara la deshonestidad, ni la denunciara ante la dirección del partido; y no poder explicarse, por muy cruel que fuera la lógica, que la camarada «secretario general» viviera desde hacía más de una década con un camarada deshonesto. Carrillo creyó encontrar en esa frase una manera de evitar darle más vueltas al asunto, porque para él la lección que yo saco es que si no hacemos esfuerzos muy serios para dominar la ciencia del marxismo-leninismo la vida puede jugarnos pasadas desagradables. Máxima que podía tener una lectura humorística y es que Antón, por no conocer la citada «ciencia», se había metido en la misma cama de la secretaria general; y otra dramática, que Antón si hubiera conocido la «ciencia», hubiera evitado sus relaciones con la secretaria general y sus corolarios de «pasadas desagradables». De todas formas, la máxima carrillista es una formulación que ni siquiera el gran Zdanov hubiera osado hacer.

Pero he aquí que cuando Antón y Carrillo creían haber aventado el peligro en base a autocríticas, flagelaciones, llantos e historias de infancias desgraciadas y triduos a la más pura de las vírgenes, a Vicente Uribe, que hacía las veces de delegado en la tierra de la espada flamígera del Espíritu Santo y máximo inquisidor, no le convencen las confesiones biográficas de Antón, ni las músicas y los paños calientes de Carrillo: En todas vuestras intervenciones no hay un solo esfuerzo por explicar en qué ha consistido el trabajo fraccional… y el elemento principal para caracterizar la actitud de Antón es la de un camarada que

ha realizado trabajo fraccional… A lo que Antonio Mije, como buen adlátere de Uribe, añade que, si Pasionaria ha dicho que se trataba de «fraccionismo», es «fraccionismo», porque las conclusiones de la secretario general no se discuten; esta ha sido siempre la costumbre. Afirmación no por conocida menos desvergonzada.

Cuando el 8 de agosto se reanuda la reunión, Carrillo interviene para dar un vuelco a su anterior toma de postura conciliadora. Con un cinismo inaudito confiesa que le ha sido difícil llegar a penetrar en el fondo, pero que ha reflexionado sobre ese fondo político de la cuestión que nosotros no habíamos alcanzado a ver y que la camarada Dolores sí ha llegado, y entonces, metiendo la estocada a Antón, abandona cualquier intento de salvarle la cabeza y pronuncia su acta de acusación, que es al tiempo su salvación personal y la condena de su colega: En conclusión creo que la actividad fraccional de Antón consiste en que llevado de su vanidad, de su egolatría, practicando métodos personales que en el Buró Político solo pueden llevar a la división de la dirección, Antón llevó una lucha contra los camaradas de la dirección del partido que se hallaban fuera, mostró resistencia y hostilidad a todas sus opiniones, y esto en circunstancias particularmente graves, cuando hallándose separada la dirección del partido él era responsable del grupo quedado aquí, y debía haberse esforzado por mantener la mayor coordinación. Y esa lucha no la ha llevado sobre la base de defender la política del partido, cosa que no se planteaba siquiera, sino sobre una base personal, sin principios; esa lucha condujo al estrechamiento de la labor de la dirección del partido aquí, a la introducción de elementos de liquidacionismo, a la agudización de vicios y defectos que ya existían…

De nuevo, como en un drama antiguo en el que las figuras, todas sobre la escena, van interviniendo una tras otra, tomando pie en la última acusación, la última denuncia del actor que le ha precedido, así Antón vuelve a levantarse aquel 8 de agosto y reconoce más delitos. Su autocrítica aumenta un grado, tratando de calmar a aquellas fieras que exigen más sangre: Mi conducta no era una conducta fraccional en germen. Era una conducta fraccionista completa, sin paliativos de ningún género… hoy estoy en condiciones de medir cuán extraordinaria es la gravedad de mi conducta, cuán nocivo y peligroso ha sido haber estado dejando pesar en mi ánimo durante tanto tiempo… esa serie de sentimientos malignos. Con estos ecos de la mística hispana que se esconden tras el «cuán», anquilosado y mayestático, todos parecen conformes, y los conjurados para el ajusticiamiento creen que si estas declaraciones de Antón, convertidas en autocrítica escrita, se enviaran a Dolores ella determinaría si el

asunto se daba por terminado o no. En definitiva, Pasionaria, la gran ausente y el gran juez, debe decidir. La sesión catártica termina exigiendo a Francisco Antón que esta autocrítica, completa y minuciosa, de sus atrocidades la haga por escrito para enviarla a Dolores y no pillarse ellos los dedos, dando el carpetazo a lo que todavía no se sabe cómo y dónde va a acabar.

Antón empleará más de un mes en redactar su «confesión»; se reconocerá culpable de todos los errores, crímenes y desaguisados cometidos por y en el partido desde 1946 hasta finales de 1950. El acusado, convicto, confeso y abrumado, tiene la palabra: En la última reunión celebrada para examinar las explicaciones que había presentado, los camaradas han condenado enérgica y unánimemente la doblez con que he venido comportándome; mi ambición alocada; mis concepciones antipartido; mi grave conducta fraccionista de lucha contra la dirección del partido; mi política liquidadora y de división del partido. Han afirmado, además, que aún no decía la verdad y formulado una serie de preguntas a las que debo dar respuesta…

Soy consciente de que me encuentro en un momento crucial de mi vida, en el que mi destino –cualquiera que sea la resolución final que se adopte, y ella tiene que ser severísima– va a depender de que sea, al fin, absolutamente sincero y de que me desembarace del lastre que he venido arrastrando durante muchos años…

Si no hubiera sido por el grave peligro que la amenazaba, no sentía deseo de que la camarada Dolores saliera de aquí [París]. Con la concepción que yo tenía de su papel y del mío, me sentía a gusto con que ella estuviera al frente de nuestro trabajo…, lo que sí debo reconocer es que no estaba en condiciones de sentir y no lo sentí… el gran vacío que aquí quedaba con su salida…

¿Pasé al ataque contra Dolores cuando me cercioré de que no pisaba terreno firme? No sé, exactamente, si el camarada Santiago [Carrillo], que ha dicho esto, se refiere a la actitud que he tenido antes de ir a Moscú… Cuando fui a Moscú creía que pisaba terreno firme. En mí no había más que disgusto, porque creía que los telegramas enviados por ella después de septiembre de 1950 (ilegalización del PCE en Francia) expresaban una reacción irritada de su parte. Y como no había más que esto, se lo expuse a las pocas horas de llegar allí, en la primera entrevista que tuve con ella… en presencia de Fernando [Claudín] y después de informarla… sobre cómo estaban las cosas por aquí…

Los camaradas me han pedido que diga a cuántos militantes he expulsado del

partido y con qué propósito. No puedo precisar con exactitud a cuántos militantes del partido he expulsado, pero indicaré una cifra muy aproximada que estimo no se apartará mucho de la realidad. Esta cifra es de unos dos mil, entre separados y expulsados, durante todo el periodo comprendido desde 1946 hasta el momento actual…[35]. En conclusión, la experiencia ha puesto bien de manifiesto que mi actividad fraccionista, liquidadora y de división del partido la he llevado a cabo con una serie de ideas, concepciones y deformaciones que son extrañas al partido, que son antipartido, anticomunistas.

¿De dónde vienen esas ideas, concepciones y deformaciones? Creo que no puede haber más que una respuesta: ellas son el resultado de la influencia que han ejercido sobre mí las ideas del enemigo de clase, la burguesía.

¿Y cómo se explica que esta influencia haya llegado a adquirir tal extensión? Ello es debido, en mi opinión, a que no había llegado a desarraigar y a extirpar las propias influencias de la educación idealista que recibí en los primeros años de mi vida, ni las que recibí más adelante en el ambiente pequeño burgués, en el cual me he desenvuelto, durante mi juventud…

Yo mismo me pregunto: ¿soy un cuerpo extraño al partido? A pesar de todo creo sinceramente que no; que no me he corrompido del todo. Me he deformado terriblemente, pero no han dejado de alentar en mí los sentimientos que me llevaron a ingresar en el partido y a servirle algunos años con todas mis fuerzas y todo mi entusiasmo. El partido me elevó muy alto para que le sirviera mejor. Y yo he hecho lo contrario; le he causado daños muy grandes. Estos no los podré reparar jamás, y ese es mi mayor pesar.

No tengo ningún derecho a pedirle nada; solo ansío darle cuanto aún pueda tener. Espero que él me indique dónde, cómo y de qué manera.

Después de esta confesión firmada por Antón hay varias consideraciones a hacer. La primera es que la hipótesis barajada por Arthur London, por entonces y en las mismas fechas, condenado en Checoslovaquia y en una situación muy semejante a la de Antón, no resulta del todo exacta. Según London, los expertos soviéticos, bajo las órdenes de Beria y los servicios de espionaje, elaboraron unos patrones de declaración que luego habrían de firmar los condenados. Pues bien, aquí tenemos un caso en el que es difícil pensar en la intervención de los soviéticos, entre otras cosas porque los españoles carecían de poder estatal y, por tanto, eran materia desechable o residual. Sin embargo, la declaración de Antón asumiendo

el barro, el pus y la sangre del PCE entre 1945 y la fecha de su declaración sigue la misma pauta que los procesos de Praga. Creo que habría que admitir, al menos como hipótesis, que el tipo de declaración y autoconfesión inquisitorial estaba tan arraigado en el espíritu militante, que dos dirigentes, puestos en situaciones semejantes, harían siempre una similar declaración.

Antón con esta declaración ponía su cabeza sobre la madera, esperando tan solo la decisión del verdugo: cortársela o perdonarle. Él se ha rebajado lo suficiente, se ha mentido a sí mismo asumiendo responsabilidades que no son suyas. Se ha convertido ya en un pingajo que solo ruega que termine la comedia, que pronuncien la sentencia condenatoria y que le dejen en paz con su derrota.

Pero no va a ser así todavía. El Buró Político, reunido de nuevo el 24 de marzo de 1953, estando presentes Uribe, Carrillo, Gallego y Errandonea, y por supuesto el acusado, vuelve a la carga. El acta de la reunión se inicia así: El camarada Uribe dice que en los cambios de impresiones que se tuvieron con la camarada Dolores, la conclusión fue la de que había que continuar la discusión… la camarada Dolores no estaba satisfecha de la discusión y considera que las cuestiones no habían sido examinadas a fondo… Uribe no puede ocultar ante los reunidos lo ridículo de su situación y la del Buró Político; él de correveidile y el Buró acusando a uno de sus miembros, haciéndose portavoz de la secretaria general, que no está dispuesta a dar la cara, a enfrentarse con su examante y decirle lo que tiene que decirle sin intermediarios: Llevamos –reconoce Uribe– casi dos años discutiendo en el Buró Político en medio de una serie de dificultades, la primera de las cuales es la ausencia de la secretario general del partido. Esta circunstancia dificulta la resolución y el examen de la cuestión y hace que las cosas vayan lentamente.

Como las órdenes son órdenes, los reunidos vuelven a exigir que Antón se confiese de más cosas. Uribe y Carrillo, esta vez mancomunadamente, están dispuestos a liquidar a Antón de una vez por todas y a no seguir discutiendo. Si Pasionaria quiere liquidarle que le liquide, pero ellos no están dispuestos a servir de torturadores. Liquidadores sí, que es trabajo rápido, pero torturadores no, porque es lento y engorroso. Los dos habían viajado previamente a Moscú a llevarle la segunda autocrítica de Antón; si la primera vez se había reconocido un cacique, en la segunda, a sugerencia de Pasionaria, había devenido fraccionista de la peor especie y autor de cuantos desaguisados, expulsiones y errores había cometido el partido en los últimos años. Pero esta vez Uribe y Carrillo traen la misión concretísima, que el resto del Buró hará suya, de

rechazar la autocrítica de Antón, porque si bien admiten que se trata con un poco menos de guante blanco que en las anteriores ocasiones, no obstante se caracteriza por negar categóricamente en unos párrafos lo poco que reconoce en otros. Es decir, que debe hacerse una tercera autocrítica y por escrito, en la que Pasionaria, por voz de Uribe y Carrillo, ha introducido algunas sugerencias que solo ella, por su relación íntima, podía conocer y que ahora servirían para hundirle aún más. Por ejemplo, exige de Antón una explicación de las razones de haber ocultado que su padre había sido funcionario de Orden Público, lo que facilitaría conocer bajo qué influencias reales ha actuado Antón en la elaboración de sus planes y en su realización. En palabras de los voceros del Buró Político, la actividad de Antón, que en un principio era un sinnúmero de errores y de métodos incorrectos, se ha transformado, gracias a las sugerencias analíticas de Pasionaria, en un conjunto armónico de ideas, métodos y concepciones para destruir y liquidar el partido. Lo del conjunto armónico lleva la impronta léxica de Pasionaria, a no dudarlo.

Todo parece indicar que las orientaciones que Dolores ha dado en Moscú son perentorias, y que Uribe y Carrillo quieren zanjar el tema rápidamente, aunque la «secretario general» prefiere el lento procedimiento que siempre convierte la venganza en un placer para resentidos. Esta vez se distribuirán los papeles entre Carrillo y Uribe. Carrillo dará el vuelco radical a las consideraciones del Buró y Uribe sacará las conclusiones que se desprenden de las sugerencias de Carrillo.

Yo veía en Antón, en su primera intervención sobre todo, incapacidad, vanidad. Pero hay que rendirse a la evidencia, todo eso no era más que la fachada que ocultaba sus verdaderos sentimientos, su verdadero fondo, que aparece ahora… y esos «sentimientos» no eran otros que desarrollar una política de liquidación del partido. Metido ya en harina, y para evitarse posibles recordatorios, Santiago le apunta con el dedo: Antón siguió la táctica de cubrirse detrás de mí, y por todo eso y por mucho más, la conducta de Antón en la dirección del partido es la de un hombre sin principios.

No es ya difícil llegar al capítulo de las resoluciones y Santiago hace las propuestas: En conclusión, pienso que es necesario revisar la situación del camarada Antón en la dirección del partido. Antón no debe seguir ocupando las funciones de responsabilidad tan elevadas que ocupaba hasta aquí; su reeducación debe hacerla desde un lugar más modesto en el partido. Y como si el mismo Carrillo tuviera dudas de las verdaderas intenciones de Pasionaria y temiera quedarse corto, añade: Todo esto sin perjuicio de ahondar aún más en su

labor.

Le toca el turno a Uribe y, como va a darle la puntilla y parece tener muchas cuentas pendientes con el acusado, no desaprovecha la ocasión para cobrárselas, todas y en público. Es entonces cuando se refiere despectivamente a algo que nadie, ni antes ni después, se atreverá a mentar: la osadía de Antón para aprovecharse de su relación personal con la camarada Dolores.

Ya está, Antón queda destronado, y se ha abierto el camino para las acusaciones de mayor calibre que la de «cacique» y «fraccionista», esas que están contenidas en la sibilina frase que Carrillo le ha lanzado: Tu descomposición viene de mucho atrás, tú lo has dicho. Y no de la «educación idealista» que tú dices haber recibido. De dónde viene, tú eres el único que puede decirlo. Posiblemente Antón, ya de niño, fuera un agente del enemigo, intuye. Pero volvamos al hilo: Antón contra la pared, Antón convicto y confeso, con la sentencia sugerida, pero sin que se sepa si Pasionaria, en Moscú, está al fin satisfecha.

Lo sabrán, una vez más, por carta, el 13 de noviembre de 1953. Dolores les exige una resolución contra Antón: Hacer una resolución breve, sin olvidar la fecha, defecto muy generalizado entre nosotros. Gracias a esta sugerencia de Pasionaria respecto a lo importante de la fecha, sabremos que la resolución del Buró Político se hará en diciembre y que se le pondrá fecha de julio de 1953, única manera de corregir ante la historia un hecho curioso y es que ya estaba sancionado cuando se reúna el Buró para hacer la resolución. Antón, nada más terminar la reunión del Buró Político de marzo de 1953, y al margen de dicha reunión, recibe la orden de Pasionaria de abandonar París, a su familia, al partido, a todo el mundo, y dirigirse sin comunicarlo a nadie a Varsovia, donde esperará nuevas instrucciones. Desde los primeros días de abril de 1953 Antón se encuentra en Varsovia, sin que el Buró Político (exceptuando a Uribe) lo conozca oficialmente[36].

Las sugerencias de Dolores transferidas al Buró Político por su misiva de noviembre de 1953 traducen realmente el último escalón de la venganza, la más encanallada de las calumnias contra el hombre que había compartido con ella lecho y manta, comida y poder, vanidades y vergüenzas durante casi quince años. Dolores Ibárruri quiere hacer partícipe al Buró Político de sus dudas y reflexiones, según manifiesta en dicha carta, y una de esas dudas, casi un dilema, es si Antón es un caso de degeneración política derivado de una ambición personal ilimitada o nos encontramos ante un elemento extraño al partido desde

su ingreso en este. Ella confiesa, sin rubor, que se inclina más por la segunda opción, la del Antón agente al servicio de no importa qué país imperialista, y, en un rasgo de memoria recuperada, recuerda al Buró Político: Yo insisto en llamar vuestra atención… por su famoso viaje en el avión de De Gaulle. Recordad lo que ocurrió con aquel catalán de marras que en el camino hacia España fue reclutado por los ingleses para su trabajo en el Intelligent Service. Y esto era en un barco. ¿Qué pudo ocurrir en un avión, donde viajaba solo y, según mi opinión, no como un ilustre desconocido?

Vicente Uribe, al comentar la opinión de Pasionaria ante el Buró Político, dejará las cosas claras: La camarada Dolores coloca las cuestiones relacionadas con la conducta de Antón en una disyuntiva: ¿es un individuo que se ha podrido o es un agente policíaco? Ella adelanta su opinión. Para Dolores, Antón es un agente policíaco.

Al Buró Político, que conoce la historia real, que sabe por qué, cómo y cuándo surge el caso Antón, se le hace muy cuesta arriba confirmar eso a finales de 1953, con Stalin muerto desde hace meses, con Beria liquidado, con el «complot de las batas blancas» desvelado en su genuina naturaleza de montaje policial. Este Buró Político está dispuesto a pasar por carros y carretas, pero pedirles que confirmen la naturaleza de agente del imperialismo de Francisco Antón Ruiz, ingresado en el PCE en 1930 y miembro del Comité Central y del Buró Político desde 1937, resultaba excesivo incluso para ellos.

La resolución secreta, fechada en julio de 1953, dice: El Buró Político ha comenzado a examinar la conducta y actividad práctica de Francisco Antón durante estos últimos años… Las acusaciones van desde la conducta fraccionista, hasta el terrorismo político para imponer sus concepciones, pasando por el sarcasmo de ser el culpable de anular el funcionamiento democrático del partido. En resumen, se le separaba del Buró Político y del Comité Central y, para no cerrar el camino a futuros descubrimientos de Dolores sobre el personaje, se decide continuar la investigación hasta llegar a conclusiones definitivas.

Antón, ajeno a todo este flujo de cartas y resoluciones, seguía en Varsovia. A su mujer, Carmen Rodríguez, se le informa que su marido ha sido desterrado, sin especificarle ni el país ni la causa, y se le sugiere que vuelva al norte de África de donde ella había nacido y tenía a sus familiares. Mas Carmen escoge reunirse con su marido allí donde se encuentre. El 21 de julio de 1953 llegan a Varsovia

Carmen Rodríguez y sus dos hijas; la segunda, que aún no ha cumplido el año, padece un grave retraso y exige cuidados especiales que, obviamente, no va a tener.

Antón y su familia hacen una vida sencilla. Él está bajo el patronazgo del Partido Comunista polaco y desde que llegó en abril desconoce todo lo referente a discusiones, resoluciones y sanciones. Pero el 2 de diciembre de 1953 un miembro del Buró Político, Enrique Líster, envía una carta a Dolores Ibárruri, en la que le dice: En Viena el jefe de la sección extranjera del partido polaco me preguntó que cuál era la situación del camarada Antón y qué debía hacer en Polonia, pues ya lleva varios meses y ellos no conocían cuál era la decisión de la dirección de nuestro partido sobre esa cuestión. Y de su puño y letra, Líster, miembro de la citada dirección, añade: La realidad es que yo no tengo ninguna idea del asunto y que ni sabia que el camarada Antón estaba allí. Incluso un hombre avezado en los peculiares procedimientos de la era estalinista, como el dirigente del partido polaco, se quedó perplejo.

Al fin, un domingo, Antón se entera de su auténtica situación en el partido. Es el 20 de junio de 1954 y el encargado de viajar a Varsovia para notificárselo, un año después de la fecha de la resolución, es Enrique Líster. Posiblemente mediaran dos motivos para que fuera Líster y no otro el que le diera la «noticia»; en primer lugar, Líster y Antón se tenían, mutuamente, en pésimo concepto y Antón, como Carrillo posteriormente, no ahorraba ocasión para manifestar su desprecio hacia aquel ejemplar de hombre que nadie sabía a ciencia cierta cómo era posible que hubiera llegado a general del Ejército soviético. Y la segunda es que Líster ya conocía el destino de Antón en Varsovia y eso evitaba tener que informar oficialmente a algún otro miembro del Buró Político.

En su papel de «palanganero», o transmisor de decisiones no tomadas e informaciones no conocidas, Enrique Líster narra a Dolores, con su peculiar estilo, el resultado de la misión: Al terminar de leerle la resolución me preguntó si no iba a dejarle una copia y al responderle que no, me pidió que la leyera otra vez, lo que hice y en esta segunda lectura él tomó notas…, no hizo ningún comentario ni a la resolución ni al cuestionario[37], y solo torceduras de morro [sic] y otros gestos con la cara.

Al escuchar la condena, Antón, en un gesto de nobleza que le honra, rechaza la oferta del PC polaco de colocarle en empresas editoriales, y solicita ir a trabajar a una fábrica para así poder organizar su vida sobre una nueva base. Craso error,

porque su gesto se convertirá en otro calvario. Los polacos, al conocer las intenciones de Antón y la resolución del Buró español, le ponen a trabajar en una de las fábricas más duras de Varsovia, la de Motocicletas, y en el sitio más difícil: la cadena de montaje. Apenas ganaba para comer. Tras muchas gestiones, los médicos le detectan una sombra en el pulmón; como el trabajo es a destajo, y él tiene entonces más de cuarenta años, se ve obligado a hacer jornadas de veinte horas, mientras su mujer se emplea como mecanógrafa.

La prohibición absoluta de que los escasos militantes del PC español en Polonia entren en relación con él la rompe el arquitecto Sánchez Arcas, quien pone en conocimiento de Líster la situación por la que atraviesa Antón. El 30 de abril de 1955 Líster le envía otra carta a Dolores Ibárruri que será el último documento que se conoce sobre el caso Antón:

Sobre Antón copio lo que me dice Sánchez Arcas en su última carta: Durante este tiempo he visto dos veces al camarada Antón… Desde el primer momento ha manifestado encontrarse muy cansado por el duro trabajo de la fábrica. Hace dos meses estuvo poniéndose inyecciones de vitaminas por este motivo. Me dijo la última vez que el trabajo era excesivo, que para cumplir los planes tenía que trabajar muchos días, sobre todo la última quincena del mes, 10-12 horas y hasta algún día llegó a 23 horas. Que su compañera no podía abandonar a la pequeña, que requiere cuidados por su estado de desarrollo anormal. Que él ganaba poco más de 1.000 zlotis al mes y ella con los trabajos de mecanografía no llegaba a 300. Desde luego, con ese salario es difícil la vida…

Dolores podía sentirse satisfecha. La venganza estaba cumplida. Antón seguirá en Varsovia hasta el 11 de noviembre de 1964[38]. Con ella había llegado a la cúspide del partido, al lugar número dos, el valido indiscutible; sin ella volvía al lugar de donde no debería haber salido nunca, lo más ínfimo de la clase obrera.

LA PRODIGIOSA TRANSFORMACIÓN DEL CASO ANTÓN

El asunto Antón se preparó, se coció y se dirigió entre un puñado de personas, ni siquiera, como hemos visto, el pleno del Buró Político. Durante tres años de reuniones el tema apenas si se filtró fuera de los elegidos y de algunos rumores. A partir del verano de 1952, y en pleno proceso de Antón, Pasionaria sugiere al Buró Político que elabore un documento en el que se recojan las ideas más brillantes de su intervención en Moscú contra Antón y sus métodos. Es lo que en la historia del PCE se conocerá como la Carta a las organizaciones y militantes del partido, en la que se atacan los denominados métodos «de ordeno y mando», y en la que no se cita a nadie en particular y menos aún a Antón, que sigue siendo entonces miembro del Buró Político y del Comité Central. A esto se reducirá el conocimiento militante de la crisis de Antón.

Va a ser el tiempo el que introduzcan en el caso Antón una corrección histórica. De ser un proceso modélico del estalinismo en el PCE se convertirá en lo contrario: una manifestación de antiestalinismo avant la lettre. Merece la pena que nos detengamos a explicar esta manipulación producto del tiempo y de la voluntad.

El proceso político a Antón se inicia a mediados de 1952, en el momento más duro de la violencia estalinista, cuando el aparato de represión que había construido la URSS en beneficio de Stalin y su grupo estaba dando los coletazos más bárbaros y donde el totalitarismo arrasaba todos los ámbitos políticos y sociales: donde nada ni nadie podía sentirse seguro. Es la época en que toma cuerpo el proceso a Slansky, del que, sin forzar excesivamente la historia, podríamos decir que era el Antón checoslovaco, aunque sería más exacto hablar de Antón como del Slansky español.

El proceso de Slansky y su grupo, montado por los soviéticos con el beneplácito de una parte de la dirección del PC checo, también se basa en conceptos que se aplicarán estrictamente al caso Antón: cacique, fraccionista, métodos antidemocráticos, responsable de las depuraciones de los mejores militantes del partido… y de ahí no fue difícil convertirlo en espía del imperialismo y organizador de un complot contra el partido y el Estado checo, es decir, un conjunto armónico de ideas, métodos y concepciones para destruir y liquidar el partido, como escribió Dolores refiriéndose a Antón en noviembre de 1953. Slansky, como Antón, era un estalinista brutal e implacable que había sometido al partido a las tensiones de su soberbia y su poder omnímodo, hasta que un día Slansky por unas razones, y Antón por otras, fueron considerados por aquellos a quienes debían su poder como piezas que desmontar, como elementos que

destruir.

El caso Slansky estaba en la conciencia de Dolores permanentemente mientras iba preparando la larga cuerda que envolvía a Antón. Rudolf Slansky fue detenido a finales de 1951, mientras ocupaba la secretaría general del Partido Comunista checoslovaco. Había dos razones de peso para que Pasionaria sintiera el caso Slansky como precedente y como preocupación. Como precedente, por todo lo que tenía de muestra de la inseguridad de un secretario general en ejercicio; si un secretario general del peso y el prestigio de Rudolf Slansky era un «traidor», nadie estaba seguro ya de nada. Como preocupación, por dos razones; la primera, y más importante, es que ella había impulsado las relaciones entre el PC español y el Partido Comunista checo con el fin de que, desde Praga, les ayudaran en la impresión de propaganda para el PCE, dadas las dificultades que habían surgido en Francia tras la ilegalización. A tal fin, Antonio Mije, el miembro del Buró político español, se entrevistó con el número dos del PC checo, Bedrich Geminder. La cita, el 23 de enero de 1951, hizo nacer grandes esperanzas en Dolores de crear en Checoslovaquia un gran centro político del PCE que sustituyera al de París.

La segunda razón de las preocupaciones de Dolores estaba íntimamente ligada a esta; su secretaria, Irene Falcón, había sido la compañera de Geminder durante la estancia de este en Moscú, como dirigente de la IC, y seguían manteniendo unas relaciones personales estrechísimas, por lo que Pasionaria consideró oportuno que Irene acompañara a Mije en la entrevista de enero en Praga. La respuesta formal del PC checo, en boca de Geminder, fue la de que pasaría el asunto al secretario general de su partido, Slansky, en noviembre de aquel mismo año, para que resolviera favorablemente. Exactamente en ese mes de noviembre de 1951, Slansky, Geminder y otros son detenidos por los servicios de información militar soviéticos y checoslovacos y acusados de conspiración contra el Estado socialista. Los temores de Pasionaria pueden imaginarse. Hizo seguir puntualmente las informaciones reservadas que llegaban sobre el proceso Slansky a Jacinto Barrios, buen conocedor del ruso. La información que proporcionaba la agencia Tass sobre el caso, especial para líderes del PC de la URSS, que le llegaba a Dolores, acrecentó sus temores de que su nombre o el de su secretaria pudieran aparecer implicados en el asunto. Las primeras detenciones del caso Slansky habían empezado a finales de 1949, con los interrogatorios al viceministro de Economía checo Eugen Löbl, y, como se supo entonces, tanto Slansky como Geminder estaban ya condenados desde abril de 1951, antes de juzgarlos. Fecha que coincidía con las gestiones personales de

Pasionaria para crear un centro político del PCE en Praga.

No hubo referencia alguna a Dolores Ibárruri, ni a Irene Falcón, aunque esta fue retirada de toda responsabilidad y esperó durante varios años ser detenida o sancionada en función de su relación personal, agravada por su condición de judía en una época de especial furor antisemita del estalinismo[39]. El proceso Slansky se celebró en 1952 y Pasionaria pudo respirar tranquila al enterarse de que tanto Slansky como Geminder fueron ejecutados junto a otros nueve dirigentes, y sus cenizas echadas en un vertedero para que no quedara ninguna señal de su paso por el mundo[40].

Todo aquello que había servido a Slansky y a Antón para encumbrarles fue útil para desbancarles. El número de crímenes y errores que Slansky justificó, dándoles su espaldarazo político, no fue mayor ni menor –salvadas las distancias entre vivir en el exilio y tener un aparato de Estado, que no es pequeña pero que tampoco impide la comparación– que los crímenes y errores que Antón avaló, igual que los avalaron Uribe, Carrillo, Mije y Claudín. Si Antón trataba mal a los militantes, nunca los trataría peor que Uribe, que no permitía, ni siquiera, que sus subalternos tomaran el café con él. Si Antón había usado de su poder para conquistar a una bella muchacha en París, bastante peor era que Claudín tuviera derecho de pernada en Moscú, arguyendo que él era miembro del Buró y solo «comunista de la cintura para arriba». Que le gustaban el boato y la magnificencia también es verdad, pero nunca tuvo cocinera ni secretario, como Dolores y Uribe. Y si en verdad era vanidoso y soberbio, ¿no le había dicho Dolores que era la «revelación de nuestra guerra» ¿Y Carrillo, Uribe y Claudín cosas semejantes? Lo contrario sería considerarles a ellos mentirosos y a él un dechado de humildad.

Ahora bien, el proceso a Antón, iniciado en 1952, se resuelve al año siguiente, y ya Stalin ha muerto, en marzo. No le debía caber ninguna duda a Francisco Antón cuando al llegar a Polonia comentó: Tuve suerte que murió Stalin, que si no en vez de venir aquí hubiera ido a Siberia, porque allí es donde iban los españoles hasta 1953. Pero en 1953 ya no se podía enviar a nadie a la URSS, porque todo estaba en proceso de cambio y nadie sabía quién iba a ganar y qué consecuencias podía tener.

Y así el caso Antón, a caballo del estalinismo y la desestalinización, se transforma de «proceso estalinista» en «causa de la desestalinización», por dos razones independientes de su voluntad y de su biografía: porque coincidió con

los dos momentos y porque en el partido español, más que en otros, se hizo evidente que los mismos que ejecutaron la política estalinista se convertirían, a partir del XX Congreso del PCUS (1956) y los crímenes estalinistas denunciados por Kruschev, en adalides de la desestalinización. Había que encontrar al menos a uno a quien pudieran echar sobre sus espaldas los «métodos de ordeno y mando» del partido español y ese candidato ideal era Francisco Antón, que además no podía hablar, porque estaba en Varsovia y era lo bastante viejo combatiente y estalinista para soportar impunemente su autocrítica por cosas de las que solo era responsable en parte. Si había sido capaz de reconocerse un traidor, lo que evidentemente no era, por qué no iba a ser el chivo expiatorio de los métodos estalinistas en el partido, que evidentemente sí compartió. Algo semejante a lo que harán con Vicente Uribe, dos años más tarde, con el «culto a la personalidad».

Y así fue posible que el proceso a Antón, que es la versión española del caso Slansky, se transformara, gracias al momento, en el juicio a Beria y sus métodos criminales. Pasionaria empezó haciendo de Stalin y pasó a ser Kruschev. Mientras, el Buró Político en 1954 seguía sin saber lo que había ocurrido realmente con Antón; no digamos ya el Comité Central y la militancia de base. En el PCE quedará el caso Antón como un precedente histórico del XX Congreso del PC de la URSS, que abrió la desestalinización; una vez más, se producía una manipulación histórica que ningún implicado estaba dispuesto a desmontar; Antón el primero.

Lili Marcou, en su trabajo sobre la Kominform, escribe: La influencia monolítica del Kremlin y sus presiones para que no vuelva a repetirse un segundo caso Tito han contribuido en gran medida al drama a que asistiremos en el Este de 1948 a 1952. No obstante, representaron un papel decisivo los factores nacionales relacionados con las querellas de clanes y de personas. No es difícil adaptar esta conclusión al caso de Antón en el PC español. Primero había una diferencia, personal o política, o ambas cosas a la vez, y luego se adaptaba la acusación al signo dominante del momento; fuese Tito, Rajk o Slansky. El PC español seleccionaba al enemigo, los adjetivos los importaban del conjunto del movimiento comunista. Se hizo con Monzón, y posteriormente con Comorera; sin embargo, en el caso Antón tendrá una componente diferente, pues se gestó, se desarrolló y se ejecutó entre la cúpula dirigente, apenas un puñado de personas, sin que el resto supiera nada más que rumores, a no ser que, por esos haceres del arbitrismo, les alcanzaran las consecuencias. Esto fue lo que ocurrió con las organizaciones de Francia y México.

En el verano de 1953 fueron sancionados por el Buró Político los máximos responsables de la organización del PC en México, Felipe M. Arconada, hermano del escritor, y Esteban Vega, que se había trasladado a América por imperativos de Antón, para poner un cierto orden en la relajada organización de México, donde, por las características del exilio, los comunistas estaban sujetos a diversas corrientes políticas, que Vega se encargó de sujetar con su brutal estilo. Para hacer patente que las sanciones a Vega y Felipe Arconada no significaban más que nuevos nombres, hay que añadir que el Buró Político los sustituyó por el gallego Santiago Álvarez, sin que apenas se notara mejora.

En la organización del partido en Francia se realizaron algunos cambios en la superestructura política. Carrillo vio recortados sus poderes, y Antón fue sustituido por Ignacio Gallego en la responsabilidad de la organización del partido en suelo francés; una organización que había caído en picado desde 1947, reduciéndose a menos de la mitad en su militancia, lo que nadie podía achacar al estilo «de ordeno y mando de Antón», sino al conjunto de las orientaciones de la dirección que Antón representaba, así como al momento político general de guerra fría y de pérdida de mordiente de los comunistas; la etapa caracterizada como de bunkerización del partido.

La dirección onnímoda de Dolores-Uribe podía sustituir a Antón sin perjuicio, incluso con ventaja para las organizaciones, pues Gallego se distinguía por un ejercicio más sutil y campesino del poder, menos achulado, menos madrileño que el de Antón. Pero Carrillo era insustituible en sus relaciones operativas con las organizaciones del interior. Llevaba años fortaleciendo a su equipo, disciplinado y nada brillante, pero absolutamente fiel a su jefe: Romero Marín, Julián Grimau, Víctor Velasco, Félix Pérez, Del Campo, Arrieta… Santiago es imprescindible tanto para Dolores como para Uribe, él es quien mantiene un endiablado ritmo de activismo en el aparato hacia el interior, convencido de que la revolución está a punto de estallar. Gracias a sus lecturas minuciosas de la prensa franquista esboza sus primeros análisis «de altura», en los que intenta asegurarse de que ve la hierba crecer y hace partícipes de sus descubrimientos a los demás miembros del Buró. Es Carrillo quien les informa exhaustivamente de la situación del régimen de Franco, del pacto con los Estados Unidos (reunión del BP en septiembre de 1953). Utilizaba citas del duque de Maura, de Ángel López Amo, de Gonzalo Fernández de la Mora, lo que significaba que la clase dirigente del franquismo entraba, aunque fuera tangencialmente, en una galaxia tan despegada del mundo del interior como la del Buró Político.

En estos primeros análisis «de altura» Carrillo ya esboza las que serán sus características o su estilo político; recoge exclusivamente aquello que coadyuve a su tesis general, enunciada desde el primer párrafo de sus informes, y que es la inminente caída del Régimen por su extrema debilidad. De dicha debilidad dará abrumadoras y reiterativas pruebas; ninguna de su fortaleza, con lo que sus análisis serán lo menos dialécticos y operativos del mundo. Son argumentos para sostener un esquema, no análisis políticos. Luego añadirá, con abundancia, anécdotas que fortalecen en sus oyentes la convicción de que está al tanto de todo lo que ocurre y de que los hilos de la compleja realidad del interior pasan por sus manos.

La primera vez que aparece lo que luego se podrá denominar, con mayor propiedad, «la metodología analítica» de Carrillo será en 1953, con ocasión del citado informe sobre la situación del país hasta el pacto de Franco con Estados Unidos. El esquema sigue la pauta marcada por los dirigentes soviéticos en sus informes: primero una introducción rotunda sobre los rasgos generales de España y el Régimen (años después, será sustituido por la situación internacional y el contraste de España en ese contexto), luego la crisis del Régimen, seguida de la emergente fuerza del movimiento obrero, el campo y las nacionalidades, por ese orden (posteriormente incluirá el movimiento estudiantil y los intelectuales). Todo adobado con la astucia de Carrillo y su indudable olfato táctico para percibir posibilidades o deslizamientos. En el informe de 1953, percibe el futuro valor para el partido de la radicalización de las corrientes falangistas de izquierda. El 20 de noviembre sorprenderá de nuevo al Buró con otro informe sobre el recién celebrado Congreso de la Falange.

Con este baile constante de datos, anécdotas e informes, Carrillo tiene en un vaivén constante al Buró Político, que se convence no solo de su valía, sino de su activismo y de su sensibilidad hacia el interior. Será más tarde cuando Uribe y otros empezarán a sospechar que detrás de tanto dato no hay más que intencionalidad y voluntad, pero muy poca realidad. Si en pleno proceso de Antón le llegan a liquidar a él, ¿cómo podría seguir viviendo Dolores en Moscú y Uribe en Praga? Carrillo es quien garantiza su estatus.

Dolores era consciente de que el ataque a Antón reflejaba una debilidad personal, quizá por ello hizo de la causa antiAntón una razón de la base militante, de los sectores de más bajo nivel jerárquico, que se rebelaban contra el todopoderoso Antón, el «del ordeno y mando», como si el poder de Antón no se lo hubiera dado ella, sino que lo hubiera usurpado y lo hubiera gozado de

manera subrepticia, hasta que Pasionaria lo advirtió y depuró al partido de su caciquismo. Una leyenda cándida, elaborada por políticos nada inteligentes, pero tampoco ingenuos. De este modo no solo Dolores se salvaba de sus evidentes responsabilidades, sino que además acaudillaba la «democratización interna», término acuñado luego pero sentido obviamente por las bases, en especial dentro de las organizaciones que vivían en países occidentales como México y Francia. Así seguía inmarcesible su figura, plena de honestidad y tacto hacia los militantes sencillos. «¡Al fin, Dolores se había dado cuenta!», decían los cuadros medios.

La lectura del Proceso a Antón, oculto siempre a los militantes, cuadros e incluso dirigentes, muestra, sin embargo, la verdadera faz de esta mujer implacable, capaz de transformar un asunto privado y personal en un proceso político que duró casi tres años. A Antón no se le condenó realmente por errores políticos que eran generalizables a todos; las depuraciones en el partido, desde 1947, para no hablar de las anteriores, habían sido decididas con pleno asentimiento e incluso por iniciativa del Buró Político, empezando por la propia Dolores Ibárruri y pasando uno tras otro por los dirigentes del momento: Uribe, Mije, Líster, Gallego, Claudín, Errandonea…

Quizá por la sordidez de su propia gestación, la «Carta a las organizaciones» del verano de 1952, considerada después de 1956 como un precedente antiestalinista, es un documento de escaso valor práctico y nulo interés teórico. Comienza refiriéndose al riguroso análisis de Dolores ante el Buró Político el 25 de octubre de 1951 y a la justeza de nuestra línea política, confirmada plenamente durante todos estos años, para pasar luego a referirse a la debilidad del frente ideológico a causa del practicismo estrecho, que no permitía entender que la lucha por la paz es la tarea más revolucionaria que tenemos ante nosotros. Olvidándose así de que tan solo unos meses antes de esta «Carta» aún se defendía y alimentaba a las guerrillas, y que desde el final de la guerra, si había algo plenamente demostrado, es que la realidad no había confirmado los giros de la línea política, que sin embargo, con sus torpezas, había creado enemigos como quien cultiva champiñones.

En la «Carta» no se citaba a Antón, aunque los enterados creían ver su rostro en la denuncia del método de ordeno y mando utilizado por algunos camaradas en sus funciones de dirección, que se comportan como verdaderos caciques. Esta generalización marcaba más aún la dirección y el genuino sentido del documento; nadie en concreto debía darse por aludido, salvo aquellos que la

dirección del partido, privadamente, considerara como caciques.

La falacia del proceso a Antón ratifica lo que escribió, años después, Ernest Fischer sobre el caso Slansky: nadie creía realmente lo que decía, ni la acusación ni la defensa, y el proceso respondía a causas internas del Partido Comunista. Por primera vez después de muchos procesos similares –escribe Fischer en sus Memorias– no creí ni una palabra de la monstruosa acusación de las confesiones arrancadas por la fuerza. Sin embargo, no protesté públicamente. Me negué a defender el asesinato jurídico, pero callé, callé en nombre de una disciplina mal entendida que se transforma en complicidad. No puede pesar el argumento de que no hubiese representado ayuda alguna para nadie el hecho de que yo hubiese hablado. Mi silencio fue imperdonable.

Si dejamos al margen lo que hay de sinceridad en las palabras de Fischer, el resto es exactamente lo que le ocurrió al Buró Político del PC español. Nadie volverá a referirse al caso Antón en la historia del partido; ni cuando lo abandonen Claudín, Líster o Gallego. Cómplices todos de aquel proceso de «monstruosas acusaciones», resolverán el asunto sin que la luz de la historia penetre en él e ilumine sus conductas. Será la mayor vergüenza del Buró Político en su historia, porque fue el ajuste de cuentas de un asunto privado entre Dolores y Antón, al que el Buró dio su espaldarazo político. Antón había sido un «chulo»; pero ellos, usando la misma jerga, eran los «palanganeros». Antes, se había matado, se habían defendido cosas indefendibles y pronunciado acusaciones infamantes y falsas, pero nunca se había linchado políticamente a un dirigente para salvar el orgullo de una mujer desdeñada.

La liquidación política de Antón y el debilitamiento de Santiago Carrillo en su papel dirigente obligaron a Dolores Ibárruri a conceder mayor predicamento a Vicente Uribe, sin el cual toda aquella farsa hubiera sido muy difícil que prosperara y a quien Dolores debía agradecer su actitud de fiscal interesado. Uribe ocupará el lugar número dos del partido, a escasos metros del número uno, pero ambos a miles de escalones del tercero, que gracias a la amistad con Vicente Uribe y al corrimiento en la escala pasó a ser Antonio Mije. La evidencia del ascenso de Uribe al olimpo de los dirigentes se manifestará en 1952, ya defenestrado Antón, cuando se celebre con pompa y circunstancia el cincuenta cumpleaños de Vicente Uribe, que había nacido, como Stalin y Dolores, en el mes de los grandes, en diciembre. Del acto dio cumplida cuenta Mundo Obrero, y con ello quedó establecido que solo Dolores y Uribe tenían el derecho soberano a recibir felicitación pública y colectiva de sus colegas del

Comité Central. Hasta bien avanzados los cincuenta, la dirección del partido tendrá una relación de fuerzas equilibrada en su pirámide por Dolores y Uribe.

[1] En el libro de Fernando Claudín dedicado a Santiago Carrillo se refiere a este viaje a la URSS: «Se decidió enviarme a Moscú para ocuparme de nuestra emigración en la Unión Soviética… (porque) habían surgido algunos litigios en el Buró Político y los cuadros del PCE que hasta ese momento dirigían la emigración en Moscú, porque estos últimos obedecían más a los funcionarios del Buró Político soviético que a las instrucciones del Buró Político español…» (p. 88). Hay que aplicar el término «desvergüenza» para calificar este párrafo. En 1947 el Buró Político español consideraba que cualquier guiño de un funcionario del Buró Político soviético era una señal por la que valía la pena dar la vida, o hacerla dar a otros.

[2] N. B., febrero de 1948.

[3] Mundo Obrero, 2 de abril de 1948.

[4] Noel Field será rehabilitado en Hungría tras la muerte de Stalin. Murió en Budapest.

[5] Jimeno se reincorporará al PC en 1959, con ocasión de la preparación de la jornada de Reconciliación Nacional. Carrillo en persona le pidió que volviera clandestino a Valencia para trabajar en la jornada. Jimeno aceptó. Entre los argumentos que le decidieron, Santiago utilizó uno de gran eficacia, aunque fuera falso, y que revela su personalidad: «Lo mismo que tú vas a hacer en Valencia, lo va a hacer Monzón en Navarra». No era verdad, pero la intención era exacta; ya nadie se preguntaba por qué Monzón fue un traidor en 1948 y un modelo diez años más tarde.

[6] Mundo Obrero, 12 de febrero de 1948.

[7] El italiano Togliatti y el secretario del PC japonés, Tokuda, fueron víctimas de sendos atentados, como se señala más adelante.

[8] D. Caute, Compañeros de viaje, p. 377.

[9] Mundo Obrero, 4 de noviembre de 1948.

[10] E. Löbl, La revolución rehabilita a sus hijos, Barcelona, 1969.

[11] 28 de septiembre de 1949.

[12] El único dirigente que sostuvo públicamente estas calumnias con anterioridad fue Fernando Claudín en un artículo de homenaje «en el cuarto aniversario de la muerte heroica de Diéguez, Larrañaga y sus compañeros», aparecido en Unidad y Lucha de Toulouse el 26 de enero de 1946: Aprovechándose de las ingentes dificultades, de la desorganización y el aislamiento causados por la derrota y el terror, se habían introducido en órganos responsables del partido agentes provocadores como Quiñones, cuya misión era organizar la lucha contra el Buró Político y el CC, falsear su línea política para impedir la unidad de los antifranquistas y aislar al partido, reduciendo este a la impotencia y la pasividad, y tomar en sus manos todos los hilos de la organización clandestina para machacarla en el momento oportuno…

[13] Dato tomado de la correspondencia Ibárruri-Uribe en 1950.

[14] Si buscamos algo semejante quizá se encuentre algún rasgo en la constitución del Partido Comunista albanés, en 1944, también nacido de diversas corrientes radicales y nacionalistas, aunque con bases populares y en coyunturas muy diferentes.

[15] Sobre Joan Comorera es obligado referirse a la monumental biografía política que le ha consagrado Miguel Caminal, 3 vols., Barcelona, 1984-1985. Como tantos otros a partir de su publicación, soy deudor de la obra de Caminal.

[16] «Palo de pajar», expresión del propio Comorera y muy popular en Cataluña.

[17] El I Congreso del PSUC tendrá lugar en 1956, a los veinte años de su constitución.

[18] La organización dependiente del Comisariado del Interior para las labores de espionaje y contraespionaje se denominó NKVD de 1934 a 1943. A partir de entonces pasó a ser Seguridad del Estado (NKGB). En 1946 volvió a tener otro nombre (MGB) y desde entonces a hoy es conocida como el KGB. Me refiero en general al NKVD, incluso después de 1943, para no crear ficticias complicaciones al lector. Una vez más, se puede decir aquello de que las siglas cambian, pero la institución permanece.

[19] El caso Canals implicaba también a la dirección del PSUC comorerista, pues, aun después de expulsado, Comorera seguirá avalando la liquidación de Canals. Butlletí núm. 11, junio de 1950.

[20] N. B., agosto de 1947.

[21] Dolores Ibárruri no podrá intervenir, aquejada de la enfermedad que pronto la llevará a la URSS. Sin embargo, su figura fue utilizada en la convocatoria.

[22] El término «protocolo M» era utilizado entre los miembros del aparato de la Komintern en un sentido: «sentencia de muerte».

[23] M. Caminal, op. cit., vol. III, pp. 189 y ss.

[24] Véase también L. Colomer, J. Comorera. Socialisme i qüestió nacional, y C. Molinero i Pere Ysas, L'oposició antifeixista a Catalunya. 1939-1950.

[25] Este drama en cinco actos, que serviría de base para el Rigoletto de Verdi, Comorera lo leyó en francés, durante la espera. En castellano había sido traducido en el siglo XIX como El rey se divierte.

[26] Un relato completo y divertido de los sucesos de Barcelona lo hizo Félix Fanés en su monografía La vaga de tramvies del 51 (1977). Nos llevaría muy lejos diferenciar el carácter popular de las acciones de Barcelona, respecto a las huelgas obreras de Euskadi.

[27] Posteriormente López Raimundo ocultará con descaro su ausencia y se convertirá a partir de su detención en el dirigente de unas acciones en las que ni siquiera tomó parte. Esta «historia» conformó la iconografía de López Raimundo en el PSUC.

[28] Mundo Obrero, septiembre de 1950.

[29] López Raimundo afirmó al periodista F. Fanés que el PSUC «sumaba unos dos mil» militantes en el interior. Si en 1951, durante los acontecimientos, el PSUC hubiera contado con dos mil militantes, la responsabilidad de él y del PCE tendería a lo criminal. Costó muchos años que el PSUC pudiera disponer de dos mil militantes en el interior; con esta cifra se pueden hacer muchas cosas y en 1951 ese no fue el caso.

[30] En las biografías elaboradas tras su ascenso a la secretaría general del PSUC también se le ascendió de categoría en la guerra, convirtiéndose en «comisario político», dato que no aparece en las biografías del PCE anteriores a su nombramiento.

[31] En 1954, al cumplir tres, será excarcelado y escogerá México como lugar de su primer exilio.

[32] La colección que hemos podido consultar no está íntegra. Cuenta el biógrafo de Comorera, Caminal, que, según le manifestó el historiador Josep Benet, la única colección completa que existe de los Treball comoreristas la tiene un policía de la dictadura, Creix, responsable de la policía política en Barcelona y protagonista de la detención de Comorera.

[33] Treball, marzo de 1953. Traducido del catalán.

[34] Mundo Obrero, 30 de junio de 1954.

[35] Antón, en su «confesión», alcanza hasta a tabular las diferentes razias de depuraciones:

	separados	expulsados	total
En 1946			160
En 1947	89	109	198
En 1948	189	206	395
En 1949	196	223	419
En 1950 (hasta el 31 de julio)	54	94	148
Total	528	632	1.320

▪

(Con esta exactitud aparece en la «confesión» de Antón. Se supone que son todas las expulsiones realizadas por el partido en territorio francés.)

Incluso se llegan a especificar los motivos de las 1 320 sanciones:

Por relaciones con la 2.° Bis y Servicios Extranjeros, 50; por trotskismo, 28; por tratos con consulados franquistas, 214; por marchar a España, 55; por inactividad, derrotismo, 244; por desviaciones políticas, 179; por varios (mercado negro, robo, inmoralidad, etc.), 427.

[36] La orden se la da personalmente Uribe, especificándole que en Polonia no debía entrar en relaciones con nadie, ni comunicar a nadie su situación, en espera de la resolución definitiva.

[37] Debe de referirse al cuestionario que Dolores había sugerido al Buró para que Antón aclarara su viaje en el avión de De Gaulle y cuándo había empezado a ser espía imperialista.

[38] El primer signo de rehabilitación de Antón lo hará Carrillo invitándole al pleno del Comité Central de enero de 1957; como compensación a los agravios recibidos, Carrillo, entonces en el comienzo de su omnímodo poder, le ofreció dos venganzas que solo un hombre como él podía apreciar en su justa medida. Primero obligó a Enrique Líster, el mismo que le había notificado la expulsión, a que fuera a Varsovia, en noviembre de 1956, a invitarle expresamente al próximo pleno del CC. Y luego la sorpresa para Antón de poder presenciar, en ese pleno, la autocrítica, plagada de llanto, de Vicente Uribe y su defenestración. Santiago reconocía implícitamente su traición al amigo Antón sirviéndole las cabezas de sus enemigos.

Dolores, en silencio, se limitó a verle y tratarle con distancia. De todos los miembros del Comité Central, Antón fue al único que jamás, después de 1952, dio un abrazo al que era muy inclinada. Con él solamente la mano; ni una palabra más. En 1964 será readmitido en el Comité Central y pasará a vivir en Praga, llevando la responsabilidad de la edición española de la «Revista Internacional» de los Partidos Comunistas. Luego vivirá en Roma y posteriormente en París, donde morirá el 14 de enero de 1976. Nunca fue expresamente rehabilitado, sencillamente quedaron sin valor las acusaciones que

pesaban sobre él, aunque su figura, sin citarle, configuraba los denominados «métodos de ordeno y mando en el partido».

[39] Años más tarde abandonará Moscú, rumbo a Pekín.

[40] En este proceso salvaron la vida, aunque no se libraron de condena, el viceministro Löbl y Arthur London, que luego lo relató en un libro; al leerlo Santiago Carrillo, confesó muchos años más tarde haberse emocionado hasta las lágrimas. ¿No les parece emocionante?

Capítulo 9

¡En bonito mundo estamos!… ¿Quién será tan estúpido que no vea este palpable artificio? Pero ¿quién es bastante osado para decir que lo ve?

W. Shakespeare, Ricardo III

ESCLAVITUDES DE LA GUERRA FRÍA

Los furores inquisitoriales en los que se dividen los dos mundos, desde 1948 hasta mediados los cincuenta, se engloban en el término genérico de guerra fría. En los países occidentales adoptó características diferentes a las de aquellos países del Este de Europa bajo dominio soviético, aunque sus efectos fueron menos costosos y el carácter de la justicia (injusticia habría que decir) también menos sangriento. Las depuraciones en la URSS y en los países del socialismo de Estado costaron miles de vidas, mientras que en los países occidentales carecieron de tal costo físico, aunque el costo social fue importante, y aún alcanza hasta nuestros días.

Para los comunistas españoles, a caballo de Oriente y Occidente, la guerra fría fue toda una política; la política de la ausencia de política. Como no se podía hacer nada, porque nada dependía de ellos como partido, hubieron de concentrarse en tareas internas. Sin enunciarla, se generó una idea política consistente en que si se depuraba el partido de toda hierba mala o disidente, ese partido estaría en inmejorables condiciones para el radiante futuro, que habría de ser socialista, por supuesto.

En este periodo de enclaustramiento del comunismo occidental se produce un fenómeno curioso, a medias intelectual y sociológico, las «conversiones». En el momento más duro y agresivo del movimiento comunista hay figuras

significativas que cruzan las filas de uno a otro lado del frente de la guerra fría, como si se tratara de mantener y ensalzar la fe de los creyentes manifestándoles su fuerza de atracción. Recuérdese que Jean Paul Sartre pasa en 1951 de la categoría de «hiena» a la de simpatizante comunista, y la rapidez del giro es tal que la prensa comunista española de México sigue considerándole una «hiena» cuando ya se ha incorporado al «entourage» del PC francés.

No hay grandes figuras que se incorporen en estos años de la bunkerización al Partido Comunista de España, quizá por la doble peculiaridad de unos comunistas poco inclinados a la intelectualidad, y unos intelectuales poco receptivos al comunismo. Sin embargo, va a ser una personalidad del mundo sindical, Amaro del Rosal, quien en aquellos momentos de convicciones inconmovibles cruce la línea y se afilie al PCE. Del Rosal, un asturiano de cuarenta y cuatro años, seguía siendo entonces una figura indiscutible de la Unión General de Trabajadores, un histórico del sindicato de Banca que llegó al Comité Nacional de UGT durante la República y quien en el verano de 1948, coincidiendo con el toque de rebato comunista contra la traición socialista, declaraba: Quiero un puesto de combate en el partido comunista[1]. Se trataba de un reencuentro, pues en la UGT nadie había olvidado que antes había formado en las filas del PC fundacional de 1921.

Es posible que entonces ya no se luchara por modelos, sino contra barbaries, como si se intentara conjurar el miedo aferrándose a la brutalidad del adversario, sin advertir la propia. Dos hombres semejantes por varios conceptos, como Artur Koestler y Julien Benda, situados por la fuerza de las cosas y de las convicciones en campos opuestos, confirmaron con sus reflexiones este carácter contradictorio de la situación. En 1931 –escribe Koestler en su Autobiografía– vivíamos bajo la amenaza fascista, pero veíamos una inspiradora alternativa en Rusia. En 1951 vivimos bajo la amenaza rusa, pero no hay ninguna alternativa[2]. Unos años antes, Benda, situado en el campo de los compañeros de viaje del movimiento comunista, asiste al Congreso Mundial de la Paz de 1948 en Wroclaw (Polonia). Julien por no ser no era ni marxista, sino un hombre de conciencia que quería luchar por la paz. Cuenta el soviético Ilia Ehrenburg cómo le abordó para decirle: Yo no entiendo nada. Dígame, Ehrenburg: ¿qué ha sido de Babel y de Koltsov?[3]. Cuando pregunto por ellos me dan la callada por respuesta. Uno de sus camaradas, al hablar en su discurso de Sartre y de O’Neill, los ha llamado «chacales». ¿Es justo todo esto? y, en el peor de los casos, ¿es acertado? ¿Y por qué tenemos que aplaudir cada vez que se menciona el nombre de Stalin? Yo estoy contra la guerra. Estoy contra la política de Estados Unidos. Soy partidario

de la colaboración con ustedes, pero lo que se me pide es jurar obediencia. Tengo setenta y ocho años, ya sabe usted, demasiado viejo para ir a la escuela primaria. Ehrenburg se equivocaba o le fallaba la memoria, porque Benda tenía en 1948 ochenta y un años cumplidos, lo que hacía aún más brutal la reflexión.

La lucha contra el totalitarismo tenía rasgos totalitarios, fascistas, y moverse en aquella maraña no era ni fácil, ni cómodo, a medias entre los personajes de Sartre, en Las manos sucias, y la cobarde irresponsabilidad de algunos intelectuales convertidos en soplones, denunciadores y confidentes policiales. España vivía la guerra fría desde 1939 y de un modo sangriento, violento hasta el paroxismo. Aquí se fusilaba por motivos ideológicos y esto es un rasgo de obligada consideración a la hora de analizar en su contexto la polémica cultural y sus ofertas en el mundo ideológico del Partido Comunista de España.

La guerra fría limitada a 1948-1953 tiene también en el caso español un corolario que serviría como instrumento del PC en su labor de denuncia. Con exactitud cabe decir que el adversario americano, Estados Unidos, se acercó a Franco durante este periodo no solo en el campo de las colaboraciones económicas y militares, sino también ideológicas, y lo hizo bastante más de lo que Franco se acercó nunca a Estados Unidos. La forma político-ideológica que tomó la guerra fría en el bando norteamericano venía a dar la razón a Franco y al mismo tiempo a los comunistas, que veían en Franco y en Washington las dos caras de una misma moneda.

Es curioso comprobar cómo un grupo político que se ve imposibilitado para hacer política a causa de la dictadura del general Franco, del agobio internacional y la presión inquisitorial soviética, en vez de revisar sus planteamientos, los radicaliza, los asume sin el más mínimo distanciamiento y los hace férreamente suyos. 1948 marca el comienzo del descenso en picado de la incidencia social y política del partido y coincide con la mitologización de ellos mismos, de su papel histórico; se autocomplacen en considerarse, por decreto, agentes fundamentales de la historia; o, como decía aquel editorial de Nuestra Bandera: Los documentos del partido son hitos en la historia de España. La soledad favorece la paranoia y la paranoia puede encarnarse en un partido político.

Durante la guerra fría se agudiza la situación dramática del grupo dirigente del PCE, generando, a su vez, agresividad y violencia a raudales. Ningún partido en la legalidad democrática tendrá la miseria subterránea del PC español y eso se

debe en primer lugar a las dictaduras en las que tenía que moverse, ya fuera en España, contra Franco, o en el área del Este, bajo Stalin.

A finales de 1947, cuando el partido enuncia su reivindicación táctica de un Frente Nacional Republicano y Democrático, el partido ha dejado de ser en gran medida un instrumento político, para convertirse en una secta, llena de voluntad, de fe, y en muchos casos, como lo demuestra el trabajo clandestino, con derroche de heroísmo. Pero el PCE, como toda secta, es por principio autosuficiente; sus documentos son «hitos en la historia», sus dirigentes «las primeras cabezas políticas de España», sus guerrilleros «el ejército de salvación», sus afirmaciones «verdades científicas», y su método de análisis imposibilita la equivocación, porque está basado en «el marxismo-leninismo-estalinismo»… Una secta con su jerga, sus diferentes niveles, sus modos de vida, sus costumbres propias y hasta su cultura; una cultura no proselitista, sino para consumo interno, porque de lo que se trata es de mejorar el nivel de los militantes, no de exigir nuevos apoyos, ni novedosas afiliaciones. Para los tiempos que se viven y para los que vendrán no solo basta con los que hay, sino que sobran aún muchos.

No se trata del viejo dilema zdanoviano de una cultura proletaria frente a una cultura burguesa, lo que a todas luces es una simplificación voluntaria e interesada, sino de una cultura comunista, una «cultura de partido», frente a todo lo demás. Siempre y cuando le demos al término «cultura» no solo su acepción más limitada, sino aquella que abarca diversos aspectos de la sociología. Si bien este carácter de cultura de partido será genérico durante la guerra fría para el movimiento comunista en su conjunto, en el caso español esa cultura de partido, por su idiosincrasia, por sus limitaciones congénitas y por las condiciones peculiares de su trabajo político, es aún más brutal e impulsiva; más religiosa y dogmática; más residual y frágil, incluso, que la de sus homólogos del mundo occidental.

La primera nota llamativa del mundo cultural del PCE durante la guerra fría es su carácter de cultura de exilio, con escasa, por no decir nula, proyección hacia el interior, no solo por las condiciones que imponía la dictadura de Franco, sino por el convencimiento de que dentro de España no puede surgir nada que merezca la pena. Esto, que es inseparable de la ignorancia sobre lo que ocurre en el interior, lleva a situaciones cómicas, como la defensa que hace el órgano teórico Nuestra Bandera del obispo ultrarreaccionario vasco monseñor Pildain, aquel que consideraba a sus paisanos Unamuno y Baroja como encarnaciones

demoníacas. O la de afirmar que el seudónimo Hispanicus, que frecuentó las páginas del diario falangista Arriba entre 1947 y 1953, correspondía a Agustín Aznar, un camisa vieja de la Falange, en vez de ser obra de Manuel Aznar, que hacía de amanuense periodístico del mismo Franco, cuando no del almirante Carrero Blanco.

Los escasos documentos de alguna enjundia que llegan del interior, como la Memoria del Banco Urquijo, correspondiente a 1948, se desmenuzan en su sentido utilitario hasta convertirlos en piezas documentales que fotografían la estructura del sistema franquista. Esta Memoria del Banco Urquijo de 1948 servirá para que un exfuncionario del Ministerio de Agricultura e Industria, Tomás García, secretario de Vicente Uribe, desgrane en varios artículos conclusiones y más conclusiones. Incluso la propia Dolores la aprovechará para sus informes políticos de 1948. Jamás supuso don Estanislao de Urquijo, presidente de la Junta General de Accionistas que se reunió en Bilbao el 15 de marzo de 1947, que los comunistas vivirían de ella durante varios años, exprimiéndola a falta de documentos más esclarecedores.

DOGMA Y BÚNKER

El comienzo de la etapa bunkeriana en el mundo cultural del PCE coincidirá con la defenestración de Félix Montiel, encargado durante un par de años de las relaciones con los intelectuales, y que posteriormente, como ya hemos indicado, se adscribió a las corrientes del comunismo de Tito. Las últimas aportaciones de Montiel en el terreno de la cultura merecen señalarse. Fue la expresa aprobación del obispo ultrarreaccionario Pildain, quien desde Canarias había lanzado una homilía muy crítica respecto a la carestía de la vida. Al margen de lo que tiene de desconocimiento de Pildain y de sus genuinas posiciones, Montiel señalará en su artículo de Nuestra Bandera algunas ideas que tardarán veinte años en fructificar dentro del PCE; por ejemplo, la de que existe un terreno común entre católicos y comunistas. Escrito en 1946, significaba un considerable avance. Dos años más tarde estos guiños serán imposibles. Montiel tuvo una última aparición en el III Pleno de París, en 1947, donde intervino, a petición de Antón, sobre los intelectuales, sin que su discurso tuviera relevancia alguna. Luego desapareció, pues su papel residual de figura decorativa de la cultura ya no se hizo necesario.

Las orientaciones teóricas y prácticas serán trazadas por los miembros del Buró Político, al modo y manera del maestro Zdanov. Le sustituirá, a otro nivel, Víctor Velasco.

Las intervenciones de Andrei Zdanov se reproducirán ampliamente en los órganos del PCE, y especialmente en Nuestra Bandera, a partir de octubre de 1946. Desde su categoría de secretario del Comité Central del PC de la URSS y albacea de Stalin, el poderoso Zdanov va a orientar de manera total el movimiento intelectual que vegeta en los partidos comunistas. La relevancia de Zdanov en el caso español, como en tantos otros, fue considerable en su época. La revista española Arbor, editada en Madrid por el Opus Dei, que copaba el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, publicó un texto de Zdanov, en junio de 1948, en el que este atacaba en su peculiar estilo de alevín estalinista al historiador de la filosofía Alexandrov. Este texto, curiosamente, había sido editado por los comunistas españoles, en Nuestra Bandera, unos meses antes.

Es fácil entender, por tanto, que los textos de Zdanov constituyeron las tablas de la ley a la hora de considerar qué líneas debía seguir la cultura en el Partido Comunista. Dos escritores, apenas traducidos al castellano, pasaron a ser paradigmas de lo que había que denunciar en la literatura, incluso por aquellos que menos relaciones tenían con las letras. Los ataques de Zdanov en 1945-1946 fueron dirigidos contra el escritor satírico Zoschenko y la poetisa Ana Ajmatova, esa «señorita de buena familia», como decía Zdanov de modo descalificador. Las palabras de Zdanov al censurar la literatura de Zoschenko y Ajmatova no solo seguían la orientación de Stalin sobre los escritores como «ingenieros de almas», sino que aportaban para los difíciles tiempos que se abrían un aire de esperanza para la secta. Tres años después de haber sido pronunciadas en Leningrado, las palabras de Zdanov se adaptaban perfectamente a las necesidades de 1948: Si el régimen feudal, y más tarde la burguesía, han podido crear, en su periodo ascendente, un arte y una literatura, confirmando el establecimiento de un nuevo régimen y proclamado su desarrollo, nosotros estamos tanto más aptos para crear la literatura más progresiva, en honor del nuevo régimen… Esta literatura dejará bien detrás de ella a las mejores obras de los tiempos pasados.

Esta formulación zdanoviana constituía el segundo paso sobre una idea precedente, debida a Stalin, y que hizo suya íntegramente el movimiento comunista internacional en los años de la guerra fría. A finales de 1930 Stalin había escrito una carta que por los años cincuenta se convertirá en documento fundamental del arte y la cultura comunista. Iba dirigida al poeta Demien Biedni:

Para usted, Demien Biedni, la decisión del Comité Central equivale a un dogal, al indicio de que «ha llegado la hora de mi catástrofe»… ¿Están sus poesías por encima de toda crítica? ¿No le parece que está contagiado de cierta desagradable enfermedad, llamada presunción? Más modestia, camarada Demien… Que para Biedni había llegado «la hora de su catástrofe» es indudable, porque se eclipsó desde entonces hasta su muerte en 1945; como escribió el crítico Marc Slonim, ni los versos altamente patrióticos que presentó durante la segunda guerra mundial contra Hitler lograron restablecer su posición en el partido. Esta reconvención a los escritores por su independencia se convirtió en acto de fe al exhumarse en los años cuarenta, muerto ya Biedni. La carta «olvidada» de Stalin, publicada y reproducida hasta la saciedad desde finales de los cuarenta, sirvió de orientación para los Burós Políticos de los partidos comunistas. No digamos en el partido español, donde hombres como Uribe, Antón y Dolores estaban en inmejorables condiciones para tildar de «presunción» cualquier gesto, escrito o poema que ellos no hubieran orientado. Y más si admitimos que por las condiciones del comunismo español los gustos habían quedado congelados en los años treinta, anteriores a la guerra civil, aquellos donde los proletarios tenían ante sí un horizonte sin mácula. Era aquel mundo literario que Koestler describió años más tarde: La adoración del proletariado parece a primera vista un fenómeno marxista; pero en realidad es simplemente una nueva variedad de los cultos románticos del pastor, del campesino, del noble salvaje, que ya conoció el pasado. Esto, sin embargo, no impidió que los escritores comunistas de la década de los treinta sintieran por los obreros de una fábrica de automóviles el mismo tipo de emoción que Proust sentía ante sus duquesas.

Con inusitado relieve se reprodujo en 1951, en la revista cultural del partido español, Nuestro Tiempo, el decreto que bajo forma epistolar mandó Stalin al pobre Biedni. Stalin y Zdanov, Zdanov y Stalin cerraban el círculo, evitando dudas y complejos para el movimiento comunista de la guerra fría. Stalin, con su carta a Biedni, dejaba fuera de dudas la supremacía del partido sobre cualquier manifestación intelectual, y lo hacía no apelando a principios teóricos, sino a algo más fácil de entender para los españoles, como la humildad, la lucha contra la presunción y la soberbia. Una vez confirmado que el partido tenía la obligación de decidir sobre el arte y el artista la de obedecer para no contagiarse con la enfermedad de la presunción, Zdanov introducía el otro elemento definitorio: Los escritores comunistas estaban creando una literatura que respondía al nuevo régimen, al socialismo, y por principio si la sociedad nueva era superior a la burguesa, la literatura nueva sería superior a la cima que para todo escritor representaba la gran literatura burguesa del XIX. Zdanov abría un

horizonte allí donde debería estar todo oscuro. Y el esplendor no era solo el de esa nueva sociedad que necesitaba su literatura, no era solo el del socialismo, como expresó Zdanov en su discurso de Leningrado ante la Sociedad de Escritores, porque un año más tarde, en 1946, Stalin había afirmado en el mes de septiembre que la URSS no solo había construido el socialismo en un solo país, sino que estaba ya en trance de edificar el comunismo.

Con este panorama mental todo estaba ya asegurado, aunque el horizonte español pasara por un momento particularmente tenebroso. La mímesis documental, teórica y artística, de los ejemplos soviéticos blindaba, en los comunistas españoles, su miseria intectual ante la posible ofensiva imperialista; la URSS les vacunaba de esperanza y de razón. El PCE pasaba de ser un deslucido intelectual colectivo a dar las credenciales a los intelectuales del futuro, y su papel de aterrorizador del mundo de la cultura debió de ser grande, a tenor de que solo hubo una honrosa excepción entre los que no aceptaron ese juego y siguieron manteniendo contra viento y marea su posición antifascista y no zdanoviana, antiimperialista y no estalinista, antidogmática y no anticomunista. Es el caso de Max Aub con su revista personal Sala de espera, una publicación que aparecerá irregularmente desde 1948, convirtiéndose en la enemiga de todos y que combatirán con saña tanto el terror fascista como la brutalidad estalinista.

UNA VENTANA EN LA OSCURA CLANDESTINIDAD

Este mundo cerrado del exilio contrastaba con el de las preocupaciones intelectuales del interior, con sus manifestaciones clandestinas de la resistencia intelectual pro comunista. Echando por tierra las teorías sobre el franquismo como elemento que obligó a una mayor cerrazón en el campo de la apertura teórica de la izquierda comunista, los diversos trabajos redactados en clandestinidad por los intelectuales filocomunistas, militantes o no, dan una visión más integradora, que entronca incluso con algunas de las posiciones marxistas de los ya perdidos y lejanos años veinte, llenos de esperanzas, de seguridad en sí mismos y de dudas razonables, con capacidad para razonar y entender. Este fue el fascinante y reducido mundo de la Unión de Intelectuales Libres[4].

La experiencia de la Unión de Intelectuales Libres es un fenómeno de interés y del que no hay apenas referencias ni en el PCE ni fuera de él; ni entonces, ni luego, ni aún hoy. Había nacido, según uno de los protagonistas, el historiador Tuñón de Lara, de la fusión de tres o cuatro grupos que iban «por libre»; uno de maestros y profesionales de la enseñanza (antiguos FETE[5]), otro de escritores jóvenes, muchos de ellos militantes de la FUE[6] antes de la guerra, otro de profesionales de segunda enseñanza, excluidos de la enseñanza oficial y que trabajaban en centros privados. Todos confluyen a partir de 1944 y se constituyen en la UIL en febrero de 1945. Aunque la línea dominante era filocomunista, había también socialistas, republicanos y hombres de cultura sin partido[7]. Con la UIL colaboran activamente los escasos resistentes del mundo intelectual que quedaron dentro del país, entre prisiones y registros domiciliarios. A algunos de ellos conviene sacarlos del olvido, como al catedrático de instituto Francisco Portuondo; al arquitecto Fernando Bello, hijo del famoso periodista republicano Luis Bello; a catedráticos como Carlos Díaz, Moles, Alvarado, Urbaneja, Pablo Cortés y José Díaz García, que había colaborado con Fernando de los Ríos; o a magistrados como Antonio Onecer y Ángel Serrano; a escritores jóvenes como Buero Vallejo, Jorge Campos, Ramón de Garciasol y José Corrales; así como a maestros nacionales como Rafael Guisasola o a matemáticos como Ángel Palacio.

El grupo activista supo rodearse de colaboradores de prestigio incontrovertible, como el científico Gallego Díaz, el naturalista Ignacio Bolívar, el astrónomo Puig y el erudito profesor Rodríguez Moñino, gracias al cual podemos hoy contemplar los únicos números supervivientes de las dos publicaciones de la UIL, el quincenal Demócrito y los mensuales Cuadernos de Estudio. Estaban misérrimamente impresos con multicopista y su trayectoria durará desde 1945 hasta 1948, demostrando un derroche de humor, de vitalidad y de inteligencia en aquel páramo cultural de los años cuarenta. Y sobre todo reflejan un enraizamiento en el país, tanto en lo cotidiano como en lo intelectual, que no tendrá precedente en la prensa comunista o filocomunista, incluidas experiencias posteriores, de las décadas de clandestinidad de los sesenta y setenta.

Se denuncia en Demócrito, al igual que en los Cuadernos de Estudio, la cultura oficial del franquismo, la literatura oficial, que entonces se apellidaba Cela, Zunzunegui y Pombo Angulo. Y con un humor hispano tan cruel como la época se pasaba revista a la poética falangista de 1946: Pemán, señoritingo y desmedulado; Ridruejo, copioncete y adulón; Adriano del Valle, virtuoso de la memez y la lentejuela… El ejercicio de la sátira alcanzó altos niveles en

deliciosas crónicas como la epístola elegíaca titulada El poeta delicuescente, que podría figurar entre las antologías del género: ¡Ay don José María Pemán, tan dulce, pulquérrimo, seráfico, rasurado, divino e impaciente! ¡Qué ejemplo! Verán ustedes: Él era de Cádiz pero no se había enterado. Una vez, leyendo a Fernando de Villalón, se dio cuenta de que él también llevaba dentro –en su corazoncito– a un poeta gaditano. ¿Cómo? –se dijo–. ¡Soy poeta gaditano sin saberlo! Y desde entonces y para desgracia de tanto vicepoeta que anda suelto por ese mundo comenzó a rimar sus inspiradísimas y tiernas inquietudes de cupletista. La cal cegadora, las salinas, los mocitos pintureros, las princesitas de nardo y canela, toda la Andalucía de cromo y pandereta –sin olvidar a Séneca, el campesino filósofo, versión prosaica del «gitano señorito» y su última y genial creación– se hizo octosílabo aborrecible y merengoso. ¡Señores, qué asquito! O el quevedesco soneto titulado Soneto a FET y de las JONS, publicado en octubre de 1946, cuando aún la revista Escorial mantenía las últimas llamitas de las nostalgias imperiales y los versos sin estrambote. Merecería buscarse el nombre de este autor anónimo:

Qué bien sabéis organizar el hambre

y nutrir el burdel y el cementerio.

Es algo prodigioso vuestro Imperio

de verdugos, maricas y cochambre.

Cinco flechas ridículas de alambre

y un yugo becerril, decís en serio

que son cifras de España, y a Tiberio

en vez de púrpura le dais estambre.

El cura, el requeté y el carcelero

os guardan las espaldas y el puchero,

mientras vosotros sobre el hondo osario

de una España infeliz, que envilecéis,

para contar los crímenes que hacéis,

vais pasando las cuentas del rosario.

Había también ingenuidad, que es como la forma que adopta la voluntad arrolladora cuando no sabe hacia dónde dirigirse. Se lanzó la consigna de los Miércoles de la Lucha Antifranquista, un día en el que los intelectuales se comprometían a guardar el dinero de sus pobres diversiones de 1946 y emplear ese dinero para la lucha antifranquista. Pero había sobre todo capacidad para integrar, para entender lo positivo y lo negativo de una situación, sin adoptar la fácil postura de rechazarlo todo en bloque.

Entre los dilemas de la intelectualidad resistente hubo uno que revistió caracteres de nudo gordiano: la conferencia que Ortega y Gasset impartió en el Ateneo madrileño. José Ortega y Gasset había vuelto a la España franquista en el verano de 1945 y su primera conferencia pública tuvo lugar en el Ateneo sobre un asunto tan poco atractivo como «la idea del teatro», un tema en el que cabía todo, tratándose de Ortega, o nada si el maestro no quería. La conferencia fue un lugar de cita obligado para todos aquellos que esperaban del filósofo aquella digna actitud frente a la monarquía de Alfonso XIII, o incluso al profético exégeta de la «rectificación» de la República.

Pero el Ortega que habló el 6 de mayo de 1946 al salón lleno ya no era el maestro que navegaba en solitario, sino un hermoso buque que había perdido el rumbo y estaba a merced de cualquier corriente, cercano ya a la decrepitud alarmante y a su muerte seis años más tarde. La lectura hoy de su conferencia nos pasma ante aquel juego de verbalismo, aquellas perífrasis indignas de quien formó a generaciones y que nada tenía que temer frente a la barbarie del franquismo. Aquellas frases artificiosas no solo no contentaban a tirios ni troyanos, lo que de todas formas hubiera sido muy orteguiano, sino que estaban fuera del tiempo y del espacio en el que se pronunciaban, lo que en este caso era muy poco orteguiano.

La UIL había aprobado la vuelta de Ortega a España, posición abiertamente opuesta a la del PCE en el exilio. Manuel Azcárate, que iniciaba entonces sus pinitos en el mundo intelectual del comunismo español, había escrito en el

verano de 1946[8], calificando de bajeza la actitud de Ramón Menéndez Pidal al volver desde la emigración a la España franquista. Bajo esta óptica no es raro que su juicio sobre Ortega se redujera a denunciarle como el autor de toda una serie de vergonzosas iniquidades, de las que su conferencia del Ateneo de Madrid no era sino la culminación, felicitándose al tiempo de que la prensa falangista le haya insultado de manera despreciativa y soez, porque así es como el fascismo paga a los intelectuales que usa…

Frente a esta toma de posición dogmática, de exilio, de choque radical con todo lo que estuviera o se desarrollara en el interior, la UIL, después de felicitarse por lo que significa de positivo para España la vuelta de Ortega, critica tanto en los Cuadernos de Estudio como en Demócrito la pobreza del filósofo, la ausencia de sentido histórico en su conferencia del Ateneo. No se critica tanto el que conferenciara, sino su contexto. No es nuestro estilo polemizar ni tampoco desorbitar sus dimensiones, respecto al hecho de que el señor Ortega y Gasset ocupase la tribuna del espectro del Ateneo… la postura de la UIL sobre este asunto está bien clara; creemos que cuando Ortega ocupó la tribuna del Ateneo sobraba allí una cosa y faltaba otra: sobraba cierto busto del único jefe de Estado capaz de rivalizar con Fernando VII; faltaba la libertad… Y esa conducta de Ortega no tiene para nosotros más que una calificación: colaboracionismo. Conste que dejamos para su momento más reposado un riguroso examen de su pensamiento; ahora se trata de su conducta.

Había en Demócrito, y aún más en los Cuadernos de Estudio, una amplitud de visión en el terreno de la cultura que entroncaba con la generación republicana rota por la guerra y deshecha por el exilio. Una generación impensable ya en las filas de los partidos socialista y comunista de la guerra fría. Una generación culta y ecléctica, dispuesta a defender la inteligencia incluso cuando no se comparta y que quizá esté admirablemente reflejada en el anónimo «Lázaro» que firma, en el número de junio de 1946, un artículo sobre los intelectuales de la resistencia alemana: En el curso de una visita hecha por Edgar Morin a la biblioteca universitaria de Tubinga, se preguntaba qué había sucedido con los pensadores y escritores a quienes la Alemania de los cañones y de los cantos guerreros había mostrado su odio. A lo largo de doce años el doctor Ley había conservado clandestinamente las obras proscritas que guarnecen hoy algunos de los anaqueles de la biblioteca. Como si existiera todavía entre ellos una solidaridad esencial, hemos encontrado reunidos los nombres que solo Alemania había podido olvidar: Lasalle, Marx, Bebel, Thomas Mann, Emil Ludwig, Heinrich Mann, Glaeser, Einstein, Koetsner, la colección inestimable de «Mass und

Wert», las obras editadas por Oprecht y Zwingli en Zurich, las de «Europa Verlag» y las obras completas de Gorki, Gide… ¡Qué diferencia de estilo y de actitud ante la cultura respecto a los intelectuales militantes del exilio franco-mexicano!

Hay una parte de la resistencia, del talento de un pueblo, que está encerrada en las páginas pobremente impresas de Demócrito y los Cuadernos de Estudio. Anónimos autores de artículos brillantes sobre la literatura «hispanoamericana», la «filosofía griega», la economía española, en un sentido exactamente dinámico, como útil herramienta que se necesita para luchar contra el fascismo que amenaza con arrasarlo todo. Ellos están ahí para eso, aunque entrañe el riesgo y la duda. Quizá no sea extraño que reprodujeran como divisa un patético poema de León Felipe. Ocupaba una página de los Cuadernos de Estudio, el número de julio de 1946, y su valor va más allá del simbolismo. León Felipe lo había escrito contemplando unas pinturas de Velázquez:

Mientras esta cabeza rota

del Niño de Vallecas exista,

de aquí no se va nadie. Nadie.

Ni el místico ni el suicida.

Antes hay que deshacer el entuerto,

antes hay que resolver este enigma.

Y hay que resolverlo entre todos,

y hay que resolverlo sin cobardía,

sin huir

con unas alas de percalina

o haciendo un agujero

en la tarima.

De aquí no se va nadie. Nadie.

Ni el místico ni el suicida.

Sirvió la UIL de apoyo a todas las alternativas unitarias defendidas por el PCE, desde la Unión Nacional en 1945[9], a la Alianza Democrática en 1946, y hasta el Frente Nacional en 1948. Pero la represión y el desánimo la esquilmaron. Los últimos rescoldos se apagaron con la guerra fría. A finales de 1948 ya no salen ni Demócrito, ni los Cuadernos de Estudio. No se repetirá una experiencia semejante.

LOS ÚLTIMOS DOGMAS ESTALINISTAS

Desde la celebración del 70 aniversario de Stalin hasta su muerte, casi cuatro años más tarde, el PCE va a estar presente, en la medida de sus escasas fuerzas, en los grandes temas de la decadencia estalinista, de su furor y de su paranoia final. El affaire Lyssenko, la participación de Stalin en el campo de la lingüística y el XIX Congreso del PC de la URSS tendrán su reflejo en el PCE.

Existe hoy amplia información sobre Trofim Lyssenko, el chamarilero de la biología[10]. Había nacido en 1898, sus estudios se reducían a la práctica agronómica y a partir de los años treinta, con las depuraciones de biólogos, va trepando en los medios académicos soviéticos, hasta convertirse en 1948 en la máxima figura de la «ciencia proletaria». El Premio Nobel Jacques Monod escribió al respecto unas palabras estremecedoras. Que un charlatán autodidacta y fanático haya podido, en pleno siglo XX, obtener en su país el apoyo de todos los poderes: el partido, el Estado, la prensa (sin contar los tribunales y la policía) para imponer en biología una teoría inepta y en agricultura unas prácticas ineficaces y en ocasiones catastróficas; que este iluminado haya además conseguido la prohibición oficial tanto sobre la enseñanza como sobre la práctica de una de las disciplinas biológicas más fundamentales, la genética, es lo que

sobrepasa la imaginación. Lyssenko, además de lo que significó como triunfo del terrorismo ideológico, según lo definió Monod, fue también una muestra de la habilidad política para tentar a los dirigentes del partido en campos que les estaban vedados, como era el científico. Si parece confirmado que Stalin corrigió personalmente en 1948 la ponencia de Lyssenko a la Academia Lenin de Ciencias Agronómicas –«Sobre la situación de la ciencia biológica»–, tenemos la constatación de que un líder político «armado del método marxista-leninista» podía adentrarse en cualquier espesura y domeñarla, por principio.

La «ciencia», por tanto, necesitaba de los dirigentes comunistas, y los comunistas necesitaban de la «ciencia». Desde finales de 1948 los órganos oficiales del PCE, Mundo Obrero y Nuestra Bandera, reproducen trabajos sobre Lyssenko, el paladín de la ciencia de vanguardia. Son textos traducidos de las publicaciones soviéticas, en un caso conmemorando el 50 aniversario del más acusado representante de la ciencia estalinista, como escribe textualmente Mundo Obrero en diciembre de 1948. Nuestra Bandera, que pasa por ser la específicamente intelectual, reproducirá un infumable trabajo de Dvoriankin titulado «La victoria de la ciencia biológica michuriniana»[11]. El artículo tiene un interés semántico y otro sociológico. Había sido publicado en la revista soviética El Bolchevique y por su terminología bien pudo servir en el PCE de algo semejante a lo que fue el latín en las viejas iglesias de los pueblos: un lenguaje que impresionaba, que denotaba poder delegado de los dioses y sabiduría inmanente. Desde el primer párrafo, el trabajo de Dvoriankin tenía la huella de la verdad inaprensible, de la legendaria sabiduría de Stalin y el poder soviético, y podía ser cantado en forma de palinodia por la militancia del PC español como si fuera una letanía incomprensible:

La lucha de la orientación michuriniana en la biología, contra la biología weismannista, reaccionario-idealista, se ha coronado lógicamente con el desenmascaramiento y la derrota del weismannismo. La victoria de la doctrina michuriniana representa el triunfo de la ciencia auténtica sobre la ciencia falsa, la victoria de la orientación materialista sobre la tendencia reaccionaria e idealista, en biología. El triunfo de la biología michuriniana y la derrota del weismannismo reaccionario conducen a la unión de todos los biólogos soviéticos, sobre la base de la teoría científica avanzada, estructurada sobre los principios de la filosofía marxista-leninista y confirmada por la práctica.

Así de simple era la cosa. Es posible que con este cóctel biológico michuriano-weismannista se abriera más de una reunión en la que se manifestara tan paladinamente como lo hace Dvoriankin la victoria de la «ciencia auténtica» sobre la «ciencia falsa», pero al menos no tuvo consecuencias políticas en el PC español; no así en el PC francés, que depuró a uno de los miembros de su Comité Central, Marcel Prenant, porque su condición de biólogo le impedía aceptar las tesis de Lyssenko. En el PC español solo Manuel Tagüeña trabajaba en el campo científico; estaba en Brno (Checoslovaquia), adscrito al Instituto Biológico que dirigía el profesor Hercik, y por sus Memorias sabemos que fueron tiempos difíciles para la ciencia biológica en todos y cada uno de los países socialistas. Tagüeña se limitó a no pronunciar palabra sobre el tema. Brno estaba tan lejos de la dirección del PCE, como el PCE de la «ciencia michuriniana»; por suerte para Tagüeña, nadie se acordó de él por entonces y así se evitó la vergüenza histórica de ser el garante hispano de la «ciencia auténtica». No obstante, será en México donde un español introducirá la aportación ibérica al lyssenkismo. Se trata de Rafael de Buen, el eminente biólogo catalán, catedrático de la Universidad de Madrid hasta la guerra civil y posteriormente exiliado en México, donde desarrolló un trabajo científico de primer orden en las investigaciones químico-biológicas. En 1949 escribió un texto que mereció la expresa felicitación de Pasionaria, no tanto a él, como a la organización del PCE en México por su aportación a la ciencia «michuriniana». A esto se redujo el rasgo científico del PCE sobre el tema Lyssenko, en el que importa resaltar que el partido no estuvo ausente de un aspecto de la «cultura comunista» como fue el de la ciencia, entendida a la manera estalinista, de parcela de la verdad para usufructo exclusivo de los militantes del partido.

Algo semejante fue la suerte de la cuestión lingüística introducida en el movimiento comunista por Stalin en 1950; hasta entonces nadie sabía, ni tenía por qué, quién era Marr, ni Jakobson, ni siquiera que existiera el campo de la lingüística, en el que, lógicamente, ningún responsable político había pensado nunca. La única excepción es Antonio Gramsci, que por su particular situación carcelaria había dedicado al tema algunas páginas de sus Cuadernos de la Cárcel, pero que por aquellas fechas aún no habían sido publicados íntegramente por el PC italiano.

En el curso del año 1950, Stalin con el peso arrollador de su figura, interviene con un par de textos, en forma de entrevista, en una polémica aparentemente

inocua: la lingüística. Podía haberlo hecho sobre botánica, ingeniería, economía, literatura, pintura, etc., porque dado que su saber era universal y absoluto para el movimiento comunista, cualquier campo que hubiera tocado habría producido inmediatamente felicitaciones y frutos inconmensurables. Pero lo hizo sobre la lingüística, una materia en la que ni Marx, ni Engels, ni Lenin habían escrito una sola línea y eso que no hubo campo al que no dirigieran una mirada. Stalin iba a ser el pionero.

La primera entrega de Stalin sobre la cuestión lingüística apareció en Pravda el 20 de junio de 1950. La reprodujo días más tarde el semanario Mundo Obrero, al igual que toda la prensa comunista mundial. Páginas enteras de Mundo Obrero aparecieron bajo el título general de «Acerca del marxismo en la lingüística», donde Stalin se preguntaba a sí mismo si el idioma es una superestructura sobre la base, como dice la infame traducción española, y sobre cuáles son los rasgos característicos del idioma. El pedestre texto, de anodino contenido, tomaba la forma epistolar, tan cara a Stalin. La segunda entrega, también por correspondencia, aparecería en Mundo Obrero bajo el título de «En torno a algunas cuestiones de la lingüística»[12]. Es obvio decir que la aportación de José Stalin al campo de la lingüística fue nula, y su intromisión en ese terreno no tiene explicación convincente por parte de sus biógrafos. Por supuesto, el texto es probable que no hubiera sido escrito por él, aunque constituía una especie de broche de oro a una actividad intelectual que se había iniciado en 1905 con la publicación, por entregas, de su aberrante «¿Anarquismo o socialismo?», aquel que empezaba con un párrafo indescriptible: El eje de la vida social moderna es la lucha de clases. Y en el curso de esta lucha cada clase se rige por su ideología. La burguesía tiene su propia ideología: el llamado liberalismo. El proletariado también tiene su propia ideología: es, como se sabe, el socialismo. Y así iba desgranando aportaciones al acervo de la «ideología». Ahora llegaba su canto de cisne y el lenguaje se notaba pulido por los doctores en ciencia marxista-leninista y carecía de necedades antimarxistas como esa de que las clases se regían por sus ideologías. Las dos epístolas-entrevistas sobre la lingüística eran breves y pontificiales, pero en ellas revelaba, junto a un montón de lugares comunes, su congénita capacidad para apropiarse de las ideas ajenas.

En el PC español va a ser el filósofo exiliado en México Adolfo Sánchez Vázquez quien le dedique un largo trabajo en la revista del partido para los temas culturales, Nuestro Tiempo[13]. El trabajo de Sánchez Vázquez es de una considerable sobriedad de adjetivos y aunque lógicamente destaca la solicitud de los dirigentes soviéticos por los problemas de la cultura, tiene un nivel de rigor

inusual en la época y una gran preocupación por resaltar aquello que para Stalin era más importante y que impregnó al estalinismo teórico: las definiciones. Algo que estaba muy lejos de Marx y Engels y que, con sus afanes pedagógicos, consagró Lenin: definir el idioma, la ciencia, la lógica, la nación, etc. Por su aparente especificidad, la lingüística y Stalin no fueron recogidos por nadie más en el PC español y todo quedó en el trabajo exegético de Sánchez Vázquez y las reproducciones completas en las páginas de Mundo Obrero.

Ni en el asunto Lyssenko, ni en la cuestión lingüística, la dirección del partido dijo esta boca es mía. El acervo cultural del movimiento comunista lo asumían porque venía de donde venía, pero dar el salto a participar estaba muy lejos de sus capacidades. Sin embargo, el último gesto del estalinismo, su acabada concreción, es decir, el XIX Congreso del PC de la URSS, sí tuvo desde el primer momento en ellos a sus más abnegados estudiosos y exégetas.

El XIX Congreso del PCUS fue el último gran festejo de Stalin. Tenía setenta y tres años y le faltaban unos meses para morir cuando el 5 de octubre de 1952 recibió una ovación interminable de los mil doscientos delegados que recibían a la leyenda hecha carne. Ante su figura el movimiento comunista parecía colocar en un segundo plano los sucesos del momento, la guerra de Corea, el proceso a Slanski y la plana mayor del PC checoslovaco, incluso la detención de Duclós en Francia y las violentas manifestaciones callejeras de París.

El Buró Político español se reunió a finales de octubre de 1952 para discutir lo que uno de los presentes, el vasco Errandonea, denominó una nueva aportación al tesoro marxista-leninista: el discurso de Stalin en el XIX Congreso, que pasaría a la historia como «Los problemas económicos del socialismo en la URSS». También discutieron los informes de Malenkov, Moskatov, Suvorov y Beria[14], según consta en los resúmenes de las diversas intervenciones.

Hasta acontecimientos tan lejanos a la idiosincrasia del PC español como los tres descritos –Lyssenko, la lingüística y el XIX Congreso– estuvieron presentes en él y formaron parte de su patrimonio, impregnando, aunque solo fuera con las repeticiones y los guiños, sus entusiasmos y sus análisis. Un mundo de certezas radicales llegaba a su fin.

En la mañana del 4 de marzo de 1953 el movimiento comunista mundial contuvo el aliento. Yuri Levitan, el locutor soviético que había leído los triunfos de la gran batalla de Kursk frente a los nazis, era ahora una voz trágica: el gran Stalin,

humano al fin, había sufrido un derrame. Fallecería al día siguiente, cuando aún no se habían apagado los ecos de la última depuración, el denominado «complot de las batas blancas», una sangrienta barrabasada contra un «grupo de médicos terroristas», rehabilitados apenas se enterró a Stalin.

Al enterarse de la noticia, el PCE emitió un comunicado de sentido pésame, en el que se le llamaba dirigente probado en mil combates, jefe del partido y hombre de Estado, creador de una nueva sociedad, discípulo y colaborador del inmortal Lenin y teórico eminente de la ciencia marxista, lo que en su estricto sentido era de aplastante exactitud, pues la ciencia marxista le debía casi todo, incluso la existencia del término, patentado en su época.

El corazón fue emitiendo calor a la cabeza y nació la poesía funeraria. Neruda, reproducido por la prensa del partido español, fue el más bello, a fuerza de ser el más veterano:

Camarada Stalin, yo estaba junto al mar en la Isla Negra,

descansando de luchas y viajes

cuando la noticia de tu muerte llegó como un golpe de océano.

Alberti, como siempre, se emocionaba a su modo pinturero:

José Stalin ha muerto.

Padre y maestro y camarada:

quiero llorar, quiero cantar.

Que el agua clara me ilumine,

que tu alma clara me ilumine

en esta noche que te vas.

Y una voz, dejando a un lado a Rejano y a Arconada, surgió en aquella justa mística, la de Jorge Semprún:

Se nos ha muerto el padre, el camarada,

se nos ha muerto el Jefe y el Maestro,

Capitán de los Pueblos, Ingeniero

de las almas sencillas, Arquitecto

del Comunismo en obras gigantescas.

Eran epitafios para la época de las grandes certezas. Luego vendrían las grandes dudas, las convicciones relativas, las crisis y la pérdida de la fe, porque donde no hubo razón, sino fe, se producirían conversiones y renuncias. El PCE cerraba con versitos la era de las certezas ideológicas, que bien merece un repaso, a través de la cultura de partido.

EL ARTE DE PARTIDO

En el centro del mundo teórico del partido estaba la ciencia, es decir, el marxismo-leninismo-estalinismo, cuya formulación más exacta se debía, una vez más, al prolífico Zdanov. Si bien había fallecido en 1948, dejó una estela de definiciones: Es preciso que se defina exactamente la historia de la filosofía como una ciencia, de donde Zdanov recoge esta deliciosa redundancia: de la definición del objeto de la historia de la filosofía deben derivarse necesariamente definiciones de la ciencia filosófica, dadas por Marx, Engels, Lenin y Stalin. No es extraño que a partir de aquí pocos se sintieran animados a introducirse en el puente movedizo del navío filosófico, según conmovedora definición del mismo

Zdanov[15].

Este mundo particular estalinista-zdanoviano de la ciencia como supremo objetivo de la historia de la filosofía, es decir, de las conquistas contemporáneas del materialismo dialéctico e histórico, gozaba del apelativo de superestructura en la jerga culta del partido. Dicha superestructura tenía sus compartimentos más o menos residuales, menos científicos, que se valoraban en el Buró Político con una sonrisa: el arte, la literatura, el pensamiento no estrictamente científico, es decir, el ensayo…

Como cultura de partido, el arte en general –algo de pintura y apenas escultura– se concentraba en el caso español fundamentalmente en México, aunque había algunas figuras ocultas en la URSS, de las que quizá lo más sobresaliente fuera el gran escultor y discreto ciudadano Alberto Sánchez. Apenas si fue convocado nunca por la dirección del partido para sus festejos y homenajes, dado su estilo poco grandilocuente, demasiado evocador y no realista para el gusto de los dirigentes del partido. Alberto Sánchez había nacido en Toledo en 1895 de familia humilde –panadero y campesina– y a partir de la Exposición de Artistas Ibéricos de 1925, en Madrid, realizó una obra personalísima que le consagró junto a otros grandes como Picasso o Miró en el Pabellón de la República Española de París (1937). Saltó a la Unión Soviética un año más tarde, donde residió hasta su muerte en 1962. Fue a partir del deshielo de 1956 que su figura volvió a ser considerada y así pudo exponer su obra escenográfica en Moscú, en 1959. Su principal trabajo fue la decoración de obras españolas para el teatro soviético, así como para el cine, donde fue notable su labor de ambientador en el Don Quijote de Kozintsev. Por razones fáciles de entender, él, que había sido uno de los más audaces escultores de la vanguardista España republicana, se vio obligado en la URSS a tornar el cincel por el lienzo, más privado, menos dificultoso y no sujeto al monumentalismo que caracterizó el arte escultórico soviético durante la era estalinista. Hay que comprender que el deshielo kruschoviano cogió a Alberto con más de sesenta años y que su obra, su salud y el campo de sus búsquedas se resintieron, en un proceso muy similar al de otra gran promesa de la literatura de los años treinta, César Muñoz Arconada.

Como demuestra la nula consideración hacia la obra de Alberto[16], la militancia en el partido no suponía preferencias en el gusto de la dirección, que, lógicamente, mantenía un gusto estético primitivo. La cima inaprensible coincidía con el tipo de arte al uso de la URSS en los años treinta y cuarenta, al que se ha simplificado bajo el nombre de «realismo socialista». Ahora bien, en la

apreciación que del arte hace el Partido Comunista español, y como organización piramidal y fuertemente centralizada, la dirección, el Buró y el PCE tienen dos niveles de valoración de la cuestión artística: la genuina y la táctica.

Denomino «genuino» al gusto e inclinación del partido, desde la base hasta sus dirigentes, por unos moldes tradicionales del arte, salvando las excepciones, inexistentes en el Buró Político. Este gusto «genuino» lo impregnaba un sentido instrumental del arte, muy semejante al de la burguesía francesa en el periodo posrevolucionario. El ejemplo que representó la pintura histórica de David en la Francia de la Revolución, o, en otro sentido, aquello que sugerían las escenas domésticas de la pintura holandesa del XVII, será intuitivamente absorbido; la idea prendida en la burguesía de que la pintura debía decorar (embellecer la realidad) y enseñar (educar históricamente) se readaptaba ahora a las necesidades y los gustos del conjunto del movimiento comunista –con contadas excepciones– y estos nuevos depositarios del futuro invertían los términos sin apenas variar el gusto: primero enseñar (educar históricamente) y luego decorar (embellecer la realidad). En el terreno de los paradigmas de la apreciación «genuina» del arte, están en primer lugar los soviéticos Gerassimov (1881-1963) y Serov (1910-1967); en Francia Andrè Fougeron y en España quizá el representante más valorado por el PCE fue José Bardasano, al que Santiago Carrillo llamaría «nuestro Velázquez».

La apreciación «táctica» del arte por parte del PCE obligaba a considerar la obra de Pablo Picasso y Fernand Léger como frutos de la crisis del mundo burgués. En aras del masoquismo de esa burguesía que los sobrevaloraba, el movimiento comunista, en los países occidentales, se veía obligado a prestarles algún cuidado, no solo por razones crematísticas, sino también económicas, pues eran bien conocidas las ayudas de todo tipo que estos bien remunerados artistas suministraban a los partidos comunistas.

La verdad incontestable es que la fama y el prestigio de Fougeron oscurecía la de Picasso no solo en el PC francés, donde Fougeron figuraba como pontífice artístico, sino también en el PC español, que siguió los pasos de sus colegas galos. No existía en la dirección del PCE dilema entre Fougeron-Picasso, ni siquiera Bardasano-Picasso. Fougeron estaba en 1950 en la cima de su poder artístico. Después de su viaje a la URSS, en 1948, había vuelto empapado de «realismo socialista», convertido en el sumo defensor del arte «positivo» frente al «decadentismo espiritual» de Occidente. Su cuadro La muerte de Antonin Barbier en Firminy-sur-Loire plasmaba el entusiasmo de la «agudización de la

lucha de clases», que había llevado al PC francés, desde finales de 1948, a huelgas durísimas con manifestaciones violentas en las calles. En 1951, recogió en una serie, «En el País de las minas», la experiencia de las luchas mineras; exposición especialmente recomendada por la dirección del PCF, que no mucho antes había expresado en boca de Laurent Casanova, miembro del Buró Político, que todo ataque a Fougeron es un ataque contra el realismo socialista y por tanto contra el partido mismo. Mientras Picasso era un comunista que pintaba al gusto de las otras clases, Fougeron era el pintor del partido.

Esta diferente apreciación entre lo «genuino» y lo «táctico» no se explicitaba en los documentos o en los análisis, pero se comprobaba en los aparatos políticos del PC francés y español; existía una división entre lo genuinamente nuestro, comunista (Fougeron), y lo políticamente importante, que mostraba la fuerza de nuestras ideas (Picasso, Léger). Es obligado hacer la puntualización de que hubo países como Italia donde, por las particularidades del grupo dirigente del PCI, por algunos signos de su identidad, y por el estilo de sus artistas más notorios, esa paralela apreciación de «genuino» y «táctico» tendió a unirse. La figura de Renato Gutuso, miembro de la dirección del PCI, aunaba tanto el gusto «propio», realista, del grupo dirigente, como el «táctico».

Este no era el caso francés o español, con niveles de preocupaciones lógicamente muy diferentes. Lo comunista, lo revolucionario para los comunistas en Francia eran los cuadros de concepción realista, para los que Fougeron, como reconoce el crítico Jean Cassou, tenía excelente mano y un gusto, añado yo, bastante relamido, religioso, de antiguo pintor conventual. El carácter progresivo y revolucionario de la pintura de Picasso estaba fuera de lugar; Picasso era un comunista que tenía el talento de sacarle el dinero a la burguesía burlándose de ella. Esta era más. o menos la diferencia de apreciación. El carácter de este contraste se mostró con toda su crudeza con ocasión de la muerte de Stalin.

Picasso dibujó el famoso retrato del dictador que reprodujo Les Lettres Francaises; una obra que transmite un esfuerzo realista como quizá no lo intentará jamás, y que obtiene un resultado artístico mezcla de ingenuidad y expresionismo. Alguien ha querido ver en este retrato una crítica a Stalin, lo que es impensable; Picasso también estaba fascinado por la grandeza de Stalin y lo que hace es una estampa del mito. El carácter sobrio, no edulcorado, de esta obra de Picasso mereció una crítica del secretario general del PC francés, Thorez, y una autocrítica inmediata del director de la publicación, el poeta y militante Louis Aragon.

Esta fue la oportunidad codiciada durante mucho tiempo por Fougeron para, con inaudito cinismo, desbancar de una vez por todas a Picasso en la cultura de partido. Mi tristeza se debe –escribe Fougeron en la misma revista donde había aparecido la portada de Picasso[17]–: al hecho de que un gran artista sea incapaz, en 1953, de hacer un sencillo dibujo del rostro del hombre más querido por los proletarios del mundo entero y esto da la medida de nuestras debilidades en este campo en el que nuestro país cuenta, sin embargo, en su pasado artístico con los más grandes retratistas que la pintura haya conocido. Hubiera bastado en este caso simplemente con reproducir una foto o, mejor, la obra proba de un artista soviético. Dejando aparte el chovinismo «de los más grandes retratistas», que además es incierto, la carta tuvo el éxito esperado; Picasso no será llamado a colaborar ni en el PC francés ni en el español hasta que comience el periodo de la desestalinización[18].

En el caso español no se dará esa bipolaridad sino en el exterior, en la emigración. Dentro de España habrá que esperar aún algunos años para que algunos de los pintores informalistas se acerquen al PC. Este no era el caso del exilio; en México el arte de partido, los gustos de partido y el estilo de la pintura de partido se centraba en las figuras de José Bardasano y Antonio Rodríguez Luna, aunque este, por sus inclinaciones vanguardistas, tenía menos aceptación que Bardasano. José Bardasano fue durante aquellos años, finales de los cuarenta y comienzos de los cincuenta, el más genuino representante de la pintura realista española en México y a su vez del grupo de artistas afiliados al PCE. Residía en América desde el final de la guerra civil, y no volvería a España hasta 1960, con posiciones políticas diametralmente opuestas a las del final de la era estalinista; su abandono de México fue también su abandono del PCE.

José Bardasano había nacido en Madrid el año 1910. Se inició en la pintura como discípulo y protegido del pintor burgalés, de corte tradicional, Marceliano Santamaría (que asesoró a Franco en la pintura paisajística). Terminada la guerra, y ya en México, ejerció de cartelista, muralista y pintor de caballete, convirtiéndose en el retratista oficial de las postrimerías del régimen de Lázaro Cárdenas. Su pintura fue un reflejo de su personalidad; hombre de concepciones pictóricas decimonónicas y muy inclinado al oficialismo, fuera comunista o fascista, y con aquella propensión a servir a las instituciones que caracterizaba a los artistas tradicionales[19].

Su obra, bien construida, revela una gran facilidad e incluso un notable talento para el dibujo. Bardasano trasluce en sus telas una apelmazada falta de

imaginación que contrasta con algunos dibujos realmente prometedores de su etapa anterior a la politización que supuso para él la guerra civil y su dedicación al cartelismo. Su credo está resumido en esta frase suya de los años cuarenta: Dalí y Picasso son pintores modernos pero contrarrevolucionarios, porque su forma no es para la masa popular, sino que está dirigida a un sector limitado de público. Son hombres progresistas, pero no son sinceros como pintores. Cualquier miembro del Buró Político español suscribiría estas afirmaciones que cuadraban tan bien al gusto y al estilo de José Bardasano, y que en su sentido estricto no podrían aplicarse a otros artistas como Rodríguez Luna, Alberto Sánchez o el más joven Jesús Díaz, Zuco. Mucho mayor aún sería la distancia entre esas concepciones rudimentarias y las composiciones musicales de otro militante disciplinado de la época, el músico Salvador Bacarisse, hermano del poeta modernista Mauricio. Salvador, que moriría exiliado en París (1963), fue una figura olvidada en la vida de partido, salvo por su asistencia regular a las reuniones rituales de la organización de intelectuales comunistas en Francia. Casi se puede garantizar que, de preguntarle a cualquier miembro del Buró Político por el compositor, desconocerían no solo su categoría de músico, sino incluso su insistente militancia.

LA INTELECTUALIDAD COMUNISTA

Los dos centros intelectuales del PCE estaban situados en París y México. El primero concentraba en 1947 al pintor valenciano Muñoz, al escritor Quiroga Pla, yerno de Unamuno, a los músicos Bacarisse y Palacios, al historiador Emilio Gómez Nadal, al periodista Víctor Velasco y al autodidacta Benigno Rodríguez, que había logrado la mayor notoriedad durante su etapa de secretario del jefe de gobierno don Juan Negrín. Entre ellos empezaba a hacer sus primeras armas un joven poeta, hijo de un diplomático republicano y católico a lo Bergamín y una aristócrata, Jorge Semprún Maura.

El grupo de México, más asentado económica e intelectualmente, tenía en Wenceslao Roces y Adolfo Sánchez Vázquez sus máximas figuras. Lo formaban pintores (Bardasano, Rodríguez Luna, Renau…), escritores (Luisa Carnés, Juan Rejano, Pedro Garfias, García Narezo…), e ilustres personajes de los más variados campos (el biólogo Rafael de Buen, el multifacético Juan Vicens…).

Por sus especiales características de marginación de la vida política e intelectual española y por el aislamiento que suponía la vida en la URSS respecto a España, el grupo de intelectuales residentes en Moscú no tuvo en ningún momento los caracteres de un centro cultural del PCE. Sin embargo, contaba con intelectuales de cierta relevancia, como José Lain Entralgo –hermano del falangista Pedro–, dedicado fundamentalmente a tareas pedagógicas y de traductor de la literatura soviética; amén del escultor, pintor y escenógrafo Alberto Sánchez y el periodista José Luis Salado. Pero la figura más llamativa de la intelectualidad española en la URSS fue sin duda César Muñoz Arconada.

Había nacido en Astudillo, un pueblo de Palencia, y fue a morir a Moscú en la primavera de 1964. Pocos hombres de la denominada «generación de la República» tenían el bagaje y la capacidad de César M. Arconada para el arte y la literatura: crítico musical y cinematográfico en los años veinte y treinta; autor de uno de los primeros análisis del compositor Claude Debussy; periodista de La Gaceta Literaria; imaginativo biógrafo de Greta Garbo; poeta, novelista realista al estilo de Sender con La turbina (1930) y al modo soviético con Los pobres contra los ricos (1933) y Reparto de tierras (1934); escritor teatral; y militante revolucionario desde 1931. Premio Nacional de Literatura en 1938, se exilia en la URSS, donde todo su empuje quedó disminuido en una obra escasa y poco imaginativa –un drama teatral, Manuela Sánchez, y pobres relatos–. Sin embargo, ha sido notable su trabajo como responsable de las revistas en castellano Literatura internacional y Literatura soviética. Traductor de Puskin, Nekrasov, Lermontov o Maiakovski, este hombre, que estaba llamado a desempeñar una labor cultural de primer orden, por los azares de la historia y el franquismo tuvo que conformarse con tareas burocráticas que a buen seguro le recordarían las oposiciones de 1919 al ilustre cuerpo de Correos del que era funcionario.

Diferencias geográficas aparte, el movimiento cultural ligado al PCE apenas si se distingue del resto de las actividades del partido y se basará en tres líneas de actuación: la defensa de la URSS y del campo socialista, la recreación de una imagen del heroico pueblo español y las campañas por la Paz a partir del Congreso de Estocolmo en 1950.

Ese mismo año 1950 será la fecha, nada entusiasta, de un cierto despertar en el PCE de la capitidisminuida intelectualidad. Los años precedentes no habían facilitado su papel, ni siquiera como fuerza de choque durante la guerra fría; en el PC español, durante ese periodo, estuvo más marginada y ausente que nunca,

a diferencia de lo ocurrido en otros partidos comunistas occidentales. En 1950 se producía en primer lugar la orientación kominformiana de la Lucha por la Paz como objetivo primordial, y eso exigía una reconsideración de la tropa cultural para agruparla y ponerla a la tarea. La directa vinculación entre la dirección del partido y esta revitalización está ya implícita en el lugar donde se producirán los primeros síntomas, París.

Este signo revitalizador de 1950 se constata con la creación de una revista, Cultura y Democracia, indisolublemente unida a su animador, Jorge Semprún, que a su vez es el nuevo responsable de ese comisariado de la cultura, ocupado interinamente por Víctor Velasco, pero que en realidad había quedado vacante desde que Félix Montiel abandonara la línea oficial del partido y apoyara la herejía titista. Jorge Semprún no solo va a ser el dirigente de la política cultural del partido, que apenas existió anteriormente, sino que vinculará a la dirección del partido a preocupaciones vecinas a ese mundo de la cultura que se había distanciado del partido, prácticamente, desde la derrota en la guerra civil. Semprún se transformó en un animador, un publicista en su sentido más genuino, sirviendo de puente entre la dirección del partido y la realidad cultural, primero en el exilio y luego en el interior.

Hay dos etapas en la actuación de Jorge Semprún como publicista cultural del partido. La primera abarca desde enero de 1950, con la creación en París de la revista Cultura y Democracia, y alcanza hasta 1953, pues en el verano de este año Semprún viaja por primera vez clandestinamente a España, iniciándose así su segunda etapa, que terminará diez años más tarde, en 1964, con la crisis en la dirección del partido y su expulsión.

Se dieron en Semprún una serie de circunstancias personales que facilitaron su papel primordial en el mundo de la cultura y también en el de la política. Había mamado la política desde su más tierna infancia: su padre, J. M. Semprún Gurrea, fue gobernador civil de Toledo y Santander, y contempló la guerra civil española desde un mirador de excepción, como era el consulado en Holanda. Jorge había recibido una educación abierta, cosmopolita, muy diversa no solo respecto a la burguesía española, sino aún más respecto del pequeño mundo del comunismo español. En 1950, cuando se inicia la irresistible ascensión de Jorge Semprún Maura, tiene veintisiete años y reúne en su persona al responsable político, es decir, al miembro del aparato del partido que había pasado por la resistencia francesa y el campo de concentración de Buchenwald, y al tiempo al poeta, al escritor y al hombre de lenguas y lecturas, el primer universitario en un

partido en el que su figura constituye una rara avis. Para mayor atipicidad, pertenecía a una clase social no burguesa, sino emparentada con la oligarquía, lo que le hacía más llamativo en el provinciano movimiento comunista español, que hasta entonces exhibía al aviador Hidalgo de Cisneros y a su esposa como si se tratara de los okapis de la fauna militante, compuesta de ejemplares comunes, demasiado comunes.

La vida de Cultura y Democracia se redujo a cinco meses y cinco números, que van de enero a junio de 1950. Hay en esta publicación atisbos de futuros gestos más audaces; hay un poema de inhabitual factura y que, pese a ir dedicado a un tema circunstancial, como es el homenaje a Pasionaria, conserva cierta belleza y expresividad, firmado con el seudónimo de Carlos del Pueblo. Hay también algo tan novedoso e insólito en el PCE del año cincuenta como dos artículos dedicados a la «situación de la universidad española», en los que se puede rastrear una redacción con los pies en la clandestinidad y no en el exilio.

Pese al esfuerzo y a esas chispas de modernidad, Cultura y Democracia está dominada por el violento reflejo del momento, con los análisis redactados con anteojeras propias de exiliados, junto a la mentalidad de búnker que conformaba la guerra fría y la denominada agudización de la lucha de clases.

Semprún marca la pauta con sus análisis, donde conviven cierta audacia terminológica y el inevitable corsé dogmático. Pasa revista a la novela de la época, la de los Cela, Laforet, Sebastián Arbó y Suárez Carreño, y los despacha con un juicio que coincide casi letra a letra con el de la Iglesia española. Bajo la expresión de «literatura negra, pesimista», se aúnan tirios y troyanos desde ambos lados de la barricada. Semprún alancea hasta al pobre Pío Baroja, que ha tenido la osadía, a sus setenta y dos años, de afirmar que los tiempos no son propicios para la creación literaria, a lo que Semprún le replica desde París, con la convicción de su entusiasmo apostólico: Si los tiempos no son propicios, que nos explique Baroja de dónde salen, limitándonos a estos últimos años, novelas como Sobre el Don apacible, de Cholojov, La Joven Guardia de Fadeiev, La tempestad de Ehrenburg; y, en un afán de joven novicio, pero cosmopolita, va pasando por las obras de Jorge Amado, Howard Fast y hasta el Louis Aragon de Los comunistas. El esquema que él desarrolla lo tomaba de Zdanov en su desprecio por el «punto de vista artístico», porque tal «punto de vista», escribe Semprún, justificaría una novela tan monstruosa como Por quién doblan las campanas, de Hemingway. Este Semprún de 1950 está empapado de las tesis de Zdanov en el Congreso de Escritores de 1934 y las usa como arma arrojadiza

para machacar la balbuceante literatura española de los cuarenta, que para él es un reflejo de la pequeña y media burguesía, que sufre las consecuencias de la crisis nacional y general del capitalismo y que no han comprendido todavía que su salvación reside en la alianza con las masas populares. Una afirmación parangonable a aquella de Zdanov, que a Semprún le gustaba repetir, de que han pasado para siempre los tiempos en que la literatura burguesa… podía crear las grandes obras del periodo de auge del capitalismo.

Se comprende entonces que, para el Semprún de 1950, de una novela como Nada, de Carmen Laforet, lo único salvable sea el título, que responde perfectamente a un mundo deleznable, que no tiene en cuenta que desde Pekín hasta las llanuras suramericanas, el hombre nuevo forja las armas luminosas de la felicidad en que soñaban nuestros antepasados. En esas circunstancias no tiene valor alguno la exposición puramente negativa de la decadencia capitalista. A la clase obrera, al campesino, a las fuerzas populares, ya en lucha contra el franquismo, no sirven obras como Nada. Es un Jorge Semprún unidimensional, comisario de la cultura, que extrapola los análisis artísticos bajo su forma más convencional: el nihilismo de la literatura actual en España es el nuevo reflejo del proceso general de corrupción ideológica del imperialismo. Es un tema del cosmopolitismo reaccionario con el que conviene enfrentarse sin demora. Semprún no encuentra ungüento más eficaz frente a tanta decadencia que el Zdanov de 1934 y el Mao Tse Tung de las Conferencias sobre Arte y Literatura pronunciadas en Yenan, en 1942.

Con estos recursos, muy por encima de su predecesor Félix Montiel, no será extraño que Jorge Semprún salte al primer plano como organizador y proyectista de la política del PCE en el mundo de la cultura. Tenía talento, habilidad, estudios, encanto personal, la edad adecuada y un hábito lector. Situados en el mundo de conocimientos españoles de 1950, citar a Mao resultaba algo exótico y fuera del alcance de los comunistas hispanos. Las charlas de Mao en Yenan habían sido traducidas al francés por aquellas fechas en publicaciones minoritarias del comunismo francés, y no se popularizarán en el movimiento comunista hasta bien entrados los años cincuenta. Semprún arrollaba a los mediocres carcamales depositarios de las mal llamadas «señas de identidad» del PCE, porque lo que le diferenciaba de ellos no eran sus firmes creencias, su radicalismo de neófito, sino su afán de convencerse a sí mismo con argumentos traídos desde todos los azimuts. En Semprún hay brillantez, pero sobre todo hay una pasión que le llevará en poco tiempo a considerar que la experiencia de Cultura y Democracia está muy por debajo de los límites de sus ambiciones. Él

se siente con fuerzas y con la suficiente seguridad en sí mismo como para lanzarse a empresas más audaces. Tuvo la suerte de que Santiago Carrillo pensara lo mismo.

La ilegalización del PCE en Francia a finales de 1950 obliga a proseguir la recuperación del movimiento cultural y la revalorización de la lucha ideológica, en México, donde se publicará una revista, Nuestro Tiempo. Su primer número aparece a finales de 1951, y desde él hasta su cierre en el verano de 1953 se puede detectar un paso atrás. La diferencia entre la parisina Cultura y Democracia y la mexicana Nuestro Tiempo es considerable; son dos formas diferentes de entender la cultura. Desde el primer número, que va fechado el primero de septiembre de 1951, hasta el último, en julio de 1953, Nuestro Tiempo constituye un conjunto de números, dilatados en el tiempo y absolutamente atemporales, cuyo interés es deleznable no solo desde una perspectiva intelectual, en sentido genérico, sino desde el mismo punto de vista militante y estalinista. De nada sirve la reproducción de poemas de Nazin Hikmet, Pablo Neruda o Nicolás Guillén, o las bellísimas composiciones de ese gran poeta infrecuente que era Herrera Petere; como no importaban las colaboraciones de Howard Fast, o los poemas primerizos del propio Jorge Semprún y de Adolfo Sánchez Vázquez, que por suerte abandonaron el campo de la poesía para proseguir por otros derroteros para los que estaban más dotados. De nada servía todo eso, porque el tono real de la publicación, su auténtico nivel de comunicación ideológica lo proporcionaban los editoriales torquemadescos de Esteban Vega (Jorge Cuenca); las insultantes notas anónimas; los versitos lamentables de Gabriel García Narezo, que convertían en geniales los pobres poemas de Juan Rejano; la manía persecutoria y vengativa del cartelista y pintor José Renau contra Benjamín Palencia (conocido homosexual y simpatizador de la Falange) y Dionisio Ridruejo (gángster y asesino falangista) [20]; la anónima caracterización de la novela de Cela La Colmena como un verdadero albañal de procacidades, perversiones y groserías del lenguaje, afirmación que suscribiría entonces hasta el mismísimo cardenal primado, monseñor Pla y Daniel; o la clasificación de todos y cada uno de los escritores que trabajaban en España como «franquistas», desde Cela, Laforet y Dolores Medio, hasta Buero Vallejo, al que se insulta con saña e injusticia.

Todo en Nuestro Tiempo estaba alejado del tiempo real. Las portadas tenían un tufo arcaico y trompetero que ni siquiera casaba con aquellos primeros años cincuenta de los furores estalinistas, con sus últimos coletazos sangrientos. El número primero de Nuestro Tiempo, en su «segunda etapa», como denominaban

a la volcada en el PCE, para diferenciarla de la «primera», más cultural y abierta, lleva una portada con la efigie de Francisco Javier Mina, el guerrillero navarro que luchó contra Napoleón y Fernando VII. El número dos repite siglo, con la de Espronceda, y la tercera le toca a Rafael de Riego: guerrilleros, poetas y militares, productos del siglo XIX, como si se tratara de una revista de exiliados de los tiempos de Fernando VII que estuvieran preparando conspiraciones a lo Mendizábal o desembarcos contra la impudicia de Isabel II.

El único contacto con la realidad era el de servir de espejo cóncavo en el que chocaban los escasos datos que llegaban del interior para salir deformados en versos y artículos, ya se tratara de los últimos rescoldos de la resistencia armada o de la huelga de Barcelona de 1951, que mereció un concurso improvisado de vates, el cual ganó limpiamente Herrera Petere sobre los Rejano, Arconada, Semprún y Sánchez Vázquez, con un bello poema que empieza:

Clavada estaba el hambre trabajando

y sostenido el hambre desde América,

clavada estaba el hambre sobre el sueño

y sostenido el hambre desde América,

clavada estaba Barcelona al suelo

y sostenido el clavo desde América…

Nuestro Tiempo es un producto genuino de la ideología bunkeriana, defensiva, tomística, que, frente a la reforma y a la pluralidad, necesita rodearse de verdades, pocas e incontrovertibles. J. P. Sartre o André Malraux son falsificadores de la historia, Ortega y Gasset un fascista irreductible. El tema de la libertad pasa a ser un tema menor, de segunda fila frente al de la Paz y la «Construcción del Comunismo» en la URSS, aunque siga teniendo una utilidad circunstancial el esquema que describió Ernest Fischer en sus memorias, según el cual un funcionario del partido comunista pensaba que cuando uno me habla de libertad de opinión sé inmediatamente que ha caído en las garras de la

ideología burguesa. En el mundo capitalista me pronuncio, naturalmente, por la libertad de opinión, pues ese mundo es malo y necesita, por tanto, la crítica. En el mundo socialista, por el contrario, ya que es un mundo bueno, la libertad de opinión favorece solo a la contrarrevolución. Esta argumentación desvergonzada es la misma que convertía cualquier crítica o análisis en la teoría de los dos pesos y las dos medidas.

Hay que situarse en 1950-1951 para comprender que para el movimiento comunista la palabra Paz significaba muchas cosas, pero la palabra Libertad nada. Esta unilateralidad no solo era válida para los partidos comunistas, sino también para el mundo occidental y capitalista. Hacía cinco años que había terminado la segunda gran guerra y la Kominform tuvo la habilidad de recoger, tras su ofensiva del «Movimiento de la Paz», los anhelos sentidos por la mayoría de la humanidad. Gentes que apenas si tenían contacto con los comunistas, incluso algunos anticomunistas, hicieron de tripas corazón porque sentían la necesidad de esa paz, mientras que el adversario capitalista se había mostrado monopolizador de las ansias de otra guerra. Por eso en el verano de 1951, cuando se celebre en Berlín la concentración por la Paz, la identificación entre amplios sectores de la inteligencia mundial será la de «paz igual a colaboración con los comunistas». Allí, en Berlín, la ciudad que plasmaba los horrores de la guerra caliente hasta 1945 y la fría hasta 1951, quinientos mil jóvenes de todo el mundo exhibían sus pañuelos con una paloma pintada por Picasso, recitaban poemas de Éluard, Neruda o el épico Hikmet, y aparecían ante el mundo como los cruzados de la Paz.

Una parte de esa intelectualidad se dirigió de nuevo hacia el movimiento comunista. Coincidía con él en sus anhelos de paz y en aras de esa paz a cualquier precio tenía que hacer oídos sordos a la barbarie de algunos de sus más preclaros defensores. Es sabido cómo Jean Paul Sartre pasó en apenas unas semanas de ser considerado una «hiena» a «intelectual progresivo» y enviado como vedette al Congreso de Viena, organizado por el Movimiento por la Paz. Los procesos de acercamiento hacia los comunistas condujeron a hombres como Luis Althusser al PC francés (1948), a Galvano Della Volpe y a Lucio Coletti al PC italiano (1950).

El movimiento comunista representaba la paz y los Estados Unidos la guerra, y esta simplificación fue un éxito de la Kominform y de los soviéticos y una muestra de la incompetencia de los Estados Unidos, que luego conseguirán cobrarse con creces en la décadas siguientes, convirtiéndose estos en los adalides

de la libertad, lo que, amén de simplificador, será abrumadoramente falso.

Esas características generales no se daban en el caso español, porque el PCE y su equipo dirigente acentuaba de tal modo la arrogancia, su impostura y su triunfalismo que allí donde se perdonaba a todo el mundo su vida y su hacienda no cabían las solidaridades; los comunistas españoles daban la impresión de bastarse a sí mismos. En Nuestro Tiempo, se despreciaba olímpicamente a la plana mayor de los escritores hispanos. En Nuestra Bandera, un zafio, Francisco Antón, aún número dos del PCE en aquel 1950, escribía un artículo titulado «Los fundamentos teórico prácticos del PC, partido proletario de nuevo tipo», en el que se mofaba de todo aquello que no conocía y desbarraba con simplezas de tan grueso calibre que asustarían a cualquier intelectual tentado a colaborar con el partido: Es sabido –escribe Antón, convertido en filósofo para la ocasión– que hay dos modos de abordar los fenómenos de la naturaleza y de interpretarlos: el modo dialéctico y el modo metafísico… la dialéctica de Hegel fue la primera de las dialécticas en presentar el mundo como un proceso… El proceso de pensamiento era, para Hegel, el creador de lo real[21]. Entre aquellas lumbreras que trataban de convertir a Hegel en más simple que ellos no había muchas posibilidades de convergencias. La batalla por la paz del movimiento comunista tenía como uno de sus arietes a la intelectualidad progresiva, pero dada la autosuficiencia del equipo dirigente del PCE, bastaba con un poeta funcionario (Juan Rejano), un cantor áulico (Rafael Alberti) y un pintor de caballete (José Bardasano). No había razón, pues, para buscarlos por la diáspora, ni en el interior, donde todo era «decadencia falangista».

EL MITO DE STALIN EN LA IDEOLOGÍA DEL PCE

En marzo de 1953 moría Stalin, pero el mito pervivía. Parece mentira que un hecho obvio, amén de previsible, pudiera conmocionar la vida y el desarrollo del movimiento comunista internacional, que se jactaba de su «rigor científico». Nadie podía ser capaz de afirmar que Stalin no iba a morir algún día y, sin embargo, el universo comunista, su cultura, su estilo, sus obsesiones estaban construidos sobre la base de una pirámide invertida; el ángulo que sostenía todo el imperio parecía constituido exclusivamente por Stalin.

La historia demostró que la imagen de esa pirámide invertida era tan real como aparente; la muerte de Stalin conmocionó los espíritus de los militantes, de los dirigentes. Hasta un partido cuya conexión con Stalin era tan discreta y lejana como el español se sintió conmovido por la pérdida y hasta por la angustia de la ausencia del padre, del jefe, del guía, de todas aquellas apelaciones místicas que salieron de la boca de los dirigentes del PC español cuando unos años antes se conmemoró el 70 aniversario del líder.

¿En qué sentido afectó la muerte de Stalin a la «cosmogonía» del PCE? En mayor medida que en otros partidos, el francés o el italiano, por varias razones. En primer lugar, por sus condiciones de lucha y vida política tan alejadas de la realidad, a lo que debía sumarse la composición residual y poco creativa del equipo dirigente hispano. En este contexto se puede afirmar que la mitología estalinista sirvió en el PCE español como máximo argumento, como verdad de fe, que neutralizara los efectos desgarradores de una realidad que una vez y otra les volvía la espalda.

Togliatti, en sus tímidas reflexiones posteriores al XX Congreso del PCUS (1956), que iniciaría el desvelamiento del terror estalinista, solía referirse al fenómeno como el «mito Stalin», porque le parecía algo más cercano a la realidad que la aberrante terminología del «culto a la personalidad». El marxista austríaco Frank Marek desarrollará posteriormente algunos aspectos de ese «mito Stalin» a partir de una luminosa idea apuntada por el antropólogo Claude Levi-Strauss en su Antropología estructural: El mito suministra al hombre un sistema de referencias que tiende a superar y enmascarar las contradicciones existentes entre las ideas y la realidad.

Esta reflexión, válida para el conjunto del movimiento comunista, es mucho más reveladora en el caso español porque el distanciamiento entre «ideas políticas», es decir, tácticas y estrategias, y la «realidad española» se convirtió en un abismo cada vez más abierto conforme los años corrían y «se agudizaba la crisis del franquismo», sin que se pudiera avanzar un ápice en los objetivos marcados. La categoría de mito, es decir, de superador y enmascarador de las contradicciones, es el paso lógico que permite entender cómo conforme se van rompiendo las esperanzas que en su momento abrió el comunismo de 1917 se produce al unísono un crecimiento desmesurado de la figura de Stalin.

Conforme crecen las dificultades, y conforme la contradicción entre ideas y realidad se hace más brutal, más desoladora, así crece el mito Stalin,

transformando la imagen mítica de José Stalin en la gran esperanza humanizada de los pueblos que ya no tienen ninguna. A partir de esta falacia lógica se movían fuerzas descomunales, capaces no solo de dar su vida por ese mito, que enmascaraba la realidad, sino incluso capaces de cambiar el mundo.

La misma terminología utilizada por el equipo dirigente español en sus escritos revela que la alabanza a Stalin no solo le colocaba en la categoría de dios del Olimpo, de mito por encima del bien y del mal, sino que el lenguaje político mismo se convirtió en religioso, en trascendente, en escatológico. En 1954, varios meses después de morir Stalin, un miembro del Comité Central, Luis Zapirain, publica un artículo cuyo título ahorra explicaciones: «Un camino seguro de salvación: el Frente Nacional Antifranquista»[22]. Cabe citar este caso y decenas de otros en que «la salvación», entendida como algo más completo que la transformación de la realidad, conducía inevitablemente al mundo religioso, al mundo ideal, que estaba para los comunistas españoles en un único lugar: la cabeza de Stalin. Porque ni siquiera quienes le rodeaban gozaban de ese privilegio, exclusivo del mito encarnado. Ser comunistas era fundamentalmente tener fe; pero no en la clase obrera, que de por sí sería muy poco marxista; ni en el partido, lo que revelaría un escaso pragmatismo leninista; ni en la Unión Soviética, lo cual a su vez se saldaría por un escaso sentido del internacionalismo, sino en Stalin, porque Stalin, su mito, se encarnaba en realidades contingentes.

El comunismo español estaba más indefenso que otros para revisar el «mito Stalin», y por eso no es extraño que hasta el día de hoy ningún dirigente, ni cuadro, ni militante siquiera, de los que vivieron aquella época directamente, se haya atrevido a entrar y hacer su ajuste de cuentas, como hicieron tantos otros en Francia, Italia, Austria o los Estados Unidos. Ni siquiera cuando abandonaron el partido Semprún, Claudín o Manolo Sacristán lo hicieron, y eso que habían sido las cimas de la inteligencia comunista. El mito Stalin, en el PCE, formaba la base nutricia de sus señas de identidad; su experiencia y su saber se reducía a una universidad: el estalinismo en la época de su apogeo, los años 1944-1953. El PC español pasó por los acontecimientos, o los acontecimientos pasaron por él, echando mano del «mito Stalin» a cada giro de la historia, a cada desplante de la realidad, convirtiendo las propuestas para cambiar esa realidad en la realidad misma; lo imaginado se transformó en auténtico para dirigentes y militantes, repitiendo de nuevo aquel milagro que contó el escritor Lion Feuchtwanger a Ernest Fischer mientras contemplaba la más atroz representación teatral del siglo XX, que fueron los procesos de Moscú contra Bujarin. El predilecto de Lenin, la

niña de los ojos del partido bolchevique, se reconocía un empedernido traidor desde la infancia, un enemigo de aquello que todos habían visto cómo él había trabajado para lograr. Todo lo echaba por tierra con aquel rostro suyo de niño grande incapaz de mentir. Ante este espectáculo, Feuchtwanger hubo de reconocer: El auto de procesamiento es inverosímil. Pero los acusados convencen. Vea si no cuán negligentes son sus movimientos; con qué objetividad, exenta de apasionamiento, discuten. Eso no es una obra de teatro; eso habría que haberlo ensayado durante años y, sin embargo, no hubiera resultado nunca tan natural. Si eso es mentira, no sé lo que será verdad.

Y era la mentira más grande que se recuerda en una humanidad que tiene una colección interminable para escoger. El PCE adaptaba esas monumentales mentiras a otras más pequeñitas, como de mesa camilla provinciana, porque en él todo era pequeño, el talento de sus dirigentes, sus ambiciones, sus pasiones y hasta sus odios. Solo la voluntad de una militancia abnegada y alimentada con una fe inconmensurable podía sostener aquel edificio fantasmagórico. En un pueblo desesperado por la derrota de la guerra civil, la única fe que era capaz de jugarse la vida en el objetivo imposible era la de los comunistas de este periodo que se abre con la derrota de 1939 y se cierra con el desmoronamiento del mito estalinista.

Por eso la caída en cascada de ese mito se hizo sin traumas ni grandes revelaciones, sencillamente se cubrió con un velo púdico. Tras la muerte de Stalin quedó en la mente de la mayoría del equipo dirigente una nostalgia por aquellas grandes verdades reveladas que nadie ponía en duda jamás; ellos se negaron siempre a reconocer que los grandes verdugos necesitan pequeños carceleros y que ellos habían desempeñado ese papel. El mito Stalin fue para el PCE la única fe inconmovible. De ahí que, cuando se acerque el año 1956 y la crítica del estalinismo, tendrán que basarse en algo más que en la exhumación de un cadáver enterrado en 1953. A partir de entonces solo creerán en su voluntad; con la voluntad iban a intentar transformar la realidad. La táctica y la estrategia del PCE debían tener a la voluntad como madrina permanente.

STALIN HA MUERTO, PERO EL INTERIOR VIVE

Stalin murió en el momento en que la cuerda estaba a punto de romperse. Su muerte coincidirá con la iniciación de una tímida sensación de relajo en la tensión ideológica, lo que no está en contradicción con el inventado complot de las «batas blancas» que afectaba a médicos y judíos. Hasta el PCE verá algunos signos de que algo empieza a cambiar en la impermeable costra de la realidad. Aunque se siguiera utilizando la terminología y los esquemas del «mito estalinista» había que estar ciego, además de ser un creyente, para no percibir lo que escribió François Fetjo en su Historia de las democracias populares: El doble movimiento de represión e integración había alcanzado su punto máximo a principios de 1953. Querer continuarlo hubiera entrañado el riesgo de explosiones violentas. Ya la represión se volvía contra sus propios autores. Ninguno de los gobiernos anticomunistas de antes y después de la guerra ejecutó y encarceló a tantos comunistas como los Gobiernos estalinistas entre 1949 y 1953… Incluso desde el estricto punto de vista de los intereses hegemónicos de la URSS, de los intereses de los aparatos comunistas, los métodos terroristas aplicados en el transcurso de los años 1949 a 1953 se mostraban absurdos e ineficaces… Había que cambiar, porque hasta la fe más firme se revelaba inútil.

También el PCE lo notaba; se había pasado en la vida clandestina por un atroz periodo en el que la dirección del partido, en París, enviaba sus enlaces a España como si se tratara de exploradores que intentaran comunicarse con los aborígenes, para saber algo, conocer si después de las sucesivas catástrofes quedaba algún militante descolgado, algún preso no sospechoso, o alguna casa a la que pudiera entrarse con alguna sensación de confianza.

El páramo organizativo del partido en los primeros años cincuenta es tan absoluto que nacen iniciativas desde el interior, gracias a Radio España Independiente, emisora del PCE, que emitía hacia España primero desde la URSS y luego desde Rumania. Organizaciones que vivían a golpe de consigna, guiándose por el sistema infalible de sostener siempre lo contrario de lo que dijera el régimen franquista.

Además de los contactos aislados, emboscados en los trabajos más inverosímiles, el partido del interior se mueve en pequeños pasos en torno al movimiento obrero y el sector intelectual, lo que serán dos constantes que se mantendrán a partir de los primeros años cincuenta. En el movimiento obrero marcará un jalón la huelga general de Barcelona de 1951, que obliga a un replanteamiento táctico del partido y una renovación de las mentalidades políticas, porque los elementos que entran en juego durante el boicot a los

tranvías y la posterior huelga general catalana no coincidirán con ninguna de las tesis ni del PSUC ni del PCE: los agentes de las acciones son los representantes del Sindicato Vertical falangista y los universitarios.

En la recuperación lentísima que se inaugura tras el boicot a los tranvías de Barcelona habrá que contar con la cárcel de Burgos como formadora de una elite de cuadros, trabajadores en su mayor parte, que pese a todas las vicisitudes van a estar dispuestos a continuar la pelea. Y hay que resaltar, a su vez, una diferente política desde París respecto a los «enlaces» hacia el interior; ya no son hombres en misión de organizar, sino puentes entre la dirección emigrada y los nuevos grupos clandestinos. Pero sobre todo el incipiente movimiento obrero debe mucho a la elite que sale de la prisión de Burgos.

En noviembre de 1952 la dirección del partido elabora la denominada Resolución de noviembre, según la cual se cambia el estilo de trabajo hacia el interior, apoyándonos fundamentalmente en los camaradas del interior, abandonando de una vez por todas la idea de que la base del futuro estaba en los enviados desde Francia. Gracias a este cambio tardío, pero fructífero, se van reconstruyendo organizaciones en la provincia de Madrid, Vizcaya, Asturias, Galicia, Zaragoza, Valencia, Sevilla, Huelva, Toledo, León, Valladolid, cuyos puntales son en la mayoría de los casos expresos de la cárcel de Burgos, donde el Régimen concentró a centenares de comunistas.

En el campo intelectual hay un deslizamiento entre dos modos de actuar. En los años cincuenta se va a pasar del estilo Eugenio de Nora a los incipientes progresos de Jorge Semprún. Sin ser conscientes de ello, estos dos estilos variarán sus objetivos; mientras que en los primeros años cincuenta, la época de Eugenio de Nora y los intelectuales de su entorno, tenían como principal objetivo el de la Paz, en la de Semprún se consumará el viraje de la intelectualidad hacia el marxismo.

Entre ambos se halla una figura de vida efímera pero de indiscutible protagonismo, Cirilo Benítez Ayala, un ingeniero de caminos canario, con residencia habitual en Madrid, donde daba clases particulares en una academia; le citará Juan Benet, años más tarde, en su magistral Barojiana, de modo tan sugerente que no se entiende cómo nadie se detuvo en ese nombre. Fue el primer organizador del PC en el mundo intelectual. Hijo del director del Museo Canario, tenía unos conocimientos muy superiores a los de sus colegas. Benítez servirá de vínculo entre los residuos de la fenecida Unión de Intelectuales Libres

de Madrid y Valencia, que editaban muy circunstancialmente algún panfleto emulador de aquellos Demócrito y Cuadernos de Estudio (Madrid) y Nuestro Tiempo (Valencia), así como de otras revistas legales de León y Canarias dedicadas ambas a la poesía, concretamente los Cuadernos de Poesía que los hermanos Millares (Manolo y Agustín) editaban en Las Palmas, y Espadaña, que dirigía e imprimía en León Eugenio de Nora, ayudado por Victoriano Cremer; una interesante publicación cultural que desde 1945 combatía el «garcilasismo» de Dionisio Ridruejo y el grupo de Escorial y que publicaba versos y críticas de Carlos Bousoño, Guillermo Díaz-Plaja, Juan Eduardo Cirlot, Carmen Conde, Alfonso Costafreda…, introduciendo poetas prácticamente desconocidos en España, como Pierre Enmanuel, y permitiéndose entre verso y verso alguna glosa satírica y recuerdos de García Lorca y Miguel Hernández, los dos innombrables de los años cuarenta.

Cirilo Benítez, con su porte audaz, fascinó a los jóvenes estudiantes que se acercaron al partido. Fue el primero que utilizó para definir a los marxistas como él una fórmula que haría fortuna, «nosotros, los dialécticos». Murió en Asturias el 6 de abril de 1950, en un descarrilamiento del tren expreso Madrid-Gijón que provocó dieciocho víctimas mortales y más de un centenar de heridos. Cirilo fue un precursor, pues procedía de un sector no vencido en la guerra civil y además tuvo la audacia de marchar a París y solicitar ¡en los años cuarenta! su afiliación al Partido Comunista.

Según atestigua un informe enviado por Antón y Carrillo a Pasionaria, hasta marzo de 1951 el único contacto intelectual que quedaba, muerto ya Cirilo, era el de Eugenio de Nora con su revista Espadaña a cuestas, al que Carrillo intenta convencer, aprovechando el viaje de bodas del poeta a Suiza y Francia, para que la revista se inclinara hacia los temas económicos y sociales. Espadaña tenía un círculo de lectores restringidísimo y, de no ser por la constancia de Nora, Cremer y sus abnegados colaboradores, hubiera fenecido, como toda aquella pléyade de revistas poéticas que nacieron a mediados de los cuarenta. No había ciudad o pueblo importante sin su revista y sus poetas. Es posible que dichas publicaciones equivalieran a los psiquiatras inexistentes y evitaran que las frustraciones se convirtieran en violentas. De no ser así se hace difícil entender que en 1945 tuvieran su revista Madrid (Garcilaso, Alférez…), Santa Cruz de Tenerife (Mensaje), Orense (Posio), Valladolid (Halcón), Barcelona (Entregas de Poesía…), Santiago de Compostela (Gelmírez), Valencia (Mediterráneo), Santander (Proel), Zaragoza (Pilar), Alicante (Verbo), Palencia (Nubis)…

La entrevista de Eugenio de Nora con la dirección del partido en París permite calibrar la situación de los incipientes contactos comunistas con la intelectualidad del interior, a la altura de 1950. Nora cuenta que ha visitado al poeta Vicente Aleixandre, que estaba muy contento por el respeto que aún le conservaba Pablo Neruda, pero don Vicente no quiere hacer nada que suponga riesgo. Sin embargo, hay dos contactos entre los jóvenes artistas que están dispuestos a colaborar: Gabriel Celaya y los hermanos Millares. Sobre esta base se constituirá el primer núcleo de intelectuales: Eugenio de Nora (León), Gabriel Celaya (San Sebastián) y Manolo y Agustín Millares (Canarias). El carácter periférico ya dice mucho sobre la escasa influencia de estos pioneros. En Madrid y Barcelona hay militantes, estudiantes o profesionales que colaboran discretamente, pero que pese a su valor de futuro no constituyen una fuerza intelectual. En Madrid, por ejemplo, sobrevive un grupo, casi una tertulia, que se reúne habitualmente en la Chocolatería de San Bernardo y que edita dos docenas de ejemplares de un «Boletín de Partidarios de la Paz». Pero serán detenidos a finales de 1952 por el policía Roberto Conesa, que estaba al tanto de todo y mantenía una cierta relación con la dueña del local, musa y controvertida militante, Pilar Cotarelo, interesante personaje de finales de los cuarenta cuyo marido a la sazón, Paulino García Moya, era «discípulo» del comunista Benigno Rodríguez y con el tiempo formaría parte de la dirección de la escisión maoísta en el comunismo español.

Estas son las escasas bases operativas sobre las que nacerá el futuro peso del PCE entre los intelectuales. Un hecho casual viene a facilitar este trabajo y darle un nuevo impulso. En el mes de julio de 1953 aparece en París por motivos profesionales un antiguo dirigente de la FUE republicana que había hecho la guerra de comisario y cuya responsabilidad en el Partido Comunista había sido discreta. Es Ricardo Muñoz Suay, valenciano; se dedica a actividades cinematográficas, pero ha pasado varios años en las cárceles por su militancia en el PC de Valencia y en la Unión de Intelectuales Libres de Madrid.

Su nombre aparece en la prensa parisina dentro de las galas cinematográficas. Carrillo, que había sido su compañero de las JSU, le envía a un enlace que le conoce bien, Víctor Velasco, miembro del CC y antiguo director del semanario de las Juventudes Socialistas La Hora. Así se prepara el reencuentro de Muñoz Suay con el partido y la inmediata planificación de un trabajo común en el sector intelectual organizado al alimón por Carrillo, Muñoz Suay y Jorge Semprún. Un

mes más tarde de aquel día de julio de 1953 llega a España clandestinamente Jorge Semprún inaugurando el seudónimo de Federico Sánchez, sustituido muy pronto entre los íntimos por el de Pajarito.

Cuando Jorge Semprún vuelva a París a finales de 1953 ya podrá establecer todo un abanico de posibilidades y ofrecer un panorama optimista ante la dirección del partido. Los comunistas ya cuentan con una infraestructura no solo periférica, sino en la misma capital de España. Además de Muñoz Suay, en el mundo cinematográfico también se halla un joven ingeniero agrónomo que quiere ser realizador, Juan Antonio Bardem, un pintor entusiasta como José Ortega, y una gama de poetas que ya han publicado cosas, como Gabriel Celaya, Blas de Otero, Ángela Figueras Aymerich y otros que prometen, como el entonces aspirante a vate Enrique Múgica Herzog. Es imprescindible citar aquí al olvidadísimo Luis Landínez, novelista, periodista, agitador constante, autor de un libro excepcional que quedó finalista del Nadal en 1949, Los hijos de Máximo Judas.

El más dinámico de los sectores fue el cinematográfico, donde Ricardo Muñoz Suay y un grupo de cinéfilos han tenido la idea de crear una revista, Objetivo, en julio de 1953, que servirá, a partir de ahora y mientras dure, como vehículo de cultura progresiva. De Objetivo nacerá la influencia del PCE en el mundo cinematográfico, a partir de militantes como Juan Antonio Bardem, Julio Diamante, Eduardo Ducay y posteriormente el actor Paco Rabal, Pedro Amalio López y un amplísimo círculo de «compañeros de viaje», en la terminología de la época, tan ilustres como Luis García Berlanga, Fernando Rey, Fernando Fernán-Gómez…

La experiencia de Objetivo no puede decirse que convirtiera en cinéfilos a los miembros del Buró Político en París, pero lo cierto es que se interesaron por algo en lo que nunca habían caído; leen las cosas del cine y se permiten advertir y reconvenir a los militantes del interior que aprecian el cine norteamericano de los años cuarenta. Ignacio Gallego será el encargado de recomendarles las películas mejores que proyectan en los cines de París, mejores, se entiende, para su formación política y revolucionaria: filmes soviéticos. Ni siquiera sabían que la revista Objetivo tenía un ilustre precedente, el del PC italiano. Tres hombres

de la plana mayor comunista de Italia habían trabajado vinculados a actividades cinematográficas durante el fascismo. La revista Cinema, que dirigía el fantasioso Vittorio Mussolini, hijo del dictador, amparaba los trabajos clandestinos y daba patente de legalidad a hombres como Giorgio Amendola, Mario Alicata y Pietro Ingrao, los tres miembros de la dirección del PCI en la clandestinidad y tras la liberación, a quienes rodeaban entonces personajes que dieron a esta revista y posteriormente al PCI un brillante halo: Luchino Visconti y Mario de Santis.

De Objetivo salieron nueve números, el último a finales de 1955, cuando la recuperación del PCE empieza a ser patente. Por Objetivo pasó un cine inexistente en España, lo que le daba a la revista un carácter de documento de lo que «usted podría ver si viviera en otro país que no fuera este». Así, por ejemplo, Muñoz Suay escribía sobre el soviético Pudovkin, ausente de las pantallas españolas desde 1939, con una vehemencia no exenta de heterodoxia: Si existe un cielo cinematográfico al que suben los arcángeles del cinema, es seguro que Pudovkin ocupa un lugar preferente. Incluso llegó a ser colaborador de la revista Jorge Semprún; con el seudónimo nada críptico de Federico S. Artigas publicó una reseña del filme de Berlanga Novio a la vista; derrochando entusiasmo califica a este film, al que la censura convirtió en fallido, como algo que no solo tiene interés cinematográfico, sino también interés nacional[23].

1953 es el año que marca el comienzo de una nueva etapa en las fructíferas relaciones del PCE con la intelectualidad joven. Esa intelectualidad se integraba, entusiasta, en un mundo completamente ajeno a su formación, a su cultura y a su entorno, pero lo hacía con la ingenuidad del neófito, dispuesto a sufrir el costo de un aprendizaje hasta asimilar el carácter del movimiento comunista, la esperanza para ellos de un mundo diferente y mejor que la miseria cotidiana. Intelectualmente, y generalizando, se advertían enormes limitaciones culturales e ideológicas achacables a la férrea censura del franquismo. Hubo, lógicamente, una cierta superficialidad cultural, pues, por razones ajenas a ellos mismos, se saltaban de un golpe diez años del pensamiento de la izquierda europea. El franquismo había parado el reloj en 1939 y salvo excepcionales casos, en los que se estaba algo al tanto de lo que circulaba en la Europa intelectual, una generación se vio impelida a pasar de Flechas y Pelayos a Mundo Obrero. Este salto, consecuencia de un vacío achacable exclusivamente a la dictadura, tuvo caracteres perjudiciales, que entonces no podían detectarse con la claridad de hoy, y los tuvo en todos los aspectos del desarrollo intelectual de esa generación, y muy especialmente en el de la creación literaria y ensayística de la década de

los cincuenta y comienzos de los sesenta: no hubo evolución ideológica hacia el marxismo, sino conversión al marxismo.

Pero lo que importaba es que renacía un partido en el interior después de años de frustraciones y fracasos. Santiago Carrillo es consciente de que la suerte del partido va a depender de que logre romper la barrera del exilio. No solo la suerte del partido, sino su propio futuro como dirigente está ligado a ese tema. Se abría, no obstante, una fisura en los dos bloques, franquismo y comunismo; de una parte el franquismo se encontraba con la mosca del coche que le desasosegaría de manera creciente, y a su vez, en el exilio, los dirigentes del PCE tardarían en intuir que escribir como lo hacían era tirar piedras sobre su propio tejado, porque en el partido se estaba produciendo un cambio fundamental: empezaban a penetrar en la realidad, paso imprescindible para intentar cambiarla.

Tardarán los pontífices del exilio en notarlo; su lenguaje se empecinaba por seguir en los esquemas de la guerra fría. Manuel Azcárate, por ejemplo, publicaba en México, y en 1954, un artículo titulado «El cosmopolitismo, arma ideológica del imperialismo», en el que había perlas como esta: Para engañar más pérfidamente a los pueblos, los putrefactos manjares del cosmopolitismo se cocinan con diversas salsas y condimentos. Ante estas afirmaciones las escasas huestes del interior adoptaban dos actitudes; la mayoritaria, que no alcanzaba a leerlo, en este caso gracias a la censura franquista, y que tampoco hacía ningún esfuerzo por buscarlo, y la minoría ilustrada, reducidísima en el seno del partido, para quien el mayor error político era aparecer en la España autárquica de los cincuenta como portadores de otra autarquía, tanto o más siniestra que esta, aunque referida al mundo intelectual. Los exiliados no entendían que en los años cincuenta los intelectuales españoles, grandes, pequeños y medianos, querían ser cosmopolitas, única forma de ser libres, que en el fondo es de lo que se trataba.

Este papel lo desempeñó a la perfección Jorge Semprún desde que tomó contacto con la realidad del interior y abandonó sus inevitables resabios del exilio. El partido, dispuesto a salir de su aislamiento, se agarró a este fino hilo como si se tratara de una maroma y pronto se lanzó a sacar conclusiones y hacer las cuentas de la lechera.

Aunque la intuición de todos los analistas ha echado sobre las anchas espaldas de Santiago Carrillo la inauguración de su política hacia los intelectuales, va a ser Vicente Uribe quien plantee por primera vez la necesidad de elaborar un documento específicamente dirigido a los intelectuales. Lo hará en París el 22 de

octubre de 1953, ante Carrillo, Mije, Gallego y Errandonea. Carrillo, eso sí, con su aguzado olfato recogerá la idea y la capitalizará: La sugerencia del camarada Uribe es una idea muy original –dice Santiago–, pensamos que va a jugar un papel político importante y habrá que consultar con los intelectuales de nuevo para evitar que… no tenga galicismos, etc., por la clase de gente a la que va dirigida. Esta frase inscrita en el acta de la reunión echa una vez más por tierra la teoría de un Uribe absolutamente despreocupado del movimiento en el interior, y un Carrillo audaz, dispuesto a abrirse camino frente a las reticencias de Uribe. Como veremos en su momento, germinaba un enfrentamiento entre diferentes tácticas, ritmos de lucha, y personalidades. Que Uribe estuviera en trance de devenir un alcohólico no permite suponer que fuera tonto ni que careciera de lucidez.

La idea de Vicente Uribe se plasmó en un documento titulado «Mensaje del PCE a los intelectuales patriotas», que lleva la fecha de abril de 1954 y que supondrá, pese a lo inocuo y poco interesante del texto, el primer gesto del PC en su historia hacia la intelectualidad progresista. El documento es un largo escrito de estructura muy tradicional. Revela que pese a las hipotéticas consultas con los citados intelectuales de que hablaba Carrillo, quizá eludieron los galicismos, pero no el tono amazacotado y garbancero que caracterizaba la pluma de Uribe. Un documento que pretendía servir como herramienta analítica a los intelectuales del interior se inicia con un estentóreo y chabacano: ¡Trabajadores de la Ciencia, de la Literatura y el ARTE! ¡Maestros de la Cultura! ¡Estudiantes! En este encabezamiento se plasmaba el absoluto desconocimiento de la sensibilidad del mundo al que iba dirigido, nada grandilocuente; necesitado de ideas y conocimientos, no de vacuidades. El Mensaje estaba plagado de imágenes de dudoso gusto literario, estético, y hasta gramatical: Nuestra tierra natal, donde cada monte y cada valle, cada ciudad o aldea, de Móstoles a Zaragoza, de Gerona a Madrid, de Tarifa a Roncesvalles, de Sagunto a Numancia recuerdan la lucha secular del pueblo por la independencia patria, ha sido entregada en venta infame a los imperialistas yanquis. Por lo demás, se llamaba al marqués de Villaverde «Vayavida», tratando de hacer una gracia, y se denunciaba el que la censura… permita… circular obras pornográficas, desmoralizadoras, que son el reflejo de la degradación moral de una sociedad y de un régimen en descomposición; doble prueba de ranciedad e ignorancia. El redactor o redactores o no sabían lo que era la pornografía, lo que en principio, y por los datos que conocemos, es más que dudoso, o sencillamente no sabían lo que era la censura franquista. Oscurantismo y necedad que se desprendían de algunos párrafos: En España el imperialismo yanqui… desarrolla la invasión de

la literatura decadente, del cine desmoralizador de los norteamericanos. Gángsters, confidentes de la policía, morfinómanos, intelectuales degenerados, invertidos son los «héroes» que las traducciones y las películas yankis ponen como ejemplo a nuestro pueblo…, para esa podredumbre no hay censura… Lo que no solo era manifiestamente falso, sino que además podría firmarlo tanto Uribe como el senador McCarthy.

No obstante, sí había en el Mensaje un cierto deshielo al reconsiderar la figura de Menéndez Pidal y otros valores intelectuales, prisioneros de los ilustres zoquetes del charrasco y la tonsura; de Pío Baroja, acorralado por el cerco oficial; y en fin, en la misma apelación de ser el partido de Miguel Hernández, el de los últimos años de vida y trabajo de Antonio Machado, el Partido de Pablo Picasso. Síntomas de que algo se abría camino en la espesa niebla de los años del estalinismo furibundo. Había pasado un año de la muerte de Stalin; el mito pervivía, quizá alcanforado, pero el deshielo se iniciaba. Era inevitable.

[1] N. B., junio y julio de 1948.

[2] El camino hacia Marx, vol. II, p. 139.

[3] Ambos habían sido depurados: Isaak Babel, el escritor, murió en prisión en 1941 y Mijail Koltsov, el periodista, fue detenido y presumiblemente ejecutado en 1942.

[4] En el exilio francés también apareció un Boletín de la UIL, desde 1946 hasta 1948, unitario y de alto nivel intelectual, pero cuyo sentido se resumía «en servir de vehículo a la cultura española, entre los núcleos de compatriotas desterrados». Lo mismo cabe decir de Independencia (véase vol. III de El exilio español de 1939, Madrid, 1976).

[5] Federación Española de Trabajadores de la Enseñanza.

[6] Federación Universitaria Española.

[7] El Comité Nacional de la UIL, en 1945-1946, estaba formado por tres comunistas, dos socialistas, tres de Izquierda Republicana y un médico «cenetista».

[8] Nuestra Bandera, junio de 1946.

[9] El profesor Tuñón de Lara niega que la UIL apoyara la política de Unión Nacional. Sí apoyó la «unidad republicana que representaba el gobierno de Giral». Tampoco comparte la idea del «filocomunismo» de la UIL, que yo sostengo. Hago constar estas dos divergencias porque tienen el valor de su testimonio de excepción, aunque no coincida con él en ambas.

[10] Sobre el significado científico de las teorías de Lyssenko trata el libro de Jaurès Medvedev Grandeur et chute de Lyssenko, y sobre el significado teórico-político el de Dominique Lacourt Lyssenko.

[11] Nuestra Bandera, noviembre y diciembre de 1948.

[12] Mundo Obrero, 13 de julio de 1950.

[13] El texto apareció en julio de 1953, cuando hacía varios meses que había muerto Stalin. Es de suponer que fue redactado mucho antes.

[14] Malenkov, vicepresidente del Gobierno soviético y miembro del Buró Político; Moskatov, antiguo secretario del Consejo PAN-RUSO de los Sindicatos y miembro del Presidium; Suvorov, miembro del Presidium salido del Congreso; y Beria, vicepresidente y ministro del Interior.

[15] Intervención de Zdanov el 24 de junio de 1947 ante un grupo de filósofos soviéticos.

[16] Años después de su muerte se editó en Hungría un trabajo monográfico sobre la obra de Alberto. El texto, que conserva un tono hagiográfico sin un ápice de sentido crítico, fue obra del arquitecto y miembro del CC Luis Lacasa, bajo seudónimo anglosajón.

[17] Les Lettres Francaises, 26 de marzo de 1953.

[18] Picasso estaba más vinculado al PC francés que al español. Cuando formaliza su ingreso en las filas comunistas, durante el otoño de 1944, declara: Me he hecho comunista porque los comunistas son los más valientes en Francia, en la Unión Soviética, como lo son en mi propio país, España. En el Partido Comunista Francés encuentro a todos mis amigos, a los grandes hombres de ciencia […], a los grandes escritores, Louis Aragon y Paul Éluard…

(L'Humanité, 29-30 de octubre de 1944.) Nadie de la dirección del PCE mantenía relación con el pintor malagueño y los contactos episódicos solían partir del entorno de Picasso y, más concretamente, en forma de ayudas y solidaridades que llegaban al PC español a través de su barbero, Eugenio Arias, un culto militante exiliado, nacido en el pueblo madrileño de Buitrago. En otras ocasiones la relación la sostenía Rafael Alberti; y posteriormente el pintor José Ortega o el poeta Juan Rejano, quienes solían hacerle alguna visita. Pero tanto unos como otros carecían de peso político en la dirección del PCE y, según consta en los archivos del PCE, hasta mediados los sesenta será Picasso quien ayude al partido español gracias a su barbero. Luego ocurrirá al revés y serán los dirigentes los que busquen al barbero. Hay que señalar que en una ocasión la dirección del PCE enviara a Enrique Líster, a falta de otro mejor, para hablar con el pintor.

[19] Residirá en España desde 1960 y ganará plácemes y premios variados, convirtiéndose en pintor de la nueva clase del franquismo, igual que lo había sido de la de Cárdenas. Fallecerá en 1979 y nadie recordará aquel periodo de su vida como pintor modélico del estalinismo. En 1984 el Banco de Bilbao celebró en su sede social de Madrid una exposición antológica, que aumentó mucho su cotización.

[20] Nuestro Tiempo, núm. 6, julio de 1952.

[21] Nuestra Bandera, 1950. Número extraordinario dedicado a José Díaz.

[22] Nuestra Bandera, núm. 12, 1954. Se trata de una trasposición del dogma de fe de la religión católica según el cual «fuera de la Iglesia no hay salvación» (Extra ecclesiam nulla salus), enunciado por primera vez, creo, en el año 256 por san Cipriano en una epístola al obispo Jubaianus. Luego lo recogió el IV Concilio de Letrán (1215) –«una sola es la Iglesia… fuera de la cual nadie absolutamente se salva»– y por fin lo confirmó Pío IX en su Singulari quadam: «fuera de la Iglesia Apostólica Romana nadie puede salvarse». A lo largo del libro se repetirán distintas variaciones de esta idea genérica pronunciadas por miembros de la dirección del partido.

[23] Objetivo, mayo de 1954.

Capítulo 10

Es una maldición cuando los ladrones no saben ser leales los unos con los otros.

W. Shakespeare, Enrique IV

EL CONGRESO QUE SE RETRASÓ VEINTIDÓS AÑOS

Se encabalgaron la muerte de Stalin y el V Congreso del PCE. El año y pico que separa los dos acontecimientos parece como si entroncara imágenes sucesivas; muerto Stalin, el comunismo español tenía que recuperar la fe en sí mismo, ya que el mito personificado había muerto. Este es, en el fondo, el sentido del V Congreso del PCE. Se puede pensar que tras la muerte de Stalin, en marzo de 1953, la dirección del partido había descubierto de pronto la necesidad de hacer balance de sus propias fuerzas, y se puso a la tarea de organizar ese primer congreso de los comunistas españoles después de veintidós años. El anterior, que lleva el número Cuarto, se había celebrado en Sevilla durante el mes de marzo de 1932. Entre tanto, se habían producido la revolución de octubre de 1934 y la derrota en la guerra civil española, la gran guerra, la diáspora, la otra guerra entre sistemas que se denominó fría, dinstinas tácticas armadas y parlamentarias, sucesivos gobiernos de coalición y periodos de ostracismo: todo eso y mucho más cubrían esos veintidós años que separan el IV Congreso de 1932 de este V de 1954.

La indolencia congresual del PCE le venía de antiguo. El Pleno del Comité Central celebrado en marzo de 1936 convocó el V Congreso para el 12 de julio de aquel año fratricida, pero el Buró Político, cuando se acercaron las fechas, se vio obligado a trasladarlo al 15 de agosto en vista de la débil preparación, según se reconoció oficialmente, cuando faltaban pocas semanas para el verano. Una vez más, la Historia oficial del PCE[1] miente deliberadamente al señalar que el

Congreso fue impedido por la guerra, dado que el Comité Central de marzo lo había convocado para agosto y entre tanto se produjo el levantamiento del 18 de julio. La propia prensa del partido reconoce que la fecha de convocatoria era el 12 de julio y que si no se celebró entonces fue por el escaso interés de las organizaciones y de la dirección hacia dicho Congreso. Que el PCE no estaba al tanto de los preparativos del levantamiento militar y de sus consecuencias lo dice bien a las claras el que se retrasara la organización del Congreso un mes tan solo.

Luego, la guerra civil no facilitó, obviamente, el Congreso, aunque la necesidad de adaptar la estructura directiva a la realidad era tal, que el pleno ampliado del Comité Central celebrado en Valencia, en marzo de 1937, tuvo carácter congresual, incluida la designación de nuevos miembros en el Comité Central y el Buró Político. La guerra es evidente que no ayudaba a organizar la parafernalia que rodea a un congreso, y más con el estilo festivo y grandilocuente que tenían los congresos de la era estalinista; hubiera supuesto complicaciones y recelos por los gastos y por la aparatosidad que comportaba.

Perdida la guerra y hasta 1945, en que termina la conflagración mundial y el Buró Político vuelve a Francia, no hubo condiciones de ningún tipo para un acto de esas características. Pero a partir de 1945, y hasta la ilegalización del PCE en Francia (septiembre de 1950), había inmejorables ventajas de tipo técnico e incluso subjetivo para llevar a cabo una puesta al día de las estructuras dirigentes y un reforzamiento de los cuadros medios. Es verdad, no obstante, que tras la entrevista con Stalin y los sugeridos cambios tácticos el Buró Político contempla la posibilidad de celebrar un Congreso, según manifiesta Vicente Uribe a finales de 1948. Pero ni los cambios se introdujeron ni el Congreso se celebró; Dolores, que por su condición de secretaria general no elegida hubiera tenido que dar la luz verde, tomó una baja por su salud, marchó a la URSS y el partido siguió su tran-tran hasta que la ilegalización de septiembre de 1950 hizo prácticamente imposible volver a pensar en un Congreso. Ahora, muerto Stalin, el partido debía buscar el acicate por sí mismo y pasar revista a sus mermadas fuerzas.

Había también dos razones de fondo que no facilitaban la celebración de un Congreso, una de orden objetivo y otra subjetiva. La situación del interior, la lucha clandestina contra Franco, se interponía a la normalización de la vida política en el PCE y más aún cuando se pensaba –y de qué manera– que la caída de Franco y su régimen era inminente. No había, pues, ninguna objeción para no retrasar el Congreso hasta el día siguiente al restablecimiento de la democracia, porque estaba al cabo de la calle. Celebrar un Congreso en Francia en aquella

época, caracterizada por la espionitis y la inclinación bunkeriana, hubiera impedido que estuvieran presentes algunos representantes del interior y debilitaría la carga política del Congreso.

Pero había también un factor subjetivo de enorme importancia y es que en el PCE, durante aquellos años, ni por parte de la dirección ni de la base se sentía la más mínima tentación de realizar la puesta a punto política y organizativa que supone un Congreso. El desprecio hacia los estatutos y la denominada «democracia interna» era absoluto. El Partido Comunista de España se guiaba por el espejo límpido de los partidos, auténtica matriz del movimiento comunista en su conjunto, quintaesencia de las organizaciones: el Partido Comunista de la URSS, el glorioso PCUS, como se decía entonces. Pues bien, el PCUS de Stalin había celebrado su penúltimo congreso, el XVIII, en 1939 y no celebrará el siguiente hasta 1952, y eso que se trataba de un partido en el poder, que controlaba los resortes del Estado y de la militancia. Si esto lo hacían los soviéticos, que constituían el modelo, los discípulos españoles estaban ya cargados de razones para felicitarse por ello y seguir su luminoso ejemplo.

Los años que siguieron a la ilegalización del PC español en Francia no fueron fáciles; Francia se había convertido en lugar de clandestinidad y, aunque fuera tolerada, no por eso ponía las cosas igual que en los años precedentes. Celebrar un Congreso en 1952, en Praga o Bucarest, a imitación del ejemplo soviético, obligaba a contar con una base eficaz en los países del Este y cierta benevolencia por parte de las autoridades francesas, supuestos que estaban muy lejos de suceder. Los países del Este europeo vivían los furores del terror estalinista y Francia controlaba a los españoles como si se tratara de una peligrosa quinta columna del enemigo soviético.

Fue necesario que Stalin muriera, que la guerra fría se atemperara, que los países socialistas congelaran sus procesos depuradores y que el PC español asentara también sus crisis internas tras la defenestración de Antón, para que las condiciones convirtieran no solo en deseable, sino en ineludible la celebración del postergado V Congreso del PC de España.

El lugar elegido no fue otro que las orillas del lago checoslovaco de Doksy, conocido popularmente como Machovo por los versos de aquel poeta romántico, Karel Hynek Macha, que tan solo vivió veintitrés años y dejó huella imperecedera en su patria. Allí, en una residencia de los Sindicatos Checos, tendrá lugar desde el 12 de septiembre hasta el 21 el V Congreso del Partido

Comunista de España[2]. Este Congreso, que había sido montado para ratificar el equilibrio de la dirección, que capitaneaban Dolores Ibárruri y Vicente Uribe, va a ser, sin embargo, su canto de cisne, aunque a ella se la confirme como secretaria general y Uribe pasee su soberbia entre los delegados como si se tratara del discípulo predilecto del difunto Stalin. Ambos buenos conocedores de los usos y abusos del partido, no quisieron que la gran autosatisfacción del Congreso pudiera verse empañada por los enemigos y tuvieron a bien evitar que la Convocatoria del Congreso se hiciera «ilegalmente», sin obtener previamente la oportuna aceptación del anterior Comité Central, el de 1937. Dato formalista que cumplieron en varias etapas, la primera reuniendo en Moscú a seis miembros del viejo Comité Central (Escobio, Mateu, Pozuelo, Uribes, Manzana y Pretel) que redactaron una especie de convocatoria, la cual a su vez enviaron a otros miembros del Comité fuera de la URSS: Álvarez, Modesto, Manso, Vidiella, Ambou y Roces. Con estos, más los seis de Moscú y los ocho miembros del Buró Político (Ibárruri, Uribe, Mije, Carrillo, Líster, Claudín, Errandonea y Gallego), les salían veinte convocantes, lo que hizo exclamar al Buró: ya son más de dos tercios del CC de 1937. El argumento era falaz, porque se convertía a voluntad a los expulsados en miembros suplentes, y a los disciplinados y ortodoxos suplentes en efectivos, pero fue algo sorprendente este rasgo de legalismo, que reflejaba una evidente mala conciencia.

Todo estaba, pues, a punto para la simultánea consagración y el toque funeral de Dolores Ibárruri y Vicente Uribe. A partir de este Congreso se abrirá un interregno que se resolverá dos años más tarde con el eclipse de Uribe y la marginación de Pasionaria. Un nuevo sector llamaba a las puertas de la dirección, las antiguas JSU capitaneadas por su hacedor, Santiago Carrillo. Hombres como Francisco Romero Marín, Víctor Velasco, Julián Grimau, Tomás García, Ramón Mendezona, José Meseguer y Abelardo Jimeno asistieron al Congreso a propuesta de Carrillo, «con voz pero sin voto», si bien saldrán de allí con voz y voto, convertidos en miembros del Comité Central. Otros, como Simón Sánchez Montero, Narciso Julián, Núñez Balsera y Jorge Semprún, fueron ya escogidos por el propio Carrillo para que tuvieran voz y voto de delegados y también saldrán como miembros efectivos del CC. Respecto al PSU de Cataluña y al PC de Euskadi, las orientaciones de Carrillo, máximo controlador del aparato y de los mecanismos de selección, fueron perentorias: además de los veteranos Moix y Vidiella, que tan buenos servicios habían prestado en la causa contra Comorera, deberían asistir con voz y voto, porque el PSUC forma un todo con el PC de España, Ardiaca, Serradell y su mujer Margarita Abril, y por supuesto Gregorio López Raimundo, según consta en los

documentos precongresuales. Todos ellos se convertirán en miembros del CC español. Igual sucede con los vascos: Carrillo precisa la obligada asistencia de Cristóbal Errandonea, Leandro Carro, Luis Fernández, Celestino Uriarte y Clemente Ruiz. A Ramón Ormazábal ni siquiera se le cita: ni irá, ni nadie le espera; es de momento un fantasma metido en el armario.

El número de asistentes al V Congreso no alcanzó el centenar: 64 delegados y 30 invitados sin derecho a votar unánimemente. Hay algunos rasgos que merece la pena valorar en este primer encuentro de los comunistas españoles con su pasado y su futuro, después de veintidós años turbulentos. Solo están presentes 5 mujeres y la distribución de delegados por edades es sintomática; hay 3 asistentes menores de treinta años, y 5 mayores de setenta. La mayoría, lógicamente, son los jóvenes de la guerra; hay 37 que tienen entre treinta y cuarenta años, y 36 entre cuarenta y cincuenta. 13 pasan de los cincuenta y no llegan a los sesenta. Quince años después de la guerra civil el Estado Mayor del PCE es superior a los cuarenta años (el 58 por 100) y solo 3 delegados no participaron en ella. Pero lo más llamativo del Congreso es la presencia de hombres que conocen la clandestinidad, que pasan parte de su tiempo en el interior y que, con su sola presencia, representan el mayor triunfo de Carrillo y su aparato. Giorgio Amendola asistió como delegado del PC italiano y François Billoux del francés.

Los nueve días del Congreso se desarrollarán en torno a tres grandes temas: el informe político del Comité Central, leído y redactado por Dolores Ibárruri; el dedicado al Programa del Partido, elaborado por Vicente Uribe; y las cuestiones organizativas y estatutarias, sobre las que intervino como ponente Santiago Carrillo.

Como si la muerte de Stalin hubiera abierto el cupo de aspiraciones a la herencia leninista, Pasionaria empezó su intervención con una evocación traída por los pelos: en 1912 el Partido Socialdemócrata de Rusia había celebrado a cien kilómetros de allí, en la vecina Praga, la conferencia en la que se expulsaría a los mencheviques. No está claro a quién iba dirigida la referencia histórica, posiblemente a nadie y solo se tratara de una «mise-au-point» pedante, a las que Dolores tenía cierta proclividad: Recuerdo este hecho –dijo– para que esté presente ante nosotros el espíritu bolchevique. Espíritu al que, por cierto, se le había desprendido como por ensalmo cualquier referencia a Stalin, muerto un año antes.

El informe de Pasionaria hace un paso de danza sobre su responsabilidad en la ausencia de trabajo dentro de las organizaciones legales del franquismo, sencillamente lo apunta como leve autocrítica y salta aún más arriba al referirse a la guerrilla. En presencia de un hombre que podía haberle recordado muchas cosas, como Florián García Velasco (Grande), dirigente de la tan traída y llevada Agrupación de Levante, afirmó que la guerrilla elevó la conciencia política de los campesinos, lo que no era precisamente decir mucho, y reconoció que este trabajo no estuvo exento de graves defectos y debilidades.

Pero donde Dolores volvió a encontrar su aplomo y su seguridad de oradora fue en su paseo por la historia llevando de la mano a los traidores Monzón, Comorera, Hernández… a los que dedicó unas frases cargadas de sentido que merecieron un aplauso frenético de los asistentes, según consigna el texto taquigráfico, posteriormente afeitado para su publicación. Al referirse a esos que ella denomina turbios personajes, agentes de servicios policíacos, Pasionaria exclama con verbo castelariano:

Y ahí están, unos, engargantados como capones de cebadero, cantando las glorias del imperialismo, de cuyos desperdicios se alimentan, y otros, esperando su hora, tratando de hacerse los mártires, esperando la resurrección de la República para jugar el papel a que les han destinado. Y que esta hora llegará no hay ninguna duda, pues, como se dice en España, «a cada cerdo le llega su San Martín» y «para cada Judas habrá su higuera».

Texto sugerente del final que le esperaba al Comorera encarcelado cuando ellos le «liberaran» o a la tumba de Quiñones cuando exhumaran su cadáver.

Mientras esa hora llegaba, ella iba colocando cada pieza en su particular cadalso. A Heriberto Quiñones, el fusilado por Franco en 1942, el que se había quedado en España mientras los demás huían, el que se había enfrentado a aquella distante y etérea dirección del exterior, le llama aventurero internacional, agente de servicios policíacos, en el que todo, hasta el nombre, era falso. De aquí cabe deducir que Dolores conocía la procedencia de Quiñones y su historial como revolucionario profesional. Monzón y Trilla, los que habían tenido la osadía de entrar en la España de 1944, para Dolores lo hicieron no por mandato del partido

y cuando la derrota del hitlerismo está próxima… Fueron a España, como más tarde ha ido Comorera, a valorizarse como «revolucionarios», a «situarse»… Tras este derroche de cinismo ya nadie podía preguntarle dónde había estado la dirección del partido hasta aquella fecha, ya nadie podía reprocharle nada, porque si los que habían ido al interior lo habían hecho para «situarse», nada mejor que quedar fuera para hacer la revolución.

El resto de su larga intervención no apuntaba nada nuevo, ni contenía perspectivas de futuro. Era, como no podía ser menos, en su largamente esperada revisión de la historia, un ajuste de cuentas con el torcido pasado. Pero no como el de Toulouse de 1945 o el de París de 1947, sino a nivel congresual; machacando la verdad en el matraz de la historia del partido. Ya no habría más pasado que ese hasta el próximo congreso.

La tarea de Uribe desarrollando el Programa se convirtió en un ejercicio irreal, puramente imaginativo, en el que la capacidad para construir mundos con palabras iba pareja con la habilidad para ordenar esos mismos mundos salidos de su caletre. En ocasiones se alcanza un nivel extraño, entre el humor y la fantasía, especialmente cuando se describen las tareas y objetivos del «punto capital» del Programa del PC, el «Frente Nacional Antifranquista»; pretendiendo reseñar esas tareas y esos objetivos se patentiza la ausencia de programa, de posibilidades y hasta de ganas por parte del orador Vicente Uribe:

El Gobierno fascista debe ser sustituido por un Gobierno revolucionario provisional, en el que tomen parte los partidos y organizaciones que participen en el Frente Nacional. La plataforma del Frente Nacional y la del Gobierno formado una vez derrocado el franquismo debe ser la misma. De esta forma, la bandera del Frente Nacional será una bandera de combate y unidad de todos los españoles demócratas y patriotas y plataforma del Gobierno, una vez liquidado el régimen fascista. El Gobierno será revolucionario porque surgirá no de la ley escrita, que no existe, ni de la aplicación de la Constitución, que tampoco existe. El Gobierno revolucionario será emanación directa de las masas de la Nación levantadas contra el fascismo, emanación directa de las masas victoriosas representadas por las organizaciones y partidos agrupados en el Frente Nacional. El Gobierno será provisional porque una de sus misiones es convocar elecciones a Cortes constituyentes, a través de las cuales el pueblo soberano expresará su voluntad, y la vida del Gobierno está limitada por lo que acuerden

y deciden las Cortes constituyentes plenamente soberanas.

En este galimatías arbitrista lo más provisional de todo era la imaginación que programaba «gobiernos revolucionarios» emanados directamente de las masas, como si el Buró Político del PC fuera un milagrero de pueblo. Aunque aparecía como un texto del Buró, la redacción y concepción del programa era obra de Uribe ayudado por la pluma de Tomás García, Juan Gómez, el intelectual que le facilitaba entonces la para él muy penosa tarea de escribir.

Antes de presentarse en el Congreso, el programa había sido discutido durante dos días en París por los responsables del aparato del partido hacia el interior. Bajo la dirección de Santiago Carrillo fueron adentrándose en el ejercicio de la táctica y la estrategia algunos de los que a partir del Congreso formarán parte de la dirección del partido: Francisco Romero Marín, Simón Sánchez Montero, Juan Menor, Julián Grimau, Antonio Núñez Balsera. A todos llamó la atención la considerable reducción del volumen de nacionalizaciones en este Programa de 1954 con relación al Programa de 1945, el que expuso Pasionaria en el pleno de diciembre, en Toulouse. Fue unánime la insistencia también sobre temas que, lógicamente, estaban en el candelero mundial de aquel año 1954 y que los futuros miembros del Comité Central echaban en falta: el problema descolonizador referido al Marruecos español, Guinea y el peñón de Gibraltar.

Santiago Carrillo tuvo respecto a las tres cuestiones respuestas antológicas. En 1954 la situación de Marruecos era la de un pueblo dispuesto a conseguir su independencia en medio de negociaciones con los colonizadores franceses y españoles. Ante esta coyuntura Carrillo fue tajante: La liberación de Marruecos es obra del pueblo marroquí, pero si no se levanta a la lucha y su liberación depende de nosotros, seríamos partidarios de ir a un acuerdo con los franceses para defender Marruecos contra el imperialismo americano. Es decir, que lo mejor es que sigan como están, colonizados por franceses y españoles, para que no caigan en la tentación imperialista. El cinismo y la brutalidad suben un grado en la cuestión de la Guinea española: la cuestión de Guinea ha sido examinada al elaborar el proyecto [de programa] y se llegó a la conclusión de no incluirla. La Guinea española no es una nacionalidad y dado que tampoco somos partidarios del abandono de Guinea a los americanos, lo mejor, una vez más, es dejarlo como está y no citarlo, para que parezca como si el problema no existiera. Y ¿Gibraltar? Pues a pesar de la importancia que esto pueda tener, dice Carrillo,

según el acta de la reunión, ¿no es más importante expulsar a los capitales extranjeros de España? Curiosa maniobra esbozada por Carrillo hacia la extremísima izquierda; pretendía resolver el problema colonial haciendo la revolución antiimperialista. Primero la revolución y luego resolver la cuestión colonial, porque el enemigo principal es el imperialismo americano y se trata de utilizar las contradicciones entre imperialistas ingleses y americanos (Carrillo dixit). Chunga explicación y abrumadora ignorancia la de creer que la «hábil» política del PCE respecto a Gibraltar iba a agudizar «las contradicciones interimperialistas». En definitiva, la cuestión colonial no podía incorporarse al Programa del Partido Comunista de España de 1954, quizá siguiendo la pauta de su homólogo francés, que a la sazón mantenía que los argelinos lo que tenían que hacer era la revolución, porque la independencia era una reivindicación absorbible por el imperialismo norteamericano.

El programa, al margen de discusiones, quedó exactamente igual que lo habían pergeñado las manos de Vicente Uribe-Tomás García, y de él se convirtieron en temas preferidos de la propaganda los seis puntos básicos del Frente Nacional Antifranquista: 1.° Restablecimiento de las libertades democráticas… 2.° Liberación de los presos antifranquistas y repatriación de emigrados… 3.° Medidas de urgencia para aliviar la penosa situación material de las masas populares… 4.° Derogación de los tratados suscritos con Estados Unidos el 26 de septiembre de 1953… 5.° Restablecimiento de relaciones diplomáticas con todos los países… y 6.° Promulgación de una ley electoral provisional para poder elegir desde los 18 años y ser elegido desde los 21…

Cuando pase el Congreso se hará de dichos puntos el tema preferido de discusión en el seno del Buró, dividiéndose el máximo órgano del partido en dos bandos; los que consideraban el Programa válido como punto de partida y los que, más cautos, creían que se trataba de una estación intermedia; algo así como la versión remozada de la discusión entre nominalistas y realistas en plena Edad Media.

Cuando llegó el turno al tema organizativo y a los siempre olvidados estatutos (solo se recordaban los estatutos cuando se expulsaba a alguien), Carrillo no se perdió en el éter, se hizo concreto y se refirió a la ley de leyes de la democracia interna, los Estatutos, con una serie de descalificaciones nada estatutarias hacia los quiñonistas y monzonistas, que marcaría luego una especie de sendero por

donde varios animosos del viejo estilo estalinista se empecinaron en acusaciones hacia los enemigos que cada quisque había tenido en su región. Si Mario Huerta, responsable clandestino de Asturias, se había enfrentado durante los años de la guerrilla con el dirigente de la montaña Fernández Ladreda, Ferla, ahora era el momento, muerto y enterrado Feria tras espantosas torturas de la guardia civil, para volver a alancearle: Los elementos provocadores que estaban en la guerrilla, encabezados por un tal Ladreda… trataron de enfrentar al partido en Asturias con el partido en la emigración y con el propio Comité Central. Olvidándose no solo de la heroicidad de Ladreda, sino de que el tal Ladreda era un veterano del comunismo asturiano, cosa que no se podía decir del sencillo Mario Huerta. Incluso Josep Serradell, Román, el hombre del trabajo sucio en Cataluña, no se sintió intimidado por las bellezas del lago de Machovo sino que, removiendo el lodo, consideró que Comorera era un degenerado que amparó a todos los degenerados que se habían infiltrado en el partido, amalgamando una vez más a Quiñones, Monzón y el encarcelado Comorera.

A diferencia de Francisco Antón, que fue el gran ausente por el que nadie preguntó, Comorera sí estuvo presente, al menos como acerico donde se clavaron alfilerazos variados. Carrillo mismo se refirió a la desviación nacionalista en un ambiente enfervorecido de hispanidad por todos los poros de la delegación catalana, pues Rafael Vidiella, el líder del PSUC, residente en Moscú, propone que el PSUC debe pasar ya a ser una organización del Partido Comunista.

Esta proposición del veterano Vidiella permitirá caldear el un tanto apagado Congreso en su apartado sobre Organización y Estatutos. Carrillo, con su respuesta, demostrará una vez más su perspicacia afirmando que el PSUC como tal era necesario para el futuro y que una vez liquidado Comorera los comunistas catalanes podían seguir tranquilos bajo su tutela y dirección. Vidiella no había percibido que la liquidación de Comorera no había tenido lugar para integrar al PSUC en el PCE, sino para evitar que el PSUC pudiera desplegar una política paralela a la del PCE y no subsidiaria. Pero esto era demasiada sofisticación para Vidiella, y Carrillo se lo puso fácil al responderle: El camarada Vidiella tiene razón cuando dice que no hay ninguna causa de principio para que el PSUC no forme parte del PCE…, es indudable que el día que el PSUC pase a ser una organización del PCE será un día de fiesta entre nuestros militantes… Ahora bien ¿ha llegado el momento de tomar esa decisión? Nosotros estimamos que no… por estas razones, rogamos al camarada Vidiella, si está de acuerdo, que retire su proposición.

¡Y Vidiella vaya si estaba de acuerdo!, pero lo que le ocurría es que no entendía nada. Él creía que iba a hacerles un favor, se ponía a tiro antes de que se lo pidieran y ahora, una vez que le habían visto en tan penosa situación, a él, defensor acérrimo de la especificidad catalana, decían que ya no era necesario.

Magistral Carrillo, aunque en verdad es fácil ser magistral ante un personal así. A él le bastaba con el sabueso de Serradell para controlar la organización catalana y a Gregorio López Raimundo para que explicara la línea política por él desarrollada. La presentación en sociedad de López Raimundo fue descorazonadora. Se había creado en torno a su persona un aura de figura política que se había enfrentado a los jueces franquistas, cual nuevo Dimitrov, que había sufrido en la cárcel y que había salido gracias a la campaña internacional que le redujo la condena y puso en un brete al régimen franquista.

Igual que Stalin saludó a Dimitrov en 1934 a su entrada en la Unión Soviética con un homenaje, y el búlgaro respondió con un discurso, revelando su temple de «acero estalinista», Gregorio López Raimundo iba a explicar, como Dimitrov ante la Komintern, su enfrentamiento con el testigo Goëring. Todo el encanto y la emoción de los oyentes se desplomó cuando un López Raimundo balbuceante, torpe y monótono empezó a contar la historia de su madrina [sic], que se había convertido en un personaje popular de su pueblo, en Tauste, allá en el Bajo Aragón, porque le enviaba paquetes a la cárcel, a él, a Gregorio López Raimundo, de quien en su pueblo, en Tauste (tres mil habitantes), se sentían orgullosos. Y si no que se lo preguntaran a la prima, que había corregido sus simpatías franquistas gracias a su ejemplo, o al matrimonio campesino amigo que viajaba por primera vez en tren y que nunca había salido del pueblo, lo que lograron gracias a él. Aquel Dimitrov de Tauste dispuesto a convertirse en historia, según le había contado Carrillo, rayó lo grotesco cuando ante los estupefactos delegados desarrolló un largo exordio sobre la tradición taustana establecida por Antonio Germán en el siglo XVIII y a la que él, según le había contado su prima, había sabido hacer honor.

La verdad es que posiblemente en la historia del movimiento comunista nadie había contado nunca la leyenda de aquel Antonio Germán, vecino de Tauste, que dirigía en el pueblo la facción de los Borbones en la guerra de Sucesión, a comienzos del setecientos. Nada mejor que la palabra de López Raimundo en su presentación ante el PCE describiendo la tradición taustana por él encarnada: Cuando entraron las tropas del Archiduque en la localidad, en virtud de que era el jefe del bando contrario, lo condenaron a muerte; pero le dieron la posibilidad

de salvar la vida si renunciaba a su filiación borbónica y se pasaba al bando de don Carlos. Pero él se negó; él se negó y le ahorcaron. Y al ahorcarle en la plaza, el verdugo, que era de la localidad, le dijo: «Pero no seas bruto, hombre, ¿qué te cuesta decir que te cambias y después haces lo que quieras? pero salvas la vida». Y entonces este buen señor le dijo: «Tú ahorca y calla, que esa es tu obligación»… (Mi prima) había tenido que remontarse dos siglos y pico en la historia de mi pueblo para encontrar un precedente en Tauste al valeroso comportamiento de López Raimundo.

Lo que nadie detectó, y que resulta de curiosa comicidad, es que Gregorio López Raimundo, dirigente del PSU de Cataluña, estaba contando una historia que formaba parte de la mitología centralista y anticatalana, pues el tautano Antonio Germán defendía a los opresores borbónicos frente a las tropas del archiduque Carlos de Austria, que respaldaban los derechos tradicionales de Cataluña y su Generalidad. En esta guerra de Secesión se impuso el himno catalán «Els Segadors»; el mismo que cantaban los «defensors de la terra» frente al rey Felipe V de Borbón y centralistas como Antonio Germán. López Raimundo se sentía orgulloso de emular a un enemigo de Cataluña. Solo la ignorancia general, la seguridad de Carrillo en sí mismo y su desprecio por la opinión ajena podían convertir a aquel hombre en un líder político y más aún en el secretario general del Partido Socialista Unificado de Cataluña.

Otra aparición estelar, aunque sin el carácter escenográfico de la de López Raimundo, fue la intervención de Simón Sánchez Montero. Después de oírle nadie dudó de que con el tiempo estaba llamado a desempeñar un papel dirigente. El empleado de panadería, toledano, representante de la organización madrileña, no deslumbró ni por su oratoria ni por su brillantez, pero sí sensibilizó a los delegados del Congreso con su relato sobrio de la actividad clandestina, sin leyendas ni historias de primas y vecinas. Aunque sus descripciones de la sordidez del mundo carcelario tuvieran la iluminación de esas luces de esperanza obligadas de la época: la Unión Soviética, confianza absoluta en nuestro triunfo y tú, Camarada Dolores, con tu ejemplo maravilloso y tu vida ejemplar. Es disculpable la redundancia de los ejemplos referidos a Pasionaria, pero nada más justificado que el panegírico a la URSS; para gran parte de la militancia del interior, la URSS constituía una razón física para pelear. En su intervención ante el Congreso, Jorge Semprún, recién llegado de su primer viaje al interior, narra entusiasmado la reflexión en voz alta que le ha hecho un intelectual madrileño: Si la Unión Soviética no existiese, creo que no valdría la pena vivir.

Stalin ha muerto y aunque su espíritu esté permanentemente presente, su figura ha desaparecido de las intervenciones oficiales, según la pauta marcada por Dolores Ibárruri en su informe. Solo algún joven del interior, desbordante y despistado, como el pintor José Ortega, grita como colofón a su discurso: ¡Viva Stalin! El culto a Stalin se ha diluido sin marchitarse en la luz que irradia la Unión Soviética, pues si antes era Stalin el peso y la medida de todas las cosas, ahora lo es la URSS. La actitud hacia la URSS es el criterio fundamental para valorar en su verdadera substancia lo reaccionario y lo progresista, dice Pasionaria. Además, los comunistas españoles hacen tangible el poder regenerador, mítico, de la URSS, porque también ellos han recogido alguna llama de la inmensa antorcha de saber y progreso que es el país soviético. Jesús Saiz, responsable del PCE en la URSS, pasa revista en el Congreso al rasgo hispano de la gran obra: hay un español que es profesor del Instituto de Energía Eléctrica de Moscú y que ha hecho una tesis sobre el gran matemático ruso Cheviset; hay otro que lo es en el Instituto del Ferrocarril de Rostov; otro de Historia Contemporánea en la Universidad de Moscú; o en el Politécnico de Jarkov; y hasta un catalán, Juan Planelles, ha ingresado en la Academia de Ciencias Médicas… Hay ingenieros energéticos y montadores de turbinas, agrónomos y hasta un obrero que es jefe de un sector de la mayor central hidroeléctrica del mundo, la de Kuibeshev. ¡Los españoles engrandeciendo la URSS y engrandeciéndose ellos de consuno! ¡El apoteosis de ovaciones y emociones! Habrán de pasar quince años y muchos se avergonzarán de ello.

Pero al margen de guiños, clichés, loas y cantos, los representantes del interior tienen otro aire; quizá se muestren inseguros en la lírica, pero conocen la pelea cotidiana, sus riesgos y sus errores, e introducen la realidad en aquel ambiente tan despegado de ella: El querer orientar a las masas –dice Sánchez Montero– hacia la celebración de manifestaciones, de huelgas; el plantear el problema de la insurrección nacional cuando en absoluto las condiciones estaban creadas para ello, era algo que venía a separar a la organización del partido de las masas, a impedir que las masas se ligaran al partido, a dejar aislado al partido y a facilitar la obra de la policía de golpear a la organización. Creíamos también que colocando bombas, a veces en una carnicería o en una tienda de ultramarinos, podríamos derribar o contribuir de una manera poderosa al aplastamiento del franquismo; no nos dábamos cuenta de que eso, muchas veces, era contraproducente y de que eso también contribuía a aislarnos y a separarnos de las masas…

Sánchez Montero, en su intervención, llega, incluso, a levantar tímidamente la alfombra que oculta tantas calumnias cuando asegura: Quizá uno de los mayores éxitos de la policía en Madrid, desde el punto de vista de la represión contra el partido, haya sido ese: el de sembrar la desconfianza entre los militantes del partido. Pero nadie siguió por esa vía, porque lo nuevo, la fascinación de lo novedoso, de la brillantez, de la imagen irresistible de un partido que estaba llamado a llegar muy lejos la procuró un chico bien vestido pero sin ostentación, fino aunque sin llegar a ser frío, inteligente sin que nadie se diera por aludido. Fue Jorge Semprún, la vedette que aparecía en esta ocasión actuando de telonero de Carrillo, pero que pronto pediría focos, muchos focos hacia su persona. Su verbo rápido apagó la espesura ideológica de Fernando Claudín, y la sobriedad ortodoxa del filósofo Adolfo Sánchez Vázquez.

Fernando Claudín, en su condición de miembro del Buró Político, cooptado en 1947, tuvo derecho a una intervención de las denominadas «políticas», por contraposición con las «informativas», y ocupó prácticamente toda la XIV Sesión congresual; fue una larguísima variación sobre un mismo tema: la necesidad de estudiar el marxismo-leninismo y elevar el nivel teórico del partido y de su dirección.

Adolfo Sánchez Vázquez, un sobrio profesor de Filosofía en la Universidad de México, seguía anquilosado en el esquema de confrontación: intelectualidad del exilio frente a intelectualidad del interior. Para él a las jóvenes generaciones intelectuales que en el interior buscan una estrella hay que darles una conciencia comunista. Anclado aún en el terrorismo cultural estalinista, al que renunciará pronto, el profesor Sánchez Vázquez pasa del lenguaje determinista –la burguesía monopolista sabe que la Historia ha dictado su sentencia de muerte– al extorsionador y demagógico –Laín Entralgo se atreve a manchar la memoria de nuestro Cajal–, o a la insultante chabacanería zdanoviana: el existencialismo, ya sea en la variedad troskizante de Merleau-Ponty o hitleriana de Heidegger, en un caso o en otro, (con) su negación de la causalidad histórica sirve para justificar cualquier aventura agresiva del imperialismo; sin olvidar la timorata referencia a la desvergüenza de la novela tremendista española. Convivían en Sánchez Vázquez el hombre que quiere creer y el hombre que por profesión debiera dudar, porque junto a sus desmesurados juicios, que bebía en las fuentes de su entorno, existía el otro, el que manifestaba la necesidad de empezar a luchar contra el sectarismo, el que, como repitiéndoselo a sí mismo, afirmaba que había que acabar con la actitud sectaria que nos hacía mirar con recelo todo lo que viniera de España. El PCE, dice, necesita una revista libre de sectarismo.

La personificación de esa imagen antisectaria, renovadora, la quería encarnar Jorge Semprún, Federico Sánchez. Tenía a su favor la autoridad de su viaje al interior; su conocimiento de causa, aunque fuera leve y superficial, era muy superior al de aquellos fotógrafos de la realidad a distancia que se suponían los otros dirigentes. Para que no cupiera duda de sus avales y de su ortodoxia lo presentó Antonio Mije como delegado de los intelectuales de Madrid. Semprún utilizó un estilo oratorio natural, con una redacción literaria no exenta de bellas construcciones –no le cae del cielo el sustento, ni el vestido, ni el calzado, al intelectual– e imágenes exactas: los intelectuales más débiles claudicaron y allí quedan, como esa espuma sucia que el mar deja en las playas, pero que en nada altera su pureza. Otros se encerraron en el silencio… así quedó el campo libre para los mediocres… No ahorró críticas al pasado: debemos reconocer con espíritu autocrítico que en nuestras publicaciones culturales de la emigración hemos tardado mucho y no hemos sabido siempre enjuiciar correctamente esta nueva fase del desarrollo combativo de la intelectualidad española… Hemos seguido con el reloj parado en el mes de marzo de 1939, repitiendo conceptos que pudieron ser justos, pero que la historia había ido vaciando de contenido.

La suya fue la más brillante de las críticas y también la más entusiasta de las perspectivas, sin evitar los latiguillos contra las denominadas formas degradantes del cosmopolitismo imperialista. Su discurso plasmaba lo que de nuevo había en el panorama intelectual del interior, porque para él la misma esencia del trabajo creativo había cambiado tras las huelgas de Barcelona de 1951. Con ese afán tan comunista e hispano de ver crecer la hierba, él notaba el pálpito de esa nueva situación de la intelectualidad hasta en el mismo Carlos Bousoño, a quien cita, sin nombrarle, como un escritor dedicado a confusas poesías llenas de misticismo, pero que en un libro bastante pedante dedica varias páginas a estudiar y valorar el sentido poético de una frase que hizo popular Pasionaria: Más vale morir de pie, que vivir de rodillas. Se trataba, aunque Semprún no lo diga, de la Teoría de la expresión poética que publicó Bousoño en Madrid en 1952 y que, efectivamente, en sus páginas finales se refiere al conocido mensaje de la guerra civil.

En su afán por percibir lo nuevo, lo que está naciendo a duras penas, y a lo que otorga una envergadura política que, lógicamente, estaba muy lejos de ser verdad, Semprún se detiene en la película de Berlanga Novio a la vista, un film satírico que presenta en una playa catalana y en el verano de 1918 a la sociedad burguesa veraneante. Hay que decir en honor de Semprún que su talento imaginativo para ver claves políticas en lo que para Berlanga solo era una

comedia de costumbres coincidió con los censores franquistas, que destrozaron la obra y al final consiguieron darle la razón. Jorge Semprún, Federico Sánchez, acababa de tomar contacto con la intelectualidad resistente del interior y se sentía con el lógico entusiasmo del misionero que va a tierra ignota y se encuentra a unos jóvenes dispuestos a aceptar verdades incontrovertibles. Si el partido era un fabricante de verdades, Federico Sánchez será el mejor representante comercial de la fábrica.

Pero no conviene dejarse engañar por la apariencia. En el partido la intelectualidad, tan abandonada antes y tan fructífera ahora, era un magma en el que cabía todo, siguiendo esa máxima de los momentos de optimismo según la cual se constituye una política sobre la base de «con el partido todo, contra el partido nada». Porque junto a ese Semprún que quería ser italiano estaba entonces Claudín, que hablaba del carácter cerrado, acabado de la ciencia marxista-leninista: leer los textos de los científicos era la misión intelectual por excelencia, el marxismo-leninismo era primero que nada exégesis. También estaba el arrollador entusiasmo del pintor Pepe Ortega, un vitalista que en una perfecta expresión dadaísta afirmaba al mismo tiempo su convicción de que había que llegar hasta el final en la lucha contra el sectarismo mientras él tomaba como causa de honor hacer un arte del partido. Y la voz del exilio mexicano de Adolfo Sánchez Vázquez, que abría los ojos hacia lo nuevo, aunque fuera muy tamizado por la quincalla de lo viejo. Junto a él su colega Wenceslao Roces, del Comité Central, la otra voz intelectual del comunismo español en México, el traductor de El Capital, el catedrático emérito, con su voz de tribuno que siempre soñó ser y ni siquiera intentó, empezaba su esperado discurso ideológico con esta frase: El V Congreso de nuestro gran partido nace empuñando con mano firme las gloriosas banderas… y así siguió emulando a Rubén y sus claros clarines. Y los poetas, porque mientras Semprún cuchicheaba sobre lo que hacían dentro los «jóvenes» como Celaya y su alumno Múgica Herzog, allí, en las orillas congresuales del lago Machovo –léase Máa-jo-vo– los poetas de oficio, los de toda la vida, esos de la casta poética a los que había tratado con cierta deferencia Marx al referirse a Heine, y con tanto desprecio Lenin al referirse a Maiakovski, esos que equivalían a los futuros cantantes que animaban las veladas, salieron al estrado y leyeron sus composiciones festivas. César Arconada leyó sus frágiles versos de hombre ya frustrado y empequeñecido en aquel mundo que le devoraba. Tardará en morir diez años, allá en el Moscú querido a la fuerza, cuando estaba a punto de llegar la primavera. Esta será su última composición a mayor gloria del PCE, y en verdad que tiene su aliento:

Quiero decirte buenos días, Praga

como la alondra en la mañana dice

buenos días, al agua…

Y Juan Rejano, el inevitable coplero del Comité Central, el que pronto dudará de todo y se hará esquivo y descreído, será quien clausure el Congreso con un poema de freudianos significados nada prometedores:

Tuviera yo la voz de un bosque ciego,

de un turbión oceánico, de un toro,

y mi palabra, enardecida a fuego,

recogería este huracán de oro,

esta sangre sedienta del partido

que va a lanzarse igual que un meteoro.

Lo del meteoro no era de buen augurio por lo que tiene de efímero, pero quizá el poeta intuía lo que los políticos tardaron en comprender, o quizá solo se tratara de buscar la rima para ese difícil «huracán de oro». No solo los poetas y los filósofos componían la fauna intelectual, también estaban los arquitectos, Sánchez Arcas y Luis Lacasa, y los médicos Planelles y Bonifaci, que se contentaban con sonreír y hacer intervenciones de circunstancias. A ellos aquellas reuniones les permitían charlar con gente distinta, oxigenarse, salir de la monotonía de sus días en el exilio socialista, en «el poso», como decía con su acento gaditano el coronel Modesto para referirse a su «pozo» de Budapest o de Praga. Juan Guilloto León, Modesto, el aserrador del Puerto de Santa María

convertido en general de tres ejércitos, esperaba, como ellos, una ráfaga de suerte antes de que llegara la sepultura y poder volver a España o vivir modestamente en París o Roma: el sueño inalcanzable.

Poco más tuvo aquel Congreso. Aunque no apareció públicamente, la discusión sobre los Estatutos y la organización volvió a retomar el problema de la masonería, como si esos veteranos quisieran plantear sus dudas de antaño y sus compromisos ya enterrados. ¿Podían los masones ingresar en el Partido Comunista de España? Fue Carrillo quien salomónicamente dio una respuesta tan suya que parece una declaración de principios: El problema de la masonería estaba incluido en un proyecto [de Estatutos] anterior, pero se llegó a la conclusión de que en determinados momentos podría ser útil tener a estos hombres en el partido. Durante la guerra eso dio al partido ciertas posibilidades de trabajo… También puede llegar el momento en que no interesen y el problema se soluciona con la expulsión. Tras este tratado metodológico acerca de la democracia interna, el resumen del Congreso es fácil de hacer. El partido pasaba de estar anclado en lo viejo, a quedarse a caballo entre lo viejo y lo nuevo; aún sin atreverse a dar un salto, conservando esa dureza inconmensurable que otorga poseer la verdad y suministrarla en dosis o a plazos. Pero algo se movía, aunque fuera con los clichés del cartabón inmóvil del marxismo-leninismo, al que se le había quitado apenas hacía un año el tercer componente de estalinismo, pero que está bien presente en los corazones.

Fue un Congreso de transición y quizá el aspecto más negativo residió en la elección del momento. Tanto esperaron que la ocasión fue nefasta, la coyuntura no pudo resultar peor. Celebrar un Congreso en 1954 no podía servir para renovar porque aún se estaban celebrando las exequias de Stalin, ni tampoco se trataba de una reunión de veteranos exclusivistas, porque la voz y la antorcha se deslizaba hacia la parte más joven tanto en el Buró Político (Carrillo, Claudín, Gallego) como en el Comité Central (Semprún, Sánchez Montero…). Pero el rasgo dominante es plenamente estalinista, tiene su ritualismo. El aparato que rodea al Congreso responde aún a los esquemas bunkerianos, dogmáticos. Salvo los miembros del Buró Político, los demás asistentes tuvieron la obligación de rellenar un cuestionario con preguntas como estas: ¿Cuáles son las ideas políticas y religiosas de tus familiares?… ¿Participas ahora o has participado en los Sindicatos Verticales o en algunas de las organizaciones franquistas de masas?… ¿Has viajado al extranjero más veces que esta?… Se trata de un torpe procedimiento policial, donde el presunto comisario ha tenido el desliz de hacer una aviesa pregunta sobre el Sindicato Vertical, porque la redacción del

interrogante no revela más que el carácter negativo, sospechoso, de la pertenencia al Sindicato Vertical, al que, por cierto, todos los trabajadores, obligatoriamente, estaban afiliados, cosa que parece desconocer el burócrata con ínfulas policiales. Esta pregunta por sí sola, hecha en el verano de 1954, expresa bien a las claras lo poco que había calado la nueva táctica sindical, por más que la dirección se jactara de haberla rectificado.

Pero el Congreso tenía en Carrillo su máximo organizador y él había conseguido su primordial objetivo. Con varios hombres del interior presentes, quedaba claro el significado que Santiago quería dar a la magna reunión: explicar a los dirigentes exiliados que en España todo lo que se movía lo hacía en torno al PCE, que al PCE del interior lo movía él, y que él era la primera cabeza política de España.

Al menos una cosa era cierta: en España algo empezaba a moverse. El resto estaba por demostrar.

EL INTERREGNO

Una especie de interregno se abrió el mismo día que terminó el V Congreso. Desde el momento en que el partido debía inclinarse hacia la lucha interior, y quedaban en segundo plano las peleas del exilio, se realzaba la figura de Santiago Carrillo y su aparato de París. Sin embargo, el Congreso había situado como indiscutible número dos a Vicente Uribe. Carrillo por un lado, y Uribe por otro, se preparaban para una lucha de posiciones. Faltaba la chispa que provocara la guerra sin cuartel. De momento y hasta 1956, durante casi dos años, habrá un interregno.

Fue Dolores Ibárruri la que decidió reforzar la discusión ideológica, posiblemente sorprendida por el ínfimo nivel ideológico de los presentes en el Congreso. Había que preocuparse de que el aspecto teórico de toda decisión política no se anegara en aquel mundo chato y practicista. La orientación revela que Pasionaria no estaba exenta ni mucho menos de sensibilidad, ni le cegaba tanto su leyenda como para no darse cuenta de que el nivel medio de la dirección del partido era muy bajo, incluso para persona tan poco cultivada como ella

misma. En ocasiones hay rasgos en Dolores que llaman la atención, porque no solo rompen la monotonía de su comportamiento, sino que nos obligan a equilibrar los juicios sobre su contradictoria naturaleza, nada vulgar, y muy sensible en el terreno de la perspectiva política. Hay veces que tiene, como en esta, un sexto sentido para detectar cuál es el punto más débil. Posiblemente su lado frágil resida en que no sabe o no quiere sacarle todo el partido posible a esa forma de adelantarse a las cosas o de intuirlas en una dimensión que los otros no ven. Su comportamiento refleja un sentido de la «profesionalidad revolucionaria» más pluriforme, menos unívoco y chato que el de Carrillo. Como veremos más adelante, en ella emerge en todas las ocasiones una dirigente comunista que como tal tiene que hacer política, mientras que en Carrillo hay un dirigente político que como tal tiene que hacer de comunista. Casi estoy tentado a decir que Pasionaria se enajena menos ante una situación, aunque es fundamentalmente una persona temperamental y obsesiva; mientras que Carrillo, más cerebral, tiende a ver solo los aspectos de una situación que le beneficia en el plazo más inmediato, sin preocuparle mucho el mañana, y nada el pasado mañana, lo que le hace buscar siempre el lado mágico de la táctica. Él es un practicista obsesivo, mientras que Dolores, indolente por naturaleza, no es precisamente una persona inclinada al lado simplista y unívoco de las cosas, dicho sea en su honra.

Este periodo del interregno va a ser la primera parte de un combate político entre Carrillo y Dolores, actuando ella en la persona interpuesta de Vicente Uribe. Los elementos que llevarán al desencadenamiento de las hostilidades, a comienzos de 1956, los está preparando Carrillo durante estos dos años de interregno. Como si supiera que la batalla es inevitable y que lo único que él puede hacer es rodearse del máximo de fuerzas para cuando llegue el momento. Por supuesto, piensa que ese combate no va a tardar, de lo contrario se dedicaría a otra cosa.

La plasmación de los dos modos de concebir la actividad política, el de Dolores y el de Santiago, se concreta en la llegada de Fernando Claudín a París en enero de 1955. Es Pasionaria quien decide que un hombre de su absoluta confianza, como Fernando, tome sobre su responsabilidad la tarea de elevar la penuria ideológica de la dirección del partido, esparciendo la acumulación de saber que ha recogido en el dogmático universo estalinista. Durante casi siete años Claudín no ha hecho otra cosa en Moscú que estudiar «dogma»; es, como dirían los escolásticos, el experto en exégesis, el único que ha tenido el tiempo y las ganas de leerse concienzudamente la Pravda todas las mañanas, de estudiar las sutilezas terminológicas del granito al que se asemejaban las grandes revistas

ideológicas del mundo soviético: Cuestiones de filosofía, El Bolchevique, Cuestiones de economía, Kommunist… Vive la aparición de fenómenos como el de Lyssenko en el campo de «la ciencia proletaria» o el de Stalin en el de la lingüística; sigue minuciosamente la aparición de los volúmenes de la Enciclopedia Soviética; conoce los compendios de manipulación histórica hechos por G. F. Aleksandrov y las simplificaciones definitivas de la filosofía obra de Mark B. Mitin y Pavel F. Judin. En fin, Fernando Claudín es el único dirigente de la historia del Partido Comunista de España de quien se sabe que no recibía a los militantes españoles que visitaban Moscú, porque «el camarada Claudín está estudiando». Él y no otro debe ser quien eleve el nivel ideológico del partido. O él o nadie, y no le falta razón a Pasionaria.

Con esa misión llega a París y vuelve a encontrarse con su viejo compañero de correrías en Madrid, de juergas en México, de novias en Buenos Aires, de responsabilidades en París: vuelve a encontrarse codo con codo con su media naranja. Carrillo tiene lo que no tiene Fernando: improvisación, desfachatez, simpatía, audacia, cinismo y memoria, mucha memoria. Mientras que Claudín tiene lo que a Carrillo le gustaría ser o haber sido: estudiante, comunista desde la primera hora, paciente para estar sentado horas enteras, lector infatigable… Aunque, a decir verdad, a Carrillo nunca le gustaría ser del todo Claudín, y a Claudín, sin embargo, le gustaría ser algo más Carrillo.

Desde el primer día Carrillo consigue de una sola tacada desbaratar el plan de Pasionaria y favorecer el suyo. Sin abandonar la «elevada misión» que le trae a París, Carrillo le incorpora a las reuniones de la comisión del interior, el aparato dirigente que desde París coordina y dirige la actividad clandestina del interior. Como Fausto ante Margarita, Claudín echa a un lado catálogos, revistas, proyectos y manuscritos, y se siente rejuvenecer después de siete años de ostracismo. Vuelve a ser la mano derecha de Santiago, porque por su manera de ser Carrillo nunca admitirá que nadie sea su mano izquierda. Carrillo y Claudín otra vez unidos. La doble «ce» de las Juventudes Socialistas Unificadas cabalga de nuevo junta. Dolores acaba de perder a su discípulo más querido y Carrillo acaba de ganar al más disciplinado de sus aliados.

Santiago le introduce en la pelea cotidiana y clandestina, con su dominante sentido de lo utilitario. Para él no se trata solo del cálculo de la guerra contra «los viejos» que se avecina, sino de una necesidad perentoria y por la que él mismo sugirió la conveniencia de que Claudín se desplazara a París: necesita colaboradores más capaces. Cuenta con gente fidelísima, incapaz de llevarle la

contraria, incluso algunos, como Julián Grimau, que le parecen unos rollistas que se creen teóricos y que no tienen ni idea de nada, como no se cansa de repetirle a este, con su insistencia no exenta de crueldad, en cada reunión del «aparato» en París[3]. Carrillo necesita gente que le ayude a desarrollar y a explicar los giros políticos y los hallazgos tácticos que empieza a pergeñar. Necesita gente capaz, sin ninguna necesidad de que sean brillantes. Claudín en este terreno puede ser una mina que va a explotar él.

La llegada de Fernando a París en enero de 1955 refuerza de manera notable las posiciones de Santiago Carrillo en el Buró Político. El máximo órgano del PC había salido del V Congreso con la ratificación en sus puestos de varios de los cooptados en dos tandas; a poco de terminar la guerra mundial fueron ascendidos al Buró Claudín y Líster, y a finales de 1948, y aprovechando la incorporación de Comorera, sumaron también a Ignacio Gallego, Manuel Delicado, el vasco Cristóbal Errandonea y al asturiano Angelín Álvarez. A Comorera ya sabemos cómo le sacaron del Buró. Ángel Álvarez pasó por la historia como una pluma de ave; le detuvieron en 1950 dentro de la redada del Ministerio del Interior francés contra los comunistas españoles. Fue extraditado a la República Democrática alemana y, aunque asistió a alguna reunión plenaria del Comité Central, fue poco a poco olvidado salvo para los escasos transeúntes clandestinos de Berlín, a quienes iba a recoger, en sus modestas funciones de buzón burocrático.

El menos conocido del grupo en París era Manuel Delicado, un veterano de Sevilla, obrero corchero, que ya había estado en la dirección del partido durante la guerra. Después de un largo exilio en Chile y Uruguay, su vuelta a París le depararía la mejor de las fortunas. Casó con una farmacéutica parisina con tienda cercana a los Campos Elíseos, lo que le permitirá dedicarse a lo que siempre soñó pero nunca le ofrecieron: una vida tranquila y sosegada de rentista, con sastre, pasiones de gastrónomo exquisito y paseos por el bosque de Boulogne.

Frente a los veteranos, Uribe, Mije, Delicado y el vasco Errandonea, solo hay tres «jóvenes», aunque sobrepasen la cuarentena, Carrillo, Claudín y Gallego. Líster, otro miembro del Buró, es un culo inquieto que a falta de guerras y batallas se dedica fundamentalmente a viajar por cuenta de la Unión Soviética a los Congresos por la Paz, en una deliciosa contradicción de guerrero pacífico. Forma parte de los veteranos y con mucha mayor prestancia que los discretos Delicado y Errandonea, que apenas si dicen nada que no hayan dicho antes «los que saben». El otro que queda, Dolores Ibárruri, secretaria general, no está

dispuesta a salir de la URSS, entre su casa de la calle Stanislavski y su dacha en Uspienskӧe, rodeada de la comodidad de pertenecer a la «nomenklatura» y con la placidez que aporta tener una hija bien casada con un militar soviético de rango, Artion, hijo del héroe bolchevique del Dombas y, por si fuera poco, experto en cohetes balísticos, el futuro del armamentismo en la época. Y además tres nietos encantadores.

Desde el primer momento los miembros del Buró en París se alinearon en dos facciones. Los veteranos, capitaneados por Uribe y su ayuda de cámara Antonio Mije, responsable del órgano Mundo Obrero, frente a los voraces «jóvenes» Carrillo y Claudín. Gallego sonriendo a ambos, en un cómodo equilibrio que le iba bien a su naturaleza sinuosa.

Los temas en litigio saltaron desde la primera reunión poscongresual del Buró Político en París. Fernando Claudín va al trapo en cada ocasión que se le presenta y muestra un entusiasmo arrollador, como si quisiera desfogar la energía acumulada durante sus años moscovitas. Mientras Carrillo, buen conocedor de las personalidades de Uribe y Mije, se muestra cauto, Claudín, al contrario, es beligerante y más «carrillista» que el propio Santiago.

En la reunión del Buró Político, celebrada el 29 de abril de 1955 y que se alargará durante una semana, Claudín se enfrenta a Uribe, máximo responsable del Buró. La discusión no es precisamente bizantina y tiene consecuencias en el campo organizativo y en el político. La primera impresión que saca Claudín tras sus primeros contactos con las organizaciones del PCE en Francia es muy negativa por su bajo nivel político, insuficientes lecturas (da como ejemplo que de 37 responsables políticos solo 27 habían estudiado hasta el 3.o o 4.o capítulo de la «Historia del PC (bolchevique) de la URSS», que, como se sabe, era un legado de Stalin a la posteridad), bajo nivel cultural, etc. A Uribe le irritó sobremanera que Claudín, apenas caído en paracaídas sobre las organizaciones de Francia, tuviera la pedantería de clasificar y examinar a la militancia: Creo que el camarada Fernando da una impresión parcial de las cosas en que participó y vio y que oyó… si además de sus intervenciones críticas nos dijera: los camaradas han dicho esto y lo otro, nos hubiera dado un cuadro más completo.

El primer choque lo produjo la organización del partido en Francia, cuya responsabilidad correspondía sobre todo a Uribe, que decía supervisarla personalmente. Pero el enfrentamiento sobre la línea política tuvo mayor enjundia y preludió futuras discusiones. El Programa del Partido había sido obra

casi personal de Uribe, como ya hemos dicho, y se sentía albacea y primer exégeta de él, con una sensación de propiedad y de usufructo que casaba con su carácter autoritario y soberbio. Sin embargo, al margen de características subjetivas, la historia daría la razón a Uribe en detrimento del voluntarismo de Claudín. Mientras Fernando consideraba que los seis puntos de la Plataforma del Frente Nacional son la base para la unidad con todas las fuerzas antifranquistas, Uribe, más realista, pensaba que el Programa del Partido y los seis puntos de la Plataforma hoy los defendemos como soluciones que propone el partido, pero como base de unidad está fuera de la realidad política. Se basaba en algo que a Claudín le pareció entonces insultante, y es el hecho, negado por Fernando y por Carrillo, de que hoy [1955] en el interior de España no hay fuerzas políticas organizadas. Como un solo hombre, según consta en el acta de la reunión, Carrillo y Claudín responden al unísono: sí las hay, y Uribe, cachazudo, matiza: Fuerzas políticas interesadas en la Revolución Democrática no las hay, porque una cosa es luchar contra Franco y otra por la revolución democrática.

Reunión tras reunión del Buró, seguirá Uribe puntualizando y limando los desbordantes entusiasmos de Claudín y Carrillo. Fernando estaba convencido hasta los tuétanos de que la situación en España se hacía revolucionaria día a día. Incluso más: la situación había alcanzado cotas inimaginables coincidiendo con su llegada a París. Su primer artículo escrito ya en Francia empezaba así: El análisis de la situación económica y política de España realizado por el V Congreso de nuestro partido, análisis que los acontecimientos confirman cada día, demuestra que la crisis del régimen franquista se encuentra en una fase avanzada[4]. Sobre la verdadera naturaleza de la situación no mostraba dudas: La agravación de la crisis [del régimen] después del V Congreso del partido demostraba la maduración de la crisis revolucionaria en España, junto a la agravación vertiginosa de la crisis política.

En su intervención ante el Buró Político, el 13 de mayo de 1955, da un paso más y afirma que ha llegado el momento de pasar del trabajo a pequeña escala, del trabajo artesanal, al trabajo en grande; y en este sentido afirma que es urgente sacar un periódico legal en España y pienso que existen posibilidades para hacerlo. Un periódico, semanal o quincenal, que plantee lo que hoy en España está situado ya en un terreno legal tendría gran importancia y sería una forma de aprovechar las oportunidades legales.

El mismo Carrillo, ante los sarcasmos del descreído Uribe, se ve obligado a atemperar las propuestas de Claudín, pero lo cierto es que entre ellos dos se va

formando el espíritu y la voluntad necesarios para un giro en la apreciación política del partido respecto a España. Una nueva sensibilidad aparece en el Buró que capitanea, como un rompehielos, el tono rotundo de Fernando, mientras Santiago le espolea o le embrida según las ocasiones y los adversarios.

Esta nueva sensibilidad o hipersensibilidad tiene algunos puntos que les identifica con los «jóvenes» y que les enfrenta a Uribe y «los veteranos». Carrillo y Claudín creen que la debilidad del régimen franquista es total y manifiesta, que ha llegado el momento de transformar esas crisis políticas, que son a su vez crisis del sistema, en una crisis revolucionaria. Si el partido no se encuentra aún al nivel idóneo para forzarla se debe a la debilidad del antiguo equipo dirigente, que no ha sabido entender los signos que llegaban del interior de España y que, por su envejecimiento, carece de la voluntad necesaria para afrontar audazmente los riesgos. Como hubiera dicho Claudín, tras sus estudios moscovitas, y que no dijo que yo sepa, Lenin hizo de una crisis política una crisis revolucionaria y luego la revolución, entre otras cosas, porque tenía un partido dirigido por menores de cuarenta años, como Bujarin, Ordjonikidzé y Antonov Ovseyenko, por citar a figuras capitales de entonces.

La falta de voluntad, unida a la ausencia de talento y de imaginación política, habían impedido que el partido utilizara las considerables posibilidades legales que se habían abierto frente a la dictadura, porque el franquismo era débil y el movimiento de masas, especialmente la clase obrera, estaba emergiendo en un incremento irresistible desde la huelga general de Barcelona en 1951. Esa huelga le confirió confianza en sí misma, reflejó la debilidad del régimen e incluso del sistema y creó un entorno favorable entre los demás sectores, que facilitó a los trabajadores y a su partido, el PCE, el lanzarse hacia tareas más elevadas y más acordes con las posibilidades.

Como es patente, lo que más llama la atención de esta nueva sensibilidad política es el voluntarismo que la empapa, cubriendo la realidad de una especie de visillo en el que solo transparenta lo que favorece, nublando lo que se resiste, de tal modo que, al empequeñecer las resistencias, en el análisis se magnifica lo que hay de positivo. La manifestación más llamativa de este voluntarismo es la creencia, nunca explicitada pero inherente a esas tesis, de que el partido es en gran parte el responsable del retraso en la lucha, porque a la dirección le falta coraje, por su dejadez, su lentitud y su «trabajo artesanal». Vicios todos que se personifican en la figura de Vicente Uribe.

Fernando Claudín ha definido esa época de su vida, el largo periodo que va de 1956 a su expulsión de 1964, como «los años esquizofrénicos». Mas no es exacto, pues si bien fueron posiblemente esquizofrénicos los que abarcan del fracaso de la huelga nacional pacífica de 1959 a su crisis y expulsión, no lo son los que abarcan de 1955 a 1960. Son «años esquizofrénicos» los que marcan la diferencia entre lo que se pensaba y lo que se decía, pero los que comprenden desde su llegada a París, en 1955, hasta la quiebra de la política voluntarista en 1959 son «años paranoicos», pues la diferencia residía entre lo que se decía y la realidad. En Claudín, más aún que en Carrillo, se percibe una componente de convicción, de fe, de entusiasmo no instrumental, sino irracional, y nada cínico. Es imposible analizar la política del PCE en este periodo, que va de 1955 a 1960, sin estudiar detenidamente el papel motor que desempeñará él en la consolidación y la fundamentación de una táctica y una estrategia que posiblemente Carrillo entonces no dominaba como hará luego. En muchos aspectos Carrillo es deudor de Claudín y se aprovecha de su dinámica y de sus razonamientos en el esquema político que está trazando día a día. Solo hace falta leer los resúmenes de las reuniones del Buró en estos años para percibir la plena identificación entre ambos, su ritmo de caballería al galope y al unísono y su afán arrollador, arrastrando en su política todo obstáculo que se interpusiera en su camino de poseedores en exclusiva de la verdad. La historia del partido empezará para ellos en 1956, en que el partido será su partido. Pero en 1955, durante el interregno, están sentando las bases.

Hasta en los análisis sobre la situación internacional Fernando Claudín le quita la primacía oratoria que en toda reunión debe tener el máximo responsable para abordar ese tema, en este caso Uribe, y será él quien trace un panorama del mundo, coincidente con los módulos de voluntarismo que le caracterizan entonces: el desarrollo de la situación confirma el análisis y las perspectivas trazadas en el Congreso, que se van realizando acaso con un ritmo más acelerado del que entonces se podía pensar; en el plano internacional, el informe Molotov subraya con mucha fuerza la superioridad creciente del campo socialista sobre el campo imperialista…, destaca la creciente fortaleza militar de la Unión Soviética y no solo militar… y señala que la URSS está en avance respecto de los países imperialistas en lo que se refiere a los armamentos atómicos y nucleares. En este orden, sigue diciendo Claudín ante un Buró perplejo y algo ofendido porque «el nuevo» les dé un cursillo, es también importante el artículo del mariscal Zukov en «Pravda»…

Los presentes tenían que ponerse en guardia ante aquel listo que leía ruso y se lo refrescaba como quien explica aerodinámica a unos palurdos. Vicente Uribe no podía ocultar su antipatía hacia aquel arrogante que venía de Moscú a enseñarles las cosas que ellos ya sabían sin haberlas leído. Uribe, ante aquel exultante Claudín, se veía en la obligación, por temperamento y por jerarquía, a mostrarse no del todo satisfecho. Resulta cómico leer sus respuestas a Fernando, en las que él –un hombre estalinista hasta la médula, prosoviético sin tacha, fiel a los dirigentes del para él glorioso e inmarcesible Partido Comunista (bolchevique) de la URSS– se atrevía a decir, como poniéndole peros al fanatismo: respecto a la situación internacional, tal como está hoy no podemos adelantar cómo van a producirse los acontecimientos. ¿Qué otra cosa podía decir? Y sobre la situación en España, abrumado ante el cúmulo de informaciones que le suministran Carrillo y Claudín, no puede tampoco negarse a lo que parece evidente, aunque se atreve a recordar a esos dos «jóvenes» de cuarenta años, que no haya que perder de vista que las clases dirigentes maniobran y que no van a dejar de seguir maniobrando. Tienen frente a las clases populares una serie de posiciones y ventajas que les permite hacer modificaciones, poner parches. En las condiciones actuales, mientras no hay una corriente popular definida, esas maniobras se pueden hacer con más libertad. Juiciosas palabras que revelan un Uribe bastante más lúcido de lo que darán a entender sus enterradores. Y añade en esta reunión del Buró una advertencia a sus colegas conquistadores de cielos: No hay que perder de vista que la lucha contra el fascismo es de lo más difícil; hay elementos de descontento, de discordia, pero para derribarlo hace falta una fuerza revolucionaria y esa fuerza es lo que había en 1935 y lo que falta hoy: las masas.

Claudín y Carrillo ven en Uribe la imagen del derrotismo, de la falta de entusiasmo revolucionario; se está fraguando la pelea contra Uribe. Cada vez que ellos le ponen de manifiesto el desarrollo de la lucha, los éxitos constantes, el giro total de la situación que se está produciendo en España, él les responde con su escepticismo. Si Carrillo le cuenta que el 95 por 100 [sic] de los enlaces sindicales elegidos en Zaragoza son de la candidatura contraria a la oficial, y que se han producido cambios muy profundos en el personal de los Sindicatos Verticales; o que responsables del partido en Madrid discuten de igual a igual con el jerarca de Falange, Uribe les responde invariablemente con su despego. Lo que, según él, hay que hacer es popularizar el programa del partido y los frutos ya irán viniendo en la medida en que las cosas de España vayan desarrollándose. La historia le dará la razón, porque aquel ritmo suicida acabaría hasta con los mismos protagonistas del voluntarismo a ultranza; se le podrá

acusar de que el Uribe de 1955 ya no creía en nada, pero los otros creían demasiado. Claudín siete años más tarde volverá al pensamiento de Uribe sin reconocerlo, enfrentándose a Carrillo por su voluntarismo.

En lo único que coinciden es en la necesidad de mejorar las relaciones con el PSOE, porque en eso no hay diferencia de ritmos, en eso no hay más que errores históricos compartidos. Si hace apenas tres años Santiago Carrillo aún titulaba un artículo en Mundo Obrero «Hay que desenmascarar a los dirigentes reaccionarios del PSOE»[5], ahora Claudín y él proponen algo muy diferente: Ante la celebración próxima del Congreso del Partido Socialista [sería] muy importante que el partido se dirigiese al Partido Socialista…, en un documento cordial, positivo, recordando la acción común en el pasado, apoyándose incluso en la tesis de Caballero sobre la no exclusión de un acuerdo con los comunistas para la lucha contra Franco, para la acción común en la lucha de los dos partidos. Aunque respondieran negativamente ello contribuiría a desarrollar la corriente de unidad entre las masas.

No servirá de nada, ni esta gestión ni las innumerables que siguieron. El PSOE había entrado en un periodo de hibernación del que no saldrá hasta veinte años más tarde. Por entonces iban, ciertamente, a celebrar su VI Congreso en Toulouse, pero aún vivían las secuelas de la aparente dimisión de Indalecio Prieto, en noviembre de 1950, a resultas de su fracasada estrategia política de vertebración de un eje monárquico-socialista para facilitar la retirada de Franco; ni Franco se retirará, ni la oposición avanzará un paso, sino todo lo contrario. La división que provocó Prieto con su política y sus maniobras, liquidando el gobierno Giral en 1948, es el ejemplo más torpe de un líder político, que destroza la débil alternativa de un gobierno republicano atraído por el señuelo de los monárquicos, unos monárquicos que le dejarán en la estacada cuando él acabe de deshacer la República en el exilio. Como manifestará con genuina sinceridad autocrítica en su carta de dimisión, hice víctima al partido de una ilusión que me deslumbró. Le sustituyó Rodolfo Llopis, al que nunca podía deslumbrar ninguna ilusión, porque carecía de imaginación para tenerlas. Lo que sí tenía era la soberbia de un veterano masón poseedor de los secretos del mundo, al que solo molestaban las pullas de los denominados «caballeristas», como De Francisco, Bruno Alonso y José Bullejos, que veían en él lo peor del prietismo y lo más caduco de la masonería.

No lo tenía fácil el PCE para lograr un acuerdo con el PSOE, por más que enviara cartas y flores, flores y cartas, igual que antes había mandado esquelas,

insultos y disparos. Por eso mismo eran frágiles los puntos de sutura que mantenían ligado al Buró del PCE durante este interregno. De haber podido avanzar por esa vía es posible que los enfrentamientos se hubieran reducido, porque los contactos con el PSOE podían haber dulcificado la disparidad de apreciaciones sobre la realidad española; lo blanco y lo negro dentro del Buró.

Las condiciones no estaban aún maduras para que el enfrentamiento cristalizara en una guerra abierta. Claudín y Carrillo estaban en minoría en el Buró Político, y la única persona que podía facilitarles el cambio en la relación de fuerzas no podía ser otra que la distante secretaria general, Dolores Ibárruri. Ella dejó bien sentada su opinión en una carta en la que daba orientaciones al Buró en París, redactada el 22 de noviembre de 1955: se creará un Secretariado ejecutivo formado por Uribe, Carrillo y Mije. Esta será la cabeza operante en la que Carrillo será, como el relleno del sándwich, el activista controlado por los dos comisarios. No le quedaba más remedio que esperar su momento.

Entre los catorce puntos aprobados por el Buró a sugerencia de Pasionaria, figura también el de nombrar a Claudín responsable del trabajo ideológico y de educación en el Buró Político, que era, al fin y al cabo, para lo que había hecho el viaje de Moscú a París. Allí también se aprueba una decisión chocante y que habrá de tener sus consecuencias en el futuro inmediato: se trata de proponer que se cree en España un movimiento de opinión favorable al restablecimiento de relaciones comerciales, culturales e incluso diplomáticas con los países del campo socialista. Idea que viniendo de Pasionaria reflejaba el cambio introducido por las autoridades soviéticas en sus relaciones con Franco y que venía a confirmar que desde la consolidación de Kruschev en la URSS se quería dar un giro y olvidarse de compromisos pasados. Si el primer síntoma evidente fue la exigencia soviética de que el PCE trasladara su emisora Radio España Independiente hacia otro país, menos comprometido en la nueva imagen hacia Occidente, ahora llegaba esta sugerencia de que el PCE facilitara la incorporación de Franco en el concierto de las naciones, coadyuvando, por tanto, al olvido de algo que la prensa del partido repetía todos los días: el carácter fascista del régimen.

Radio España Independiente, que había empezado a funcionar en Moscú al comienzo de la guerra mundial, fue trasladada a Bucarest, la capital rumana, en el mes de enero de 1955[6]. Meses después Pasionaria pedía al Buró la creación de las relaciones entre Franco y la URSS. Tanto Carrillo como Claudín pensaron, y con razón, que este plan favorecía su táctica de aprovechamiento hasta el

máximo de las frágiles posibilidades legales del régimen. Un gran giro estaba a punto de iniciarse en la política del PCE. Sin apenas darse cuenta, terminaba el periodo de la política de emigración y la mentalidad de guerra fría. El PCE iniciaba su deshielo.

[1] Historia del PCE, Varsovia, 1960.

[2] Oficialmente se dio la fecha del 1 al 5 de noviembre; a causa de la clandestinidad siempre habrá, en las amplias reuniones del PCE, una diferencia entre las fechas oficiales y las reales.

[3] Me remito a la lectura de los resúmenes de la Comisión del Interior. Años 1954-1955. Archivos PCE.

[4] N. B., núm. 14, 1955.

[5] Mundo Obrero, 15 de diciembre de 1952.

[6] De donde no saldrá hasta su clausura en 1977.

TERCERA PARTE

EL REINO DE LA VOLUNTAD (1956-1964)

Capítulo 11

¿Quién no tiene sus dudas o, en fin, un sentimiento?

Yo creo en lo real porque creo en el hombre,

y avanzo con la Historia sabiéndome en lo cierto.

Gabriel Celaya, A Santiago Carrillo

LA BATALLA DE LA ONU

El año 1956 empezó ya con un signo que le distinguía de cualquier otro y es que para el PCE se adelantó un mes. 1956, el año que iba a trastocarlo todo, se inauguró realmente el 8 de diciembre, cuando la Organización de las Naciones Unidas aprobaba con el voto favorable de las grandes potencias, incluida la URSS, la incorporación de la España de Franco al foro de los países.

Para Franco y su régimen, así como para la oposición y su estrategia, una nueva fase se iniciaba. Quedaban atrás años de aislamiento y de esquemas construidos sobre la división de la guerra mundial. Las grandes potencias le acababan de quitar al sistema del general Franco sus primeros apellidos, el carácter nazi-fascista, y ahora lo dejaban momentáneamente huérfano, aunque con una tutoría benevolente, primer paso para un padrinazgo todopoderoso. El 8 de diciembre de 1955 caducaba la estrategia frontal contra la dictadura y se abría un periodo más complejo, en el que las fuerzas democráticas se verían obligadas a luchar en un doble frente: el de la situación internacional, donde privaba el statu quo, es decir, el franquismo, y el frente interior, donde Franco no renunciaba a ninguna de las prerrogativas de su régimen, como si en el fondo y en el estilo nada o casi nada hubiera transcurrido de 1945 a entonces. Se había cambiado de protectores, nada

más; el sistema seguía prácticamente inmutable.

Desde el V Congreso (1954) el auténtico centro dirigente del partido se encontraba en Praga, donde residían, con viajes intermitentes a París, Vicente Uribe, con su esposa y su abundante familia (cuatro hijos), Enrique Líster, con su esposa y su menos abundante descendencia (tres hijos) y Antonio Mije y esposa con la suya (cuatro hijos). Aunque la redacción se deba a Uribe, serán los tres responsables en última instancia de la declaración en respuesta al ingreso de Franco en la ONU. Enviaron el documento a Pasionaria, convertida en el centro de atención de todas las miradas y señuelo de todas las emociones: celebraba su sesenta aniversario. Coincidiendo con una reunión del Partido comunista rumano y aprovechando que en la capital, Bucarest, se hallaba la radio del PCE, Radio España Independiente, los tres se dirigieron a la capital rumana y transmitieron sus apreciaciones a Dolores, quien no podía menos que considerar el ingreso de España en la ONU como el más emponzoñado regalo que le enviaban en aquel último gran festejo de su gloria.

Muerto Stalin en 1953, y a menos de dos meses de las denuncias de Kruschev en el XX Congreso, el sesenta aniversario de Pasionaria fue el último gran espectáculo de la exuberante época estalinista, y correspondió a ella y al PC español protagonizarlo. En París, antes, durante y después de la magna fecha del 9 de diciembre, hubo colas litúrgicas para hacer donación de regalos en la sede del PC francés. Había tantos, y tan grande era el afluir de gentes, que se contrató un tren para llevarle los presentes; salió de la Gare de l'Est para dirigirse a Moscú. Posiblemente fuera el último tren de Stalin que salía retrasado.

Se conmemoró la efemérides en toda Francia; en París, Toulouse, Grenoble, Montpellier, Béziers, Perpignan. Pero también al otro lado del océano las organizaciones movilizaron su entorno para que Dolores supiera de ellos: hubo actos en México, Cuba, Venezuela, Buenos Aires, Montevideo y Santiago de Chile. El PC de Euskadi y el PSU de Cataluña cantaron sus esfuerzos por elevar al proletariado español como dirigente de los pueblos hispanos y los partidos comunistas, desde el italiano de Togliatti hasta el portugués de Cunhal, mandaron felicitaciones. Su propio Comité Central, el español, redactó un documento conmemorativo y se pidió a Rafael Alberti un verso, su mejor y último verso en homenaje a ella. Lo tituló «Una Pasionaria para Dolores en su 60 aniversario», y terminaba así:

¿Quién no la quiere? No es la hermana

ni la novia, ni la compañera.

Es algo más: la clase obrera,

madre del sol de la mañana,

norte de nuestra reconquista,

segura estrella salvadora,

Pasionaria, la nueva aurora,

es el Partido Comunista.

¡Quién, que no fuera un descastado y un insensible, iba a romper aquel fasto dándole el disgusto de incluir el ingreso de Franco en la ONU entre los regalos que llegaron a Moscú! Uribe, Mije y Líster asumieron la declaración y la hicieron pública, prudencialmente, unos días después de que cumpliera los sesenta años, para no enturbiar el ritual. Tenía el tono, el ritmo y los clichés ideológicos de la guerra fría, como si todo se redujera, una vez más, al pérfido imperialismo norteamericano, que jugaba otra mala pasada a la democracia española. Esquivaban algo tan evidente como que la URSS aprobaba y suscribía la incorporación de Franco al sistema de relaciones internacionales, lo que inauguraba en parte la nueva política kruschoviana de coexistencia pacífica entre sistemas y regímenes absolutamente dispares. Pero, por encima de cualquier otra razón, lo que tanto los Estados Unidos como la Unión Soviética dejaban sentado de una vez por todas era que el derribo de Franco y la vuelta a la democracia era un asunto interno de los españoles, al que ellos no eran ni extraños ni ajenos, pero en el que no estaban dispuestos a intervenir mientras la situación no amenazara el equilibrio de fuerzas en Europa. Más aún, que mientras Mongolia exterior pertenecía inequívocamente al área soviética, España estaba adscrita a la estadounidense; ejemplo no tan exagerado en la comparación, pues tanto una como otra fueron incluidas al unísono en las Naciones Unidas, lo cual sirvió a los camaradas soviéticos para explicarles a los renuentes españoles lo positivo de la nueva situación contemplada desde una perspectiva «científica», exenta de particularismos localistas.

El 30 de diciembre se leyó la declaración por Radio España Independiente (REI), en Bucarest. Llevaba más de un mes de retraso sobre la decisión de las grandes potencias, para así no hacerle el segundo desaire a Pasionaria interfiriendo su onomástica –el primero había sido la decisión de la ONU–. Uribe, Mije y Líster esperaron hasta esa fecha en un gesto de venerable altruismo, pues el 30 de diciembre era el propio Uribe quien cumplía cincuenta y ocho años. Pero los hechos transcurrieron así y a punto de concluir 1955 saltó a las ondas la declaración esperada, en la cual los redactores se las vieron y desearon para exonerar a la URSS de la decisión y acusar tan solo a los «países imperialistas». Como dijo la REI en el editorial radiofónico que precedió al comunicado del Buró, en lugar de cinco estados socialistas habrá nueve en la ONU.

Las grandes potencias se cobraron a precio de escándalo las concesiones mutuas. Mientras la URSS incorporaba a la Organización de Naciones Unidas a Mongolia Exterior, Hungría, Bulgaria, Rumania y Albania, los occidentales metían a los suyos: España, Nepal, Libia, Camboya, Jordania… Así hasta alcanzar la cifra de 16, entre los que sobresalían con luz propia dos neutrales: Austria y Finlandia.

Dejar en buen lugar a la URSS al tiempo que se atacaba a los imperialistas obligó a que los redactores tuvieran tanta cautela como sentido del humor: El ingreso de 16 países en la ONU, independientemente de nuestras objeciones sobre la admisión de la España franquista, constituye un importante paso en el reforzamiento de la colaboración internacional… Nosotros saludamos la actitud de la Unión Soviética, que ha permitido terminar con la situación que los imperialistas habían creado en la ONU. Sus sentimientos eran contradictorios: como internacionalistas proletarios nos alegramos de las victorias democráticas de otros pueblos…, pero como comunistas españoles, nos desagrada profundamente que sea el régimen franquista quien represente a España en la ONU. Se veían obligados a reconocer que para que esto no llegara hemos luchado no solo con palabras, sino con las armas en la mano. Evidente alusión al pasado antifascista de los cuatro grandes. Pero los líderes del PC español pensaban detener la historia con grandes frases; había dos rotundas, la de que con la entrada de Franco en la ONU no queda cancelada la resistencia, lo que reproducía el antiguo lenguaje bélico, guerrillero, y otra que reflejaba su ceguera, porque para ellos el régimen franquista es hoy menos sólido que lo era en 1949.

Nadie pudo quedar indiferente ante el ingreso de Franco en la ONU. Esto, de por sí, ya mostraba la verdadera envergadura del problema y las conclusiones pertinentes no eran en principio muy halagüeñas para los antifranquistas españoles. El PSOE, cambiando los términos y los nombres de los culpables, casi coincidía con la declaración de Bucarest del Buró Político del PCE. El Socialista publicado en Toulouse el 24 de noviembre y la lectura en Radio España Independiente del 30 de diciembre coincidían en las líneas generales, solo que para unos se trataba de una maniobra soviética y para otros del imperialismo norteamericano, pero consustancialmente eran idénticas, en ambas se traslucía el desamparo de la democracia española.

En París, otros dirigentes del PCE hacían una lectura muy distinta de la situación. Varios miembros del Buró, Fernando Claudín, Ignacio Gallego y el recién incorporado Jorge Semprún, formalmente en el Central, capitaneados por Carrillo, daban un significado estrictamente utilitario, pero de amplio espectro y consecuencias, a que las dos grandes potencias hubieran coincidido en el interés de obviar el pasado del franquismo. Santiago se puso a escribir un largo artículo con el objetivo de incluirlo en Nuestra Bandera, revista que ellos controlaban completamente, frente a Mundo Obrero, que seguía bajo la dirección formal y a distancia de Antonio Mije.

Se estaba imprimiendo Nuestra Bandera cuando la REI leyó el comunicado oficial del Buró Político. Santiago Carrillo, en vez de retirarlo de la imprenta, en un rasgo de inaudita osadía, lo mantiene pero no lo publica, porque sería ir demasiado lejos. Envía a Jorge Semprún a encontrarse con Dolores en Praga; deberá hacerle entrega del texto antes de su publicación. Ella decidirá si distribuirlo o congelarlo. Dolores, cuando reciba a Semprún, no dará ninguna respuesta salomónica, sencillamente no dirá nada; ni a favor ni en contra, quizá porque pensara que había llegado el momento de darle un escarmiento a Carrillo, que tenía la desfachatez de enviarle de mensajero al más novísimo de los miembros de la dirección, en vez de ir él personalmente a explicárselo.

Semprún reunía una serie de condiciones que no se cumplían en Claudín ni en Gallego. Venía del interior, de la clandestinidad, lo que le confería mayor autoridad moral y un mejor acercamiento a la realidad; tenía capacidad política, una brillantez expositiva indiscutible y ese gancho de muchacho simpático y afable, seguro de sí, que le granjeó tantos éxitos a quien en la clandestinidad adoptó el grisáceo nombre de guerra de Federico Sánchez. La llegada a Praga en enero de 1956 y la posterior entrevista con Dolores Ibárruri la contó Semprún en

su Autobiografía:

Dolores estaba de viaje. Estaba regresando, en el tren especial de la delegación rumana, de un congreso del partido alemán que acababa de terminar en Berlín-Este… Llegó el tren, hubo saludos, ramos de flores y músicas. Vicente Uribe fue a hablar con Pasionaria, que disponía de un vagón-salón, y volvió diciéndome que montara en el tren inmediatamente, que iba a acompañar a Dolores hasta Bucarest para informarla en detalle… apenas el tren especial hubo abandonado la estación de Praga, Pasionaria me invitó a reunirme con ella en uno de los compartimentos de su vagón-salón. Allí, solos los dos, volví a hacer el informe que ya había hecho a Líster y a Uribe… Me escuchó con un semblante impasible, marmóreo, sin hacer el más mínimo comentario. Luego, después de haber echado un vistazo al texto de Carrillo, Dolores me dijo brevemente que iba a leerlo más tarde, que reflexionaría durante el viaje y que me comunicaría en Bucarest qué respuesta tendría que llevar a los camaradas de París. Dio por terminada la entrevista.

Carrillo se había lanzado a una pelea política de consecuencias en principio imprevisibles. De hecho, al no retirar el artículo, al mantenerlo y esperar, ya de por sí no estaba respetando las tradiciones del PCE ni de su Buró Político. Santiago provocaba el enfrentamiento con la mayoría del Buró, incluida su secretaría general, que mientras no constara lo contrario había suscrito la declaración de Radio España Independiente. Fernando Claudín, buen conocedor del personaje y por entonces su mano derecha, escribió intentando explicar la jugada de Santiago: Es verosímil suponer que Carrillo viera en la divergencia sobre la cuestión de la ONU… la posibilidad de afrontar el conflicto latente en el terreno en que se sentía más seguro: el terreno de la política a seguir en la nueva situación española e internacional[1]. Es sorprendente, no obstante, que Claudín olvide un detalle esclarecedor del comportamiento de Carrillo, como es que envía a Semprún con el artículo y no lo publica hasta que vuelve sin respuesta. Este hecho matiza la audacia de Santiago sin quitarle su valor, pero choca con el nivel algo atrabiliario de los recuerdos de un testigo de primera mano como Claudín, quien dice que Carrillo mantuvo el texto y lo publicó después de escuchar la REI[2]. Carrillo mostraba su genuino olfato, su particular percepción del ahora o nunca, que le daría a la larga el triunfo en el partido y el fracaso en la

historia.

Aunque algunos documentos hayan insistido en la ruptura que supuso la declaración de Carrillo respecto a la de los veteranos (Uribe, Mije, Líster y Dolores), las diferencias, siendo significativas, no son trascendentales. Lo que sí ocurre es que revela dos modos de enfrentarse a la realidad. La dolorida, la de perro rastrojero al que han golpeado el lomo, que es la de los veteranos. Y la del hombre decidido a triunfar cueste lo que cueste y que sabrá esbozar una sonrisa ancha, convirtiendo en una broma lo que ha sido un desprecio. Carrillo desaprobará el lenguaje «resistente» de la declaración de Bucarest, porque correspondía a una etapa y unos procedimientos que debían darse por cancelados, pero se sumaba, y con mayor fuerza que los veteranos, a la debilidad del régimen; si para aquellos era progresiva, para él se había convertido en algo congénito, que le hacía dar las últimas bocanadas de aire. Frente al «No pasa nada y ustedes van a ver» de Pasionaria-Uribe, él proponía una voltereta: El ingreso en la ONU de dieciséis Estados que todavía permanecían al margen es una victoria de la política de paz, de coexistencia pacífica, que encabeza la Unión Soviética y los países de democracia popular. Es decir, que por un gol que le metían a la URSS (la España de Franco) ellos colaban dieciséis. Visto con esta perspectiva, a todas luces falsa, había que felicitarse de la gran suerte de ser comunistas y de alcanzar una victoria tan aplastante sobre el enemigo imperialista.

Con ese encabezamiento abría Santiago Carrillo el artículo sobre su visión del ingreso de España en la ONU. Frente a la brevedad de los veteranos del Buró, que lo hicieron leer por Radio España Independiente, Santiago lo publicó en la revista teórica, Nuestra Bandera[3]. Se protegía tras la nueva política exterior soviética de las obvias reacciones que su postura provocaría en el Buró. La defensa a ultranza de la URSS facilitaba sus apreciaciones y le permitía ir aún más lejos que ellos: El hecho de que no haya relaciones entre España y los países del campo socialista favorece únicamente a la camarilla franquista y a sus padrinos imperialistas, que tienen así amplio campo libre.

Pero eso no es más que el escudo, la cáscara de su tesis. El meollo está explicitado en una reflexión interrogativa, a la manera estalinista: ¿Puede pensarse fundamentalmente que la entrada de España en la ONU vaya a reforzar al régimen de Franco? Este temor tiene su origen en la idea, en unos consciente y en otros no, pero todavía muy arraigada, de que la solución a los problemas de España debe venir por una intervención de las grandes potencias. Carrillo ponía

el dedo en la llaga e inauguraba lo que iba a ser el giro de su reconciliación nacional, que él hábilmente enmascaraba escudándose en un artículo de Pasionaria exhumado para la ocasión, aunque había sido publicado en 1948: La liberación de España ha de ser el resultado de la acción de todas las fuerzas antifranquistas unidas… Para hacer su política era impensable no contar con Dolores Ibárruri, lograr atraerla a sus posiciones rompiendo al fin con aquellos carcamales que la rodeaban y que habían nacido a la política gracias a la guerra civil. Hombres como Uribe, Mije y Líster necesitaban vivir en el clima de la guerra civil porque había sido su leche nutricia, pero para él la guerra no había sido más que un eclipse; ni siquiera durante su breve periodo de responsable del Orden Público de la Junta de Madrid pudo sentirse dirigente de algo importante. Fue un actor secundario, casi un comparsa durante toda la guerra. Luego, en la posguerra, un actor principal, pero con el guión aprendido. Ahora llegaba el momento de dirigir la obra.

Había que contar con las únicas fuerzas seguras, las propias, y prepararse para dar jaque mate al Buró político. Con su audacia y con la ayuda de los soviéticos, cuya nueva política parecía que no habían advertido ninguno de los que vivían en el Este, disponía de todas las oportunidades para vencer, con poco que le ayudara Dolores. El número de Nuestra Bandera donde incluirá su artículo es verdaderamente antológico. Como «telonero» de su actuación estelar llevará a Manuel Azcárate, que desarrollaba el tema favorito de Santiago, el giro de la política exterior soviética, su «coexistencia pacífica». Azcárate, en un alarde de entusiasmo, creía ya encontrarla esbozada en el Lenin de 1905, el de «las dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática». Llevado de su apasionado modo de ver el increíble avance que suponía la incorporación de España a la ONU, preveía un golpe demoledor a uno de los pilares del franquismo, el de su «rabioso anticomunismo», que se vería desmochado a partir de que se divulgasen, gracias a las previsibles relaciones entre la España de Franco y los países socialistas, los éxitos de la URSS y los progresos logrados en China. Carrillo utilizaba a Azcárate para ir más lejos aún; no bastaba con la admisión de Franco en la ONU, debía ser admitido como igual en los países socialistas, incluido el intercambio de embajadores.

Parejo a Azcárate, Jorge Semprún ayudaba a hacer de aquel número de Nuestra Bandera una auténtica bandera de entusiasmo en todos los campos. Al definir a Ortega y Gasset como la filosofía de una época de crisis, alcanzaba conclusiones tan trascendentales como la de que el orteguismo carece de toda base científica y la satisfactoria referencia de que al fin se iba a producir el irremediable

derrumbamiento del orgulloso sistema de Hegel.

La reacción tanto de Pasionaria como de Uribe no fue fulminante, sino calculada. La publicación del texto de Carrillo no podía interpretarse más que como una provocación, no había consultado con ninguno de ellos; el envío de Jorge Semprún con el texto no variaba en nada el gesto. ¿Quién era él para tomar una posición divergente de la auténtica del Buró, que estaba contenida en la declaración emitida por Radio España Independiente?

Para golpear de una vez por todas la soberbia y la impertinencia de Carrillo había que lograr separar al principal contaminador de los demás miembros fieles y seguros que residían en París. Pasionaria y Uribe, que tenían su experiencia de partido, sabían que lo más peligroso era traducir el gesto de Carrillo en un enfrentamiento entre el Buró de Praga-Moscú frente al de París. Esto les obligaría a formar una piña en defensa propia y a Uribe y a ella a atacarlos con la distancia de por medio. No obstante, sí eran conscientes de que había algo fuera de toda duda: la indisciplina de los miembros del Buró en París.

Exactamente lo mismo, pero al revés, es lo que pensaba Carrillo. Había que lograr confundir el auténtico enfrentamiento entre los dos Burós y para ello no había más paso que el de lograr una cierta neutralidad de Pasionaria, porque Vicente Uribe jamás sería para ellos más que un adversario, un individuo que marginar si se quería avanzar en la línea que tanto él como Claudín se habían trazado.

No hacía falta ser un lince, y en muchas cosas Pasionaria lo era, para percibir que en París se estaba formando un grupo homogéneo en torno a Carrillo; sujeto a él y orientado por ese exjoven socialista en el que ella, a decir verdad, nunca había tenido excesiva confianza. Porque para Dolores, que había entrado en el PCE con su fundación, la veteranía era un grado y los tránsfugas, aunque fueran en su beneficio, no le inspiraban entusiasmos, siguiendo la costumbre estalinista. No le discutía ni capacidad, ni talento político, ni voluntad, pero las informaciones que le había suministrado Jorge Semprún dejaban patente que los miembros del Buró en París, conscientemente o arrastrados por Carrillo, pretendían dar un giro a la táctica y a la estrategia del partido, no solo sin que ella lo propusiera, sino independientemente de su propia opinión, lo que, además de constituir una novedad sin precedentes, era una pendiente peligrosa por donde el PCE podía deslizarse, abriendo una crisis en el Buró Político de consecuencias incalculables.

Después de su entrevista con Semprún, de donde ella sacó una impresión y Jorge ninguna que no fuera literaria, Dolores, sin decir nada, apenas recogiendo apuntes y ratificando sus primeros juicios, salió hacia Moscú para estar presente en la sesión inaugural del XX Congreso del PC de la URSS.

Mientras no decía esta boca es mía a Carrillo, dejándole que asumiera la responsabilidad de publicar o no el artículo en Nuestra Bandera, se le ocurrió una brillante idea: aprovechar el congreso del PCUS para convocar a Fernando Claudín a que se incorporase a la delegación española. No llamaría la atención, entre otras cosas, porque Claudín, tras siete años en la URSS, era el candidato idóneo para el reencuentro con los soviéticos. Sería la voz más autorizada para que le explicara qué estaba pasando realmente en París y por qué se estaba atentando contra la «sagrada unidad» de la dirección del partido. Así tendría la doble fortuna de saber de buena fuente los hechos, y ganar a Claudín para su posición, convirtiéndole en el ariete que escarmentara a los niñatos de París, que no habían aprendido nada, al parecer, de la lección del caso Antón. Como escribió Claudín, refiriéndose a sí mismo, las intenciones eran bastante transparentes: habían incluido en la delegación al antiguo joven comunista que yo era para utilizarme en la batalla contra el antiguo joven socialista que se insubordinaba.

Fernando Claudín fue convocado inmediatamente a Moscú para formar parte de la delegación del PCE en el XX Congreso de los comunistas soviéticos, el más importante desde la muerte de Lenin e incluso cabe decir el segundo en importancia de su historia, detrás de aquel numerado oficialmente como 11, del que salió, en 1903, la separación entre «bolcheviques» y «mencheviques» dentro de la socialdemocracia rusa. La delegación la formaban miembros del Buró residentes en los países socialistas y que constituían el núcleo dirigente del Partido hasta entonces; Dolores, Uribe, Mije y Líster. Se añadió Fernando Claudín, quien por su historial servía de puente perfecto entre el Buró «de toda la vida» y los «de París».

La doblez en la invitación de Claudín quedó clara desde su llegada a Moscú. Unos días antes de la inauguración del Congreso tuvo lugar la primera reunión de los delegados para discutir las divergencias sobre el tema de la ONU, unas divergencias que a juicio de los allí reunidos no eran más que gestos de indisciplina y provocación. Cuando abrió la reunión Dolores Ibárruri, el 5 de febrero, ni siquiera había dado comienzo el XX Congreso y se desconocía absolutamente todo lo referente a la trascendental sesión secreta del 24 de

febrero, en la que Nikita Kruschev iniciaría la lectura de su informe contra Stalin.

Dolores no hizo un ataque a las posiciones del Buró de París, sino que fue sumando calificativos a cual más ofensivo e insultante. Reapareció la Pasionaria dura, implacable, asumiendo su autoridad contra los imberbes que la han ofendido. Sin andarse con rodeos va directamente al grano y propone como primer y único punto de discusión «el trabajo de la dirección del partido», es decir, el conflicto planteado por los de París. Claudín intenta ampliar el campo del debate a otros temas, para superar su inferioridad numérica: la situación política en España, los avances organizativos del PCE en Francia, etc. Todo menos limitarse a las cuestiones de procedimiento. Pero Dolores no le dejará resquicio a la duda: Debe discutirse primero el problema de la dirección del partido, porque es el más importante en este momento. Los presentes asienten unánimes, según consta en el acta de la sesión. Uribe, Mije y Líster suscribirán todas las palabras de Dolores, deseosos de darles un escarmiento a los muchachos díscolos de París.

El informe fiscal lo hará Mije y se compone de dos partes bien delimitadas; una defensa untuosa de Uribe y un ataque despreciativo hacia Carrillo. Este Mije, que antes de que el verano termine dirá de Uribe cosas terribles y demoledoras sobre su despotismo y sus arbitrariedades, ahora exclama, emocionado y sin un átomo de humor: Uribe es muy delicado en las relaciones de trabajo con los demás camaradas y deja que cada uno desarrolle su iniciativa. Tiene mucho tacto, y eso lo han aprovechado hombres como Carrillo para hacer de su capa un sayo. Mije, en un esfuerzo crítico y tras muchos «quizá», ve en Uribe, quizá, quizá, quizá, el defecto de tener demasiada paciencia, mientras que Carrillo y Semprún son gentes ligeras. En el caso de Carrillo se trata de una enorme ligereza y en el de Semprún de demasiada ligereza. Lo que en ambos se traduce en sustituir la realidad por sus deseos.

La situación de Fernando Claudín ante aquel consejo de guerra donde todos son al tiempo jueces, fiscales y pelotón de ejecución no es envidiable y, sin embargo, mostrará un coraje y un valor indiscutibles. Otros jamás lo hubieran tenido, quizá empezando por Carrillo, porque la valentía de Claudín tiene rasgos suicidas, sin salida. La historia podría darle la razón, pero allí estaba perdido, en minoría y sabía las consecuencias de su gesto. Desoye los cantos de sirena que le engolosinan los oídos; uno tras otro, los allí presentes tratan de exonerarle de la responsabilidad que comparte con Carrillo, intentando separarles, y echando

sobre el joven socialista el grueso de sus ataques. Claudín no solo mantendrá el tipo con una dignidad que le honra, sino que sin arredrarse se dirigirá contra Uribe, el hombre que dice que los camaradas no están acostumbrados a pensar, el hombre que tiene una actitud de resistencia a la crítica, y con inaudita osadía le advierte de que los demás camaradas, aunque somos más modestos, podemos ayudar al camarada Uribe a comprender la justeza de las críticas.

Claudín no está dispuesto a dejarse vencer fácilmente y alzándose sobre aquel ambiente hostil dirige sus dardos contra Uribe, tratando de separarle de Dolores, posiblemente siguiendo la táctica diseñada por Carrillo y él en París: Y quiero decir delante del secretario general del partido dos cosas… La primera es que en mi opinión el camarada Uribe debería esforzarse más en su trabajo de elaboración de las cuestiones políticas e ideológicas. Más de una vez a mí, y creo que a otros camaradas, me ha dicho, como un mérito, que él elabora los artículos y documentos de una vez, sin corregirlos. Yo creo que esto no es un buen método… En segundo lugar… el camarada Mije ha hablado de que el camarada Uribe tiene tanto tacto… que no interviene muchas veces como debería intervenir… yo creo que eso no ayuda al trabajo colectivo… En otras palabras, mientras se acusa a los de París de indisciplina, Claudín responde llamando a Uribe ignorante y vago.

En el comportamiento de Claudín está claro que intenta abrir una brecha entre Dolores y Uribe, al igual que ellos tratan de hacerlo entre él y Carrillo. No le falta razón al intentarlo, pues sabe que Pasionaria será, en definitiva, quien tome las decisiones. Pero también hay otros rasgos que preludiarán la crisis de 1964: Claudín no está dispuesto a dejarse pisar.

Cuando se reanude la reunión de la delegación del Buró Político español en el XX Congreso del PCUS, el 5 de marzo, ya habrá terminado el histórico Congreso. Todos conocían el texto secreto de Kruschev, pero tanto Dolores, como Líster, Uribe o Mije considerarán la discusión iniciada un mes antes como la segunda parte del juicio sumarísimo contra los «temerarios» colegas de París, que han realizado un acto imperdonable de indisciplina. Claudín permanece a pie firme, sin ceder un palmo de terreno, en sus posiciones del 5 de febrero. Sin embargo, entre ambas reuniones se produce un hecho trascendental que cambiará el curso del movimiento comunista internacional.

Después de varios días de sesiones, el XX Congreso llegó a la tarde del 24 de febrero. En una sesión secreta, sin delegados extranjeros y con la expresa

prohibición de tomar notas, apuntes o sencillamente hacer comentarios, Nikita Kruschev dio lectura a su alegato contra Stalin. Durará incluso la mañana del día siguiente. Por los testimonios de los hombres de la delegación italiana que acompañaban a Togliatti sabemos que este recibió el informe secreto de Kruschev en la tarde del día 24, con la obligación de devolverlo al día siguiente y de no hacer copias ni informar a nadie. Otro tanto ocurrió a Mauricio Thorez, secretario general del PCF, y a los jefes de las delegaciones extranjeras más sobresalientes, entre las que se encontraba la española.

El informe le llegó a Dolores en la noche del 25. Avisó a Uribe, que, al no saber ruso, hubo a su vez de llamar a Líster para que les diera conocimiento de lo que decía aquel documento. Claudín no se enteraría hasta más tarde, por la sencilla razón de que tenía a su familia con domicilio en Moscú y no dormía en el hotel. Por este procedimiento tan carpetovetónico el Partido Comunista de España fue el único de los partidos occidentales que tuvo conocimiento, más allá de su secretario general, del informe secreto de Kruschev. Dicho informe no tuvo una influencia directa en los acontecimientos y menos aún en el proceso de posterior liquidación política de Vicente Uribe. Con ese cinismo que caracteriza los argumentos esgrimidos a posteriori se ha querido ver interesadamente en la ascensión de Carrillo y Claudín a la cabeza del PCE, así como en el descalabro y ostracismo de Uribe, una trasposición al PC español de las consecuencias del XX Congreso del PCUS. Nada más lejos de la realidad.

A partir de la exacta comparación de que los aires voluntaristas de Carrillo y Claudín casaban mejor con el estilo kruschoviano de las tierras vírgenes y la victoria sobre el capitalismo norteamericano en diez años, no cabía la otra deducción de que Carrillo y Claudín habían sido los develadores del estalinismo en el PCE personificado en Uribe. El asunto es más complejo y una vez más, al igual que en los casos de Comorera y Antón, entre la liquidación política y la justificación a posteriori median muchos elementos. La liquidación de Uribe, su argumentación, su metodología responde a razones de lucha política interior, incluso a dos concepciones tácticas y estratégicas, pero se inscribe en el estalinismo más consecuente, no en el antiestalinismo. Y, por si fuera poco, basta dar un repaso a las fechas, que los protagonistas han tenido buen cuidado de confundir. El informe de Kruschev fue conocido casi al unísono de su lectura, el 25 de febrero, luego habrá varias reuniones de los delegados del XX Congreso en las que las posturas se mantendrán idénticas a las del 5 de febrero. Pero el 12 de marzo Dolores empezará a iniciar un giro, vislumbrando, aunque sin atreverse todavía, la posibilidad de cambiar de partenaire: Carrillo por Uribe. Pero hasta

esa fecha, en los primeros días de marzo, pesarán en Dolores las ofensas que Carrillo le ha causado y seguirá exigiendo castigo, porque el comportamiento de los miembros del Buró en París puede interpretarse de muchas maneras y todas a cual peores.

Claudín sabe que está discutiendo con un pie forzado, el de la indisciplina, y se encierra en una mentira para no reconocer su falta; jura y perjura que se intentó de todas las maneras no cometer el nefasto pecado de la indisciplina, pero que al fin la casualidad venció y solo los mal pensados podrán interpretarlo así: Cuando se produjo lo de la ONU consideramos que era necesario hacer pública inmediatamente nuestra posición.., y así hicimos en un artículo que se publicó en Democracia al día siguiente mismo de conocerse la noticia del ingreso, es decir, el 16 o 17 de diciembre… Al mismo tiempo se aceleró la elaboración del artículo que se había acordado que escribiera Santiago para Nuestra Bandera… El día uno o dos de enero conocimos la declaración vuestra e inmediatamente acordamos suspender la publicación… de Nuestra Bandera… Acordamos aprovechar la oportunidad de que el camarada Semprún estaba preparado para salir inmediatamente e informaros a través de él. Aunque no es miembro del Buró lo es del Comité Central… En definitiva, una milonga increíble, porque lo cierto es que tanto Carrillo como Claudín sabían que Dolores, Uribe y compañía habían tomado otra posición y ellos se empecinaron en la suya, lo que carecía de precedentes en el partido. De precedentes sin sanción, claro está.

Es verdad que apareció el artículo en Democracia, una revista del partido español en Francia, pero la redacción del otro artículo, el de fondo, que preparaba Carrillo para Nuestra Bandera, se aceleró a partir de que la REI emitió el comunicado del Buró. Y para mayor abundamiento había una concatenación cronológica evidente que demostraba que el artículo de Carrillo iba a rebatir las tesis políticas de Uribe que se respiraban en el comunicado oficial, y es que el artículo se publica en enero, después de conocer la posición oficial en la REI, y la decisión de las Naciones Unidas no se había tomado el 16 o 17, como decía Claudín, sino diez días antes, el 8 de diciembre.

Mientras Dolores se va decantando hacia una reconsideración de la ofensa y de la indisciplina y se dirige hacia el meollo, que es la revisión de la línea, los otros –Mije, Líster y Uribe– siguen con sus ataques frontales. Para Mije el asunto se reduce a algo insultante que va implícito en el tono de las intervenciones de Santiago. Para Líster es el no va más y su fino olfato ya viene detectando un cambio en los planteamientos políticos y se ven las cosas de España de manera

desbocada. Mientras él y Dolores insisten siempre en saber qué pasa de verdad en la clase obrera y los campesinos, Carrillo saca conclusiones demasiado rotundas y optimistas sobre la base de los estudiantes e intelectuales. De ahí que para él no quepa duda de por qué mandó a Semprún a Praga, porque es el camarada cuyas informaciones sirven de base para llegar a conclusiones incorrectas.

Uribe lo ve todo desde su pontifical asiento y lo resume a su estilo. Las conclusiones del Buró en París son muy impertinentes. Se indigna sobremanera porque Claudín ha osado decir que él está en contradicción con la política de la URSS y que nos apartamos del camino leninista, y concluye sorprendido: Hay que haber perdido el sentido de la realidad para hacer esas afirmaciones contra nosotros. Ese Uribe dogmático y soberbio tiene la dignidad, que no le reconocerán sus adversarios, cuando dentro de unos meses le defenestren, aún en la cúspide de su intocable número dos del PCE, de afirmar que sus ataques políticos contra Carrillo deben ser separados de cualquier apreciación subjetiva, porque estima que ha sido correcta la manera de proceder de Santiago en sus relaciones personales y lo mismo dice de Claudín, añadiendo, con una caballerosidad que le honra: Conviene dejar sentados los hechos como son y más teniendo en cuenta que Santiago está ausente. Él no sabe, porque no podía saberlo, que este será uno de sus últimos gestos de superioridad. Pronto pasará de juez a reo, de tribunal a sentenciado, de invulnerable a blanco de todas las críticas.

Pero aún quedan varios días. Dolores sigue empecinada en el ataque contra Carrillo, y si Claudín ha tenido la soberbia de no valorar la mano que se le tiende, allá él. La intervención de Fernando no nos ha dado nada nuevo, porque ha repetido lo ya planteado por Santiago, echando la principal responsabilidad de las debilidades del trabajo sobre el camarada Uribe… yo no voy a defender los defectos del trabajo del camarada Uribe, que creo que los tiene como los tenemos todos. Es una forma como otra cualquiera de echar un capote a Vicente y de salvarle, de momento, de las fauces de los jóvenes lobos. Porque, en el fondo, Dolores tiene la clarividencia suficiente como para detectar los defectos del PCE y su equipo de dirigentes: ¿Dónde están las causas de las debilidades en la dirección del partido? Residen en el propio desarrollo irregular y accidentado del partido y en la insuficiente formación política e ideológica de la dirección… En orden a la actividad de la dirección del partido y a sus métodos después del congreso ¿podemos decir que han mejorado? Yo quisiera equivocarme, pero creo que no solo no han mejorado, sino que han empeorado; y, dirigiéndose

frontalmente a Claudín, le señala: La llegada de Fernando a Francia no ha mejorado, sino que ha empeorado el trabajo… Nunca he estado menos informada de lo que ocurría en el partido y en el país que en el periodo de tiempo transcurrido desde el congreso hasta que Santiago vino en septiembre [1955] a informarme… ¿Por qué se ha llegado hasta el escándalo de que yo reciba Mundo Obrero con dos, y a veces con tres meses de retraso?… Se dice que hay dificultades para enviar la información. Es posible. Pero para arreglar vuestras relaciones familiares y personales encontráis siempre el medio (malévola referencia a Claudín, que mantenía relaciones regulares con su familia). Se habla de libros, de corrientes literarias, de tendencias. La única que no conoce ni las obras, ni las corrientes literarias y tendencias soy yo. En cambio me enviáis ediciones de lujo del padre Gracián y de Santa Teresa, que yo os agradezco porque además de adornar mi biblioteca me sirven para no olvidar el castellano. Pero políticamente no me dan nada.

Después de hacer este retrato estremecedor de su situación de secretaria general con las funciones secuestradas, apunta brutalmente a las auténticas causas y al ascenso irresistible de Carrillo que ella desea interrumpir: Quiero llamar la atención sobre una cuestión que nunca se ha planteado pero que debemos tener en cuenta, porque si hoy no representa un peligro, en el futuro puede representarlo. Santiago fue el dirigente, de todos muy estimado, de las JSU. Y nos encontramos con la siguiente situación: Santiago no es ya el dirigente de las JSU, pero una serie de camaradas, antiguos dirigentes de las JSU, trabajan hoy en realidad no bajo la dirección del Buró Político, sino bajo la dirección de Santiago… Y en mi opinión de esto arranca lo que se ha dado en llamar el aparato de Santiago y toda una serie de prácticas viciosas en las que el camarada Fernando no ha parado su atención… Una de las cosas en que más hincapié se ha hecho en el XX Congreso [del PCUS] es que se ha restablecido la dirección colectiva que no existía desde hace muchos años… Nosotros padecemos de eso, también sufrimos de esa falta de dirección colectiva. Existe la Comisión del Interior, que discute y resuelve bajo la dirección de Santiago y Claudín los problemas del país, y existe el resto del Buró Político, muchos de cuyos miembros no conocen más que superficialmente la marcha de los acontecimientos.

Es posiblemente el mayor ataque que sufre la figura de Carrillo desde su ingreso en el PCE, y está pronunciado por la secretaria general. Pero Dolores no va a quedarse tan solo ahí, sino que desea golpear las bases políticas del nuevo tándem Carrillo-Claudín, que ha elevado el voluntarismo y el desprecio al

españolismo a cotas alarmantes: Sinceramente, yo no he visto nunca tanta fanfarronería en la propaganda del partido como en los últimos tiempos… Pero hay algo a lo que no renunciamos, camarada Fernando, aunque a ti quizá te parezca nacionalismo. Y a lo que no renunciamos es al orgullo de lo que España ha aportado a la civilización universal; al orgullo de las tradiciones progresivas y combativas de nuestro pueblo… y si esto es nacionalismo, yo reconozco que soy nacionalista. Es la Pasionaria de sus horas gloriosas, de sus trémolos vibrantes, de sus imágenes más floridas, pero que en este caso reflejan un panorama claro y concreto: de una parte Carrillo y Claudín, frente a ellos el resto del Buró Político. Después de escucharla quizá Claudín comprende que es vano el intento de crear una fisura entre ella y Uribe, porque es Dolores, más que Vicente, la que se siente amenazada y ha reaccionado, con su reflejo de veterana, frente a los jóvenes arrolladores. Dicho con sus propias palabras: Para mí cada camarada conocido y probado es un puntal del partido, que yo no arrojaré a los cerdos. Con estas frases la alianza de Pasionaria con Uribe ha quedado soldada. La partida la tienen perdida tanto Carrillo como Claudín. Al menos eso es lo que parece.

La sensación de derrota es tan evidente en Fernando que vuelve a insistir en la celebración del Buró Político en pleno porque, a su juicio, después de la intervención de Dolores la necesidad de esa reunión no puede ofrecer dudas. Pero Uribe le replica que se deje para más adelante, quizá pensando en saborear la victoria hasta el final y ganar tiempo para elaborar una maniobra que divida al grupo de París. La sugerencia de Uribe es apoyada tanto por Dolores, como por los otros asistentes, Líster y Mije. Claudín se encuentra más solo que cuando llegó a Moscú. La batalla está perdida, porque el recurso de convocar el pleno del Buró, que ofrecería más posibilidades de equilibrar las fuerzas, ha sido rechazado. No le queda, pues, nada más que afrontar la situación con fiereza, echar su cuarto a espadas y no cerrar la herida abierta por Dolores, sino escarbar en ella y que el enfrentamiento se haga tan evidente, que la convocatoria del Buró sea la consecuencia imprescindible si no quieren que la dirección del partido quede rota después de sus palabras.

Va a ser como la cuerda que puede mover el badajo de la campana. O interviene con tal fiereza que se acerque al punto de ruptura o le liquidarán a él y a Carrillo sin necesidad ni siquiera de reunir el pleno del Buró, por más zarandajas que señalen de la dirección colectiva. Fernando Claudín se empleará a fondo, con valentía, y probablemente esta intervención suya del 12 de marzo de 1956, cinco días después de escuchar la de Pasionaria, sea el discurso más coherente de su

carrera política; incluso como herramienta teórica superará a sus polémicas de años posteriores. Desde las primeras frases quedan claras sus intenciones: Al punto que hemos llegado caben dos posibilidades: orientarse a suavizar las cosas lo más posible, y en aras de ello aceptar incluso planteamientos con los que uno no está de acuerdo, porque vienen de las máximas autoridades de nuestro partido… o seguir adelante. Ir aún más al fondo de los problemas. Sacar a la luz toda la realidad de la situación existente en la dirección del partido… En mi opinión el único camino justo en las circunstancias actuales es el segundo.

Claudín ya conoce lo fundamental del informe secreto de Kruschev en el XX Congreso, si lo ha leído íntegro o no es lo de menos, lo cierto es que a partir de sus datos va más allá que Dolores al advertir algo que no tendría razón de ser a menos que conociera las partes más sobresalientes del informe kruscheviano. Lo instrumentaliza contra todos los presentes que consideran las palabras de Dolores verdades de fe, que deben ser creídas a pies juntillas: Ha puesto de relieve el XX Congreso hasta qué terribles consecuencias puede llevar el culto de la personalidad, la elevación a la categoría de verdades absolutas de las opiniones y decisiones de un dirigente, independientemente de sus méritos ante el pueblo y ante el partido. Pero el principal bloque de su ataque irá dirigido de nuevo contra Uribe. Si hace unos días debía utilizar la valentía junto a cierta cautela, ahora ya podía lanzarse con la espada desenvainada, dispuesto a que uno de los dos cayese. Para él la deducción más lógica de las experiencias del XX Congreso y de su condena del «culto a la personalidad» era la ligazón de dicho culto a Vicente Uribe, salpicando a Dolores en el ataque: No es casual que en las discusiones de París, cuando hemos tenido que hacer algunas críticas al camarada Uribe… todos hemos empezado, incluso el camarada Santiago, haciendo constar lo difícil que era para nosotros realizar tales críticas… También en nosotros, dirigentes del PC de España, ha pesado considerablemente el culto a la personalidad… Pero si esas dificultades hemos tenido para criticar al camarada Uribe, ¿quién de nosotros hubiera sido capaz en años anteriores de hacer una crítica seria a la camarada Dolores Ibárruri?

El único asidero al que se aferra Claudín en su contraofensiva es el respaldo que le da el XX Congreso del PCUS. Sus alfilerazos a Dolores y sus puñaladas a Uribe tienen una cierta seguridad de hombre que intuye la victoria, sin que ello desmerezca su sinceridad y su implacable capacidad para no dejarse amilanar. El PC de la URSS sigue siendo una instancia inapelable, una autoridad indiscutida, que quizá obliga a Dolores a reflexionar acerca de si la vía por ella emprendida es la más adecuada para su propia supervivencia. Nadie se creería que el «culto a

la personalidad» en el PC de España estuviera ligado a un personaje secundario como Vicente Uribe, si ella, como hizo con el caso de Francisco Antón, no lo apuntara con el dedo y sacara a relucir viejas historias que dieran verosimilitud al asunto. Si el Slanski de bolsillo que se inventó el PCE, por sugerencia de Pasionaria, fue Antón, el Stalin utilitario, que mancomunadamente ofrecen los de París y que Dolores aceptará, será Uribe. Quizá entonces ella percibió que los «jóvenes» iban a favor del viento y que se corría el riesgo de que el PCUS fuera sensible a los argumentos nuevos frente a los del viejo carisma estalinista. El Stalin de mesa camilla llamado Vicente Uribe empezó a diseñarlo teóricamente Claudín y será ampliamente descrito posteriormente por dos excelentes narradores: Santiago y Dolores. Porque mientras estos se dirigirán al débil tipo humano que es Uribe, Claudín intentará descalificarle políticamente por su falta de entusiasmo revolucionario. Frente al Buró en París, que ha previsto lo que iba a ocurrir en Marruecos… que ha previsto lo que iba a ocurrir en el movimiento estudiantil, Uribe subestima nuestras fuerzas y nuestras posibilidades.

La flojedad, la falta de entusiasmo, es el mayor y más nefando de los pecados de un dirigente comunista. Claudín apunta certeramente al corazón de su adversario y le sentencia al desprecio eterno cuando señala el contraste entre la espléndida realidad y su falta de moral de combate. El camarada Uribe dice que nuestras posibilidades de movilización de la clase obrera son ínfimas en el momento en que el llamamiento del Comité Central de octubre (1955) ha tenido un gran eco en las masas, posiblemente como ningún otro documento del partido desde 1939; en el momento en que Secciones Sociales de grandes sindicatos, con decenas de miles de afiliados, hacen suyas las consignas de ese llamamiento; cuando el trabajo organizado del partido de Madrid, Barcelona, y otros puntos da resultados concretos muy significativos. En este momento el camarada Uribe dice que nuestras posiciones y posibilidades en la clase obrera son ínfimas. Se ve que el camarada Uribe tiene una visión realista de la situación del partido y del país. Claudín se permitía estas ironías que ocho años más tarde repetirá Santiago, pero teniéndole a él por objeto de su burla.

Claudín, como Marco Antonio al referirse a Bruto con el cadáver de César en sus brazos, aún dice que Bruto es un hombre honrado. Usando sus propias palabras, y no las de Shakespeare, exclama: El camarada Uribe tiene inteligencia natural y experiencia, y justamente gracias a eso puede, aunque cada vez con más dificultad, ir haciendo frente a sus responsabilidades. Pero es evidente que de esa manera no da al partido lo que tendría que dar, y se convierte, cada vez más, en un freno para el trabajo. Como si estuviera imbuido del justiciero papel

kruschoviano, recita su tránsito del error a la evidencia: Yo estaba aún bajo el peso de una concepción falsa que hoy, sobre todo a la luz de las experiencias del XX Congreso, trato de desarraigar… Yo razonaba así: aunque tengo muchos años en el partido, soy relativamente nuevo en su dirección. Yo no estoy en condiciones de criticar esos defectos de Uribe con la profundidad y la energía que hace falta. Si yo me lanzo a esa crítica a fondo, que tan necesaria es, se va a pensar que es petulancia, que es engreimiento por haber estudiado en la Unión Soviética, que es ambición. Esa crítica tiene que salir de la camarada Dolores. La camarada Dolores llegará a darse cuenta de que hay que cambiar radicalmente la situación existente en la dirección del partido. Es difícil sustraerse a este estilo de discurso jesuítico en el que Fernando, antiguo estudiante en las aulas de la Compañía, se muestra especialmente eficaz. Hay ataques a Uribe y sugerencias de que Dolores no está exenta de errores: A la luz del XX Congreso comprendo que… no se eleva la autoridad de la camarada Dolores dejándola al margen de la crítica. No la ayudamos… El culto de la personalidad tiene dos caras: la máxima complacencia y liberalismo hacia los que están situados más arriba y la máxima dureza para los que están situados más abajo…

Es un Claudín duro, implacable, que está jugando esa carta última hasta el envite final y que osa decirle a Pasionaria cosas que ella no ha escuchado nunca en su larga historia de dirigente de la Komintern, y menos dichas por un imberbe, aunque tenga cuarenta y dos años: Resulta verdaderamente injusta, verdaderamente sin fundamento, la idea que se desprende de la intervención de Dolores, como si la comisión del interior fuera poco menos que un grupo dirigido por Santiago y por mí que se opone al Buró Político. Ni objetiva, ni subjetivamente hay nada de eso. No me explico una cosa. Por qué la camarada Dolores, si tenía alguna inquietud sobre el particular, si quería recibir una información complementaria, no ha recurrido a mí. Dice que tiene dificultades de información…, pero yo llevo más de un mes en Moscú y podría haber proporcionado a la camarada Dolores todos los datos que hubiera querido sobre el trabajo de la comisión del interior. Pero la camarada Dolores no me ha pedido nada de eso. No ha hablado conmigo más que dos horas el día que llegué.

No debió de ser fácil para Dolores escuchar y contemplar cómo se tambaleaba su figura con aquel alegato de Claudín. A él más que a nadie le corresponde, en esta intervención de marzo de 1956, la medalla del valor político y el primer rasgo de interpretación hispana del XX Congreso soviético. Si bien días después la única cabeza en peligro será la de Uribe, en ese momento las salpicaduras insistentes de Claudín también afectan a Pasionaria y ella, en este mes de marzo, es

susceptible de pensar que todo es posible en el proceso de renovación del movimiento comunista. Habrá rasgos jesuíticos y clichés inevitablemente estalinistas, pero la de Claudín es una intervención sin medias palabras, sin tabúes, dispuesta a llegar hasta el techo de sus posibilidades. Es además, y esto le honra, una defensa de Santiago Carrillo, el ausente, que, de no haber sido la actitud de Fernando la que fue, se hubiera convertido en el gran condenado. Santiago lleva 20 años en el partido, fundido con el partido, educado por el partido. Si después de 20 años sale a relucir el pasado socialdemócrata de Santiago, ¿por qué no sacar a relucir el pasado anarquista de Mije, o las actividades contrabandistas de Cristóbal [Errandonea]; o el origen pequeño burgués de Claudín?… y en lo que se refiere al núcleo concreto de París, Santiago ha estado a la cabeza de la lucha por los métodos colectivos de dirección, contra el practicismo, por el desarrollo de la crítica y autocrítica, al mismo tiempo que se esforzaba por resolver con el mayor tacto posible los problemas con el secretario del partido en París [Vicente Uribe].

Sinceramente hablando, Claudín se ha erigido en escudero de Santiago, no hay en él ambición personalista ni afán de figurar, y eso, para los tiempos que corrían, era más llamativo e incontestable. Su honestidad está por encima de sospechas: En cuanto a las relaciones entre Santiago y yo… nos une una gran amistad, pero una amistad de principios en la que no hay concesiones mutuas en las cuestiones que afectan a los intereses del partido.

Pero le quedaba a Claudín la traca final, su colofón, que contenía un fondo de advertencia, casi de amenaza. La mayoría del Buró Político, viene a decir Fernando, se siente oprimido por Uribe, y Dolores tiene la llave para volver a unir al Buró, liquidando a Uribe, o dejar abierto el agujero e iniciar un caos que podría arrastrarla a ella también: La camarada Dolores, que no vio nada nuevo en mi primera intervención, debería haber reparado en un hecho de gran importancia. Que en París, frente a las posiciones del camarada Uribe, se había formado la unanimidad de los demás camaradas. Unos jóvenes, si jóvenes se nos puede llamar a los que hemos pasado ya de los cuarenta…, y otros viejos. Y eso no es casualidad. Es porque todos, en mayor o menor medida, sentimos la presión del partido, que de una manera o de otra exige se corrijan los vicios y las debilidades tradicionales… Santiago y yo sentimos tal vez más directamente las presiones de los camaradas del país, que han sufrido en su carne las consecuencias nefastas de nuestros errores tácticos, que a muchos les ha costado la cárcel o la muerte… Gallego y Delicado sienten la presión de los camaradas de Francia que se asfixian bajo la losa del practicismo… Mije siente la presión

de sus colaboradores, como Izcaray y Azcárate, que han estudiado y desarrollado no poco y se dan perfecta cuenta de nuestros defectos… Cristóbal [Errandonea] siente latir la inquietud silenciosa de los cuadros vascos que tiene a su alrededor y que prácticamente no hacen nada. Pero el camarada Uribe no siente esa presión. Está muy desligado del partido y del país. Y además su inconmensurable egolatría le lleva a pensar que no tiene que aprender nada de nadie… Esta es en mi opinión la verdadera situación en la dirección del partido… y no dudo de que la camarada Dolores comprenderá cuál es su deber en esta situación…, y ayudará decisivamente a realizar los profundos cambios que es necesario realizar… Y para acabar su exordio, que en el fondo busca conseguir la anteriormente denegada reunión plenaria del Buró, tiene ya otro tono, como si percibiese su victoria: Sobre las medidas concretas no voy a opinar en este momento. Creo que debemos esperar a que vengan los camaradas. Y creo que la primera medida concreta debería ser llamarles hoy mismo.

Claudín ha terminado. Todo dice que su efecto ha sido fulminante, al menos allí donde debería serlo, en la cabeza de Dolores Ibárruri. Aquello que el 5 de febrero, en Moscú, fue rechazado, y que volvió a repudiarse el 7 de marzo, es, cinco días más tarde, imposible de frenar. Claudín ha ganado la batalla porque ha dejado al Buró en una tesitura de no retorno. Ha vendido muy cara su cabeza y la de su amigo Carrillo. Para cortarla, si alguien se atreve, tendrán que luchar más y con mejores argumentos que ellos. Además, nadie sabe qué va a decir la esfinge del PCUS que habrá de aprobar o castigar a quien considere. Una nueva etapa se va a abrir, o, más exactamente, se acababa de cerrar una puerta que comunicaba con el pasado y la nueva entrada la controlaban los que no estaban allí. Era necesario que, unos por una razón y los demás por otra, el Buró Político se sentara a la misma mesa.

Claudín vuelve a París con una victoria formal: la convocatoria de un pleno del Buró Político. Es mucho más de lo que cabía esperar cuando se despidió de Carrillo a primeros de febrero de 1956.

CAÍDA Y CRUCIFIXIÓN DE VICENTE URIBE

El 5 de abril de 1956 se abre en Bucarest el Pleno del Buró Político.

Aparentemente, todos los reunidos llevan las espadas afiladas para cortar las cabezas de los adversarios. Solo dos asistentes saben qué cabezas van a rodar y saben también que ellos dos van a ejercer de verdugos. Ellos lo saben todo, y lo que no saben lo intuyen. Si en las épocas negras del estalinismo se buscó un traidor para que hiciera de Slanski hispano, ahora, en la desestalinización, se busca un Stalin a quien echar el peso de una historia de la que todos quieren desembarazarse trasladándola a la víctima. Los que lo saben todo, los que conocen hasta en sus mínimos detalles cómo van a suceder los acontecimientos, porque ellos los provocarán, son Dolores Ibárruri y Santiago Carrillo.

Entre el 7 de marzo, en que pronuncia su brutal alegato contra Carrillo, y los primeros días de abril se produce en la cabeza de Dolores una transformación. Lo que antes del día 7 había leído y no comprendido se ha metamorfoseado en otra cosa, quizá influida por su fina percepción de que en la URSS está pasando algo; no se sabe muy bien hacia dónde va, pero sí está claro que denuncian el pasado y el pasado lo representa ella. Si en principio no hay ninguna prueba de que la lectura del informe secreto de Kruschev le afectara en lo más mínimo o la inclinara a tomar una posición política más renovadora, sí es cierto que tras la intervención de Fernando Claudín en Moscú, el 12 de marzo, una red de asociaciones quizá la haya llevado a una reconsideración de la política kruscheviana y a la necesidad de acaudillar los nuevos aires buscando un chivo expiatorio para la etapa que se cierra.

Convocado el pleno del Buró el 5 de abril, en la capital rumana, Dolores toma una iniciativa que nadie, salvo los protagonistas, conocerá entonces. Hoy lo sabemos gracias a la confidencia, postergada durante casi treinta años por Santiago Carrillo, a su íntimo amigo Fernando Claudín. Dejémosle la palabra: En el aeropuerto de Praga, de paso para la capital rumana, un funcionario del partido le había entregado [a Carrillo] un sobre con las actas de la reunión realizada en Moscú, comprendió que llegaba la hora de la «batalla final». Antes de la reunión plenaria tuvo una extensa conversación a solas con Pasionaria (de la que nunca me habló hasta hoy, en el curso de la elaboración de esta biografía[4]). Carrillo le expuso abiertamente sus opiniones sobre Uribe, la situación de la dirección, los cambios en el país, etc. Pasionaria, cada vez más a la defensiva, trató de justificarse recurriendo al mismo argumento esgrimido durante sus conversaciones de 1947 con Antón y Carrillo: la preocupación por la unidad del partido y su concepción de que esta unidad pasaba por el entendimiento entre ella y Uribe. Pero, de hecho, aceptando tácticamente los planteamientos del joven turco que tenía ante sí. Ahora la «unidad» pasaba por el

entendimiento con él. Carrillo comprendió que había ganado[5].

Hay que imaginarse lo que debió de significar para Santiago entender que había ganado aun antes de que se diera la batalla. Con su proverbial cinismo, contaría a sus biógrafos Debray y Gallo esta otra versión, estilo desfachatado, en 1974: En la reunión del Buró Político en Bucarest conocí el informe secreto de Kruschev y experimenté dos sentimientos contradictorios. Primero, el derrumbamiento de los que había en mí, respecto a Stalin, de creencia en el sentido idealista del término, y al mismo tiempo la alegría de pensar que estábamos en condiciones de realizar los cambios a los que aspiraba. Lo más probable es que Dolores no le entregara entonces el informe secreto de Kruschev, entre otras cosas porque ella no disponía de un solo ejemplar y de haberlo tenido hubiera sido demasiada confianza prestárselo al «joven turco», como dice Claudín. Posiblemente Pasionaria le habló ampliamente de él en los trámites de la negociación cara a cara, pero de lo que no cabe duda es de que la «alegría» de Santiago le desbordó en el momento en que la secretaria general y él llegaron a un acuerdo basado en el principio que Pasionaria había expuesto en una reciente reunión: a Uribe había que echarlo a los cerdos. Cerrar filas en el Buró y sacrificar a Vicente Uribe, considerándole la figura representativa de los vicios que Kruschev había denunciado en el XX Congreso bajo el término de «culto a la personalidad». A él, que solo podía ser acusado realmente de alimentar el culto a Dolores, de seguirla fiel y lacayunamente durante toda la vida, y cuyo único gesto real del denominado «culto» era su brutalidad y su desprecio hacia quienes le rodeaban y el recordatorio, publicado en Mundo Obrero, de sus aniversarios desde 1953, exactamente desde la defenestración de Francisco Antón. Suprema ironía del destino.

Cuando Pasionaria abra la reunión y todos los presentes estén colocados en uno de los dos bandos, Dolores y Santiago podrán sonreír para sus adentros. Iban a presenciar un tongo, con el extraño privilegio de ser los únicos enterados. Todo estaba atado y bien atado. Todo, menos la cabeza de Vicente Uribe.

A partir del 5 de abril, y durante cuarenta días –¡cuarenta días!–, estará reunido en Bucarest la totalidad del Buró Político, por primera vez desde el Congreso de 1954. La discusión se distribuyó funcionalmente en dos partes: la situación política y la situación de la dirección del partido. La primera parte fue como un aperitivo antes del gran debate que se le venía encima a Vicente Uribe y que en su soberbia no avizoraba.

Sería una desconsideración histórica no apreciar en este pleno más que el aspecto de la liquidación política del hasta entonces número dos del partido, Vicente Uribe. El pleno de la primavera de 1956 fue, más que ninguna otra reunión del PCE, la equivalencia, en su escala correspondiente, del XX Congreso soviético. Hecho a la medida del comunismo español e impregnado del estalinismo más rabioso cuanto más se denunciaba al estalinismo.

Como en el XX Congreso soviético, en este también se aprovechó para hacer llamativas variaciones en la táctica, escondidas entre los pliegues de las depuraciones. Eso sí, toda variación táctica habría de llevar su consabido certificado de autenticidad histórico apelando a una declaración anterior, síntoma de la obsesiva continuidad de la política del partido.

Pasionaria, en su intervención de apertura, fue desgranando estupefacción a los miembros del Buró que esperaban presenciar al fin la liquidación de Santiago Carrillo. Los esquemas con los que partían se les vinieron abajo al oír a la secretaria general aquellas frases audaces y contradictorias con su pensamiento de unas semanas antes: El franquismo no es hoy lo mismo que era hace diez años… Durante diecisiete años hemos venido manteniendo, con ligeras variantes, la misma posición: condicionar el restablecimiento de las libertades democráticas en nuestro país al derrocamiento del franquismo. Y yo creo que debemos terminar con este planteamiento, que según mi opinión es negativo y que nos ha metido en un callejón, haciéndonos marchar insensiblemente por la rodada de aquellos republicanos puros… que se expresaban en la posición demagógica y negativa de «la República o nada».

Dolores acaudillaba ahora la necesidad de romper el estancamiento político en el que se consumía el partido y se lanzaba a la renovación, asumiéndola e incluso promoviéndola, para que los miembros del Buró supieran a qué atenerse, sin provocar distingos ni diferenciaciones: Al elaborar el llamamiento del 1 de mayo, yo he tenido en cuenta los cambios operados en nuestro país y la necesidad de salir del atasco del Frente Nacional Antifranquista, en esa proyección estrecha en que hasta ahora lo hemos venido defendiendo… Después de haber escrito el proyecto de manifiesto se recibió la última carta de Santiago, en la que sugiere la conveniencia de suprimir en el programa lo referente a nuestra participación en el gobierno provisional. Yo me alegré de esta proposición, así como de un cambio de opiniones que tuve con Uribe un momento antes de marchar, porque en substancia uno y otro, por diferentes caminos, venían al encuentro de mis propios pensamientos…

El sinuoso camino que llevaba los pensamientos de Dolores a su encuentro estaba claro. Ella trataba de conservar un difícil equilibrio: dar la razón a Carrillo, según lo pactado previamente, y al tiempo facilitar a Uribe el corrimiento hacia una posición más transigente, menos despectiva hacia los «jóvenes» de París, que no obligara al debate, porque todos tuvieran razón, aunque, como ella decía, fueran por diferentes caminos.

Pero Carrillo no estaba por la labor. Para él la cuestión Uribe iba ligada a la revisión táctica, tanto que uno sin la otra no podrían entenderse. El Frente Nacional Antifranquista había sido un proyecto de Dolores y Uribe, del que este último se había convertido en su único exégeta competente. Había que barrer con el Frente y con sus profetas. Revisión táctica, sí; pero defenestración de Uribe, también. En la concepción ofertada por Carrillo, la revisión táctica habría de deslizarse sobre dos vías: facilitar a Dolores la asunción de la renovación, con lo que se facilitaría de inmediato la aceptación de esa renovación por el conjunto del Buró, y al tiempo diferenciar bien a las claras, desde el primer momento, el papel positivo de Dolores y el negativo de Uribe, tratando de desenredarlos de una historia que los había anudado indisolublemente. Nada de hacer lo que Claudín había provocado en Moscú, que al tirar las pellas contra Uribe le cayeran salpicaduras a Dolores. Santiago sabía dónde había que ir y con quién era más fácil llegar: flores a Dolores, garrote a Uribe.

Lo expresó en su larguísima intervención, en contraste con la brevedad introductoria de la secretaria general: La camarada Dolores propone una importante revisión de nuestra táctica… Lo que hay de esencial en el planteamiento que hace la camarada Dolores en orden a la revisión de nuestra táctica es, a mi juicio, la idea de que el régimen de Franco puede ser reemplazado por medios pacíficos, sin una insurrección, sin una guerra civil, sin una intervención exterior…, es la idea de que una serie de cambios pueden ir produciéndose gradualmente, bajo la presión de las masas, incluso antes de desaparecer Franco del poder. De hecho eso está sucediendo ya.

Por supuesto que Carrillo hacía decir a Dolores lo que ella ni dijo ni estaba dispuesta a pronunciar, pero aceptando en principio la revisión táctica propuesta por él, ella no rechazaría lo que Santiago enunciara siempre y cuando se pusiera en su boca y se respetara el protocolo de la secretaria general. Formaba parte de las esclavitudes del momento: Dolores era la líder indiscutida del partido y él un miembro del Buró que hasta hacía unos pocos días veía peligrar su cabeza. No habían llegado aún los tiempos de imprimir otra línea o un giro amparado

exclusivamente en su prestigio y en su capacidad de convicción. De momento debía hacerlo cubierto con el escudo protector de Dolores.

En el primer punto del orden del día bastaba, por tanto, con obtener que el conjunto del Buró aceptara la revisión táctica que Santiago proponía con los avales de la secretaria general. El segundo era el acoso y derribo de Vicente Uribe. Si los miembros del Buró aprobaban la nueva táctica, ¿con qué razón iban a defender a Uribe, si algo tan evidente como sus posiciones políticas se mostraban incapaces de propugnarlas? Ni el mismo interesado fue capaz de enfrentarse a la corriente de revisión táctica ofrecida sorpresivamente por el tándem Pasionaria-Carrillo.

Cuando Uribe se dio cuenta de que dejaba de ser el número dos y de que otro acababa de ocupar su lugar fue al escuchar a Dolores en el tránsito entre el primer y el segundo punto del orden del día. Ella introdujo el tema casi olvidado de las divergencias sobre el ingreso de la España de Franco en la ONU. Para satisfacción del camarada Carrillo, yo debo declarar que él tenía razón y yo no, y que su artículo fue la fe de erratas de nuestra declaración, evitando el que el Partido no tuviese suficiente claridad en la apreciación de lo que significaba el que la Unión Soviética hubiese votado por el ingreso de España en la ONU. Más claro, agua. Pasionaria se pasaba con armas y bagajes a los de París, al adversario que había dejado de serlo para convertirse en aliado. Entonces se produjo una mutación fulminante en Líster y Mije, que se sintieron, por primera vez, en el campo de los que iban a ser derrotados.

Enrique Líster, con su talento para transformar derrotas en victorias, asumió la nueva situación, y contemplando el campo de batalla diagnosticó el peligro que debía subsanarse: Debemos evitar el aparecer con virajes bruscos sobre cuestiones que no es necesario. Tenemos todas las posibilidades de plantearlo como un desarrollo y aplicación a la situación concreta de hoy, de planteamientos nuestros anteriores… Y, como si se tratara de una reflexión en voz alta de su grotesco papel, en el que había entrado con una intención obsesiva –machacar a ese petimetre de Carrillo– y saldría con otra –sancionar a su compañero de festejos Uribe–, añadió: Yo creo que esto es muy importante, pues no hay peor cosa que el ridículo.

Antonio Mije, que se encontraba en situación más comprometida que Líster, dada su condición de disciplinado siervo y discípulo fidelísimo de Uribe, no perdió el tiempo y tomó posición con una gran cabriola: Cuando la camarada

Dolores ha dicho que ella tuvo una visión unilateral en el enfoque de este problema [de la ONU] dice una verdad como un templo, que yo comparto, porque eso me sucedió a mí.

Santiago se estaba acercando al objetivo. La revisión táctica ya se había aprobado, y Pasionaria no solo la cubría con su manto, sino que le daba a él, presunto culpable, el espaldarazo. Ahora en buena ley solo le quedaba, por su parte, apuntalar la figura de la secretaria general y luego pasar al segundo punto del orden del día, con la imagen de Dolores sin mácula, y su voz sumada al coro de postulantes a la cabeza de Vicente Uribe. Como un dueto operístico, aquello se convirtió en un reto para dar la nota más alta. La intervención autocrítica hecha por la camarada Dolores en torno a esta cuestión refuerza su autoridad ante nosotros y ante el partido –dijo Santiago–. Es un ejemplo de la actitud que debe tomar un dirigente ante sus errores. De esta reunión yo trataré de conservar, más que la satisfacción de haber acertado en lo principal en problema tan importante, el recuerdo de cómo debe reaccionarse y corregir valientemente los propios errores, según el ejemplo que Dolores nos ha dado. Cumplida la primera parte, ahora le toca la tarea de apuntar al culpable y empezar la segunda: Ante mis ojos la autoridad de Dolores, que ya era muy grande, se ha elevado, entendiendo esto en el buen sentido, su autoridad efectiva, real. Pero no puedo menos de poner en contraste la actitud de Dolores con la de otros camaradas… Ni Uribe, ni Mije se han adelantado a hacer una rectificación durante esta discusión… Siempre ha tenido que ser Dolores la que ha tomado la iniciativa…

No había sido más que poner el toro en posición de entrarle a espada. Ahora le tocaba a Claudín iniciar la parte sangrienta del asunto: La camarada Dolores… ha expuesto una idea central: la necesidad de realizar algunas modificaciones en nuestra táctica… Todos estamos de acuerdo con las ideas centrales expuestas por la camarada Dolores. Sin embargo, en la discusión se han manifestado claramente dos posiciones o interpretaciones de esas ideas: una que considera que esos cambios son necesarios porque el régimen es fuerte aún, porque las condiciones para su liquidación están lejos de haber madurado, porque incluso hay ciertos aspectos en la situación internacional que le favorecen en este momento… La otra posición… es que los cambios que se proponen en nuestra táctica y la posibilidad de la vía pacífica son posibles y justos porque el régimen es muy débil, porque su crisis ha llegado a una fase aguda, porque las fuerzas de oposición han llegado a un grado avanzado de desarrollo, porque en definitiva la relación de fuerzas en el país nos es favorable… Yo estoy de acuerdo con esta segunda opinión y creo que es la que corresponde plenamente al espíritu de los

planteamientos de Dolores… Sin embargo, en las intervenciones de Uribe y Mije hay una sobreestimación de las fuerzas del enemigo y una subestimación de la amplitud y profundidad de la lucha de masas y de las fuerzas políticas de oposición, así como del papel de nuestro partido… hay una falta de perspectivas en esas intervenciones, especialmente en la de Vicente [Uribe]… En el fondo, [eso es] no estar de acuerdo con la línea general expuesta por Dolores…

Uribe no podía escabullirse con una voltereta al modo de Mije; ni era su estilo, ni le hubiera servido de nada, sino para echar sobre su cabeza, amén de los verdugos, el ridículo. Le quedaba la opción muy suya de ganar tiempo, porque comprendía que aquella batalla la tenía perdida desde el principio, aunque debía reconocer en su fuero interno que eso iba contra todo pronóstico al empezar la sesión. Por encima de cualquier otra cosa, había algo incontestable y definitivo: estaba solo frente a todos. Las opiniones expresadas por la camarada Dolores y los camaradas Carrillo y Claudín, osó decir, me han parecido muy interesantes y sus razonamientos los encuentro justos, aunque no creo que he comprendido hasta el fin… Considero que la última intervención de la camarada Dolores es de gran importancia. Me comprometo a estudiarla atentamente para sacar las mejores enseñanzas para mí. La ambigüedad de Uribe es tan escandalosa que Pasionaria se dirige a él para preguntarle a bocajarro si estás de acuerdo o no con mi intervención. Uribe, con la boca pequeña, asintió.

Lo que esperaban de él no era precisamente que lo estudiara y que mantuviera esa actitud de quien ha perdido esta vez y espera otra oportunidad, que no pensaban darle. Santiago irá directamente a rematar la operación, aunque salvando siempre, con una reiteración obsesiva, la figura de Dolores: ¿Ha existido entre nosotros el culto a la personalidad? La figura más importante y representativa entre nosotros es la camarada Dolores Ibárruri. En el partido hay ciertas formas externas del culto a la personalidad de la camarada Dolores… Hay que decir, porque es de justicia, que la camarada Dolores ha mostrado siempre su desagrado… ante esas exageraciones… Yo afirmé mi convicción de que jamás Dolores ha hecho nada por estimular el culto a su personalidad y que en todo cuanto ha dependido de ella lo ha combatido. Si de algo ha pecado, en ocasiones, ha sido de exceso de modestia. Para él, Pasionaria ha sido el motor permanente de la renovación del partido. No hoy, ni ayer, sino siempre, porque de no ser por su enfermedad en 1948 ya todo se hubiera resuelto mucho antes de este Buró, pero las iniciativas chocaban con Uribe, con su concepción caciquil, sectaria, principal traba a la dirección colectiva, apegado a los viejos métodos de dirección y poseedor de una egolatría desenfrenada. Se dirige ya a él como el

Stalin del PC español, cuyo culto a su propia personalidad, el envanecimiento, el alejamiento del partido y de la realidad habían llegado ya a extremos increíbles…, es preciso liquidar entre nosotros los elementos del culto a la personalidad, de vanidad, de enfatuamiento.

Ha ido muy lejos en su ataque y ante la posibilidad de una réplica necesita desmontar cualquier contrataque hipotético de Uribe hacia el flanco más débil de Santiago: el grupo de París y el nuevo Comité Central elegido en el V Congreso, sacado de las viejas listas de las JSU, que forma su guardia pretoriana. Sobre 61 miembros del Comité Central, 19 provienen de las JSU y 16, aún no siendo jóvenes de edad, han ingresado en el partido durante la guerra. Es decir, 35 camaradas, la mayoría del Comité Central, pertenecen a lo que con ese criterio no justo habría que considerar fuerzas nuevas… Si algún día yo me volviera loco o canalla, lo que creo que no sucederá, e intentara realizar una labor personal o de grupo con ellos, esos camaradas serían los primeros en denunciarme al partido… Yo podré ser poco capaz, podré llegar a cometer errores, pero en lo que tengo plena confianza es en que yo no seré jamás un peligro para el partido. Palabras terribles, que nadie le recordará nunca y que sin embargo tanto él como Claudín las dirigirán como cuchillos aquel día 2 de mayo de 1956 para designar lo que para ellos era el auténtico peligro: Vicente Uribe. En el camarada Uribe –afirma Claudín a continuación de Santiago– se han personalizado de una manera más aguda y extrema una serie de deformaciones y vicios, de infracciones de las normas leninistas de la vida del partido, especialmente los métodos personales, arbitrarios, de dirección, llegando al ordeno y mando, a un trato de falta de respeto y delicadeza… al practicismo… la rutina…, la resistencia a la crítica y la autocrítica… el culto a su propia personalidad, el engreimiento, el endiosamiento… Cualquiera creería que se estaban burlando de él. Vicente Uribe Galdeano, cincuenta y ocho años, militante del partido desde 1923, dirigente desde 1927. De él no se tiene más noticias de excesos que su tono despectivo de hombre inseguro y soberbio, ciertas francachelas con rameras en la época de la guerra y luego en París, con una polaca amante del «general» y miembro del Comité Central Luis Fernández, que convirtió su casa en lugar de citas. Pero hacer de él un Stalin más un Beria era no solo un exceso verbal, sino engrandecer su minúscula talla física y política para mejor derribarla. Desde hacía algún tiempo bebía abundantemente: era un fracaso personal y político que encajaba perfectamente en la frustración del Partido Comunista de España.

Tanto Carrillo como Claudín hinchan el globo para hacer más ruido al pincharlo y enmascarar los verdaderos rasgos estalinistas y no digamos los auténticos

«cultos a la personalidad» que interesa enmascarar. El mismo Claudín, con su pasado a cuestas, se encuentra en una posición nada cómoda ante los demás miembros del Buró, que quien más quien menos, todos tienen sus fantasmas del pasado en el armario. Igual que Santiago, hará su particular revisión tratando de cubrir los flancos débiles de errores compartidos, que al ser confesados, como en la Iglesia católica, con propósitos de enmienda, ya no podrán ser utilizados en su contra. Yo, por ejemplo –recita Claudín–, cuando acompañé al camarada Uribe a Moscú, en 1947, adonde fue a «salvar al partido», como antes lo había «salvado» en México. Entonces, Uribe, y yo con él, utilizó (obsérvese el singular) métodos intolerables, caciquiles… En esa asamblea [de Moscú] dimos un espectáculo que aún me avergüenzo al recordarlo. En la presidencia estábamos solos Uribe y yo. Nadie más era digno de figurar a nuestro lado… Para mí aquella experiencia fue una conmoción muy fuerte…

De todos modos, debió de ser tan lenta como fuerte, porque tardó ocho años en manifestarse y jamás serán rehabilitados oficialmente los entonces expulsados. Pero si de lo que se trataba es de cubrir el lado débil de cada uno, el recordatorio era oportuno. No pidió la revisión del caso de J. A. Uribes[6], Moncho, Aboyado y los demás de Moscú castigados en 1947. Eran su pecado. Pero sí solicitó la del caso de Francisco Antón, porque fuimos demasiado lejos en las sanciones y, puesto a poner el dedo en la llaga, se permite un cruel recordatorio para Dolores: El Buró Político decidió por sí solo la expulsión del partido de miembros del Comité Central… y decidió la relegación de otros… Por ejemplo, hasta ahora no hay una explicación oficial del Partido, un documento del Comité Central, ni siquiera del Buró Político, explicando y fundamentando la expulsión de Hernández y Castro. Aún menos correcto, si cabe, es el método que hemos seguido con el camarada Antón. Este incurrió en graves faltas y errores… por los que merecía sanción, pero era miembro del Buró y del CC. ¿Era justo que el Buró Político tomase por sí solo una tal decisión sin consultar a los miembros del CC? (por cierto, que Claudín omite que el Buró no tomó ninguna decisión más que la de separarle, pero no la de exiliarle en Polonia y castigarle a él y a su familia). Poco después se reunía el V Congreso. ¿Fue justo que Antón no asistiera al Congreso para que este aprobara las medidas o las modificara? (De nuevo Claudín omite que el problema no fue la asistencia de Antón, sino la inexistencia de Antón, pues ni su persona, ni su nombre, ni su caso aparecieron en el congreso, fuera de alguna alusión a los métodos de «ordeno y mando»).

El caso Hernández y Castro, el caso Antón, son para Claudín una prueba más de que el Comité Central del PCE, en toda su historia, no jugó casi nunca el papel

que le corresponde. Desde el IV Congreso [1932] hasta la guerra [1936] solo hubo dos reuniones. Una de ellas, por lo menos –la de 1934–, más que reunión del CC fue una conferencia del partido. Durante la guerra hubo tres llamados «plenos ampliados del CC» que, en la práctica, no fueron reuniones del CC, sino conferencias del partido. Desde el final de nuestra guerra hasta el V Congreso [1954] no hubo ninguna reunión del CC, mejor dicho, de lo que quedó del CC elegido en el pleno ampliado del CC de marzo de 1937. ¡Dicho sea de paso, ya es paradójico que el CC fuera elegido en el pleno ampliado del CC!… El Comité Central no ha funcionado como tal durante los 22 años que constituyen el periodo principal de la vida del partido…

Ante este panorama desconsolador, aberrante, había dos actitudes: ponerse todos a plañir, azotándose por sus pecados, o encontrar un chivo expiatorio que, a modo de ritual vudú, concentrara en su figura los males del partido presentes y pasados. La baja estatura y las anchas espaldas de Vicente Uribe se derrumbarán ante el peso desmesurado de ser considerado el principal artífice del culto a la personalidad en el PC de España. Su defensa fue deslavazada, aunque rotunda.

Si Claudín y Carrillo exoneraban a Dolores de sus responsabilidades mediante el recurso de apelar a la historia y parapetarse tras ella, como si se tratara de algo que habían hecho los otros sin que nosotros nos hubiéramos dado cuenta, él, Uribe, veterano entre los veteranos, sorprendió a todos con una retahíla de hechos históricos abrumadores, terribles, que nadie nunca se había atrevido a pensar y menos a decir, ni los mayores enemigos del PCE: La elección de camaradas responsables a nuestros puestos de dirección se ha hecho infinidad de veces de la manera más arbitraria. Puedo tomar algunos ejemplos personales. En 1927 me designaron para el Comité ejecutivo de la Federación Juvenil Comunista. La cosa sucedió así. Un día me llama Arrarás a Bilbao y me dice: tienes que formar parte del Comité Ejecutivo de la Federación. Así se hizo. Éramos dos. Del Barrio, que vino después, fue designado de la misma manera… Otro caso. Cuando volví de Moscú en el 31, se celebró un Pleno… Arrarás me presentó, dijo esto o lo otro, y sin ser siquiera miembro del Comité Regional pasé a ser el secretario general [de Vizcaya]… Yo fui designado miembro del Buró Político de la siguiente manera: después de la expulsión del grupo [de Bullejos] me avisaron de Madrid para que me trasladara allí. Me dicen: pasas a ser miembro del Buró Político. Y ya está. Con el camarada José Díaz sucedió una cosa parecida. Después de que salió de la cárcel se le avisó para que se trasladara a Madrid y se le dijo: vas a ser el secretario general del partido. Así fue.

A Uribe no le basta con la memoria, reconoce que se ha equivocado. Es una autocrítica digna, en la que pide disculpas tanto a Carrillo como a Claudín por sus palabras y sus gestos excesivos, incluso por las frases de grueso calibre utilizadas en las discusiones. Reconoce que ellos tenían razón y él no. Si no se tratara de un veterano como Uribe, se podría argüir: ¡pobre cándido! ¡pensaba que la cosa podría quedar así! Imaginaba que lo que era válido para Dolores, para Carrillo, iba a estarle permitido también a él. Alguien debía pechar con la responsabilidad histórica y no había hombre más idóneo que él.

La primavera de 1956 había traído su derrota, su condena en el Buró, pero ahora debía, siguiendo la tradición estalinista, arrastrar su vergüenza y encajar los insultos y las flemas arrojados por sus colegas. Empezó por tanto su viacrucis, como tantos antes, como algunos después.

Los miembros del Buró, de menos a más, fueron depositando su piedra sobre la imagen del pasado, hundiéndola más, haciéndola más irreconocible a fuerza de echarle encima todo, como si se tratara de un ejercicio de tiro al blanco sobre la figura humana. Ignacio Gallego, siempre cauto y nada sañudo, se limitó a recordar verdades en su tono de séneca pemaniano: ¿Quién no ha escuchado al camarada Uribe hablar de sí mismo como el hombre que ha salvado al partido en diferentes ocasiones? Su paisano, Cristóbal Errandonea, fiel a su carácter, apenas si le manifestó su desprecio; a él por sus actitudes y a los demás por aquella fiesta macabra. Manuel Delicado, con su estilo de viejo tribuno pueblerino, juró, en falso, ante los reunidos: Yo quiero declarar, antes de seguir más adelante, que el fomento del culto hacia su propia persona no ha existido en la dirección del partido respecto al secretario general… Sin embargo no puede decirse lo mismo del camarada Uribe… Es interesante la similitud entre la conducta de Stalin y la de Uribe. Stalin se adjudicó el mérito de haber escrito una obra que no le correspondía: la «Historia del Partido Comunista (b) de la URSS». Uribe se atribuye el mérito de haber sido él quien escribió la Carta del Comité Central (se refiere a la carta sobre el «ordeno y mando» en el partido que se redactó a consecuencia del caso Antón y a propuesta de Pasionaria).

Pero será necesario que le llegue el turno a Enrique Líster para que el asunto adquiera tintes a lo Dumas, añadiendo intriga, oscuras venganzas y un halo justiciero a lo Conde de Montecristo, porque si bien está fuera de toda duda que Líster va contra Uribe, quiere aprovechar la ocasión que le brinda la fortuna para sacarle los colores a más de uno y contar historias tremebundas. Yo no conozco todos los materiales referentes a las discusiones habidas en el Buró Político en

Francia en relación con lo de Antón (el estilo es el auténtico y así figura en el original mecanografiado). Pero tengo mis dudas de que se haya llegado hasta el fin. Y yo no conozco, por ejemplo, que en esas discusiones se haya dicho que, en contra mía, se había venido montando una provocación sobre mis relaciones con los yugoeslavos, cuando en realidad toda mi relación con ellos era servir de enlace entre los dos partidos. A base de esa falsedad se me quitó el trabajo de información sin decirme ni una palabra de explicación. Se me montó una vigilancia no solo en la calle sino en casa, a donde Romero Marín venía de día y de noche con los pretextos más ridículos. Y así se iba preparando el terreno para mi liquidación política y física. De lo primero, me di cuenta en esos años… en cuanto a la liquidación física, a esa conclusión llegué más tarde, y ello no se escapó a algún miembro del Buró Político…

Y puesto ya en su papel de espadachín, Líster no se va a arredrar ante el olor de los trapos sucios, y exige analizar el periodo de estancia en México de los camaradas Uribe y Mije, y sacar a relucir los toros, el fútbol, Cuernavaca, y muchas alegrías más y otras cosas… dice en un tono amenazador que venía a darle la razón a Jesús Hernández cuando escribió eso años antes.

A Uribe le gusta mucho ponerse como ejemplo del humanismo en el partido y la verdad verdadera es que Uribe no tiene nada de humano fuera de los marcos de su familia. (Esta malévola referencia de Líster, cargada de odio y resentimiento, era particularmente hiriente para Uribe, por su comportamiento paciente con su mujer, Teresa, que a todas luces no estaba en sus cabales, y la insistencia del mismo Uribe en la protección de uno de sus hijos, un lumpen que recorría las cárceles soviéticas por su inclinación a la vagancia y el robo.) Veamos algún ejemplo –sigue Líster–: en 1951, entre los deportados [de Francia] a los países de democracia popular vinieron Lucas y Roldán… Cuando se trató de hacer las gestiones ante los partidos de los países de democracia popular para la venida de las familias, por decisión de Uribe, las familias de Lucas y Roldán no fueron incluidas. Estos camaradas eran miembros del partido, continuaban en el partido y al mismo tiempo se tomaba con ellos una represalia capaz de hacer polvo a cualquiera… Otro ejemplo del humanismo de Uribe es el siguiente: Geminder[7] dio la orden de que nuestros camaradas que no fuesen imprescindibles en Praga debían irse a Ustin. Uribe encargó a Cordón que hiciese la lista. La vio, dio su visto bueno… Nadie estaba de acuerdo en marcharse, pero solo algunos se atrevieron a decirlo. Nuevas órdenes de Uribe a través de Cordón y al fin todos marchan. Todos menos uno. Entonces nueva orden de Uribe a Cordón: «dile que si no se va lo entregamos a la policía»…

¿De cuándo acá ha sido un método de partido amenazar con la policía al que comete un acto de indisciplina?… Pero hay más. Entre los que se obligó a salir de Praga estaban el Paisano y Amagan, bien conocidos de todos vosotros como excelentes camaradas. Pues bien, estos dos camaradas estaban casados en Praga con dos checas que trabajaban y tenían su hogar en Praga y no quisieron irse con sus maridos. Estos matrimonios estuvieron separados más de tres años…

Posiblemente sin proponérselo, Líster va desgranando un alegato vulgar, anecdótico, pero tan veraz que lo expresa en plena reunión del Buró Político y nadie se escandaliza, ni se siente afectado. Como si se tratara de una canción de ciego, con su aplastante monotonía y su ritmo monocorde, Líster se refiere a las miserias de las delaciones en el seno del Buró Político: Mi nombre, como teniendo relaciones con los titistas, ha andado por correos y archivos del partido y a mí no se me decía nada. Por ejemplo, yo me enteré por casualidad, que según las informaciones de México, Hernández había recibido la misión de ponerse en relación conmigo. Dolores envió a Praga esa información y una carta para Uribe donde se decía que yo debía escribir un artículo sobre los titistas. Esa información y la carta la recibí yo, porque ni Uribe ni Mije estaban en Praga… Brotan hasta las cotidianidades domésticas, las influencias de familias: Creo que ha llegado ya la hora de poner fin a la existencia de «la miembro» del Buró «consorte», creo que esta cuestión la debemos tener en cuenta cada uno en la medida que nos corresponda… y algo intolerable es que Uribe se basa en las informaciones de su mujer para indicar a otros miembros del Buró Político las medidas políticas o de organización que deben tomar. Por ejemplo, en 1952, cuando Uribe vino para el XIX Congreso del PCUS, me dijo a mí en Praga que Cordón debía ser quitado de responsable de la organización de allí y en su lugar poner a Rancaño… desde la primera palabra de Uribe estaba claro de dónde venía el origen de esa indicación. El origen estaba en el lío que había habido entre la mujer de Cordón, Teresa Pàmies, la mujer de Modesto, Concha la de Villanueva, y, en el centro, dirigiéndolo todo, la compañera de Uribe.

El tono de verdulera iba degenerando hasta hacer los oídos impermeables a la sorpresa o al ¡ya basta! Después de esto poco podía decir Antonio Mije que pudiera aportar rubor a aquellos rostros curtidos por el tiempo. En su estilo lacayuno, el que fuera el más devoto de los partidarios de Uribe, el que le consideraba modelo de flexibilidad y dechado de paciencia, se superó a sí mismo con un cinismo que hasta a algunos que lo recordaban les pareció abusivo: A mí las críticas no me duelen tanto como los errores que cometo. Tras esta piedra

angular de su procacidad, el resto fue la transformación de aquel hombre providencial de hacía un mes, en Moscú, en un criminal tortuoso que le había ofendido tanto que ahora él, poco menos que arrodillado, solicitaba clemencia ante aquellos notables, armados del XX Congreso de la desestalinización, para mayor escarnio: Yo estoy seguro que si el camarada Vicente revisa con espíritu crítico su trabajo y sus concepciones… encontrará huellas lejanas que se han convertido en método… separamos del trabajo a Cartón[8], que después hicimos poco para atraerlo y que más tarde llegó a unirse a Hernández. Lo mismo que separaste del trabajo a Giorla[9] porque se dirigió a tí en forma insolente. Como hemos hecho muy poco para atraer de nuevo a miembros del Comité Central como Lombardía[10], Bulnes[11], Arturo Jiménez[12] y otros cuadros del partido. Se volvía a repetir el caso Antón con algunos años de retraso; todas las expulsiones, sanciones y calumnias se debían a la brutalidad de Uribe, sin que los demás ni mediaran ni siquiera tuvieran alcance de ellas. La desvergonzada palinodia de Mije en aras de salvar su cabeza terminaba con una loa a los nuevos dirigentes: Es necesario reconocer que en cuadros que se denominan jóvenes, pero que ya no lo son tanto, como Santiago, Claudín y Gallego, hay un verdadero esfuerzo por estudiar en el trabajo, del que nosotros debemos aprender. Quien realmente representa los métodos viejos es el camarada Uribe y en parte yo.

Llegaba el momento en que Dolores había de pronunciar la ansiada requisitoria. Santiago podía hasta aquel instante sentirse satisfecho de su éxito. Su audaz maniobra política hubiera fracasado si Pasionaria no hubiera hecho suyas las nuevas orientaciones. Si en vez de aprobar y acaudillar esas orientaciones hubiera apuntado hacia el autor como un aventurero o un ambicioso, Carrillo se tambalearía y nadie podría salvarle del ostracismo o la expulsión. Pero él conocía el paño y sabía también cómo trabajarlo. Siempre y cuando se le hiciera el protocolo al que estaba acostumbrada, y se le diera el privilegio de ser la más clarividente entre las dirigentes, Dolores aceptaría. Su intervención, casi clausura, en este pleno trata de hacer más un retrato psicológico del personaje que un alegato político. En su papel de reina Victoria llegó a utilizar el «nos» mayestático para referirse a sí misma, o más bien la fórmula equivalente en la jerga del partido. Si no estuviera en las transcripciones, parecería increíble que alguien pudiera referirse a sí misma de esta guisa: Aunque la camarada Dolores no haya caído en el culto a su propia personalidad, ella, lo mismo que todos, ha mantenido este culto a la personalidad en relación a otros. En el aspecto de prever o adelantarse a los acontecimientos, sí, la camarada Dolores ha podido hacer algunas previsiones en la orientación general de la política del partido…

tampoco es un mérito particular de la camarada Dolores… Por ello, repito, no es tampoco un mérito de la camarada Dolores haber hecho ciertas previsiones… Yo no he inventado nada…

Reforzaba su papel dirigente gracias a los argumentos e ideas del dúo Carrillo-Claudín, con lo que ambos, de consuno, quedaban como los auténticos líderes del partido, esperando a que las condiciones maduraran para retirarla. Dolores no había caído en ninguna trampa porque no había tal, era una sutil transacción según la cual ella a partir de ahora sería la valedora de aquellos que le habían facilitado dar un feliz salto mortal sobre los aspectos vergonzosos de su historia. Dolores, Carrillo y Claudín sellaban –tácitamente, supongo– un pacto sobre el pasado. Nada de lo que habían hecho ellos era revisable, ni podía ser utilizado en su contra. Los fantasmas personales, los diversos cadáveres de la lucha política, podían seguir tranquilamente en los armarios personales, que nadie los abriría. La solidez del pacto sería tal que soportaría desprecios, giros y hasta expulsiones, pero nunca jamás ni ella, ni Carrillo, ni Claudín hablarían del periodo siniestro que abarca de 1945 a 1956. Ni siquiera muchos años después, ninguno se atreverá a contar aquella parte de la historia que avergonzaría a su vecino, porque podría desatar una reacción similar contra él. Se atendrán fielmente a las palabras de Pasionaria aquel día de la primavera rumana de 1956, cuando dirigiéndose a ellos, con el resto del Buró presente, afirmó: ¿Por qué a pesar de. que Carrillo y Claudín me informaban del mal trabajo de Uribe, de los métodos de Uribe… yo me resistía a creerles? Porque consideraba a Uribe con más experiencia de trabajo del partido que al resto de los camaradas… y esto es una manifestación particular, especial, del culto a la personalidad… ¿Por qué yo no reaccionaba siempre frente a la actitud de Uribe? Porque no veía el fondo político que tenía esta conducta del camarada Uribe, ni el daño que su fanfarronería, su lentitud, su suficiencia y su estrechez en la concepción de lo que debe ser un dirigente del partido infligían al partido. Yo lo atribuía más bien a su carácter atrabiliario, olvidando que, en determinadas manifestaciones de un pretendido mal carácter, hay siempre una causa política.

Su peculiar concepción de la psicología en su variante política sellaba el pasado o, más exactamente, lo tapaba con paletadas de arena histórica en las que enterrarían a Uribe, como antes habían hecho con Antón, personificando en él todo un periodo. Ellos no tendrían más responsabilidad que la de ser supervivientes, los culpables eran los otros. Y así empezó un baile de espeluznantes datos sobre el pasado del partido, en un ejercicio que podía haber sido catártico para mentes menos curtidas, para corazones menos forjados en el

acero estalinista del que se enorgullecían. Dolores, como antes habían hecho Claudín y Uribe, también echó su ráfaga de vergüenza tanto tiempo acallada, pero que competía a los otros: El camarada Mikoyan decía en su intervención en el XX Congreso que en el Partido Comunista de la URSS, en el transcurso de más de 20 años, no hubo de hecho dirección colectiva. Yo puedo afirmar sin exageración que en el Partido Comunista de España no ha existido nunca dirección colectiva. Nada indica en el acta que se resquebrajaran los velos del templo, ni que se rompieran las copas de las mesas ante aquella afirmación brutal que convertía al Partido Comunista de España, a su equipo dirigente, en un grupo de carbonarios, seguidista de no se sabe quién. Ni siquiera después del desplazamiento del grupo sectario (se refiere a Bullejos y Trilla, desplazados en 1932), cuando el partido, bajo la dirección de José Díaz y del nuevo Buró Político, comenzó a salir de la situación de estancamiento… Después de la expulsión del grupo se constituyó una dirección de obreros, sin charlatanes teorizantes del tipo Trilla o Bullejos… y quien dirigía el partido no era el Comité Central, ni siquiera el Buró Político en pleno. Era fundamentalmente el secretariado, eran José Díaz, Hurtado y Mije… Había un arbitrismo… y os voy a dar un ejemplo típico de los métodos que se usaban en la dirección. Era junio de 1936. Se sabía que las fuerzas de derecha iban a hacer una interpelación al gobierno con el propósito de derribar a este, que era el gobierno apoyado por el Frente Popular. Era una gran batalla política la que se iba a librar en el Parlamento. Y se había acordado que por la importancia de esta, fuese José Díaz quien interviniese en el debate. Y llega el día de la interpelación. Yo estaba trabajando muy tranquila, cuando un camarada viene a buscarme para que fuera a casa de Mije, donde estaba reunido el Secretariado, y me comunican que se había decidido que fuese yo, y no José Díaz, quien interviniese en el Parlamento. Eran las 12 del día y a las 3 comenzaba la sesión. A mí no me dieron ninguna orientación. Ni siquiera el material que lógicamente debían haber preparado para la intervención de Pepe [Díaz]. Me dijeron simplemente: Vete a casa, prepara rápidamente unas notas y ya verás como sale bien… Así se explicaban las actitudes siniestras del pasado para justificar los lodos del presente. En el periodo de nuestra guerra, cuántas cosas se resolvieron sin que en ellas participasen no ya el Comité Central, sino ni siquiera el Buró Político, ni aún el Secretariado, sino única y exclusivamente el camarada Checa, que en todo caso consultaba con Pepe si este estaba en condiciones de salud o con el camarada Ercoli (Togliatti). Y así hoy nos encontramos con que ninguno de los miembros del Buró que estamos vivos sabe qué hubo en relación con ciertos aspectos de las negociaciones entre el gobierno republicano y la Unión Soviética, con las que especulan cerdos del tipo de Hernández o del Campesino, y nadie sabe tampoco

por qué el partido no puso a salvo el archivo y otras cosas que nos hubieran sido muy necesarias tener en la emigración.

Con su experiencia religiosa de antigua Hija del Corazón de Jesús, Dolores se sentía satisfecha por la confesión. Así lo admitía públicamente, como antaño hizo en la vieja iglesia de Gallarta, como si estuviera rejuveneciéndose cincuenta años, terminó su paseo por el pasado y ya limpia de inmundicias, con el espíritu pulido de adherencias, exclamó: Hacerse una autocrítica es muy útil, camaradas, y el corazón se queda muy descansado con ella.

Fue el broche de oro de la intervención de clausura, con un Carrillo exultante, un Claudín ufano, un Mije acongojado, un Gallego observador, un Cristóbal ninguneado, un Líster resentido, un Delicado satisfecho y un Uribe perplejo, que rogó se incluyera en la resolución que él no votaba ni a favor ni en contra, porque no estaba seguro de las conclusiones. Aún quedaba, no obstante, otra frase de Pasionaria que definía su situación personal y la coyuntura política internacional después del XX Congreso del PCUS; era un refrán castellano que a esta altura de 1956 parecía ser más seguro que las viejas frases de antaño: la oveja escarmentada remangada pasa el río… Está en las actas.

Terminaba el pleno del Buró después de 30 días de sesiones: del 12 de abril al 12 de mayo. Dos decisiones formales fueron aprobadas unánimemente: desde entonces no habría reunión de la dirección del partido sin que se redactara su acta correspondiente. Era la primera vez desde la fundación del partido que se tomaba tan grave resolución; anteriormente unas veces se escribían una especie de resúmenes tomados taquigráficamente, y en otras ocasiones, los apuntes del responsable de la reunión y también la transcripción total de las cintas magnetofónicas[13].

La otra decisión propuesta a dúo por Santiago Carrillo y Fernando Claudín sería la de hacer todos los esfuerzos necesarios para que Dolores Ibárruri se desplazara a París, a dirigir desde allí el partido. Carrillo empeñaba su palabra en que pronto estarían creadas las condiciones para que el llamado sueño de Pasionaria se realizara. No hace falta señalar que Dolores Ibárruri no irá a París hasta el VII Congreso, celebrado en el verano de 1965. En total, pasará en Francia poco más de quince días, durante el periodo que va de esta reunión hasta la muerte de Franco.

ASPECTOS POLÍTICOS DEL PLENO DE LA PRIMAVERA DE 1956

Cuando el 14 de mayo se dio por concluido el Pleno del Buró Político se habían aceptado variaciones importantes en la línea política del partido. En primer lugar, se abría una revisión táctica que se conocerá bajo el lema genérico de la «reconciliación nacional». El Partido Comunista reconocía, veinte años después de la guerra civil, que la línea divisoria de esta hacía tiempo que había caducado y que por entonces en España planeaba otra nueva división.

A pesar del tiempo transcurrido desde la derrota bélica, serán los comunistas los primeros en atreverse a afrontar públicamente este viraje, lo que les valió el reconocimiento de hombres como Dionisio Ridruejo; una «prueba palpable de la evidencia de esa nueva división del país, que no coincidía con la que se había producido en 1936». Ya en marzo de 1956, Carrillo había enunciado en un editorial de la revista España la idea de superar la línea divisoria de la guerra civil, la necesidad de concebir una perspectiva política sin venganzas, ni segundas vueltas. Esta concepción condicionará a partir de entonces la táctica del partido e incluso introducirá variantes estratégicas que facilitarán la incorporación al partido de generaciones cuyos padres y abuelos habían combatido contra la República.

Este giro táctico, denominado política de reconciliación nacional de todos los españoles, suponía aceptar dos corolarios: la consideración de la vía pacífica como modo y manera de sustituir a la dictadura y la tipificación del enemigo como la camarilla franquista; no el sistema, ni siquiera el régimen en su conjunto, sino la camarilla.

El término «reconciliación nacional» tenía connotaciones muy negativas en el movimiento comunista y especialmente había brutales insultos de Lenin hacia los mencheviques que usaron durante la primera guerra mundial una terminología semejante. Cuenta Manuel Azcárate, posteriormente miembro del Buró del PCE, que por entonces en las reuniones con los soviéticos los españoles se hallaron en dificultades para traducir el término «reconciliación nacional», según él, porque no existía en ruso. Esto no es exacto, pues supondría una pobreza léxica del ruso que sospecho no existe. Lo que sí tenían eran dificultades para encontrarle un término que, indicando expresamente la «reconciliación

nacional», no equivaliese semánticamente al que Lenin había denostado. El asunto hoy parecerá cómico, pero entonces podía tener derivaciones dramáticas, pues sin el aval del PC soviético la «reconciliación nacional de todos los españoles» podía ser considerada anatema. Un giro táctico sin el consentimiento soviético, aunque fuera tácito, entrañaba «revisionismo»; nefando pecado que nadie llevaba sobre su conciencia política sin arriesgarse a ser castigado por ello. La manera de evitar el «revisionismo» consistía en obtener el espaldarazo del PCUS.

Lo mismo ocurría con la opción adoptada de la «vía pacífica» como forma de derribar, desmontar o sustituir –las tres formas eran empleadas– la dictadura de Franco. El amparo teórico lo proporcionaban algunas consideraciones de Nikita Kruschev en el XX Congreso: La conquista de una sólida mayoría parlamentaria que se apoye en el movimiento revolucionario de masas… garantizaría la realización de transformaciones sociales radicales… A su vez este aval tenía su garantía auténtica de ortodoxia en las referencias, escasas y episódicas, de Vladimir Ilich Lenin durante la primavera de 1917, sobre la posibilidad de un tránsito no armado al socialismo: Todas las naciones llegarán al socialismo, eso es inevitable; pero no llegarán de la misma manera; cada una de ellas aportará su originalidad en una u otra forma de democracia, en una u otra variante de la dictadura del proletariado, en uno u otro ritmo de transformaciones sociales. Si esto era válido para el tránsito de la sociedad capitalista a la socialista, con mayor razón de la dictadura a la democracia. Quizá puede hoy parecer banal el tema de las autoridades teóricas que respaldaran el giro de la «reconciliación», pero hay que situarse en el contexto. Para el PCE fue un giro copernicano, o por mejor decir galileico, porque se basaba en elementos que habían pasado a ser patrimonio del movimiento comunista tras el XX Congreso del PC de la URSS (1956).

Además de las autoridades foráneas, la vía pacífica de la «reconciliación nacional» exigía unas muletas que la ayudaran a caminar, que permitieran ponerla en pie: un acuerdo de todas las fuerzas políticas y sociales sin exclusiones, paralelo a las «acciones cívicas» que facilitaran el derribo de la dictadura.

Hasta el pleno de la primavera de 1956, el PCE mantendrá su idea del Frente Nacional Antifranquista, del que poco a poco, con el tiempo y la desgana, se le había ido quitando su último añadido de «Patriótico». En el Frente Nacional había una idea implícita y era que cualquier acuerdo político pasaba

irremisiblemente por la coincidencia entre las fuerzas republicanas. Es Dolores Ibárruri quien expresa la situación real al decir en el pleno: Tenemos que salir del atasco del Frente Nacional Antifranquista. Y la definición era correcta, pues entre las fuerzas republicanas no había posibilidad alguna de avanzar, y por la propia formulación del Frente tampoco se podía tender algún puente hacia las fuerzas de oposición de los aledaños del régimen, y menos aún hacia los monárquicos o «accidentalistas» del interior.

En el pleno chocaron un signo de renovación, como era la definición de la «reconciliación nacional», y otro de regresión, de anquilosamiento, al considerar aún como algo vivo las instituciones republicanas en el exilio. Vicente Uribe, por su condición de ministro en varios gobiernos republicanos, diputado y activo animador de los contactos con aquel mundo del exilio mexicano, quizá estuviera más inclinado que cualquier otro a sobrevalorar a las instituciones derrotadas en la guerra civil. Pero ni Dolores, ni los demás, tan duros con él en tantas cosas, pusieron coto a esa querencia, ni lo intentaron. Lo que viene a ratificar aún más el carácter sui generis de los argumentos «políticos» en los que se basaron Carrillo y Claudín para barrer a Uribe.

Poco después de la reunión del Buró, Diego Martínez Barrio, en su calidad de presidente en funciones de la Segunda República, daba por caducadas las instituciones de las que era más que nada albacea. La Unión Parlamentaria Europea, reunida en Helsinki, sustituía a los diputados republicanos, que no podían desplazarse tan lejos por falta de numerario, por los procuradores de las Cortes franquistas.

Era necesario abrir otra vía y revisar la línea política, para acercarse a las fuerzas reales del interior, por minúsculas que fueran, y esto obligaba a retirar la espoleta de algunas «previsiones» y objetivos tácticos del partido. Así, por ejemplo, se anulará a partir de esta primavera lo del Frente Nacional Antifranquista y Patriótico, adaptándose a la más operativa, aunque también más vaga, fórmula de reconciliación de todos los españoles para luchar contra la camarilla franquista. Con menos razón aún se podía seguir manteniendo lo del Gobierno Provisional Revolucionario que el PCE preveía como órgano de transición de la dictadura a la democracia.

Las cuestiones semánticas han tenido siempre una gran importancia en el movimiento comunista. Forman parte tanto de las denominadas señas de identidad como de los clichés ideológicos o propagandísticos del movimiento. El

término «reconciliación nacional», como ya hemos dicho, tenía connotaciones muy negativas en el acervo leninista-estalinista. Exactamente al revés ocurría con el «Gobierno Provisional Revolucionario», que estaba entroncado con las mejores tradiciones bolcheviques. La envergadura del dilema forzó a Carrillo, durante el pleno, a una feliz formulación que expresaba su naturaleza de sofista aficionado y de mago de la vulgarización ideológica: La consigna del Gobierno Provisional Revolucionario puede ser justa o no en un momento dado, de donde se deduce, en el estilo de Santiago, que entonces no lo era, pero que podía llegar a serlo. Dicho claramente: que lo mejor consistía en colocar a tal Gobierno en el frigorífico y no angustiarse ni por dejarlo ni por volverlo a coger si fuera menester.

El carácter superficial, incluso falaz, de los cambios tácticos, su oportunidad verbal, lo expresó Claudín, involuntariamente, en su defensa de la nueva política: Todos los cambios tácticos no entrañan ni una revisión del Programa ni un viraje radical en nuestra línea de Frente Nacional, cuya justeza ha demostrado la práctica. Afirmaciones que no se sabe hasta qué punto escondían dosis de descoco, de ceguera, o se trataba de algo más simple, como si gritara un «Viva Cartagena» barnizado de jerga política ante una realidad que se resistía a ponérselo fácil. Entre las ideas y las formulaciones sin sentido, pero que les seducían como si se tratara de verdades inconmovibles, y que se reducían a palabras, hay un comienzo oratorio de Fernando Claudín que haría las delicias de Wittgenstein y su búsqueda del sentido de las proposiciones: Teníamos razón cuando al final de nuestra guerra dijimos que la lucha continuaría. No hubo nadie, ni Franco, que dijera lo contrario.

La línea táctica que empezaba a diseñar Santiago es obvio que tendía a marginar lenguajes como el del «Gobierno Provisional Revolucionario», porque ante la alternativa que se ofrecía en 1956 no cabía el adjetivo de «revolucionario». El PCE iba a pasar, en este pleno, de la defensa del Gobierno Provisional Revolucionario, a optar por un gobierno de coalición en el que por razones tácticas no estemos (Santiago Carrillo). Apoyaban entonces una salida liberal, incluso conservadora, y no hacían de la participación comunista ninguna cuestión de principios. Era un progreso táctico y sobre todo un reconocimiento implícito de lo alejados que habían estado de la realidad durante tantos años. Y también, cómo no, de la prisa que tenía el nuevo equipo dirigente de Carrillo y Claudín por reducir esa distancia.

Se iniciará entonces una reconsideración de la figura de Ortega y Gasset y de

«liberales» como Lain, Tovar y otros. Dolores, retomando la nueva vía de Santiago, nunca mejor dicho, propondrá una Conferencia ginebrina de las diversas fuerzas políticas, que ninguno de los presentes cuestionó, pero que a hombres como Santiago o Claudín, que estaban más cerca de las dificultades reales del interior, les debió de parecer una genialidad de Pasionaria, que pretendía ahora ganarles en audacia con una reunión, que a buen seguro extraía del efecto periodístico que le habían causado las entrevistas en Ginebra entre los ministros de Asuntos Exteriores de las grandes potencias.

El PCE debía revisar sus alianzas y tomar contacto con una serie de fuerzas reales del interior de las que desconocía todo –democracia cristiana, falangismo, socialdemocracia, monárquicos…–, así como reanudar otras que estaban congeladas desde hacía años, concretamente el PSOE y el Gobierno Vasco en el exilio, dominado por el Partido Nacionalista Vasco.

Todo eso en la dirección de lograr un acuerdo o una convergencia de fuerzas, en las que el PC no estuviera ni presente ni ausente, pero que conservara su espíritu. Dicha convergencia facilitaría las acciones cívicas que derribarían o sustituirían, como se dijo en el pleno, a la dictadura. Si nos entendemos con fuerzas de derecha e izquierda –afirma Santiago–, desde democracia cristiana hasta comunistas, para derribar a Franco, bastaría con una o una serie de demostraciones pacíficas… Hoy, por ejemplo, una demostración nacional pacífica sería un paro el primero de mayo…, porque la dictadura estaba en las últimas; o, como expresaba Claudín en el pleno, en una formulación que hará fortuna: El fascismo es un régimen que expresa no la fuerza, sino la debilidad de la reacción. En la mente de Carrillo nacía lo que, con unos meses de poso, devendría en el alfa y el omega de su táctica: las «demostraciones nacionales pacíficas» como fórmula para derribar la dictadura. Siempre cobijadas por «entendimientos», reales o presuntos, con otras fuerzas políticas.

La resolución secreta del Buró Político admitió que se habían aprobado una serie de planteamientos tácticos, sin especificar, aunque sí se señalaba la desaprobación del Buró Político a la intervención del camarada Vicente Uribe…, porque expresa una posición de repliegue precisamente en el momento en que la crisis de la dictadura se agudiza… Cuando este reciba la resolución, su indignación será completa; además de derrotado, burlado. Inmediatamente escribirá una carta a Dolores: El motivo de escribirte esta carta radica en la necesidad que siento de hacerte presente que a mi juicio se han producido anomalías al establecer caracterizaciones que me conciernen muy

particularmente… Las afirmaciones y características establecidas con carácter definitivo en la resolución han sido hechas y aprobadas sin que mediara una discusión y sin que el interesado, en este caso yo, tuviese la oportunidad de exponer sus puntos de vista… Debo recordar que a petición tuya renuncié a exponer todo lo que tenía que decir… y me avine a no hacer uso del derecho que me asiste… Ignoro en absoluto cómo se ha producido la discusión en el seno de la comisión que elaboró la resolución… Pasionaria le había pedido que en aras de la unidad no respondiera a los ataques en el pleno y así había facilitado su liquidación, mientras los demás interpretaban su silencio como un reconocimiento de su derrota. Él tampoco sabía que Dolores había pactado antes con Carrillo, y presumiblemente este desconocía la petición de silencio de la secretaria general a Uribe. El veterano Uribe, el sabelotodo, se había portado como un militante ingenuo al fiarse de su colega de toda la vida. Ya no tenía solución. Su carta de protesta no la conocerán nunca los otros miembros del Buró, ni tampoco parece que tuvo respuesta. Aunque, a decir verdad, la respuesta se la darán dos meses más tarde, cuando entre todos le trituren en el pleno del Comité Central.

En el aspecto público la revisión táctica podía ser considerada como lo más notable y llamativo del pleno, y exigía reunir al Comité Central para que paliara el rasgo estalinista de «los desestalinizadores», que rectificaban la línea sin necesidad de Congreso alguno, en un momento en el que se quería volver a las normas leninistas del funcionamiento de la dirección colectiva.

El pleno de la primavera de 1956 también era un «a modo» de XX Congreso del PCUS dentro de los límites hispanos. Aunque reducido, masticado y consumido en los restringidísimos límites del Buró Político, es decir, nueve personas incluida la víctima[14], clausuraba un periodo, con la satisfacción, además, de haber encontrado el chivo expiatorio en la figura de Uribe, quien asumiría de aquí en adelante, en un rasgo de suprema ironía, los males del culto a la personalidad; esa etapa que Dolores definió en la reunión, mientras miraba hacia atrás sin ira y con complacencia, como nuestro comunismo de guerra, un periodo que cubría quince años de vida de partido. Desde el final de la guerra civil hasta la primavera rumana de 1956. Una etapa borrascosa que ella describió allí con unas palabras que excusan los comentarios: Si en este periodo no se hundió el partido fue porque, a pesar de nuestro mal trabajo, la base era sana. Confesión hecha entre nueve personas y que no repetirá nunca jamás, porque no dejaba de ser una confesión de culpa avasalladora y hasta cierto punto un diagnóstico bastante exacto, que exigiría la rendición de cuentas. Nadie podía dudar de que

la base fuera sana, incluso espléndida, con su heroísmo y su sangre inmolada; lo que históricamente conllevaría más dudas es que el partido, durante el estalinismo, no hubiera estado hundido.

Fue como esa confesión desvergonzada hecha por un notario en una tertulia de ciudad provinciana. Algo que nadie vuelve a citar nunca, ni el interesado repetirá jamás. Esa audacia autocrítica, en privado, no supuso, por tanto, ninguna denuncia de los métodos aplicados por los allí encerrados. Porque tanto unos como otros se conjuraron para lavarse sus propias culpas y arrojar las genéricas sobre un cadáver político conservado en alcohol, apellidado Uribe.

Con un atrabiliario oportunismo, no solo no estaban dispuestos a revisar las acusaciones y las calumnias, los procesos y las denuncias falsas contra militantes e incluso dirigentes. Tampoco a exhumar algunos cadáveres, sino que además entre todos decidían, ante el inminente cambio democrático en España, cancelar sus responsabilidades. Lo dice textualmente su resolución secreta: Con vistas a la perspectiva de un cambio democrático en España el Buró decide dar la posibilidad de volver al partido a todas aquellas personas expulsadas en los años pasados que lo deseen, rectificando su conducta. Es decir, que debían rectificar los denunciados, los calumniados, no los calumniadores, ni sus falsos acusadores.

Para eso habían servido todas las largas peroratas sobre las miserias históricas del equipo dirigente del Partido Comunista de España, para que la mierda se repartiera entre los miembros del Buró y la solidaridad de la sangre y las indignidades cometidas formara la más sólida salvaguarda frente a los críticos presentes, pasados y futuros. El pleno de la primavera de 1956 abría una nueva etapa en el terreno de la línea política del Partido Comunista de España. Se saldaban los errores históricos con un ajuste de cuentas de la familia, de la cúpula: la defenestración de Vicente Uribe. Lo demás quedaba intacto.

UNA NUEVA GENERACIÓN ANTE VIEJOS PROBLEMAS

En el interior, el PCE recogía frutos innumerables que no solo daban alas al entusiasmo, también confirmaban su irresistible ascenso. Mientras el Buró

Político ajustaba en Bucarest sus cuentas con el pasado, sin apenas referencias a la situación de las organizaciones del interior, en España se avanzaba en sectores donde el Partido Comunista no tenía apenas tradición: el estudiantado y la intelectualidad.

El estudiantado de la época republicana procedía en general de las filas de las juventudes socialistas. Y su incorporación al PCE durante la guerra fue facilitada por los acontecimientos, no por la especial dedicación de la dirección. En mayor medida aún, la intelectualidad que sirvió a la causa republicana durante los años bélicos, muy numerosa, estuvo en muy escasa medida en el partido, aunque fueran disciplinados compañeros de viaje, pero no militantes. Ahora, veinte años más tarde, el partido se iba a desarrollar llamativamente en estos sectores, consecuencia de la situación generada por el franquismo, de la política de reconciliación nacional y de la ausencia de cualquier otro grupo que representara una alternativa real al PCE.

La primera organización estudiantil del partido se constituyó oficialmente en Madrid durante la primavera de 1955. Formaban parte de ella Enrique Múgica Herzog (futuro dirigente del PSOE y entonces estudiante de Derecho y poeta), Juan Antonio Bardem y Julio Diamante (futuros directores cinematográficos y entonces estudiantes, respectivamente, de Ingenieros Agrónomos y Medicina), además de los escritores Julián Marcos y Jesús López Pacheco, que entonces también estudiaban en la Facultad de Filosofía y Letras. Soy consciente y me disculpo por la ausencia de más de uno, quizá dos. Su contacto con la dirección era Jorge Semprún, archiconocido, mitificado y canonizado como Federico Sánchez.

El primero en relacionarse con el PC fue Juan Antonio Bardem gracias a sus relaciones con el canario Cirilo Benítez. Estatutariamente, el primero, sin embargo, había de ser un estudiante donostiarra, Enrique Múgica, que llevaba en Madrid desde octubre de 1953. Había conocido a Semprún en el verano de aquel año gracias a sus aficiones poéticas y a sus relaciones personales con Gabriel Celaya.

El primer trabajo político-literario de Múgica durante el curso 1953-1954 fue la organización de unos «Encuentros de Poesía en la Universidad» que servirían para concentrar a los escasos muchachos inquietos del mundo universitario de 1954. Para ello obtuvo el patrocinio personal del poeta Dionisio Ridruejo, que conservaba gran predicamento entre algunos de sus antiguos compañeros de

armas falangistas, especialmente el rector de la Universidad de Madrid, Pedro Laín Entralgo.

El primer aldabonazo del estudiantado madrileño que marcó la llegada de nuevas generaciones con nuevas inquietudes tuvo lugar en enero de 1954. Las manifestaciones orientadas por el falangismo en solicitud de un «Gibraltar español» degeneraron en ostentosos gritos a favor de la «libertad de prensa». No había nada de hábil orientación comunista, era el resultado del comportamiento cínico y ocultista de los periódicos, que seguían fielmente las consignas del Gobierno y que ni siquiera reseñaban los incidentes.

La reacción del rector Laín Entralgo ante aquella primera protesta estudiantil, seguida de encierro y asambleas, fue negativa. Quizá esto le obligó intelectualmente a revisar su actitud y a adoptar una posición más tímida y calculadora a partir de entonces. Coincidieron la benevolencia del rector y el activismo de Múgica para organizar, en la primavera de 1954, sus «encuentros de Poesía». Por el aula de la Facultad de Derecho pasaron a leer y discutir sus poemas desde militantes del partido emboscados por la clandestinidad, como Eugenio de Nora y Gabriel Celaya, hasta hombres del sistema, como Luis Felipe Vivanco, Luis Rosales y Leopoldo Panero, que acababa de publicar su infumable respuesta al Canto General de Pablo Neruda.

Diversas iniciativas, poéticas y prosaicas, facilitaron que en el curso siguiente –1954-1955– el PCE contara con una organización numerosa: además de los socios fundadores de la primavera de 1955, pronto se incorporaron otros, en un complejo proceso en el que nadie sabía nunca cuándo se era miembro de «pleno derecho» del partido y cuándo se dejaba de ser simpatizante, aunque lo de «pleno derecho» no fuera más que un recurso semántico en aquellas condiciones de clandestinidad. Jaime Maestro, Javier Pradera, Fernando Sánchez Dragó, Claudio Rodríguez, Ramón Tamames… Había ya una infraestructura que les facilitó el lanzarse a un proyecto más ambicioso: el Congreso de Escritores Jóvenes. La idea nació en la casa parisina de Semprún –171, Bulevar Saint-Germain–, entre el anfitrión, Santiago Carrillo y el joven poeta Múgica Herzog, que acababa de encontrarse por primera vez en el Parnaso, aquel 8 de diciembre de 1954.

Desde la primavera de 1955, y gracias a la colaboración del rector Laín Entralgo y del director general de Enseñanza Universitaria, Pérez Villanueva, el activo núcleo del partido en la Universidad se lanzó a la tarea de coordinar a la

intelectualidad progresiva de España. Laín y Pérez Villanueva pusieron a disposición de Múgica, Diamante y López Pacheco unos locales e incluso un nada desdeñable presupuesto con el que consiguieron editar un Manifiesto y tres números de un Boletín. Tanto el Manifiesto como los boletines mostraban su despego del Sindicato Español Universitario, el SEU, organización de encuadramiento sindical oficial y obligatoria. Para darle al Congreso de Escritores en ciernes una mayor amplitud política se contó con la colaboración de jóvenes no sospechosos de izquierdismo, como Gabriel Elorriaga.

Si los Boletines, con sus felicitaciones entusiastas al cineasta Juan Antonio Bardem y las reproducciones de Picasso, dejaban claro cuál era la orientación del grupo, la oportunidad de salir fuera del estrecho marco universitario se la facilitó el fallecimiento de José Ortega y Gasset el 18 de octubre de 1955. La Comisión Organizadora del Congreso de Escritores Jóvenes hizo circular profusamente una esquela dedicada al filósofo sin cruz alguna que la encabezara, algo inaudito en aquellos tiempos, y, a mayor abundamiento, con el simple recordatorio bajo su nombre, José Ortega y Gasset, de «filósofo liberal español». Una osadía que resultará temeraria.

Antes de que terminara el año, el jefe del SEU –José Antonio Serrano Montalvo– le puso la proa al Congreso y manifestó claramente que no estaba dispuesto a jugar el juego que marcaba el grupo progresista de la Universidad. Las dificultades aparecieron en todos los terrenos. El rector Laín les cedió nuevos locales, no tan holgados, en el Instituto de Cultura Hispánica y el plenario de escritores jóvenes derivó hacia algo más factible: un congreso de estudiantes.

La organización de este proyecto correrá a cargo de Enrique Múgica, Javier Pradera y Ramón Tamames, redactores principales del borrador de un nuevo Manifiesto que se leería en los salones del Club Tiempo Nuevo el 31 de enero y que se consideraría como el detonante de los famosos sucesos estudiantiles de 1956. Al día siguiente numerosas clases en la Universidad se interrumpían para dar lectura al Manifiesto, que recogerá centenares de firmas. Simultáneamente, la activísima organización del partido en la Universidad promueve el boicot a las elecciones al SEU. Otras corrientes políticas se suman al Manifiesto e introducen variaciones en su texto. Se produce entonces una lógica coincidencia de voluntades, entre aquellos que se habían quedado descolgados tras la cancelación del proyecto de Congreso de Escritores Jóvenes y los no menos jóvenes estudiantes que querían hallar una alternativa al SEU falangista. Allí

estaban, junto al núcleo directivo del partido en la Universidad, otros como el monárquico Juan Garrigues Walker, el filosocialista Miguel Sánchez Mazas, hijo de un exministro falangista, el entonces ferviente católico Alfonso Sastre, el también monárquico José María Ruiz Gallardón…

Las elecciones en la Facultad de Derecho significaron el primer precedente del nacimiento del movimiento estudiantil antifranquista: los candidatos del SEU fueron derrotados. Los sucesos se precipitaron cuando los falangistas primero trataron de imponer a sus candidatos y posteriormente asaltaron la facultad. Los enfrentamientos dieron una clara muestra de que la Universidad no estaba por el respaldo al SEU, aunque tampoco estuviera, obviamente, por las corrientes progresistas. Pero mientras unos usaban de la barbarie, los otros usaban del talento, y el distanciamiento entre mundo oficial y universidad real se fue ahondando día a día, convirtiéndose en el más estable bastión antifranquista hasta los últimos años de la dictadura.

El 9 de febrero, como todos los años, el SEU celebraba su fiesta homenaje al «Estudiante Caído», coincidiendo con el 22 aniversario de la muerte del falangista Matías Montero. Con la parafernalia fascista habitual, y, como dice el himno, «prietas las filas y viril el ademán», se dirigieron, después de depositar sus coronas de laurel y jaleados por los himnos, hacia la Universidad de la calle San Bernardo. Apenas si hubo enfrentamientos, porque los falangistas, armados en su mayor parte, e inexpertos igualmente en su mayor parte, tenían la protección de la Policía Armada, concentrada en los alrededores. Jugando con sus pistolas en el remedo de liberación de la Universidad de Madrid, ocupada, según ellos, de nuevo por la masonería, el liberalismo y el comunismo, se disparó una pistola que fue a herir de gravedad y por la parte trasera de la cabeza al falangista Miguel Álvarez. En los medios seuísticos de la Secretaría General del Movimiento el disparo se atribuyó desde el primer momento al arma de un militante de la Falange, un Márquez Horrillo. Pero oficialmente se silenció este hecho, porque los hombres del Movimiento tenían interés en atribuir el atentado a los progresistas y liberales, facilitando la vuelta a las épocas más duras.

La crisis de febrero de 1956 fue una crisis en el Gobierno e incluso en el Régimen; los estudiantes habían sido exclusivamente el fulminante cuya pólvora usaron otros. El PCE, lógicamente, se sintió satisfecho de su papel, e incluso quizá lo magnificó, designándose como el responsable principal de aquella tormenta que provocó una remodelación del Gabinete y que políticamente habrá de significar un jalón importante en la historia del Régimen, al ser cesados, al

alimón, el ministro de Educación, Joaquín Ruiz Jiménez, y el secretario general del Movimiento, el cínico y atildado Raimundo Fernández Cuesta. Crisis que no se habrá de cerrar, significativamente, hasta unos meses después, cuando sea nombrado un nuevo gabinete sin las improvisaciones de febrero. Provocó también el acercamiento a la oposición de aquellos sectores que habían pasado por Falange y que se adscribieron al liberalismo y al posibilismo, constatando algo evidente: que dentro del régimen no había posibilidades para neutralizar su carácter dictatorial. Hombres como Dionisio Ridruejo, Laín Entralgo o Antonio Tovar, entre otros, marcan ciertas distancias con el franquismo, lo que tendrá importancia para el PCE en su nueva estrategia.

El balance del partido tras los acontecimientos de febrero no podía ser más que exultante. La organización universitaria había provocado una crisis de gobierno e incluso del sistema en la famosa noche del 9 de febrero, cuando sectores falangistas y militares hicieron una drôle de guerre telefónica. ¡Qué más se podía pedir a una organización! Incluso la detención del núcleo promotor, el 9 de febrero, no hacía más que constatar el éxito y la influencia del partido. Habían detenido a comunistas como Ramón Tamames, una institución, y a Javier Pradera, que no era, como en la copla, hijo y nieto de Camborio, sino descendiente de quienes habían conciliado tradición y falangismo, amén de jurídico de la Armada.

También detuvieron a Juan Antonio Bardem, de manera tan peculiar y escandalosa como la de prenderle mientras rodaba su mejor film, Calle Mayor, y ante actores y técnicos muchos de ellos extranjeros, que tuvieron la mejor prueba de que la España de Franco seguía siendo tal como la relataban los periódicos de sus países. Otros militantes –Julián Marcos, Enrique Múgica, López Pacheco, Sánchez Dragó, Jaime Maestro y Julio Diamante– habían sido detenidos junto a hombres de distintas ideologías: Dionisio Ridruejo, Ruiz Gallardón, Gabriel Elorriaga, Juan Garrigues Walker o José Luis Abellán. Casi al mismo tiempo cesaban decanos como el de Derecho (Torres López) y dimitía el rector Laín Entralgo.

Por primera vez en la historia de la dictadura, y cabe decir por última, aunque sea adelantarnos a los acontecimientos, el PCE había logrado provocar una crisis en el régimen. No se ha estudiado suficientemente el valor paradigmático que tuvieron los acontecimientos de febrero de 1956 en la elaboración de la táctica de acoso a la dictadura. Si una minúscula organización, comparativamente hablando, había conseguido lo máximo que se puede obtener en la dictadura

antes de derribarla, que es provocar sus luchas internas, también el PCE debía pensar en la mejor manera de reproducir lo de febrero y a mayor escala. Se objetará que ni el Comité Universitario, ni el responsable máximo, Federico Sánchez (Jorge Semprún), ni siquiera el «clarividente» Buró Político, habían tenido participación alguna en los acontecimientos fuera de poner en marcha la primera piedra que provocó el alud. Pero lo indiscutible es que la pequeña piedra la había lanzado una organización del Partido Comunista de España y el desencadenamiento de la conmoción había sido tan simple y sencillo que nadie podía descartar que, organizándolo concienzudamente, se podría llevar a la dictadura de crisis en crisis. La idea venía favorecida especialmente por su reacción, y es también indiscutible que los acontecimientos de febrero de 1956 habían mostrado, bien a las claras, esa reacción como prueba de la debilidad del franquismo.

Los acontecimientos de febrero de 1956, sumados al XX Congreso del PCUS, confirmaban punto por punto la nueva táctica y el voluntarismo que pregonaban tanto Carrillo como Claudín. Incluso, como decía Claudín entonces, nos habíamos quedado cortos. Conviene no olvidar esto: por primera vez, se producía un hecho que de verdad confirmaba la táctica del partido. Si desde 1939 la fortuna les había mostrado la espalda y les probaba día tras día que sus análisis tenían la inconsistencia del algodón en rama, pese a lo cual jaleaban cómo los hechos confirman cada día nuestro análisis, ¿qué no sería ahora, que al fin un hecho –y ¡qué hecho!– de verdad coincidía con sus análisis? Una organización del partido, con una línea justa, rodeándose de aliados, podía promover un movimiento que por mínimo que fuera provocara una sacudida en el Régimen. Así era de simple la cosa, y de real también. Lo había logrado una organización, la universitaria de Madrid, que a partir de ahora, y durante unos años, se considerará no solo la niña de los ojos de Carrillo y el Buró, sino el ejemplo por excelencia y el modelo en el que debían mirarse todas.

Cuando los detenidos comunistas de febrero salgan, no serán sencillamente unos militantes, sino unos líderes del futuro movimiento de masas. De ahí el predicamento y la atención que hombres como Enrique Múgica, Javier Pradera y Ramón Tamames, por citar los más sobresalientes, tendrán en las altas esferas del partido, en comparación con otros militantes y organizaciones.

Hay un hecho que también se registra en París: la organización del PCE en la Universidad ha crecido con la lucha y con las detenciones. De febrero a mayo, fecha de la salida de los detenidos, el partido se ha multiplicado. No solo en la

Universidad, también entre la intelectualidad. No digamos en el mundo cinematográfico.

En mayo de 1955, tomando cobijo bajo las alas del Cineclub del SEU de Salamanca, que dirigen Basilio Martín Patino y Joaquín de Prada, se celebran las «Conversaciones Cinematográficas». Aunque están presentes todas las corrientes, incluso el Ministerio y algún camisa vieja de Falange, la organización del partido en el mundo del cine da una muestra de su capacidad para orientar y aglutinar. Ricardo Muñoz Suay exhibe sus dotes de organizador y Juan Antonio Bardem muestra su brillantez expositiva con el lema que definirá la producción nacional: El cine español es políticamente ineficaz, socialmente falso, intelectualmente ínfimo, estéticamente nulo e industrialmente raquítico.

Aunque Carrillo no puede jactarse aún, como en el chotis de Agustín Lara, de contar con «la crema de la intelectualidad», ya empieza la imantación de ese sector hacia el PCE. Un partido que exhibe en 1956 sus relaciones con los grandes mitos, los dos Pablos, Picasso y Casals, a los que felicita Mundo Obrero como si se tratara de unos amigos que pagan sus «ecos de sociedad». Que alaba a don Ramón Menéndez Pidal por sus gestos solidarios y que homenajea a Antonio Machado en el exilio y en el interior. De pronto, todos son como el PC italiano de 1944, hasta tienen su «svolta de Salerno», llamada «reconciliación nacional». Nadie duda de que el trío Carrillo-Claudín-Semprún está llamado a ser Togliatti-Amendola-Ingrao; nadie lo duda, ni ellos mismos, aunque, a Santiago, Palmiro le parece «un marxista cerebral, lleno de dudas», con una evidente inclinación al derechismo[15].

Es curioso cómo en apenas unos meses se había pasado en los análisis del dúo Carrillo-Claudín de la recuperación del partido al acoso al Régimen. A partir de febrero de 1956, el partido, desde la cúpula hasta los niveles más bajos, fue consciente de que se había entrado en un periodo, de acoso primero y derribo después, del odiado régimen.

Lo más llamativo de 1956 en el terreno político quizá fuera el surgimiento de una nueva generación de militantes, el nacimiento de una «resistencia» formada por gentes que no habían hecho la guerra civil y que querían conscientemente superar sus secuelas. Por eso, cuando en julio de 1956 Carrillo y el Buró de París se propongan hacer una declaración, no harán otra cosa que recoger políticamente la evidencia plasmada en los acontecimientos estudiantiles de febrero, y en otras experiencias que les llegaban desde el interior. No solo los

comunistas se reconstruían. Nacía el FLP[16] bajo la orientación de Julio Cerón, un diplomático de reconocida cultura y fuertes convicciones religiosas. Más a la derecha, y en la misma familia cristiana, estaban los «accidentalistas», con Jesús Barros de Lis como máximo adalid, tan distantes de Julio Cerón por la izquierda como de Gil Robles por la derecha. También se rejuvenecía el socialismo. El socialismo oficial, dirigido desde Toulouse por las ejecutivas del PSOE y la UGT, tenía en Antonio Amat a su hombre orquesta del interior. A su lado, casi cabría decir, paralelamente, surgió al calor de 1956 y el nuevo clima universitario un grupo de adscripción socialista, la Agrupación Socialista Universitaria (ASU). Tuvo la compleja particularidad de que, además de ser una nueva plataforma del socialismo no encuadrado en la disciplina que Rodolfo Llopis ejercía desde Toulouse, era también un colaborador del PCE en sus objetivos políticos.

De los cinco creadores de la ASU, tres estaban, a su vez, organizados en el Partido Comunista. Seis submarinos del PCE trabajarán durante más de un año en la naciente Agrupación Socialista Universitaria: Emilio Sanz Hurtado, Carlos Zayas, Lasso de la Vega, Luis Osorio, Jorge Asensio y Bernardo Peña Trapero. Otros, como Víctor Pradera (hermano de Javier), J. Manuel Kindelán o Miguel Sánchez Ferlosio, tardarán en saberlo mientras intentan, con lógica ingenuidad, lograr un camino equidistante de la ortodoxia comunista y el anquilosamiento socialista.

El PCE, que es el que aquí nos ocupa, vio en la ASU, a partir de la información que Jorge Semprún recogió de Sanz Hurtado, una plataforma política que le venía como anillo al dedo para colmar una serie de tareas de difícil resolución desde la propia estructura del PCE. La primera, aumentar el espectro de fuerzas antifranquistas. La segunda, facilitar los contactos con el propio PCE y así aparecer como la primera organización que rompía el aislamiento de los comunistas. La tercera, crear un nivel intermedio entre la juventud universitaria inquieta y el PCE, facilitando la incorporación de jóvenes a la ASU como primer paso a otro rango de compromiso. La cuarta misión de la ASU, desde la perspectiva instrumental del partido, era la más importante: servir de vehículo de información y conocimiento del PCE respecto a otros grupos políticos y sectores sociales que por principio jamás recibirían a los comunistas, pero que no tenían inconveniente en hacerlo con unos «jóvenes universitarios socialistas». De este modo, Emilio Sanz Hurtado consiguió, amparándose en la ASU, entrevistarse con el cardenal Herrera Oria, obispo a la sazón de Málaga, y con Enrique Tarancón, igualmente obispo de Solsona, por citar los más notables. Los

primeros contactos del PCE con fuerzas políticas del interior se harán gracias a la tapadera de la ASU: con el FLP de Cerón, con Dionisio Ridruejo, con Enrique Tierno Galván y con la Izquierda Democristiana de Barros de Lis. La ASU y Sanz Hurtado servían de zapadores para que los ingenieros Javier Pradera y Gregorio Ortiz Ricoll vinieran después a tender el puente sólido de los contactos oficiales.

El doble juego se vino abajo cuando uno de los militantes del PCE en la ASU, Carlos Zayas, marchó invitado por el partido en un «viaje de fe» a China y la Unión Soviética. La experiencia le resultó cargante y en el fardo hubo de contar también los efectos de la invasión soviética a Hungría. A mediados de 1957, Carlos Zayas destapa el pastel ante sus inocentes colegas de la ASU: Víctor Pradera, Juan Manuel Kindelán, Pedro Ramón Moliner, Francisco Bustelo, Gabriel Tortella… El escándalo y las consecuencias no pudieron ser más negativas para ambos, especialmente porque a la ASU, dispuesta a emular al PCE, se le ocurrieron procedimientos estalinistas y chantajes al partido. Una muestra es la conocida historia de las fotografías a Jorge Semprún. Que un grupo ilegal ose hacerle una fotografía clandestina a un clandestino con el objetivo de chantajearle, y todo eso en el ambiente que imprime una dictadura férrea, para quien la foto de Semprún hubiera sido un regalo inesperado, solo puede explicarse por aquellas formas de la maldad infantil de que hablaba san Agustín. Las corrientes más anticomunistas de la ASU se desarrollaron a partir de entonces; es lógico.

La experiencia de la Agrupación Socialista Universitaria no fue en balde para los comunistas. Sanz Hurtado, en algunos casos, y Pradera, en otros, fueron dando las puntadas necesarias para que las relaciones políticas no obligaran a volver a la búsqueda de travestimientos. No obstante, desde que abandonó su doble cualidad, Sanz Hurtado ya no fue recibido por los representantes de la Iglesia, ni por el líder democristiano Gil Robles, que mantuvo siempre una firme negativa a relacionarse con los comunistas, al tiempo que defendía a detenidos de los acontecimientos de febrero. Nunca fue posible, pese a la insistencia del PCE, llegar a cambiar impresiones con el veterano líder de la CEDA. Los innumerables requiebros que le dirigía el PCE privadamente estuvieron a punto de reblandecer la superficie coriácea de Gil Robles cuando, a mediados de 1956, la dirección del PCE envió a Javier Pradera para advertirle de que la Guardia de Franco le preparaba un atentado. La sorpresa del dirigente derechista fue mayúscula, pero los hechos se confirmaron y fueron detenidos merodeando cerca de su casa dos miembros de dicha milicia fascista. Según cuenta Santiago

Carrillo en una regocijante carta a Dolores Ibárruri, el abogado reaccionó de este modo tan suyo: A Gil Robles le sorprendió mucho que los comunistas tuvieran ese interés por su vida. Recordó que Pasionaria le había dicho en las Cortes que moriría con las botas puestas. Parece ser que comentó esto diciendo que en la política esas cosas pasan y que él era un hombre político, que eso no le había dejado ningún resentimiento. Pero no pasó de ahí.

Hay que reconocer que el mayor éxito de los adelantados de la ASU, facilitándole la labor al PCE, se produjo en el caso de Dionisio Ridruejo. La maldición de Ridruejo consistía en hacer proposiciones políticas a todos aquellos que ya estaban militando en el PCE, quienes alegaban diversas razones para no explicarle la verdad. Le ocurrió con Enrique Múgica Herzog, que se acercó a él por sus «inclinaciones poéticas»; luego con el madrileño residente en la Universidad de Barcelona, Manuel Sacristán; y más tarde con Sanz Hurtado y Javier Pradera, hasta hacer una lista que duraría gran parte de la dictadura franquista. No obstante, fue Dionisio Ridruejo un paciente interlocutor del Partido Comunista, al que escuchaba y atendía con abnegación más que política, y de los que soportaba todo tipo de punzadas y maniobras, quizá enredado y maniatado por un pasado que en 1956 significaba mucho.

Sobre este substrato se redactó la declaración denominada Por la reconciliación nacional de todos los españoles, con la que el PCE, por primera vez desde el fin de la guerra civil, iba a convertirse en la vanguardia política de aquellos sectores, no solo populares, que deseaban una sociedad democrática. Se dio a conocer el 18 de junio de 1956 y tenía un tono y un lenguaje infrecuentes: Al acercarse el XX aniversario del comienzo de la guerra civil, el PC de España declara solemnemente estar dispuesto a contribuir sin reservas a la reconciliación nacional de los españoles, a terminar con la división abierta por la guerra civil y mantenida por el general Franco. Se arrumbaban así, sin más explicaciones, las reivindicaciones maximalistas del denominado Frente Nacional Antifranquista, sustituyéndolas por seis puntos que no podría objetar ni el más exigente de los demócratas: amnistía, supresión de la censura, sindicatos democráticos y hermandades campesinas de libre elección, respeto al fuero universitario y libertad de partidos políticos.

Se imponía una realidad y el PCE la percibía quizá bastante antes que otros grupos: Hay ya una nueva generación que no ha vivido la guerra civil –dice la declaración– y que está jugando un papel en la sociedad española. El enunciado de esta política nueva por el PCE constituye uno de los éxitos más notables del

partido, que debe ser atribuido al grupo de París –Carrillo, Claudín, Semprún–. Dionisio Ridruejo lo reconoció en sus reflexiones políticas, publicadas en un momento en el que sus palabras tenían aún mayor peso específico[17].

Esta sensibilidad del partido hacia lo nuevo revitalizó su imagen, a lo que también coadyuvó la denuncia del estalinismo posterior al XX Congreso soviético. Es curioso cómo, probablemente, haya sido España el único país en el que las denuncias kruschovianas de los crímenes de Stalin hayan tenido un efecto no traumatizante para el partido y su militancia. Quizá lo facilitó la existencia arrasadora de la dictadura franquista, pero esto no explica por sí solo que en España, incluso en la España amplísima y compleja de la diáspora y el exilio, la revisión antiestalinista no haya dejado jirones en su intelectualidad. No se olvide que en Francia el XX Congreso debilitó las posiciones comunistas, siguiendo la interpretación que el secretario general, Mauricio Thorez, transmitía a sus escasos íntimos tras conocer las denuncias de Stalin: ¡Cuánta basura ha echado Kruschev sobre todos nosotros![18]. Incluso se olvida a menudo la actitud de Jean Paul Sartre al criticar la «imprudencia» de Nikita Kruschev al descubrir la verdad a las masas, que no estaban en condiciones de recibirla[19]. Otro tanto ocurrió en Italia, neutralizado quizá por el giro de Togliatti y sus respuestas a las nueve preguntas formuladas por la revista Nuovi Argomenti. El secretario general del PCI conmocionaría a propios y extraños cuestionando «verdades» más inconmovibles para el movimiento comunista que la propia figura de Stalin, como la noción de partido comunista, la corresponsabilidad de todo el grupo dirigente soviético en las aberraciones del estalinismo, comprendidos los camaradas que hoy día han tenido la iniciativa de la denuncia; el alejamiento de la sociedad soviética de todo vestigio de democracia e incluso de la legalidad que se había trazado, alcanzando inauditas violaciones de la legalidad socialista. Togliatti cuestionaría el sistema, no solo al hombre. En el PC español no ocurrió nada de eso ni fue necesario hacer algo para impedirlo.

La falta de libertades y el contraste entre la actitud del PCE, tímida pero autocrítica, frente a la del Régimen franquista, brutal y soberbia, facilitó que las consecuencias de la denuncia del denominado «culto a la personalidad» fueran beneficiosas para los mismos dirigentes del partido. La primera referencia explícita al «culto» fue la reproducción en Mundo Obrero de un artículo de la Pravda moscovita en el que todo se podía resumir en el mismísimo título: ¿Por qué el culto a la personalidad es ajeno al espíritu del marxismo leninismo?[20]. Pero este texto apenas si daba alguna pista sobre lo ocurrido realmente en el XX Congreso. Se señalaba, por ejemplo, la resuelta posición del CC del PCUS y del

XX Congreso contra el culto a la personalidad y el consecuente y amplio esclarecimiento del daño que implica este culto. Pero sin mayores precisiones, incluso con frases que confundían al lector, como aquella que dice: J. V. Stalin tiene grandes méritos contraídos ante nuestro partido, ante la clase obrera y ante todo el movimiento obrero internacional.

En el PCE la dirección tuvo especial cuidado en referirse solo a lo que le interesaba. Concretamente, encargó al responsable de las cuestiones intelectuales, Víctor Velasco, un artículo sobre las aportaciones del «XX Congreso» referidas a la posibilidad de utilizar la vía parlamentaria como una de las formas de paso al socialismo. Será el último documento de Velasco, antiguo líder de las Juventudes Socialistas, ascendido al Comité Central en 1954, con quien Jorge Semprún hará sus primeras armas en el campo de la intelectualidad comunista y al que sustituirá tras su muerte prematura en julio de 1956.

No fue especialmente explícito el PCE a la hora de valorar el XX Congreso del deshielo y la desestalinización. Es sabido que la plana mayor del partido –Dolores, Carrillo, Claudín…– consideraron las respuestas de Togliatti a Nuovi Argomenti como «revisionismo», aunque se cuidaron muy mucho de expresarlo públicamente, porque hasta que los soviéticos no dieran luz verde, nadie podía atribuirse derechos que no le competían. En la Historia oficial del partido (Varsovia, 1960) se señala al XX Congreso como importante porque declaró que en nuestros días la guerra no es fatalmente inevitable, porque promovió la competencia pacífica entre el mundo socialista y el capitalista, porque desarrolló la idea de Lenin sobre la variedad de formas de paso al socialismo, y casi en un apunte se refiere a que condenó el culto a la personalidad. Claro que en 1960 ni siquiera Togliatti se atrevía a escribir sus opiniones de cuatro años antes, pero quizá en el caso español la denuncia antiestalinista se había quedado encubierta en algo más evidente, más patente, más cotidiano: el franquismo, haciendo de este modo verdad la reflexión del Kolakowski marxista cuando escribía por entonces: No somos comunistas porque consideramos el advenimiento del comunismo una necesidad histórica. Lo somos porque estamos a favor del oprimido y contra el opresor, en favor de los pobres y contra sus amos, en favor de los perseguidos y contra los perseguidores. En España, y en 1956, muchos de los que se acercaban al partido lo hacían como el citado polaco, porque cualquier elección práctica es una elección de valores, es una elección moral.

El panorama estaba lleno de signos entusiastas, hasta lo más negativo se esfumaba para convertirse en lo contrario, y no solo en la universidad o entre la

intelectualidad, sino incluso en el movimiento obrero, en el que desde aquel primero de mayo de 1956 se empezaba a recuperar la significación de la fecha, con demostraciones simbólicas en Asturias, Vizcaya y Madrid[21]. No eran saltos tan espectaculares como los del movimiento universitario, pero respondían a un incremento real y a una preocupación por no separarse de la realidad. En 1955 había sido convocado el III Congreso de Trabajadores del Sindicato Vertical, la organización oficial, y las tres reivindicaciones habían coincidido con las patrocinadas por el partido: salario mínimo con escala móvil, a trabajo igual salario igual y un Seguro de Paro. Será el abanico de reivindicaciones inmediatas que proponga también la declaración del Buró, en febrero de 1956, donde se constataba un lenguaje menos grandilocuente.

Seguían con el corsé de potenciar a la Oposición Sindical, entendida como organización paralela al sindicato verticalista del Régimen, aunque de vez en cuando asomaba en Mundo Obrero alguna referencia episódica a unas «comisiones obreras», que aparecían y desaparecían en Asturias y Vizcaya durante las acciones de la primavera de 1956. Unas acciones que si bien no alcanzaban la imaginativa cifra de cien mil participantes que daba Mundo Obrero, sí significaban muchas cosas, y especialmente tenían el valor de un síntoma de la nueva situación.

Desde febrero de 1956 a Carrillo se le hacían los dedos huéspedes pensando que una huelga, comience donde sea, se extenderá rápidamente a todos los centros industriales y podría crear una situación revolucionaria en el país. La propia organización clandestina del partido se reforzó en esa dirección. En Madrid el partido se acercaba, oficialmente, al centenar de militantes obreros, distribuidos en la metalurgia, construcción, panadería y artes gráficas; contaba permanentemente con tres miembros del Comité Central: Simón Sánchez Montero, Jorge Semprún y Francisco Romero Marín. A Cataluña se envió a un cuadro formado en la URSS, Emiliano Fábregas, que pasaría a dirigir la organización de PSUC en Barcelona. En Asturias, dos miembros del Comité Central –Huertas y Canga– orientaban la actividad del que pronto formará parte de la dirección, Fernández Inguanzo; el partido estaba en la minería e incluso tenía una seria estructura clandestina en el pozo del Fondón, en la empresa Duro Felguera y en Gijón. Se creaban nuevas organizaciones en Zaragoza y Valladolid, y se establecían los primeros contactos con Santander y Murcia. La zona andaluza y Extremadura tenían a tres miembros del Comité Central viviendo permanentemente sobre el terreno: Miguel Caballero, Félix Cardador y José Benítez Rufo. Aquello creaba tal euforia que el Buró comentaba que había

llegado el momento de pensar en trasladar el centro clandestino del partido al interior. Se exageraba, pero pasar de la nada a la pobreza es un paso de gigante.

El Estado Mayor del partido, limpiado de adherencias del pasado con la elección de Uribe como chivo expiatorio y con la atractiva música de que la «situación revolucionaria» podía saltar en cualquier momento, dio en pensar que el próximo pleno del Comité Central debía ser como un XX Congreso en pequeñito: una oportunidad para zanjar el pasado y abrirse a un futuro esplendoroso. Una ocasión para inaugurar el nuevo partido, dirigido por los nuevos líderes: Carrillo, Claudín y Semprún.

EL PLENO DE LA CASA DEL LAGO

Sin forzar mucho la historia, el lugar elegido para reunir al Comité Central podía servir de marco para algún cuento de los hermanos Grimm y sin embargo fue algo tan poco ingenuo como el pabellón de caza del mariscal Goering. Se la conocía como la Casa del Lago, y estaba situada en un paraje de excepcional belleza en el norte de la República Democrática Alemana, dedicada ahora a Escuela de Cuadros «Edgar André» del Partido Socialista Unificado de Alemania Oriental. Allí tuvo lugar este pleno histórico del PCE desde el 25 de julio al 4 de agosto de 1956. Quizá fuera ese ambiente, en el que no era necesario forzar mucho la imaginación para que se desvelaran imágenes cargadas de significado, el que propició que todos entraran y salieran del pabellón de caza sin ser conscientes de que dentro de él resultarían transformados, que escucharían allá cosas que nunca más oirían. Con el correr de los años algunos las olvidaron y otros creyeron haberlas soñado.

Hombre tan poco dado a magnificar a Carrillo como Jorge Semprún sostiene que Santiago tuvo la intervención más brillante que le oyó nunca. En la Casa del Lago fue como si un hada madrina les tocara con su varita mágica: Carrillo estuvo valiente; Semprún, apabullante; Claudín, desmitificador; Modesto, sincero; Izcaray, brillante; Tomás García, seguro; Rejano, natural; Uribe, humilde; Mije, digno; Romero Marín, audaz; Bonifaci, brutal; Vidiella, catalanista; Cordón, directo… Nadie parecía ser el mismo y sin embargo todos eran iguales a los que habían intervenido en el V Congreso de 1954. El

ambiente, la coyuntura, el espíritu de los hermanos Grimm, quizá todo coadyuvó a darles aquella cualidad que no tenían, o que estaba escondida y que apareció entonces de manera tan esplendorosa. En la historia del PCE no hay una reunión tan importante, por lo natural y sincera, como esta del verano de 1956: ni el PCE parecía tener a sus espaldas treinta y seis años de historia, ni el CC representaba ese órgano anodino y cerril de otras ocasiones. Todo era lo mismo y todo había cambiado. Hasta las formas y los protocolos sufrieron mudanza; las intervenciones de Dolores y Santiago se entregaron a los asistentes y se les concedieron veinticuatro horas de reflexión para facilitar la preparación de las discusiones.

La ponencia de Pasionaria, inaugural y ortodoxa, contenía en sí novedades importantes, dentro del tono que la caracterizó siempre. Apreciaba una variación en la política de la URSS respecto a Franco y planteaba la «reconciliación nacional» como política imprescindible, lo que puesto en su boca podía traducirse ya como verdad de fe. Esto daba al giro táctico y estratégico del partido una validez «moral» que otros dirigentes no tenían ante las bases. Ella lo llamaba el «nuevo rumbo». Incluso proponía la reanudación de las relaciones con el PSOE: Tenemos que partir de un hecho: independientemente de nuestros sentimientos y de cualesquiera que sea el grado de desorganización en que el PSOE se encuentra en la actualidad dentro del país, el PSOE juega y jugará un papel en la política española… debemos acercarnos a ellos, dialogar, explicarles pacientemente la situación… El discurso de Prieto del 30 de abril coincide, en el fondo, con ligeras diferencias de matiz, con la política de reconciliación nacional expuesta y defendida por nosotros…

Empezaba el deshielo político del partido y sus intentos, infructuosos en gran parte, para romper el aislamiento y la concienzuda política de búnker que le había distinguido durante el último periodo estalinista. Pero si, como dijimos, todos eran los mismos, apareciendo como diferentes, también Dolores era fiel a sí misma y reflejo auténtico de sus limitaciones y de sus señas de identidad. Con singular aplomo pedía disculpas a Yugoslavia y a Tito por los insultos y el lodo que les habían volcado encima, como si se tratara de un lejano pariente fallecido, y con ello creía pasar una página de la historia como si la hubiera leído y olvidado, exclamando a modo de pésame a la viuda: nuestros sentimientos por lo ocurrido[22]. Otro tanto puede decirse de su singular aportación al XX Congreso de la desestalinización, cuando exhibió ante el pleno su análisis vergonzante de la figura del camarada Stalin: Durante muchos años Stalin era uno de los marxistas más firmes y consecuentes y de una firmeza y voluntad que

impresionaba a los que le conocían… a nosotros nos duele como una profunda quemadura el conocimiento de la actividad negativa de Stalin que antes desconocíamos… Yo creo que la respuesta… hay que buscarla en la reafirmación de la tesis marxista sobre el papel de los héroes en la historia. Tesis que, lamentablemente, Dolores no explicita, dejándonos con las ganas de escucharla de su boca, si bien nos da una pista al añadir a continuación: Stalin era un gran marxista y sus obras deben presidir siempre nuestra actividad. Esto, dicho después de conocer ce por be el informe de Kruschev sobre los crímenes de Stalin, aún hoy nos deja perplejos. Mientras Kruschev era algo pasajero, el estalinismo estaba firmemente arraigado en su manera de ser; había sido su vida y tenía demasiados años para renunciar a ello.

El balance general de la intervención de Pasionaria tenía inquietantes novedades que no debieron de pasar inadvertidas a los asistentes. Se refirió, por ejemplo, a las luchas estudiantiles antes que a las obreras, lo que rompía la tradición del informe de apertura. Pero lo que se convirtió en un auténtico pasmo fue la propuesta de votar, así, con uve de victoria y de vida, una comisión que se ocupara de redactar las propuestas de la secretaria general: una carta al PSOE y la resolución sobre el informe político. ¡Se iba a votar una comisión que tendría en sus manos la elaboración de las conclusiones del pleno!

Allí se vio, por primera y única vez, a todos y cada uno de los miembros efectivos del CC escribiendo sus papelitos en secreto, antes de que los resultados se enunciaran en alta voz. Algo inaudito. Las actas dan cuenta de aquel insólito ejercicio y no menos insólitos son los resultados: Federico Sánchez (Jorge Semprún), 32 votos, los mismos que Fernando Claudín. A distancia considerable, les sigue Pasionaria, ¡la secretaria general!, con 28. Luego Carrillo con 27 y el pelotón en el que destaca el catalán José Moix (13 votos), así como Santiago Álvarez e Ignacio Gallego empatados a 10. Ante tan infrecuente situación, y faltos de experiencia para resolver este empate –solo había lugar para uno de los dos en la comisión–, Santiago Álvarez, intimidado, propuso su autorretirada para que saliera quien entendía como su superior, Ignacio Gallego, lo que provocó el sarcasmo de Dolores, diciendo que la propuesta de Álvarez es del más puro caciquismo gallego. No obstante, como no podía ser menos, salió Ignacio Gallego.

En este ambiente de renovación lleno de singularidades, la intervención de Carrillo sobre el culto a la personalidad y sus repercusiones en nuestro partido se recibió como agua bendita. Hay quien, analizando su figura, mantiene que en la

larga historia de Santiago hay dos etapas bien definidas: la intervención en el Pleno de 1956, que duró casi dos horas, y la que abarca el resto de su vida. Mas se equivocan, quizá porque, al no poder revisar aquel texto escondido en las profundidades de los archivos, les falle la memoria.

Fue rotundo en los ataques al estalinismo, sin llegar a la iconoclastia de Togliatti. Valiente, al reflejar la polémica sobre la ONU, en la que su figura resplandecía con luz propia y le permitía las primeras mordacidades públicas, que los delegados escuchaban intimidados, sobre Vicente Uribe. Le trató con saña que alcanzó hasta la ofensa personal, cobrándose cuentas pasadas: El camarada Uribe no cumplía su deber de informar al secretario general regularmente de todos los problemas importantes. Sus informes eran fríos, burocráticos y poco frecuentes. Ni siquiera daba conocimiento de ellos al resto del Buró Político… Uribe trabajaba con lentitud y parsimonia, aunque siempre daba la sensación de estar agobiado por el trabajo y de no poseer un minuto de reposo… Uribe se ha resistido enérgicamente a la crítica, pese a que esta fuese hecha con guante blanco. Igual actitud ha tenido ante las críticas hechas por la camarada Dolores… Su reacción ante las críticas ha consistido en un autobombo de su actividad, de sus méritos, de sus aciertos, de sus capacidades, y en un menosprecio altivo para los demás miembros del Buró, según él ineptos… Los éxitos alcanzados por el partido durante nuestra guerra y los resultados alcanzados en estos años, venciendo grandes dificultades, han provocado en el camarada Uribe un estado de engreimiento y de autosatisfacción… Este engreimiento, esta satisfacción de sí mismo, llevaba al camarada Uribe a abandonarse… [usando] métodos muy autoritarios, que coartaban a otros camaradas… ¿Por qué hemos consentido estos métodos en el Buró Político, por qué no los hemos liquidado antes? Porque… ya existía un cierto culto a la personalidad de Uribe…

Los presentes ya tenían su XX Congreso del PCUS, su periodo de ruptura con el «culto a la personalidad». Carrillo les daba un mito de juguete llamado Vicente Uribe para que, como en la feria, todos le lanzaran sus pelotas de cuero. El partido, sus cuadros, descubrían que el culto solo estaba ligado a Uribe; ya se podía respirar tranquilo. Dolores seguía siendo tan pura y virginal como siempre, Santiago y los kruschovianos del Buró la habían exonerado de toda culpa.

Las manifestaciones externas del culto a la personalidad –dice Santiago– han existido en torno al camarada José Díaz, en vida de este, y en torno a la camarada Dolores Ibárruri… hemos llegado a formas que, apreciadas con rigor,

pueden considerarse como verdaderamente infantiles… Los aniversarios se transformaban en las ocasiones de dedicarles las loas más encendidas y más desproporcionadas. Era la copia y el traslado exacto a nuestro país de los métodos en boga no solo en la URSS hacia Stalin, sino en otros países, dentro de los partidos comunistas… Hay que decir en honor a la verdad que… Dolores se ha negado a que, en vida de ella, se la ponga como ejemplo…

Hay una especial preocupación, amén de por salvar a Dolores, por sentar un punto de ruptura con un pasado desolador, al que Santiago no ahorra calificativos: Ha habido cinco años, de 1945 a 1950, en que hemos tenido la oportunidad de trabajar reunidos en Francia y ni incluso en ese periodo hemos empleado métodos que podamos juzgar plenamente satisfactorios… en ese periodo éramos un núcleo muy reducido quienes resolvíamos las cuestiones más importantes… El Comité Central, o mejor dicho, los miembros que de él quedaban, no se reunieron ni una sola vez. Pudimos haber celebrado algún congreso del partido y no lo hicimos. Y se atrevió a pronunciar el nombre del desaparecido Francisco Antón, aunque lo hizo para condenarle: Es conveniente, aunque sea de forma muy concisa, informar al CC de lo sucedido con el camarada Antón, a pesar de que este asunto fue ya resuelto antes de nuestro V Congreso, ya que ni en este ni en la reunión que tuvo el CC informamos de este problema como debíamos haberlo hecho. Pero tuvo especial cuidado en no referirse a que Antón seguía purgando su castigo en Polonia, con un turno de noche y a varios kilómetros de su casa, que debía recorrer a pie.

Aunque las ataduras con los imponderables del pasado, especialmente los ligados a Dolores, eran evidentes, Santiago se mostraba entusiasta ante la apertura, la necesidad de la lucha ideológica, el desarrollo de la filosofía, del debate sobre la teoría del arte. Incluso apareció un Santiago clarividente, proyector de planes a largo plazo y no estrictamente rentables: Los miembros del partido que podrían especializarse en el estudio de la filosofía, de la economía, de la historia y de otras disciplinas esenciales para librar la lucha en el frente ideológico no reciben aún de nosotros el necesario estímulo.

Pero su momento más cálido, cuando puso los corazones a vibrar, fue al afirmar con su mejor voz de hombre seguro de sí mismo: hay que volver a España. El deber llama hoy a los comunistas a España. Si Santiago lo decía es que sabía que estaban a punto de ocurrir hechos trascendentales.

Jorge Semprún intervendrá en dos ocasiones y por su lenguaje, su estilo y su

agresividad se convirtió en un enfant terrible que al estar plenamente respaldado por Santiago se transformó en la vedette del lago. Su figura se consolidará a partir de ahora como el experto en cuestiones intelectuales. Víctor Velasco, su predecesor, moría por aquellas fechas en Praga, a sus cuarenta y tres doloridos años; había sido elegido miembro del CC en el V Congreso, e ingresó en el PC desde las Juventudes Comunistas de los años treinta. Exiliado luego en la URSS, se deberá a él la primera adaptación de las tesis kruschevianas sobre las diversas vías al socialismo expresadas en el XX Congreso del PCUS[23]. Semprún empalideció su figura; pertenecía a otra generación, como fue fácil de comprobar al no ahorrar referencias críticas a la mismísima Pasionaria, ni por supuesto a Vicente Uribe. Se autoconstituyó en la conciencia teórica de la dirección del partido, no solo por su singular propuesta de hacer un «compendio» del marxismo-leninismo, sino por su lenguaje cuidado, sus referencias al inusual mundo de la teoría, y por su condición de hombre joven, culto y en la clandestinidad. Jorge Semprún servía de puente entre los dos mundos, el del interior y el del exilio, y por ello no sorprendió a nadie que afirmara su deseo de trasladar el centro político del partido a España.

Resplandores aparte, el número más esperado no podía ser otro que la comparecencia de Vicente Uribe y su escudero Antonio Mije ante los miembros del Comité Central. Con esa forma de peculiar tantán que son los soplos al oído, todos estaban al tanto de que Uribe y Mije habían sido derrotados en el Buró Político y que llegaba el momento de entonar su palinodia ante el Central. Rindieron cuentas del hecho apenas terminaron de machacarles las nuevas fuerzas dominantes: Carrillo, Claudín, Semprún…

Cuando Uribe se puso a hablar conservaba una cierta prestancia de veterano que pasa revista a sus errores confundiéndolos con los del propio partido, como si se tratara de una misma persona y de una misma historia. Fue recitando las vergüenzas de la historia del PCE ante unos delegados que si bien podían intuirlas, saberlas no las sabían, y que le escucharon como si el mismo Stalin levantara la cabeza para dar pelos y señales ante sus detractores: En nuestro partido, a lo largo de su historia, podemos ver que el principio de dirección colectiva establecido en los estatutos viejos y nuevos ha dejado mucho que desear, y en gran parte no era digno de tal nombre. Mucho podría yo abundar en este sentido de cómo han transcurrido las cosas en estos últimos 25 años de vida del PCE. Yo por ejemplo, soy miembro del CC y del BP desde hace 24 años. Pues bien, esta es la primera vez que asisto a una reunión del CC en el ejercicio de sus funciones… La primera gran infracción a la que he asistido y fui actor,

fue con ocasión de la expulsión del grupo Bullejos-Adame-Trilla en 1932. Existía entonces un CC nombrado en el Congreso de Sevilla… que fue totalmente ignorado, aunque había sido elegido solo hacía unos meses antes… Yo he hablado mucho, y defendido mucho sobre principios de partido y de su dirección, pero no he visto en mi concepción práctica que desconocía uno elemental que hoy aparece ante mis ojos en toda su desnudez, que es velar y defender desde el puesto que ocupaba, como miembro del Buró Político, las prerrogativas y atribuciones del Comité Central. No lo he hecho, no lo he visto.

No escurrió el bulto y fue capaz de decir cosas que revelaban su naturaleza de hombre que había intentado, en ocasiones, mirar en el espejo su inteligencia: Tengo insuficiencias en mi formación política; esta no es elevada y aunque debo mejorarla y me esforzaré porque así sea, nunca podrá pasar de un cierto nivel. Pocos de los miembros del Comité Central allí presentes admitirían esta confesión y de buen seguro ninguno de los del Buró se consideraría a sí mismo con un techo intelectual; el talento en progresión iba implícito con el cargo, empezando por la secretaria general. Su reconocimiento de que nunca podré pasar de un cierto nivel refleja que, si los datos y las acusaciones contra Uribe son ciertos, decir tal cosa hubo de ser una confesión sincera y patética. Rechazaba, no obstante, las acusaciones de Santiago en cuanto a su desprecio hacia los otros miembros del Buró e incluso hacia la secretaria general, todos los cuales posiblemente formaran parte, y con razón, de su íntima convicción de que se trataba de personajes deleznables, como él, si bien inconscientes de su propio techo. Ellos se creían ilimitados, como sus voluntades. Con el reconocimiento de que se sentía dolorido por el abismo de errores en el que había caído, creyó que se darían por satisfechos aquellos que le acusaban de ser la personificación del culto a la personalidad.

Su escudero, Mije, impelido por la fuerza de las circunstancias a mesar sus cabellos, lo hizo a su estilo atrabiliario y lacayuno, que movió a burla general, pues el público de aquella reunión había cambiado en parte y no ejercía el efecto de antaño. No pudo menos que reconocer tímidamente algunos desaciertos, aunque todo, absolutamente todo, se reducía a la consecuencia de la maldad congénita y el estalinismo férreamente autoritario de Vicente Uribe. Su intervención fue tan descabalada que el violento Luis Fernández le interrumpió. El antiguo jefe guerrillero del Valle de Arán, resentido contra Mije, que le había destinado a la República Democrática Alemana, le espetó a gritos: Antonio, ¿en qué punto del orden del día estás?, y él, Mije, descolocado, no supo responder. Con tono temblequeante siguió dándose golpes de pecho mientras señalaba lo

genial, talentudo e insustituible que eran Santiago Carrillo y el Comité Central allí presente: Frente a la vetustez y esclerosis políticas de otros partidos y organizaciones, contrasta el espíritu y la comprensión real de las soluciones políticas que ofrece nuestro Comité Central, ese CC a cuyos pies él ponía su cabeza y su desvergüenza. Como sagaz mayordomo, supo denunciar las interioridades de su señor para facilitar su crucifixión y ganarse la benevolencia de sus jueces.

En este tipo de causas, una vez que las víctimas se colocan junto al paredón, es decir, cuando hacen su primera declaración y confesión de culpabilidad, debe comenzar la carnicería. Y unos a la cabeza, otros a los pies, cada miembro presente tira al blanco con su particular puntería y su genuina saña. Francisco Romero Marín no ahorró calificativos ni a Vicente Uribe ni al conjunto del Buró Político, adobado todo con su estilo cuartelero; si hasta entonces no se le hubiera apodado El Tanque, allí mismo se hubiera hecho acreedor de tan ajustado apelativo. Mencionó la frase favorita de Uribe a los cuadros del partido: Vosotros tenéis suerte de no pensar: aquí, nosotros pensamos por todos. Pero no se olvidó de los máximos dirigentes: En todos los miembros del Buró Político que yo conozco existe algo de métodos absorcionistas y personalistas de dirección, dijo con su convicción de hombre poco dado a los usos diplomáticos, y pasó a exigir, con el respaldo de Santiago, que al fin se revisara la táctica sindical sin andarse con tiquis miquis. Referencia explícita a Pasionaria, muy cauta en lo que para ello significaba un giro a la derecha (la infiltración en los sindicatos verticales) que había de realizarse tímidamente, sin alharacas.

No tardaron los presentes en percibir que el gran galeote era sin duda Vicente Uribe, pero la gran derrotada, la que dejaría de ser la misma antes de que terminara el pleno, iba a ser Dolores Ibárruri. Aquel pleno reflejaba la lucha de lo nuevo frente a lo viejo, aunque lo nuevo se pareciera tanto a lo viejo que fuera difícil distinguirlo. Carrillo acaudillaba la renovación frente a un Uribe que narraba como un viejo las miserias de la historia del comunismo hispano. Y quien decía Carrillo, decía Claudín y Tomás García, y todos aquellos que trataban de usted a Uribe y de «madre» a Pasionaria.

Hay un momento en el pleno, un punto, que marca un cambio cualitativo, como se diría en la jerga, en el que las cosas empezaron a ser de otra manera que anteriormente sin dejar por ello de ser las mismas. Y ese punto tiene lugar a las tres y cuarenta y cinco minutos del último día de julio de 1956. Consta en el acta la hora, el día y hasta los protagonistas. Ese día y a esa hora Dolores Ibárruri y

Carrillo tienen un pulso de dedos, a lo canadiense. Santiago pide la palabra a la presidencia de la sesión para hacer lo que en su horrible lenguaje hispano-galo denomina «una sugestión», una sugerencia para que se suspendan las sesiones con el fin de que las comisiones puedan trabajar sin agobios. Dolores le replica inmediatamente con violencia inusitada: Habéis tenido todo el día de ayer, como se estableció en el orden del día, y se dispone a insistir con un vosotros debéis… cuando el presidente de la mesa la interrumpe para dirigirse a los reunidos con una pregunta en alta voz: ¿Se aprueba la propuesta del camarada Santiago? y los gritos de aprobación silencian los intentos de Pasionaria por hacerse oír. El presidente de la sesión, sin atender las voces de Dolores, añade: ¡Se aprueba! Algo muy importante acababa de producirse.

Al día siguiente se repetirá la escena cuando un hombre de Carrillo, Luis Zapirain, intervenga para que se ocupe la vacante dejada en el CC por el fallecimiento de Víctor Velasco. Dolores reacciona indignada porque siempre ha sido prerrogativa suya decidir cómo se cubren las vacantes y no está dispuesta a cederla. En esto –grita– como en todas otras cosas [sic] se procede a consultar al secretario del partido y a mí no se me ha consultado siquiera que iba a hacerse la proposición… Pero la presidencia es implacable y sin atenderla la somete a votación. Dolores es derrotada por unanimidad. Al buen entendedor pocas palabras le bastan. Santiago Carrillo acaba de ser nombrado secretario general in pectore. Dolores Ibárruri no tiene ni el supremo protocolo ni el obvio peso de la tradición instituida en los partidos comunistas, según los cuales un secretario general debe ser escuchado con unción por todos y cada uno de los militantes, desde la base al comité central. Sus días en la secretaría general estaban contados, aunque su persona y sus palabras no dejaran de ser referencia obligada. Su espíritu vagará por la reunión, hasta el punto de que intervendrá episódicamente en alguna ocasión sin que nadie le siga la corriente. Continuará siendo Pasionaria, pero ha dejado de ser la secretaria general efectiva. Mantendrá el título como si se tratara de una herencia que le dejaron sobre su cabeza y que debe depositar en el heredero. Menos de veinticuatro horas después, el 1 de agosto, Carrillo, presidente en esta sesión, propondrá al pleno los nombres del nuevo Comité Central.

Con este perceptible cambio en la relación de fuerzas internas no extrañará a nadie que cada uno propine su arponazo en el derribado Uribe. Su paisano Leandro Carro le amenaza para que se haga una autocrítica más fuerte: No me has convencido, camarada Uribe… Has despreciado al partido, has despreciado a los camaradas que están a tu alrededor. José Bonifaci, el médico, le caracteriza

como «un alcohólico». Cordón le adjetiva de hombre «brutal». Juan Rejano se escuda en él para justificar sus poemas sobre Stalin. Tomás García le describe como un reyezuelo desde su condición de ayuda de cámara, reconociendo implícitamente su vergonzosa situación; tratándose de un hombre de tan escasos conocimientos como Uribe, él hubiera podido convencerle de todo y sin embargo se dejó arrastrar por su superior. Solo otro vasco, Cristóbal Errandonea, tiene la dignidad de dimitir, aunque lo haga por carta desde Berlín: Estimo que debo ser relevado del cargo que ocupo en el Buró Político… Asimismo no quiero dejar de subrayar ante el Comité Central que mi aportación e iniciativa en el seno del Buró ha sido muy escasa… Propone reducir su actividad al PC de Euskadi, más en correspondencia con mi capacidad.

Es el momento del ajuste de cuentas. Los de Moscú no pueden olvidar aquel día de 1947 en que Vicente Uribe y Fernando Claudín les agarraron del cogote y les mentaron a la madre, amén de echarles a la fábrica de automóviles Stalin, ahora llamada Lijachov. Jesús Saiz, responsable entonces de la organización en la URSS, lo rememora, aunque Claudín intervenga para advertir una vez más que no recuerda que se les denominara degenerados y corrompidos a los «emigrados de la URSS», pero todos saben que es así y el mismo Fernando, puesto a defenderse de las alusiones de la sórdida historia de 1947, no encuentra mejor procedimiento que abundar en las indignidades de la historia del partido, como si fuera una sesión de psicoanálisis colectivo en la que reflejando las vergüenzas colectivas se diluyen las personales: La destitución de los principales cargos dirigentes del partido –Bullejos, Adame, Vega y Trilla– no la realiza el IV Congreso del partido, que los confirma en sus cargos… sino que se realiza unos meses después, por decisión de la Internacional Comunista, sin intervención no ya del Congreso, sino del Comité Central elegido en el Congreso… así son resueltas incluso cuestiones tan serias como la composición del mismo Buró Político. Un caso concreto. El camarada Checa fue designado para el cargo de secretario de organización del partido sin ser siquiera miembro del Comité Central… Si después de esta catártica reunión uno seguía manteniendo la fe en el PCE es que el antiguo temple estalinista se había convertido en acero de Toledo.

En aquel clima de linchamiento contra Uribe llamó la atención, por su altura de miras, su principal víctima de 1948, José Antonio Uribes, que no se aprovechó del árbol caído para hacerle astillas, sino que se refirió a las responsabilidades colectivas. Otro miembro del Central, José Bárzana, tuvo la gallardía de señalar algo tan obvio como que no todo en Vicente Uribe era negro. Jesús Izcaray,

desechando el seguir horadando en la herida, se propuso, sin que nadie le hubiera concedido la venia, ahondar en algunas razones de fondo que hicieron posible el fenómeno estalinista en el PCE. Para él, el culto a la personalidad es la espuma del fenómeno y la causa esencial son las violaciones de los principios leninistas y la caricatura del centralismo democrático; y, dirigiéndose al propio comité central español, apuntó a los elementos de burocratización de la vida del partido.

No hay gran reunión sin el humor improvisado o el festejo de alguna intervención regocijante. En esta ocasión el papel le correspondería desempeñarlo a un veterano que no volverá a aparecer en esta historia, Nemesio Pozuelo, aquel a quien Carrillo se refirió un día como el que se acostaba usando el Anti-Dühring por almohada. Ahora no ponía a Engels en mal lugar, sino a sí mismo mostrando, en desproporcionadas partes, la autocrítica y el ridículo ante un Carrillo que presidía solazado la sesión. Nemesio narró, escandalizado, cómo en una ocasión el acusado Uribe le llamó «carnero»; la sala se desternilló de risa, comprendiendo que no se atrevía a decir el verdadero insulto: «¡Cabrón!», por no ofender a la concurrencia.

Hay que hacer constar que solo hubo dos miembros del Comité Central que se abstuvieron de participar en aquel degüello y ensañamiento del toro Vicente Uribe, los dos procedentes del interior, Simón Sánchez Montero y José Benítez. Apenas si le citan en sus discursos. No es su problema.

Los nuevos están llamados desde ahora a coger el partido entre sus manos, lavada ya su historia y su pasado y los ajustes de cuentas consumados. Los ancianos, poco a poco, se retirarán por el foro, formando parte de la decoración obligada de plenos y congresos. Los «tres ancianos inapetentes», que es como se autodenominan los arquitectos Lacasa y Sánchez Arcas, y el militar Hidalgo de Cisneros, contemplarán divertidos los ceses y los ascensos, eso sí, habiendo perdido el eje político, convertidos en meros justificadores de las circunstancias. Lacasa, que lleva viviendo en China desde 1954, aprovecha la ocasión para mostrar el porqué del desarraigo del culto a la personalidad en la patria de Mao: Si la personalidad del camarada Mao se destaca como la más importante, esto no quiere decir que en China no hay otros camaradas de gloriosa historia revolucionaria que comparten con él las tareas; como el veterano Che De…, como Chu-en-lai… y el camarada Liu-Chao-Chi… No es pues de extrañar que el culto a la personalidad no se haya desarrollado en Oriente como en Occidente. Pobre Lacasa, la historia le demostrará que no se puede jugar a su costa, y se

encargará de desmentirle pocos años más tarde, lo que le hará adaptar sus teorías al extremo contrario, apelando ahora a las tradiciones ancestrales de Oriente frente a las de Occidente.

Pero por encima de pequeñeces la mayoría de los presentes cree que está asistiendo a una auténtica renovación y el espejismo les hace proponer audacias. Antonio Cordón, el reservado militar, manifiesta que hay que acabar con la costumbre de que el Buró Político firme documentos sin conocimiento del Comité Central e Izcaray sugiere que la prensa del partido se abra e incorpore artículos de adversarios políticos como Laín Entralgo o Dionisio Ridruejo. El escéptico Juan Modesto ve un cabo de esperanza y, animado por el ambiente, solicita que se cumpla su deseo de abandonar al fin Checoslovaquia. Propone, en un rasgo de temeraria audacia, que el pleno acepte una proposición que él redacta para la ocasión: El Comité Central del Partido acuerda trasladarse al país y encarga al Buró Político de asegurar el cumplimiento de este acuerdo en el plazo mínimo posible; y añade entusiasmado: En lo que a mí se refiere, ese es mi mayor deseo. No lo obtendrá y la moción se cubrirá de un espeso silencio.

Allí están los jóvenes en su puesta de largo: Romero Marín, Julián Grimau, Núñez Balsera, Eduardo García, que aparece por primera vez en un pleno y del que saldrá, como veremos, recompensado. Este último, funcionario del NKVD[24] durante la guerra mundial, ha sido repescado por Carrillo para su aparato parisino y durante sus breves intervenciones no se olvidará de mostrarse agradecido, defendiendo a capa y espada al hombre de la situación: su protector. Desde 1948 llevo yo trabajando en Francia y no tengo ni la sombra de una duda de la honestidad de Santiago. También Jorge Semprún, un Semprún duro, ortodoxo, poco italiano, como se decía entonces, que quizá por ello guarde un recuerdo emotivo y perturbador de la intervención de Carrillo, porque la suya no fue precisamente excepcional. Frente a cierta frescura verbal, es un Semprún sin atisbos críticos, que considera a la URSS como la forma más completa, superior, de la democracia, que sigue al pie de la letra las pautas marcadas por Santiago, arremetiendo contra la insuficiente autocrítica de Uribe, y reprochándole cosas que con el correr de los años le salpicarán a él: El camarada Uribe declara aprobar íntegramente la declaración de junio del CC, pero al volver sobre las cuestiones políticas esenciales demuestra que aún hay en el fondo de su ánimo discrepancias muy serias…, allí está su reticencia… en cuanto a la valoración del grado de descomposición del franquismo, allí está su insistencia en exagerar la fuerza del régimen… Aunque haya que decir, en honor a la verdad, que Semprún va algo más allá en un aspecto de la personalidad de Uribe que por

razones obvias no querían tocar los otros dirigentes: En el camarada Uribe hay, además, otro rasgo que conviene señalar. Cierta tendencia obrerista, muy característica del movimiento revolucionario español en épocas anteriores… [que] manifestaba en su displicencia al hablar de los «intelectuales, los poetas, los sabios», como si al calificar así a ciertos camaradas pretendiese rebajarlos… Esta tendencia obrerista es a la vez, causa y reflejo del menosprecio del camarada Uribe por los problemas ideológicos, rasgo negativo muy grave en un dirigente comunista. Semprún se inclina cada vez más hacia esa parcela específica, proponiendo hacer un compendio de los principios fundamentales del marxismo, del método dialéctico, elaborado desde el propio partido comunista español, que, según él, tiene fuerzas teóricas suficientes para llevarlo a cabo, constatando el hecho, un tanto bochornoso, de que no haya salido del PCE hasta hoy trabajo de conjunto, original, sobre los fundamentos del marxismo.

Santiago es el verdadero jefe de la reunión. Dolores ha quedado desautorizada y marginada ante aquella avalancha de modernidad y voluntad. Los veteranos hacían monigotes en beneficio de los irresistibles jóvenes de cuarenta años y asistían pletóricos al final del hombre que significaba todo lo que quedaba atrás, Vicente Uribe. En la XII sesión, cuando vuelve a subir convocado por los insultos y las ofensas, su figura es patética. Es un viejo de cincuenta y nueve años, alcoholizado, sin otra opción ya en su vida que inmolarse ante aquellos jóvenes lobos a quienes había despreciado tanto. Posiblemente ahora confirmaba aún más su rechazo hacia su voluntarismo ingenuo. Fue la última intervención de su vida: subió a la tribuna, con la mirada traslúcida, y empezó con un tono balbuceante, apenas audible, interrumpido por los gritos –que constan en el acta de la reunión– que le jaleaban: ¡Más alto, que no se oye! Dolores, satisfecha, también se lo apunta: ¡Más alto, hombre, que no te van a oír!

Y se lo decían a él, al gran Uribe, al tribuno apelmazado de la voz tonante, el bajito líder vasco que hacía temblar las mesas de los despachos con sus puñetazos y su ofensiva ironía de resentido frente al destino: Puedo afirmar, en la forma más rotunda y categórica, que tenéis completa razón… Las críticas de los camaradas las considero justas… ¿acaso no es evidente que en la práctica subestimaba a los miembros del Buró Político y al secretario general del partido? Sí. En este momento para mí es evidente todo ello, y el disgusto, sorpresa y el dolor que ello me produce me ha surgido cuando he escrito estas líneas –dice leyendo, mientras a sus espaldas unas voces le gritan: «¡un poco más alto, que no se oye!»–, me ha surgido cuando he escrito estas líneas y ahora no puedo describirlo… la soberbia, cierta autosatisfacción, cierta vanidad, cuando se

traslada a la esfera política, que es lo que interesa, se transforma, constituye elementos, partes, del culto a la personalidad. Tal como si estuviera recitando un texto que no es suyo y que alguien le puso delante. En un supremo gesto de ironía, exclamó con un hilo de voz: Y lo digo con toda sinceridad, que estas consideraciones sirven solo para mí, exclusivamente para mí, porque otros muchos camaradas han estado en condiciones idénticas y no han perdido las características esenciales. Iba repitiendo palabras, frases, recordatorios exculpatorios para los demás, como en aquella famosa intervención de Bujarin ante el fiscal Vichinky en 1937, en la que la brutalidad de las autoinculpaciones del gran Bujarin eran de tal envergadura, que el fiscal estalinista temía, y con razón, que se tratara de la burla de un ser excepcionalmente inteligente haciendo su última y sarcástica intervención ante la historia. No era ese el caso de la personalidad de Uribe, aunque bien lo parece cuando exclamó después de que le hubieran pisoteado a conciencia: Camaradas, debo hacer presente que en vuestras duras y justas críticas habéis expresado palabras de consideración personal para mí que me han conmovido… Y terminó con una aceptación de la sentencia, cualquiera que esta fuera: Vuestras decisiones son la ley suprema para mí.

Este hombre, otrora feroz e implacable, ya se había convertido en un pingajo. Era suficiente. Podrá presidir la siguiente sesión, la XIV, y entrará en el olvido hasta su muerte en Praga el 11 de julio de 1961. El único patrimonio que le quedaba era el carácter enloquecido de su esposa, Teresa García, y sus cinco hijos, cada uno de ellos un mundo, que reflejaba la caótica diáspora de los españoles por el este de Europa: la grandeza mientras eran parte de la nomenklatura de los hijos de los dioses, y las dificultades cuando pasaban a ser ciudadanos corrientes y molientes. Murió siendo miembro casi honorario del Comité Central. Una nota necrológica le recordará en Mundo Obrero a él, que había sido miembro del Comité Central desde 1932 y luego del Buró Político. De obrero metalúrgico llegó a ministro de Agricultura en el gabinete de Largo Caballero y de Negrín. Su último escrito fue una espeluznante carta a Dolores, que no obtuvo respuesta, durante su último periodo de tratamiento médico a causa de la «arteriosclerosis cerebral» y el alcoholismo: Me han dado corrientes eléctricas en la cabeza al mismo tiempo que me hacen una operación que consiste en estirar el pescuezo… pero los resultados positivos no aparecen. El dolor de cabeza continúa permanente. Con razón decía la esquela de Mundo Obrero que con él había perdido el Partido Comunista de España a un militante probado, firme y abnegado.

Su escudero, Antonio Mije, subió a la tribuna un poco antes que él y le perdonaron tras jurar y perjurar que era culpable y que no volvería a portarse mal. Aunque en el fondo la base de su autocrítica siguiera la tónica de Carrillo y Claudín, según la cual denunciaban las deformaciones del Comité Central del PCE en su historia, y así uno tras otro achacaban a un supuesto y despersonalizado ente pasado el conjunto de la aberrante trayectoria. Grano de arena a grano de arena, ignominia histórica tras ignominia histórica, se cubría ese pasado de una espesa capa que nadie reconocía como obra suya, sino como anónima. Mije no dejaba de ser astuto al relatar con su excelente memoria sucesos que atenuaran el presente: En noviembre de 1931 fui cooptado para formar parte del CC. En marzo de 1932, en el IV Congreso del Partido, fui elegido miembro del CC y por decisión de la delegación de la Internacional Comunista, en junio de 1932, fui elevado al Buró Político… A partir de 1932… he podido comprobar que el CC… no ha funcionado… y esta situación irregular… ha sido la causa de mis debilidades y errores, de mis malos métodos de trabajo… precisamente por un examen de todo mi pasado de dirigente estoy de acuerdo con el planteamiento del camarada Santiago [Carrillo], en el que dice que… «el Comité Central es el órgano supremo dirigente del partido entre congreso y congreso»… si este principio ha sido raramente aplicado en 25 años casi que llevo en el Comité Central y 24 en el Buró Político, esto había de dejar sus huellas profundas en mí.

Unos se escudaban en la historia y el resto lo asumía Vicente Uribe con su acto de fe. Unas páginas siniestras del libro del PCE quedaban selladas con el lacre de los allí reunidos. Los nuevos aparecían limpios porque habían echado la basura sobre los hombros de sus colegas. La parte oprobiosa de la historia pasada, así en genérico, era culpa de Uribe, el resto lo era de los antecedentes del movimiento comunista español. Ya después de eso solo quedaba la clausura y los nombramientos. La clausura para dar fe y los nombramientos para ajustar cuentas.

Se aprobó por aclamación el ascenso al Buró de Santiago Álvarez, Simón Sánchez Montero (Vicente Saiz) y Jorge Semprún (Federico Sánchez); y, en condición de suplentes, Tomás García (Juan Gómez), Romero Marín y Sebastián Zapirain, el que le había quitado la palabra a la secretaria general en la sesión del 1 de agosto.

Santiago Álvarez, gallego, tenía cuarenta y tres años y era de los pocos que había ingresado antes de la guerra civil. Había trabajado con Carrillo en México, en los

primeros años cuarenta, y siguiendo sus órdenes marchó al interior. Detenido en 1945 y condenado a muerte, se exilió tras pasar casi diez años de cárcel. Volvió a México, donde lo recuperó Santiago.

Sánchez Montero tenía cuarenta y un años, nacido en Nuño-Gómez (Toledo). Trabajó en varias tahonas hasta que la guerra y la derrota le condujeron a otras actividades y sobre todo a la cárcel. Se mantuvo siempre en el interior, en el difícil mundo clandestino. Su fidelidad a Santiago estaba fuera de cualquier sospecha; su única ambición era servir al partido.

Jorge Semprún, más por las conversaciones de pasillo que por sus dos intervenciones, se convirtió en la auténtica revelación del pleno. Tenía treinta y tres años y procedía de una familia de postín. Con él entraba el primer universitario en el Buró Político. Se había licenciado en Filosofía por la Sorbona (1942). Su participación en la resistencia antinazi y su deportación al campo de Buchenwald durante dos años aumentaban su halo de hombre fuera de lo común en las reuniones de partido. Su indudable atractivo y su don de gentes fascinaron a unos y otros; tenía hasta el horóscopo dominante de los sagitario, como Stalin y Pasionaria. Era el delfín de Carrillo y así lo manifestaban ambos, satisfechos por el vínculo. Era poco menos que público y notorio que Federico Sánchez vivía tanto en el interior como en el exilio, lo que multiplicaba el valor de sus palabras, concediéndoles cierto deje carismático.

Los suplentes eran también, sin discusión, hombres promocionados por Carrillo. Romero Marín, a sus cuarenta y un años, llevaba desde su llegada a Francia, en 1946, trabajando en él, salvo un breve periodo que estuvo a las órdenes de Líster. Había ingresado en el partido a finales de 1936, procedente de las Juventudes Socialistas. Pese a considerarse un exminero, como su padre, solo había tenido tiempo antes de la guerra de ocuparse del teléfono de las minas de Río Tinto. Hizo durante la guerra una brillante carrera militar que alcanzó la jefatura de división y luego, tras una estadía en la Academia Frunze, actuó en la guerra mundial bajo las órdenes del Ejército soviético, logrando el grado de teniente coronel.

Sebastián Zapirain, vasco, carpintero, tenía cincuenta y tres años, era un veterano que había ingresado en el Partido en 1928, pero cuya incondicionalidad a Santiago le venía del exilio americano, como a Santiago Álvarez, con el que había compartido detención y cárcel.

Tomás García, alias Juan Gómez, constituía otra rara avis, como Semprún, dentro del Partido Comunista Español. Procedía de una familia acomodada de Málaga. Su padre había sido diputado «cunero» del partido conservador durante veinte años. Ingresó en las Juventudes Comunistas en 1931, se licenció en Derecho y abandonó toda actividad política para presentarse a las oposiciones al cuerpo de «Oficiales letrados del Ministerio de Agricultura e Industria». Las ganó y hubiera desplegado una prometedora carrera en la Administración Pública de no haberla truncado la guerra, volviendo entonces al PCE. De todas formas, la dirección del partido le descubre en 1946 porque es el único que sabe economía y Vicente Uribe le coloca bajo su jurisdicción personal, siendo a partir de la fecha el amanuense de este hasta que en 1956, liquidado Uribe, Tomás le sustituye. Santiago le conocía de su paso por Cuba en 1940, y de su colaboración en la revista La lucha de la Juventud, que editaban en La Habana. Servirá a Carrillo con la misma abnegación y pusilanimidad que hizo con Uribe.

Con estos ascensos quedaron en un segundo plano otros temas delicados referidos a diversos miembros del Comité Central. Wenceslao Roces, el traductor de Marx, exiliado en México, había presentado su dimisión del CC el 11 de julio, abrumado por la lectura del informe de Kruschev en el XX Congreso. Fue el único miembro del partido que reaccionó ante la denuncia del estalinismo: Yo pienso –escribió al Buró Político– que el pavoroso cuadro de hechos denunciado en el XX Congreso y con posterioridad a él –de aceptarse en su realidad total o parcial– entraña responsabilidades que trascienden con mucho de las personales de un dirigente, por alto que este estuviera. Me parece que es incurrir en una interpretación muy poco objetiva de la historia el empeñarse en explicar, negativamente, todos los males de una época como la obra de un espíritu satánico, ni más ni menos que antes se explicaba, positivamente, por la acción milagrosa de un semidiós. A mí me parece que es indecoroso y que nada tiene que ver con el marxismo ese escamoteo de las responsabilidades propias por parte de todo el equipo dirigente, colaborante y encubridor. Y temo que semejantes actitudes no ofrezcan la mejor garantía de que los métodos vayan a cambiar. Fue el suyo un gesto sorprendente, que le honró, pero del que tardará apenas dos meses en arrepentirse.

El otro caso sobre el que pasará el pleno como sobre ascuas será el del asturiano, nacido en Lérida, Juan Ambou. Ignacio Gallego se refirió a él diciendo escuetamente que no había querido asistir a la reunión sin ninguna causa justificada, por lo que propusieron un voto de censura, invitándole a ajustar su conducta en lo sucesivo a la que debe ser la de un miembro dirigente del partido.

No quisieron explicar más. La historia de Ambou era muy sencilla: se había enamorado locamente, y por enésima vez, de una militante, con el agravante en esta ocasión de que ella estaba casada y además con uno de los responsables del partido en México. Este asturiano, curtido en mil peleas y cien camas, no estaba dispuesto a dejar la pasión para discutir de política.

La novedad más llamativa del pleno fue un cambio protocolario; el Buró Político pasó a enumerar a sus miembros por orden alfabético. El primero era Santiago Álvarez y el último Vicente Uribe. Por primera vez coincidían en algo el alfabeto con la realidad. Luego no quedó más que pasar revista a las grandes tareas políticas, mientras Pasionaria, algo intimidada por aquel ambiente de los jóvenes turcos, admitía en la clausura algunos errores, vagas alusiones al estalinismo, que, por más que fuera algo inusual en su estilo, era el máximo al que llegaba su arraigada fe en sus mayores. Su referencia al culto a la personalidad es antológica: Cuando lo criticamos no criticamos si a este santo se le han puesto más velas que al otro, o si a esta Virgen se le cantaron más aleluyas que a otra que era más milagrera. Criticamos y condenamos los métodos de acción política…

Encomendada a esta especie de revisión canónica del partido, estaba dispuesta a sacar algunas almas de las enviadas por ella al Purgatorio, en aras de ver si hay algo que corregir en decisiones tomadas en el pasado. No se refería, por supuesto, a los Hernández, Castro Delgado, Quiñones o Comorera, a los que ella se refiere como gentes que por su propia naturaleza se excluyen ellos mismos de nuestra revisión. Esos eran candidatos al Infierno, de donde es sabido que nadie puede ya salir. Se refería a los que habían cometido viejos pecadillos, como Bullejos, Cartón, Astigarrabía, Bulnes y Lombardía.

Con algunos como Bullejos se harían gestiones en México, pero el antiguo secretario general del partido, expulsado en 1932, exigía una reparación en toda regla, insertando su caso en la verdad histórica y no echando pelillos a la mar y todo de tapadillo. Otro tanto se hizo con Monzón y con los demás. Ninguno aceptó entonces aquella estafa ideológica de meterlos por la puerta del servicio, cuando se les había expulsado con bombo y platillo.

El caso que mejor refleja el cinismo de esta revisión de las falsas expulsiones y sanciones del estalinismo en el PCE fue el de Francisco Antón, iniciado tras este pleno. El miedo de Pasionaria a sus propias obras y los límites de su autocrítica se reflejan en este caso un tanto estrambótico. Después del XX Congreso del

PCUS y del pleno veraniego del PCE nadie podía dudar de que el caso Antón pertenecía por derecho propio a la era estalinista, que debía ser clausurada. Carrillo, que era entonces el gran dominador, propuso la revisión del caso con ciertos límites y en su mejor estilo hizo ir a Enrique Líster a Varsovia, igual que había hecho años antes para comunicarle la sanción. En noviembre de 1956 llegó allá, pero como Antón no le recibiera con los brazos abiertos, sino que exigiera una reparación de las calumnias vertidas contra él, el inseguro general de tres ejércitos, temeroso de las consecuencias de este gesto y sin saber muy bien en qué podía terminar la historia, le ruega al amnistiado que redacte por escrito las opiniones que me expresaste ayer con el fin de estar seguro de tramitarlas al Buró con la fidelidad debida, según consta en carta de Líster al Buró informando de las incidencias del asunto. El general honorario no estaba dispuesto, en aquellos confusos momentos, a equivocarse. Él había ido a Varsovia con la orden de incorporar al camarada Antón con todos sus derechos de militante a la vida activa de la organización, pero las exigencias de Antón iban más allá; exigía una rectificación de las calumnias.

Como el tema afectaba a Dolores Ibárruri, y Santiago no estaba dispuesto a entorpecer su estrategia por el prurito reivindicativo de Antón, sus peticiones fueron rechazadas y dos años más tarde el Buró redactará una resolución, no hecha pública, en la que considera que la sanción impuesta al camarada Francisco Antón fue enteramente justa. O sea, que, o pasaba por el aro, o se quedaba donde estaba. Obviamente, pasó por el aro.

Esta fue la peculiar revisión de la etapa estalinista del PCE. Respecto a Stalin, todos pujaron en las críticas y mostraron audacias inauditas, pero sobre ellos mismos no versaba el asunto; el estalinismo se refería exclusivamente a la URSS y los rasgos hispanos corrían de cuenta de Vicente Uribe. Del pasado, olvido y del futuro, apertura: Abrir las puertas del partido… a todos los que quisieran luchar en nuestras filas por el socialismo, aunque no sean de origen proletario, aunque hayan actuado en partidos burgueses, incluso a exfalangistas, como ya tenemos algunos, que han venido a nosotros por el camino de la lucha contra el franquismo. En estas palabras de Dolores en la sesión de clausura dejaba todo bien claro; nuevos los que quieran, pero viejos ni uno, a menos que se resignen a ingresar sin memoria, como pecadores a los que ellos, después de haberlos condenado, habían tenido la deferencia de absolver.

Había también dos aspectos que revelaban un cambio acorde con los nuevos tiempos: las relaciones con el PSOE y con los yugoslavos. Los dos problemas

juzgaron que podían solventarse siguiendo el género epistolar.

Se envió una carta al PSOE, según lo ya acordado en la reunión del Buró Político, en Bucarest. Antes de la reunión del Central el partido había tenido contactos con el presidente del Gobierno Vasco en el exilio, José Antonio Aguirre, con los republicanos de José Maldonado, con el expresidente de la República en el exilio, Martínez Barrio, y con el de la Generalidad de Cataluña, José Tarradellas. Solicitaron entonces contactos con los socialistas, y mientras el viejo don Juan Negrín, a punto de fallecer, los recibió, Rodolfo Llopis, secretario general del PSOE, no quiso ni oír hablar de ellos. De estos contactos no se informó al pleno del Central, y por eso todos se felicitaron de la excelente idea de enviarles una carta reconciliadora: Es verdad –dice la carta del CC al Comité Director del PSOE– que nos han separado y aún nos separan no pocas diferencias… En lo que a nosotros se refiere, creemos que es hora de enterrar viejas querellas para atender al supremo interés de España… Nuestro partido preconiza la reconciliación nacional… el compañero Indalecio Prieto propugna la constitución de un movimiento que él titula «Solidaridad Española». Entendemos que el espíritu con que están concebidos ambos planteamientos es análogo… Dolores admitía que aquello a lo que había denominado «trampantojo» era ahora una iniciativa aceptable.

Parecido procedimiento se siguió con el mea culpa ante Tito. Antonio Cordón había reconocido ante el pleno del Central que sus artículos sobre Yugoslavia habían sido inexactos y totalmente injustos, forma timorata de no expresar su verdadera definición: falaces y totalmente calumniosos. En ese aire de respetuosa aceptación de sus propios errores Dolores informó a la Unión de Comunistas de Yugoslavia de nuestra equivocación [y] os expresamos nuestro sentimiento por lo sucedido. Ya está, eso era todo: cometimos un profundo error. El PCE llegaba con tanto retraso que ya Tito había viajado a Moscú y se había hecho público, el 20 de junio, el documento de reconciliación –efímero, por otra parte– entre soviéticos y yugoslavos.

Fue exactamente el mismo día que saltaba en Italia la bomba de relojería de las declaraciones de Palmiro Togliatti a la revista Nuovi Argomenti. El secretario general del PCI iba en el análisis del estalinismo bastante más lejos que los demás partidos comunistas y por supuesto que Kruschev y el PCUS, que a partir de entonces retrocederán en toda la línea, acosados por una realidad que brotaba en los países del Este y que no se dejaba domeñar.

Se puede decir que el 20 de junio de 1956 marca el fin de la desestalinización del movimiento comunista, el resto será otra cosa. Había durado apenas cuatro meses, lo que siga será una especie de deshielo, pero dentro de un frigorífico. Los españoles llegaban a la primera etapa del periodo de la desestalinización cuando ya se daba por terminada. El 30 de junio la Pravda criticaba a Togliatti y llamaba a la vigilancia contra los nuevos manejos de los agentes imperialistas. Al tiempo se enviaba una circular a los partidos comunistas, convocándolos a proseguir la lucha contra el nacionalismo emergente y a favor de la firme relación con los países socialistas. Dos días antes los obreros polacos se habían levantado en Poznan y la represión causaba 38 muertos y 270 heridos. El 21 de julio se destituía en Hungría al secretario general del PC Rakosi y le sustituía el viejo instructor de los comunistas españoles, Erno Geröe, pronto desbordado por la presión social, que llevaría de nuevo al poder al veterano líder Imre Nagy.

Una historia diferente empezaba. Pero los comunistas españoles cantaban entretanto la Internacional y para ellos todo parecía novedoso, hasta el himno les sonaba de otra manera. Como si se hubiera tratado de una reunión de la Real Academia de la Lengua Española, ellos también habían hecho verdad el lema de «limpiar, fijar y dar esplendor». El PCE salía del verano de 1956 flamante y dispuesto a afrontar hasta el fin las grandes tareas que la historia le había encomendado. Al mismo Carrillo le pareció de perlas crear un centro de dirección del partido en el interior. Esta idea le favorecía, porque el interior lo controlaba él desde París, mientras oficialmente la secretaria general seguiría siendo Dolores. Cuando él alcance el cargo, en 1959, no volverá a referirse a ello, oponiendo dificultades técnicas que en 1956 ni siquiera mencionó. El catalán Rafael Vidiella, como tantos acalorados por el entusiasmo de la nueva etapa, denunciador de Comorera y fiel partidario, dos años antes, de la integración del PSUC en el PCE, es ahora un ferviente partidario de que Radio España Independiente emita en catalán, porque, según sus palabras, el punto de vista nacional es fundamental en este periodo. Dolores le interrumpirá para decirle que la radio del Partido Comunista de España no tiene ni dinero, ni gente, ni tiempo para emitir en catalán.

Hubo una gama muy amplia de sugerencias, recibidas todas con benevolencia, pero que pasarán al desván histórico de lo olvidado. Buena parte de los allí reunidos creyeron encontrarse en un oasis y resultó ser un espejismo.

LOS LÍMITES DEL NUEVO CURSO

Aunque la reunión en sí tuviera muy poco que ver con ello, se acababa de abrir el periodo fecundo y voluntarista de la «reconciliación nacional». Fue como el retoño que surgía de un partido dispuesto a mostrarse rejuvenecido y que ocultaba tras esta audacia política la vejez que asomaba por todos sus pliegues. Aunque la mayoría de los asistentes no detectaron su papel subalterno, todo lo discutido en el pleno del Pabellón de Caza había sido previamente diseñado hasta sus últimos detalles por los vencedores del Buró Político, que se sentó durante meses a discutir en Bucarest. El Pleno del Comité Central quizá sirvió para confirmar y ratificar el rumbo escogido, pero en modo alguno para ampliarlo.

Incluso el documento archicitado de la «reconciliación nacional», que marcó públicamente la señal del viraje, había sido redactado y lanzado un mes antes de la reunión del Comité Central, lo que muestra el escaso interés renovador, incluso de las formas, entre los vencedores del Buró: Carrillo y Claudín, principalmente. La intervención de Pasionaria en el pleno tradujo su peculiar equilibrio ante los acontecimientos internos que la desbordaban; se refirió al «cambio táctico» y al «nuevo rumbo», pero sin ir más allá, sin explicar cómo y en qué condiciones de enfrentamientos políticos se había optado por esa política en el pleno de Bucarest.

Jorge Semprún, en un rasgo de audacia, le hará un habilidoso reproche a la mismísima secretaria general, al decir ante los miembros del Comité Central: La camarada Dolores ha presentado la justa línea táctica del partido desvinculándola de todas las discusiones que se han llevado a cabo en el Buró Político. La realidad no es así, yo pienso personalmente que la elaboración de algunas cuestiones relacionándolas con la discusión hubiera constituido una gran ayuda para una mayor comprensión de estos problemas por el CC. Pero nadie dio un paso más allá, ni siquiera se dieron explicaciones.

En estos flecos que nadie se atrevió a recortar se patentizaban los límites y las circunvalaciones que daba la dirección del partido a la hora de afrontar lo que Pasionaria denominaba el «nuevo rumbo». Hacia el interior de España el partido se definía como el de la «reconciliación nacional», pero en el exterior, en su dirección y hasta en su base, seguiría siendo el partido de la fe inquebrantable y

del dogmatismo sin fisuras. Lo demostrará tanto la crisis de la organización comunista en México, como sus reacciones ante los acontecimientos internacionales del mundo socialista (invasión de Hungría) y capitalista (intervención anglofrancesa de Suez).

Un viento de fronda había sacudido a la organización del PCE en México. El XX Congreso del PCUS, la denuncia del estalinismo, conmovió a esta organización más que a ninguna otra. Influía su composición, donde ejercía un papel preponderante la intelectualidad, y su estatus económico, desahogado en su mayoría. Además se veía obligada a responder ideológicamente a una ofensiva de los adversarios más fuerte de la que debían afrontar en otros países del exilio. Las revelaciones de Kruschev se tradujeron en un desbordamiento de los problemas políticos e ideológicos acumulados en México durante años anteriores.

Algunas iniciativas, como la recuperación de la Unión de Intelectuales Libres, rompían los moldes tradicionales del trabajo entre la intelectualidad del PCE. Desde el verano de 1956 se reanudó la publicación de Boletines de información de dichos Intelectuales Libres, que dirigía León Felipe y cuyos vicepresidentes eran la fotografía del nuevo clima instalado en el área del exilio mexicano: Max Aub, el solitario antifascista y antiestalinista, y José Renau, el cartelista valenciano, veterano militante del PCE.

En este nuevo espíritu, la organización de México asumió la atipicidad de su formación y lo que en otro tiempo se había ocultado ahora se exhibía con orgullo. Ya en 1954, en vísperas del V Congreso, habían elegido democráticamente a sus delegados (el filósofo Sánchez Vázquez y el veterano fundador del partido, Gonzalo Sáenz, entre otros) y estos fueron a Praga con ánimo de trasladar a los congresistas el hálito renovador de los comunistas en México, adverso a los métodos que habían adoptado en aquel país algunos responsables-virreyes, nombrados por el Buró de París, concretamente Esteban Vega y Felipe Muñoz Arconada. Pero cuando llegaron al Congreso se encontraron frente a un muro: un partido tradicional que les recibía sin escucharles, mientras Carrillo los aleccionaba señalándoles que los viejos problemas, las discusiones sobre métodos de trabajo en el partido, eran polémicas de intelectuales y de exiliados. Nada debía sustraerse a la lucha del interior, exclamó Santiago a los delegados de la organización de México. Estos, intimidados, ni siquiera cumplieron con el compromiso para el que habían sido nominados por sus organizaciones: votar contra la reelección de Felipe Muñoz

Arconada al Comité Central.

Como no podía ser de otro modo, a su vuelta, el malestar y las tensiones de la organización en México se agravaron y, así, cuando llegó el XX Congreso del PCUS y los primeros brotes de desestalinización, la organización en México estaba decidida a ir mucho más lejos que cualquier otra.

Desde que en 1955 saliera de las cárceles españolas y fuera exiliado, el contacto regular entre la dirección del partido y la organización en México corría a cargo de Santiago Álvarez. Él va a ser quien informe al Buró de París, aprovechando la sesión plenaria del Central, de que en México las cosas habían llegado a un punto de difícil retorno: se criticaba la política de «reconciliación nacional» por su derechismo, pero sobre todo porque para trazarla se habían seguido los habituales procedimientos arcaicos del estalinismo. Para los comunistas en México el antiestalinismo de la dirección del partido era de fachada; en el fondo y en la forma, seguían exactamente igual que antes. Habían cambiado algunos hombres, pero permanecían sus métodos. Hasta un personaje tan impermeable y ortodoxo como Wenceslao Roces, catedrático en la Universidad de México y guardián de las esencias ideológicas de los viejos tiempos, se contagió del virus de la desestalinización consecuente y envió, como ya hemos dicho, su dimisión al Comité Central. Un rasgo que sorprendió al Buró Político, que conocía a Roces mejor que nadie. Hubieron de esperar, sin tomar represalias, a que él mismo recapacitara sobre la audacia de su gesto. En el fondo podía interpretarse como una provocación al resto del Central por no hacer lo mismo.

Nada más terminar el pleno, Santiago Álvarez, ascendido ahora a miembro del Buró Político, informó a la organización de México de que la dirección convocaba a dos responsables, a París, para leerles la cartilla. La respuesta de estos fue aún más infrecuente: a menos que se trate de una orden, no tenemos intención de dejar a dos responsables que marchen a París. La organización, escarmentada, exigió que fuera algún miembro del Buró quien se desplazara a México. La respuesta no se hizo esperar: se trataba de una orden y la organización debía aceptarla por disciplina, a menos de romper con el PCE.

A comienzos de 1957 se desplazaron a París Adolfo Sánchez Vázquez y Manuel Barberán. Les acompañó Santiago Álvarez. Fueron recibidos por Santiago Carrillo y Fernando Claudín. Según el testimonio de Sánchez Vázquez, quien llevó la voz cantante fue Claudín y sus «posiciones fueron durísimas», mientras Carrillo trazaba las líneas maestras, con sus consabidas preocupaciones respecto

a las interpretaciones deformadas del XX Congreso, que inclinaban a la organización en México hacia fuertes tendencias revisionistas. Sin embargo, lo que para Santiago y Fernando resultó más preocupante, a tenor de las actas de dicha reunión, fue el intento de reincorporar al partido a los expulsados y calumniados de antaño. Carrillo lo denomina la actitud oportunista de compromiso con los revisionistas y disgregadores, que coloca a estos en el mismo plano que aquellos camaradas que han cometido errores sectarios, pero que son fieles al partido. Es decir, dogmáticos sí, pero aperturistas ni uno. Se trataba de la ortodoxia frente al revisionismo y el dogmatismo. La organización de México pecaba sobre todo de la inclinación intelectual y pequeño burguesa del «democratismo», de trasladar los procedimientos del corrompido enemigo, la democracia formal, al seno de un partido leninista que iba a arrollar a la burguesía y que era, por lo pronto, ya incontestablemente superior a ella. Claudín hizo la propuesta sin tapujos: si el Comité de México seguía en esa vía de cuestionar la política y los métodos del PCE se disolvería el Comité, y si insistían se disolvería la organización. El problema, según expresó Carrillo y remachó Claudín, se reducía a que la mayor parte de la organización de México no son obreros de fábrica, no son trabajadores manuales y sus intereses personales no están ligados a los de la clase obrera mexicana, sino a los de la pequeña o media burguesía. Por tanto, si querían ser obreros debían aceptar las condiciones y si seguían con esas zarandajas de la democracia interna y el antiestalinismo, y con la defensa de oportunistas como el húngaro Imre Nagy, se les declararía revisionistas, disgregadores y liquidadores. Tras lo que aceptaron.

La mano de Claudín, con añadidos de Carrillo, redactó la Carta a los miembros de la organización del PCE en México, que fue ampliamente explicada a los dos delegados con todos los tonos, desde la amenaza a la sugerencia. En ella se hacía constar el encuentro entre una delegación de la organización del partido en México y el Buró Político y se concluía el asunto desde el primer párrafo: Tras una laboriosa y profunda discusión la delegación del Comité del PCE en México ha estado plenamente de acuerdo con el Buró Político. Sin embargo, la larga carta desarrollaba algunos aspectos cuestionados por los comunistas de México, en concreto, la reconciliación nacional, la vía pacífica del cambio en España y la democratización del partido.

Merece la pena extractar los argumentos de los tres temas del debate, porque plasman los límites de la desestalinización ideológica del PCE, su extrema penuria analítica. Para los comunistas en México, la «reconciliación nacional» se cuestionaba en base a dos argumentos, uno coyuntural y otro genérico. ¿Por qué

se ha esperado hasta mediados de 1956 para elaborar una política que se hacía evidente desde cinco años antes? La respuesta es de un oportunismo flagrante: Antes de las manifestaciones de febrero de 1956 el planteamiento de la reconciliación nacional no hubiera sido oportuno, pues las condiciones no estaban maduras para lograr una respuesta como la obtenida en el momento en que ha sido hecho. El interrogante genérico se basaba en la contradicción de que si el PCE consideraba legítimo apoyar a un gobierno liberal y de coalición en España, ¿por qué denunciaba esa posibilidad en el caso de Hungría, donde habían sido barridos por la Unión Soviética los comunistas de Imre Nagy por promover algo similar a lo que propugnaba el PCE? A esto el Buró, por la mano de Claudín-Carrillo, responde con una definición que sobrepasa la categoría de argumento: El valor de esta consigna surge del contraste con lo que hay actualmente [en España], que es una dictadura fascista. En cambio, en Hungría esas mismas consignas tenían un significado opuesto, equivalían al triunfo de la contrarrevolución.

Con este nivel de elaboración teórica no es extraño que la posibilidad de un cambio pacífico en España la fundamentara el Buró principalmente en la suma de dos elementos: la catástrofe económica que descompone el aparato del Estado y la presión del movimiento popular, que facilita que las fuerzas armadas retiren su apoyo al dictador. Ni una palabra de las otras fuerzas políticas o sociales, ni de una alternativa de gobierno, porque claro está, el partido había arrinconado el Frente Nacional Antifranquista de la era estalinista y no había creado aún la terminología que definiera a la organización frentista y democrática de los nuevos tiempos.

El resumen de la apreciación del Buró respecto a la organización de México se reducía a esto: democratismo, es decir, aquello que entraña una desviación de tipo oportunista, socialdemócrata, liquidadora del partido como tal partido marxista-leninista.

Adolfo Sánchez Vázquez y Manuel Barberán volvieron a México «convencidos» de que ellos estaban «equivocados», o, como expresó a la sazón Sánchez Vázquez, utilizando su ingenio de profesional de la filosofía para la causa de la ortodoxia: Es innegable que los problemas internos, es decir, la contradicción interna, secundaria, ha desplazado a la principal convirtiéndose de medio en fin, con lo que se niega su propia función y se cierran las posibilidades de que se resuelva.

En palabras comunes, o estaban realmente convencidos o consideraban que no les quedaba más remedio que hacer lo que siempre se había hecho en casos semejantes: aceptar o marcharse. Fue el mismo Sánchez Vázquez quien asumió el papel de aceptar. Lo explicó así en la Asamblea del PCE en México, el 7 de mayo de 1957: El Buró Político ha hecho a nuestro Comité una severa crítica que nosotros estimamos justa.

Quedaba cerrada la crisis de México. Solo el poeta Juan Rejano seguiría mostrando su faz de disidente domesticado al que las malas lenguas señalaban como resentido por su instintiva aspiración a ser ascendido al Comité Central. Desde su atalaya de director del suplemento cultural del gran diario de México, El Nacional, consideraba que estar en el Central sería alcanzar la otra cima de su vida. Verá colmadas sus ilusiones dos años más tarde, en el VI Congreso. Nunca más cuestionará nada y seguirá, hasta su muerte en 1976, siendo el vate oficial de saraos y homenajes.

El otro impelido malgré-lui en la ola discordante, Wenceslao Roces, después de su inaudito gesto de enviar la carta de renuncia al CC –que ningún militante en México conocerá–, recibirá una respuesta personal de Pasionaria. Fue como una revelación, según él mismo confesó dos años más tarde: La emotiva y aleccionadora carta que jamás podré olvidar… despejó en mi conciencia de comunista, tras un proceso de madura reflexión, aquellas dudas, inquietudes y vacilaciones y le llenó de valor para exclamar en el siguiente pleno, ya recuperado, de 1957: Nuestra teoría es la brújula en medio de los cambios y el timón para conducir los pueblos por los mares procelosos ante una galerna no pequeña… A mí me empañó la mirada y me falló el pulso… Con la ayuda vuestra, firmemente abrazado al mástil que no se hunde ni en los mayores naufragios, al mástil del partido, yo os prometo que no volverá a suceder. Fue ovacionado, porque el estilo ampuloso, aunque avergüenza al que lo usa, enaltece los oídos de aquellos a quienes va dirigido. Ambos cumplieron su palabra; Roces siguió agarrado al mástil y el Buró le permitió seguir gozando de los viajes pagados a Europa para reunirse con el resto del Comité Central. No escribió ni una página que mereciera la pena ser leída desde que allá, en su juventud, tradujera a los clásicos del marxismo, incluido Trotski, del que retiró su nombre por obvias razones. Se le exhibiría en las reuniones con los jóvenes militantes como quien visita el museo Grevin: ese camarada de pelo blanco es Wenceslao Roces, un catedrático de Derecho Romano que ha traducido El capital.

La organización del Partido Comunista de España en México dejó de ser un problema y aprendieron la sabia lección de conocer los límites y las reglas del juego. No volverían a necesitar que se las repitieran, pues era un ejemplo de validez más universal. El partido se había adentrado en la vía de la reconciliación, pero no estaba dispuesto a admitir en su plan desviaciones de la línea trazada y menos aún ninguna autonomía, viniera de quien viniera. Si algún elemento se propusiera conturbar los planes previstos sería tratado como antaño, desvirtuando sus planteamientos para que no se pudiera pensar que el partido se equivocaba o tenía dudas respecto a su propio pasado. Orgullo y rectificación, esa era la nueva línea. Orgullo, porque no había nada de lo que ellos tuvieran que avergonzarse, y rectificación, porque los nuevos dirigentes creían llegado el momento de corregir la lentitud y pacatez de los anteriores.

[1] F. Claudín, libro citado, p. 109.

[2] Para mayores precisiones pueden consultarse las Actas de las reuniones del Buró en la primavera de 1956.

[3] Nuestra Bandera 15 (1956).

[4] Se refiere a la biografía de Carrillo que redactó Claudín, con el beneplácito de Santiago, en 1983.

[5] F. Claudín, libro citado, pp. 111 y 112.

[6] No ha de confundirse a José Antonio Uribes con Vicente Uribe.

[7] Miembro responsable de la Internacional Comunista.

[8] José Martínez Cartón, citado en el anterior capítulo.

[9] Luis Cabo Giorla, miembro de la dirección hasta 1940.

[10] César G. Lombardía, dirigente del sindicato de Maestros, director general de primera enseñanza con J. Hernández de ministro. Expulsado del partido en enero de 1939, tras la caída de Barcelona.

[11] Jesús Bulnes, dirigente en Sevilla. Cuñado de José Díaz, se ocupó en

Madrid de la administración de la Escuela de cuadros. Expulsado tras la caída de Barcelona.

[12] Secretario General del Partido en Madrid durante el periodo final de la guerra civil.

[13] Por estricta comodidad expositiva me he referido siempre a «las actas» cuando he podido disponer de transcripciones de las cintas, más fidedignas que las amañadas actas oficiales.

[14] D. Ibárruri, S. Carrillo, A. Mije, Gallego, M. Delicado, Cristóbal Errandonea, V. Uribe, E. Líster y F. Claudín.

[15] Esta afirmación la repetirá en privado durante los años sesenta.

[16] Frente de Liberación Popular. La constitución formal del grupo tiene lugar en el otoño de 1958, pero habían iniciado sus reuniones en 1956. Para mayores datos sobre el FLP véase «El cura y los mandarines» (2014).

[17] Escrito en España, Buenos Aires, 1962, pp. 264-265.

[18] G. Ceretti, A l'ombre des deux T, París, 1973, p. 343.

[19] L'Express, 9 de noviembre de 1956.

[20] Pravda, 28 de marzo de 1956. Mundo Obrero, abril de 1956.

[21] Franco acababa de recoger la iniciativa de Pío XII, consagrando la tradicional jornada de reivindicación proletaria en la festividad de San José Artesano.

[22] Son las palabras textuales del documento enviado a la Unión de Comunistas de Yugoslavia.

[23] Mundo Obrero, marzo de 1956.

[24] Servicios de Seguridad del Estado Soviético.

Capítulo 12

Andando, según se anda,

yo me invento.

Y ante el inmenso silencio,

hago real lo que creo.

Gabriel Celaya, Pese a todo

INTERNACIONALISMO Y SEGUIDISMO

Después de las largas discusiones sobre el significado de la admisión de la España de Franco en la ONU, Santiago Carrillo creía haber conjurado todos los peligros en lo que se refería a la política internacional. Se aceptaba plenamente el nuevo periodo denominado, según la expresión soviética, «coexistencia pacífica», que llevaba como corolario el que «no se deberá hablar más de la España de Franco», sino del franquismo, diferenciando en los papeles y los análisis lo que era el terreno común de la coexistencia y el de la misión política del PCE: derribar el régimen de Franco.

El deseo tan plenamente sentido por Carrillo y el nuevo equipo dirigente del PCE, de que la situación internacional no se conmoviese para permitirle una mayor audacia en la política nacional, se vio trastocado. La situación internacional iba a golpear al PCE, obligándole, como en gran parte del movimiento comunista, a tener una actitud flexible en la táctica que desarrollar en España y al tiempo practicar un seguidismo a ultranza, dogmático y sin fisuras, en el terreno internacional.

Los comunistas españoles, que empezaban a salir de décadas de abandono y del aislamiento incluso en el área comunista, no eran tampoco duchos en los análisis internacionales. Tendían a instrumentalizar las experiencias y hasta las divergencias del movimiento en beneficio propio. En el otoño de 1956, con ocasión del VIII Congreso del Partido Comunista Chino, Santiago Carrillo, invitado a Pekín, no solo no percibe los elementos antikruschovianos que se están diseñando en la vía que va a seguir Mao Tse Tung, sino que, como si asistiera a un cursillo en beneficio propio, escribe a su vuelta un artículo cuyo título es expresivo y definitorio: «Sobre una singularidad de la revolución China: la alianza de los capitalistas nacionales con el proletariado»[1].

Es fácil entender que el PCE y su equipo dirigente se encontraban poco formados para afrontar los acontecimientos que se sucederían en aquel 1956. Se simultanearon dos intervenciones con consecuencias de largo alcance en Suez y Hungría, respectivamente. Ambas también coincidían en el mes de octubre y eran dos respuestas semejantes de los dos bloques emergentes tras la segunda guerra mundial. El 29 de octubre el ejército del joven Estado de Israel, apoyado por tropas francesas y británicas, cae sobre Egipto. Cada uno tenía sus razones para aliarse con los otros. Mientras que el Estado judío pretendía anexionarse la península del Sinaí, los gobiernos europeos trataban de derribar al líder egipcio Nasser, que había nacionalizado el canal de Suez el 26 de julio. Lo viejo y lo nuevo se mezclaban en esta operación que parecía el último gesto imperial del siglo XIX, ejecutada por dos potencias –Francia y Gran Bretaña– que no se resignaban a pasar la antorcha a quien por poder y derecho le competía: Estados Unidos de América. Sin EEUU no había posibilidades de alcanzar la victoria y así ocurrió: la acción tripartita contra Gamal Abdel Nasser se saldó con un fracaso estrepitoso, y mostrará que a partir de entonces ningún país tendrá la autonomía suficiente para cuestionar la paz entre las dos grandes potencias, sin su consentimiento.

Los acontecimientos de Hungría habían partido del XX Congreso del PCUS, o, por mejor decir, de los años de feroz constricción de la vida pública húngara, a los que se fue introduciendo ciertas dosis de liberalismo a partir de febrero de 1956. A mediados de marzo se creaba en Budapest el círculo Petofi, agrupando a intelectuales comunistas y simpatizantes, que habría de convertirse en uno de los focos impulsores de la apertura del sistema. Las costuras del régimen saltaban semana tras semana, incapaces de frenar las ansias sociales ahogadas en el periodo del estalinismo. Se rehabilitó la figura del dirigente comunista Laslo Rajk, antiguo miembro del Buró Político del PC húngaro, ministro del Interior y

Asuntos Exteriores, que había sido asesinado «legalmente» en 1949, durante los procesos estalinistas. En el verano de 1956 la cúpula de los comunistas húngaros es un reflejo de la crisis social del país; el veterano líder del PC, Matías Rakosi, es destituido y en su lugar se coloca a un antiguo hombre de aparato de la Komintern, Erno Geröe, delegado de la IC en España durante la guerra civil. Pero las manifestaciones populares se suceden y llevan a la cabeza del gobierno a un viejo comunista marginado, de incontestable prestigio político y con experiencia de mando, Imre Nagy. Nagy, desbordado, acepta una primera intervención del Ejército soviético, al tiempo que aprovecha para destituir a Geröe de la cabeza del partido, colocando a un hombre no comprometido con la sangrienta represión estalinista: Janos Kadar. Entretanto se crean consejos obreros en las fábricas y Nagy busca una vía que le permita recuperar el prestigio perdido en la sociedad por el PC húngaro. Trata de reinstaurar un régimen democrático, tarea ímproba en la que se muestra hábil manejando los diferentes hilos para conservar la hegemonía del PC. Pero en los primeros días de octubre toma dos decisiones que suponen la ruptura con el esquema instaurado en Yalta y ratificado en la guerra fría: denuncia el Pacto de Varsovia y declara la neutralidad de Hungría. El 4 de noviembre las tropas soviéticas invaden el país, mientras Nagy se refugia en la embajada de Yugoslavia. El régimen húngaro vuelve a la situación anterior a marzo de 1956, no sin resistencia armada, que habrá de durar varios días. La represión y el aislamiento internacional harán el resto.

Conforme el aplastamiento de la resistencia húngara vaya siendo completo, la actitud soviética se endurecerá siguiendo el vaivén de la política internacional. Imre Nagy será procesado, condenado y ahorcado el 16 de junio de 1958, coincidiendo con otro periodo de bunkerización del Movimiento comunista y de dificultades de Kruschev para conservar su autoridad en el seno del PCUS.

En 1956, por las mismas fechas, Polonia vive un proceso semejante. La presión social impone a un comunista perseguido durante el estalinismo, Wladislaw Gomulka, para encabezar el nuevo curso. Desde octubre de 1956, Gomulka se hace con las riendas del poder, conciliando a soviéticos y polacos e intentando que la situación no se le vaya de las manos como en Hungría, aun a riesgo de que su «nuevo curso» se vuelva viejo apenas iniciado.

Suez, Hungría, Polonia… era demasiado para asimilarse de golpe en un Buró Político como el español, que acababa de pasar por el trance de liquidar a Vicente Uribe e iniciar el despegue de las posiciones tradicionales de Dolores

Ibárruri. Esa situación internacional venía a resultar un incordio que dificultaba las aventuras hacia el interior, hacia la política española del nuevo equipo dirigente. No se rompieron la cabeza los miembros del Buró a la hora de valorar los nuevos elementos que aparecían en el conflictivo panorama mundial. ¿Qué ha pasado en Hungría?, se preguntaba el Buró en su declaración del 12 de noviembre de 1956: que los elementos fascistas habían recurrido a la violencia armada, creando una situación caótica, y que ante este caos intervinieron las fuerzas soviéticas para restablecer el orden democrático. Ante estas peculiaridades semánticas se hace difícil comprender qué se entendía por «orden democrático». De lo que no cabe duda es de que la intervención soviética sobre Hungría conturba a los dirigentes españoles.

Quizá el párrafo más significativo y que constituye una deliciosa tergiversación histórica es el que dice: Las tropas soviéticas han intervenido en dos casos en los sucesos de Hungría. En el primero, a petición del Gobierno Nagy, antes de que este mostrase su actitud capituladora. Esta vez la intervención de las fuerzas soviéticas no fue más que iniciada, porque el mismo Gobierno pidió que cesara y que se retiraran de Budapest, a lo que las tropas soviéticas, respetando la soberanía del Estado húngaro, accedieron. Posteriormente, al desintegrarse la última variante del Gobierno Nagy, falto de apoyo popular y sostenido por la contrarrevolución, y formarse el Gobierno obrero y campesino, a petición de este las tropas soviéticas han vuelto a intervenir. Esto es sencillamente falso, amén de confuso, porque el tal Gobierno obrero y campesino era el de Nagy, cesado por los invasores, que tardaron en hallar otro con el concurso de Janos Kadar. El arte de barnizar a las tropas soviéticas como portadoras de la democracia y respetuosas de la letra de la ley es obsesivo para los redactores del Buró español: Las tropas soviéticas han ayudado a restablecer el orden y a derrotar a los elementos fascistas, en cumplimiento también del pacto de paz con Hungría, que prohíbe la reconstitución de las organizaciones fascistas y antidemocráticas que pueden poner en peligro la democracia popular. Claro está que no se explica que las organizaciones fascistas y antidemocráticas sean todas, incluido el propio Partido Comunista húngaro, sometido a una brutal depuración interna en la que se le cambiará hasta el nombre. Para el Buró, rodeado de cadáveres de húngaros sublevados, eliminado todo vestigio de liberalización de la sociedad húngara, con millares de refugiados en los países limítrofes y en las embajadas, el pronunciamiento es inequívoco: desde el punto de vista jurídico, la conducta de la Unión Soviética es, pues, irreprochable. Los viejos estalinistas se han vuelto leguleyos.

Según confiesa autobiográficamente Fernando Claudín[2], gracias a su labor se eliminaron del texto algunos elogios demasiado entusiastas al ejército soviético por haber salvado al socialismo húngaro. La verdad es que la memoria le debe de jugar otra mala pasada, porque no solo no se perciben las ausencias, sino que las presencias son acusadísimas. Él mismo glosará por entonces la declaración: La Unión Soviética ¿debía permitir pasivamente que las fuerzas fascistas e imperialistas alcanzaran sus objetivos, como se permitió a Hitler en 1933?… El deber de la Unión Soviética era penoso, pero ineludible: impuesto por los intereses supremos del socialismo y de la paz en todo el mundo[3].

Estos análisis contrastaban con el dedicado a la invasión anglo-francesa de Egipto, cuyo único objetivo, claro y palmario, era el de restablecer los privilegios y los beneficios rapaces… de las dos grandes potencias, Francia y Gran Bretaña. Lo que sin lugar a dudas era totalmente exacto.

Pero el caso húngaro, la invasión soviética, tenía un aditamento que lo convertía en incómodo. Franco había utilizado su recién conquistada plataforma de las Naciones Unidas para denunciar la invasión soviética a Hungría, entrometiéndose en los asuntos internos de este país (y) no ha protestado contra la utilización de Gibraltar como base de agresión en el Mediterráneo contra los pueblos árabes, según señala el Buró.

Para Pasionaria los acontecimientos de Hungría y los de Suez estaban orientados por las fuerzas fascistas e imperialistas hacia la preparación de la tercera guerra mundial[4]. Es posible que en este furor prosoviético, nada reblandecido tras la experiencia del XX Congreso del PCUS, desempeñará un papel la propia Dolores, que acababa de ser homenajeada en la URSS con ocasión del 14 aniversario de la muerte de su hijo Rubén, al que se había concedido, a título póstumo, la categoría de «Héroe de la URSS» por decreto del Sóviet Supremo.

Siguiendo en ese camino de incondicionalidad, el más belicoso será en esta ocasión el propio Carrillo, quien toma como objeto de su ira, sin nombrarle, al mismísimo Palmiro Togliatti. Para Santiago, el enemigo contra el que había que luchar en el terreno ideológico es el intento de introducir en el movimiento obrero el concepto de comunismo nacional, es decir, las tesis togliattianas que se manifestaron durante este año 1956. Para Santiago, la unidad del movimiento comunista tiene que hacerse en torno a los partidos comunistas que están realizando el socialismo y que se hallan en cabeza del movimiento obrero mundial. Y muy particularmente el PC de la URSS[5].

La realidad es que el movimiento comunista internacional sufría por primera vez una crisis interior sin precedentes desde su creación. La historiadora de este periodo, Lily Marcou, lo describió certeramente: Si el octubre polaco, gracias a su feliz salida, es tolerado, incluso aceptado, y a veces admirado por la mayoría de los partidos comunistas, el fin trágico de la revolución húngara y la intervención militar soviética suscita interpretaciones contradictorias… Mientras que yugoslavos, italianos, belgas, norteamericanos y polacos hacen análisis matizados de los sucesos de Hungría, y los soviéticos, albaneses, checoslovacos, alemanes del Este y franceses los clasifican desde el primer momento como contrarrevolucionarios[6]. En este último grupo se sitúa inequívocamente el PC español. A finales de 1956, Mundo Obrero define terminológicamente la diferencia entre los acontecimientos de Hungría y la derrota de los fascistas húngaros, frente a los cambios que han tenido lugar en Polonia, que ha encabezado y abordado con audacia el Partido Obrero Unificado Polaco; aunque mantienen la cautela de no citar a Gomulka, que por entonces no se sabía aún si podría continuar en su inestable equilibrio o terminaría cayendo.

Es verdad que la sincronía de los acontecimientos de Hungría y Suez marcó al unísono las debilidades de ambos bloques, sus puntos vulnerables y sobre todo su incapacidad para adaptarse a las realidades dinámicas: los pueblos –Hungría y Egipto– no estaban por la labor de considerarse rehenes de una guerra fría que habían sufrido más que otros. André Fontaine escribió, señalando esa similitud cronológica de Hungría y Egipto: A las cero horas del 7 de noviembre de 1956 cesan los combates en Port Said. A las 14,53 del mismo día cesan las últimas emisiones de los rebeldes húngaros.

La mayoría del movimiento comunista valoraba la invasión de Hungría como un éxito y una prueba de fuerza frente a la animosidad imperialista. Para aquellos partidos comunistas más seguidistas del modelo soviético y más dogmáticos, como el español, la intervención soviética en un país socialista, manipulaciones jurídicas aparte, demostraba la férrea cohesión del grupo y la garantía de que la URSS postestalinista seguía mereciéndoles la seguridad de que no estaban impregnados de liberalismo burgués, para usar una expresión entonces muy frecuente en las conversaciones entre dirigentes.

La lección de los acontecimientos de Hungría para la gran mayoría del movimiento comunista, empezando por la URSS y siguiendo con los españoles, es que, dado que cualquier apertura en el férreo sistema estalinista no hacía más que demostrar la debilidad y la incapacidad integradora de los modelos creados

por los soviéticos en el Este de Europa, el enemigo por combatir, por tanto, estaba en las propias filas comunistas; no era el dogmatismo, sino el revisionismo. El breve lapso de tiempo que va del XX Congreso a los sucesos húngaros marca el cambio de tiro; el dogmatismo está en la raíz del movimiento, pero el revisionismo es obra del enemigo. Esta era la diferencia y la experiencia de esos ocho meses.

Si el movimiento comunista vivía la indigencia teórica kruscheviana, los españoles tenían que afrontar desde sus escasos recursos su propia batalla contra el revisionismo, en un momento particularmente inoportuno para los hombres de París –Carrillo y Claudín, principalmente–, pues aún no habían terminado de enterrar a Uribe, en quien habían concentrado todos los aspectos dogmáticos que configuraban el partido y su historia. De nuevo había que corregir las baterías y apuntarlas hacia el revisionismo.

Para la labor reaparecen dos nuevas figuras en la constelación teórica del partido. Una, Ignacio Gallego, que no había escrito mucho, salvo en el periodo de furor antititista. El otro, Manuel Azcárate, velaba sus primeras armas después de años de ostracismo. Es Gallego el que, con su natural talento simplificador, define la revisión dogmática del XX Congreso después del choque producido por los acontecimientos de Hungría: No podemos pasar por alto ciertas actitudes de carácter revisionista que se han manifestado en algunos camaradas… aturdidos por la campaña imperialista en torno a las cuestiones del XX Congreso del PCUS, y más tarde con motivo de la insurrección contrarrevolucionaria en Hungría, se han puesto a defender opiniones favorables a lo que la reacción ha dado en llamar «desestalinización»[7]. Azcárate, por su parte, estrenando nuevo estatus y seudónimo –José Pérez, primer apodo de Azcárate, que lo cambiará al año siguiente por el de Juan Diz–, remacha en el clavo antirrevisionista: Después del XX Congreso, hemos asistido en el terreno ideológico a la aparición de ciertas concepciones revisionistas en algunos sectores del movimiento comunista… Es evidente que en todos los países el socialismo es o será lo mismo en sustancia (el subrayado es del original). No hay más que un socialismo. En ese orden no puede haber diferencias entre las diferentes vías nacionales. Como puede verse, se produce una evidente rectificación de las conclusiones extraídas por el PC español tras el XX Congreso sobre las diferentes vías al socialismo y las peculiaridades nacionales. Pero aún hay más, como escribe este «José Pérez», siguiendo las orientaciones del Buró: en poco más de un año después del famoso congreso sobre los crímenes de Stalin, ahora llegaban a la conclusión de que en la actividad de Stalin habían pesado más los

aciertos y los aspectos positivos que los errores y los aspectos negativos[8].

No habrían de pasar otros ocho meses cuando de nuevo se volvió al ataque contra el dogmatismo. Estaba visto que para los pobres españoles no había manera de elaborar una línea estable y tenían que vivir en la permanente inquietud de distribuirse las funciones para ser al tiempo antidogmáticos y antirrevisionistas, y encontrar unas reglas del juego que permitieran al partido moverse y hacerlo al ritmo que imprimían las nuevas mentes rectoras del Buró Político.

Si el giro antirrevisionista de noviembre de 1956 lo provocaron los acontecimientos de Hungría, la nueva revancha antidogmática tuvo como iniciación la conspiración para derribar a Kruschev, en junio de 1957, aprovechando que se encontraba en Hungría, poniendo parches en los evidentes agujeros que había provocado la crisis. El Presidium que dirigía el PCUS, formado por once miembros, dejó en minoría al secretario general. Kruschev, gracias al apoyo del Ejército, de los servicios policíacos de espionaje y muy concretamente del mariscal Zhukov, convocó precipitadamente una reunión del Comité Central (120 miembros), que el 18 de junio de 1957 logra revocar las decisiones del Presidium. Los derrotados fueron expulsados del partido y de sus cargos. Eran grandes figuras de la era estalinista: Vyacheslav Molotov, el compañero de Lenin en Pravda y de Stalin en la política exterior; Giorgi Malenkov, secretario del Comité Central con Stalin y secretario general del partido durante la semana que siguió a su muerte; Lazar Kaganovich, el veterano de la revolución de octubre y responsable de la construcción de la principal pirámide estalinista, el metro de Moscú; y Dimitri Shepilov, de quien solo se puede decir que era ministro de Asuntos Exteriores y el mejor amigo de Kruschev en el Presidium. Los cuatro pasarán a la historia con la curiosa denominación de «grupo antipartido».

La crisis de junio en el PCUS conmovió de nuevo a todo el movimiento comunista internacional. Había que atacar las añoranzas del culto a la personalidad. En un edificante artículo sobre el caso, Santiago Carrillo, que tenía su corazón repartido entre Kruschev y Molotov, escribía esta curiosa reflexión casi autobiográfica: La gravísima falta de los camaradas Malenkov, Kaganovich y Molotov consiste no tanto en haber sido corresponsables, con el camarada Stalin, del culto a la personalidad y los errores ligados a este, como en no haber sido capaces de librarse de sus concepciones erróneas mediante una actitud autocrítica. Porque se vive, para Santiago, en una etapa en la que se debe huir del

dogmatismo sectario y del revisionismo oportunista, plaga del movimiento obrero.

Como es fácil de comprender, el confusionismo se había apoderado de aquel movimiento que seguía a trancas y barrancas tras las orientaciones soviéticas y en el que parecía haber dos cosas más o menos indiscutibles: que la URSS seguía teniendo razón siempre y que el PC italiano era un foco de revisionistas emuladores de los yugoslavos de otras épocas. Demasiados acontecimientos y demasiadas vueltas y revueltas para poder seguir imperturbables. Al fin debía reunirse el movimiento comunista en su conjunto y el PC de la URSS debía marcar las líneas que trazar poniendo orden entre los díscolos o reticentes. La Komintern había sido disuelta en 1943. La Kominform de los partidos europeos en 1956. No había más remedio que utilizar una fórmula semejante a la de la Komintern, aunque enmascarándola de intercambio de opiniones.

La primera reunión de los partidos comunistas y obreros se celebró en Moscú, en noviembre de 1957. Se la conocerá como la Conferencia de los 68 partidos. Si formalmente parecía una vuelta a Lenin y al primer periodo de la Internacional Comunista, por su desarrollo fue un digno retoño de la era estalinista. Su característica dominante fue el secreto. Secretos fueron los discursos, las discusiones, todo, salvo algunas resoluciones que sirvieron de hoja de parra que trataba de ocultar la parte más pudenda del movimiento: su desunión. El clima, de todas formas, era entusiasmante, porque el 4 de octubre la URSS había puesto en órbita su primer Sputnik y un mes después otro, con perra incluida. Kruschev se refería despectivamente al retraso norteamericano en la carrera del espacio: Los sputniks prueban que el socialismo ha ganado en la carrera entre países socialistas y capitalistas.

Políticamente la Conferencia de Moscú vino a confirmar la vuelta atrás de las aspiraciones que animaron el XX Congreso del PCUS. Los hechos ratificaban a los dirigentes de los partidos comunistas en el poder que el mayor peligro estaba en abrir la mano, en admitir los errores, o, según la jerga, en «el revisionismo», que no era otra cosa que revisar los principios periclitados y los dogmas intocables. Primero habían sido los acontecimientos en Polonia y Hungría, luego la fulminante rectificación de la campaña maoísta de «las cien flores», que apenas duró cuatro meses de liberalización. Incluso el golpe de Estado fallido de los cuatro «antipartido», en la URSS, podía tener otra lectura dogmática: de no ser por el relajamiento disciplinario, ni Molotov, ni Malenkov, ni Kaganovich, ni Sepilov hubieran intentado hacerse con el poder.

Los cronistas juzgan que fueron los chinos quienes se mostraron más intransigentes en cerrar filas en torno a la URSS y en la vuelta a la disciplina estalinista en el movimiento comunista. Los escasos datos que se conocen de esta reunión advierten que dicha belicosidad la manifestó sobre todo la delegación albanesa, que tenía como objetivo lograr que el conjunto del movimiento comunista revisara la absolución a Tito y volviera a considerársele un renegado y un traidor a los ideales comunistas. Pero es indudable que, mientras fuera posible, Kruschev no volvería al periodo ideológico estalinista, o, más exactamente, mientras la presión proviniera del diminuto PC de Albania, que, como decía provocadoramente Kruschev, necesitaba tanto trigo como el que se comían los ratones en la URSS. Mientras fueran ellos, y no los chinos, podía frenar sus intentos, que le hubieran creado dificultades en algunos partidos europeos, como el italiano. No se condenó a los yugoslavos, aunque estuvo, al parecer, en la intención de casi todos. Tito fue el único jefe del partido que no asistió a la conferencia y su cautela se vio confirmada. Los yugoslavos se negaron a firmar una de las declaraciones oficiales. El partido de Polonia, con Gomulka a la cabeza, también expuso algunas reticencias a la Declaración conjunta pero sin llegar a la negativa, impensable en quien vivía gracias al sustento soviético.

La resolución hecha pública tras la reunión de los 68 partidos ratificaba algunas referencias de Kruschev en su XX Congreso: coexistencia y vía pacífica al socialismo. Pero la insistencia en mantener el principio del «partido único» como condición para la construcción del socialismo y la referencia al papel de guía que continuaba correspondiendo a la URSS fue, según los testigos, un triunfo de las tesis dogmáticas de Mao Tse Tung. A él se atribuye una frase pronunciada entonces: Debemos tener una cabeza, que es el Comité Central del PC de la Unión Soviética. Un proverbio chino dice que una serpiente no avanza si no tiene cabeza… Si no hay dirección, domina la anarquía. Esta posición chocaba con la del PC italiano, en el que Palmiro Togliatti ya había defendido el «policentrismo»: En el movimiento comunista no se puede hablar de un guía único, sino de un progreso que se consigue siguiendo vías a menudo diferentes. Más aún que la negativa yugoslava, y la ausencia de Tito, esta actitud de Togliatti provocó que Kruschev abandonara la sala y también la irritación de otro grande del comunismo occidental, el PC francés. Su secretario general, Mauricio Thorez, respondería a estas tesis togliattianas con una frase reveladora de sus modos analíticos, que eran los del conjunto del movimiento comunista: Entenderse en la diversidad, como pide Togliatti, es un arte que la Iglesia conoce porque tiene dos mil años, mientras que nosotros apenas si somos mayores[9].

El PC español tuvo una participación sin relevancia en la reunión de los partidos, como cabía esperar. Asistió Pasionaria y aceptaron entusiasmados las resoluciones, sin percibir en ningún momento la dinámica de Mao Tse Tung y los albaneses, sino tan solo la «desfachatez revisionista» del PC italiano. Aprobaron también la propuesta soviética de una revista que unificara los criterios del movimiento comunista internacional, a la que se opondrá tajantemente Togliatti y en la que nunca colaborará. El PC español enviará a Praga a un miembro del Buró Político, Santiago Álvarez, para que trabaje en la redacción de dicha revista: Problemas de la paz y del Socialismo.

El PC sufría los vaivenes de los grandes del movimiento comunista internacional. Pero tampoco se obsesionaban con ello; lo suyo era España y ahí Santiago tenía libertad para moverse sin cortapisas.

NACE EL JORNADISMO

Decir que los acontecimientos les daban la razón fue una constante afirmación de principios. Sin embargo, si la realidad y el Buró Político habían creído marchar de la mano casi siempre, en este año de 1957 parecían estar abrazados. Todo lo que se movía lo hacía en la dirección más favorable para el partido. El voluntarismo que hincharía sus velas lo infundía la historia y los acontecimientos; la dirección no hacía más que darle impulso. Así les parecía a los flamantes dirigentes, los líderes indiscutidos, fortalecidos por el pleno del verano de 1956 y que capitaneaba un dúo perfecto: Carrillo y Claudín, las dos ces de confianza, camaradería, capacidad y carácter.

No había motivos más que para el optimismo. El Régimen había entrado en una crisis aguda, resultado de la acumulación de problemas y los parches que facilitaban el ir tirando. El estallido de un conflicto militar en la colonia de Ifni amenazaba con abrir importantes brechas en el monolitismo del sistema. Franco aprovechaba para iniciar una renovación de su equipo, introduciendo en el Gobierno al Opus Dei, con hombres como Alberto Ullastres en Comercio y Mariano Navarro Rubio en Hacienda.

El partido, en su primera declaración sobre el nuevo gobierno, vuelve a repetir

su teoría de que no se trata de una simple crisis de gobierno, sino de una crisis de la dictadura imperante. Esta será una constante analítica de cada cambio gubernamental y de cada declaración del partido. En esta ocasión la crisis iba, ciertamente, más allá de una simple remodelación de gabinete; se daban los primeros pasos para arrumbar la política autárquica que había tocado techo años antes y se apuntaba un giro de consecuencias notables para el sistema. El primer paso era este del gobierno de 1957, el segundo sería el Plan de Estabilización de 1959.

En este tipo de procesos, ni los propios protagonistas saben con exactitud la longitud de su operación o incluso la profundidad que van a imprimir a su política, pero sí perciben la dirección que toma y el rumbo al que aspiran. En este sentido, la dirección del partido, empozada en su esquema analítico de que todo cambio sería perjudicial para el régimen y muestra de su fragilidad, interpretó que las variantes del gobierno nombrado el 25 de febrero de 1957 agudiza(n) la descomposición de la dictadura, como escribía Fernando Claudín, reduce(n) la reducida [sic] base política del actual gobierno. El Buró Político, reunido en marzo, es más explícito, pero sin variar un ápice su ángulo y dando, por lo demás, prueba meridiana de su ignorancia de las familias políticas del Régimen: El nuevo equipo ministerial… se diferencia del anterior en que es más débil y posee una base más reducida. Los nuevos ministros, en su mayor parte, carecen de relieve, mientras salen personalidades como Martín Artajo, el general Muñoz Grandes y el conde de Vallellano, cuyo alejamiento del gobierno refleja el crecimiento de la oposición antifranquista en los medios católicos, del Ejército y monárquicos.

Esta declaración pretendía no solo describir al Régimen tras la remodelación gubernamental, sino también hacer un retrato desgarrado del sistema, para tender un puente a las fuerzas políticas del exilio, que se habían reunido en París unos días antes –el 23 de febrero–. Un pacto táctico, que abarcaba a las tradicionales fuerzas republicanas, con la única exclusión del PCE, junto a minoritarios sectores monárquicos, sobre la base de que la solución nacional pacífica… consiste en crear una situación transitoria sin signo institucional definido, es decir, que no sea monárquica ni republicana, que no prefigure ni prejuzgue la futura forma de gobierno de España…, según reza el documento que daría pie a este denominado «Pacto de París».

Desde los primeros meses de 1957 hasta bastantes años más tarde –en el caso de Carrillo hasta las elecciones de 1977– en la dirección del PCE se vive en la

creencia de que el punto nodal de la estrategia del partido consiste en no ser apeado de la hegemonía en la revolución democrática inminente. No se discute la revolución democrática, porque está a la vuelta de la esquina, junto al desmoronamiento de la dictadura. Lo que quita el sueño al Buró es que el partido tiene que ser el hegemónico en ese proceso de incalculables consecuencias, denominado en la jerga «revolución democrática».

El desahucio de la dictadura es total y no es objeto de dudas ni de discusión en el BP. Sí lo es, y mucho, cómo maniobrar políticamente sobre el papel para que no le usurpen al PCE la hegemonía del tránsito de la dictadura a la democracia, que por derecho propio le corresponde. Esta pequeña gran idea será el móvil político y casi el leitmotiv de la táctica y la estrategia de Carrillo. Más allá no le interesaba nada; ni lo veía, ni le parecía motivo para dedicarle sus reflexiones.

Pero en marzo de 1957 no era solo Carrillo, sino todos y cada uno de los miembros del Buró Político, quienes en su fuero interno compartían en mayor o menor medida esta convicción de Santiago. Fernando Claudín será quien ofrezca públicamente los puntos de coincidencia con los firmantes del «Pacto de París», incluso para ir más allá que ellos: Las posiciones del Partido Comunista son claras, diáfanas: paso pacífico a una situación democrática mediante un gobierno liberal de transición que conceda una amplia amnistía, inicie el restablecimiento de las libertades políticas y se esfuerce por mejorar las condiciones de vida del pueblo. Se hacían, por tanto, concesiones verbales más jugosas que en el Pacto de París y, para que los aliados percibieran la naturaleza de sus ofertas, añadía Claudín en este largo artículo de marzo de 1957: El Partido Comunista apoyaría legalmente un gobierno así. Es decir, si nos admitís en vuestra legalidad, nosotros os apoyaremos con una base tan moderada como el inicio de las libertades, la amnistía y la mejora de las condiciones de vida del pueblo, algo que, por cierto, será la base de los acuerdos que plasmarán veinte años más tarde Santiago Carrillo y Adolfo Suárez en el proceso de la Transición.

No hace falta señalar que las ofertas, casi de saldo, que hacía el PC a las otras fuerzas políticas del «Pacto de París» no fueron tenidas en cuenta, ni siquiera discutidas. Para el anticomunismo de estos había dos modos de reacción: si los comunistas se ponían duros y maximalistas, eso demostraba que seguían siendo unos feroces estalinistas, y si ofertaban sensateces y planes moderadísimos, es que se trataba de poner piel de cordero para poderlos devorar luego. De cualquier forma que apareciera el PCE, ellos lo rechazaban, sin avenirse siquiera a considerarlo.

No quedaba más que el recurso «a las masas», lo que traducido al lenguaje común significaba que debían alentarse las acciones populares, para acosar tanto al régimen como a la oposición anticomunista con la exhibición del potencial del PCE.

En 1957 se revitalizaba el movimiento obrero gracias a las elecciones sindicales, que otorgaron una parcela de resistencia a los representantes que configurarían el nuevo movimiento obrero; bebía sus fuentes en el catolicismo, el partido comunista y el sindicalismo vagamente falangista. Tras las acciones obreras en las empresas, incluso los paros, no cabía aún echar las campanas al vuelo, sino constatar que el movimiento obrero salía de la atonía en la que le metió la represión y la derrota de la guerra civil.

Dos hechos sucesivos ocurridos en la primera mitad de 1957 tendrán un efecto fulminante sobre la conciencia política del Buró Político y muy especialmente sobre Santiago Carrillo. Aprovechando una subida de los transportes, a lo que la sensibilidad ciudadana se encontraba alertada después de lo ocurrido en Barcelona, la organización del partido en Madrid lanzó una consigna, llamando al boicot de los transportes públicos los días 7 y 8 de febrero. La protesta fue seguida masivamente y los madrileños no subieron a los tranvías, ni a los autobuses, ni se metieron en los metros, pese a la lluvia que cayó abundantemente. El eco de la acción había calado en amplísimos sectores sociales y hasta el periodista del Régimen Víctor de la Serna había dedicado una referencia al boicot en su columna de ABC, firmada Diego Plata.

Pero había un dato cuidadosamente ocultado por la organización del partido y que luego no se resaltará en los análisis grandilocuentes de la dirección en París: la campaña de propaganda lanzada por el PCE de Madrid había tenido el cuidado de no firmar las convocatorias, dando así a los llamamientos un carácter cívico y levemente apolítico. Todo lo más, el partido hacía suya la convocatoria, pero en ningún momento quiso gozar de la tentación del protagonismo, del hegemonismo, como ocurriría a partir de estas jornadas de febrero.

El otro acontecimiento que influiría decisivamente en Carrillo fue de carácter internacional y tuvo amplio eco en la prensa mundial, convirtiéndose para Santiago en una innombrada referencia política iluminadora. El 10 de mayo de 1957 caía en Colombia la dictadura del general Rojas Pinilla gracias a un acuerdo de todos los sectores sociales, desde la patronal hasta el movimiento obrero, pasando por la Iglesia, los estudiantes y los diversos partidos políticos.

Patronos y obreros fueron conjuntamente a la huelga. La Asociación Nacional de Industriales colombiana convocó al paro y el general Rojas Pinilla, abandonado de todos, hubo de retirarse pacíficamente del poder, constituyéndose a continuación una Junta de Generales, cuya misión se reducía a convocar un plebiscito y transferir el poder a los civiles.

Sobre la base de la sensibilidad de los sectores populares frente al encarecimiento de los transportes, sumado a una experiencia colombiana de acuerdos políticos como los que podía representar el Pacto de París, más la obsesión de no perder la hegemonía del proceso democratizador, esa serie de coincidencias políticas y cronológicas concluyeron, en el caletre de Santiago Carrillo, en sumar cantidades no homogéneas, en un engendro que habrá que denominar con un neologismo: el jornadismo.

El jornadismo consistía en que haciendo coincidir los procesos en una unidad temporal se acelerarían los avances y se haría un daño multiplicador a la dictadura. Si una serie de huelgas parciales manejadas con tacto podían confluir en una sola jornada, era obvio que esa acción, que en cada fábrica o taller hubiera carecido de contenido político, al darse al unísono en varias a la vez, lo multiplicaban inmediatamente y reforzaban, además, la imagen del instrumento que lo llevaba a cabo: el Partido Comunista de España.

A partir del verano de 1957 se inicia el periodo del jornadismo, que será obsesivo durante los dos años siguientes y que luego se atemperará, aunque sus efectos y sus virus se mantengan en las concepciones tácticas de Santiago. Será el jornadismo una variante del voluntarismo, una variante exacerbada de esa concepción según la cual la tradición leninista del «análisis concreto de la situación concreta» tenía un apéndice: dicho análisis debía tener en cuenta los aspectos positivos, desdeñando los negativos, y ante cualquier enfrentamiento entre la realidad y los objetivos debería inclinarse hacia los objetivos, porque la realidad es moldeable y los hombres audaces del partido audaz consiguen imbuirla de sus creencias. El jornadismo quizá también fuera un hijo espúreo de las tentaciones leninistas del partido férreo, formado por militantes invulnerables al desaliento, que saben aprovechar las oportunidades y en ocasiones crear dichas oportunidades para aprovecharse de ellas.

El jornadismo no se reducía a convocar jornadas de lucha, de ser así no tendría entidad táctica y no reflejaría el obligado aparato argumental de una organización de las características del Partido Comunista. La convocatoria de

jornadas de lucha estaba directamente ligada a coyunturas políticas muy concretas y tenía bases sobre las que operar que no estaban tomadas al buen tuntún, sino concienzudamente elaboradas, casi diríamos obsesivamente elaboradas. En otras palabras, el jornadismo tendrá unos parámetros leninistas de espacio político y tiempo coyuntural, solo que siguiendo la lectura estalinista, según la cual un partido comunista es el reino de la voluntad sobre las adversidades del presente. En la adaptación hispana se trataba de forzar los ritmos, concentrando los periodos y las etapas, para hacer estallar las contradicciones del sistema e incluso las de los adversarios políticos. Así se produciría una especie de chirridos permanentes de las bielas de la historia. Las víctimas habrán de ser sus promotores, el Partido Comunista de España.

El jornadismo no tiene antecedentes en la historia del PCE. Sí existieron convocatorias más o menos surrealistas y otras voluntaristas, pero componer un plan táctico-estratégico en torno a una jornada determinada no era algo preexistente en las tradiciones formales del partido. Los viejos dirigentes carecían de las deformaciones voluntaristas del nuevo equipo Carrillo-Claudín; aquellos eran sencillamente fieles soldados de la Komintern y para las sofisticaciones de la jerga estaban los delegados de la Internacional, que eran gente más instruida: Humbert Droz, Vitorio Codovila, Palmiro Togliatti.

El voluntarismo se va gestando principalmente en la mente de Santiago Carrillo y Fernando Claudín desde los ataques a Vicente Uribe y su defenestración en 1956, pero el jornadismo nace en el curso de 1957. No precisamente como algo conformado, sino como una forma de dar sentido político, táctico-estratégico a la arrolladora voluntad y al entusiasmo que desbordaba el nuevo equipo dirigente. El jornadismo era, hora es de decirlo, una muestra de escasa formación política, pero no teórica, o libresca, o de partido, sino política en el sentido leninista de que la política empieza a ser tal cuando se opera con millones de ciudadanos. Carrillo y Claudín, máximos dirigentes del partido, tenían una escasa experiencia política en ese sentido. Habían pasado de jóvenes militantes que escuchaban a los que hacían política, como Largo Caballero, Prieto o Negrín, a imitarles. Experiencia parlamentaria, ninguna; experiencia gubernamental, menos aún; sindical, tampoco. A su imagen y semejanza solo estaba Lenin. Era, por tanto, una cuestión de talento y ninguno de los dos tenía la más mínima duda de superar la prueba.

El jornadismo fue una muestra de la inmadurez política del equipo dirigente salido de la crisis de 1956. Aunque pueda resultar algo chocante, hay que

afirmar sin ningún género de dudas que un hombre como Vicente Uribe, con todos los defectos ya reseñados, tenía más experiencia política en el sentido antes citado que los jóvenes asaltantes del cielo. Otra cosa es que se diera a la bebida y que hubiera una notable indolencia en su hacer político, pero en su descargo cabe señalar que no hay ningún político experto en el exilio que lleve una vida ajetreada. Me permito recordar, a guisa de ejemplo canónico, las jornadas de Lenin en Suiza poco antes de la revolución de abril, o las de Togliatti los días previos a su desembarco en Italia. Para Claudín, la experiencia de estos años de jornadismo será definitiva en su futuro cambio de rumbo y en la retirada hacia otras adscripciones políticas. Para Carrillo, la experiencia de estos años le confirmará en que las masas con frecuencia no entienden nada y esto perjudica a la clase política y hasta a los compañeros de partido, que piensan que él se equivoca, cuando en realidad ha acertado tanto que todos los adversarios se han unido para impedir que se cumpla la predicción.

JORNADA PARA LA RECONCILIACIÓN NACIONAL

El jornadismo se concretó a partir de las experiencias de la primera mitad de 1957, pero se puso de largo en una reunión en Checoslovaquia, durante el verano, en el tercer pleno del Comité Central. Comenzó el 15 de agosto y dada la fecha es fácil concebir el ambiente crispado y de nostalgia de antiguas concepciones, perfectamente representadas en las dos principales intervenciones sobre el estado del mundo, la de Pasionaria y la de Fernando Claudín.

Al escuchar a Claudín nadie podía darse por aludido ante los acontecimientos de Hungría oyendo aquel canto ditirámbico a la URSS de ayer, de hoy y de mañana. Hungría no existía. Pasionaria, sin embargo, se zambulló en ello como si formara parte de las mejores esencias del comunismo: En cuanto a los acontecimientos de Hungría, el tiempo ha puesto de manifiesto, hasta para los más miopes, que se trataba de un movimiento contrarrevolucionario, organizado por las fuerzas fascistas húngaras y la reacción internacional… Se pretendía crear en el corazón de Europa un foco de guerra y de agresión, arrancar a Hungría del campo socialista, anular todas las conquistas de su pueblo, destruir el régimen de democracia popular y restaurar el fascismo de Horty… Gracias a la acción heroica y abnegada de los combatientes soviéticos, fracasó la agresión

contrarrevolucionaria… Desde su ángulo no cabían dudas y el hilo que unía la intervención anglofrancesa en Egipto y la insurrección húngara tenía los mismos instigadores, los círculos imperialistas, con Eisenhower a la cabeza, los mismos que habían creado el llamado Mercado Común. Por eso la intervención de Dolores tuvo su lado de catilinaria al referirse con particular crueldad a Felipe Muñoz Arconada, que residía a la sazón en Hungría y que había cometido la traición de albergar opiniones favorables a la insurrección popular, de las que habría de abjurar ante el pleno.

Va a ser Santiago Carrillo quien, metiéndole de algún modo los dedos en la boca, le obligue a confesar su «crimen». Antes de que Felipe Arconada vomite, Dolores le hará un preámbulo ante aquel conjunto de dirigentes escandalizados de tener en sus filas a un impostor. Si el camarada Carrillo no le llama la atención al camarada Arconada no hubiera dicho una palabra, apunta Pasionaria. Tú debieras de decir cuáles eran tus opiniones cuando estabas en Hungría, (que) yo he sabido por camaradas extranjeros… ¡Te has equivocado, camarada!

Avergonzado, el antaño hombre brutal en la dirección del partido en México, el hermano implacable del tranquilo César, el escritor, entonaba ahora su mea culpa, sin que ninguno de los presentes hiciera signos de entender todo lo que de inquietante había en su confesión: A mí me confundió extraordinariamente ver a una parte de la clase obrera, a una buena parte del pueblo de Budapest en la calle. Acosado por Líster y Dolores, que se ensañan en sus dudas, termina gritando: ¡Jamás ha pasado por mi mente ni la sombra de una duda de que la participación del Ejército Soviético (así, con mayúsculas, está en las Actas) ni en la primera fase, es decir, la primera semana, ni en la segunda, no fuera justa, no fuera justa, jamás. Felipe Muñoz Arconada, el que durante años había sido virrey del partido en México, criticado por el grueso de la militancia por su comportamiento soberbio y despectivo hacia los diferentes comités, que habían solicitado su destitución durante años, sin conseguirlo. Ahora sí será cesado en el Comité Central, pero no, como creerán algunos, por su comportamiento en el pasado, sino por su apoyo momentáneo a la insurrección popular húngara.

Como demuestra el comportamiento ante Felipe Muñoz Arconada, un año después del XX Congreso soviético y la desestalinización, se volvía al linchamiento político en el PCE, olvidándose de las frases entusiastas que se dijeron junto al lago del Pabellón de Caza; se hundieron en sus aguas y nadie las recordó. El signo de la incondicionalidad a la URSS y el giro dogmático de su política tras los acontecimientos de Polonia y Hungría empañaba al partido,

como antaño. En la sesión de clausura lo dijo bien claro el mismo Santiago Carrillo: En su informe, el camarada Claudín ha planteado ya nuestra posición, reiterando lo que tantas veces hemos dicho: que el internacionalismo proletario sigue midiéndose por la actitud ante la Unión Soviética y su Partido Comunista, y por tanto no cabían veleidades críticas o análisis puntillosos, al estilo italiano o de otros partidos comunistas: Algún camarada de buena fe nos reprochó a raíz de la conmoción sufrida por el levantamiento contrarrevolucionario en Hungría que no hayamos dado una explicación más amplia y profunda sobre las contradicciones existentes en la sociedad socialista… Nosotros no podemos dar una aportación principal en ese orden, fundamentalmente por una razón: que en España no hay una sociedad socialista. Mal podríamos elaborar una experiencia que no poseemos. Por tanto, zapatero a tus zapatos. El PC de España podía explicar su situación en su limitado campo español, pero para las cuestiones referentes a los países socialistas quienes de hecho las esclarecen son los camaradas soviéticos, los camaradas chinos y de las democracias populares…, que están construyendo, cuando no lo han construido ya, el socialismo.

Hay en Carrillo como un cierto desdén hacia la situación internacional y las consecuencias evidentemente negativas que ejerce dicha situación sobre su proyecto político en el interior. Colocado en la tesitura de luchar en los dos frentes, según proponen los soviéticos, ora poniendo el acento en el «dogmatismo», ora inclinándose hacia el «revisionismo», Carrillo hace su peculiar distribución pragmática y funcional. En el terreno internacional el mayor peligro es el «revisionismo y el oportunismo», pero pone en boca de Pasionaria cosas que ella está muy lejos de pensar: En nuestro partido, como ha subrayado la camarada Dolores, lo que se manifiesta con más fuerza, hoy por hoy, es el dogmatismo y el sectarismo. Se mostraba displicente respecto a la lentitud y atoramiento de algunas de las decisiones tomadas en el histórico pleno del verano anterior, en especial aquellas en que se comprometía a convocar en un tiempo mínimo el VI Congreso. Se sacará de la manga una comisión facultada para organizarlo en el transcurso de 1958, lo que era, desde su punto de vista particular, algo imposible. La componían todos sus hombres en el Buró: Claudín, Semprún, Gallego y Tomás García. Y digo imposible, «desde su punto de vista», porque en su cabeza ya estaban diseñados otros planes ligados a la estrategia jornadista de acelerar los ritmos con una política de audacias inauditas para un partido que se veía obligado a mostrarse neoestalinista en el frente internacional, mientras aprobaba, a propuesta de Santiago, que en las elecciones municipales franquistas que se avecinaban –estaban convocadas para octubre– el Partido Comunista apoyase a las candidaturas de tendencia liberal, y que incluso el

partido aconsejaría votar por ellas, públicamente, si fuera menester.

No era algo incoherente, estaba imbricado en el diseño político del «jornadismo» que será presentado en sociedad en esta reunión y que tendrá como portavoz a un hombre, particularmente bien elegido por Santiago, para evitar acusaciones de que el Buró en el exilio pecaba de subjetivismo y de que veía las cosas más maduras de como realmente estaban. Simón Sánchez Montero, alias Vicente Saiz, si tenía algo de incontestable era su aspecto y su palabra, nada inclinados a la exageración. Su intervención iba reseñada como un punto específico del orden del día: la jornada nacional contra la carestía de la vida. Dicha jornada será reconvertida en Jornada Nacional por la Reconciliación Nacional y la carestía de la vida, sumando no solo cantidades no homogéneas, sino géneros políticos traídos por los pelos. Hoy aparece ante las masas la posibilidad de ir hacia acciones pacíficas de carácter nacional contra la dictadura. Esta idea, nacida de las masas (en el texto, luego, se corregirá esta formulación excesiva y se sustituirán «las masas» por el más genérico y difuso de «pueblo»), el partido la ha hecho suya y la devuelve de nuevo a las masas bajo la forma de una jornada nacional de demostración pacífica contra la carestía de la vida, contra la política económica de la dictadura, por una amplia amnistía para presos y exiliados políticos y por las libertades. Simón Sánchez estaba leyendo lo que Santiago había diseñado y que en apenas unas semanas se transformará, fuera ya del Comité Central, en la «Jornada de la Reconciliación Nacional», convocada para el 5 de mayo de 1958.

Llegados a este punto es cuando hay que ver en perspectiva el apoyo propuesto por Santiago y aprobado por el CC de aconsejar el voto a las candidaturas liberales en las restringidísimas y supermanipuladas elecciones municipales franquistas. Desentendiéndose absolutamente del giro dogmático y antirrevisionista del movimiento comunista internacional en aquel periodo de 1957, Carrillo formula una táctica tan inaudita para el momento como la de apoyar la opción de la burguesía liberal, que ni era burguesía, sino aplastante oligarquía –dadas las cortapisas y conciliábulos que habrían de pasar para poder presentarse–, y mucho menos liberal. Pero esto eran disquisiciones de teóricos de escasa relevancia política. Lo que a él le interesaba es que a partir de entonces tuviera las manos libres y el apoyo unánime de todo el CC, y por tanto de los veteranos –Dolores y Líster, principalmente–, para iniciar contactos hacia todos los azimuts políticos, pero muy especialmente hacia la «derecha real» española, que no era otra que la timorata del interior. Con la tarjeta de visita del apoyo a sus candidaturas abría conversaciones con el objetivo de la Jornada de la

Reconciliación Nacional. Algo tan simple y tan obvio como esto: yo manifiesto que no tengo rubor alguno en apoyarles a ustedes con nada a cambio, y ustedes o son unos malnacidos o no tendrán inconveniente en entrevistarse conmigo; el resto ya corre de mi cuenta. Así será.

Terminado el pleno, Santiago desarrolla algunas de sus orientaciones en un artículo que respondía a la doctrina que estaba impartiendo en el Buró Político y de la que él en el terreno práctico, y Claudín en el teórico, eran los manifiestos valedores: el apoyo del partido a un gobierno liberal. Si se defendía a las candidaturas liberales en las elecciones más residuales de la estructura política del franquismo, como eran las municipales, no había objeción razonable para no hacerlo a otro nivel. Con la experiencia recogida durante el periodo de la Unión Nacional, abrigaba el temor de que tendiendo los brazos hacia los sectores procedentes del Régimen provocara violentas reacciones de los aliados del bloque republicano, por eso manifestó, curándose en salud, que no se trataba tanto de un giro táctico como de una muestra de buena voluntad, para superar los recelos del pasado: Al mostramos dispuestos a apoyar, condicionadamente, un gobierno liberal, los comunistas tenemos en cuenta las dificultades reales que existen todavía para la creación de una amplia coalición política de todas las fuerzas antifranquistas, de derecha y de izquierda. Siguiendo este argumento, eran los otros los que obligaban al PCE a buscar salidas políticas, lo que por otra parte no estaba reñido con la realidad.

Pero lo importante, el rasgo dominante, no era otro que abrir la vía de negociaciones y contactos hacia la «derecha real», la del interior, abandonando las entelequias del exilio. La primera manifestación que rompía con la tradición programática del Partido Comunista era su gesto «incondicional» de apoyo a los «liberales», por más que hablara de una actitud «condicionada», y si bien dicha incondicionalidad tenía un corolario: que el PCE debía entrar en sociedad. Y nadie entra en sociedad sin que se hagan actos públicos. Lo contrario serían sociedades secretas y de eso sabía mucho el PCE. En el importantísimo artículo de Santiago, del que se tomó el anterior párrafo, hay otro en el que se transparenta el carácter «incondicional» y benévolo del giro del PCE. En él se cita un nombre a quien, siguiendo el estilo de Santiago, se va a utilizar de trampolín para acceder a donde sin su mediación sería imposible: Un Gobierno liberal, sin representar una ruptura brutal con lo actual –esa ruptura brutal que tanto temen las clases dominantes y muchos elementos influenciados por la propaganda franquista, temor que todavía ayuda a Franco a sobrevivir–, podría, empleando las expresiones utilizadas por Dionisio Ridruejo en sus declaraciones

a «Bohemia», abrir (subrayado en el original) el principio de la representación por elección; liquidar el partido único oficial y abrir (ídem) el camino a la formación de corrientes o tendencias de opinión; liberalizar la vida cultural; restablecer la convivencia, dictar una amnistía; abrir (ídem) el camino hacia un periodo constituyente, etc. No se puede decir que sea un programa revolucionario, ni siquiera democrático, sino un programa tibiamente liberal[10].

Más claro, agua. Pero atención, no sería un plan de Carrillo si no tuviera al mismo tiempo la frase clave anegada entre las flores del entusiasmo por la opción liberal. No solo le prometía que sería querida y respetada ahora que, al fin y a la postre, era como prometer salvarle la vida al que está libre mientras nosotros estamos en el pozo, sino el día de mañana: La burguesía liberal puede ser nuestro aliado no simplemente circunstancial, sino por un largo periodo. La frase que revelaba sus intenciones genuinas y que formaba la piedra angular que sostenía el edificio tan audazmente concebido era esta: La solución liberal tiene un tiempo oportuno, pasado el cual puede caducar y ser inoperante. Empezaba a contar el reloj de la historia, al que acababa de dar cuerda Santiago Carrillo.

Los meses que siguieron vinieron a dar alas a los planes ya pergeñados. Los contactos con los diferentes grupos de oposición progresarían conforme la situación se hacía más confusa y el régimen de Franco afrontaba dos retos en los que se mostraba torpe, sin reflejos, a la defensiva. Cabían todos los proyectos porque uno de los pilares sostenedores del sistema, el Ejército, acababa de descubrir un boquete en la línea de flotación. En el Sahara y Sidi Ifni había estallado una sublevación contra los colonizadores españoles. El otro reto era el surgimiento de un nuevo clima en el movimiento obrero, que favorecía las acciones reivindicativas; al magnificarse informativamente por el partido, se transformaba en un potencial propio, utilizable en el momento oportuno. Lo cual debería impresionar a los susceptibles políticos de la derecha.

Al calor de la independencia de Marruecos las tribus de la región que rodeaban el enclave militar español de Sidi Ifni se sublevaron, encendiendo la hoguera de la liberación territorial contra el colonialismo español. Desde noviembre de 1957 hasta febrero del año siguiente, el Ejército de Franco dará una prueba patente de su anquilosamiento, su corrupción y su incompetencia. Sin la ayuda de la aviación francesa no hubieran podido vencer fácilmente a unas tribus mal armadas de la región saharaui.

Los primeros meses de 1958 vivieron también una recuperación de la capacidad

reivindicativa del movimiento obrero. Era el primer reflejo de las elecciones sindicales celebradas el año anterior y en las que el partido llamó a participar sin reparo alguno, en el justo intento de no despegarse de la realidad y elevar el bajo nivel político de la clase obrera de los años cincuenta. Corrigieron dislates anteriores. El Buró Político llamaba a los nuevos representantes obreros a que basaran sus campañas reivindicativas en «la aplicación de los acuerdos del III Congreso de Trabajadores» del Sindicato Vertical franquista, celebrado en Madrid años antes, y que se resumían en tres puntos: «Jornada de 8 horas, salario mínimo vital y a trabajo igual salario igual».

Los resultados colmaron las esperanzas, facilitando al partido una mayor penetración en las empresas y en los tajos de construcción. El propio Buró Político lo reconoció así: Las elecciones sindicales, y en algunas provincias las de vocales de secciones sociales, han constituido un triunfo unitario de la clase obrera y pueden considerarse como la más importante victoria obtenida por esta durante los años de dictadura.

Esta cura de realismo tenía, no obstante, algunas bases equivocadas. Donde había una esperanzadora recuperación del movimiento obrero, en la que el PCE desempeñaba un claro papel de motor, se quiso ver una maduración política que podía plantearse objetivos de gran alcance. Si en febrero de 1957 la minería asturiana volvía a la carga de sus tradiciones históricas rotas por la guerra civil, el partido extraía conclusiones equivocadas de datos exagerados. Si las diversas acciones, no necesariamente huelgas, facilitaban a la clase obrera sentirse segura y romper la lógica barrera del miedo, esto se contabilizaba en abril de 1956 como oleadas de huelgas, acompañadas de cifras de participantes erráticas, pero que nunca bajaban, no se sabe muy bien por qué pasión del guarismo, de cien mil trabajadores. El economista del partido, Tomás García (Juan Gómez), veía más lejos incluso que la realidad en la coyuntura del sector primario, y en uno de sus informes sobre la situación agraria de 1956-1957 señalaba el galopante desarrollo capitalista en el campo como el rasgo más llamativo de la cuestión agraria bajo el franquismo, lo que, curiosamente, encerrará bajo siete llaves en años posteriores.

Si en el plano nacional todo coincidía en facilitar las cosas a la estrategia del partido, el «jornadismo» se tornaba una imperiosa necesidad. Había llegado el momento de pegar el primer tirón y demostrar que el Partido Comunista era el agente dinamizador de la vida política española, que no solo era hegemónico por principio, como se decía en la jerga, sino por merecimientos. Aunque parezca

cruel expresarlo así, la detención de un grupo de selectos estudiantes madrileños que habían asistido al Festival Mundial de la Juventud, en Moscú, también fue un motivo de satisfacción. Se lamentaba por lo que tenía de riesgo para la organización clandestina madrileña, pero, como desvergonzadamente manifestará en carta privada Carrillo a Pasionaria, había algo de la satisfacción de quien se veía ahora arropado por los futuros cerebros de la sociedad española, que se inclinaban hacia el comunismo con gran escándalo social, porque casi todos eran hijos de vencedores en la guerra civil.

En el verano de 1957 se convocó en Moscú el Festival Mundial de la Juventud, fiesta no estrictamente de partido, a la que se invitaba a personalidades filocomunistas para que pudieran comprobar en vivo los avances de la URSS o del país socialista donde se celebrara. Meses antes de comenzar este VI Festival, la prensa del PCE venía jaleando que los españoles del interior debían participar en pie de igualdad a los de otros países, tal como si no existiera la dictadura. Uno de los responsables de la organización clandestina de Madrid, que no frecuentaba precisamente las páginas de Mundo Obrero, Julián Grimau, escribía a finales de mayo que el objetivo radicaba en que la juventud española, colectiva e individualmente, lleve una nutrida representación al Festival de Moscú. Más llamativo aún, conociendo el estilo de funcionamiento del partido, es que una vez celebrado dicho Festival apareciera también en Mundo Obrero una jactanciosa referencia a la presencia de la juventud española en Moscú, porque no hay fuerza humana ni de ningún género que pueda cerrar el paso a los aires de libertad; e incluso se precisaba, lo que casi alcanzaba los tonos de una provocación a la policía, que los enviados desde España habían sido fervorosamente acogidos por el pueblo soviético…, con los que han contraído vínculos indestructibles. Con lo que se aludía a las reacciones entusiastas de los jóvenes clandestinos que habían descubierto Moscú en aquel inolvidable verano de 1957.

El Ministerio de la Gobernación franquista recogió el guante y en el momento en que le llegaron los ecos de estas manifestaciones actuó lentamente, torpemente y a la brava: cerca de un centenar de jóvenes fueron detenidos en Madrid, Zaragoza, Barcelona y Sevilla. Unos porque habían ido a Moscú, otros porque eran amigos de los que habían ido a Moscú y, por fin, lo que ya era más grave, algunos porque eran los responsables políticos de quienes los mandaron a Moscú. Más de cuarenta ingresarían en prisión en las navidades de 1957 a 1958. La dirección del partido estaba orgullosa, y no era para menos, de tener en sus filas a aquel derroche de talentos; entre los detenidos había una docena de

premios extraordinarios de la Universidad española. El Buró Político escribía el 20 de enero de 1958: Las nuevas generaciones de españoles pueden verse personificadas en universitarios como Julián Marcos, Javier Pradera y Fernando Sánchez Dragó. Como había hecho después de los sucesos estudiantiles de 1956, Carrillo podía volver a escribir a Pasionaria contándole, satisfecho, que durante todos estos días la Dirección General de Seguridad está rodeada de magníficos Cadillac pertenecientes a las familias y amistades de los detenidos. Vanidades aparte, el encarcelamiento de los 44 facilitaba de manera singular el prestigio del partido ante los susceptibles aliados de la «opción liberal». ¿Quién podía exhibir aquel plantel de jóvenes brillantes? Estaban Antonio Ron, Jorge Deike, Rojo Seijas, Fernando Sánchez Dragó, Javier Muguerza, Rafael Asensio, Julián Marcos, Manuel Moya, Alberto Saoner, Félix Villamariel, Chena Quejido, Luis Osorio, los hermanos Álvarez Cruz…

Con este cuadro de exhibicionismo político, con su oferta espléndida a la «opción liberal» y con una situación política en la que el resurgir del movimiento obrero y la crisis de Ifni marcaban pautas más que esperanzadoras, no quedaba más que echar a andar y organizar la Jornada de la Reconciliación Nacional, en la que, más que la propia acción, lo que interesaba era romper el histórico aislamiento del partido desde que salió del gobierno de Rodolfo Llopis en 1947.

El único lunar en el panorama se reducía a que Javier Pradera, el principal contacto del partido con las fuerzas oposicionistas del interior, estaba detenido y le sustituían alternativamente el jurista Ortiz Ricoll y otros responsables de los intelectuales, Ricardo Muñoz Suay y Enrique Múgica Herzog.

El obstáculo insalvable seguía siendo el PSOE; no es que las relaciones fueran malas o pésimas, sino que no existían. El PSOE se negaba por principio a verles hasta la cara. Desde mediados de 1956, y tras la denominada política de reconciliación nacional, el PCE se había dirigido al PSOE con cartas abiertas y cerradas, con sondeos personales y subrepticios. En el exilio chocaban con un muro infranqueable. El PSOE estaba dirigido por Rodolfo Llopis y el espíritu de Indalecio Prieto, cuando no sus orientaciones, empapaba al PSOE del más agresivo y visceral anticomunismo. Ya el 8 de diciembre de 1955, cuando se tanteaba una apertura en el PCE, el órgano de los socialistas advertía a sus lectores de que determinados elementos comunistas se dedican, de algún tiempo a esta parte, a visitar compañeros nuestros para ver si –como dicen dichos elementos– por medio de conversaciones cordiales y discusiones razonadas de los problemas que nos son comunes, podemos llegar a entendernos[11]. En la

exposición del intento ya estaba implícita la respuesta: un rotundo no, ateniéndose a todos los congresos convocados y celebrados en la expatriación, que rechazaban no solo los acuerdos con el PCE, sino hasta las conversaciones, los contactos o el intercambio de opiniones. Era una mezcla de terror político, de complejo de inferioridad y de miedo al contagio; no tiene otra explicación.

Cuando a finales de 1956 muere don Juan Negrín, el PCE le dedicará un artículo necrológico, insistiendo en su condición de militante del PSOE y en lo mucho que por eso mismo se le valoraba en el PCE. Pero ni por esas. En la estrategia que conducía a la Jornada por la Reconciliación Nacional, el PCE, firmándola de puño y letra por Santiago Carrillo y Antonio Mije, envía una carta a la Comisión Ejecutiva del PSOE: Sois la única dirección de partido con la cual nos ha sido imposible incluso dialogar. Les ofrecen abrir conversaciones con vistas a una demostración, en escala nacional, contra la dictadura. Ni siquiera obtuvieron respuesta.

Ni corto ni perezoso, conocedor Carrillo de que Llopis acababa de llegar a París, coge de la mano a Antonio Mije y los dos se encaminan el 23 de abril de 1957 a la sede del PSOE en la capital francesa. Era miércoles y llegaron avanzada la mañana, así, sin que nadie les esperara. Excuso explicitar la reacción de aquellos timoratos funcionarios emboscados en el número 341 de la rue General Beuret. Jugando con el factor sorpresa, Carrillo, muy en su estilo de dueño de la situación –lo que era exacto, por otra parte–, exigió ver a Rodolfo Llopis para comunicarle una información trascendental. Lo que no habían conseguido cartas, contactos y sugerencias lo logró la audacia: el esquivo y amargo Llopis, acompañado de su colega de la Ejecutiva, Carlos M. Pareja, recibió a Carrillo y a Mije. Los escucharon un buen rato mientras les explicaban que el Partido Comunista de España les daba la oportunidad de derribar juntos a Franco. O no supieron qué responder o no respondieron nada, pero, inmediatamente después de salir por la puerta los visitantes no invitados, Llopis, como si le hubieran pillado in fraganti ejecutando un acto contra sus puritanos principios, envió una circular a las organizaciones del PSOE informando del singular contacto, que no tenía precedentes, sin duda, en las relaciones interpartidarias. Pero no solo no se avanzó un paso, sino que cabía esperar que la próxima vez decidieran poner candados en las puertas de la sede parisina.

Los contactos con las otras fuerzas –la Acción Social de Ridruejo, los «accidentalistas» democristianos que dirigía Barros de Lis, y el recién nacido FLP de Julio Cerón– apenas si acababan de regularizarse cuando la detención de

Pradera, cuyas relaciones personales con Ridruejo eran la llave para cualquier avance posterior, echaron por tierra las esperanzas de abrir un paraguas que protegiera al PCE.

El Partido Comunista fue solo, aunque envuelto en su propia orla de simpatizantes, a la Jornada de la Reconciliación Nacional convocada el 5 de mayo de 1958. Para la descripción y la singularidad de la acción es obligado referirse a la fantomática narración que de ella hace la Historia oficial del PCE, redactada aún en el calor de la pelea: El Gobierno franquista empleó contra la Jornada todo su aparato represivo. Hasta aquí es de una precisión y exactitud cesarianas, pero donde se alcanza la sobrevaloración de la propia inanidad es cuando añade: El ejército fue movilizado con la excusa de un desfile militar el 4 de mayo; las grandes ciudades fueron ocupadas militarmente y la VI Flota estadounidense se situó en los principales puertos del Mediterráneo para chafar al partido su jornada e impedirle poco menos que romper los acuerdos de Yalta. Ante esta descripción abrumadora de interferencias, los resultados, por pequeños que fueran, habrían de tener una enjundia insurreccional, y así había que entender lo que en la literatura oficial se denominaron huelgas parciales completas en diversas empresas de la construcción de Madrid y otras ciudades… y huelgas de obreros agrícolas en numerosos pueblos andaluces y extremeños.

Para quien conozca el estilo periodístico del partido, tales generalidades, sin la minuciosidad característica, reflejaban sencillamente que en algunas –pocas– fábricas y en los tajos donde había obreros del partido se habían producido situaciones de tensión, diferentes al transcurrir normal de un día laborable. No era poca cosa en 1958, y más tratándose de un llamamiento político que además trajo sobre sí un número considerable de detenciones. Pero la dirección del partido, embalada en la vía de confirmar los hechos mediante las intenciones, consideró que la Jornada de la Reconciliación Nacional era el primer movimiento político organizado de carácter nacional contra el franquismo; curioso pleonasmo que recuerda aquello de denominar repliegue táctico a los territorios perdidos ante el avance enemigo.

El hallazgo lingüístico tiene la impronta de Santiago y adquirió fortuna porque se repetirá hasta la saciedad en los órganos de comunicación del partido y en las declaraciones políticas. Sencillamente, se trató del ensayo general para la gran actuación que Carrillo maquinaba y que no debería retrasarse mucho. Contra todo pronóstico, hasta la misma Pasionaria, secretaria general del partido y por tanto paso previo para lanzarse a aventuras, había difuminado sus inquietudes

hacia esas propuestas que le recordaban demasiado el periodo comunista de su adolescencia política y admitía públicamente que la Jornada ha evidenciado que es posible por la acción de las masas poner fin a la dictadura de una manera pacífica. Ambigua y cartagenera declaración, pues equivalía a defender en una reunión de calvos las evidentes ventajas que tiene el corte de pelo a cepillo. A nadie le cabía la menor duda de que esa vía podía ser posible, pero aún quedaba por experimentarla, por más que la consideraran útil y hasta factible. Mas Santiago estaba dispuesto a hacerla palpable en menos tiempo del que creían.

¡TEBANOS, A LA HUELGA GENERAL!

El primero de agosto de 1958, cuando se reúna el pleno ampliado del Comité Central en la República Democrática Alemana, Carrillo podrá exclamar que todo marcha mejor que bien. Nadie añadirá una coma o un matiz. Todos sin excepción consideran que la Jornada por la Reconciliación Nacional no solo ha sido un éxito, sino que abre el camino para otra Jornada, la definitiva, la Huelga Nacional Pacífica, la mítica HNP.

El clima de entusiasmo es desbordante. El informe de Santiago, seguro y afianzado en su papel de secretario general de facto, desarrolla las líneas del optimismo. Admite las razones objetivas que han impedido celebrar el VI Congreso, como había prometido en el pleno del verano de 1956, y las razones son de por sí más un motivo de gozo que de pesar: la preparación de la Jornada de Reconciliación y la situación en Francia, donde el general De Gaulle, acosado por la izquierda, se ha visto obligado a dar un golpe de Estado, según palabras de Carrillo, ante el desbordante impulso de los sectores populares y democráticos. Por tanto, no hay congreso de momento, pero pronto lo habrá, él lo garantiza.

Pasionaria se ha contagiado con los informes de Santiago y pone su carne y su peso en el asador del análisis: Ni siquiera durante la legalidad republicana del PCE había realizado un tal despliegue de medios propagandísticos. Ella se siente más cómoda en su propio terreno, el del repliegue hacia el dogmatismo del verano de 1958; pues el dogmatismo, mediado el año, es la razón y la guía del movimiento comunista. Vuelve a sacar tal, como si fuera ayer 1948, su arsenal artillero contra los yugoslavos. Objetivamente la Liga de los

Comunistas de Yugoslavia se ha colocado, especialmente a partir de su último congreso, en las primeras filas de la lucha ideológica contra el marxismo-leninismo. Como si no hubieran aprendido nada del pasado, Manuel Azcárate, convertido en experto internacional (habla inglés), denuncia las posiciones revisionistas yugoslavas, y Dolores, más personal, la soberbia, la vanidad y el orgullo de los dirigentes de la Liga.

Este furor antititista, tras la leve reconciliación de 1955-1956, lo había declarado la revista moscovita Komunist, al afirmar el 19 de abril de 1958 que el programa de la Liga de los Comunistas Yugoslavos para su Congreso era herético. Defendía la gestión obrera, la independencia de los Partidos Comunistas, la no alineación en los bloques… Como toda declaración de tipo ideológico, iba acompañada siempre de conclusiones prácticas: la Unión Soviética suspendía los créditos concedidos a Yugoslavia, repitiendo ce por be los pasos dados en 1948, como la condena de Stalin y la Kominform. El PC español siguió al pie de la letra las orientaciones, consideró su deber aportar su grano de arena a las piedras lanzadas contra los yugoslavos y, como la inmensa mayoría de los líderes comunistas, habló muy mal de las iniciativas de Togliatti, que amenazaban el monolitismo en un momento en el que se agravaba la tensión internacional por la crisis de Berlín, la carrera de armamentos, y el movimiento comunista internacional, con un Mao dispuesto a empujar al PCUS más allá de donde quería ir.

Carrillo, con la habilidad que le caracterizaba para el malabarismo ideológico, mantuvo contra viento y marea la división entre el dogmatismo y el revisionismo, en función de que el enemigo principal a nivel internacional era el revisionismo, con lo que así no entraba en conflicto con la línea general marcada por la URSS, si bien, en España y respecto al PCE, la primera batalla que vencer era la del dogmatismo, con lo que facilitaba su estrategia y sus análisis sobre la situación española. Los órganos directivos de la organización, después de años de lentitud e indolencia, están volcados a la acción. Según sus informaciones, la Jornada de la Reconciliación ha significado colocar en el interior, trabajando intermitentemente, a 18 miembros del Comité Central y 7 del Buró. El partido empieza a ser un partido del interior y no solo del exilio, aunque la dirección real esté siempre en la emigración. Él, aunque no ose decirlo, se siente el Lenin que desde su Ginebra particular de París orienta a los nuevos bolcheviques. Está tan imbuido de este papel que lo trasluce en el tono algo magnificante de sus intervenciones.

Es un pleno, el del verano de 1958, montado para mayor gloria de esta nueva etapa que él ha abierto. Nunca soñaron aquellos ancianos de Uribe o Pasionaria tener entre los oyentes-discípulos-militantes a personalidades como Manuel Sacristán, un profesor de filosofía formado en Alemania, modelo de ortodoxia y ejemplo de precisión en el lenguaje del marxismo más exigente; o a Ricardo Muñoz Suay, el organizador de la intelectualidad española, el hombre que conoce a todos y sabe moverse entre ellos diciendo lo que conviene en el momento que interesa. Hasta los veteranos científicos de añeja militancia, como Juan Planelles, parecen haber descubierto su talento oculto bajo años de reuniones y esclavitudes históricas: su discurso sobre la radiactividad nuclear dejó un aroma de talento, de cultura genuina y de futuro.

El pleno de agosto de 1958 es un ejercicio de autocomplacencia de la dirección del partido para consigo misma, un reafirmarse en su talento y su perspicacia al convocar la pasada Jornada de la Reconciliación Nacional y atisbar la HNP. No hay dudas, ni dificultades que no sean subsanables con voluntad, ese elemento definitivo que logra romper todas las barreras que se interponen en su camino. Con voluntad e imaginación todo es posible. El PCE se comporta ante la realidad como aquel actor que en un teatro madrileño quiere compaginar su apoyo a la convocatoria de la Jornada de Reconciliación con su interpretación de la tragedia de Sófocles y se encara a los espectadores diciéndoles: «¡Tebanos, a la huelga general!». Lo cuenta Muñoz Suay, enfervorizado, como muestra de la maduración de las condiciones, y nada mejor que esa frase para reflejar la actitud del pleno y la de PCE. Visto en la cómoda distancia, le están gritando a la realidad: «¡Tebanos, a la huelga general!».

El punto más débil del partido, excluido el hándicap histórico del campesinado, es el movimiento obrero. Mientras que la intelectualidad se ha incrementado de manera espléndida, entre la clase obrera el ritmo de arraigo y crecimiento sigue siendo poco menos que vegetativo. Además de la represión cualitativamente más dura que se ejerce sobre los sectores populares, el partido, desde que abandonó la UGT y se fue adentrando en las organizaciones legales franquistas, no dispone de una táctica adecuada hacia la clase obrera. Sabe lo que quiere, poner en pie el movimiento obrero, pero no encuentra la fórmula nueva que arrastre a ese sector, del que depende por principio un partido comunista.

Con el objeto de acercarse a esa realidad obrera y esbozar soluciones se celebra en París, en enero de 1959, la primera reunión de cuadros políticos y sindicales. De ahí saldrá la idea de darle al término Oposición Sindical las características

casi de una organización sindical propia, clandestina, a la búsqueda de sus formas, y que con el tiempo se convertirá en Comisiones Obreras. La Oposición Sindical, así con mayúsculas, ocupará más de un lustro de tanteos en la lucha reivindicativa de la clase obrera. Se trata de compaginar la lucha sindical legal con el trabajo clandestino, que por su esencia jamás puede ser «oculto» si desea ser influyente a nivel de las empresas, a nivel de la base obrera. Se adoptará a partir de este primer mes de 1959 la línea de no poner traba alguna a la incorporación de cuadros sindicales procedentes de las organizaciones verticales de la dictadura. Si es posible alcanzar los niveles más altos del escalafón burocrático debe hacerse, pero al tiempo se crearán unas estructuras clandestinas dentro de ese sindicato que serán los esbozos del futuro sindicato de clase y unitario. A esa idea se la llamará Oposición Sindical y, como es lógico suponer, se reducirá al trabajo de los militantes obreros del partido y a su más o menos amplia orla de simpatizantes. La Oposición Sindical será un escalón que facilitará el trabajo de los activistas del partido entre la clase obrera, dándoles una mayor seguridad frente a la implacable represión y el clima de miedo que reinaba en los sectores populares. Esta Oposición convertida en referencia sindical obligada se mantendrá hasta 1965-1966, en que se dé viabilidad al fenómeno surgido en Asturias, a partir de 1962, de las Comisiones Obreras.

Mientras el partido estaba afirmando su autoridad entre los sectores populares, un acontecimiento viene a conturbar los análisis de Carrillo, que se veía ya el primero, seguido a distancia por las otras fuerzas, en la larga marcha hacia el derribo de la dictadura. Casi al unísono que el Comité Ejecutivo afinaba la táctica sindical, en Madrid la derecha antifranquista celebraba el que se tornaría famoso almuerzo del hotel Menfis. Para Carrillo será como una puñalada en el costado, pues amenazaban con quitarle la obsesiva hegemonía del tránsito de la dictadura a la democracia.

El almuerzo del hotel Menfis reunió a dos centenares de comensales el 29 de enero de 1959 para que tuvieran la oportunidad de escuchar las intervenciones de tres abogados, Jaime Miralles, Joaquín Satrústegui y Enrique Tierno Galván. Ante los reunidos y, por ampliación, ante la opinión pública aparecía «Unión Española», una oferta de acuerdo entre los diversos grupos oposicionistas bajo el manto de la monarquía de Don Juan de Borbón.

El régimen de Franco reaccionó a su modo, sancionando con multas a oradores y organizadores. El PCE reaccionó también a su estilo, expresado de manera palmaria en la historia oficial del PCE, redactada el año siguiente de estos

hechos: Unión Española lanzó un llamamiento a las fuerzas de la oposición burguesa y al Partido Socialista, invitándolos a apoyar la fórmula monárquica. Surgía el peligro de que se creara un bloque para negociar con Franco una salida antipopular, antidemocrática, que diera paso a una dictadura monárquica de los banqueros y de los latifundistas, del alto clero y de los generales. El PC estimaba que, frente a esa falsa solución del problema español, era preciso ofrecer a las masas otra en consonancia con sus intereses…, la idea de ir a una gran acción nacional en la primavera de 1959[12].

La verdadera historia fue un poco más complicada. Enterado del festejo del Menfis, Santiago, que llevaba desde 1956 tratando de romper el cerco al PCE, se siente batido y elabora una contraoferta fulminante. Reúne al Buró Político y les expone la necesidad de ir a por todas y convocar una gran acción a nivel nacional que diera la muestra de la capacidad movilizadora del partido entre las masas y entre los aliados. Los miembros del Buró no solo aprueban la idea, sino que se muestran exultantes de gozo y convencidos de su éxito; el pleno del CC del verano pasado era inevitable que condujera a eso.

El plan de Carrillo tenía dos vertientes: demostrar la capacidad movilizadora del partido en el conjunto de la sociedad, no solo entre la clase obrera, y también interferir la maniobra de la Unión Española, logrando rodear la futura Jornada, la futura acción, de aliados susceptibles de aceptarla, rompiendo así el frente antirrégimen de todos, menos los comunistas. Incluso creando en torno a la hegemonía del partido un nuevo bloque de aliados, como en los años setenta volverá a intentar.

Enfrascados en el erotismo de la táctica, en la que Carrillo lograba niveles orgiásticos, nadie pareció percibir que el Buró de París olvidaba no solo la consulta previa a la secretaria general, Dolores Ibárruri, sino sencillamente informarla. Según cuenta Claudín, testigo de los acontecimientos: Dolores se irritó, pero en lugar de pedir explicaciones por semejante desconsideración se limitó a expresar dudas sobre la oportunidad de la iniciativa. Desde abril de 1959 se iniciará una curiosa correspondencia entre el Buró y Pasionaria que permite reconstruir el espíritu que se había apoderado de los principales líderes, Santiago y Claudín, y el escepticismo que embargaba a Dolores[13].

Desde que tiene lugar la reunión del Buró en marzo de 1959 la actividad se convierte en febril. El partido, todo el partido, desde la dirección hasta el último militante, se va a transformar en organizador de la más grande acción nunca

programada: la HNP, o Huelga Nacional Pacífica. Se abre un periodo de irracionalidad delirante que solo la literatura, y no la crónica histórica, podría reflejar cumplidamente, porque está lleno de reacciones personales, que respondían al mismo esquema de aquella reflexión de Jorge Semprún a un intelectual de Madrid: ¡Fíjate cómo están las cosas, que el policía Conesa ha vendido su taxi y su tienda y se ha ido a América! Esta era una mentira enunciada de forma triunfalista, pero también podía hacerse según la jerga, desde el aspecto concreto del análisis general: El futuro es claro –escribe Santiago en Mundo Obrero de abril de 1959– tanto si los dirigentes de otros partidos ocupan su puesto, como si siguen desertando de su deber, el pueblo unido llevará a cabo triunfalmente la huelga nacional pacífica de 24 horas y juzgará a cada partido y a cada dirigente por la actitud que adopte hacia esa lucha.

Con los aliados se utilizan todos los canales; gracias a Ortiz Ricoll, Francisco Romero Marín, clandestino en Madrid, se entrevista con la plana mayor de los «accidentalistas» demócratas-cristianos. Asisten a la reunión sus tres dirigentes, Jesús Barros de Lis, Velázquez Duro –hijo de un consejero de Inmobiliaria Velázquez y pariente de los propietarios de los Talleres de Duro Felguera–, y Rafael Alcaraz Reyna, marqués de Cerezales y letrado mayor del Ministerio de Justicia franquista. Después, Romero Marín viajará a Sevilla, donde ha sido enviado Julián Grimau para reforzar la organización andaluza, y allí conseguirá cambiar impresiones con el máximo líder de la izquierda demócrata-cristiana, Manuel Jiménez Fernández.

Jorge Semprún, por su parte, se sienta por primera vez a cambiar informaciones y apreciaciones políticas con Dionisio Ridruejo. Dionisio le confiesa que en su Partido Social de Acción Democrática «somos cuatro gatos» y se muestra reticente ante la presión a que le somete el partido. También ve a Julio Cerón, el indiscutido dirigente del joven Frente de Liberación Popular, FLP, que desde el primer momento muestra su disconformidad con la idea de convocar la HNP, porque ni en el movimiento obrero existen condiciones favorables ni el momento político es bueno. El FLP había celebrado una reunión nacional en la que ha tomado posición contra la huelga, informa Tomás García (Juan Gómez) a Pasionaria en abril de 1959. Aun así el partido fuerza una reunión a cuatro bandas el 10 de mayo para lograr en un esfuerzo último convencerlos de la imperiosa necesidad de ir juntos a la HNP: Izquierda Democristiana, FLP, Dionisio Ridruejo y el PCE. El Buró alecciona a Semprún para que impresione a sus interlocutores con sus diez puntos de conclusiones políticas, entre los que destacan el primero (en las condiciones presentes… es posible la liquidación

pacífica de la dictadura…) y el segundo (en esta perspectiva, la HNP de 24 horas puede ser un acto de importancia capital… consideramos urgente la publicación de un llamamiento del Partido Social de Acción Democrática y de Izquierda Democristiana a la huelga, correspondiendo al que ha hecho ya el Partido Comunista… y un breve llamamiento conjunto dando la fecha, que podría fijarse a mediados de junio…).

La reunión no llegará ni siquiera a realizarse, porque, como indican claramente las instrucciones del Buró a Semprún, el PC convoca a los demás para que hagan lo que él ha hecho ya y solo les deja la opción de escoger día, pero en la semana que ha decidido el Buró. Mayor soberbia y desprecio a los aliados no es posible encontrarlo desde los años cuarenta y la Unión Nacional. La obsesión por la hegemonía es tal que el partido no quiere aliados, quiere acompañantes que sigan sus orientaciones. Es impensable que la democracia cristiana, por más accidentalista y progresiva que se considerara, apareciera siguiendo las orientaciones del PC, ni siquiera en plan de igualdad, sino en actitud de vasallaje. Otro tanto respecto a Ridruejo y al FLP. Solo la vanidad política y la soberbia del PC, según la cual las masas iban a darles un golpe definitivo a los dubitativos y la derecha tenía su última oportunidad para no ser barrida de la historia, podría justificar tamaña insensatez. Como veremos, solo el FLP, presionado por sus bases, e impresionado también por la mitología que hacía del PC un partido potente, inteligente e influyente, al final se sumará, para su desgracia, a las pautas marcadas por el PCE, no sin reticencias, pero temerosos de quedar al margen de la revolución que se avecinaba. En realidad estaban acomplejados por el PCE y aspiraban a ser su hermano menor.

La teoría de Santiago era que la mejor presión es la de las masas y como el monopolio de las masas y su temperatura lo medía él con el único termómetro existente, el partido comunista, decidió reforzar las negociaciones con los otros grupos haciendo públicos en Mundo Obrero tres artículos, de su puño y letra, que configuraban lo que iba a ser la huelga nacional pacífica de veinticuatro horas, es decir, lo que los distintos grupos se iban a sentar a discutir. Les quedaba, a los susceptibles aliados, sentarse o dejarlos solos. Los dejaron solos, y el partido fue el primero en hacer pública la fecha de la convocatoria: a mediados de junio, el 18, un jueves.

Al margen de que en el interior se trabajaran las relaciones con Barros de Lis, Ridruejo y Cerón, la auténtica obsesión, la cuadratura del círculo, era una vez más el PSOE, por lo que tenía de imagen en el pueblo y por lo que tenía de

aliado ambicionado por los comensales del Menfis. La iniciativa de repetir los frustrantes gestos hacia el PSOE no contaba precisamente con buenos augurios; días antes de que Santiago conociera lo del hotel Menfis, había publicado un artículo durísimo, titulado «¿A dónde va el Partido Socialista?»[14]. En él pasaba revista a las conclusiones del VII Congreso del PSOE (verano de 1958) y apuntaba como significativo la negativa de la Ejecutiva socialista a dejar que la Delegación del Interior interviniera en el Congreso. Trataba de ahondar la división entre los socialistas del interior y los del exilio para llegar a donde quería llegar: a Indalecio Prieto. Don Inda, con su habitual descaro y su falta de sentido de la medida, había denunciado públicamente a cierto extorero (Domingo Dominguín) como intermediario de reuniones secretas entre el ministro de la Gobernación (Camilo Alonso Vega) y un líder comunista español (Jorge Semprún). Era una calumnia que había bebido sus fuentes en la ASU y más concretamente en Miguel Sánchez Ferlosio, quien seguía la tradición paterna de mezclar veneno, imaginación y literatura. La obsesión contra Jorge Semprún por parte de la ASU, con la base justificadísima de que él había dirigido la infiltración del PC en sus menguadas filas estudiantiles, les llevó a inventarse una historia que le servía a Indalecio Prieto para sus fines. Había oído campanas y Prieto ya estaba seguro de saber quién era el campanero: Santiago Carrillo. La pedestre realidad era que Domingo Dominguín solía tomar copas con Camilo Alonso Vega, hablando de lo único que se podía charlar con el ministro de Gobernación, que eran los toros. En más de una ocasión Semprún tuvo que ocultarse para no coincidir, en la casa de Dominguín, con el todopoderoso ministro. Nadie que conozca al antiguo director general de la Guardia Civil puede pensar que fuera capaz de entrevistarse con un líder comunista. Por su parte, Domingo Dominguín tenía del Partido Comunista una concepción vital, de torero, y nadie podrá decir aún hoy si militó en el partido, o asegurar que no militó; fue un personaje de Malraux, porque en España todavía se vivía La condición humana.

Aprovechando las torpes denuncias de don Inda hacia el Partido Comunista, Carrillo planteaba en su artículo que ante el PSOE hay dos caminos, el que propugna Prieto…, o el que señalan los socialistas del interior. Los sucesos del Menfis y la dinámica generada por Santiago le obligaban, unas semanas después de aparecido el artículo, a tratar de llegar a Indalecio Prieto, Sánchez Ferlosio y tuti quanti, susceptibles de ser aliados.

A través de los contactos que tiene el PCE-PSUC en Barcelona con el Movimiento Socialista de Cataluña entran en relación con un dirigente del PSOE

que sirve de puente entre el interior y el exilio, Vicente Girbau. Él presentará en Toulouse las intenciones del PCE. Llopis sigue negándose a recibirlos porque no tiene nada que discutir con los comunistas y, respecto a la propuesta de trabajar juntos en la huelga nacional pacífica de 24 horas, va a dar una respuesta pública y negativa el 2 de abril de 1959, en El Socialista.

El Buró del PCE no se siente vencido y vuelve a la carga, días más tarde, con otro comunicado, insistiendo en la necesidad de un entendimiento, que tampoco obtendrá respuesta. Pero a escasos días de la acción, el 1 de junio, Radio España Independiente lee una declaración del partido en la que se contienen dos párrafos que constituían una provocación para la Ejecutiva del PSOE en el exilio: Hemos de decir que en los contactos con las organizaciones socialistas del interior hemos encontrado una cálida coincidencia en cuanto a la oportunidad y conveniencia de realizar una huelga nacional y de marchar unidos en esta acción… Queremos subrayar el hecho de que antes de dirigirnos a ellos con esta cuestión hemos intentado examinarla con vosotros, Comisión Ejecutiva del PSOE… y que solo después de vuestra negativa nos hemos visto forzados a tratar de la huelga con las organizaciones socialistas del interior, directamente. Esta vez El Socialista denuncia al PCE y rechaza como un invento comunista el supuesto apoyo de los socialistas del interior.

De las organizaciones socialistas del interior solo la ASU duda, mientras participa en las discusiones sobre «la huelga nacional pacífica de 24 horas». El único valedor que hubiera podido tener la opción del PCE en el PSOE del interior sería Antonio Amat Guridi, responsable hasta su caída, a finales de 1958, de los socialistas en el interior que han quedado desmantelados. Pero, con Amat o sin Amat, Santiago no está dispuesto a dejar la partida. Al enterarse del comunicado del PSOE y la UGT desenmascarando al PCE y a su HNP, escribe a la dirección del Buró en Praga, para que lo transmitan a Bucarest (donde está Radio España Independiente): ¿Cómo debemos tratar nosotros esta cuestión, sobre todo en REI, en los días que faltan para la huelga? SILENCIANDO EL DOCUMENTO, escribe Santiago el 14 de junio de 1959 así, en letras mayúsculas, DE LAS EJECUTIVAS Y HACIENDO GRAN RUIDO CON EL DEL PSOE DEL INTERIOR UNIDO A LOS DE LA ASU Y DEL MSC[15]. No tenemos ningún interés en hacer la propaganda contra la huelga; en todo caso, que la haga Franco. SI LOS CAMARADAS DE LA RADIO TUVIERAN CONOCIMIENTO DE QUE LA PRENSA FRANQUISTA HABÍA PUBLICADO EL LLAMAMIENTO DE LAS EJECUTIVAS; EN NUESTRAS EMISIONES HASTA LA HUELGA; HAY QUE DECIR QUE ESE

DOCUMENTO NO PUEDE SER OTRA COSA QUE UNA FALSIFICACIÓN HECHA EN LAS OFICINAS DE ARIAS SALGADO PARA DESORIENTAR A LA CLASE OBRERA Y A LAS MASAS POPULARES Y A LA VEZ HAY QUE INSISTIR EN QUE LA POSICIÓN DE LOS SOCIALISTAS ES LA SEÑALADA POR EL PSOE DEL INTERIOR, LA ASU Y EL MSC. Después del jueves, día 18, les ajustaremos las cuentas[16].

Solo la ASU, sostenida económicamente por el PSOE y desbordada ideológicamente por la mayor potencia del PCE, subsiste dando bandazos entre la ortodoxia de Toulouse y los contactos con los comunistas. Su último gesto será esta colaboración en la HNP, porque la mayoría de la organización está decantada hacia la integración en el PSOE, como lo atestigua el que hubiera asistido un representante al VII Congreso (verano de 1958), que el dinero de su financiación venga íntegramente de Toulouse y que, en el deseo de acabar con esa disidencia interior, El Socialista publique una singular correspondencia entre el creyente y dirigente de la ASU, Miguel Sánchez Ferlosio, y el descreído y prohombre del PSOE en el exilio, Indalecio Prieto.

Una vez más, el mayor eco se obtuvo entre la intelectualidad y el sector estudiantil. La constitución de un Comité de Coordinación en la Universidad de Madrid, formado por el PCE, la ASU, el FLP y la IDC, permitirá al partido ampliar el apoyo de la universidad madrileña al conjunto de las tres organizaciones. No es extraño que fuera en Madrid donde las experiencias y las gestiones fueran de mayor envergadura, porque el objetivo de la HNP iba dirigido hacia Madrid, y fue por ello que Santiago convocó en París a Simón Sánchez Montero (Vicente Saiz) y a otros dirigentes de la organización de la capital para conseguir eliminar ciertas reticencias de Simón y otros hacia la HNP. Volvieron con entusiasmos renovados y consta que, como prueba de la compenetración entre la organización madrileña y Santiago, se comprometieron a repartir un millón de octavillas.

Si los esfuerzos hacia la HNP se volcaron sobre Madrid, el equilibrio en la organización madrileña obligó a presionar más sobre las organizaciones estudiantiles e intelectuales que sobre las obreras. Por dos razones, una de movilidad y tiempo libre, y otra porque, al tratarse sobre todo de actividades propagandísticas clandestinas, los núcleos del partido se concentraban en la construcción y en menor escala en la metalurgia y los servicios, y bastante tenían con tratar de estimular alguna acción para la fecha señalada.

La actividad de estudiantes e intelectuales comunistas para popularizar la HNP y crear un clima favorable a la protesta se concretó en agotadoras y reiteradas «siembras» de propaganda –aún hay quien recuerda que todos los días recibía una bolsa de varios kilos, sin más instrucción que esperar a la noche para echarla por las calles y portales– y un específico llamamiento en favor de la amnistía que firmarían al final las personalidades del gremio. Existían precedentes de cartas de la intelectualidad hacia los poderes públicos, cuando protestaron epistolarmente en 1956 y 1957 por las detenciones estudiantiles de Madrid y Barcelona. Pero esta vez se trataba de una carta específica y por tanto más comprometida. Sin embargo, el haber conseguido que hombres como Ramón Menéndez Pidal, Vicente Aleixandre y Dionisio Ridruejo la encabezaran facilitó el ejemplo y fueron muy raros los que rechazaron estampar su rúbrica en un documento en el que se solicitaba al fin algo tan obvio como la libertad.

El peso indiscutible de la HNP recala en el Partido Comunista, por eso Carrillo tuvo buen cuidado de reforzar hasta el límite de sus posibilidades todos los centros neurálgicos. En Madrid, núcleo obsesivo de sus aspiraciones, punta de lanza y objetivo primordial, el Buró no solo había convocado a Simón Sánchez Montero y a varios dirigentes obreros para fortalecer su moral, sino que amén de los miembros del máximo órgano y residentes habituales, Jorge Semprún y Francisco Romero Marín, se desplazó al número dos del escalafón ejecutivo: Fernando Claudín.

En Barcelona, además de López Raimundo, Pere Ardiaca y Josep Serradell, Román, un nuevo miembro del Comité Ejecutivo del PSUC y del CC del PCE, Carlos Rebelión, trabajaba concretamente en el restablecimiento de canales políticos con la Democracia Cristiana y el Movimiento Socialista de Cataluña, tratando de forzarles a suscribir un documento conjunto sobre la HNP. No tuvo éxito, salvo una vez más en la Universidad, donde tanto el MSC, como la organización autónoma Nueva Izquierda Universitaria (que luego se integraría en su mayoría en el FLP-FOC), daban vida a otro Comité de Coordinación Universitario alimentado por el PSUC. De todas formas, el mayor éxito de la organización comunista de Cataluña había sido convencer al MSC de ir a la acción, aunque lo hiciera en un comunicado en el que llamaba autónomamente a la huelga.

A Levante el partido había enviado a Manolo Jimeno, el expulsado en 1947, durante las depuraciones contra Monzón, y que Santiago había ido a buscar personalmente ante la ausencia de gente en Levante. En Euskadi el partido se

reforzó tanto en Guipúzcoa como en Vizcaya. A Guipúzcoa había llegado Agustín Gómez, uno de los niños vascos enviados a la URSS durante la guerra, que se había convertido allí en ingeniero y en un excepcional defensa del mítico equipo de fútbol Torpedo de Moscú. Ahora había vuelto clandestinamente al interior teniendo como adjunto al abogado laboralista Enrique Múgica Herzog. Hacia Vizcaya salió una revelación descubierta por Carrillo, Eduardo García. Se le destinó de adjunto a otro del exterior, José García Messeguer. Todos los esfuerzos, pensaban, serían pocos, porque en Euskadi el PC estaría solo. Los contactos del partido con líderes vascos en el exilio, como Gonzalo Nardiz, de Acción Nacionalista Vasca, y Joseba Rezola, del Partido Nacionalista Vasco, no llegaron más allá del intercambio de opiniones. A Asturias se envió al número tres del escalafón ejecutivo, Ignacio Gallego. A Andalucía a Julián Grimau, que se desplazó desde Madrid para reforzar a los responsables clandestinos y miembros del CC, Miguel Caballero y Félix Cardador. Allí donde existiera una organización del partido, por modesta que fuera, el Comité Ejecutivo había destinado a un miembro del Comité Central para llevarla a la victoria, conservar la «hegemonía» y permitir orientar a las masas en sus objetivos más concretos. No es broma; Fernando Claudín, desde su puesto de mando madrileño en la calle de Galileo, domicilio del periodista Eduardo Haro Tecglen, reúne a su Estado Mayor (Semprún, Sánchez Montero, Romero Marín, Muñoz Suay y Javier Pradera) para mostrarles sobre un plano de la ciudad qué dirección debían tomar las masas para converger sobre la Puerta del Sol[17].

EL MAQUILLAJE DE LA HNP

Había transcurrido la más grande acción jamás soñada y la primera reacción tenía poco que ver con la política, era de estupefacción. Por la noche de aquel jueves 18 de junio de 1959 a cada militante, a cada cuadro y hasta a cada simpatizante le cabía la esperanza de que su mala suerte era la causante de que no hubiera ocurrido nada en el sitio donde se encontraba. Pero conforme llegó el 19 y los días pasaron, esa esperanza se desvaneció.

El primer análisis de Santiago Carrillo, hecho apenas cuarenta y ocho horas después de la jornada, fue una carta enviada a Praga para conocimiento de Radio España Independiente (REI) y los miembros del CC de los países socialistas: En

general, aunque haya alguna excepción, cabe presumir que la huelga no había tenido efectividad. Es muy pronto para hacer un juicio serio sobre las causas; nosotros nos reuniremos el lunes próximo para hacer el primer examen… Os adjunto la declaración de un «portavoz del Comité Central en Madrid»; es el primer documento, con una primera apreciación sobre lo sucedido, y hoy L'Humanité publica un amplio extracto de él. Rogamos se transmita inmediatamente a REI. Debe tomarse como la orientación para los próximos días. Va en francés porque lo hemos hecho directamente en esa lengua para facilitar su rápida publicación… Es decir, que el Buró Político había redactado en París precipitadamente un texto para entregarlo a L'Huma, usurpando la representación de la organización de Madrid para darle mayor autoridad y cerrar el camino a los interrogantes.

Se reducía a explicitar las tesis improvisadas por Santiago, que se convertirían, a partir de entonces, en las bases analíticas de la HNP de 1959: En esa declaración subrayamos la gran agitación política de masas realizada, que ha permitido llevar nuestras consignas a millones de españoles, cosa que con el ritmo normal hubiera tomado meses, o más bien, años. Tiene particular importancia la popularización de la consigna de la huelga nacional política. En la perspectiva de una salida pacífica a la situación, esta consigna es fundamental; más pronto o más tarde, será probablemente la forma fundamental de una acción decisiva contra la dictadura. No cabe duda que las masas la han acogido con simpatía, aunque no la hayan seguido en esta ocasión.

La operación de maquillaje táctico-estratégico de Santiago, su capacidad para envolver la realidad con argumentos de saldo, reverberan en cada línea. Su Huelga Nacional se había convertido en una campaña propagandística, y eso, de por sí, hacía rentable la convocatoria. Su apreciación carecía de sentido. Amén de un error, era una desmesura el afirmar, por no se sabe qué procedimientos, el que las masas habían «acogido con simpatía» la HNP.

En este Carrillo posthuelga nacional pacífica se revela el aspecto sofístico de su argumentación y la ausencia de contenidos políticos vinculados a la realidad. Por ejemplo, cuando afirma, a renglón del no hubo nada, también subrayamos los progresos en la unidad; representan un paso adelante, que la efectividad de la huelga hubiera consolidado definitivamente. Ahora, en los primeros momentos, sobre todo, se producirán entre ellos vacilaciones, pero se han comprometido en la huelga y esta es una base sobre la cual deberemos apoyarnos para mantenerles a nuestro lado. Causa pasmo esta reflexión, porque la otra cara de la moneda es

que el partido ha sido golpeado con la detención de uno de los puntales del interior, Simón Sánchez Montero, entregado a la policía por un militante el día antes de la Jornada, después de que Simón intentara infructuosamente convencer a los activistas del sector de Artes Gráficas que no estaban de acuerdo con la HNP. También fueron detenidos Luis Lucio Lobato, Emilio Sanz Hurtado, Enrique Múgica Herzog… y sobre todo el principal aliado del partido, el único aliado «consecuente», por utilizar su terminología: el creador del Frente de Liberación Popular, Julio Cerón, y 17 militantes de su organización caen en manos de la policía días después de la HNP. Es una consecuencia obvia de ella; lo mismo le hubiera pasado a la Izquierda Demócrata Cristiana de no haber roto públicamente con la acción el 17 de junio, a menos de 24 horas de la jornada.

Si esto ocurría con los aliados más cercanos al partido, es fácil imaginar la reacción del PSOE. Tenía la oportunidad de quitarse la mala conciencia de su apatía política, de su incompetencia; le daban incluso la ocasión de justificarla. El editorial de El Socialista es ya orientativo, «Un resultado previsto». En él se dan cita la saña y el regodeo salpicado de calumnias dignas de tertulia de exiliados. Luego, su secretario general, Rodolfo Llopis, desde su sillón, apelmazado y fatuo, sentenciará con una frase feliz la aventura de la HNP: Hay que suponer que en España hay más comunistas que los que fueron a la huelga el 18 de junio[18]. La respuesta más singular a esta cruel definición socialista de la HNP la va a procurar Fernando Claudín en un texto al que la posteridad dará un aire humorístico que entonces no tenía: La gran batalla política librada durante varios meses en torno a la preparación de la Huelga Nacional Pacífica ha tenido como consecuencia que la crisis interna del PSOE se agrave considerablemente[19]. Es decir, que Claudín y el Ejecutivo consideran que la HNP no solo no ha afectado al PC, que sigue teniendo razón, pese al fracaso, sino que ha hecho entrar en crisis al PSOE por no haberse sumado a lo que no ocurrió. Resulta cómico, porque Claudín va aún más allá y retoma de su singular archivo los viejos esquemas estalinistas. Retrata, a la manera del clase contra clase, al PSOE de ayer, al de hoy y al de mañana: En 1931 [la línea del PSOE] representaba entregar la democracia a la impotencia y las vacilaciones de la pequeña-burguesía, mientras que en 1959 representa renunciar[20] a la democracia. Fernando muestra su indignación y retrata a los socialistas como traidores: porque la huelga nacional del 18 de junio estaba dirigida no solo contra la dictadura… sino contra los planes de restauración monárquica… ¿No es esta la razón profunda, esencial, que explica por qué la Comisión Ejecutiva del PSOE ha llevado una lucha tan rabiosa contra la HNP?

Puesto a restregárselo por los ojos, Claudín busca ilustres precedentes a la HNP en la «huelga revolucionaria de agosto de 1917», y tomando una frase de Largo Caballero recuerda que la HNP no ha tenido el éxito «material» que todos preveían…, aunque la gran amplitud con que ha sido seguida por los obreros agrícolas es ya, de por sí sola, un resultado muy importante. No solo asume la posición de Carrillo, sino que, en un alarde analítico, extrae conclusiones torcidas de datos clarividentes, apuntando al PSOE como culpable de la derrota: Hoy, después del 18 de junio, las conclusiones que Santiago Carrillo sacaba al final de su folleto «¿A dónde va el Partido Socialista?» son todavía más actuales… El dilema: o un PSOE reblandecido y aburguesado[21], o un PSOE fiel a sus mejores tradiciones antifascistas, unido codo a codo con el Partido Comunista…

Para construir esta muralla de argumentos alambicados, falsos e incongruentes, que nada tenían que ver con lo ocurrido antes, durante y después del 18 de junio de 1959, se necesitaba que el volumen de las mentiras y las extorsiones subiera de escala y que el partido apareciera con su talento y su pureza prístinos, como si todos, aliados y masas, se hubieran comportado un poco por debajo de las esperanzas, pero muy por encima de las dificultades. Así podía conservarse el carácter desfachatado de los análisis. En la Historia oficial del partido, publicada un año después, está escrito este párrafo, que es un derroche de imaginación para lectores no informados: A la huelga del 18 de junio llamaron, junto con el PCE y con el PSUC, la Acción Democrática, Frente de Liberación Popular, organizaciones del interior del Partido Socialista (obsérvese que no se escribe del PSOE), Agrupación Socialista Universitaria, Comité de Coordinación Universitario de Madrid y Barcelona, Movimiento Socialista Catalán, Partido Demócrata Cristiano de Cataluña, Movimiento Obrero Católico Catalán, Comité Regional de la CNT de Cataluña en el Exilio, Nueva República, Esquerra de Cataluña, Front Nacional Catalá, Unión Democrática Montañesa (democristianos, comunistas y FLP), y Frente Revolucionario Canario (comunistas, socialistas, democristianos, republicanos, obreros católicos y «libertad para España»).

El carácter imaginativo de las siglas se convertía en fantasmagórico al considerar organizaciones al «Movimiento Obrero Catalán» o al «Comité Regional de la CNT de Cataluña en el exilio», y no digamos a Nueva República, que era la denominación de una tertulia de amigos que se veía con Ridruejo cuando este volvía a Barcelona, y que, para mayor escarnio, no firmaron el documento. La floración de siglas catalanas se debía al particular control y sugestión de

Santiago sobre la dirección del PSUC, que le convirtió en el recurso milagrero de aportar siglas, cosa que no le era posible en otros lugares, como Madrid, donde había varios miembros del Comité Ejecutivo, o Euskadi, o Asturias, donde ninguno tenía la confianza y el servilismo que mostraba López Raimundo hacia la venerable figura del secretario general, in pectore, del PCE. Por supuesto, además de inventarse organizaciones había mentiras como puños, como la de convertir en firmantes a Esquerra de Cataluña o el Front Nacional, y otras cómicas, como la Unión Democrática Montañesa, lo que referido al Santander de 1959 debía ser algo burlesco.

En la operación artesana de darle una cara y un cuerpo a la HNP que la hiciera presentable en el seno del partido y la incorporara a su historia sin vergüenza quedaba, una vez solventado el ángulo de los aliados, el definitivo de los participantes, razón y motivo de la convocatoria. Es un hecho hoy indiscutido entre los miembros del Ejecutivo supervivientes que Carrillo aprovechó las informaciones enviadas por Caballero, Cardador y Juan Menor, desde sus puestos de observación en Andalucía, y de Benítez Rufo, en Extremadura, quienes, a falta de mayores datos que contar, se referían regularmente al «gran eco» que tenían las emisiones de Radio España entre los agricultores, especialmente las dedicadas a la HNP. Esto, trabajado con el arte maquillador de Santiago, se convirtió en otra cosa: El hecho más resonante fue el paro en masa de los trabajadores del campo en Andalucía y Extremadura, y muy particularmente en Córdoba, Sevilla, Jaén y Badajoz. Era la primera vez que los obreros agrícolas participaban tan ampliamente en una huelga política; que ella se produjese, además, bajo la dictadura… revelaba el alto nivel de conciencia adquirido por las masas del campo[22].

La habilidad terminológica de la expresión paro en masa de los trabajadores del campo en Andalucía y Extremadura queda patente si nos atenemos al momento, 1959, y las condiciones del campesinado, sin posibilidad de enterarse del papel que se les hacía representar y siempre manteniendo la llama de la ilusión de que aquello que decía Radio España, o, como ellos la denominaban, «La Pirenaica», se refiriera al pueblo vecino o a otro imposible entonces de verificar. Los militantes residentes en ciudades carecían de la más remota posibilidad de comprobar la afirmación del Partido, porque las condiciones de clandestinidad impedían el intercambio de datos hasta entre los miembros del Comité Central, que por principio obvio jamás preguntaban nada, basados en el lema correctísimo de que cuanto menos se sepa menos se puede hablar ante las torturas policiales.

En resumen, la HNP quedó para la historia como la huelga de los obreros agrícolas, así en genérico, y suprimieron con el tiempo lo del «alto nivel de conciencia de las masas del campo», porque no hubo jamás repetición del gesto. El campesinado agrícola como tal será el gran ausente, por razones que no vienen ahora a cuento, de la lucha contra la dictadura.

PANORAMA DESPUÉS DE LA BATALLA

Una persona quedaba fuera de todo aquel desbarajuste político organizado por Carrillo, teniendo a Claudín de ayudante y al Buró en París de mayordomo. Una persona estaba en condiciones de hacer una escabechina política que erradicara el caos, la irresponsabilidad y la frivolidad política en la que estaba implicada la mayoría de la dirección del partido. Esa persona era Dolores Ibárruri, nominalmente aún secretaria general del partido. Ella no había tenido nada que ver ni en la programación, ni en el desarrollo, ni en el desenlace. Carrillo y su gente, como Juan Palomo, se lo habían guisado, pero querían que se lo comieran todos, sin excepción.

Desde el verano de 1956 había quedado claro que Dolores dejó de ser en la práctica la secretaria general; quien elaboraba y ejecutaba la línea política era Santiago y lo hacía con un estilo muy diferente al suyo. Dolores, a los sesenta y un años, se inclinaba por la política a la soviética, paciente, pausada, nada aventurerista, convencida de que el tiempo jugaba a favor de quienes estaban convencidos de su razón histórica, y dando, por tanto, pasos sólidamente reflexionados, sin aquel ritmo endiablado de la revolución para pasado mañana que caracterizaba a Santiago y a sus colegas de las JSU. Su vida en Moscú se había estabilizado, con su secretaria Irene Falcón, que había vuelto de China, y su hija, que había sentado la cabeza y se había casado con un hombre de gran futuro en el sector mejor considerado de la URSS, el Ejército, y que le había dado unos nietos encantadores. Tenía una dacha y viajaba cuando le apetecía o no había más remedio, exhibida en las grandes reuniones como la última superviviente, junto a Mao, Togliatti y pocos más, de la fenecida y siempre recordada Komintern.

Aspirar a recuperar su papel de secretaria general significaba volver a Francia,

trabajar en la incómoda y complicada semiclandestinidad francesa, pelear con el aparato del partido francés y español, hacer reuniones interminables, leer y orientar centenares de informes y, por si esto fuera poco, poner el freno a aquellos jóvenes ambiciosos que estaban dispuestos a arrasar con todo y con todos a partir de su exclusiva voluntad y su inagotable capacidad de trabajo. Demasiado esfuerzo para tan pocos frutos. Si querían seguir por esa vía ella no iba a ser un estorbo. Allá ellos. Pero tampoco estaba dispuesta a ratificar, amparándolos bajo su manto, los arrebatos y genialidades que día tras día planificaban Carrillo y sus muchachos. Si querían aventuras, que las asumieran al cien por cien, con las responsabilidades y los riesgos, ante el propio partido y la historia. Ella en Moscú se limitaría a recoger los informes, ponerlos en orden, dictar cartas a Irene o firmar las que ella le preparara, y esperar con la dignidad de una veterana que ya no se sorprendía de nada a que le anunciaran el éxito o la catástrofe. Renunciaba a las mieles del poder, pero también al ridículo de ir más allá de sus posibilidades. La «nomenklatura» soviética le reservaba un lugar tranquilo y cómodo donde ejercer de abuela.

Un día de julio de 1959 una delegación del Buró visita a Dolores en su casa veraniega de Uspenskoie. Entre los funcionarios escogidos del PCUS y del PCE al lugar se le conoce como «soroc vtoroi», «cuarenta y dos», el punto kilométrico que separa este bello lugar de dachas, propiedad del Comité Central del PCUS, de la capital moscovita. Allí van a pasar sus vacaciones algunos miembros del Comité Ejecutivo español, aunque en esta ocasión Carrillo, Semprún, Líster y Mendezona, van a contar a Dolores de viva voz el éxito de la HNP, mientras cambian impresiones sobre algunas tareas ya ineludibles, como el VI Congreso, cuya celebración se está prorrogando demasiado. Ella replica taxativamente: presento mi dimisión como secretaria general.

Lo hace a su estilo, sin agresividad, como si les hiciera un favor, lo que inmoviliza y sorprende a los presentes. Dimitir era algo inhabitual no solo en el PCE, sino en el movimiento comunista. Ya en una ocasión le había replicado Vicente Uribe a Comorera que en los Partidos Comunistas no se dimitía, se cesaba, porque dimitir parecía una flaqueza indigna de ellos. Y hete aquí que Dolores Ibárruri, la mítica Pasionaria, presenta su renuncia a la secretaría general del partido sin que medie discusión política, ni divergencias apreciables, ni disensiones, sino así porque sí, porque el tarro del aguante se ha colmado y ella no está para esos trotes y esos tratos. La sorpresa es tal que Carrillo aprovecha para orinar y en lugar tan inhabitual para la confidencia comenta a Semprún, con tono malévolo e inquieto: «¿Qué maniobra nos estará preparando?».

Aunque parezca lo contrario, no hay maniobra, hay decisión, o, más exactamente, la decisión de no tener que decidir más, incluida la de no tener que asumir como propias las decisiones de los otros. Si deciden ellos, que ejecuten ellos y que lo expliquen ellos; se niega a seguir desempeñando ese papel mitad paraguas mitad convidado de piedra. Dolores deja voluntariamente la secretaría general. Es un gesto coherente con su naturaleza orgullosa e imprevisible.

Ahí están Carrillo, Semprún, Líster, Santiago Álvarez y Tomás García, entre otros, mirándose a los ojos y pensando ahora, después de la HNP y del acoso general, que esta señora que tienen delante, y de la que nadie podía pensar un gesto de viveza, no solo respira, sino que colea, y va y les pone en el brete de asumir entonces, en 1959, sobre sus espaldas todo el pasado inmediato y además el futuro completo; todo se lo regala.

Carrillo será el secretario general. Como bien dice Líster, no hay otro, y en verdad que es en defectos y virtudes muy superior a sus colegas. El único que podía hacerle competencia es Fernando Claudín, pero ha aceptado convertirse en su sombra desde hace años, ha asumido su papel de número dos, de alma mater de la teoría en el Buró, desde que Dolores le designó gran caballero de la teoría marxista-leninista-estalinista en 1954. Él sabe las cosas, tiene los instrumentos que Santiago necesita para desarrollar su política; el que guisa, diseña y piensa el plato es Carrillo, pero la salsa la pone Fernando. Y Fernando no está en el kilómetro 42.

No debieron de quedar muy conmocionados por la noticia, porque en los jardines que rodean la dacha, mientras el Buró Político cambiaba de cabeza ante menos testigos que en un cónclave de cardenales, allí afuera, varios miembros del Comité Central que residen en Moscú, como Azcárate, Sandoval, Sainz y Balaguer, acompañados por Colette, la esposa de Semprún, esperan que terminen los dirigentes su conciliábulo para comerse una paella. Como si se tratara de una novela, también está entre ellos un simpático y arrogante vecino de dacha, Ramón Mercader, el asesino de Trotski, que les acompañará en el condumio. Es curiosa la paradoja, todos comieron el mismo arroz y sin embargo a nadie le supo igual: Santiago barruntaba los pasos que dar, Dolores lo que dejaba, los miembros del Central la camaradería del equipo dirigente, del que ellos ni siquiera sospechaban lo que acababa de ocurrir, y Ramón Mercader, desde su fría simpatía, recuperaba la tranquilidad tras la misión cumplida con un piolet en la casa de Coyoacán, una mañana de agosto de 1940. Hacía apenas un año que había salido de la cárcel mexicana.

La decisión de Pasionaria era de esas que no admiten vueltas atrás, aunque los reunidos hicieron variaciones sobre el «qué haremos nosotros sin ti» y ella les replique «yo tampoco os abandono». Pese a que el momento no sea el mejor, la ocasión la pintan calva y Carrillo no es hombre que se asuste porque le nombren secretario general de un partido que ya tiene mucho de suyo. Al fin y al cabo, era una legítima ambición, pensada y trabajada, que llega antes de tiempo. Bien venida sea. Pero ahora sí que es imprescindible ponerse a la labor y organizar a toda prisa un Congreso para que tape el agujero que Pasionaria ha abierto y que sirva al tiempo para borrar la confusión que ha dejado en la militancia la HNP. Y ha de ser, por tanto, un Congreso magnífico, arrollador, abierto hasta sus límites, uno que no tenga parangón con ningún otro de la historia del Partido Comunista de España.

Ese será el VI Congreso, el único en la historia del PCE que, para colmo de magnificencia, de prisas y de obsesiones, se celebrará en Navidades. Cuatro meses después de aquella paella en el kilómetro 42. 1959 estaba destinado a ser un año que amenazaba con hacerlos envejecer a todos. Apenas si acababan de salir de la HNP desbaratados, cuando se lanzaban a un Congreso aprovechando las fiestas navideñas.

EL CONGRESO DE «PRIETAS LAS FILAS»

Con decir que el Comité Central se convocó el día de Nochebuena está dicho todo. Un partido comunista, latino, de tradición judeo-cristiana, se reúne a su más alto nivel el único día del año en que la familia está unida y cena entre festejos y canciones. Carrillo decidió que su Comité Central se constituyera en familia y cenaran todos juntos para soldar lo que amenazaba con desmembrarse. Una imagen doméstica, la del centenar de miembros del Comité Central, reunidos en las afueras de Praga para pergeñar, poco antes de la Nochebuena, los últimos detalles del Congreso. Nada podía ser dejado al azar, pero habrían de pagar muy caras las prisas.

La línea de simultaneidad empieza en la HNP, sigue con la dimisión de Dolores y la nominación de Santiago a la Secretaría, y termina en la reunión del Comité Central y el Congreso. Todo sucede en un tiempo récord de siete meses escasos.

La HNP se convocó el 18 de junio, la dimisión de Dolores al mes siguiente, la nominación de Carrillo horas más tarde. En el colmo de la ironía hispana, el Comité Central, reunido a golpe de trompeta y saltándose todas las normas de seguridad, se concentra en Praga el 24 de diciembre de 1959. Allí se enterarán de los trazos maestros del Congreso que comenzará al día siguiente. Imposible ir más rápido. Ni Lenin en la organización de la toma del poder corrió tanto y tan precipitadamente como este Carrillo navideño de 1959, obsesionado por tapar el vacío de poder creado por Dolores y el vacío político del fracaso de la HNP. Por eso sus primeras palabras al CC antes del pavo navideño se dedican al balance exultante de las fuerzas del partido: casi diez mil militantes en el exterior y entre doce y quince mil en el interior[23].

El VI Congreso que iba a comenzar había sido pensado para celebrarse en 1958, pero el Buró Político estaba demasiado ocupado por el «jornadismo» para atender los compromisos adquiridos en el verano de 1956. Lo natural hubiera consistido en esperar al verano de 1960, pero la dimisión de Dolores y la necesidad de estabilizar el equilibrio en la dirección del partido aceleró la convocatoria.

Este VI Congreso fue sencillamente una ópera de Santiago Carrillo con partitura a lo Rossini, donde la mano del maestro permitía que el lucimiento fuera completo y exclusivo. Hizo de primadonna, jefe de orquesta, apuntador, libretista, y al final hasta de director del coro. Aunque las entradas e invitaciones fueron gratuitas, todos tuvieron la impresión de que él se las había cobrado. Dolores se convirtió en la vieja dama digna, reina madre del partido, con el cargo honorífico de presidenta.

El fogoso Santiago Carrillo Solares hará la introducción con variaciones desde la tribuna de apertura, en una intervención increíble, posiblemente la más espectacular y desmedulada de su carrera. Más que un informe, fue un mitin. Ni un ápice de duda: Los acontecimientos han venido a darnos plenamente la razón. Seguro de su fuerza arrolladora: Nunca se dieron condiciones tan favorables a la liquidación de la dictadura como las que se presentan en el momento actual. Estuvo soberbio: Basta un análisis, siquiera sea somero, del proceso desarrollado desde nuestro V Congreso (1954) hasta el día de hoy, para comprobar que nuestros juicios son justos. Luego amenazador: O bien las fuerzas políticas de izquierda y de derecha se ponen de acuerdo para apartar a Franco del poder, o bien España va hacia una catástrofe económica de tal magnitud que las reformas democráticas serán ineficaces para remediarla y la solución solo podrá hallarse

en una transformación revolucionaria del régimen social. Más tarde, desvergonzadamente tenaz: Hoy son ya millones los obreros, los campesinos, los hombres de las capas medias que piensan que el PC tenía razón el 18 de junio, que piensan que debía haberse ido a la huelga nacional y que opinan que hay que preparar un nuevo movimiento con los fines que aquel perseguía.

Al momento se tornó teórico aventajado. Pasó por encima de esa desdeñable novedad del Plan de Estabilización del Régimen, que acababa de entrar en vigor, y se mostró ante todos como un lector de autores píos a los que toma prestada su verba evangélica: El filósofo católico don Juan Zaragüeta ha escrito en las columnas de ABC palabras que muestran cómo la crisis actual no perdona a la Iglesia misma… La crisis y la descomposición se corre como la lepra al aparato del Estado y a las instituciones del Estado. La debilidad a que ha llegado la dictadura…, es tal, que el día que las masas populares tomen conciencia de su debilidad y actúen en consecuencia habrá sonado la última hora de la dictadura.

De súbito se exhibió como el mejor informado del país: La descomposición es aún más aguda entre las fuerzas de Orden Público… [mientras] el sentimiento antifranquista se incrementa entre la oficialidad. El Comité Central estima que ha llegado el momento de explorar las posibilidades de organizar dentro del Ejército grupos de oficiales liberales y democráticos…

Y por fin contundente: De todos los Estados capitalistas de Europa, el poder más débil, más inestable, es precisamente el poder del general Franco.

España entera, su régimen y sus gentes, cabían en aquel discurso, como si se tratara de un mago que transformaba realidades en palabras, sin conseguir hacer de sus palabras realidades. Pero no solo se trataba de España, sino del mundo; el mundo también debía escuchar su diagnóstico. Imagino que los ilustres invitados de los partidos hermanos, y muy especialmente los ortodoxos franceses (representados por Georges Gosnat y Jean Kanapa), se sintieron plenamente identificados. Los del PC italiano algo menos (Luigi Longo, Natali y Vitorio Vidali). Santiago gritaba al mundo: ¡Hungría sí! El Ejército soviético, cumpliendo sus deberes internacionalistas, acudió en ayuda del Gobierno Obrero y Campesino de Hungría, presidido por Janos Kadar. ¡Yugoslavia no! (El revisionismo yugoslavo no ha encontrado eco en nuestras filas.) Y ¡la Unión Soviética siempre! La Unión Soviética de hoy, con sus éxitos y su desarrollo prodigioso en todos los órdenes… [hace] erróneo creer que la inexistencia de otros partidos ha arrebatado las libertades políticas al pueblo… Si se llegase a

realizar el desarme universal, total, propuesto en el Plan Kruschev, el Estado soviético dejaría prácticamente de serlo en lo esencial, para convertirse, de hecho, en un órgano de la administración de la sociedad socialista.

Estaban presentes 60 delegados del interior, procedentes de Madrid, Cataluña, Euskadi, Córdoba, Asturias, Sevilla, Valencia, Alicante, León, Valladolid, Navarra…[24] y 24 de la emigración. Mientras duró la intervención de Santiago se convencieron de que ellos no tenían ni idea. Ellos, que habían llegado allí rompiendo la tradición familiar navideña; ellos, que pensaban que la HNP había fracasado, descubrían de pronto a aquel hombre fascinante que no solo les daba una explicación sobre lo que no habían visto, sino que además era más real que la suya. ¡Qué ciegos estaban! Carrillo les había abierto los ojos. Igual que aquella lectora del Times londinense que se encontró un muerto a la puerta de su casa y pensó que lo había soñado al no leerlo al día siguiente en su periódico, ellos también pensaban que habían tenido un mal sueño, mientras que Carrillo estaba despierto, mirando atentamente más allá de lo real para sacarlo a flote. ¡Qué cantidad de cosas les quedaba por aprender de aquel Carrillo que veía más allá de la realidad!

El fracaso o el éxito de una acción, la justeza o el error de una consigna en este periodo de preparación de las condiciones para liquidar la dictadura se mide del modo siguiente: Esa consigna, ¿ha ayudado a las masas a elevar su conciencia política, a comprender dónde está la salida? ¿Sí o no? Esa acción ¿ha ayudado a descubrir y a poner en evidencia las debilidades que el movimiento popular debe superar todavía? ¿Sí o no? ¿Fortalece las corrientes de unidad antifranquista? ¿Sí o no?… La respuesta a estas cuestiones en torno a la acción del 18 de junio no deja lugar a dudas… Si queréis datos concretos, pues ahí va uno: los dirigentes del PNV han reconocido ahora que su actitud del 18 de junio fue un error que no pueden volver a cometer… Tierno Galván ha reconocido la necesidad de un acuerdo con el PC después de la asimilación de la experiencia del 18 de junio… Y, camaradas, otro detalle, hasta Gil Robles reconoce que son necesarias acciones de masas… Verdaderamente ellos eran ciegos, mudos y tontos. Ellos, tan cerca de las masas, no las habían visto pasar. Los militantes vascos conocieron de boca de Santiago que el PNV había cambiado de posición y se mesaba los cabellos por no haber participado en la HNP. Los de Madrid se enteraron de que Gil Robles se había impuesto una penitencia en arrepentimiento por no haber comprendido lo que significaba la HNP. Incluso el agnóstico Enrique Tierno Galván había descubierto, deslumbrado, que existía la fe en las masas y que él la hubiera necesitado para

defender la única vía posible, la HNP. También ellos, como años más tarde exclamaría un militante castizo, encarcelado en la prisión de Burgos, deslumbrados ante la exuberancia de talento e imaginación que mostraba Carrillo, gritarían: «Este Santiago es un Cerebrino Mandri». (Admirativa referencia a un producto, muy anunciado en los cincuenta, que decía garantizar el desarrollo mental y superar dolores y depresiones.)

Todos quedaron extasiados ante aquel Carrillo prestidigitador que no solo les explicaba que no habían fracasado, sino que les convencía de que los demás estaban remordiéndose de envidia ante aquellos comunistas que iban de victoria en victoria. Allí en el Congreso estaban escultores sensibles como Alberto Sánchez y Joaquín F. Palazuelos; escritores de fuste como Luis Goytisolo; abogados con futuro político como Jordi Solé Tura y José Ramón Herrero Merediz; analistas de cultura enciclopédica y políglota, como Francesc Vicens. Todos, incluido Jorge Semprún, que lucía un llamativo jersey de cuello de cisne inexistente en la autárquica España, todos se sintieron orgullosos de que ese hombre fuera su secretario general. No solo porque era evidente lo que el malévolo Líster había expresado, de que no había otro, sino porque, aunque apareciera, no alcanzaría su soberbio nivel, su seguridad, su capacidad persuasiva.

Hasta Dolores, sospecho, pudo decir esa frase que tanto le gustaba: no me he equivocado. Estuvo nostálgica, como si mientras se despedía quisiera justificar su pasado y exhibir sus medallas ante el público. Algo así como el viejo amigo soltero que hace el brindis de despedida a su compañero que se casa y al que ya no volverá a tratar como antes. Tomó por los pelos el que cuatro meses más tarde se cumplirían 40 años en la historia del partido para hacer su canto de cisne. Fue una especie de Bolero de Ravel: largo, reiterativo, lento, añorante. No estaba en forma; dos días antes, había tenido que ausentarse de la sala ante el pasmo de los asistentes. El presidente de la sesión, Delicado, se vio obligado a acallar los rumores: Su ausencia se debe a una ligera gripe y el médico le ha recomendado que durante todo el día de hoy haga reposo. El médico, Santiago y el Buró, de consuno, decidieron ampliarle la recomendación durante años. Aquel fue, según dijo Carrillo en la clausura, el broche de oro del VI Congreso.

Pero no terminó ahí, faltaba Ignacio Gallego, con las propuestas de ceses e incorporaciones al Comité Central. Se mandó a casa a Juan Ambou, un veterano del CC desde 1934, por su incontinencia amatoria. A Felipe Muñoz Arconada, por su breve y vergonzante duda sobre la bondad intrínseca de la invasión

soviética de Hungría. Y a Núñez Balsera, que solo había durado en el Comité lo que media entre dos Congresos, porque, en palabras de Gallego, «el camarada se ha dado a la bebida». Los tres ceses principales eran debidos a que uno se había inclinado hacia el alcohol, otro hacia la mujer de un dirigente, y el último hacia la duda. Ambou seguirá en México y años después volverá a Asturias, Felipe Muñoz Arconada morirá en Hungría y Antonio Núñez Balsera, enviado a Bulgaria, romperá con el PC oficial en 1970, sumándose a las posiciones pro soviéticas de Enrique Líster. Otro cesado será Nemesio Pozuelo, un veterano, al que Santiago había mostrado siempre una animosidad que databa de los años cuarenta. También hubo otras destituciones de menor cuantía; fue rebajado a suplente el «general» Luis Fernández por irresponsabilidad manifiesta; el hombre que más reiteradamente había dado muestras de ser un irresponsable, desde que en octubre de 1944 fuera el gran organizador de la invasión del Valle de Arán, sería desplazado a suplente del Comité Central por no quemar unos papeles antes de que la policía francesa se hiciera con ellos.

En el capítulo de ascensos se ratificaban algunos de los cooptados en el verano de 1956, pues no tenían validez «legal» mientras no fueran aprobados por el Congreso, máximo órgano, según los estatutos, de todo partido comunista. Así se confirmó en el Buró Político, que a partir de ahora se llamará Comité Ejecutivo, a Jorge Semprún, Simón Sánchez Montero, Ramón Mendezona (responsable de Radio España y hombre de confianza de Santiago), Tomás García (Juan Gómez) y Santiago Álvarez. Quedaron en suplentes Francisco Romero Marín y Gregorio López Raimundo.

Se daba nuevo impulso a un órgano hasta entonces mortecino, el secretariado del Comité Central, auténtico órgano de dirección del partido y principal controlador del aparato organizativo. Lo formaban Santiago, Claudín, Gallego, Mije y un personaje que ascendía irresistiblemente, Eduardo García, que solo era miembro del Comité Central, pero que no tardaría en ascender. En el Comité Central se incorporaban como efectivos el asturiano Aladino Cuervo, el catalán nacido en Madrid Miguel Núñez, los andaluces José Benítez Rufo y Luis Segundo, y dos hombres del aparato en París, el periodista Jesús Izcaray y el artífice de las documentaciones falsas, el artista Domingo Malagón… Como suplentes, siguiendo la tradición estalinista de crear un escalón más bajo que facilitara la prueba de algunos futuros dirigentes, entraron Manuel Azcárate, Lucio Lobato y los catalanes Pere Ardiaca, Leonor Bornau y Carlos Rebelión, el vasco Ramón Ormazábal, que reaparecía tras años de ostracismo, y el asturiano Horacio Fernández Inguanzo. Al tiempo se recuperaban algunos veteranos, como los

sindicalistas Luis Cabo Giorla y Serafín Aliaga, el periodista Federico Melchor, y el pintor José Renau.

Todo había ido al galope en aquel frío invierno praguense en que unos espectros de la historia se reunieron al cantar el gallo en la iglesia de San Wenceslao; mientras, en Madrid se tocaban las zambombas porque el año siguiente sería el del gran paro y la estabilización.

Hubo dos gestos de agradecimiento y despedida. El principal fue el de Santiago, al fin y al cabo él era el anfitrión y fue dando la mano a los invitados a su puesta de largo como secretario general. Su nombramiento, a propuesta en alta voz de Enrique Líster y acogido por un aplauso que significó la unanimidad, se repitió al inventarse el nuevo estatus de Pasionaria en la Presidencia. Carrillo había acaparado la reunión de tal modo que otras intervenciones quedaron empalidecidas. Claudín fue ponente de las modificaciones al programa del partido; advirtió que desde luego, no es que el programa aprobado en el V Congreso haya dejado de ser válido, con lo que venía de algún modo a confirmar la inocuidad de su intervención, que se reducía, según sus palabras, a resaltar la base científica sobre la que descansa toda la construcción programática de nuestro partido. A él se deberá la introducción del término revolución antifeudal y antimonopolista para designar el primer objetivo estratégico del partido, desarrollado luego por los análisis económicos del experto en el tema, Tomás García, Juan Gómez. Es un Claudín que respira entusiasmado por todos los poros: Hoy está claro que la revolución democrática española no murió en 1939, sino que prosiguió su labor subterráneamente, hasta reaparecer de nuevo en la superficie, más caudalosa y potente que nunca. No tiene ningún rubor en afirmar, tras las experiencias jornadísticas de 1958 y 1959, que las fuerzas democráticas son ya, potencialmente…, considerablemente más fuertes que sus enemigos… mucho más que en 1936. Casi nada; como si estuvieran dispuestos a repetir la experiencia de la guerra porque esta vez la ganaban.

Semprún, por su parte, ni siquiera llega a leer su intervención sobre organización. Defendía un viraje en la organización del partido, pero su tema lo conocerán los militantes cuando sea publicado algunos meses más tarde. Nuestro partido –había escrito– debe transformarse, en la perspectiva de las acciones de masas que se avecinan, en un partido de decenas de miles de militantes, cuya presencia activa y dirigente se haga notar en todas partes…

Por todo esto, anegados en el entusiasmo general, Santiago se permitió el lujo,

después de darles la mano, de dirigirles unas palabras que traslucían la vanidad astur de sus ancestros y la chulería madrileña de su formación. Es muy importante saber de dónde se viene para poder conocer mejor a dónde se va. Junto a la enormidad de las tareas que tenemos todavía por delante y junto con todo el peso de la responsabilidad ante nuestro pueblo, aquí, camaradas, habéis tenido ocasión de experimentar emociones, de sentir fuerzas que no podíais sentir… aquí, camaradas, habéis pisado tierra socialista. Les despedía como el Papa a los peregrinos que le visitan en Roma. Ya estaban bendecidos urbi et orbi. Ahora, templados ya por el espíritu, podían volver a casa, a llevar la buena nueva y a sufrir las penalidades del mundo profano.

Luego hubo otra despedida, esta sentimental, acorde con las fechas. El congreso que había empezado el día de Navidad terminaba con el año. Fue un sucedáneo de cena con capón y turrones, no fáciles de encontrar en Praga, pero que se sustituyeron con canciones y emotividad. A falta de la reducida familia doméstica, allí estaba la familia del partido. Había muchos nuevos y jóvenes a los que había que demostrar que los dirigentes sabían tener la cabeza en su sitio y el corazón presto. A su modo, se trató de una fiesta de Fin de Año a la que, para darle un contenido no tradicional, se denominó «Homenaje de los veteranos a los jóvenes del partido». Por los veteranos intervinieron Pasionaria y Vicente Arroyo. En representación de los jóvenes, Francisco González, Roberto, de la fábrica Standard de Madrid, y un catalán que usaba el seudónimo de González y que escondía al escritor Luis Goytisolo. Un obrero joven y un intelectual joven homenajeados ante el centenar de congresistas por la presidenta del partido y un fundador del comunismo español, como Arroyo. Es difícil concentrar más símbolos en aquella noche que cerraba una década e inauguraba otra. Ambos, obrero e intelectual, confirmaron que la selección no podía haber sido mejor escogida; respondían al futuro de España y del partido. Paco, el de Standard, dejó un retrato fiel de su entrega sin fisuras: Después de ocho horas de trabajo en mi fábrica, de tres horas más diarias en alguna escuela, después de algunas horas dedicadas a una agrupación musical de mi fábrica, las horas que me quedan, en vez de entregarlas a cosas superfluas, yo las entrego a nuestro partido. Merecía la ovación que se le dio.

Goytisolo la cosechó desde que demostró su talla narrativa al empezar a hablar: Camaradas: Durante estos días que llevamos reunidos, varias veces ha vuelto a mi memoria un viejo recuerdo. Es un recuerdo de la guerra civil, de hace veinte años, es decir, de cuando yo tenía cuatro. Es el recuerdo de un niño preguntando a los mayores: pero quién gana, ¿los buenos o los malos? Porque entonces el

mundo se dividía así, en dos vastos sectores, el de los buenos y el de los malos. Y poco a poco, según pasaban los meses, las caras de quienes me rodeaban se iban aclarando. Se aclaraban las caras, se desfruncían los entrecejos y al final aparecieron incluso las sonrisas. Habían ganado los buenos (hizo una pausa. Les tenía prendados con aquella historia que bordeaba los límites de lo permisible. Nadie sabía si el mozo aquel iba a poder terminarla bien o si mearía fuera del tiesto). Pero ahora, veinte años después, pues ya veis, ¡aquí estoy como un malo más! El salón estalló en risas y aplausos. ¡Sabía contar historias aquel Goytisolo aun antes de que publicase su Recuento!

Había terminado el navideño sexto congreso. El día de Reyes, Santiago probablemente volvió a sentarse con su mujer y sus dos hijos. Estaba tranquilo; todo había pasado. Cualquier cosa que a partir de ahora trajera el destino o el adversario podía afrontarla con la legalidad del partido a sus espaldas. El partido ya era suyo por derecho propio y ajeno. Había sido elegido secretario general en el congreso más abierto y democrático que recordaba la historia del PCE. Ni una mota empañaba su felicidad.

[1] Nuestra Bandera, mayo de 1957.

[2] Libro citado, p. 126.

[3] Fernando Claudín, Mundo Obrero, noviembre-diciembre de 1956.

[4] Mundo Obrero, noviembre y diciembre de 1956.

[5] Mundo Obrero, enero de 1957.

[6] L. Marcou, L’International après Staline, p. 41.

[7] I. Gallego, El desarrollo del partido después del pleno del CC, Nuestra Bandera, mayo de 1957.

[8] José Pérez, «Ciertos aspectos de la lucha contra el revisionismo y el dogmatismo», Nuestra Bandera, septiembre de 1957. Es un artículo en el que resulta evidente su redacción anterior al verano y a los acontecimientos que se desarrollarán en junio en la capital soviética.

[9] G. Ceretti, A l'ombre des deux T, París, 1973, p. 346.

[10] S. C. Algunas opiniones sobre la oposición liberal y nuestra actitud ante ella, Nuestra Bandera, septiembre de 1957.

[11] El Socialista, diciembre de 1955.

[12] Historia del PC de España, Varsovia, 1960, p. 271.

[13] El entonces miembro del Buró, Fernando Claudín, tenía, según confesión propia, la correspondencia intercambiada entre Santiago Carrillo y Dolores Ibárruri durante estas fechas y de la que no hay rastro en los archivos del PCE. Me puse en contacto con Claudín el 8 de enero de 1984 para recoger las solicitadas fotocopias. Estaba indignado por mis comentarios críticos hacia su biografía de Carrillo y tuve la ingenuidad de sacar a relucir su peculiar modo de eludir su responsabilidad en las depuraciones de Moscú, en 1947, y sus conocimientos, nunca enunciados, sobre la liquidación física de Gabriel León Trilla, en 1945. Me castigó quitándome el postre. Sus últimas frases antes de colgar el teléfono fueron, textualmente: «Te vas a hacer puñetas. Esas copias no te las doy y te las arreglas como puedas».

[14] Nuestra Bandera, enero de 1959.

[15] Movimiento Socialista de Cataluña.

[16] Las mayúsculas son del original.

[17] Testimonio personal de uno de los presentes.

[18] El Socialista, 25 de junio de 1959.

[19] Nuestra Bandera, agosto de 1959.

[20] Subrayado en el original.

[21] Subrayado en el original.

[22] Historia oficial del PCE, Varsovia, 1960, pp. 272-273.

[23] El reparto, exagerado posiblemente desde los informes básicos, es sin

embargo sintomático. Por provincias viene en primer lugar Madrid, con 1.012; sigue el PSUC, con 1.027 militantes. Euskadi, 322; Asturias, 384; Santander, 149; Navarra, 35; Logroño, 1; Zaragoza, 20; Valladolid, 35; León, 58; Cáceres, 39; Badajoz, 239; Sevilla, 588; Córdoba, 471; Málaga, 131; Granada, 128; Jaén, 275; Canarias, 70… No existía organización en Soria, Ávila, Segovia, Salamanca y Huelva.

[24] No asistieron, por las prisas, delegaciones de Galicia, Ciudad Real, Almería, Toledo, Albacete, Castellón, Huesca, Teruel, Zamora, Cuenca, Guadalajara, Murcia, Baleares y Cádiz.

Capítulo 13

Esta Casa

es mi vida y mi sentido.

Dentro, vivo;

fuera me siento perdido

como un niño

hasta que al fin, a pasitos,

mis amigos

me enseñan el buen camino,

y descubro

como nuevo un viejo mito:

es la Casa.

Gabriel Celaya, En lo mío, con todos

EMPIEZA LA RESACA

La primera decisión poscongresual consistió en felicitar a Dolores Ibárruri en su aniversario, una práctica que el XX Congreso del PCUS y la desestalinización habían arrumbado, y que significativamente se recuperaba ahora. La prensa del

partido recuerda en enero de 1960 que Dolores ha cumplido años. Es como un regalo de Reyes a quien acaba de ser entronizada y colocada en la peana de donde no la habrán de bajar más que en las ocasiones imprescindibles para reavivar el culto.

Este fue el primer efecto del congreso. El segundo significó el desmantelamiento de la mayoría de las organizaciones del interior, las detenciones en cadena de los asistentes. Fue la implacable venganza de las prisas, ese cáncer de una organización clandestina. La prisa es la carcoma que lo debilita todo y que hace tambalearse lo que tanto tiempo tardó en construirse.

La década empezó mal para el PCE. La mayoría de los delegados fue detenida a los pocos días de su vuelta, abriéndose procesos encadenados que llevaron a prisión a varios centenares de militantes y simpatizantes y dejaron las organizaciones en cuadro. El efecto del VI Congreso se convertirá, por eso, en lo contrario de lo que pretendían sus organizadores: un modelo de improvisación y aventurerismo, criminal, además, por producirse en condiciones de clandestinidad. O la dirección se había vuelto loca o era una irresponsable.

No es fácil saber cuál fue el primer hilo de las redadas. La historia oficiosa del partido mantuvo siempre la tesis interesada de que todo dio comienzo en Madrid a partir de la detención de un obrero metalúrgico, delegado en el congreso, a quien pilló la policía el 20 de enero por una denuncia tonta, pero cargado de propaganda clandestina. A partir de esa fecha se desarrollan las razzias policiales y pudo muy bien ser un guiño para encauzar en esa dirección las sospechas. El partido sometió los datos y los detenidos a una rigurosa investigación y ocultó, incluso a los miembros del Comité Ejecutivo, un hecho singular: uno de los delegados, concretamente el de Pamplona, de profesión pintor industrial y exboxeador, de veinticuatro años, era prácticamente desconocido y nunca se supo nada de él tras el congreso. El responsable de su nominación, Antonio Núñez Balsera, estaba ya en una fase aguda de alcoholismo y no pudo colaborar ni para localizarle ni para buscar sus antecedentes.

El novelista Luis Goytisolo fue quizá quien más duramente reaccionó frente a la burla y las torpezas del congreso. Detenido a su vuelta, en Barcelona, tras los interrogatorios su acusación llegó a la dirección del partido en París: el congreso estuvo controlado por la policía desde el comienzo. Era probable que, de tener alguna filtración de que iba a celebrarse tal reunión, a la policía franquista, conchabada con organismos internacionales de espionaje, no le costara ningún

trabajo fichar a todos los españoles en tránsito navideño hacia Praga vía Zurich, Viena o Berlín. En 1959 no serían muchos y el flujo, dadas las fechas, debía de resultar bastante llamativo.

En los interrogatorios, según la versión de Goytisolo, la policía había enseñado fotografías infrecuentes y casualmente en el congreso se habían mostrado profusamente. Aún hoy llama la atención contemplarlas en los archivos del PCE como si se tratara de una boda o una velada de anciens combattants. La reacción del aparato parisino del partido y de Santiago se redujo a expandir una calumnia sobre Goytisolo: que su comportamiento durante los interrogatorios no había sido demasiado bueno, de ahí sus acusaciones hacia la dirección del partido. Nada de eso era verdad. El comportamiento de Goytisolo fue más que correcto según los informes que llegaron a París desde las diversas prisiones, pero siempre quedó como un halo de duda respecto al comportamiento de Goytisolo, absolutamente injustificado, pero que perduraría durante muchos años y que serviría para entenebrecer las investigaciones.

Lo que está fuera de duda es que la policía, muy experimentada tras años de impune actuación, pudo hacer creer, a partir de una serie de datos genéricos y otros internos, que manejaba un volumen de conocimientos del aparato interior del partido que estaba muy lejos de manejar, pero que manipuló con eficacia para ir derrumbando coartadas y allanando voluntades entre bofetada y patada en los cojones. Pequeños incidentes comportaron peligrosas consecuencias: uno de los miembros del Comité Central tuvo la mala fortuna de «ir de damas» la noche de su vuelta, en Madrid, camino de Asturias, y no se quitó las purgaciones hasta que le cogió la policía. El chantaje entre la denuncia y la penicilina, o el honorable silencio, pero con el sexo hecho un pingajo, dio resultado y es fácil suponer lo que pasó.

Lo incontestable es que a partir de febrero de 1960 se van quedando en cuadro las organizaciones del interior, diezmadas por una represión implacable que, tomando como base el VI Congreso, afecta a dirigentes, militantes, simpatizantes y familiares en Madrid, Barcelona, Asturias, Andalucía, Valladolid, Zaragoza, Euskadi, Cantabria… Centenares de militantes pasan por la prisión y más de media docena de miembros del Comité Central irán a la cárcel o huirán al exilio. Cuatro serán cesados por su mal comportamiento ante la policía.

En las condiciones de clandestinidad el partido se ve obligado a pararse y

esperar a que pase la oleada. Los pocos cuadros que sobreviven sin ir a prisión tardarán meses en reanudar el trabajo. Pero no todo queda ahí. El camino de la superación del voluntarismo, incrementándolo, que parecía la receta resumen del VI Congreso, va a sufrir el primer aldabonazo cuando un brillante licenciado en Derecho de Madrid, con experiencia militante, Javier Pradera, ose enviar una carta al Comité Ejecutivo enjuiciando negativamente su política de los últimos tiempos. Era la Semana Santa de 1960.

La figura de Pradera tenía algunas connotaciones singulares que daban a su caso una importancia superior a la simple reacción de un cuadro político del interior frente a la dirección del partido. Pradera mantenía desde 1955 una influencia preponderante entre los comunistas de la Universidad de Madrid, cuya organización Santiago y los miembros del Ejecutivo no se cansaban de considerar, pública y privadamente, como modélica. Y algo más preocupante: Pradera desde su primera detención estaba considerado poco menos que el portavoz autorizado del partido en las relaciones con las otras fuerzas políticas, no solo con Ridruejo, a quien le unían viejas amistades, sino también con otros exfalangistas ante los que gozaba de cierto predicamento; e incluso entre los católicos, que veían en Pradera lo que jamás podría sugerirles un Simón Sánchez Montero o un Francisco Romero Marín, derrotados en la guerra y claramente adscritos a los del otro lado de la barricada.

La formulación de estas notas –escribe Pradera al CE– ha sido tarea personal…, pero recoge también opiniones bastante extendidas en los círculos intelectuales, especialmente en lo que respecta a la huelga de junio (1959) y al papel de la ideología… La carta de Pradera no desarrollaba tanto unas tesis definidas, cuanto una serie de apuntes críticos o sencillamente analíticos: Debemos desear, propugnar y luchar por la Huelga Nacional. Sin embargo, en el caso de que existan otras alternativas sobre la mesa hay que analizarlas, hay que prever esos posibles giros o retrocesos. Cuestionaba el grado de madurez política que el partido constataba en la burguesía española –(la burguesía) se considera derrotada antes de dar la batalla y permanece a la espera dentro de la incómoda seguridad de la dictadura– y en el aparato coercitivo del Estado –las actuaciones aisladas de los miembros de las Fuerzas Públicas y del Ejército no son típicas–. Rechazaba también la visión catastrofista y negadora de la salida monárquica: La monarquía puede disfrutar, al menos por el momento, del apoyo de la burguesía y de sectores de la pequeña burguesía. Y, sobre todo, manifestaba una constante de la concepción política de Javier Pradera durante su etapa en el partido, su asentimiento al Mercado Común Europeo: No parece

que la integración, escribe entonces, revista ese carácter de caos que sostiene la dirección del partido.

La discusión en el Ejecutivo de la primera carta de Javier Pradera generó no una reflexión sobre lo que decía, sino toda una gama de hipótesis sobre por qué lo decía. Esta va a ser otra característica muy auténtica de Carrillo, que empañará a todo el partido y que forma parte de la más genuina tradición estalinista: buscar siempre motivos personales como dominante de una discrepancia política. De este modo, si se lograba hallar –y es fácil si se busca– alguna debilidad o síntoma de ella en el discrepante, sus críticas podían ser consideradas como la consecuencia, pero nunca como elementos autónomos de discusión. Al camarada Pradera lo que le pasa es que «está cansado», «tiene miedo» o etcétera, y el Buró, de esta guisa, pasaba a tratar del modo de ayudar al camarada Pradera, o al que fuera, a descansar, a no tener miedo, pero no entraba en la consideración de sus argumentaciones.

El Ejecutivo propone que sea Carrillo quien responda para darle más peso a sus palabras y cortar de raíz la inclinación crítica que subyace en la carta. Pero no era fácil que Santiago desaprovechara la oportunidad para abrir una brecha entre Semprún y su discípulo madrileño. El responsable del trabajo entre los intelectuales es Federico [Semprún], el que conoce a Pradera es Federico, el que lo ha metido en el partido es Federico. Es mejor que sea él, alegó. Además, así no implicamos en esta discusión por carta, que puede tener sus derivaciones, la autoridad del secretario general. De un solo golpe, Carrillo iba a conseguir hacer de Semprún su más fiel exégeta y dar un palmetazo al niño impertinente que era Pradera con la limpia vara de su amigo Federico. Así aprendería de una vez lo que era el partido.

Jorge Semprún (Federico Sánchez) responderá a Pradera con una carta dura, desabrida, incluso torpe, que vino a echar más leña al fuego, posiblemente con recóndita satisfacción del inspirador. Desde la primera línea ya se refiere despectivamente al carácter abstracto, poco dialéctico (por no decir francamente metafísico), de tus planteamientos, a tu formación teórica, excesivamente libresca, a tu falta de perspectiva, a tu escasa confianza en la fuerza de las masas… Es un Semprún dogmático y soberbio, armado de la espada de la sabiduría universal y la firmeza inquebrantable de los principios científicos: Leyendo tus apuntes –escribe– a uno le surge la pregunta ¿dónde estará España, estará acaso en otro planeta?… la contradicción fundamental del mundo de hoy, la que opone socialismo a capitalismo en escala mundial (cósmica, podría

añadirse) (advierto que el paréntesis no es cómico y no me pertenece, es dramático y lleva la misma letra de Semprún), también se refleja en España… El campo del socialismo es hoy ya más fuerte que el campo imperialista…, y en tus apuntes no interviene para nada la perspectiva real, objetiva, inevitable…, de reforzamiento del campo socialista. Así no podía haber polémica, porque no se contemplaba ni una fisura, por mínima que fuera, de duda. Solo había superioridad y por tanto desprecio: Nosotros somos un partido revolucionario y no un instituto de sociología, querido Javier.

Al de los apuntes no le quedaba otra opción que tomarlo o dejarlo. Optó por tomarlo quizá porque a esas edades aún se piensa que los amigos pueden permitirse el lujo de ser desagradables sin que les cueste la amistad. Pero lo hizo con la mayor ironía que se puede permitir un señorito que no está habituado a que le traten así y que sabe hacérselo pagar al osado que lo intente: Tu carta me ha dejado literalmente estupefacto. Me siento a la máquina lleno de zozobra, con miedo a que un punto o una coma metafísicamente colocados produzcan una de tus «dialécticas» reprimendas… Se dan la incomodidad del maltratado y la saña del que se siente escarnecido por un amigo al que admira: Tu carta da respuesta a preguntas que nunca se hicieron y silencia las contestaciones a otros interrogantes. Como Semprún y él comparten un cierto desprecio por las euforias y las frivolidades de Ramón Tamames, le dice con sarcasmo que, después de leerla, Ramón la considera tu mejor escrito teórico.

Es una pieza singular esta segunda carta de Pradera y revela dotes de agudeza polémica en un tímido que va a medir su espada con la brillantez de su admirado «Federico». Como atento lector que eres de Ortega, recordarás aquel cuento en que el cura de un pueblo se inventa, en el sermón, una figura de maniqueo para atacarle a gusto. Consigue reflejar su situación en el partido relatándola, burla burlando, en una imagen fidedigna: Te resumiré en un apólogo mi aptitud: El predicador dice al maniqueo: «para subir al campanario, vete por la escalera; tiene cien escalones». El maniqueo contesta: «Conforme. Quiero subir al campanario, me parece que el único camino es la escalera. Ahora bien ¿tiene solo cien escalones? Me parece que tiene más». La respuesta del predicador es: «Tú dices que tiene más de cien escalones, o porque no quieres subir los escalones o porque no quieres subir al campanario». ¿No es una extraña respuesta? Sin embargo, el maniqueo sigue queriendo subir al campanario y comprende que el único camino son las escaleras; y quiere también, si esto es posible, discutir sobre su número.

Es una carta de dieciséis folios en la que pasa revista a las acusaciones de Semprún, pero en la que se ha perdido gran parte de la espontaneidad, diríamos que «comprensiva» de la primera, enviada a la dirección del partido. Se trata de una réplica brillante, sempruniana, en la que por eso mismo le da la vuelta a las virulencias dogmáticas de su maestro –Hasta leer tu carta pensé que los institutos de sociología y los partidos revolucionarios eran una y la misma cosa– y en la que Pradera no cierra la puerta a nada, salvo a la inseguridad que le producen sus dudas: Para terminar, amigo Federico, te recordaré que la intención de la presente carta es la de señalar tus tergiversaciones y erróneas interpretaciones… No me gusta este tono para discutir con los amigos… Como en las peleas de chavales, te diré que «yo no empecé». Si «he seguido» es porque si las cosas no se sacan a la superficie terminan pudriéndose y pudriéndote. Ninguno de los dos sabía que esta última frase era premonitoria.

La dirección del partido pasó por el tímido apercibimiento de Pradera como si se tratara de la chiquillada de un malcriado. Ellos seguían, como un solo hombre, en la vía del entusiasmo sin límites. Ni un adarme de duda. Santiago hacía el balance entusiasta del partido en su cuarenta aniversario con estas palabras de marco áureo: El único partido político que en España ha guardado intacto su crédito político ha sido el Partido Comunista[1]; y Fernando Claudín, su segundo, se emocionaba hasta el delirio contemplando, como un paisaje, el panorama esplendoroso de la situación política: Que nadie se deje impresionar por los alardes represivos y propagandísticos del gobierno. Tras ellos se encuentra un régimen en plena descomposición, un régimen que se hunde, que no podrá resistir el primer empuje vigoroso de las masas populares.

Un tema vino a añadirse, apuntándose obligatoriamente en el primer lugar de las reivindicaciones del partido: la amnistía. Las detenciones de febrero derivadas del Congreso y de la brutalidad represiva obligaban a atender primordialmente la forma de mellar el filo más agudo del régimen: su policía, sus tribunales y sus cárceles. A comienzos de 1961 solo el penal de Burgos contaba con 468 presos políticos, en su mayoría comunistas.

Además tenía la ventaja, si es que se puede hablar así, de la lucha por lo obvio, de que era una batalla que permitía y facilitaba el rodearse de aliados, incluso los sumaba. Desde 1956 habían menudeado los documentos contra la represión, pero a partir de 1960 se harán regulares, casi cotidianos, como regular y cotidiano era el castigo del régimen a los que disentían. En la cárcel se hallaban entonces tres líderes clandestinos, el comunista Simón Sánchez Montero; el

creador del Frente de Liberación Popular, Julio Cerón; y el responsable del PSOE en el interior, Antonio Amat. Desde sus respectivas celdas en El Dueso, Valladolid y Carabanchel firmarán un documento común que se enviará a la Conferencia sobre la Amnistía celebrada en París y organizada por el partido. Pero esa vía no tendría continuación. Por más que el PC abogaba por la unidad, el PSOE reaccionaba con violencia, como si temiera el contagio, incluso rechazando examinar conjuntamente las posibilidades de reforzar la acción interior y exterior por la amnistía. Ni eso.

No obstante, la situación internacional, que algunos afrontaban como si se viviera aún en la guerra fría, tenía sus novedades y sus radicalizaciones. El movimiento comunista en su conjunto sufrirá alteraciones importantes al empezar la década, que no dejarían de influir en el PC español. Con la torpeza y la brutalidad que le caracterizaba, Nikita Kruschev intenta en el verano de 1960 forzar al PC de China a someterse fielmente a sus orientaciones, para lo que aprovecha la ocasión que le brinda la abundante presencia de delegaciones extranjeras en el III Congreso de los comunistas rumanos. Será el primer amago de pelea, que se saldará con un fracaso para los soviéticos.

Con esos confusos antecedentes de Kruschev en Bucarest, tratando de imponer la uniformidad de sus orientaciones en política nacional e internacional, se convoca en noviembre del mismo año, en Moscú, otra Conferencia de los partidos comunistas del mundo. Asistirán 81 países y por primera vez en una reunión del movimiento comunista desde el VI Congreso de la Internacional, en 1928, dos partidos presentarán batalla y disentirán públicamente del resto. El partido albanés y el chino abrirán una brecha que ya nunca se cerrará en el hasta entonces monolítico movimiento comunista. El secretario general del PC albanés, Enver Hoxha, y el chino, Teng-Tsiao-Ping[2], atacaron la política kruschoviana en dos vertientes, la referida a la coexistencia pacífica y la revisión de la figura de Stalin. Respondían cobrándose las ofensas inferidas por Kruschev sorpresivamente en Bucarest unos meses antes. Otros partidos, como el italiano, mantuvieron posturas eclécticas y evasivas ante la querella que explotaba entre partidos comunistas con Estados bajo su mando. Los suecos y los británicos aprovecharon la ocasión para solicitar el abandono del término «dictadura del proletariado». Pero el tono general, al margen de la confusión creada y el malestar que sentían los dirigentes soviéticos, acostumbrados a arreglar las pequeñas diferencias sin dar pábulo a los comentarios, fue el de girar hacia la ortodoxia dogmática, lo que en la jerga, incomprensiblemente, se denominaba «girar a la izquierda»; y a petición de los chinos se introdujeron guiños

estalinistas que se referían, aunque sin citarlos, a los «revisionistas» yugoslavos.

Conviene tener presente que nada de todo esto se transparentó fuera de los asistentes y de las diversas delegaciones, siempre cerradas a cal y canto frente a los medios de comunicación. Amparándose en esta cerrazón informativa, el PC español mantuvo, años más tarde, su negativa a que se repitieran Conferencias como esta de 1960, en la que ellos no se enteraron de nada hasta que todo estuvo despachado y las heridas abiertas. Es una forma de eludir la realidad. Posiblemente al PC español no le afectó en nada la Conferencia de 1960, pero de lo que no cabe duda es de que la presidenta del partido, Dolores Ibárruri, desempeñó un papel de primer orden, aunque lo hiciera según su real entender y el del PC de la URSS.

El PC de España ni siquiera formaba parte de la Comisión de Redacción de la Conferencia, constituida por 26 partidos y que en gran parte tenía más importancia formal de la que le reconocía su nombre. Es verdad que en ella estaban los partidos más potentes de Occidente, como el italiano y el francés, pero les acompañaba el minoritario de Gran Bretaña, y el minúsculo y semiclandestino de la República Federal de Alemania. Sin embargo, Dolores Ibárruri sí desempeñó un papel sobresaliente y de efectos duraderos: será la principal provocadora de los comunistas albaneses. Después de escuchar la intervención dura y crítica de Enver Hoxha respecto a la Unión Soviética, ella subirá a la tribuna para defender el honor soviético ofendido. Cosa llamativa en un foro como aquel, lleno de fidelidades forjadas en acero estalinista.

El más importante de los escritores albaneses contemporáneos, Ismail Kadaré, cuenta la escena en su interesante novela El gran invierno, donde nos deleita con algunos detalles de las negociaciones y las divergencias soviético-albanesas. Los responsables del Kremlin pusieron a disposición de Enver Hoxha un palacete en el que la habitación principal exhibía una reproducción de Rembrandt, La vuelta del hijo pródigo, lo que es de por sí un gesto de mujik que visita L’Ermitage para saber cómo se puede usar la pintura en la arena política. Narra también el momento en que Dolores Ibárruri subió a la tribuna. Por raro que parezca, es el único testimonio que existe sobre este hecho, porque ninguno de los protagonistas españoles se ha referido nunca a ello. Los flecos del largo chal de Dolores Ibárruri parecían garras negras –escribe Kadaré–. Hoy, dijo, he escuchado el discurso más desvergonzado que se haya pronunciado en el movimiento comunista desde los tiempos de Trotski… Sus palabras eran amargas: «Señor Enver Hoxha. ¿Qué busca usted, señor Enver Hoxha? ¿La

guerra?». El novelista Kadaré, que tenía muchas razones para saberlo, recoge el murmullo del indignado secretario general albanés: ¡Desdichada vieja, siempre sin patria! De haberle oído, ella ni se hubiera inmutado: mi patria es la de mis nietos y la que enterró a mi hijo. El viejo maestro albanés, Hodja, agresivo nacionalista, montañés fanático e iracundo de un pueblo resistente y belicoso, no hubiera entendido nada. Pero esta fue la aportación de la presidenta del Partido Comunista de España a la crisis del movimiento comunista abierta en 1960: ofender a un estalinista medular comparándolo con Trotski. Segundo detalle importante: le llamó «señor», no «camarada».

La crisis del movimiento comunista no podía separarse del agravamiento de la tensión internacional. Poco después de terminarse la Conferencia de los Partidos Comunistas en Moscú, una serie de hechos protagonizados por los Estados Unidos agudizan la pelea entre bloques y sirven como argumento para abrir un nuevo ciclo de la guerra fría: el 3 de enero de 1961, Estados Unidos y Cuba rompían sus relaciones diplomáticas. Un mes más tarde la crisis endémica del Congo poscolonial aumentaba con el asesinato del progresista Patricio Lumumba. En la primavera, los anticastristas, con el apoyo norteamericano, desembarcaban en Bahía de Cochinos. En el verano los soviéticos empiezan la construcción del muro de Berlín.

A partir de ese mismo verano de 1961 el partido denunciará con particular insistencia las actividades del imperialismo norteamericano en España y en el mundo. En su declaración del 12 de agosto se llama a una gran movilización contra la utilización de nuestro territorio por los agresores americanos, y se señala entre los cuatro objetivos de la movilización uno, que exige al Ejército español, es decir, a Franco, que ocupe la totalidad de las bases e instalaciones yankis y que sean evacuados los militares y técnicos americanos. Estaba claro que el PCE se preparaba para la gran pelea mundial como batallón dispuesto a apoyar a Franco circunstancialmente a cambio de la retirada norteamericana. Una candidez.

Todo y todos tenían entonces reflejos bélicos. La revolución cubana, que estaba en plena efervescencia, había reverdecido dos motivos políticos que se hallaban aletargados: el antiimperialismo y la lucha armada. La táctica del «foquismo», aún antes de que Regis Debray marchara a Latinoamérica y escribiera su manual Revolución en la revolución (1965), se había convertido en la panacea para superar el estancamiento de la lucha popular en los países occidentales. El asunto no dejaba de tener su lado patético, como el ver a algunos intelectuales,

aterrorizados ante la idea de firmar una carta de protesta antifranquista, cómo osaban, sin embargo, suscribir las declaraciones cubanas más incendiarias y guerrilleras; en La Habana, naturalmente. Lo cierto es que la izquierda vio, justamente, en los procedimientos y en el estilo fidelista algo renovador. El Frente de Liberación Popular (FLP) español viajaba a París y buscaba en las embajadas cubana y yugoslava las armas y la experiencia guerrillera necesarias para abrir «un foco» en la península. Fidel y los hombres del Gramma habían alcanzado el poder. Se expandió el espejismo de que con un barco y ganas de pelear se conseguía todo, porque las condiciones estaban dadas y eran inmejorables; en esto coincidía con el PCE toda la extrema izquierda. Estaban también los piratas que se aprovechaban, como ocurrió con aquel residuo de la historia, Valentín González, el Campesino, que agrupó a unos cuantos activistas españoles diseminados por Francia, hartos de las masturbaciones mentales del exilio, y les lanzó hacia el Pirineo en una operación descabellada que le costó la vida a un guardia civil y el exilio a perpetuidad a todos los participantes. Solo Valentín pudo gozar de las mieles de la popularidad, aunque no llegó ni siquiera a cruzar la frontera: había vendido los reportajes, que aparecerían en Paris-Match, Der Spiegel y L'Europeo.

En este ambiente generalizado de vuelta a la violencia como partera privilegiada de la historia, el PCE no solo no se sustraía a ello, sino que lo alimentaba. Su III Pleno del CC, celebrado en 1961, fue reflejo fiel de las contradicciones en las que se veía metida la línea del PCE.

En primer lugar, su convocatoria. Al socaire de las consecuencias represivas que tuvo el VI Congreso, el Comité Ejecutivo decidió que los plenos del Central serían menos complicados para el aparato del partido si se celebraban en dos partes, divididos. De un lado los miembros del interior y los residentes en Francia, y de otro los que vivían en los países socialistas. Es obvio que la medida convertía en más importante y decisorio al pleno del interior, al que concurrirían los camaradas del aparato que rodeaba al secretario general. Los otros constituían un engorroso deber, y sus opiniones sobre la situación política española estaban mediatizadas por su alejamiento. La primera parte del Comité se reunía habitualmente en París o sus alrededores, mientras que la otra lo hacía en países del Este de Europa. Una tenía preferencia para tratar los temas vinculados a la lucha contra el franquismo y la otra se inclinaba hacia la situación internacional y el movimiento comunista. Para equilibrar un tanto las discusiones, algunas de las intervenciones de la primera parte solían reproducirse en magnetofón para que las escucharan los ausentes.

En agosto-septiembre de 1961, cuando se celebre el pleno en sus dos mitades, ya se había producido una radicalización evidente en todos los frentes. En la situación internacional se vive una sensación de acoso por parte del imperialismo norteamericano; las bases estadounidenses en España cobran un valor de primer orden. Desmantelarlas o neutralizarlas es el primer deber del internacionalismo proletario, que tiene aún por principio la solidaridad férrea con la Unión Soviética. Nos reunimos –dirá Carrillo en la sesión de apertura– en circunstancias excepcionalmente graves. Se refería a la situación internacional.

En lo que respecta a la estrategia antifranquista, se considera que han cruzado el umbral marcado en 1956 con la política de Reconciliación nacional. La primera fase de la política de Reconciliación nacional ha sido cumplida, manifiesta Carrillo. Aunque se mantiene la necesidad de un acuerdo entre diferentes fuerzas políticas, se retira de los esfuerzos inmediatos, porque se perfila tácticamente la conveniencia de incorporar la lucha armada, no solo como forma de combate antiimperialista, sino porque cada día se percibe más brumosa una salida pacífica de la dictadura.

Santiago Carrillo, secretario general, ahora de hecho y de derecho, marca la pauta en su discurso político del III Pleno: la URSS vuelve a estar en el centro de todas las miradas y es el paradigma del esplendoroso futuro del movimiento comunista mundial. El proyecto de Programa del PCUS, que deberá ser sometido al XXII Congreso, representa la culminación de toda la labor práctica y teórica del movimiento comunista… da un cuadro real, viviente, de lo que será la nueva civilización universal… Es lógico que dentro de este horizonte la perspectiva que abre el Mercado Común Europeo se conciba negativamente, como una manifestación más de la ofensiva imperialista contra los países socialistas.

Había no obstante, en la dureza con que Carrillo juzgaba a los susceptibles aliados de ayer en el interior de España, algo de frustración por el fracasado «jornadismo» de los años anteriores. De esta forma, tanto por el contexto internacional como por el español, el giro izquierdista estaba justificado desde el vaivén de las posiciones políticas de Santiago. Cinco hombres públicos tan codiciados como Tierno Galván, Dionisio Ridruejo, Gil Robles, Prados Arrarte y el marqués de Cerezales habían firmado una carta colectiva al presidente norteamericano Kennedy criticando al Régimen, pero dejando bien claro lo mucho que les separaba de los comunistas, truncando así cualquier posibilidad de llegar a un entendimiento. Los firmantes eran los mismos que dos años antes

estuvieron a punto de ir del brazo del partido a la HNP, o al menos eso creía Carrillo.

A raíz de esta carta, y pocos meses antes del pleno, Santiago escribió un artículo titulado «Sobre algunos problemas de la táctica de lucha contra el franquismo» que era una constatación de su desencanto y un preludio del giro izquierdista. Convertía su fracaso en un chantaje catastrofista que solía ser muy alabado entre sus colegas del exilio, pero que se llevaba el viento: Si la dictadura permanece aún un par de años, toda posibilidad de cambio pacífico podría desvanecerse. La insurrección popular sería la última salida[3]. Parecía escrito para la galería, para su doméstica familia política, y carecía de cualquier virtualidad, incluida la de escandalizar.

Era, a su vez, el derecho al pataleo, la respuesta a la maldita soledad a la que estaba castigado el PCE desde la guerra fría. En el verano de 1961 se formó la «Unión de Fuerzas Democráticas», nada novedoso, una entente en la que figuraba el PSOE y sus amigos de tantas combinaciones, Acción Republicana y el Partido Nacionalista Vasco, pero donde también había ingresado la codiciada Izquierda Demócrata Cristiana, que estaba en su totalidad dentro del país y que respiraba el olor a sacristía de la poderosa Iglesia española.

Ahora, en el pleno, no hacía más que empozarse en el hueco que él mismo se había ido abriendo conforme se quedaba aislado y no lograba romper el cerco. A sus colegas les gustaba ese lenguaje, y a los soviéticos, de tener tiempo y ganas para enterarse, también: No es posible excluir la posibilidad de que determinados factores hagan impracticable la salida pacífica. Si la actual situación se prolonga demasiado, es lógico que los sectores más avanzados de la clase obrera y las amplias masas campesinas, cuyas condiciones de vida llegan ya al límite de lo insoportable, no vean otra salida que la iniciación de la lucha armada. Es decir, que si ellos nos lo piden no tendríamos más remedio que ir. Estaba tranquilo porque no se lo iban a pedir, por muy al límite que estuvieran. Pero añadía, revelando la auténtica naturaleza del guiño y de la boutade: La lucha armada podría transformarse también en la única salida en caso de que la crisis internacional continuara agudizándose. Como si se tratara de bordear la tercera guerra mundial, y puesto a emocionar a su auditorio y a que cuando volvieran a casa alguno le diera brillo a sus justas medallas, gritó: No existe en España ningún partido de oposición que posea la experiencia, los cuadros y las posibilidades con que cuenta el Partido Comunista para ese género de lucha. Ningún partido tan revolucionario, tan ágil y tan capaz de adaptar su táctica a las

exigencias de la situación. En menos de diez años habían enterrado en el fondo de su memoria la desgraciada carnicería de la lucha guerrillera. Parecía que no habían sido ellos y eran los mismos.

Embalado por la pendiente de la demagogia, va más lejos y se mete de hoz y coz en posiciones que se creían desterradas después de 1956: Hay camaradas que se plantean ya hoy la perspectiva de una posible lucha armada. ¿Qué puede haber de malo en esto? ¿Qué puede haber de negativo en que militantes comunistas y simpatizantes reflexionen sobre esa perspectiva y se preparen mentalmente por si llega el caso de empuñar las armas?… No solo es bueno que reflexionen, sino que debemos aconsejar a nuestros camaradas jóvenes que aprovechen su paso por el Ejército para aprender concienzudamente el manejo de las armas, y si es posible de las armas técnicas, la artillería, los tanques y la aviación: para aprender los ejercicios en campo abierto, para hacerse cabos, sargentos y, en los casos en que sea posible, alféreces y oficiales. Uno no puede sustraerse al comentario de que, al escuchar la sugerencia sobre la artillería y los tanques, cualquiera comprenda que, con tan soberbia ignorancia militar, es lógico que estos estrategas, que en su vida han sabido leer un plano, lleven a la gente al matadero creyendo que marchan por el camino de la victoria. El castillo de naipes táctico se le había desmoronado y a la búsqueda de un nuevo equilibrio se lanzaba hacia delante. Incluso aquella visión pacífica de la Huelga Nacional se revela como un truco, cual si se tratara de un documento anticomunista redactado por la secretaría general del movimiento: La preparación de la Huelga Nacional no solo no representaría ningún obstáculo en caso de tener que acudir a las armas, sino que sería, de hecho, un camino obligatorio para llegar a ese terreno. Hasta cuando delira, en Santiago siempre aparecen sus obsesiones.

La vuelta al estalinismo de hecho no se traducía en meras palabras, sino que ocupaba todo el mundo del dogma que se había metido en el desván y que ahora se desempolvaba para presentarlo otra vez tan flamante como ayer. La cuestión del arte, por ejemplo, volvió entonces tan zdanoviana como si el gran Zdanov estuviera otra vez denunciando al gato de Natalia Ginsburg porque no trataba de un asunto de partido. En la labor de creación artística –dice Santiago en el pleno–, debe acentuarse todavía más su carácter militante antifranquista y en defensa de la paz.

Hasta una medida necesaria desde hacía muchos años, la disolución de las JSU de 1936, para constituir al fin la Unión de Juventudes Comunistas, parecía un acto de reafirmación en las señas de identidad estalinistas, en vez de una

obviedad necesaria para que las nuevas generaciones pudieran ingresar en un órgano real y no en una armadura vacía. Nadie se sustraía al furor voluntarista que había generado el desencanto por los fracasos de antes de ayer. Fernando Claudín se muestra crítico hacia el «legalismo» del movimiento obrero, aunque reconoce que las elecciones sindicales de 1960 han permitido el aumento de la Oposición Sindical.

Paralelamente a la reunión del Comité Central, el Comité Ejecutivo da un paso más allá en el camino de la guerra inminente que hay que abordar. Quizá por sugerencia de los Servicios Secretos soviéticos, representados con nombres y apellidos en los organismos dirigentes, se decide organizar grupos armados para una eventual intervención contra las bases norteamericanas en España. Enrique Líster, desde París, y Romero Marín, desde Madrid, trabajan en dicha organización militar y a tal efecto, ante la ausencia de Carrillo, que asiste al XXII Congreso del PCUS, queda Fernando Claudín responsabilizado del seguimiento y aprobación de la misión: se envía un enlace al interior para investigar sobre el terreno la base de Morón, en Cádiz.

A la vuelta de Moscú, Santiago, que acaba de escuchar el durísimo discurso de Nikita Kruschev contra Stalin y los neoestalinistas, da largas al asunto. Ante la insistencia de Líster, que ya se veía volviendo a la península encaramado sobre un tanque, el plan se desaprueba a finales de 1962, conforme se alivia la situación internacional. Sin embargo, no es precisamente por eso por lo que la iniciativa de Líster y Romero Marín se congelará, sino porque, según manifiesta el propio Santiago, abrigaba el temor de que Líster quisiera tener su propio aparato clandestino, sin someterse al control del secretario general.

Es curioso que este reflejo hacia la lucha armada de 1961 vuelva a aparecer una década más tarde, convirtiéndose en un reflejo condicionado del PCE y su equipo dirigente. Los acontecimientos internacionales generaban reacciones, casi al estilo de kamikazes japoneses, en el veterano grupo español formado durante la segunda guerra mundial. A comienzos de 1962, por ejemplo, unos meses después del pleno citado y conforme crecía la tensión por el envío de cohetes soviéticos a Cuba y el mundo tenía el corazón en vilo, el máximo responsable del partido en Madrid y miembro del Comité Ejecutivo, Romero Marín, y el miembro del CC Julián Grimau proponen convocar al pueblo madrileño ante las rejas del Ministerio del Ejército, en la plaza de Cibeles, para protestar contra el Ejército norteamericano y por la paz. Los jóvenes militantes del partido al escucharlo se quedaron estupefactos; había, además de otras cosas, un problema

generacional, de señas de identidad.

Esta inflexión hacia un partido comunista puro y duro, que respondiera a los clichés y con los reflejos de antaño, no dejará de tener consecuencias en la militancia. Si en la primavera de 1961 se había producido la primera llamada de atención desde el interior respecto al voluntarismo que se había convertido en línea política, pronto empezaron a hacer su aparición otros síntomas de desánimo. Simultáneamente se produce el abandono de quien había sido responsable en el interior del movimiento intelectual comunista, Ricardo Muñoz Suay. Luego Javier Pradera celebrará al fin su reunión en París convocado por el Ejecutivo y asimismo entrará en dique seco la revista teórica Nuestras ideas. El aislamiento del partido, su fracaso irresoluble en la política de alianzas, tendrá su retrato con la reunión de la oposición en Múnich y por primera vez la unanimidad no será completa cuando el Comité Ejecutivo discuta sobre la política agraria.

Todo esto dará a 1962 un tono descorazonador. Pero aún habría más: dos responsables políticos clandestinos, decisivos para Euskadi y Madrid, Ramón Ormazábal y Julián Grimau, iban a ser detenidos por la policía antes de que terminara el año. Si no hubiera sido porque los mineros asturianos se lanzaron a una huelga que marcaría época, casi estábamos en condiciones de decir que el repliegue era total en todos los frentes.

ACUMULANDO EXPERIENCIAS Y DEJANDO JIRONES EN EL CAMINO

En un sentido estricto, la crisis de la productora cinematográfica UNINCI y el que Ricardo Muñoz Suay abandonara el partido no guardaba una aparente coherencia política y, sin embargo, no cabe duda de que las cosas no hubieran sucedido así tan solo dos años antes.

En 1958, en pleno impulso e influencia del Partido Comunista en el mundo cinematográfico, un grupo escogido de militantes y simpatizantes consiguen hacerse con la productora cinematográfica UNINCI. La sociedad venía existiendo desde 1948 y tenía un aire nada radical, todo lo contrario; con

mayoría de estricta fidelidad al régimen y con un solo comunista emboscado, el decorador Francisco Canet. Posiblemente la nueva historia de UNINCI partía de un fracaso y de un chiste gracioso; el fracaso era el del film Esa pareja feliz de Juan Antonio Bardem y Luis Berlanga. El chiste fue la propuesta de «UNINCI» a los dos fracasados directores de hacer una película que reuniera tres condiciones; que estuviera localizada en Andalucía, que la protagonizara la vedette Lolita Sevilla y que fuera «de risa».

Así nació un film inolvidable, titulado Bienvenido, Mister Marshall. Y así también nació el interés del PCE por la productora, que había firmado un contrato con Berlanga-Bardem para pagarles 50.000 pesetas a cada uno, repartidas en siete mil duros de 1951 y el resto en acciones de la sociedad. Bardem era militante desde años atrás, mientras que Berlanga, exdivisionario azul en Rusia con los nazis, por su propia idiosincrasia no parecía especialmente indicado para la ortodoxia y la dialéctica; no era un compañero de viaje del partido, era un viajante simpático y bien educado que había coincidido en el mismo vagón.

En 1958 UNINCI ya tiene un presidente que es miembro del partido –Juan Antonio Bardem– y dos años más tarde hasta el gerente es del PCE, aunque sea un militante tan sui generis como lo podía ser Domingo Dominguín, promotor taurino y parte inseparable de la saga de los Dominguín. Entre los consejeros de la entidad hay otros comunistas, como el propio Ricardo Muñoz Suay y el actor Francisco Rabal, por citar los más notorios. UNINCI tiene por entonces una oportunidad de esas que se presentan una vez en la vida y la aprovechan con audacia: hacer un film dirigido por Luis Buñuel.

UNINCI lo quiere, el productor de Buñuel, Gustavo Alatriste, también, y hasta el director general de Cinematografía español, Muñoz Fontán, está en la etapa de recuperar talentos del exilio. UNINCI une su suerte a un proyecto con Luis Buñuel y ese proyecto tendrá un nombre: Viridiana. El film de Buñuel va a ser para UNINCI su salto a la fama, su clímax de prestigio, y al mismo tiempo la causa por la que el partido verá perderse la tapadera más inteligente para sus actividades y en la que habían puesto tanta confianza.

Una vez terminada la película el futuro empezó a torcerse desde el primer momento. La asociación de productores de cine español, con su proverbial talento, debía verla para decidir si iba presentarse o no al Festival de Cannes en representación de España. La rechazaron por su falta de calidad. Tras enojosas

gestiones, UNINCI consiguió que el film fuera por su cuenta. Se proyectó el día previo a la clausura y obtuvo la Palma de Oro de 1961 ex-aequo con el film del francés Colpi, Una tan larga ausencia. El delegado de cinematografía del Ministerio de Información franquista, señor Muñoz Fontán, subió a recoger el premio. Al día siguiente, L’Osservatore Romano calificaba el film de blasfemo. La catoliquísima España de Franco había estado representada en Cannes por un film blasfemo.

La decisión fue muy simple. El régimen decidió que Viridiana no existía; que nunca español alguno había producido un film con dicho título. Es posible, admitía, que el mexicano Alatriste y el exiliado Buñuel hicieran una película que se titulara así, pero en España no existía. Se le retiró el cartón de rodaje y UNINCI no pudo recibir ni un duro, si bien sí tuvo que cubrir algunos préstamos solicitados. En esa situación, Ricardo Muñoz Suay, que hasta entonces era, después de Jorge Semprún, la figura más activa y conocida en el mundo intelectual comunista, exige la devolución del paquete de acciones que él poseía (100.000 pesetas). Hay que decir en su descargo que Muñoz Suay vivía exclusivamente de su trabajo en UNINCI y que se encontraba ante esa situación que solo se define con una frase: no tener para comer. La negociación, si se puede llamar así, más que dura fue siniestra. UNINCI, en la persona de Bardem, tuvo que apelar a Santiago Carrillo para conseguir las 100.000 pesetas que exigía el socio y así, una vez devueltas, cada uno se fue por su camino, dejando como estela un odio mutuo y africano.

Quizá pesaba en Muñoz Suay un entonces no formalizado hartazgo de aquel mundo que cada día se le llenaba de más dudas. Quizá también pesaban las experiencias, no precisamente positivas, de un viaje a la URSS previo a la crisis de UNINCI. De todas formas, un hecho era cierto: el que había sido responsable de los intelectuales del interior, el veterano militante de los años treinta, el líder de la FUE republicana, el auténtico motor de la organización del mundo del cine, el que había gritado, entusiasmado, «¡A la huelga, tebanos!» porque creía en ella, ese hombre acababa de dejar el partido, y eso no podía reducirse tan solo a una cuestión económica. Que Santiago Carrillo lo entendió así lo demuestra la carta personal que le envió de su puño y letra el 11 de febrero de 1962: Esperamos que tu espíritu de familia predomine sobre toda otra consideración. Creemos que debes visitarnos. No debes echar por la borda en unos días, por irreflexión, lo que has sido toda tu vida. Te esperamos. Santiago. Mucho debía valorar Carrillo la labor de Muñoz Suay para mandarle esa carta que no tiene precedentes en el amplio ejercicio epistolar del secretario general del partido. Pero no tuvo

respuesta.

La influencia del partido entre la intelectualidad, sin embargo, siguió siendo notable, aunque el aluvión de años anteriores, lógicamente, había terminado y las incorporaciones se producían con cuentagotas. No obstante, no hubo ni ha habido grupo político que contara con escritores como Juan García Hortelano, Antonio Ferres, Armando López Salinas, Ángel González, Gabriel Celaya, Blas de Otero, Carlos Álvarez, Alfonso Grosso, Gabino Alejandro Carriedo, Ángela Figueras, Jesús López Pacheco… y una agrupación cinematográfica amplísima, que tomó el nombre de «Grupo Piqueras», en honor del crítico cinematográfico comunista de los años treinta, Juan Piqueras, donde confluyeron directores, técnicos, actores y críticos hasta alcanzar el centenar (J. A. Bardem, Juan Julio Baena, Antonio Artero, Rabinal Taylor, Francisco Rabal, Eduardo Ducay, Joaquín Jorda, Julio Diamante…). Había periodistas veteranos como Eduardo Haro Tecglen y bisoños como Eduardo García Rico, así como artistas de todos los tipos y estilos: Pepe Ortega, Agustín Ibarrola, Daniel Gil… e incluso personajes importantes de breve estancia, como el crítico teatral Enrique Llovet, entonces cónsul general en París, que le pide el ingreso a J. A. Bardem y renuncia poco después ante Manuel Azcárate; o el cineasta Carlos Saura, que asiste regularmente a las reuniones del «Grupo Piqueras» hasta que un día, en plenario y con asistencia de la máxima autoridad política, Jorge Semprún, pregunta sorprendido: «¡Ah! ¿esto es el partido?», y ante el gesto perplejo de los reunidos, añade mientras se marcha: «Yo no soy del partido».

Hay algo en este 1962 que introduce la duda y que le resta mordiente al voluntarismo arrollador que le ha precedido, a propósito de lo cual quizá la retirada de Ricardo Muñoz Suay fuera de alguna manera simbólica. Aunque su figura no era la de un creador ni un teórico, sino la de un hombre especialmente dotado para las relaciones públicas, hábil en la argumentación política y negociador experimentado en los entresijos de la promoción cultural; sobre todo, que sabía organizar. Le sustituirá un hombre de muy otras características, Armando López Salinas.

Madrileño, tenía treinta y seis años recién cumplidos cuando se hizo cargo de la más importante vía de penetración y de prestigio del partido en la sociedad española. Armando no era un intelectual clásico ni por cultura, ni por formación, ni por sus modos, era sencillamente un joven a quien le gustaba escribir, bondadoso y paciente hasta en los gestos, nada inclinado a las fintas ideológicas e instintivamente reacio a la doblez y la agresividad. Había empezado a trabajar

a los trece años y su primera experiencia política fue la de ver a su padre en la cárcel; un camarero cenetista. Se hizo delineante y consiguió entrar a trabajar en la sección Laboratorio de Ensayo de Materiales de Construcción del Ministerio de Obras Públicas. Posiblemente la sección de tan largo título no tuviera ninguna otra razón para pasar a la historia que la de dar cobijo a dos escritores de posguerra, Armando López Salinas, y un perito industrial que allí se ganaba el condumio, Antonio Ferres. Los dos ingresaron en el PC en 1958 y entre panfleto y panfleto escribieron cuentos que presentaban a los concursos: quedaron finalistas del premio Sésamo de novela corta. Armando López Salinas se convirtió en cuadro político en 1959, incorporándose a la organización de intelectuales que dirigía Ricardo Muñoz Suay. Por primera vez salió de España para ser enviado a China, al Congreso de los Sindicatos de la República Popular, y fue ascendido al Comité…

Tiene de compañeros en el órgano dirigente de la intelectualidad a Enrique Múgica Herzog, Javier Pradera, el novelista y poeta Jesús López Pacheco, y un autodidacta castizo y cojo, Manuel Romeu Peris, empleado en la editorial Aguilar. La salida de Muñoz Suay coge a la organización en muy mal momento. Enrique Múgica está trabajando en Guipúzcoa desde comienzos de 1962 y ha puesto un bufete laboralista en Rentería; apenas si viene a Madrid salvo para traer las orientaciones de Santiago Carrillo que le facilita la cercanía geográfica. Javier Pradera tampoco es ya el mismo, en febrero ha ido al fin a París y vuelve tocado del ala en su entusiasmo militante.

El tan postergado encuentro entre Carrillo y Pradera tiene lugar en la casa de Jorge Semprún en el bulevar Saint Germain. Se reduce a un examen visual del veterano a la joven promesa del interior, a quien trata con una «afabilidad» sospechosa, que raya en lo «untuoso». Le expresa, por ejemplo, su admiración por la paciencia que ha demostrado aguantando a Muñoz Suay. Lo cual dice, claro, una vez que Ricardo se ha ido. Estaba al tanto de la antipatía y recelo mutuos entre el responsable de los intelectuales y Pradera, y en un alarde de falsa sinceridad añade: «Yo en tu caso no sé si hubiera soportado tanto».

El objetivo de la visita de Pradera a París es político: hay que someterle a sesiones de electroshock ideológico para alejar de su cerebro las dudas. Hay que sentarle durante horas y demostrarle que sus pretendidos análisis no son sino pejiguerías teóricas y restos de la moral de la clase dominante.

Bastará con dos sesiones. A la primera asiste la plana mayor del Partido:

Carrillo, Claudín, Semprún, Gallego, Tomás García, Mije, Delicado y Santiago Álvarez. Le sientan y encaja un vapuleo dialéctico de los que dejan huella. Al término de la reunión, en la calle, ya solo, vomita. Ocurre cuando se prueban las corrientes eléctricas por primera vez. La segunda sesión revela que el paciente no debió de estar a gran altura en la anterior ocasión, porque el nivel clínico se rebaja. Ya no se celebra en una sala dependiente del Ejecutivo, sino en un apartamento estudiantil de un joven militante español en París que con el tiempo dejará el PC y llegará a ministro de Adolfo Suárez, Eduardo Punset. Tampoco viene Santiago. Tras la primera consulta en casa de Semprún y la sesión clínica del Ejecutivo, Carrillo ya le tenía catalogado: un gilipollas de los que dan la lata detrás de la cortina. No habrá iniciativa crítica en la que no vea detrás la mano de Pradera. Se obsesionó con él quizá porque disfrutaba de varias cosas que le resultaban odiosas: había comido mantequilla de pequeño, era alto y cuando hablaba tenía ese despego de los niños tímidos, orgullosos y malcriados, pero con nurse.

No era el único síntoma de que algo estaba cambiando o retrocediendo en la hasta entonces pujante intelectualidad comunista. La revista teórica del partido, Nuestras ideas, la que había nacido al calor de ese fervor atrayente del PCE, se cierra. Marzo de 1962 es la fecha de su último número. Una aventura intelectual que coincide cronológicamente con el ciclo ofensivo del partido en el sector. Había publicado su primer número en el verano de 1957. Su nacimiento coincide con el esplendor, y su cierre con los primeros síntomas de desmoralización, a los que no debía de ser ajena la crisis latente de su principal promotor, Jorge Semprún.

Saldrán trece números, incluyendo el último, doble, de muy diferente factura a los demás. Tenía Nuestras ideas un tono y un estilo muy diferente a las revistas comunistas de «la cultura» y «las ideas». Su polemismo lo marcaba su elevado nivel de reflexión ideológica, ya se tratara de Semprún descubriendo a Julián Marías, Claudín criticando a Luis Araquistain o Kardelj, de Francesc Vicens (Joan Berenguer) abordando la «revolución en África», de Juan Goytisolo hablando sobre Larra, de Jordi Solé Tura (Alberto Prats) respecto a Salvador Espriu, de Gabriel Celaya sobre Miguel Hernández, o de Enrique Múgica Herzog (Tomás Fuenfría) marcando sus distancias en relación a Laín Entralgo y el liberalismo español. Hasta contenía un interesante trabajo de Manuel Azcárate (Juan Díez) sobre Menéndez Pelayo. Se escribía dirigiendo los dardos contra el neoescolasticismo opusdeísta de Jesús Arellano y buscando los puntos de contacto con la historiografía en plena evolución de Vicens Vives.

Era una revista enfocada hacia la intelectualidad del interior desde esquemas comunistas pos-vigésimo congreso, antiestalinistas, y reflejaba las limitaciones y los guiños históricos del PCE pero también el nivel real del marxismo hispano. En ella se reproducían textos del Mao de la etapa aperturista de «las cien flores», incluso cuando el PC chino hacía tiempo que había arrinconado esa política. Su objetivo pedagógico también estaba vinculado a introducir textos inencontrables entonces del Marx periodista relatando las luchas políticas españolas, o las reflexiones de Adolfo Sánchez Vázquez, desde México. Se discutía de España, de la cultura española, de dentro y del exilio. Se esforzaban con mayor o menor fortuna en atender a lo nuevo, a Sánchez Ferlosio, Dolores Medio, Juan Goytisolo, Buero Vallejo, Delibes, Ana María Matute, Gil de Biedma, Fernández Santos, Ferres y Hortelano. En esos nombres se contenía el abanico de la realidad y no se perdonaba la vida a nadie. Se trataba de recuperar la obra artística del escultor Alberto Sánchez y se buscaban interpretaciones rupturistas de Juan Ramón Jiménez, Valle Inclán o Larra. Hoy ya, definitivamente, se ha roto… el monopolio ideológico del franquismo, con esa característica tan peculiar suya de «Janus bifrons», de reparto exclusivo de papeles entre la escolástica neotomista y el vitalismo falangista, escribía Semprún en un significativo artículo de octubre de 1960[4]. Y era verdad, porque, sin exagerar, apuntaba ya la presencia activa, multiforme, del marxismo. Tenía razón incluso en el definitivamente.

Nuestras ideas exigiría un estudio monográfico, para dilucidar si existió o no una cultura de partido en España y si lo hizo con entidad suficiente para no ser un cliché, como en la era estalinista. Fue quizá el intento de encontrar una vía de discusión marxista en los estrechos límites y las difíciles condiciones en que operaba el PC de España. Representó un ensayo general y no tendrá continuación en otras publicaciones, como Realidad o Revolución y Cultura, con diferente hechura y otro contexto. Estaba bien impresa y el considerable volumen de páginas trataba de cubrir el vacío que sufría la izquierda española de aquel periodo, ausente del debate que el marxismo estaba desarrollando en Europa.

Su último número traduce ya el desfondamiento del intento. El Comité Ejecutivo la había cogido en sus manos para convertirla en anexo de Nuestra Bandera, la revista oficial de «la ideología» y «los artículos largos». Abarcaba en un solo ejemplar el largo periodo que iba de octubre de 1961 a marzo del año siguiente. El lugar estelar de dicho número lo ocupa un patético documento que confirma las tradicionales señas de identidad del PCE. Es el texto, pacientemente

elaborado por Dolores Ibárruri, para intervenir el día de su nombramiento como doctor honoris causa de la Universidad de Moscú.

El 10 de noviembre de 1961, el rector Ivan Petrovski presenta a Dolores Ibárruri como personaje imprescindible para conocer no solo la historia del movimiento comunista y obrero español, sino también la historia del movimiento comunista y obrero mundial, lo que era exacto. Donde, evidentemente, se excedió fue al señalar el destacado papel de Dolores Ibárruri en el desarrollo de la teoría marxista revolucionaria.

Sería ensañarse analizar críticamente su discurso desde un punto de vista ideológico, aunque tenía posibilidades materiales para hacerlo impecable. Aquellos años enteros dedicada exclusivamente a leer y jugar con sus nietos eran un sueño intelectual que ella había conseguido realizar. Empezó citando a Lomonosov, lo que era obligado porque prestaba el nombre a la Universidad, y luego siguió con el francés Guizot, el Fuero Juzgo y los inmarcesibles nombres de Cervantes, Lope de Vega, Quevedo y Calderón; y así siguió la pobre hasta llegar al XXII Congreso del PCUS que acababa de celebrarse.

Con Dolores y su discurso se cerraba Nuestras ideas. Ni Semprún ya era el que fue, ni el partido tampoco. Un nuevo centro atraía las miradas de todos y la vida política se animaba introduciendo lo que, en resumidas cuentas, era la finalidad y el objetivo primordial del partido: la lucha obrera.

Por muy oscuro que se presente el horizonte, siempre hay un ángulo que proyecta luz y hay determinadas gentes que son capaces de ver crecer la yerba y convertir lo que en el cine se denomina «noche americana» –rodar de día para luego convertirlo en noche– en el procedimiento inverso. No extrañará que el estallido de la huelga minera asturiana en abril fuera acogido con entusiasmo indescriptible.

Las huelgas en Asturias de la primavera de 1962 fueron un estallido de fuerza inusitada. Cronológicamente habían existido antes las de 1947 y 1951 en Vizcaya, y la de 1952 en Barcelona, pero esta, por su duración y su combatividad, representó el techo más alto al que había llegado la clase obrera en su lucha contra la dictadura. El ejemplo de Asturias, como repitió hasta la saciedad el partido, era en verdad algo que caló en los sectores de vanguardia de los trabajadores y la extensión de la huelga hacia Vizcaya hizo concebir esperanzas de una generalización de las movilizaciones, que no se produjo.

En 1962 la clase obrera estaba iniciando su recuperación. En el movimiento sindical empezaban a penetrar aires reivindicativos tras la masacre de la guerra y los años cuarenta. La torpe política del partido en la cuestión sindical, que retrasó, hasta bien entrados los cincuenta, el trabajo en los organismos franquistas, dificultó la penetración y el alcance entre las masas. Aunque cabe decir que mientras la UGT quedó prácticamente barrida del movimiento obrero –salvo en centros muy concretos, como la Naval de Vizcaya–, el PCE pasó a ser lo que siempre había soñado ser y no había conseguido: el orientador del movimiento obrero español, desbancando al Partido Socialista.

Las huelgas mineras asturianas de la primavera de 1962 introdujeron en las concepciones del partido algo que servía de puente con el jornadismo de 1958-1959, la posibilidad de pegar tirones, según se decía en la jerga militante, para que el acoso a la dictadura fuera mayor y más continuado. Los mineros de Asturias patentizaban para Santiago, por ejemplo, que si otros batallones de la clase obrera saltaban a la lucha, las posibilidades de generalización serían mayores y la capacidad de maniobra que ofrecían, respecto a las negociaciones con otros grupos políticos, aumentarían.

A partir de 1962 y de la primera gran huelga minera la consideración de Santiago es bien sencilla: la clase obrera está madura para la Huelga General. Quizá nuestra apreciación de 1959 no era justa, porque las condiciones para una huelga nacional, por más pacífica que fuera, no se habían dado, pero si logramos que la clase obrera se lance acabará arrastrando a todos y llegaremos al mismo sitio y en mejores condiciones. Por mejor vía, porque nosotros somos, por encima de todo, un partido obrero.

A partir de aquí los ritmos que se imprimirán al movimiento obrero serán los de que estamos al borde de la victoria porque el régimen es débil y no puede soportar más. Otro golpe y ese será el definitivo. Como veremos más adelante, esta concepción desequilibrada del papel y de los ritmos de la lucha obrera y sindical se inicia en 1962, tras la experiencia de la minería asturiana. Aunque se dijera lo contrario, había que quemar etapas. Había que pasar del periodo de recuperación del movimiento sindical y obrero al periodo de hegemonía en la lucha antifranquista. La clase obrera a partir de 1962 debería ser la vanguardia de la lucha antifranquista no solo en el aspecto reivindicativo, sino en el político, atrayendo hacia ella al conjunto de los sectores de la sociedad susceptibles de despegarse del régimen.

Hoy es fácil ver en este tipo de análisis una estrategia leninista de manual, pero entonces se convirtió en el abecé, en lo obvio, y la clase obrera, como veremos, llegó a la década siguiente tras una sangría, no inútil pero sí desproporcionada a sus efectos. Asturias y los mineros vinieron a desempeñar para Santiago, y es lógico que así fuera, el papel salvador, luminoso, en un horizonte cada vez más cerrado. No tenemos la Huelga Nacional Pacífica, pero tenemos a la clase obrera y su batallón de vanguardia, los mineros asturianos.

Proporcionalmente es difícil evaluar qué papel desempeñó el partido en el desencadenamiento y la consolidación de la huelga de 1962. La organización comunista asturiana, por los informes que se conservan y por los protagonistas de entonces, no era numéricamente potente, aunque había un clima filocomunista muy extendido. Sería absurdo, por imposible, que el PCE se apropiara en exclusiva del papel protagonista de las huelgas de 1962, pero es indudable que estuvo en ellas, que las alentó y que puso a su disposición todos los medios a su alcance. Es cierto también que usufructuó su éxito como si le correspondiera en exclusiva. Lo que resulta incontrovertible es que en 1962 la minería asturiana es el grupo social con más alto nivel de combatividad y que cerrará su ciclo rápidamente. En dos años alcanzará su cénit e iniciará su decadencia hacia el ocaso.

Las huelgas mineras de 1962 desempeñaron realmente un papel de acelerador político en la lucha antifranquista. Si para el PCE se tradujeron en la fórmula que iba a permitir el desencadenamiento de la HNP y llenar el vacío entre los planteamientos de la primavera de 1959 y esta de 1962, también tuvieron su efecto vanguardista en el resto del espectro político. Sin ellas no sería posible concebir el Pacto de Múnich, y justamente así lo señaló el PC, aunque le doliera. Al usufructuar en exclusiva el PCE las huelgas mineras quería dar una respuesta a un hecho político simbólicamente importante, como fue el denominado «contubernio de Múnich».

El 5 de junio de 1962 se reúnen en Múnich 118 representantes políticos españoles de diferentes corrientes. 80 venían del interior y tan solo 38 del exilio. La reunión tenía como tapadera una convocatoria del Movimiento Europeo conseguida tras largas gestiones por los tres organizadores principales: Salvador de Madariaga, Julián Gorkín y Enrique Adroher Gironella. Había representantes desde la Unión Española de Joaquín Satrústegui y Jaime Miralles, al FLP que dirigía, por ausencia carcelaria de Julio Cerón, Ignacio Fernández de Castro, y que tenía la oposición del grupo más radical del Frente, Ángel Abad, Nicolás

Sartorius, José Antonio Ubierna y Paco Montalvo. También estaba, por supuesto, el PSOE, con Llopis a la cabeza; la Democracia Cristiana de Gil Robles; la Izquierda Democristiana de Barros de Lis; y la Acción Social de Ridruejo; además de los nacionalistas vascos y los históricos de Acción Republicana, por citar a los más sobresalientes.

Los reunidos solo lograron el acuerdo en una base nada programática que permitiría «la adhesión de España al Mercado Común» y que se concretaba en cinco puntos: instauración de instituciones auténticamente democráticas, garantías para la libertad personal y de expresión, reconocimiento de la personalidad de las comunidades naturales, libertades sindicales y posibilidad de creación de corrientes de opinión y partidos. Este lenguaje revela las cautelas de todo orden. La timoratez de gran parte de la derecha del interior confirmaba que el encuentro, tan solo el encuentro, era ya algo «histórico», y a pesar de que no abría ninguna perspectiva para formar un bloque opositor dispuesto a ofrecer una alternativa democrática, al menos tenía la virtud de retratar un hecho indiscutible que en el interior había una derecha divergente. De la naturaleza y la audacia de esta oposición dice más que cien reflexiones el gesto del veterano José María Gil Robles, que antes de salir hacia Múnich tuvo la previsión de advertir a las autoridades franquistas, y hacerse un seguro de vida. Una vez más, va a ser la brutal y desproporcionada reacción del régimen, imponiendo multas, destierros y calumnias, la que hará de Múnich un hito.

La única fuerza política expresamente excluida en la invitación de Múnich fue el Partido Comunista. Por indicación de Carillo se desplazan allá dos miembros de la dirección del partido, Tomás García, Juan Gómez, del Ejecutivo, y Francesc Vicens, del Ejecutivo también, pero del PSUC, que tenía la ventaja de saber alemán, y era hombre ducho en las relaciones sociales. Pasarán los días encerrados en su hotel, o haciendo pasillo entre el aislamiento general. Solo cosecharán un éxito: la visita angustiosa de un militante del PSOE del interior, Federico de Carvajal, que acababa de ser expulsado del partido por Rodolfo Llopis en persona y al que le niegan cualquier medio para volver a España. Será Francesc Vicens quien asumirá el riesgo de ayudarle a pasar la frontera germano-francesa[5]. Ya en París, Santiago recibirá al actual presidente del Senado (1985) y le hará entrega de un pasaporte falso y una modesta cantidad de dinero, con lo que llegará a Madrid. La satisfacción del partido al comprobar cómo se las gastaban Llopis y los de Toulouse con sus disidentes debió de ser notoria y razonable. Fue la única que les permitió la reunión de Múnich.

Los comunistas no estábamos oficialmente en Múnich –escribirá Santiago–. Pero las cinco condiciones aprobadas allí, con cuya esencia coincidimos, han pasado por un proceso de elaboración en el que directa e indirectamente hemos estado presentes[6]. Era una forma de tratar de apoderarse del agua que fluía y que no estaba en su acequia, porque difícilmente podía decirse que se aprobaban las conclusiones de Múnich, cuyo objetivo contradecía un punto básico del partido entonces, como era su taxativa objeción al ingreso en el Mercado Común Europeo. Pero la aparente contradicción se superaba desde el momento en que la situación política era tal que no se podía ponerle dificultades a la unidad. Ahora somos más fuertes que la dictadura –escribe Carrillo después de Múnich– y la victoria está al alcance de la mano. Por eso el tema del Mercado Común había que aparcarlo, transigir con él y afirmar que solo un régimen democrático estaría calificado para pronunciarse por o contra el Mercado Común[7].

A Santiago Carrillo la reunión de Múnich le pareció el aldabonazo esperado para derribar el régimen. Él, que no necesitaba que le jalearan para derrochar entusiasmos, pensaba que aquella reunión de gentes del exilio y del interior, aunque no estuviera el PC, era lo definitivo. Estaba convencido de que ahora sí, ahora, gracias a esos malditos, que le habían dado de lado, el régimen se tambaleaba, a punto de caerse. El 10 de junio, apenas unas horas después de terminar lo de Múnich y tener las primeras informaciones sobre lo ocurrido, escribe una carta a Pasionaria: ha llegado el momento de hacer saltar a Franco. Considera que se debe instalar en Madrid rápidamente una delegación fija del Comité Ejecutivo en condiciones de actuar ante el inminente final del régimen. Nuestra línea general está clara… Facilitar toda forma de hacer saltar a Franco…, si se produce el menor cambio orientar a nuestros camaradas a abrir casas del pueblo en todas partes, a aprovecharse del aparato sindical, a instalarse en los municipios, siempre unidos con las otras fuerzas, a ganar la calle. No lo dice solo, privadamente, a Dolores. También a todos los militantes les explicita esta idea: La labor de agitación en torno a la consigna de la Huelga General Política tiene que ocupar el espacio fundamental en nuestros órganos propagandísticos.

En el breve periodo que va de 1959 a 1962 se ha producido un curioso cambio semántico: la Huelga Nacional Pacífica se ha transformado en Huelga Nacional Política, aprovechándose, además, de la identidad de siglas, HNP. La terminología se emparentaba ahora con las tesis defendidas por Rosa Luxemburgo en su folleto de 1906 –«Huelga de masas, partido y sindicatos»–,

aunque fuera un antecedente muy ajeno a las lecturas de la dirección del PCE, que hubieran rechazado, escandalizados, de haberlo puesto de manifiesto algún incordiador. Si en Rosa la «huelga general política», la «huelga de masas» era un procedimiento insurreccional, en el partido no tenía tal significado: Un pueblo que carece de toda posibilidad institucional de mostrar su repudio al régimen que le oprime no tiene más camino que la huelga política o la insurrección[8]. Se empezaba a pergeñar, con la precipitación que imprimía Santiago a este tipo de cuestiones, una estrategia en la cual las variaciones terminológicas tenían su importancia; primero la huelga general política y luego la huelga nacional. Así se pretendía diferenciar la protesta política de la clase obrera (huelga general política) de la acción definitiva y conjunta de las masas trabajadoras y otros sectores sociales (huelga nacional). Exactamente lo que había destituido al dictador Rojas Pinilla en Colombia. Aunque no se le puede pedir a esta jerga un rigor que estaba muy lejos de darse, sí tenía su coherencia, o más bien su lógica. Respondía al orden mental con el que Santiago operaba para entender y prever las secuencias del futuro. Como siempre, era incapaz de pensar un instante en la capacidad de maniobra real del enemigo franquista.

Tiene más prisa que nadie y trata, moviéndose con rapidez, de sortear las dificultades que le presenta la realidad saltándoselas a lo grande o haciendo maniobras que obliguen a los susceptibles aliados a aceptarle. Consigue que Dolores solicite una entrevista con Nikita Kruschev, quien recibirá a la delegación española el 30 de junio. La forman Pasionaria, Ignacio Gallego y Ramón Mendezona, el hombre del Ejecutivo fiel entre los fieles a Santiago, que controla la importante Radio España Independiente en Bucarest. El objetivo es sencillo: presionar sobre el líder soviético para que la cuestión española vuelva a aparecer en los foros internacionales.

Santiago se queda en París, coherente con su tesis de que las condiciones están maduras para el golpe definitivo, y entretanto llega la hora, hay que romper el cerco. Unos meses antes de Múnich y de que le detuvieran, Enrique Múgica Herzog se desplaza a Madrid con instrucciones muy precisas que le ha dado Carrillo personalmente. Debe transmitir a Joaquín Ruiz-Giménez y a Dionisio Ridruejo que las alternativas son «o incorporar al PCE en los planes de la oposición democrática, o la violencia»; y le autoriza para que les informe de que el partido está estudiando la posibilidad de utilizar submarinos soviéticos que desembarquen armas en las costas españolas para unas hipotéticas guerrillas, si la situación sigue deteriorándose y el partido ha de encontrar vías en solitario. Parece que Ruiz-Giménez se afectó bastante por la comunicación, pero Dionisio

se limitó a encogerse de hombros.

Múnich le confirma que no solo no le abren ni las rendijas para que penetre, sino que además ellos avanzan en formación unida, mientras que al PC se lo ponen cada vez más difícil. Atisba entonces otra posibilidad de romper el aislamiento, esta vez desde Cataluña. El 30 de junio se reúnen en Barcelona el Partido Socialista Unificado (equivalente al PCE en Cataluña) con el Movimiento Socialista que lidera Joan Reventós y la Esquerra Republicana de Heribert Barrera. El objetivo es tan sencillo como la obvia necesidad de crear un Comité de Coordinación. En representación del PSUC asisten dos miembros de su Comité Central, el filósofo Manuel Sacristán y el economista formado en la URSS, Gabriel Arrón, Gaspar Aribau. A partir de esta experiencia el PSUC promueve contactar a la mayor rapidez con Madrid, pues se le ha informado, vía partido, de que existe un sólido Comité de coordinación en la capital del Estado que puede ser útil a ambos, catalanes y madrileños. Es una verdad que linda con la falsedad, porque sí existen deseos por parte del PC de crear un comité de Coordinación, mas, a pesar de que las diversas fuerzas se ven con alguna frecuencia, aún no tienen la consistencia de considerarse un Comité unitario.

En los primeros días de julio se desplaza a Madrid Manuel Sacristán, en representación del PSUC. Va acompañado de los otros socios de la Coordinación, Raventós y Barrera. Toman contacto entonces con la federación del PSOE en la capital y con dos miembros de la monárquica Unión Española, Tierno Galván y Jaime Miralles. Tierno y Sacristán, teóricos y profesores ambos, llevarán desde el primer momento la voz cantante, convirtiendo a los demás en espectadores de excepción de un nada florentino debate de principios al que ambos, desde posiciones bien distintas, tienen querencia.

Será Tierno Galván quien plantee la cuestión espinosa de la asistencia del PCE al futuro Comité de Coordinación. En el minuciosísimo informe de Sacristán, Andreu, a la dirección del PCE figuran estas palabras puestas en boca de Tierno: Yo conseguiré que se acepte poco a poco la presencia del PC, no con título pleno, sino como observadores, a condición de que ellos ofrezcan garantías de respetar los principios democráticos. Esa garantía tiene que tomar la forma de «cartas de los dirigentes comunistas» a los dirigentes de los demás partidos, en las que los primeros se comprometan a respetar los «mecanismos» democráticos. Sin esa «flexibilidad» de los comunistas, no puedo «yo» conseguir ni siquiera su presencia como observadores[9].

A quien conociera, aunque fuera de oídas, al profesor Sacristán no le sería difícil imaginar su reacción. Empezaba ya sin un ápice de ironía, con el tono de quien va a desmontar la petulancia de Tierno: Ha pasado ya la época en que las fuerzas burguesas podían hacer especulaciones, juzgando retóricamente con la honorabilidad del Partido Comunista. Estaba equivocado al menos en una cosa, y es que esos tiempos todavía no habían pasado, confundía su cabeza con la realidad. La reunión a partir de aquí naufragó entre la estupidez ególatra de Tierno Galván, en palabras de Sacristán, y la incapacidad diplomática y negociadora de este. No solo quedó atascado el Comité de Coordinación en Madrid, sino que el de Barcelona se tambaleó ante aquel representante del PSUC cargado de razón histórica. Nada más terminar la reunión en la capital, Sacristán reconvino a sus aliados con estas palabras que él mismo refiere: Debéis daros cuenta de que ese individuo (Tierno) y otros como él son fantoches, no representan al pueblo, sino solo a unos cuantos miles de millones de pesetas… y si yo tengo fuerza es porque estoy representando a miles de obreros catalanes. Así era imposible coordinar cualquier otra cosa que no fueran los éxitos, y no los había.

Una decisión del enemigo descoloca los análisis del PCE. Franco nombra el 10 de julio de 1962 un nuevo gobierno en el que figuran Manuel Fraga Iribarne, Gregorio López Bravo y Manuel Lora Tamayo, entre otros. Azules, opusdeístas y católicos vuelven a recogerse bajo el manto del Caudillo. Es, en cierta medida, el último gobierno de amplia representación de las «familias» que sostienen la dictadura y, sin embargo, el partido repite puntualmente sus tesis sobre el incremento de la debilidad, hasta tal punto que parece que cualquiera que hubiera sido el gobierno la declaración no variaría. El nuevo Gobierno refleja el estrechamiento de la base en que se apoya y el endurecimiento de su política… es un jalón más en el proceso de descomposición de la dictadura, de su debilitamiento y aislamiento… [y] demuestra, una vez más, lo quimérico de toda ilusión en una liberación…[10].

Independientemente de que toda quimera sea una ilusión, la declaración trataba de resolver la complejidad de aquella situación, con un régimen que daba un paso adelante y varios atrás, con unas clases dominantes que hacían otro tanto y quizá por eso mismo fueran tan identificables oligarquía y franquismo. Tratar entonces de adentrarse en ello con el fácil recurso de una declaración simplificadora era otra ilusión.

El movimiento obrero, que había tenido su gran estallido con las huelgas

asturianas de la primavera, aún se hallaba encorsetado de una parte por los sindicatos verticales, cuyo techo no había alcanzado, y de otra por mantener una estructura fantasmagórica, como eran los grupos de Oposición Sindical, siglas bajo las que se agrupaban los comunistas y simpatizantes en las empresas. Como forma de abordar la ofensiva reivindicativa carecían de todo menos de sentido, porque es verdad que frente al sindicato oficial era necesario constituir algo, y, mientras ese algo no fueran las Comisiones Obreras, el partido seguía dando palos de ciego y sin saber cómo abordar el prisma organizativo de la recuperación sindical.

La lucha obrera está estancada y el único elemento que facilita la discusión son las experiencias de los mineros asturianos. Han sabido dar una solución coyuntural a una necesidad; ellos eligen una comisión para que los represente en la negociación y la exposición de sus exigencias, pero inmediatamente después deja de existir, haya triunfado o fracasado en sus objetivos, de modo que carecen de continuidad. Nacen con la reivindicación, sobreviven durante el conflicto y se disuelven después. El partido está atento a la experiencia, pero la considera incorporable a la línea de Oposición Sindical, no como futuro esbozo de otra estructura sindical paralela a la oficial. Por eso, cuando en el verano de 1962 se quiere ejemplificar la experiencia de Asturias a toda España, se escribe: No debe haber fábrica, taller, mina, sin una comisión obrera… Estas comisiones son la base de la Oposición Sindical que debe también organizarse en el interior de los Sindicatos Verticales[11].

El partido está atento a esta novedad, pero lo sustantivo era la Oposición Sindical dentro del entramado verticalista. No había condiciones para verlo más claro; el movimiento obrero no se había prodigado con sus luchas y, lógicamente, no cabían diseños de oficina. Por primera vez se percibe una cierta incomodidad en el Ejecutivo sobre esta disyuntiva del Movimiento Obrero que alcanza su punto álgido en la segunda mitad de 1962. La misma metodología de la discusión revela la magnitud del dilema y la confusión existente. El órgano teórico del Partido, Nuestra Bandera, abre una especie de encuesta entre los cuadros políticos y los militantes con experiencia sindical[12]. En realidad responde a una reunión del Ejecutivo con militantes obreros del interior.

Conforme se analiza la única experiencia viva y caliente, que es la de Asturias, se pasa de unas concepciones que seguían el esquema trazado en el exilio (las comisiones obreras en las empresas [son] el comienzo de lo que deben ser los Comités de Oposición Sindical), hasta los primeros esbozos de lo nuevo, las

Comisiones Obreras como un organismo de unidad y representación de los trabajadores; un principio de democracia obrera aun bajo las condiciones del franquismo. Se especifica ya lo que con el tiempo será la fórmula del nuevo sindicalismo, aunque la terminología permanezca arcaica: La base de la Oposición [sindical] son las Comisiones de Empresa. Durante algún tiempo aún se seguirá hablando de la oposición sindical obrera. La aceptación de las Comisiones Obreras como algo autónomo y no dependiente de la fantasmal Oposición Sindical se producirá a partir de 1966.

No estamos ante una diferenciación teórica y léxica que oculta una realidad a la que todos conciben de la misma manera. Estamos ante una flexibilidad de comportamiento, porque desde el exilio aún no hay, en el Ejecutivo, la suficiente experiencia de la cotidianeidad sindical como para diseñar un modelo. De ahí lo muelle del comportamiento durante el periodo 1962-1966. En las condiciones en que se mueve el PCE es lógico; en primer lugar la clandestinidad, luego la distancia geográfica y por fin el ínfimo nivel político de la clase obrera que ha sobrevivido, soportando una presión terrible del sistema. Ahora esta empezaba a acumular experiencia. No olvidemos que un obrero, dirigente sindical en 1962, había pasado obligatoriamente por una de estas dos experiencias: o la represión le había golpeado de tal modo que el miedo le había calado hasta los huesos; o, después de un desinterés absoluto por la clase a la que pertenecía, había ido recuperando la seguridad en sí mismo y en los suyos. En otros casos salía de la cárcel o volvía discretamente del exilio con otro bagaje y otro espíritu.

Carrillo, Claudín y los dirigentes más despiertos, curiosamente, no participarán en este terreno de la indefinición sindical: comprenden lo limitado de la Oposición Sindical y aún no perciben lo novedoso de unas formas sindicales flexibles, especialmente adaptadas a las condiciones de clandestinidad y carentes de carácter políticamente definido, las Comisiones Obreras. No pueden percibirlo; entre ellos y la realidad se encuentran la distancia geográfica y una información básica. Si en abril de 1962, a raíz de las unitarias huelgas asturianas, Mundo Obrero decía: Los comunistas podemos coincidir con los católicos en los Sindicatos…, con el programa de la Oposición Sindical, un año más tarde se utilizará la encíclica del papa Juan XXIII, Pacem in Terris, para defender el trabajo en común, y las huelgas asturianas del verano de 1962, de nuevo en la minería, se denominarán en la prensa del partido las huelgas de la unidad de acción de comunistas, socialistas y católicos, que utilizaron la verdadera representación de todos los mineros, las comisiones obreras[13]. Y, sin embargo, el partido sigue indefinido, aunque atento a la experiencia más elevada hasta

entonces alcanzada, la de Asturias. En Madrid, no obstante, durante 1963, son detenidos y condenados en consejo de guerra, a penas que iban de cinco a dieciocho años, cargos legales del Sindicato Vertical, como Cristiano Cea y Agapito Recio, por su trabajo militante en la Oposición Sindical.

Lo importante era dar tirones, más que consolidar las formas que se adoptaban. Por eso, cuando los mineros asturianos vuelven a la huelga, en el verano de 1963, en esta ocasión espoleados insistentemente por el partido, el desastre será mayúsculo y la experiencia práctica se estancará. Santiago seguiría repitiendo aquella frase de 1961 que haría chistoso a Múgica Herzog: Santiago me ha dicho que tenemos que lanzarnos en Euzkadi porque ya no puede contener más a los de Valencia y tiene miedo que se precipiten. Y en Valencia, claro, no había nada y Santiago era el primero en saberlo. Lo importante para él no era la forma que adoptara, sino lo que podía significar el esperado golpe definitivo. Aunque no se le escapaba que en el verano una huelga general era aún más impensable que durante el invierno, insistió en ella con furor y allí fueron los mineros, a un callejón sin salida del que tardarán muchos años en recuperarse. La minería asturiana dejaría de ser la vanguardia de la clase obrera española, que la honró durante décadas. Otros elementos vinieron también a facilitar ese retroceso, pero, de todos modos, desde las huelgas del verano de 1963, la minería asturiana vacilaría en los momentos de tensión general. El juicio de Carrillo ante la huelga y sus consecuencias fue muy diferente, lo emitió por Radio España Independiente el 19 de septiembre de aquel año kaput para los asturianos: Si como hemos propuesto tantas veces los comunistas, existiera en escala nacional la unidad entre el Partido Socialista y el Partido Comunista… la huelga de Asturias habría sido acompañada por la huelga general en toda España y a estas horas el franquismo habría recibido un golpe mortal.

Todo se reducía a eso, a intentar día tras día, mes tras mes, clase tras clase, un golpe mortal. ¡No iba a tener tan poca suerte como para que alguno no le saliera bien! Su marxismo se reducía a aceptar la dictadura del proletariado, la lucha de clases, y algunas generalidades más, pero, en cuanto a analizar los fenómenos históricos y los ritmos y las relaciones de fuerzas, eso ya pertenecía a la galaxia de los que hacían teoría. Lo que más le gustaba de El Estado y la Revolución, de Lenin, era ese fastuoso final: «Es más agradable y provechoso vivir la experiencia de la revolución que escribir acerca de ella».

HAN MATADO A JULIÁN GRIMAU

El año 1962 legó a su sucesor dos regalos siniestros. Solo uno tendría consecuencias sangrientas, pero en principio ambos afectaban al desarrollo del partido y a su imagen pública, a su prestigio, que no podía quedar deteriorado ante los dos retos sin respuesta que le lanzaba el régimen. En el verano de 1962 había sido detenido Ramón Ormazábal, secretario general in pectore del PC de Euskadi; en el mes de noviembre caía Julián Grimau.

La detención de Ramón Ormazábal se produjo en el mes de junio. Sin haber sido una figura nunca, había desempeñado siempre papeles delicados y hasta notorios a la sombra de los grandes; desde la defenestración del secretario general del PC de Euskadi, Juan Astigarrabía, en 1937, hasta el periodo final bélico recluido en el campo de Albatera, y posteriormente en el exilio, donde fue uno de los pocos que residiría algún tiempo en Estados Unidos. Hombre de mal carácter y de inusitada agresividad, mantuvo siempre con Carrillo difíciles relaciones. Él se consideraba un veterano que había ingresado en las filas comunistas antes de la guerra y veía en Santiago a un socialista blando y dudoso. En los años de la posguerra mundial serían Leandro Carro y Manuel Cristóbal Errandonea quienes representarían en el Comité Ejecutivo al PC de Euskadi. A la muerte de Errandonea en 1957, Santiago considerará que Ormazábal es el único posible entre los escasísimos candidatos a dirigir el partido en el País Vasco. Llega a Bilbao clandestinamente en 1962, cuando empezaban en Vizcaya las huelgas en solidaridad con los mineros asturianos. Le acompaña Gregorio Rodríguez, último secretario de las JSU en el exilio. Se mueve en el reducido círculo de los comunistas vascos, que contaban con escasa base obrera fuera de Altos Hornos, donde conservaban una organización considerable desde 1957.

El acoso policial y el furor activista de Ormazábal, su inexperiencia en el trabajo clandestino, facilitará la entrada en la cárcel del núcleo dirigente del PC de Euskadi. Además de él, que apenas si llevaba unos meses en el interior, serán detenidos el guipuzcoano Enrique Múgica Herzog, el pintor Agustín Ibarrolla y el crítico de arte del diario bilbaíno Hierro, Antonio Pericás, entre otros. El único foco del partido en la zona resultará descabezado y el movimiento obrero en la margen izquierda quedará en manos durante algún tiempo de la UGT de Nicolás Redondo y los Solidarios Vascos del PNV.

Julián Grimau era otro tipo de persona y, frente a la imagen que ha dado la leyenda y la calumnia, pertenecía a los cuadros oscuros, discretos, nada ambiciosos y sobre todo absolutamente entregados. Llevaba viviendo en España clandestinamente desde 1957, primero en Barcelona y luego en Andalucía. En el verano de 1959, tras la detención de Simón Sánchez Montero, se traslada a Madrid. Había trabajado en la Comisión de Interior, en París, bajo las órdenes directas de Carrillo. En Madrid se ocupaba fundamentalmente del sector obrero, lo que dice bien a las claras que no sentía ningún temor especial, fuera del lógico impuesto por la represión.

Hay varias hipótesis sobre el envío de Grimau a España y el papel de Carrillo. En un principio no estaba destinado a cumplir dicha misión de entrar clandestino, pero ante la negativa de otro cuadro en el exilio, José María González Jerez, que alegó no tener madera de héroe, Grimau aceptó el riesgo. La dirección del partido y el secretario general, tanto Dolores primero como Santiago después, conocían perfectamente la biografía de Grimau, según consta en los archivos del PCE escrita de su puño y letra, como hacían todos los miembros del Comité Central antes de ser cooptados. Pero tampoco se daba demasiada importancia a que un hombre, con los antecedentes de Grimau, pudiera ser objeto de mayores represalias que otros enviados al interior después de haber hecho las guerrillas o de haber estado en los servicios de espionaje durante la guerra. No había mucho donde escoger y es lógico que las razones que primaran fueran de tipo personal: valor físico, fidelidad, abnegación.

Julián Grimau era uno de esos militantes que consideraba un honor que el partido le encargara las misiones más difíciles. No ponía jamás pegas y, siendo hombre de natural nervioso, se mantuvo cinco años en las dificilísimas condiciones de un clandestino de aquella época aunque, todo hay que decirlo, no fuera precisamente un modelo de rigor conspirativo. No se le arrugaba el ombligo por entregar paquetes de propaganda a las puertas de las fábricas a algunos camaradas remolones, lo que expresa su valor y también sus defectos. Sin embargo, su detención demostró que hasta aquel momento la policía no tenía ni idea de su presencia en Madrid.

Había ingresado en el partido, como tantos, al comienzo de la guerra civil. Pese a sus veinticinco años, y en esto se diferenciaba de muchos, ya tenía una experiencia política cuando da ese paso. Nació en Madrid de una familia de clase media y numerosa (ocho hermanos). Había dejado los estudios a los catorce años y se metió en el mundo de las imprentas, donde su padre tenía un cargo de cierta

significación en la empresa editora Espasa. Aunque siempre estuvo afiliado sindicalmente a la UGT, su primera actividad militante coincide con su estancia en La Coruña empleado, durante dos años, en Iberoamérica de Publicaciones: se afilia a la organización radical y nacionalista ORGA[14]. Al volver a Madrid, en 1934, ingresa en el Partido Republicano Federal y sigue a Casares Quiroga en la formación de Izquierda Republicana, quienes al estallar la guerra le proponen formar parte de los Servicios de Seguridad de la República, cosa nada extraña, porque su padre ya había sido comisario de policía en Barcelona. Se convierte en funcionario del Cuerpo General de Policía y en octubre de 1936 entra en el Partido Comunista.

En aquellos momentos no había precisamente muchos funcionarios adscritos a la izquierda y menos aún al Partido Comunista. El ascenso de Grimau fue vertiginoso y de resultas de las necesidades del propio partido. Así, cuando se produce el controvertido 7 de noviembre de 1936, con las tropas sublevadas a punto de tomar Madrid, con el pueblo en la gesta desesperada de la defensa y con la instauración de la Junta de Salvación y Santiago Carrillo encargado del Orden Público, Julián Grimau fue nombrado «Jefe de Grupo de la Brigada Criminal de Madrid».

Que su actividad represora debió de ser eficaz lo demuestra el que sea ascendido a «Secretario General de Investigación Criminal» de Valencia y responsable del PC en este organismo. El nombramiento significaba que todos los comunistas del cuerpo general de policía dependían disciplinariamente de él. Formaba parte, por tanto, de la «Comisión de Seguridad» del PC, en la que tenía por colegas al diputado por Valencia, Felipe Pretel, a Fernando G. Montoliu, Gonzalo Lope y Jaime Cañameras. Un informe enviado desde París a la dirección del partido en Moscú resume así el curriculum de Julián: Su principal trabajo en todo el periodo de la guerra ha sido en la lucha contra los trotskistas y la V Columna. Fue felicitado y recompensado económicamente por el gobierno republicano en 1937 y en noviembre de 1938 el Boletín Oficial de la Dirección General de Seguridad de Barcelona le felicita por su celo y por su valor cuando la zona está a punto de caer en manos de Franco.

Terminada la guerra se exilia primero en Francia y luego marcha a Santo Domingo. Desde septiembre de 1940 fija su residencia en Cuba, hasta que Carrillo le llama a Francia en 1947.

Con estos datos en la mano cualquier dirigente sensible hubiera optado por

buscar a otro y no arriesgar de manera directa la vida de Grimau. Aunque se detecta, por las actas de algunas reuniones de la Comisión del Interior en París, cierto desprecio y hasta malos modos de Carrillo hacia Grimau, no se trata de odio o virulencia. Por entonces era el comportamiento habitual de un dirigente estalianista hacia un subalterno. Estoy convencido, y hablo en primera persona, de que no hubo premeditación ninguna. Hubo irresponsabilidad.

¿Quién puede decir, con un mínimo de seguridad, que si en 1959 la policía coge a Claudín en Madrid, o a Gallego en Asturias, no hubiera encontrado «motivos» para fusilarlos? ¿O a Romero Marín? Eran dirigentes comunistas que habían hecho la guerra en cargos de responsabilidad y por tanto, para Franco y el régimen, culpables por principio y carne de ejecución. En Julián Grimau mataban a un dirigente comunista del exilio que además había sido policía republicano y en este sentido se lo ponían más fácil. Pero quizá la distancia nos lleva a olvidar que el régimen no era un Estado de derecho, sino una dictadura fascista.

El trabajo de Julián Grimau en el interior, si bien no fue muy distinguido –la clandestinidad nunca es brillante–, sí fue febril. Él era el primero que no valoraba a conciencia las particularidades de su curriculum y los riesgos accesorios de su actividad. No era un hombre de clandestinidad calculada y minuciosa, como llegó a serlo Romero Marín, sino un responsable hombre orquesta, que llevaba panfletos, distribuía paquetes, contactaba con militantes de base y permanecía en movimiento constantemente.

Fue detenido por la policía el 7 de noviembre de 1962. Le entregó el militante Francisco Lara, que no conocía ni su nombre ni el nivel de sus responsabilidades. Lara era todo lo contrario de un confidente. Había sufrido torturas en los años cuarenta y su comportamiento ante la policía le mereció entonces una condena a muerte, posteriormente conmutada. Pasó siete años en la cárcel. Pero cuando la policía repitió la operación, en octubre de 1962, ya no era el mismo hombre; estaba a punto de celebrar la boda de su hija y por esas complejidades del ser humano se desfondó. Sabía que el personaje con el que estaba citado era miembro de la dirección del partido en Madrid y lo entregó.

Tampoco la policía sabía más cuando le detuvo en el autobús que circulaba desde la plaza de Roma (Manuel Becerra) y Cuatro Caminos. Hasta que él no dijo su nombre y se puso en marcha el aparato policial y político, Grimau no era más que un dirigente que como tal iba a ser torturado, según los procedimientos

habituales del Ministerio de Gobernación. En principio no arriesgaba la cabeza, si bien arriesgaba la dentadura, los ojos, la piel y los testículos.

Pero el régimen consideró el caso Julián Grimau como la oportunidad que le brindaba la casualidad para recordar a su gente que los comunistas de 1962 eran los mismos que ellos habían vencido en la guerra y que, por eso mismo, frente a tales no había más procedimiento que el que se había aplicado a partir del 18 de julio: denunciarles primero, calumniarles después y masacrarlos al fin.

Desde el mes de julio de 1962 el régimen tenía un nuevo gobierno, una de cuyas figuras era Manuel Fraga Iribarne, ministro de Información y Turismo. Quizá la característica más llamativa es que Fraga y su equipo adoptaron una actitud ofensiva allí donde, desde hacía algún tiempo, había la defensa como respuesta. Se comprobará en tres ocasiones: durante los documentos de 1963 contra las torturas, en el aprovechamiento de la crisis del PCE y durante el caso Grimau. En las tres se recurrió como tónica dominante a la intoxicación y su caldo de cultivo; la extorsión de los hechos y la falsedad. El caso Grimau constituyó la prueba de fuego de su recién conquistado ministerio. Flanqueado por sus ayudantes de campo, Carlos Robles Piquer, su cuñado; Manuel Jiménez Quílez y Adolfo Martín Gamero (años después ministro de Información y Turismo), por citar a los más sobresalientes, afrontó la primera rueda de prensa en noviembre de 1962, avanzando las bases de un dossier de supuestos crímenes de Grimau, a quien Fraga denominó «ese caballerete». Entre los objetivos estaba el de separar aún más al PCE de sus aliados, que el régimen siempre creyó muy apegados, reflejando con el recurso de Grimau que en el PCE nada había cambiado y que la reconciliación nacional era una gran mentira, como lo probaba la categoría de «chekista» del detenido.

El partido no tuvo más remedio que aceptar el reto, al margen de que a Santiago dicho reto le envalentonara y le hiciera recuperar un protagonismo que la situación después de Múnich le había negado. También confirmaba dos tesis machaconamente repetidas por el partido, y con justeza, según las cuales seguía siendo el PC el enemigo fundamental del régimen, que al tiempo desenmascaraba su careta de «liberalización». El franquismo volvía a ser durante el caso Grimau una foto ampliada de sus señas de identidad, de su fascismo, que salió a flote tanto en el comportamiento policial como en la utilización falaz y extorsionada de su figura, cuando se iban a cumplir veinticinco años del final de la guerra.

El desarrollo del juicio vino a añadir elementos a la corrupción y dependencia de la judicatura respecto al régimen. Fue una siniestra farsa en la que Julián Grimau iba a ser la víctima. El aparato represivo, jurídico e informativo del franquismo se volcó contra él, y si bien fracasó en una parte de su plan, en aquella de aislar y desenmascarar al PCE y su reconciliación nacional (que se vio fortalecida), sí acertó a demostrar que el filo de su espada no estaba tan mellado como se creía y que no se dejaría arrinconar fácilmente. Franco frente al mundo. Ganó el dictador, si se puede llamar victoria al fusilamiento de un ciudadano por acusaciones que con la misma vara de medir hubieran obligado a ejecutar al plenario del propio sistema que le acusaba. No era precisamente el régimen quien tenía autoridad moral alguna para acusar a un hombre por hechos represivos cometidos durante la guerra civil, tanto más si los mismos acusadores habían seguido haciéndolo, más injustificadamente, hasta aquel mismo momento.

La apreciación política que hoy se puede hacer es que Franco quiso dejar bien claro que la herida de la guerra civil estaba abierta y que de ella, de su victoria, extraía su fuerza. La misma base de la condena a muerte especificaba que se trataba de un «delito de rebelión militar continuado» y por eso mismo cualquier otro dirigente del partido podía haber sido incluido bajo dicho apartado.

Desde su detención el 7 de noviembre fue torturado sin límites en la Dirección General de Seguridad. Cuando llevaba más de 48 horas enfrentado a este trato «cayó» por la ventana. Por los diversos testimonios, incluidos los informes médicos, el cálculo de probabilidades indica como más plausible que fuera la propia policía quien le arrojara. No es sencillo que él mismo, en un intento supremo por terminar con su martirio, se arrojara por ella. Para hacerlo se necesitaban fuerzas, carecer de vigilancia y unas ventanas limpias de obstáculos, condiciones todas que no se daban en este caso. No hay ningún precedente en la amplísima lista de torturados en la DGS de la Puerta del Sol. Los mismos informes oficiales son casi una prueba de su autoinculpación. De todos modos, la discusión es de un bizantinismo siniestro: dilucidar si las torturas policiales le indujeron a tirarse por la ventana o si fue la policía quien lo tiró. Su comportamiento deja fuera de dudas su valor y la fuerza de su carácter. Grimau era un cuadro político con las limitaciones y la capacidad que ello suponía en 1962, pero su entereza y el arraigo de sus convicciones no se cuestionan. Pronto supo que iba a morir a menos de traicionar y lo asumió con una dignidad de la que carecieron policías, jueces y ministros.

Para añadir al caso su lado tragicómico, como si un duende benéfico facilitara al PCE su campaña desenmascaradora, el comandante auditor y principal acusador de Grimau, Manuel Fernández Martín, era un perillán, fraudulento y marrullero, que había falsificado, gracias a sus méritos de guerra y de posguerra, el título de abogado. Tan solo había hecho dos asignaturas de primer curso en la Universidad de Sevilla; la guerra, la pistola y los tiempos que corrían hicieron de él un hombre ideal para acompañar al juez, coronel Eymar. Frente a ellos el defensor militar, capitán Alejandro Rebollo, no podrá hacer nada pese a sus esfuerzos. Una mascarada que acabó en pena de muerte.

La sentencia la ejecutaron un sábado a las cinco y media de la madrugada en el campo de tiro de los cuarteles de Campamento, a las afueras de Madrid. Se encargó un pelotón de soldados del regimiento Wad-Ras allí acuartelados. Fue el 20 de abril de 1963. Aquel crimen político no era la representación de la fuerza del régimen, pero tampoco era –como escribió Carrillo– la prueba de su debilidad. Refleja solo la naturaleza de su fuerza, que al tiempo podía ser su debilidad, porque veintitantos años después de la guerra Franco se mantenía en las mismas coordenadas de su victoria bélica. Sus aliados occidentales, igual que antaño los del Eje, le consideraban una pieza fundamental de su tablero, sin recambio posible.

Las manifestaciones en el mundo se sucedieron durante y después del proceso. No solo la intelectualidad mundial, sino los gobiernos, trataron de inmovilizar la mano del dictador; desde el laborista Harold Wilson hasta Nikita Kruschev. Como señaló el entonces corresponsal de Le Monde en Madrid, José Antonio Novais, hubo algunas ausencias significativas, como la del Vaticano y, por supuesto, los Estados Unidos, que eran los únicos que podían conseguirlo; no es concebible tampoco que lo hicieran en un momento de retorno a las bases de la guerra fría y con un movimiento comunista radicalizado.

Grimau no fue la única víctima. El PCE, si bien se sintió respaldado por sectores que no hubieran soñado nunca ir junto a él, salió debilitado del combate. En primer lugar, no confirmaba, al permitir ese «asesinato legal», la potencia de su fuerza y la debilidad del enemigo. El objetivo, que era salvar la vida de Julián, había marrado y cualquier subterfugio no era más que eso, un subterfugio.

Los esfuerzos en el exilio, todo hay que decirlo, carecieron del entusiasmo y no digamos del riesgo del interior, e incluso de la sensibilidad de los militantes clandestinos. En Madrid una especie de Estado Mayor del PC se instaló en la

clínica privada del doctor Caldas, en la plaza de Salamanca, cedida expresamente por un hombre que ni siquiera era militante. Fue uno de tantos gestos abnegados de gentes como él, que procedían de las filas vencedoras en la guerra civil, y que se sensibilizaron ante aquel crimen sin permitirles el lujo de la neutralidad. Joaquín Ruiz-Giménez en su condición de cristiano y exministro, visitó a los hombres clave del gabinete (Muñoz Grandes, Fraga, Castiella), pero no tuvo éxito. La intelectualidad, tanto la opositora como la oficiosa, respondió tratando de salvarle la vida. Laín Entralgo, Bergamín, Aranguren, e incluso el solitario y esquivo Xabier Zubiri, manifestaron su deseo de no más crímenes, frente a tanto silencio que sería curioso hoy revisar. Menéndez Pidal, don Ramón, se convirtió en viajero a sus noventa y tres años, visitó en Toledo al cardenal primado, y se vistió de gala para ir al Pardo la misma madrugada que le dijeron que ya no era necesario, que el crimen se había consumado.

Para el partido en su conjunto el fusilamiento de Grimau fue una conmoción que multiplicó las frustraciones; después de años alimentando la confianza en su fuerza, ahora no conseguían salvar a uno de sus militantes. No ya derribar al régimen y traer la democracia, sino salvarle la vida. Había algo que nadie quiso enunciar, pero que supuso una quiebra ideológica para muchos: en toda España, fuera de valerosos gestos individuales, la respuesta fue débil. Es verdad que en la cárcel de Burgos algunos encarcelados que estaban en los aledaños del partido hicieron el gesto contra corriente de ingresar en el PCE. Pero esta actitud de Jordi Conill, Eliseo Bayo y Fernando Sagaseta no podía más que contrastar con la apatía general.

Más aún que en la fracasada HNP de 1959, el partido se encontraba frente a sus propias imágenes, negándose a reconocerse en el espejo, empecinándose en no admitir esa verdad que no tenía por qué ser decepcionante: aún faltaba mucho. La política, por una vez, había aparcado a la imaginación y ponía ante los ojos una realidad mucho más difícil que la de los sueños. En Madrid, la convocatoria de una manifestación de protesta no tuvo eco; en 1962 aún el régimen podía asesinar impunemente, o lanzar a la gente por las ventanas de las comisarías. Y por eso, que no estaba escrito en los análisis, que ni siquiera se incluía en nota a pie de página, se contuvieron los espíritus y allí no pasó nada. Cada uno con su conciencia.

Este es exactamente el caso que provocará el estallido de una crisis en la organización de Barcelona. El responsable de la organización de intelectuales, que agrupaba también a los estudiantes, el filósofo Manuel Sacristán, enfrentado

a esa impotencia de la realidad, convocó una manifestación. Él solo, porque no pudo arrastrar al Comité, que justamente consideraba el gesto una temeridad; además, Grimau llevaba muerto casi dos semanas. Pero allí fue Sacristán y 16 más, respondiendo con inaudita coherencia a su propia convocatoria: el 2 de mayo en la Fuente de Canaletas.

Habrá 17 detenidos, todos militantes, con su responsable al frente. Será un gesto quizá políticamente inútil, que significó para Manuel Sacristán las críticas ladinas de muchos dirigentes del PSUC y el respeto cargado de estupefacción de la policía barcelonesa, que se encontró a un hombre que, por vez primera desde el final de la guerra civil, afirmaba ser «marxista-leninista» mientras el funcionario de turno aporreaba la máquina de escribir. Según los informes que llegaron a la dirección del PSUC, sus colegas de la dirección en Barcelona achacaron el gesto a «su espíritu de mártir», pero este revelaba por encima de todo una cosa: el rechazo frente a aquel conformarse con seguir hablando de las cosas sin poder modificarlas.

No era extraño que se produjera eso en Barcelona; la organización de intelectuales, de mayoría estudiantil, había ya manifestado, poco antes del fusilamiento de Grimau, el primer signo público de inclinaciones dogmáticas, desdeñosas de las «libertades democráticas». Señalaban como objetivo la Unión Soviética, donde ha podido desaparecer la dictadura del proletariado y convertirse en una democracia de todo el pueblo[15].

¿Quién era Manuel Sacristán, el primer «marxista-leninista» que había tenido el valor de admitirlo ante la única institución, la policía, que concedía títulos de validez intelectual? Él será protagonista de la primera crisis de los intelectuales del PSUC y también el reflejo de la frustración generada por el fusilamiento de Julián Grimau. Después de las dudas epistolares de Javier Pradera en 1960, la vuelta a la ortodoxia y el endurecimiento del lenguaje de Sacristán, amén de su gesto del 2 de mayo de 1963, venían a advertir que en el PCE-PSUC los tiempos de la tranquilidad y la brillantez sempruniana habían terminado. Fuerzas intelectuales de primer orden, como Sacristán, presionaban por una vuelta a las raíces del dogma.

El filósofo Manuel Sacristán era, en 1963, la figura en torno a la cual, para bien y para mal, giraba la actividad de la intelectualidad marxista catalana. Había ingresado en el partido, en París, a mediados de los cincuenta, tras su vuelta de la ampliación de estudios en la universidad alemana de Münster. Allí había

convivido con otros dos intelectuales que dejarán huella en la cultura española, el médico socialista, y luego novelista, Luis Martín Santos, y el editor y poeta Carlos Barral[16].

La formación intelectual de Manuel Sacristán, científica y humanística, estaba muy por encima de la capitidisminuida inteligencia universitaria española. Traductor e introductor de Lukács, Gramsci y el neopositivismo lógico, es el primer marxista revolucionario en el panorama español que ha leído los textos y no las referencias. Habla con propiedad y está al tanto de las discusiones ideológicas que se desarrollan en Europa. A esta formación de primer orden unía un carácter complejo, una personalidad agria y dura tanto para sí mismo como para los que le rodeaban. Procedía de las filas falangistas, con las que había roto violentamente y sin paliativos, costándole más de una amenaza y algún disgusto. Estaba casado con una italiana comunista, Giulia Adinolfi.

Su carácter nada flexible, ni en términos humanos ni ideológicos, sumado a su indiscutible autoridad teórica y ética, condicionaron durante muchos años el desarrollo de la organización comunista entre la intelectualidad catalana. En el primer Congreso del PSUC (1956) fue nombrado miembro de su Comité Central, aunque no frecuentó sus reuniones. Su opinión sobre el núcleo dirigente del PSUC era, lógicamente, mala y con el tiempo y el conocimiento se fue haciendo peor. El trato de Sacristán con el exsastre Gregorio López Raimundo, que había vuelto clandestinamente a Barcelona en octubre de 1962; con el economista formado en la URSS, Gabriel Arrón, Gaspar Aribau; y con la ama de casa Leonor Bornau, Teresa Bonet, no podía ser fácil para un hombre de sus características. Excuso abundar, cuando se trataba de hombres hechos de piedra pómez, como Josep Serradell, o dúctiles «monas de pascua», como Pere Ardiaca. Años más tarde, con el médico Gutiérrez Díaz serán violentas e imposibles. Su compleja personalidad se agravaba por su precaria salud (carecía de un riñón) y se convertía en un arcano insondable para aquellos dirigentes que se había inventado Santiago. Sin embargo, con Carrillo la relación era diferente.

Santiago veía en él un militante de indudable utilidad política y de ahí que forzara al PSUC a mantenerle aunque fuera en el congelador. Incluso a favorecer convertirle en profesional del partido. Su fracaso en el reaccionario mundo académico le enajenó la posibilidad ética de intentarlo. Se había presentado a oposiciones a cátedra en 1962. Le venció, y no en buena lid, el entonces filoopusdeísta y neoescolástico Manuel Garrido. Entre las razones de la derrota oposicional fue señalado, por parte del tribunal, que en su importante artículo

sobre filosofía contemporánea, publicado en la Enciclopedia Espasa (suplemento 57-58) dedicaba más espacio al positivismo y al marxismo que a la neoescolástica. Tras esta experiencia, la dirección del PSUC discute la posibilidad de darle cinco mil pesetas mensuales para que se dedique más al partido. No debieron de concretarse, porque su actividad siguió siendo la de un militante disciplinario pero difícil, que empleaba en las actividades partidarias el tiempo que podía robar a sus traducciones, sus estudios y sus clases como profesor contratado en la facultad de Económicas de Barcelona.

Había en Sacristán una veta de rigor analítico que chocaba reiteradamente con la forma de elaborar la línea política tanto del PCE como del PSUC. En el otoño de 1961 había enviado a la dirección del PSUC una carta en la que criticaba las improvisaciones tácticas y estratégicas del PCE-PSUC, y señalaba, entre otras cosas, que el descartar por principio la lucha armada y la constitución de «organizaciones de intelectuales» eran muestras del escaso espíritu leninista del partido. El 8 de noviembre de aquel año, Fernando Claudín orientaba al PSUC sobre el caso Sacristán. Frente a su consideración intelectual de no perder de vista la lucha armada como principio, Claudín le trasmitía al PSUC estos argumentos para que, a su vez, le replicaran al filósofo en Barcelona: Los grupos armados no corresponden a la situación actual, en cambio sí grupos de choque que en el movimiento de masas tengan la misión de formas de acción más violentas (tachuelas, enfrentamientos con la policía que quisiera romper una manifestación, romper cristales). Este nivel de réplica sacaba, lógicamente, de quicio a Sacristán y le retraía.

Aunque era uno de los pioneros de la organización de intelectuales de Cataluña, no tendrá apenas participación en el primer periodo de la revista de los intelectuales del PSUC, Nous Horitzons. Este importante órgano teórico había nacido de la experiencia de los Quaderns de cultura catalana que redactaban en el interior los escasos resistentes coordinados por el historiador comunista Josep Fontana. En 1960 aparecerá el primer Horitzons, editado en México, pero al quinto número tendrá que ampliar su título por problemas legales, pasando a denominarse Nous Horitzons. La dirigían dos miembros del Comité Ejecutivo, Pere Ardiaca y Francesc Vicens, y algunos militantes exiliados como Jordi Solé Tura, entonces en París, y exiliados más veteranos, como el homónimo personaje de Dumas, Armando Duval, y el singular autodidacta Joan Martorell, prisionero en el campo de concentración de Dachau y hombre relacionado con la intelectualidad comunista gala en su condición de yerno del editoralista de L'Humanité, André Wurnster.

Contra lo que podía pensarse en principio, Sacristán no frecuentará Nous Horitzons. En los cuatro primeros números solo publicará un trabajo, interesante, sobre la «alianza impía» entre el neopositivismo y la teología[17].

Lo más llamativo será su firma, su seudónimo de «M. Castellá», quizá para afirmar que él era «Manolo el Castellano», nacido en Madrid en el año de gracia de 1925. Su primera reacción ante el número 1 de la revista es sintomática de su manera de ser; el ejemplar contenía una crítica durísima a la poesía de un intelectual catalanista independiente, y una defensa apasionada del libro primerizo de un militante del partido. Hacemos igual que los del café Gijón, dijo, refiriéndose al estilo camarillero del Madrid cultural.

A finales de 1962 el comité de intelectuales de Barcelona tenía, además de Sacristán, otros personajes, como el médico Antonio Gutiérrez, futuro secretario general del PSUC, el poeta Francesc Vallverdú, Vernet, y el historiador Josep Fontana, Rosell. Pronto se sumarán militantes veteranos como el abogado Solé Barberá que adoptará el sintomático apodo volteriano de Panglos, y el joven, abogado también, Augusto Gil Matamala. La militancia en este sector ascendía en febrero de 1963, según cálculos oficiales, a más de sesenta: médicos (7), teatro (14), cine (4), abogados (3), enseñanza (8)…

Esta organización, sensible a los acontecimientos, se siente particularmente afectada por la disociación entre lenguaje triunfalista y realidad misérrima. La sufrieron durante el juicio y posterior fusilamiento de Julián Grimau. Refiriéndose a ellos con su singular y despectivo tono, Carrillo afirma: Los intelectuales de Barcelona siguen con la idea de que deben ocuparse solo de la ideología ¡y dicen esto cuando Tierno, Ruiz-Giménez, Aranguren, Castellet, todos los burgueses y simpatizantes hacen política…! Además, en su mayoría, son incapaces de elaborar ideología.

Nos estamos acercando a la explosión que unos meses más tarde tendrá lugar en un palacete de Arrás y conviene, para entender lo que va a ocurrir, detenernos aún en el PSUC deshaciendo la imagen, que gozará durante años, de que su distanciamiento del fenómeno estalinista era bastante más profundo y evidente. Posiblemente se trate de un espejismo basado en la falta de información, porque los elementos diferenciales, atípicos, del PSUC respecto al PCE se uniformizaron tras el caso Comorera. Sus liquidadores seguían férreamente identificados con el esquema del pasado, sin revisar un ápice de él, ni siquiera planteárselo. Casualmente, en 1963 el caso de Sebastián Piera dará la medida

exacta del estado de la cuestión.

En mayo de 1963 un veterano militante del PSUC, expulsado en 1949 bajo la acusación de agente titista e infiltrado de la policía, escribe a Dolores Ibárruri desde su lugar de deportación en Córcega, a donde le llevó la policía francesa, en 1951, por comunista. Se llama Sebastián Piera.

Apreciada camarada Dolores: He estado muchos años pensando en si debía escribirte y explicarte mi situación; pero la esperanza suscitada por el XX Congreso y las múltiples cartas enviadas a los organismos centrales han retrasado esta carta… Los años han pasado y ningún progreso sensible se ha producido en mi situación política. Sigo sufriendo injustamente de unas medidas que si podían aceptarse en una coyuntura muy particular, tanto en el orden nacional como internacional, hoy no tienen justificación… Dignamente lo he soportado todo, sin ceder a ninguna presión ni caer en el terreno de la desmoralización o el rencor. Llevo 12 años de deportación en Córcega y he cumplido siempre con mi deber de comunista, de lo cual pueden dar fe los camaradas españoles y franceses… Mi problema es doblemente penible [sic] porque conscientemente se ha condenado prácticamente a la misma situación a mi compañera, sin el mínimo respeto, sin el menor escrúpulo… Ni una pequeña prueba de solidaridad de los camaradas españoles, muchas de los franceses, en 12 años de deportación, ni siquiera cuando la policía francesa nos arrebataba nuestro hijo de 16 meses con el intento de realizar el más vil de los mercados y de los chantajes… La deportación ha sido dura en todos los órdenes y si hoy gracias a un esfuerzo tenaz y constante tenemos una vida digna, ha sido porque hemos hecho frente a ella con resolución, comunistas acostumbrados a las dificultades y a los sacrificios. Yo he aprendido el oficio de «charpentier» en la construcción y me proporciona grandes satisfacciones en el trabajo creador. Tenemos 3 hijos, dos de ellos nacidos en la deportación y procuraremos hacer de ellos 3 comunistas…

Solo pedía la revisión de su caso y volver al PSUC con la cabeza alta del hombre que se sentía calumniado desde 1949 y que cree, después de catorce años y del XX Congreso antiestalinista, que es hora de que se le reconozca su dignidad. Cinco meses más tarde el Comité Ejecutivo del PSUC adoptaba la siguiente

resolución: El Comité Ejecutivo del PSU de Cataluña, teniendo en cuenta que hasta la fecha no ha apreciado índice [sic] alguno que abone las sospechas que motivaron en 1949 la separación del partido del camarada Sebastián Piera, RESUELVE cancelar dicha separación y devolver a Piera los derechos de militante.

El lacónico documento lleva la firma personal de Gregorio López Raimundo. Y en el mismo original, de su puño y letra, hay una especie de «visto bueno» con las siguientes palabras: Gregorio. Estoy de acuerdo. Santiago Carrillo. Sebastián Piera ya sabía a qué atenerse; ni una autocrítica, ni una palabra de consuelo al que había pasado por las mayores dificultades, acosado por la policía francesa y acusado por sus camaradas. Los criminales perdonaban a sus víctimas siempre y cuando sus víctimas admitieran que criminales y víctimas habían sido esclavos de las circunstancias. Singular revisión histórica. El PSUC y el PCE no eran dos caras de la misma moneda, todo lo más el PSUC era el canto de la moneda, apenas poco más.

EL SEMINARIO DE ARRÁS

La ejecución de Julián Grimau confirmaba el endurecimiento del régimen, pues unos meses más tarde dos anarquistas, Granados y Delgado, serían condenados y muertos a garrote vil, acusados de haber colocado un explosivo en la oficina de pasaportes de la Dirección General de Seguridad.

El partido se encontraba metido también en un proceso de endurecimiento, que los acontecimientos solo vinieron a agudizar. ¿Cómo veía este panorama bastante descorazonador el propio secretario general? Como siempre, bien o, por mejor decir, excelente. Irreductible a la lógica e impermeable a los hechos, escribía así el 23 de abril a otro miembro del CE, apenas tres días después del fusilamiento de Grimau: ¿Cómo se ha atrevido Franco a desafiar al mundo entero…? Existe, de momento, la posibilidad de que algunas gentes se lo expliquen como consecuencia de que Franco es todavía fuerte. Pero la verdadera explicación… la debilidad interna de Franco ha primado sobre otra consideración… Y Franco, con este gesto ha querido atajar un proceso que lleva inevitable y fatalmente a su extrañamiento del poder. Aunque había signos

evidentes que chocaban contra su política de entusiasmo, él no parecía preocupado. Las huelgas de abril y mayo han puesto en marcha un movimiento popular; que gana en profundidad y extensión, y que va hacia la huelga general.

No es posible descubrir a qué huelgas de abril y mayo se refiere, porque en 1963 las únicas huelgas importantes serán algo más tarde, a punto de entrar en el verano, y las protagonizarán de nuevo los mineros asturianos. El gobierno responderá con mayor violencia represiva aún. Centenares de detenidos y decenas de torturados. La obsesiva mancha de aceite que se iba a ir extendiendo a toda España no se produce; la llama de Asturias no se enciende, se consume. Fracasó, pues, la teoría del batallón de vanguardia que tirara de todos los demás. Al partido no le queda otro remedio que tratar de ampliar la solidaridad, la protesta.

Pero la protesta pública era fundamentalmente la intelectualidad, con mayores posibilidades y mayor eco en una sociedad como la española de 1963. Fracasados los asaltos de 1959 y su HNP, y tras el golpe moral y político que supuso la muerte de Grimau, los sectores intelectuales están sensibilizados ante dos corrientes que soplan en sus filas. Una critica al partido, su ortodoxia, sus reflejos estalinistas y su voluntarismo a ultranza, sin ninguna perspectiva de adecuación a una realidad más compleja, que exige un partido más autocrítico, más pegado a la sociedad y menos vocinglero, menos «consignero», como se decía entonces.

La crisis del movimiento comunista internacional y el fracaso de las vías pacíficas al socialismo, frente a los éxitos tercermundistas o cubanos, inclinan a una parte de la intelectualidad del partido, la más joven, hacia posiciones pro chinas, a una revisión de la coexistencia y de la política de reconciliación nacional, especialmente entre el estudiantado. Es la otra corriente. El lugar de la confrontación será Arrás, donde, en el verano de 1963, tiene lugar una concentración de más de un centenar de militantes de sectores no obreros del interior, organizado por la dirección del partido. Esta especie de seminario no era el primero que se celebraba; ya en septiembre de 1960 se había organizado otro que transcurrió dentro de los moldes de aceptación y plena unanimidad, presidido por Jorge Semprún y con asistencia de otros miembros del Comité Ejecutivo.

En 1960 habían estado presentes las figuras de la intelectualidad comunista española: el responsable del interior, Ricardo Muñoz Suay, los novelistas López

Salinas, Ferres y García Hortelano, el pintor Pepe Ortega, el poeta Julián Marcos, y los catalanes Francesc Vicens y Solé Tura. Apenas una docena. Se concretaron las tareas de la intelectualidad militante en tres puntos: lucha por la amnistía, campaña por la liquidación de las bases norteamericanas y acción a favor de la libertad de expresión y asociación. En el resumen que entonces hizo Semprún figuraba la tarea del momento, que era la de preparar concretamente la realización de la Huelga Nacional Política. Lo que no eximía a los intelectuales de tener sus propios objetivos en el terreno de la lucha ideológica: Nuestro esfuerzo principal debe ir al desenmascaramiento del orteguismo, que no obstante es un aliado en el plano político. Se rechazaban entonces, en palabras de Semprún, las peticiones de Ridruejo de no atacar al orteguismo para facilitar las alianzas.

Esto era en 1960. Habían pasado tres años y nada era igual, ni los dirigentes, aunque se llamaran por los mismos nombres, eran ya los de 1960. Tampoco los asistentes, unos porque venían por primera vez y otros porque habían cambiado tanto que ya no parecían los de entonces. Solo el lugar era el mismo: un chateau en las cercanías de Arrás, antigua mansión de un colaboracionista que ahora administraba el Partido Comunista francés.

El seminario de Arrás, en 1963, será la encrucijada en la que choquen las tres corrientes políticas en las que se debate el PCE (dogmáticos, revisionistas y maoístas). Aunque el debate se plantee sobre temas a menudo abstrusos, el substrato y las consecuencias van a ser inmediatos. Amplios sectores del partido constatarán que la propia dirección está dividida. El seminario de Arrás, que empezará siendo la ocasión para que el partido explique su línea a los dubitativos intelectuales, terminará convirtiéndose en la primera plataforma de enfrentamiento público entre dos concepciones diferentes dentro del Ejecutivo.

Asisten cerca de un centenar de militantes del interior, profesores, estudiantes, profesionales del partido, miembros del Comité Central y del Comité Ejecutivo (Claudín, Semprún, Líster, Azcárate, Eduardo García, Horacio F. Inguanzo, Tomás García, Romero Marín…). La representación más numerosa es la de Madrid: Armando López Salinas, Pepe Esteban, Amandino Rodríguez Armada (el abogado de Julián Grimau), Antonio Rato, María Luisa Suárez, los economistas Gallifa y Naredo, los pintores José Ortega y Ricardo Zamorano, el periodista Eduardo García Rico, y estudiantes de las tres corrientes, la ortodoxa (Juan Francisco Pla), la revisionista (Ignacio Romero de Solís) y la maoísta (los hermanos Lorenzo y María Eulalia Peña). En Madrid ya no está Ricardo Muñoz

Suay. Tampoco viaja regularmente a la capital Jorge Semprún, que desde 1962 no sale de París. Hay razones de índole conspirativa que recomiendan un periodo en el exilio; el ritmo de su trabajo y los contactos diversos le han convertido casi en un hombre semipúblico y su nombre y su figura han aparecido en numerosas detenciones. También hay razones políticas. Semprún desde mediados de 1962 empieza a cuestionar algunos aspectos de la línea política y a distanciarse de Santiago Carrillo. Curiosamente, descubre que otro tanto le ocurre a otro miembro del Ejecutivo con el que no había mantenido hasta entonces demasiado trato: Fernando Claudín.

También lo percibe Carrillo y facilita que Semprún «descanse» y hace traer de la Unión Soviética a José Sandoval para que le sustituya. Nacido en Gijón, como Santiago, su última profesión antes de la guerra era la de dibujante. Ingresó en el partido en 1936 y formó parte de la XI División de Enrique Líster, como instructor. Después de la batalla del Jarama le hicieron responsable de la Escuela de Partido del V Cuerpo, que comandaba Modesto. Marcha a la URSS desde Francia, en 1939, y permanece allí hasta que en 1954 le envían a Bucarest en el traslado de Radio España Independiente. Dos años después del V Congreso, donde sale elegido miembro del CC, vuelve a Moscú para «trabajar en el Instituto Marxista-Leninista». Allí están los archivos de la Komintern y colabora en la elaboración de una historia del partido junto a Manuel Azcárate, Antonio Cordón y Luis Balaguer. Desde París les exigen un resumen, que titulan «40 años de vida del PCE». Recogido y adaptado por Fernando Claudín, en París, se convertirá en la Historia del Partido Comunista de España que hoy conocemos como oficial, impresa en Varsovia (1960).

José Sandoval llevaba desde 1948 solicitando del partido que se le enviara al interior. Al fin, en el verano de 1962, se le convoca a París. Tras dos entrevistas con Semprún en el otoño de aquel año, le ponen al corriente de la situación y Sandoval entra clandestinamente en España. Según un testigo de la época, «cayó como un marciano», no sabía cómo se vivía en Occidente; llevaba veintitrés años en países socialistas. Por más que afirmara que venía de Colombia, no lo creía nadie; desde el autobús hasta las cafeterías se distinguía a la legua a un hombre como Sandoval. Lógicamente, no sabía cómo comportarse. Entró en diciembre de 1962 y fue detenido en abril de 1964, lo que, si exceptuamos los viajes a París y las vacaciones, configura menos de un año de clandestinidad. Costa, que era su nombre de guerra, a sus cincuenta años tenía una formación lógicamente estalinista, atemperada por su carácter tranquilo, comprensivo y nada exaltado. Estaba claro que Santiago –que ya empezaba a dudar de

Semprún– no había encontrado a otro para sustituirle.

Después de Federico Sánchez, José Sandoval, Costa, carecía de autoridad, entre otras cosas, porque carecía de conocimientos. Por muy mal que estuviera la España clandestina de 1963, era superior al mundo cerrado del Moscú de la misma época. Conviene tener en cuenta que la prensa comunista de Francia, Italia y España no circulaba regularmente en la URSS y los escasos ejemplares que llegaban a determinados centros oficiales eran más difíciles de conseguir que unos blue-jeans.

La organización de intelectuales que encontró Sandoval en Madrid tenía de una parte una inclinación «italiana», para entendernos, y exigía la revisión de dos posiciones inconmovibles en el PCE: el ingreso en el Mercado Común (que defendía Javier Pradera y que sostenía la mayoría) y la neutralidad activa en el conflicto chino-soviético. Además estaban los problemas derivados del responsable del sector, Armando López Salinas, que no era capaz de dar salida y solución a los debates, y que había sido sustituido «desde la base» por el entonces estudiante y luego dramaturgo,José Ruibal. Este, a quien había promocionado Pradera, tendrá un papel episódico en el partido. Tras su primera visita a París, y ante la plana mayor del ejecutivo, había causado un escándalo al intervenir contra los métodos del partido, el protocolo comunista y los hábitos arcaicos y reaccionarios. Ruibal rompió el respeto litúrgico hacia los veteranos líderes del partido.

En la historia del PCE, y en presencia de su dirección, posiblemente nadie se había puesto de tal modo a orinarse en sus pantalones. En sus borbotones de palabras y su caótico discurso cargado de verdades como puños e ingenuidades como palomas, parecía la viva descripción que hacía Gómez de la Serna en su Automoribundia: «La adolescencia es cosa bárbara, es comerse con la mirada los langostinos crudos que se ven en las pescaderías, querer cazar osos blancos en los escaparates de las peleterías, pedir un periódico que no se vende nada y que no tienen en el puesto de diarios, temer convertirse en regadera y creer que una mujer hermosa, pura y vacante nos va a detener en la calle para decirnos que nos adora. ¡Pobres!».

¡Pobres! Ruibal no durará más de un año en el partido y de los presentes en Arrás cerca de la mitad abandonarán en cuanto vuelvan a sus puntos de residencia o en el curso de los siguientes meses.

Para mayor complicación, en la Universidad de Madrid las preocupaciones de la organización estudiantil eran de otro orden. Allí, Lorenzo Peña, más conocido en la organización por El Monstruo, en orden a sus monstruosas cantidades de libros devorados, exigía una vuelta a la ortodoxia estalinista y defendía el maoísmo. Además de responsable de la organización, era la figura más prestigiosa.

Después de Madrid, por su número, seguía Cataluña (entre los 25 estaban Jordi Borja, Francesc Vallverdú, Francesc Vicens, Eduardo Punset…). La dirección del partido, su Comité Ejecutivo, aparecía y desaparecía; solo Fernando Claudín permanecerá los quince días.

Dio comienzo el 22 de julio y duró hasta el 5 de agosto, aunque por razones de clandestinidad, y para confusión de historiadores, pasará a la historia como celebrada en abril de 1963. Es importante la fecha, que incluso algunos protagonistas olvidan, porque se marginaría un hecho importante, como es el que se celebrara después de la conmoción que supuso el fusilamiento de Grimau.

La finalidad del seminario de Arrás era la de «homogeneizar a los intelectuales», discutir genéricamente sobre marxismo y línea política del partido, aunque la temática parcelada tenía gran diversidad: Estética (que dirigió Francesc Vicens); Teoría del Valor (que impartió Enrique Andrés, un economista español residente y formado en la URSS); Base y superestructura (Jorge Semprún); Estructura económica de la España actual (Tomás García, Juan Gómez), pasando por el Movimiento Comunista Internacional. El partido, la Política con mayúsculas y minúsculas, todo estuvo presente en interminables debates. Fernando Claudín trató «el materialismo histórico»; fue su última intervención ortodoxa, haciendo la exégesis del capítulo IV de la Historia del PC bolchevique de la URSS. Hasta hubo la aportación estelar del principal teórico del PC galo, Roger Garaudy, que se desplazó a Arrás.

El clima enrarecido y crítico que se iba produciendo conforme avanzaban los días y los debates alcanzó a Carrillo, que asistía estupefacto a aquellos derroches teóricos se dispuso a darles un varapalo a aquellos niñatos que discutían de marxismo, estructura y superestructura, en vez de desarrollar la manera concreta de hacer el próximo otoño la Huelga Nacional Política.

Acababa de intervenir Francesc Vicens sobre estética señalando algunos aspectos superados de la teoría de Plejanov y en un sentido muy poco lukácsiano, nada

sujeto tampoco a la escolástica estalinista, más bien ecléctico, como corresponde a un hombre más interesado por Picasso, Miró y el Románico, que por Gerasimov y el neoclasicismo. Entonces se levantó Santiago Carrillo y empezó su ataque, que dejó conmocionada a la reunión y a Vicens hecho unos zorros: Yo me excuso de intervenir fuera de tiempo, camaradas, y con todos los riesgos del que no ha asistido más que a dos sesiones de vuestro seminario… Pero escuchando al camarada Ferrán [Vicens], a mí se me confirmaban algunas ideas que empecé a tener el otro día escuchando al camarada Federico [Semprún]. Empezaba bien y apuntando con el dedo. De antemano quiero decir que no voy a hablar ni de estética ni de filosofía concretamente. Si yo tuviera que ser el secretario del partido por mis conocimientos de estética y de filosofía, probablemente no lo sería. Es terrible cuando Santiago se pone modesto y resultó admirable el toque de distinción del probablemente. Yo escuchaba esta mañana una crítica muy documentada, muy seria, sobre el dogmatismo, contra el dogmatismo… El que nuestros camaradas tengan en el terreno de la filosofía o de la estética opiniones dogmáticas en las condiciones actuales, a mí me parece menos grave y menos importante… Yo no soy una persona preparada sobre esas cuestiones más inexplorables y en las que hace falta más exploración… Santiago se movía con inseguridad en el terreno del lenguaje, siempre le ha ocurrido, pero tenía muy claro lo que quería decir:… Pero nuestros enemigos fundamentales no son los dogmáticos. Hay otros enemigos y esos enemigos no aparecen para nada en esta discusión.

El final era ambiguo, o más bien ambivalente, porque no dijo más y se fue. Podía interpretarse que se refería al franquismo, pero también a los «revisionistas» que, para algunos, infestaban aquella sala. La duda se despejaría en un corto espacio de tiempo.

De momento todos se quedaron como payasos bajo la lona: perplejos. Solo Fernando Claudín se sintió ofendido en lo más íntimo por aquella chulería de aquí-salto-al ruedo y mato-al-toro y me voy-porque-se-hace-tarde; era una ofensa a todos los presentes, empezando por él, que también era miembro del Ejecutivo y considerado el número dos, y terminando por el desarbolado Vicens, que tenía ganas de vomitar, de convertirse en un personaje de cuento infantil y de esfumarse para no sufrir la sensación de ser el sparring del secretario general.

La intervención de Carrillo iba dirigida hacia unos nombres que había apuntado en la pizarra antes de lanzar el dardo. Venía a echar leña al fuego insaciable de los estudiantes promaoístas de la Universidad de Madrid, que procedían de la

Facultad de Filosofía y que estaban imbuidos hasta la médula de los saberes neoortodoxos de dos libros de Lukács, Historia y conciencia de clase (que para ellos era el colmo de la ortodoxia leninista, sin saber que desde que se publicó en 1923 nunca lo había editado ningún país socialista) y El asalto a la razón, que tenía diez años de vida. Carrillo se había mezclado en una polémica de altura. Había dado sus zurriagazos y se había marchado. Claudín tomó la palabra y desautorizó a la autoridad, atacó muy duramente no solo el método, sino el tono del secretario general.

Ante los ojos de los presentes, Santiago Carrillo y Fernando Claudín, hasta entonces formalmente unidos, se enfrentaban en público. En una organización de tipo leninista-estalinista el asunto no dejaba de tener consecuencias y de ser objeto de los más variados comentarios. No solo no era habitual, es que no tenía precedentes. Hasta el New York Times, poco después, se hizo eco de que había crisis entre los intelectuales comunistas españoles.

La intervención de Santiago había sido la segunda maniobra para orientar aquel seminario hacia sus posiciones (aún habría otra tercera). La primera, entonces desconocida para todos los asistentes, merece la pena destacarse.

Había un ausente en el seminario de Arrás, que no solo había sido invitado, sino que iba a intervenir sobre el tema de la libertad: Manuel Sacristán, el profesor de Filosofía de Barcelona y responsable de la intelectualidad del PSUC. Según explicará Gregorio López Raimundo, Sacristán no podía asistir a Arrás porque se había comprometido a entregar a su editor un libro sobre Lógica y debía trabajar todo el verano. Lo que no se dijo es que mandó por mediación de la dirección del PSUC dos documentos que ningún asistente al seminario de Arrás conoció nunca. Es posible que López Raimundo dijera la verdad; su Introducción a la lógica y el análisis formal se publicó en 1964. También lo es que tuviera interés en hurtarse a un debate entre dos posiciones que rechazaba de antemano: la tradición voluntarista-estalinista de Carrillo y el aparato del PCE, y el «revisionismo» del marxismo humanista, como se decía entonces, cuya inconsistencia estaba aún más alejada que la anterior de su orientación hacia la ortodoxia bolchevique, del retorno a las raíces del movimiento comunista, que fueron una constante del pensamiento de Sacristán durante muchos años. Según comentaba, existía otro contencioso de tiempo atrás que le indignó sobremanera. Claudín había interpretado como un ataque a la dirección del partido en el periodo estalinista la traducción de unos versos de Bertolt Brecht, aquellos que dicen: «Cuando lleguen los tiempos en que el hombre sea amigo del hombre, sed

indulgentes con nosotros». Aquel mundo no era su mundo.

Los dos textos que Sacristán hará llegar a París para participar en el debate los secuestrará Carrillo, sospechando que se trata de orientaciones de ¡Javier Pradera!, a quien creía el diablo exmachina, como decía Semprún, de todas las opiniones divergentes. Es obvio que no había nada de eso, era más posible la influencia de Sacristán sobre Pradera, que a la inversa.

La ponencia sobre el tema de la libertad Sacristán la había titulado: Consideraciones críticas sobre los planteamientos tradicionales especulativos del problema de la libertad. En sus nueve holandesas encontró Santiago tantos elementos ideológicos incomprensibles para su caletre que quizá pensó que, tratándose del secretario general, pauta y medida de todas las cosas, lo mejor era darlo por no recibido.

Sacristán presentaba un texto muy elaborado, prácticamente un esquema para el debate entre comunistas sobre la libertad, aportando su bagaje intelectual, dispuesto a facilitar la discusión y sacarla de los moldes de la cotidianidad militante. Lo que más llama la atención de estas «Consideraciones críticas» es que estamos ante un discurso sin precedentes en la historia del PC español: un militante con profundos conocimientos filosóficos utiliza un lenguaje marxista no alambicado y en sincronía con otras elaboraciones teóricas del marxismo revolucionario occidental de 1963, ya sean Galvano della Volpe o Althusser. Y cuando escribo «en sincronía» no quiero decir coincidentes ni imitativas; todo lo contrario. En eso está lo novedoso.

No había nivel para el debate que planteaba Sacristán, pero su texto hubiera facilitado el que la discusión no se desparramara, como ocurría siempre, en las últimas lecturas de los participantes. El único modo de que algún día hubiera nivel para debates como el que sugería el texto de Sacristán era recomendar su lectura y más tratándose de militantes de sectores intelectuales que se formaban en unas condiciones históricas castradoras. Para los españoles no existían Rinascita, ni Crítica marxista, ni Nouvelle Critique, ni La Pensée. Nuestras ideas había cerrado y Realidad estaba por nacer.

Para Carrillo, en su papel de padre censor, las afirmaciones de Sacristán debían parecerle el colmo de la masturbación mental de un profesor de Filosofía que amenazaba con volver pajilleros a todos los seminaristas de Arrás. La vacilación es la forma de la tensión de contrarios en el obrar del ser consciente… El

concepto comunista de libertad significa concretar la abstracción, lo universal… Según afirmaba el mismo Sacristán en las líneas de introducción de su trabajo, se trataba de un recordatorio breve de la problemática concreta de la libertad, en el que, después de referirse esquemáticamente a los conceptos de libertad escolástico y existencial, llegaba a posiciones marxistas emparentadas con las desarrolladas por Gramsci y Togliatti, a los que cita expresamente. Decir Togliatti para Santiago Carrillo, en 1963, era referirse a un «revisionista, calumniador de la Unión Soviética». Seguro que lo pensó al leer el sánscrito del profesor Sacristán.

A estas «Consideraciones críticas» las acompañaba un texto de diferente factura y mucho más preocupante para una mentalidad operativa como la de Santiago. Eran otras ocho holandesas tituladas La práctica de la libertad, en las que se hacía referencia a la actividad de los partidos comunistas. Con un conocimiento inhabitual en la dirección del PC español, un profesor en condiciones de clandestinidad manejaba escritos de los comunistas chinos, de Togliatti y de la URSS, que seguramente el propio secretario general no debía de conocer y que por supuesto ni se había preocupado por hacerlo. Lo que debía interpretarse como el inri y la prueba del carácter atrabiliario de Sacristán y su manía de pisarle los callos al partido es que ponía, negro sobre blanco y sin ningún rubor, una cita de Stalin a propósito de la dictadura del proletariado, que al profesor le parecía una excelente formulación.

Esta segunda entrega estaba dentro de la más firme concepción ortodoxa, aunque, al tratarse de Sacristán, siempre tuviera una cierta querencia hacia la autocrítica y una audaz utilización del acervo histórico del movimiento comunista, que podía parecer desvergonzada. Ni la ortodoxia sacristaniana tenía nada que ver con las preocupaciones de Carrillo, ni Carrillo podía instrumentalizar el texto para arrojarlo a los revisionistas que levantaban la cabeza en Arrás.

En conjunto, las diecisiete hojas que aportaba Manuel Sacristán al debate ideológico-político de Arrás discurrían, si no más allá, un poco por encima de los términos en los que empezaba a plantearse la polémica ortodoxia-revisión, o, más exactamente, tradición frente a modernización del PC español. No estaba en las coordenadas en las que se iba a dirimir la polémica, y por eso Carrillo, que posteriormente lo utilizaría, consideraba sospechoso aquel lenguaje en el que se decía: No se trata de idealizar el PC convirtiéndolo en un mito. La historia «habría podido»[18] perfectamente, por así decirlo, dar lugar a la aparición de

otra formación histórica como encarnación de la misma necesidad. La «casualidad»[19] –la contingencia, como debe decirse técnicamente– de la obra histórica fundada, iniciada y desarrollada por Marx, Engels y Lenin, y luego continuada, más o menos creadoramente, por el Movimiento Obrero y Comunista, ha sido, según la dialéctica general de la necesidad y la contingencia, el modo contingente de manifestarse la necesidad de una práctica organizada de la libertad, de la acción política del proletariado[20].

Si esta fue la primera maniobra y la segunda consistió en abrir el debate, personalizándolo contra Semprún-Vicens, la tercera consistió en un gesto muy práctico, el cual le permitió satisfacer sus intenciones. Al final de las sesiones, y cuando a puerta cerrada llegó el momento de diseñar un nuevo Comité de intelectuales que desde Madrid hiciera frente a todo lo que se le venía encima, a Santiago, oponiéndose implícitamente a la opinión mayoritaria de la organización madrileña y del propio Fernando Claudín, «se le olvidó» el nombre de Javier Pradera, su obsesivo maquinador de la desestabilización teórica.

Por eso al terminar, el 5 de agosto, el seminario de Arrás, Carrillo se fue tranquilo a su veraneo en Crimea. Había conseguido tres victorias contabilizadas. Lo que no previó es que serían pírricas.

OFENSIVA EN LOS DOS FRENTES: MAOÍSTAS Y REVISIONISTAS

El relativo protagonismo del sector intelectual en el partido terminará con el seminario de Arrás. A partir de entonces ocuparán el lugar que les corresponde: como tropa, selecta pero tropa, que sirve para ayudar al movimiento obrero con su solidaridad. En septiembre de 1963 más de un centenar de personalidades de la cultura exigirán responsabilidades por las torturas del capitán de la guardia civil Fernando Cano a los líderes mineros. Encabezan la protesta el poeta Aleixandre y los catedráticos Laín Entralgo y Aranguren. Como dice la carta, son aquellos que se mantienen atentos a la vida y a los sufrimientos de nuestro pueblo. La firman también Manuel Sacristán y Paulino Garagorri, Gabriel Celaya y Salvador Espriu, los Goytisolo e Ignacio Aldecoa… Fue un gesto de valor para un momento de retroceso, pero la violencia con que reaccionó el

régimen es una prueba de que hacía daño. Desde su atalaya en el Ministerio de Información y Turismo, Manuel Fraga Iribarne, con su habitual desparpajo, descalificará a los torturados, justificará con bromas los rapados de pelo a las mujeres y, por fin, utilizará a los firmantes ultrajándolos, mientras la prensa oficial le ríe las gracias durante varias semanas. El documento de los intelectuales puso el RIP a la huelga de 1963.

Cuando se reúna el pleno ampliado del CC, en noviembre, hay algunas cosas sobre la que no cabrán dudas: el régimen podrá estar débil, pero no hay en el horizonte perspectiva de derribarle y el que parecía inmarcesible movimiento comunista ha estallado en una crisis sin precedentes.

No había donde agarrarse. En política nacional solo los ciegos y los cínicos podían seguir sin darse cuenta de que el ritmo activista y la estrategia política no casaban con la realidad; no porque se avanzara unas veces y se retrocediera otras, sino porque la política debía plantearse a un plazo más largo, sin el inmediatismo que presidía la táctica y la vida partidaria. El régimen no sería muy sólido, pero la oposición estaba muy débil para derrotarlo, por lo tanto debían llegar a su fin las apelaciones al derribo inmediato, como si se tratara de rogativas para que los dioses concedieran al partido lo que solicitaba. El destacamento que desde hacía dos años concitaba todas las esperanzas, la minería asturiana, había llegado a su techo, incluso lo había sobrepasado, y ahora se encontraba descabezado, con una represión durísima y una falta de organización total por las dificultades que imponía un área geográfica amplia y una clandestinidad rigurosa.

¿Y el movimiento comunista internacional? ¿Cómo estaba la gran esperanza de la humanidad? ¡Qué importaba que los pequeños países cayeran en la crisis y el marasmo, si el futuro esplendoroso estaba delimitado por ese movimiento que aspiraba a conquistar los cielos!

Cuando se llegue al otoño de 1963 hasta los poco clarividentes comunistas españoles, consecuentemente ortodoxos y seguidistas, no podían menos que gritar: «¡Traición, traición!». Para ellos Mao y sus chinos habían dado al Movimiento comunista una puñalada por la espalda. Es necesario volver dos años atrás.

Se había celebrado el XXII Congreso del PCUS en 1961. Sin él no se podrían comprender los sucesos posteriores. El XXII reiteró la crítica al estalinismo y al

tiempo multiplicó la frustración. Demasiados elementos viejos y nuevos se mezclaban en la intervención de Nikita Kruschev. De un lado la denuncia de Malenkov y Kaganovich, mientras Molotov conspiraba con el PC chino para derribarle; una prueba de la debilidad kruschoviana, impensable en otras épocas. Se criticaba la irracionalidad y la leyenda de Stalin, pero se hacía el conjuro de quitarle el mítico nombre de Stalingrado a la ciudad que resumía una página gloriosa en la lucha contra los nazis. Al tiempo que se denunciaba el carácter inquisitorial y atávico de los modos de Stalin, la intervención de la veterana militante Dora Lazurkina conmocionó a los presentes: Lenin se le había aparecido en sueños para señalarle lo desagradable que era dormir hasta la eternidad junto a Stalin, «que tantas desgracias ha causado al partido». El cadáver del georgiano dejó la vecindad de Lenin y lo mandaron a las tinieblas exteriores.

A partir de este XXII Congreso los enfrentamientos entre chinos y soviéticos se hicieron públicos y constantes. Algunos oradores de los que subieron a la tribuna del Congreso, como Dolores Ibárruri, no dudaron en llamar traidores a los albaneses, lo que era una forma circunloquial de decírselo a los chinos.

No será Dolores, sino Santiago, quien haga ante el PCE el informe sobre el XXII Congreso, al que había asistido formando parte de la delegación española, presidida por Pasionaria. La impresión que le causó a Carrillo el Congreso soviético puede imaginarse en el título que le puso cuando lo publicó: Del socialismo al comunismo. En la Unión Soviética que contempló a finales de 1961, se han sentado los fundamentos para la edificación del comunismo y se aborda esta etapa con todas las condiciones para llevarla a cabo de manera satisfactoria.

Mientras Palmiro Togliatti reaccionaba con enorme cautela, no exenta de retrocesos respecto a anteriores reflexiones, y aprovechaba para introducir una nueva definición del término «dictadura del proletariado». Al tiempo que trocaba cautamente su anterior «policentrismo» por el más alambicado de «multiplicidad de centros de dirección», Santiago acometía la situación delicada del Movimiento Comunista. Criticaba duramente, sin citarlos, a los dirigentes italianos (Ingrao, Amendola, Pajetta…) que no entienden el «nuevo conservadurismo» de su secretario general: ¿Qué era más urgente desde el punto de vista teórico: el estudio circunstanciado del pasado o el trazado del porvenir…? Para nosotros no hay duda. El estudio circunstanciado del pasado vendrá después. Ya se prepara una nueva versión de la Historia del PCUS en

varios tomos. Lo más urgente era trazar el porvenir; elaborar los caminos del paso del socialismo al comunismo.

Con su sentido práctico habitual, Carrillo se conformaba con unos cuantos «tomos» que compendiaran la «historia». Eso bastaba para corregir el pasado, y mucho más si el futuro era tan esplendoroso que, según la terminología al uso marxiano transformada en cliché, había alcanzado el nivel adecuado para pasar de cada uno según su trabajo, a cada cual según sus necesidades, la antesala del paraíso: En los próximos diez años se doblarán los ingresos reales de los trabajadores –explicó Santiago ante un CC emocionado–, desaparecerán los bajos salarios; se resolverá en lo esencial el problema de la vivienda; el bienestar de la población se elevará considerablemente. La jornada de trabajo será de 35 horas semanales… Esto no era todo, lo mejor vendría después: En el segundo decenio del plan los ingresos de los trabajadores aumentarán en tres veces y media, y la jornada de trabajo será todavía más corta. Y al fin, el ideal soñado: Desaparecerán las diferencias entre el trabajo manual e intelectual. De este modo el trabajo dejará de ser una carga, una maldición pública, para convertirse en una necesidad vital para el hombre. Este dispondrá de tiempo abundante para descansar, para ocuparse de la familia, para desarrollar sus capacidades culturales y artísticas, para ampliar su horizonte intelectual y moral.

Además, y por encima del futuro que le esperaba a la ciudadanía soviética a partir de cumplirse los cinco años del plan, lo que más sedujo a Santiago fue el propio Nikita. El XXII Congreso sería el clímax de su esplendor, a partir de entonces inició su declive hasta su defenestración dos años y pico más tarde. Pero el Kruschev que se presentó ante él en octubre de 1961 le fascinó y le convirtió en el paradigma del político. Le parecía más útil y hasta más fácil alcanzar ese nivel, que ser un teórico siniestro como Togliatti o un gaznápiro orgulloso como Thorez; los dos ejes negativos con los que Carrillo se comparaba siempre.

En el aspecto teórico, Kruschev demostraba, para Santiago, ser un marxista-leninista más avisado que Stalin. Además tenía la vena soberbia de los voluntaristas: Ironizando a costa de quienes dicen que los planes soviéticos no se cumplen, Jruschov ha declarado que, en efecto, ha sido necesario «revisar» el actual plan septenal y ello porque los primeros tres años se ha producido en más de los aumentos previstos. Tenía asimismo esa veta de corazón, sentimental, que se desparramaba en los meandros de la futurología, y que él gustaba de remedar: Crece en la URSS el tipo del nuevo hombre… Actualmente, en muchas

empresas no hay cajero que entregue la paga: los obreros y técnicos la retiran ellos mismos sin otro control que el de su propia conciencia. En diversos servicios públicos –metro, autobuses, etc.– no hay empleados que controlen si los pasajeros pagan: el único control es el civismo de los hombres soviéticos.

Esto escuchaban de boca de Carrillo los embelesados asistentes al pleno del CC en el otoño de 1961. El secretario general del PCE se había convertido en un fanático kruschoviano, demostrando una vez más, después de la experiencia de Stalin, que para creer y tener fe se exige predisposición. Las mismas milongas que se creyeron desterradas tras escuchar a Kruschev hablando sobre Stalin en el XX Congreso volvieron a ser verdades reveladas en el XXII por boca de Kruschev. Solo cambiaba el protagonista. Porque todo eso del hombre nuevo, las tierras vírgenes, los planes desbordados de cumplimientos, la jornada de 35 horas, el trabajo postbíblico, los servicios públicos gratuitos y los salarios cobrados como si se tratara de novios haciendo caja común antes de casarse no eran cuentos chinos, dado que los chinos estaban en otra música, más o menos parecida: era sencillamente una simpleza de fieles, con su voluntad de creer y su empecinado cinismo. Con solo correr la cortinilla del coche oficial podían comprobar todos los días la realidad que entraba por los ojos, a menos que –como en el estalinismo– se negaran a admitir la evidencia.

¿Qué buscaba realmente Carrillo con su visión paradisíaca del futuro? En primer lugar, reforzar su galaxia ideológica de triunfalismo sin fronteras, y en segundo, y muy importante, cerrar el camino a las revisiones ideológicas que se propusieran mirar críticamente hacia atrás. Lo advertía él mismo, no hace falta ser un lince para captarlo: El error mayor, el más antimarxista, sería la parálisis, la pasividad mientras se establece con toda nitidez y en todos sus detalles la verdad histórica… El examen de los fenómenos negativos del pasado hay que hacerlo sobre la marcha, en pleno combate, en un vivo contraste entre la teoría y la práctica. No estaba dispuesto a dejar un resquicio para que se introdujera la duda y le apuntaran con el dedo. Así lo manifestó, rayando una obscenidad teñida de implícito sentido del humor: ¿Cómo los partidos comunistas, y más concretamente sus dirigentes, han tolerado, sin oponerse, la situación que existía en el último periodo de Stalin? La respuesta es clara. Los partidos comunistas y sus dirigentes ignoraban todo de los crímenes y de las arbitrariedades de Stalin. ¿Cómo podían no ignorarlo, si esos aspectos eran desconocidos hasta para el pueblo y los comunistas soviéticos, e incluso para gran parte de sus dirigentes…? Nadie sabía nada, todos eran inocentes, incluso víctimas en su inocencia. Los líderes chinos, que negaban estos planteamientos desde

posiciones de continuidad con el estalinismo, escribieron una frase feliz el 13 de septiembre de 1963, en su Diario del Pueblo: Kruschev ha injuriado a Stalin al considerarle un «asesino» ¿no equivale a decir que, durante varios decenios, el movimiento comunista internacional ha tenido por educador a un «asesino»?

A finales de 1961 aún Santiago, al sacar las conclusiones del XXII Congreso del PCUS, podía decir que las diferencias en el movimiento comunista provienen de la existencia de posiciones dogmáticas y sectarias que las experiencias, el tiempo y la discusión paciente permitirán seguramente superar. Pero los partidos comunistas asiáticos no tardaron en separarse de la línea soviética. Chinos y albaneses se prepararon a dar la batalla con la bandera del estalinismo a Kruschev y al PCUS, no solo en el Tercer Mundo, sino también en los partidos comunistas occidentales. Facciones radicales, minoritarias, se escindieron de los PC en Bélgica, Estados Unidos, Italia, Australia… España.

En el verano de 1963 las escisiones en el Movimiento Comunista eran un hecho y Santiago tomaba una posición que por su lenguaje revelaba sus intrínsecas raíces estalinistas, aunque fuera para combatir a otros estalinistas: Tenemos que oponernos a la desviación izquierdista infantil, a la recaída trotskista que proponen los dirigentes del PC Chino… Tenemos que defender firmemente las posiciones del marxismo-leninismo. Y por encima de todo, que enfrentarnos con las tentativas que ya rozan a nuestro mismo partido.

Era verdad, rozaban al PCE. En el verano se constituyó la primera facción pro china en el seno de la familia comunista española. Dentro de su modestia, era un pequeño saco de retales en el que figuraban militantes rebotados de diversas organizaciones de la emigración española por Europa, descontentos de los procedimientos burocráticos del PCE, estudiantes de la Universidad de Madrid en busca de la pureza ideológica de los «orígenes», y una serie de individualidades desgajadas del PC, unos justificadamente y otros turbiamente. En el verano de 1963 empezaron la edición en Bruselas-París de su órgano: Mundo Obrero Revolucionario.

Entre sus dirigentes descollaban en primer lugar Benita Martínez Lanuza, Elena Odena, una niña vasca enviada a Londres durante la guerra civil, militante luego en el PCE y empleada en la Organización Mundial de la Salud de Ginebra. Su compañero Raúl Marco, obrero, procedía de los círculos del PC en la emigración económica, y formaba con ella el ideal de la pluma y el martillo. Por encima de coincidencias o diferencias, lo que todos, amigos y enemigos, afirmaban es que

se trataba de «una pareja muy rara». Sin embargo, el puente con la tradición comunista se lo proporcionó a los «marxistas-leninistas», como así se hacía llamar la corriente maoísta, Paulino García Moya, sin duda el personaje más interesante del grupo.

Tenía en 1963 cincuenta y dos años; de profesión veterinario. Había hecho la guerra militando ya en el PCE y combatió en el XIV Cuerpo de Guerrilleros de Domingo Ungría. Tras los campos de concentración y el exilio vuelve a España y se casa con una mujer singular desde todos los puntos de vista, físicos e intelectuales, Pilar Cotarelo. Las relaciones no menos singulares de Pilar con el policía especializado en comunistas Roberto Conesa provocan una reacción del partido: Mundo Obrero acusa a Paulino García Moya de confidente policial, junto a su esposa. Era el año de desgracia de 1952 y en el caso de García Moya no solo carecía de fundamento, sino que constituía una provocación: estaba entonces cumpliendo condena en el penal de Ocaña. Al salir de la cárcel marcha a Colombia y allí, radicalizado con la lucha guerrillera y en relación con el profesor español de la Universidad de Quito Lorenzo Peña, uno de los asistentes a Arrás, constituye un grupo de comunistas hispanos que se convertirán, a partir de 1964, en otro de los sectores que se agrupan en el Partido Comunista de España Marxista-Leninista.

La fecha oficial de creación del nuevo partido será la de febrero de 1964, aunque siguiendo la tradición del PC de España, y para sortear la clandestinidad, la reunión fundacional se celebró meses antes. En Bruselas eligieron un Comité Central y un Ejecutivo. En su largo documento programático asumían la historia del PCE hasta 1956 y repudiaban todo a partir de esa fecha, periodo que denominaban de la política revisionista de reconciliación nacional y de Huelga General Pacífica.

Para Carrillo los promotores de esos núcleos escisionistas son los detritus del movimiento obrero, individuos descompuestos y corrompidos, a quienes ha venido como una ganga el apoyo chino. China y Mao se convierten en sinónimos de la traición y de la simpleza. En una reunión con jóvenes, Santiago hace esta semblanza de Mao Tse Tung desde su estatura de dirigente avezado: Mao no trata jamás de economía, muy poco y solo en trabajos aislados trata de filosofía. Esto es una debilidad para un teórico… Una manifestación de la audacia de Santiago; el lector dificultoso del cuarto capítulo de la historia del PC bolchevique de la URSS, que era a la sazón el compendio del materialismo histórico y dialéctico, reprendía al Mao complejo de «Sobre la contradicción».

La cuestión de China y de Mao no se pudo sustraer de la atención de los asistentes al pleno del CC de otoño de 1963. Aquellos que, como Irene Falcón y Luis Lacasa, habían demostrado en 1956 la imposibilidad, dadas las características de China, de que hubiera enraizado el culto a la personalidad, ahora demostraron, necesariamente con más argumentos, lo contrario. La cuestión chino marxista dio la oportunidad a Manuel Azcárate para hacer su aparición estelar como analista internacional del partido, con incursiones en el campo de la teoría. Achacaba a Mao su tono excesivamente vulgarizador y, lo que era más grave aún para un marxista-leninista, el desdibujar lo esencial de la dialéctica, es decir, la aparición de lo nuevo a través de la contradicción.

China, Mao y la crisis del movimiento comunista no tenían para Santiago y para la dirección del PCE más solución que una conferencia de los partidos comunistas, como la de 1957 y la de 1960, en la que cada uno expusiera sus posiciones y se aceptaran las más razonables, que para ellos eran, claro está, las del PCUS. El PCE lo veía todo bajo el prisma de pequeño partido que creía y quería creer que la Unión Soviética tenía razón incluso cuando se equivocaba, porque entonces solo ella podía rectificar convenientemente. Los españoles no eran sensibles al significado de dichas reuniones de partidos, a los que definió con exactitud la historiadora Marcou: Parafraseando a Marx, la Internacional [comunista] fue una tragedia y las Conferencias de los partidos comunistas que intentaban perpetuarla fueron una farsa.

La situación del movimiento comunista internacional facilitaba los discursos y la situación española, en el otoño de 1963, quedaba en sordina. Además, el CC volvía a reunirse en dos mitades, de tal modo que una se inclinaba de hoz y coz hacia la crítica a los chinos, y la primera, la del interior, hacia una reflexión sobre España. Cualquiera que pudiera oír aquellos discursos pensaría que todo lo que había pasado entre la reunión anterior y esta había sido para bien. La figura de Julián Grimau se había convertido en mártir, dejando de ser un elemento político que analizar. Nadie olvidó referirse a él, pero nadie se preguntó por qué no se había podido salvarle la vida.

El horizonte estaba plagado de frustraciones y dificultades de todos los órdenes. Solo Asturias había brillado, vísperas de la reunión, con luz propia, iluminando algo aquel mundo más bien oscuro de la clandestinidad. Y se permitirá que sea Horacio Fernández Inguanzo, responsable de la organización asturiana, quien abra el primer punto del orden del día, referido a la situación política. Tras las huelgas del verano, reprimidos, aislados y descabezados, los mineros hubieron

de ceder, sin obtener en esta ocasión una sola concesión.

A Horacio F. Inguanzo no le mereció interés el fenómeno de las Comisiones Obreras: seguía obsesionado por los órganos de Oposición Sindical. Y de lo que se trataba era de desarrollar la Oposición Sindical con unas u otras formas. De momento, y coyunturalmente, en Asturias adoptó la forma de Comisiones que pueden desaparecer, aunque reconoce que son altamente representativas. Lo importante, señalaba, lo que representaba una realidad en Asturias, era la influencia de la Oposición Sindical que capitaneaba el Partido Comunista, no la representatividad y la influencia de las inestables Comisiones Obreras.

Horacio Inguanzo va a hacer su papel de pantalla, de eleva-ánimos. Lo inviste la autoridad que le otorgó la última gran huelga en España y por tanto sus afirmaciones eran oro de ley. Él confirma que están en la buena vía: ¿Dónde reside esta gran vitalidad del partido en Asturias? En primer término, claro está, en la justeza de nuestra línea política; está en que la táctica del partido, los métodos del partido, las orientaciones del partido han penetrado tan hondo en los mineros que permite afirmar que, aunque no organizados, la mayoría de los mineros, en potencia, puede ser considerada como miembros del partido.

Debe reconocer, no obstante, que él tuvo dudas sobre la convocatoria de la huelga. No estaba convencido, pero, camaradas, dice expresamente, después de escuchar a Santiago, igual que había ocurrido con la HNP de 1959, se convirtió, según sus palabras textuales, a la realidad que le mostraba Carrillo y que mejoraba la que habían visto sus ojos: La huelga no surgió en el momento más oportuno. Y creo que mirándolo desde el punto de vista para producir la huelga en toda España, el mes de julio no es el más oportuno, por estar de vacaciones. En la misma Asturias esto afectaba bastante… Pero yo creo que la huelga ha sido muy necesaria, muy oportuna y significa un paso decisivo hacia la huelga general, que nos encarrila verdaderamente hacia la huelga general política… Yo llegué a esta conclusión aquí, después de oír la discusión…

Después de esto ya podía intervenir Santiago para despejar hasta el aliento de una duda: se iba por el mejor de los caminos posibles, aunque se cometieran algunos errores de «perspectiva»: En Asturias hemos conseguido llevar a los mineros a la huelga política… Y en ese orden es claro que hemos tenido ciertas impaciencias… y contra este tipo de impaciencias debemos estar en guardia. No nos fijemos plazos. Vamos a trabajar sin impaciencia, sin pausa también, para conseguir que la huelga general política sea una realidad en nuestro país. El

destrozo en Asturias tenía que ser monumental para que él admitiera, aunque fuera veladamente, una cierta responsabilidad –yo cometí un error, e induje a la impaciencia a otros camaradas–. La verdad es que la organización del PCE en la minería se recuperará, pero el espíritu de combate no.

Aunque Carrillo a la hora de hacer el balance se refiera a la gran unanimidad que han revelado las discusiones, la verdad es muy otra: se está colmando el vaso de la paciencia, y llueve sobre mojado tras el seminario de Arrás. Algo debía sospechar Santiago cuando aparecen en el pleno, como invitados, hombres de cierta talla intelectual, pero lejanos a los círculos y las preocupaciones teóricas de Semprún: el filósofo Manuel Ballestero, que siempre irá por libre, sin sujetarse a corrientes oficiales; Manuel Azcárate, que hará exactamente al revés; y, por supuesto, el dogmático y atrabiliario Josep Renau, un grafista que vive en Berlín y que tiene la desconsideración de arremeter contra Semprún y Claudín, en la parte del CC en la que están ausentes. Nadie saldrá en su defensa; silencio general, pero… si bien Josep Renau ha sido admitido en la categoría de los intelectuales, lo cierto es que nadie hace caso de su carácter de fallero ideológico, que afirma en el pleno que las obras de Mao Tse Tung no pasan de la ideología de un socialrevolucionario. Una frase despectiva de la tradición leninista y estalinista para designar a los radicales rusos no marxistas.

Pero no queda ahí la cosa, no se trata solo de un gesto aislado del Renau paranoico. Allí está Sandoval, quien, sin ningún ánimo malintencionado en aquel ambiente cargado de intenciones, afirma: Hay que asegurar la salida regular de la revista «Realidad». Ahora se llama Realidad… Nuestras ideas después de su muerte prematura, poco gloriosa.., ahora va a reaparecer con el nombre de Realidad. Y llegado a este punto Carrillo le interrumpe y, como quien hace un chascarrillo, grita: ¡Realidad! ¡Un nombre muy comprometedor! Sandoval intenta recuperar el hilo: Sí, muy comprometedor… Pero una voz en la sala (¿de Renau?) no le deja seguir, grita llenando las caras de sonrisas cómplices: ¡Más lo era Nuestras Ideas! y Carrillo, cachazudo, apostilla: ¡Ya lo creo, ya lo creo!… Sandoval, desarbolado, trata de seguir con su discurso[21].

Santiago puede terminar la reunión contando anécdotas y haciéndoselas contar a otros para que se diviertan. El partido es tan fuerte y se siente tan seguro de su línea que puede hasta permitirse el lujo de no matar a Franco. Aquellos hombres que, tan solo un par de años antes, pensaban organizar comandos de combate contra las bases norteamericanas en España, ahora rechazan un atentado contra el dictador que hubiera podido ejecutar un grupo de chicos. Un cuadro del PC

gallego, Freire (Rodolfo), cuenta las gestiones que hizo, con la dirección del partido. Avisó con antelación de que varios militantes servirían a Franco de camareros. Con un tirachinas podían haberle barrido. Santiago se ríe. No preocuparse. El régimen caerá víctima de sus propias contradicciones y de nuestra lucha implacable.

La historia de los camareros, si no constara con pelos y señales en las actas del pleno, parecería sacada de Max Aub, como aquel cuento del mozo de un café mexicano que, harto de escuchar a los exiliados españoles cómo se debería liquidar a Franco, viene a España, lo mata y vuelve para oír contar a sus clientes cómo no lo hicieron.

Sin embargo, bromas y grandezas aparte, el pleno del otoño de 1963 marca una línea de no retorno. Aunque nadie plantee batalla, algunos se quedan abrumados ante aquel derroche de autosatisfacción de una dirección politica que no ha cosechado un solo éxito en años de convocatorias. El partido sigue tan aislado o más que el primer día, y con su capacidad de movilización mellada.

Habían surgido ya escarceos de enfrentamientos que rompían la habitual unanimidad; durante la discusión de la situación del campo, en 1962, por ejemplo. Eran diferencias de matiz sin demasiada trascendencia. Para Santiago y el Ejecutivo el campo constituía un tema que se acercaba a lo metafísico, sin engarce con lo real. En el Comité Central, tanto Claudín como Semprún no veían exclusivamente el lado positivo de las cosas y se descabalgaban a ojos vistas del arrollador tigre de la victoria en que galopaba el Ejecutivo. Pero todo quedaba en casa. Luego, al fin, un incidente desagradable lo había constituido el enfrentamiento público en Arras, por un Plejanov-quítame-allá-esas-pajas.

Pero ahora Fernando y Jorge habían cogido en sus manos la recién nacida revista teórica –Realidad– y habían publicado en su primer número unos textos que ponían en evidencia el timorato espíritu del Comité Ejecutivo. «Iban demasiado lejos, camaradas», pensaron todos, menos dos.

En primer lugar, ¿quién les había dado permiso para publicar «eso»? Es verdad que nunca había sido necesario consultar ese tipo de textos, pero es que se decían unas cosas que al Comité Ejecutivo, y a varios aspirantes a él, se les hacían los dedos huéspedes contemplando cómo caerían por «la pendiente del revisionismo» hacia «la charca de la traición».

Los artículos de Jorge Semprún (Federico Sánchez) y Fernando Claudín en el número 1 de Realidad (septiembre-octubre de 1963) solo pretendían «revisar» algunas imágenes caducas que persistían en el PCE. Pero habían cruzado el Rubicón, ya no había retrocesos. Carrillo, además, veía menoscabada su autoridad como único promotor de reformas y revisiones. Aquellos mozos querían campar por sus respetos y había que llamarles al orden antes de que desmadraran el rebaño.

El número 1 de Realidad, que estuvo en las manos de los ávidos lectores en las últimas semanas de 1963, marcó el gong con el que comenzaba la pelea, ya sin tapujos, con el calzón puesto y los guantes calados.

De los dos textos, el que más indignación causó, en un principio, fue el más anodino, el de Claudín. Más que por el artículo en sí, que se reducía a una arcaica reflexión sobre arte pictórico y política, lo que irritaba es que «un hombre como Fernando», con su pasado de delirante ortodoxia ideológica, se permitiera críticas al retraso y la tosquedad soviéticos en el campo de las artes plásticas; la URSS había roto con la tradición abierta por la revolución de octubre.

Con el tono reiterativo de los escritos de Claudín y su inclinación a la perífrasis, el artículo (28 páginas) reflejaba un intento por comprender un mundo del que tanto Claudín personalmente, como el propio movimiento comunista, estaban muy alejados. Claudín se acercaba al mundo del arte, en el que había hecho algunos pinitos como doméstico pintor de caballete, y trataba de colmar su abismal laguna, que iba de la Escuela de Vallecas, de finales de los veinte en Madrid, a la pintura que se recogía en el París de los años sesenta. Una distancia de casi cuarenta años, que en cualquier estudioso de la pintura produciría vértigo. Sus gustos se centraban en el pintor palentino Juan Manuel Díez-Caneja y el escultor Alberto Sánchez, al que sintomáticamente está dedicada buena parte del número 1 de Realidad. Tratando de penetrar en las razones de la disociación comunismo-vanguardia artística, partía de la única base segura de su formación, de la única que entonces le valía, la que conformaban Caneja, su pintor favorito, y el Alberto al que él no había sabido ni siquiera ayudar, mediando o favoreciéndole, durante la noche estalinista que fue castradora para el arte del escultor. Apenas si hacía un año que había fallecido en Moscú y apenas hacía otro que había puesto su entusiasmo de artista en construir una sobria obra que tituló La bandera del partido, dedicada al PCE. ¿Qué es eso?, le preguntó Pasionaria. Un rostro liso y una llamarada, respondió Alberto. ¿Y cómo se sabe

que es una cara?, insistió ella. Al menos ponle una nariz. Y Alberto le puso una nariz, con la resignación de tantos años colocándole narices a su vida.

Claudín partía de sus bases de 1927-1935 y esa generación de la Escuela de Vallecas (Caneja, Alberto, Maruja Mallo, Benjamín Palencia) había dado ya todo lo que tenía dentro. En 1963 estaba muerta físicamente (solo sobreviviría Caneja) y también artísticamente, agostada, entre otras cosas, por las contingencias de la historia. El artículo se titulaba «La revolución pictórica de nuestro tiempo». Lo más llamativo es que «nuestro tiempo» era el suyo, el de su generación, no correspondía a lo que un lector español hubiera entendido por tal. No hacía lo que Sartre con Tintoretto, o Althusser con Cremonini, o Roberto Longhi con Caravaggio, una experiencia analítica. Claudín trataba en sus 28 páginas de recuperar veinticinco años perdidos para su sensibilidad. Era un artículo digno, pero que al tiempo tenía algo de patético.

No fue esta precisamente la reacción de sus colegas de la dirección del partido. Se sintieron traicionados porque Fernando escribía sobre cosas que no entendían. Atisbaban que en cada línea había un reproche al pasado (lo cual era verdad) y que el pasado eran ellos (lo cual, en parte, también era verdad).

El artículo de Jorge Semprún, que a la larga será más criticado y atacado porque tenía una mayor virtualidad política, a su salida causó sorpresa, pero tenía una defensa obvia y estaba construido con habilidad. Su tema era el debate abierto públicamente por el PC chino tras la publicación, en 1960, de su folleto «Viva el leninismo».

Semprún hacía suyas las tesis del PC italiano, bastante más avanzadas y críticas que las de sus colegas españoles, y denunciaba las «tergiversaciones» que los maoístas hacían de ciertas elaboraciones de Togliatti. Se aprovechaba de las posiciones del PCI para señalar el contenido parcial, unilateral del XX Congreso, e incluso tenía la osadía de exigir, en una nota a pie de página, un análisis histórico y crítico del periodo guerrillero del PC español, lo que irritaba a Santiago personalmente.

Se titulaba «Observaciones a una discusión», y lo más interesante quizá consistiera en que por primera vez alguien de la cúpula del PCE se posicionaba con los italianos. No olvidemos que eran para los chinos los más encarnizados enemigos, por considerarlos el paradigma del revisionismo, después de los yugoslavos; opinión que compartían, aunque sin enunciarla, los soviéticos, y por

lo demás los españoles. La revista, como indica claramente el primer número, estaba protegida y financiada por el propio PCI e incluía un texto introductorio del intocable Luigi Longo, el exbrigadista y viejo amigo del PCE. Semprún estaba bien cubierto. Para el Ejecutivo aquello en su conjunto no era otra cosa que un escándalo. Los textos salieron a la calle y las divergencias fueron tangibles, se podían palpar en las organizaciones de la emigración francesa, donde se preguntaban qué significaba «eso» que habían publicado Fernando Claudín y «Federico Sánchez».

Que cada uno sabía lo que se estaba cociendo, aunque no conocieran el resultado del guiso, lo expresa, además de los elementos señalados, el que Santiago Carrillo recogiera al vuelo unas críticas del grafista Josep Renau al artículo de Claudín y le indicara, ante testigos: Las páginas de Realidad están abiertas para ti. Es decir, haz el artículo, y pronto, porque lo necesitaré.

Claudín y Semprún, por su parte, enviaban al interior a su principal enlace, el activísimo estudiante andaluz, residente en Madrid, Ignacio Romero de Solís, Justo, para que contactara con los «seguros» y les informara de lo que estaba sucediendo en la dirección del partido. Algunos miembros del comité universitario de Madrid y Javier Pradera tuvieron conocimiento, en las Navidades de 1963, de las posiciones en liza y de que la batalla política iba a entrar en su fase definitiva.

[1] Nuestra Bandera, abril de 1960.

[2] El jefe de la delegación del PC chino no intervino. Era Liu-Chao-Chi, posteriormente depurado por Mao Tse Tung.

[3] Nuestras ideas, abril de 1961.

[4] Nuestras ideas, núm. 9.

[5] Por uno de esos azares de la memoria, Tomás García se apropia del gesto y se convierte en el audaz dirigente dispuesto a ayudar a un hombre en dificultades. Así lo narra en el libro de Jáuregui y Vega sobre la historia del antifranquismo, vol. 1, p. 274. Para evitar la indelicadeza de relatar interioridades solo diré que cualquiera que conozca a Tomás sabe que es imposible que hiciera tal audacia. Cada uno es como es a pesar de las veleidades de la memoria.

[6] Mundo Obrero, junio de 1962.

[7] Para mayor detalle sobre la reunión de Múnich, es inevitable la lectura de El cura y los mandarines.

[8] Mundo Obrero, 15 de octubre de 1962.

[9] Los entrecomillados son de M. Sacristán.

[10] Mundo Obrero, 15 de julio de 1962.

[11] Mundo Obrero, 1 de agosto de 1962.

[12] Nuestra Bandera, núms. 33, 34, 35, 1962.

[13] Mundo Obrero, octubre de 1963.

[14] Organización Republicana Gallega Autónoma.

[15] Veritat, núm. 5, Encara més sobre la crisi de la democràcia burgesa.

[16] Una vez más, es inevitable apelar a El cura y los mandarines, donde esta situación está más detallada.

[17] En el periodo 1967-1971 su colaboración será más frecuente.

[18] Subrayado en el original.

[19] Ídem.

[20] Evito el análisis pormenorizado de los dos textos de Sacristán, de gran interés teórico, pero de escasísima, por no decir ninguna, relevancia política para el PCE-PSUC, fuera de la importancia de su «secuestro». Entre otras cosas, porque, salvo el secretario general del PCE y algunos miembros del Ejecutivo del PSUC, nadie supo que existían. Un extracto del primer documento se publicará en 1964, después del comienzo de la crisis Claudín-Semprún. Realidad, núm. 2. Sin firma.

[21] Todas las frases, e incluso los signos de puntuación, figuran en las actas de la reunión.

Capítulo 14

Considerando en serio que a unos les faltan dientes,

que a otros les faltan uñas

y que, en general,

la vesícula biliar

les duele a los millonarios y es un lujo mortal,

cambiemos el régimen,

seamos racionales.

Gabriel Celaya, Justicia elemental

PROLEGÓMENOS A LA GRAN CRISIS DE 1964

El 24 de enero de 1964 se sientan a la misma mesa los miembros del Comité Ejecutivo. Se inicia la crisis más importante, políticamente hablando, del PCE en su historia. Por primera vez desde que Heriberto Quiñones, en 1941, plantee una revisión de la línea política, en la dirección se enfrentan dos posturas cuya definición, lógicamente, irá tomando caracteres nuevos, diferentes, conforme avance el debate. Pero se discute de política aunque se discuta mal, aunque haya la inevitable tendencia a descalificar a los polemistas con argumentos personales.

Lo que consiguieron con Quiñones, porque las condiciones del momento lo facilitaban, no lo lograrán con Claudín y Semprún. Por encima de diferencias personales y querellas antiguas, se dibujan dos líneas y también dos actitudes

políticas. Al menos al comienzo. Luego, el tono de la polémica se irá rebajando y ambas posturas tendrán especial empeño en magnificar sus diferencias. Intento compartido, más por unos que por otros, para no llegar a ningún acuerdo.

El motivo de la reunión no reside en debatir específicamente nada, sino en algo tan anodino como la preparación de un documento con el objeto de presentarlo en una reunión comunista internacional. Pero había algo de imperioso, de no soportar más, en la actitud de Fernando Claudín; demasiados años de contención y ahora le desbordaban sus ganas de plantear batalla. Recordando una anécdota posterior, el símil es sencillo; Gregorio López Raimundo le advertía privadamente a Claudín: «Después de tragarte tantas culebras, qué más da unas pocas más». Estaba empachado. Quizá en la anécdota, insistentemente referida por el mismo Claudín, se encierre una explicación, aunque sea parcial, del gesto, de la precipitación, del «de aquí no paso», lo que dará algo de artificialidad a la polémica. También el choque lo buscaban ambos y formaba parte de su estilo; la falta continuada de transigencia les obligaba a resolver, a no seguir ni un día más con la duda de que en el interior del Ejecutivo había quienes pensaban de diferente manera.

El 24 de enero de 1964 el Comité Ejecutivo cambiaba impresiones, más que discutir, sobre un documento redactado por Carrillo. Pensaban mandarlo a Dolores Ibárruri y querían que sirviera a modo de presentación del PCE en la reunión de los cuatro partidos comunistas occidentales que formaban la Comisión de Solidaridad con España. En abril de 1962 habían celebrado en Roma un «Encuentro por la libertad del Pueblo Español» y convenía seguir ejercitando la solidaridad de partidos más ricos y numerosos.

Fernando Claudín, después de escuchar aquel texto, no pudo menos que colocar algunas guindas de acíbar en la visión empalagosamente dulzona del triunfalismo: La mejora en la situación económica de las masas es el resultado de su lucha, pero también de la posibilidad práctica que la burguesía ha tenido de hacer concesiones. La duda metódica que introducía Claudín en el debate consistía en señalar que la situación político-económica española facilitaba un mayor margen de maniobra a la oligarquía. Jorge Semprún remachó el mismo clavo. Los otros asistentes –Gallego, los dos García (Tomás y Eduardo), Líster, López Raimundo, Delicado, Mije, Sandoval (que no era del Ejecutivo)…– se mostraron impermeables a estas intemperancias de «los dos efe» (Fernando y «Federico»), como empezó a denominárseles.

Cinco días más tarde, en una nueva reunión del Ejecutivo, será Claudín quien abra el riguroso turno de intervenciones para elevar un grado su tono crítico, analizando la situación política y señalando la conveniencia de percibir, a la hora de las valoraciones, también los aspectos negativos y no solo los positivos.

Quizá para Carrillo constatar el deseo de Claudín de avanzar rápido, sin concesiones al protocolo, y plantear la necesidad de abordar las diferencias le convertía en contemporizador, sorprendiendo a los presentes: La intervención hoy de Fernando es interesante. Sus conclusiones políticas son justas. Corresponden a lo que venimos haciendo… Estaba claro que para él ni eran interesantes ni justas y, por supuesto, no tenían nada que ver con lo que se estaba haciendo, pero pretendía limar asperezas, embotar la estrategia de Claudín.

Evitar el debate frontal y ganar tiempo para avanzar en la maniobra; Santiago no era hombre que de poder garantizarlo todo atando los diferentes cabos e inmovilizando al adversario, planteara batalla gratuitamente. El aislamiento de «los dos efe» no estaba suficientemente maduro, a su entender (pese a que con el tiempo se demostraría lo contrario) y aún podía hacerse más.

Las intervenciones de dos miembros muy específicos del Ejecutivo, Eduardo García y Enrique Líster, chafarán el plan de Santiago. Ambos plantearán la evidencia: existían diferentes posturas en el Ejecutivo y había que abordarlas de una vez. Según sostiene Semprún en su Autobiografía de Federico Sánchez, ni García ni Líster hubieran tomado esa posición sin el visto bueno de Carrillo. Es posible, aunque mi hipótesis –conociendo el estilo de Santiago– se inclina más por una actitud ecléctica: cuando Eduardo García informó al secretario general de que iba a tirar de la manta –«hay que poner las cartas boca arriba» fue su expresión–, porque esa situación en el Ejecutivo no podía continuar, Carrillo se limitaría a escucharle atentamente y encontraría algún subterfugio apelando al tiempo, o a las enfermedades de sus hijos, para no dar una respuesta. No hacía falta mucho para saber que la batalla con Claudín –más que contra Semprún– era inminente, inevitable, y que más tarde o más temprano necesitaría de sus servicios y de los servicios de los servicios, es decir, la Unión Soviética. Eduardo García había pertenecido oficialmente al NKVD y por más que cambiaran las siglas de los servicios de información soviéticos las llevaba marcadas con tinta indeleble. Respecto a Líster, conociendo a ambos, ni él consultó con Carrillo, ni Carrillo le hubiera concedido un minuto de su tiempo para confidencias.

Mi hipótesis podría resumirse así: Carrillo pensaba a comienzos de 1964 que no

era el momento de ir al trapo que le enseñaba Claudín, entre otras cosas porque por su experiencia de veterano de las luchas intestinas sabía que cuando el adversario quiere pelea lo peor es dársela; mejor evitarla y esperar a la coyuntura oportuna. El que escoge el momento tiene la ventaja de ser el que dé los primeros golpes, que siempre son definitivos. Es posible que esto hubiera reducido los diez meses de discusiones, pues él hubiera podido hacerlo, esperando que madurara, en la mitad o en menos. Hasta su periodo de decadencia, en la década de los ochenta, ninguna crisis interna le durará más de tres meses; le aterrorizaba pasar tanto tiempo con una herida abierta. En el fondo se trataba de un hombre inseguro, que no podía convivir con la divergencia. Esta es una de las diferencias respecto a Togliatti, que, pese a ser hombre aparentemente inseguro para políticos como Carrillo o Pasionaria, en el fondo era lo contrario.

Ahora bien, si Eduardo García, que era incapaz de tener una idea propia, no consultada con sus amigos soviéticos, creía llegado el momento de decir «yo no sigo con Fernando (Claudín) ni un paso más», entonces no quedaba para Santiago más remedio que sacar las armas del baúl y prepararse. Lo contrario hubiera sido decirle a la Unión Soviética que las posiciones que sostenían Claudín y Semprún podían coexistir en el PCE. Una actitud conciliadora de esa naturaleza, en 1964, hubiera hecho tambalearse la figura de Santiago no solo ante el Ejecutivo, sino ante el PCUS, que estaba a punto, no se olvide, de dar un giro tan drástico como la defenestración de Kruschev. Carrillo no quería decir que sí porque aún no había llegado el momento de liquidarlos políticamente sin alharacas. De haber esperado tan solo unos meses, retirándolos de la revista Realidad, les hubiera aislado, convirtiéndolos en «becarios» del PCE. Pero decir que no a Eduardo García le hubiera hecho cómplice de algo que en 1964 era pecado de lesa patria: el revisionismo y el oportunismo.

El 11 de febrero, cuando se vuelvan a reunir, empezarán los ejercicios de esgrima; Claudín y Semprún de un lado y el resto del Ejecutivo por otro. Se expondrán las fuerzas concurrentes y los primeros amagos con florete. Santiago ha dejado de ser conciliador, aunque no saque aún la navaja para buscar y escarbar en los sitios más sensibles del adversario. Prepara concienzudamente su plan, tratando de que los esfuerzos del combate y la necesidad de sumar todas las fuerzas para derrotarlos no le lleve tan lejos que le convierta en un igual a sus aliados, y que dirigentes como Pasionaria, Mije o Líster recuperen el terreno que perdieron en 1956. Para él está claro que no se va a poder luchar en dos frentes – contra «los dos efe» y contra los que desean volver a la tradición anterior al XX

Congreso–, habrá que pelear codo con codo junto a los suyos, y los suyos en 1964 son Gallego, Eduardo García, Mije y compañía. Él no es Togliatti ni aspira a serlo. Primero, desembarazarse de Claudín y Semprún: ya llegará el momento de recuperarse y poner a los demás en su lugar.

Nada de medias estocadas, a por ellos y sin contemplaciones. De momento, él tiene dos contenciosos que desea exponer: el comportamiento de Claudín en el seminario de Arrás (ha pasado medio año y Santiago lo trae a colación) y los artículos en Realidad. He oído y leído la intervención de Fernando; oírla es importante por el tono irritado. En esencia, Fernando, aunque depase [sic] su intención, me presenta como el representante del dogmatismo. ¿Es real, es justo, sin hablar de si es método? A Semprún le reprocha su artículo, al que, al principio, le había dado poca importancia: En el momento que el New York Times habla de los intelectuales [españoles] que están en la posición togliattista, que hay división, el artículo de Federico [Semprún] viene a confirmarlo.

Ni Claudín ni Semprún renuncian a la experiencia italiana. El PCI está viviendo un periodo complejo en el que, frente a un Togliatti cauto y posiblemente angustiado por lo que ve inevitable en el movimiento comunista, carece ya de la edad y de la rapidez mental para abordarlo. Le quedan menos de seis meses de vida. La experiencia italiana –dice Claudín en la reunión– es para nosotros probablemente la más interesante y cercana de Europa… hay aspectos muy importantes que debemos estudiar, porque en nuestro partido se nos van a presentar, se nos presentan, algunos problemas semejantes a los que se presentaron a los italianos después del fascismo, en mayores proporciones todavía.

El tono se caldea y las posiciones se van haciendo más netas, se solidifican. Frente a ese Claudín italianizante, en un partido como el español, ayuno de matices, la figura de Líster da la réplica disparando contra el hombre y olvidándose del argumento: Fernando aparece ahora levantando bandera contra unos métodos de los que él fue el más consecuente defensor. El que más consecuentemente los practicó. Y de ello yo tengo algún recuerdo amargo. El sustituto de Semprún ante la intelectualidad madrileña, José Sandoval, afirma, como si abriese un manual por la página adecuada: No estoy convencido de que el principal [adversario] sea el dogmatismo… Veo, en cambio, un peligro de revisionismo por todo el ambiente que rodea al partido, por todas las fuerzas que vienen al partido de la pequeña burguesía…

Las intervenciones tienen algo de psicoanálisis colectivo que hace emerger problemas acumulados, inquinas recónditas, al aire de gestos cada vez más incisivos. Semprún tiene el descaro de recordar que el de secretario general es un cargo posterior a Lenin. Claudín constata que el Comité Ejecutivo siempre dice amén a las propuestas de Santiago.

Carrillo reacciona como suele hacerlo cuando le pinchan, con humildad amenazadora: Se ha hablado aquí de la falta de respeto del secretario general; falta de respeto intelectual supone estar siempre de acuerdo con lo que él dice. Yo no he visto eso nunca… Yo resumo, yo trato de armonizar, de elaborar una posición común. Y, generalmente, estamos de acuerdo… Pero, qué clase de respeto es ese de atacar al secretario general públicamente, de echar en saco roto la línea y las posiciones del partido… Yo no pretendo ser indiscutible, pero tampoco hombre de paja. En esto ha incurrido en los últimos meses, sobre todo después del seminario, no solo Fernando, sino Federico [Semprún], que se ha alejado de todo contacto conmigo. A primera vista, parece que se siente herido en su amor propio. Pero en realidad se siente dolido porque han burlado su autoridad, por eso será sarcástico con Semprún –No nos forjemos nosotros mismos una leyenda, los conocimientos filosóficos de Federico aún están por ver– y burlón con la indolencia de Claudín –durante dos años Fernando no ha intervenido ni ha escrito sobre ningún problema nacional, y en infinidad de reuniones ha sido el convidado de piedra.

Con esa extraña característica de Eduardo García, su realismo sin fronteras, va a ser él de nuevo quien plantee la línea que seguir: El Comité Ejecutivo tendrá que reunirse en pleno… las divergencias de Fernando son muy graves. La verdad es que Claudín aún no había expuesto más que matices a las consideraciones generales, pero quizá fuera porque desentonaba y a García le ofendía mucho más que lo hiciera Claudín a que diera la nota Semprún, por lo que consideraba que no se le podía permitir. Y denominaba divergencias graves a lo que hasta entonces había sido un criterio divergente. Será necesario que Claudín no demore su exposición, pues se la exigían. Entonces sí definirá sus divergencias. Se había convocado un plenario del Comité Ejecutivo y el tema no debía saltar al Central hasta que el Ejecutivo lo hubiera resuelto.

EN UN PALACIO DE PRAGA

Praga aparece como si se tratara de una inclinación del PCE hacia el mundo del Barroco y de Kafka. El partido español se dispone a depurar su cúpula y busca este escenario poblado de fantasmas, como si gustara de las lecturas intermitentes de El castillo, El proceso y La metamorfosis, que una mano invisible del Ejecutivo fuera mezclando, comprendiéndolo todo en un solo material, en un solo discurso. A diez kilómetros del centro de Praga, en el que fuera antiquísimo monasterio cisterciense, luego sede de la familia real checa de los Premysl, allí donde se fundó el Reino de Bohemia, y que los husitas arrasaron, entre suntuosos decorados de Santini, este palacio barroco de Zbraslav tiene ahora camareros de impecable vestimenta y guantes de hilo, dispuestos a servir como se debe a los camaradas del Comité Ejecutivo, a los que acompaña una vieja dama de oscuro. Entre cornucopias y muebles de brezo.

Tiene algo de cónclave vaticano, de reunión cardenalicia, con su protocolo, su retiro del mundo, su estar solo para ellos mismos, fuera de las intemperancias externas. Con exquisitas viandas y un desprecio manifiesto hacia las cosas terrenas; ahí sus deseos son órdenes. El lugar es bello y majestuoso, adecuado al Estado Mayor de la revolución española.

No les molestará nadie. Desde el 27 de marzo al 2 de abril allí confluirán 13 hombres y una mujer. La reunión no sería la de Praga, con su historia y su leyenda, si Pasionaria no volviera a su papel de reina madre. Ella preside, y a su alrededor trece, ¡mala suerte!: Carrillo, Mije, García (Eduardo), Claudín, Gallego, Delicado, Tomás (Juan Gómez), Líster, López Raimundo, Álvarez, Moix, Semprún y Mendezona. Falta, por razones de fuerza mayor, Sánchez Montero, que está en la cárcel. Falta también un suplente, Francisco Romero Marín, que sigue clandestinamente en Madrid, pero al que posiblemente ni unos ni otros echen en falta; sin ser al ciento por ciento de Santiago, nunca será ni un diez por ciento de Claudín, al que odia (demasiados años soportando su opresiva superioridad de dirigente estalinista), ni de Semprún, al que envidia (demasiados gestos que él imitará más tarde: no usar calderilla, ser audaz con las señoras, afirmar que su francés es tan perfecto como el de Federico, aunque no lo escriba…).

Dolores preside y abre la reunión. La segunda frase que pronuncia da lugar a un lapsus freudiano. Llama «compañeros» a los discrepantes, en vez de camaradas. Entre militantes comunistas, la palabra «compañero» no existe más que para

referirse a los socialistas. Corregirá en seguida y se dirigirá a Claudín como el que más motivaciones ha expuesto en orden a sus reservas acerca de una serie de problemas. Circunloquios variados que tratan de enmascarar, hasta verbalmente, las diferencias de Claudín con la línea política.

El camarada Fernando tiene la palabra. Pasionaria se la ha concedido y Santiago interrumpe. Intenta una curiosa maniobra para dividir la discusión en dos partes: «situación política» de un lado y, de otro, «los problemas del partido, de la dirección del partido» e, incluso, «algunos problemas ideológicos» que surgieron en las anteriores discusiones. Lo logra y en verdad que no es torpe la propuesta, que no entenderán los divergentes hasta más tarde. Porque si en el curso de la discusión del primer punto todos llegan a la conclusión, frente a «los dos efe», de que sus posiciones sobre la situación política española son derechistas, socialdemócratas y carentes de confianza en las masas, cualquier propuesta crítica sobre el funcionamiento del partido y de sus órganos de dirección carecerá de valor, al pronunciarlas gentes que se han deslizado «por la pendiente del revisionismo». Los revisionistas nada tienen que enseñar a los fieles guardianes de la tradición leninista. Así ocurrirá.

Pero el camarada Fernando tiene la palabra. Es un Claudín que ha preparado su intervención, que no improvisa. Desde el primer momento expone su tesis fundamental, que condiciona el resto del análisis: al régimen no lo sustituirá una democracia en ruptura con él, sino que el poder político va a seguir en manos del capital monopolista, bajo otras formas, que serán más o menos democráticas, en función de una serie de factores. Es decir, que no habrá salida democrática de la dictadura, sino que prevalecerá la salida oligárquica.

Esa es la piedra angular de sus reflexiones y en función de ella el partido debe adoptar una táctica, una estrategia y un funcionamiento diferentes. Para Santiago y para la gran mayoría de los camaradas del Comité Ejecutivo lo que va a prevalecer es la salida democrática, como desembocadura de una crisis revolucionaria hacia la cual vamos… resume Claudín. Esa salida democrática, revolucionaria, será la liquidación no solo de las actuales formas políticas de dominación de la oligarquía, las formas fascistas, franquistas, sino la liquidación del poder de la oligarquía. Mas él niega esta espléndida síntesis de las posiciones del partido: No vamos a una situación revolucionaria…, vamos a un cambio de las formas políticas de dominación del capital monopolista, que a través de una serie de fases podrá llegar a ser más o menos democrática y que abrirá una nueva etapa en el desarrollo del capitalismo español. Son palabras textuales que revelan

una singular lucidez, que confirmarán los hechos.

Ante esta perspectiva se deducían algunas tareas que un partido que quiere ser revolucionario debe plantearse si quiere introducir profundos cambios en la sociedad: Pese a la lucha de masas y a nuestros esfuerzos –sigue Claudín–, puede haber una fase en la que siendo las otras fuerzas políticas legales nosotros no lo seamos. Había, por tanto, que preparar al partido para la habilidad y para la paciencia, para los ciclos largos, para la lucha sostenida y los plazos más amplios, abandonando la idea de la inminente caída de la dictadura para mañana y la democracia antifeudal y antimonopolista para el día siguiente.

Duró cinco horas su intervención, volviendo una y otra vez a esta tesis central, argumentándola y describiéndola. No había en su exposición renuncia a nada, ni siquiera al estilo agotador de los informes políticos premiosos. Se rechazaba la ingenuidad y los clichés tantas veces repetidos, como si se tratara de argumentos. Había una defensa de la racionalidad y de la duda como condición imprescindible de un análisis político virtual.

Los hechos eran tozudos y de ellos cabía prever esa salida oligárquica de la dictadura. El partido debía tratar de impedirla o, en el peor de los casos, de llevarla lo más lejos posible, acercándola a los esquemas en los que se movía un partido revolucionario, pero sin falsas ingenuidades ni aventuras. Había que tratar de modificar la realidad, pero no negarse a verla. Una frase final de su exordio reveló la visión personal de Claudín frente al incontestable y difícil panorama que se avistaba: Yo soy optimista, pero con ese optimismo histórico que en esta época no se cuenta por décadas. Es la perspectiva lejana.

Las reacciones fueron duras, aunque reiteradamente incluían la coletilla de las aportaciones nuevas del camarada Fernando, especie de acicate para luego cargar con mayor furor contra él. Para Tomás García, Juan Gómez, esas tesis se reducían a que sobreestimaba la fuerza del capital monopolista en España. Eduardo García, como si estuviera tratando con un viejo, descastado y dilapidador, recordaba que todo lo que es el camarada Fernando se lo debe al partido, y sin atreverse a ir más lejos parecía sugerirle que se callase, porque cuando a uno le han pagado durante años es mejor el silencio que comportarse con desagradecimiento. Ignacio Gallego aprovechó su condición de antiguo componente de la Banda Municipal de Jaén y definió las palabras de Claudín como intervención musical desafinada, lo que revelaba su escasa formación cultural, pues la intervención de Fernando podía ser comparada a una sinfonía de

Bruckner por su longitud y su escasa brillantez, pero no desafinaba[1]. Se atrevió a decir con sinceridad que Claudín, al fin y a la postre, era un revisionista. Mije, de mayor edad que Gallego, lo definió con otro sinónimo, un socialdemócrata, y con el peso que le conferían las anteriores experiencias en el potro de los perdedores le advertía: Una recomendación a Fernando… Treinta años de vida interna de partido no se borran así como así… Y te lo dice un camarada que también ha estado en minoría… Creo que en un dirigente comunista la soberbia es muy mala consejera, camarada Fernando… Con su peculiar gracejo andaluz incluso le dijo cosas con estilo de saeta: Cuando se lleva al partido en el alma y se tiene consagrada toda su vida al partido, camarada Fernando, hay que saber ceder y el orgullo hay que saber guardárselo en el bolsillo o tirarlo y pisotearlo.

Mendezona, Ramón, madrileño, realista hasta rozar el cinismo, pregunta escandalizado: ¿Qué le vamos a decir al pueblo? Que después de 25 años de poder fascista tiene que resignarse a un periodo relativamente largo de poder reaccionario con libertades recortadas. ¡Eso se lo vamos a decir al pueblo! ¿Para eso estos 25 años? ¿Para eso tanto sacrificio, tanto esfuerzo del partido? En fin, no sé, no sé. Para eso no valía la pena, camaradas. Lo mejor, estaba claro, era seguir engañándoles con una bella mentira. ¡Si lo sabría él, que dirigía desde hacía años Radio España Independiente y se encontraba con ese problema casi todos los días! Si la arruga es bella, que decimos hoy, por qué no podía serlo también la mentira.

Las notas de color las introdujeron, una vez más, Gregorio López Raimundo y el inefable Líster. Como si hubiera sesteado mientras la monótona voz de Claudín le llevaba por las sinuosidades de la prospección política, Gregorio se refirió a lo que sabía y contó, sin venir a cuento, cómo la situación general en Cataluña se había enriquecido con un elemento nuevo de lo más característico, la Nueva Canción Catalana, que contaba con un joven llamado Raimón o Raimon, que acababa de ganar el Festival de la Canción Mediterránea: Se hace en Barcelona cada año con gran pompa y tiene un gran éxito internacional. Se refería a Se’n va anar («Se fue»), que, efectivamente, ganó el V Festival en 1963. A diferencia de Gallego, el tautano ilustre se adentraba por primera vez en el mundo musical: Todo eso –siguió Gregorio ante la estupefacción de los oyentes y el tembleque de las cornucopias que habían escuchado, a buen seguro, a Mozart–, todo eso ha dado un carácter muy particular a todo ese movimiento que, por un lado, funde el movimiento catalanista con el ye-ye, el rock and roll, el twist. Y eso ha introducido un elemento simpático, juvenil, a todo ese movimiento nacional, que la juventud era un poco reacia a él, le olía a polilla[2]. Si los sensibles Josep

Maria Espinàs, Raimon, Serrat, Pi de la Serra y demás hubieran conocido su muy particular papel en la reunión de Praga, con razón colgarían la guitarra. No digamos el abad de Montserrat, que, en aquella excursión de catalanismo pedestre, era definido al modo legionario: Es un abad cojonudo. Lo de Claudín y Semprún para él, que escuchaba esas músicas celestiales, no tenía importancia.

Líster era de esos hombres que uno podía tomar a broma cuando no era nadie, pero con el que sería arriesgado hacerlo mientras conservara un ápice de poder; no porque infundiera miedo, sino porque era capaz de provocarlo y de gozar con ello. Yo en estas cosas de las discusiones –dijo– tengo siempre el temor de que de tanto querer ser finos nos vayamos a pasar de rosca. No hubo peligro, pues no solo llamó a Claudín traidor y escisionista, amén de revisionista, sino que hasta salpicó a Carrillo por haberle consentido demasiado, con sus timorateces de amigacho. Él era partidario de la lucha armada desde pequeñito y no perdía ocasión de pregonarlo: Y pienso, en contra de lo que opina Fernando, que cada día se vislumbra con más claridad (obsérvese el hallazgo expresivo del pleonasmo vislumbrar con claridad, que el general debió de escuchar a algún estudiante de esos que traía Federico) que los acontecimientos conducen hacia formas más altas de lucha, incluida la lucha violenta, incluida la lucha armada.

Llegó el momento de Jorge Semprún Federico Sánchez. La escena solo era apta para temperamentos formados en las implacables décadas estalinistas. Debían tener el bazo de acero inoxidable para encajar los golpes y el hígado de aluminio para soportar los jugos de la miseria histórica. Aunque estaban curtidos tras ver cómo se trituraba a Uribe y antes a Antón y Monzón, además de los anónimos que no merecieron una línea de nadie, pero sí una reunión convertida en sesión sadomasoquista, de crítica y autocrítica. Había que tener ese bagaje en el cuerpo para que a uno, en situaciones semejantes, y por primera vez, no le acometieran las arcadas cuando empezaran los golpes, cada vez más absurdos y mal intencionados, bajos y antirreglamentarios, por delante y por detrás, en los testículos y en la nuca, y había que tener ese cuajo impermeabilizado de soberbia y de desprecio que le permitía a Claudín estar seguro de sí mismo. No es fácil que uno soporte incólume las pellas de barro y mierda y, a pesar de que te hayan arrancado el monóculo, seguir contemplando aquellos rostros, fríamente, mientras te despellejan. Es difícil, se necesita experiencia.

Había que estar quizá un poco aventado, como aquel Bujarin de 1937, para osar replicar al terrible Vychinski, que le tenía ya prácticamente condenado a muerte y ejecutado. En la Lógica de Hegel el término «este» es considerado como el

más difícil. Era la respuesta de un filósofo, más de la vida que de los libros, porque tras lo que había visto y vivido podía jactarse de ambas cosas. Ruego al tribunal –tronó el fiscal estalinista, estupefacto– que explique al acusado Bujarin que aquí no es un filósofo, sino un criminal, al que le conviene abstenerse de hablar de filosofía hegeliana… Y Bujarin, sin perder la compostura, irónico: Un filósofo puede muy bien ser un criminal. El exmenchevique trepador, el tal Vychinski, quería volver como fuera a sus corderos y no le divertía el ejercicio dialéctico: Desde luego, especialmente aquellos que se imaginan que son filósofos y que, en realidad, no son más que espías.

No era este el caso de «Federico Sánchez». Semprún veía por primera vez ante sus ojos, y en el papel de víctima –que eso facilita mucho las entendederas–, la particular situación del reo ante los tribunales estalinistas. Aunque no estuviera en juego la vida, en más de uno ganas no faltaban. Se desfondó. Estaba tan nervioso, presa de tal excitación, que tartamudeaba y no lograba terminar las frases ni podía poner en claro sus ideas. Dolores, con su singular sentido de la oportunidad, aprovechó la ocasión para interrumpirle con reiteración y alevosía; sutil venganza, quizá, por aquella entrevista del vagón hacia Bucarest, ocho años antes, ante aquel mozo arrebatador que decía venir del interior y daba lecciones. No acertó a dar pie con bola: La salida esta que estamos hablando tanto y a veces, yo al menos, no sé si es la influencia de este castillo, yo no sé si hay salidas o si estamos encerrados. Esta salida tiene varias puertas y hay que ir abriéndolas una detrás de otra en la Historia. ¿Con qué llave?, le interrumpió Pasionaria, burlona, y Jorge, como alumno cogido en falta, responde echando mano al catecismo: Con la llave de la lucha de masas y con la llave de la táctica del partido.

Había llegado la ocasión de los grandes. Tanto para Dolores como para Santiago no era ya necesario cansar a los perdedores con vueltas y circunloquios. Había que darles en la cara. Como caballero y astuto, Carrillo dejó pasar a Pasionaria delante. Ella estuvo sublime, como si se hubiera rejuvenecido veinte años y aún viviera entre los grandes, los Stalin, Dimitrov, Manuilski, y la estuvieran escuchando. Respiraba el agrio aroma del esplendor de los grandes momentos de la era kominteriana.

Primero destruyó a Claudín como persona: Esto es comprensible. Los años, el exilio, la familia, el medio ambiente en que uno se mueve no dejan de producir impactos en la voluntad de lucha, en la disposición al combate, sobre todo si no se tiene una convicción firme, sobre todo si se duda de todo, sobre todo cuando

las condiciones ideológicas comienzan a arrugarse. Luego, si aquellos retales que ella tenía frente a su asiento contenían además alguna idea política, en fin, no podría desentonar con los pingajos. Como los jugadores experimentados, primero al cuerpo; más tarde se ocuparía de sus ideas. Fue el suyo, para usar la palabra exacta, un trabajo de carnicería: Al escuchar a Claudín me era difícil creer que quien hablaba era un dirigente del Partido Comunista de España… De ese partido al que se pretende maquillar, apergaminar, arrancarle su alma proletaria y revolucionaria, hacerle químicamente puro sin la negrura de las barbas de Marx o la clarividente agudez sarcástica de Lenin, para que no desentone entre esas nebulosas políticas que comienzan a condensarse en el firmamento político español con la benevolencia de las oligarquías y la bendición apostólica de Su Santidad. Reconozcamos que es bello, aunque sea sucio. Aunque las barbas de Marx, como es sabido, fueran morenas aunque veteadas con hebras de plata, como dice un biógrafo benevolente, y aunque las nebulosas no se condensen. Era una pieza magistral, Rubén y Castelar estaban en su base y la coronaba Zdanov, el de las audaces metáforas redundantes. Oyendo la disertación de Claudín me parecía hallarme en una Casa del Pueblo escuchando la quejumbrosa peroración socialdemócrata de hace medio siglo… No, camarada Fernando, no iremos al pantano.

No había que inquietarse, porque de ir al pantano allí estaba el barquero; Santiago agarró el remo y dirigió el rumbo. Como buen capitán, dejó primero bien sentado el principio de autoridad dándole un palmetazo a Líster, que se lamió la herida, aunque luego le pasara la mano por los sonrosados carrillos y le hiciera caricias en la abundante sotabarba. No quería que el viejo león rugiera, aunque fuera de cartón, y por eso incluso le tentó con un quiebro, dándole el deseado y viejo ratón de juguete de la violencia: Efectivamente, camaradas, nosotros estamos, nuestro partido está en condiciones de, en tres o cuatro meses, preparar las condiciones para el paso a la lucha armada.

Y cambió de remo: El descenso de los libros a la realidad lo hace Fernando rodando por las escaleras. Tratando de emular a Pasionaria pocas veces estuvo tan pedestre, agresivo, soberbio, taimado, incluso cómico, como esta vez. Pero dominándolo todo el ínfimo nivel de su argumentación. Claudín no sabía de economía más que rudimentos, pero lo reconocía, mientras que Santiago, jactancioso, se enfrentaba a Keynes como un pavo: Ningún gobierno de la oligarquía realizará el control democrático del gasto público, la reforma fiscal… En su descenso a los abismos dialécticos pasó del nivel cero y le espetó como argumento un detalle significativo: la asistencia al fútbol ha bajado enormemente

en estos últimos tiempos. La delantera del Real Madrid, que aquel año casi sería campeón de Europa –Amancio, Felo, Di Stéfano, Puskas y Gento–, le hubiera mandado una corona. Hacían con los divergentes un proceso de intenciones. Pobre Claudín, que estaba más a la derecha que el partido socialista…, mucho más a la derecha que muchos grupos de la democracia cristiana, según palabras textuales, como todas, de Santiago Carrillo.

Ya habían recibido, pensaba él, una lección. La que merecía tu soberbia, Fernando, y tu ingenuidad, «Federico». Os doy la oportunidad de que rectifiquéis: En fin, yo quiero decir, camaradas, que Federico ha hecho una declaración hoy al final de su intervención…, que me parece lógica y natural en Federico: que su puesto está en el partido. Que él ha escogido el partido hace veintitantos años y su puesto está en el partido. Yo creo que nadie se plantea el problema de que el puesto de Federico o el puesto de Fernando no esté en el partido. Camaradas, son fuertes las divergencias, son graves, son serias, son profundas, pero todavía no me he acostumbrado, en fin, no puedo concebir que camaradas así no estén en el partido. Aunque no estuviera acostumbrado, sí lo concebía y para remacharlo lo dijo con el aplomo de quien controla absolutamente la situación: El resultado de nuestra discusión es que rectifiquen sus errores, que corrijan sus posiciones erróneas. Y nada más.

Aquello es el acabose. Fernando, tozudo como aragonés, se mantiene en sus trece: Rechazo tajantemente, enérgicamente, todas las interpretaciones que en el curso de la discusión se han hecho… Sigo pensando igual… Dentro de las normas del partido, dentro de los estatutos del partido, cuando yo tenga que defender o dar mi opinión, pues la daré, si no ha cambiado defenderé las opiniones que tenga en esos momentos. Semprún, lo mismo: Yo quiero decir que salgo de la discusión tal vez más convencido de mis opiniones que al entrar en ella.

Todos miran a Santiago y Santiago, sencillamente, mira a Dolores para advertirle de que se debe pasar a la segunda parte de la discusión: Sobre los problemas internos y algunas cuestiones ideológicas. Era el 31 de marzo de 1964. Si quieren más, se lo vamos a dar. Esto ha sido señal de que no tienen bastante.

Si Claudín había sido el saco de los golpes de esta reunión, ahora le iba a tocar a Semprún. Fernando ha tenido lo que se merece, vamos ahora con ese chico. Santiago se dirige a él para que abra con su exposición el tema ideológico. Semprún, cogido en una trampa de zorros viejos, se disculpa alegando que no

tiene nada preparado. Pero Carrillo insiste, entre gestos sonrientes de los demás: pero ¡cómo, Federico!, o sea, Federico, que no has preparado nada y eso que tú decías que tenías muchas cosas que decir; vamos, ¡habla, Federico!, tú, que eres hombre de recursos y eminente teórico, improvísanos unas cuantas de esas ideas tuyas, deslúmbranos con tus saberes filosóficos. Todos se descojonan pensando en aquel muchacho, a su lado un adolescente, de tan buena familia y larga prosapia, que está pasando el peor rato de su vida, incluyendo «el largo viaje» hasta el campo de Buchenwald, porque allí uno sabía quién era quién y cuánto valía uno: nada. Pero, aquí, ¿quién sabe lo que se debe saber?

Presionado por todos, con Santiago a la cabeza, quieren bulla y desean verle bailar en el ring mientras le hacen chuflas. Semprún se decide a improvisar y se defiende, va mostrando su desprecio por la bajeza de los ataques de «Eduardito» (García) y por la miseria intelectual del secretario general. Pero Dolores está al acecho y le llama al orden, con un tono parecido al de «Chico, no te entiendo, ¿podrías repetir?», y en un gesto de señora antigua y vivida le vuelve a interrumpir para lanzarle una patada en la espinilla a Togliatti: así ven que ella no le teme a nadie. Intenta impresionar con su desprecio al hombre que tanto ha adulado.

Pero esta vez la cosa no funciona. Cometen un error, y es que ese muchacho, Federico, como esos jóvenes que, hartos de hacer todas las guardias en la mili, un buen día dicen: «ya no hago más y me cago en vuestro padre», y pasan desde ese instante a ser considerados veteranos que no harán más guardias, se fue creciendo, creciendo y recuperó la brillantez que la sorpresa le había quitado. Es la ocasión de que liquidemos una cierta concepción mitológica de la composición de la dirección del partido…, yo creo que aquí no hay más que intelectuales. Intelectuales de diverso tipo. Intelectuales de diverso origen social, pero aquí somos todos intelectuales. Intelectual es el que trabaja con su pensamiento, con su cabeza, con sus facultades mentales. Eso es lo que hacemos todos. Ignacio Gallego daba golpecitos desaprobatorios. Se jactaba en ocasiones como esta de haber cuidado cerdos hasta los catorce años y es posible que lo hiciera en vacaciones. La piara era de su familia, no ajena. Ni pobre, ni pastor, ni de campo; un funcionario del partido desde los diecisiete años. Semprún fue pasando sin interrupción de tema a tema. Nadie le interrumpió. Seguro de sí hace la primera reconstrucción de las diferencias, de la película de los hechos, desde el seminario del verano de 1963 hasta allí mismo, desde el castillo de Arrás al de Praga, acusando a Carrillo de torpeza por su inoportuna intervención en el cursillo de Estética, por fomentar las diferencias con sus obsesiones hacia Javier

Pradera, a quien el secretario general parece considerar el diablo exmáquina, el origen de todos los problemas que tenemos con los intelectuales. Al secretario general, dice, le gusta personalizar porque así simplifica lo que es complejo. Le reprocha incluso su despego hacia Manolo Sacristán, que, en palabras de Federico, es posiblemente el hombre más capaz que tenemos como intelectual.

Va dando un amplio repaso a las miserias del partido, hasta llegar a las terribles señas de identidad que nadie quiere tocar en aquel Ejecutivo: Yo no siento ninguna necesidad de hurgar en los problemas del culto a la personalidad… Pienso que es un problema político y como problema político lo abordo y lo abordaré. Y la vieja dama se encrespa por las cosas que está oyendo. ¡Qué osadía, un miembro de la dirección del Partido Comunista de España acaba de decir algo inaudito! Sí, he leído todas las obras de Trotski antes y después de ingresar en el partido. Y la cosa se pone al rojo, porque sale a relucir la historia de Franck. Franck, ese amigo checo que Semprún conoció en Buchenwald, un camarada que ejercía difíciles y arriesgadas funciones en el campo de concentración. Un día he visto que esa persona había sido ejecutada y que entre los crímenes de los que se le acusaba se decía que en el campo de concentración de Buchenwald este hombre estaba al servicio de la Gestapo. La vieja dama, con un cinismo inaudito y una desvergüenza ofensiva, le acusa a él, a Semprún, de no haber salido en su defensa y le grita: ¡Es un testimonio demasiado sangrante, sabes, demasiado claro! Ella lo sabía, lo había sentido en el caso de su secretaria, Irene Falcón, enamorada de «Friedrich» (Geminder), su compañera, amiga y confidente, y Geminder había sido acusado, condenado y ejecutado por crímenes que ella mejor que nadie sabía que eran mentira. Irene tenía a un solo «Friedrich», pero ella conocía centenares de Friedrich y no había dicho nada. De poco hubiera valido el decirlo, pero reprochárselo a Semprún, que solo conocía un caso, el de su amigo Franck, tenía algo de la rabia sañuda de quien se niega a reconocerse cómplice de los crímenes de la historia. A su edad quería también ser virgen.

Era un problema. Los demás no estaban en esa onda, para ellos lo más preocupante eran las retadoras palabras finales de Federico: Yo no dimito de mi función de intelectual comunista…, yo no dimito de nada… estoy dispuesto a trabajar en las cuestiones del partido en el sitio que el partido decida… Sin excluir el trabajo en el país.

No se ven las cosas de la misma manera si uno es víctima o si es verdugo: ni las palabras tienen el mismo valor. Claudín no está dispuesto a seguir discutiendo,

porque el debate toma un sesgo achulado y navajero, y tampoco está dispuesto a irse, a perder así, sin más, solo porque aquellos señores consideren que el partido es suyo. Efectivamente, para él Santiago es el único secretario general posible de nuestro partido, pero quien ha nombrado al secretario y a todos ellos es el Comité Central. Un frágil recurso, porque Claudín sabe tan bien como los demás que el Central es un organismo protocolario, nombrado a dedo, o por «cooptación», es decir, a dedo restringido: Que yo deba seguir o no seguir en el Comité Ejecutivo es una cuestión que debe resolver el Comité Central, que es el que nos ha elegido a todos.

La propuesta es obligada, quizá la única que tienen, pero sin embargo comete el error de rechazar el que se convoque un plenario del Central, porque eso entorpecería nuestras tareas y es él quien sugiere que se informe a los miembros del CC con la documentación apropiada. Es difícil pensar, por una parte, que Santiago y la mayoría del Ejecutivo se hubieran podido sustraer a la convocatoria de un Central para tratar las divergencias y también es difícil que lo hubieran aceptado. De todas formas, al proponer la información y la consulta aparentemente ganaban tiempo, pero perdían hasta la oportunidad de ser escuchados por ese Central. Es posible que tanto Claudín como Semprún se sintieran cansados y no desearan más sesiones catárticas como aquellas, pero si querían dar la batalla la fórmula de Claudín era la más inadecuada. Quizá también estuvieran hartos. De cualquier forma, se ponían en sus manos. Que no se hacían falsas ilusiones lo resumió en una frase: La mayoría no es el criterio para decidir la veracidad de una tesis.

Eduardo García, fuera de sí, irritado por aquellos traidores revisionistas, grita: ¡No podemos ser tolerantes!, como si se tratara de un prelado inquisitorial. Es el momento de las afirmaciones de fe, y por eso, dirigiéndose a Semprún, le manifiesta su odio. Odio hacia los intelectuales, que, al fin y al cabo, hasta Franco, en sus cárceles, los trata con todas las consideraciones; no es lo mismo que los obreros. También recibe lo suyo el «renegado» Fernando: Aunque sea poco científico, aunque sea poco dialéctico, y esa posición mía poco crítica, pero no me importa decirlo: ¡yo tengo en la Unión Soviética toda la confianza!

También Pasionaria tiene algo que decir y lo hace directamente, a su estilo ampuloso, pero sin tapujos, brutal y descaradamente, y sin temor por afectar a terceros: Camarada Federico. No os dejéis impresionar demasiado por los textos italianos ni por las opiniones italianas… A Togliatti yo lo conozco muy bien, porque he trabajado muchos años con él… y yo sé cómo es Togliatti… y en un

problema como el del culto a la personalidad, yo tengo que decirte que eso es un poco de oportunismo de Togliatti; esa afirmación que planteó él en un momento de que lo que había ocurrido en la Unión Soviética con el culto a la personalidad era una degradación del sistema socialista. Es mentira, es falso. Para Claudín tiene el recuerdo, la saña de su buena memoria y le recuerda con ironía que la lógica de Vychinski, el fiscal de los procesos de Moscú que Fernando estudió durante su estancia en la URSS, se ha modificado. Prácticamente su intervención se resume en una defensa apasionada de la URSS y un ataque a sus críticos.

Llegó la hora de Santiago y con irritación no se extendió mucho, fue muy concreto. Yo me autocritico por haber sido demasiado tolerante con Federico…; y ya que todos estaban en aquel sitio trufado de micrófonos, echó su cuarto a espadas, tronó contra los enemigos de la patria socialista: Es el sistema soviético lo que está en discusión, y eso no es serio, eso no es serio, repitió. De ahí a poner en duda el leninismo hay una distancia que se puede franquear… y para que la franquearan rápidamente exigió que el Ejecutivo adoptara una resolución, ya estaba bien de palabras. Incluso la redactó él mismo: Fernando y Federico quedan suspendidos de las atribuciones que ocupan en el Comité Ejecutivo mientras el Comité Central toma una decisión definitiva.

Ni Claudín ni Semprún entran en el juego. Rechazan la resolución y, aunque se aprueba, el ambiente se hace fétido, con un Claudín que se burla de Pasionaria porque solo ha pedido el voto a los que están de acuerdo, sin señalar a los opositores (ellos dos).

Así termina la reunión del palacio Zbraslav, en los alrededores de Praga. Era el 2 de abril de 1964 y Santiago leía a los presentes la resolución definitiva que llenará de gloria a sus dos acusados, porque, como Galileo, tenían razón; si no toda, al menos bastante más que los vencedores. Los camaradas Fernando Claudín y Federico Sánchez, supervalorando las posibilidades de la oligarquía y subestimando las de una solución verdaderamente democrática, consideran inevitable que, una vez eliminadas las formas fascistas de poder, se abrirá un largo periodo, durante el cual el capital monopolista estará en condiciones de superar los graves problemas que la revolución democrática y el desarrollo económico plantean en España, asegurando de forma incontestable su hegemonía política.

EL PROCESO DE RUPTURA

Por diversas razones, la organización de Madrid concitaba las mayores preocupaciones de Santiago. Representaba la capital del Estado y también la plaza más contaminada por «los dos efe». A finales de abril se produjo la detención de José Sandoval, el sustituto de Semprún en las relaciones con la intelectualidad. Un duro golpe a la estrategia de Carrillo, que veía en él la mejor vacuna frente a lo que se avecinaba.

La redada policial, además, está a punto de desmantelar la cabeza de la organización madrileña. De los tres miembros que dirigen el partido en la capital, dos son detenidos (José Sandoval y Luis Antonio Gil) y el tercero, Francisco Romero Marín, logra salvarse por los pelos cuando la policía lo tenía en sus manos; había ido a la tienda de productos eléctricos donde estaba instalado el aparato de propaganda y allí le esperaba la Brigada Político-Social. Primero pidió una bombilla, con notable sangre fría, luego ellos solicitaron su carné de identidad y, mientras el otro llamaba por teléfono, Marín echó a correr lanzando la bombilla, que explotó como si se tratara de una bala. Así se salvó el responsable político de Madrid y miembro del Ejecutivo, Romero Marín.

La caída que encabezó Sandoval el 27 de abril de 1964 no afectó a los intelectuales, sino a la clase obrera, que tardaría en reponerse: los responsables del sector metalúrgico (Montoya), de los autobuses públicos madrileños, EMT (Martínez Velasco), y de Renfe (Silvano) estaban entre los diez detenidos. También quedó desmantelado el aparato de propaganda, del que formaba parte el hijo del entonces ministro del Aire, general Lacalle Larraga. El único motivo de orgullo que tuvo la dirección del partido ante aquel desastre fue este. El mismo Santiago se sorprendió al conocer que en sus filas contaba con el descendiente de un ministro en ejercicio. Daniel Lacalle, ingeniero aeronáutico, trabajaba en la compañía Iberia. Se había afiliado al partido poco antes y su comportamiento, ante las presiones y vejaciones de que fue objeto por policías y parientes, reveló un hombre de carácter.

Un militante del partido acababa de provocar una crisis gubernamental; el ministro Lacalle, ante el escándalo, presentó la dimisión a Franco, que no le fue aceptada. Santiago no cabía en sí de gozo. El partido se metía en las peleas del Pardo. En una entusiasta carta a Pasionaria no puede ocultar su contento:

Síntoma de los tiempos: la detención de un grupo de dirigentes comunistas casi provoca una crisis en el gobierno de Franco.

El orden de sus preocupaciones, ahora más que nunca, es el comportamiento de los dos opositores: A la semana de volver de ahí –le escribe a Dolores el 6 de mayo– hablé con cada uno de ellos. Con Fernando, sobre su trabajo. Me dijo que va a seguir reflexionando y que podía escribir sobre Goya, sobre filosofía. Me preguntó si debía buscar trabajo profesional. Le contesté que está bien, que reflexione… y que no se preocupe de momento por el trabajo profesional, seguirá recibiendo su salario… Lo mismo, más o menos, con el otro [Semprún] … Son de una vanidad y una soberbia increíbles y nos miran a todos por encima del hombro.

Lo que Carrillo no le contaba era que él había iniciado, por su cuenta, la batalla contra los dos. El 19 de abril aprovecha el aniversario del fusilamiento de Grimau para reunir a la militancia del partido en París y les desvela, en un teatro de Stains (Seine), algunas de las claves de lo que se cuece. Extorsionándolas, transmite una peculiar versión de las tesis de Claudín y Semprún. Radio España Independiente emitirá días más tarde el discurso, pero de él desaparecerán los párrafos que figuran en la cinta magnetofónica original, en la que consta que es Santiago el primero en romper el fuego públicamente, con frases que el auditorio, que estaba en el secreto, recogía entre ovaciones: La crisis del franquismo no será una crisis política, será una crisis revolucionaria. Sabemos que al decir esto nos enfrentamos a una cierta corriente que dice que con el plan de estabilización la oligarquía ha creado la base y ahora con el plan de estabilización creará las condiciones para que los campesinos y obreros se conformen con la situación… Esos piensan que los problemas de España los resolverá el capitalismo moderno y de hecho pretenden que nuestro partido abandone su línea revolucionaria y se ponga a esperar tranquilamente que llegue el momento para realizar el socialismo. Creyéndose ante un público devoto, no tuvo ningún rubor en ir aún más lejos: Es en realidad la misma tesis que los mencheviques rusos esgrimían contra Lenin. Es la tesis de Besteiro, cuando España iba a la revolución democrática. Es la misma tesis que el Partido Comunista de España ha rechazado y rechaza hoy (la transcripción de este fragmento, que no se emitirá por Radio España Independiente, señala «grandes salvas de aplausos»).

No era Santiago hombre que, puesto a la tarea, no aprovechara para denunciar al adversario y más teniendo en cuenta que el personal era de confianza: No

toleraremos que se haga apología del neocapitalismo. Quien quiera hacer eso que se vaya a hacerlo al Express, pero no le dejaremos hacerlo en Realidad. La referencia al semanario francés L'Express se había convertido en algo reiterativo, que siempre sacaban a colación para demostrar la intrínseca actitud neocapitalista de Claudín y Semprún. La razón, traída por los pelos, se reducía a que el escritor Juan Goytisolo –que nunca fue militante, a diferencia de sus hermanos– había escrito un artículo en dicho semanario[3]– en el que se hacía alusiones a los cambios sociológicos del español medio: con su Seat 600 y su recién inaugurada autopista de Castelldefels. El obrero conduciendo un 600 por la autopista de Castelldefels se convirtió para Carrillo y el partido en el símbolo de la política revisionista y neocapitalista de «los dos efe». Cuando Santiago decía L'Express se sobrentendía Goytisolo y cuando decía Realidad, de la que había salido apenas un número con los artículos de Semprún y Claudín, estaba claro a quién se refería.

Unos días antes, Eduardo García había publicado en Mundo Obrero un artículo críptico y cargado de amenazas: Si algún camarada, despistado o consciente, intenta desviarnos de la línea del partido habrá que llamarle la atención y si esto no basta, despedirle sin contemplaciones. Incluso se permitía una adaptación política de la ley del embudo al advertir que ningún comunista está autorizado a sacar fuera del partido y de sus organismos correspondientes los problemas de su discusión interna.

Todo marcharía a pedir de boca si no llega a ocurrir el desgraciado accidente de Madrid, la detención de Sandoval y los suyos, que creaba una variable imprevista. Sin embargo, había razones para estar tranquilo. Salvo la desagradable sorpresa represiva de Madrid, el resto de la organización marchaba al ritmo que el Ejecutivo marcaba. Incluso no corrían ningún riesgo reconociendo la existencia de la ultraminoritaria escisión prochina. Santiago informa puntualmente del hecho a Pasionaria, tranquilo y con su particular tono despectivo: El balance de las actividades escisionistas chinas se establece así: el «camarada X», el célebre Taillefer de que te hablé, ingresado en el partido en marzo de 1963, para levantar bandera disidente en junio del mismo año, casado a una francesa [sic], y que nadie sabe bien quién es, se ha fusionado con el grupo de Ginebra, que encabezan algunos de los miembros del antiguo comité nuestro en esa ciudad… Editan un papelucho que titulan Mundo Obrero Revolucionario, naturalmente con dinero chino… En París están ligados con un grupo, exactamente de media docena… que publican El Proletario. Unos y otros están ligados con un grupo de estudiantes de Madrid… También hay un grupito

reducido en Bélgica, encabezado por un tipo que me dicen es muy sospechoso, en contacto con Gripa y demás granujas… Con ese balance no había por qué inquietarse. Salvo el grupo de estudiantes de la Universidad de Madrid, en el interior, la «escisión maoísta» no había prosperado.

Cuando llega el verano de 1964 las posiciones no han hecho más que atrincherarse. Claudín y Semprún conocen ya que Santiago les ha atacado públicamente en el mitin de Stains. El Ejecutivo, por su parte, que controla atentamente cada paso de los divergentes, sabe que han enviado emisarios al interior, especialmente Ignacio Romero de Solís y un hispano-mexicano dedicado al mundo editorial y a las finanzas, Faustino Lastra. Javier Pradera les recomienda lo mismo que le dijo Semprún ante sus dudas de 1961: no deben salirse del partido, hay que luchar dentro.

Posiblemente están al tanto, es fácil imaginarlo, de que Semprún trata de apoyarse en el Partido Comunista Italiano y de que ha tomado contacto con Palmiro Togliatti. Aunque no le ha visto personalmente, el secretario general del PCI ha aceptado, gracias a las gestiones de Rosana Rossanda, que Jorge le redacte un informe sobre las divergencias en el partido español. Es poco verosímil que lo llevara en sus vacaciones a Crimea, de cualquier modo no servirá de nada, porque morirá en agosto, en Yalta, de una angina de pecho, dejando un interesante memorándum para discutir con Kruschev, en el que se plantean dos reflexiones que el PCE y su Comité Ejecutivo habían decidido aparcar: el problema de la libertad y el de la nueva unidad del movimiento comunista.

El elemento que radicaliza las posiciones es la Declaración del Comité Ejecutivo, emitida en junio. Un largo documento que Claudín-Semprún interpretan justamente como una provocación. No solo no se rectifica un ápice el triunfalismo pasado, sino que se agudiza: Se está iniciando en España la marcha hacia la eliminación de las formas fascistas de la dictadura del capital monopolista. Así va encabezado, cual si se tratara de replicar en clave dogmática a las tesis de los dos opositores. Si estos habían señalado los elementos de neocapitalismo que había en la situación española, la declaración de junio resalta lo contrario hasta la caricatura: El desarrollo hasta ahora logrado en España no ha acortado la distancia que nos separa de los países económicamente desarrollados. Todo observador imparcial puede comprobar que la distancia entre España y los países desarrollados del occidente de Europa es hoy mayor de la que era, digamos, en 1930. Y esto sin contar que países como Polonia,

Hungría y Rumania nos han sobrepasado y dejado bien atrás, gracias a la vía socialista.

La declaración iba expresamente dirigida a ellos. Mientras que los prochinos, calificados de escisionistas, apenas si merecen un párrafo, los desviacionistas, es decir, Claudín-Semprún, se merecen más espacio, salpicado de adjetivos. Los portadores de las tesis oportunistas resucitan con otras palabras y en otras condiciones las viejas posiciones reformistas combatidas por Lenin, cuando sostienen de hecho que el partido debe resignarse a la continuación del poder en manos de la oligarquía, montar en el tren de la liberalización, adaptarse a una situación en que obreros y patronos van a gozar juntos las ventajas del neocapitalismo. Tales concepciones cubren, con un ropaje supuestamente «nuevo», la vieja mercancía averiada del oportunismo socialdemócrata[4].

No se podía llegar más lejos en la tipificación del delito. La apelación a Lenin constataba la magnitud del crimen. Para el Comité Ejecutivo parece llegado el momento de hacer públicas las divergencias y machacar a los oponentes, porque entretanto han ido llegando las opiniones de los miembros del Comité Central, por escrito, y no hay excepciones: unos plantean darles duro y a la cabeza, otros darles duro y a la barriga y, por último, alguno, sencillamente, darles duro sin especificar dónde.

Unánimemente todos aprueban la resolución, cesando a Claudín y Semprún del Comité Ejecutivo; la mayoría solicita, incluso, en un supremo celo, que se les cese también del Central. Es posible que esto fuera el elemento favorable que Santiago esperaba para dar el golpe definitivo. Poco antes de las reuniones del Buró en Praga, Carrillo había publicado un interesante artículo en Nuestra Bandera titulado «¿Liberación o democracia?»[5].

En él polemizaba, sin citarlas, con las tesis claudinistas sobre la liberación y la hegemonía oligárquica. El texto no hace dejación del voluntarismo y la subjetividad que caracterizaban a Santiago, pero no está cerrado a aceptar otras variables, e incluso no solo reconoce la posibilidad de una derrota de las fuerzas revolucionarias, sino que recoge una tesis enunciada hacía años y abandonada luego: Es probable que no saltemos del gobierno de Franco a un gobierno democrático sin alguna fase intermedia y cabe la posibilidad [de que el partido] la apoye parcialmente. En la declaración de junio tales eventualidades se han esfumado: el partido a la cabeza de las masas va a traer la democracia y arrumbar a los «liberalizadores» al desván de las cosas inútiles. No solo las

actitudes, también el lenguaje se ha radicalizado.

Es posible que el tono y la agresividad que respiraban las respuestas de los miembros del Comité Central encauzaran el endurecimiento que se materializó en la declaración de junio. Parecía de los primeros años cincuenta, más que del partido que mediaba la década de las interrogantes, la de los sesenta. La gama de respuestas de los miembros del Central abarcaba un espectro muy reducido, desde la de Simón Sánchez Montero, por el lado de intentar polemizar sobre bases políticas, y en la otra punta, en la que se podrían tomar varios ejemplos de respuestas ofensivas, quizá la más llamativa por su tono fuera la de Wenceslao Roces, el viejo profesor de Derecho Romano, exiliado en México.

Sánchez Montero, encarcelado entonces, responde desde su prisión con dureza, pero sin usar en demasía de los clichés y los latiguillos. Trata de valorar lo que hay de reflexión útil en las tesis divergentes, al tiempo que rechaza sin paliativos sus conclusiones: Yo creo que hay mucho de cierto en las opiniones de Claudín apoyadas por Federico. Es cierto que ha habido durante los últimos años un evidente desarrollo económico en España y en los principales países capitalistas europeos y que ese desarrollo pone de relieve la fuerza y posibilidades del capitalismo monopolista, que no es precisamente un tigre de papel.

Wenceslao Roces logra una pieza que parece escrita para conseguir el efecto contrario al deseado, en vez de dureza ciceroniana parece un personaje de Plauto: Se han estrellado contra su soberbia, contra su prurito individualista de tener razón ellos solos dentro del partido… Esto es la negación misma de la concepción comunista, marxista-leninista de la verdad, como resultante del esfuerzo colectivo y de la acción práctica… Llegaron a creer que halagando, adulando burdamente ciertas tendencias desviadas de la juventud políticamente inmadura… creyeron que podían crearse una plataforma juvenil, renovadora y primaveral, a base de ideas que son lo más viejo, caduco, otoñal y senil en filosofía y en política.

No hubo matices en las respuestas, parecían cortadas por el mismo patrón y seguían puntualmente el tono y el lenguaje que había marcado el Comité Ejecutivo en sus intervenciones praguenses. El 3 de septiembre se reúnen en París varios miembros de la dirección con Semprún y Claudín y les hacen partícipes de las contestaciones de los diversos miembros del Central.

Lo normal hubiese sido que no les sorprendieran las reacciones, aunque se

sintieron ofendidos por el tono sabidillo e insultante de muchos de ellos, pero lo curioso es que Fernando Claudín, a partir de ese 3 de septiembre, y quizá obsesionado por las constantes acusaciones de «revisionismo», «oportunismo», «derechismo», «socialtraición»…, da un giro izquierdista a sus planteamientos, inexplicable fuera de la tensión a que estaba sometido. Estos confirmaban una cierta fragilidad de sus bases teóricas: quizá conocía mejor lo que no marchaba (la línea del partido) que sus propias tesis.

En una carta para conocimiento exclusivo del Comité Central afirma que frente al franquismo no hay otra perspectiva que la revolución socialista, porque el desarrollo económico del país ha liquidado toda posibilidad de una revolución previa de tipo democrático-burgués. Es difícil, fuera de razones de tipo personal, comprender este giro copernicano en la línea de articulación política. A partir de esa fecha, la radicalización o «izquierdización», incluso de su lenguaje, será un hecho incontrovertible, como si tratara por todos los medios de hacerse perdonar las acusaciones de «derechismo». Aunque afirma la necesidad de liquidar los vestigios del estalinismo y dogmatismo que subsisten en nuestras filas, y se sustenta teóricamente en el documento póstumo de Togliatti –Memorial de Yalta–, en lo que respecta a la política española el objetivo es el de la revolución socialista. No hay nada más en su horizonte. No se advierte la misma actitud en Semprún. En su carta no aparece ningún síntoma de revisión de sus tesis, sino de insistencia en los procedimientos seguidos por el Ejecutivo para su consulta, acusándole de dar al Comité Central una versión tergiversada, truncada, groseramente deformada, de nuestras opiniones.

Después de ese 3 de septiembre el ambiente es propicio para la ruptura definitiva y ambos esperan a ver quién es el que provoca el siguiente paso. Va a ser un miembro del Comité Ejecutivo, Santiago Álvarez, quien diez días más tarde provocará la chispa definitiva. Como Carrillo unos meses antes, él también aprovecha la plataforma que le brinda una asamblea selecta de los militantes del partido en París para dar un paso sin retorno y realizar una acusación sin fundamento.

Allí, en la sala de Montreuil y bordeando la nada socrática pregunta de si detrás de Claudín-Semprún puede haber fuerzas liberales o conservadoras, o tal vez el propio régimen y su activísimo ministro de Información, Manuel Fraga Iribarne, el gallego Santiago Álvarez afirma en un tono burlón, más insultante que galaico: Subjetivamente no podemos decir que Fraga les pague. Todavía han cobrado su sueldo del partido este mes. Por lo tanto, todavía no tienen necesidad

de cobrar de nadie[6].

Claudín se entera e, indignado, escribe al Comité Ejecutivo el 22 de septiembre: ¿Hasta dónde pensáis llegar? Por lo pronto, un sentido elemental de la dignidad me obliga a renunciar, desde este momento, al sueldo a que tengo derecho como miembro del Comité Ejecutivo y del Comité Central aún no destituido. Adjunto tres mil quinientos francos que me restan del mes en curso. Todo está ya roto.

DEPURACIONES Y PREOCUPACIONES

Un proceso similar se ha iniciado en el PSU de Cataluña, que acaba de descubrir a un «oportunista» embozado, su particular víctima en la ceremonia general contra los intelectuales corruptores del partido de la clase obrera. El 9 de septiembre, el miembro del Comité Ejecutivo de los comunistas catalanes, Francesc Vicens, Ferrán, plantea ante sus colegas su desacuerdo con los métodos utilizados en el PCE contra Claudín y Semprún. Tenía treinta y seis años y nadie dudaba de que se trataba de un personaje competente y brillante. Había estudiado letras en la Universidad de Barcelona, ingresando en el PSUC en 1955 y formando parte del Comité Central desde el primer Congreso. Tras las redadas provocadas por la detención del miembro del Ejecutivo, Carlos Rebellón, en la primavera de 1960, Vicens se ve obligado a exiliarse. En Francia había sido el principal animador de la revista teórica del partido, Nous Horitzons, en 1961. El novelista catalán Víctor Mora le describe en Paris Flash-Back por su porte: «un aire al general Leclerc». Alto, flaco, incansable pedagogo, su especialidad era el arte, la estética.

A la primera reunión de examen del caso Vicens asistirán miembros de la dirección del PCE: Eduardo García y Manuel Delicado. Será el propio Francesc quien plantee desde el primer momento la base de sus diferencias. Reina la unanimidad total sobre las adquisiciones teóricas del partido y Ferrán ha roto el equilibrio. Gregorio López Raimundo, con su peculiar capacidad analítica, afirma: Después de haber dicho durante 15 años que Franco se cae, ahora decimos que empezamos a entrar en la fase de liquidación de las formas fascistas de poder… se trata de una nueva etapa, con características distintas. Este argumento en apoyo de la declaración del PCE de junio, que parece diseñado por

el adversario, radicalizará aún más las posiciones. Josep Serradell, Román, echa una mano a su secretario general y advierte al «disidente» que el excesivo afán científico, camarada Ferrán, lleva a pésimas conclusiones. Con su talento de hombre avezado en las peleas internas, añade: Es nocivo preguntarse siempre el porqué. Francesc Vicens estaba ya en el punto de mira, pendiente de la resolución definitiva, pero otro objetivo distrae la atención del PSUC.

Obsesionados por evitar la contaminación de «oportunismo», la dirección del PSUC está pendiente de las actitudes de las organizaciones. Otro miembro del partido ha tomado sus distancias frente a las posiciones oficiales. Es Jordi Solé Tura, Fabra. En agosto ha tenido la audacia de hacer llegar a los miembros del Ejecutivo de su partido una carta en la que muestra su total desacuerdo con la declaración de junio del PCE. Estoy en completo desacuerdo con la orientación básica de la declaración y con la línea política que traza; y hace profesión explícita de apoyo a la tesis de Claudín-Semprún, denunciando al mismo tiempo el proceder de la dirección, que le parece absolutamente intolerable. Es una burla a los militantes, que somos considerados como menores de edad.

El acoso al que se le somete desde entonces es tal que el 14 de septiembre envía a la dirección del PSUC otra carta que es un acta de acusación de un hombre que, a sus treinta y cuatro años, se enfrenta a un mundo del que había oído hablar, pero que no había experimentado: Os escribo con una amargura sin límite. Jamás pensé vivir lo que estoy viviendo. Estamos en plena caza de brujas y yo estoy entre las brujas ya cazadas. Parece como si estuviéramos en los años de las purgas y demás… En estos momentos estamos ya en plena histeria antiintelectual. Con el resultado de que quedan ya muy pocos en la familia. Y al ritmo que vamos, dentro de poco no quedará ni uno. Parece como si ser intelectual fuese un terrible pecado original que hay que lavar diciendo constantemente «Sí, padre» al todopoderoso intérprete de la conciencia proletaria. ¿A dónde iremos a parar? No lo sé… Ya sabéis cómo se sacrifica entre nosotros: la víctima es cubierta de insultos, hundida en el fango. En estos momentos yo ya soy, por lo menos, un arribista, un muerto de hambre, un ambicioso sin escrúpulos, un agente de Fraga, un traidor, un vendido… etc. ¡Y esto no es más que el comienzo! Menos mal que no estamos en el poder. Si no, ya sé lo que me tocaría: el paredón.

Solé Tura decide abandonar, porque mi terrible e inconfesable pecado consiste en no ver clara la línea política actual. Su posición es firme: Voy a dedicarme a rehacer mi vida profesional y a alejarme de esta pesadilla. No lo tiene fácil.

Aunque ha vuelto de Bucarest y de su trabajo en Radio España Independiente, vive en París. A primeros de octubre informa a Manuel Azcárate, del Ejecutivo del PCE, de su decisión de volver a España e incorporarse a la actividad universitaria. No obtendrá respuesta y el 14 de octubre les informa de que dentro de uno o dos días emprendo viaje al país. El Comité Ejecutivo del PSUC le expulsará el 4 de noviembre por decidir, por su cuenta, regresar a España. Se integrará en la Universidad de Barcelona y diez años más tarde volverá al PSUC, formando parte del grupo Bandera Roja.

Cuando la máquina de las depuraciones se pone en marcha no es fácil detenerla. Aunque numéricamente no afectará a muchos, el aparato del partido veía «oportunistas» por todas partes y no había otro modo de liberarse del «desviacionismo derechista» que expulsándolos.

Un acontecimiento imprevisto conmocionará entonces a Carrillo y a todo el mundo comunista, agudizando aún más la obsesión por la «vuelta a la ortodoxia» estricta. El verano se había llevado a Togliatti y a Thorez, los dos secretarios generales; el destino les había hecho la perrería de no permitir a ninguno de los dos asistir al entierro del otro. Pero todo se olvidó ante la destitución de Nikita Kruschev el 14 de octubre y su sustitución por Leonidas Breznev. Santiago Carrillo se sintió particularmente conmocionado. Claudín, que lo sabía bien, escribió que la personalidad de Kruschev ejercía una indudable fascinación sobre Carrillo. Había más. Hasta cierto punto su suerte y su ascenso en el PCE habían coincidido con el periodo kruscheviano y, como buen conocedor que era de los usos y costumbres, temía que ahora podía llegar el momento de su defenestración.

El 16 de octubre, la Pravda informaba del cambio en la cúpula por razones de salud. Tres días más tarde, Carrillo envía desde París y, según su expresión, con el corazón en la mano, una carta a Dolores Ibárruri. Transparentaba preocupación y temor y apelaba a Pasionaria porque solo ella, en un momento como aquel, podía explicarle las claves e incluso, si fuera menester, echarle una mano. El asunto Kruschev ha caído entre nosotros como una bomba, le confiesa. Antes de escribir a Dolores redacta para Mundo Obrero un editorial reconociendo los méritos personales de Kruschev, sin un atisbo de crítica al procedimiento utilizado en el cese y adobado con cantos a la URSS. En su carta a Pasionaria hay mayor claridad sobre sus inquietudes y sobre su incondicionalidad total a los soviéticos: Leo hoy en Le Figaro que Longo e Ingrao han hecho discursos en Italia abordando el tema y diciendo que el

procedimiento adoptado muestra una resistencia al retorno a las normas leninistas de organización del partido y una oposición a la instauración de un debate abierto sobre el testamento político de Togliatti. Si Le Figaro no tergiversa, cosa muy posible…, me parece que los camaradas italianos van demasiado lejos y se inmiscuyen demasiado abiertamente en los problemas del PCUS…

Santiago se ha limitado al editorial cauteloso y por esa extraña magia de la extorsión histórica ese editorial, que él juzgaba la mejor respuesta al entrometimiento de los italianos, se transformó con el tiempo en una posición «discrepante», según solía repetir años después. Por temor a que la propia Dolores le interpretara mal, le dora la píldora: Mi opinión personal es que a un hombre que se retira por razones de edad y de salud se le despide con una apoteosis, reconociendo sobre todo sus méritos y no retirando sus retratos e interrumpiendo automáticamente toda alusión a él, como si hubiera sido «ejecutado» políticamente… Yo comprendo que esas medidas no son fáciles… Tengo personalmente la mejor predisposición para aceptar todas las explicaciones razonables sobre la forma utilizada. Desde luego, descarto que esa discusión tuviera que hacerse… con los métodos de la «democracia» formal burguesa; eso no son los principios leninistas. Me hago cargo que desplazar a un secretario de partido, que es además jefe del Estado –¡y de qué Estado!–, no es lo mismo que, por ejemplo, desplazarme a mí.

La referencia personal no está de más y Santiago se muestra con una humildad tan calculada que inmediatamente pasa al capítulo de agravios a Kruschev, apuntando en esta carta a Pasionaria algunos datos históricos que siempre se guardó mucho de revelar: Kruschev, hemos constatado tú y yo más de una vez…, tomaba la palabra y hablaba horas y horas, improvisando y relatando las cosas y los juicios más abracadabrantes. Este aspecto del carácter de Kruschev por ciertos lados era simpático; por otros, era francamente insoportable. Uno se preguntaba más de una vez: ¿cómo los amigos que están alrededor de él no le dicen que se calle?… Yo recuerdo particularmente dos ocasiones. Una, el banquete que se celebró después del XXII Congreso, al que asistían, yo no sé, quinientas, seiscientas o setecientas personas… Allí dijo cosas que, incluso si son verdad, mejor hubiera hecho guardándoselas para él y para quienes estaban en el secreto; esas cosas no podían realzar el prestigio del PCUS ante una serie de militantes extranjeros, algunos de ellos muy verdes política e ideológicamente. Recuerdo el comentario irónico hecho en voz alta por Golland, el inglés, en relación con el método utilizado para desplazar a Beria: ¡Como

entre «gentlemen»! No necesitaba decir más, porque Dolores estaba tan al corriente como él; se trataba de la liquidación política y física de Beria en 1953, y de la que hay entre los historiadores versiones contradictorias. Algunos aseguran que fue ejecutado en una reunión del Presidium, directamente, in situ. Es una pena que Carrillo no haya ampliado sus referencias, que permitirían al fin tener la versión fidedigna. Que debió de ser bárbara y brutal, lo dice bien el sarcasmo de Golland al compararles a «gentlemen»[7].

Santiago encuentra en Kruschev no tanto valores personales cuanto valores de representación que nos acercan a esa fascinación de la que escribió Claudín. Cada obrero sencillo se veía reflejado en él –y añade a Dolores–: inspiraba confianza. La verdad es que tras su comportamiento de «gentleman» no debía ser fácil inspirarla, a menos que uno estuviera muy curtido en esos avatares.

El Carrillo que escribe a Dolores tras la caída de Kruschev es un hombre de pronto inseguro y de una familiaridad sin precedentes hacia una persona como ella, a quien nunca se acercó más allá de la relación política, como lo testimonia la correspondencia amplísima entre ambos. Sin embargo, ahora Carrillo le dice con modestia: Si me extravío creo que no es por mi culpa, sino por el desconocimiento de lo sucedido. –Y añade, untuoso–: En estos momentos me siento todavía más próximo a ti, si ello cabe. Quizá al escribir estuviera cruzando por su mente la historia de Antón y no quería repetirla siendo él víctima y protagonista. En 1964 es difícil que esas cosas volvieran a suceder y que un cambio en las inclinaciones de Dolores –no en el terreno íntimo, por supuesto, donde jamás hubo nada– le llevara a él contra las cuerdas. De todas formas, más valía conjurarlo; en 1964, una alianza de Pasionaria y el PCUS podía ponerle en la calle.

Dolores no le responderá inmediatamente, pero sí hará sus gestiones para que el PCUS envíe a uno de sus mensajeros. Se entrevistará con Santiago en París y le «informará» de las genuinas razones del cese de Kruschev. El procedimiento será el mismo que con el informe de Kruschev sobre Stalin, no le darán documento alguno, sino que le leerán una carta con la recomendación expresa de no tomar notas ni informar a nadie. Santiago cumplirá el consejo hasta hoy.

Escribe enfervorecido a Pasionaria el 8 de noviembre: Esa carta resulta… plenamente satisfactoria. Y ya en posesión de la verdad, sin dudas, le manifiesta a Dolores su indignación por las actitudes del PC italiano: He leído un discurso de Longo en L’Unità… en el que se ve que hacen la campaña para las elecciones

municipales sobre la base de criticar la democracia soviética. También he visto que, a la vuelta de Moscú, su delegación declara no estar satisfecha de las explicaciones. A mí esto no me parece nada serio. Creo que, por la información recibida, se comprueba que el Presidium y el Comité Central del PCUS han obrado con todo respeto para las reglas de la democracia en el partido… a mí me parece que los camaradas italianos confunden el Parlamento burgués con el Sóviet Supremo; confunden el funcionamiento de la democracia burguesa parlamentaria con el funcionamiento de la democracia soviética. Yo creo que no tienen razón.

Es ya un Carrillo tranquilo, seguro de que con él no va nada, y que está en el mismo lugar que estaba antes de la caída de Kruschev, armado una vez más de la bandera soviética, y con fe suficiente para arrasar a los infieles. No es extraño que se lo explique también a Dolores: Vamos a proponer que Claudín sea excluido de su cargo del Comité Central, que Federico Sánchez sea reelegido al cargo de candidato al Central y que el Central encargue al Ejecutivo de aplicar la medida de expulsión del partido de ambos si no cesa inmediatamente su labor fraccional.

Ella ahora sí le responde inmediatamente: Me parece correcta tu idea de intentar separar a Federico de Claudín, que es lo que yo pensaba cuando proponía que enviásemos a Federico a Cuba… ¿Qué sería de Fernando sin la sombra de Federico? Un cero a la izquierda… Federico no tiene experiencia de trabajo fraccional, pero el otro sabe lo que se hace… tú tienes razón en querer separar a Federico y deberemos hacer todo lo humano y divino para lograrlo. Si se consigue, el otro se desinflará como un globo.

La dinámica de la discusión hace infructuosos los intentos de separarlos. Conociendo la composición del Ejecutivo, estaban absolutamente castrados para percibir matices. Una cosa era sembrar y otra dar trigo. El 5 de noviembre convocan a Claudín y Semprún. Por la personalidad de los convocantes casi se sabe de antemano lo que va a ocurrir. Frente a «los dos efe» están perspicaces «florentinos» como Líster, Gallego, Romero Marín y López Raimundo. Está claro que Carrillo tampoco quiere arreglos, sino amputaciones. La sesión es difícilmente reproducible sin caer en el teatro de capa y espada. Menos llegar a las manos –que en un momento se plantea–, el resto, todo; incluidas las amenazas físicas.

La transcripción de la cinta magnetofónica que se conserva da cuenta de una

especie de encuentro tabernario entre unos matones que acusan a dos colegas de haber traicionado a la banda. Ignacio Gallego, que dirigirá el ataque, empezará con las acusaciones, porque quiere llegar inmediatamente después a la expulsión, sin andarse con circunloquios. Las prácticas escisionistas y fraccionales están comprobadas, según él, porque han enviado a Madrid al editor Faustino Lastra, y porque han informado a la prensa burguesa, especialmente al corresponsal de Le Monde en Madrid, José Antonio Novais, al que denuncia como antiguo miembro de Falange, exmiembro de la 11 Bis (Servicios de espionaje francés), actualmente correveidile de Fraga[8]. Llegado a este punto exige de los dos acusados una declaración en la que os comprometéis a poner fin a la actividad fraccional.

La petición, por el tono y la forma, y no digamos por el contenido, es una exigencia inaceptable y Semprún replica que es la segunda reunión con el Ejecutivo (la anterior fue el 3 de septiembre) en la que no aparece el secretario general. Para él esta ausencia es significativa y considera que se debe seguir discutiendo. Gallego, tajante: La discusión está zanjada. Semprún insiste. Gallego le interrumpe. Semprún vuelve a su hilo. Gallego interrumpe de nuevo. Semprún se indigna: Es la última vez que me dejo interrumpir…, no sé si estos son los métodos que ahora llamamos leninistas, pero me parece que sería bueno que nos dejásemos hablar mutuamente. Imposible. Claudín sigue en silencio. Líster se carcajea de la solicitud de Semprún de que se lean allí varios artículos de los estatutos del partido, a los que se acoge. El general da un golpe en la mesa y le advierte: No te pongas farruco. Claudín al fin habla y dice una frase: Bueno: o calláis o yo me voy de esta reunión. Todos a una, como un coro, se oyen cuatro voces: ¡Te puedes ir! Claudín, más blando, rectifica: Si seguís así, me voy. Pero siguen así y no se va nadie. La reunión acaba, lógicamente, como el rosario de la aurora. Semprún y Claudín pueden considerarse expulsados, si es que no se sentían en esa situación unos meses antes.

El 8 de diciembre, Fernando Claudín escribe dos cartas al Ejecutivo. Apenas llenan diez líneas. La primera apunta que, tras ver los procedimientos que habéis utilizado, se reserva el derecho a dar a conocer, por mi cuenta, sus posiciones políticas. La otra es de muy otro orden: Os pedí que me proporcionarais el pasaporte que me dieron los camaradas cubanos y que dejé depositado en la caja del partido, en Praga… Os ruego que me lo entreguéis. Me hace falta urgentemente. No quisiera verme obligado a dirigirme directamente a los camaradas cubanos explicándoles la situación en que me encuentro.

Ni siquiera le responderá el Ejecutivo, sino un personaje dostoievskiano, encargado del aparato en París y suplente del Comité Central, José Serrán, Ramos, que había estado en la Unión Soviética durante la guerra mundial y posteriormente fue enviado a las guerrillas de Galicia, con resultado nefasto. Su figura parecía sacada de un film norteamericano de la guerra fría. Era un comunista de película: bajito, moreno, poco locuaz, eternamente con prisa, con trajes siempre grises, no sonreía nunca. El que escogieran a personaje tan siniestro para responder a Claudín en su última comunicación con el partido revelaba todo el odio que le mostraba Santiago, quien quería hacérselo patente. El sórdido Ramos firmó un texto en el que decía: Tomamos nota de tu propósito de proseguir la actividad fraccional que has emprendido… El Comité Ejecutivo no tiene ni ha tenido interés jamás en causarte ningún perjuicio personal, en dificultar tu situación personal y la de tu familia. Por esa razón no te retiró ni disminuyó el salario cuando fuiste separado del Comité Ejecutivo. También, por lo mismo, has seguido conservando la casa que te fue facilitada por el partido para vivir y trabajar. Con una intención semejante se te hizo la sugestión ([sic], es un galicismo que Santiago usaba con frecuencia), que tú has rechazado, de ir a residir a un país socialista, teniendo en cuenta las dificultades que podía crearte la ilegalidad. Todo este circunloquio, que tiene la huella, no solo léxica, de Carrillo, iba a respaldar una posición y a poder utilizarla ante la Embajada de Cuba. Pero el pasaporte cubano te fue facilitado no para establecerte aquí, sino para facilitar tus desplazamientos al servicio del partido, cubriéndote con una misión oficial y por eso el pasaporte no es ordinario, sino especial… Nosotros no nos oponemos a entregarte el pasaporte… Creemos que son los camaradas cubanos quienes deben decidir y no nosotros. Con estas premisas es fácil adelantarse al resultado.

Desde el verano Claudín sabía muy bien, porque tenía experiencia para ello, que la cuerda estaba rota. Su propuesta, en septiembre, de enviar los documentos de la crisis a la base del partido y editar un Boletín interno de discusión iba mucho más allá de lo que cualquier partido comunista, y más en condiciones de clandestinidad, podía soportar. En el caso del PC español, una tal idea tenía un significado de provocación y nadie mejor que él para saber que estaba en flagrante contradicción con la historia, la formación y hasta la capacidad del equipo dirigente. Por eso, lo que hace entonces es estructurar sus tesis, darles un ordenamiento y prepararlas para su impresión. En esta tarea le ayudará Francesc Vicens buscándole el editor, que imprimirá mil ejemplares, y que para mayor ironía es un militante del PC francés, aunque nada ortodoxo.

Vicens Ferrán había pasado por su propio viacrucis en el PSUC. Como miembro del Comité Ejecutivo fue convocado el 18 de noviembre. De la temperatura política de la reunión da una idea la asistencia del mismísimo Carrillo, flanqueado por Eduardo García y Manuel Azcárate, además de los dirigentes del PSUC. Al lado de los enfrentamientos y las polémicas con «los dos efe», lo de Vicens era para ellos toreo de salón. Todos contra uno, joven y aislado. Es seguro que para él constituyó la segunda gran paliza de su vida militante; la primera la había recibido por culpa de la estética en el seminario de Arras. Azcárate, con su hablar trabajoso, le advirtió de un detalle que posiblemente le había pasado desapercibido, invitándole a reflexionar sobre la forma en que ha sido consultado el Comité Central… eso es mucho más de lo que tú has leído sobre los métodos de Lenin. Ni lloró ni escupió, porque Gregorio López Raimundo le quiso echar un capote torero y resumió su comportamiento como exagerado. Le sorprendía la insistencia de Vicens, Ferrán, por discutir las declaraciones del partido y especialmente la de junio, en la que llegó a ponerse pesado: ¡Tanto escándalo por una palabrita de más o de menos! (cita textual). Sin embargo, pudo apreciar el valor que tenía un hecho que hasta entonces no había podido valorar en toda su magnitud, haber nacido tarde, porque el veterano José Moix, el secretario general del PSUC[9], se lo dijo bien claro: ¡Decir que nuestros métodos no son correctos! ¡Si esto hubiera sucedido antes de 1956, no quiero decir lo que hubiera pasado! Como era el 18 de noviembre de 1964, Francesc Vicens, alias «Joan Berenguer», alias «Ferrán», fue solo destituido de todos sus cargos.

Desde comienzos de 1965 los mil ejemplares de las tesis de Claudín circularon con profusión. Las divergencias en el partido son 135 páginas de letra hormigueante, divididas en tres partes: una primera sobre «el subjetivismo en la política del partido», que abarca el periodo 1956 a 1964; una segunda, en la que desmonta minuciosamente buena parte de las afirmaciones contenidas en la declaración de junio del Comité Ejecutivo; y, por fin, una tercera de respuesta a las acusaciones lanzadas por los miembros del Comité Central en sus réplicas. Aunque formalmente tengan una exposición más amplia, no añaden nada, ni siquiera en solidez, a la argumentación que sostuvo en la reunión de Praga. Quizá carezca, incluso, de la coherencia de entonces y se confundan sus posiciones de abril sobre «la salida oligárquica» con un impostado ramalazo izquierdista sobre el salto de la dictadura al socialismo.

En enero de 1965, Mundo Obrero informa de que Fernando Claudín y Federico Sánchez han sido excluidos del Comité Ejecutivo. Tres meses más tarde, otra

nota indica que acaban de ser expulsados. Puro trámite, porque los hechos realmente habían sucedido bastante antes, exactamente en noviembre de 1964, a falta de recibir los últimos informes de los diversos miembros del Comité Central que trabajaban en el interior.

Ejecutados estos trámites, es decir, cumplido el protocolo, la dirección del partido decidió publicar un número íntegro de Nuestra Bandera dedicado al tema para contrarrestar la circulación del folleto de Claudín, conocido por «el de las tapas azules». Es cierto que el hecho no tenía precedentes, pero valía de muy poco. Se reproducían amplios extractos de las tesis de Claudín, pero no los más significativos, ni completos, sino espigados y con una letra aún más hormigueante que la del folleto de las tapas azules. A su lado, como la exégesis evangélica, iban en letra oronda las respuestas oficiales del partido, redactadas en la parte política por Santiago y en la económica por Tomás García, Juan Gómez. Tampoco aquí se añadía nada a lo expuesto en el Comité Ejecutivo de Praga, ni siquiera se mejoraban los calificativos.

Cuando pasaron las Navidades de 1964 y empezó el nuevo año, la expulsión de Claudín y Semprún se había convertido en una escisión de escaso fuste. Afectaba exclusivamente a Madrid, donde la organización universitaria, orientada por Ignacio Romero de Solís y Santiago Roldán, se mantenía en posiciones claudinistas casi al completo. Hay algunos escasos militantes que se mueven en los círculos intelectuales que también trabajan en el mismo sentido, como el cuñado de Claudín –Antonio Pérez–, el editor Faustino Lastra y los periodistas Eduardo Haro Tecglen y Eduardo García Rico[10]. Poco más. De los apenas cinco mil miembros que debía de tener el partido en el interior, la crisis no afectó a más de dos centenares, y de estos, el 95 por 100 eran estudiantes de la Universidad de Madrid. Lo que llama la atención es que tampoco afectara a los 3.000 del exilio y la emigración[11].

El órgano de los comunistas en la Universidad de Madrid, Argumentos, mantendrá durante algún tiempo la única llama encendida a favor de los expulsados. Las iniciativas de Faustino Lastra viajando por España no dan ningún fruto, y en Madrid tanto los hermanos de Claudín como su cuñado, Antonio Pérez, pronto estarán aislados de toda relación con las organizaciones regulares del partido. Javier Pradera, a quien Carrillo considera, como muy bien dijera Semprún, el «diablo exmáquina» de la fracción en el interior, se mantendrá, no obstante, en el partido y desaprobará tanto algunas de las actitudes de Semprún y Claudín como las reacciones de la dirección, juzgando

que «había algo de artificial» en el enfrentamiento. Pasados unos meses leerá un «luminoso» artículo de Carrillo, titulado «Respuesta a las preocupaciones de los intelectuales»[12], en el que expresaba esta sugerente idea: Si algún joven se ha equivocado, adhiriéndose a nuestras filas sin haberlo pensado bien, ¿por qué no facilitar su salida voluntaria? ¿por qué no esforzarnos porque sea, cuando menos, un amigo? Pradera creyó que le estaban apuntando con el dedo y, por mediación de un miembro del Comité Central, el abogado Manolo López, preguntó a Carrillo si esa frase iba con él. La respuesta fue brevísima: Sí. La decisión, también: se retiró del partido. Como presente de despedida, Santiago le hará llegar las Memorias del aristócrata, militar y militante Ignacio Hidalgo de Cisneros, a las que añadió una dedicatoria: «A Javier Pradera, para que le sirvan de distracción en medio de sus altas reflexiones filosóficas». Un regalo bilioso y malévolo.

El tratamiento depurador de la organización universitaria de Madrid no fue tan sencillo. Poco antes de la detención de José Sandoval, en abril de 1964, el comité universitario (Romero de Solís, Santiago Roldán, Lourdes Ortiz…) y la dirección del partido no se entendían, y Sandoval inició una maniobra para entrar en relación con alguien que no estuviera contaminado de «oportunismo» o de «chinismo». Sandoval toma contacto con un alumno de la Facultad de Derecho que, mal considerado por el resto de la organización de su Facultad, había sido recuperado por el partido para encargarse del aparato de propaganda. Se llamaba Juan Francisco Pla y su más relevante inclinación no era hacia la derecha «oportunista», ni hacia la izquierda «maoísta», sino hacia el culturismo y el ejercicio de pesas. Al escuchar la pregunta teórica de Sandoval de si había alguien seguro y dispuesto a hacerse responsable de la organización al margen del contaminado comité, expresó un lacónico: «Sí, yo». De este gesto nacerá la facción ortodoxa de la organización universitaria de Madrid. La formarán dos militantes: el responsable, Juan Francisco Pla, y su ayudante en el aparato de propaganda, Fernando López Agudín.

Los ecos de la crisis Claudín-Semprún se irán apagando, solo Realidad publicará un largo trabajo, en dos entregas, del grafista José Renau contra las tesis «estéticas» de Fernando que habían aparecido en el primer número. Renau era miembro reciente del Comité Central y su mayor popularidad la había alcanzado durante la guerra civil como cartelista. Valenciano, veterano militante comunista desde los primeros años treinta, tenía profundas convicciones dogmáticas y un resentimiento nada oculto –en él todo se manifestaba en sus gestos– porque el partido, durante su exilio en México, no supo valorar su obra y la pretería ante la

del pintor Bardasano. Culpaba de tal ingratitud a la dirección del partido, pero lo personalizaba en el que tenía más cerca, que era el poeta Juan Rejano, y en el que tenía más lejos, Fernando Claudín, el único que sabía manejar los pinceles en el Ejecutivo. Santiago, como ya dijimos, había cogido el guante que le ofreció Renau y le animó a responder a Claudín con sus mismas armas: la estética y el marxismo. El resultado fue un galimatías berroqueño titulado «Sobre la problemática actual de la pintura». Se abría con la frase latina Auditur et altera Pars («Que se escuche también a la parte adversa»). Desde el lema, que contenía la impostura de referirse a él como «la otra parte» frente a un Claudín ya expulsado, todo era chocante. Renau solo tenía ideas claras cuando hacía carteles, fotomontajes y murales, pero en los meandros de los análisis se perdía en frases y únicamente se volvía a encontrar en su mundo estalinista, el de su formación. Igual le ocurrió en la vida. De México marchará a la República Democrática Alemana. Fallecerá a los setenta y siete años, tras dejar una obra importante en la que se perciben demasiado las influencias de los cartelistas germanos antifascistas.

La última actitud colectiva de los tres expulsados –Claudín, Semprún y Vicens– será una carta, fechada el 20 de diciembre de 1965, en la que protestan por la campaña denigratoria y calumniosa que les hace el partido y se declaran dispuestos a colaborar con toda la oposición antifranquista, en primer lugar con el Partido Comunista, al que seguimos considerando nuestro partido. Es el reconocimiento de una derrota. La aceptan con dignidad, no nos queda –escriben– más que inclinarnos ante las medidas tomadas y continuar la lucha contra la dictadura y por el socialismo fuera de las filas del partido.

BALANCE DE UNA DIVERGENCIA

¿Qué significó la crisis de 1964? Fue el mayor intento de acercamiento a la realidad, compleja y difícil, de la lucha contra el franquismo que existió en el PCE. Esas propuestas de Claudín-Semprún pretendían, en un principio, algo tan obvio como preparar al PCE para una lucha larga, que exigía, por tanto, procedimientos políticos, de táctica, de estrategia y de funcionamiento, más «italianos», más hábiles, de penetración en la sociedad y de reconstrucción de las fuerzas que habían sido derrotadas inapelablemente en 1939 y en la guerra fría.

En el fondo adaptaban a la política la reflexión de Einstein, según la cual, en la medida en que las proposiciones matemáticas se refieren a la realidad, no son seguras, y en la medida en que son seguras, no se refieren a la realidad.

Los dos entendían que la oligarquía española había conseguido lo más difícil, que era vencer en una guerra y fortalecerse en la posguerra, y este dato, aparentemente tan sencillo, no podía enmascararse tras unos análisis que la convertían en más débil que en 1936 o 1945. Llegaría un momento en que, frente al anquilosamiento del régimen, la oligarquía iniciaría un progresivo despegue –lento, calculado, sin riesgos– que trataría de conducirla a la homologación con el mundo occidental. Frente a esto, el partido debía adaptarse a un tipo de lucha de mayor aliento, a más largo plazo, pero de avances sólidos que no permitieran dejarse barrer en ese proceso de la transición de la dictadura a la democracia. Se equivocaron en los plazos, que ellos mismos fiaban más cortos, pero hasta en eso los hechos desmintieron, en demasía, sus nada optimistas previsiones.

Carrillo, siguiendo su prototípica manera de analizar, no negaba nada de esto ni tampoco lo afirmaba; ya se vería. Pero mientras él dirigiera el partido la posibilidad de un cambio rápido estaría a la orden del día y exigía, por tanto, un partido utilitario, tacticista, que acosara permanentemente al régimen en todos los terrenos posibles, fiado en que algún día tendría razón, y con esa sola y única vez bastaba. El síndrome de Lenin, según la iconografía estalinista, le devoraba: la revolución político-social, o exclusivamente política –que en esto cambiará en el curso de los próximos años–, debería tener en él a su protagonista, su agente fautor, su demiurgo. Para Santiago nunca existieron problemas complejos, sino gentes complejas que no sabían dar soluciones sencillas.

Es posible que Claudín y Semprún, después de las traumáticas experiencias de 1956 a 1964, hubieran perdido la confianza en el PCE porque no servía como instrumento para una estrategia a largo plazo, pero Carrillo aún confiaba menos que ellos. Confiaba en sí mismo y en su capacidad para transformar la realidad, aunque solo fuera en su cabeza y en la de quienes le rodeaban. Si del filósofo Manolo Sacristán llegó a decir el poeta Gabriel Ferrater que «no registraba realidad», Santiago, por el contrario, «creaba realidad» incluso donde no la había. Un partido a la italiana no solo lo rechazaba porque no lo entendía, y porque estaba muy distante de cualquier raíz histórica de los comunistas españoles, sino también porque le obligaría a un papel político de tenor operístico. Tendría que esperar a que los demás también interpretaran su parte, que le dieran «el pie», mientras que él exigía toda la escena; «prima donna» en

un recital, solo acompañado por el piano, por el partido, por su partido.

Podía incluso defender, como ocurrirá más tarde, algunas de las tesis de Claudín sin ruborizarse (ni admitirlo, por supuesto), pero en función de que los análisis generales son como los guantes, uno los coloca en la mano para hacer con ellos una cosa u otra. Pero de eso a pensar en las consecuencias que tenían esos análisis, y especialmente el de la salida oligárquica y la necesidad de adaptar el partido, en función de ello, por ahí no pasaba. El instrumento estaba muy bien como estaba; no se negaba a mejorarlo, pero para hacerlo más útil a sus concepciones de que el régimen era débil y que algún día le asestaría un golpe que sería el definitivo, justificando así los años en que se había equivocado.

También estaba el convencimiento de que la nueva estrategia que diseñaban Claudín y Semprún, al tiempo que su decepción ante el instrumento de vanguardia que debía ser el PCE, contenía cierta dosis desmoralizadora. No porque decir la verdad sobre la hipotética salida oligárquica hacia la democracia fuera a sumir a la militancia en el catastrofismo, sino porque con aquel partido que ellos conocían muy bien, con aquellos dirigentes y con el nivel político que cultivaban, era prácticamente imposible plantearse los objetivos que ellos creían ineludibles. Esto es lo que Carrillo adaptaba a su particular lenguaje al afirmar que «Claudín y Semprún estaban cansados». Es evidente que debían estarlo; hay que tener una fe de carbonero y unas tragaderas ideológicas de Pantagruel para pensar que uno puede seguir repitiendo todos los años que la victoria está al cabo de la calle, cuando una y otra vez la realidad lo niega. Frente a esto, Carrillo gritaba: «No preocuparse, tened confianza en mí. La próxima vez saldrá».

Si no fuera algo grandilocuente, se podría afirmar que Claudín y Semprún habían perdido la fe, pero la habían sustituido por la razón, y la razón es desmoralizadora. Se fueron y no intentaron crear grupo alguno tras los primeros escarceos fallidos. No podrían constituirse en oposición dentro del partido ni en sus aledaños. Existían, amén de la idiosincrasia monolítica del PCE, las condiciones políticas que imponían el franquismo y la clandestinidad.

Carrillo sostiene que por entonces Claudín le dijo: Escucha, tengo 52 años y todavía no he hecho nada de lo que me gustaría hacer. De aquí sacaba una conclusión creo que equivocada: Fernando quería renunciar a la política. Si Carrillo hubiera llegado a saber que durante todo aquel año 1964 su oponente había abandonado su habitual hobby de la pintura paisajística para hacer un aquelarre, en el que cada figura tuviera los rostros de los miembros del Comité

Ejecutivo, quizá pensara, según su analógico modo de discurrir, que Claudín se iba a aventurar en el campo de los retratos expresionistas. La historia de los tres expulsados de 1964 demuestra que ninguno renunciaría a la política, pero querían hacer otra política. A ellos se les podría aplicar la desvergonzada advertencia de Carrillo a aquel que quería escribir una obra literaria: a su edad ya no podían cambiar de sexo.

Fernando Claudín escribió autobiográficamente: Al cabo de 30 años de reuniones de partido casi no podía soportar más y constata que exactamente lo contrario le ocurría a Santiago, a quien las mismas reuniones le producían algo semejante a una efusión amorosa. Al margen de la cursilada expresiva, ninguno de los protagonistas podrá sustraerse a ellas y volverán a las «efusiones de silla» y a la política: Carrillo, Claudín, Semprún y Vicens.

Semprún se inclinará hacia la literatura, tras unos intentos fallidos en el campo de la teoría marxista. En plena crisis de 1964 había ganado el Premio Formentor de Literatura por su espléndida novela El largo viaje. Luego hizo importantes incursiones como guionista de cine. La temática de sus obras siempre estará escrita bajo la partitura política. En 1977 publicará su brillante panfleto Autobiografía de Federico Sánchez, en el que relata los pormenores de la divergencia. Quizá haya que pedir prestado a Arthur Koestler algunas líneas de su propia Autobiografía para calificar el libro de «Federico Sánchez»: Todo lo que es malo como arte es malo como autobiografía…, toda expresión de arte contiene una parte de exhibicionismo, pero el exhibicionismo solo no es arte. El desarrollo de su carrera intelectual posterior a la expulsión, donde hay grandes obras –La segunda muerte de Ramón Mercader– junto a otras de menor cuantía, refleja que había en Jorge Semprún una figura intelectual con un orden de preocupaciones vinculado al de la izquierda europea. Supuso una pérdida irreparable para un partido provinciano y mimético como el español. El análisis de su personalidad, tanto como el de su papel en el PCE, podrían servir de espejo en el que se reflejan las limitaciones del comunismo hispano. A partir de su expulsión, Semprún será por encima de todo un creador que revertió en su obra lo que el instrumento-partido le había cegado. El mismo Koestler, al referirse a su periodo de activista del movimiento comunista, apunta unas reflexiones también válidas para este caso: La doctrina marxista es una droga como el arsénico o la estricnina; droga que, ingerida en pequeñas dosis, determina un efecto estimulante, pero paralizador de las facultades creadoras cuando se la toma en grandes cantidades. La mayor parte de los escritores «con conciencia de clase»… fueron estimulados por la doctrina marxista porque no ingresaron en el

partido, sino que permanecieron como simpatizantes de él, a una segura distancia. Los pocos que efectivamente tomamos una parte activa en la vida del partido –tales como Víctor Serge, Richard Wright, Ignacio Silone– nos sentimos frustrados mientras permanecimos en él y solo volvimos a encontrar nuestras verdaderas voces después del rompimiento.

Fernando Claudín se convertirá en un experto en la temática del movimiento comunista, al que había dedicado casi toda su vida. Procedía de una familia de la clase media zaragozana y será funcionario del Partido Comunista desde los diecinueve años, en 1933, a su regreso de un viaje a la Unión Soviética. Tras su expulsión trabajará en un ambicioso proyecto, la historia del movimiento comunista internacional, del que solo publicará, en 1970, la primera parte –«La crisis del movimiento comunista»–, que abarca significativamente el periodo de la vida de Stalin. Se corresponde también con la inclinación izquierdista de Claudín y su principal defecto como analista –la incapacidad para la síntesis y la espesura sintáctica– le obliga a reiteraciones premiosas que debilitan el esfuerzo. Su experiencia como «profesional de la revolución» y redactor inveterado de informes quizá hayan conformado su pluma. Llaman la atención, no obstante, algunas conclusiones chocantes y muy superficiales, como la crítica a los Partidos Comunistas francés e italiano por no intentar la revolución en 1945. Su denuncia de Togliatti y la «svolta de Salerno» causan rubor, cuánto más la referida a la guerra civil española, en la que, en su afán revolucionarista, denuncia al PCE por no tomar el poder, inclinándose a la tesis anarco-sindicalista y trotskista de que había que hacer la revolución para ganar la guerra. Empañado todo con un furor antiestalinista, justificatorio de otras posturas anteriores, que le lleva a escribir que Stalin no movió un dedo durante la guerra a favor de la República. Una desmesura insostenible.

Contraviniendo la divisa, reiteradamente repetida por él desde el comienzo de la crisis, De onmibus dubitandum –recogida de una divertida respuesta de Marx a sus hijas sobre su lema favorito: hay que dudar de todo–, llegó a admitir contradictoriamente las mercancías ideológicas más averiadas y menos interesantes de la década 1965-1975. Quizá le condicionó el que su formación como marxista estuviera limitada siempre a la más fiera ortodoxia estalinista (cosa que no les ocurrió ni a Semprún ni a Vicens). Como ya señalé, después de abril de 1964 da un giro inexplicable yendo al encuentro del izquierdismo y rompiendo con su equilibrado realismo de Praga, acomplejado quizá por pasar a la historia como «derechista», lo que, por esos azares de las coyunturas, entonces estaba muy mal visto. Lo plasmará así en un famoso artículo de 1966, aparecido

en los Cuadernos del Ruedo Ibérico y titulado «Dos concepciones de la vía española al socialismo», en el que afirma: En España el problema del tipo, o carácter, de la revolución por hacer es motivo aún de controversia entre los marxistas. En esencia, se trata de dilucidar si el capitalismo español ha llegado a esa fase en la que no cabe más transformación radical que la socialista o si todavía es posible una «revolución democrática» intermedia… que sin rebasar los marcos del capitalismo resuelva determinadas tareas antifeudales y antimonopolistas… A nuestro parecer, la primera tesis es la correcta… la única alternativa global posible a este capitalismo es el socialismo.

Para él no cabía duda, la revolución social de tipo democrático burgués, en todas sus variantes, ha pasado a la historia de España. La única revolución democrática real en el sistema actual es la revolución socialista. La soledad política también produce monstruos y Claudín, que servirá de mentor a varios grupos, desde Acción Comunista a Bandera Roja, no encontrará su lugar hasta que aparezca el PSOE como alternativa de gobierno y por fin hará el camino inverso de Carrillo.

Francesc Vicens, por su parte, tras su vuelta del exilio se dedicó a sus inclinaciones en el campo del arte y la estética, dirigiendo colecciones editoriales y la Fundación Miró. Afiliado, en la democracia, al grupo Esquerra Republicana de Cataluña, también en este sentido permaneció fiel a sus genuinas preocupaciones radicales y nacionalistas, saliendo diputado en el Parlamento español.

Al margen de las peripecias personales de los tres expulsados, lo que ellos ofrecían entonces no es que significara la «solución» estratégica del PCE, porque tales visiones son ingenuas. Ahora bien, al rechazar todo lo que ofrecían en marzo de 1964 los análisis de Claudín-Semprún, el partido español optaba por permanecer fiel a sus raíces y sus raíces no le facilitaban el desempeñar su papel. No se trataba solo de que el PCE perdía a hombres muy valiosos que en el torno de la mediocridad aplastante del Ejecutivo eran imprescindibles, sino de que el partido optaba por unir su suerte a un solo hombre.

[1] Las pifias culturales de Gallego merecerían un especial anecdotario: pese a su astucia era hombre vanidoso, al que le gustaba pasar por enterado. En un viaje a China divirtió a sus acompañantes interrumpiendo al guía cuando les iba a hablar de otra religión diferente a la budista y antes de citar al taoísmo Ignacio se

adelantó para decir: «Claro, claro, la jansenista».

[2] La sintaxis y las redundancias están en las actas. Las citas son textuales.

[3] L'Express, 4 de abril de 1964.

[4] Los subrayados son del CE.

[5] Nuestra Bandera, núm. 38, marzo de 1964. La fecha tiene un valor relativo, porque el número estuvo en la calle a comienzos de mayo.

[6] Palabras textuales tomadas de la cinta magnetofónica del acto de Montreuil, el 13 de septiembre de 1964.

[7] Tradeus Wittlin, en su biografía de Beria, recoge las variadas versiones de su muerte y le denomina «el hombre que murió tres veces».

[8] La inanidad de la calumnia es tan evidente que Novais será expulsado de España por el ministro Fraga, quien le retirará el carné de periodista porque no pudo quitarle más.

[9] Al año siguiente, en el II Congreso del PSUC, Moix pasará a presidente de los comunistas catalanes y G. López Raimundo le sustituirá en la Secretaría General.

[10] Eduardo García Rico será expulsado del partido algo más tarde por su colaboración en la recién nacida revista Cuadernos del Ruedo Ibérico.

[11] En la asamblea del 19 de abril de 1964 Carrillo cifraba la militancia entre los treinta y cinco mil y cuarenta mil. Claudín, que entonces estaba en condiciones de evaluarlo, lo rebaja a la mitad, y señala que corresponderían al interior entre «tres mil y cuatro mil y seguramente exagero». Es muy complejo contabilizar la militancia en una organización clandestina, porque hay muy distintos niveles de participación, por eso sitúo la cifra en cerca de cinco mil, basada en los diferentes documentos. En el exilio y la emigración se bordeaban los tres mil.

[12] Realidad, núm. 4.

CUARTA PARTE

LA DÉCADA PRODIGIOSA DE SANTIAGO CARRILLO (1965-1975)

Capítulo 15

ULISES

El cuerpo de ella se hizo tierra
en mil novecientos cuarenta y seis
antes él hizo la guerra, perdió la guerra,
huyó por las montañas
después la cárcel
volvió al Vallés y se hizo amigo
de un teósofo libertario y de un abogado
retirado y viejo que le escribe con frecuencia
muchos, muchísimos ánimos

de vez en cuando hace gimnasia en el patio
resuelve complicados problemas de aritmética,
nos habla de violentos safaris de tomillo
y romero, del agua clara junto al camino

o nos increpa por el turbio asunto –nada claro–
del boicot a las comunicaciones del Bajo Aragón

–hoy se lo han dicho–

le han condenado a cinco años

y ya no caben más canas en sus cabellos blancos

después ha hecho gimnasia

ha resuelto algún problema de aritmética

ha contemplado el vuelo de unos pájaros

hacia el oeste

ha sido entonces

ha sonado la trompeta y se ha echado a llorar.

Manuel Vázquez Montalbán, Una educación sentimental (1967)

CUMPLEAÑOS FELIZ

Aunque formalmente la crisis de Claudín-Semprún no terminaría hasta mediados de 1965, la realidad es que en enero ya el tema estaba prácticamente liquidado; lo único que quedaba era hacer labor de cirugía: expulsiones y marginaciones.

Que se volvía a respirar el viejo aroma estalinista, aunque perceptible tan solo para las finas pituitarias, es algo tan evidente que olvidándose de las pasadas alharacas contra las manifestaciones del «culto a la personalidad», de pronto, en Mundo Obrero, una noticia marcaba ese retorno a las viejas prácticas y al tiempo diseñaba la apertura de la nueva era carrillista. El 18 de enero de 1965 el Comité Ejecutivo felicitaba a Santiago Carrillo la arribada a sus cincuenta años. Medio

siglo de vida coincidía al fin con la ambiciosa posibilidad de dirigir el partido a su imagen y semejanza, sin adláteres inseguros y pejigueras como Claudín, o jóvenes iconoclastas como Semprún. Con exactitud no exenta de edulcoración lo decía el texto del cincuentenario: La cabeza de la dirección colectiva del partido te corresponde a ti, querido camarada Santiago.

Es curiosa esta coincidencia entre biografía y política. Con su cumpleaños se abría en ese enero de 1965 la década en la que se convertiría en dirigente patrimonial, en la que el partido y su persona designarían la misma entidad; decir Carrillo sería tanto como decir PCE, y escribir PCE era referirse a su secretario general. De 1965 a 1975, sin exageración, estamos ante la década prodigiosa de Santiago Carrillo; sus saberes taumatúrgicos, su experiencia política, su habilidad maniobrera, su sensibilidad analógica, todo va a exhibirse en ellos o, más exactamente, ahora aparecerán en todo su esplendor, sin limitaciones ni corsés. Serán diez años en los que el conjunto de lo que constituye la vida y la función de un partido dependerán de su persona.

Si mirara hacia atrás tendría razones para sentirse satisfecho del recorrido; por encima de guerras civiles, mundiales, crisis de todos los tipos y colores, él no había dejado de ascender, escalón a escalón, peldaño a peldaño, en la difícil torre de los homenajes que constituía la dirección del partido comunista. Ahora, cuando se inauguraba 1965 y su década prodigiosa, podía sentir la satisfacción de que había sonado más que nunca su hora. Nadie a su alrededor podía empalidecer, ni por formación ni por tradición, su capacidad política. Estaba solo, rodeado de iguales más iguales que él. A cualquier otro hombre el vértigo del riesgo, el peso de la responsabilidad hubiera podido turbarle. Pero Santiago, al contrario, al fin se consideraba resarcido de pasados misérrimos, al fin estaba donde quería estar, quizá no rodeado de quienes debían rodearle, pero ya irían superando sus deficiencias –las de los otros, claro– con la sana y equilibrada dosificación de responsabilidades.

Una vez más la voluntad, su inquebrante fuerza de voluntad y su irresistible orgullo, colmarían las dificultades con las que iba a encontrarse. Hasta entonces sin contar con él el partido no sería lo que era, pero a partir de ahora el partido sería él rodeado de hombres dispuestos a admitir que, entre todos, Carrillo era el supremo talento político y ellos sus profetas.

Además, aquel enero de 1965 no solo recuperaba la vieja costumbre de los aniversarios, sino que recogía los plácemes de todo su mundo. No eran solo sus

colegas del PCE, que le habían visto subir: estaban los soviéticos, que le denominaban firme y fiel marxista-leninista y sincero amigo de la Unión Soviética; y el frío Waldeck Rochet, nuevo secretario general del PC francés, constataba que el progreso de la unidad de las fuerzas obreras y democráticas testimonia el éxito de la línea política que tú, Carrillo, animas. Aunque no es fácil «testimoniar» lo inexistente, nadie podía dudar de la calidad del aserto, como tampoco el que Luigi Longo le llamara representante de la España heroica y los checoslovacos le desearan buena salud y los rumanos muchos años de vida. Todos juntos, por más protocolos que le dieran al caso, no podían equivocarse.

A sus colegas del Ejecutivo también les tocaba algo de las migajas intelectuales que caían de la suculenta mesa que la historia le ofrecía a él; si Santiago era un genio, es decir, un Lenin, que era la medida de la genialidad política, ellos pasarían por profesionales elegidos por ese talento superior. La vanidad tiene forma de serpiente y si alguien se negara a asumir el honroso pero secundario papel de comparsa, en tal caso volvería a las tinieblas de donde él le había sacado. Aquellos que serán expulsados a lo largo de esta década iniciada en 1965 –Eduardo García, Agustín Gómez, Enrique Líster…– ni siquiera dejarán huella política y sus anodinas figuras solo nos obligarán a preguntarnos cómo fue posible que formaran parte de la dirección de un partido.

Durante estos años que se inauguran con el signo feliz del medio siglo biográfico, Santiago Carrillo sellará en exclusiva su marca indeleble. Todo, hasta los más pequeños detalles, tendrá su huella y nada escapará a su control. Su proverbial memoria y desbordante capacidad de trabajo tratarán de colmar las lagunas de un equipo de colaboradores más fieles que abnegados, más tímidos que discretos, más mediocres que convencidos y, sobre todo, absortos por una verdad histórica, que quizá percibieran intuitivamente: solo Carrillo podía procurarles un futuro victorioso. Ellos mismos constataban que ningún otro de la dirección tradicional del partido superaría nunca la enfermedad del exilio, la devoradora de talentos y voluntades, la que convierte a la inmensa mayoría de los profesionales de la política en museos vivos.

Esta década que se abría y el natural talento de Santiago le obligarían, aunque solo fuera para tratar de colmar medianamente las tareas que deseaba afrontar, a construir un partido más eficaz, cubriendo con responsables del interior a las desbordadas nulidades del exilio. Desarrollaría una política de cuadros homeopática, en la que se equilibrara la tradición del exilio y la modernidad clandestina, sin las cuales, sabiamente combinadas, el partido se vería reducido a

una agencia de publicidad del socialismo soviético. Si cada responsable de organización tiene al menos un lema en el que se condensa su estilo, el de Carrillo sería: que nadie erosione ni cuestione mi poder.

A atentar contra este principio regidor de su política organizativa vendrían tres singulares personajes que desde la cárcel de Burgos obligarán a Carrillo a poner en práctica su particular estilo de tratar las crisis internas: sin ruido. En el verano de 1965 tres miembros del Comité Central envían una carta a la dirección del partido. Tiene varios rasgos preocupantes, en primer lugar los protagonistas y signatarios eran nada menos que el secretario general in pectore del PC de Euskadi, Ramón Ormazábal, y los dirigentes del PSUC, Pere Ardiaca y Miguel Núñez. Otra particularidad era que la carta llevaba un remite con especialísimas resonancias: prisión de Burgos. Y, por si faltaba algo, estaba el momento escogido por los firmantes, que, independientemente de su voluntad y de su conocimiento, no era otro que los prolegómenos del VII Congreso del Partido.

En la primavera de 1965, Santiago creía, y con razón, que el globo de la escisión claudinista se había deshinchado. Los artículos de Fernando en Cuadernos del Ruedo Ibérico le convencieron de que su antiguo amigo y colega, sin su sostén, había perdido el eje político y navegaba sin rumbo: del derechismo al izquierdismo, pasando por el antiestalinismo trotskista. Carrillo lo consideraba una desmesura y un reconocimiento de que, en el fondo, Fernando no era más que un intelectual frustrado encarnado en un hombre frustrado, con inclinación a la indolencia y que siempre se perdería en la cáscara de las cosas. A Semprún le admiraba, y públicamente así lo reconocía, aunque con cierto despego. Le fascinaba un tanto la manera en que Jorge había saltado por encima de su pasado volviendo a la adolescencia que voluntariamente no tuvo; había que verle ahora codeándose con la inteligencia europea y metiéndoles el retorcido cuerno del arte a él y al partido con su guión de La guerre est finie (1966), que nada menos que Resnais iba a dirigir para ganar festivales y conciencias. Santiago era de los que sabían apreciar lo que temían y aquello le dolía, por dejarle en evidencia.

Pero en política podía estar tranquilo, tanto uno como otro estaban acabados; uno andaba a la deriva y el otro hacia horizontes no políticos. A él le quedaba, por tanto, la exclusividad del terreno y la posibilidad de repetir a posteriori y hasta la saciedad que «la revolución, camaradas, agota a quienes no están convencidos de ella». Fernando y Jorge se habían cansado. Las razones políticas pronto irían dejando terreno a las apreciaciones personales referidas a quienes habían perdido; entre la vida clandestina y su proyecto individual, habían

escogido lo último, prueba indeclinable de su carácter pequeño-burgués. Asunto terminado.

En el interior, la organización clandestina había superado la crisis sin excesivos traumas. A Javier Pradera se le orientó al ostracismo, a algún periodista como Eduardo García Rico se le puso de patas en la calle y en la Universidad de Madrid prácticamente se dejó la organización en los dedos de una mano para que con Juan Francisco Pla y Fernando López Agudín, un tipo lleno de toda sospecha, se construyera una nueva, no contaminada de los «vicios del pasado», pues, por muy tontos que fueran o muy siniestros que parecieran, algún fruto habrían de dar. De 250 miembros que contaba la organización universitaria de Madrid se pasó a 41, a los que dirigió primero la futura novelista Lourdes Ortiz, luego Jorge González Aznar y por fin, Pilar Brabo, que duraría en el cargo casi una década. El síntoma de la «normalización» del PCE en la universidad madrileña se constató al aparecer en Mundo Obrero, desde los comienzos del curso 1965-1966, artículos firmados por los nuevos dirigentes «Isabel Fernández» (Pilar Brabo) y «Alejandro Velázquez» (Jaime Ballesteros).

La organización de Madrid en la primavera de 1965 ya estaba depurada, flamante y dispuesta a la nueva andadura. La obra de Ballesteros incluso empezaba a cosechar algún éxito que se extendía al campo intelectual ayudado por la habilidad de su segundo, Rafael Sarró. Aunque no se debiera precisamente a ellos, la incorporación de tres dirigentes del FLP constituyó entonces un signo de esos nuevos tiempos que se avecinaban entusiastas.

El ingreso en el partido de una parte de la dirección del Frente de Liberación Popular (FLP) fue una operación en la que coincidieron elementos ajenos al partido, pero daba igual, porque este capitalizó los resultados. Después de la detención en 1959 de Julio Cerón, líder supremo del Frente e incontestado por su capacidad y sus saberes, pasan a sustituirle Ángel Abad, Francisco Montalvo y Nicolás Sartorius, aunque formalmente tenían de único superior a Ignacio Fernández de Castro, que vivía en Santander y al que si bien consultaban siempre, daba la casualidad de que lo hacían después de que la decisión estuviera tomada. Eran, los tres, miembros directivos de la denominada Central de Permanentes, en la que también figuraban José Antonio Ubierna, José Manuel Arija y Esteban Pellón.

El FLP se encontraba encajonado entre la política del PCE, que ellos trataban de radicalizar, y los ecos de la situación internacional, que, a comienzos de los

sesenta, no les dejaba más opción solidaria que Cuba, Yugoslavia y Argelia, pues el movimiento pro chino aún no había saltado a la palestra internacional. Necesitaban dinero y especialmente soporte para imprimir su prensa y para las armas, porque entonces la lucha armada era la única vía posible para un grupo radical que se preciara de serlo.

Los contactos con Cuba realizados por Ángel Abad y J. L. González Casanova tuvieron lugar en la Embajada cubana en París, donde les recibió Eloy Gutiérrez Menoyo, posteriormente detenido en Cuba bajo la acusación de trabajar para la CIA. Es obvio señalar que dichos contactos no prosperaron.

Donde avanzaron bastante más fue con la Liga de los Comunistas de Yugoslavia, adonde se desplazaron, con pasaportes de la «República Española», Ángel Abad y dos estudiantes españoles de ciencias residentes en París, López Campillo y Antonio López. Les recibió el entonces número tres del régimen, Balko Vlajovic, antiguo brigadista en España, quien les donó 40.000 dinares (cantidad ridícula, que solo les sirvió para comprarse dos cazadoras) y puso a su disposición excelentes imprentas que fascinarían a los otros grupos clandestinos por la calidez de su propaganda. Vlajovic, un veterano, añoró con ellos la España de la guerra, las canciones y aquel mundo que había dejado atrás, pero también les hizo una recomendación: «Nada de armas, lo vuestro es la lucha política…, deben ustedes ver a Santiago Carrillo». Era el mes de enero de 1962 y esta primera embajada a Belgrado políticamente no dio más de sí, fuera de establecer un contacto permanente que instauró José Manuel Arija, con alguna visita episódica de Paco Montalvo. A Argelia enviaron al asturiano Juan Cueto Alas, que no cosechó resultado alguno.

Era el mes de enero de 1962 y la decepción de los «felipes» se hacía constante, porque no lograba romper el cerco que les tendía el PCE incluso sin pretenderlo; ellos se consideraban a su izquierda y reiteradamente se daban de bruces con él. No era solo en Yugoslavia, lo mismo pasaba en el movimiento obrero. Tenían bases obreras reducidas a Torrelavega, donde gracias a Fernández de Castro se contaba con algunos militantes en «Nueva Montaña y Quijano»; otra en Sevilla que dirigía Manuel Murillo Carretero, un responsable atípico que había hecho el viaje al revés, del PSU de Cataluña al FLP; y, por último, en Madrid contabilizaban 78 obreros (Standard, Marconi, Boetticher, Hidroeléctrica…). Los que tenían más contacto con las bases obreras percibían que entre su militancia en las fábricas había la sensación de que el Frente formaba una especie de tapadera del PCE, una fórmula intermedia que adoptaba el Partido

Comunista por razones de clandestinidad. Además, la porción de clase obrera que vinculaban en las capitales o en los pueblos ya estaba en el área del partido a través de viejos conocidos excarcelados o de Radio España Independiente.

A mediados de 1962 tiene lugar la segunda caída de la dirección del FLP (Abad, Montalvo, Sartorius, María Elena Salas, Urbano…), salvándose muy pocos: Juan Tomás de Salas, Ubierna y Raimundo de Castro, uno de los fundadores. Surgió entonces la tercera generación del FLP en Madrid, que con el FOC en Cataluña, algunas individualidades en Euskadi (ESBA) y la Nueva Izquierda Universitaria (NIU) seguirán algún tiempo como organización de manera estable y con continuos traspasos a otras organizaciones, al extranjero y sobre todo al PCE.

A la salida de la cárcel, Nicolás Sartorius, Ángel Abad y Paco Montalvo ingresarán en el PCE. Creyeron que su deber estaba en visitar a Julio Cerón y contárselo y ni ellos le entendieron a él, ni él a ellos. En septiembre de 1964, Abad hará lo propio con el FOC, la variante catalana del FLP, y la reacción de los reunidos –Isidro Molas, José Ignacio Urenda, Pascual Maragall y Roca Junyent– fue igualmente negativa, especialmente la de Roca, que le descalificó por tomar una opción «reaccionaria y socialdemócrata». Manuel Sacristán en Barcelona y Jaime Ballesteros en Madrid se encargaron de incorporar a los selectos y nuevos militantes.

El dúo Ballesteros-Sarró atrajo hacia sí a otros intelectuales desperdigados, informándoles de que la editorial Ebro necesitaba originales y la revista Realidad articulistas. Fue un momento que nadie quería desaprovechar y poco a poco las heridas de la crisis Semprún-Claudín, sin cauterizarse, ni curarse, al menos se fueron convirtiendo en un furúnculo que tomó pronto el aire de verruga. Estaba ahí.

LA CRISIS DE BURGOS

Este panorama despejado vino a oscurecerse cuando a París llegó una larga carta desde la cárcel de Burgos firmada por Ormazábal, Ardiaca y Núñez. Por su situación carcelaria no podían estar al tanto de muchos de los entresijos de la historia Claudín-Semprún, de los pelos que todos y cada uno de los participantes

se habían dejado en la gatera. Cual tres querubines de la pureza política, enviaron un documento, en forma de carta, pero inclasificable como contenido. Estaba entre lo hiperrealista y la dogmática preestalinista; teóricamente podía adscribirse en algunos de sus párrafos al primer Lukács del Lenin, a los textos más esquemáticos de Bordiga y al cristianismo del deán de Canterbury, supuesto amigo de Stalin. Posiblemente ninguno sabía nada de eso, pero ciertas cosas más que teóricas se respiraban en determinados ambientes y en determinados momentos.

Había también mucha neurosis carcelaria en aquella carta-río que sobrepasaba las 80 páginas de letra microscópica. Si a unos presos condenados a vivir allí hasta que se acabe el franquismo se les suministran los datos fielmente calcados de la realidad corren el riesgo del suicidio; si se les informa del lado positivo y negativo, lo más probable es que se planteen soluciones estoicas y que traten de que sus hijos aprovechen el tiempo y tengan más suerte que ellos. Y si se les dan exclusivamente los datos positivos viven con más calor los acontecimientos, duermen mejor, están menos obsesionados por las dificultades sexuales y familiares, tienen al retortero a todos los abogados que les atienden, y el tiempo libre, todo cuanto tienen, saben mejor cómo ocuparlo.

Lo penoso de la troika Ramón Ormazábal, Pere Ardiaca y Miguel Núñez es que se creyeron a pies juntillas todo lo positivo y además les surgió tal como si fuera una revelación semejante a la que debieron de sentir los niños que en Lourdes contemplaron a la Virgen: solo a ellos les era revelada una verdad que se les negaba a todos y que debía hacerse universal.

Justificaciones aparte, lo cierto es que en el mes de julio de 1965 le llega a Carrillo una carta desde la prisión de Burgos en la que se acusa a la dirección del partido de reformismo, debilidad, falta de entusiasmo y carencia de capacidad para percibir la inmejorable situación política que se está viviendo. No es que el partido sea «voluntarista», como acusaron Claudín-Semprún, es que lo es poco, porque estando a punto de derribar a Franco, con fuerzas inconmensurables dispuestas a apoyarnos, vosotros, ignorantes, desde el dorado exilio parisino no lo veis. Ha llegado el momento de la Huelga Nacional y vosotros, descreídos miembros de la dirección, ni os enteráis y seguís discutiendo con esos pendejos revisionistas de Claudín-Semprún, que hasta cierto punto os han contagiado su derrotismo.

No es difícil imaginar a un Carrillo tranquilo ya por haber frenado la más

peligrosa escisión de la historia del PCE, satisfecho de haber yugulado dicha crisis política, que se pone a leer una carta enviada desde la cárcel de Burgos por tres individuos a los que, todo hay que decirlo, considera poco menos que tres tontos –o, más exactamente, dos simples y un zote–, quienes le acusan de «claudinista», de alejado de la realidad e incompetente para calibrar la nueva situación que se respira en España. Acababa de terminar una pelea durísima con tíos bragados y listos, y hete aquí que tres camaradas a los que conocía muy bien y sabía cuánto podían dar de sí le retaban a otro singular torneo. Los fulminará sin ruido, en una operación que marcará el nuevo estilo de Carrillo; siempre que puedas, liquídalos en silencio y dará la impresión de que no han existido.

La cárcel de Burgos había sufrido algunos cambios desde que en 1963 entrara en ella Ramón Ormazábal. Detenido en 1962, la policía no pudo culparle de mucho, fuera de ser miembro del Comité Central, pues apenas si llevaba clandestinamente en España unos meses. Incluso usando los archivos de la guerra civil, el papel de Ormazábal siempre había sido secundario. La petición fiscal en el juicio se concretó en quince años, poca cosa para un hombre obsesionado por el acero con el que se hacían los barcos de Vizcaya y los cuadros políticos bolcheviques.

En los partidos comunistas, formados y deformados en la era estalinista, existen dos síndromes que imprimen su huella en los cuadros dirigentes: el de Lenin y el de Dimitrov. Al síndrome de Lenin ya nos hemos referido en un anterior capítulo: ahora nos referiremos al de Dimitrov.

En 1934 los nazis incendian el edificio del Reichstag en una operación provocadora que buscaba achacárselo a los comunistas y borrarlos definitivamente. Los servicios policiales y políticos que intervinieron en la manipulación hallaron en el búlgaro Georgi Dimitrov un hombre adecuado para sus designios: extranjero, comunista, eslavo, de grisáceo pasado, actor secundario de la historia… En el juicio al que le sometió el nazismo este hombre se crece y encuentra la oportunidad que su voluntad militante y su talento político necesitaban para exponer ante todos su genuina valía. Y así transforma el juicio al comunismo, que es lo que pretendía Goering, en el proceso al nazismo.

Esa idea de transformar el juicio, la condena, en un éxito político que avergüence al enemigo y ensalce al partido y al acusado, hasta convertirle en un dirigente heroico, son los rasgos dominantes del síndrome de Dimitrov. Para generaciones

enteras de comunistas durante la era estalinista el nombre de Dimitrov y de su gesta ante los jueces nazis iba emparentado con el éxito político. De miembro secundario de la dirección del partido búlgaro, Dimitrov pasa a secretario general y número uno de la Internacional Comunista en 1935, con el atractivo añadido de ser el que exponga ante el VII Congreso de la Komintern el cambio de línea política y la nueva vía de los Frentes Populares.

Detengámonos exclusivamente en el juicio de Dimitrov como la característica dominante del síndrome. Todo comunista debe convertir su banco de procesado en una tribuna, todo acusado es un acusador que manifiesta su desprecio hacia los jueces utilizando el desparpajo y la ironía para desenmascarar a fiscales, abogados y demás enemigos de clase. La intervención de Dimitrov en el juicio de Leipzig aún hoy es una pieza maestra indiscutible de talento y flexibilidad, en la que el búlgaro demostró sus magistrales dotes de polemista.

Si Georgi Dimitrov alcanzó con sus réplicas al juez Buenger una justa notoriedad, en el caso del modesto Ramón Ormazábal, tratando de emularle, mezcló la soberbia del hombre valiente –que lo era– con la pobreza de sus pocas luces. Intelectualmente fijo, inflexible, esquemático, se había trazado una línea y se indignaba cuando la realidad no se ajustaba a ella. La actuación de los jueces y fiscales militares en el juicio le dificultó de tal modo su papel de Dimitrov que se vio obligado a provocarlos continuamente y con tal reiteración que obtuvo al fin lo que buscaba: una condena digna de un dirigente de su envergadura. De los quince años con que empezó el proceso, alcanzó pronto la condena final de veinte. Su gesta la recogió ampliamente tanto la prensa del partido como la de otros medios antifranquistas.

Su llegada a la prisión de Burgos a finales de 1963 es fácil de imaginar. Traía hinchado el espíritu heroico y tenía conciencia de que, a partir de su hazaña, el mundo y sus dirigentes le considerarían uno de los suyos. Hasta la aparición de Ormazábal el penal estaba considerado como un lugar durísimo, con implacables fríos y achicharradoras canículas. Desde finales de los cuarenta el régimen tendía a desplazar allí a los comunistas que estaban dispersos por diferentes prisiones y fue especialmente cuidadoso en la selección de directores y funcionarios, en su mayoría convencidos de que trataban con alimañas, más que con enemigos. También había, aunque en menor número, diversos anarquistas y socialistas.

La teoría carcelaria, aplicable no solo a Burgos, se reducía a un código no escrito, pero fácilmente comprensible, según el cual la prisión debe ser un

periodo que sirva para aprender cosas, especialmente si las condenas son largas, y allí todas lo eran, y en el que se trate de mantener un equilibrio y una voluntad de combatir que sirvan para continuar la lucha contra la dictadura. Levantarse de buena mañana, pasear por el patio –ochenta pasos de largo por sesenta de ancho, en total 587 losas–, leer, discutir, y tratar de no crear conflictos con los corrompidos funcionarios de prisiones, y si es posible ganarse a alguno, que siempre hay excepciones, para que hiciera la vista gorda con algún libro (posiblemente fue la de Burgos una de las pocas universidades españolas donde se estudió concienzudamente la Crítica de la razón dialéctica de J.-P. Sartre).

La prisión de Burgos en 1963 tenía algo más de 300 presos políticos y era un lugar triste, donde los innumerables ateos pedían a los dioses que fueran benévolos y, si no tenían a bien darles la satisfacción de llevarse a Franco, al menos que lo hicieran con el papa y que les cayera algún indulto con la aparición del humo blanco del Vaticano. La llegada de Ramón Ormazábal revolucionó a la organización del PC en el penal. Su objetivo lo dejó claro desde que tomó contacto con los dirigentes comunistas: un Dimitrov como él no estaba dispuesto a pasar al ostracismo. Burgos se transformaría en un foco más de la lucha contra el franquismo. La plácida y sórdida vida carcelaria se iba a transformar en un sóviet contra el sistema penitenciario, contra los tribunales. En un centro de irradiación política revolucionaria.

Las primeras batallas –justísimas– consistieron en negarse a desfilar todas las mañanas y reivindicar la aplicación de la libertad de conciencia reconocida en el Concilio Vaticano II, que entonces se celebraba, y por tanto, en pura lógica, abstenerse de asistir a la misa dominical «obligatoria» que las autoridades civiles y religiosas consideraban punto menos que parte de la condena. El plante tuvo éxito, al que se añadió el cese del fanático director Esteban Chavala Piedrahíta, quien, junto al jefe de servicios Martiniano Iglesias Monedero, debería figurar en letras de estiércol para memoria de la vergüenza humana. El director Chavala había llegado a romper las instancias que los presos enviaban a la Dirección General de Prisiones (González del Yerro), quizá porque no le permitían romper la cabeza a sus prisioneros. Cuando le sustituyeron por Leoncio Hernando, Ormazábal se creció por el éxito y arreció en sus denuncias, según esa peculiar teoría de que es preferible desenmascarar a un hombre transigente, hasta volverlo fascista, que a un reaccionario volverlo moderado. En una prisión franquista motivos para protestar no solo no faltaban, sino que surgían día tras día: que las celdas de castigo dejaran salir dos horas, que permitieran la entrada de periódicos, exigir la aplicación de la ley sobre la libertad condicional, que se

anularan los Consejos de guerra en los que había actuado el iletrado Manuel Fernández Martín y, por supuesto, conseguir el «estatuto del preso político», tarea que reflejaba la mentalidad de Ormazábal. Los objetivos no solo eran justos, sino necesarios, pero la huella de «Orma», como se le llamaba frecuentemente, estaba en los procedimientos, que contenían una alta proporción de provocación: exigió a todos los militantes que informaran a sus familias de que a partir de entonces enviasen las cartas a la prisión con el apelativo «preso político». Igual debían hacer ellos con el remite. Excuso suponer que el mayor perjuicio lo ocasionó a familiares y presos, que dejaron de recibir las cartas, más que al sistema, si exceptuamos al sistema postal, que hubo de habilitar con el tiempo un apartado de Correos.

Ormazábal puso en marcha una escalada, cada vez con el listón más alto, para tener en jaque a la Dirección General de Prisiones, al ministro de Justicia, y a parientes, amigos y allegados. Empezaron los castigos, con sus penosas consecuencias; el envío a celdas se traducía en la no reducción de estancia carcelaria. No redimían y te privaban de la libertad condicional.

Ramón no estaba solo. La troika que dirigía la organización del partido en la cárcel la formaban tres miembros del Comité Central: un catalán, Pere Ardiaca, otro madrileño detenido en Cataluña, Miguel Núñez, y el citado vasco. Aunque los dos dirigentes del PSUC habían llegado antes, desde que Ormazábal entró en la prisión la organización dependió de él y los otros se convirtieron en sus ayudantes. Quienes ponían objeciones a la táctica agresiva de «acoso y derribo» de la dictadura desde la prisión eran inmediatamente puestos en cuarentena o expulsados, y esto tenía connotaciones dramáticas dentro de una cárcel, donde todo está necesariamente «comunalizado». Enrique Múgica Herzog, detenido y juzgado con Ormazábal, fue el primero que se separó del partido, deslizándose hacia el PSOE. Otros comunistas, como el veterano guerrillero Fernández Alver o el jurista Ortiz Ricoll, fueron sancionados, otros expulsados, según el real proceder y entender de aquel tiranuelo imbuido de su papel dimitroviano.

No estaba aún satisfecho; la cárcel era poco mundo y empezó sus orientaciones a las organizaciones clandestinas, especialmente al PSUC –Ardiaca y Núñez estaban en su Comité Ejecutivo– y para Euskadi, incluso hacia Madrid, por mediación de familiares y abogados. Ormazábal, que disponía de más tiempo libre que cualquier otro dirigente en la clandestinidad, parecía decidido a que las comunicaciones dentro de España pasaran por él y poco a poco, con su estilo brutal, se iba convirtiendo en el responsable ejecutivo del interior, al menos,

hasta allí donde llegaban los parientes y amigos de sus súbditos de la prisión de Burgos. Él decía que estaba más cerca de la realidad que los de París y no se daba cuenta de que estaba cruzando una línea invisible que le llevaría al mismo lugar de donde había salido hacía poco: el ostracismo.

En el aspecto clandestino y militante la cárcel de Burgos tenía lo que entonces se denominaba «categoría universitaria», un plantel de veteranos comunistas de diversas profesiones y formaciones que daban cursillos de casi todo y que además de hacer gimnasia física la hacían mental y redactaban boletines –ilegales, claro– y producían sus propias noticias que por procedimientos habilísimos trasladaban a Bucarest, vía París, y que puntualmente emitía Radio España Independiente. Con Ormazábal, la Radio del partido se convirtió en su portavoz, casi diríamos personal, que jaleaba sus textos y leía puntualmente sus incendiarias cartas a los medios de expresión fascistas. Pertenecían más al género del kitsch artístico que a la política. Como muestra basta este botón enviado al semanario ultrafranquista El Español, que había, según su estilo, calumniado a los comunistas. El vasco Ormazábal les responde con esta frase antológica: Esa españolidad, médula del Partido Comunista, es la que yo dejé demostrada en el consejo de guerra.

Desde el 5 de octubre de 1963, Radio España Independiente dedica un programa especial a la cárcel de Burgos. Ormazábal está pletórico de ideas y de voluntad. Todos, dentro y fuera de España, se hacían cruces del valor de aquellos líderes firmes como rocas. Cuando en París se decía Ormazábal, se oía el eco que respondía «Dimitrov». Sus cartas las reproducía Mundo Obrero y la verdad es que tenían un peculiar tono que hubiera alarmado a un psiquiatra, pero entonces los psiquiatras no leían la prensa política. En febrero de 1965 se publica un artículo redactado por Ramón que narra así su entusiasmo carcelario: Al cabo de seis meses de ininterrumpido combate una gran victoria pone punto final a nuestra última batalla[1]. Nadie creería que lo escribía un detenido en un cochambroso penal con un frío de mil diablos.

Durante la crisis de Claudín-Semprún el Comité de la cárcel había sido el más brutal entre las brutales denuncias del «oportunismo derechista». En su caso se alcanzaban tonos casi paranoicos, porque hacían de «los dos efe» miembros de la oligarquía. En la situación de extrema debilidad de la dictadura –escribían desde la cárcel de Burgos en diciembre de 1964– la conspiración de Claudín y Sánchez representa un intento desesperado de la oligarquía para evitar que la crisis en que se debate tenga la salida que debe tener.

Para Carrillo aquellas gesticulaciones histriónicas que iban a favor de sus tesis y contra las de sus enemigos le parecían bien, incluso las alentaba, porque sabía lo suficiente de Ramón Ormazábal para no temerle ni tomarle en serio. Era consciente de que la cárcel había desarrollado la megalomanía en un personaje que desde siempre había carecido de sentido del ridículo y de la más mínima capacidad de autoanálisis. El viento de la dirección del partido soplaba en las velas de Ormazábal y él estaba convencido no solo de que tenía razón, sino de que el partido le necesitaba en aquellos trances difíciles.

Ardiaca y Núñez eran personalidades más débiles, achicadas por el ímpetu irresistible del vasco. Del valor de Ardiaca escribió en su día hombre tan poco exagerado como Togliatti, y utilizó palabras que aún hoy escandalizan. Tenía cincuenta y siete años y llevaba sobre su conciencia política haber sido siempre hombre miedoso al que todos los valientes comprometieron en diversas barbaridades y errores políticos: desde la expulsión de Del Barrio a la de Comorera, pasando por el asesinato de Pere Canals. Miguel Núñez, a sus cuarenta y tres años, era sencillamente un fiel y disciplinado enlace entre el interior y Carrillo, a quien este había ascendido, considerándole uno de sus hombres de confianza en el PSUC. Llevaba en prisión desde la primavera de 1958. Tanto su comportamiento como el de Ardiaca no tenían nada de conflictivo, conforme a sus naturalezas templadas, pero a partir de la llegada de Ormazábal a la prisión se convirtieron en audaces.

En julio de 1964, en plena crisis Claudín-Semprún, ambos envían una carta a la dirección del PSUC inspirada, y casi estoy tentado a decir escrita, por Ormazábal, en la que se hacían críticas durísimas a la «blandura» del ejecutivo catalán: Vuestra declaración de abril es fría, no puede haber sido una ayuda. Denunciaban también el desviacionismo nacionalista, que constituía una particular idea obsesiva de Ormazábal y que él trasladaba a Núñez-Ardiaca. Gregorio López Raimundo no dará ninguna importancia a este texto que le hubiera puesto en evidencia ante Carrillo, y hasta tal punto lo archivará que se olvidará de mencionarlo cuando proteste por el desprecio que Ardiaca y Núñez han hecho al PSUC, al no ponerle al corriente de sus opiniones antes de hacérselo saber al PCE.

Desde finales de 1963 hasta finales de 1965, durante estos dos años, la cárcel de Burgos fue feudo personal e intransferible de Ramón Ormazábal. Quizá había logrado su ambición, poder controlar a más de un centenar de militantes durante las veinticuatro horas del día, incluso en sus sueños y sus pesadillas, sus horas

libres y sus comunicaciones con mujeres y familiares; el ideal de un responsable estalinista. Se había propuesto convertir la organización del PC de Burgos en un modelo de temple bolchevique.

En el verano de 1965, imbuido de su papel histórico y sin calibrar el paso que daba, elabora un largo documento, que envía a la dirección del partido. Aunque son tesis pensadas, escritas y desarrolladas por él, las formula como el resumen de los debates en el comité local de la prisión y llevan la firma de la troika: Ardiaca, Núñez y Ormazábal. A lo largo de sus 86 páginas pasaban revista al mundo, a España y al partido. El centro de su atención estaba, no obstante, en lo que denominaban los cinco puntos de debate: primero, que Claudín-Semprún habían impreso su huella negativa en la línea política; segundo, la necesidad de romper de una vez por todas con la duplicidad de vías –pacífica y violenta– para derribar la dictadura, inclinándose por la pacífica; la tercera consideración se refería al papel renovador que estaba desempeñando la Iglesia española; luego al grado de madurez de la situación y a la extrema debilidad del régimen de Franco y, por último, una serie de consideraciones sobre el partido y su centro de dirección.

De la lectura de estos cinco motivos de reflexión no cabe deducir más que sensatez y equilibrio, pero había una gran diferencia entre la formulación, el tono y el desarrollo de dichas tesis.

Lo primero que hizo Santiago al recibir el documento fue dividirlo en dos partes; en una concentró todas las consideraciones políticas y en la otra las críticas a la dirección del partido. De este modo volvía a repetir un procedimiento que le era muy querido; demoliendo políticamente la primera parte, quitaría toda fuerza a las argumentaciones de la segunda, en la que le atacaban a él y a sus procedimientos personalistas en la dirección del partido. Lo más llamativo de la primera parte es el voluntarismo radical, el subjetivismo exagerado y la idealización de la situación política, de donde extraen conclusiones aberrantes.

Critican a la dirección del partido en París porque la sospechan debilitada por la labor de zapa de Claudín y Semprún, que han contaminado al Comité Ejecutivo y han llegado a afectar a todas las concepciones y actividades del partido con su influencia nefasta.

No es precisamente la coherencia lo que caracteriza las posiciones de los tres de Burgos. Más parece que se mueven, especialmente Ormazábal, por impulsos

basados en sus fragmentarios datos carcelarios. Acusan al partido y a su dirección en París de desvirtuar la justísima línea del partido y las decisiones del VI Congreso (1959)… [a causa de lo cual] el partido viene sufriendo un desfase, un retraso en relación con la voluntad de las masas… Lo erróneo no fue que se plantease la Huelga General Política, sino que ese planteamiento no se hiciese más enérgico… Y al mismo tiempo se critica toda referencia violenta y no pacífica en la línea del partido: Nuestro partido debe aparecer como lo que es, el gran partido nacional de la democracia española, el partido de la Reconciliación Nacional y de la salida pacifica… Ni a Carrillo ni a nadie se le podía ocultar que la HNP llevaba aparejadas dosis de violencia inevitable si se quería derribar la dictadura.

El eje en torno al que se articulaba la carta y los análisis partían de una experiencia personal común a los tres encarcelados: su estancia en prisión les había llevado a entrar en contacto con la Iglesia española en la búsqueda de solidaridad y la Iglesia española de 1964-1965 estaba conmocionada por el Concilio Vaticano II y abierta a cualquier colaboración. Vivía un periodo de mala conciencia que trataba de superar su papel de encubridora de la dictadura durante la guerra y la posguerra. Ormazábal, Núñez y Ardiaca tienen vínculos epistolares y por intermediarios con personalidades de la Iglesia, desde el primado Pla y Deniel y el cardenal Quiroga Palacios, hasta teólogos como González Ruiz. Se les abre un mundo que les hace exclamar: la Iglesia está con nosotros.

De su escaso, parcial y descontextualizado conocimiento de la Iglesia española deducen que la mayoría de ella está con el Partido Comunista en la lucha contra el régimen. Y concluyen que si el partido y la Iglesia desarrollan juntos una ofensiva contra la dictadura, la victoria será pronta y clara. Iglesia más partido son la mayoría real de la sociedad española, por tanto hay que explicarle al Comité Central esta buena nueva, y a esta profética misión se encamina Ormazábal, abandonando el traje de Dimitrov y acogiéndose al papel de san Juan Bautista. Él y sus dos colegas escriben en su carta cosas que si no estuvieran en el papel parecería imposible que salieran de aquellos tres implacables estalinistas: Por la línea conciliar la Iglesia, y consiguientemente todo católico, se incompatibiliza absolutamente con la dictadura, con el régimen… ello implica que, en España, la línea conciliar le incompatibiliza irremediablemente con el poder hegemónico de la oligarquía… Por esto surge ahora en el fondo una incompatibilidad esencial, medular, entre la tendencia principal de la oligarquía y la línea conciliar, es decir, la Iglesia. Y eso es lo que a la línea vaticana le da un contenido explosivo, revolucionario, aquí en España.

Nunca, nadie, jamás, fue capaz de escribir cosa semejante desde los siglos de los siglos. Desde Constantino nadie se había atrevido a definir la Iglesia y su poder temporal, ya fuera «vaticano» o «revolucionario». Había sido necesario que Ormazábal y sus dos colegas llegaran a Burgos para introducir esta variable un tanto menendezpelayesca, que le daba a la revolución española un aire que dejó estupefactos a los ortodoxos miembros del Comité Ejecutivo. Las conclusiones de los tres de Burgos no solo afectaban a lo inmediato, sino incluso a las señas de identidad del comunismo hispano, imprimiéndole un carácter de engendro ideológico en el que sin saberlo se mezclaba el cardenal Cisneros y Jaime Balmes: En la línea vaticana se expresa la singularidad de nuestra revolución, las radicales diferencias que separan nuestra situación española, de la del resto de la Europa capitalista…, esa peculiaridad cuyas raíces se adentran en una profundidad secular de nuestra historia, raíces eminentemente nacionales en el sentido que han englobado y engloban a todas las partes de nuestra sociedad y en muy primer término a la propia Iglesia; esa peculiaridad, decimos, es la que sitúa a España a la hora conciliar en la excepcional coyuntura de ser el país que primero y más plenamente sepa traducir en hechos transformadores de su vida política y social los cambios trascendentales de la Iglesia. Somos, hemos de ser, por herencia de nuestro pasado unos adelantados.

Semprún no había llegado tan lejos. Ellos eran unos firmes y ortodoxos leninistas al lado de estos avanzados de la teología de la liberación. Carrillo lo tenía fácil con este tipo de opiniones íntimamente relacionadas con la extrema debilidad del franquismo y las acusaciones a la dirección del partido de sobrevalorar la fuerza de la dictadura y no apreciar en su valor cómo el primero de mayo de 1964 –y también este año con algunas variantes– el proletariado de la ría tomó por asalto Bilbao. Si la cárcel los había trastornado hasta ese punto, las otras críticas al funcionamiento del partido serían amontonadas como si se tratara de lo mismo. La verdad es que perlas de megalómano con siroco carcelario había también en la segunda parte; nada se substraía a la marca del autor. Sin embargo, tenía otras cosas; recordaba, por ejemplo, que en el partido no es el Comité Central quien elabora y define la política, sino el Ejecutivo, limitándose así las funciones y responsabilidades del Central, en detrimento de una verdadera democracia interna. Claro que siempre se podía añadir que hablaban así porque estaban en el Central, y que si fueran del Ejecutivo se callarían. Era posible, pero a pesar de ello tenían razón. Igualmente justos eran en sus ataques a la torpeza, lentitud e incompetencia del aparato de París. Pero todo había que contenerlo bajo el gran telón iluminado con un letrero que lo abarcaba, el de que se estaba viviendo el momento del asalto final a la dictadura

franquista.

EL CONGRESO QUE NUNCA EXISTIÓ

Cuando Santiago Carrillo recogió el documento de Burgos y lo leyó estaba a punto de dar comienzo el VII Congreso, del que, como es lógico, no tenían conocimiento sus redactores. Ni siquiera estaban al tanto los que iban a asistir, pues tras la experiencia y las consecuencias represivas del VI prácticamente no se dijo palabra de él hasta el último momento.

La primera reacción de Santiago fue sustraer el documento al Comité Central. No hay que olvidar que el Central aún no había tratado en plenario la crisis Claudín-Semprún (no lo haría, por lo demás, nunca) y ahora llegaba un papel como el de los tres encarcelados, que por su tono y por su contenido podía interpretarse como una provocación a la capacidad dirigente del PCE.

El 5 de agosto de 1965 se reúne en sesión plenaria el Comité Central, a falta de veinticuatro horas de que empiece el congreso, para darles cuenta de la organización de este y de las conclusiones que habrían de sacarse de él. Santiago en su introducción se notaba en cierto modo incómodo y hubo de referirse, aunque tangencialmente, al escrito de Ormazábal: El tipo de errores, de los tres de Burgos, son a veces incluso un elemento positivo, porque estamos en contra de todo lo que es la condena de la subjetividad revolucionaria, porque la subjetividad revolucionaria es uno de los elementos fundamentales de la lucha revolucionaria… Pero se habían pasado en sus ansias de darles caña a Claudín-Semprún y habían desmantelado el tenderete que tan cuidadosamente se había construido. Una cosa era defender la subjetividad y otra hacer de ella un ariete para golpear a la propia dirección del partido. Se encargará de demoler sus tesis a Santiago Álvarez, quien en ningún momento les leerá el texto y se justificará por las dificultades técnicas, pero sí espigará algunos párrafos sustantivos. La disculpa más bien era ingenua y traída por los pelos, pero en el fragor de un nuevo congreso histórico a nadie le llamó la atención. Esas cosas pasaban.

En un alarde de prestidigitación política, Santiago explicó al Central la conveniencia de apenas citar la carta y no abrir un debate sobre ella en el

congreso. Lo juzgaba perjudicial y en su afán de dar un salto sobre el charco que ofrecían los de Burgos en un panorama libre de dificultades propuso que la decisión sobre ese documento corresponde al Comité Central que el congreso elija. Es decir, que no solo sustraía la carta de Burgos al congreso, sino también al Comité Central que le escuchaba y, para mayor escarnio, endosaba la decisión al siguiente Central que él nombraría, evitándose así el que alguien pudiera hacer comparaciones capciosas sobre el método de debate en el Central. A nuevo Comité Central, nuevo debate y mayor comodidad para hacer pasar sus orientaciones.

Esto no fue óbice para que Álvarez se encargara en aquella reunión precipitada y previa de definir la naturaleza de los desviacionistas de Burgos: Una posición política de carácter oportunista, revisionista, aunque envuelta, camuflada, en frases sonoras desde el punto de vista revolucionario, en frases muy rimbombantes. Quedará como artículo de fe, acuñado por Álvarez, que en el fondo los tres de Burgos escondían una ambición desmedida por escalar la dirección máxima del partido, lo que quizá era también una «desmedida» apreciación. Aún más desmesurado fue afirmar que tienen una posición oportunista que coincide básicamente con la de Fernando Claudín y Federico Sánchez.

Con estos juicios de valor podemos considerar que se dio por terminada la misión del núcleo dirigente que había vivido el periodo del lustro 1960-1965. Difícil papel el suyo; habían comenzado su mandato en aquella esperanzadora Navidad de 1959 y ahora lo cerraban, en el verano de 1965, con un trágala como el de la carta de Burgos. Quizá pensaran que no era más que las consecuencias orgánicas de la crisis de Claudín-Semprún y que se inauguraba una época más expeditiva. A partir de entonces el que mostrara divergencias se quedaría en la cuneta, esperando que el coche viniera a recogerle, y se cansaría de esperar. Ni consideraciones ni escándalos; el que quiera seguir que siga, el que dude, a su casa y sin ruido.

Los más afectados por la carta de Burgos eran los dirigentes del PSUC allí presentes, que se encontraban de buenas a primeras con que dos miembros de su Comité ejecutivo –Ardiaca y Núñez– formaban parte de la troika radical y disidente. Tenían también el agravante ridículo de que el documento había sido enviado al PCE sin pasar comunicación alguna al PSUC, y a mayor abundamiento en la carta había un aspecto que les molestó particularmente, porque para demostrar la debilidad del régimen se tomaba a Miguel Núñez como

modelo del debilitamiento de la represión y de la ausencia de tortura en las comisarías franquistas. El párrafo decía así: En 1958, cuando es detenido Núñez, pudo darse cuenta de que el enemigo emplea mucho más la amenaza que la tortura misma. Núñez fue consciente desde el primer momento de que su vida no estaba en peligro… Es más, cuando a las 27 horas de tortura (medida, no insufrible ni mucho menos) se prueba que Núñez no cede, que no hablará, se le deja ya en paz y no se le vuelve a torturar… La indignación de la dirección del PSUC era lógica. José Moix, secretario general, con razón se siente burlado: Es una deshonestidad decir ahora que la tortura aplicada al camarada Miguel Núñez no ha sido una tortura insufrible. ¿En qué quedamos? ¿Cómo el camarada Miguel ha permitido que nuestros órganos de prensa, que nuestra propaganda, para el país y para nuestros partidos hermanos y para la Unión Democrática Internacional, que nuestro partido haya dicho, haya denunciado los procedimientos terroristas y de tortura que aplicaba el régimen?… O bien es deshonesto cuando entonces nos mintió (al mandarnos desde la cárcel de Barcelona todos esos datos) diciendo que las torturas eran insufribles o ahora es deshonesto cuando niega la realidad de entonces.

La figura de Núñez no quedó a partir de entonces muy bien parada y Santiago le manifestará reiteradamente un desprecio olímpico, porque en el fondo quizá era consciente de que si bien Núñez había sido torturado, era tan débil humana y políticamente como para dejarse convencer por Ormazábal de que al fin y al cabo los golpes que recibió en la comisaría de Barcelona eran una prueba de la debilidad del aparato policial franquista. Es curiosa esta duplicidad de un personaje fuerte frente al régimen y débil ante sus colegas del partido; duro frente a la represión y blando ante sus superiores orgánicos. Muy habitual en la tradición comunista.

Fuera de la indignación lógica que experimentaba el PSUC porque le habían dejado en evidencia, el resto del Comité Central aprobó por asentimiento tácito, pero unánime, la idea de amalgamar a los de Burgos con Claudín, Semprún y Vicens. Así se simplificaban los problemas y no se distraía la cabeza dando golpes a derecha e izquierda. Todos los enemigos a la derecha. La izquierda en los partidos comunistas es siempre, por decreto, la línea oficial, siguiendo la tradición leninista de «nadie a mi izquierda».

La carta de Burgos pasa por encima del congreso y solo cuando se haya designado el nuevo Comité Central se tomarán medidas contra sus autores. Se archivó hasta el día siguiente a la clausura. Santiago tenía muy claros los

objetivos de este VII Congreso, para que la carta los confundiera; había que cerrar filas tras la crisis claudinista y los tres idiotas de Burgos le forzaban, ahora que estaba a punto de desmontar a los «revisionistas», a atacar a los «dogmáticos» y «subjetivistas» del interior, con lo que daban en parte razón a los expulsados Claudín, Semprún y Vicens. Y para mayor escarnio los tres defensores del subjetivismo estaban encarcelados. Es lamentable tener que discutir las posiciones de camaradas que están detenidos, que están presos, que están condenados, advirtió al viejo Comité Central el propio Carrillo, para quitarles cierto rubor que pudiera empañar sus ataques. Eso puede crear un cierto complejo de inferioridad a los que discuten. Yo quiero decir que a mí no me crea ninguno. Quizá a este rasgo se refería, sin un ápice de ironía, el propio Álvarez, al describir las relaciones entre la dirección del partido en París y los tres presos en Burgos, alabando al camarada Santiago, por su mucha sensibilidad, como acostumbra él siempre, pero particularmente en la correspondencia con los presos.

Con la introducción, Álvarez le dejaba a Carrillo el camino expedito para que con su sensibilidad les diera una pasada a los tres ausentes que les dejara hechos unos zorros y a las puertas de la expulsión. Porque si había empezado templado, ahora, al notar que todos le seguían como un solo hombre, alcanzó un tono frenético: Ramón Ormazábal trata de hacerse con la dirección del partido. Y, además, ¿en qué momento trata de hacerse Ramón Ormazábal con la dirección del partido? ¿Quién es Ramón Ormazábal? Camaradas, Ramón Ormazábal ha tenido problemas con el partido y ha estado sancionado. La base sobre la cual se lo sancionó era justa, la medida quizá era excesiva, pero la base era justa. La base eran sus vacilaciones, su histeria política en un momento de grandes dificultades de nuestro trabajo hacia el país, cuando se rompe la alianza de las potencias democráticas y comienza la guerra fría.

Ormazábal ya tiene hecho su retrato y su ataúd político. Luego viene el de Ardiaca: Es un camarada que tiene un complejo tremendo porque siempre que ha sido sancionado por el partido lo ha sido por su debilidad en la lucha. Y por fin Miguel Núñez, que apenas si le merece unas frases; sabe que es un juguete en manos de un obseso fanatizado como «Orma». Si en un principio pensaba sustraer completamente el asunto de los tres de Burgos al congreso, e incluso al Comité Central que le escucha anhelante, cuando advierte que el clima es amistoso y existe perfecta compenetración, les señala las decisiones que ha tomado: La opinión de la camarada Dolores y mía es que dar esta carta al congreso sería no una contribución al esclarecimiento de las cuestiones, sino una

confusión y un disturbio [sic] en el congreso. Nuestra opinión, la opinión de la camarada Dolores y mía es que tampoco debemos de no decir nada en el congreso. Es decir, hay que informar al congreso. En esas frases reveladoras está contenida la nueva relación de fuerzas en la cúpula del partido, Dolores y él. El resto sabe que si se trata de ellos dos no queda ni el recurso a la discusión. Y por eso les da conocimiento de lo que Dolores y él han decidido sobre los tres de Burgos: Yo no digo que nosotros tenemos que utilizar ahora la garrota, yo lo que digo, camaradas, es que la opinión del Comité Ejecutivo es que ni Ramón Ormazábal, al que nosotros pensábamos proponer en este congreso como miembro del Comité Ejecutivo del partido antes de conocer hace unos días esta carta… ni Miguel Núñez, ni Pedro Ardiaca pueden ser propuestos a nuestro congreso para ser reelegidos al Comité Central. Después de un ataque así a toda la política, a las estructuras, a la dirección del partido, después de un complot de esas características, el congreso del partido no debe reelegirles para los cargos de miembros del Comité Central. Sobre todo, camaradas, porque en el estado en que están las cosas ninguno de nosotros está seguro de que no será necesario al mes, por lo menos a Ramón Ormazábal, expulsarle del Comité Central. Y elegirle mañana para expulsarle al mes no sería un ejemplo muy positivo para el partido. Ahora sí que podía empezar el VII Congreso.

Se inauguró el 6 de agosto de 1965 en una escuela de la municipalidad de Choisi Le Roi regentada por los comunistas franceses, en las afueras de París. Allí estarán las cuatro jornadas que dure el congreso. Santiago Carrillo, en su papel de indiscutido número uno, hizo la intervención política, que fue lo único destacable. Casi se hubiera podido decir, sin pecar de exageración, que había traído al Comité Central y a lo más granado de la militancia para explicarles sus posiciones y lograr el pleno asentimiento a sus tesis, que clausuraban las acusaciones de Claudín y armaban –como se decía entonces– al partido con la auténtica doctrina revolucionaria.

Esta intervención tiene elementos reseñables y recupera algunas huellas características de su estilo argumental de los años cuarenta. Quizá el periodo 1956-1965 impuso una cierta contención a su peculiar idiosincrasia política. Le obligaba a un equilibrio entre las otras figuras de la dirección, pero ahora, en el verano de 1965, sin ningún adversario a su alrededor, podía volver al tono que las circunstancias le habían obligado a moderar, pero que ya era el propiamente suyo en 1945.

Llama la atención, en primer lugar, una especie de guiño al que nos tenía

acostumbrados durante el periodo de la guerra fría: la utilización de un documento del enemigo para apuntalar sus tesis. Frente a las críticas que le habían hecho Claudín y Semprún contra el subjetivismo y la Huelga Nacional Pacífica (o Política), Carrillo se saca literalmente de la manga un documento secreto de la Secretaría General del Movimiento franquista que a todas luces es un hallazgo en el estilo de los que obtuvo en los años cuarenta para otros menesteres. Como se ve, su impronta a lo largo de los años no se había renovado. De creer en el documento del Movimiento Nacional, el régimen estaba aterrorizado por la eficacia de la línea política del partido, y ratificaba los trazos tácticos de Santiago tan bien como él mismo: El PC –escribía la supuesta Secretaría General del partido único franquista– no ha fracasado todavía. Por el contrario, aunque lentamente, continúa avanzando hacia la Huelga General Política y la Huelga Nacional. Lo que quiere decir que, poco a poco, el grupo de factores negativos al PC se van reduciendo como consecuencia del grupo de factores positivos al partido. Hasta el lenguaje parecía el del Comité Ejecutivo y, fascinado ante su propia superchería, Santiago afirmaba: El documento de la Secretaría General es un reconocimiento de la eficacia de nuestra táctica y nuestra orientación.

Conforme a lo previsto, la defensa de las acusaciones de «subjetivismo» fue uno de los ejes de su intervención. Para él los tres últimos años habían contemplado una cadena impresionante de huelgas y manifestaciones obreras y quizá por eso mismo ciertas dosis de subjetivismo es uno de los componentes inevitables de la actividad de un partido revolucionario. Para mayor abono de esta afirmación traía a colación al Marx y Engels de 1848, al Lenin de 1905 y a la Revolución cubana, entonces de moda. Para Lenin mismo, que era un gran genio de la revolución y poseía una mirada de águila, tampoco estaba clara la forma en que cambiaría la situación. Él, que llevaba gafas, tenía derecho a equivocarse al menos en los ritmos, aunque fuera su discípulo más aventajado.

En el terreno táctico lo más llamativo es la aparición de un nuevo concepto que dominará la década 1965-1975, aunque adopte lenguajes muy variados, la coordinación Pueblo-Ejército; una tarea y una misión de futuro. Ante un movimiento popular arrollador; ante la Huelga General Política y su transformación en una Huelga Nacional, el Ejército podría retirar su apoyo al régimen, facilitando la realización de la voluntad popular… Así podría surgir una posibilidad, nueva e imprevisible hace tiempo, de establecer una colaboración Pueblo-Ejército para una acción destinada a instaurar las libertades políticas y levantar la grave hipoteca que el régimen representa… Si esta

posibilidad se concretase, la Huelga Nacional podría tomar la forma de un movimiento coordinado del pueblo y del Ejército para abolir la dictadura. Como se ve, Santiago obvia a las otras fuerzas políticas, lo que no es extraño, porque está más aislado que nunca y en sus audaces referencias no solo lanza los tejos al Ejército, sino que se refiere de manera entusiasta a Gil Robles y a monseñor Bueno Monreal, lo que dice mucho del pozo en el que se encuentra metido.

A corto plazo se podía producir la convergencia Pueblo-Ejército que diera al traste con la dictadura. ¿Y luego? Luego vendría la democracia antifeudal y antimonopolista, que se mantenía en todo su esplendor de perspectiva a medio plazo y antesala del socialismo. La seguridad de Santiago en sus teorías era tan convincente que incluso en el campo de la macroeconomía el PCE podía dar lecciones al mundo entero, y si no oigámosle en esta referencia: Rostow no ha descubierto nada… uno de nuestros economistas, Mansilla, ha recordado muy oportunamente que Marx ya lo había explicado en «El Capital»… Antonio Mansilla trabajaba en la Universidad de Moscú dando clases de Teoría económica y formará parte de los expertos enviados posteriormente a la Cuba socialista. Aunque tuviera expertos economistas que le facilitaran el tránsito, la historia necesitaba, a su vez, de ciertos grupos sociales para alcanzar ese periodo de la democracia antifeudal y antimonopolista, y eso no podía dejarse al azar. Debía concretarse, y empezará a esbozar entonces un conjunto más o menos informe que en el verano de 1965 denominará Alianza Socialista, y que posteriormente denominará Frente del Trabajo y la Cultura, para llegar finalmente a su formulación definitiva: Alianza de las Fuerzas del Trabajo y de la Cultura. Pero en este congreso aún se definía de un modo vago –la unión de todas las fuerzas del proletariado y de los trabajadores manuales e intelectuales por el socialismo–. Lo que sí se daba ya por seguro es que lo regiría el propio partido en exclusiva, pero con manga ancha: Sería una nueva fuerza política, más flexible y suelta que un partido único. Es decir, un partido único con simpatizantes a su alrededor, que se utilizarían de manera suelta y flexible. La fórmula socialista real y modélica se concretaba en la Checoslovaquia de Novotný. En el terreno de la lucha de masas, aunque no se le dedicaba la importancia que tenía, por fin el partido se decidía por Comisiones Obreras y se disponía a capitalizarlas, pero dentro del esquema genérico ya descrito.

Su discurso fue el de un hombre seguro, tanto de sí como de su soberbia, que ya no tenía a su alrededor nada que temer y que exponía con cierto desdén los dos peligros del momento que tan bien habían sorteado en el PCE: el revisionismo claudinista, el cual quedaba enterrado a partir de ahora –un grupito

pequeñoburgués en el cual lo específico no es su profesión, sino su mentalidad burguesa y pequeñoburguesa–, y el verbalismo pro chino, que apenas si había arañado al partido –en poco más de un año ha quedado en agua de borrajas–. Frente a Scila y Caribdis el partido se había mantenido en la correcta y talentuda ruta marcada por su timonel: cuando examinamos con espíritu crítico la orientación y las decisiones principales tomadas por el partido, así como sus previsiones…, creemos no pecar de autosatisfacción al afirmar que la práctica, piedra de toque de aquellas, ha mostrado que eran justas. Por más que se dijera siempre lo mismo, en esta ocasión tenía la grandilocuencia y el descaro de la evidencia en contrario, si bien fue muy aplaudido.

No hubo ninguna intervención sobresaliente o que pretendiera sombrear con brillantez algunos párrafos del secretario general, y en verdad que pisaban por primera vez las tablas directivas y congresuales algunos teóricos que venían a llenar el hueco dejado por los expulsados. Llegaban, como dijo Carrillo en metáfora bíblica, saciados por la fuente pura y cristalina de la que brota nuestra fuerza: el espíritu creador del marxismo y del leninismo. Los exhibía en el congreso con ese sentido de la oportunidad que le caracterizó siempre, como prueba de que el PCE no había perdido nada con los excluidos, porque allí estaban aquellos para demostrarlo: Manuel Azcárate, Manuel Sacristán, Alfonso Sastre, Jaime Ballesteros… Azcárate se mostró por vez primera como ideólogo ante todo el partido exponiendo su visión sobre el existencialismo –que estudia problemas a los que los marxistas no han prestado la suficiente atención–, el positivismo –que se muerde la cola– y el catolicismo –donde aparecen corrientes progresivas–, pero fue un recorrido más bien a vista de pájaro, mientras que Sacristán, el profesor madrileño de los estudiantes de Barcelona, dejó una impresión inmejorable con su precisión léxica. Carrillo mismo quedó seducido ante aquel pozo de ortodoxia que se expresaba con el lenguaje teórico de los clásicos que todos creían conocer y pocos utilizaban con propiedad.

Sacristán no se refirió a Claudín-Semprún más que con el genérico los oportunistas, casi al desgaire de su plan intelectual. Su plan intelectual era ambicioso y sin precedentes, porque asumía el papel de motor ideológico a nivel de toda España: Probablemente es justo decir que la insuficiencia de la intelectualidad comunista española no es toda culpa suya. La clandestinidad y la lucha contra el franquismo provocan en este campo dificultades muy intrincadas. Pero ahora se va a tener que hacer en serio, no en los pocos ratos libres por así llamarlos, el esfuerzo de producción cultural comunista que solo entre nosotros algunos artistas han realizado con asiduidad, pero ni científicos, ni filósofos, ni

escritores. Si no logramos hacerlo en todos los sectores los resultados que podemos prever en este congreso andarán un poco cojos por alguna parte. Y, así, terminó cogiendo la antorcha de la nueva esperanza: Permitidme pues que me dirija de un modo especial a los camaradas intelectuales que están aquí y que les diga: tomemos de este congreso la fuerza para no quedarnos atrás y para hacer al regreso que no se queden atrás los que no han podido venir aquí. Ya se vería en qué quedaba. Sin embargo, el efecto que causó, empezando por Carrillo, fue tal que habría de ser electo al Comité Central. Aunque más anodina, la intervención de Alfonso Sastre (Alejandro Mayor) también será recompensada, si bien en menor grado, con un puesto de «suplente» en el Comité Central.

Sin embargo, la gran revelación en esta ocasión no fue ni el rigor de Sacristán, con ser muy apreciado, ni la fogosidad voluntarista de Sastre, ni siquiera la morosidad discursiva de Azcárate, sino el tono pragmático de un hombre nuevo: Jaime Ballesteros Pulido, quien iniciaba su fulgurante ascensión. La deferencia de Carrillo hacia él procedía de su eficiencia como «cirujano político» en la Universidad de Madrid y sus incipientes responsabilidades en el campo intelectual, tarea que compartía con otro de los presentes, Armando López Salinas; ambos serían premiados con el ingreso en el Comité Central, y en el caso de Ballesteros no quedará ahí, sino que, hecho sin precedentes en el partido, pasaba de una tacada al Ejecutivo. Ballesteros[2] acababa de salir de la cárcel; su buen comportamiento ante la policía, su trabajo en prisión y su éxito en la universidad madrileña hicieron que Santiago se fijara en él. Era hijo de un comisario de policía franquista, aunque había roto pronto con su familia y había iniciado la carrera de Derecho. Hasta la operación «saneamiento» de la Universidad de Madrid no se conocían más que sus ejercicios iniciáticos en la poesía. Publicó un verso dedicado a Julián Grimau no muy feliz:

Los obreros

Miran Julián al salir del trabajo

por si ven tu cadáver ya muerto quieren

embalsamarle con el aceite serio

de las máquinas. Los jornaleros también

miran entre los trigales cuajados. Tal vez

está tu cadáver también tu cadáver ya

muerto quieren embalsamarlo en amapolas

que son rojas…

Obviamente, se dedicó a la política y abandonó la poesía. Le sirvió, no obstante, «el aceite serio de las máquinas» para moverse en el complejo mundo del aparato del partido con habilidad. Con todo, siguió teniendo gustos eclécticos y poco ortodoxos, que iban desde la pasión por las crónicas gastronómicas de La Reynière en Le Monde, hasta las greguerías de Ramón Gómez de la Serna en literatura. Estos aspectos de atipicidad supo siempre mantenerlos como el otro doble de su vida. A partir de este irresistible ascenso se convertirá en «promotor cultural» en editoriales financiadas por militantes, como «Ciencia Nueva», que hará una breve pero densa misión pedagógica clausurada por el franquismo en apenas unos años.

Hay también un matiz burocrático que reseñar. Ignacio Gallego, que hasta entonces conservaba un lugar en el olimpo del Comité Ejecutivo, verá realzar su figura y se convertirá en el número dos, a mucha distancia del uno, todo hay que decirlo, aunque especialmente encargado de las misiones delicadas. Gallego intervendrá sobre la cuestión agraria, su temática preferida y de la que nadie sabe por qué se hizo cargo durante décadas sin más esfuerzos reales que repetir, inasequible al desaliento, la bondad de la consigna de la tierra para el que la trabaja y su excelente hacer como tribuno de públicos emigrantes. Quizá por sus éxitos oratorios se le consideró el hombre idóneo para llevar al campo la línea política del partido, que él exponía con su tono sonriente y cachazudo, inmutable repetidor de grandes verdades: Debemos decir la verdad a las masas explotadas del campo. La verdad irrefutable es que sin conquistar la tierra de los grandes latifundistas no es posible acabar con el paro, con el hambre y la miseria… Es de prever que la lucha tenga en el campo características más agudas que en las ciudades. Confirmación nunca alcanzada, aunque siguió diciendo exactamente lo mismo año tras año.

La más inexplicable de este congreso será la intervención de Gregorio López Raimundo, secretario general del PSUC, proponiendo ¡en 1965! la disolución de

su partido y su incorporación al PCE. Cabe considerar si no ha llegado la hora de que el PSUC discuta la conveniencia de integrarse ya en el Partido Comunista de España. Entre nosotros se extiende la idea de que la integración facilitaría a los trabajadores y al pueblo en general la comprensión de cuál es nuestra posición en relación con el problema nacional, que podrían ver reflejadas gráficamente en la estructura misma del partido. También convendría estudiar si, al producirse la integración, el PSUC deberá conservar su nombre o pasar a llamarse Partido Comunista de Cataluña. Nadie recogerá la sugerencia, empezando por el propio Santiago, y el tema quedará una vez más aplazado.

Ya a punto de terminar las sesiones, y antes de que se expusieran las propuestas al nuevo Comité Central, Luis Lucio Lobato hizo una referencia sucinta a la actitud de los tres de Burgos e incluso leyó algunos párrafos de su carta, lamentando que no pudiera ser conocida en extenso por todos los congresistas, y volvió a utilizar el recurso de la sobrecarga del aparato reproductor de materiales. Tenían que conformarse con sus comentarios y las citas someras, porque la carta tiene casi tanta extensión, si no más, que el informe presentado por el secretario general. No era Lobato hombre retorcido e hizo una sobria explicación en la misma línea trazada por Santiago en el Comité Central previo al congreso.

Fue sencillamente un recurso obligado para no incluir sus nombres en el Comité Central, y así Ignacio Gallego pudo ir desgranando a los nuevos dirigentes de la era que comenzaba: líderes obreros como Marcelino Camacho, David Morín, Víctor Bayón, Cipriano García, Julio Gallardo, y, en la categoría de «suplentes», Fernando Soto, Carlos Elvira, Victoriano D. Cardiel, Pérez Lara… En la intelectualidad ya hemos señalado a Sacristán, López Salinas, Sastre (suplente) y Jaime Ballesteros, que a su vez se incorporaba al Comité Ejecutivo, junto al principal enterrador de «revisionistas», Eduardo García; un puro trámite, pues estaba en el Ejecutivo desde algunos años antes. También se ascendió a Horacio Fernández Inguanzo, analista a posteriori de las huelgas mineras, y a Manuel Azcárate, eminencia gris en los terrenos ideológicos e internacionales, sustituto de Semprún en el dominio de lenguas dentro de la cúpula.

El día de la clausura las palabras de Santiago traspiraban el gozo de un futuro que se le avecinaba tranquilo, al menos en el partido. Quedaban atrás los sinsabores. Este año pasado –dijo– ha sido un año de gran discusión. Pues bien, camaradas, creo que podemos decir a partir de este momento ¡este debate ha terminado!

El VII Congreso será el más secreto de cuantos se celebraron antes y después. No existirá en los documentos públicos del partido y solo se sabrá de él indirectamente, porque el informe político de Carrillo se publicará en forma de libro con el título de ¿Después de Franco, qué? Hasta que se haga público el VIII, en 1972, y se vean obligados a numerarlo, se encontrarán con la singularidad de que entre el VI (1959) y el VIII (1972) les faltaba un congreso que nadie nunca fijó y que tuvo ignota fecha.

Ahora bien, la vida siguió y la primera misión del recién elegido Comité Central fue la de depurar las responsabilidades en que había incurrido la troika de Burgos. El 11 de agosto, en París, apenas veinticuatro horas después de terminar el congreso, el Central se reúne en plenario por primera vez y escucha a un Carrillo particularmente brutal y resolutivo. No oculta su indignación hacia los tres encarcelados, porque en el fondo han aceptado ciertas negociaciones con la Iglesia y ciertas sugerencias apostólicas de que los interlocutores más apropiados para el diálogo ecuménico serían aquellos dirigentes que no hicieron la guerra ni estuvieran exiliados: Lo que no podríamos admitir –exclama– es que en nombre de la Reconciliación Nacional se hiciera… la guerra contra los que han hecho la guerra. A propuesta suya se redactará una larga resolución secreta en la que impondrá hasta los escribientes que habrán de pasarlo al papel: Santiago Álvarez, Jesús Izcaray, Jaime Ballesteros, Luis Lucio Lobato y Cabo Giorla, otro recuperado para el Comité Central desde la veteranía. Aunque el texto será largo, el resumen es breve y muy claro: se les desposeerá de sus cargos y de la militancia si no rectifican. Es decir, abjuración o a la calle.

Cuando se informó a los tres de lo discutido en el Central y de las resoluciones adoptadas, ellos renegaron rápidamente, aunque disputaron en hacerlo unos sobre otros. Ardiaca y Núñez acusaron a Ormazábal de instigador, y este, burlado y solo, pasó de ser Dimitrov al modesto y difícil papel de Kamenev caído en desgracia. Hubo entre ellos hasta quien lloró por la vergüenza de saberse desposeído de su puesto en el Comité Central, y en la cárcel de Burgos al fin pudieron respirar tranquilos, en un lugar donde toda incomodidad tenía su asiento. Y nombraron un nuevo comité que inició el deshielo: Ortiz Ricoll, Fernández Álver, Antonio Gutiérrez Díaz, Vicente Cazcarra…

OFENSIVA CONTRA LA DICTADURA EN DOS FRENTES

La actividad del partido después del congreso tendría especial incremento en dos sectores: el movimiento estudiantil que empezaba y el movimiento obrero, que iba a consolidar sus formas autónomas de organización. La Universidad y la clase obrera constituirán dos semilleros de cuadros políticos del partido que abarcarán todo el periodo.

El movimiento estudiantil partía de dos focos principales de irradiación, Madrid y Barcelona. En Madrid, el gran salto adelante y la consolidación de una línea de permanente enfrentamiento al régimen lo iban a dar los acontecimientos de febrero de 1965, el asalto y destrucción del SEU falangista con las elecciones democráticas en los centros y la manifestación universitaria que encabezaron los profesores López Aranguren, García Calvo, Montero Díaz y García de Vercher. A diferencia de ocasiones anteriores, esta vez los expedientes, sanciones y la brutalidad represiva no pudieron hacer retroceder el movimiento y encerrarlo en las catacumbas, como en 1956: no en balde habían pasado casi diez años y las condiciones habían madurado. El régimen no podía, aunque lo intentara, convertir la represión en la única forma de hacer política.

La organización universitaria del PCE no pudo aprovechar al máximo los acontecimientos de 1965 por la crisis que sufría, con los coletazos finales del claudinismo y el maoísmo. Pero si bien el partido no desempeñó un papel vanguardista en 1965, a diferencia de lo que hizo en 1956, sí pudo sacarle un rendimiento, porque la generación que nace a la política en torno a la universidad madrileña estará llamada, a su vez, a ingresar en buena parte en el PC y a ocupar puestos de responsabilidad importantes: Pilar Brabo, José María Elizalde, Miguel Bilbatua, Alfredo Tejero, Antonio Gallifa… Unos como participantes, otros como espectadores y por fin algunos como víctimas de la represión, ingresarán por entonces en el partido y constituirán la cantera de cuadros que convertirá a Madrid y su universidad en un foco de irradiación política del PCE.

El otro centro va a ser Barcelona a partir de la asamblea y posterior encierro de varios centenares de estudiantes en el Convento de los Capuchinos, en marzo de 1966. La diferencia con Madrid es que en Cataluña ni el PSUC será la vanguardia del movimiento estudiantil ni será el único, ni el principal usufructuario de líderes universitarios, aunque su papel no fuera precisamente desdeñable. Mientras que en Madrid el apoyo social a la protesta universitaria se

podía contar con los dedos de una mano, en Barcelona la Asamblea Constituyente de los Delegados, elegidos democráticamente en la Universidad y concentrados en el convento capuchino de Sarrià, tenía a su alrededor, físicamente, a las figuras más relevantes de la intelectualidad catalana: Salvador Espriu, el doctor Rubió, Joan Oliver, Antoni Tàpies, Ricard Salvat, José María Valverde, los hermanos Goytisolo, Oriol Bohigas, Maria Aurèlia Capmany… La organización universitaria del PSUC estará, más aún que la de Madrid, sujeta a crisis y escisiones periódicas que la harían menos eficaz políticamente hablando. Las características peculiares de la vida socio-política catalana, el más alto nivel de oposición a la dictadura, obligaban al PSUC a tratar de mantener una capacidad hegemónica de la que en ocasiones carecía.

En el movimiento obrero las huelgas mineras asturianas de 1963 se saldaron con una brutal represión y un fracaso político y solidario importante. Desde entonces no hubo ninguna acción general. Habrá que esperar varios años para que se repita. Huelgas parciales en algunas empresas sí, pero nada que colmara la obsesión generalizadora de Carrillo. La asistencia al VII Congreso había sido particularmente importante en el sector obrero madrileño[3] y sus intervenciones plenas de optimismo ofrecieron a Santiago, eterno buscador de oportunidades, la que esperaba. Le tentaron para que abriera un periodo en el que consideraría a Madrid como el lugar de ensayo para forzar los ritmos de la lucha de la clase obrera.

Desde que en 1964 se negociara el convenio colectivo del metal, un grupo de enlaces sindicales venía constituyendo un polo de atracción. Se reunían en la Escuela Sindical Virgen de la Paloma, en Madrid, y de él formaban parte como máximas figuras dos trabajadores de la fábrica Perkins, Marcelino Camacho y Julián Ariza. El convenio del metal les facilitó celebrar asambleas de centenares de representantes legales, así como la constitución de la primera Comisión Obrera metalúrgica –Camacho, Ariza, Doroteo Peinado (Pegaso), Cahfino (Standard), Romero (Icemsa)–, de donde se partiría para la formación de comisiones obreras en diferentes ramas: construcción, artes gráficas, etc., que funcionarían a caballo entre la limitada legalidad franquista y los cauces clandestinos que conducían hasta el partido, principal promotor de la experiencia, junto a los católicos de la Alianza Sindical de Trabajadores y los falangistas de los Círculos José Antonio. Después del VII Congreso el partido ya no dudaría de la vía escogida: Comisiones Obreras ocupaba el plano siempre confuso de la línea de trabajo para el movimiento obrero, arrumbando al fin a la fantasmal Oposición Sindical.

Después del congreso la audacia de los dirigentes comunistas en Comisiones había alcanzado éxitos importantes que llenaron de optimismo a la dirección del partido en París. El 6 de enero de 1966 todo un ministro de la dictadura, José Solís, responsable máximo de los Sindicatos Verticales, se entrevistaba con hombres reconocidos como dirigentes de las incipientes Comisiones Obreras: Camacho, Ariza… Dos meses más tarde Comisiones Obreras hacía su declaración rompiendo toda vinculación con el sindicalismo franquista, fuera de la utilitaria, y llamando a constituirse en una fórmula socio-política, que marcará las señas de identidad y las aspiraciones de este nuevo movimiento obrero.

Serán las Comisiones Obreras, con su manifiesto de marzo de 1966, quienes declaren la guerra al régimen, y consecuentemente el régimen, que no necesitaba que le incitaran, respondió a su estilo, no solo declarando su ilegalidad, sino lanzándose a la caza y captura de los dirigentes obreros. Quizá por parte de los líderes de este movimiento sindical emergente hubo una cierta sobrevaloración de sus posibilidades, y más aún de su fuerza, y por descontado una confianza en la debilidad congénita del enemigo. Lo cierto es que a lo largo de 1966, año decisivo en el movimiento obrero, la lucha quedará en tablas, con victorias parciales significativas. La clase obrera consigue el triunfo político de la confrontación con el ministro del Movimiento y de los Sindicatos, Solís Ruiz, además del beneficio considerable que extrae de las elecciones sindicales del otoño, en las que, haciéndose eco del lema oficialista –«Vota al mejor»–, los obreros dieron sus papeletas a los representantes oposicionistas, y muy especialmente a Comisiones Obreras. La otra cara de la moneda fue la ilegalización expresa de Comisiones Obreras, que dificultó los movimientos de una organización que aspiraba a ser pública, primera condición para ser eficaz en un movimiento de masas.

El balance, de todas formas, era esperanzador y optimista al reflejar el debe y el haber a finales del año de 1966. Pero una vez más se introducía un elemento político general al que Carrillo consideraba que se debía dar una respuesta con luchas generales, con jornadas, que demostraran la fuerza emergente del partido y su capacidad de reacción política. El hecho por afrontar no era otro que el referéndum convocado por Franco el 14 de diciembre de 1966. Se trataba de aprobar plebiscitariamente la Ley Orgánica según la cual se ratificaba el continuismo de la dictadura y se avalaba una hipotética monarquía bajo su manto, delegándola a cuando la voluntad del general así lo estimara.

Poco podía hacer el PCE para enfrentarse públicamente y con eficacia a la

estrategia de la dictadura. Los intentos de unificar los criterios de la oposición no pasaron de algunas vagas declaraciones empozadas ante el arrollador derroche propagandístico del régimen. Pero Santiago, una vez celebrado el referéndum con el éxito que el sistema sabía fabricarse solo, se propone que Madrid convoque una jornada de protesta para el 27 de enero de 1967, apenas un mes después del referéndum para la Ley Orgánica.

El resultado de la convocatoria demostró que en Madrid la clase obrera, emigrante y sin experiencia de lucha huelguística, estaba dispuesta a adentrarse por ese difícil camino. Los resultados, sin ser los proclamados por los órganos del partido, fueron no obstante más que esperanzadores y sobre todo la combatividad de importantes sectores obreros merecía ser reseñada; la concentración en la plaza de Atocha, aprovechando las obras que se estaban realizando allí, revistió tal fuerza que convirtió por primera vez a grupos de jóvenes en los dueños de la calle, creando un clima pletórico de voluntad de ir más lejos. Para Santiago aquello no dejaba lugar a dudas: Lo sucedido en Madrid significa que el proletariado de la capital, quizá por vez primera, se sitúa a la cabeza del movimiento obrero español.

Cuando se celebre el pleno del Comité Central en septiembre de 1967, el ritmo que Carrillo quería imprimir a la lucha en Madrid llevará a una agria discusión entre los dos responsables de la dirección de Madrid. Mientras Francisco Romero Marín exige que se debe ir más allá y más rápido, los dirigentes de Comisiones Obreras y el propio Simón Sánchez Montero consideran que es necesaria una mayor reflexión sobre los sucesos y un crecimiento sostenido de la lucha, sin «pegar tirones».

Santiago escuchará a ambos sin transar la polémica, ora inclinándose a un lado, ora a otro. Sabía que, mientras Romero Marín le era imprescindible para el control organizativo de la capital, necesitaba a Sánchez Montero si quería sacar partido del movimiento obrero, que tenía en él enorme confianza. Sin embargo, implícitamente apoyará la vía de Romero Marín y los meses siguientes verán un ritmo endiablado de enfrentamientos con el sistema, que se habrá de saldar con el desmantelamiento casi completo de las Comisiones Obreras madrileñas, hasta entonces un movimiento que agrupaba a miles de trabajadores.

La represión se convirtió en epidémica. Los despidos se hicieron masivos sin dejar de ser selectivos en las fábricas punta del movimiento obrero madrileño, las que arrastraban a las demás por su fuerza y su cohesión. Los jurados de

empresa surgidos en las elecciones de 1966 empezaron a ser expedientados y desposeídos de sus cargos en Standard, Pegaso… El propio Santiago tuvo que reconocer que la ofensiva patronal quebraba sus análisis. Lo volvió a reducir a una sencilla operación algebraica del gobierno, que se sentía débil y acosado; más o menos, cuanto más bofetadas nos den más débil es quien nos las propina: El Gobierno ha dado orden a las empresas para que se cierren en banda frente a cualquier demanda de los trabajadores. Pero el 16 de septiembre, en el pleno del Comité Central, volvía a insistir en que la situación había que agarrarla desde Madrid, capital del optimismo: El proletariado de Madrid, a consecuencia de los cambios que ha habido en su composición, del aumento de su peso, del grado de organización que está alcanzando, se ha convertido en este momento en la vanguardia del proletariado español[4].

Esas palabras no eran más que la forma que adoptaba la fraseología para ocultar una realidad; se producía un reflujo del movimiento obrero, o más exactamente una ofensiva del régimen, que obligaba a los trabajadores a retroceder porque la relación de fuerzas bajo el fascismo siempre era desfavorable para ellos. No era ese el modo de analizarlo, sino al contrario. Aunque no podía menos que admitir que el descabezamiento del movimiento obrero había alcanzado un nivel más que alarmante: Es claro que hay que alarmarse, camaradas, hay que alarmarse por el hecho de que no haya una reacción suficientemente fuerte para defender a Marcelino Camacho. No la hay, gritaba a los miembros del Comité Central reunidos en París, con las ausencias significativas de casi todos los miembros obreros que habían sido elegidos en el VII Congreso, apenas dos años antes. Y hay que añadir que eso no pasa solo en Madrid; en Asturias no se defiende a Otones como hay que defenderle. Y los camaradas de Sevilla han dado el ejemplo, ellos han demostrado percibir con una gran conciencia de clase, una gran claridad de revolucionarios, todo el valor que tenía defender a Saborido y defender a otros camaradas detenidos por la policía en el momento en que lo han hecho. A mí me preocupa, y yo he visto que no solo a mí… a otros camaradas les preocupa esta facilidad con que los camaradas de Madrid se han habituado a que Camacho esté en la cárcel; esta pasividad también de los camaradas de Asturias en relación con Otones. Como se ve, todo se reducía a la falta de voluntad y de capacidad de lucha de la militancia madrileña y asturiana.

Nada más lejos de la realidad. El 27 de octubre, Madrid responderá con notable participación en la jornada de protesta convocada por Comisiones. El Comité Ejecutivo, reunido el 25 de noviembre, decide felicitar al Comité de Madrid y acuerda aumentar el sueldo a los camaradas que trabajan en Madrid. Curioso

incentivo económico, dentro de la parvedad de medios, y del que no disfrutarán mucho porque pronto cambiarán las tornas. El 24 de marzo de 1968 más de 500 representantes obreros de las Comisiones son detenidos en una fábrica abandonada de la plaza madrileña de Mariano de Cavia. Preparaban el primero de mayo, que debía ser sonado, y lo que sería sonado fue que el término «Mariano de Cavia» designaría durante años el descabezamiento y la desmoralización del movimiento obrero[5]. El 31 de mayo la Inter-Comisión, la estructura abierta que agrupaba a los representantes de las diversas ramas, es detenida a centenares cuando iba a celebrar una reunión campestre en las cercanías del pueblo serrano de Zarzalejo. Ya en junio del año anterior, la policía había detenido a los líderes obreros que iban a entregar un pliego de firmas ante el Ministerio de Trabajo (Camacho, Martínez Conde, Maestú, Hernando…). La cabeza de las Comisiones Obreras, que no es necesariamente comunista, va a la cárcel. Primero fueron los dirigentes, luego las segundas filas.

Con ese arte para la mixtificación que existe en condiciones de clandestinidad, si alguien no admite la realidad puede envolverla en palabrería. Llegó el momento de inventarse dos organizaciones que vinieran a reforzar a las Comisiones Obreras, sus adláteres: las Comisiones Obreras Juveniles, que serían el semillero fundamental de las Juventudes Comunistas y otros grupos radicales, y las Comisiones Cívicas, intento fallido de aglutinar en torno a la solidaridad con la clase obrera a los otros sectores sociales. Ambas iniciativas concitaron todos los afanes de militancia clandestina cuando se hizo incontestable que Madrid había dejado de ser el faro de la lucha antifranquista.

VIEJOS ENFOQUES PARA NUEVOS PROBLEMAS

Los análisis políticos tienen en ocasiones un sentido milagroso, taumatúrgico. Aquel panorama que se había vuelto a oscurecer tras las esperanzas del periodo 1965-1967 se convertirá en todo lo contrario gracias a las dotes prestidigitadoras de Santiago, que hará pública en un libro –Nuevos enfoques a problemas de hoy– su exposición corregida y ampliada ante el Comité Central. La experiencia del anterior –Después de Franco, ¿qué?– le había enseñado una vía que juzgaba mucho más eficaz que la habitual; los libros tenían una vigencia y un eco muy superior a los estrictos documentos del partido. Lenin, una vez más, le mostraba

el camino. Su indiscutible situación a la cabeza del PCE le posibilitaba hacer realidad el síndrome de Lenin en otra de sus variantes, la de convertir sus intervenciones en libros de cabecera de todo el partido. Empezaba así el sueño de todo líder estalinista, que muy pocos habían conseguido, el de firmar y rubricar con un nombre la línea política de un partido. Desde 1965 será Santiago Carrillo, y no el Comité Ejecutivo o el Central, quien aparezca como el genuino garante de los análisis y la estrategia. Realidad y apariencia eran complementarias en este caso. Nuevos enfoques a problemas de hoy apareció a finales de 1967. Por razones de clandestinidad y dado que respondía al plenario del CC celebrado en el verano, lleva la indicación de mayo de 1967, cuando se trata más bien de septiembre. Es el más claro exponente del periodo prodigioso del secretario general en su condición de analista.

Los resultados del texto confirmarían la orientación de alumbrar libros como fórmula de prestigio político. Incluso uno en el que no participó ni poco ni mucho, y que había redactado Ramón Tamames en respuesta al Plan de Desarrollo del Régimen, aparecido en abril de 1967 con el título de Un futuro para España, estuvo parado durante casi dos años porque él quería dejar su impronta y redactar el prólogo, y no encontraba ni el tiempo ni la oportunidad para leer el texto al completo, revisarlo y capitalizarlo. La fórmula de personalización de la línea política era tan absoluta que en ocasiones alcanzaba lo escandaloso, casi el ridículo. Al hilo del referéndum franquista de diciembre de 1966, y a la hora de hacer los análisis, a Santiago no se le ocurrió otra cosa que poner sus reflexiones en forma de apartados para que luego los redactores de Mundo Obrero le dieran, sin quitar ni añadir una coma, el carácter de una entrevista, pero el respeto al secretario general era tal, que los diversos redactores y el director de Mundo Obrero publicaron las palabras de Santiago, si bien, en vez de escribir las preguntas, las sustituyeron por el tímido y patético recurso de poner dos signos de interrogación. De este modo Carrillo respondía largas parrafadas ante la reiterativa y críptica pregunta en forma de jeroglífico: «¿?»[6].

A mediados de 1967 la situación del régimen, para este Carrillo de los Nuevos enfoques, está condicionada por el efecto Referéndum sobre la Ley Orgánica, que se proponía cortar las alas a aquellos de sus antiguos seguidores influidos por los nuevos aires evolucionistas y neoliberales. Es entonces cuando diseña una clasificación de entomología política que hará fortuna, y que divide a las familias del régimen en «ultras» y «evolucionistas». Estos últimos serán objeto de todos sus desvelos.

La historia le dará al menos en esto la razón de haber seleccionado sobre la mesa de disección al animal más importante. Lo que no acertó a precisar fue el diagnóstico, porque él convocaba a los evolucionistas a redoblar la lucha contra los ultras sin temor a coincidir con la oposición. Incluso, puestos a facilitar esa coincidencia, hacía un llamamiento urgente al encuentro de toda la oposición, incluyendo a dichos elementos evolucionistas.

Dentro de esta panorámica analítica, la clase obrera, para Santiago, podía y debía tener la virtud de que con una dinámica ofensiva obligaría a los «ultras» a endurecerse aún más. Con ello los «evolucionistas» se encontrarían peor cobijados bajo el paraguas del régimen. De ahí la importancia que para él tenía la ofensiva sin tregua de la clase obrera madrileña como elemento de erosión del sistema en el mismo centro de este, en la capital del Estado.

Quizá donde resida el aspecto más curioso del discurso político de Santiago sea en el intento de pergeñar una teoría, muy común entonces en los medios soviéticos y del comunismo francés, en oposición a la ofensiva radical de los pro chinos. Desarrollar y magnificar la faceta oculta del Lenin no armado, que atisba durante algunas semanas la posibilidad de que la Revolución rusa se puede consolidar y realizar por procedimientos pacíficos. Esta búsqueda de los orígenes, o de una parte de los orígenes, para avalar una vía hacia el socialismo con pautas democráticas occidentales empieza en estos Nuevos enfoques de Carrillo y es común prácticamente a todo el movimiento comunista en los países del área occidental europea. Nadie trate de ver aquí lo que no había; no estamos ante un precedente de lo que años más tarde comenzará a denominarse «eurocomunismo». Entonces de lo único que se trataba era de adaptar el PC a una estrategia de «democracia burguesa», según se expresaba en la jerga, sobre la base de los mismos principios que habían servido para abolirla. Porque los ejemplos, tanto el de Lenin como el de Praga, en 1948, no abogaban, como ocurrirá más tarde, por las formas democráticas occidentales frente a las limitaciones a la libertad de los países del socialismo de Estado, sino que se edulcoraba la realidad y el pasado de ese socialismo de Estado para hacerlo compatible con y comparable a la democracia occidental. En concreto, el caso del punch comunista de Praga, en 1948, resaltará el singular respeto democrático, que llevó a los comunistas al monopolio del poder y al encarcelamiento de los oponentes.

A mediados de 1967, con este libro, Santiago inicia un periodo de reflexión política para adaptarse a las necesidades que él juzga van a ser imprescindibles

para la lucha en España. En la medida de su capacidad y de sus posibilidades trata de hacer lo que podríamos denominar la reconversión democrática de la ideología estalinista o, más exactamente, la lectura estalinista de la obligada reconversión democrática que exige el mundo de la segunda parte de los sesenta. Por ello se concentra en esos dos puntos: el Lenin respetuoso con la revolución democrática y la visión deformada y justificatoria del punch comunista de Checoslovaquia en 1948. En el primero se basaba en una lectura espigada de los volúmenes 24, 25 y 26 de las Obras de Lenin, de un conjunto de 50 tomos abigarrados, donde forzando mucho las cosas se encontraban algunas frases con las que Santiago podía asegurar que en el hombre de la «mirada de águila» existía ya la concepción de una democracia socialista y pluripartidista, incluso por vía pacífica. Con esto se sentaba, como en las religiones, la autoridad sagrada que con su solo enunciado daba luz verde a la hipótesis sin ser tildado de hereje o revisionista. Para la confirmación del sentido estalinista del proyecto de Santiago basta con una cita. Embalado en su tarea de demostrar el talante «democrático» de los bolcheviques, incluso en su sentido occidental y parlamentario, Carrillo echa mano de Isaac Deutcher, el gran historiador pro bolchevique que, en su afán de ser fiel a la verdad histórica, llegó a enfrentarse hasta con su gran amigo Trotski. Recurriendo a un guiño del pasado, Carrillo le describe como un publicista hostil a los comunistas. Todavía en 1967, ser antiestalinista seguía siendo formar parte de los «anticomunistas».

Algo semejante ocurre con el recurso utilizado para justificar el punch comunista de Praga. Organizado por Stalin y los soviéticos en 1948 para hacerse con el poder y desbancar a sus aliados, este hecho agudizó de manera definitiva el periodo de guerra fría iniciado por Estados Unidos con la exigencia de expulsión de los comunistas de todos los gobiernos de coalición europeos. Ello será explicado por Santiago como respuesta democrática del PC checo frente al golpe que preparaban las derechas. A principios de 1948, los imperialistas americanos y sus satélites intentan hacer en Praga lo que han hecho ya en París, Roma y Bruselas, desalojar a los comunistas. Sin entrar a discutir si Stalin tenía la misma legitimidad que Truman en su campo para desbancar a los adversarios, lo que después de Yalta parece evidente, lo cierto es que mientras en Europa occidental los comunistas pasaron a la oposición –salvo en Estados Unidos, donde fueron a la prisión, al exilio o al estercolero–, en Praga entraron directamente en la cárcel, cuando no fueron ejecutados en los procesos posteriores. Pero independientemente de esta apreciación, hoy objetiva y ayer tendenciosa, en Santiago hay ese intento de reconvertir su pasado estalinista, que es el de todo el movimiento comunista, en modélicamente democrático: En definitiva, lo

sucedido en las democracias populares es que la actitud del imperialismo y de los sectores derechistas de los partidos burgueses rompió el equilibrio político anterior. Y así, una transición que podía haber sido más prolongada, sin ninguna restricción de las libertades políticas para los grupos burgueses, fue acelerada y acompañada de ciertas restricciones. Es difícil seguir el hilo a este argumento y pensar cómo hubiera sido posible conciliar libertades a los burgueses con encarcelamiento y liquidación de comunistas en las purgas estalinistas; lo que parece ingenuamente sofístico es la confirmación de que la culpa de la historia la tiene, claro, el enemigo. No hay a estas alturas de 1967 ni un ápice del sentido autocrítico que existió después del XX Congreso de 1956. Es un Carrillo que quiere adaptarse, pero sin renunciar a nada de lo que ha constituido la base de formación, tanto del PCE como de su figura de líder indiscutido.

Estamos ante un Carrillo con los pies bien asentados en la ortodoxia, que nota, en su intento de adoptar una línea que pretende ser hegemónica en España, que para lograrlo le es insuficiente el material teórico del que dispone. Nadie crea que siente inseguridad por eso, todo lo contrario: hará alguna pirueta lingüística, pero en Santiago, cuando estaba claro el objetivo, el resto era cuestión de tiempo y de voluntad de acceder a ello.

Este es el significado de la inauguración de unas relaciones abiertas con la Iglesia. Con una curiosa formulación, como siempre que se trata de temas ideológicos, afirmará: Entre comunistas y católicos comienza a desvanecerse la barrera que representaba la religión. Al tiempo dará un paso más en lo que hacía dos años denominaba «Alianza Socialista» y que ahora, a finales de 1967, ya formula como Alianza de las Fuerzas del Trabajo y de la Cultura. Para utilizar sus propias palabras, dicha alianza es el resultado de la coincidencia entre obreros y empleados, campesinos, estudiantes e intelectuales, lo que refleja la aparición en la liza político-social de una amplia alianza de las Fuerzas del Trabajo y de la Cultura. Aunque posteriormente tratará de convertir esta Alianza en un hallazgo teórico que procura la respuesta a la limitación creada por el desarrollo económico en la clásica conjunción leninista de «obreros y campesinos», entonces no es más que la solución teórica a un problema práctico: cómo integrar en el proyecto a largo plazo del partido a los aluviones de estudiantes y profesionales que ingresan en sus filas en mayor número que los obreros.

Para demostrar que tal cosa es su única preocupación real sirve la carta personal que envía a Dolores el 30 de enero de 1967 para darle cuenta del hallazgo: En la discusión del Comité Ejecutivo hemos convenido en la necesidad de esbozar en la próxima reunión la perspectiva de lo que llamamos un frente de las fuerzas del trabajo y de la cultura (subrayado en el original), aclarando que esto es, más que un nombre, un concepto; y que el nombre es una cosa a ver. Un Frente de las fuerzas del trabajo y de la cultura (ídem) puede irse creando a través de los contactos de las Comisiones Obreras, del movimiento campesino, los estudiantes y las diversas formas de organización de los intelectuales. En un momento determinado, cuando la coordinación… haya llegado a un grado de madurez, y cuando la coyuntura política lo aconseje, puede aparecer formalmente constituido en la escala nacional y provincial por representantes de esas diferentes capas sociales…, una de las originalidades de este frente, en el que los artesanos y los comerciantes e industriales modestos podrían encontrar también lugar, es que sería no un partido, sino una especie de frente laborista amplísimo. Este engendro utilitario para canalizar la militancia de los sectores no obreros lo irá modelando como si se tratara de plastilina, poniéndole unas veces más chato, otras más aguileño, conforme mirara hacia un lado o hacia otro.

ORTODOXIA SIN FISURAS

El entramado del movimiento comunista en estos años anteriores a la convulsión que supondrá la invasión de Checoslovaquia, en agosto de 1968, no le facilita la tarea. Santiago mantiene una férrea posición que se puede calificar, en su sentido estricto, de ortodoxia sin fisuras. Tendrá ocasión de demostrarlo con ocasión del XI Congreso del PC italiano, y durante las conversaciones con el PCUS respecto a las relaciones diplomáticas entre Franco y la URSS. Incluso con su papel de intermediario oficioso entre la Unión Soviética y Fidel Castro, cuyas relaciones pasaban en 1967 por su nivel más bajo de entendimiento.

En enero de 1966 tiene lugar el XI Congreso del PCI, el primero que se celebra sin Togliatti, fallecido en el verano de 1964. Debe afrontar varios problemas, desde los teóricos y de estrategia política hasta los sucesorios, incrementado todo por el clima de expectación que creó Togliatti con sus reflexiones de los años 1960-1964, que exigirían un estudio detallado que excede la temática de este

libro. Hay un Togliatti durante los años 1960-1962 que da marcha atrás en sus posiciones críticas de los años 1956-1957. Este viraje se convirtió en escandaloso con su silencio tras el XXII Congreso del PCUS (1961), en el que se atacó por última vez el periodo estalinista. A partir del estallido de la crisis chino-soviética hay otro Togliatti (1962-1964) muy crítico hacia la URSS; es el momento de la propuesta de «unidad en la diversidad» y el de las notas redactadas en Yalta para su entrevista con Kruschev, que no tendría lugar y que serán su último documento político.

Cuando se abre 1966 y se inicia el XI Congreso del PCI su complejo equipo directivo tiene un eje de continuidad en el que apoyarse, porque Togliatti preparó a su manera la sucesión. Consiguió algo inédito en los anales de un partido comunista desde Lenin: dejar una dirección política capaz y diversa, nada monolítica, entre la que se pueden escoger primeras figuras difícilmente clasificables y repetibles, como Berlinguer, Alicata, Pajetta, Amendola, Ingrao, Terracini, Natta, Scoccimarro… Este grupo, dando una prueba de madurez política, se verá obligado a cerrar filas, a organizar tan solo la sucesión sin traumas en la secretaría general y a postergar las discusiones teóricas hasta la estabilización de un núcleo dirigente sin Togliatti. El veterano Luigi Longo desempeñará ese papel.

Asisten como delegados españoles Santiago Carrillo y su eminencia teórica y experto en cuestiones internacionales, Manuel Azcárate. Este confirmará el acierto del nombramiento consiguiendo en Roma entrevistas con eminentes teólogos españoles, como José María Díez Alegría, profesor de la Universidad Gregoriana, e incluso una conversación privada con el entonces embajador franquista ante el Vaticano, Antonio Garrigues y Díez-Cañabate.

La visión del Congreso del PCI está minuciosamente reflejada por Carrillo, desde su particular y expresivo punto de vista, en una carta enviada a Dolores el 15 de febrero de 1966, una semana después de la clausura. El relato trasluce, más que desprecio, una genuina incomprensión ante aquellos dirigentes que se enzarzan en debates que a él le parecen querellas de alemanes, discusiones en torno a palabras, a frases [sic]. Para su estilo resolutivo y bárbaro, hecho de ordeno, mando y hago saber, la jerga de sus colegas italianos y su afán de afinar en los análisis equivale a discrepancias de intelectuales, aficionados a cortar los cabellos en cuatro. Visto desde la distancia mueve a comicidad la soberbia del personaje que se considera Napoleón juzgando a aquellos aspirantes a cabos. Él, un político cargado de ambición pero desamparado de todo lo que no sea

voluntad, opina sobre el principal partido de Europa occidental con este desparpajo: Es increíble hasta qué punto están vacías de contenido ciertas frases típicas de la jerga política de nuestros camaradas italianos… La discusión, en el congreso, fue a juicio nuestro muy pobre. Solo había verdadero interés cuando hablaban los «tenores». Es sabido que respecto a la composición congresual, Santiago estaba acostumbrado a escucharse a sí mismo, y que, frente al aire verdiano de los delegados italianos, él prefería la zarzuela. Despreciaba todo lo que no entendía, pero sin embargo sí había rasgos que comprendía y que le llenaban de satisfacción: Hay una serie de cosas muy positivas en este congreso que nosotros hemos apreciado grandemente. Desde 1956 yo no había encontrado jamás en el Partido Italiano una actitud tan amistosa, tan sin reservas hacia el PCUS como en este congreso… otra cosa muy positiva es la reafirmación de la defensa de los principios leninistas de organización del partido… toda aquella demagogia sobre la «democracia» en el partido, a la que ciertos «pro italianos» nos tienen acostumbrados, había desaparecido en este congreso.

A los comunistas italianos les traía al fresco lo que pudiera opinar Carrillo de su modo de discutir y de organizarse, pero sin embargo es orientativo de la mentalidad de Santiago a comienzos de 1966. Si para él los dirigentes del PCI eran tenores, él tenía conciencia de «divo» y esa ausencia de sentido del ridículo que les confiere a ciertos políticos la vanidad: Yo hice mi discurso en un italiano bastante puro, aunque con cierto acento piamontés. Un hombre como él es incapaz de hacer chistes sobre su ignorancia porque es lo que más le avergüenza, por eso debe considerarse esta autoexaltación de su poliglotismo como una prueba de esa obsesión de retratarse ante Dolores como hombre de mundo. Consta que años más tarde no era capaz de leer la prensa en italiano, cuanto menos hablarlo, aunque fuera con el acento de los cuentos rurales de Pavese. Sin entender este guiño que la historia pone a nuestra disposición de su puño y letra, en 1966, no se comprenderían muchas de sus actitudes políticas. No lo demuestran todo, pero facilitan la descripción de este personaje que por entonces empezaba a fabricarse su imagen de figura política de Europa.

Su fe en el modelo soviético, su ortodoxia, no contendrá ni un átomo de duda, aunque años más tarde manifieste lo contrario. Cuando surja el caso de los disidentes Siniavski y Daniel se limitará a advertir que las leyes aplicadas están más en consonancia con el periodo de la dictadura del proletariado que con el del Estado de todo el pueblo. Y, temeroso de que se pudieran interpretar estas frases como una crítica a la URSS, señala a continuación el caso de un disidente escapado a Occidente, el tristemente famoso Kravchenco [sic], que acabaría

suicidándose en la sociedad occidental. Para él esto es demostrativo de la gran fortaleza del poder soviético, que nada tiene que temer de los Daniel y Siniavski, los cuales ni como personas ni como escritores merecen la fama que les ha proporcionado en Occidente su proceso[7]. Este documento, que constituye más un apoyo a la política soviética que una crítica, se transformó en el transcurso de los años en la primera manifestación de todo lo contrario, si bien nadie osó citar el artículo. El principal divulgador de esta leyenda, Manuel Azcárate, escribía por entonces una carta a Pasionaria el 28 de septiembre de 1966, en la que confirmaba el genuino sentido de la posición sobre Siniavski y Daniel: … Barral-Castellet intentaron recoger las firmas de los escritores españoles de izquierda en un documento de protesta por lo de Siniavski-Daniel, cosa que el partido hizo fracasar, quedando reducidísimas las firmas…

La liquidación política de Claudín-Semprún basculó al partido hacia los clichés anteriores al XX Congreso del PCUS. Si de 1956 a 1964 las señas de identidad estalinistas no podían ocultarse y se reflejaban constantemente en la vida política del partido, había no obstante, un cierto reparo en emplear las imágenes iconográficas del pasado. Pero a partir de 1966 y hasta agosto de 1968 y la invasión de Checoslovaquia las manifestaciones de furor estalinista son constantes y remedan hasta los estilos más arcaicos. Con ocasión del 60 cumpleaños de Leónidas Breznev, Santiago y Dolores envían un saludo reproducido a primera página en Mundo Obrero que recordaba por su tono a los de su antecesor Stalin. Para mayor coincidencia, también había nacido en diciembre, el 19.

Los ejemplos de este tipo abundaron. En 1967, con ocasión del 50 aniversario de la Revolución de octubre, no solo se reprodujeron en revistas y periódicos los artículos soviéticos más inasequibles y abstrusos, sino que hasta la misma aportación española va a ser singular y casi copiada de la que conmemoró en diciembre de 1949 los setenta años de Stalin. Además de un número de Nuestra Bandera en el que los dirigentes veteranos fueron desgranando recuerdos emotivos y adjetivos como flores, la propia Pasionaria produjo un texto hoy poco recordado, pero admirable ejemplo de reincidencia en la literatura estalinista. Se trata de su visión de la Revolución rusa –De febrero a octubre. 1917–, que el PCE editará en folleto de 133 páginas y que se repartirá profusamente en las organizaciones clandestinas del interior. En él hay frases y reflexiones como estas: El menchevique Trotski, que tantas dificultades iba a crear en la lucha por la construcción del Socialismo…, no era marxista… y esto no lo ignoraba la burguesía que confiaba en él… Si Dolores atacaba a Trotski

con la misma desvergüenza que lo había hecho bastantes años antes, Santiago, en Nuestra Bandera, se adaptaba a los tiempos y alanceaba a Mao Tse Tung con el mismo lenguaje del pasado, llamándole monstruo de vanidad y egolatría[8], que era la definición estalinista del antiguo líder bolchevique, exiliado y asesinado en México.

No solo se volvía a aquellas manifestaciones más lamentables del denominado, en este caso con propiedad, «culto a la personalidad», sino a la idiotización literaria y a la liturgia hacia los dirigentes inmaculados, que volvían a sus peanas. La escritora Teresa Pàmies, Núria Pla, esposa de Gregorio López Raimundo, publica una biografia-homenaje a José Díaz, en el 25 aniversario de su muerte, en la que se podía leer algo tan fantásticamente surreal como la escena en que el pobre Pepe, a comienzos de 1940, trazaba ante un Chu-en-lai fascinado la que debía ser la línea correcta del PC chino para afrontar las maniobras del enemigo en el Kuomintang. La imaginación de la esposa del secretario general del PSUC, en un alarde que preludia lo que luego será su carrera literaria, señala que las palabras de Pepe Díaz impresionaron al Secretariado de la Kominform y que el mismísimo Dimitrov se vio obligado, ante aquel derroche de talento, a tomar en cuenta, atentamente, la opinión de nuestro camarada. Es una pena que Teresa Pàmies no haya intentado describir los esfuerzos del humilde Pepe Díaz explicándole en andaluz la táctica de la Kuomintang a un chino de mirada de acero como Chu-en-lai. Lo que carece hasta de sentido del humor son las líneas de patético cinismo que la hacen escribir ¡en 1967! este párrafo falaz, golfo y reaccionario, negando el suicidio del antiguo dirigente español: Teresa Márquez[9] estuvo con su esposo hasta el fin. Lo vio morir sereno y con el nombre de España en los labios. Hasta la muerte se volvía a maquillar.

Otra idea de raigambre estalinista volvió a prender en el PCE con furor inusitado, la de que los países del Este, empezando por la Unión Soviética, no debían mantener el más mínimo contacto con la España franquista. Ya hemos visto que en 1956 Santiago, Claudín y los vencedores de la batalla contra Uribe consideraban las hipotéticas relaciones hispano-soviéticas como una necesidad del nuevo planteamiento de la política internacional y más en concreto de la «coexistencia pacífica». Desde que Carrillo se hizo cargo de la secretaría general oficialmente, se percibió un cierto distanciamiento de dicho esquema, basado en que el régimen de Franco estaba en las últimas y no se le debía hacer ninguna concesión internacional. Pero a partir de 1965 ya se afirmó que el PCE exigía de los países socialistas no solo la abstención de cualquier tipo de relación con la

España franquista, sino también el acoso permanente en los foros internacionales. Parece como si para él se tratara de la prueba de que tenía razón en sus previsiones respecto a la debilidad congénita del franquismo y exigiera de la URSS y sus países aliados que ratificaran con ello la idoneidad de sus análisis.

Si en 1954, muerto Stalin e iniciando Malenkov una nueva política internacional, el PCE notó que la URSS trataba de tender puentes hacia España, en 1967, con Breznev en el poder, no podía más que hacerse más evidente esa tendencia. Había, no obstante, algo obvio aceptado por ambas partes y era que el partido español era el intermediario inevitable al que había que convencer antes de cerrar los tratos con el Estado franquista. Santiago consideraba, empero, que las relaciones con el dictador en ese momento de extrema debilidad del régimen equivaldrían a baldonar su política y comprometería a la URSS ante el pueblo español, vísperas de la ansiada democracia.

Aprovechando las fiestas del 50 aniversario de la Revolución de octubre se reúnen en Moscú las delegaciones española y soviética al más alto nivel. Asisten Dolores y Santiago, acompañados de López Raimundo y Romero Marín. La parte soviética cuenta con Leonidas Breznev y el encargado de las relaciones con los partidos comunistas occidentales, Boris Ponomariev. El PCE consigue que los soviéticos suscriban sus tesis y aplacen cualquier decisión sobre la reanudación de las relaciones con Franco, hasta esperar a ver si se confirman los análisis de Carrillo, si bien, a la hora de redactar el comunicado final, se «olvidaron» de algunos calificativos condenatorios del franquismo, como si no quisieran cerrarse las puertas a maniobras futuras. Santiago ha contado que al salir de la entrevista con los líderes del PCUS se encontraron casualmente con Gromiko, ministro de Asuntos Exteriores, y que él no pudo reprimir la tentación de hacer un comentario: «Este cabrón va a deshacer lo que hemos logrado»[10].

La consideración en que se tenía al PCE no debía de ser muy alta, en la medida en que apenas contaba en la situación política española, en tanto que partido clandestino, y eso no podía menos que pesar para el PCUS, obsesivamente preocupado por su política estatal, y que basaba el denominado «internacionalismo proletario» en la defensa a ultranza del Estado soviético. La dirección del partido español estaba al tanto de las gestiones que el embajador español en París, José María de Areilza, venía haciendo desde finales de 1963, primero con Vinogradov y luego con Zorin, representantes diplomáticos en la capital francesa, con el único objetivo de formalizar las relaciones entre los dos estados.

El único obstáculo era el PCE y más aún tras el comunicado conjunto soviético-español que había avalado la cúpula del PCUS. Conforme a lo previsto por Santiago, va a ser un colaborador de Gromiko, Ardatovski, quien lance un envite a los españoles, quizá con el objetivo de medir sus fuerzas y sus influencias en el aparato soviético, o quizá también, porque los elaboradores de la política exterior de la URSS pensaron que estaban en la obligación de diseñar una estrategia hacia España, en la que se obviara cualquier intromisión de un partido para ellos desdeñable, como el PCE. De cualquier modo, el reto existe cuando el 12 de diciembre de 1967, el diario de los sindicatos, Izvestia, publica un artículo «España intranquila» en el que un conocido asesor del Ministerio de Asuntos Exteriores, Ardatovski, defiende la hipótesis de una salida monárquica para el futuro español: Es posible prever el restablecimiento de la monarquía en España –escribe el tal Ardatovski–. No hay muchos monárquicos convencidos en España, pero hay muchas gentes que prevén la restauración de la monarquía, no como un fin en sí, sino como una solución de recambio al régimen franquista. La historia demostraría que los canales de información de la URSS en España eran tan buenos como los de Estados Unidos; no solo coincidían, sino que además los confirmaría la realidad. Para que la operación fuera completa, el comentarista de Izvestia manipuló una declaración del propio PCE que podía interpretarse como un apoyo velado a dicha alternativa monárquica, y consecuentemente el engaño indignó a Carrillo, quien escribirá a Pasionaria para que exija a los soviéticos todo tipo de explicaciones por esta puñalada en la espalda, apenas unas semanas después del comunicado conjunto. La opinión de Ardatovski, al aparecer en Izvestia y con el título de «observador político», adquiere un carácter oficioso del Gobierno soviético. No duda en exponer ante Dolores lo que más le preocupa: Si el comunicado [conjunto PCE-PCUS] reforzaba nuestras posiciones en la negociación con la burguesía evolucionista, el artículo [de Ardatovski] nos coloca, por el contrario, en posiciones de debilidad. No le faltaba razón, entre otras cosas porque Gromiko y el Ministerio de Asuntos Exteriores consideraban mejores y más sólidos interlocutores a dicha burguesía evolucionista, que los castillos en el aire del PCE y su alternativa antifeudal y antimonopolista.

El reto era demasiado directo para que Carrillo no reaccionara rápida y contundentemente. El Comité Ejecutivo le apoya en su estrategia de hacer pública la protesta y forzar una rectificación pública de los soviéticos; la única excepción es la de Enrique Líster, que, con su habitual inhibición en las cuestiones puramente políticas, lo juzga innecesario y excesivo. La decisión ya tenía el consenso de la dirección, mayoritariamente prosoviética, para un titular en Mundo Obrero que cubría toda su primera página: No, camarada Ardatovski.

El artículo era un modelo de pesas y medidas en el que todo estaba calibrado para no dar lugar a malas interpretaciones, ni que ofendiera en lo más mínimo al PCUS. Aunque sabían perfectamente que el camarada Ardatovski no podía publicar una línea sin que previamente hubiera sido aprobado por las instancias superiores, a ellos les interesaba desconocerlo o aparentar que lo desconocían, y concentraban su malestar en Ardatovski, al que acusaban de tener un conocimiento muy superficial de los problemas políticos españoles.

Diez días más tarde se confirmaría que la táctica de Carrillo había sido la más eficaz. Izvestia rectificaba y admitía que su colaborador había defendido una posición errónea al hacer una valoración falsa de la situación política en España, en lo que concierne, ante todo, al problema de la posibilidad de un régimen monárquico. El PCE recibió la nota con un grito exaltado: «¡Gran amistad entre el PCE y el PCUS!»[11].

El caso Ardatovski se convirtió en un incidente que no empañaba la fidelidad y la consideración más sublime hacia la URSS. Todo se reducía a que el «cabrón» de Andrei Gromiko había intentado colarle un gol a la dirección del PCUS y por ampliación a la del PCE, pero le habían parado la jugada. Punto. Nada oscurecía la imagen prístina de la URSS y de su glorioso PCUS en la conciencia de la cúpula del PCE, aunque años más tarde considerarán el caso Ardatovski como un gesto de independencia. Fue más bien un gesto de supervivencia de esa política que se sentía amenazada. Desvelada la confusión o la zancadilla de Gromiko, se mantenían incólumes las anteriores «virtudes» que hacían del PCE el más fiel entre los fieles amigos del PCUS.

Pocos meses después, en noviembre de 1967, Manuel Azcárate redacta un informe sobre el movimiento comunista, reservado exclusivamente a los miembros del Comité Central, en el que se constata que el PCE sigue inmerso en el mundo de los entusiasmos kruschevianos de superioridad del socialismo sobre el capitalismo en todos los terrenos. Y ello en un momento como el de 1967, en que los propios soviéticos ya tenían muy claro que por esa vía no había nada que hacer. Si la humanidad vive hoy la época de una gran revolución científico-técnica ello se debe decisivamente a la obra de los comunistas, por los progresos logrados en la URSS… Estas líneas de Azcárate confirman que los españoles permanecen fieles a la autosuficiencia del movimiento comunista y que siguen considerando al PCUS como el eje y crisol de la renovación mundial. Como corolario, se mostrarán brutales con los chinos, denunciando su antisovietismo y el carácter antipartido de la revolución cultural; reticentes frente a los

yugoslavos –no podemos aceptar todo lo que allí ocurre–; y duros con los rumanos porque menoscaban la adhesión hacia el primer país socialista, la URSS, piedra angular de todo el nuevo sistema social, sin cuya existencia la Rumania popular no podría existir. Sin desdeñar que los rumanos son unos traidores que han incumplido el compromiso adoptado con el PCE, al establecer relaciones comerciales con Franco, llegando hasta el intercambio de cónsules.

En ese papel de furiosos incondicionales de los soviéticos, reprochan tanto a rumanos como a yugoslavos su ausencia en la Conferencia de Partidos Comunistas reunida en Karlovy-Vary para discutir la Seguridad Europea, una reunión que para los españoles ha sido un modelo de discusión fraternal y democrática. Incluso van más lejos y ante la inminente celebración de la Conferencia de los Partidos Comunistas de todo el mundo, que habrá de reunirse en Budapest el próximo año, la posición del PCE se define así ante el Comité Central: Mantendremos nuestra ya probada actitud. Estaremos siempre, en los problemas fundamentales, al lado del PC de la Unión Soviética, que es el partido más experimentado, el partido que dirige el primer país socialista, base de todas las conquistas del socialismo… Estas palabras de Manuel Azcárate que recoge y acepta el Comité Central, y que son al tiempo las de Santiago, facilitan la comprensión de lo que significará un año más tarde la invasión de Checoslovaquia y la ruptura con una tradición.

No es extraño, pues, que a comienzos de 1968 el PCE y Carrillo, en su papel de mosqueteros de su majestad, crean que su deber es viajar a Cuba y entablar una conversación a fondo con Fidel Castro, con vistas a restablecer sus contactos con el movimiento comunista, muy deteriorados tras el asunto de Aníbal Escalante.

La decisión se toma en el pleno del Comité Central reunido el 16 de septiembre de 1967 y está basada en una apreciación política expuesta por Carrillo: Todo lo que separe, aísle, enfrente a los distintos destacamentos revolucionarios con la Unión Soviética es nocivo, es peligroso para la causa de la revolución mundial… Hoy, el pilar, el centro de las fuerzas de la revolución mundial, o es la Unión Soviética o no hay pilar, no hay centro, no hay unidad, esa es la realidad. Y esa realidad en el caso de Cuba tuvo, entre otros introductores, a un hombre singular, Ramón Soliva, el dirigente del PSU de Cataluña, reenviado a la URSS, de quien todos sabían que trabajaba en los servicios del Estado soviético, desde que en 1940 se incorporara a la NKVD. Ramón Soliva fue el puente triangular entre el PC cubano, el PC de la URSS y el PC español, y acompañará a Carrillo en su viaje a la isla. Una estancia un poco forzada, porque, como reconoce el

secretario general, Fidel y los cubanos no están interesados en una reunión oficial y deben aceptar la invitación como visita de vacaciones.

El trago es duro, porque al PCE hay muchas cosas en Cuba que no le gustan. Carrillo, con su lenguaje achulapado, relata esta contradicción ante el Comité Ejecutivo: Que haya maricas en Cuba, como el célebre director de cine, que haya maricas en Cuba que no nos tienen simpatía, que prefieren a Semprún, bueno, pues en todas partes hay gente así, en todas partes cuecen habas. Pero esa no es la posición de Fidel, de Raúl, de los dirigentes cubanos hacia nuestro partido. No es solo la cuestión de los homosexuales, también les indigna, como dice Azcárate, que se utilice a un universitario francés (Regis Debray), que jamás había hecho nada por la revolución, para ser portavoz de la teoría revolucionaria de las guerrillas. Pero estos son aspectos anecdóticos, lo más preocupante para Santiago es que los cubanos mantienen algunas posiciones en el terreno internacional que son peligrosas. Por ejemplo, la crítica que hicieron a la Unión Soviética, la especulación de que Vietnam está solo. La idea de hacer cuatro o cinco Vietnams son peligrosas. Hay que ir a La Habana y más ahora, que parece haberse yugulado la crisis de Escalante promovida por la Unión Soviética.

En enero de 1968 eran condenados a veinte años de cárcel Aníbal Escalante y otros nueve militantes cubanos, acusados de formar una «micro-fracción», contraria a la política interior y exterior de Fidel Castro. Escalante era un veterano del movimiento comunista, dirigente del viejo Partido Socialista Popular (el PC, en la Cuba de Batista), que ya había tenido dificultades durante el periodo de formación del partido único, después de que los revolucionarios tomaran el poder. Su caso parecía archivado desde 1962 y ahora se había reunido el Comité Central cubano, durante tres días, de donde saldría una condena a los «pro soviéticos» en las filas del aparato del Estado cubano. Aún se vivía en el espíritu de la OLAS y la Tricontinental antiimperialista; el recuerdo del Che, muerto en octubre de 1967, seguía en el ambiente; y estaba a punto de inaugurarse el Congreso Cultural de La Habana, que seduciría por última vez a la intelectualidad progresiva de América y Europa. Los cubanos editaban centenares de miles de ejemplares del folleto de Regis Debray «Revolución en la revolución», tan poco caro a los comunistas ortodoxos, en el que se consideraba el castrismo y el guevarismo como una aportación decisiva al marxismo-leninismo, contraponiéndolo al burocratismo de los partidos comunistas de América Latina.

La ofensiva norteamericana y el descalabro económico, sumado a los errores y la

impericia de los dirigentes cubanos, harían variar sus concepciones, acercándoles a lo que el mismo Aníbal Escalante defendía: un pro sovietismo sin fisuras. Coincidió el comienzo de este proceso apenas unos meses después del viaje de Santiago Carrillo a La Habana. Para desgracia suya no podrá capitalizar este viraje que le llenó de gozo, porque, tan fortuito como la casualidad, entonces será el PCE y el propio Carrillo quienes se conviertan en el Fidel de 1967, al condenar la intervención en Checoslovaquia, mientras Castro y el PC cubano la aprueban.

En febrero de 1968 viaja Santiago Carrillo a La Habana. Lo cuenta él mismo en un delicioso folleto de turismo político titulado Cuba, hoy, en el que parece imbuido de su papel de conciliador pachanguero de dos hermanos separados, Cuba y la URSS. Cualquiera que sean las especulaciones del adversario, Cuba es y seguirá siendo un país socialista, unido por sólidos vínculos a la Unión Soviética y los otros países socialistas. Charlará con Fidel y con Raúl y recorrerá granjas e ingenios. Volverá directamente a Moscú: Aunque recorras millones de kilómetros no dejas ni un momento de pisar suelo socialista… La común bandera roja es un lazo mucho más fuerte que todas las diferencias y contradicciones accidentales[12].

Entonces esas diferencias y contradicciones accidentales las personificaba Fidel, que tendrá su último gesto al no asistir a la Conferencia de Partidos Comunistas que se prepara en Budapest y que empezará unos días más tarde, el 26 de febrero. Durante los cinco días de asamblea mundial la representación española (Álvarez, Azcárate, Mendezona) seguirá puntualmente las posiciones soviéticas, según el plan aprobado que citamos antes. En febrero de 1968, a tres meses del Mayo francés y a seis de la invasión de Checoslovaquia, al PCE no le desazona que los vietnamitas no asistan, ni los suecos, ni los holandeses, ni que sean 67 partidos, en vez de los 81 de 1960. Esta vez forman parte de la Comisión de 15 encargada de redactar la resolución final que responderá al periodo de monolitismo que se vive en el movimiento comunista, polarizado entre pro chinos y pro soviéticos y donde los intentos autónomos de los rumanos se saldan con tal cúmulo de improperios que deben abandonar la Conferencia, atacados desde todos los frentes.

DE MAYO A AGOSTO DE 1968

Pronto, dos conmociones vendrán a remover estas aparentemente sólidas ligaduras con el movimiento comunista: el Mayo francés y el agosto checoslovaco. La actitud del PCE y de Carrillo en particular respecto a los acontecimientos en Francia es la de apoyar desde el primer momento al movimiento estudiantil, divergiendo notoriamente de la posición de sus camaradas franceses. Mayo de 1968 confirma para él su invento estratégico de la Alianza de las Fuerzas del Trabajo y de la Cultura. Algo semejante ocurre con los sucesos de Praga, donde el socialismo de rostro humano de Dubcek, que él apoya, le facilita el trabajo hacia los hipotéticos aliados en España, que verán en el PCE un partido que acepta lo nuevo frente a lo viejo, que defiende los procedimientos de la democracia de masas en el Este y en Occidente.

Respecto al Mayo francés, no solo seguirá puntualmente las huelgas generales y los flujos del movimiento, sino que avalará las tesis de Roger Garaudy, que se encuentra en minoría dentro del Buró Político del PC francés, por sus posiciones favorables a la revisión estratégica de un partido revolucionario que condena la primera «revolución» que tiene ante sus ojos desde hace muchos años. Incluso cuando viaje a Moscú, en agosto, informará muy negativamente de las deficiencias del PC francés ante el dirigente del PCUS, Beliakov.

Santiago, tanto en público como en privado, no ahorrará diatribas al PCF, al igual que la plana mayor del partido, por su curiosa pifia histórica: tras décadas gritando contra la evidente crisis del capitalismo en su más alto grado de desarrollo, al encontrarse frente a ella, de pronto, empiezan a gritar que eso no es lo que ellos decían, que se trata de una maniobra de la burguesía imperialista para destrozar a la clase obrera francesa.

No es este el lugar de tratar de desarrollar qué significó Mayo de 1968 para una generación de antifranquistas, militaran o no en el PCE. Fue un hecho importante, aunque influyó muy relativamente en el futuro desarrollo de los acontecimientos en el partido. Remitiéndonos al PCE y a su cúpula dirigente, Mayo de 1968 reforzó su intuición de que el movimiento estudiantil debía ser particularmente mimado por el PCE si quería seguir su ritmo creciente de militancia y activismo, y de que una nueva generación, obrera e intelectual, estaba naciendo en Europa, a la que preocupaban muy poco las señas de identidad que habían constituido la base y la matriz de los partidos comunistas. En este sentido, las reflexiones de Mayo de 1968 en Francia, su incidencia en la

capacidad de Carrillo para repensar políticamente las cosas, estaban íntimamente vinculadas a la posición respecto a la invasión de Checoslovaquia. Venían a ser las dos caras de la nueva moneda que estaba dispuesto a acuñar. Las nuevas generaciones que debían decidir la situación en España, al menos en su concepción de lo que iba a ser el futuro en nuestro país, venían condicionadas porque suscribían al ciento por ciento las luchas en Francia y apoyaban también que al fin, en un país del Este, se tratara de conciliar socialismo y libertad, rompiendo la falaz dicotomía entre justicia y libertad.

La posición de Carrillo fue en un primer momento de atención hacia el PC checoslovaco que había derrotado a Novotny y le había sustituido por un desconocido para él como Alexander Dubcek. El proceso de lo que en Praga denominaban desarrollo de la democracia socialista no mereció ni una línea. Ni siquiera cuando el 4 de marzo se suprimió la censura en el país mostraron especial entusiasmo. El interés del PC español hacia los acontecimientos en Checoslovaquia empieza en mayo y coincide casualmente con los hechos estudiantiles de París, en tono menor. Con su mente analógica tantas veces sacada a relucir, Santiago aceptó el paralelo de París y de Praga. Para la sociedad española antifranquista, también para los analistas políticos del mundo, fueran o no comunistas, eran elementos indisociables. Ante el Comité Central reunido a comienzos del verano expondrá una visión llena de optimismo sobre el futuro socialista de la humanidad. Se publicará el libro, con innumerables correcciones, bajo el título de La lucha por el socialismo hoy. Fue su primer texto de despegue.

La actitud del PC francés condenando a los estudiantes y frenando los movimientos de masas, encajonado en sus esquemas políticos y sin alternativa que enfrentar a un poder en la calle y otro en los cuarteles, se correspondía con la actitud del PCUS enviando las tropas del Pacto de Varsovia a ejecutar maniobras interminables sobre suelo checo. El 17 de julio los Partidos Comunistas de la URSS, Polonia, RDA, Bulgaria y Hungría, reunidos en Varsovia, advertían y amenazaban a sus colegas de Praga, acusándoles del ascenso de las fuerzas antisocialistas y revisionistas. Dubcek replicaba con dos frases felices que para ellos eran tanto como una confirmación de sus inquietudes: El socialismo está en buenas manos –les explicó el líder checo–. Todo lo que nosotros deseamos es crear un socialismo que no haya perdido su carácter humano. La lectura de las «conversaciones secretas» entre el PC francés y el PCUS[13] no deja dudas sobre la indignación que provocaban en los dirigentes soviéticos declaraciones como esas. Comprendían que la confianza y el ánimo reformador iban a provocar, más tarde o más temprano, el despegue de

sus aliados y una experiencia disgregadora en un movimiento basado consustancialmente en el monolitismo. Había síntomas más que alarmantes. El 9 de agosto, Tito visitó Praga y fue acogido con entusiasmo delirante. Una semana más tarde repitió la visita Ceaucescu. Yugoslavos y rumanos se alineaban detrás de Dubcek, no tanto porque sus dirigentes apoyaran sus medidas interiores, sino porque mostraban la vía para obtener una nueva relación de fuerzas en el seno del bloque socialista.

El 23 de julio se reunieron en París los raros miembros de la dirección del partido español que aún no habían marchado de vacaciones. Había algunos del Comité Ejecutivo (Carrillo, Delicado, Azcárate y Jaime Ballesteros) y el resto del CC, hasta alcanzar el número de 22. Aprovecharon para escuchar a Francisco Antón, el viejo Antón, que ahora dirigía la delegación de los comunistas españoles en Checoslovaquia y que había llegado a París muy preocupado por el cariz que tomaban los acontecimientos. Para Antón lo más grave no eran los hechos de Praga, sino la reacción que temía de la Unión Soviética. Manifestaba un apoyo sin fisuras al partido que, dirigido por Dubcek, estaba recobrando la confianza de la población y afirmaba, quizá desde su veteranía de desterrado en los países socialistas desde 1953, que jamás se ha visto en Checoslovaquia tal actividad político-práctica del partido con las masas como ahora. La política está en la calle. Partido y pueblo compenetrados en reuniones, en elementos de difusión de masas, prensa, radio. Algo como no se conoce, tampoco, en otros países socialistas.

Su diagnóstico revelaba a un hombre que había tenido mucho tiempo para pensar y que podía hablar con la autoridad de su conocimiento, no solo del movimiento comunista, sino de las diversas experiencias del socialismo en Europa: El fondo es el problema de la multiplicidad de caminos al socialismo con arreglo a las particularidades nacionales y, en consonancia, los métodos para desarrollar el socialismo pueden ser por medidas administrativas o por métodos de libertades, de respeto a las opiniones. La carta de los 5 partidos del Pacto de Varsovia a Dubcek elige el primer camino. Los checos el segundo.

No es casual que, teniendo esta opinión, Francisco Antón fuera traído a París para preparar a los miembros de la dirección del PCE ante lo que podía ser inevitable: la intervención y la obligatoriedad de la condena por parte española. Santiago lo dirá taxativamente al hilo de las palabras de Antón: Nuestra posición es condenatoria de la carta [de los cinco] y opuesta a la intervención militar. Incluso insiste, frente a algunos de los presentes, que creen poco probable que

dicha intervención se produzca, en que hay que guardarse de un optimismo exagerado, puede producirse la intervención. Por primera vez dice en público algo que debe de llevar mascullando muchos años: Al fijar esta posición nuestra sabemos la resistencia al cambio de los camaradas soviéticos.

Santiago sorprende a todos los presentes, que salvo dos no tenían conocimiento de ello, contándoles que hace un par de semanas ha manifestado estas opiniones al embajador de la Unión Soviética en París, Zorin. La reunión de la dirección del PC, prácticamente un cambio de impresiones, terminará con dos alineamientos bien definidos. Unos que defienden apasionadamente a la URSS y su obligación de comprometerse en Checoslovaquia, como Agustín Gómez y José Bárzana, quienes en el fondo piensan que no será necesaria la intervención. Frente a ellos, Carrillo, que trata de ir preparando el ambiente para una eventualidad impensable hace tan solo cinco meses: que el PC español proteste por una decisión del Estado y del Partido soviéticos.

De París, cada uno, con sus dudas y sus certezas, marchará de vacaciones. Santiago, como la mayoría, se dirige a la Unión Soviética, donde la «nomenclatura» soviética le ha reservado un hueco de lujo en la península de Crimea. Va con su familia. Le acompañan Francisco Romero Marín y Simón Sánchez Montero. El 9 de agosto visitan a Pasionaria en Moscú, donde también se encuentran Eduardo García y Santiago Álvarez. Charlan y todos coinciden al menos en algo, en que la invasión no va a producirse y en desearse unas felices y tranquilas vacaciones. Dos días más tarde Carrillo escribe al borde del mar una carta a Dolores, que ya se encuentra en su dacha de Uspienskoe: Querida camarada Dolores, estoy en pleno descanso y te juro que por lo menos hasta hoy mi lema es no me hablen de Checoslovaquia[14]. Ni de política. Duermo mucho, leo novelas y me baño. El estómago ya está tranquilo. Creo que me pondré un buen parche llevando esta vida de parásito hasta fin de mes.

Se equivocaba. El día 21, Romero Marín le despierta precipitadamente. La radio soviética acaba de informar de que las tropas del Pacto de Varsovia han entrado en Checoslovaquia. Ramón Mendezona, desde Moscú, se lo confirma horas más tarde.

[1] Mundo Obrero, febrero de 1965.

[2] No debe confundírsele con el profesor español, militante y afincado en París, Manuel Ballestero.

[3] Cuatro delegados, lo que, sin ironía alguna, era una muy alta representación respecto a otras zonas.

[4] En Madrid estaba la organización mas numerosa. En junio de 1967 el Comité Ejecutivo hace recuento numérico de sus organizaciones (exceptuando el PSUC) y el resultado es orientativo: Madrid-capital, 1.068; provincia, 79. Le sigue Asturias, con 753; Valencia, 673; Galicia, 521; Guipúzcoa, 451; Ciudad Real, 345; Granada, 269; Las Palmas, 259; Córdoba, 227; Toledo, 175; Zaragoza, 117; Murcia, 105; León, 104; Santander, 97; Castellón, 85; Teruel, 74; y cantidades simbólicas en Alicante (52), Baleares (26), Palencia (26), Huesca (24), Tenerife (16), Álava (16), Guadalajara (14), Burgos (12) y Segovia (9). Está ausente Vizcaya. El carácter un tanto atrabiliario de los guarismos es fácilmente detectable. Sin embargo, sí es significativo que en la emigración europea la organización se contabilice en 1964, lo que aporta un total de cerca de 6.000 militantes (hecha abstracción del PSUC y de las organizaciones en América).

[5] Durante los años siguientes, era un lugar común referirse a tal o cual trabajador concienciado y antiguo enlace sindical, añadiendo: «No se puede contar con él desde que le detuvieron en Mariano de Cavia».

[6] Lo pueden ver todos los coleccionistas de genialidades periodísticas en la primera página de Mundo Obrero –diciembre de 1966–, bajo el titular «Declaraciones de Santiago Carrillo sobre el referéndum». El temor a confundirse era tal que incluso advierten de que «los subtítulos son de Mundo Obrero», cuando en realidad eran frases de Santiago. Temían quizá sacarlas de su contexto.

[7] Nuestra Bandera, febrero-marzo de 1966.

[8] Nuestra Bandera, primer trimestre de 1967.

[9] Esposa de Pepe Díaz.

[10] Citado por F. Claudín en su biografía de Carrillo, p. 193. La fuente es el propio secretario general.

[11] Mundo Obrero, enero de 1968.

[12] Cuba, hoy, París, 1968, p. 70.

[13] Kremlin-PCF, París, 1984.

[14] Subrayado en el original.

Capítulo 16

Insuficientemente dotados

para cosmonautas

elegimos el duro

tobogán de las humanidades…

Manuel Vázquez Montalbán, Una educación sentimental (1967)

EL PRIMER DESACUERDO EN LA HISTORIA DEL PARTIDO

La primera intención de Santiago es dirigirse a Moscú y abandonar la residencia veraniega. No les permiten hacerlo ese mismo día, alegando dificultades técnicas de transporte, y deben contentarse con los informes que les suministra el PCUS en Crimea. El primero consiste en una carta –que luego se revelará falsa y desaparecerá de la circulación– firmada por los cinco partidos que han realizado la invasión: lo han hecho a petición de la mayoría del Presidium y del Gobierno checoslovaco para hacer frente al peligro de un golpe contrarrevolucionario. Según dicha información que les leen a Carrillo, Sánchez Montero y Romero Marín, esa misma mañana, el propio ministro de la Defensa checoslovaco está dirigiendo las tropas del Pacto de Varsovia que han entrado en su país.

A las cuatro de la tarde la supuesta carta de los partidos de la Europa del Este, aceptando la sugerencia checa, se ha transmutado en otro documento en el que «un grupo de militantes del partido y del Estado» solicitan la intervención.

Al día siguiente, 22 de agosto, Carrillo y sus acompañantes pueden ya marchar

hacia Moscú. Se reúnen con Dolores. Santiago logra convencerla de que los camaradas soviéticos se han equivocado, no hay nadie en Checoslovaquia que pida su entrada, no tienen ningún apoyo allí. De este primer cambio de impresiones resulta una carta al Buró Político del PCUS en la que empieza reconociendo que el PCE lamenta que por primera vez en su historia haya surgido un problema en el cual nuestros puntos de vista divergen, para pasar a proponer la convocatoria urgente de una conferencia de partidos comunistas del Este y del Oeste de Europa, con la tarea de encontrar una solución política que garantice la independencia y soberanía de Checoslovaquia. Aunque es obvio que la propuesta tiene escasa virtualidad, ha sido pensada con un criterio conciliador, porque se cita expresamente la participación de los partidos comunistas español, francés e italiano, que condenan la intervención, pero también se incluye la de la República Federal Alemana, que es una entusiasta intervencionista.

Lo que revela esta epístola del 22 de agosto es el estupor de la dirección del PCE ante el paso que acaban de dar los soviéticos, el cual les compromete a todos, pero también el hecho de que Santiago no puede aún llegar a una condena taxativa de la intervención, ante las reticencias de los otros miembros del Ejecutivo, especialmente Dolores. En esta carta se limitan a decir al PCUS: No podemos aprobar la intervención (frase textual del segundo párrafo). Ya es bastante, piensa Carrillo, para un partido al que hace apenas una semana tal eventualidad le parecía una aberración.

Nada más redactar la carta al Buró del PCUS, resultado de una transacción entre el ímpetu de Carrillo y las cautelas de Dolores, Santiago quiere afianzar el gesto como un paso sin retroceso y se comunica con Bucarest para que se emita por Radio España Independiente una breve nota: El Comité Ejecutivo del PCE desaprueba la intervención y hace gestiones para buscar una solución política. Ni una palabra más.

Pasan dos días y no hay ninguna respuesta. Pero el 25, al fin, los convocan Suslov y Ponomariev, los dos encargados de lidiar en primera instancia con los temas ideológicos de los partidos comunistas occidentales[1]. La representación española no puede ser mejor seleccionada y más representativa: está Pasionaria, y también Carrillo, y el sinuoso Gallego, que aún no ha dicho esta boca es mía, y Romero Marín, que Santiago tiene especial interés en que esté presente por su condición de teniente coronel soviético, y Simón Sánchez Montero.

Los soviéticos exponen sus conocidos «argumentos» sobre los depósitos de

armas en diversas zonas del territorio checo y sobre el avance incontenible de la contrarrevolución. Los españoles se limitan a hacer preguntas y a manifestar su inquietud por el paso que han dado. Solo Pasionaria le reprocha a Suslov, como si se tratara de un error logístico, el que hayan usado tropas alemanas para intervenir en Checoslovaquia, pues es conocido el recuerdo que guardan los checos después de la experiencia de Múnich. Suslov ve el cielo abierto para demostrar la sensibilidad de la URSS en este asunto y le confiesa que ya lo habían pensado y que por eso las tropas de la República Democrática Alemana se quedaron a 50 kilómetros de la frontera, en territorio alemán. (Luego sabrán que Suslov mintió y que no solo entraron, sino que lo hicieron, para mayor regodeo, por la región de los denominados «Sudetes», lo mismo que hizo Hitler en 1938.) Las dos partes aceptan un acuerdo tácito, no firmado, según el cual el PCE, ante los difusos argumentos soviéticos, decide «esperar». Según manifiesta Ponomariev: Ya veréis como los hechos nos dan la razón y todo se normaliza en pocos días.

Los hechos demuestran todo lo contrario en los días siguientes al encuentro y pasadas ocho jornadas tras la invasión la situación obliga a hacer otra declaración. Ni Pasionaria ni Gallego pueden oponerse a ello y, tras discutir los términos, Carrillo marcha a Bucarest, donde la hará pública. La firma el Comité Ejecutivo y se condena ya más rotundamente la intervención en Checoslovaquia. El comunicado lo ha redactado personalmente, y se lo ha leído a miembros del Comité Ejecutivo: Pasionaria, Romero Marín, Sánchez Montero, Gallego, Mendezona y Tomás García, Juan Gómez.

La discusión en el Ejecutivo habrá de demorarse otra semana más. Cuando se reúna el 6 de septiembre, casi al completo, solo Eduardo García mostrará su disconformidad. Como dirá Carrillo días después, al informar al Comité Central, la decisión del Ejecutivo no ha sido esta vez unánime. Sin embargo, y contra todo pronóstico, solo un miembro de la cúpula del PCE está en desacuerdo con la condena. Enrique Líster aprueba, o más exactamente no se opone a las argumentaciones de Carrillo. Su situación es tan incómoda que tiene algo de ridícula, porque la invasión le sorprendió exactamente en Praga. El general del Ejército soviético se vio obligado a estar durante varios días sin salir a la calle, encerrado en una habitación del hotel Praga, jugando al mus y al dominó mientras en las calles avanzaban los tanques y la población protestaba ruidosamente. ¿Cómo iba él a decir que existía un peligro de contrarrevolución, si llevaba varios días en la capital y todo estaba en perfectas condiciones hasta que le metieron en la habitación para aburrirse como una ostra junto a hombres

que detesta, como Modesto y Antón? Forman la delegación española en Praga y de ellos dirá, pasado el tiempo, que habían convertido nuestra delegación en un verdadero antro de antisovietismo. Otro de sus compañeros de naipes es el escritor Andrés Sorel, al que desprecia porque ha sido encargado por Carrillo de escribir el libro sobre las guerrillas que por derecho propio solo podía hacer él. Así pasará varios días en la Praga ocupada por sus amigos, que no le dejaban ni asomar la cabeza. Durante un año, hasta su ruptura definitiva con Carrillo, solía decir: Yo estoy contra la intervención, pero técnicamente fue perfecta. Tan perfecta como unas maniobras militares.

La discusión en el Comité Ejecutivo ha sido fácil porque todos, quien más quien menos, están al tanto de los acontecimientos, pero ese no es el caso del Comité Central. La inmensa mayoría de los miembros del Comité Central manifiesta cierta benevolencia hacia la invasión, basada sobre todo en sus señas de identidad militantes, en su pasado. En Madrid, por ejemplo, los diversos miembros del Comité Central son mayoritariamente favorables a la invasión: Lucio Lobato, López Salinas…, aunque señalen cautamente su falta de información de primera mano. Todos sin excepción consideran un error haber hecho público un comunicado sin discusión previa del Comité Central. Carrillo sabe que su reunión puede ser algo más difícil si no se muestra duro e implacable, haciendo bascular a la mayoría, temerosa y seguidista, hacia sus posiciones.

La reunión está convocada para el 18 de septiembre, pero tres días antes Santiago invita a numerosos miembros del Central a que asistan a un mitin donde él explicará a los cuadros de París los sucesos de Praga. Se mostrará durísimo con los soviéticos y utilizará un lenguaje barriobajero y ofensivo que chocará a los jóvenes oyentes, pero que creará un lazo de temor y complicidad en numerosos miembros del Central. Este hecho consumado de embarcar al conjunto de la dirección del partido en su propia vía le dará siempre resultados felices, porque así evitará dudas y vacilaciones, y nadie osará cuestionar el procedimiento.

Es consciente de que solo si se muestra como el más rápido podrá ganar más fácilmente la partida. Si en la reunión del Ejecutivo había tratado de ganar tiempo, en el mitin de París se exhibe soberbio, carente de argumentos sólidos. Aún no han llegado los tiempos de los desmarques teóricos y de los hallazgos terminológicos, ahora se desliza en un lenguaje chabacano que ofende incluso a aquellos que más cerca están de sus posiciones. Es un Carrillo desarbolado en el

terreno argumental, en tránsito de posiciones, que se aferra a los clichés del pasado para darles la vuelta y adaptarlos a lo que habrá de ser a partir de ahora su línea operativa: distanciarse de Moscú favorece su política en España.

Los numerosos miembros del Comité Central que asistieron en Ivry, en los arrabales obreros de París, a su mitin sobre Checoslovaquia ya saben a qué atenerse cuando empiece la sesión el 18 de septiembre de 1968. La discusión puede decirse con exactitud que está capitidisminuida por el tono y los argumentos de Carrillo, en los que se mezcla al tiempo la crítica sin paliativos a «la intervención» y la cautela y hasta la amenaza para que los presentes no crucen más allá de los estrechos marcos en que él aún tiene que moverse. Camaradas, cuán doloroso ha sido para la dirección, para el Comité Ejecutivo, mejor dicho, del Partido Comunista de España tener que tomar…, una actitud divergente con la dirección del Partido Comunista de la Unión Soviética. En este lapsus, tan significativo, de referirse al Ejecutivo como la dirección del partido, cuando según los estatutos es el Central, se revela la confusión y la humildad a que le obliga esta situación sin precedentes.

Navegaba dubitativamente en un terreno incómodo, en el que se reafirmaba en una defensa a ultranza de la Unión Soviética y su desvergonzada crítica a los líderes checoslovacos, no solo porque los había alabado, sino porque se le parecían como dos gotas de agua. Falto de asidero teórico, se ve obligado a recurrir a lo que tiene más cerca, el Kruschev de 1956 y su XX Congreso. En Checoslovaquia no habían sido corregidas las consecuencias de la bárbara represión de los años 48 al 52, 53, 54, organizada por Beria en el periodo del culto a la personalidad a Stalin. En la Unión Soviética después del XX Congreso, de una manera valiente, esa rehabilitación se había producido… La Unión Soviética a pesar de que el problema era muy serio supo –repito– hacer esa rehabilitación con valentía y los soviéticos fusilaron a Beria, Abakumov, a otros jefes de los servicios de seguridad responsables de esos crímenes… En Checoslovaquia no pasó nada de eso… Novotny ocultó incluso, en sus archivos personales, documentos que los camaradas soviéticos le habían pasado mostrando la no culpabilidad de una parte de los condenados…

La galanura de la argumentación antinovitniana podía, por la misma razón, ser aplicada al PCE. Además estaba el retorcimiento de la tesis, porque en el fondo se condenaba a Novotný por no haber seguido la línea de los soviéticos, lo que no solo era mentira, sino una simpleza, la de convertir al PCUS en consecuentemente antiestalinista y a Novotný en lo contrario. En el fondo,

Carrillo no sabía cómo venderles a los miembros del Central algo tan paradójico como eso de que en aras de la URSS deberíamos distanciarnos de la URSS. En el Comité Ejecutivo cosas como esas podían ser pasadas por excelentes, pues, aunque no habían leído a Maquiavelo, habían vivido junto al Príncipe, pero en el Central había menos experiencia y ello dificultaba la claridad expositiva, obligándole a emular el tono zafio de su maestro Kruschev ante las situaciones difíciles. Y lo hizo con un aire cominero, en el que sobresalían sus esfuerzos por exonerarse de las responsabilidades de la historia ahora que abrazaba a Dubcek frente al denostado Novotný. Trataba de librarse del fantasma del pasado, o más exactamente de cubrir el flanco para que nadie denunciara ese mismo delito «novotniano» en el PCE.

No hay que imaginarse, camaradas, que por ser honesto ya no se cometen errores, que los comunistas honestos estamos libres de errores. Heindrich, cuando vio en un momento dado que Novotný era un obstáculo en el Comité Central, se levantó contra él y salieron a relucir cosas muy sucias. Salió a relucir que Novotný, que había estado en un campo de concentración en Alemania, había sido kapo de ese campo y había pegado a algunos comunistas… Un hombre así dirigió el partido y el Estado. Cuando yo he sabido eso me he acordado que en el año 45, cuando los camaradas españoles que habían sufrido deportación en los campos de Alemania por su participación en la resistencia regresaron aquí… hicimos un examen con todos ellos y aquellos camaradas que habían tenido la menor debilidad en el campo… no les dimos ninguna responsabilidad en el trabajo del partido… Yo pensaba, repito, conociendo este caso y evocaba la diferencia de conducta. No sabemos si alguien sonrió ante tal desvergüenza. Me limito a lo pronunciado por Carrillo a la sazón, en 1945, y que se cita en su lugar.

Siempre que Santiago va a introducir un giro, un cambio en su política, una audacia táctica, no hay que esperar de él, en su exposición ante los organismos dirigentes del partido, ninguna «vista de águila», ni planteamientos teóricos sofisticados. Su estilo es otro, lo suyo es la lavandería, dicho sea con corrección y sin ofender: lavar a golpes de piedra de río para luego ponerle el tinte adecuado. Estamos a punto de iniciar el que será el giro más importante del PCE en su historia, la búsqueda de una vía autónoma, distante de los bloques y ¿qué va a ofrecer como argumento sobre la situación en Checoslovaquia?, ¿su ínfimo nivel de vida?, ¿la crisis de los intelectuales?, ¿la reorganización de la clase obrera en las empresas?, ¿la democracia interna, ausente de las filas comunistas desde el periodo estalinista?, ¿el papel de Checoslovaquia en el conjunto de los

países del Este menos desarrollados que él en 1948 y más en 1968? Nada de eso. Sus argumentos están expresamente redactados y concebidos para su público: gentes curtidas en los haberes estalinistas –la inmensa mayoría–. Por eso se inclinaba hacia esos datos «interiores» que ellos sabían apreciar como funcionarios veteranos que eran, aunque escandalizaran a los «novatos» que escuchaban aquellas vergüenzas por vez primera.

Nosotros habíamos tenido incluso ciertos problemas muy desagradables, pequeños y algunos grandes, con el PC checoslovaco (se refiere al de la época de Novotný). Por ejemplo, ir una delegación de nuestro partido, encabezada por Dolores, a Checoslovaquia para atajar el restablecimiento de relaciones diplomáticas con Franco. Yo creo que sois dirigentes todos, y aunque sea una miseria, porque es una miseria, debemos decírosla, porque es significativo de cómo concebían Novotný y ese grupo la solidaridad internacional. Todos los viajes de nuestros camaradas desde Praga al extranjero, y hay que tener en cuenta que Praga, en una época, era una especie de placa turnante [sic], y todos los que iban o íbamos a los países socialistas pasábamos por allí y todos los que venían igual. En un Estado socialista que tiene líneas aéreas, lo que no nos sucede en ningún país y lo que no nos ha sucedido jamás desde luego con la Unión Soviética, tenía que pagarlos nuestro partido y aquellos que se dirigían a los países capitalistas nuestro partido tenía que pagarlos en Praga con divisas libres, con dólares. Nosotros hemos tenido en Praga un depósito económico del partido, una reserva, durante años que, cuando tuvimos necesidad de recuperar, nos costó dios y ayuda para recuperarlo. Eran dólares y nos querían dar coronas checas no convertibles y que no nos servían para nada… Si la Unión Soviética tuviera que pasar la cuenta de los viajes de camaradas nuestros, no solo dirigentes, de militantes que han ido y que han venido de allí, tendríamos que estar haciendo muchas campañas de 30 millones para poderlo pagar[2].

La argumentación tiene algo de similar a la que utilizaría Fidel Castro para apoyar la intervención soviética. Según el dirigente cubano, los checos de Novotný le habían estafado en varias ocasiones y esto demostraba su carácter y su falta de moral revolucionaria. Tanto en un caso como en otro enmascaraban sus auténticas necesidades y objetivos sobre una base tan frágil como el carácter corrupto del régimen checoslovaco, que por otra parte no era más que una

manifestación mas del conjunto del sistema. De ahí Fidel extraía argumentos para decir sí y Santiago para decir no.

De momento la intervención era para él un trágico error de los soviéticos que no tenía precedente histórico. ¡Que nadie tratara de compararlo con la justa invasión de Hungría de 1956! Lo decía él asumiendo a las mil maravillas el papel de experto en la mayéutica estalinista: Los camaradas soviéticos tuvieron razón de entrar en Hungría y lo estuvieron pensando mucho tiempo y nosotros creíamos incluso que lo pensaban demasiado en aquel momento. Obsérvese el detalle confirmado: Santiago jamás corrige un hecho del pasado ni lo asume autocríticamente. Defender a capa y espada la invasión de Hungría en 1956, y rechazar la de Checoslovaquia en 1968, y hacerlo conjuntamente, como si se tratara de una misma línea de conducta, era un ejercicio demasiado abrupto, que hacía chirriar las junturas del análisis. Al menos habría podido, como los italianos, mostrarse distante y nada entusiasta respecto a la invasión de Hungría, sin llegar a la crítica, o, como los franceses, levemente frío. A la luz de los acontecimientos, había que pensar en revisar aquel periodo. Pero Carrillo no tenía dudas: Hungría, sí; Checoslovaquia, no. De ahí la denominación de intervención, sugerida por el PCUS en notas y comunicados, que repitieron en casi todo el movimiento comunista, porque si se denominaba «invasión» la de 1968 también lo era la de 1956, y de lo que se trataba era de facilitar la comprensión de que había intervenciones «buenas» y otras «malas». (Personalmente he de reconocer que fue el único incidente político que tuve con Simón Sánchez Montero, y que aún hoy me produce perplejidad su insistencia en que no fue una invasión, sino una intervención.)

La diferencia no está ni tan siquiera en la situación mundial y la coyuntura internacional. Más sencillamente, en 1956 (Hungría) estaba por la invasión porque era esa la posición generalizada del movimiento comunista. Pero en 1968 pensaba lo contrario con los mismos argumentos, y con ellos iniciaba el desmarque de la Unión Soviética. Los atentos novatos del Comité Central ampliado se quedaron de piedra ante aquellos procedimientos analíticos tan poco sutiles y al tiempo tan flexibles. No solo se trataba de esas ordinarias historias de billetes de avión y cambios desiguales de moneda, sino que también descubrían que entre el PCE y el PCUS las relaciones se mantenían exactamente igual que en la era estalinista, por medio de «cartas» fantasmales. Y quiero decir, camaradas –explicó Carrillo–, cómo son esas cartas, son unas cartas que vas a hablar con ellos y no te las dan, te las leen y tú tomas las notas que quieras con tu mano, pero si tú el día de mañana dices «la carta tal», y ha cambiado la

dirección, o ha pasado cualquier cosa, y esos camaradas no quieren hacerse responsables, te pueden decir: «no, si nosotros nunca hemos mandado ninguna carta». Así son las cartas con nosotros, con los italianos… Es esta una manifestación de algo que le perturbaba y que empieza a cuestionar sin tener base teórica en la que apoyarse. En su mente se perfilan algunos aspectos de lo que puede ser la crisis que se abre en el movimiento comunista, y lo expresa con temor, con duda, y como negándose a admitirlo, inquieto: Camaradas, aunque sea un poco simplista lo voy a decir, a veces uno tiene la impresión de que más que agudizarse las contradicciones con el imperialismo, hablo de una impresión, más que agudizarse las contradicciones con el imperialismo, más que dibujarse el peligro de una guerra entre el mundo socialista y el mundo imperialista, parece como si se dibujase la amenaza de choques, de conflictos militares y políticos, sobre todo dentro del campo socialista.

En virtud de estos cambios que se avizoran después de la invasión de Checoslovaquia, el PCE toma otra decisión sin precedentes: rechazar la propuesta soviética de celebrar la Conferencia de los Partidos Comunistas: La opinión del Comité Ejecutivo es que en esta situación, con las divisiones creadas… no existen condiciones reales para hacer en noviembre, como estaba previsto, la conferencia.

Muchos de los presentes, aun sin atreverse a decirlo, juzgaron que Carrillo había ido demasiado lejos en su enfrentamiento con el «gran hermano», el PCUS. Había también un detalle anecdótico que les llenó de zozobra. Mientras Carrillo hablaba y hablaba, Dolores no estaba en la sala, quizá para evitar el bochorno de escuchar a Francisco Antón narrar la invasión desde su observatorio de Praga; su víctima sobrevivía al verdugo y tenía la satisfacción de verla ahora retorcerse por la historia. Cuando apareció, ya en la tarde, las reticencias de muchos se disiparon. Pasionaria dijo lo que ellos querían oír: Por primera vez en la historia del Partido Comunista, el PCE tiene que decir ¡no! al Partido Comunista de la Unión Soviética y al resto de los partidos del Pacto de Varsovia. (Este dato, que es falso, revelaba su insatisfacción, porque Rumania y Albania, que hasta entonces formaban parte del pacto, no aprobaron la intervención.) Y si para todos los camaradas esto es una cosa dolorosa, penosa, yo no voy a referirme a mí misma, porque vosotros comprenderéis que si hay alguien que vive ligada, unida, a la Unión Soviética, sintiendo sus problemas, viviendo su vida, viendo cómo crece el pueblo soviético…, que es lo que la Unión Soviética nos ha dado a todos, camaradas, esa, sin ninguna exageración, creo que soy yo… Sin embargo, ha llegado un momento en el cual yo he tenido que decir ¡no!

Todos los que sentían hasta entonces su corazón dividido por dos fidelidades se volvieron a encontrar reunificados, seguros de que al fin y al cabo, decir no a la URSS era una obligación, casi una esclavitud, de la pelea en España; de que, como Pasionaria había afirmado, las raíces seguían en tierra y bien arraigadas en el suelo soviético: Independientemente de que discrepemos hoy en ese problema concreto de la situación de las armas del Pacto de Varsovia en Checoslovaquia (obsérvese el léxico elusivo), para nosotros es claro que el principal apoyo nuestro desde el punto de vista exterior y desde el punto de vista del futuro es la Unión Soviética. Yo quisiera que saliésemos de aquí con esa idea: Nosotros podemos discrepar en una cuestión de la Unión Soviética, pero que eso no cambia en absoluto ni nuestro afecto, ni nuestra devoción, ni nuestro sentimiento de lo que la Unión Soviética representa. Ni tampoco de nuestra disposición a defender a la Unión Soviética si la Unión Soviética se encontrase en cualquier momento amenazada como se encontró en 1941. Esa es nuestra posición, camaradas.

Eso era otra cosa. Si, como decía Dolores, todo se reducía a una divergencia sobre la situación de las armas del Pacto de Varsovia en Checoslovaquia, entonces es que se trataba de un error pasajero.

No iba por ahí precisamente la concepción que del asunto tenía Carrillo. En su mente analógica, los hechos, una vez ocurridos, abrían nuevas vías y laberínticos caminos. Aunque no supiera hacia dónde se iba, sabía muy bien que no se podía volver atrás, que lo exigía la situación en Occidente, donde le había tocado su pelea política. Empezaba a dibujarse en su cabeza una visión diferente del movimiento comunista y de sus relaciones con el PCUS. Su principal tarea tras la posición del partido sobre Checoslovaquia era conseguir que Dolores Ibárruri se integrara lo más posible en el círculo dirigente, en su entorno, y que se la vacunara ante las presiones soviéticas, que previsiblemente iban a ser descomunales. Había que encargarle alguna tarea que la identificara con la nueva realidad del interior de España, que le creara anticuerpos para rechazar el asedio de sus amigos, parientes y colegas del PCUS.

Lo halló al encargarle un trabajo sobre las nacionalidades en España. ¿Acaso ella no era vasca? ¿Acaso no había estudiado el único texto reconocido como autoridad por el movimiento comunista, el de Stalin de 1913? ¿Acaso no había tratado intensamente a hombres como el lendakari José Antonio Aguirre y el honorable Luis Companys? ¿Acaso no tenía a su lado a Irene Falcón para escribírselo? Lo expresó Carrillo durante la reunión: Aquí se ha planteado con

mucha razón la virulencia que empieza a tomar el problema nacional… Nosotros hemos pensado encargar a la camarada Dolores la preparación de un trabajo, de un libro sobre estos problemas tal como se plantean hoy con la intención de lanzarlo a la mayor brevedad.

No es que Carrillo no fuera sensible a la reaparición del «tema nacional» en 1968, pero dado que se producía una feliz coincidencia de intereses, nada mejor que sumarlos; de una parte una necesidad política, la de revisar el planteamiento del partido en las nacionalidades históricas, y de otra la necesidad orgánica, interna, de fortalecer a Pasionaria dándole la sensación de que estaba en el cogollo de las nuevas orientaciones que el partido necesitaba y que ese partido –y esto era muy importante para la personalidad de Dolores– exigía de ella una aportación en el terreno de sus conocimientos «teóricos».

El pleno ampliado del Comité Central de septiembre de 1968 tenía dos vertientes de consecuencias paralelas. Por un lado ese comienzo del distanciamiento respecto al PCUS, que rompe con 47 años de incondicionalidad. Pero al tiempo es destacable que, en España, Santiago y el Central descubran que existe un fenómeno al que no habían prestado importancia: el problema nacional, las nacionalidades de Euskadi, Cataluña y Galicia. Ambos hechos coinciden en el tiempo, pero son también inseparables en el análisis, y no solo porque Santiago los identifique de modo utilitario con la figura de Pasionaria.

Igual que el distanciamiento de la URSS tiene su proceso, que empieza a contar a partir del 21 de agosto, con la invasión de Checoslovaquia, el problema nacional repunta también en agosto, cuando en Irún muera en atentado el comisario de la policía política Melitón Manzanas, apareciendo ante la opinión pública y el propio PCE la organización independentista ETA.

Que este hecho fue valorado de manera muy positiva por el partido lo dice paladinamente el mismo Carrillo durante la reunión: El atentado a Manzanas es, desde todos los puntos de vista que se mire, una acción justa, una acción que nadie, ningún antifranquista, puede condenar. Pero Carrillo va aún más allá, cruzando una linde que ningún otro grupo político se atrevió a atravesar, aunque sea por razones muy diferentes a las que se aparenta: Nosotros estimamos que en este momento todavía el partido no debe comprometer las posibilidades de crecimiento del movimiento de masas, de la unidad, convirtiendo esa táctica en su táctica. Pero eso no significa, camaradas, que en determinados momentos, sin comprometer directamente al partido, buscando otros medios, buscando otras

formas, nosotros mismos no consideremos necesario y justo liquidar, hacer desaparecer a tal o cual enemigo jurado, a tal o cual verdugo, a tal o cual monstruo fascista… Se trata de salir al paso de una cierta concepción que podía desprenderse cuando se habla del ETA…[3]. Esa no es nuestra táctica esencial, pero tampoco podemos renunciar en algún momento a utilizarla.

Al margen de que no es lo mismo decir enemigo jurado que monstruo fascista a la hora de liquidaciones, lo que esconde este aparente giro verbal, exclusivamente verbal, es cubrir ante los veteranos –Líster en especial, por citar al más sobresaliente de los «armamentistas»– el supuesto viraje frente a la URSS, incidiendo en el aspecto de volver a las raíces duras del movimiento. Algo así como si se dijera: la incondicionalidad frente a la URSS está en cuestión, pero la lucha armada, el leninismo, la dictadura del proletariado, a eso sí que no renunciamos. De nuevo vuelve el fantasma de la lucha armada. Cada vez que surgen dificultades se recupera ese guiño histórico y reaparecen en un remake cada vez más falso y verbalista las señas de identidad del periodo estalinista.

Para quien tuviera dudas de que el PCE tras la condena de la intervención en Checoslovaquia se metiera en el pantano de la socialdemocracia, ahí estaba Carrillo, disolviéndolas. Ningún peligro había de reformismo, porque incluso se palpaba la necesidad de ir hacia la lucha violenta. Camaradas –explica Carrillo ante un Central atónito pero enervado y consciente de que no había nada que temer–, hay que crear una organización de masas de autodefensa, que no se trata todavía de armas, de una organización de masas de autodefensa que puede estar provista de otros medios, que no son las armas de fuego ni las armas blancas, contundentes, para defenderse en las manifestaciones, en las huelgas. Una organización que pueda ser incluso el germen, en un momento dado, de una verdadera organización de combate. Por supuesto, no se tomará iniciativa alguna en este sentido. Sencillamente, se reducía a un gesto, como ocurrirá abundantemente en la década siguiente, con el que se trata de paliar el efecto de un giro táctico, como si se tratara de hacerse perdonar el supuesto derechismo con un «combar el palo», como gustaba de decir Lenin, hacia el lado contrario… Es posible que incluso lo pensara así; no había solo oportunismo, fuera del que existe inconscientemente, y es posible también que ante los giros hacia la apertura y la independencia, comúnmente considerados «de derecha», se exigiera a sí mismo un regate hacia el izquierdismo. A las acusaciones de «reformismo», por su propia formación política, era muy sensible.

Por otra parte, el fenómeno ETA le había impresionado, porque con una sola acción –hasta la muerte de Melitón Manzanas él no sabía ni tan siquiera que existiera– había logrado una radicalización de la situación política. Este es su objetivo obsesivo, que «el ETA» ha obtenido, y le preocupa encontrarse en su camino con alguien dispuesto a disputarle (su otra obsesión) la hegemonía. Lo expresa así: El acto que ha hecho el Eta con Manzanas, a pesar de la represión, yo pienso que es un acto que en definitiva favorece la unidad, la convergencia de las fuerzas diversas antifranquistas. Frente a eso la mayor dificultad está en los comunistas vascos: Es indispensable –dice– que el PC de Euskadi aparezca más activamente, con más autonomía, con más personalidad. Temeroso de que el hecho vuelva a repetirse en Galicia, anima al PC gallego a hacer lo mismo.

Con ser importantes las consideraciones sobre la aparición del denominado «hecho nacional» en la perspectiva del PCE, que siempre lo había valorado de manera muy tangencial y dogmática (recuérdense los casos de Astigarrabia y Comorera), la envergadura de estas orientaciones quedará eclipsada por el impacto de la cuestión checoslovaca y su incidencia en el partido.

Aunque el inicio del despegue del PCE respecto al PCUS estaba, lógicamente, teñido de cautelas y timideces para no crear desgarrones en algo que tenía bien arraigado la militancia veterana, hubo ya quien consideró que esa vía no era transitable. Miembros del Comité Central pusieron reparos, y uno incluso se manifestó beligerante (Agustín Gómez). En el Comité Ejecutivo, Eduardo García, más hábil que su colega del Central, empezó su trabajo de zapa sin llegar de momento al choque frontal, aunque sin rehuirlo. Por eso no fue inmediatamente relevado de sus responsabilidades. De momento a Carrillo le preocupó más el caso de Agustín Gómez porque representaba un peligro por sus relaciones con el interior. Desde la caída de Ormazábal en 1962, Agustín tenía la responsabilidad de Euskadi y era el contacto entre el interior y la dirección del exilio. En un momento como aquel de vitalización de Euskadi, de supervaloración de su importancia política, por muy escasas que fueran las bases comunistas en la zona, debía ser atendida inmediatamente. Fue cesado, y ante la ausencia de recambio una nueva generación de comunistas vascos, hasta entonces relegados, hubo de ocupar el hueco: había «el ETA», pero también las operaciones pro soviéticas de Agustín Gómez. Así fue como hombres de muy diferente formación empezaron a tratar de imprimir una imagen diferente al PC de Euskadi: Napoleón Olasolo, Manu Escudero, Francisco Idiáquez…

LA ORTODOXIA SE CONVIERTE EN DISIDENCIA

Los primeros efectos de la invasión soviética de Checoslovaquia en el PCE se limitaron a esto. En el movimiento comunista abrirán un periodo si no nuevo, al menos diferente. Aún más que el XX Congreso del PCUS (1956), que marcó el comienzo de la desestalinización, la invasión de Checoslovaquia conmocionará al comunismo internacional.

El XX Congreso tuvo consecuencias teóricas y el movimiento comunista lo abordó no sin fisuras, pero de una forma global, unitariamente; las crisis fueron endógenas, reducidas a los ámbitos no públicos de los partidos y de las conciencias. Pero esta invasión del verano de 1968 dividirá aún más lo que ya había separado la crisis chino-soviética, y marcará el comienzo de un distanciamiento respecto al PCUS que habrá de dejar honda huella entre partidos que no estaban en el poder. La fisura se producirá entre los partidos comunistas estatalizados frente a los que trabajan en la sociedad occidental, aunque haya excepciones de uno y otro orden.

En el Este no fortaleció a los aliados soviéticos; a unos los hipotecó en mayor medida y a otros los distanció de su área de influencia (Rumania, Yugoslavia y Albania). En la Europa occidental se pronunciaron contra la intervención doce partidos comunistas; solo cinco siguieron fieles a las decisiones soviéticas: Portugal, República Federal Alemana, Chipre, Irlanda y Luxemburgo. En América, África y Asia no hubo novedades significativas fuera de algunas sorpresas por lógicas razones de Estado, como el caso de Vietnam y Cuba, que apoyaron a su principal protector. Otras dos excepciones de diferente signo fueron las del partido mexicano y el de la República Dominicana, que rompieron el monolitismo pro soviético de los partidos del área.

La crisis de Checoslovaquia, a diferencia del conflicto abierto por los chinos en 1962, fue en lo fundamental un enfrentamiento entre los PC occidentales y los procedimientos de la URSS; un ataque a su hegemonía aplastante. Incluso fuera de Europa se opondrán a la invasión los partidos de naciones de economías avanzadas: Japón, Australia y Nueva Zelanda. En el curso posterior de los acontecimientos el PCUS tratará de recuperar lo perdido y se dedicará a un trabajo de zapa en el seno de las organizaciones que producirá en ocasiones pírricas victorias, como en el caso de Grecia, Finlandia, Austria y Suecia,

logrando la constitución de focos pro soviéticos. Se basaban en una peculiar teoría: en Europa occidental son preferibles pequeños partidos fieles a las orientaciones del PCUS que grandes partidos díscolos, porque de lo que se trata no es de hacer la impensable revolución, sino de representar los intereses del Estado soviético, forma acabada del «internacionalismo proletario».

Igual que ocurrió en el español, los dos grandes partidos de Occidente –el francés y el italiano– sufrirán sus crisis a raíz de la invasión. En ambos casos se ofrecerán dos alternativas, una ortodoxa y pro soviética, la otra tratando de ir más lejos y de revisar los conceptos en los que se movía el movimiento comunista. En el PC francés la oposición a la condena la capitalizará una figura histórica, la viuda del antiguo secretario general, Jeannette Vermeersch de Thorez. La visión más audaz y renovadora, que criticaba al partido por quedarse a medio camino, la personificó el filósofo Roger Garaudy, con el que el PC español mantenía estrechas relaciones. No era así en el caso italiano, donde el grupo «crítico» se nucleaba en torno a la revista Il Manifesto, hacia quienes el PC español adoptará desde el primer momento una actitud displicente, lo mismo que harían con la corriente pro soviética de Armando Cossutta. Mientras que el PCE se distanciaba a ojos vista del PC francés, al tiempo se acercaba a los italianos.

Santiago Carrillo vivió, en su persona y en sus análisis, la diferencia entre el XX Congreso del PCUS y la invasión de Checoslovaquia. Se sintió particularmente afectado por agosto de 1968; quizá también le tocaba más de cerca. Uno de los dirigentes comunistas que vivieron intensamente dicha crisis, el austríaco Ernest Fischer, escribió en sus Memorias: Checoslovaquia comprobó la posibilidad de un socialismo europeo. El 21 de agosto de 1968 fue la refutación. En un lapso tan corto de tiempo la posibilidad del socialismo y su imposibilidad, mientras la política de las grandes potencias determine el destino de los pueblos: tal es la paradoja que nos pone en tela de juicio a nosotros, los comunistas. De ahí el luto y la ira.

Santiago suscribiría esa apreciación política de Fischer. También en el terreno personal recibió una prueba que afectó su sensibilidad: el reencuentro con Artur London, el exviceministro checo, detenido, torturado y encarcelado en Praga durante el affaire Slansky de 1951. Carrillo señaló alguna vez en privado que, de las dos o tres ocasiones que lloró en su vida, esta fue una de ellas. El libro La confesión y el conocimiento personal de London, antiguo brigadista en España, y de su mujer, Lise, militante del PC francés, conmocionaron a un Carrillo

susceptible entonces, todo hay que decirlo, a dejarse emocionar.

No es extraño que encargue una reseña para Nuestra Bandera a su ayuda de cámara en los temas periodísticos, Federico Melchor. Allí no solo señalará lo que en el libro del checo hay de advertencia sobre los peligros, las deformaciones, la degeneración política, doctrinal y moral, sino que, doce años después de Togliatti y sus respuestas a Nuovi Argomenti, Melchor escribe en su estilo retórico: ¿No debemos realizar un esfuerzo para despersonalizar el problema [que plantea el caso London] y analizar las superestructuras, particularmente esa de la burocracia centralista, autoritaria, que vemos entrar en contradicción, en conflicto violento incluso, con las exigencias de un socialismo en cuyo seno se ha gestado ya la primavera?[4]. El artículo conmovió a más de la mitad del partido e indignó al resto.

Para el PCE los efectos de la invasión de Checoslovaquia serán mayores que en otros partidos. No se trataba solo de que por primera vez se enfrentaban a la Unión Soviética, lo que por tradición y precedentes parecía inaudito. Además conmocionaba al mundo de los «principios», incluso al de la «táctica» y al de la «estrategia»; los tres elementos que constituían aquello que en un sentido irónico se denominaría la «cosmogonía del partido». Si la URSS se había equivocado, Carrillo y el conjunto del Comité Ejecutivo, que siempre se habían amparado en las posiciones de los «camaradas soviéticos», se verían obligados a desarrollar un nuevo mundo político-teórico para sustituirlo. Como quien desmonta un edificio antiguo, debían ir quitando cuidadosamente los ladrillos y poner en su lugar otros recién barnizados.

Había que oxigenar al partido sacándole de su oscurantismo y de su seguidismo, y al tiempo hacerle carrillista para que no se produjera ningún vacío en el tránsito de fidelidades. Su actitud crítica respecto a una decisión soviética por primera vez en su historia –¡y qué historia!– forzaría en Carrillo la asunción del papel de máximo patrono teórico y práctico, capaz de dar soluciones a los más variados problemas, nacionales e internacionales. El salto circense, con red, se advertía con la simple lectura de dos textos simultáneos, La lucha por el socialismo, hoy y Más problemas actuales del socialismo. El primero lo presentaba Santiago, en nombre del PCE, a la Comisión preparatoria de la Conferencia de partidos comunistas y había sido redactado en las optimistas jornadas que separaban el Mayo francés del agosto checoslovaco. El papel revolucionario de las masas juveniles era inseparable entonces de la más alta consideración del análisis teórico de Mijail Suslov, albacea soviético del guía

seguro: el marxismo-leninismo; la revolución científico-técnica, la gran novedad de 1968, marcha de la mano con las consideraciones sobre los solitarios y clarividentes comunistas norteamericanos y el desprecio que le merece la quijotesca figura del Che Guevara.

Tan solo un par de meses separan estas reflexiones de las que dará a la luz en el otoño del mismo año, tituladas Más problemas actuales del socialismo. Tras la conmoción checoslovaca ya Suslov y la URSS no son el modelo de clarividencia, sino que el primer lugar del análisis lo ocupan los problemas derivados de la existencia de 14 estados socialistas, porque en tanto subsistan los Estados, aun siendo socialistas, el interés específico de cada Estado será un elemento real y aparecerán ante sus ojos por primera vez contradicciones objetivas derivadas de la razón y el interés de Estado. El patético desamparo de su generación lo expresará ahora paladinamente al reconocer que ya no sirven los viejos reflejos condicionados del tiempo en que la URSS era el único país socialista. Este es quizá el texto posChecoslovaquia más inteligente y audaz de Carrillo. Está muy por encima de las simplezas de su intervención de septiembre ante el Comité Central. En el fondo –escribe–, hay que volver al punto de partida, al XX Congreso, y proseguir la elaboración iniciada entonces. No volverá a repetir tales cosas en público, pero son el emblema de que el secretario general del PCE estaba dispuesto a recuperar a marchas forzadas el tiempo perdido y a convertirse en un líder carismático que aunara las figuras fantasmales de Kruschev y Togliatti.

No podía hacerlo sin resistencias. No solo por los atavismos y las tan citadas señas de identidad del comunismo español, sino además por la presencia en la dirección del PCE de hombres para quienes la URSS era la cabeza, el todo, la concreción del movimiento comunista. Ellos no habían ingresado en el partido para hacer la revolución en España, sino para defender la soviética. Comparada con la inmensidad de aquella gesta, lo de España apenas les parecía un asunto provinciano. Una mayoría de miembros del Central que respondían a ese retrato-robot no tomaron una posición beligerante frente a Carrillo gracias a la autoridad que gozaba Dolores Ibárruri. También, contó con el elemento lógico en un partido de corte estalinista, de convertir en impensable el enfrentamiento abierto con el secretario general, siguiendo el proverbio militante de que siempre es preferible equivocarse con el partido que acertar contra él.

Eso es lo que quizá explique en parte por qué en un partido como el PCE solo dos dirigentes se enfrentaran desde el primer día al nuevo curso de despegue de

la URSS. Ambos se habían formado allí: Eduardo García, miembro del Secretariado del Ejecutivo y responsable de organización, llegó en su adolescencia y participó en la guerra mundial en una compañía de la Seguridad del Estado, NKVD. Agustín Gómez, el otro, aunque nacido en Euskadi, desde su infancia encontró en la URSS la patria que había dejado, en ella se hizo hombre, ingeniero y mítico futbolista. Hasta finales de los años cincuenta, en que fue repatriado, vivió en Moscú y nadie de quienes le conocían supondría que dudaría un solo instante entre su fidelidad al PCUS o al PCE; le favorecía también que no era hombre de muchas luces, hecho a embestir, como correspondía a su puesto de defensa central del Torpedo.

Desde el 18 de septiembre ambos manifiestan su desacuerdo. Agustín lo hace a su estilo, directo y empecinado. Eduardo, hombre más complejo, expone sus discrepancias, pero tejiendo y destejiendo, sin romper la madeja. Agustín Gómez había nacido en Guipúzcoa y a los catorce años le mandaron a la Unión Soviética con el grupo de niños evacuados de Euskadi en plena guerra civil. Allí se afilió al PCUS y al PCE. Trabajó en la fábrica de automóviles Stalin (luego Lijachov) y formó parte de su equipo de fútbol, el Torpedo, donde llegó a capitán. Repatriado en 1957, se salvó por los pelos, cuando ya estaba en las manos de la policía, de ser detenido a consecuencia de las redadas que siguieron al VI Congreso (1960). Desde entonces fue el responsable de Guipúzcoa y a partir de la caída de Ormazábal de todo Euskadi, comprendida Álava y Navarra. Era hombre nada dúctil, duro, fiel a Carrillo pero por encima de todo fiel a la Unión Soviética y a su Partido Comunista. A Eduardo García López se le seguía llamando en el Ejecutivo «Eduardito», aunque era hombre tétrico, de amabilidad forzada y sospechosa siempre, siniestro hasta en el vestir. Gustaba de los abrigos de cuero, como los «chekistas» de Derjinski, y daba a sus palabras un calor y una entonación que parecían preparados para no creérselos. Lo de «Eduardito» le venía de antiguo, desde que a los diecisiete años se enroló en el V Regimiento, terminando la guerra con la aureola de haber sido el jefe de brigada más joven del Ejército republicano. En la URSS se incorporó a una unidad guerrillera del NKVD, creándose una fama de hombre implacable con cara de niño que nadie en la dirección del PCE acababa de tomarse en serio; les parecía una pálida imitación del Antón de la época dorada de los cuarenta. Parecía un agente soviético que tuviera a gala comportarse como si actuara en la Ninochka de Lubischt. No era un tipo agradable. Fuera del círculo familiar –una mujer y dos hijos fidelísimos–, no tenía amigos, solo camaradas.

Conforme el PCE vaya recrudeciendo sus críticas al PCUS por los

acontecimientos en Checoslovaquia, Eduardo irá tomando sus distancias e iniciando su labor soterrada, para la que tenía dotes genuinas. Pero hay un rasgo que es obligado señalar: políticamente el pobre «Eduardito» era un cero a la izquierda. Sin Carrillo o sin los soviéticos orientándole, se trasparentaba su naturaleza de hombre del aparato, funcionario trabajador, pero absolutamente chato para pensar por su cuenta. Sabía, porque tenía oficio, es decir, años de reuniones, desarrollar unos planteamientos que alguien le expusiera previamente. Pero en solitario, dejado en la exclusiva compañía de su caletre, era un patán aunque hablara con la seguridad de un profesor. En abril de 1969, cuando el Comité Ejecutivo se reúna para discutir «las posiciones del camarada Eduardo», todos le tomarán a broma a él, no a sus tesis, porque sabían que era incapaz de haber escrito aquello, tan largo y tan trabado.

En la reunión seguirá primando la situación del movimiento comunista, aunque España pase por una coyuntura particularmente difícil. De los tres puntos del orden del día, dos están dedicados al tema internacional: la conferencia de los partidos comunistas y la carta al Comité de Eduardo García. En el interior se ha declarado el Estado de excepción el 24 de enero de 1969. Es la respuesta de Franco a la ola de indignación que ha causado el «suicidio policial» del estudiante Enrique Ruano.

El Estado de excepción afectó a todas las fuerzas de oposición, que sufrieron confinamientos y prisiones, desde comunistas, los cuales entraron en la cárcel por centenares, hasta los destierros de democristianos (Óscar Alzaga, Fernando Álvarez de Miranda), socialistas (Paco Bustelo, Raúl Morodo, Elías Díaz) y liberales (Pedro Schwartz). El mundo académico fue el más afectado por los confinamientos. La prisión se utilizó para estudiantes y obreros.

La excepcionalidad, dentro del carácter ya excepcional del régimen, duró dos meses, al cabo de los cuales Carrillo, en París, hacía el balance. Se basó en las impresiones recogidas por Tomás García, Juan Gómez, tras un viaje al interior, donde constataba que el acercamiento entre las diversas fuerzas políticas era un hecho y vislumbraba la posibilidad de un pacto. Santiago se servirá de estos signos para esbozar una teoría utilitaria sobre la rentabilidad inmediata del despegue de los soviéticos. Por primera vez contempla la posibilidad de romper el aislamiento: Yo quiero decir que la realización de una política independiente es importante también como elemento para ayudarnos a facilitar la ruptura en España. Y si se dice que eso es «oportunismo», yo diría que es un oportunismo que interesa tanto a la revolución española como a la revolución mundial.

Sobre esta base, el enfoque del PCE respecto al movimiento comunista internacional iba a chocar con el de uno de los presentes, Eduardo García, cuya actitud en esta reunión se parecía a la del convidado de piedra. Quizá pensara, en un principio, que el despegue del partido de sus tradicionales posiciones soviéticas iba a conmover brutalmente los cimientos de la organización, pero se equivocó. Si en el otoño de 1968 tanto él como su amigo Agustín Gómez no dudaban en ir a por todas y mostrarse intransigentes en lo que ellos consideraban una «cuestión de principios», ahora Eduardo se mostraba en esta primavera de 1969 cauto y conciliador; o, por utilizar sus propias palabras: Las zonas de desacuerdo son mucho menores que lo eran al principio.

No solo se equivocaba, sino que demostraba que, pese a la convivencia regular, no conocía aún a Carrillo. Se iniciaba el despegue, no había hecho más que empezar, y cuando él hacía algo así no era hombre al que le gustara mirar hacia atrás. No consentiría que en el Ejecutivo hubiera un moscardón, un opositor que sirviera de enlace permanente entre el PCUS y los descontentos del aparato del PCE. Tener a un Cosutta a la española[5], un miembro de la dirección contrario a la autonomía respecto de la URSS, era algo que se podía permitir el PC italiano, pero no el español, según la concepción que del partido tenía Santiago. Es posible también que los asesores soviéticos sugirieran a Eduardo García un cierto repliegue para buscar una oportunidad mejor y encontrar aliados más poderosos. Mas no le dejará retroceder, Carrillo le cortará cualquier posibilidad de retirada. Le demolerá, demostrando que se trata de un adversario de ínfima categoría: No hay peor amigo que un oso servicial, decía Stalin, que dijo muchas cosas con buen sentido. Yo estoy convencido, con todos los respetos para el camarada Eduardo, que el camarada Eduardo defendiendo de esa manera a la Unión Soviética le hace un flaco servicio a la Unión Soviética y le hace un flaco servicio al partido… Apañada estaría la Unión Soviética con defensores que toman las posiciones que toma el camarada Eduardo y el camarada Agustín Gómez.

El sarcasmo utilizado encubría el que a partir de ahora la defensa de la URSS, en la versión del secretario general, pasaba irremisiblemente por la defensa de él mismo y de su línea política. Lo expresó con claridad meridiana: En este momento no tengo confianza en que los secretos del partido sigan siendo secretos del partido en manos de Eduardo y de otras gentes que piensan como él… No hay bulas. Si se tiene una posición discrepante y no se hace un trabajo de fracción se puede estar en el Comité Central, pero no se puede estar en el Comité Ejecutivo y en el Secretariado del partido. Si se hace un trabajo de

fracción no se puede estar ni en el Comité Central ni en ningún sitio…

El único que trató, muy a su manera, de hacer una defensa de Eduardo fue Enrique Líster, pero lo hizo de modo tan difuso y poco valeroso que revelaba escaso genio táctico, pues no se sabía si avanzaba o retrocedía, hasta el punto de que Sánchez Montero se indignó y expresó su desacuerdo por el tono oratorio grandilocuente y vacuo. El general se sintió ofendido en su vanidad. Camarada Simón, yo llevo 42 años justos de partido y es la primera vez en toda mi vida que escucho [eso de] que hago una intervención melodramática y a lo viejo. Al final se acoquinó y admitió tímidamente que excluir a Eduardo García del Ejecutivo no estoy convencido de que sea la única y la mejor decisión. Pero no por cuestiones políticas, sino por una razón muy especial y es que hay una cosa que siempre me ha gustado de Eduardo García, su humanismo, su gran humanismo hacia los camaradas. En fin, si había que hacerlo, ¡adelante!, él lo admitía e iba en su celo hasta defender las posiciones de los tres representantes del partido en la Comisión organizadora de la Conferencia de los partidos comunistas (Álvarez, Azcárate y Mendezona), de lo que se arrepentirá toda la vida.

Otro hombre de inequívocas posiciones pro soviéticas, Ignacio Gallego, sin dejar de apoyar a Carrillo y atacar a García, utilizó un lenguaje casi gongorino. Alcanzó tal barroquismo que lo mismo podía ser utilizado por unos que por otros, aunque se colocara al lado de los vencedores: Creo que es ahora –dijo– cuando estoy mejor, desde el punto de vista de comprensión de las cosas, lo que pudiéramos decir en vanguardia en la comprensión de todos los nuevos fenómenos. Parecía que estuviera hablando para los micrófonos o para confundir a los historiadores. No obstante, atacó sin ahorrar adjetivos, hallando en Eduardo torcidas intenciones, y dio su brazo también a torcer, dispuesto a suscribir las sanciones pertinentes.

Tanto Eduardo como Agustín quedaron retirados de sus cargos desde aquel pleno del Ejecutivo, sin esperar, como era de rigor, a la reunión del Central. Aquellos métodos de 1964 contra Claudín-Semprún, aun con ser poco diáfanos, habían pasado a mejor vida. Ya se les consultaría más adelante. De momento, ¡puerta! Ningún miembro de la dirección del partido allí presente tenía dudas de que antes de reunir al Central se verían obligados a expulsarlos.

Formaba parte de las necesidades del servicio. Si querían desarrollar una política cada vez más distanciada del PCUS, lo primero que debían hacer era liquidar a los seguidistas pro soviéticos públicos y notorios, y amilanar a los

«subterráneos». La experiencia de la invasión soviética de Checoslovaquia marcaba otro jalón en la historia del partido y así lo manifestó Santiago, asimilando su experiencia a la del partido en su conjunto: Hay que decir que dentro de lo malo que ha tenido la intervención en Checoslovaquia, sí ha tenido algo bueno… y es que nos ha ayudado, por lo menos en mi caso, a ver estos nuevos problemas del movimiento revolucionario en la actualidad… La lección estaba clara: Tenemos que salir de la incondicionalidad hacia este o hacia el otro partido, hacia este o hacia el otro país, no solamente con las palabras, como hicimos a raíz del XX Congreso.

EL DESPEGUE DEL PCUS

Santiago empezó a pergeñar su teoría «autonomista» dentro del conjunto del movimiento comunista. Consistía en una versión instrumental del Togliatti de 1964 y su memorial de Yalta. Sin citar la paternidad, él lo denominará una nueva unidad del movimiento comunista y en su primera exposición en el Comité Ejecutivo lo explicará con su lenguaje nada florentino: Una nueva unidad es la unidad en que nosotros podemos criticar tal o cual aspecto de la política de los camaradas soviéticos o de los chinos o de los checos o de los yugoslavos, o de los otros, sin que eso afecte a las relaciones de esos partidos con nosotros. Una nueva unidad es la unidad en la que se establezcan esas relaciones de franqueza y en la que se elimine la diplomacia verdaderamente repelente que existe, en muchos aspectos, en las relaciones entre partidos comunistas. Es decir, una nueva unidad en la que cuando se hable del marxismo-leninismo y del internacionalismo se admite que pueda haber enfoques, puntos de vista marxistas-leninistas distintos a los de uno u otro partido, en la que se admite como principio que ningún partido tiene el monopolio y la reliquia guardada del marxismo-leninismo. Como se ve, era tan solo un subproducto de Togliatti con un lenguaje ideológicamente de arriero.

La primera ocasión en que se exhibirá esta nueva postura públicamente será en la Conferencia de los Partidos Comunistas, celebrada en Moscú unos meses después de aquella reunión del Ejecutivo. Uno de los hombres de la delegación de dicha Conferencia, Manuel Azcárate, facilitará la terminología necesaria para ir dando consistencia a esta segunda gran misión del PCE. Si la primera es la

revolución española, la segunda consiste en convertir al partido hispano en una figura del movimiento comunista internacional, adalid de la autonomía nacional. Dicho en los términos de Santiago: Comenzar a pensar sobre todos los problemas con nuestra propia cabeza. Su cabeza iba a pensar, pues, sobre todos los problemas. Asombrando a propios y extraños, aparecía un nuevo estratega de la revolución mundial.

No hay un debate ni un proceso previo que explique la evolución del pre al pos-Checoslovaquia. Es Santiago quien da un vuelco a sus posiciones, arrastrando tras él a la mayoría del Ejecutivo, que se adapta, con mayor o menor entusiasmo, pero bajo los mismos emblemas que antes servían para lo contrario. Es posible que la invasión del verano de 1968 facilitara algunas de las iniciativas que llevaba pensando hacía tiempo y que no había encontrado la oportunidad de poner en práctica. Lo cierto es que a partir de entonces el distanciamiento de la URSS se hizo palpable. Con el criterio de su indiscutible talento táctico quizá se dieran dos razones paralelas para acelerar dicho distanciamiento: la de que los soviéticos, como toda gran potencia estatal, siempre valorarían más lo que no les era incondicional, y el efecto beneficioso para la política de alianzas. Los diversos grupos antifranquistas, tan susceptibles a su filosovietismo obsesivo del pasado, tendrían que admitir que él era el primer comunista europeo que acaudillaba «el nacionalismo» frente al «imperialismo moscovita».

El 28 de enero, un par de meses antes de que se reuniera el Ejecutivo, el PCE había enviado al PCUS una carta en la que no solo se denunciaba la situación creada en Checoslovaquia, sino que se hacía eco del significado profundo de algunos gestos, como la autoinmolación del estudiante Jan Palach. Mundo Obrero lo recogía y lo hizo suyo en un momento en el que los soviéticos trataban de reanudar las conversaciones bilaterales, en un intento evidente de frenar el distanciamiento y las previsibles depuraciones de sus fieles en los organismos de dirección del partido.

Unas semanas después chinos y soviéticos se mataban en un conflicto de fronteras siberianas y la posición del PCE fue por primera vez equidistante: Ninguna isla sobre el Usuri vale una sola gota de sangre soviética o china[6]. Se iniciaba el viraje que permitiría el acercamiento al partido de Mao Tse Tung. Pronto se haría una valoración muy realista sobre la revolución cultural china; todo se reducía a una lucha por el poder que ha terminado con el triunfo del equipo del presidente Mao. Aunque se mantenía la crítica hacia las desviaciones del PC chino, el análisis tenía sus dosis de sentido común: Hay que aceptar que

esa dirección va a seguir dirigiendo durante mucho tiempo y con ella habrá que entenderse.

Con estos antecedentes puede comprenderse cabalmente la impresión que causará el PCE en la Conferencia de los Partidos Comunistas en junio de 1969. Ya en las reuniones preparatorias la delegación española se había visto sometida a presiones que sirvieron a Santiago para refrendar en la citada reunión del Ejecutivo las posiciones de los tres comisionados (Azcárate, Álvarez y Mendezona). Ahora le tocaba a él jugar más fuerte y verse frente a frente por vez primera ante los líderes soviéticos.

Era costumbre en el Movimiento Comunista, al igual que en las relaciones diplomáticas entre Estados, que las intervenciones de los oradores, en este caso de los partidos, se dieran a conocer al anfitrión antes de emitirlas. El día que el PCE hizo llegar la suya al PCUS hubo ya un intercambio de frases y velados reproches entre los delegados españoles y los soviéticos Suslov, Kusinen y Ponomariev. Sin más consecuencias. Traducido el texto y leído detenidamente, la reacción, vísperas de la sesión en la que debía intervenir el PCE, y además por boca de la mítica Pasionaria, les causó conmoción. Ella, que había vituperado al fiero Enver Hoxha, ¿iba a ponerlos ahora en el punto de mira, exhibiendo las diferencias ante la plana mayor del comunismo mundial?

Junio de 1969. Dolores Ibárruri y Santiago Carrillo fueron convocados al Kremlim. Los recibieron los hombres más poderosos de la mitad de la tierra. Allí estaban Leonidas Breznev, jefe del partido; Alekséi Kosyguin, jefe del gobierno; y Nicolai Podgorny, jefe del Estado. La troika solo se reunía al completo en las grandes ocasiones. La vanidad del secretario general español podía sentirse satisfecha. Solo tenemos su versión filtrada a su amigo-enemigo, Fernando Claudín, para mayor gloria de su biografia y en un momento en que necesitaba robustecer la imagen de una Pasionaria consciente de su papel de reina madre. Es inevitable copiar el relato, redactado con gozo, como una charla risueña entre connaisseurs del mundo de la jerarquía soviética: Apareció Breznev acompañado de otros soviéticos. (Obsérvese que Claudín no le quiere dar la satisfacción a Carrillo de situarle entre los grandes de la tierra y no especifica a dichos soviéticos.) Una vez acomodados en torno a una mesa colmada del mejor vodka, el mejor caviar y otros excelentes sakuski, Breznev se dirigió a los dos españoles en tono afectuoso, mostrándose dolorido por su actitud: «¿Qué les hemos hecho? ¡Nosotros, que os llevamos en el corazón!», y así por el estilo. Pero al no conseguir nada, fue endureciendo el tono, hasta que finalmente, ya colérico,

apuntó con el dedo a Carrillo, al que hasta ese momento había tratado de usted, y le espetó: «¡Piénsalo bien, con esa actitud rompéis con un partido de catorce millones de miembros y un país de doscientos cincuenta millones de habitantes!». Dolores estaba muy impresionada y no decía palabra. Los soviéticos parecían dejarla al margen del conflicto. Su blanco era Carrillo[7].

Es probable que el relato sea fiel al paisaje, pero es improbable la descripción de los personajes. Ni los soviéticos eran gentlemen, como dijo aquel, para no abordar a su eslabón fundamental, Pasionaria, ni ella una lady para mantenerse con la boca cerrada. La imagen de Epinal que transmite Claudín de un Carrillo –asturiano, bajito y miope– enfrentándose solo, cual Don Pelayo, al Imperio Soviético quizá sea un favor iconográfico entre viejos amigos con enemigos comunes, pero cabe pensar que conociendo a Dolores, con su edad y su curriculum, no es fácil que se dejara impresionar y menos aún que la hicieran callar. Lo que nadie, salvo ellos, sabe es qué se dijo, qué se hizo, qué se prometió y qué se cumplió. Es decir, todo menos el paisaje.

Conocemos, no obstante, el siguiente capítulo. Carrillo salió del Kremlin y se dirigió al hotel Sovietskaia, donde le esperaba la amplia delegación española: Simón Sánchez Montero, Manuel Azcárate, Ramón Mendezona, Enrique Líster, Santiago Álvarez, Gregorio López Raimundo y Manu Escobedo. Es significativo, contra lo que algunos desmemoriados afirman, que Pasionaria no estuviera presente. Santiago les dio cuenta de lo que creyó pertinente del intercambio desigual con Breznev e hizo una curiosa propuesta irrevocable: sería él, y no Dolores, quien intervendría al día siguiente en el magnífico salón San Jorge: todos lo aprobaron como si supieran realmente de qué se trataba. Solo Enrique Líster se manifestó con un pertinaz silencio.

Que las amenazas de los líderes soviéticos debieron de ser de envergadura nos lo traslucen los acontecimientos posteriores y la eficacia de las presiones. De todos los partidos de Europa occidental, que en su momento adoptaron posiciones contrarias a la intervención, en el verano de 1969 solo siete estaban dispuestos a mantenerlas (el PC italiano, británico, austríaco, belga, suizo, de San Marino y el español) y de estos el austríaco rectificará cuatro meses más tarde. No es que los otros renegaran de sus declaraciones de septiembre de 1968, es que las habían metido en el congelador en aras de que sus partidos no saltaran hechos pedazos.

La intervención del secretario general del PCE fue una novedad en aquel letargo de unanimidades que había empezado el 5 de junio y que durante doce días vería

desfilar en los salones del Kremlin a los representantes de los 75 partidos asistentes. Faltaban 17, que significaban nada menos que 5 Estados socialistas y buena parte de los asiáticos, que no consideraban oportuna aquella reunión. No estaban ni los «radicales» holandeses ni los «revisionistas» yugoslavos, pero al fin Cuba se sumaba al movimiento comunista y suscribía todas las tesis allí aprobadas, menos unos párrafos referidos a los movimientos de liberación de los pueblos.

El contenido del discurso de Carrillo no solo era «nuevo» por lo que tenía de ruptura con la imagen de conferencias anteriores, sino también por un intento genuino de introducir en la discusión lo que en el texto denominaba los nuevos fenómenos sociales: la revolucionarización en masa de la juventud estudiantil, reflejo de la conmoción que había causado el Mayo francés; la transformación en las filas de la Iglesia católica, consecuencia directa de las entrevistas que Azcárate y Santiago habían tenido con teólogos españoles; la consideración del Ejército como algo progresivo y no tan solo como guardia pretoriana de la oligarquía, trasunto del golpe progresista que había triunfado en Perú con Velasco Alvarado, en octubre de 1968; y, finalmente, la revolución científico-técnica, que causó impresión duradera en la cúpula del PCE gracias a los trabajos de Radovan Richta, entonces de moda en Francia.

Fue la parte más llamativa de la intervención, que contenía, a su vez, los inevitables latiguillos laudatorios hacia el papel de la URSS, fuerza decisiva en la lucha contra el imperialismo y firme baluarte en el que se apoyan las luchas de liberación nacional y social de los pueblos. Pero esto es lo que todos esperaban y por tanto nadie le daba la mayor importancia. Lo que se retenía eran las reservas sobre algunos puntos del documento general presentado a la Conferencia y que debían suscribir todos. Algunos, como el PC de Santo Domingo, ni siquiera lo filmaron, objetando íntegramente el texto. Los españoles también se diferenciaron de la mayoría en su cuidado por no referirse a China, en aras de la nueva unidad del movimiento comunista internacional.

Quince años después de la muerte de Togliatti, Carrillo asimilaba una de sus ideas de 1956 y afirmaba que el reconocimiento de la diversidad no conduce a la dispersión. Era un deseo audaz, aunque fuera una tesis que la historia no confirmaría.

Carrillo y el PCE tuvieron varias razones para estar satisfechos de los resultados de la Conferencia. Por primera vez la tónica general fue la de exponer las

diferencias en público, rompiendo la tradición de los secretos. También se había roto con otra tradición inherente al movimiento comunista de la era estalinista: las divergencias no se saldaron con expulsiones. El movimiento comunista debía aprender a convivir con la diferencia aunque fuera a regañadientes.

LOS ÚLTIMOS COLETAZOS DE LA LÍNEA PRO SOVIÉTICA

La actitud del PCE debía tener su castigo. Nada más volver de Moscú, un par de tareas exigían una rápida solución. Por una parte, la ofensiva de los soviéticos contra Carrillo en el interior del partido iba a arreciar. Por otra, se hacía imprescindible diseñar una nueva política internacional antes de que el PCUS consiguiera aislarles y, por tanto, ahogarlos económicamente.

Los soviéticos lanzan su ataque en dos frentes, el de los hombres públicos que dentro de la dirección del partido defienden sus posiciones y el de forzar la ruptura de la militancia española en la URSS con la línea oficial del PCE.

Centenares de españoles que vivían en la Unión Soviética tenían doble militancia, la del PCUS y la del PCE. Hasta 1968 fue ventajoso para ellos, pero a partir de entonces si alguien sostenía las posiciones oficiales del PCE pasaba a la categoría de reo de los tribunales soviéticos, y se situaba en posiciones de subversiva disidencia. Las bases comunistas en la URSS aceptaban a pies juntillas las tesis soviéticas y era lógico, tanto desde el punto de vista ideológico como de las necesidades de supervivencia. Lo que sorprendió al PCUS es que del Comité del PCE en la Unión Soviética tan solo cuatro estuvieran en sus posiciones, mientras que siete defendieran las de Carrillo. Posiblemente el propio Santiago estuviera entre los sorprendidos. Tuvo varias entrevistas con dirigentes soviéticos –Beliakov, Ponomariev, Pankov, Zagladin– para tratar de hallar un estatus que no tenía precedentes.

La propuesta del PCE, que expuso Carrillo, consistía en una duplicidad. En las instituciones y empresas donde nuestros militantes trabajen deberán respetar y apoyar las decisiones del PCUS, en esos lugares no habrá otra línea que la del PCUS, pero en los locales españoles debía ser al revés. Por más que los militantes españoles hicieran de Jano bifronte en el terreno de la ideología, la

fórmula se revelaba impracticable. Para nadie era un secreto el que aquellos que adoptaran las posiciones oficiales del PCE no lo iban a tener fácil en la URSS. Con el objeto de ponérselo menos peliagudo se decidió que los números de Mundo Obrero que se refirieran a Checoslovaquia no se enviarían a la organización en la Unión Soviética. Incluso en un afán de evitar una pelea perdida de antemano, Santiago estableció que quedaba terminantemente prohibido referirse a Checoslovaquia en las organizaciones de españoles en los países del Pacto de Varsovia. Claro está que una cosa era lo que podían y querían hacer los españoles y otra lo que el PCUS decidiera. A aquel que no aceptaba sus posiciones pasaba a considerársele un «agente del imperialismo» o, más exactamente, un «asocial», con el consiguiente corolario de la pérdida del puesto de trabajo, entre otras regalías. Los intentos de Carrillo porque Pasionaria mediara en este drama no tuvieron ningún éxito. La vieja dama quería mantener la equidistancia y Santiago lo aceptará de buen grado, siempre y cuando le siguiera o se callara en los momentos decisivos.

Por su parte, la ofensiva en el interior del partido tiene, de un lado, el protagonismo residual de Eduardo García y Agustín Gómez, que siguen realizando su trabajo soterrado, enviando dossiers y filtrando informaciones. En el verano de 1969 el Comité Central, en una reunión en verdad muy reducida, con apenas treinta asistentes, aprueba la destitución de sus cargos. La única reacción entre la militancia es la carta que firman 200 españoles de la emigración en la URSS, en la que, más que protestar por el castigo, apuntan solo hacia las erróneas posiciones políticas de la dirección del PCE y llaman a mantenerse firmes en los principios del marxismo-leninismo y del internacionalismo proletario, es decir, del PCUS.

Al final se volverá a utilizar la consulta por escrito a los miembros del CC, que tan buenos resultados había dado en la crisis Claudín-Semprún, pero hecha ahora sin rigor alguno. En un comunicado que lleva la navideña fecha de 30 de diciembre de 1969 son expulsados García y Gómez por trabajo fraccional en contra del partido y por su campaña contra la unidad, la línea política y la dirección. La decisión se tomó con algunas abstenciones y significativos silencios; flecos que antes de un año se recortarán. El último gesto político de los dos expulsados, que formaron grupo aparte, el «PCE-VIII Congreso», será la carta que el 15 de abril de 1970 firmen, junto a otros sesenta y dos militantes de la emigración, en la que exponen su línea de ortodoxia y de defensa a ultranza de la política del Estado soviético. Salvo entre los veteranos de la emigración y algún militante descabalgado del interior, el grupo no encontraría eco. Sí afectó,

aunque de manera irregular, a aquellos para quienes la frase «la URSS siempre tiene razón» constituía parte de sus principios políticos. Eran veteranos sin influencia real en el partido y menos aún en los movimientos de masas.

Es lógico, por tanto, que las mayores dificultades existieran en la propia cúpula del partido, donde por formación y por vínculos el despegue de la URSS afectaba incluso al terreno personal. En el Comité ejecutivo, Enrique Líster redescubre su fidelidad de general del Ejército soviético, especialmente desde que el 14 de enero de 1969 tres miembros de la nomenklatura, Persov, Zagladin y Pankov, dirigentes del PCUS, le invitan a comer en Moscú, solicitándole entre otras cosas «sus buenos oficios» para «arreglar» el contencioso PCE-PCUS. De la timidez inicial, Líster pasa a recoger la antorcha que en su momento defendieron Eduardo García y Agustín Gómez.

A menos de creer en un cierto desdén del PCUS y de los servicios de información soviéticos hacia el PCE, no resultaría comprensible su estrategia de 1969-1970 frente a Carrillo. De haber planteado batalla, desde un primer momento, el dúo García-Gómez y Enrique Líster, la victoria del secretario general no hubiera sido tan fácil. Agrupaban en un bloque a siete miembros del Comité Central, dos de ellos en el Ejecutivo. Y, mientras que Eduardo –y no digamos Agustín– era un perfecto desconocido para quien no estuviera en relación con el aparato clandestino, Líster conservaba una aureola de militar republicano y de líder comunista, quizá desmedida respecto a su capacidad real, pero eso era lo de menos. Todos juntos desde el principio hubieran paralizado muchas iniciativas de Carrillo y se lo hubieran puesto bastante crudo, al menos en las organizaciones del exilio. Pero fueron a la pelea en orden disperso y fue fácil desbancarles uno tras otro. También el carácter un tanto atrabiliario de Líster no facilitaba la coordinación y, como demostrarían más tarde, cada uno de los pro soviéticos expulsados en los años 1969-1970 marcharía por su lado con un puñado de incondicionales domésticos. En el verano de 1970, reunido el CC, y antes de que se llegue al primer punto del orden del día, Carrillo, como veremos, habrá logrado conjurar toda la facción pro soviética, expulsando a los más notorios y obligando a los otros a ocultar sus verdaderas intenciones y creencias, so capa de unidad y posibilismo.

Santiago nota que tratan de acosarle al menos en el terreno internacional y por eso agudiza las tensiones. Denuncia sin paliativos al partido polaco, acusándole de esquirol de las huelgas en la minería asturiana, lo que a todas luces era un gesto forzado, pero rentable políticamente. En una carta pública les exige tomar

medidas de solidaridad con el proletariado de Asturias, negando todo suministro de carbón al gobierno franquista en esta situación. Empieza una guerra de posiciones en la que el PCE se defiende dando zarpazos, mientras que los soviéticos tratan de golpear allí donde más duele, para hacerle retroceder. En su esquema dan a entender que si el PCE ha roto el pacto de solidaridad con el PCUS a cualquier precio, el Estado soviético hará lo mismo con los comunistas españoles. E inician, por tanto, los trámites para formalizar las relaciones diplomáticas con Franco.

En marzo de 1970 se instala en Madrid la primera misión diplomática soviética. Es el resultado de la escala técnica que hace en Moscú el ministro español de Asuntos Exteriores, Gregorio López Bravo, dos meses antes. El Comité Ejecutivo recoge el reto y declara solemnemente: El PCE ha hecho saber en diversas ocasiones su opinión sobre la improcedencia de que los países socialistas establezcan cualquier tipo de relaciones con el régimen de Franco, que además toca a su fin. Se rectificaba así públicamente la posición tomada por última vez en 1964, cuando con ocasión de los contactos entre el embajador soviético en París, Vinogradov, y el español José María de Areilza, el PCE había escrito: La iniciativa española de relaciones con la URSS y con los países socialistas no tiene por qué crear ninguna situación embarazosa ni a los comunistas ni a ninguna otra fuerza de oposición… No hay ningún principio que impida en absoluto la existencia de relaciones entre un Estado socialista y España, incluso subsistiendo el régimen actual…[8].

Eso sucedía en enero de 1964 y traducía el temor del PCE, casi la evidencia, de que se iban a establecer relaciones entre los dos estados y que habían de preparar a la militancia para lo irremediable. Sin embargo, desde la expulsión de Claudín y Semprún, desde que Carrillo se quedó solo y agudizó su tendencia a sopesar que el fin de la dictadura era inminente, consideró que exigir de los soviéticos una actitud dura frente a Franco era un modo de confirmar y apoyar sus análisis políticos. En noviembre de 1967, como vimos, tuvo especial interés, durante las conversaciones PCUS-PCE, en comprometerles a que no establecerían relaciones con Franco sin consultar previamente con el PCE. La invasión de Checoslovaquia al año siguiente y la toma de postura española daba la oportunidad a los soviéticos para un chantaje: si vosotros no reconocéis a los nuevos hombres que colocamos en Praga, nosotros no tenemos por qué seguir aceptando vuestros condicionamientos respecto a Franco.

Nadie quiere, sin embargo, la ruptura, ni los españoles ni los soviéticos, por eso

el 29 de abril de 1970, aprovechando que está en Moscú una delegación del PCE para asistir al centenario de Lenin, vuelven a reunirse. Ante Dolores, Santiago, Gallego, Romero Marín y Ballesteros, los líderes soviéticos, encabezados por Suslov y flanqueado por Kirilenko y Zagliadin, les exponen la idea, casi se podría decir la amenaza, de que la URSS va a convocar una Conferencia de Seguridad Europea, a la cual se invitará expresamente a la España de Franco. El PCE rechaza lo que denomina una interpretación oportunista de la seguridad europea, en el sentido de una especie de statu quo social o político… La seguridad europea no puede ser seguridad para los regímenes de tipo fascista de Grecia, Portugal y España[9]. Pese a ello nadie quiere romper, sino ganar tiempo, y así ambas delegaciones firman un comunicado conjunto que será una indiscutible victoria personal de Carrillo frente a los soviéticos, los cuales con una mano financian y apoyan a García-Gómez y jalean a Líster, y con la otra firman un comunicado con su «enemigo». ¿Qué valor van a tener las afirmaciones de la corriente pro soviética en el PCE cuando afirma que Carrillo está aislado del movimiento, si el PCUS le admite como interlocutor y suscribe un documento en común? En el fondo todo indica que los soviéticos podían amagar, pero no dar, porque carecían de una alternativa de cierta entidad frente al secretario general. Especialmente si Pasionaria no estaba por la labor.

Dentro de la lucha de posiciones, Santiago y su Comité Ejecutivo deben tratar de ganar terreno frente a los soviéticos en el campo ideológico, exhibiendo un rigor y una apertura notables. Se favorecen niveles de expresión teórica inéditos en el PC español desde los últimos tiempos de Semprún. Un profesor universitario catalán, Joaquín Sempere Ernest Marti, publica en Nuestra Bandera un artículo que sorprende a propios y extraños por su alejamiento de los modos teóricos habituales, titulado «Los problemas ideológicos y el Frente Cultural»; el cual desde la primera línea reflejaba algo inédito para una revista oficial: El movimiento comunista de nuestros días lleva un retraso evidente en el terreno de la lucha ideológica.

A su estilo, desordenadamente, dando bandazos y sin ningún propósito de consolidar nada, el PCE era más audaz que nadie, más seguro de sí que nadie y más inconsecuente que ninguno. Los ataques a la denominada «normalización» de Checoslovaquia no solo menudeaban, sino que se distinguían por su tono audaz, que alcanzó en ocasiones la repulsa. Iban más allá de los avances consolidados del PC italiano. Ante la expulsión del camarada Dubcek de las filas del PC de Checoslovaquia, tampoco nosotros podemos callar[10]. Y añadían retadoramente: Dubcek, expulsado, sigue siendo una esperanza para el porvenir

socialista de Checoslovaquia. Nadie en el movimiento comunista había llegado tan lejos sin situarse en el punto de mira de los soviéticos.

El verano de 1970 marcará el momento de máxima inflexión del nuevo giro. En la reunión plenaria del Comité Central, Santiago aprovechará la ocasión para convertir el partido en el instrumento necesario que va a iniciar un nuevo rumbo y a mucha velocidad; en lo nacional, las más amplias alianzas; en lo internacional, distanciamiento progresivo de la URSS y apertura hacia diversas experiencias; en el terreno interno, incorporación de otra generación a la dirección del partido.

Este pleno ampliado, celebrado en las vecindades de París en agosto de 1970, es otro jalón en la historia del PCE y mucho más importante de lo que aparenta. En esta reunión del Central se abrirá un periodo que habría de durar, con unas características constantes, hasta las primeras elecciones democráticas, siete años más tarde.

El primer rasgo sobresaliente de esta reunión es que cierra la crisis abierta tras la condena de la intervención en Checoslovaquia. Enrique Líster y otros cuatro miembros del Comité Central son expulsados con facilidad, resultado de la doble cualidad que permitía el control de Santiago sobre el organismo dirigente y la absoluta fragilidad política de los expulsados. Enrique Líster fue al pleno, ampliado profusamente por Carrillo con jóvenes militantes del interior, con la idea de armar bronca y si de paso le dejaban decir algunas cosas antes de mandarles a la mierda, tanto mejor.

El orden del día constaba de tres puntos: situación política, informe sobre las nacionalidades y las objeciones de Líster a la política del partido y los métodos de la dirección. Pero el General no estaba dispuesto a ser preterido hasta los postres y desde su entrada en la sala exigió cambiar el orden y tratar específicamente de «la convocatoria y preparación del VIII Congreso». Los pro soviéticos levantaban ahora la bandera de los estatutos y exigían, tras inveterado olvido, un nuevo Congreso, pues el anterior, del que aún no se había dado noticia, se celebró cinco años antes. La propuesta de Líster se pasó a votación y su orden del día fue rechazado por todos salvo tres excepciones: la suya, Celestino Uriarte y José Bárzana, que indignados y vociferando abandonaron aquel antro de «traidores revisionistas y antisoviéticos». Santiago había tenido la previsión de evitar que en vez de tres fueran cinco, cosa que consiguió muy en su estilo, confundiendo premeditadamente las citas clandestinas de otros dos

miembros del Central, Saiz y Balaguer, que no pudieron llegar al lugar de la reunión.

Tras la breve pero ruidosa protesta, Líster y sus dos colegas quisieron abandonar el lugar. Frente a la opinión de Santiago, que era partidario de dejarles marchar, algunos militantes del interior, y muy especialmente Nicolás Sartorius, exigieron que se les mantuviera «retenidos» hasta el final, como medida de seguridad. Hubo gritos, insultos, forcejeos y conato de huelga de hambre, pero así se hizo. La realidad vino luego a confirmar las malas intenciones, porque poco después de que se les soltara, la policía francesa visitó el local y obligó a los comunistas catalanes, que iban a celebrar un plenario, a desplazarse a la alcaldía de Saint Denis. Pero la reunión del CC siguió su curso y al final, en la hora de los castigos y las recompensas, aquel hombre abocado a la taquicardia, Enrique Líster, con sus sesenta y tres años a cuestas, fue expulsado. Le acompañaron a las tinieblas exteriores otros cuatro hombres, residentes todos en países socialistas: el vasco Celestino Uriarte, el asturiano José Bárzana, el maestro Luis Saiz y el catalán Luis Balaguer. Se liquidaba con ellos a los últimos pro soviéticos convictos y confesos del Comité Central; los demás quedaron emboscados.

El segundo rasgo de esta reunión histórica fue el ascenso de un nuevo grupo a los órganos de dirección del partido. Si de una tacada y sin problemas se había echado fuera a cinco miembros del Central, entre ellos uno del Ejecutivo, de otra se iban a meter veintinueve en el Central y cinco en el Ejecutivo. Y todo sin necesidad de Congreso. Ni en el famoso pleno de 1956 de la Casa del Lago se había hecho tal mudanza. Por primera vez, tanto el Central como el Ejecutivo estarían formados mayoritariamente por militantes que no habían hecho la guerra y que no procedían del exilio, sino de la lucha clandestina del interior. Entraron en el Central: Pilar Brabo, Antoni Gutiérrez, Vicente Cazcarra, Tini Areces, Nicolás Sartorius, Juan Antonio Bardem, Dulcinea Bellido, Eduardo Saboribo, Rafael Pillado, Francisco Idiáquez, Carlos Barros, Dolores Sacristán, José Carlos Mauricio…

Siguiendo la tradición inaugurada con el caso Jaime Ballesteros en 1965, algunos del mismo golpe ascendieron al Ejecutivo, como Pilar Brabo, Vicente Cazcarra y Antonio Gutiérrez Díaz. El ascenso irresistible de una nueva generación coincidía con el decaimiento de otra que estaba representada en hombres como Manuel Sacristán, y en menor medida por Alfonso Sastre. Como si su papel de neutralizadores y de escaparates intelectuales, que desempeñaron

tras la crisis de 1964-1965, Santiago lo diera ya por cancelado y no tuviera necesidad alguna de ellos. Sacristán estaba molesto por el nuevo curso de la política del partido tanto en relación con España como respecto al movimiento comunista; había abandonado sus responsabilidades en el PSUC a comienzos de 1969. Tenía la sensación de que toda aquella crítica a la Unión Soviética y a la vieja ortodoxia comunista, a la que el profesor era muy sensible, no escondía otra cosa que «derechismo» o, por decirlo con su terminología, «bersteinismo»[11]. Había en él, también, la conciencia de una comparación odiosa para el Partido Comunista español al situarlo en paralelo con su homólogo italiano, que conocía muy bien y seguía con atención. Frente a la frivolidad y la superficialidad de las elaboraciones de Santiago, había en los otros unos procesos de debate que, por encima de que coincidiera o no con ellos, merecía reflexión y respeto. No era este el caso hispano, pues cualquier observador atento percibía la duplicidad de comportamiento, la hipocresía que permitía al PCE criticar a los soviéticos por hechos que ellos mismos practicaban reiteradamente.

Será la última vez que Sacristán y Sastre aparezcan en una reunión de la dirección del PCE, y es sintomática esta especie de escalera descendente del partido entre la intelectualidad. Si en el periodo 1956-1963 contaba con una cantera de primer orden en el panorama español, este sector se irá agostando entre crisis, depuraciones y ausencias de perspectivas. Quizá dos hombres tan distintos en muchos aspectos y tan parecidos en otros, como el filósofo Sacristán y el autor teatral Sastre, constituyeran sin pretenderlo la imagen de los últimos mohicanos de la generación que nació a la política en los cincuenta y que ahora era sustituida por otra de diferentes características, la que representaban los Antoni Gutiérrez Díaz, Pilar Bravo, Vicente Cazcarra, incluso Jaime Ballesteros, salvando las leves distancias de edad.

En este sentido quizá el aspecto más patético, observado con ojos de hoy, del pleno del verano de 1970 fuera la figura de Dolores Ibárruri. El segundo punto del orden del día se lo tenían dedicado a ella para su esperado informe sobre las nacionalidades en España. Había aceptado la propuesta que le hizo en su día Carrillo para interesarla en la vida política española y el resultado fue un texto inclasificable, una especie de manual deleznable, de parvulario, sobre la historia de Galicia, Cataluña y Euskadi, en el que no había ni una idea política, ni vieja ni nueva, ni tan siquiera nada que tuviera relación con la España del franquismo y la lucha de las nacionalidades históricas por no perder su identidad.

Fuera de las intervenciones de Sacristán y Sastre sobre este tema, nada predecía que unos meses después el país entero iba a conmoverse con el Proceso de Burgos y la situación en Euskadi. Mientras que Sacristán daba una lección sobre el marxismo y las nacionalidades, con su habitual solidez expositiva, va a ser Sastre el que se muestre fascinado ante el fenómeno de ETA en este su último discurso en el Central y en el partido, preludiando la que sería su nueva opción política: Creo que tenemos que aprender algo los comunistas de los compañeros revolucionarios de ETA… Han demostrado cómo el problema nacional es un problema profundamente de las masas… Ellos han sabido tirar a su medida de lo que sienten las masas, de lo que piensan las masas, de lo que quieren las masas.

No era esta precisamente la opinión de Ramón Ormazábal, recién salido de la cárcel y recuperado de su complejo dimitroviano, para quien el nacionalismo, según manifestó allí mismo, seguía siendo la misma bestia que venía combatiendo desde hacía años: Todo el movimiento nacionalista en Euskadi no tiene más que una base ideológica, de principios, que lo impregna de arriba a abajo, que aunque lo callen se manifiesta en su comportamiento político: es un racismo feroz, es un antiespañolismo feroz, de los cuales se deriva el separatismo. No es extraño que Alfonso Sastre no tuviera mucho que hacer allí donde Ormazábal unía a su antinacionalismo enraizado el obrerismo más obtuso: En la ría de Bilbao es lo más corriente del mundo que cuando en una reunión se empiece a desarrollar el tema de Euskadi, te pregunten qué es eso de Euskadi. Este sería a partir de ahora, a falta de otro mejor, el nuevo responsable del PC en el País Vasco, ascendido al Comité Ejecutivo tras la autocrítica de 1965 y su salida de la cárcel. Santiago, para atenuar sus efectos, pronto le colocará al lado a un joven prometedor como Carlos Alonso Zaldívar, exestudiante de ingenieros aeronáuticos de Madrid, descubierto por Pilar Brabo[12].

Aunque se recuperaran hombres como Ormazábal o González Jerez, lo significativo era tanto lo que se dejaba a un lado como lo que aparecía en todo su esplendor. No es extraño, por tanto, que la primera decisión del nuevo equipo dirigente que salga del pleno sea, una vez más, felicitar a Pasionaria en su 75 aniversario. Su participación en el pleno había dejado tal turbación en todos que posiblemente ella misma se sintió desplazada, y fue consciente de que con su intervención sobre las nacionalidades se había echado la última paletada política de su vida, cubriendo el pozo en el que se había ido metiendo desde hacía años. Nunca más escribirá un texto político dedicado expresamente a tal o cual aspecto de la política del partido. Sus participaciones se limitaron a referencias históricas y a poner la guinda en las concentraciones multitudinarias, como si fuera la

actriz invitada. Es significativo que con tanta mudanza, tanta novedad y tanta cara risueña en el Comité Central, se adelantaran varios meses para felicitarla en el viejo estilo, en el de 1945, con la firma individualizada al pie del documento. Un texto antológico en el que cada párrafo llevaba una estrofa que empezaba orgullosos de ti, camarada Dolores… Tal si fuera un epitafio.

Por fin, y en tercer lugar, fue la línea política el otro aspecto sobresaliente del pleno. Aquí Santiago se bastaba solo. Su intervención se publicará más tarde con el tentador título de Socialismo y libertad; símbolos de los nuevos tiempos. La política del partido que diseñaba tenía un ángulo táctico, inmediato, el Pacto para la libertad, y otro estratégico, en la perspectiva socialista, la Alianza de las fuerzas del Trabajo y de la Cultura.

Sobre esos dos ejes caminará la política del PCE durante los próximos años. Se denominaba «Pacto para la libertad» a lo mismo que con otras palabras se venía repitiendo desde hacía décadas, la necesaria coincidencia de fuerzas de derecha e izquierda para conseguir el derribo de la dictadura. Quizá la novedad residía en que conforme avanzaba el tiempo y las previsiones no se cumplían, las ofertas de alianzas que hacía el PCE se escoraban más hacia la derecha, en la búsqueda de aliados en los entornos y los arrabales del régimen. En el terreno de los Pactos, el partido se ablandaba cada vez más, incluso en el lenguaje. Pero esto no significaba en modo alguno sensación de duda, sino sentimiento de autocomplacencia. Lo expresó Santiago en su intervención política, cuando dijo: ¡Cuán errados andaban aquellos que hace cinco años en nuestras propias filas profetizaban el aislamiento y el fracaso de nuestro partido si no modificaba su línea dándole un sesgo derechista!

Algo más que un sesgo se empezaba a dar con el «Pacto para la libertad», y sin embargo los resultados no solo no eran alentadores, sino idénticos o inferiores a los de 1959. El tal pacto, imprescindible por otra parte, ya no venía rodeado de la Huelga Nacional, ni pacífica ni insurreccional. De momento no se hablaba de ello, al menos por un tiempo. Algunas personas dicen ahora: eso del pacto para la libertad no entusiasma a nadie. Nosotros respondemos: el día en que el pacto para la libertad cristalice concretamente, ya veréis surgir un entusiasmo y una combatividad de masas como no hemos conocido en estos treinta años[13].

En el plano de los objetivos socialistas tampoco había novedades, porque se recogía la denominada nueva formación política, que adaptaba a los setenta, en la versión de Santiago, la periclitada «alianza obrero-campesina». Esta Alianza

de las Fuerzas del Trabajo y de la Cultura sería la réplica hispana incluso a los sóviets de obreros, campesinos y soldados del viejo Lenin, y su misión la resumía en esta frase cargada de ambición: La Alianza…, puede ser y será el régimen de democracia política más libre que ha conocido la historia de España.

Por eso cabe decir que el pleno histórico del verano de 1970 trajo las mayores novedades en el final de la crisis abierta por los acontecimientos de Checoslovaquia y en la constitución de un nuevo equipo dirigente. Ya era bastante, porque en el terreno político todo estaba ya previsto. A corto plazo el «Pacto para la libertad» y, para los ambiciosos que siempre desean más, la marcha hacia el socialismo bajo la sombra benéfica y protectora, donde todo cabía, de la Alianza de las Fuerzas del Trabajo y de la Cultura.

[1] Hay quien señala que la reunión tuvo lugar el 24.

[2] Este largo párrafo fue retirado y tachado del texto de Carrillo para que no constara en las actas de la reunión del CC. Solo aparece en el original de la transcripción de las cintas magnetofónicas.

[3] Durante un largo periodo, el PCE se referirá a ETA como «el ETA», es decir, el «partido ETA». Lo desconocían todo respecto a la organización vasca.

[4] Nuestra Bandera, diciembre de 1968-enero de 1969.

[5] Armando Cossutta, miembro del CC del PCI, contrario a las posiciones mayoritarias de la dirección de su partido. Pese a su activo pro sovietismo, mantuvo su cargo.

[6] Nuestra Bandera, marzo-abril de 1969.

[7] F. Claudín, ídem, pp. 200-201.

[8] Mundo Obrero, enero de 1964.

[9] Mundo Obrero, 20 de abril de 1970.

[10] Mundo Obrero, julio de 1970.

[11] Derivado del socialdemócrata de derechas alemán Eduard Bernstein.

[12] R. Ormazábal será nombrado oficialmente secretario general del PC de Euskadi en el II Congreso, en 1974.

[13] S. Carrillo, Libertad y socialismo, p. 36.

Capítulo 17

No hay hechizos, ni tiempos

de silencio, ni aceras,

ni lluvias, ni inviernos,

ni sábanas blancas, ni actos;

no, no, no hay hechizos

ni sonrisas, ni mármol, solo semanas

sin domingos.

Manuel Vázquez Montalbán, Una educación sentimental (1967)

INTENTOS FRUSTRADOS DE DESPEJAR LA INCÓGNITA MILITAR

Cuando dé comienzo 1971, la declaración del Comité Ejecutivo será definitiva: Después del proceso de Burgos la dictadura del general Franco está potencialmente terminada. Acababan de ser juzgados 16 miembros de ETA y el régimen salía tocado del ala de este proceso montado para todo lo contrario. Tras ello se constataba un debilitamiento general de la dictadura.

Pero en la estrategia de Santiago no se trataba solo de un debilitamiento, sino de un desahucio. Ahora más que nunca se necesitaba ese pequeño empujón para que se viniera abajo el castillo de naipes que era el régimen en 1971. ¿Qué

faltaba para que eso ocurriera? En primer lugar, un proceso unitario entre las fuerzas políticas antifranquistas; luego, un movimiento de masas emergente y ofensivo; y por último, un trabajo de zapa en el Ejército que convirtiera a la institución fundamental de apoyo a Franco en un organismo neutral; que no hiciera pero que tampoco impidiera hacer.

El movimiento unitario de fuerzas políticas va a desarrollarse con brillantez en Cataluña. Desde comienzos de año se siente la necesidad de crear un organismo coordinador que recoja el nuevo impulso, tras las manifestaciones contra el Proceso de Burgos. El encierro de más de doscientos intelectuales en la abadía de Montserrat no es más que un síntoma de la sensibilización, más acusada en Barcelona que en cualquier otra parte de España. Es lógico, por tanto, que se cree inmediatamente la Coordinadora de Fuerzas Políticas de Cataluña, en la que están los socialistas del MSC (Moviment Socialista de Catalunya), los democristianos de UDC (Unión Democrática de C.) y los nacionalistas de Esquerra Republicana y del Front Nacional, que acaba de sufrir la escisión radical del PSAN (Partido Socialista de Alliberament Nacional), así como, por supuesto, los comunistas catalanes, el PSUC. Antes de que termine el año que empezó con el encierro de Montserrat se habrá constituido la Asamblea de Cataluña. Una vez más se demostraba que la sociedad catalana había avanzado y que defendía la lucha unitaria hasta niveles nunca alcanzados después de la derrota bélica. La Asamblea de Cataluña, que se reunirá formalmente en noviembre de 1971, es el primer órgano unitario auténtico que existe en España desde los gobiernos republicanos de 1946-1947. Pero con la diferencia de que no se trata de un organismo del exilio, sino del interior.

En la Asamblea están, además de los cinco de la coordinadora, los radicales del PSAN, la sección catalana del PSOE, organizaciones sindicales como Comisiones Obreras y UGT, y también representaciones corporativas de abogados, médicos, arquitectos… Su primera declaración fundacional, en cuatro puntos, recoge la exigencia de amnistía y de libertades y el restablecimiento del Estatuto de 1932, como vía para llegar al ejercicio pleno del derecho de autodeterminación. También algo tan obvio como la llamada a la unidad de acción de todas las fuerzas democráticas. No había exclusiones.

Aunque la primera consecuencia de la Asamblea fue la detención de casi todos los participantes, más de un centenar, para Carrillo, para el PCE y para los comunistas en general el hecho que resaltar es que en aquel noviembre de 1971 se acaba de romper la maldición de la guerra fría: el aislamiento. El fenómeno de

Cataluña y su Asamblea se convertirá en un ejemplo que debe hacerse extensible a toda la península, para cerrar el paso a aquellos, como el periodista Luis María Ansón, que llaman a organizar la moderación, con expresa exclusión de los comunistas.

No es solo en el terreno de la unidad de la oposición que se percibe un traslado de la antorcha hacia Cataluña. Lo mismo ocurre en el movimiento obrero. Madrid sigue agotado tras los ritmos de 1967-1968 y la oleada represiva. El papel de vanguardia pasa a Barcelona. La factoría Seat y líderes como Cipriano García y López Bulla ocupan el lugar que hace años representaron otros de Madrid. En el otoño de 1971 la fábrica de automóviles vive una gran huelga, con ocupación de los talleres y asalto de la policía armada. Seat se convierte en la imagen de la lucha obrera de los setenta, como Pegaso lo había sido en los sesenta.

También hay otras zonas que tratan de recuperar sus tradiciones de combatividad popular. Asturias vive, en el mismo otoño de 1971, una serie de huelgas que no llegan a generalizarse. Regiones sin tradición aparecen con enorme fuerza, como Vigo y El Ferrol, donde una huelga general en marzo del año siguiente paraliza la ciudad. La represión brutal deja un saldo de dos obreros muertos. Aunque Madrid no arranque, se nota por toda España una cierta dinamización de la lucha obrera, un impulso al que no es ajena la renovación que han supuesto las elecciones sindicales de 1971.

Ya existe el ejemplo de la Asamblea de Cataluña como fenómeno unitario y el esbozo de huelga nacional de El Ferrol. Ambos, en opinión de Santiago, confirman las vías del PCE para derribar el régimen. Solo queda la cuestión del Ejército para que la táctica dé sus frutos.

Las relaciones del partido con el Ejército y los análisis sobre dicha institución bien merecen una reflexión. Frente a invenciones e informaciones sesgadas sobre contactos a altos niveles del PCE y el generalato, hoy se pueden ya concretar los más notables y señalarlos puntualmente, deshaciendo mitos y misterios. En los años cincuenta, gracias a la influencia del partido en los medios intelectuales y universitarios, Jorge Semprún y Tomás García, Juan Gómez, recogían, por intermediarios, informaciones muy subjetivas e individualizadas sobre el mundo militar. El Ejército seguía siendo para el PCE algo impenetrable, y, aunque se intenta, jamás se produce un contacto a un nivel medianamente político entre un oficial y un dirigente del PCE. En los años sesenta habrá

algunas experiencias, en el mismo sentido que las de la década anterior, llevadas a cabo por Javier Pradera y Ramón Tamames, entre otros.

El primer contacto oficial del PCE y el Ejército tendrá lugar en 1963, gracias a las relaciones de un periodista madrileño, Alberto Yébenes. El militar con el que entra en contacto tiene entonces el grado de teniente y su nombre ocupará años más tarde un lugar en la parte negra de la historia de España. Se trata de Cortina Prieto, procesado en el intento de golpe de Estado del 23 de febrero de 1981.

El militante Alberto Yébenes comunica a su responsable en el partido y máximo dirigente del PCE en Madrid, Francisco Romero Marín, que un teniente quiere tener conversaciones con los comunistas. Exige una serie de garantías acerca de que los contactos son de entidad y que están avalados por la dirección del partido en el exilio. Lo que ni Yébenes ni Romero Marín parecen saber es que Cortina está adscrito a los servicios de información del coronel San Martín (otro implicado en el 23 F) y que controla el almirante Carrero Blanco.

Las primeras entrevistas con el teniente Cortina se tendrán en la casa de sus padres, en el barrio madrileño del Parque de las Avenidas, y él especificará el procedimiento para garantizar que su contacto del PCE es persona de solvencia y avalado por la dirección. Durante varios días Radio España Independiente deberá introducir un mensaje que será la prueba de que la dirección del exterior conoce y aprueba al interlocutor. El 10 de junio de 1963, Santiago Carrillo envía desde París una nota a Ramón Mendezona, responsable de Radio E. I. y miembro del Ejecutivo, en la que se transmite la contraseña: Querido Ramón…: Hace falta que en las emisiones del 15 al 20 de junio, comprendidos esos días, radiéis en las emisiones la siguiente consigna: «Atención, Madrid. SIMÓN HA LLEGADO BIEN». Siniestro chiste el del teniente Cortina y sus superiores, haciéndole decir al PCE desde Bucarest «Simón ha llegado bien», cuando Simón Sánchez Montero estaba en prisión desde 1959.

Unos años más tarde se producirá otro contacto oficial, tan peculiar o más que el primero. En Oviedo, por mediación del abogado y miembro del Comité Central Herrero Merediz, el partido entra en relación con el comandante Cocina, secretario del gobernador militar de Asturias. El responsable clandestino de la organización, Horacio Fernández Inguanzo, transmite a París que él conoce a ese mando militar de su época de adolescencia. Santiago da luz verde para que inicie conversaciones. De este modo, como si se tratara de un guión cinematográfico escrito en Hollywood, el responsable clandestino y miembro del Comité

Ejecutivo del partido, el hombre más buscado en Asturias por la policía de Franco, visitará con asiduidad la sede del gobernador militar, en la plaza de España de Oviedo, para entrevistarse con el comandante Cocina. No hace falta señalar que el tal comandante estaba adscrito a los servicios de información del Ejército.

En enero de 1969, Santiago Carrillo, emocionado por la nueva vía de penetración que ha abierto en el Ejército, escribe a Dolores Ibárruri: Se trata de un comandante que Inguanzo ha conocido cuando eran jóvenes y que a través de un amigo común había repetido su interés en hablar con nuestro camarada, cuya situación de clandestino y de perseguido conoce perfectamente… Ha dicho [a Inguanzo] que si alguna vez se veía en peligro acudiese a él, que le escondería incluso en el Gobierno Militar, que el general lo haría sin duda y que en último caso él le llevaría en un coche militar hasta Francia. Verás que la cosa es gorda. ¡El jefe clandestino del partido en contacto con las autoridades militares de la provincia!

El comandante no cumplió su promesa de poner a Inguanzo un chófer hasta Francia; solo le trasladó, anónima pero gratuitamente, desde la cuenca minera hasta la comisaría de Oviedo, porque cinco meses después de la carta de Santiago a Dolores le detendrán de noche y en el monte. Tuvieron buen cuidado de hacerlo lejos de la capital asturiana, en Requejo, y esperaron hasta el 22 de mayo a que volviera de Roma, a donde asistió, formando parte de la delegación del PCE, al XII Congreso de los comunistas italianos. Más de un militar debió de pasarlo bomba a costa del PCE, comprobando entre carcajadas cómo las más absurdas intoxicaciones informativas las reproducía Mundo Obrero, incluso en ocasiones señalando la fuente: Nos informan desde Asturias –escribía el órgano del PCE en junio de 1968– de una «conjura militar» en la que estarían como «conspiradores» desde el general Viñetas [sic], Carrero Blanco y Camilo Alonso Vega hasta los generales Díez Alegría, Muñoz Grandes y García Valiño. Santiago le estuvo sacando punta durante meses al golpe de Estado, militar y anticomunista.

Está claro que un día se cansaron de divertirse a costa del pobre Inguanzo y dieron por terminado el baile en Capitanía. Desde abril de 1969 hasta diciembre de 1972 le será imposible al partido establecer una dirección política clandestina en Asturias; uno tras otro irán cayendo Horacio Inguanzo, Julio Gallardo, Ángel León…

Como se ve, los dos intentos más sólidos de conversaciones políticas con el Ejército no fueron otra cosa que celadas de los servicios de espionaje del Estado. La obsesión de Santiago por entrar en relación con las fuerzas armadas, por saber realmente lo que pasaba dentro, se vio siempre saldada con derrotas hasta el restablecimiento de la democracia. Incluso con la UMD (Unión Militar Democrática), cuando se sientan a conversar de grupo a grupo, en 1975, ya estaba la mayoría en prisiones militares y aislados del resto de sus compañeros.

Por eso no desaprovechará ninguna posibilidad que se le presente. Así, cuando un juez militar de Barcelona le acuse de injurias al Ejército, en abril de 1971, a raíz de sus declaraciones en torno al Proceso de Burgos, le escribirá una carta pública señalando que en España existen hoy dos fuerzas fundamentales: la clase obrera y el Ejército, llamadas a entenderse y proponiéndose él para hacer de intermediario.

Es verdad que a nivel de tropa el partido ha empezado a trabajar dentro de los centros de reclutamiento desde 1970. Es una labor difícil y compleja, a la que se dedicará un comité especial bajo la orientación de Jaime Ballesteros y Vicente Cazcarra, pero no logrará penetrar más allá de los escalones no profesionales, aumentando la frustración política del partido, que pese a todo no se cansa de repetir que después del Proceso de Burgos se ha producido la ruptura de la unidad y de la estricta disciplina, creando nuevas posibilidades de acercamiento entre el pueblo y el Ejército. Tras las experiencias de Madrid y de Asturias, hay parecidos intentos de nuevo en la capital, por mediación del abogado Antonio García López, entre otros. No son más que nuevas versiones de intoxicaciones anteriores.

El Ejército será la incógnita de las incógnitas y Santiago la afrontará por primera vez cuando, bien avanzado 1976, el presidente Adolfo Suárez le explique qué son las Fuerzas Armadas desde 1939. Hasta entonces, tendrá que echar mano de su imaginación para escuchar palpitaciones en un corazón militar que está parado, y de su voluntad para observar movimientos allí donde reina la más anodina calma chicha.

NUEVA POLÍTICA INTERNACIONAL

En 1971 se puede decir ya que la ofensiva soviética contra el PCE por las posiciones de Checoslovaquia ha fracasado, lo que no significa que sean inexistentes los ataques y fricciones. La posición avanzada entonces se ha ido consolidando y los expulsados vagan como fantasmas semipolíticos, clamando por la fidelidad perdida a la patria soviética. Eduardo García y Agustín Gómez siguen con su grupillo de amigos y familiares. Solo Líster incordia, más que nada por su condición de miembro directivo en el Consejo Mundial de la Paz.

Aunque García y Gómez han celebrado un supuesto VIII Congreso, eso no inquieta lo más mínimo al partido. Lo del Consejo Mundial de la Paz sí, porque es un foro internacional financiado fundamentalmente por la URSS, que se presta al juego de darle picotazos a Carrillo y a la línea oficial del PCE.

Los expulsados no pierden ocasión de señalar, a quien quiere escucharles, que el malestar entre la emigración vinculada al partido es palpable, que se siente un clima de descontento que puede servir de caldo de cultivo a la fracasada corriente pro soviética. Para barrerla se montará un multitudinario mitin en Montreuil, en las afueras de París, el 20 de junio de 1971, donde Pasionaria y Carrillo hablarán a millares de españoles, recuperando el protagonismo que los pro soviéticos se jactaban de estar usurpando. La actitud del Gobierno francés, al expulsar a Santiago de su territorio, bajo presiones del régimen español, favorecerá aún más su imagen de enemigo número uno de la dictadura y al tiempo no afectará en nada al estatus del partido en suelo galo.

Las condiciones están maduras para tomar iniciativas tendentes a demostrar la independencia del PCE en el terreno internacional y evitar el peligro del aislamiento político y económico. Desde que los dirigentes del PC español y rumano sostuvieron las mismas posiciones, contrarias a la intervención en Checoslovaquia, las relaciones entre Carrillo y Ceaucescu se fueron haciendo solidarias primero y luego íntimas. Rumania tenía además la ventaja y el atractivo añadido de ser la sede donde estaba instalada la radio del partido, Radio España Independiente. Se abrirá a partir de aquel año 1971 una doble vía de favores, unos económicos y otros políticos. Gracias a las gestiones del líder rumano, y a través de las embajadas de la República Popular China en Bucarest y París, el PCE inicia sus primeros sondeos hacia la reanudación de las relaciones con Pekín. Exceptuando Albania, Rumania es el único país del Este de Europa que mantiene vínculos normales y sin tensiones con la gran potencia asiática.

Aunque en una reunión del Comité Central, en 1970, Carrillo había expresado la conveniencia de revisar la política del movimiento comunista y de los españoles respecto al PC de Mao Tse Tung, sin embargo el primer síntoma público de que el acercamiento ha empezado se produce en marzo del año siguiente. Inopinadamente, Mundo Obrero recoge con entusiasmo la llegada a Hanoi de una delegación china encabezada por el camarada Chu-en-lai. La referencia a la importante delegación es una de esas notas a las que no suelen dar relevancia los historiadores, pero que son atentamente seguidas por los expertos en cuestiones internacionales. Otra manifestación significativa en el mismo sentido fue la visita a Ámsterdam de una delegación del partido español encabezada por un miembro del Ejecutivo –Santiago Álvarez– y otro del Central –José G. Meseguer–. Las relaciones con el partido holandés estaban prácticamente congeladas y casualmente era este el único, entre los del Occidente europeo, que se mantenía equidistante de las posiciones antichinas impuestas por los soviéticos.

En julio de 1971 los contactos han prosperado y el órgano del partido español publica con gran despliegue y en su primera página la ¡felicitación al PC chino en su 50 aniversario! Nada más pasar el verano, una delegación al más alto nivel visita la República Popular China por primera vez desde la ruptura del movimiento comunista en 1962. La encabeza Carrillo y le acompañan tres veteranos, el secretario general del PSUC, López Raimundo, y el del recién constituido PC Gallego, Santiago Álvarez, así como el homólogo del PC de Euskadi, Ramón Ormazábal. Para que los chinos, que son gente de detalles, perciban el equilibrio español, va también el miembro más joven del Ejecutivo, la novísima Pilar Brabo.

Permanecerán cuatro semanas en China. El único alto cargo que les recibirá durante tan larga estancia, para las costumbres diplomáticas, será Keng Biao, un modesto miembro del Comité Central, en un país donde los miembros del Central sobrepasan los doscientos. Para los chinos se trataba más bien de un viaje de estudios político-turísticos. Para los españoles, era la iniciación de un giro casi copernicano. El momento –ni lo sabían ni era culpa suya– tampoco era el más adecuado, porque estaban viviendo los últimos coletazos de «la revolución cultural». Cuando vuelvan se referirán a ella como una revolución política, sin mayores precisiones; y, por la ambigüedad de las descripciones, da la impresión de que los chinos no pusieron especial énfasis en explicársela porque estaban a punto de barrerla. Tampoco lograron saber las razones de fondo y de forma sobre la desaparición del número dos, Lin Piao.

Lo importante para Santiago y el PCE se reducía a algo tan simple como el que les dejaran entrar en China. Lo de menos era lo que pudieran pensar los chinos, sino el efecto que iba a tener en los soviéticos y en los partidos del área occidental, como el italiano y el francés, que no habían osado tamaño reto al PCUS. Carrillo podía ser considerado ya el Marco Polo del movimiento comunista europeo, o, para usar un símil que le agradaba de veras, el Kissinger del comunismo occidental, pues se adelantó unas semanas al viaje del secretario de Estado norteamericano.

De vuelta en París, sus primeras impresiones fueron en su estilo, insinceramente entusiastas. Recordaban las transmitidas acerca de la URSS en sus viajes estalinistas de los cuarenta: Traemos una impresión excelente. Se han dicho muchas cosas falsas sobre la situación en China. El pueblo se alimenta bien. Hay una gran abundancia de productos de primera necesidad y no se ve una sola cola (patada en la espinilla a los soviéticos). Los precios se mantienen –creo que es el único país del mundo que ha logrado esa estabilidad– al mismo nivel de hace veinte años (nueva patada). Cuando redacte un informe más extenso de la visita, las valoraciones serán más cautas y nada provocadoras. El efecto estaba conseguido.

La política internacional del PCE entonces se configura sobre tres puntos fuertes que tratan de neutralizar las presiones de las dos grandes potencias comunistas: en Europa, la Rumania de Ceaucescu; el área soviética, pero manteniendo cierta capacidad de maniobra; y, en Asia, la Corea de Kim Il-sung, nuevo soporte económico-político de Santiago desde que en octubre de 1969 visitó Pongyang y se produjo un feeling entre ambos que durará una década; milagroso acontecimiento, solo similar al que se produjo entre Marco Polo y el emperador mogol Kubilai.

Con lógico sentido utilitario, Santiago promoverá que el PCE se haga cargo de ciertos intercambios comerciales de Rumania y Corea del Norte con el mundo capitalista, a comisión, y entre las novedades del nuevo enfoque internacional los cuadros políticos del PCE pasarán sus vacaciones en Rumania; solo una pequeña parte de escogidos seguirán yendo a la URSS. Respecto a Corea, los militantes se encontrarán un tanto estupefactos ante los larguísimos artículos del camarada Kim Il-sung sobre el «principio Zuché».

El tercer punto será, en América Latina, la Cuba fidelista. Aunque la actitud de los cubanos al aprobar la intervención soviética en Checoslovaquia obligará a un

periodo de distanciamiento, en seguida se superará, entre otras cosas por la benevolente actitud de Fidel en el terreno de la ayuda económica y técnica al partido español.

Sobre dos bases fuertes y otra de mutua conveniencia, Santiago está preparando la que será su ofensiva hacia la superación del pasado y la aparición del PCE y de él mismo como el mago de la diplomacia comunista. Si conseguía romper las barreras entre partidos a nivel internacional barrería con las que existían en el interior de España.

En febrero de 1972 expondrá ante el Comité Ejecutivo su visión de la política internacional; la hecha y la por hacer. Una se ha concretado en el restablecimiento de las relaciones con China, la intimidad con los coreanos y el acuerdo a pan y mantel con Ceaucescu. Pero respecto al futuro quiere ir más lejos. Hay dos blancos en nuestras relaciones internacionales que tenemos que esforzarnos por llenar y esos dos blancos es que debemos conseguir llegar a tener cierta relación con el Partido Laborista británico y con la socialdemocracia alemana… ¿Por qué nos interesa establecer cierto tipo de relaciones con esos partidos, y yo diría también con la socialdemocracia belga y escandinava? Porque nos interesa ablandar, debilitar la oposición internacional, la oposición europea a una evolución, a una marcha del pacto por la libertad en España. Porque nos interesa tener aliados para nuestra política de pacto por la libertad entre las fuerzas de la socialdemocracia.

Pero, al escuchar esto, que nadie de los presentes piense en un Carrillo quemador de naves. Debemos ser prudentes…, debemos tratar de descargar, en relación con los soviéticos, toda la cantidad de pólvora o de dinamita que sea posible descargar. Por eso ante la oferta del funcionario del PCUS, Pankov, hecha a Pasionaria en una entrevista bilateral, es partidario de decirles que sí, aunque esa proposición nos ha sido formulada de una manera muy inoficial. En ese mismo sentido propone que una delegación vaya a la URSS y que se prepare un número de Nuestra Bandera dedicado a la Unión Soviética…: No vamos a defender el sistema burocrático, pero vamos a explicar toda una serie de progresos, de pasos que se han hecho en la Unión Soviética que pueden ser muy interesantes.

Su cautela quizá proceda también de que Dolores es la primera promotora en reforzar los lazos con la URSS y él sabe que sin ella no habrá comodidad en el partido. Es la garantía de su tranquilidad y por eso reconviene a los jóvenes que critican que Pasionaria escriba sobre el entrañable Moscú… ¡Cómo no va a ser

entrañable Moscú y Leningrado y la Unión Soviética para los comunistas! Al fin y al cabo, dice con una sonrisa, Breznev, el otro y el otro pasarán y sin duda Moscú y lo que es el socialismo en la Unión Soviética quedará. Quizá por eso conviene de vez en cuando pisarles los callos, para fortalecerse en la nueva vía y recordarles que, mientras ellos no le han dedicado ni una línea a Nikita Kruschev en la hora de su muerte, el PCE le consagra una necrológica, en la que se manifiesta sorprendido y entristecido por la noticia de la desaparición del viejo amigo y apasionado combatiente, fallecido en la oscuridad y el ostracismo el 11 de septiembre de 1971.

Yo creo –sigue diciendo ante el Ejecutivo, que le escucha embelesado– que de 1968 a finales de 1971 hay el salto enorme que representa pasar de Checolovaquia a China, es decir, pasar de la condena de la intervención en Checoslovaquia al establecimiento de relaciones con China, que a otro partido le hubiera costado la vida probablemente y que nuestro partido está asimilando, está integrando. Y ello se lo debe principalmente al silencio de Dolores. Por eso exige de todos, aunque tácitamente, un respeto hacia ella, una unción en el trato jerárquico, porque es la arcaica balaustrada sobre la que uno se apoya mientras se desliza en la dirección que marcan sus necesidades.

Ya tiene un partido situado en las posiciones que él ha buscado y con la gente que ha ido encontrando. Eso le permite hacer una política internacional llena de audacia y desparpajo. En lo que respecta al interior, ha llegado el momento de hacer una audaz renovación táctica que exige del partido una compenetración sin límites y sin fisuras. Logrado esto, él les llevará por la vía de convertir al PCE en el eje político de la oposición en su conjunto. Lo que no pudo conseguir en 1959 con la HNP ahora cree que hay condiciones para lograrlo tan solo con el «Pacto para la libertad», si el partido, como un solo hombre, tiene la ductilidad que él necesita.

El Congreso que convoca en el verano de 1972 es un homenaje a la táctica. Nada de disquisiciones sobre programas futuros y a largo plazo. Ahora y mañana; olvidarse de pasado mañana. La política es táctica, dirá en su sesión de apertura, y en verdad que el VIII Congreso será el más pretendidamente concreto de cuantos ha celebrado y celebre el PCE en su historia. Está preparando el Estado Mayor de la revolución política que él va a desencadenar.

EL VIII CONGRESO. HOMENAJE A LA TÁCTICA

En el mes de julio de 1972, en las afueras de París, da comienzo el VIII Congreso, siete años después del anterior, del que aún no se había informado al partido. Aunque sea el último de la clandestinidad y el más cercano a la democracia, es, sin embargo, del que menos materiales escritos se conservan y el único del que no se ha transcrito ni una décima parte de las intervenciones grabadas en magnetofón. Sigue enlatado desde el día siguiente a su clausura.

Las razones son variadas. Quizá la más importante fuera que este Congreso, que no podía postergarse más, lo considerarán Carrillo y sus colaboradores más cercanos como una obligación interna que debía servir exclusivamente para el fortalecimiento político de los cuadros del partido y que debía tener como obsesiva preocupación el que no debilitara, por culpa de la represión, a los escogidos participantes. La militancia del interior, proporcionalmente, estuvo aún menos representada que en el anterior. Para evitar filtraciones se separó rigurosamente a los delegados clandestinos de los de la emigración, con lo que técnicamente se puede decir que se celebraron dos congresos, haciendo recaer sobre el segundo el máximo de esplendor, y ocultando el primero para evitar las posibles detenciones en cadena, como había sucedido en 1959. Si la policía daba un golpe como aquel, el partido no podría desempeñar el papel que él creía iba a corresponderle ejecutar en un periodo inmediato. Esta vez no podía fallar, entre otras cosas porque Franco habría de morirse algún día.

Prácticamente el VIII Congreso no tuvo más que una única intervención y un único punto del orden del día; el resto fue de relleno. El papel estelar, como no podía ser menos, lo representó Santiago Carrillo y la temática se redujo a la situación concreta y las tareas del partido para ese momento. Fue, por tanto, el Congreso de la táctica, obviando cualquier otro tema a largo o medio plazo. Fueron marginales los discursos de Tomás García sobre la «puesta al día» del Programa del partido, que databa de 1959, o incluso la situación internacional, que expuso Manuel Azcárate. El interés del secretario general se concentraba en empapar de su visión política al núcleo de militantes que iba a dirigir la revolución española.

Que el Congreso iba a hacer de la táctica encaje de bolillos estuvo claro desde las palabras de apertura, en las que Carrillo instruyó a los novicios en el arte de

la práctica política, en el manejo del difícil instrumento de la táctica. La táctica es muy importante; la táctica es la política del partido –explicó, cual si se tratara de seminaristas en el prólogo de su tonsura–, y si no somos capaces de maniobrar tácticamente, de hacer en cada momento los cambios necesarios, de reaccionar con agilidad, no haremos política. Y un partido que no hace política no es un partido.

A diferencia de otras reuniones donde el contenido doctrinario estaba en la base de toda discusión entre comunistas, esta vez no. Todo estará en función de lo inmediato. La decisión más importante que tomará el Congreso, la aceptación del Mercado Común Europeo, se hará en aras de que el MCE no es hoy un problema que pueda dividir y enfrentar entre sí a las fuerzas democráticas de nuestro país, que estorbe la búsqueda de un acuerdo para acabar con la dictadura. No hacía falta apelar a los grandes análisis económicos, las alianzas inmediatas así lo exigían y el PCE rompía de un día para otro con la tradición impuesta en la época estalianiana y seguida por todos los partidos de Europa, con la única salvedad posibilista del PC italiano. La aceptación del marco socioeconómico del Mercado Común, que podía ser a todas luces algo muy positivo para el despegue y la maduración de una política nacional, era interpretada, no obstante, como si se tratara de una obligación más de los acuerdos tácticos interpartidarios, como si se equipararan amnistía, libertades y Mercado Común. Todo junto, en el mismo lote. La disquisición estrictamente semántica entre la perspectiva revolucionaria que significaba la asociación, dejando la integración para más adelante, no era más que una finta de Santiago para cubrirse los flancos ante la eventualidad de que los propios aliados, los susceptibles aliados, se quedaran más acá que él y pusieran al MCE serias objeciones en aras de la debilitada economía hispana.

¿De dónde le venían las prisas a Carrillo, incluso más acuciantes que las que habitualmente dominaron su espíritu político? De su diagnóstico sobre la situación. El régimen estaba desahuciado y apenas si le merecía unas frases. Lo que le preocupaba era que el declive de Franco estaba siendo utilizado por la oligarquía para lanzar el centrismo y el centrismo se propone evitar la ruptura imprescindible entre dictadura y democracia, o atenuarla al máximo, para que no comprometa la posición dominante de la oligarquía. En otras palabras, y con evidente clarividencia, denunciaba que el centrismo se esfuerza por conseguir que la oposición se pliegue a la sucesión de Juan Carlos.

Volvía, por tanto, el fantasma que había planteado Fernando Claudín en aquella

memorable primavera praguense de 1964 y volvía a su vez Santiago Carrillo a alancearlo con la convicción de que se trataba de molinos de viento y no de gigantes. Otros lo habían percibido antes, pero hay que decir, en honor del secretario general del PCE, que muchos tardarían aún un lustro en enterarse y que él lo planteó paladinamente en 1972, en aquel Congreso que parecía una versión en maqueta del asalto al Palacio de Invierno, con todo el poder para los sóviets. Mientras que en 1964 en su choque con Claudín-Semprún se trataba de dos convicciones y la suya era, por decreto, la que tenía la confianza en las masas, ahora había dónde agarrarse. La experiencia de Cataluña y de su Asamblea multi-partidaria era la palanca de Arquímedes que le permitiría, si la colocaba en su punto adecuado –es decir, en Madrid–, mover el mundo político español y abrir la vía de la ruptura. Cataluña está hoy –dijo– en la cabeza del movimiento para afirmar una alternativa democrática a la dictadura.

La política del partido se movía en dos parámetros intocables. Uno, desde el punto de vista de nuestra táctica: las convergencias más amplias en el pacto para la libertad, y dos, una concepción estratégica: la alianza de las fuerzas del trabajo y de la cultura. Este segundo punto no se movería ni un ápice; se ratificaría en su versión de 1968, «La lucha por el socialismo hoy», y no solo se confirmaría la antigua democracia antifeudal y antimonopolista, sino que se especificaba que la dictadura del proletariado, como periodo de transición del capitalismo al socialismo, no ha sido superada por el desarrollo histórico moderno. Se trataba, por tanto, de algo aún inmutable, que servía perfectamente como marco para la consabida «Alianza de las Fuerzas del Trabajo y de la Cultura». El tema no le preocupaba y lo pasó de soslayo.

Tomás García, Juan Gómez, y Manuel Azcárate apenas si fueron seguidos atentamente en sus ponencias, hicieron de teloneros de la actuación principal. Incluso cuando este último se refirió a la devolución obligada a Marruecos de Ceuta, Melilla y las Islas Chafarinas, nadie consideró que la oferta podía afectar a los aliados y por eso ni se tuvo en cuenta. Solo interesaba aquello que pudiera entorpecer la ofensiva hacia los aliados. Así se comprende que numerosas intervenciones preparadas para el Congreso no fueran ni siquiera leídas, aunque luego se incluyeron en el libro conmemorativo del Congreso como si hubieran sido debatidas y expuestas en él. La ponencia sobre el movimiento ciudadano que firmó Renato Valdés (Miguel Núñez, responsable del PSUC del área de Barcelona) no fue leída. Tampoco la dedicada a los técnicos y profesionales, que redactó expresamente Eugenio Triana, Adriano Beltrán. Menos aún la que Jaime Ballesteros llevó preparada sobre el Frente teórico y cultural. Solo se leyó, y a

título orientativo de las luchas y los esfuerzos que debían emprenderse respecto a las Fuerzas Armadas, el trabajo preparado por Jaime Ballesteros y Fernando Zaba (responsable del trabajo en los cuarteles), titulado «El Ejército en el momento político actual»; únicamente se sustrajo de la publicación la parte más concreta elaborada por Zaba. Entre las que sí fueron leídas pero no publicadas están la de López Raimundo sobre el proceso unitario y la de José Antonio Uribes sobre el partido y el arte.

Pacto para la libertad y Huelga Nacional. Ahí estaban las dos llaves del mañana. Tenía en su mano hasta dos ejemplos que confirmaban la fórmula. Del pacto, la Asamblea de Cataluña; de la huelga, la experiencia de El Ferrol, donde se produjo algo que se acerca a lo que podría ser la Huelga Nacional…, el paro masivo de toda la población en solidaridad con los obreros de la Bazán, pero que afectó a todos los servicios… Paro apoyado desde las iglesias… De este modo, El Ferrol estuvo prácticamente varias horas liberado. Eran palabras del secretario general.

Si la línea política la marcaba él y, como hemos visto, en exclusiva y con abundancia, otro «telonero» debía introducir las variantes organizativas para que el partido como instrumento estuviera engrasado para su misión. Ignacio Gallego, responsable de organización desde la expulsión de Eduardo García, presentó las medidas ineludibles para adaptar las necesidades de Santiago a los estatutos y así se recuperó una vieja fórmula a medio camino del Congreso, denominada «Conferencia», que estaría constituida básicamente por un Comité Central ampliado y al que se daba a partir de entonces la equivalencia congresual. Estaba claro que el PCE no iba a celebrar más congresos hasta la democracia y el Ejecutivo se preparaba para ello. Significaba un reforzamiento del centralismo sobre la ya capitidisminuida democracia, como hizo constar el mismo Gallego: Algunas propuestas de la modificación de los estatutos presentados amplían las atribuciones del Comité Central del partido… De ser aprobadas acentuarán el centralismo.

Es obvio que fueron aprobadas y por tanto el Comité Central adquirió para Santiago la categoría de órgano consultivo de primer orden. A partir de entonces, nada de congresos; «centrales» ampliados. Por tanto, había que convertir al Central en el órgano operativo por excelencia. Sería su auténtico estado mayor, el transmisor de su política.

El nuevo Comité Central se amplió a 118 miembros. Entre los nuevos ascensos y

las confirmaciones de cooptaciones anteriores, la nueva generación copaba la dirección del partido. El comienzo de la década prodigiosa de Santiago Carrillo había coincidido con su formación y la transición democrática que se avecinaba anunciaba la hora de la verdad y su consagración. A partir de ahora, 27 miembros del Central tendrán menos de cuarenta años[1], 25 serían mayores que el secretario general[2]. El equilibrio imperfecto, como si se tratara de un médico homeópata que para fortalecer al paciente debía darle las proporciones adecuadas. Si se pasaba podía enfermar aquel complicado cuerpo. Pero mientras los 27 jovenzanos iban a desempeñar el papel decisivo como adláteres del secretario general, los 25 veteranos no desempeñarían un papel relevante.

Por primera vez se podía decir que el peso del partido se inclinaba hacia quienes no tenían experiencia de la era estalinista, a no ser por los residuos. En el fondo, aunque hubieran entrado en el partido bastante antes, eran todos «sesentayochistas», marcados por su «sí» al Mayo francés y su «no» a la intervención en Checoslovaquia. Para ellos Carrillo no era un político ambicioso y hábil que había recorrido un sinuoso camino hasta llegar a la secretaría general. Para ellos era el maestro que les había enseñado todo lo que sabían. Por eso aplaudieron cuando Pasionaria dijo en la sesión de clausura una expresiva frase que resumía el espíritu gatopardesco de los veteranos: Nosotros fuimos, somos y seremos. Ellos creyeron haberla interpretado bien, pues entendían que se refería a ellos como la continuidad histórica del partido. Santiago no tenía ningún interés entonces en sacarles de la duda.

[1] Vicente Areces, Carlos A. Zaldívar, Carlos Barros, Isidoro Boix, Agustín Gómez, Elías, Francisco Idíaquez, Antonio M. Lillo, Rafael Pillado, Luis P. Lara, Basilisa Ranchal, Eduardo Saborido, Dolores Sacristán, Fernando Soto, Antonio Iglesias, J. Carlos Mauricio, Eugenio Triana, Nicolás Sartorius, Pilar Bravo, Julio Gallardo, Carlos Velasco, Mariano Hormigón, Ernesto Caballero, Vicente Cazcarra, Víctor D. Cardiel, José Nieto, J. M. Torre (Pin), y Dulcinea Bellido. De estos, cinco pasaron a engrosar el Comité Ejecutivo de 24 miembros.

[2] Santiago Álvarez, Pere Ardiaca, Gabriel Arrón, J. Bonifaci, Benítez Rufo, Miguel Caballero, Francisco Ciutat, Manuel Delicado, Irene Falcón, Horacio F. Inguanzo, Tomás García (Juan Gómez), José Gros, Antonio Guardiola, Dolores Ibárruri, Jesús Izcaray, Narciso Julián, G. López Raimundo, Ramón Mendezona, Juan Menor, Antonio Mije, Ramón Ormazábal, Wenceslao Roces, Ignacio

Gallego, Sebastián Zapirain y Mario Huerta. (Tanto esta relación como la anterior no está probablemente exenta de algún error; las dificultades para establecer las edades en un partido clandestino son aún mayores que para precisar las «profesiones».)

Capítulo 18

El hombre que sabía demasiado

(para ellos un número era simplemente una razón).

Birkhoff y MacLane, Álgebra moderna

Silencioso, alto, estrecho, blanco,

recordad al amigo que tenía

la misteriosa ciencia del bien y del mal

bajo el código marmóreo de las condiciones

objetivas y de la interpretación dialéctica

de las diferencias existentes entre un tranviario

gallego y la fabulosa Compañía de Tranvías.

Manuel Vázquez Montalbán, Una educación sentimental (1967)

EL PARTIDO CRUJE. LA OPI COMO SÍNTOMA

El partido crujía. Aquella máquina de vapor, lanzada a las velocidades

inconmensurables de la historia, estaba sujeta a tal cantidad de presiones que la caldera tenía fugas y surgían llamativas fisuras por donde se escapaba el humo del entusiasmo. Terminado el VIII Congreso con aquel carácter de «exhibición táctica» ya descrito, la información sobre él llegó a los cuadros del partido, al igual que al conjunto de las organizaciones, un fin de semana del mes de noviembre y a través de un comunicado emitido por Radio España Independiente.

El procedimiento no fue diferente al de otras ocasiones, pero lo que había cambiado era la mentalidad, la sensibilidad de la militancia. La indignación abarcó amplios sectores, de abajo arriba. No se podía estar clamando por la democracia en España y en el mundo y comportarse tan paradójicamente en la propia casa. Pocos, muy pocos, cuestionaban las líneas políticas trazadas en el VIII Congreso, pero también eran muy pocos –fuera de los propios delegados– quienes consideraban que no costaba ningún trabajo, y además era sano, que el partido se enterara previamente de lo que se estaba cociendo y no que lo recibiera como si se tratara de un plato tan cocinado que incluso calentado tenía un sabor rancio.

El malestar por el funcionamiento férreamente centralizado –entonces no se sabía que la expresión exacta hubiera sido «obsesivamente personalizado»– dio pie al desarrollo de una corriente política denominada Oposición de Izquierda, más conocida por sus siglas «OPI».

Se había creado a finales de 1971 y los animadores eran dos militantes jóvenes que habían tenido responsabilidades en las organizaciones universitarias. Se propusieron constituir una corriente de opinión interna que sirviera para corregir el rumbo que ellos juzgaban, en principio, exclusivamente antidemocrático y luego escorado a la derecha. La inciativa surgió de José María Elizalde, un brillante licenciado en Derecho, militante desde 1963, que había pertenecido al Comité Universitario de Madrid, antes de ser expedientado por el régimen y perseguido, por lo que se exilió en Londres. En posiciones cada vez más distantes del PCE, entra en relación con la revista antifranquista Cuadernos del Ruedo Ibérico, que se editaba en París, y que le ofrece publicar su tesis doctoral, dirigida por el profesor Jorge de Esteban, y otorgarle el premio de ensayos. Reencuentra entonces a otro estudiante, exiliado desde 1966, Jorge González Aznar, también de la Universidad de Madrid, que sostiene las mismas opiniones críticas sobre el partido. De ambos nacerá lo que con el tiempo será la OPI.

La OPI tenía unas características que revelaban al mismo tiempo su conocimiento del PCE y también sus límites. Editaban unos documentos internos que enviaban por correo, en los que se hacían análisis críticos sobre diferentes aspectos de la vida y de la política del partido. El primero, redactado en París, aparecerá a comienzos de 1972. Unos meses después, cuando vuelvan a España ambos y se vaya ampliando el círculo de amigos descontentos, se editarán regularmente unos boletines multicopiados que ejercerán notable influencia en Valencia, a donde se desplazará José María Elizalde; bastante menos en Madrid y Asturias; y minúscula en Barcelona, donde residiría González Aznar, trabajando clandestinamente como hombre del partido adscrito a la prensa de Comisiones Obreras y la Asamblea de Cataluña.

¿Cuáles eran las tesis de la OPI? Primero estaba la tarea de la democratización interna, cada vez más evidente y más sentida. Tras el VIII Congreso dicha democratización ocupará un segundo plano, pasando al primero la «derechización» del partido y en especial su apoyo al ingreso de España en el Mercado Común Europeo. En el primer documento –apenas tres folios–, que se enviará por correo a unos trescientos comunistas del interior, se planteaba casi en exclusiva la denuncia de la ausencia de cualquier signo de democracia en el funcionamiento interno del partido y el papel de exégesis del ejecutivo, al que debían dedicarse las diversas organizaciones.

El segundo documento, más amplio y posterior al congreso, fue el resultado de la unión de los dos fundadores (Elizalde y Aznar) y algunos otros que militaban en el interior, especialmente el periodista Fernando López Agudín, que aportaría el componente pro soviético a la OPI y que años después se convertirá en jefe de cultura del diario conservador ABC. La reunión cuasi-fundacional tuvo lugar en San Rafael (Segovia) y participaron representantes de Valencia (el responsable del comité local), Canarias (Fernando Sagaseta), Madrid, Santander, Logroño… Se hacía patente ya una notable inclinación a la ortodoxia y al pro sovietismo favorable a la intervención en Checoslovaquia, lo que habría de dar un cariz muy diferente al de los propósitos iniciales.

Su incidencia fuera de Valencia fue reducidísima y duraría apenas año y medio. En Madrid afectó sobre todo a la organización del partido en el sector de Artes Gráficas y menos a los abogados. En Asturias consiguió el apoyo de un miembro del Comité Central recién salido de la cárcel, Julio Gallardo. Pero en este caso asturiano se mezclaban también otras razones.

La cúpula de la organización en Asturias venía, como ya dijimos, siendo descabezada desde 1969 y solo conseguirá su estabilización después del VIII Congreso, con el envío de un nuevo responsable que llevaba fuera de la región algunos años, Tini Areces, futuro presidente de la Comunidad asturiana bajo la férula del PSOE. Este profesor había sido elegido miembro del Comité Central, en ausencia, en 1970, y acababa de salir de la cárcel tras ser detenido por los sucesos de El Ferrol. Salir de prisión, ir al Congreso y enviársele a Gijón para hacerse cargo de la organización asturiana fueron hechos sucesivos. Contra lo que pudiera creerse, la preocupación de Santiago no residía tanto en los bandazos y la crisis endémica de los comunistas asturianos, sino en las mayores posibilidades de unidad con otras fuerzas, especialmente el PSOE. La misión de Areces, expresada personalmente por Santiago, fue la de «abrir el partido hacia las otras fuerzas políticas». En este contexto el Congreso y la aprobación del Mercado Común fueron mal recibidos por el partido en Asturias, hasta el punto de que un miembro del ejecutivo, Ignacio Gallego, tuvo que desplazarse hasta allí para explicar minuciosamente el alcance de la nueva línea europeísta y dar la alternativa a Tini Areces en su calidad de responsable.

Si en Asturias duró menos de un año la crisis de la OPI y en Valencia otro tanto, tras la expulsión de varios miembros de su Comité, en el resto se deslizaron pronto hacia posiciones pro soviéticas, salvo en el caso de los dos pioneros. Elizalde dirigiría luego una rama de la CNT anarquista y pertenecería a su dirección nacional. González Aznar seguiría en las organizaciones regulares del PSUC dentro de la más estricta ortodoxia, hasta pasar a los socialistas tras la victoria electoral de 1982 y el descalabro del PSUC.

Quizá la escasa incidencia de la OPI sirvió de catalizador al PCE para cerrar filas, reaccionando con el gesto reflejo de toda organización estalinista: obviar los argumentos cuando se trata de defender al partido de la pretendida ofensiva divisionista. La inclinación de la OPI hacia posiciones duras, «cuñalistas», como se dijo entonces al conocer la política del PC portugués y su secretario general, Álvaro Cunhal, restó eficacia a esta corriente. Pronto será dirigida por personajes singulares que nada tenían que ver con el proceso inicial, como Carlos Delgado, más conocido por su seudónimo político de «Carlos Tuya», una especie de buhonero ideológico que transitó en un tiempo récord desde las tesis artístico-imperiales de su padre, el dibujante Delgado, hasta la ortodoxia de Breznev. Ingresarán en el grupo de amigos políticos de Enrique Líster, también conocido como PCOE[1], en 1975. Un breve camino el que corrió este grupo de la miseria a la nada.

La inanidad política de la OPI no puede hacer olvidar que la democracia en el partido, su ausencia, era una constante de malestar en aquel año de 1973. Da buena prueba de ello el que Mundo Obrero se viera obligado a constatar, a mediados de abril, el que en una provincia, un grupo había iniciado la labor escisionista. Aunque no se le citaba, todos sabían que se hacía referencia a Valencia, donde la mayoría del comité, con su responsable al frente, se constituyeron en un núcleo disidente. La argumentación de la dirección del partido calificaba dichas actitudes de movimientos de impaciencia y disgusto que tienen un origen pequeño-burgués claro. Definían al PCE como un partido de combate en el que esos gestos no tenían cabida, por la coyuntura de luchas contra el fascismo, pero admitían como evidente que cuando estemos en democracia, una de las primeras discusiones, llevadas con toda libertad, deberá ser precisamente esa: el desarrollo pleno de las formas de democracia interna en un partido de nuevo tipo.

En aras de ese inminente y esperanzador futuro, las bases y los cuadros militantes entendían la agudización del centralismo como necesidad también «de combate». Posiblemente el redactor anónimo del artículo sería el primero en no creerlo, pero las organizaciones, disciplinadas y conscientes, entendieron el guiño y siguieron adelante.

La opinión del secretario general, la auténtica y no la escrita, distaba mucho de la actitud comprensible que exhibían en el artículo. En la misma reunión del Comité Ejecutivo en la que se decidirá abordar, con una serie de artículos, la cuestión de las dificultades objetivas para el desarrollo de la democracia en el partido, en esa misma sesión de febrero de 1973, Santiago afirmará, según consta en la transcripción mecanográfica: Yo no veo una gran diferencia entre las tendencias y las fracciones, creo que en esencia son lo mismo… La idea de que en el partido pueden coexistir tendencias de una manera normal a mí me parece que es una idea que conduce, que conduciría, a la destrucción del partido. Incluso llega a una taxativa advertencia bajo forma de decreto: Las tendencias que no se reabsorben, un partido revolucionario tiene que eliminarlas.

Un mes más tarde, Manuel Azcárate, primer teórico del Ejecutivo, volverá sobre el asunto. Esta vez se apuntaba contra ciertas hojas que se reparten en Valencia y en Madrid deformando lo que ha sido el VIII Congreso y lanzando acusaciones calumniosas contra la dirección del partido. Marginando ahora el tema de la democratización, se demostraba una extrema sensibilidad a la acusación de supuesta «derechización».

Para Azcárate no solo no había tal giro a la derecha, sino que se habían dado dos pasos hacia la izquierda con la nueva posición respecto al Mercado Común y con la denominada revolución política que supondría el derribo de la dictadura. La preocupación por conservar la mitología leninista-estalinista del «nadie a mi izquierda» formaría parte no solo de las obsesiones de Santiago, sino de las del conjunto de la dirección del partido, y empañaría permanentemente a la militancia. Cualquier giro a la izquierda sería bien recibido o, más exactamente, se daba la particular falacia argumental de que un giro a la derecha solo podía ser válidamente explicado en función de que se hacía desde un movimiento de traslación de derecha a izquierda. Resultaba incomprensible hacerlo a la inversa, como si los comunistas españoles estuvieran impedidos de jugar con las dos manos o sufrieran hemiplejía. Esto hacía aún más llamativo el lenguaje «italiano» de Azcárate, inédito hasta entonces, en el Comité Ejecutivo. Lo curioso es que las referencias explícitas a Gramsci, a la hegemonía de la clase obrera y al colectivo de dirección no eran más que notas impostadas. ¿De qué valía decir que Santiago y Dolores desempeñaban un papel fundamental, pero no exclusivo, en la dirección del partido, si era público y notorio que solo el secretario general estaba en condiciones de girar en un sentido u otro la vida política?

Si Santiago comprendía que la táctica era la nata de la política, el Congreso era el de la táctica; si Santiago entendía que el partido se estaba preocupando en exceso por la supuesta desideologización, él se haría campeón de un nuevo objetivo ideológico, que sumiría en profunda reflexión a todo el partido: el Manifiesto-Programa.

CRÍTICA Y DISTANCIAMIENTO DE LOS MODELOS SOCIALISTAS

El último Programa del partido databa de 1954, con las correcciones introducidas en el VI Congreso de 1959. La importancia que daba la dirección del partido a esto de la estrategia de conjunto y la perspectiva socialista queda plasmado en este abandono. En el VIII Congreso, Tomás García (Juan Gómez) había dedicado una breve intervención a la necesaria revisión de dicho programa, que luego, un año más tarde, tomó cuerpo bajo el sobrenombre del

«Manifiesto-Programa», la carta magna del Partido Comunista de España para la nueva vía iniciada tras la conmoción de la invasión de Checoslovaquia y el distanciamiento de los soviéticos. Se había nombrado una comisión de 22 miembros para elaborarlo. En el verano de 1973 tendrá lugar la exposición ante el Comité Central. Esta vez Santiago dejaría que el informe general sobre la situación política lo hicieran al alimón Simón Sánchez Montero y Gregorio López Raimundo, encargándose él, en exclusiva, del «proyecto de Manifiesto-Programa».

Aunque se aprobará definitivamente dos años más tarde, con algunas correcciones de estilo y la introducción de parágrafos sugeridos por Ramón Tamames, las líneas maestras quedaron trazadas en el texto que Santiago leyó ante el Central. En él se consolidaban las adquisiciones semánticas pos-Checoslovaquia, como la identificación obligada del socialismo con la democracia, o la consideración de que no había tránsito al socialismo sin pluripartidismo.

Todo el documento respiraba un cierto equilibrio doctrinal, sin grandes audacias, pero sin retrocesos llamativos hacia los mundos de la arcaica ortodoxia que se habían dejado atrás. Así, por ejemplo, el término «dictadura del proletariado» apenas si se citaba, y solo haciendo referencia a su propio introductor, Karl Marx. Por lo demás, se confirmaba en el terreno táctico el Pacto para la Libertad y en el estratégico la Alianza de las Fuerzas del Trabajo y de la Cultura.

Quizá lo más llamativo fuera que se volvía a una consideración primigenia en el movimiento comunista, la de que no había posibilidad de alcanzar la etapa suprema del comunismo sin que se lograra antes el «socialismo universal». Tesis quizá abstrusa para los legos, pero rupturista con la tradición estalinista del «socialismo en un solo país», que siguieron con papel pautado los demás líderes soviéticos, incluido Kruschev, aquel constructor del comunismo a plazo fijo.

Este distanciamiento doctrinal del universo soviético iba tomando cuerpo y obligaba al PCE a pergeñar una especie de política exterior compleja respecto a los países del «socialismo real». Manuel Azcárate se convirtió en el primer exponente de esta diplomacia. Algunas de las decisiones tomadas por los Estados socialistas facilitaban el distanciamiento y ayudaban a ir rompiendo anteojeras a los más férreos tradicionalistas en el seno del partido.

Como si se tratara de responder a los desplantes del PCE, varios Estados

establecieron relaciones diplomáticas con el régimen de Franco. El primero fue la República Democrática Alemana, en el otoño de 1972. No dejaba de tener su componente de sarcasmo que el mismo país que había estado en la base de la victoria de Franco, ahora, pasados tantos años, y aunque fuera en una Alemania dividida, se decidiera a dar el primer paso. Al partido español este gesto le produjo sorpresa y disgusto, especialmente porque el Partido de la RDA no nos ha informado y menos consultado. Unos meses antes Mundo Obrero había publicado un mensaje de felicitación al camarada Honnecker, el secretario general del Partido Socialista Unificado alemán (nueva apelación del PC oriental desde 1946) en su 60 aniversario, al que deseaban muchos años de vida y de trabajo creador.

El siguiente país que restableció relaciones con la España de Franco fue la República Popular China, demostrando que en muchas cosas no había diferencia alguna entre estalinistas revisionistas y ortodoxos. A Santiago le dolía particularmente la herida china porque creía haber conjurado cualquier maniobra y ahora le respondía con este desprecio al año y pico de su viaje. Los camaradas chinos no nos han informado ni de las negociaciones que habían emprendido en París con el Gobierno de Franco, ni de su conclusión. En la declaración que emitió al respecto el Comité Ejecutivo[2] no solo se manifestaba su desaprobación y disgusto, sino que se trataba de enfrentar a los maoístas con su obsesiva y agresiva terminología, y así el PCE señalaba que el paso dado es contrario al internacionalismo proletario. Para advertencia de los que quedaban, y especialmente del PCUS, el Ejecutivo utilizaba un tono amenazador: Las relaciones estatales con el franquismo son un acto político grave.

Quizá con razón los dirigentes del partido español tenían la sensación de que cada vez se daba una vuelta de tuerca más a sus relaciones con los «países y los partidos hermanos». Los tales hermanos reaccionaban, desde la condena a la «intervención» en Checoslovaquia, con cierto despego y aun con manifiestas ganas de provocar. La Polonia de Gomulka, que no iniciaba un paso en política internacional que no fuera previamente orientado por la URSS, tuvo el tupé de invitar a los «procuradores» de las Cortes de Franco como representantes de las instituciones parlamentarias españolas. Entre los ilustres visitantes de la Dieta polaca estaban fascistas de excepción, como el anfitrión y panegirista del nazi Himmler, conde de Mayalde, antiguo director general de Seguridad en los años del nazi-fascismo, y el general Iniesta Cano, a la sazón jefe de la Guardia Civil. Después de esto al PCE no podía caberle duda de que había un deslizamiento de los países del Este hacia una coexistencia estrecha de Estado a Estado con el

franquismo, perdonándose ambos los pecados históricos y echando a un lado reparos del inmediato pasado.

Para el PCE y su núcleo dirigente esta anomalía histórica, impensable apenas tres años antes, facilitó las nuevas elaboraciones en cuestiones internacionales y abrió una interesante revisión crítica de los modelos socialistas existentes. La intervención de Manuel Azcárate en el pleno de 1973 causó sensación en el movimiento comunista y la Unión Soviética se creyó obligada a intervenir, convirtiendo así al PCE y al mismo Azcárate en protagonistas de una polémica que por su acidez no se recordaba desde hacía muchos años.

Azcárate denunció ante el Comité Central dos actitudes del mundo socialista hasta entonces inabordables. El conflicto chino-soviético –en la actualidad China y la URSS se enfrentan de forma más enconada entre sí que contra el imperialismo yanki– y la triste realidad que se veía en los países socialistas, en los que el papel predominante lo desempeña el Estado en detrimento del papel del partido. Ambas reflexiones encajaban y permitían una explicación de la batalla, incluso armada, entre las dos superpotencias con partidos comunistas en el poder. Considerar a la URSS en el mismo plano que a la República Popular de China carecía de precedentes entre el movimiento comunista que había asistido a la Conferencia de 1965 (Moscú) y 1968 (Budapest). No era solo eso lo que demostraba que el PCE había llegado muy lejos en sus críticas al Estado soviético, sino que además se tocaban las llagas del sistema al apuntar, como paradigma de la burocratización, el ascenso a la dirección del PCUS de los jefes de la diplomacia, del Ejército y de los servicios de seguridad.

Mientras las críticas de Azcárate quedaron reducidas a la atención del Comité Central, nadie se dio por aludido, pero, cuando la revista Nuestra Bandera las publicó, la reacción soviética no se hizo esperar. En el mes de febrero de 1974 el órgano del PCUS, Vida del Partido (Partinaia Jisn), lanzó un ataque contra Azcárate en el que se daba la particularidad de no responder a ninguna de las verdaderas lanzadas contra el corazón del sistema soviético, sino que le denunciaba por alterar groseramente la esencia de la política exterior de la URSS. Pese a que había un evidente interés por extorsionar algunas de las tesis de Azcárate, se podían leer entre líneas algunas de las genuinas preocupaciones del PCUS ante la crisis del movimiento comunista y la ruptura de los lazos de dependencia. De ahí la denuncia del tufillo nacionalista que, según Partinaia Jisn, se desprendía de la visión internacional del PCE: No hay ni un gramo de internacionalismo proletario, añadían, usando el significativo cliché.

Había muchos giros y recovecos en el artículo de Vida del Partido que lo convertían en un ataque sólido, pensado, suficientemente valorado en sus efectos y consecuencias. Se cuidaban muy mucho en concentrar los dardos en Azcárate, como si fuera un mero cuadro del partido que no estaba al tanto de los «lazos de sangre» que unían al PCE y al PCUS. Resultaba de lo más llamativo el contraste que establecía el anónimo redactor soviético al contraponer las tesis críticas de un miembro del Ejecutivo español y las palabras siempre encomiásticas hacia la presidenta del partido, Dolores Ibárruri.

El PCE no pudo menos que publicar ambos artículos, el de Azcárate y el de Partinaia Jisn, con unas notas en las que se rechazaba la extorsión y deformación que se había hecho de las tesis del Ejecutivo. El gesto de la publicación conjunta dio desde el primer momento un aire de aplomo y seguridad que convirtió a Azcárate y al partido español en figuras de primer orden en el nuevo curso que se trataba de encontrar, equidistante de las grandes potencias, para desarrollar el movimiento comunista en Occidente.

Aunque los ataques contenían un nombre al que denunciar, Azcárate, en la dirección del partido todos eran conscientes de que lo hacían en función de su valor de representación. Santiago no se cansaba de repetirlo en cuantas reuniones se celebraron para debatir las reacciones soviéticas. No es que quisieran crucificar a Manuel Azcárate, es que querían derribarle para mejor lanzarse sobre él. Había gran parte de verdad. Quien conociera la evidente pusilanimidad del principal teórico del partido, y los soviéticos no podían desconocerlo, entendería que tras cada afirmación rotunda de Azcárate quizá no parpadeara la idea de Carrillo, pero al menos sí su respaldo. Se sentía algo dividido entre su afán por no romper y su miedo a perder notoriedad en un momento en que la necesitaba. Por eso esta será la última vez que Azcárate ocupe el primer plano; desde entonces la política internacional se incluirá en el informe del secretario general[3].

NOTAS DE APROXIMACIÓN PERSONAL A «LA PRÁCTICA TEÓRICA» EN LA DÉCADA PRODIGIOSA

Durante esta «década prodigiosa» la intelligentsia del PCE vive dos periodos.

Uno que va desde la crisis de 1964 hasta la ruptura con el pro sovietismo, que coincide con el pleno del Comité Central de 1970. Y otro que abarca desde ahí hasta las vísperas de la muerte de Franco. La casualidad hace que sean exactamente dos lustros.

Aunque toda generalización eluda los detalles, tan importantes tratándose de individualidades, el primer lustro está marcado por la crisis Claudín-Semprún y tiene como rasgos dominantes por una parte el impulso de Santiago Carrillo, tratando de recuperar la imagen perdida entre la intelectualidad por la expulsión de Semprún, y de otra el aliento oficial hacia Manuel Sacristán en su afán de superar la brillantez sempruniana, considerada «humanista», sinónimo de superficialidad, frente al rigorismo marxista y leninista. En aquellos años había tenido lugar un debate en Europa, cuyas repercusiones se dejarían también sentir en España entre los «humanistas» del marxismo y los «radicales» de la ortodoxia. Nació a partir de una idea de Erich Fromm, que hizo de compilador de textos de diversos pensadores afines a las corrientes socialdemócratas (Humanismo socialista)[4]. Y tendría su continuación en la réplica de Louis Althusser, a quien Fromm no había admitido en su antología. Se trataba de cuatro textos franceses de los años 1964-1965 que tradujo significativamente la chilena Marta Harnecker. y que se publicarán en México a comienzos de 1968. Sus autores: Althusser, Semprún, Simón y Verret. Su título evita comentarios: Polémica sobre marxismo y humanismo.

Este periodo coincide con el esfuerzo del partido por aprovechar los resquicios que permite la legalidad. Nacerán entonces editoriales que introducirán el pensamiento marxista, aunque por dificultades de censura tuvieran que hacerlo de manera sesgada y con textos arcaicos y en ocasiones incoherentes, incluso superados en el propio debate marxista. La más importante fue con mucho Ciencia Nueva, dirigida y financiada por militantes del PCE (Jaime Ballesteros, Jesús Munárriz, Lourdes Ortiz, Sarró…), así como otras de vida más irregular, como Ayuso, Aguilera o Artiach[5]. Sin hablar de experiencias de mayor enjundia, como el papel que desempeñarían dos editoriales instaladas en Barcelona, Ariel y Grijalbo, en la introducción del pensamiento marxista y en las que resultarían imprescindibles tanto Manuel Sacristán como Xavier Folch.

La experiencia editorial fue decisiva para la formación de una generación, la conocida como de 1968, aunque su participación política se iniciara a mediados de los sesenta. Su avidez quedaba estrangulada ante el mundo intelectual oficial, el de la Dictadura, mediocre, castrador, en tránsito desde el nacionalcatolicismo

escolástico hasta un no menos excluyente tecnocratismo opusdeísta; algo semejante a eso que denominó el científico Bernal «la alianza impía» entre la escolástica y el neopositivismo. Todo ello obligó a una generación a volcarse en las editoriales progresistas. Y lo hizo con un ansia que tenía tanto de emotivo como de patético.

Posiblemente haya sido España el único país del mundo occidental donde casi cien años después de su publicación conseguía un éxito editorial el antropólogo Henry Lewis Morgan. El original inglés de su libro La sociedad primitiva se había editado en 1877, noventa y tres años después lo hará la editorial Ayuso en Madrid, convirtiéndose en un éxito de ventas[6] gracias a su influencia en Federico Engels. Cuando se publicó en 1970 el viejo Morgan estaba totalmente superado; había servido para las tesis más frágiles del Anti-Dühring de Engels y de los escritos póstumos sobre «la dialéctica de la Naturaleza». Sus investigaciones científicas respecto a la evolución del hombre, pasados cien años, habían quedado totalmente desfasadas. Sin embargo, en España, a comienzos de la década de los setenta, bastó que se incluyera en la solapa del libro el papel de Morgan entre los fundadores del denominado «pensamiento científico» para que la edición se agotara. En la historia del progresismo hispano no era la primera vez que ocurrían cosas semejantes: no hay que olvidar que uno de los libros que influyeron en la mentalidad progresista popular de comienzos de siglo fueron Las ruinas de Palmira, del conde de Volney.

La formación ideológica del partido y de sus militantes tenía mucho de caótico. Había que asimilar un mundo intelectual ausente desde la guerra civil y hacerlo, además, burlando a una censura brutal y zafia. Esa formación ideológica de la generación de los sesenta no podía tener nada de riguroso, puesto que las ediciones de los clásicos del marxismo entraban con cuentagotas desde Latinoamérica, y las que se editaban en España lo eran en función de su carácter abstruso, como única forma de aburrir en primer lugar al censor.

Ante esta indigencia intelectual causada por el franquismo hombres como Manuel Sacristán padecían un verdadero desdoblamiento personal, intelectual y político. Su nivel de conocimientos y su capacidad marchaban parejos con lo que se estaba discutiendo y elaborando en el Occidente europeo, respecto al marxismo o a la filosofía de la ciencia, pero al mismo tiempo debía escribir para, orientar a y debatir con una generación que se estaba formando a saltos y que carecía de bases y de referencias fuera del espiritualismo unamuniano o del orteguismo, en el mejor de los casos.

Manuel Sacristán, cuyo papel en la formación generacional de este periodo cabe considerar como fundamental, tenía, no obstante, un rasgo que se adaptaba con facilidad a nuestras raíces: el rigor del dogma. Estaba dotado, además, de una cualidad que constituía una singularidad en la pequeña historia del marxismo hispano y es que había llegado a la filosofía desde la ciencia, es decir, que su formación había sido científica antes que la tradicional del filósofo especulativo[7].

Sacristán no era un dogmático al uso, limitado y chato; lo más atractivo era que se trataba de un dogmático ilustrado. No se acercaba al dogma por buscar la seguridad, sino la complejidad; cuanto más investigaba menos escribía, pero sus saberes enciclopédicos confirmaban el dogma. Quizá en Italia se hubiera convertido en Ludovico Geymonat, pero en España, y con la dictadura, tenía que sobrevivir con contratos de «profesor no numerario».

El primer lustro referido al mundo intelectual del PCE en esta «década prodigiosa» está condicionado por las aportaciones ya citadas de algunas editoriales legales promovidas por militantes comunistas y también por la figura de Sacristán, que además figuraba como asesor y traductor de Ariel y Grijalbo, dos editoriales donde se publicarían los Escritos sobre España de Marx y las obras de Lukács, comenzando por las que más podían desanimar a los lectores, es decir, su Estética, cuyos dos primeros volúmenes están dedicados a «las categorías de lo estético»[8].

Sin una reflexión sobre la figura de Manuel Sacristán, de su valor y de sus limitaciones, no se podrá comprender el pequeño mundo intelectual del PCE durante la «década prodigiosa». En 1966, una editorial comunista reeditó en Madrid los magníficos prólogos de Sacristán a las obras completas de Heine y Goethe publicadas unos años antes. Se trataba de dos escritores que estaban aún fuera de nuestra base cultural o, por mejor decir, de nuestra lucha por construir una base cultural. Utilizando un lenguaje condensado, abordaba algunos de los dilemas del escritor en la sociedad, como el compromiso histórico y la calidad artística, a menudo tan enfrentados. Pero lo dramático era que llegábamos a un análisis rigurosamente marxista sobre Heine y Goethe sin una lectura de las fuentes más que superficial. Nos adentrábamos en el dogma, por tanto, de la mano del maestro Sacristán con una fe en su saber que era tan castradora para el autor como para sus discípulos. Otro tanto ocurrió con su soberbio prólogo al Anti-Dühring de Engels; fue un texto capital en la formación marxista de una generación. A veces uno tenía la sensación de que la obra de Sacristán se reducía

a prólogos y traducciones para superar nuestra indigencia.

A Santiago Carrillo le ocurría algo semejante, solo que su orden de preocupaciones se reducía a exhibir al profesor Sacristán como el patrimonio intelectual del partido. Este en el interior, y Manuel Azcárate desde el exilio, serían quienes arrojarían alguna luz en el panorama de la inteligencia del PCE. Entre uno y otro no había coincidencias de ningún tipo, ni humanas, ni de clase, ni formativas, ni tan siquiera instintivas.

Azcárate era hombre diplomático, hecho a contemporizar y servir al secretario general con la abnegación utilitaria del preceptor dieciochesco, que jamás disgusta al alumno y que da la impresión de honrarse con ello. Sacristán, por el contrario, era intransigente hasta lo enfermizo. Señalar solo su lado heroico dejaría su figura descabalada, porque lo atractivo era también su papel de pontífice laico; tenía el saber de los dioses y la intransigencia de los profetas. Esta intransigencia se convirtió en proverbial durante los años sesenta y lo más curioso es que nadie le llegó a odiar por ello. Tenía una coherencia interna, porque era intransigente para consigo mismo. A él se achacó que el poeta Gil de Biedma no fuera admitido en el PSUC porque sus gustos amatorios no eran «proletarios»; acusó a quien luego sería secretario general del PSUC de inclinaciones «equívocas» en el terreno sexual, sin entrar en otras consideraciones que le hicieron expulsarle de su casa porque «la contaminaba». También marginó a Manuel Vázquez Montalbán porque sospechaba que tenía concomitancias con la Central de Inteligencia norteamericana (CIA) o con la policía. E igualmente Jordi Solé Tura pertenecía, según él, a un género animal que no puede transcribirse en letras de imprenta en su aceptación vulgar. Si todos llevamos dentro un mundo, Sacristán como mínimo contenía dos. (Véase El cura y los mandarines para conocer todo lo que de falacia tenían estas historias.)

Aunque parezca lo contrario, nada hay tan susceptible de convertirse en utilitario como el mundo de la cultura, se trate del pensamiento o del arte. La dirección del PCE termina con los denominados «picos de oro», defendiendo el rigor científico de Manuel Sacristán y el subproducto de «ideología de la pana» de otros hombres de menor cuantía, como el dramaturgo Alfonso Sastre. Ambos serán ascendidos significativamente al Comité Central en el primer congreso tras las expulsiones, en el verano de 1965. Pero al mismo tiempo encarga al nuevo cultivador de la intelligentsia, Manuel Azcárate, que vaya sumando figuras y nombres a la lista de colaboradores de la revista Realidad y así rompa la imagen de que el PCE se quedaba aislado del mundo de la cultura.

Azcárate va a ser el representante más cualificado de una vía de desarrollo teórico que entra en contradicción flagrante con las mentalidades de los ideólogos antes citados. Se trata del diálogo cristiano-marxista, envoltorio teórico, una vez más, de las obsesiones y necesidades políticas del secretario general, que de pronto devienen en hallazgos. Desde el Concilio Vaticano II (1962-1965) se había producido una convulsión en el mundo católico, cuyos efectos en España se traducirán en el distanciamiento del régimen; su independencia le acercaba a las mismas posiciones de la resistencia antifranquista y hacia su representante más comprometido, el PCE[9].

A partir de 1965, Azcárate empieza la lectura minuciosa de los textos obispales olfateando puntos de convergencia. No se trataba del diálogo cristiano-marxista que se producía en Italia o en menor medida en Francia, sino de buscar una base de actuación común entre católicos y comunistas. La dictadura obligaba también a cierta inmediatez en las incursiones teóricas.

La atención a los textos posconciliares de los prelados españoles tenía sus riesgos. Para el PCE, con su dirección en el exilio y grandes dificultades para informarse sobre el mundo eclesial, entrar en la jerarquía católica era como penetrar en tierra ignota. Se comprende así que el primer trabajo sobre el diálogo entre católicos y comunistas tenga como soporte el discurso de monseñor Guerra Campos, un troglodita, pero a quien Azcárate descubre un espíritu nuevo en orden a la necesidad para los católicos del diálogo con el marxismo[10]. El PCE tomó iniciativas importantes en la búsqueda de interlocutores cristianos, auténticamente progresistas; José María González Ruiz, o el jesuita Díez Alegría, entre otros. Desde el punto de vista teórico se plasmará en colaboraciones literarias que aparecerán en Realidad. Ejercía el monopolio ideológico Manuel Azcárate, síntoma evidente de que no había nadie interesado en desarrollar esa vía. Santiago Carrillo, con objetivos más prácticos, le ofrecerá al teólogo José María González Ruiz incorporarse al Comité Central, pese a que no era ni tan siquiera militante[11].

Desde que Azcárate se hace cargo de Realidad tras el periodo Semprún, se convoca también a la reserva intelectual del partido, que se tenía abandonada en sus ocupaciones profesionales. Reaparece el profesor de la Universidad de México Adolfo Sánchez Vázquez; el aún brillante poeta Herrera Petere, ahogado en la egregia soledad de Ginebra, consumido por el alcohol y la añoranza; Rafael Alberti, María Teresa León, Eugenio de Nora… Son los recursos que están ahí y que se usan en los tiempos difíciles. Pero pronto se incorporan nuevos valores,

como el profesor español en París Manuel Ballestero, el psiquiatra Castilla del Pino, el antropólogo Eloy Terrón y el crítico de arte Vicente Aguilera Cerni, hombres que habían ingresado en el PCE años antes, pero que ahora fueron solicitados en sus funciones de intelectuales para llenar los huecos que habían dejado los expulsados.

El síndrome Semprún obliga al partido a cultivar una especie en la que incluso llegará a invertir algún dinero: los poetas. El cuerpo poético, como ya escribiera Marx a propósito de Heine, tiene el privilegio de la versatilidad y los poetas no pueden ser juzgados con el mismo rigor que el resto de los mortales. Los poetas amaron hasta el delirio a Jorge Semprún, Federico Sánchez-Pajarito, pero le vieron alejarse no sin nostalgia, porque era simpático y entendía incluso el oficio, si bien sin dolor y en algunos casos no sin cierta satisfacción. El más representativo, Gabriel Celaya, le dedicó estos versos que bien merecen el recuerdo y que plasman su inequívoca posición. Se titulan Parábola del Pájaro y del Tanque, que en el lenguaje nada críptico del momento respondía a los apodos de Semprún (Pajarito) y de Romero Marín (Tanque):

Aves que fácil voláis.

¡Qué dolor, qué dolor, qué pena!

Aves sueltas, desprendidas,

que no sabéis dónde vais.

Solo el tanque

es la solidez del pueblo.

Solo el tanque

es lo sencillo y real.

¡Que los pájaros vuelen en vacío!

Ya volverán.

Ya aprenderán

que esta obediencia es libertad.

La del tanque elemental, brutalmente real.

La de los pájaros locos que cantan en unidad.

No es inventado, aunque el «estro armónico» le fallara. Celaya estaba con los vencedores no porque fueran vencedores, sino también porque a él le gustaba un partido bronco, sin filigranas ideológicas, de corazón a corazón, como si se tratara de una sociedad gastronómica de Donosti. Semprún nunca fue capaz de entender el valor inmarcesible de «unas pochas de Tolosa». Era un Maura, y el poeta se vengó porque prefería el Tanque al Pajarito. Estaba en su derecho.

Pero había también que recuperar «novísimos», el flanco que revelaba la ausencia de Semprún. Los creadores debían ser convocados por la editorial Ebro y por su revista Realidad. Simpatizantes que remozaran con su pluma la actividad siempre gris y dura de la clandestinidad, aportando un tono brillante, fresco. Lo conseguirán y una nunca mejor llamada pléyade de poetas y narradores, algunos de los cuales lamentarán hoy hasta el recuerdo, se propusieron colaborar abnegadamente con el único partido que aún a mediados de los sesenta quería incorporar intelectuales a su entorno. Entre ellos José Miguel Ullán, José María Moreno Galván, José Ángel Valente, Félix Grande, Carmen Martín Gaite, José María Castellet, J. M. Caballero Bonald o Isaac Montero. El Comité Ejecutivo del PCE decide, en sesión celebrada el 18 de noviembre de 1966, constituir un nuevo Comité de Lectura de la Editorial Ebro, lo que apunta ya la importancia del caso. Lo formarán los siguientes militantes: Eugenio de Nora, Rafael Alberti, José Ángel Valente, Jesús Izcaray, Carlos Álvarez, Víctor Mora, José Miguel Ullán, Armando López Salinas, Alfonso Sastre, José Esteban, José Antonio Parra y Manuel Azcárate. Nombraron director editorial a Jesús Moya y publicarán versos de Blas de Otero, Rafael Alberti y Marcos Ana, así como obras teatrales de Alfonso Sastre.

A partir de la invasión de Checoslovaquia (agosto de 1968) se produce un cambio que se refleja en los niveles orgánicos del PCE. En el pleno del Comité Central de 1970, que tuvo casi características de Congreso, Santiago, y con él el partido, optaban por el despegue progresivo de la dependencia soviética, pero al

mismo tiempo se hacían dependientes hasta sus más mínimos detalles del secretario general. Empiezan a divulgarse algunas formulaciones novedosas y al tiempo es el periodo de mayor desprecio por el rigor y la consolidación de algunos «hallazgos» teóricos. Pasa con la teoría política lo mismo que con la literatura, que las buenas intenciones no sirven para nada.

El distanciamiento del pro sovietismo tradicional del PCE llevaba una impronta frágil, incluso caduca, porque estaba construida con los mismos materiales de derribo que habían servido para edificarla. A hombres como Sacristán las nuevas denominaciones, como la «alianza de las fuerzas del trabajo y de la cultura» o las relaciones entre «libertad y socialismo», formuladas como se hacían, le parecían un puro arbitrismo ideológico basado en las necesidades tácticas del secretario general, al que admiraba realmente en su lado pragmático, por su capacidad de transformar en cosas muy simples elementos muy abstractos. Quienes más le trataron personalmente consideran que había en Sacristán una íntima frustración por carecer de sentido práctico. Eso que el poeta Gabriel Ferrater decía de que «no registraba realidad». En la dicotomía entre Gramsci y Togliatti, en el fondo, sentía más admiración por Togliatti que por Gramsci. Durante algún tiempo veía en Santiago esos rasgos togliattianos que envidiaba, con la misma ingenuidad que le hacía ver en Claudín, hasta 1964, «una cabeza filosófica», quizá porque había leído en ruso a su admirado Molotov.

Las intervenciones reduccionistas de Carrillo en el pleno de 1970, por más brillantes que fueran, le devolvieron a Gramsci y le hicieron abandonar a su Togliatti doméstico. Su última intervención será esta y con ella clausurará su asistencia a las reuniones del Comité Central. Su testamento político como dirigente que dudaba y que no hallaba a nadie para debatir sus dudas quizá sea su breve y profundo prólogo al libro de Alexander Dubcek sobre la experiencia checoslovaca[12].

El segundo lustro de la década prodigiosa significa el abandono de hombres como Manuel Sacristán y Alfonso Sastre, perdido para ambos el carácter de partido resistente para adoptar un aire más conciliador, menos dogmático y también más frágil, y sobre todo más superficial.

El trato de la dirección del partido con estos intelectuales que se disociaban de su política no llevará a rupturas; hubo su momento de embeleso y su eclipse, pero todo sin excesivos radicalismos, porque en el panorama político del país ya no eran tan imprescindibles, o eso creía la dirección del partido. Se habían

convertido en algo necesario, pero no acuciante, como antaño. En el caso de Sacristán seguirá unos meses colaborando con la revista teórica del PSUC, Nous Horitzons, y algunos de sus trabajos serán reproducidos en Realidad, pero sin ser expresamente redactados para ella. Se trataba más bien de gestiones oficiosas de uno de sus discípulos, Joaquín Sempere, que pertenecía a la redacción de la revista del PCE.

A comienzos de 1971 aparecería un texto importante de Sacristán, «Lenin y el filosofar», que ya había publicado antes Nous Horitzons y que originalmente iba destinado a El Correo de la Unesco. Tiene interés porque Santiago y los funcionarios formados en la escuela estalinista quedaron desolados ante aquel comienzo: La insuficiencia teórica o profesional de los escritos filosóficos de Lenin salta a la vista del lector. Para ignorarla hace falta la premeditación del demagogo o la oscuridad del devoto[13]. El carácter superficial de la ruptura con la ortodoxia soviética se transparentaba en el escándalo que causó este artículo entre los dirigentes políticos formados en otra época: un ortodoxo riguroso como Sacristán escandalizaba a los que habían denunciado el socialismo burocrático. En el fondo, lo que más decepcionó a Sacristán quizá fuera descubrir que se trataba sencillamente de unos perillanes que no tenían a mano más que la ideología para chalanear, una cosa que él se tomaba muy en serio.

Alfonso Sastre se fue retirando voluntariamente y no adoptó más que un cierto desdén hacia un partido que se socialdemocratizaba. Será el propio PCE en 1974, de resultas del atentado realizado por ETA en la calle del Correo, el que le niegue el pan y la sal. Y él romperá con el partido al sentirse ofendido por el desprecio.

Puede decirse que en 1970 se reinicia el periodo endogámico de la intelectualidad comunista. Durante la época de Semprún y la primera etapa de la «década prodigiosa» el mundo cultural del PCE se había oxigenado bastante, pero ahora volvía a cerrarse y a alimentarse de sí mismo, no con el carácter bunkeriano de la guerra fría, sino con la autosuficiencia. El PCE, sus intelectuales, sus reflexiones, sus escritos no necesitaban la participación de creadores externos al partido. La falta de libertades en el país favorecía este sentido unívoco y viciado de la polémica: el PCE criticaba al mundo exterior a él y ese mundo no penetraba en el PCE. Por decirlo con una expresión feliz, la única dialéctica que mantenía el sistema con el PCE era la de los puños y las pistolas.

Si el partido no necesitaba de los intelectuales, los intelectuales no necesitaban del partido. Era un momento en el que se incorporaban abundantes técnicos y profesionales, la «nueva intelectualidad» ligada a la producción, como se decía en la jerga. No solo desertaron los pensadores y los escritores, sino que hasta los poetas se fueron distanciando: Celaya, Blas de Otero, Ángel González… Solo Alberti, en Roma, mandaba versos ubicuos para homenajes, banquetes y desgracias. La utilización operativa del pasado había colmado en muchos casos el vaso de la paciencia y el partido había dejado de ser para algunos un instrumento de trabajo intelectual y práctico, para devenir una ordeñadora monomaníaca que les estiraba el pezón y se retiraba con su leche, y no volvían a saber de ella hasta que repetía la operación. Mientras, la voluntad se había agriado.

Dentro de los jalones del desamor entre los intelectuales, tradicionalmente considerados como militantes y compañeros de viaje, quizá el de Baeza tuvo su importancia. El 20 de febrero de 1966 se intentó en Baeza un homenaje a Antonio Machado que acabaría como solían acabar las cosas frente a la dictadura, a la manera del Quijote: apaleados y burlados. Más apaleados siempre que burlados. Solo que en esta ocasión algunos se indignaron sobremanera, como el portadista Daniel Gil (militante) y el poeta Gil de Biedma (compañero de viaje). Después de Baeza ya no se repitieron los gestos de voluntariedad a la antigua y, si se intentaron, fue sin fortuna.

Los representantes de la ortodoxia antirrevisionista de los sesenta… estaban abocados a la decadencia a partir del pleno de 1970. Acababa de darse el espaldarazo, después de unos años de germinación, a una nueva figura denominada, siguiendo la terminología gramsciana, «intelectual orgánico». Se trataba de los cuadros políticos del partido procedentes de la universidad y que serían puestos de largo y ascendidos en el pleno, los cuales asumían la función de nueva inteligencia. Hasta entonces no se habían incorporado a la dirección del PC los titulados universitarios. Semprún lo fue en 1954 y Sacristán en 1965; hombres como Wenceslao Roces no eran más que figuras decorativas. Ahora de una tacada entraban varios, de los que Pilar Brabo y Antonio Gutiérrez Díaz serían los más representativos. Pero no era solo en el Central, su reflejo alcanzaba a los comités provinciales y locales.

Los cuadros políticos se constituían en intelectuales, no los intelectuales en cuadros políticos. Primero habían alcanzado un determinado nivel en la escala orgánica del partido y luego asumían la tarea de «intelectuales orgánicos». A

diferencia del esquema de Gramsci, podríamos decir irónicamente que no eran intelectuales orgánicos porque desempeñaran la función de cuadros políticos, sino que conforme asumían las tareas de la práctica clandestina, de manera gradual, por asunción, iban considerando entre sus funciones el deber y la obligación de «desarrollar» el campo de la teoría. Sin apenas darse cuenta volvían a la concepción del cuadro estalinista, que tenía por principio «una visión cosmogónica».

Aunque el término «intelectual orgánico» procedía de Gramsci, por su actuación echaba raíces en una forma hispánica de intelectualidad burocrática, más emparentada con la Iglesia que con el marxismo clásico. La revista Realidad dio prueba de ello. Siguió contando con colaboraciones en su sentido tradicional (Sánchez Vázquez, Manuel Ballestero…), pero la parte cada vez más dominante a partir de 1970 la ocupaban, en plan estelar, Santiago Carrillo o Manuel Azcárate, y luego la nueva «intelectualidad orgánica».

Santiago lo hacía con cualquier texto que contuviera alguna referencia, aunque fuera tangencial, al mundo de la teoría, y Azcárate siempre en su papel de intermediario entre dos mundos, el de la cúpula del partido, con su táctica y su estrategia, y el laico de la militancia a más bajo nivel. Mientras que Jorge Semprún había sido un adelantado de la dirección del partido entre la intelectualidad, que asumía su papel tomando decisiones, Azcárate se limitaba a ser un hilo conductor, un adaptador inteligente de las necesidades y tareas de la dirección del partido y especialmente del secretario general. Seguía puntualmente los recovecos y las orientaciones de Carrillo y le ayudaba suministrándole cierta terminología, e incluso información básica sobre corrientes intelectuales y su léxico, pero en este intercambio desigual se revelaba el drama y la penuria de este momento.

El PCE perdió ascendiente entre los intelectuales, aunque por su constancia de partido luchador, clandestino y fieramente antifascista conservara el halo que otorga el riesgo y la voluntad. Especialmente si a su alrededor no había más que silencio, fuera de las actividades de Joaquín Ruiz-Jiménez y sus amigos democristianos, de Tierno y sus discípulos y de algunas individualidades provincianas, que merecerían también su homenaje, por ser focos de resistencia asediados. Gran parte de la intelectualidad que en los años ochenta bascülará hacia el PSOE consideraba entonces la práctica política como una esclavitud de la inteligencia y mientras unos tomaron de Gramsci, para españolizarlo, lo de «intelectual orgánico», ellos, más hábiles, robaron de Althusser lo de «la práctica

teórica», de tal modo que se evitaba la mala conciencia que genera siempre un régimen inicuo; desarrollando, decían, el mundo de la teoría, se hacía avanzar al de la práctica.

Había en el fondo un curioso paralelismo entre quienes hacían trabajo político en fábricas, barrios o sectores profesionales, cuando no en las multicopistas clandestinas, y los que optaban por la conmoción que suponía desentrañar el corte epistemológico entre el Marx juvenil de los Manuscritos y el maduro del primer volumen del Capital, una tarea que facilitaría el avance revolucionario frente al «chato revisionismo» del PCE. Es ilustrativo de esta segunda opción, radicalísima, un libro singular por su diseño de Alberto Corazón y por su contenido divertido: Teoría, práctica teórica. Con él se inauguró en 1971 una colección efímera pero muy interesante, en la que colaborarán Valeriano Bozal, Ludolfo Paramio, Carlos Piera y Leopoldo Lovelace.

Con estos espíritus y estas prácticas es fácil constatar que a diferencia del periodo áureo de Semprún-Muñoz Suay (1955-1961), el que partió de 1970 convirtió en imposible mantener un simple comité de intelectuales en el interior. Solo el PSUC pudo hacerlo, aunque bastante en precario. En Madrid hubo reuniones, unas patéticas, otras divertidas, todas inútiles, para tratar de crearlo.

Se reunían algunos náufragos, como el poeta Ángel González, que repetía intermitentemente: «¿Cómo me voy a organizar, si soy incapaz de ordenar mi mesa de trabajo?»; el dramaturgo Marcial Suárez, al que se admiraba tanto más que por su pro sovietismo impasible, como por haber escrito y estrenado una obra teatral de carácter histórico: Las monedas de Heliogábalo; Aurora de Albornoz, ensayista literaria de la que siempre se tenía la duda de si sabía en qué país estaba y en qué partido militaba; o Carlos Álvarez, escritor singular de bondad indescriptible y lengua mordaz, cuyos mejores poemas siempre fueron sus gestos valerosos e irrepetibles. Luego los cineastas de la última generación antes del diluvio, representados por Manuel Revuelta. Y también el crítico teatral Miguel Bilbatua, el escritor Javier Alfaya y algunos otros que la historia no recordará ni como militantes del PCE ni como intelectuales. Pero sobre todos estaba Armando López Salinas.

Intelectualmente López Salinas se podía considerar un novelista de la generación realista de los cincuenta, formada ideológicamente en el mismo sustrato que la norteamericana de los años treinta: a porrazos con la vida en una sociedad cruel. Pero los Steinbeck, los Dos Passos, Caldwell, incluso Saroyan, ganaron el

suficiente dinero como para tener tiempo libre y seguir dedicándose a la literatura y perfeccionar algo el oficio. Mientras que para Armando López Salinas, Alfonso Grosso o Antonio Ferres, cada uno con sus diferencias, los años setenta significaron el final de sus ilusiones como novelistas. Algunos siguieron publicando, aunque podían no haberlo hecho, porque lo único que les quedaba como escritores era encomendarse al riesgo suicida de escribir la última obra, a la manera de un Lampedusa de humilde condición: el retrato de una generación acabada.

De todos ellos Armando López Salinas fue el que antes aceptó su destino escogiendo lo menos fácil: la militancia política clandestina. Gracias a él un cierto mundo intelectual siguió vinculado al PCE, aunque irregularmente, no por virtud del propio partido, sino porque nadie había nacido con tal mala entraña como para decirle que no a López Salinas mientras se atusaba el bigote, fumaba su cigarrillo «Rumbo» sin filtro y respondía a las injurias y a las críticas con un embrollado circunloquio, del que solo quedaba como conclusión una idea prístina, irrebatible: en un mundo de soberbios poseedores de la verdad histórica, Armando era humilde y buena persona. Capeaba como podía las intemperancias de todos y trataba de sacarle utilidad a aquel mundo de individualidades totalizadoras, que diría un pedante, un mundo cada vez más alejado de las martingalas del partido y que al fin se conformaba a regañadientes con firmar una carta contra algo y una autocrítica frente a todo.

En el fondo los intelectuales del partido se negaban a ser queridas por horas y solicitaban su condición de amantes liberadas de prejuicios, en igualdad de condiciones que el resto de la especie militante. Intento vano. El PCE y su dirección eran antiguos y se inclinaban más por la tradición consuetudinaria de la barragana que por el feminismo. A Carrillo y al Ejecutivo quienes les impresionaban de verdad, en las contadas ocasiones que les necesitaban, eran las firmas de Alberti, de Celaya, de Blas de Otero, poniendo un verso acá y un viaje acullá, en vez de soportar a los «concienzudos» militantes deseosos de aportar su voluntad inquebrantable, más que su talento, a la lucha antifranquista como militantes de la cultura. A partir de 1970 el PCE había ganado la suficiente incidencia social como para obviar el mundo de la cultura, salvo en ocasiones de mérito.

La aparición estelar de los «intelectuales orgánicos» estaba sedimentada en algunos rasgos que la facilitaron y que imprimieron su huella: Mayo de 1968 y la invasión de Checoslovaquia, en agosto. En el terreno teórico la figura del

comunista francés Louis Althusser, en especial los textos anteriores al Lenin y la filosofía de 1969. Luego, aquella fanfarria de que «el marxismo no es una filosofía de la praxis, sino una práctica de la filosofía» quizá permitía conservar la biblioteca y dar un salto sobre la realidad, pero el régimen no estaba por la labor y era irremediable para algunos «volver a nuestros corderos». Este Althusser final ya interesó menos. La atención intelectual iba dirigida hacia París, donde se recalaba, y no hacia Roma, demasiado lejana. Aunque fuera por la vía del rechazo, se seguían atentamente los debates monótonos de los comunistas franceses y se prestaba poca atención a los italianos. Esta inclinación no era tal en el PSUC, donde siempre existió una mayor sensibilidad hacia lo italiano, añadida a la particularidad de que la esposa de M. Sacristán estaba vinculada al PCI. Esto hizo que la atención se posara en exceso sobre los textos de Althusser, Balibar y Sevé, y quedaran más en la penumbra las reflexiones de Luporini, Coletti o Rossi.

Como siempre que se hace una división en periodos, el convencionalismo del procedimiento se expone a perder matices, porque el momento de los «intelectuales orgánicos» no significó la anulación total de los intelectuales en un sentido más tradicional. Manuel Azcárate se rodeó de dos, opuestos en formación y por psicología: Andrés Martínez, más conocido por su nombre literario de Andrés Sorel, y Joaquín Sempere, Ernest Martí en los documentos de partido. El primero procedía de los círculos literarios de Madrid, donde su hermano, Martínez Menchén, se había revelado como un interesante autor de narraciones cortas. Sempere era discípulo de Sacristán y gozaba de cierto predicamento en Santiago Carrillo porque era hombre discreto, reflexivo y poco dado a entrometerse en los dédalos de la práctica y sobre todo ausente de ambiciones.

Andrés Sorel, primero en Madrid y luego en París, sería un publicista ideal para el secretario general. Gozaba de una pluma fácil, imaginación y una notable capacidad ejecutiva que le convirtieron en poco tiempo en una figura de primer orden del partido en el mundo de la cultura. En gran parte a él se debe la creación en Madrid de la revista Revolución y Cultura, que aparecería en 1970 y que duraría cinco irregulares años[14]. Publicará varios libros en la editorial Ebro, durante el periodo en que la dirigió Napoleón Olasolo, y entre ellos uno que traducía la confianza que en él depositaba Carrillo: una historia de las guerrillas que fue acogida con indignación nada velada por múltiples veteranos que ambicionaban hacerlo desde hacía años. Sorel marchó a París y fue incorporado al staff de confianza del secretario general, ocupándose del

semanario Información española, dedicado a la población emigrada. Su estrella empezó a declinar, hasta apagarse. El mundo del exilio y el berroqueño aparato burocrático en París minaron su entusiasmo y abandonó el partido en 1974.

Joaquín Sempere fue, sin duda, la cabeza más sólida del PCE tras la retirada de Sacristán. Colaboró activamente en Realidad y Nuestra Bandera, pero pronto se concentró exclusivamente en tareas vinculadas al PSUC. Después de que Sacristán dejara de dirigir Nous Horitzons en su periodo más brillante (1967-1970), ese que Francesc Vallverdú denominó su «etapa de oro», Sempere pasó a desempeñar la secretaría de redacción durante varios años (1972-1975) y conservó un nivel bastante más interesante que el de su homóloga del PCE.

Nous Horitzons, especialmente durante el periodo que va de 1967 a 1971 (15 números), exigiría un estudio monográfico, porque constituye el ejemplo más notable de elevado nivel teórico producido por el movimiento comunista en España. El equipo dirigido por Sacristán, con Vallverdú de secretario y un consejo de redacción formado por los historiadores Fontana y Termes, el editor Xavier Folch y la propia esposa de Sacristán, Giulia Adinolfi, estaba muy por encima del nivel habitual en Realidad. El esfuerzo realizado en 1967, con ocasión del 30 aniversario de la muerte de Gramsci, fue significativo, pero por eso mismo no tenía nada que ver con el PCE y se limitaba, incluso en el PSUC, a ser el exponente de una organización de intelectuales que entraría en crisis cuando su máximo representante, Sacristán, comenzara su proceso de distanciamiento.

No tienen que ver nada estos Nous Horitzons del periodo áureo ni con Realidad ni con Revolución y Cultura, ni con las numerosas revistas que proliferarán estos años, en Galicia Nova Galicia, en Euskadi Hemen Eta Orain y en sectores técnicos otras como Ciencia, Técnica y Revolución. En el aspecto teórico ninguna es reflejo de las corrientes dominantes del PCE, si no es para confirmar el dominio de esta nueva «intelectualidad orgánica». Su participación conducía a que las publicaciones teóricas del PCE se fueran pareciendo cada vez más a revistas políticas como Nuestra Bandera, perdiendo su especificidad. La única diferencia era que Realidad permitía tratar algunos temas de manera más amplia, sin las esclavitudes de espacio de Mundo Obrero. Las colaboraciones de Carlos Alonso Zaldívar, Daniel Lacalle, e incluso las de Sempere o Sorel, entraban dentro de la categoría antes descrita.

La política general del partido restó protagonismo al aspecto teórico y cultural

durante este segundo periodo que abarca hasta la muerte de Franco. Fuera de las referencias exegéticas al concepto Fuerzas del Trabajo y de la Cultura, la única novedad consistió en la fascinación por otra expresión: «revolución científico-técnica». Fue un deslumbramiento, producido por la publicación, primero en francés y luego en castellano, en 1972, del libro del checoslovaco Radovan Richta La civilización en la encrucijada. Pero se apagará pronto y no habrá ningún nuevo destello.

Lo que diferencia quizá a esta década prodigiosa, y más aún al último lustro, respecto a otros periodos es que en el terreno de la lucha ideológica, por utilizar la jerga al uso entonces, careció de fuerza, de rigor y de creatividad para formar, como en otros periodos, una componente que mereciera la pena de ser examinada autónomamente[15].

AHORA O NUNCA

La política trazada por Santiago siguiendo el esquema del Pacto para la Libertad concentraba la mayoría de sus energías. Seguía chocando con el PSOE, como frente a un muro. A pesar de que tras el Congreso de Toulouse, en el verano de 1972, el peso de la dirección había pasado al interior, seguían siendo un aliado imposible; lo mismo daba apellidarse Llopis que Castellanos. Había que buscar nuevos líderes, nuevos sectores fuera de los ambientes políticos tradicionales.

Estaba haciendo los primeros tanteos que darían lugar a la Junta Democrática. Aunque había lanzado ya parabienes hacia Rafael Calvo Serer, incluso sirviéndose de sus textos en alguna reunión del Comité Central, su obsesión, su punto de apoyo, era entonces José María de Areilza, conde de Motrico. No avanzaban mucho en el terreno de los acuerdos políticos, pero el asedio era constante y se le usaba como puente hacia no se sabe dónde. Mientras no hubiera otro aliado más tangible, no podía abandonársele.

Carrillo buscaba aliados como Diógenes al hombre, y, al igual que aquel, tampoco le servía ninguno de los que le rodeaban. Mas, contra la adversidad, constancia. Así lo expresó el Comité Ejecutivo: Yo creo que nosotros debemos seguir desarrollando la lucha en los más diversos frentes, el Pacto por la

Libertad, los contactos con Motrico; independiente de que se concreten más o menos rápidamente, independientemente de que Motrico remolonee más o menos, hay que continuarlo siempre, porque ese gobierno de amplia coalición, democrático, puede salir de ahí en gran medida.

Para su mente pragmática los hechos, nacionales o internacionales, por poco que afectaran a España, a él sí le servían de mucho. Un acontecimiento como la contrarrevolución de Chile le obligará a introducir algunas variables en sus objetivos tácticos. El golpe de Estado contra el presidente Salvador Allende, en septiembre de 1973, tuvo para el secretario general dos lecturas. Una, pública: la de que las fuerzas progresistas, por mayoritarias que fueran, debían retroceder antes de enfrentarse al Ejército o malquistarse con él (lo recordará años más tarde, durante la transición democrática). La otra fue interna: el partido no podía confiar exclusivamente en la estrategia política y parlamentaria, y debía estar dispuesto a afrontar la lucha armada.

Por entonces el PCI y su secretario general, Enrico Berlinguer, elaboraba su línea de «compromiso histórico» en la búsqueda de una nueva mayoría para Italia; no tenían sentido las dos tácticas, impensables en un partido que aceptaba el marco democrático. Sencillamente, se trataba de un ejercicio de coherencia. El PCE español, de los mismos hechos e independientemente de su situación de clandestinidad, extrajo otras conclusiones y puso en práctica otros procedimientos.

Desde 1972, y ante la penuria de cuadros obreros, el Comité Ejecutivo tomó la decisión, a propuesta de Carrillo, de organizar una escuela en Rumania. Se debía trasladar a militantes de los sectores obrero y campesino para que asistieran, durante seis meses, a seminarios intensivos de carácter político y conspirativo. Las innumerables dificultades de una empresa tal se fueron solventando y tanto el Estado como el partido de Nicolás Ceaucescu dieron todas las facilidades operativas y económicas para la buena marcha de los cursillos.

El lugar elegido fueron dos residencias de campo a orillas del lago Snagov y vecinas a una clínica famosa por los tratamientos curativos de la doctora Asland. Allí, medio centenar de militantes asistían a los cursos que impartía un profesor de Filosofía formado en la URSS, Damián Pretel, hijo del diputado por Valencia; un fiscal del periodo estalinista, Juan Ayestarán, también procedente de la URSS; y, en los ratos que lo permitía su estado de salud y su alcoholismo agudo, Roberto Carrillo, hermano del secretario general. Cuadros y dirigentes del

interior y del exilio pasaban por Snagov para impartir sus charlas o relatar sus experiencias. Pero un cambio se introdujo a comienzos de 1974, tras la conmoción que supuso el golpe de Pinochet en Chile: los cursillistas simultanearon las conferencias políticas con el conocimiento y manejo de armamento militar durante más de un mes. Los instructores eran oficiales del Ejército rumano. Aún lo pueden contar algunos exmilitantes que no hicieron el servicio militar y que dispararon allá las primeras y únicas balas de fusil ametrallador de su vida.

Un año más tarde, haciendo una reflexión pública sobre la experiencia chilena, Santiago extraería tres conclusiones. La primera, que para el proletariado es esencial seguir siendo el aliado de las capas medias. La segunda, que hay que saber retirarse a tiempo del gobierno, antes de que la tensión conduzca a la guerra civil. Y la tercera, que curiosamente invalida a las dos anteriores, que si decides mantenerte en el poder, tienes que tomar todas las medidas necesarias para luchar cuando llegue el momento[16]. Es obvio que la única provisión que adoptó fue la aplicación de esta tercera lección del fracaso chileno.

Pese a los accidentes que creaba la historia, el PCE consumaba el rápido proceso hacia la autarquía política que se había iniciado tras la intervención del Pacto de Varsovia en Checoslovaquia. No bastaba con tender un lazo a Ceaucescu y lanzar otro a Kim Il-sung. Su estrategia era europea y no había otro aliado posible que el Partido Comunista Italiano, tantas veces vituperado por su «revisionismo» y su templanza, pero que, por su experiencia y su equilibrio, podía ser el compañero más espléndido para el periodo que el partido deseaba abrir a su política internacional.

En febrero va a Canosa, en este caso Roma, y se entrevista con Berlinguer, abriendo una etapa dorada en las siempre distantes y enfáticas relaciones entre el PCI y el PCE. Esta toma de contacto a fondo tendrá consecuencias y formará parte de los prolegómenos del «eurocomunismo».

Carrillo se multiplica. Desde mediados de 1973 viene trabajando en una operación a medio camino entre la restauración monárquica en la figura de don Juan y el pacto de San Sebastián que facilitó la Segunda República. Es él mismo quien utiliza tales símiles, sin ningún afán de contraponerlos, sino de explicitar su convicción de que había llegado el momento de aparecer ante la opinión pública no solo española, sino mundial, como el aglutinante de fuerzas que llevaba acumulando experiencias, terreno y aliados desde hacía años.

La Revolución de los claveles en Portugal comportará acuciantes necesidades. En abril de 1974 los capitanes derriban la más antigua dictadura de Occidente; hay que desarrollar el trabajo en el Ejército. El poder portugués pasa de las fuerzas armadas a los partidos políticos y un líder dogmático, estrecho, que vivía en Moscú, a muchos miles de kilómetros de la realidad, pasa a ser uno de los ejes de la nueva situación portuguesa. Hay que demostrar ante la opinión pública nacional e internacional, que se estaba mejor preparado para tales eventualidades. Frente a Álvaro Cunhal y su PCP, mostrar que se era un verdadero partido nacional, distante de los soviéticos. El secretario general de los comunistas portugueses contaminaba su imagen de aliado respetuoso de la democracia. Prácticamente las relaciones entre el PCP y el PCE se tornaron tan frías que solo se mantenía algún hilo de contacto a través de los comunistas gallegos.

Pero, por encima de todo, la revolución de abril en Portugal marca el «gong» en su cabeza: ahora o nunca. El franquismo vive en aquel periodo su estado más inseguro, casi agónico. Toma entonces una serie de decisiones: refuerza el aparato del partido ocupado del trabajo entre las fuerzas armadas (fundamentalmente, la tropa), pone en manos seguras las tareas organizativas, con el fin de dedicarse en exclusiva a las relaciones con otras fuerzas y otros aliados, y sitúa, quizá por primera vez desde hace más de una década, su misión política en un punto de la geografía española: para quien aspira a presentarse como alternativa de gobierno, la organización que debe ser modelo y escaparate de la nueva situación debe ser la de la capital del Estado. Madrid aún no está a la altura de sus ambiciones y ello debe superarse en un tiempo récord.

En lo que se refiere a la moral de combate y a la influencia en las masas populares, la organización de Madrid deja mucho que desear, pero es, sin embargo, el núcleo que surte y suministra elementos políticos, económicos y propagandísticos a toda España desde finales de 1973. La troika dirigente la encabeza el veterano Romero Marín, que se ocupa especialmente del aparato interno y de las comunicaciones con el exterior, pues no por nada lleva casi veinte años de clandestinidad y la veteranía es un grado. A su lado está Jaime Ballesteros, que sustituye a Simón Sánchez Montero en el terreno político tras la detención de este en diciembre de 1973. Por último, Pilar Brabo, que forma tándem con Ballesteros y que informa regularmente a Santiago de las debilidades de la organización madrileña por canales paralelos a los oficiales, que controla Romero Marín.

De Romero Marín ya hemos hablado. De Jaime Ballestero también. Queda Pilar Brabo Castells. Procedía de una familia de la burguesía industrial dedicada a los sanitarios que no pudo aguantar el paso de la autarquía a la competencia. Había entrado en el partido en 1964, en plena crisis claudinista-maoísta de la organización universitaria madrileña. Trabajando de la mano de Ballesteros la descubre Carrillo durante los seminarios veraniegos que se hacen con dirigentes estudiantiles en las afueras de París. Terminó sin especial dedicación las carreras de Física y Económicas. Desde 1966 hasta 1973 figura como responsable de la organización universitaria, aunque, dada su condición de profesional del partido, también se encarga de otras tareas subsidiarias. Asciende al Comité Central en el pleno de 1970 y pasa, como ya hemos dicho, inmediatamente al Comité Ejecutivo.

En 1974 Pilar Brabo tiene treinta y un años. Es una mujer tímida, fría, con notables dotes pedagógicas, aunque carece de sentido del humor y tiene una misión unívoca, obsesiva, unilateral en su vida: no le gustan propiamente las novelas, ni el cine, ni la música, ni, por supuesto, la buena cocina –«podría alimentarme de pastillas»–. Si come, lee, va al cine o asiste a un recital es para hacer política. La única cosa que en su adolescencia hacía por placer, esquiar, la ha abandonado porque no tiene ninguna relación con la práctica política.

Es el paradigma de una generación humanamente frígida durante años a causa de la actividad política contra la dictadura. Fumadora insaciable, había tomado de los italianos, y concretamente de Berlinguer, el lema según el cual para la política lo fundamental es tener un culo de hierro y aguantar las reuniones sin cansarse. Su grado de compenetración con Carrillo alcanzaba lo gestual; se movía como él, fumaba como él… de no ser porque era mujer, y con cierto atractivo físico, se tendría la impresión de que le hubiera gustado parecerse a Santiago hasta en los pliegues de su rostro. La identificación llegaba hasta lo político, en que con una seña sabía lo que Santiago quería. Fue su más fiel confidente sobre la organización de Madrid y su abnegada colaboradora hasta que un día Santiago consideró que su etapa de privanza había creado en ella falsas ilusiones y peligrosas confusiones. A ella se le cruzaron los cables, se miró al espejo y decidió ser persona a costa de una amnesia total, pero esa es otra historia que ha de ser contada en otro lugar. En el fondo quizá fuera una ingenua en todo aquello que no se relacionara con la lucha política.

La troika madrileña estaba netamente dividida. En febrero de 1973, Simón Sánchez Montero ya había planteado, ante el Comité Ejecutivo, que el

responsable de Madrid, Romero Marín, era sencillamente un «tapón» que impedía el desarrollo político de la organización. Ballesteros y Brabo, que compartían esa opinión, esperaron a conocer la reacción de Santiago. ¡Quién mejor que Carrillo para valorar las ventajas y los inconvenientes que tenían los hombres como Romero Marín, El Tanque! Lo decía su apodo: los tanques no son frágiles, ni espectaculares, pero son seguros y, como demostró Guderian en el adelantado invierno de 1941, no pueden dar marcha atrás, no saben retroceder.

La crítica personalizada de Simón la convirtió Santiago en algo genérico, que afectaba a todos. Prefería criticarlos a todos a tomar posición a favor de alguien. Desconfiaba de Sánchez Montero porque poseía algunas características para convertirse en una especie de «secretario general del interior»; políticamente no era brillante ni talentudo, pero la militancia le quería y le respetaba, lo que no era poca cosa en una organización clandestina. A Ballestero y a Pilar Brabo los mantenía seguros, tal como estaban, y alimentar su ambición era como tentar a la suerte, un acto que no estaba entre las costumbres del secretario general.

Tras la ofensiva para cambiar la relación de fuerzas en la dirección del partido en la capital de España, iniciada por Simón en febrero de 1973, Santiago responde con una despiadada crítica, pero sin referirse a nadie en particular. En el lenguaje de partido eso significaba dejar las cosas como estaban. Yo creo que el funcionamiento como colectivo del núcleo [dirigente] de Madrid no es un éxito –respondió Carrillo ante el Ejecutivo–. Yo creo que Simón lo decía en su intervención y me parece que es justo. Yo creo que en las formas de trabajo de ese núcleo de Madrid ha predominado la rutina y yo diría que no solo la rutina, sino en ciertos momentos la autosatisfacción… Ha habido en ese núcleo de camaradas de Madrid una falta de capacidad critica, se han cultivado las buenas maneras de no molestarse, de no decirse las cosas como son…

Cualquiera, al oírle y conociendo su estilo, podría inferir que favorecía la pelea entre los dirigentes en Madrid y desautorizaba el estilo siempre diplomático y difuso de Jaime Ballesteros, mas no se trataba de eso. Aunque sin citar a nadie, había un párrafo para cada uno. La preocupación principal del secretario general no residía en la personalización de los defectos del equipo dirigente, sino en la caída, en el pozo en el que se hallaba inmerso el movimiento obrero madrileño. De él esperaba Santiago el tirón definitivo y se encontraba que estaba encharcado en cuestiones de poca monta.

En junio de 1972 había sido detenida en un convento de las afueras de Madrid la

dirección nacional de Comisiones Obreras, los líderes que serían conocidos con el sobrenombre del sumario que les procesaría, «los del 1.001». Es verdad que había líderes asturianos, como Juan Zapico; o sevillanos, como Soto, Saborido y Acosta; de Valladolid, como Fernández Castillo; de Vizcaya, como Pedro Santiesteban; o de Zaragoza, como Miguel Ángel Zamora, pero es Madrid la que llevó la peor parte. En Marcelino Camacho, Nicolás Sartorius y Francisco García Salve, había la confianza de que iban a superar con su veteranía y su capacidad la sensación de derrota que había en el movimiento obrero madrileño.

Los intentos de crear nuevos líderes en un tiempo récord fracasaron, como en el caso de Vicente Llamazares, un trabajador de Artes Gráficas que harto de subir y bajar, de sustituir tantas carencias, se retiró del Comité Central y marchó a Canadá, quizá porque no halló un sitio más lejos, y allí fallecería. Las orientaciones de la dirección del partido en Madrid respecto al movimiento obrero revelaban un desconocimiento absoluto de la lucha sindical y Llamazares era ante todo un sindicalista consciente. Otros, como Julián Ariza, seguían negándose a salir de su casa, llenos de cautela y prevenciones, exhibiendo las medallas ganadas en los años sesenta y amparándose en las dificultades domésticas para abstenerse de cualquier actividad.

Carrillo no entiende lo que pasa en Madrid, o más exactamente se niega a entenderlo y a sacar conclusiones, por eso cita a un hombre del Comité Central, el abogado Manolo López, que se distinguió en los sesenta por su activismo, ahora convertido en responsable de la apatía madrileña: ¿Cómo es posible que Manolo López, este terrible izquierdista, esté imprimiendo una orientación típicamente socialdemócrata, reformista a los procesos? No solo en el de Camacho, sino en el de Inguanzo, según he oído a la propia mujer de Inguanzo…

En Madrid, para el secretario general, todo es molicie; los voluntaristas de la pelea frente al derechismo claudinista se han arrugado y ya no siguen el ritmo que él cree adecuado para la coyuntura. Los líderes obreros están por inventar. Hace falta, por tanto, una hornada nueva de cuadros políticos. Ha llegado el momento de traer a París a su presencia a varias docenas de militantes responsables y hacer una «conferencia del partido» madrileño.

Las cosas no salen conforme a lo previsto, porque a finales de año detienen a Simón Sánchez Montero. Para mayor carambola de desgracias, cae tras una serie de casualidades a cual más desafortunada y se le implica en el atentado a Carrero

Blanco. El día que ETA mata al presidente del Gobierno, y en el clima de desbandada general que se produce, Simón solo encuentra una casa que le facilita un militante relacionado con el mundo del cine, Joaquín Boyo. Es el mismo sitio donde también pernoctó algún etarra a su paso por Madrid. No había tantas casas para los antifranquistas ni aun en diciembre de 1973. Ni Boyo, ni Sánchez Montero tienen idea de que, en vez de salvarse de las redadas policiales, van a meterse en la boca del lobo. Por su parte, Romero Marín, solo, redacta el mismo día de la voladura de Carrero Blanco un comunicado en nombre del partido en Madrid, que ni por su tono ni por su contenido agradará a Carrillo y a los demás miembros del Ejecutivo, para quienes el atentado es obra de profesionales y no de aficionados, y por tanto no de ETA, sino de ciertos servicios especializados.

La figura de Romero Marín se tambalea, aunque el equilibrio permanece y nadie sale vencedor de las carambolas múltiples. Aprovechando el viaje de Santiago a Cuba, en febrero de 1974, Pilar Brabo, que le acompaña, intenta convencerle de que ha llegado la hora de retirar al Tanque de Madrid. No dice ni que sí ni que no.

El azar, por llamarlo de alguna manera, va a convertir a la organización de Madrid en una balsa. Un mes más tarde la policía detiene por separado e inexplicablemente a Pilar Brabo y a Romero Marín, rompiendo así la mitología de un clandestino que había durado mis que nadie en condiciones de ilegalidad: veinte años de vida regular en el interior. Jaime Ballesteros quedará como responsable de la organización más numerosa de España y se convertirá en el principal colaborador de Santiago hasta años después de la legalización del PCE.

Como se ve, hay demasiadas razones para descartar Madrid como «la punta de lanza» de la ofensiva de los movimientos de masas. Desde la reunión del ejecutivo de 1973 se inclina por Vizcaya. De allí recibe informes regulares de uno de sus descubrimientos políticos, Carlos Alonso Zaldívar, un joven en quien tiene puestas grandes esperanzas. A diferencia de Pilar Brabo, es hombre de sangre caliente y sabe desarrollar las orientaciones del secretario general hasta alcanzar el encaje de bolillos; ha tenido la habilidad diplomática de convertirse en el delfín y el protegido del difícil Ramón Ormazábal, dirigente máximo de los comunistas de Euskadi.

Charli Zaldívar no solo le está dando grandes esperanzas en el movimiento obrero de la ría, sino en los contactos con los socialistas: ¡al fin hay alguien que

va a conseguir lo que creyó posible en 1959 con la HNP! Ante el Comité Ejecutivo, exclama Santiago: Vamos hacia una gran ofensiva obrera. En este orden lo de Vizcaya puede ser capital. Si este plan de nuestros camaradas vascos, con los socialistas, se realiza más o menos rápidamente, es claro que ese punto de apoyo de Vizcaya tiene otra significación distinta a Vigo, a El Ferrol, sin subestimar a nuestros queridos camaradas gallegos, tiene… (pausa y arranca) ¡Un movimiento en Vizcaya, eso sí que podría ser el inicio de un movimiento de carácter general! Yo creo que Vizcaya puede dar un golpe. Tenemos que preparar esa nueva ofensiva obrera.

Por eso, cuando se produce la revolución portuguesa ya no puede demorarse más. Con clase obrera o sin ella hay que lanzarse. Las fragancias de la primavera portuguesa penetran en España, escribe con evidente cursilería en Mundo Obrero[17]. En el país habían entrado, pero en su cabeza más aún.

No cabía esperar a otra coyuntura. Había llegado la hora de dar un paso adelante y demostrar a España y al mundo que un líder político de primer orden estaba oculto entre las bambalinas de la clandestinidad. Luz, acción y empezar a interpretar. El 14 de mayo de 1974 Santiago Carrillo hace su presentación en sociedad en el Hotel Lutecia de París.

Es el nuevo Carrillo. Ha contratado a un experto en imagen y relaciones públicas, Pere Fages, que aporta la experiencia del país mejor vendedor de la península (Cataluña) y del género mejor publicitado en el mundo (el cine). El primer contacto del PCE con Fages lo había realizado el escritor comunista Andrés Sorel, por encargo de Carrillo, para que su productora Filmscontacto rodara el mitin de Santiago y Pasionaria en Montreuil. Luego organiza las relaciones de la Asamblea de Cataluña con los medios de comunicación y, tras tener que convocar una rueda de prensa en su casa, se ve obligado a huir de Barcelona hacia el exilio. En marzo de 1972 entra en el PSUC y Carrillo se lo lleva a Bruselas, a la reunión de los Partidos Comunistas de Europa Occidental.

Pere Fages será el hombre puente para esa nueva imagen del secretario general del PCE. Organizará la primera aparición pública de Carrillo, el 14 de junio en el hotel Lutecia, y aprenderá que le ha llamado para que se ocupe de Santiago Carrillo Solares, de nadie más. Será consciente de ello momentos antes de que empiecen los periodistas a preguntar, cuando aparezca en el salón Ignacio Gallego y él le sugiera sentarle también en la mesa de los anfitriones. Entonces comprenderá el gesto de Santiago: «Que retiren esa silla». Él solo frente al

mundo. Si él es el PCE, por qué no decir que el PCE es él.

Es un Carrillo seguro de sí. Soberbio, que centra sus ataques en el presidente Arias Navarro y su fantasmal «espíritu del 12 de febrero», contra el amago aperturista que apenas si durará unas semanas y que provocará la caída de Pío Cabanillas, con gran satisfacción de los ultras jaleados por el entonces «pardísimo» Emilio Romero. El sentido de sus palabras hoy es diáfano: después de lanzar flores a Calvo Serer y algún requiebro tentador a don Juan de Borbón, esboza su plan: En las condiciones actuales, teniendo en cuenta el diálogo establecido entre muy diversas fuerzas, un gobierno de reconciliación nacional podría cristalizar en 48 horas.

Ahora solo le quedaba presentar a sus amigos.

[1] Partido Comunista Obrero Español.

[2] Mundo Obrero, 29 de marzo de 1973.

[3] M. Azcárate, Crisis del eurocomunismo, p. 71.

[4] Nueva York (1965), Buenos Aires (1966).

[5] La censura y las sanciones administrativas acabarían con las más importantes.

[6] La primera edición se agotó y fue reeditado al año siguiente.

[7] No me resisto a dejar de señalar la coincidencia con otra figura de entonces radicalmente diversa, Xavier Zubiri. Ambos compartían este aspecto formativo con otro no menos singular: el desprecio recíproco hacia el mundo académico español y la autonomía de su reflexión pese a la hostilidad del medio. Son significativas algunas coincidencias personales de estos dos hombres cuyos discursos estaban en las antípodas.

[8] Barcelona, 1966.

[9] Este esquema simplificadísimo no es válido para el País Vasco, donde se introducen otros elementos.

[10] Realidad, núm. 5, mayo de 1965.

[11] Esta obsesión de Carrillo por introducir a un católico fetén en la dirección del partido no la podrá satisfacer hasta 1975, con Alfonso Carlos Comín.

[12] Barcelona, 1969.

[13] Realidad, núm. 19, diciembre de 1970.

[14] Por la razón de siempre, la clandestinidad, el primer número lleva la fecha de diciembre de 1969.

[15] He mantenido prácticamente intacto este capítulo, que está desarrollado de manera más precisa en El cura y los mandarines (2015).

[16] Santiago Carrillo, Y mañana, España, ídem, vol. II, pp. 77-78.

[17] 22 de mayo de 1974.

Capítulo 19

La vida

es un conjunto de movimientos hacia el éxito

y usted equivocó su herramienta,

no, no

por favor, no se jacte de tanto amor perdido

ni moralice a costa del espacio y el tiempo

tuvo un rincón donde mentir su épica

una mujer propia que no supo serle infiel

el derecho a opinar ante gentes más ignorantes

y una amante en la playa

a la que nunca llegará.

Manuel Vázquez Montalbán, ¡No corras, papá!

LA JUNTA DEMOCRÁTICA

Franco tuvo lo que vulgar y exactamente no se podría definir de otro modo que un patatús. Claro está, que un patatús de Franco debía conservar su estigma y así fue: un patatús grisáceo, lentísimo, circunloquial y sobre todo enigmático. Ese

tipo de enigmas que en el fondo no ocultan nada. El 13 de julio los periódicos no pudieron silenciar por más tiempo lo que ya era del dominio público. Su excelencia el Generalísimo padecía flebitis en la pierna derecha.

Ni un minuto más de espera. La voz de Carrillo se hizo perentoria: mis amigos y yo somos la alternativa. Tenía dos razones de peso; la primera, que no había otra, y la segunda que eran los primeros. La presentación de la Junta Democrática se hizo en el Hotel Intercontinental de París el 30 de julio de 1974 ante 20 equipos de la televisión mundial y cien medios de comunicación.

De los tres componentes principales solo aparecieron dos, Santiago Carrillo y Rafael Calvo Serer. El tercero, Antonio García Trevijano, no podía hacerlo por su condición de ciudadano no exiliado, con bufete y negocios en España. Antonio y Santiago corrieron con todos los gastos, a escote, salvo en el caso del profesor de Filosofía señor Calvo Serer, cuyo modesto patrimonio no podía soportar aquella inflación y era cuestión que proveía con prodigalidad el abogado Trevijano.

La declaración programática tenía la mano notarial de este –el régimen político del Estado español toca a su fin–, que huía de la imprecisión y del vacío jurídico: La celebración de una consulta popular [se hará] entre los doce y los dieciocho meses, contados desde el día de la restauración de las libertades democráticas. Se proponían ser el núcleo que aglutinara a su alrededor a las fuerzas políticas que romperían con la dictadura y establecerían la democracia, sin decir aún qué tipo de régimen instaurarían.

La historia de la Junta Democrática había empezado en el verano del año anterior y a impulsos mancomunados de esos dos personajes que tenían muchos puntos en común, Trevijano y Carrillo. Los dos buscaban la tan añorada oportunidad de acaudillar un gobierno, un Estado, un pueblo. Audaces ambos hasta el delirio, tenían a sus espaldas una historia abigarrada. La de Carrillo ya es sabida, la de Trevijano empezaba con una brillante carrera de abogado, negocios de toda especie, entre los que sobresalían los de Guinea Ecuatorial, y un matrimonio que le vinculaba a una familia, los Chouraki, con amplias relaciones en los medios judíos de Francia y el norte de África. Es curioso cómo, en un país donde a nadie se le ocultaba la mejor y más rápida manera de hacer negocios, resultara que García Trevijano tuviera «mala fama» por hacer exactamente lo que muchos otros hicieron con mayor descaro y mejor crédito. Había conspirado durante los años cincuenta y sesenta con sectores militares, estaba vinculado a

un periódico del opusdeísmo aperturista –Madrid– y, en fin, tenía un gusano político en el cuerpo que le pedía pelea y poder.

Quizá lo más sobresaliente de los dos, amén de la audacia, fuera la soberbia. Incluyendo la personalidad de Calvo Serer, de menor cuantía, los tres pertenecían a la sociedad mosqueteril de los soberbios. Jamás dudaron de nada, y en verdad que a lo largo de sus trayectorias cambiaron de ideas y pareceres, alcanzando, como en el caso de Serer, los niveles del travestismo, pero no obstante jamás les cupo un ápice de duda respecto a su talento político, su perspicacia y su sentido de la oportunidad. Hablar con ellos, juntos o separados, le producía a uno la sensación de entrar en los salones de Talleyrand, en el palacio vienés de Kaunitz, y no podía evitar la sensación de sentirse monsieur de Carême, cocinero del príncipe; un servidor privilegiado.

Rafael Calvo Serer estaba en desventaja frente al sesgo de condotieros renacentistas de Carrillo y Trevijano, quienes podían distinguir sus habilidades manejando floretes y dialécticas. Rafael Calvo nunca pudo superar su aire de fraile medieval. Había recorrido un camino tortuoso desde ser martillo de herejes, luz de Trento y nacional-católico furibundo, hasta aparecer codo con codo junto a dos descreídos demoníacos, como sus colegas de la Junta. La única fidelidad de su vida seguía siendo el Opus Dei, donde hacía las veces de monosabio de monseñor Escrivá de Balaguer. Nadie dentro ni fuera de la Obra le hacía maldito el caso, aunque admiraban la tozudez de sus alegatos.

La Junta Democrática había perdido un año intentando negociar con don Juan de Borbón para que acaudillara el nuevo organismo. Trevijano y Serer, durante un periodo, fueron bien recibidos en el entourage de Estoril, donde estaba el pretendiente de la Corona, y jugaron todo lo que pudieron en las antecámaras para convencerle de que se sumara a la alternativa, llegando hasta ofrecerle la exención total de cualquier pago de impuestos y plusvalías. Este tema, entre otros, le costaría el cargo a un miembro del Comité Central del PCE, Mariano Hormigón, de Zaragoza, a quien no le parecía ético que en un futuro Estado democrático se eximiera a nadie del pago a Hacienda.

Un día de 1973, Antonio García Trevijano recibió la visita de dos miembros de la dirección del PCE en el interior, Sánchez Montero y López Salinas; a Santiago Carrillo le gustaría tener una entrevista. Las primeras conversaciones de ambos en París les confirmaron, posiblemente, en que tenían muchas cosas en común, entre otras el olímpico desprecio hacia la caterva de mediocres que constituían la

clase política española. La que estaba en el poder y la que estaba en la oposición.

A sugerencia de Carrillo, Trevijano hizo los primeros tanteos de un hombre con el que mantenía una excelente relación desde sus tiempos de conspirador entre el estamento militar: don Juan de Borbón. La idea de que el heredero genuino al trono respaldara en un documento una política unitaria fue trasladada a Estoril, residencia de don Juan, y no fue rechazada, sino todo lo contrario. El aislamiento político en el que estaba el aspirante a monarca quizá influyera en su renovado optimismo.

El plan consistía en unas declaraciones que debía hacer don Juan al diario Le Monde con ocasión del 24 de junio y a las que se sumarían diversos dirigentes de la oposición. Los principales organizadores, además de Trevijano y Carrillo, eran Calvo Serer, Andreu i Abelló en Cataluña y José María Lasarte en Euskadi. Todo estaba previsto, incluido el desplazamiento del periodista Marcel Niedergang a Lisboa y también la aprobación del texto por don Juan. Pero ocurrió que por mediación de Luis María Ansón y Sainz Rodríguez se enteró el príncipe Juan Carlos. La entrevista de padre e hijo en Mallorca a mediados de junio echará atrás a don Juan, que se encontrará el 22 de junio, a dos días de sus declaraciones, con una expectación enorme de las fuerzas políticas, a la espera de la entrevista en Le Monde. Un grupo de monárquicos viajan a Lisboa orientados por Trevijano: José J. Aguilar, Calvo Serer, Gabriel Navarro Rincón, Javier Vidal, Muñoz Peirats…

No servirá de nada. En la casa del ayudante militar de don Juan, coronel Latour, el propio conde de Barcelona le explica a Trevijano las razones políticas y familiares que desaconsejan la publicación del texto. Desde el conde de los Gaytanes, hasta Areilza, pasando por Ansón y Sainz Rodríguez, entre todos frenan al dubitativo heredero al trono. El 23 de junio se hará el último intento en un restaurante de Estoril, donde Sainz Rodríguez y García Trevijano tendrán su último duelo dialéctico en presencia de don Juan y de Javier Vidal. Nada puede el notario frente al tono insolente de Sainz Rodríguez, quien afirmaba, tronante, que él tenía «un papelito que hará a don Juan rey de España».

Al día siguiente el conde de Barcelona leería un documento en el que se refería a su papel «vigilante» de la monarquía. Rechazada por don Juan aquel 24 de junio de 1974, la coordinadora política formada por Trevijano, Carrillo, Calvo Serer y otros decidió allí mismo, en Lisboa, ir hacia la constitución de una Junta Democrática. Lo haría forzada por la flebitis de Franco y la asunción de poderes

provisionales del príncipe Juan Carlos.

El atractivo añadido de contar con don Juan atrajo en un primer momento hacia el proyecto a numerosos hombres de empresa y hasta financieros, pero conforme se fue difuminando esta posibilidad, el ámbito de las primeras reuniones en el Hotel Ruy Castiglione, lugar de residencia en París de Trevijano y Calvo Serer, vio pasar solo a los que serían luego la orla que rodeó a los tres protagonistas. Allí estuvieron, principalmente, el abogado catalán Andreu i Abelló, otro vieux routier de la política, el más jovenzano Jiménez de Parga, el terrateniente sevillano Aguilar, el habilidoso levantino Chimo Muñoz Peirats, el andaluz Rojas Marcos, los socialistas autónomos Tierno Galván y Raúl Morodo, el inquieto Pepín Vidal y, como nota de color, las princesas carlistas de Borbón Parma.

La política, sin ser oficio de arrieros, que decía Sánchez Mazas, tampoco es para llevar miriñaque, y la aparición de la Junta encabezada por los tres –Carrillo, Trevijano y Serer– no impresionó a la gente por la envergadura de sus talentos ni por la fuerza ética de sus convicciones, pero inquietó a sus colegas.

Se trataba, sencillamente, de tres hombres que se pirraban por el poder político y que buscaban la ansiada oportunidad, la cual creyeron que a partir de aquel 30 de julio de 1974 iba a llegar. Fue por entonces cuando dos juristas madrileños visitaron a Carrillo en París. Les recibió en sitio tan alusivo como el Café de la Paix, como si se tratara de una escena de Los mandarines de la Beauvoir. Era un Santiago que, más que secretario general de un partido comunista clandestino, imitaba a don Juan Álvarez de Mendizábal, a punto de que le convocara María Cristina para hacerse cargo de la deteriorada hacienda de la nación. «Espero que de un momento a otro llame Arias (se refiere al entonces presidente de Gobierno de Franco, Carlos Arias Navarro) y le diré claramente que yo no vuelvo a Madrid mientras mi camarada Simón (Sánchez Montero) esté en la cárcel»: fue esta una instantánea con el valor del momento.

Una vez más, Carrillo se lanzaba a tumba abierta, tratando de arrastrar con él la situación política. Igual que en otras ocasiones del pasado, pensaba que, ocurriera lo que ocurriera, nunca estaba de más crear lo necesario, algo que todos coincidían en considerarlo imprescindible: un organismo unitario público. Frente a quienes le acusaban de precipitación, él respondía que no tenía nada de malo adelantarse si los demás, quisieran o no, habrían de hacer lo mismo. No, no se trata de esperar. Y los que lo hagan, desde cualquier ubicación que sea,

pagarán políticamente las consecuencias[1].

Había contactado con todas las fuerzas, desde la democracia cristiana de Ruiz Jiménez hasta el PSOE de Pablo Castellanos, aún líder socialista del interior. La cosa estaba demasiado cocinada y nadie dijo que no, sino sencillamente ya veremos. En Madrid se había constituido una denominada «Mesa Democrática de Fuerzas Políticas» en la que, junto al PCE, estaban el PSOE y la UGT, además de los carlistas y el Partido Socialista Popular de Tierno Galván. Se habían presentado en sociedad en una modesta rueda de prensa, pero la aparición de la Junta en París rompió el organismo. Al PCE, a más de uno de sus cuadros políticos, le preocupó este incidente premonitorio, pero Santiago se encargó de disolver sus dudas. El efecto fulminante de la revolución portuguesa de abril, junto a la enfermedad de Franco, hicieron que saltara a la palestra para hacer su gran salto mortal, sin red y con el circo vacío. Ya iría llegando el público. Ahora se trataba de montar la carpa.

Por su parte, tomó en París una decisión sin precedentes: instalar una oficina política, un despacho personal, independiente del partido. Su primera opción fue la Torre Montparnasse, el edificio más prestigioso de la clase política francesa, allí donde acababa de instalar su puesto de mando François Mitterrand. Pero al final se convenció de que había que buscar un lugar más utilitario, como le señalaba su secretario y relaciones públicas, Pere Fages. Abrió bufete en el número 3 de Notre Dame des Victoires, un local con cuatro despachos, vecino a la Agencia France Presse, rodeado de un equipo nuevo, tres secretarias, un jefe de gabinete y tres líneas de teléfono. Y se suscribió a los veinte periódicos más importantes del mundo, desde Financial Times al Corriere della Sera.

La tarea, desde que se hizo pública la Junta Democrática, consistía en nada menos que darle solidez, llenar de público esa carpa para verle actuar a lo grande, conforme se anunciaba en el programa de mano. No le quedaba más remedio que acudir primero a Trevijano y Serer, como si se tratara de una postulación de tres líderes en busca de la revolución política, pese a que los despreciaba. A García Trevijano le llamaba, en ausencia, el «nuevo Romero Robledo», aquel político decimonónico que se distinguió por su falta de principios y por su capacidad para ganar elecciones desde el Ministerio de Gobernación; sabía que no contaba ni siquiera con los clientes de su saneada notaría para apoyarle en la aventura. A Calvo Serer no tenía ni siquiera comparación histórica que atribuirle; le consideraba un pelmazo, simple y megalómano; por carecer, ni siquiera era suya, del todo, su conciencia: una parte

pertenecía al Opus Dei. El asunto quedaba en gran medida a cargo del buen hacer del PCE en el interior y de su habilidad en el terreno internacional. La Junta abrió oficina en París, rue de Lisbonne, y a su cabeza se puso el inquieto profesor Pepín Vidal, al que adjuntaron una secretaria de la confianza de Santiago.

Debía hacer del PCE el ideal gramsciano de la hegemonía social. Convertirlo en aglutinante social, dinamizador de clases y sectores, motor que hiciera despegar a la Junta Democrática y despertar a la sociedad en su conjunto, bastante conmocionada e inquieta ante el porvenir. Franco estaba en la cama y de vez en cuando se levantaba, pero el sistema estaba desahuciado.

El primer éxito de esta ofensiva del PC será la incorporación a sus filas del grupo Bandera Roja, especialmente influyente en Cataluña. Desde que el profesor de Derecho Político Jordi Solé Tura redactara, en 1972, el documento programático de Bandera Roja –«Sobre el revisionismo»– hasta dos años más tarde, en que se inician las primeras conversaciones entre el PSUC y ellos, habían pasado muchas cosas en Cataluña, en España y en el mundo. El grupo hizo su travesía, dejando de ser la conciencia radical de los comunistas catalanes y propugnando la estricta ortodoxia «carrillista», más y mejor que el propio PSUC.

La primera reunión tiene lugar en junio de 1974, después de la crisis que provoca en Bandera Roja la salida de Ferrán Fullá, quien, curiosamente, se quedará luego con las siglas BR al integrarse la mayoría en el PSUC. Asiste la cúpula de Bandera –Solé Tura, Jordi Borja, Alfonso Carlos Comín, José María Maymó– y una representación elevada de los comunistas catalanes: Miguel Núñez, el veterano miembro del CC del PCE y del Ejecutivo del PSUC, el ingeniero Isidoro Boix y el líder obrero, Cipriano García. Las condiciones están maduras para la integración. Como dirá el propio Núñez unas semanas más tarde, «los líderes de Bandera entendéis la política del partido mejor que los propios cuadros del PSUC». No era raro, por tanto, que en septiembre, Boix propusiera sin dilación que se integraran en el partido y que entre él y Jordi Borja fueran estudiando el procedimiento técnico-organizativo de ubicación de los nuevos militantes.

Bandera Roja contaba en septiembre de 1974 con dos docenas de cuadros políticos y un par de centenares de militantes, en su mayoría residentes en Cataluña; veinte en el resto de España. Desde París, Santiago sigue atentamente

el proceso que le facilitará reforzar su política en la región, donde los comunistas están más equilibrados con relación a otras fuerzas y donde el nivel de unidad es más alto y más complejo, allí donde el debate sobre la hegemonía del partido está más en discusión y corre más peligro. Pero, además, porque, según los numerosos informes y las regulares visitas de su hombre fuerte en el PSUC, Antonio Gutiérrez, conoce la implantación de católicos practicantes en Bandera, lo que multiplica su interés por captar a un sector de masas que evitará los peligros de otros países, como Italia.

En noviembre de 1974 viajan a París, convocados por Santiago Carrillo, cuatro de los cinco líderes máximos de Bandera Roja: Solé Tura, Borja, Maymó y Enric Solé. Es el primer encuentro, aunque para Solé Tura y Borja se trata más bien de un reencuentro después de sus experiencias de 1964, lo que no evita que Borja guarde el cigarrillo que le ofrece Carrillo, cual si de una reliquia se tratara. La conversación es satisfactoria y el talento pedagógico de Santiago se despliega magníficamente, pero notan un cierto malestar. Carrillo solo parece preocupado por la ausencia de Alfonso Carlos Comín, que no ha podido asistir. Su interés se centra en los católicos, en la influencia real y potencial del grupo de «cristianos por el socialismo». Se sentía Togliatti ante aquellos novicios de la historia comunista y les recordó cómo, durante la guerra, un grupo también denominado Bandera Roja se había unido al PCI. Como siempre, había una pequeña extorsión para hacer feliz la coincidencia, porque el tal grupo se llamó, en Turín, «Estrella Roja», si bien no era cuestión de, por una palabra de más o de menos, romper el encanto de la remembranza. No les recordó tampoco que Togliatti había admitido en el V Congreso del PCI (1946) a un católico practicante en la dirección del partido.

A la hora de hacer el balance de la adquisición, escribirá: El ingreso de Bandera Roja no es solo una aportación cuantitativa, de por sí interesante. Es también una aportación de calidad, por la valía de sus militantes[2]. Con su prodigioso talento para la frase feliz que resuma una situación, Vázquez Montalbán dirá, años más tarde, refiriéndose a este proceso, que la entrada de Bandera Roja en el partido fue para Santiago Carrillo lo mismo que el Opus para Franco. Limitado al marco catalán, es brillantemente exacto.

SOBRE EL CABALLO HACIA LA VICTORIA

Si la situación, según el secretario general, estaba más que madura para las audacias temerarias en el terreno de las alianzas políticas, habría también de estarlo en el seno del propio partido. Casi al unísono a la ofensiva de la Junta Democrática, el PCE lanza una campaña para conseguir 200 millones de pesetas. Objetivo: acumular el dinero imprescindible para poner en la calle su diario, Mundo Obrero. Los comunistas no solo se preparaban para hacer de Mundo Obrero un periódico que saliera todos los días, sino que se postulaban ya como los adelantados del tiempo inmediato: la democracia inminente.

El Comité Ejecutivo, a instancias de un Carrillo enloquecido por la prisa, fuerza entonces algo sin precedentes en la historia de un partido clandestino: editar Mundo Obrero semanalmente y hacerlo con los procedimientos rudimentarios a que obliga la ilegalidad y la represión, aún brutal, del franquismo. Sus deseos fueron órdenes: a finales de marzo de 1975 aparecía el primer Mundo Obrero semanal.

Esta ofensiva del PCE en todos los frentes contenía un corolario, el de que su secretario general acaudillaba las huestes a varios pasos de distancia del pelotón y del estado mayor. No se trataba tan solo de la aparición de los comunistas como el partido de la liberación del franquismo, sino del derroche de sus naturales dotes de hombre público. Desde la creación de la Junta Democrática hasta la muerte de Franco, en el mundo decir posfranquismo era una manera obligada de referirse a Santiago Carrillo.

A partir de las ruedas de prensa de mayo y julio ensayará y obtendrá los resultados más que esperados. Se convertirá en un show político que fascinará a todos, amigos y enemigos. Hacer un seguimiento de sus declaraciones en el orden cronológico no tendría validez política, porque lo de menos era el qué decía y lo más importante el cómo y el dónde. Eso demostraba el talento de un comunicador aventajado. Abandonemos, por tanto, la cronología para adentrarnos en el arte de la semiótica, en el valor de los signos políticos.

¿Hay alguien capaz de proferir un mitin «mudo» ante millares de personas en el único lugar donde no se recordaba reunir a más de mil personas desde los tiempos anteriores a la Primera Guerra Mundial? Lo hizo Santiago en junio de 1974. Fue en Ginebra, junto a Pasionaria, y ante emigrantes procedentes de toda Europa. Los escucharon en cinta magnetofónica porque las autoridades

helvéticas les impidieron hablar en vivo. Las campanas tocan a muerto por la dictadura fascista, decía la voz enlatada del secretario general. El aire fantasmagórico de la escena queda atenuado por la tosquedad de sus previsiones sobre Juan Carlos y la alternativa monárquica: Frente a esa monarquía los españoles no tendrían más que una salida: ¡la República democrática! ¡Hasta el gato se haría republicano!

El año 1975 empezó con un percance para el secretario general del PCE: una intervención quirúrgica en la vesícula. Le visitan en la clínica François Mitterrand y Mario Soares, la futura socialdemocracia en el poder. Se nota la ausencia de su homólogo francés, el comunista George Marchais. Allí, postrado, recapacita y toma nuevas fuerzas para el año más esplendoroso de su vida política. Tiene tiempo para pensar y para trazar el camino al absoluto.

Cuando se levanta no hay redactores en Mundo Obrero capaces de entrevistarle, o quizá no los necesita, y así se vuelve al sistema de poner un par de signos de interrogación, sin más palabras, que sirven al secretario general del partido español para dar cuenta de sus reflexiones. Aparecen en la primera página de Mundo Obrero: Santiago Carrillo analiza la crisis política del capitalismo.

Gracias a sus conversaciones con Mitterrand y, todo hay que decirlo, a sus buenos oficios, consigue hacerse un libro biográfico político con dos intelectuales franceses de prestigio, más inclinados al anticomunismo que al filoleninismo: Regis Debray, el viejo compañero de ruta del Che, y el historiador y biógrafo de Robespierre, Max Gallo, quedarán entusiasmados ante la idea, se plegarán a sus audaces tesis y le permitirán corregir, decir y preguntarse a sí mismo lo que desee en aras del hombre que está llamado a dirigir la revolución en el país vecino. El texto, publicado en la prestigiosa editorial Seuil, se titulará Demain l’Espagne. Después de Portugal, después de Grecia, mañana España. También aquí existe un precedente de Togliatti. A la muerte de Stalin, en 1953, el secretario general del PCI publicó un libro con Mauricio y Marcella Ferrara. Sus Conversaciones con Togliatti relanzaron la figura de Palmiro como líder italiano, nacionalista e independiente de las directrices soviéticas.

Mañana España será un texto jugoso, vibrante, un peculiar ajuste de cuentas con el pasado, con su pasado, no para adecentarlo, sino para convertirlo en todo lo contrario de lo que había sido. Tomando como testaferros a Debray y Gallo, hará de su vida un guante; solo con darle la vuelta, la misma piel tendrá un aspecto diferente. Todo adquirirá visos de verdad, incluso todo estará

asentado sobre hechos reales, y sin embargo nada, absolutamente nada fue exactamente como él lo contó a sus secretarios egregios de la inteligencia gala.

El objetivo se cumplió con creces. La imagen de Santiago es la de un veterano rejuvenecido que consigue demostrar la inveterada firmeza de sus convicciones, su honestidad por encima de borrascosas historias. Las páginas de Demain l’Espagne transparentan un hombre sencillo, sincero, rotundo, nacionalista sin tacha, comprensivo, sin rencores… el líder que España y sobre todo la izquierda necesitan. Al leer el texto trufado de anécdotas, de sonrisas, de calma, uno comprendía por qué no había en España un partido socialista fuerte. Estaba claro: él, por su biografía, por su pasado de joven caballerista, representaba el viejo sueño del comunismo hispano: la unidad social-comunista. La democracia y nuestra legalización no serán –no pueden serlo– una gracia otorgada, sino un derecho conquistado por la voluntad cívica de los españoles. Además de todo lo dicho, habla como un estadista.

Estaba en el olimpo y es lógico que cuando se asciende a esas alturas no se desee compartirlas con nadie. El ingreso de Pere Vilanova, yerno de Fernando Claudín, en el PSUC, y el posterior de hombres como Solé Tura y Borja, que mantenían relaciones estrechas con el antiguo dirigente del PCE, movieron a Claudín a iniciar el gesto de acercamiento hacia el partido y hacia Santiago. Quizá se hubiera equivocado y aquel Carrillo fastuoso de 1974-1975 tuviera poco que ver con aquel otro que él había sufrido diez años antes. Fernando reanudó antiguas amistades, e incluso sirvió de intermediario para alguna entrevista entre miembros de Bandera Roja y el secretario general del PCE. Todo hacía pensar que el tozudo y contradictorio Claudín se ablandaba. Santiago lo observaba con delectación, dejándose querer.

Estaban ya corregidas las galeradas del libro con Debray y Gallo cuando le llegó a través de su secretaría en París, y de fuente tan fidedigna como el propio yerno de Fernando, que Claudín estaba a las puertas del partido, que solo necesitaba un empujón y ese gesto solo lo podía hacer Santiago. Exigió entonces las galeradas de Demain l’Espagne y añadió unos párrafos: La realidad demostró en seguida que la vía recomendada por Claudín y Federico Sánchez no era la buena… en el fondo sigo estando convencido de que teníamos razón… por mi parte, y en lo que respecta a mis camaradas, creo que hicimos todo lo posible para evitar la ruptura… Insistieron en llevar inmediatamente la cuestión ante todo el partido… (lo que) era un lujo demasiado caro para un partido clandestino. Los dos lo sabían perfectamente y no hicieron nada por impedirlo… Recuerdo haber dicho

a Federico Sánchez: «Escucha, estás excluido del partido, pero mi casa está abierta para ti…»… Después hemos mantenido algunas relaciones personales. El 31 de diciembre recibí una carta de felicitación firmada por Fernando… Inmediatamente después de leerlo, Claudín le mandará otra carta y no precisamente de felicitación: una vez más, se había ensañado con él y encima regodeándose. Santiago le respondió displicente.

Ahora que el partido era suyo y que parecía tener el triunfo asegurado, no estaba dispuesto a introducir a otra deidad en su seno. Si quería entrar, de acuerdo, pero sin derechos adquiridos. No le negaba la incorporación, pero sin antigüedad, sin razón y con vergüenza. El único pasado inmaculado era el suyo; los demás al meritoriaje. Solo los muertos tenían ciertos privilegios, porque gozaban de la virtud política de no hablar; por eso, como Napoleón ante las pirámides, les dirá a Debray y Gallo estas palabras, con la premeditación de quien observa un campo de victorias: En este momento lo único que me entristece es no tener a mi lado, para que asistan al triunfo de la libertad, a todos mis amigos y camaradas caídos en la lucha. Se refería a los fallecidos. En vida ya no le quedaba ninguno: tampoco le hacía falta, se sentía autosuficiente.

Desde que el partido la promovió, la Junta estaba en el centro de la atención nacional e internacional. Cualquier elemento distorsionador de la imagen le resultaba perjudicial y debía ser rechazado sin paliativos. Si el PC portugués de Álvaro Cunhal se mostraba agresivo partidario de las nacionalizaciones o de la ocupación de periódicos, no tenía rubor alguno en denunciarle públicamente, rompiendo una inveterada tradición del movimiento comunista.

Como hombre que sabía el valor y la instrumentalización de las provocaciones, consideraba que se debía estar atento. Por eso, cuando unos meses después de proclamarse la Junta un grupo de irresponsables, dirigidos por ETA, provoque un sangriento atentado en la calle del Correo de Madrid, la reacción del secretario general será tajante.

Sus orientaciones llegan a Madrid días después de saber que el explosivo, colocado en una cafetería vecina a la Dirección General de Seguridad, ha causado doce muertos y casi un centenar de heridos. Ni un átomo de ayuda a los «provocadores». El partido no puede verse mezclado en manera alguna. Que se niegue todo, todo, hasta los rastros de la evidencia. Porque pronto las investigaciones arañaron los ambientes del PCE. El régimen franquista tenía en sus manos una buena operación para echar arena en los engranajes del partido y

romper su imagen renovada y sus intentos integradores hacia los aliados. Tenían, además, las siniestras habilidades de un policía manipulador y talentudo, José Sainz, y de un torturador experto en amilanar voluntades, Roberto Conesa.

Los implicados en el atentado habían mantenido relaciones más que estrechas con el Partido Comunista, pero ninguno estaba ya en él. El marido de la principal detenida, Eva Forest, había sido unos años antes miembro del Comité Central, Alfonso Sastre. Uno de los colaboradores de ETA militar en Madrid, Antonio Durán, militó activamente en el partido del sector de la Construcción. El resto, de los que buena parte no tenían ni idea del papel que estaban desempeñando, también habían militado en el PCE. Es impensable que en 1975 la dirección del partido les hubiera permitido, de haberlo sabido, mantener tal dualidad. Sencillamente, estaban fuera de la organización sin haber sido expulsados, y tanto Alfonso Sastre como Eva Forest o Antonio Durán consideraban que el PCE hacía una política revisionista y conciliadora, y ellos estaban por la lucha armada.

No solo se negó el pasado de los detenidos, lo que era obvio en aquellas circunstancias, sino que se asumió la medida de que los abogados comunistas no asistieran a los detenidos en su calidad de letrados. La reacción de la organización de abogados comunistas fue tal que el partido en Madrid, un poco por su cuenta y riesgo y porque era inevitable a menos que expulsara a la mayoría, hizo la vista gorda y consintió en que a título individual se interesaran por ellos. Las patéticas denuncias de Alfonso Sastre desde la cárcel de Carabanchel serán acogidas con frialdad. Nadie en el partido estaba dispuesto a compartir más que el silencio sobre aquel suceso desgraciado.

Cuando lo imprevisto se introducía en el camino que Santiago se había trazado, no había más remedio que borrarlo. Verdaderamente el atentado de la calle del Correo tenía un sello italiano, neofascista o brigadista, por el carácter indiscriminado, pero el partido no podía desconocer que los implicados, si no en el atentado, habían sido activos y conscientes luchadores comunistas, que aún ahora pertenecían inequívocamente al área de la izquierda. Incluso algunos seguían en los aledaños del propio partido. Santiago guardaba la experiencia de lo sucedido con el atentado que le costó la vida a Carrero Blanco: la izquierda, afirmó entonces, no está detrás, es obra de «servicios internacionales». Igualmente ahora se empeñaba, contra toda evidencia, en que el atentado de la calle del Correo lleva el sello de la Internacional negra, de los hombres que en España capitanea Blas Piñar. También en el caso de la voladura del presidente

del Gobierno la policía forzó supuestas implicaciones del PCE en el atentado, a partir de la infortunada detención de Simón Sánchez Montero. Pero esta vez el asunto afectaba aún más, porque el partido dirigía la Junta Democrática y el mismo Carrillo estaba a punto de pasear su figura política como el eje de la inminente democracia hispana.

La imagen del partido, dijeran lo que dijeran los policías de la dictadura, estaba cambiando a pasos agigantados. Numéricamente los militantes y las organizaciones se multiplicaban; el PCE alcanzaba a todos los sectores, desde pequeños empresarios hasta soldados haciendo la mili. Se hacía difícil contabilizarlos y tratar de separar a militantes, simpatizantes y compañeros de viaje. Aunque en su esencia fuera muy parecido al de siempre, todo parecía distinto; la situación lo había trasmutado, y este hecho era inseparable de la desbordante actividad y personalidad del secretario general, que alcanzó niveles de leyenda.

No se trataba tan solo de Debray y Gallo, era Le Monde, Le Figaro. Incluso muchos comunistas descubrieron que existía la pornografía, que ahora podía ser fina y progresiva, con Lui. Entre bellísimas rubias descocadas, un simpatizante de excepción, José Luis de Vilallonga, entrevistaba a Carrillo. ¡Qué entrevista galante! ¡Cómo se movía Santiago en ese mundo, fascinando a nobles y a gañanes, como si hubiera nacido para eso! Conseguía que la difícil y selecta Rinascita, el órgano teórico del PCI, el sueño de Semprún y Claudín, le hiciera una encuesta[3], junto a un Lukács rejuvenecido, o un Kosik o Adam Schaff. Era el marxista y leninista de moda (lo de marxista y leninista, sin guión, lo había oído a Manuel Sacristán y no lo había olvidado; ahora era el momento de utilizarlo). El no va más, el rien ne va plus, fue aparecer en Le Nouvel Observateur[4], la revista que en 1975 aún conservaba el encanto de orientar a la izquierda no dogmática, al socialismo sin partido, la mezcla de la brillante descendencia de Mayo de 1968 y la rive gauche del París eterno. Él, que había tenido que vivir enfundado en el nombre de monsieur Giscard, con un chófer emigrante y unos camaradas que no compraban Le Monde porque no había que darle dinero al enemigo. El aparato del PCE en París sorprendía ahora a su kiosquero, abandonando L’Humá («un periódico aburrido») y France Nouvelle («muy sectaria»), para pedirle expresamente unas veces Lui, otras L’Obs.

Pero el delirio llegó con dos mujeres hechas para mandar, para demoler a hombres entre palabras y páginas de lectura obligada: Oriana Fallaci, de L’Europeo, y Flora Lewis, del New York Times. La Fallaci, la mujer con mirada

telescópica, capaz de hacer reportajes sobre temas que la cogían a miles de kilómetros de donde estaba, la de lengua viperina que trituró al mejor conquistador de damas del Caribe, Fidel Castro, ahora, en 1975, se quedaba fascinada ante aquel hombre de uno sesenta y muy poco, con el pelo ya en mudanza, casi sesentón, que hablaba con acento de Ivry o de Auverbilliers, italiano gesticulante, pero con una voz y una convicción, una delicadeza y una sinceridad tal, que aquella mujer arrolladora hubo de admitirlo: Carrillo es hereje, es inteligente, es bueno, es extraordinario. Lo pueden ustedes leer en las vistosas páginas de L'Europeo del 10 de octubre de aquel año inefable de 1975.

¿Y qué decir de Flora Lewis? Una tarasca, editorialista del primer periódico de Estados Unidos, el New York Times, que hizo un alto en su camino para que le presentaran a ese comunista español del que se hablaba tanto. La recibió en su casa, en Chantilly, y allí la dejó fascinada ante tanto libro –«en Estados Unidos los políticos no tienen tantos libros», dijo–. Ella, habituada a los grandes del imperio USA, hubo de rendirse a la evidencia: Santiago Carrillo era un hombre de convicciones y un político de primer orden. Si lo decía la implacable Lewis, el departamento de Estado debía empezar a interesarse por él. Por primera vez, la Embajada norteamericana en París empezó a recoger en sus boletines las intervenciones de Santiago y a seguir sus pasos públicos. Flora Lewis acababa de descubrir a la estrella política de la transición española.

En fin, para qué más. Pero había más. El mismísimo sobrino del dictador, el hijo de Nicolás Franco, el hijo de quien más cercano había estado al Generalísimo, el hijo mimado de los negocios y los bufetes, solicitó audiencia. Nicolás Franco y Pascual de Pobil viajaron a París y pidieron una entrevista. Cenaron en Le vert galant. ¡Qué satisfacción poder decir, a aquel muchacho atildado y con bigote, «tu tío», para referirse al hombre que les había jodido la vida a él y a millones de españoles durante casi cuarenta años!

Sinceramente, si a cualquiera de nosotros nos ocurriera lo mismo, ¿acaso no tendríamos sobradas razones para considerarnos los hombres más talentudos de Occidente? Hipótesis aparte, al fin todos creían encontrarse con el líder político que la izquierda española necesitaba, el que llevaba esperando desde que a Pablo Iglesias se le ocurrió reunirse con unos amigos a tomar callos en la tasca Tetuán, fundando el PSOE, allá por 1879.

En julio viaja a Roma en olor de multitudes. Ya no va a Canosa, sino que cruza el Rubicón. Es un triunfador que sin embargo no ha ganado una batalla, pero que

nadie duda que las puede ganar todas. Él y Berlinguer marcharán a Livorno, el feudo histórico de Gramsci y de Togliatti, donde aún no ha mitineado el secretario general italiano. Juntos pronunciarán discursos históricos en la plaza de la República. Aunque la declaración conjunta se firme en Roma, la presentación en sociedad se hace en Livorno.

Acaba de nacer el eurocomunismo. Además de Santiago, están Manuel Azcárate, López Raimundo, Jaime Ballesteros y Francisco Idiáquez. Unos meses más tarde el PCI y los franceses firman otro documento análogo, con lo que se sentarán las bases para que se pueda hablar de unas señas comunes del comunismo del área occidental europea. Italianos y españoles, en mayor medida que los comunistas franceses, optan por el distanciamiento de la Unión Soviética y por la aceptación del marco occidental: libertades democráticas, reformas progresivas sin rupturas revolucionarias y preocupación por no romper el equilibrio de bloques, respetando incluso la OTAN, transitoriamente, mientras no se rebaje el bloque opuesto. Se archivan términos que formaban parte del andamiaje de un movimiento que fue mucho más tiempo estalinista que leninista: dictadura del proletariado, internacionalismo proletario, revisionismo…

LA ÚLTIMA VEZ QUE SE QUISO HACER POLÍTICA CON UNA FRASE

¿Qué táctica hay que emplear? Reforzar la Junta Democrática. Nada de tránsito cómodo de la dictadura franquista a la monarquía para abrir un periodo de continuismo hacia la hipotética democracia. El debate está en la cabeza de todos: o reforma o ruptura. Nadie duda de que la única vía es la ruptura, al menos entre las fuerzas democráticas.

El dilema se reduce a saber quién la capitaneará. En el pleno del Comité Ejecutivo, celebrado en enero de 1975, Santiago se muestra explícito, porque las condiciones han mejorado en los últimos meses y se puede volver a sacar la vieja terminología: hay que organizar la Huelga Nacional bajo la dirección de la Junta Democrática. La Huelga Nacional –escribe en Mundo Obrero[5]–, tal como la concebimos los comunistas, corresponde a la «acción democrática nacional» que se propone convocar la Junta Democrática.

No son solo éxitos atribuibles al secretario general y al PCE, porque la Junta alcanza en 1975 la máxima representatividad en algunos foros internacionales. Visitan en plan Midas-Trevijano el Parlamento Europeo. Alquilan un avión y llegan a Estrasburgo el 12 de marzo. Parodiando una frase histórica –dirá Santiago–, la Junta Democrática ha puesto una pica en Estrasburgo[6]. Cogen otro avión, esta vez de línea, y visitan el Congreso de los inaccesibles Estados Unidos.

Es el momento de intentar otro tirón dentro, en el país. Como si se tratara de volver a sacar las fotografías imposibles de 1959, más tarde, la Junta hace público un Manifiesto de la Reconciliación y convoca inmediatamente después a la Huelga General en Madrid. Los días 3, 4 y 5 de junio, la capital de España responde mucho mejor que lo hiciera antaño, es absurda hasta la comparación, pero es un correlato obligado para ver el gesto reflejo de Santiago, la huella de su estilo. El balance es numeroso en acciones de protesta, si bien pocas huelgas y mucho menos generales. Aunque el despliegue de medios no corresponde al resultado, hay razones para el optimismo.

No se ha alcanzado aún el nivel deseado. Hay que poner más a punto al partido, colocarle en la longitud de onda de su secretario general y de su Comité Ejecutivo. Si la Primera Conferencia del PCE, celebrada en 1974, apenas si sirvió para empapar a los cuadros políticos de la recién nacida Junta Democrática, esta Segunda aspira a mayores objetivos: integrar al acervo del partido los nuevos análisis internacionales explicitados en Roma y Livorno, aprobando el Manifiesto Programa; renovar la cúpula de la organización con recientes adquisiciones; e introducir el tono de entusiasmo que evite tener que repetir este tipo de reuniones en el exilio.

En el palacete de Arrás, ¡otra vez Arrás!, en el norte de Francia, el Comité Central, ampliado con militantes del interior, celebrará la histórica II Conferencia. Julio de 1975. Se dan los últimos toques al Manifiesto-Programa redactado por Santiago dos años antes: no habrá socialismo en España sin democracia y no habrá democracia sin pluripartidismo. Pacto para la libertad, Junta Democrática, Democracia Político-Social como antesala del socialismo, y Alianza de las Fuerzas del Trabajo y de la Cultura. Queda sentada la vieja tradición leninista, abandonada durante décadas del movimiento comunista, según la cual no se alcanzará el comunismo sin que previamente el socialismo se haya instalado a escala mundial. Se confina el término «dictadura del proletariado» a una cita de Karl Marx.

En la organización, Santiago quiere introducir importantes novedades. Ramón Tamames, que ha venido exprofeso desde Madrid en avión, y que ha reaparecido en la Junta Democrática como economista del Partido Comunista de España, es incorporado al Comité Central y al Ejecutivo. Aunque ha prometido a Jordi Solé Tura y a Jordi Borja meterlos en el Comité Central del PCE en esta II Conferencia, detecta algunas reticencias entre la vieja guardia y para evitar enrarecer el clima impone una solución salomónica: que ascienda la esposa de Solé Tura. Teresa Eulalia Calzada no saldrá de su asombro cuando se encuentre nominada al Central. ¿Quién le va a decir que no a una profesora discreta y culta, que no ha dicho una sola palabra en la reunión, y a quien fuera de cuatro enterados nadie conoce, porque se siguen utilizando nombres de guerra? Por si acaso, Santiago tiene el tacto de equilibrar la balanza metiéndola en un lote en el que van otras dos mujeres del PSUC, pertenecientes a la línea anterior a Bandera Roja, Monserrat Avilés y Dolores Calvet. Puede sentirse satisfecho, porque al fin logra materializar su sueño tantos años ambicionado: incorporar al Ejecutivo a un cristiano de verdad, a un creyente genuino, Alfonso Carlos Comín.

Comín está conmocionado por su primer encuentro con Pasionaria, allí mismo Le ha recibido con un abrazo, un beso y una frase: «No te has equivocado». Todo sucede muy deprisa, apenas si da tiempo a asombrarse de nada. Alfonso Carlos, con su tono ecuménico, entusiasta, humanísimo, explica a unos cuadros imbuidos de leninismo-estalinismo que para ser buen comunista hay que ser buen cristiano y viceversa. No menos atónitos quedan los presentes cuando Santiago Álvarez se refiere a Álvaro Cunhal, el secretario general portugués, y menciona los «a-se-si-na-tos» que ha cometido en épocas pasadas. Carlos Elvira llora pidiendo perdón a Carrillo, porque alguien ha dicho que conspira contra él. No es que la gente se haya vuelto loca, es que hay prisa por alcanzar la meta que se adivina en el horizonte y nadie da valor a las palabras.

Santiago sabe lo que quiere. Necesita técnicos tragasables como Tamames, que escribe análisis sobre estructuras económicas y novelas, nada, anda en bicicleta, sube montañas, lee tres libros en veinticuatro horas, redacta resúmenes de una cuartilla, habla idiomas sin hacer señas. O católicos todoterreno de gran espiritualidad, como Comín, que se parece al Bautista de Pasolini, pero que carece de experiencia de partido y que se ha emocionado por el beso y el lema de Magdalena-Pasionaria. En palabras del Comité Ejecutivo, al fin se había producido el encuentro entre el primer movimiento igualitario conocido por la humanidad, el cristianismo, y el socialismo científico moderno. ¡Ale, oohp, al Ejecutivo! Detalle significativo: el hijo de Largo Caballero coopta al Comité

Central. Ya no falta nadie. El partido bajo la carpa, perplejo, se encoge de hombros; Santiago sabe lo que se hace. Cuando se va al galope hacia la victoria, nadie le dice al jinete que sus espuelas están gastadas.

Una nota importante al final de la Conferencia. Reunido el nuevo Comité Central, decide como tarea primordial fortalecer la imagen de Santiago Carrillo. Conoce el riesgo y el vértigo del galope. Todos y cada uno de los miembros del Central estampan su firma en la carta de apoyo, defensa y reconocimiento hacia su secretario general, que les ha nombrado. Desde el primer firmante, Dolores Ibárruri, hasta el último, Pello Zubia (Carlos A. Zaldívar), todos admiten y testifican que el prestigio de nuestro secretario general, Santiago Carrillo, es el prestigio del conjunto del PCE. Él también quiere tenerlo todo atado y bien atado.

En septiembre hace traer a París a los cien dirigentes comunistas más influyentes del movimiento obrero clandestino. Está la cúpula obrera del partido y de Comisiones Obreras. Primero les deja hablar, pero después de un día de soportar sus análisis toma la palabra y da un vuelco a la reunión. Mientras los líderes sindicales no hacen más que referirse a sus experiencias y, como siempre pasa, más a las negativas que a las positivas, él cambia el clímax: ha llegado el momento de dejar de mirar atrás y encarar los objetivos inmediatos. Tenemos que limpiar algunas telarañas que todavía empañan nuestra visión, como son las afirmaciones del tipo de que la clase obrera no se movilizaría por objetivos políticos. ¡Camaradas, esta apreciación no es acertada! La clase obrera se movilizará en definitiva y fundamentalmente hoy por objetivos políticos. El subrayado está en el original. Por tanto, las tareas por cumplir al día siguiente de la muerte de Franco, si no se puede antes, deben reducirse a dos: sacar los presos a la calle y ocupar los sindicatos. Pero sin andarse con remilgos, por las buenas o por las malas. Ahora bien, camaradas, lo que no podemos confundir es la ocupación de los Sindicatos y la ocupación de las fábricas. Nada de ocupar las fábricas o las empresas.

El tiempo le juega una mala pasada y las conclusiones de la reunión, tituladas Las tareas del movimiento obrero para que el franquismo desaparezca también, salen a la calle clandestinamente en vísperas de la muerte física de Franco. Todo está previsto, solo falta la hora H del día D. Las bases para el éxito están sentadas.

Ni siquiera le preocupa en exceso que a la Junta Democrática le haya salido un

competidor, la Plataforma de Convergencia. O la idea de la Junta era mucho más inteligente de lo que pensaban algunos, o todos estaban contagiados de carrillismo, porque lo cierto es que los pensativos democristianos de Ruiz Jiménez y los cautos socialistas del PSOE han formado un conglomerado de autoexcluidos de la Junta.

El aglutinante es el Partido Socialista Obrero Español, que ha celebrado, en octubre de 1974, su congreso semifundacional de Suresnes, su segundo nacimiento. Un nuevo equipo se ha puesto a trabajar. A Santiago tampoco le preocupa que sea Felipe González, alias «Isidoro», el nuevo jefe socialista. Ha podido hablar ampliamente con él y conoce, o cree conocer, sus limitaciones. A poco de fundarse la Junta Democrática, el nuevo secretario general del PSOE también ha viajado, como todos, a París y ha entrado en contacto secretamente con Carrillo. No puede usar los viejos cauces socialistas, que le hubieran causado problemas con Rodolfo Llopis y los veteranos anticomunistas. El procedimiento es atípico, pero resultará eficaz. El dibujante Vázquez de Sola, en París, sirve de intermediario para hacerle llegar a Carrillo la solicitud de una charla privada. Sensible al gesto, no le recibirá en su despacho, sino en un lugar neutral.

No se tiene noticia de qué ocurrió, aunque cabe sospechar que Santiago le explicó la situación política y los rudimentos del análisis, y Felipe escuchó atentamente, introduciendo a duras penas algunas reflexiones sobre la realidad cotidiana que él tenía más cerca. Santiago debió salir convencido de que se trataba de un novato, hombre de paja de alguien (Múgica Herzog), y Felipe, a su vez, se convenció de que aquel vejestorio era un soberbio y un marrullero insufrible, que gozaba haciéndole patente su fuerza y su veteranía. En ese tipo de encuentros es donde se fraguan las venganzas históricas.

El PSOE de 1975 está a la izquierda del PCE y acusa a los comunistas de ir a remolque de la burguesía: ellos quieren la revolución socialista. El PCE… subordina su actuación a los intereses de la burguesía[7]. Ese aire verbalmente izquierdizante está presente en la plataforma de Convergencia Democrática, donde también forman sociedad, además de Ruiz Jiménez, la ORT maoísta y cristiana, el MCE maoísta y estalinista, e incluso el siempre reticente y escasamente entusiasta Partido Nacionalista Vasco.

Junta y Plataforma están llamadas a entenderse, al menos sobre el papel. En septiembre de 1975 firman la primera declaración conjunta, en la que se llama a

la ruptura con el régimen y con su continuidad sucesoria. La situación política es poliédrica, tiene demasiadas caras; unas fuerzas que avanzan, un régimen que está agotado y donde a lo nuevo se le abren las costuras. Pero aún tiene el reflejo violento de ejecutar cinco penas de muerte a otros tantos antifranquistas.

En ese ambiente de frustración y de esperanza, Carrillo demuestra más capacidad de convicción y logra salirse con la suya. Explica la única vía que a pesar de tanto ensayo no se ha propuesto aún, la cual, a falta de otra, podrá volver a intentarse. La Junta Democrática y la Plataforma llaman a la Acción Democrática Nacional para enterrar a Franco. No le ponen aún fecha, pero han tomado la decisión firme y serena de poner en ejecución la Acción Democrática Nacional. Era el 24 de octubre de 1975. Santiago se burla de los que hacen conjeturas sobre Juan Carlos de Borbón y sobre su padre: La solución no es ni el padre, ni el hijo, ni el espíritu santo. La solución debe darla el pueblo español.

El último día de octubre Junta y Plataforma se constituyen en «Alternativa Democrática» y manifiestan su voluntad de realización de la ruptura. Carrillo, cuatro días más tarde, tiene un vago aire de Lenin llegando a la Estación Finlandia: Ahora es cuando hay que ir al asalto del sistema de dictadura. No son frases[8].

Como todo buen general, sabe que las batallas dependen principalmente de la intendencia. A su vuelta a París se encuentra que los fondos se agotan, que los viejos recursos se obtienen dificultosamente. ¡Hostia, los coreanos! En pleno maremágnum de juntas, platajuntas, padres, hijos y espíritus variados, se da cuenta de que debe estar en todo: «Que escriban rápido un artículo sobre la sabiduría de Kim Il-sung». Tras pedir disculpas por el olvido –«nos excusamos ante nuestros entrañables amigos coreanos por un retraso que, estamos seguros, ellos sabrán comprender»–, les felicitan el 30 aniversario de la fundación del Partido del Trabajo de Corea. Si se pudiese hablar de milagros, se lee en Mundo Obrero[9], habríamos de convenir en que hemos visto uno en Corea, bajo la sabiduría del partido que dirige Kim Il-sung.

El 20 de noviembre de 1975 muere Franco en la cama, convertida en gabinete del doctor Caligari, pero le entierran los suyos. Las jornadas que siguen todos son conscientes, empezando por Santiago, de que no queda más remedio que esperar a que terminen los lutos. A nadie se le ocurre ocupar los sindicatos y lanzarse sobre las cárceles; hubiera sido una aventura inaudita. La vida del país se paraliza hasta que se van marchitando las flores de tanta corona y tanto fasto

mortuorio. La «Platajunta», nueva denominación de la unión de Junta y Plataforma, hace una declaración. No puede ir más allá. Carrillo, desde Grecia, juzga olímpicamente: Juan Carlos no es más que el representante del franquismo que sobrevive a la tumba del dictador. Con esta frase se da término a la política de las frases. Ya nada será igual, porque el 5 de diciembre, sin que lo sepa ningún miembro del Comité Ejecutivo, recibe un mensaje político del nuevo rey Juan Carlos. Esta es otra historia, pero que tiene sus efectos.

Conmocionado por las informaciones que ha recogido ese día crucial del 5 de diciembre de 1975, sus análisis se verán trastocados. En una reunión a finales de diciembre explicará la táctica introduciendo un elemento hasta entonces imposible: Juan Carlos puede traer la democracia. Aún es pronto para que los oyentes le entiendan del todo, pero aquella música les suena diferente: Yo quiero añadir también, en relación con una hipótesis que yo expresaba ayer y que probablemente no se va a realizar (la transición a la democracia por Juan Carlos), que la orientación que desarrolla el partido de lucha contra el continuismo juancarlista es la única que puede obligar a Juan Carlos –incluso si no conseguimos desplazarle del primer embate– a ceder a alguna solución democrática. Hay que ponerle a Juan Carlos la espada en la garganta como en los duelos de otras épocas, de manera que pida gracia –y pedir gracia es mendigar– o lo liquidamos, en términos políticos, naturalmente. Está preocupado por el porvenir y admite que hay que saber algunas veces replegarse en ciertos aspectos para colocarnos en situación de avanzar. Y de avanzar más deprisa. Y no hacer lo que los camaradas portugueses, que han dado pasos adelante y ahora ya hablan del peligro fascista.

Carrillo está en París, llega la Navidad y está orgulloso de sí mismo y de lo que nadie salvo él, salvo Ceaucescu, salvo el emisario y quien le ha enviado sabe. Su mayor orgullo es sentirse el eje de las miradas del poder. Lo dice expresamente en esta reveladora reunión de finales de diciembre: Uno de los grandes problemas de la situación española para los que se disputan la influencia sobre Juan Carlos es que, en este momento –vamos a ver lo que sucede en el porvenir–, pero en este momento el gran partido antifranquista en España es el Partido Comunista.

El 8 de enero de 1976 reúne al Comité Ejecutivo para leerle una declaración política en la que curiosamente no aparece, en sus cuatro páginas a tres columnas de letra diminuta, ni una sola vez el nombre del jefe del Estado, ni por su título de rey, ni por su patronímico. Ni tan siquiera se refiere a la monarquía, solo al

Gobierno de Arias Navarro. Un puñado de palabras marca el tono de todo este escrito que abre un nuevo periodo para el PCE y para su secretario general: En realidad, la ruptura democrática puede realizarse con un simple decreto.

Nada más terminar la lectura, explica brevemente una idea muy sencilla de la que está convencido desde hace días: «Hay que ir adentro». Alguien pregunta: «Quiénes?» y Santiago responde: «Todos». Uno más cauto añade: «Tú no, Santiago», y él replica, sin dejar lugar a la duda: «¡Yo, el primero!». Un par de días antes, Jaime Ballesteros y Pilar Brabo, que acababan de llegar de Madrid, le han informado del peligro que se corre de crear dos centros de dirección, uno en Madrid y otro en París. Él sabe más que ellos y no necesita que se lo digan dos veces: «¡A Madrid!».

[1] Mundo Obrero, 4 de septiembre de 1974.

[2] Mundo Obrero, 7 de enero de 1975.

[3] Rinascita, 2 de mayo de 1975.

[4] Le Nouvel Observateur, 23 de junio de 1975.

[5] 22 de enero de 1975.

[6] Mundo Obrero, 19 de marzo de 1975.

[7] El Socialista, 2.a quincena de enero, 1975.

[8] Mundo Obrero, 4 de noviembre de 1975.

[9] Ídem, 10 de noviembre de 1975.

QUINTA PARTE

LA HORA DE LA VERDAD (1976-1985)

Capítulo 20

¿Revolución? Desatornilla el mástil, mete la bandera en su funda de hule y guárdalo todo en el armario ropero. Dile a tu madre que te traiga las zapatillas y quítate la corbata roja. La revolución la hacéis siempre de boquilla.

A. Döblin, Berlin Alexanderplatz

LA REFORMA PACTADA

El secretario general del PCE cruzó la frontera española, clandestinamente, el 7 de febrero de 1976. Lo hacía por primera vez desde que a comienzos de 1939 abandonara el país. Aunque su situación no era precisamente fácil, y en la decisión había una notable componente de peligro y riesgo, lo cierto es que aquel día que atravesó el paso fronterizo de Le Perthus en el lujoso vehículo de su amigo Teodulfo Lagunero dejaba atrás treinta y siete años de exilio, más de la mitad de su vida. Había salido con veinticuatro años recién cumplidos, volvía con sesenta y uno. Era el segundo desembarco de su vida. El primero fue aquel del otoño de 1944, cuando llegó a Marsella y se dirigió primero a Toulouse y luego al Valle de Arán para recuperar lo irrecuperable, coyuntura en la que era nadie o casi nadie. Ahora no, ahora volvía a Madrid con peluca, como Lenin.

Este segundo desembarco tampoco fue el que había soñado. Debía asumirlo y estaba convencido de que su esfuerzo y el riesgo asumido le proporcionarían el triunfo. Es curioso cómo en una larga vida en la que solo cosechó derrotas nunca le cupo la duda de que estaba llamado a triunfar. Fue la decisión quizá más trascendental de su vida, en la que se mezclaba la consideración de que «ha llegado el momento», de que «la oportunidad está pasando por delante de su puerta», y el deseo de convertirse de una vez por todas, ganándole la mano a todos los políticos hispanos, en el eje sobre el que discurrirá la situación. Cabe

preguntarse también si en su gesto no había, aunque fuera implícitamente, algo de desconfianza, incluso de desprecio hacia su propio partido. No tenía gran confianza en su gente del interior –en realidad, nunca tuvo confianza en nadie, porque nadie podía hacer las cosas tan bien como él– y creía que sin su ayuda directa, personal, omnipresente, la situación no se decantaría. Si el Partido Comunista, por su propia definición, estaba llamado a ser el agente de la revolución, Santiago Carrillo, por su propia psicología, sería el protagonista hegemónico de la transición que se avecinaba.

No existen paralelos ante el caso de un secretario general de un partido clandestino que se decidiera a lanzarse a la clandestinidad personal contando exclusivamente con su propio aparato y sin preocuparse de lograr el consenso de los otros miembros del ejecutivo. Sin embargo, plasma a la perfección la situación real del PCE y el papel absoluto de su secretario general. Su poder no solo era omnímodo, sino que, con su decisión, amenazaba con arrastrar al partido tras él. Una decisión que, juzgada bajo el prisma leninista-estalinista, no se traducía más que como un gesto de aventurismo que podía comprometer y descabezar al PCE en un momento decisivo.

Pero tenía razón en la audacia, era un gesto coherente con su manera de ser y de entender la lucha política. No se descartaba que pudieran detenerle en las primeras semanas, pero, metiéndole en la cárcel, el efecto político nacional e internacional hubiera sido multiplicador de su peso. Dentro de la mitología del movimiento comunista, más que Lenin llegando a la Estación Finlandia, le gustaba compararse con Togliatti desembarcando en Nápoles.

Análisis e hipótesis aparte, su gesto revela sobre todo audacia, eso que desde Napoleón se consideró el primer principio de un jefe militar. No cabían discusiones: Carrillo en política fue siempre todo lo contrario de un cobarde. Podría equivocarse o no, pero nadie podría dudar de que cuando captaba una situación y el modo de abordarla no se demoraba en lanzarse. Aunque desde la perspectiva de un partido comunista –centralismo democrático, estructura piramidal, decisivo peso del vértice, etc.– la decisión de arrostrar los riesgos de la clandestinidad era un gesto arriesgado y poco operativo, dado que ya se encontraba en el interior una buena parte del ejecutivo, desde el punto de vista individual, político e intransferible, su vuelta a España fue un éxito. Un éxito personal, y lo fue de tal modo y con tal desprecio hacia el propio aparato del partido, construido por él ciertamente, que se lo montó por su cuenta: salvo el pasaporte, que se lo hizo, como siempre, Domingo Malagón, el maestro

maquillador de documentos cuya mano era insustituible, el resto fue cosa suya. Entre él y Teodulfo Lagunero fueron dando los pasos para establecerse en Madrid: casa, vehículo, tapaderas…

Cual pioneros en tierra ignota, antes y después que él, fueron llegando otros miembros del Ejecutivo en el exilio. El primero, Manuel Azcárate, que logró una semilegalidad basada en su apellido, sus amistades y el vago halo de intelectual, que le facilitaba una mayor cobertura. También Federico Melchor, Ignacio Gallego…

La traslación de los colaboradores más estrechos de Santiago hacia el interior permitió, además, que desempeñaran funciones que nunca hubiera consentido el propio Carrillo que hicieran fuera de su control cercano. Las distancias que le creaba la anómala situación de Ignacio Gallego en el interior, en semilegalidad, las resolvió de un plumazo y sin consulta: convirtió a Jaime Ballesteros en el responsable de organización. Para que no cupieran dudas de sus intenciones, y para confirmar el carácter de sus costumbres, desde febrero de 1976 el órgano del partido, Mundo Obrero, se comenzó a redactar e imprimir íntegramente en Madrid, de donde se enviaba al resto de España y a la emigración. Mientras Federico Melchor se aclimataba al mundo semiclandestino de 1976, Jaime Ballesteros sirvió de intermediario entre el secretario general y el aparato ilegal.

Por eso conviene señalar que desde febrero de 1976 el modo de hacer de Santiago en el trabajo político no varió en nada. Incluso se agudizó por la proximidad y porque los encuentros y la vitalidad de la actividad política obligaban a contemplar la realidad con ojos ansiosos.

El 7 de febrero de 1976 llegó Carrillo a Madrid. Solo se demoró unas horas en Barcelona entrevistándose, mientras almorzaba, con su principal discípulo en el interior, Antonio Gutiérrez Díaz. Si Jaime Ballesteros era el mejor y más fiel de sus secretarios, políticamente prefería como intérprete de sus opiniones a Gutiérrez Díaz: le fascinaba por entonces la brillantez expositiva y la rapidez ejecutiva de este médico que pronto llegaría a secretario general del PSUC gracias a él. Ballesteros era gris, Guti amarillo.

Desde su llegada a Madrid toma una serie de decisiones puntuales que caracterizan su estilo: primero se rodea de un grupo, obviamente restringido, de ayudantes (Ballesteros, Pilar Brabo, Manuel Azcárate) y margina políticamente al Comité Ejecutivo como órgano. En el terreno de la política unitaria mantiene

contacto con Antonio Gutiérrez. No olvidemos que Cataluña marcaba la pauta en cuanto a relaciones con otros partidos. El instrumento operativo que le rodea cuenta con una secretaria y un chófer. La secretaria la ofrece Pilar Brabo y la acepta inmediatamente con solo oír el apellido: Belén Piniés, hija del abogado Piniés y sobrina de Jaime de Piniés, embajador de España en las Naciones Unidas con Franco, durante la transición y hasta su jubilación con el PSOE en el poder. Por entonces ella es novia de un dirigente del partido, Enrique Curiel, pero pronto Santiago conseguirá con sus indudables dotes seductoras ocupar todos los lugares del mundo de su secretaria: el político, el personal y el ideológico. Al chófer lo rescató Jaime Ballesteros de un aparato de propaganda clandestino que conocían apenas tres personas: una vieja imprenta que solo se usaba en ocasiones excepcionales.

En el aspecto organizativo Carrillo, desde su llegada, se mostró muy sensible a la posibilidad de que las organizaciones del interior pudieran chocar con su estilo de trabajo y con su condición de genio indiscutible. Aunque su olfato debía de calibrar que tal eventualidad no asomaba en las cabezas de los ingenuos responsables de las organizaciones del interior, lo mejor era prepararlo todo como si pudiera suceder. El aparato de propaganda clandestino empezó a ser desmontado con la colaboración ejecutiva de Pilar Brabo: la tan trabajosamente construida red de multicopistas, casas de distribución, imprentas, vehículos… en la que a tiempo parcial o profesionalizados trabajaban un par de centenares de militantes de cuya fidelidad no cabía duda, y que por las condiciones duras de su trabajo acostumbraban a hablar fuerte y diferenciar rigurosamente la crítica feroz con el trabajo constante, fueron liquidados de un modo singular: un buen día se cortaron las comunicaciones con ellos y se les dejó sin un duro. Ante el dilema de morir de inanición, y dado que por orden expresa de la dirección tenían terminantemente prohibido cualquier contacto con la organización regular del partido, estos militantes, individual e industriosamente, fueron pasando a la vida civil, por así decirlo, esperando que llegara «el contacto» a pagarles los meses atrasados de vivienda, a recoger las máquinas, y sobre todo a explicarles lo sucedido. Pero ello nunca ocurrió. Otros desesperaron antes. La orden de desmantelar el aparato clandestino empezó a cumplirse a poco de la llegada de Santiago al interior y a finales de año ya no quedaba ni rastro de una organización clandestina veterana que podía constituir eventualmente un grupo de presión.

Otra exquisita obsesión de Santiago fue la de contactar personalmente con las organizaciones provinciales, colectivamente. Así se dio la paradoja de que

mientras solo reuniría una sola vez al Ejecutivo, en noviembre, y ninguna al Central, sin embargo asistió a plenarios ampliados de los comités provinciales más importantes: Madrid –unas doscientas personas–, Barcelona, Asturias, Valencia, Sevilla y Euskadi. Nadie podría alegar como justificación que se trataba de palpar las preocupaciones de los cuadros intermedios más sensibilizados por las masas, porque tal oportunidad no existía desde el momento en que Santiago llegaba a la reunión el último, intervenía durante tres o cuatro horas, y a continuación abandonaba el local.

No le faltaba razón al secretario general en sus viajes a provincias. Su gesto revela una cabeza políticamente bien estructurada y experta en el terreno de la vida interior de los partidos. En pura lógica, y tal como ocurrió en la historia del movimiento obrero y comunista, toda dirección del exilio marcha siempre a diferente compás que la del interior, y, si los dirigentes emigrados tenían algún escollo, este era el de repartir con tacto las responsabilidades entre los de fuera y los de dentro. Así ocurrió con los bolcheviques en 1917, y con el partido comunista italiano en 1944; los dos paradigmas del comportamiento de Santiago.

En el caso español no se produjo nada de eso. Hasta llegar al aislado enfrentamiento de Asturias en 1978, ninguna organización plantea un combate específico por conservar ciertas señas de identidad logradas en las difíciles peleas clandestinas. No solo admiten la incorporación del aparato de París, sino que incluso, durante un periodo, se les facilita la asunción de las responsabilidades que tenían en el exilio. La reacción contra los veteranos de París se producirá más tarde; coincidió con el comienzo de la quiebra de las esperanzas de renovación. Dirigentes como Pilar Brabo, Carlos Zaldívar, Eugenio Triana, Ramón Tamames, Antonio Gutiérrez… empezaron a introducir dicha variable en sus análisis ¡en 1980! Cuatro años después de que Santiago copara la organización del interior, transformándola en el mismo instrumento dúctil que había construido durante tantos años en el exilio.

Excedería los objetivos de este libro profundizar en las razones del desdén del interior hacia ese tipo de cuestiones. Eso entraría de lleno en la psicología del militante del interior y su basamento sociológico. Pero se pueden señalar algunos rasgos que facilitaban su escaso sentido de la ambición política entendida como profesionalidad. En primer lugar, la generación de cuadros del interior carecía de cualquier experiencia política que no fuera la del propio partido comunista. Carecía, por tanto, de conocimientos sobre las relaciones de fuerzas internas que ayudan o perjudican a quien se plantea una «carrera política». La disciplina

leninista-estalinista había sido el elemento formador de su universo, dominando ese aspecto sobre cualquier «relación de poder». Era una disciplina basada en la aceptación de dos superioridades, la del talento de los dirigentes del exilio, especialmente del secretario general, y la de una revolución que obligaba a considerar los aspectos colectivos por encima de los individuales. En clandestinidad no es posible que existan «carreristas»; puede haber ambiciosos, déspotas, ingenuos, etc., pero no gentes que ingresen en un partido clandestino para hacer carrera y aún menos en un partido como el partido comunista, privilegiado por la represión constante y las amenazas permanentes de cárcel.

En la clandestinidad existía una ingenua pero férrea conciencia de ser soldados de la revolución, no políticos en ejercicio, y es típico de la mentalidad revolucionaria, desde los carbonarios a los bolcheviques antizaristas, el desdén hacia la política como profesión. Considerar la actividad clandestina como una forma de hacer política era un proceso de maduración intelectual que no estaba al alcance de la mayoría de los militantes antifranquistas. En este sentido el paradigma de esta figura del comunista como hombre que aspira a responsabilidades políticas «de futuro» quizá haya sido entonces, para toda una generación, el caso del economista Ramón Tamames.

Entre 1965 y 1975 la relación de Tamames con el partido había sido distante y episódica; no militaba. Es a partir de su incorporación a la Junta Democrática de la mano de Antonio García Trevijano, en 1974-1975, cuando opta por el grupo político con el que se sentía más identificado: el partido comunista. La primera reunión importante a la que asiste Tamames como comunista es la II Conferencia del PCE celebrada en el verano de 1975, y de allí saldrá elegido miembro del Comité Central y del Comité Ejecutivo.

Si cito el caso concreto de un hombre de cierta coherencia personal es porque ese tipo de entender la militancia «como forma de hacer política», de ganar elecciones, de ser ministro, alcalde o director general, era algo que quizá soñara algún activista, pero que jamás se le hubiera ocurrido plantearse.

En este periodo que se inaugura en 1975 los ejemplos que revelan una mayor comprensión de lo que era un partido político quizá sean Ramón Tamames entre los profesionales y técnicos, y Julián Ariza en el movimiento obrero: ambos se reincorporan al partido en función de que aparece en el horizonte el momento de hacer política de verdad. Es la diferencia entre un profesional de la política y un profesional del partido. Conviene no olvidar la terminología: en el PCE

clandestino un cuadro que cobraba de la organización se denominaba «profesional», pero se trataba de un apócope del término tradicional del movimiento comunista, el de «profesional de la revolución». Hay, por tanto, una diferencia semántica muy significativa con respecto a las otras organizaciones que los denominaban «permanentes». Es curioso que en Francia incluso los mismos comunistas españoles exiliados denominaban a los «profesionales» con la traducción del término francés «permanent» (permanente).

El secretario general del partido, curtido en las peleas históricas por conquistar parcelas de poder, considerará que su diagnóstico, tras la visita a las organizaciones del interior, confirmaba su propio talento político. Los militantes clandestinos, formados como soldados, cabos o sargentos, no solo aceptaban que su general les mandara, sino que se sentían satisfechos de su saber político, de su clarividencia, quizá también porque no conocían a otro y no había más polos de referencia. Su confianza era plena en que les habría de llevar a la victoria, es decir, a la revolución.

El único momento en el que Carrillo estuvo dispuesto a hacer cualquier concesión con tal de proseguir su vía política fue este. No es extraño que entonces dirigentes como Antonio Gutiérrez, Jaime Ballesteros, Pilar Brabo o Carlos Zaldívar, por citar los más sobresalientes, tuvieran un poder del que no gozarían nunca más. Un poder limitado a ciertas parcelas que no interferían la actividad del secretario general, pero que un año más tarde les sería fulminantemente arrancado. 1976 es, por tanto, el año crucial y quizá el más complicado para el secretario general. Por primera vez la realidad no permitía subterfugios, sus análisis políticos caían hechos añicos. Entonces, y en ningún otro momento, el PCE tuvo la posibilidad objetiva de constituirse en una equilibrada dirección con diversos focos de poder que adaptaran el partido monolítico a una situación nueva, más compleja, como sería la que habría de afrontar a partir de 1977. Subjetivamente, es decir, en la mentalidad tanto de los militantes como de los dirigentes, tal eventualidad, más aún que imposible, era impensable.

El único que lo comprendió o que quizá lo intuyó fue Santiago Carrillo, el resto carecía de muchas cosas, entre otras, de experiencia; se vivía en una probeta sometida a todo tipo de presiones de laboratorio, pero sin la visión que proporciona estudiar los fenómenos sociales al aire libre. Sin reuniones, sin liturgia, sin disciplina, sin Santiago, no cabía la posibilidad de hacer un análisis de la realidad y, por tanto, la «realidad» de la militancia pasaba por esos cuatro

elementos.

Carrillo lo entendió tan bien que su preocupación obsesiva durante este año que trituraría sus análisis sería: primero desmontar el aparato clandestino, sustituyéndole por el de París a los pocos efectos que necesitaba; y entrar en contacto con las principales organizaciones regionales, imposibilitando reacciones de bloque frente a las orientaciones equívocas del secretario general, lo que confirmaba su papel de líder indiscutible. Posteriormente consideró que el instrumento (el partido) debía quedar intacto en lo fundamental: no quería luchar en varios frentes.

Reforzando su papel personal podría llevar a cabo la política que evitara un fracaso estruendoso, un fiasco, que echara al traste con cuarenta años de análisis ininterrumpidamente equivocados en lo fundamental, no tanto en lo accesorio. Él debía ser quien negociara la reforma, la ruptura o lo que fuera. Todo menos quedarse al margen. Ya no introduciría nunca más la obsesiva necesidad de ser «hegemónico», sino tan solo la de no perder el tren.

Desde el verano de 1976, y hasta bien avanzado el año 1977, hay un Carrillo apurado. Tan «realista» que a su intermediario con el presidente Suárez, José Mario Armero, le parecía incluso apesadumbrado. Está pasando un momento de graves riesgos políticos y encara la situación con su mejor talante. Ese periodo que va del verano de 1976 a la primavera de 1977 ofrece para el analista una especie de modelo para seguir los procedimientos y la habilidad de Santiago Carrillo, su naturaleza de prestidigitador no solo en su partido, lo cual no era difícil, teniendo en cuenta el caldo de cultivo y la ingenuidad de la militancia, sino respecto a la clase política en su conjunto. Desde el rey hasta el más modesto militante, pasando por banqueros, secretarios generales curtidos, como Enrico Berlinguer, y presidentes de gobierno en ejercicio nada crédulos, como el mismísimo Adolfo Suárez, todos y cada uno estaban convencidos de que tenían que vérselas con un pura raza de la política.

Por tanto, tiene especial interés ir desentrañando los movimientos del secretario general desde su atrevida incorporación a la vida clandestina en febrero de 1976. No todo está concienzudamente elaborado, más exactamente nada está elaborado, sino que se improvisa, pero en el estilo de Santiago, con una coherencia, una línea de conducta que tiene su particular lógica y que alcanzará hasta las elecciones generales de junio de 1977, las que cierran cuarenta años de dictadura.

El periodo de toma de tierra de Santiago Carrillo en el interior se da por finalizado en el verano de 1976, y más concretamente con el pleno ampliadísimo del Comité Central celebrado con pompa y circunstancia en la Roma imperial y eurocomunista. Coincide también con el nombramiento de Adolfo Suárez como presidente del gobierno. Hasta ese momento Santiago se dedica a poner a punto su equipo en España, revalida su figura asistiendo a los plenos provinciales de las zonas más decisivas políticamente, o que él cree que serán más decisivas, y empieza a desmantelar el aparato clandestino de tal modo que desde el Pleno de Roma (julio de 1976) en España no hay más clandestino que él: el resto son legales de hecho. Él es el único que conserva el aura de ilegalidad y al tiempo se exhibe como semilegal en cuantas ocasiones juzga necesario.

Hasta el verano, la situación la domina, por decir algo, el gobierno de Arias Navarro con su heterogéneo gabinete: Fraga, Areilza, Garrigues y Díaz-Cañabate… La actitud de Santiago empezará a variar antes de su llegada a Madrid. El 7 de enero se celebra en París un pleno de la Junta Democrática, el último en el exilio, e incluso el último en su sentido genérico, porque allí por última vez se discute en base a los propósitos fundacionales de la Junta de 1974: la ruptura democrática. La siguiente reunión ya será la que amalgame la Junta y la Plataforma.

Los días 7 y 8 de enero de 1976 se debaten en París dos posturas que enfrentan de un lado al presidente de la sesión, Antonio García Trevijano, y de otro al secretario general del PCE. Asisten cerca de medio centenar de representantes de partidos políticos –Carrillo (PCE), Tierno Galván (PSP), Alejandro Rojas Marcos (Alianza Socialista de Andalucía), Nazario Aguado (PTE) e independientes como Joaquín Díaz de Aguilar (Canarias), Calvo Serer y José Vidal Beneyto, incluso un representante de Comisiones Obreras (Marcelino Camacho).

La preocupación de Carrillo se centra en que después de diecisiete meses de trabajo político la Junta no ha llegado ni a la banca, ni a la Iglesia, ni al ejército, los tres poderes fácticos sin los cuales no es posible decir que se haya avanzado como alternativa. Hay que unirse con la Plataforma de Socialistas y Democristianos para cubrir dos flancos, uno explícito y otro de interés particularmente comunista. El primero consiste en ampliar la oferta de partidos y por lo tanto sumar fuerzas para convencer a los poderes fácticos de la amplitud unitaria de la alternativa. El lado implícito es que uniendo en un organismo al Partido Socialista y a los democristianos de Ruiz Jiménez ata su suerte a la de

legalizar el Partido Comunista, al menos sobre el papel.

Trevijano replicará con su natural vehemencia e insistirá en su conocida tesis de que la unidad con la Plataforma marcará el final de la Junta y de su contenido: la ruptura democrática. No obstante, conseguirá hacerse con la mayoría de la reunión, con la franca oposición de Carrillo y Tierno Galván, y hará aprobar un documento, el último documento netamente rupturista de la Junta Democrática. Curiosamente, no será reproducido por la prensa del partido, tan solo se dará cuenta de la reunión en un breve comunicado ¡en la página octava! de Mundo Obrero[1]. La Junta Democrática de España pedía en él a las demás Juntas regionales que intensifiquen las movilizaciones pacíficas que permitan llegar a la Gran Acción Democrática Nacional.

Fue una victoria pírrica de Trevijano, porque un mes más tarde le visitarán en Madrid Carrillo y Simón Sánchez Montero para plantearle un dilema para el que no tiene recurso: o la Junta se une con la Plataforma de Socialistas y Democristianos, o el PC se retira de ella. Nosotros la creamos y nosotros damos por terminada la aventura; si vienes será detrás de nosotros, si te quedas se convertirá en un club de amigos personales de Antonio García Trevijano. A mayor abundamiento, y por los mismos días, Raúl Morodo le advierte de la misma disyuntiva. Trevijano es consciente de que a partir de entonces se transforma en un comensal no invitado, al que tampoco se atreven a negar el cubierto, aunque desearían que se abstuviera de venir. Será el incómodo testigo de la nueva andadura de la unión de Junta y Plataforma. Por diferentes razones los nuevos aliados pretenden desembarazarse de él.

Independientemente de la reunión de París, el proceso unitario era imparable y no había Trevijano capaz de cambiar el signo de dicho proceso. Veinte días después, el 27 de enero, en Madrid, los dirigentes socialistas Enrique Múgica, Javier Solana y Luis Yáñez se manifiestan codo con codo junto a los comunistas Ramón Tamames, Eugenio Triana y Armando López Salinas. Convocaba el Comité Coordinador de la Junta Democrática y la Plataforma de Convergencia. El acto no solo tenía el emblema simbólico de la nueva unidad, sino también de una táctica más acorde con los tiempos que se abrían: la marcha pacífica entre la Plaza de Colón y la de Cibeles. La represión impidió la manifestación, pero lo importante fue que los dirigentes se encontraran para que la Agencia France Press y el periódico madrileño Nuevo Diario dieran constancia del acto. La Plata-Junta aparecía en público por vez primera.

El 9 de enero, nada más terminar la reunión de la Junta en París, Santiago se puso a hacer las maletas y a preparar su atuendo clandestino. La siguiente reunión de la Junta será, como dijimos, su transformación en Coordinación Democrática, tras la unificación con la Plataforma. La declaración conjunta de unificación conciliaba la dureza con la moderación. Coordinación Democrática invita a las… instituciones eclesiástica, militar y judicial, a la apertura de un diálogo en aras de los superiores intereses patrios, que conduzca a la realización de la alternativa pacifica aquí definida… Pero no se desterraba el lenguaje a la antigua usanza del rupturismo: Establecimiento, en el momento de la ruptura, de órganos de poder ejecutivo de amplia coalición, sin exclusiones ni obligatoriedades.

En el fondo esta declaración concentraba todo su valor en el propio encabezamiento: Junta y Plataforma unidas. Declaración de Coordinación Democrática. Las firmas incluían al Partido Comunista, al PSOE, al PSP y a los sindicatos UGT y Comisiones Obreras. Estaban sujetos a ratificación el Partido Democrático Popular y la Izquierda Democristiana de Ruiz-Giménez. Los radicales del Movimiento Comunista y el Partido del Trabajo iban a quedar descolgados en poco tiempo. Exactamente lo contrario de lo que ocurriría con el más derechista de los allí reunidos, la Federación Socialdemócrata de Fernández Ordóñez, cuyo papel se incrementaría, hasta convertirse en uno de los pilares del órgano de negociación con el gobierno.

Junta y Plataforma se reunían para seguir la nueva andadura de la «reforma pactada». El PCE, sin duda el más fuerte, y el PSOE, el mejor informado, tenían a su alrededor gentes de diversos pelajes, desde los ingenuos por obligación hasta los tontos inútiles, pasando por los que entendían que su colaboración quedaba desde aquel día rescindida: los independientes sin partido. La etapa que se abría ahora era para jefes con ejército, independientemente de qué es lo que se entendía por tal. Los condotieros por contrata podían volver a sus casas hasta que fueran requeridos si fuera menester, que no sería. Había que negociar con el gobierno y por tanto estaban de más, porque los poderes suelen evaluar a los enemigos por lo que cuentan y lo que valen, y los independientes de la Junta solo tenían una oportunidad si se producía una revolución política. Tratándose de negociaciones y de pactos, no tenían nada que ofrecer fuera de sus cabezas. Empezó, pues, la operación desmarque de Trevijano, que le conduciría al «pantano» y a su saneado bufete.

Después de la reunión en París de la Junta y de la declaración que constituía el

nuevo organismo unitario –Coordinación Democrática–, un partido de izquierda, el comunista, hacía una revisión copernicana del dilema reforma-ruptura. Como es lógico, será el secretario general quien, en los comienzos de 1976, introduzca un matiz léxico que dejará una huella y marcará un camino diferente: ruptura pactada. Ya no se hablará más de «ruptura democrática» a secas, sino que el adjetivo «democrática» se irá diluyendo en este hallazgo terminológico de amplias consecuencias tácticas: pactada.

Se dice de los japoneses, injustamente, que no inventan, pero que saben sacar más partido que nadie a los descubrimientos de los otros. Quizá esta imagen y el atractivo que siempre sintió Carrillo hacia el PC japonés haya contribuido a que desarrolle esa característica acusada desde antes de que conociera y admirara al líder de los comunistas japoneses, Jenji Miyamoto. El término «ruptura pactada» pasó a la historia como un hallazgo del PCE y de su secretario general, cuando la verdad es que lo recogieron Simón Sánchez Montero y Santiago Carrillo, por este orden, del profesor de Derecho Político y secretario general del PSP, Raúl Morodo. Morodo va a ser durante 1976 una fuente permanente de descubrimientos terminológicos para el secretario general del PCE; la música le sonaba, pero necesitaba que alguien la transcribiera al papel pautado.

El término vino a cumplir una función en un esquema en el que solo se necesitaba una feliz palabra, para que sirviera de expresión a la nueva vía política que el PCE había iniciado. La verdad incontrovertible, que nadie conocía en el PCE, desde la militancia de base hasta el secretariado del Comité Ejecutivo, se refiere a un hecho citado apenas en el anterior capítulo. ¿Qué sucedió el 5 de diciembre de 1975, para que Santiago Carrillo se decidiera al fin a entrar a España y empezar la viariación de su táctica?

Los hechos casuales entroncados con esta historia empiezan en 1973, cuando el sha de Persia celebra su multicentenario imperial. En Persépolis se concentran los invitados más poderosos del planeta; habitan en majestuosas tiendas. La casualidad hace que el líder rumano Nicolai Ceaucescu y el entonces príncipe de España, Juan Carlos de Borbón, sean vecinos del jolgorio. Enhebrarán una amistad, discreta, pero que puede esperar la ocasión de ponerse a prueba.

La ocasión llega en diciembre de 1975, cuando Manuel Prado y Colón de Carvajal, el hombre para todo del rey, desde los negocios a las intimidades, entran en la Embajada rumana en París solicitando una audiencia privada con el presidente Ceaucescu. Portan un mensaje personal del nuevo rey de España. El 5

de diciembre tienen la principal entrevista con el líder rumano, al que transmiten su misión: poner al tanto al secretario general del PC español de las intenciones de Juan Carlos de Borbón y el interés de Su Majestad para que Ceaucescu sirva de testigo de sus propuestas. El rey garantiza que la democracia será restaurada y que el Partido Comunista podrá ser legalizado, pero es imprescindible que el propio PCE no acose a la monarquía y sobre todo no la cuestione. Ambos deben esperar; el rey –del PCE– paciencia, el PCE –del rey– tiempo.

Manuel Prado no llega a ver a Santiago Carrillo, pero es consciente de que el secretario general del PCE está esperando «en la habitación de al lado». Ceaucescu, por su parte, es el único líder que está en condiciones inmejorables para que sus palabras tengan peso en el PCE, entre otras cosas porque su ayuda es la más notable de cuantas tienen económicamente los comunistas españoles: instalación y gastos de Radio España Independiente, escuela de cuadros, facilidades comerciales… Todo le convierte en algo más que un buen interlocutor, es también un hombre con ascendiente en Santiago Carrillo.

Esta entrevista del 5 de diciembre de 1975 no tiene nada que ver con el sondeo que en 1974 hicieran Nicolás Franco y Pascual de Pobil, en nombre del príncipe, con Santiago Carrillo. Ahora es un mensaje político para hacer política, y eso significa la introducción de una variable en el pensamiento del secretario general del PCE, que si bien no fue la única será, no obstante, decisoria para la vuelta a España y la introducción de lo que más tarde se llamaría «ruptura pactada».

Tres meses después de la reunión secreta de Bucarest, Santiago redacta en Madrid un documento cuyo contenido y objetivo resulta diáfano al saber hoy lo que sabemos. Se titula Cuatro proposiciones del PC para resolver el problema político. La primera constata la evidencia de que no basta con la recién constituida Plata-Junta, sino que es necesario incorporar los diversos órganos de unidad existentes en las nacionalidades y regiones del país y los partidos y fuerzas democráticas, que aún se hallan al margen de unos y otros organismos unitarios.

El objetivo de la primera proposición se dirige a dos instituciones: el gobierno vasco en el exilio y el presidente de la Generalitat de Cataluña, Josep Tarradellas. Estos serán también los objetivos primordiales de Adolfo Suárez y Alfonso Osorio en el primer periodo de la transición, bajo orientación de la Corona. La segunda proposición aspira a lograr el apoyo del mayor número de personalidades representativas del país. Lo que a simple vista tiene cierta

equivalencia, por decirlo así, con los senadores por nombramiento real de la legislatura constituyente.

La tercera dice textualmente: Proponer públicamente la apertura de una negociación a los elementos que se declaran reformistas y a representantes de las Fuerzas Armadas y de la Iglesia. Y, por fin, la cuarta y última reza que mientras se desenvuelve esta negociación sean respetados (el subrayado es mío) los derechos de huelga, reunión y manifestación pacíficas sin discriminación de ningún partido[2].

¿Quiere esto decir que las cuatro proposiciones han sido decididas en Bucarest? Más bien me inclino a pensar que las conversaciones con el enviado real confirmaron en el secretario general algunas de sus reflexiones. Quizá le obligaran a acelerar su explicitación pública y tratar de encabezar un giro que se haría perentorio en el conjunto de la oposición. De este modo aparecía como el más audaz y moderado de los líderes políticos. En marzo de 1976 Santiago Carrillo aún piensa que si bien la hegemonía no será usufructo de los comunistas, cabe, no obstante, la posibilidad de lograr una ruptura matizada que, por más pactada que sea, colocará a las fuerzas populares, que hasta antes de ayer se querían rupturistas, en una situación de cierto equilibrio respecto a la derecha conservadora y los poderes fácticos (ejército, banca e Iglesia). No está aún «a merced de», como ocurrirá más tarde, sino que todavía conserva el poder teórico, al menos, de poner condiciones.

Es así como debe entenderse el que añada a la primera proposición la frase: la oposición solo podrá pactar la ruptura si actúa unida, porque si no se convertiría en simple juguete o instrumento del poder. En su calidad de líder político de primerísimo orden, las recomendaciones generales para la oposición no rezaban con él. Que creía conservar un cierto poder lo demuestra hasta su arrogancia en mantener, en dicha primera proposición, la exigencia de establecer un gobierno provisional o transitorio.

Pero en las cuatro proposiciones hay también otras cosas. Son ambivalentes, porque reflejan su contradictorio estado de ánimo e incluso un dubitativo análisis político. Hay aún audacia y osadía en las proposiciones, pero también existe, por primera vez de modo palmario, un cierto tono de derrota aceptada, de reconocimiento de que las fuerzas democráticas están en posición de debilidad ante el poder real de las instituciones. Y nada mejor para constatarlo que reproducir una frase incluida en la proposición cuarta, impensable tan solo cinco

meses antes, cuando sugería la ocupación de los Sindicatos Verticales y el asalto pacífico a las cárceles: Que se dicte una amnistía o cuando menos se ponga en libertad a los presos políticos y sociales. No hace falta romperse la cabeza para deducir que el enviado a Bucarest explicó de modo rotundo algo tan incontestable como esto: una amnistía es imposible, otra cosa es ir poniendo a los presos en la calle… si ustedes nos ayudan con su discreción. Nada casual que esto sea lo que vaya a ocurrir.

Además de las cuatro proposiciones citadas hay otra ocasión en la que trasluce de modo palmario sus conversaciones rumanas. El 2 de abril, en París, en la rueda de prensa forzada por Santiago Carrillo, exclama esta frase antológica, tan pensada y rebuscada que parece construida por Italo Calvino: Si por un milagro el rey aceptara la consulta al pueblo… en ese caso no seríamos un obstáculo. (Mundo Obrero no reproducirá la frase salvo en los ejemplares enviados a la emigración, e incluso en estos el párrafo se ampliará tanto que se hará ambiguo.) [3] Sin embargo, fue simplificado por las agencias de prensa y así llegó a quien debía llegar.

Pero hay otros que no estaban por la labor. Por ejemplo, Manuel Fraga, el ministro de Gobernación, que seguía convencido de ser el poseedor, como siempre, de la mejor fórmula para llegar a objetivos fulminantes. Unas veces tenía la lucidez de Calígula, otras la de su caballo. Mantiene reuniones con Felipe González en casa de Miguel Boyer. Su meta consiste en llevar a los socialistas «a la ventanilla», como se decía entonces. Término que traducía la aceptación de la Ley de Asociaciones que Fraga defendía. Incluso entre el PSOE y el ministro de Gobernación de Arias Navarro se llega a discutir sobre las elecciones futuras, sobre si las listas de candidatos serán abiertas o cerradas, pero ni en eso están de acuerdo ambos interlocutores. Salvo en una cosa: ir a la «ventanilla» o a donde sea, con tal de recuperar en una semilegalidad el terreno que les han ganado los comunistas en la lucha contra el franquismo.

Quizá el mayor defecto de Manuel Fraga sea su torpeza en la ejecución de unos análisis bien trazados. Es torpe, pero tiene oficio político y no es precisamente tonto; todo lo contrario. El 3 de abril, un día después de la rueda de prensa de Carrillo en París, avisa a su antiguo amigo Joaquín Ruiz-Giménez de que no vaya al bufete de Trevijano porque la policía va a detener a todos los asistentes a la reunión de la Coordinación Democrática. Honesto siempre, pero pusilánime, don Joaquín advierte al anfitrión de la amenaza. Serán detenidos Javier Solana, del PSOE; Raúl Morodo, del PSP; Marcelino Camacho, de CCOO; Javier A.

Dorronsoro, del MCE; Nazario Aguado, del PTE; y por supuesto el dueño del local. Significativamente, en el tránsito a la Dirección General de Seguridad serán puestos en libertad los representantes del PSOE y del PSP, el resto irá a Carabanchel. Son, según la expresión de Fraga que hizo fortuna, sus rehenes.

El mejor resumen de la situación lo expone el decano del Colegio de Abogados, Antonio Pedrol Rius. Visita en la prisión de Carabanchel a García Trevijano para ofrecerle un acuerdo de parte del ministro de Gobernación: «Fraga dice que admite patadas en las espinillas, pero en los cojones ni las permite ni las permitirá nunca». Es su estilo, tiene su firma. La respuesta del detenido se reduce a advertir la grosería del lenguaje y a afirmar que no está dispuesto a pactar con el verdugo. No se sabe muy bien si por sus convicciones o sencillamente porque está en la inopia. Lo cierto es que unas semanas más tarde el ministro pone en libertad a todos menos a él. Seguirá en prisión hasta el 13 de junio.

No solo Fraga hace como si se olvidara del notario, también Coordinación Democrática. Hasta el 26 de mayo no emitirá declaración alguna en apoyo de Trevijano: tres párrafos, exactamente 119 palabras. Es un residuo del pasado que nadie quiere alimentar. Es el único que aún pretende aunar ruptura y opción republicana. Está descolgado de los principales componentes de la oposición democrática y en el fondo todos se han sentido aliviados porque Fraga se lo ha quitado de encima por un tiempo.

El 11 de mayo el Comité Ejecutivo del PCE declara solemnemente que la ruptura debe pactarse con el Ejército, la Iglesia y los banqueros, lo que en el fondo es una formulación graciosa, porque es tanto como si un partido incluyera en su programa que el socialismo debe construirse con las multinacionales, las embajadas occidentales y la colaboración inestimable del Vaticano. Sencillamente, atrabiliario. Si debe pactar con el ejército, la Iglesia y los banqueros es que no puede hacerse la ruptura, a menos que fueran estúpidos. Hay un deslizamiento claro hacia una posición subsidiaria. De lo que se trata ya es de que los poderes fácticos negocien con la oposición la reforma. La hegemonía, hasta sobre el papel, ha pasado al adversario. El rey acaba de hacer unas declaraciones a la revista norteamericana Newsweek en las que se puede leer la sentencia de Arias Navarro y el comienzo de otro periodo en la primera etapa de la transición, para el cual estaba constitutivamente incapacitado el antiguo sustituto de Carrero Blanco.

La confusión política reina en las filas de la oposición, alimentada aún más por los contactos entre ministros en ejercicio y líderes ilegales. Areilza, titular de Asuntos Exteriores, se entrevista con Carrillo y con Manuel Azcárate. Les facilita el ángulo de tiro: disparar las andanadas sobre la línea Arias-Fraga. Será el primer paso para acercarse a un pacto entre las instituciones y las fuerzas democráticas. Esto es ya un lugar común, deducido de todos los análisis, solo que cada uno, con razón, quiere situarse con alguna ventaja sobre los demás.

Ha llegado el momento de abandonar explícitamente una política mantenida durante décadas; la de que el tránsito de la dictadura a la democracia se lograría mediante un ataque frontal al régimen, bien fuera por las guerrillas (hasta 1952), con el Gobierno provisional republicano (hasta 1956), con el Frente antifranquista (hasta 1964), con el Pacto para la libertad (hasta 1974), o con la Junta democrática (hasta 1976). Ha llegado el momento de la verdad y hay que admitir que la democracia solo puede llegar si se negocia con los tres poderes que han sostenido el régimen y que mantienen su continuidad al tiempo que su apertura. Que siguen defendiendo el equilibrio del sistema para que no se rompa ni se desplace la hegemonía. Ese equilibrio está sostenido sobre un vértice inamovible e innegociable: la figura de Juan Carlos de Borbón.

Aunque muchos tardarán aún meses en percibirlo, este esquema está implícito en la declaración del Comité Ejecutivo del 11 de mayo de 1976. Por tanto, no ha lugar el dedicarle ni una línea a desmontar las posteriores justificaciones del secretario general del PCE sobre las responsabilidades de las otras fuerzas políticas, y muy concretamente del PSOE, que hicieron inevitable la reforma. Como explicó en su momento Raúl Morodo, el término ruptura pactada no era más que un modo diplomático para girar de ruptura a reforma sin necesidad de rasgarse las vestiduras y conmover los ánimos militantes. Pero incluso entonces, en aquellos meses anteriores al verano de 1976, hombres como Simón Sánchez Montero rechazaban la tesis de Morodo: para él –no para Carrillo– aún se estaba en pleno proceso rupturista. Santiago no perderá ni un minuto en explicárselo, hasta que la dirección del partido, incapaz en su mayoría de entender lo que estaba ocurriendo, hubo de escucharlo traumáticamente en noviembre de 1976. Lo patético es que los mismos que firmaron el comunicado del 11 de mayo no sacaban las conclusiones pertinentes de su posición y se dejaban llevar de la forma más banal de la política: jugar con palabras. Aún seguían en la clandestinidad, sin darse cuenta de que habían perdido la iniciativa.

El viejo dilema entre reforma o ruptura se había inclinado irremisiblemente hacia

la reforma y el no haberlo captado a tiempo debilitaba lo único que tenía el PCE superior a las demás fuerzas: un instrumento denominado partido que estaba en el clímax de su influencia social. Quien lo entendió en toda su rotundidad fue el secretario general y lo guardó como un secreto, dispuesto a sacar el mayor partido de él. No quería que se pusiera en juego su trabajoso esfuerzo de años para convencer a todos de que sus análisis eran confirmados por la realidad siempre y en todo momento. Es lógico, por tanto, que durante estos meses se sintiera obsesivamente preocupado por su figura en la cúpula del partido.

Se encontraba chocando de bruces contra un fantasma al que había alanceado como Don Quijote a sus molinos, año tras año. Solo él estaba en la situación de entender el alcance de su fracaso. El partido seguía con sus esquemas y dando cabezadas contra el muro, y él carecía de la solidez política suficiente para explicar el giro y adaptar el instrumento a esta nueva situación que ya era inevitable. Antes que pasar por esa exhibición de su fracaso, prefería intentar corregirla basándose en su indudable talento para la maniobra y la operación en corto. Si la estrategia estaba equivocada, conseguiría corregirla entre bastidores. Por eso se convertiría desde entonces hasta hoy en el único tema en el que no admitiría ni la sombra de una crítica: se podía considerar que tal o cual periodo de la historia del partido había sido mejor o peor abordado, pero la transición era monopolio suyo.

Después de la declaración del 11 de mayo de 1976, admitiendo que la única vía pasaba por la negociación con el ejército, la banca y la Iglesia, no habrá consecuencias. El PCE, su organización, sus estructuras, incluso sus objetivos a corto plazo, enunciados verbalmente, quedaban inalterados. Solo el secretario general, que había redactado la declaración, se había preocupado por sacar conclusiones: en lo que a él se refería, estaba dispuesto a tomar medidas prácticas para no perder el tren de la reforma. Se sentía como Napoleón en Waterloo, ni siquiera su Estado Mayor estaba al tanto de su estrategia. Cada uno tenía objetivos parciales, solo él tenía el conjunto del plan en su cabeza.

Para desgracia suya, en el fondo no tenía plan conjunto ninguno, solo algunas ideas fijas y obsesivas. Tampoco podía confiar en nadie –estaba en su propia naturaleza– para decir rotundamente a su Estado Mayor cuál era la situación real del frente. Su convicción más profunda estaba en cubrir las apariencias y sobre todo en que nadie, ni en el Estado Mayor ni en la tropa, llegara a sospechar que la única salida que empezaba a vislumbrarse era lograr un armisticio.

Tengo la convicción, personal e indemostrable, de que el secretario general del PCE comprendió, ya antes del verano de 1976, que la partida estaba perdida y que todo se ceñía a su habilidad para transformar esa derrota estratégica en un triunfo personal. El partido que había construido no le servía ya, pero debía llevarlo a rastras como si se tratara de un moribundo. La auténtica frase de Lampedusa, tantas veces mal reproducida, no afirma, como interesadamente escriben algunos, «es necesario que algo cambie para que todo siga igual», sino «es necesario que todo cambie para que todo siga igual».

Él solo iba a hacerlo, no necesitaba a nadie más, porque además haciéndolo solo tenía la garantía de que nadie le pasaría jamás factura de nada.

La verdadera historia de la transición, paso a paso, fotograma a fotograma, solo la tiene, en lo que al PCE se refiere, Santiago Carrillo. Incluso llegó a convertirlo en ley. Ante el Comité Ejecutivo explica que solo informará de lo que crea que debe contar. Nadie le replicó. Los demás podrían reconstruirla a retazos. Para mayor desgracia de los historiadores, no existen documentos internos desde enero de 1976 hasta abril de 1977. Las escasas discusiones entre miembros del Ejecutivo tuvieron carácter personal y ni se grabaron ni se sacaron actas. La única excepción podría ser el Pleno de Roma, al que nos referiremos en seguida. La simple lectura de las intervenciones demuestra que ni Santiago reveló secreto alguno, ni avanzó novedades significativas. Todos creyeron que estaba en el cénit de su carrera quizá en el mismo momento que empezaba su desoladora caída. Él logrará convencerles de que al fin se confirmaban sus tesis en el instante que las estaba cambiando.

ROMA, CIUDAD ABIERTA

Si el 11 de mayo de 1976 el PCE da por cancelado el dilema reforma-ruptura, aunque lo haga a su modo, sin conciencia de ello, la obsesión personal del secretario general, aún no explicitada públicamente, pero sí compartida con otros dirigentes del partido, es que la reforma tiene el negativo corolario de cuestionar la legalización del PCE como tal partido. No es un rechazo a los dirigentes, ni a su programa, ni a su estructura organizativa, sino a la historia que significan tres letras: PCE. La reforma como vía es la soledad del Partido Comunista frente a

sus adversarios históricos, aquellos que van a hegemonizar la transición: la banca, el ejército y la Iglesia.

Hay un hecho que le llena de zozobra. Es un secreto a voces que los socialistas conversan con Fraga bastante más que él con Areilza. Una prueba contundente de que el PSOE se deja querer y de que el ministro de Gobernación le pone piso es que el 15 de abril tiene lugar el primer Congreso posfranquista de la Unión General de Trabajadores.

No se puede decir que sea el primero legal desde la República, porque este, sin ser clandestino, tampoco está completamente legalizado, se celebra más con platillo que bombo. Hace el número XXX de la central sindical socialista. Más que una prueba, es una evidencia de que el PSOE está dispuesto a penetrar por el resquicio que le deje Fraga, ansioso por recuperar el terreno perdido durante el franquismo. En la primera reunión de Coordinación Democrática tras la salida de Trevijano de la cárcel, en junio de 1976, Enrique Múgica lo dice expresamente: «Hay que ir a la ventanilla» (de Fraga y la Ley de Asociaciones). Cuando alguien le replica que eso es incompatible con la presencia en la organización unitaria, él responde, retador: «¿Y quién nos va a echar?». El anfitrión Trevijano replica, soberbio: «Yo». Antes de dos meses el tal Trevijano se convertirá en un cadáver político apestoso en la operación más simple de la primera fase de la transición. El PSOE tenía todo previsto, todo menos la caída de Arias Navarro y la defenestración de Fraga Iribarne.

Basado en la experiencia socialista, y preocupado por el intento de ocupar terreno y dejarlos en evidencia, el Partido Comunista de España solicita públicamente, el 14 de junio, la celebración en España de una reunión del Comité Central: El Comité Ejecutivo ha acordado convocar en Madrid, para fecha próxima, un pleno del CC. En el caso de que este no fuese autorizado por el gobierno, el pleno se celebraría en un país europeo y a él sería invitada la prensa y otros medios de comunicación de masas, nacionales y extranjeros. Está claro el sentido: mostrar ante la opinión pública que los socialistas gozan de privilegios. Este sencillo y propagandístico gesto confirma que el PCE se ha decidido sin ninguna reticencia por la vía unívoca de la reforma. Sería insensato pensar que después de dar a conocer a sus líderes ante la policía, el gobierno y la opinión pública, el partido optara por la vía rupturista. Ello se transformaría en un suicidio no solo por el aislamiento en que se hallaría, sino porque en tan solo veinticuatro horas el PCE sería descabezado hasta sus niveles más bajos. Lo mismo que hace el PSOE al solicitar la celebración del XXX Congreso de la

UGT –admitiendo la reforma como la vía plausible– lo repite el PCE con un paso aún más audaz: no un Congreso de Comisiones Obreras, sino un pleno del Central, el órgano dirigente por definición.

Se haga en España o en el extranjero, la opción no deja lugar a retiradas. En el mismo documento de la convocatoria hay una frase aparentemente amenazadora que es todo un reconocimiento: El PCE estima que si el rey no es capaz de propiciar ese pacto (entre la alternativa democrática y el poder fáctico) la alternativa democracia o dictadura, que hoy permitiría aplazar la cuestión de la forma de gobierno… acabaría planteándose natural y objetivamente en otros términos: Monarquía o República Democrática. Más que el último reto, es el último farol, dieciséis días antes del cese de Carlos Arias Navarro y del fracaso del neofranquismo representado por el esquema de Fraga Iribarne.

En el marco magnífico del teatro Delle Arti de Roma tiene lugar el 28 de julio la sesión de apertura del Comité Central. No es una reunión cualquiera, sino la presentación en sociedad del equipo dirigente del comunismo español. Estaban invitados expresamente los representantes de todas las fuerzas políticas italianas del compromiso histórico, desde el espléndido anfitrión, el PCI, hasta la esquiva Democracia Cristiana. En la parte española no faltaba ninguno de los partidos adscritos a la Convergencia Democrática.

El acontecimiento sucede en Roma, cabeza del eurocomunismo, codo con codo con el PC más potente del mundo occidental. Adolfo Suárez acaba de ser designado presidente del gobierno. El Pleno de Roma, como se le conocerá en el seno del Partido y en los medios de comunicación, será como una lente con cristales confundidos. Es una referencia obligada para recomponer la historia del PCE durante la transición democrática.

Ante los periodistas de todo el mundo más de un centenar de miembros del Comité Central se exhiben públicamente, salen de las catacumbas. Después de Roma ya no se puede volver atrás, a la clandestinidad, aunque la situación se tornara difícil. El paso iniciado obliga a arrostrar la responsabilidad de marchar al exilio o a la cárcel, pero no admite contemplar la eventualidad de un proceso más lento en el camino hacia la democracia. El olfato político del secretario general se revelará exacto y la audacia temeraria se convirtió en una victoria formal.

Los comunistas empezaban su pulso para conseguir la ansiada legalidad en un

momento de inquietud del sistema y de perplejidad en las fuerzas de oposición. Ni unos ni otros tenían la fortaleza para inclinar la balanza de tal modo que hiciera innecesario el pacto, el consenso y la transacción. Fuera de que la hegemonía la iban a desempeñar los poderes fácticos, en el resto de las cuestiones todo iba a ser posible. Al presentarse el PCE, su cabeza, ante la opinión pública mundial, no solo la española, se convertía en uno de los pilares sobre los que cualquier observador debía contar para asentar la compleja situación política.

Los comunistas no eran ya solo esa fuerza real, si bien fantasmal por culpa de la clandestinidad, con la que había que negociar de tapadillo, sino unos ciudadanos con cara y ojos, cuyos nombres figuraban en los listines telefónicos. Empezaba el pulso y la mano que lo tendía tenía rostro y número, no era anónima.

Otro plano que considerar era la exhibición del Comité Central como fuerza política, como Estado Mayor. Allí, ante todos, estaban un centenar de líderes escogidos homeopáticamente por Santiago Carrillo, con proporciones cuidadosamente elaboradas. Algunos habían sido recuperados apenas un año antes, en la II Conferencia, para que estuvieran dispuestos en el momento preciso. Así, los recién incorporados Ramón Tamames y Alfonso Carlos Comín hicieron de vedettes, dando al producto «pecé» una imagen de marca tecnocrática (Ramón) y cristiana (Alfonso Carlos). La foto de familia del PCE después de la reunión de Roma salía con una cierta pátina de liberalidad y de historia. Lo tenía todo; algunos ocupaban las primeras filas y otros quedaban ocultos por las cabezas de los más llamativos. Había líderes obreros que se presentaban solos, como Marcelino Camacho; ingenieros incrustados en departamentos estatales, como Eugenio Triana; e incluso se desempolvarán del armario algunas veteranías conservadas en alcanfor o en alcohol. El equipo dirigente –dijo Carrillo, con ese sentido del detalle que le caracterizaba– se ha ido renovando permanentemente… nos ha inspirado la voluntad de establecer una relación armónica entre las diversas generaciones, equilibrando su representación en el equipo dirigente.

Todo, no obstante, giraba en torno a la actuación estelar y esperadísima del máximo show-man: la intervención de Santiago Carrillo. Su discurso político, cual tesis de abril leninistas, debía marcar el rumbo en aquel proceloso e inescrutable mes de julio de 1976, donde tan pocos estaban en el secreto y donde menos aún entendían el sagrado y difícil lenguaje de la política. Con una Dolores Ibárruri en el papel de Juno, viuda de Júpiter y reina y madre del Olimpo,

Santiago se mostró etéreo, como los dioses, y concreto, como los héroes. En ocasiones parecía acercarse a los personajes de Macondo: «El mundo era tan reciente, que muchas cosas carecían de nombre y para mencionarlas había que señalarlas con el dedo». Como García Márquez, fue designando el lugar en que debía ubicarse cada cosa, describiendo cada parcela de realidad. Pese a los retoques, se notaba que había elaborado su discurso para afrontar el gobierno de Arias Navarro. Hay una serie de puntos sobre los que la oposición no puede ceder sin perder la faz, y esos tales se reducían a seis: 1.o, congelar la Ley de Asociaciones; 2.o, constituir un Gobierno provisional; 3.o convocar elecciones constituyentes; 4.o amnistía general; 5.o plazo para el gobierno provisional; y 6.o gobiernos autónomos en Cataluña, Euskadi y Galicia.

Un mes antes quizá eso tenía algún valor programático, aunque solo fuera como enunciado, pero desde el 3 de julio, con Adolfo Suárez en la Presidencia y un plan para la reforma política en curso, los seis puntos se habían quedado obsoletos; era algo tan bello como un aguamanil, pero completamente inútil, cuando existían lavabos. La hegemonía del Plan pasaba definitiva e inequívocamente al gobierno y el ritmo de la marcha lo impondría él, sin malos modos, pero sin que las fuerzas de oposición pudieran sustraerse a su influjo y su dominio. Apenas si hay en el discurso del secretario general una referencia a Adolfo Suárez. No sabe quién es, pero sin embargo la música de la declaración del nuevo gobierno a su oído sensible le suena de otra manera: En esa declaración…, hay ya concesiones de forma a la voluntad democrática del país que entrañan un compromiso difícil de eludir.

Lo más llamativo de su discurso fue la audacia ideológica. Desde la fundación del movimiento comunista nunca un dirigente se había atrevido a hacer un canto al liberalismo con palabras tan encendidas y acríticas, que podían asimilarse a corrientes muy alejadas de las señas de identidad no solo del comunismo hispano, sino también de su verdadero sentir como líder. Este vago aire de Azaña quizá estuviera motivado porque aspiraba, en su supremo farol, a aparecer como el estadista que traza las líneas maestras sobre las que discurrirá la democracia española. Ateniéndose a las palabras de Santiago Carrillo, el PCE es el único depositario legítimo de las esencias históricas del liberalismo y del socialismo.

No vacilamos en asumir el término liberalismo en su acepción más popular: aquella que se refiere a la tolerancia, al respeto a las ideas y creencias del individuo, al sentido que este término tenía en nuestro país a principios del siglo XIX, como sinónimo de oposición a la reacción absolutista y al yugo extranjero

y, por extensión, de oposición a todo lo que es conservador…

El gran ausente de su discurso fue el PSOE. No se trataba de un olvido: el PCE se postulaba ahora a ese lugar, haciéndolo en todos los planos, desde el ideológico al organizativo. No es casual la referencia al liberalismo como componente esencial del socialismo: Sí, el socialismo que queremos será mucho más liberal que el conocido hasta hoy. He usado el término liberal consciente de que a algunos marxistas dogmáticos puede parecerles herético. Pero los marxistas no estamos ahora en una época en que sea esencial diferenciar nuestra política y nuestros objetivos de los del liberalismo económico y político burgués… El tipo de sociedad que persigue nuestro partido es radicalmente opuesta a cualquier tipo de totalitarismo.

Ya no hay límites ni fronteras entre el contenido programático-ideológico del Partido Socialista y este nuevo PC que aúna en su seno las mejores tradiciones de uno y otro. Advierte que ningún cordón umbilical le mantiene ligado a la Unión Soviética. Y repite su intervención en la Conferencia de Partidos Comunistas que hacía un mes se había celebrado en Berlín: Hoy los comunistas no tenemos ningún centro dirigente, ninguna disciplina internacional. Términos como el de internacionalismo proletario, que servía para encubrir la incondicionalidad hacia la URSS, ha sido sustituido, entre los comunistas españoles, por el de solidaridad internacionalista. Para Carrillo la reunión de Berlín confirmó rotundamente la tendencia que algunos han bautizado como eurocomunismo, en la que confluían italianos, franceses, británicos, suecos y japoneses.

Nada de definiciones estrechas, el PCE es, sencillamente, un partido de hombres honestos, incorruptibles, al que se puede hacer confianza para sanear la vida pública…, que respetará en toda circunstancia, incluso si le es adverso, el fallo del sufragio universal. Puesto a esta labor, por qué no cambiarle el nombre y adecuarlo a una realidad que no mire hacia un pasado contradictorio. Santiago no deja de plantearse la cuestión, pero es claro y rotundo: Un cambio de nombre por nuestra parte no contribuirá nada a clarificar los términos en que se plantea la lucha política en España… con cualquier nombre seguiríamos siendo los mismos. Es decir, un partido comunista, un auténtico partido socialista[4], que se inspira en el marxismo revolucionario.

No es solo en el terreno ideológico donde se reconduce hacia un partido socialista, también en las nuevas propuestas organizativas. El partido se plantea

el objetivo de agrupar en sus filas a 300.000 militantes; algo que no tiene más precedentes en la historia de España que las Juventudes Socialistas Unificadas de 1936. Aunque advierte que solo un Congreso tiene capacidad para reformar los Estatutos, él va a introducir cambios teniendo en cuenta el carácter cambiante de la situación y propone que se sustituya el nombre de célula, que indicaba la organización de base comunista –pensamos que ese nombre evoca la clandestinidad extrema–, por el de agrupación, que es la denominación con la que los socialistas designan la suya. En la emulación del modelo socialista llega aún más lejos, proponiendo fomentar la creación de Casas del Pueblo por todo el país… siguiendo una tradición del movimiento obrero español. La tradición, como es lógico, procedía del nacimiento del PSOE y de la UGT. Lo único que no estaba dispuesto a retirar ni a adaptar a la nueva imagen era el centralismo democrático que le permitía ser el secretario general con menos dificultades internas que había en España. Todo podía alterarse mientras la estructura jerárquica permaneciese intacta en las prerrogativas de la cúpula.

Recuperar en el Partido Comunista la base social e histórica del Partido Socialista era una idea que venía interesándole desde hacía un par de años de manera imperativa. Tratándose de Santiago Carrillo, alguien podía ver en el intento un sentido inverso al que protagonizó en 1936 haciendo bascular a las JSU en el PCE, si bien no tiene nada que ver, aunque las lecciones de aquella experiencia ejercieran su atractivo. En 1974 había dicho a Debray y Gallo: Creo que la escisión de 1921 fue un hecho comprensible en las circunstancias de la época… era una necesidad histórica. Ahora bien, a pesar de todo, no creo que deba ser una separación para siempre. En las condiciones del mundo moderno –vivimos en otro planeta–, sobrepasar la escisión de 1921 es una necesidad básica histórica, real[5].

Ahora se trataba de que el PCE aglutinara bajo su manto la equivalencia de entonces, pero no para convertirle en un partido socialista, como algunos dogmáticos y prosoviéticos denunciarán, por cierto bastante más tarde. Carrillo era un comunista si no de principios firmes, lo que resulta un terreno pantanoso tratándose de personalidad tan reversible, sí al menos identificado con el pasado comunista estalinista, que fue el de su formación política e ideológica. Lo dirá en Roma: Nosotros somos radicalmente opuestos a la socialdemocracia como ideología.

El ángulo analítico debe enfocarse desde otra perspectiva: podía atraer a una parte del partido socialista a las filas comunistas, incluso respecto a la base

social, pero hasta entonces no era pensable la inversa. Santiago jamás se sentiría cómodo en un partido de tipo socialista, hasta su idiosincrasia lo rechazaba. Estaba tratando de recuperar un electorado y unas bases políticas que el PSOE aún no había empezado a trabajar. El economista del PCE Jorge Fabra definió con brillantez un importante sector que estaba en el entorno comunista y aún en 1976 era susceptible de apostar por él, en ausencia de cualquier alternativa: En España ser comunista no podía ni puede pasar por ser un admirador de la URSS, porque aquí la política no tenía nada que ver con la URSS. Ser comunista en este país era ser liberal, laico, socialista y antifranquista. Aunque no todos, muchos se sentirían retratados en estas palabras. Atengámonos a los hechos y a la imagen que entonces se tenía de las personalidades. En 1976 Santiago Carrillo era mucho más liberal de lo que podía ser Rodolfo Llopis y aparentemente menos dogmático que Pablo Castellanos. Felipe González sencillamente no existía.

Había también una suficiencia que no podía ser desmontada por falta de la perspectiva necesaria. En su intervención ante el pleno pasó revista a la innumerable lista de éxitos del PCE desde que él había asumido la dirección: incluía el Concilio Vaticano II, y el acercamiento entre pueblo y ejército. Algunos argumentos respondían de lleno a la sensibilidad de la militancia: Cuarenta años de dictadura fascista nos han conducido a hacer una valoración de las libertades democráticas mucho más alta todavía que en periodos anteriores… Los comunistas nos hemos vuelto más demócratas, consideramos ahora como algo más fundamental la democracia.

No fue quizá un discurso de buena factura, estaba hecho en un estilo híbrido por las prisas y el interrogante práctico que abría la presidencia de Adolfo Suárez. Su rasgo más sobresaliente consistía en la audacia ilimitada en el terreno ideológico. En la patria de la política estaba dispuesto a unificar a Bordiga y Turati, a Croce y Gramsci, en fin, a Togliatti y De Gasperi. Se le quedaba corto lo que en Italia denominaban «compromiso histórico» y encarnaba todo lo nuevo monopolizándolo en su persona. Un show a la americana, con su nombre en primer plano y cien dirigentes de teloneros mudos.

Una vez concluido el acto estrella, acabado el fogonazo deslumbrante del secretario general en el Teatro delle Arti, las demás sesiones tuvieron un marco más discreto para la discusión interna. Durante tres días se reunieron en una residencia de Togliatti en las afueras de Roma. De allí saldrían cooptadas al Comité Ejecutivo nuevas figuras, hasta formar un monstruo directivo inabarcable de 36 miembros. El equilibrio armónico obligaba a Santiago a

defender un Comité Central de 142 miembros, de los que tan solo 17 eran mujeres. La edad media se conservaba muy alta, cuarenta y cinco años. Solo 32 tenían menos de treinta y cinco años y en las profesiones 57 eran obreros (aunque buena parte estaban inscritos a tal clase quizá por derecho consuetudinario), 54 procedían de los sectores intelectuales y profesionales, 22 figuraban como empleados y tan solo 6 eran campesinos, algunos tan chuscos como Ignacio Gallego, que había visto la última amapola en la primavera de 1936.

Todos los objetivos que se habían marcado estaban en principio si no conseguidos, al menos proclamados. Roma sería políticamente el último gesto de Santiago para recuperar lo que quizá intuye como muy difícil. Para la militancia, incluido el Comité Central, Roma fue el climax del partido. Todo lo demás será decadencia. Para unos y otros algo sí había indiscutible: el periodo de la clandestinidad había terminado. El PCE cerraba cuarenta años justos de su historia sin pena y sin gloria. Cuando Santiago presentó a la prensa las conclusiones del pleno, tuvo buen cuidado de añadir con su mejor sonrisa: Llevo seis meses en España trabajando sin permiso del gobierno.

LA ÚLTIMA PARTIDA

El domingo 22 de agosto, el vicepresidente del gobierno Alfonso Osorio se puso en contacto con el abogado y presidente de la agencia de prensa Europa Press, José Mario Armero. Quería hacerle una proposición: entrar en contacto secretamente con el PCE en nombre del gobierno. Este aprueba la idea y al día siguiente celebra la primera reunión de contenido, en la sede de Presidencia, con Adolfo Suárez y el propio Osorio. Acaba de empezar otra parte, quizá la más inteligente, de la transición política: la incorporación y neutralización del Partido Comunista en el proyecto de reforma política.

En un principio el plan es limitado. Consiste en entrevistarse con Santiago Carrillo y conocer sus opiniones para valorarlas y abrir negociaciones. Como detalle previo se puso en libertad a cuatro dirigentes que seguían en prisión: Luis Lucio Lobato, Francisco Romero Marín, Simón Sánchez Montero y Santiago Álvarez. Carrillo está en Cannes, en la residencia de Teodulfo Lagunero, un

viejo amigo y cliente de José Mario Armero[6]. Tras comunicarse por teléfono el día 28 de agosto llega Armero a Cannes. Sin testigos, hablan durante varias horas que serán recogidas en cinco folios de letra apretada que recibirá Adolfo Suárez.

A los tres protagonistas de la parte gubernamental (Suárez, Osorio y Armero) les llama la atención en primer lugar el «realismo» y la «moderación» de que hace gala Carrillo. No pide nada, tan solo insiste en que el gobierno le facilite de algún modo los contactos con las Fuerzas Armadas para explicarles que tienen una imagen equivocada del Partido Comunista. Una coincidencia es que el día de la llegada de Armero a Cannes entre los invitados a la comida se cuenta el capitán Domínguez, exiliado por su pertenencia a la clandestina Unión Militar Democrática (UMD). No oculta que el ejército es y ha sido siempre impenetrable para el PCE y que se trata de uno de los tamices por los que debe pasar la transición a la democracia.

La entrevista mano a mano entre Carrillo y Armero es un éxito y así lo valoran tanto Suárez como Osorio. Deben admitir que están ante un hombre político que ha captado que el gran peligro para la transición reside en el nacionalismo vasco y catalán y que advierte que el único freno auténtico es la clase obrera. «Los obreros, estén en Bilbao o Bruselas, se sienten españoles», dijo.

Tras evaluar la información que les trae Armero se deciden a dar un paso adelante y proponen un contacto regular entre Carrillo y el gobierno. El 8 de septiembre de nuevo Armero viaja a París y le ofrece al secretario general del PCE escoger un intermediario permanente. Las dos alternativas ofrecidas por Suárez-Osorio consisten en que siga Armero o que le sustituya Andrés Casinello, coronel entonces de la guardia civil, adscrito a los Servicios de Información, y hombre de confianza del presidente Suárez desde los tiempos de director general de RTVE.

Carrillo se decide, claro, por Armero. Sellan así una amistad que había sufrido un golpe el 21 de junio, cuando la agencia Europa Press, que presidía José Mario, había divulgado una información según la cual el PCE estaría preparándose para las próximas elecciones. Al día siguiente el secretario general hacía público un comunicado en el que constaba este párrafo esclarecedor: El Partido Comunista no aceptará ningún plan político elaborado a espaldas del pueblo español. El PCE se atiene a su posición de ruptura democrática pactada… En realidad Europa Press se dedica una vez más a la difusión de informaciones

amañadas con el claro designio de confundir a la opinión pública sobre las verdaderas posiciones del PC.

El mismo 8 de septiembre, mientras Armero y Carrillo se entrevistaban en París y garantizaban una relación perenne, Adolfo Suárez se reunía con la cúpula militar, garantizándole, a su vez, que el PCE no sería legalizado. No mentían ninguno de ellos, aunque no dijeran toda la verdad. Para Santiago la legalización no estaba aún en sus planes y quería seguir los pasos de Coordinación Democrática, aunque le restara un poco de fuerza. Suárez, por su parte, tampoco pensaba en la legalización futura del PCE, le quedaba aún muy lejos y de momento la reforma pasaba por los trámites del «viejo régimen», luego tocaría abordar las negociaciones con las fuerzas democráticas. El único partido legalizado sería el «PSOE histórico», en una operación inútil pero típica del talento sinuoso de Torcuato Fernández Miranda y Rodolfo Martín Villa.

Después de la conversación con Armero se entera Carrillo de que dos días antes ha fallecido el inefable Antonio Mije, un histórico de la dirección del PCE desde 1932. ¿Qué mejor ocasión para medir el terreno en el que le deja jugar Suárez? Se pone en contacto con su interlocutor y le solicita como prueba de la buena voluntad negociadora del gobierno que le conceda el derecho a asistir al entierro en Sevilla de su viejo camarada y despreciado colega del Ejecutivo. Se conforma con un pase de 24 horas para el 10 de febrero y el compromiso formal de volver a París. Suárez fue tajante: ni es posible, ni negociable, aunque lo siente mucho.

En el fondo Suárez optaba por alimentar la apariencia de que el secretario general del PCE seguía en el exilio. Sabía que no era así, porque Armero ya le transmitió que Carrillo volvería al interior en unos pocos días y que, para facilitar las cosas e impedir que algún servicio paralelo les cogiera con las manos en la masa a un interlocutor del gobierno y al secretario general de un partido ilegal, decidieron usar para sus contactos regulares en Madrid a Jaime Ballesteros. Santiago se lo presentó con un esplendoroso «curriculum» de abogado, escritor e intelectual, cosa que admiró a hombre tan enterado como el presidente de Europa Press. Hubo de admitir que el mundo del comunismo hispano constituía para él un arcano, poblado de ignotos talentos. Con el tiempo revisaría su idea inicial: Ballestero había estudiado un curso de Derecho y no se le suponían más escritos que los informes regulares a Santiago Carrillo. No obstante, siempre pensó que se trataba de un intermediario ideal: serio, riguroso y sin iniciativa. Solo en ocasiones muy especiales volverían a verse Carrillo y Armero en Madrid, manteniendo, empero, de modo semanal una curiosa partida

de mus político en la que formaban pareja Carrillo-Ballesteros frente a Suárez-Armero.

La reacción del PCE ante la primera declaración de la reforma Suárez es negativa. Esta politica no cerraba las puertas a la negociación, sino todo lo contrario: había andanadas para acogotar al enemigo, pero también un esfuerzo para dejarle la puerta abierta. El PCE rechaza por antidemocrático el proyecto de reforma política dado a conocer por el gobierno Suárez… Un gobierno se desautoriza de antemano para presidir un proceso electoral. Solo un gobierno provisional de amplia coalición, surgido de las negociaciones, podría convocar unas elecciones democráticas… Hay mucho tongo en esta declaración en la que se le hacen guiños hasta al propio monarca: Quien se halla detrás de ese gobierno no debía ignorar que intento similar hubo en la historia contemporánea de España, cuando el general Berenguer, proyectando salvar la Corona, no hizo sino acelerar el advenimiento de la República. El 15 de septiembre, que se hace pública esta declaración, coincide con la reanudación de los contactos entre los intermediarios de Suárez y Carrillo en Madrid. Es un tongo que trata de cubrir el toma y daca con frases de falsa rotundidad: El gobierno Suárez ha negado en los hechos la intención que se atribuyó de negociar con la oposición. No obstante, uno a uno están pasando por el sendero que marca la Presidencia. No solo Carrillo, sino todos. Felipe González se ve con Adolfo Suárez, personalmente, el 2 de septiembre y establecen también contactos regulares, en este caso sin intermediarios.

«El factor Armero» está operando ya en la estrategia política de Carrillo: para él, como en otro sentido para el mismo Suárez, José Mario tiene la garantía de su inequívoca posición occidentalista y proamericana, tiene un pedigrí de primer orden incluso en la defensa del Estado de Israel. Que sirva de intermediario es una garantía para Suárez de que un hombre de bufete multinacional está de acuerdo en introducir al Partido Comunista en la operación transición. Para Carrillo un interlocutor como Armero es tanto como reconocerle a él un valor en la estrategia de Occidente. Para uno es un aval de la buena vía, para el otro una confirmación de su importancia política y de los límites en los que debe mover su actuación.

Que «el factor Armero» está operando de manera real, y no solo formal, en la estrategia política de Santiago Carrillo es fácilmente detectable. Nuestro rechazo del proyecto de reforma presentado por el gobierno Suárez no significa negativa a dialogar, a negociar, a pactar[7]. Incluso a veces casi sugiere su deseo de saltar

sobre el intermediario y pasar al contacto personal: En la gravedad de la situación económica… coincidimos con el presidente Suárez. Al referirse al gobierno provisional, un gobierno que sea de hecho una mesa electoral y un factor de confianza nacional, es tan modesto, realista y humilde que sugiere incorporar a los representantes del Ejército. Aparece la que será a partir de ahora su preocupación principal y obsesiva: la legalización del partido. Suárez se muestra intransigente: el PCE como tal no es legalizable. ¿Por qué razón se va a prohibir al PC con su nombre? –escribe Santiago–. Desde luego, ni por totalitario ni por tener una afiliación internacional, porque es evidente que no somos ni lo uno ni tenemos la otra. Con justeza apunta que los únicos totalitarios en España son los que llevan cuarenta años negando el derecho a la existencia a todas las fuerzas políticas.

No hay un ápice de indignación ni de burla por el travestismo que vive la situación política española, donde los exfalangistas son los que conceden los avales de pureza democrática. Hay timidez, cautela, ganas de no ofender. Incluso disputa a Suárez su programa de centro, porque el único programa de centro que se ofrece realmente al país es la alternativa democrática que presenta la oposición. Santiago empieza a referirse a una entidad, la oposición, como si fuera un modo de citar al partido. Nadie debe dudar que entiende los riesgos de ese juego. Con clara intencionalidad, exclamará en uno de sus artículos publicados por entonces en Mundo Obrero: No, en estos sanfermines en los que se quiere torear al pueblo español, la oposición no puede proporcionar los cabestros. Donde dice oposición, Santiago y Suárez empiezan a leer PCE.

Quizá nadie se juega tanto como él, porque para Suárez resistir era una forma de vencer, para Carrillo de debilitarse. Cambiaba en apenas unos meses su empecinada política de cuarenta años de ruptura, de eje hegemónico del cambio político, y pasaba a admitir, aunque solo fuera como hipótesis, que la rendija por la que se iban a colar los partidos, e incluso la democracia, se abría o cerraba en función de factores extraños al PC y en muchos casos contradictorios con él. Aunque por su manera de ser no aparentara ninguna duda de que la historia por enésima vez le daba la razón, en el fondo de la nueva táctica se transparentaba un esfuerzo por cambiar el curso de un proceso, el de la transición, que le iba convirtiendo de protagonista a extra que dice una frase.

En el mes de octubre se ve obligado a dejar caer la cabeza de García Trevijano y a cambiar de modo radical la relación de fuerzas en el seno de los organismos unitarios de la oposición. Desde la primavera, la Junta y la Plataforma se habían

ido diluyendo como alternativas democráticas paralelas en un conglomerado más amplio y también más difuso, denominado Coordinación Democrática. Según había manifestado en su momento Trevijano, la misma idea de la unión echaba al traste con la idea de ruptura. Ya no se trataba tan solo de la pelea entre el PSOE y el PCE en su permanente pugilato. Ahora en el seno del organismo coordinador había llegado el momento de sacar conclusiones prácticas de una táctica política. Si no había otra vía que el pacto con el gobierno de Adolfo Suárez (conviene no olvidar que tal conclusión se alcanzó ya con el de Arias Navarro), haciéndole representante del bloque de fuerzas conservadoras y de los poderes fácticos, había que designar una comisión que tuviera específicamente la misión de iniciar conversaciones. Para ello los miembros de tal comisión debían proveerse de una representatividad personal y política que debía ser valorada concienzudamente… Cada uno sabía de su poder potencial, incluso idealizándolo, pero allí estaba un hombre cuya política de ruptura, empecinadamente mantenida, había sido rechazada, aunque él la defendiera porque en ello le iba su supervivencia. Nos referimos a Antonio García Trevijano.

Políticamente se consideraba llegado el momento de devolverle al lugar que Santiago Carrillo y las necesidades tácticas del partido le habían asignado. Porque la cruel paradoja es que Trevijano fue mucho más activo de lo que en principio había calculado el PCE, hasta el punto de convertirse en un incordio, pero pasaría a la historia como el compañero de viaje ideal del talento instrumentalizador de Santiago Carrillo. El PSOE consideró, desde el primer momento de la unificación de Junta y Plataforma, que Trevijano, con quien tenían cuentas personales pendientes varios líderes socialistas, era el precio que debía pagar el PCE para que pudieran caminar juntos un trecho.

En octubre el gobierno de Adolfo Suárez, que no era ajeno a las maniobras de la oposición y que tenía un lógico interés en ir poniéndole arena en los engranajes, decidió levantar las restricciones impuestas en el último periodo del franquismo a las informaciones sobre Guinea Ecuatorial, asunto que hasta hoy es uno de los secretos mejor guardados por los poderes fácticos de este país. Al abrirse la veda informativa sobre Guinea Ecuatorial se originó una cacería para cobrar, de entre toda la rica y variada fauna, una sola pieza: Antonio García Trevijano. Sus compromisos con el dictador Macías venían de longa data e iban del terreno económico al político.

El 23 de octubre tuvo lugar la última reunión de Coordinación Democrática. Se

celebró en la sede madrileña del Partido Carlista, en la calle Limón. Asistieron más de cincuenta representantes, pero solo tuvieron derecho a votar poco más de veinte. Allí se consumó el enfrentamiento entre el representante del PSOE, Enrique Múgica, y un Antonio García Trevijano que se había convertido en el defensor de las posiciones más radicales. La discusión entre ambos saltó de manera brutal sobre tema tan curioso como el de incluir o no los Estatutos de Autonomía para Cataluña y Euskadi en la ronda de negociaciones con el gobierno. Trevijano lo consideraba como condición imprescindible; Múgica, más realista, como un exceso. A la hora de redactar el documento de síntesis, Múgica se declaró públicamente «incompatible con Trevijano». De ahí se pasó a exhibir en la reunión un dossier denunciándole por sus relaciones con el dictador Macías, dossier que había redactado el PSOE, con la colaboración inestimable de varios servicios de información, con algunos de los cuales había estado relacionado el mismo acusado. El semanario de mayor audiencia entonces entre la clase política –Cambio 16– lo publicó corregido y aumentado y la estrella de quien aspiraba a ser presidente de la Tercera República, o el Romero Robledo, que decía Carrillo, de la democracia posfranquista, empezó a palidecer y volvió a su influyente bufete de macizas maderas africanas.

El PCE contempló no sin preocupación cómo se cortaba la cabeza de Trevijano y mantuvo un silencio cómplice que se traducía en aquella sonrisa de Carrillo cuando se refería a su antiguo colega. Como si dijera: «¡Me va usted a decir a mí!». La verdad es que en aquel octubre de 1976 se cumplían tres años, solo tres años, de la apasionada relación con el notario Trevijano. Carrillo tuvo, no obstante, el gesto caballeroso de comer con el defenestrado y hacerlo llegar a la prensa. En esto se comportó a lo Mirabeau; una despedida y luego el olvido. Mantener por más tiempo a Trevijano como aliado político no tenía ya ningún sentido, puesto que el campo estaba acotado para la reforma pactada y no había cancha para tipos que se representaban a sí mismos y cuya ambición política les salía por los poros de la piel. Solo las revoluciones permiten que en el marasmo entre lo viejo y lo nuevo surjan figuras que adquieren esplendor. Trevijano era un Saint Just sin revolución y se volvió a los negocios, con el agravante de que sus adversarios, muy a la española, le cubrieron de lodo hasta el cuello. Su nombre se convirtió en maldito. Él, convencido de que sin su consejo la ruptura pactada no sería más que un enjuague, siguió inclinado a las operaciones entre cortinas. Ya que no le dejaron ser Saint Just, no renunciaba a emular a Fouché. Algún día habrá que reconocer que tuvo una coherencia de la que no pueden vanagloriarse sus enterradores.

Depurada Coordinación Democrática de elementos atípicos (Trevijano, Calvo Serer, Pepín Vidal Beneyto…), se iniciaba otro jalón, en el corto periodo histórico de la primera transición, en el que se pasaba de la «reforma pactada» a la franja de trazado impreciso denominada «negociación de la reforma».

No hay día D ni hora H para captar este cambio cualitativo, pero lo cierto es que en la mente de los protagonistas se empieza a abrir paso la sensación de que ellos no van a ser los intermediarios entre el viejo poder y las fuerzas que exigen cambios, ni tampoco los negociadores de una ruptura que no provoque desequilibrios, sino los que van a tratar con el presidente Suárez de cómo incorporarse a la reforma que se emprende. Van a discutir en qué vagón se incorporarán y de qué manera se les hará un hueco para que al conjunto del tren, puesto en marcha hacia la democracia, no le falte ninguna pieza. Hay sitio para todos, pero hay que esperar el momento para subir, según un estricto orden que marcan los jefes de la estación.

Este espíritu creaba en pura lógica la obvia necesidad de que cada grupo tratara de conseguir un lugar mejor y un pase de favor que le facilitara incorporarse antes que otros. En definitiva, nadie quería coger el furgón de cola y menos que nadie quien, hasta antes de ayer, se había creído, si no el jefe de la estación, al menos el responsable de dar la entrada y la salida de los trenes: el PCE.

Desde el momento en que ese espíritu empezó a operar, Adolfo Suárez se convirtió en el rey del juego. No fue un proceso fulminante, sino progresivo, en función del talento político de los contendientes y del nivel técnico de los asesores con que contaba cada grupo. Santiago Carrillo quizá fue el único líder político que se bastó solo para abordar este periodo. En su honor hay que decir que, por las decisiones que tomó, se traduce que fue captando con notable rapidez el cambio en las relaciones de fuerzas y su posición cada vez más deteriorada; antes aún de que sus aliados empezaran a tratar de subir a los vagones incluso por las ventanillas. Él empezó solicitando un lugar reservado, pero en cuanto transcurran unos meses estará dispuesto a todo con tal de que le dejen montar, aunque sea en la jardinera.

En principio aceptó el reto a su modo y manera. Envidó a la chica: puso a su familia en un tren y los dejó caer en la estación de Chamartín. Previamente avisó a José Mario Armero y Suárez lo aprobó tácitamente. A finales de octubre, su esposa Carmen Menéndez y sus tres hijos son recibidos por algunos dirigentes en Madrid. La prensa había sido convocada. Todo el mundo está al tanto de que

Carrillo reside en Madrid. Ahora desplaza a su familia con algunos enseres domésticos. ¿Quién se puede atrever a detener a una señora y tres muchachos? Tanto Suárez como él juegan al mismo juego de ir midiendo las reacciones del torpe león dormido que constituyen el ejército y las fuerzas conservadoras. En el Ministerio del Interior está el meticuloso Martín Villa y todo está bajo control.

Cinco días después se le organiza un homenaje al «ausente» que preside su esposa y cuya vedette recién recuperada es Ignacio Gallego, en un segundo plano Jaime Ballesteros y Romero Marín: El pueblo español terminará por imponer la presencia de nuestro secretario general[8]. Estas palabras de Ignacio son recogidas con una ovación por los 300 asistentes que no están en el secreto. Nadie de los allí presentes, salvo Ballesteros, está al tanto de los movimientos en la oscuridad. Nadie tampoco duda de que se está alumbrando un momento histórico. Asisten Pilar Brabo, Azcárate, Camacho, Sartorius, Tamames y ¡Fernando Claudín!, al que recibe el cronista de Mundo Obrero, Federico Melchor, el antiguo compañero de las JSU, con estas palabras condescendientes: La presencia de Claudín es reveladora de las cordiales relaciones que mantiene actualmente nuestro partido con su antiguo dirigente.

Con la familia no se juega fuerte, ha sido un envite a la chica. Inmediatamente después envida a la grande y recoge una experiencia que empezó a desarrollarse en Barcelona durante el verano. El PSUC ha distribuido carnés simbólicos a los nuevos militantes. La idea se convierte en ejemplo en toda España. Las circunstancias solo lo permiten con cierto despliegue público en las localidades donde la influencia es considerable y muy especialmente en Madrid. Desde el lunes, 21 de noviembre, se celebra la semana del partido. Las organizaciones comunistas se concentran en grandes locales alquilados al efecto, donde hacen una presentación en sociedad. Aunque no consta en los carnés ni el nombre ni ningún rasgo personal, no disminuye el valor del gesto. Oficialmente el partido cuenta en España con unos diez mil militantes, de los cuales la mitad ha ingresado durante el año que está a punto de terminar.

Los comunistas de Madrid se autolegalizan aprovechando la fragilidad y la fluidez de una situación política en la que nadie les pone especiales cortapisas. El Comité provincial del partido aparece ante la opinión pública por estricto orden alfabético, desde Anastasio Acebrón (pintor industrial) hasta Femando Zaba (economista). Hay de todo, mecánicos como Fidel Alonso, delineantes como Julián Ariza, modistas (Dulcinea Bellido), profesores (Enrique Curiel), físicos (Adolfo Piñedo), albañiles (José Luis Nieto), periodistas (Daniel Iribar), e

ingenieros (Eugenio Triana). La militante más joven es Olga González, una obrera metalúrgica de veintitrés años, y el más veterano Timoteo Ruiz, un pequeño empresario de cincuenta y siete. En total, 42 miembros dirigentes del PCE en Madrid, un número digno de un partido ya legal.

En esta situación tan fluida se mezcla la legitimidad de la pelea política con el astracán. Los comunistas están, en cuanto a organización, compenetración y militantes, a años luz de cualquier otra fuerza. Esta ventaja se ha conseguido con mucha cárcel, mucha sangre y mucha abnegación que quieren revalidar ahora sobre el terreno, después de cuarenta años de casi monopolio del antifranquismo militante. Pero al tiempo se vive la perplejidad de la policía y el sentimiento, más o menos explícito, de que existen elementos velados, intrahistóricos, que no alcanzan al gran público, pero que están operando sobre la situación. Un incidente aporta la fotografía de ese doble lenguaje según el cual, mientras los militantes creen estar arrebatando el cielo a un régimen debilitado, el propio sistema va asimilando cada paso del PCE como un acercamiento. Durante la semana del 21 al 27 de noviembre, conocida como la Semana del Partido, tiene lugar en San Fernando, localidad obrera de las afueras de Madrid, una sesión de entrega de carnés. La guardia civil, sin órdenes expresas pero con costumbres muy arraigadas, hace lo que cree que debe hacer, lo que nadie le ha dicho que deje de hacer: disuelve la asamblea. Lleva al cuartelillo a los dos presidentes de la reunión, los miembros del ejecutivo Simón Sánchez Montero y Jaime Ballesteros.

Cualquiera puede imaginar el gesto del cabo y de los números de la Benemérita cuando Jaime Ballesteros exige un teléfono para hablar con el delegado para asuntos comunistas del presidente del Gobierno. Allí, ante unos testigos que no dan crédito a lo que oyen, Ballesteros y José Mario Armero hablan a voces de pactos incumplidos y amenazas más que veladas. Armero se pone en contacto con Andrés Casinello, adscrito a los servicios de información de la Benemérita, y los dos «retenidos» son puestos inmediatamente en libertad. Los guardias civiles debieron de pensar, escuchando la conversación, que la política es un arcano indescifrable para los simples mortales.

No basta con envidar a la grande y a la chica en un juego tan sostenido y sutil como es el mus. Hace falta una suma de cantidades que se denomina 31, y el 31 de Santiago Carrillo lo lanza el 12 de noviembre de 1976. Una huelga general, o, para no asustar con la terminología, un paro general de 24 horas. Convoca el organismo unitario sindical, la Coordinadora de los Sindicatos, donde están los

mayoritarios de Comisiones Obreras, la recién resucitada Unión General de Trabajadores y la entonces segunda sindical en cuanto a activismo, la Unión Sindical Obrera (USO). Solo queda fuera la CNT, porque entiende que la acción, como baza de presión de una alternativa, no tiene nada que ver con ellos. Ahora son los sindicatos dependientes de los partidos los que pueden demostrar al gobierno de Suárez, cada uno por razones similares aunque distintas, el peso de las masas y su influencia real en el movimiento obrero.

La diferencia entre el contenido de la huelga y su significación política queda patente en que tanto el gobierno como el conjunto de la oposición se dispusieron estratégicamente a afrontar la pelea de un paro de 24 horas, cuyo primer punto era algo tan obvio como difuso: un salario justo. La huelga fue seguida irregularmente por miles de trabajadores –según el gobierno, más de medio millón; según los convocantes, dos millones– en Cataluña, Asturias y Madrid, principalmente. El efecto atemorizador que tuvo hacia el presidente Suárez fue menguado. El sector más afectado por la huelga era el de la Construcción, el más sensible a la crisis económica, que caminaba a todo galope. Madrid, que por su importancia estratégica parecía el modelo para evaluar el contenido político del éxito o del fracaso, merced a la eficaz labor desmovilizadora y selectivamente represora del gobernador civil, Juan José Rosón, evitó lo que todos consideraban el multiplicador de la protesta: el paro en el «metro» de Madrid.

La huelga fue importante, sin duda la más importante numéricamente en cuarenta años de dictadura, y sin embargo fue un fracaso político tan considerable que no se repetirá como recurso en los cinco años que dure la transición a la democracia. Aunque haya otro tipo de razones para que la apelación a la huelga general no se produzca, lo cierto es que la última huelga general tuvo lugar el 12 de noviembre de 1976.

UN MOLINO EN GUADALAJARA

En la conciencia política del secretario general del PCE estaba claro que la vía de las presiones populares tenía un techo muy bajo. No admitía otra solución que fiarlo todo a la negociación, al no ser hombre con visiones de conjunto, ni ducho en preparar ejercicios alternativos que fueran en paralelo a la operación

principal. Si en un momento determinado llegaba a la conclusión de que la salida más rápida, más posible y más viable, conforme estaban las cosas, era la de negociar con Adolfo Suárez, a ella entregará todo su dinamismo, que era mucho, pero con absoluto desprecio hacia todo lo demás, que habrá de pasar a un plano secundario.

Lo que se haga a partir de ahora deberá ir dirigido no solo primordial, sino exclusivamente, hacia la negociación con el presidente Suárez. Y al decir negociación, pacto o acuerdo, se refiere a un pacto, acuerdo o negociación a dos bandas: él y Adolfo Suárez. Está al tanto de que el presidente no pierde el tiempo y se ve con sus colegas de la oposición, conocida como «Comisión de los 9», individualmente y a escondidas. La desconfianza, mutua, entre esos líderes y él refuerza aún más su idea de que la única salida, si es que la hay, pasa por las conversaciones al más alto nivel y sin intermediarios.

Quizá entonces va naciendo en él una más alta consideración sobre la capacidad política de Adolfo Suárez. Tal como están las cosas, debe admitir que es más listo de lo que había calculado. De no ser así no se hallaría en el impasse en el que se encuentra. De modo que aspira a demostrarle que Santiago Carrillo es el primero en saber moverse en el estrecho margen en el que le ha situado, con lo que va a convertir la jaula en la que está metido, barrote tras barrote, en el lugar más abierto y escuchado de la política española.

También es posible que el primer engañado por su pretendida audacia fuera el mismo secretario general. Porque de todos los gestos que admirarían a amigos y enemigos, y que se van a prodigar a partir de ahora, conviene saber que previamente serán discutidos y debatidos en sesiones sucesivas por Armero-Carrillo y Armero-Suárez, y que nunca surgió un problema insoluble: fuera cual fuera la propuesta de Santiago, siempre Suárez la aceptará, aunque matizándola. Incluso en más de uno de esos gestos cabe considerar que no son más que acicates para acelerar la reunión entre ambos líderes, sin intermediarios, ambición que manifiesta Santiago por primera vez de modo resuelto en octubre de 1976.

A los pocos días de la huelga general de efectos fallidos prepara un par de entrevistas. Se trata de dos periodistas en dos países de considerable influencia en general y muy especialmente en la Internacional Socialista. Jean François Boyer, de la Radiotelevisión francesa, y Bo Holström, de la sueca, le entrevistarán en un coche fantástico que va recorriendo Madrid como si se

tratara de un viaje turístico-político por la capital: un Carrillo distendido charla de la actualidad con el fondo de la Cibeles, Gran Vía y calle de Alcalá. Se emitirá en Francia el 24 y en Suecia un sábado, en programas de máxima audiencia. Y creará una conmoción no por lo que dice, sino por cómo y dónde lo dice. Para el público, Carrillo está en Madrid. Y Madrid es suyo, diga lo que diga el gobierno. Suárez sonríe, solo sus ministros se muestran preocupados.

Entre el rodaje de la entrevista televisiva en el coche fantástico y su emisión tiene lugar la más importante reunión del PCE en todo el periodo de la transición: la que será conocida por muy pocos como la reunión del Molino de Guadalajara. El 23 de noviembre de 1976 se reúnen por primera vez en España los miembros del Comité Ejecutivo en sesión plenaria.

El lugar de tan importante cita será un bello molino acondicionado como casa de campo en la provincia de Guadalajara. No falta casi ninguno de los miembros operativos del Comité Ejecutivo y asisten algunos que tan solo son del Central en función de su importancia organizativa[9].

Esta reunión del Molino de Guadalajara, de la que apenas si hay alguna referencia espigada en las memorias y documentos del partido, tendrá una importancia capital. No solo por ser el primer plenario del Ejecutivo dentro de España desde 1939, sino porque por primera vez Santiago Carrillo explicitará ante un colectivo la nueva vía que va a emprenderse. Sería más exacto decir que ya se había emprendido.

No lo hará de manera rotunda, porque sería tanto como ejercitar una autocrítica respecto a las anteriores posiciones rupturistas que él acaudilló, pero sí introducirá nuevos elementos de reflexión que convierten el pleno del Molino de Guadalajara en el punto a partir del cual se percibe un giro táctico-estratégico de los comunistas españoles. Dominará su política hasta la caída de la Unión de Centro Democrático y, más concretamente, hasta la defenestración de Suárez como presidente del gobierno en 1980.

A lo largo de este capítulo se ha hecho alusión a que el único momento en el que Santiago Carrillo abrigó algunos temores de que su figura de secretario general pudiera ser cuestionada fue en el curso de 1976, en el periodo que va desde el verano hasta la legalización, en abril del año siguiente. No es que le inquietara en demasía, pero consideraba que, políticamente hablando, su debilidad era tal que por eso mismo no hubo mejor momento para derribarle; reconvertía una

táctica y admitía implícitamente que había llegado a un callejón sin salida. Mas podía estar tranquilo, porque nadie tuvo ni tan siquiera la tentación de advertir que se estaba efectuando, en la línea política, un giro de 180 grados: de la más férrea doctrina rupturista a la más flexible negociación.

Quizá por eso se mostrará más cauto que de costumbre en la reunión de Guadalajara. Aunque sus palabras la abrirán, apenas si hará, como de costumbre, una intervención política, sino que pedirá que cada cual vaya dando sus particulares visiones de la situación. Es posible también que deseara comprobar, con cierta agudeza malsana, las limitaciones de su equipo dirigente, de sus colaboradores. Muchos no habían notado nada nuevo desde que en Roma se repartieran los papeles. Una precaución ante eventuales reflexiones críticas.

Simón Sánchez Montero, Armando López Salinas, Manuel Azcárate, Ramón Tamames y dirigentes sindicales como Rafael Pillado desgranaron sus argumentos rupturistas sobre la debilidad del gobierno, incluso del sistema, y la comprobación cotidiana de su aislamiento ante la presión de la poderosa Coordinación de Organismos Democráticos y los movimientos de masas plasmados en la huelga general. El referéndum para la Reforma Política, convocado para el 15 de diciembre, reflejaba la necesidad de un aval democrático del gobierno y de la institución monárquica. Las intervenciones de Pilar Brabo y Carlos Alonso Zaldívar marcaron una cierta distancia, si no respecto al optimismo y la autosatisfacción, al menos en su valoración de las oportunidades de supervivencia de Adolfo Suárez. Mientras que para unos no había variación en la política que aplicar, para otros la situación se había vuelto más compleja.

No había en la primera exposición diferencias muy notables entre los participantes, fuera de que unos estaban más estrechamente ligados al secretario general y otros apenas si le veían y se fiaban de los informes y de los artículos. De haber intervenido a fondo Santiago, es casi seguro que no se hubieran producido ni tan siquiera matices divergentes. Por eso, cuando estaban ya expuestas las diversas posiciones, y ante el signo alarmante de que la mayoría no parecía captar que la «nueva» relación de fuerzas –crónica, por otra parte– le era desfavorable al PCE, entonces intervino Carrillo. No esperó más y desgranó un complejo discurso que para muchos resultaría traumático e inolvidable. De esta reunión no se conservan actas ni se grabaron las intervenciones, por lo que hay que atenerse a las versiones, a menudo contradictorias, de los presentes y las notas casi taquigráficas que tomaron algunos.

Poco a poco el secretario general, con más lentitud aún que en otras ocasiones, fue dejando caer las ideas que suponían un cambio radical en la dinámica del PCE: No podríamos negar totalmente que la Ley de Reforma que se somete a referéndum no representa un cierto principio de ruptura con el franquismo; y añadió, dejando boquiabiertos a la mayoría de los presentes: El gobierno arrebató la iniciativa a la oposición y la conserva con capacidad momentánea de continuar aplicando su plan. La oposición se encuentra en condiciones.

Iba enhebrando la aguja para introducir en las cabezas del Ejecutivo la idea, hasta entonces impensable, de que el PC tuviera que votar sí en el referéndum para la Reforma aprobado por las Cortes franquistas: En la denuncia del referéndum nos jugamos la no ratificación moral de la reforma y la posterior posibilidad de ensanchar el campo de libertades… En otras palabras, no hay más tren que el de Adolfo Suárez y ha arrancado ya.

Los dirigentes tendrían las ideas más claras y hubieran jugado con más elementos de haber sabido que las relaciones entre su secretario general y el intermediario del presidente del gobierno eran semanales, pero no les quedaba más que adivinarlo y fiarse de que, como siempre, en Santiago había el talento mágico que observaba el referéndum desde su prisma: Podríamos votar sí, si se da previamente libertades a todos los partidos para hacer una campaña activa…, y debemos de tratar de negociar esta posibilidad. Ahí está implícito que todo se reduce a la legalización del partido y que lo de menos es el referéndum: Debemos trabajar ya con mentalidad de campaña electoral, una campaña cuya primera fase es «o referéndum con libertad o abstención», para terminar posiblemente llegando a la segunda fase, en la que haya que abstenerse… (Pero) tras el referéndum celebraremos un pleno del Comité Central para definir la estrategia electoral… Comencemos pues a pensar en la plataforma electoral del partido.

Para la mayoría, aquel análisis rompía sus esquemas y necesitaban un poco de tiempo para adaptarse. Simón Sánchez Montero no puede menos que preguntar: ¿Qué pasa con el acuerdo de Canarias? Porque en Canarias se acababa de reunir, el 4 de noviembre, la Plataforma de Organismos Democráticos, donde aprobaron unánimemente la necesidad de luchar por unas «Cortes Constituyentes». Incluso se atreve a disentir de Santiago, insistiendo en defender la abstención sin paliativos de ningún género. Si antes conseguimos libertades, al final salimos en televisión y cambiamos nuestra posición, repuso Simón ante el asombro del secretario general, que confirmaba su bajo concepto de Sánchez Montero. Con

esa propuesta se mostraba aún más atrabiliario y prestidigitador que él. Manuel Azcárate también defendió la tesis de la abstención a toda costa. Carlos A. Zaldívar y Pilar Brabo siguen a Carrillo en su compleja táctica en dos etapas: primero «sí, pero» y luego «no, pero».

Lo alambicado de la exposición de Carrillo, que no es tan rotunda como acostumbra, sino elusiva e inquieta, porque no se atreve a explicar la verdadera naturaleza de sus relaciones políticas con el presidente Suárez, impide que muchos capten todos los matices. Pero no obsta para que algunos líderes, cogidos en renuncio al disentir formalmente de Santiago en sus primeras intervenciones, se vean obligados a maravillosos ejercicios de estilo. Ignacio Gallego, en su papel de supremo maestro de la sofística exclama textualmente: Tan importante como la abstención es dejar abierto el sí. Y añade, en un alarde de Pero Grullo: Porque hay que tener en cuenta el estado de ánimo del pueblo y la imagen positiva del partido. El colmo de la sutileza del cínico magistral es cuando casa la idea de Santiago con la suya y pronuncia este lema antológico: Además, el sí (en el referéndum) no implica un compromiso monárquico. Como si fuera posible separar el referéndum de la monarquía que lo propone.

El único que no parece estar para chorradas de tahúres ideológicos es el propio Carrillo, que conoce la estrategia de la reforma y los planes de Suárez de primera mano. Por eso afirma rotundo: Camaradas, hay que asumir la pista en la que nos han colocado porque no hay otra. Al carajo, por tanto, con el gobierno provisional, con los estatutos de autonomía y hasta con la amnistía. Todo es negociable y nada hay que se pueda considerar condición sine qua non: La única cuestión no negociable ahora es la libertad de los partidos. La reforma Suárez abre un campo de juego y no hay otro y tenemos que jugar en él tratando de ensancharlo, concentrando nuestro esfuerzo en las libertades y retirando otras exigencias de la primera línea del papel.

No había seguido el protocolo al comienzo de la reunión, pero sí fue estricto en cumplirlo al final. Hizo las palabras de resumen. Una frase entre ellas es el compendio de lo que va del pleno del verano en Roma, al Molino de Guadalajara en noviembre: Reducimos las condiciones de Roma y nos centramos en las libertades. Cuatro meses después de aquel orgiástico pleno italiano, el Partido Comunista de España debía admitir que la línea política se había ido al carajo y que el mayor triunfo, el único triunfo posible, sería conseguir la legalización. Con eso bastaba.

No es extraño pensar que la huella de sus palabras fue indeleble. Pero no sería Santiago Carrillo Solares si no tuviera su toque personal, su forma de dar pasos hacia atrás o hacia adelante, trastocando los términos para que nunca se sepa si se avanza o se retrocede, pero que se acabe creyéndole a él. Entrar en una reunión como rupturistas y salir mendigando la legalización era demasiado, aunque estuvieran en un viejo molino de viento y fueran posibles todos los encantamientos cervantinos. Por eso dijo, para acabar, estas palabras de consuelo: Pero a las elecciones iremos llevando la bandera republicana y los estatutos de autonomía… porque en dos meses de libertades para los partidos cambiaremos este país.

Todos, en grupos reducidos, fueron saliendo del Molino de Guadalajara convencidos, una vez más, de que después de Vladimir Ilich Lenin nadie podía compararse al secretario general del PCE. Él acababa de superar el mayor peligro político desde que Fernando Claudín echara mano un día del archivo y recordara las previsiones incumplidas. En esta ocasión era peor y mayor su desamparo. Cada día que Suárez se negara a reunirse con él, y más aún a legalizar al PCE, se retrocedería un paso más. No solo se había salvado de la crítica, sino que había ratificado su título de primer político de la izquierda española. El breve comunicado que dio cuenta de la reunión incluía un párrafo que confirmaba sus palabras, tantas veces repetidas a José Mario Armero y que ahora avalaba el Comité Ejecutivo: «Si el gobierno estableciese de un modo efectivo las libertades, el PC considera… que la oposición podría participar de un modo positivo en el referédum»[10].

LA LEGALIZACIÓN DE SANTIAGO CARRILLO

Nada más lejos del estilo de Carrillo que reconocer que la situación empezaba a ser desesperada y sobre todo subsidiaria del proyecto Suárez. Nada más lejano de su estilo que reconocer que los meses pasados, e incluso los años, no constituían ventajas, sino inconvenientes. Nada más ajeno a su manera de ser y a sus convicciones que reconocer llana y paladinamente aquel 23 de noviembre de 1976 que el Partido Comunista de España debía dar por cancelada su política de ruptura e iniciar otra caracterizada como «de reforma»; consolidar el proyecto de transición diseñado en el irregular triángulo formado por el rey, Torcuato

Fernández Miranda y Adolfo Suárez.

Para él todo se redujo a analizar la situación ante sus discípulos y prepararles para que no hicieran ni dijeran tonterías. El resto dependía de él. Como máximo fautor de la línea política, ya tenía trazadas las pautas de su comportamiento. Nada de revisar la línea táctica y estratégica e ir adaptándola para los ciclos largos, abandonando el inmediatismo que caracterizó siempre su estilo, nada de ir introduciendo en la militancia la concepción de que «quizá la línea adoptada hasta entonces no era la mejor para los años venideros», y que hacía falta un estilo nuevo, más abierto, para ganar la sociedad, ya que se había perdido el tren de la transición. Nada de eso. Santiago no renunciaba a nada. Incluso se autoconvencía de que él y solo él podía conseguir superar las dificultades si alcanzaba a dar con el eslabón que pudiera transformar la marginación del momento –noviembre de 1976– en un «consenso» con el poder. Romper el gueto en el que deseaban meterlo sus aliados y al que estaba abocado saltándose el corsé de la Plataforma de Organizaciones Democráticas.

La Plata-Junta (Coordinación Democrática) se había trasmutado en la POD (siglas de Plataforma de Organizaciones Democráticas), cambio de nombre que respondía a la incorporación de personalidades y organismos unitarios de Cataluña y otras regiones. Su presentación pública en un hotel madrileño tuvo lugar el 23 de octubre. En un periodo muy breve se daría un nuevo paso en la evolución de estos organismos y quedaría constituida la ya citada Comisión Negociadora de la Oposición. Formalmente este hecho se consumó en el despacho de Raúl Morodo el día primero de diciembre, a dos semanas del referéndum para la Reforma Política.

La reunión constitutiva de la «Comisión negociadora» del 1 de diciembre concitó grandes esperanzas y alcanzó el máximo de asistencia unitaria que se recuerda en el primer periodo de la transición; setenta dirigentes de grupos políticos y sociales. El peso de Cataluña en este organismo iba a ser notorio. Tres de los nueve redactores del texto que serviría de base al organismo unitario eran catalanes: Canellas, Trías Fargas y Jordi Pujol. El resto lo formaban un socialista (Múgica), un liberal (Satrústegui), un socialdemócrata (Fernández Ordóñez), un carlista (Zavala) y dos comunistas: Simón Sánchez Montero por el PCE y Marcelino Camacho por Comisiones Obreras.

En vísperas del referéndum se decidirán por consenso, en el despacho del liberal Satrústegui, los componentes de la Comisión encargada de negociar con el

gobierno y que pasaría a la pequeña historia como «la de los 9»: Tierno Galván, Felipe González, Fernández Ordoñez, Satrústegui, Cañellas, Pujol, el vasco Julio Jáuregui y el gallego Valentín Paz Andrade. El puesto vacante para completar el cuadro fue un motivo de duro debate: no había objeciones a que el PCE estuviera representado, pero sí las había a que fuera el propio Santiago Carrillo. Más que por su cargo, por su historia, su imagen y su pasado. Entre las alegaciones de los reunidos estaba la de que Adolfo Suárez jamás aceptaría abrir conversaciones con hombres como Santiago Carrillo. No se les ocurría que el presidente del gobierno estaba en contacto con el secretario general del PCE prácticamente desde el comienzo de su mandato. Les parecía que tratándose de un «ilegal» se ponían dificultades accesorias a la Comisión negociadora.

Se llegó a un acuerdo entre caballeros según el cual, nominalmente, sería Carrillo el delegado del PCE, pero estaría sustituido siempre por Simón Sánchez Montero y los comunistas se comprometían a facilitar los contactos con Suárez, no insistiendo en formar parte de las embajadas hacia el presidente.

Hasta el 23 de diciembre el presidente no recibió a los comisionados y cuando lo hizo se limitó a recoger el texto que le traían y hablarles del tiempo. Después del éxito del referéndum, habiéndose cerrado prácticamente el primer periodo de la transición con la aceptación de la reforma por la clase política franquista, ahora a Adolfo Suárez le tocaba afrontar a la oposición, pero sin grupos, ni organismos. Sencillamente lo haría de uno en uno y tratando de mellar su fuerza frente a la obligada meta del 15 de junio de 1977: las primeras elecciones democráticas desde 1936. Se puede decir que el juego de la mano derecha de Suárez había terminado, podía licenciar a Torcuato Fernández Miranda. Le quedaba la izquierda, mantenida en la recámara hasta que llegara este momento.

El rey indiscutible del juego se llamaba Adolfo Suárez González. La obsesión de Carrillo, más que su esperanza, era que tenía que hablar personalmente con él. Estaba convencido de que después de su entrevista la situación podía cambiar, no solo la suya como persona, sino la del conjunto del partido. Desde el comienzo del invierno de 1976 la insistencia de Carrillo a Armero fue siempre la misma: tengo que hablar con Suárez. Incluso llega a desconfiar de sus intermediarios, tanto del abogado Armero como del propio Ballesteros, como si les faltaran iniciativa o rectas intenciones, y lanza a Pilar Brabo a desesperados intentos para lograr forzar una charla con el presidente.

No era tan ingenuo como para pensar que Adolfo Suárez admitiría la

conversación cara a cara gratuitamente y sin que fuera necesario forzarle a ello, darle la impresión de que estaba ante un hombre con capacidad suficiente como para crearle dificultades. Además de las gestiones de sus colaboradores, Ballesteros y Brabo, con genuino olfato se lanzó a quitar cámara, a restarles protagonismo no solo a los discretos partenaires de la Plataforma de Órganos Democráticos, sino también al presidente Suárez. Era una forma de tapar con su imagen los esfuerzos de algunas fuerzas internacionales para potenciar a otros líderes y a otros partidos. Tal era el caso de Felipe González y el PSOE.

Entre el 5 y el 8 de diciembre se celebra el XXVII Congreso del PSOE. Mucho más que en Suresnes, dos años antes, este Congreso de 1976 marca una línea divisoria entre el pasado y el futuro. Sin exagerar se puede decir que el PSOE de Felipe González y Alfonso Guerra nació realmente en su XXVII Congreso.

Si en el anterior se trataba de cerrar la fisura abierta por los históricos exiliados que capitaneaba Rodolfo Llopis, en este de 1976 hay elementos nuevos e importantes como para considerarlo casi fundacional del nuevo partido socialista. En primer lugar, la presentación pública de los nuevos dirigentes llamados a desempeñar un papel decisivo en los próximos años (González, Guerra, Yáñez, Bofill, Solana, Boyer, Múgica, García Bloise…). Luego el contenido de sus ponencias; rompen con el pasado chato y obrerista, colocándose firmemente en posiciones de izquierda, animados a disputarle la hegemonía de esa marca al PCE. Conviene no olvidar que el término «marxista» fue introducido en este Congreso de la mano de sus promotores González y Guerra, y así consta en la resolución política. Por último y capital, el apoyo recibido por la Internacional Socialista demostró a las claras que aquellos jóvenes dirigentes contaban desde ese momento con el beneplácito, la ayuda y los avales económicos y políticos de los principales líderes de Europa occidental.

La sencilla enumeración de los asistentes muestra que el PSOE iba a ser la opción en la que fiaba la socialdemocracia mundial, dispuesta a no repetir atipicidades como la italiana: Michael Foot (entonces ministro británico de Finanzas), el primer ministro sueco Olof Palme, el primer ministro danés, Joersen, el vicecanciller austríaco Androsch Hans, sin olvidar el peso de los veteranos, como Pietro Nenni, o los socialistas revolucionarios, como el chileno Carlos Altamirano. Todos reunidos bajo el conjuro de Willy Brandt, presidente de la Internacional Socialista.

Santiago tenía razones para sentirse amenazado. En su estrategia no entraba que

el PSOE pudiera recuperar el terreno perdido durante el franquismo, y rechazaba hasta la eventualidad de que se posicionara en la izquierda quitándole el monopolio al PCE. Esta gama de retos cuestionaba el corazón de la línea que se había trazado desde hacía años y que se había plasmado incluso ideológica y organizativamente en el Pleno de Roma. La incompetencia de Llopis y del supervalorado Indalecio Prieto facilitaron la labor, pero un periodo muy largo del PSOE quedaba cancelado desde este diciembre de 1976.

A los variados retos de la situación el secretario general del PCE respondió a su modo, con una rueda de prensa «clandestina» que servía tanto para un cosido (el Congreso del PSOE) como para un zurcido (el referéndum para la Reforma Política). Dos días antes del Congreso, y a falta de cinco para el referéndum, Santiago quería recuperar el protagonismo y así se lo hizo saber a su interlocutor José Mario Armero para que lo transmitiera al presidente Suárez. Incluso le parecía interesante que el propio Armero asistiera a la cita, pero Suárez y Armero, de común acuerdo, rechazaron la invitación.

Un improvisado aparato del partido en Madrid citó, recogió y concentró a una cincuentena de periodistas el 10 de diciembre. Tenía el aditamento de la clandestinidad, aunque fuera un tanto trucada. El profesor de Derecho Político y protagonista de este periodo, Raúl Morodo, quizá basado en estas experiencias, incluyó en su libro sobre la transición política española una reflexión reveladora: Dentro de todo proceso de transición –si quiere ser pacífica– la simulación forma parte del consenso[11].

Bajo el atractivo del riesgo y la audacia, el secretario general del PCE parecía retar al gobierno con su gesto y sus palabras. El eco de su actitud daría que hablar durante semanas bastante más allá del modesto piso que acababa de comprar el partido en la calle Alameda. Allí fueron llevando poco a poco a los periodistas y allí apareció Santiago Carrillo, el último, tras una inquietante espera de gran escenificador.

Se exhibió satisfecho, exultante, rodeado de sus colaboradores más cercanos: Jaime Ballestero, Pilar Brabo, López Raimundo, Azcárate… Era su turno y lo ocupó en exclusiva, salvo una frase que pudo colar Ramón Tamames. Quiso dejar desde el primer momento bien claro que mandaba él y que el resto eran sus delegados: La persona que representa al partido en la Comisión Negociadora soy yo. Simón Sánchez Montero, que podría ser perfectamente un gran representante del partido, que lo haría tan bien si no mejor, es mi reemplazante. Dos días antes

había tenido un enfrentamiento brutal con él porque había aceptado firmar el documento del profesor Ollero, exclamando con su mejor estilo y apuntándole con el dedo: «¿Es que me queréis sustituir?». En adelante, los documentos o los firmaba él o no los firmaba el PC. Simón o cualquier otro, llamáranse Ballesteros o Brabo, no eran más que «sus reemplazantes». En la rueda de prensa remachó aún más el clavo: Ya hemos hecho bastantes concesiones aceptando nombrar un sustituto en la Comisión negociadora y no haremos ninguna más. Utilizaba el plural para referirse a sí mismo, como si ejercitara el «nos» mayestático.

Prácticamente se trató de un ejercicio de exhibición de su persona, de sus dotes, de su astucia. Un canto al egocentrismo, quizá porque se sintiera particularmente débil y expuesto a una trampa política: Sin demérito ninguno para los hombres de la política española, creo que uno de los políticos que en nuestro país tiene más experiencia política soy yo, y lo digo sin falsa modestia. Más de un periodista se quedó fascinado por el personaje; se les había aparecido el Rey Sol, el hombre que tenía respuestas para todo. El ambiente, el tono, la prosopopeya, la ironía, todo se conjugó para que la rueda de prensa «clandestina» fuera un éxito.

Quedaron advertidos de que estaba dispuesto a pelear y que no se dejaría arrinconar ni en su casa ni fuera de ella, ni en el partido ni en el Estado. Con la ayuda del presidente Suárez quería ocupar su lugar bajo el sol. Tirar de la cuerda, pero sin romperla.

A José Mario Armero y a Adolfo Suárez les gustó la rueda de prensa: la expectación despertada revelaba a Carrillo como un maestro en el trato con los medios de comunicación. Había tenido, además, el buen gusto de no referirse a él directamente e incluso echarle algún capote sin nombrarle: La muerte de Franco ha permitido a las fuerzas dirigentes de este país plantearse el problema de la ruptura sin tener que desplazar a Franco. Es decir, que «la ruptura» ya estaba en curso y él lo admitía a cinco días del referéndum. No olvidó una mención agradable hacia Gutiérrez Mellado y un guiño respetuoso hacia el rey Juan Carlos, al que solicitaba desde allí y públicamente una audiencia para explicarle cuál es la posición del PC de España.

Ante la prensa española y mundial apareció no solo como la primera e indiscutible figura del comunismo español, sino como el incontestado estadista. En la foto de grupo se exhibió rodeado de ayudantes que reían o se ponían serios

según el trémolo del secretario general. Cuidaba su imagen como si se tratara del eficaz ungüento para aliviar las dificultades con las que se enfrentaba el partido. Como los toreros veteranos, la faena del 10 de diciembre no fue limpia, pero tampoco defraudó.

Los resultados del referéndum confirmaron a Adolfo Suárez y a su ministro del interior, Rodolfo Martín Villa, que había llegado el momento de terminar con el fantasma de Carrillo y empezar a operar con un Carrillo de carne y hueso, susceptible de verle los ojos sin andarse con intermediarios. Meterle en sociedad aunque fuera por la puerta trasera de la cárcel o el exilio bien reglamentado. Tenía los días contados.

El 22 de diciembre unos selectos policías dirigidos por el comisario Pastor le detuvieron a la salida de una reunión del Comité Ejecutivo. Primero él, luego, tras un tiempo prudencial que aprovecharon para llamar por teléfono a diversos países y personalidades, se llevaron a los demás.

Los seis miembros del Comité Ejecutivo[12] y el chófer de Santiago que pertenecía al Comité Central, Julio Aristizábal, fueron llevados a la Dirección General de Seguridad. Hicieron su ficha y les pusieron en una habitación con prohibición expresa de hablar entre ellos. Al día siguiente entraron en la cárcel de Carabanchel. Parecía una obra previamente estudiada. Adolfo Suárez se escandalizó al enterarse de la noticia y consideró que podía ser una maniobra de los servicios paralelos. Martín Villa afirmó que él no estaba al tanto de nada hasta que le informaron de que acababa de entrar en las dependencias de la Puerta del Sol. Pastor sería el único que podría desvelar un secreto profesional protegido por la ley, ese mismo comisario Pastor que dos meses más tarde llevará en coche al presidente Suárez a la entrevista secreta con Santiago Carrillo.

De lo que sí hay testigos para probarlo es de que el día 22 de diciembre de 1976, reunidos en el despacho de Adolfo Suárez Gutiérrez Mellado, Martín Villa y Alfonso Osorio, el presidente decidió afrontar los hechos como venían. Existían dos opciones: o llevarle a la cárcel o expulsarle del territorio. Pronuncia entonces una frase nada brillante, pero histórica: «Vamos a coger al toro por los cuernos». Carrillo entrará en la cárcel. Los presentes apoyan unánimes la decisión del presidente.

El comisario Pastor pregunta lo mismo al detenido y también obtiene idéntica

respuesta. El resto del Comité Ejecutivo, tanto los detenidos como los libres, están en otra longitud de onda. Nada más aleccionador que narrar la consulta que en la tarde del 22 de diciembre hace José Mario Armero a Armando López Salinas: ante el dilema cárcel o exilio, Armando pide tiempo para consultar. Habla con los que están libres y su respuesta es neta: que se le envíe al extranjero, fuera de los riesgos de una prisión de la Dirección General de Seguridad. Santiago, al enterarse, es posible que le mandara escribir mil veces la frase: en política la candidez se paga con el ostracismo.

Ocho días más tarde de su detención, Santiago Carrillo y sus colegas del Ejecutivo salían libres. El partido aún no estaba legalizado, pero el secretario general sí. El costo práctico había sido una semana en la enfermería de la cárcel.

El día que salió apenas si faltaban unas horas para tomar las uvas y brindar por el año nuevo. La primera frase que dedicó a los militantes que se manifestaron en la calle al enterarse de su detención fue íntima y sentida: «Solo he llorado dos veces en mi vida y una fue cuando escuché los gritos de ¡Carrillo, libertad!» La otra frase para el bronce la recogieron los diarios: Mi puesta en libertad hoy me ha sorprendido. No la esperaba tan pronto. Era una decisión política no fácil. No significa automáticamente la legalización del partido, pero constituye un primer paso[13].

EL ENCANTO PERSONAL COMO TÁCTICA POLÍTICA

No había razón alguna para demorar la entrevista tantas veces aplazada. El presidente ya no contaba con el argumento que esgrimía constantemente Torcuato Fernández Miranda, según el cual el Estado se deterioraba ineludiblemente si uno de sus más destacados representantes, el presidente del Gobierno, se entrevistaba con un «ilegal» como el secretario general del PCE. Estaba dispuesto a hacerlo el mismo Torcuato, porque al fin y al cabo se consideraba con ciertas cualidades que no tenía Suárez, además de la nada desdeñable garantía de que sería un encuentro entre asturianos, gijoneses para más señas. Suárez fue implacable en su prerrogativa: lo haría él y cuando creyera oportuno.

La amenaza que debía evitar Santiago a toda costa era que la legalización se consumara al día siguiente de las elecciones. Durante los regulares contactos con Armero, bien él, bien Ballesteros, el tema que se convirtió en exclusivo se redujo a uno: la legalización del PCE. Suárez y Armero no dejaban de orientar a los comunistas hacia la búsqueda de fórmulas que dulcificaran el carácter de un reconocimiento formal del PCE. Podían presentarse como independientes o bien en un organismo más abierto que el partido, al modo del Elas griego de después de la guerra civil.

Para el PCE y para Santiago eran condiciones inaceptables y a mediados de enero el Comité Ejecutivo decidió no solo presentarse, independientemente de la legalización, sino incluso elaborar las listas de candidatos. Pero un acontecimiento trastocó los planes, poniendo delante otras urgencias. El 24 de enero de 1977 fue verdaderamente el día más largo del primer periodo de la transición española.

La matanza de los abogados en la calle de Atocha conmocionó a todos y destacó como víctimas objetivas a los comunistas. El carácter bárbaro del múltiple crimen partía quizá de una especie de análisis, muy propio de la extrema derecha hispana y de los servicios de información del Estado: los comunistas se distinguían del resto de los mortales por ser individuos sedientos de sangre, que se vestían de corderos para engañar a los incautos, pero cuyas genuinas intenciones eran sacar los cuchillos y lanzarse a la rebelión. Si se les provocaba se evidenciaría su naturaleza violenta e insurreccional, el Ejército intervendría y se volvería a lo que no se debió abandonar nunca: la dictadura militar.

La estupidez del juego estaba plenamente respaldada por el talento de los asesinos y la capacidad de sus inductores; unos y otros no podían llegar muy lejos, pero sí podían dejar el campo lleno de sangre. Fue lo que hicieron. El 24 de enero por la noche acribillaban a balazos en un bufete de la calle Atocha a ocho abogados laboralistas y un empleado. El efecto fue inverso al previsto por los criminales. El órgano más notorio del linchamiento a los comunistas –el diario El Alcázar– se vio obligado a patentar una teoría según la cual solo unos agentes de la KGB soviética podían haber ejecutado la matanza. El PCE les parecía el único beneficiario político del múltiple asesinato.

Conociendo el talento del que ha gozado la extrema derecha hispana, no es extraño que todo se resumiera en incitar a tres muchachos ansiosos de medallas a hacer un escarmiento sobre el PCE. De todos modos, lo que nadie puede dudar

hoy es que los servicios de información del Estado, por acción u omisión, dieron luz verde a la operación. Los mismos a los que una vez confirmada la sutileza de sus análisis, con cinco cuerpos sin vida y el PCE convertido en un pilar de la transición pacífica, no se les ocurrió otra cosa que echarle la culpa a Moscú, como habían hecho siempre.

El PCE, orientado paso a paso por las decisiones de Santiago, se ganó durante los días que siguieron a la masacre un prestigio y una imagen que marcaría otro momento álgido de su influencia. Fue efímero y a partir del funeral se hizo perceptible una caída cada vez más en cascada, pero eso no quita para que después de la matanza, y durante los dos días que precedieron al impresionante entierro, el PCE diera una imagen de prudencia y de sensibilidad. Con su más fina pluma, Santiago escribió entonces: Nuestro partido está de luto. También está de luto España[14], y decía verdad. El Partido Comunista tenía en su larga lucha contra la dictadura un victimario amplísimo y aparecía ante la opinión sin ensoberbecerse de ello. Primero con la furia contenida, mientras contemplaba impasible el terror de aquella noche, y luego con el entierro emocionado y multitudinario, los comunistas se ganaron la legalización de hecho en aquellos terribles días de enero. Habían regado con su sangre la lucha contra la dictadura y tenían un pedigrí, como mínimo, tan democrático como los demás, si es que en periodos tan siniestros valen tales comparaciones, pero la situación era muy peculiar: los avales los daba el gobierno de Adolfo Suárez y esa dinámica ya no tenía vuelta atrás.

El 11 de febrero de 1977 el PCE, ateniéndose a los procedimientos legales, presentó su documentación en el Ministerio de la Gobernación. El gobierno de Adolfo Suárez remitía la documentación seis días más tarde al Tribunal Supremo, al que también trasladaba la decisión de la legalización. Ejecutaba una serie de maniobras formalmente tartufescas y políticamente torpes, cuyos resultados se verían cuando, el 2 de abril, el tan elevado como reaccionario organismo se declarara «incompetente» en la materia y devolviera al gobierno el embolado. Adolfo Suárez trataba de encontrar una tapadera que le permitiera la legalización sin comprometer su palabra. Cuando comprobó que era imposible, asumió que esa responsabilidad le correspondía a él y muy en su estilo se dispuso a ejecutarla solo.

Después de los acontecimientos de enero y la matanza de los abogados de Atocha, Santiago pensó, y con razón, que no había motivo alguno para demorar la entrevista entre Suárez y él. Fue entonces cuando empezó a nacer en su

interior la idea de que quizá José Mario Armero no fuera el hombre ideal para forzar al presidente a la charla personal, o que quizá hubiera otro tipo de razones para no facilitar el contacto. Un incidente totalmente fortuito, el encuentro del secretario general del PCE en una cena pública con la responsable del gabinete del presidente, Carmen Díaz de Rivera, favoreció una iniciativa paralela. El 21 de enero se había celebrado en Barcelona el festejo anual de los premios del grupo periodístico Mundo. Allí se encontraron ambos y allí se hicieron un guiño más ingenuo que cómplice sobre «tomar un chinchón juntos», lo que dio pie a todas las cábalas y a la indignación de Suárez, que consideraba todo lo referente a Carrillo no solo un secreto de Estado, sino un asunto estrictamente personal e intransferible.

Santiago no era hombre para dejar pasar una oportunidad y así entró en contacto con Carmen Díaz de Rivera en el intento de cortocircuitar a Armero con una persona más cercana al entourage del presidente Suárez. La iniciativa fue contraproducente para Carrillo y más aún para Carmen Díez, que no estaba al tanto de la otra parte de la historia y para quien la legalización del PCE era sencillamente una razón de pura coherencia política.

El 26 de febrero José Mario Armero informa a Jaime Ballesteros de que el presidente Suárez acepta una reunión con el PCE para celebrarse al día siguiente. Se montó artesanalmente para garantizar el secreto más absoluto y el mínimo de personas implicadas. Jaime Ballesteros tenía especial interés en asistir al encuentro, pero Santiago le dio a entender que quería estar a solas con el presidente.

José Mario Armero, su esposa y un hijo facilitaron el traslado de Suárez y Carrillo a su casa de Pozuelo, en las afueras de Madrid. Suárez solo se hizo acompañar del comisario Pastor, que le sirvió de chófer. Tuvo, no obstante, la providencia de colocar a la puerta de la casa un coche donde se instaló Mariano Nicolás, director general de Seguridad a la sazón.

El mano a mano de Suárez y Carrillo empezó sobre las cuatro de la tarde y pasarían hablando animadamente casi ocho horas. La primera frase, como es lógico, no la pronunció Carrillo –«¿Vamos a hablar de política con pe mayúscula o con pe minúscula?»–, eso vino luego. Nada más estrecharse la mano, Suárez se dirigió a él en su papel de encantador de serpientes: «¡Cuántas horas de sueño me ha quitado usted!». Carrillo se sintió halagado. Pasaron revista a España, a Europa y al universo mundo, hablaron de lo divino y de lo humano. El

presidente estuvo humilde, siguiendo su estilo cuando trata con gente soberbia. Carrillo estuvo seguro hasta cuando empezó a desarrollar algunas de sus arbitristas medidas económicas, como la de reinstaurar en Madrid los tranvías para utilizar el carbón de Asturias.

De la entrevista mano a mano, con Armero como testigo, saldría por una parte el compromiso de legalizar al PCE y por la otra la aceptación explícita de la monarquía de Juan Carlos, la bandera y la unidad de España, que habría de consolidarse inmediatamente después del gesto del presidente. Acababan de conocerse los dos hombres que se consideraban no solo los políticos más inteligentes de España, sino los estadistas que habrían de dirigir la nave del país durante la transición. No comieron ni bebieron, solo fumaron y se embelesaron contemplándose. Nadie sino ellos tenían las claves del secreto y fueron fieles el uno al otro como no lo habían sido nunca. Cumplieron su palabra con rigor y sin traiciones.

Adolfo Suárez y Santiago Carrillo, desde aquel 27 de febrero de 1977, se hicieron socios de una empresa y aunque ninguno echó sobre la mesa su patrimonio, porque tal cosa entre profesionales no se hace, ambos se lo irían jugando poco a poco. Uno porque lo tenía y la política se lo fue quitando, y el otro porque nunca fue capaz de llamar al administrador y saber exactamente con qué estaba viviendo: todo le parecía tan sólido como su fama ganada en las afueras de París, hablando entre convencidos y mandando artículos al interior.

La entrevista significó una gran victoria de Santiago Carrillo. Suárez, consciente o no, aplicó la táctica que hizo famoso al cachazudo Kutusov frente al arrogante Napoleón: ayudarle a entrar, facilitarle el avance hasta que llegara el momento en que le fuera imposible retroceder sin salir destrozado. Esta será la grandeza y la miseria de esa larga marcha de Santiago Carrillo. Como su paisano Torcuato Fernández Miranda, nunca pensó que hubiera alguien más astuto que él y si lo había en alguna parte del mundo no sería precisamente uno de Cebreros.

En el primer cambio de impresiones que celebró Santiago con algunos miembros del Comité Ejecutivo les informó a grandes rasgos de la conversación, pero tuvo buen cuidado de advertir que se reservaba gran parte de lo charlado porque lo consideraba compromisos personales y secretos de Estado. En adelante, dijo, de toda entrevista con el presidente Suárez trasladaría al máximo órgano del PCE aquello que considerara importante que lo supiera el partido, «ni una palabra más, ni una palabra menos». Con el silencio cómplice y atemorizado de la

dirección del PCE, Carrillo obtuvo un estatuto especial, sin precedentes en la historia del movimiento comunista internacional, si se exceptúa la figura de Stalin: la de seguir su propio albedrío por encima de cualquier consideración de tipo partidario. Ya no era el primero, sino el único; los demás, fueran del Ejecutivo o del Central, no tendrían en adelante más que esperar anhelantes el momento que el secretario general se dignara tenerles al corriente de sus conversaciones a tan alto nivel. Nadie puso la más mínima objeción.

Sin exageración alguna se puede decir que el Partido Comunista de España decidió su política de manera irreversible el 27 de febrero de 1977. Muchos elementos ya estaban antes y otros se comprobarían después, pero a puerta cerrada, en la casa de José Mario Armero y durante toda una tarde, el PCE optó por mor y boca de Santiago Carrillo por una determinada política que habría de durar hasta la caída de Suárez y que incluso alcanza al 28 de octubre de 1982, fecha que une la victoria electoral del PSOE y la quiebra del PCE y la UCD, la de Santiago Carrillo y la de Adolfo Suárez.

Suárez ofrecía la legalización antes de las elecciones del 15 de junio, arrostrando el deterioro que significaba desmentir su promesa hecha a los militares. Santiago se comprometía en primer lugar a una aceptación estricta, rigurosa y pública de la monarquía, la bandera y la unidad de España, al tiempo que garantizaba que el partido se encargaría rigurosamente de evitar todo tipo de conflicto social, sirviendo en unos casos de mediador y en otros de apagafuegos. Ante algunas reservas del presidente, que consideraba con reticencia que el PCE pudiera seguir como un solo hombre a su secretario general, Carrillo sonrió de tal modo que obvió cualquier insistencia. Por último, había un elemento de considerable valor para Suárez: ¡el compromiso formal de llegar a un acuerdo de largo alcance después de las elecciones de junio! El presidente en su fuero interno pensaba que la fortaleza electoral del PCE eclipsaría a la del PSOE, al menos durante la primera parte de la transición. En la reunión del 27 de febrero se diseñaron algunas de las líneas maestras que luego se confirmarían con los denominados Pactos de la Moncloa.

Como prueba de la credibilidad democrática del PCE y de su influencia en la política europea, podía exhibirle al presidente la inminente celebración en Madrid de una cumbre eurocomunista. Los días 2 y 3 de marzo vendrían a la capital de España los líderes de los dos partidos más influyentes y numerosos de Occidente, George Marchais, secretario general del PCF, y Enrico Berlinguer, del PCI. Santiago ofrecía un punto de apoyo a la democracia española, a la

transición y al propio Suárez, el eje París-Roma-Madrid, antes aún de que hicieran lo propio los demócratas cristianos o los socialistas.

Sin necesidad de pasar por unas elecciones, el PC español y su líder, Santiago Carrillo, sin garantía ninguna, sin millones de votos, como sus colegas italianos o franceses, entraba en el club de los grandes partidos de Occidente. Una jugada maestra, aunque en el fondo Santiago fuera el último en pensar que no iba a tenerlos nunca.

Al final del encuentro eurocomunista de Madrid, Carrillo hizo una declaración que nadie hasta entonces, ni siquiera en las filas de la derecha antifranquista, se había atrevido a formular de modo tan rotundo: El PCE está dispuesto al mantenimiento de las bases militares norteamericanas en nuestro país en tanto no exista un acuerdo internacional para suprimir todas las bases militares en Europa. La imagen de seriedad, de moderación y de experiencia política que daba el secretario general del PCE, flanqueado por sus colegas europeos, impugnaba cualquier acusación de seguidismo pro soviético.

Como privado reproche al presidente Suárez, que era el único que estaba en el secreto, Santiago escribió entonces un artículo cuyo título recordaba una frase feliz de Carrillo en casa de Armero: «De la política ficción a la política con P mayúscula». En él decía: ¿Cómo es posible recibir con todos los honores al comunismo internacional y negar el pan y la sal a los comunistas españoles?… Mientras tanto, la Política con P mayúscula sigue en suspenso[15].

La declaración de Madrid quedará como un jalón en la historia efímera del eurocomunismo: respeto a las libertades públicas y sindicales, pluralidad de partidos (incluso aquellos que tengan concepciones contrarias al socialismo) y acatamiento de las decisiones del sufragio universal. Manuel Azcárate escribió, en el calor del encuentro de los comunistas franceses, italianos y españoles: La democracia, la libertad, no son instrumentos o formas para ir al socialismo. Son partes consustanciales de lo que es el socialismo. Sin libertad, sin democracia, el socialismo no es socialismo; es a lo sumo una etapa inicial primitiva, de ese proceso hacia un socialismo completo que exige la democracia para ser auténtico[16].

Santiago pensó que a partir de ahí la legalización era cuestión de horas, mas se equivocó. A través de Armero fue conociendo semana tras semana las dilaciones y las excusas que daba el presidente para postergar la decisión. Mientras los

demás partidos actuaban a cara descubierta y las elecciones se echaban encima, el PCE debía aún enmascararse. Pero el paso dado era irreversible y a Carrillo no le quedaba más que esperar que Suárez pusiera el día y la hora.

En los primeros días de abril Armero comunica a sus interlocutores, Carrillo y Ballesteros, que la legalización es inminente. Carrillo se muestra escéptico y señala que no le agradaría que coincidiera con la Semana Santa. Alega que podría interpretarse como una provocación a la Iglesia el que la militancia comunista festejara la legalización en fechas tradicionales de dolor. Sin olvidar, añadió, que buena parte de la militancia en el fondo eran creyentes y reaccionaban como tales. Deja Madrid y marcha a Cannes, a la casa de Lagunero. Ballesteros, también incrédulo, se desplazó a Granada, donde iba a ser primer candidato en las elecciones.

Adolfo Suárez dio permiso a todo el mundo para que abandonara Madrid. Quería quedarse solo. El sábado, 9 de abril, por la mañana avisó a Armero y le hizo ir a La Moncloa porque no se fiaba de los teléfonos. Todo estaba preparado para legalizar al PCE ese mismo día. A la hora de comer, sin utilizar ningún teléfono oficial ni personal, Armero tuvo que autoinvitarse a casa del director de cine Basilio Martín Patino, apasionado coleccionista como él, para tener un aparato a su disposición. Desde allí llamó a Cannes y avisó a Carrillo de la noticia inminente. Entre los dos prepararon la que habría de ser declaración del secretario general del PCE. El presidente le había transmitido unas ideas muy claras respecto a lo que debía decir el partido y en concreto algunas frases que tenía interés en que aparecieran textualmente: Yo no creo que el presidente Suárez sea un amigo de los comunistas. Lo considero un anticomunista inteligente, que ha comprendido que las ideas no se destruyen con represalias de ilegalidades, ya que está dispuesto a enfrentar las nuestras con las suyas. Ese es el terreno en que deben dirimirse las divergencias y que el pueblo, con su voto, decida…

A las ocho de la tarde los medios de comunicación localizaron a Carrillo en Francia –alegó que había ido a visitar a su hermano enfermo–. Inmediatamente leyó su declaración: Acabo de conocer la legalización del Partido Comunista. La noticia me produce la misma satisfacción que van a sentir millones de trabajadores y demócratas… Yo no creo que el presidente Suárez sea un amigo de los comunistas. Lo considero un anticomunista…

Ningún ministro conoció la legalización del PCE hasta que se hizo pública el

Sábado Santo. La indignación entre ellos fue general, unos se la tragaron, otros la manifestaron y uno dio un peligroso bufido, el almirante Pita da Veiga. Se sintió burlado como ministro, como militar y como franquista hasta la médula de sus huesos. Y dimitió, abriendo una crisis que amenazaba echar al traste con la transición según el modelo Suárez y que marcó una línea divisoria irreconciliable entre el presidente y el estamento militar.

Solo Adolfo Suárez podrá explicar algún día si en el retraso de la legalización había, además de los temores militares, la intención de mellar el filo del PCE, que se temía afiladísimo, e incidir negativamente en su influencia en vísperas de la campaña electoral. Para los sectores conservadores, a los que el mismo Suárez no debía ser ajeno, el PCE era temido en razón de su renacimiento de las cenizas de aquella derrota de 1939.

La legalización entusiasmó a la militancia comunista, pero llegaba tarde, tan tarde que más que una conquista, más que una victoria, era una concesión, aunque entonces se careciera de los datos y la perspectiva de hoy. Un premio de consolación a la bondad y la moderación reiteradamente manifestadas por el PCE desde que se habían dado los pasos iniciales en el camino de la transición. Y también un trámite obligado para que las elecciones del 15 de junio fueran plenamente democráticas. Suárez fue el primero que comprobó que en el fondo el PCE era, como había dicho aquel en chino, un tigre de papel, o más bien un tigre en trance de convertirse en papel.

El día 14 los miembros del Comité Ejecutivo iniciaron su primera reunión en la legalidad. La situación política no era precisamente fácil. El estilo de Suárez, su manera un tanto chumacera de afrontar las grandes decisiones, dificultaron la comprensión de la medida entre los sectores menos propensos a esa comprensión y a los que el propio presidente había alimentado con la idea de exclusión. Se hizo de modo torticero y el frente anti-Suárez creció entre el ejército de manera geométrica.

Tuvo el valor de hacerlo, lo que no es poco, pero le faltó el talento y la habilidad para saber venderlo, momento que aprovecharon los «ultras», mayoritarios en las esferas militares, para ponerle en un brete. El comunicado del Consejo Superior del Ejército hizo temblar el castillo de naipes. Acordaban por unanimidad informar al señor ministro… [que] la legalización del Partido Comunista ha producido una repulsa general en todas las unidades del Ejército…; no obstante, en consideración a intereses nacionales de orden superior, admite

disciplinadamente el hecho consumado… ¡Qué querían que dijeran, si Suárez se había burlado de ellos! La mayor preocupación en el proceso de transición había sido no afectar al ejército, esquivar cualquier decisión que pudiera herirle. En este caso no se trataba solo de un engaño, sino de una provocación al estamento, puesto que ni siquiera la máxima superioridad, es decir, los ministros, estaban al tanto de ello.

La dimisión de Pita da Veiga abría una crisis militar profunda, porque quien aceptara sustituirle sería tachado por sus colegas de «traición». Se superó la crisis en primer lugar por el valor personal del general Gutiérrez Mellado, que saldría quemado de la operación, y también gracias al rey, que fue beligerante calmando los ánimos encrespados.

En este contexto Santiago Carrillo reunió al Comité Ejecutivo el 14 de abril. Transcurrió en la euforia normal de la legalización, algo atemperada por la crisis militar, en la que ellos desempeñaban un papel capital. La discusión se desarrolló sin ninguna novedad y los miembros del Ejecutivo apenas si notaron que a mitad de la reunión Santiago se refirió a la necesidad de ir pensando en aceptar la bandera y la monarquía. No pasó de ahí.

Al día siguiente, en el Comité Central, Santiago cambió radicalmente de tono. Adolfo Suárez y él habían llegado a un acuerdo secreto que concretaba en un papel los términos explícitos que debía aprobar el PCE. Santiago interrumpió la sesión plenaria para referirse en términos dramáticos a los allí reunidos.

A las 13 horas del 15 de abril se levantó a hablar porque tenía algo muy importante que decir. Con una voz de trémolo que casi nadie conocía en él, dijo: Nos encontramos en la reunión más difícil que hayamos tenido hasta hoy desde la guerra… En estas horas, no digo en estos días, digo en estas horas, puede decidirse si se va hacia la democracia o si se entra en una involución gravísima que afectaría no solo al partido y a todas las fuerzas democráticas de la oposición, sino también a los reformistas e institucionales… Creo que no dramatizo, digo en este minuto lo que hay.

Lo que había es que José Mario Armero estaba esperando en la cercana cafetería del hotel Iberia Mart a que le devolvieran el papel redactado por Suárez que debía aprobar el Comité Central. A continuación Santiago pasó a leerlo como si se tratara de una idea suya: En lo sucesivo, en los actos del partido, al lado de la bandera de este, figurará la bandera con los colores oficiales del Estado…

Consideramos la Monarquía como un régimen constitucional y democrático… Estamos convencidos de ser a la vez enérgicos y clarividentes defensores de la unidad de lo que es nuestra patria común.

Se oyeron algunos murmullos de protesta, especialmente entre los vascos, que interrumpió personalmente la secretaria de Carrillo, Belén Piniés, para advertirles confidencialmente de que «el presidente Suárez estaba esperando, con el teléfono al oído… En una sala contigua hay un aparato descolgado», añadió. Esto no fue óbice para que se abriera un mini debate que inició Joaquín Sempere, del Ejecutivo del PSUC, quien sin entrar en detalles solo planteó que una decisión de tal importancia exigía tiempo y discusión. Pronto se sofocó la iniciativa, porque se pasó a votación precipitadamente a mano alzada: solo once se abstuvieron, en su mayoría vascos y catalanes, especialmente los primeros, que no se imaginaban cómo iban a volver a Euskadi y abrir los mítines enarbolando la bandera roja y gualda (la excepción la ofreció Ramón Ormazábal, a quien le pareció de perlas, quizá por eso de pisarles el callo a los nacionalistas de todos los pelajes, incluidos los domésticos). No hubo ni un solo voto en contra. La resolución fue aprobada.

Mientras salían de la sala para dejar espacio a la rueda de prensa, vieron a Jaime Ballesteros que abandonaba el local a toda prisa, mientras unas nada anónimas manos instalaban una colosal bandera monárquica junto a la del partido. Ya estaba preparada de antemano por el trío Romero Marín-Gros-Aristizábal, los tres mosqueteros de las operaciones subterráneas de Santiago.

Fue una comedia en la que el Comité Central hizo sencillamente de coro. Al iniciar la rueda de prensa con prodigiosa memoria y sin necesidad de leer nada, el secretario general fue desgranando los términos acordados con Suárez y aprobados por el Central. Carrillo había cumplido su palabra. Años más tarde escribía en su a modo de testamento, titulado Memoria de la transición: La legalización del PCE es el paso del Rubicón del cambio democrático. Lo que no aclaró es que el río se podía cruzar hacia Roma o hacia las Galias.

Cuentan que unos días después un atribulado militante se encaró con el director de Mundo Obrero y miembro del Comité Ejecutivo, Federico Melchor. Le reprochó que después de tantos años de lucha al final resultaba que todo había sido una derrota continuada, llena de inconmensurables dosis de heroísmo y de constancia. Melchor, con su deje entre socarrón y cínico, ya un poco agarrotado por la taquicardia, le replicó con socrático estilo: ¿Tú crees que podemos asumir

la responsabilidad de lanzar a las masas a la revolución si no hay ninguna revolución que hacer?

[1] Mundo Obrero, 14 de enero de 1976.

[2] Mundo Obrero, 24 de marzo de 1976.

[3] Mundo Obrero, suplemento emigración, 7 de abril de 1976.

[4] El subrayado es mío.

[5] Vol. II, pp. 102 y 103.

[6] Es falso que fuera Santiago Carrillo quien enviara a Lagunero a visitar a Armero, como sostienen interesadamente Joaquín Bardavío y Femando Claudín. La iniciativa corresponde a Suárez y Osorio y solo estaban al tanto de ella, además de los citados, Torcuato Fernández Miranda y el rey.

[7] Mundo Obrero, 29 de septiembre de 1976.

[8] Mundo Obrero, 10 de noviembre de 1976.

[9] Carrillo, Romero Marín, S. Sánchez Montero, J. Ballesteros, M. Azcárate, Pilar Brabo, Antoni Gutiérrez, G. López Raimundo, R. Tamames, I. Gallego, C. A. Zaldívar, R. Ormazábal, Francisco Idiáquez, A. Palomares, R. Pillado, E. Triana, Víctor D. Cardiel, Federico Melchor, Fernando Soto, Armando L. Salinas…

[10] Mundo Obrero, 29 de noviembre de 1976.

[11] R. Morodo, La transición política, 1984, p. 29.

[12] Ballesteros, P. Brabo, M. Azcárate, Víctor Díez Cardiel, S. Álvarez y S. S. Montero.

[13] Mundo Obrero, 10 de enero de 1977.

[14] Mundo Obrero, 31 de enero de 1977.

[15] Mundo Obrero, 7 de marzo de 1977.

[16] Ídem, 14 de marzo de 1977.

Capítulo 21

El padre de la verdad es el tiempo

y no la autoridad.

B. Brecht, Galileo

¡AL FIN PARLAMENTARIOS!

El 16 de junio de 1977 el Partido Comunista de España se constituyó en grupo parlamentario por primera vez en su historia. En las elecciones de febrero de 1936, las últimas, había conseguido 17 diputados, pero formaba parte del Frente Popular y su actuación ni fue ni pudo ser brillante en los apenas cinco meses que habría de durar la experiencia. La tensión de la época y luego el levantamiento militar no le facilitaron la labor[1].

A partir de junio de 1977 el Partido Comunista y su secretario general se habrán de enfrentar por primera vez a algo inédito en la historia del partido y en sus propias biografías; tras un largo ínterin de cuarenta y un años recuperaban la democracia y el parlamentarismo. Ni la campaña electoral ni los resultados afectaron al PCE en su vida interna o en su política. Las elecciones le dieron el 9,38 por 100 de los votos, un millón setecientos mil, que habrían de equivaler a veinte diputados. ¿Era decepcionante este resultado? No. ¿Respondía a las aspiraciones del partido? Tampoco. ¿Provocó crisis y desánimo en la militancia? Menos aún.

Aunque pueda parecer un recurso a la psicología, el modo y manera en que se aprobaron la bandera y la monarquía produjo un golpe en la militancia que les hizo susceptibles ya de aceptarlo todo con resignación. Se puede decir que el

término «resignación» penetró en la conciencia política del PCE, hasta entonces desterrado de su vocabulario. Fue tanto como admitir que ya nada sería como antes. Incluso se había perdido la aguja de marear, la militancia se retrajo en las cuestiones políticas al tiempo que continuaba participando en las tareas activistas. Pero algo se rompió por dentro. Igual que la reunión del Molino de Guadalajara significó el momento de la reconversión mental del Ejecutivo, pasando de los esquemas de la ruptura a la más transigente reforma, algo semejante significó abril de 1977 para la militancia: el momento en que captaron que la reforma significaba abandonar los sueños de ruptura, transformaciones cualitativas, saltos adelante, hegemonías, bloques históricos y, por supuesto, revoluciones políticas y económicas. La admisión de la bandera y de la monarquía, más que el hecho en sí la forma, el ambiente, lo perentorio y hasta lo sórdido del modo, reflejaba una mentalidad y unas esclavitudes políticas que no tenían nada que ver con las elaboraciones de los tiempos llamados heroicos de la clandestinidad. El esquema táctico-estratégico del PCE se venía abajo. Se podrá alegar su fragilidad para que en el primer choque con la realidad se derrumbara, pero, independientemente de valoraciones, ese momento coincidió con el reconocimiento de la bandera y la monarquía. Irónicamente, podría pasar a la historia como la abjuración de abril de 1977.

Había que hacerlo, pero en politica importa el modo con el que se hacen las cosas, tanto que a veces hasta cambian de naturaleza. Siguió habiendo activistas que entregaban horas, jornadas enteras, a la ingrata tarea del puerta a puerta electoral y se convirtió en gesto revolucionario «vender sardinas», según la feliz definición del secretario general, pero ya nada fue igual en el fuero interno de la militancia.

Esa toma de conciencia de la realidad, puesto que de eso se trataba, se produjo algo tarde. Había signos de que la vía política emprendida estaba diseñada desde tiempo atrás, si bien siempre hay elementos entremezclados que consienten a los militantes seguir imaginando que su partido está a punto de enderezarse y de ascender, incluso en el momento en que se empoza más y más. Hombres nacidos para la política, en su sentido más profesional y menos militante ideológicamente, como Ramón Tamames, Eugenio Triana, Carlos A. Zaldívar y Alfredo Tejero, todos ellos de la dirección del partido, tardarán aún cinco años en darse cuenta de que viajaban en un buque que se hundía y saltarán de él en vísperas de la quiebra total de 1982.

Si este hecho constituyó una realidad para aquellos dirigentes dedicados

íntegramente a posicionarse en función de sus legítimas ambiciones, qué no sería para una militancia que salía de años tan duros, considerando la libertad como una adquisición personal o colectiva, pero de partido, y por cuya cabeza jamás había pasado que iba a ser recompensada con cargos públicos.

En junio de 1977 el PCE se enfrentaba a la competencia del PSOE en inferioridad manifiesta; los comunistas tenían un partido sin gran apoyo electoral y los otros un gran apoyo electoral sin partido. Con el tiempo se habría de producir un ensamblaje.

Los pasos hacia la legalización y los gestos del partido durante el primer periodo de la transición, con sus miserias inherentes, condicionaron en gran parte el estoicismo frente a los resultados electorales. Carrillo estaba convencido de que Jesús Alonso Montero saldría por Lugo y Manuel Azcárate por León, de donde cabía deducir que el PCE obtendría una cincuentena de diputados, si no más. Hubo, por tanto, decepción, aunque no se produjo sensación de crack y eso a pesar de que la campaña electoral se había planteado de modo triunfalista y arrollador. En el fondo todos los partidos la enfocaron de manera parecida y en el caso del PCE había especial interés en quitarse, con derroches de voluntad y de militantismo, la espina clavada por la abjuración de abril.

El planteamiento de las elecciones de junio de 1977 hay que analizarlo en función de tres elementos: los candidatos, la campaña publicitaria y el mensaje resultante. La selección de candidatos se había hecho ya antes de la legalización y se basaba en una teoría de Carrillo muchas veces expresada: él era el motor de los cambios y todos aquellos que los aceptasen y los defendiesen, independientemente de sus opiniones sobre ellos, aunque fuera rechinando los dientes, serían mantenidos. La garantía era el liderazgo indiscutible del secretario general. De ahí la inclusión de Dolores Ibárruri como cabeza de lista por Asturias, la de Ignacio Gallego por Córdoba y el reparto de hombres veteranos y seguros por las zonas de Andalucía que ofrecían más confianza: Ballesteros por Granada, López Salinas por Jaén, Romero Marín por Huelva, Tomás García (Juan Gómez) por Málaga y Rafael Alberti por Cádiz. No obstante, en conjunto, se mantuvo un cierto equilibrio tras asegurarse que la vieja guardia estaba mantenida en feudos comunistas (o así lo creían). Pilar Brabo entró con calzador y graves enfrentamientos con la organización local de Alicante, saliendo victoriosa de la contienda. Al ingeniero Eugenio Triana se le mandó a un lugar que gozaba de excelentes perspectivas, Badajoz, y resultó derrotado. Hubo también casos de indiscutible nepotismo, como incluir a Carlos

Sáez de Santamaría, entonces marido de Pilar Brabo, como candidado por Ávila, o al ayuda de cámara de Carrillo, Anselmo Hoyos, por Logroño, o a Marcos Ana por Burgos, quizá por el sencillo pero aberrante mérito electoral de haber pasado veintidós años en el penal de la ciudad. Y también se dieron algunas venganzas, como la de mandar a Nicolás Sartorius a Santander, lugar imposible donde los haya, o a Enrique Curiel a Teruel.

Había confianza en que, por encima de los nombres, la imagen del PCE concitaría adhesiones. Solo en Madrid Santiago elaboró concienzudamente una candidatura equilibrada, cuya cabeza era él.

Ahora bien, dejando bien claro siempre que, entre él y el resto de los candidatos, especialmente Camacho y Sánchez Montero, la distancia era abismal y la comparación descabellada. Como muestra sirve el botón de la biografía del secretario general redactada por Federico Melchor y corregida personalmente por él, con destino a los electores madrileños, de la que entresacamos este párrafo luminoso: A partir [de ser secretario general] la figura de Santiago Carrillo…, comienza a delinearse, a nivel mundial, como la de un renovador de la política de los partidos comunistas y sería difícil decir hasta qué punto ha influido (pero imposible negar que sí ha influido) en los planteamientos políticos de grandes combatientes por el socialismo, como son: Kim Il-sung, Fidel Castro, Ceaucescu, Tito, el propio Kruschev, Chu-en-lai, Marchais, Berlinguer… y toda una serie más de políticos de talla mundial y jefes de Estado, de los que, además de escuchado interlocutor, ha sido y es entrañable amigo. Con este curriculum se entiende que los electores votaban a un hombre para la jefatura del Estado o, en su detrimento, a la presidencia del gobierno; el resto de la lista iban tan solo para diputados.

Hasta los detalles más nimios exigieron su atención y su visto bueno. Siempre había sido un hombre orquesta, y ahora que había llegado el momento trascendental no iba a renunciar a ello o a compartirlo. Para la campaña electoral el PCE contó con la abnegada, voluntaria y gratuita colaboración de los mejores hombres y mujeres de la publicidad española –cotizados creativos y ejecutivos que en muchos casos llevaban «profesionalmente» a otros partidos y «gratuitamente» al PCE–. De hacer públicos sus nombres, más de uno vería peligrar su carrera como estrellas de las multinacionales del medio; de modo que actuaron con pleno conocimiento de causa y quizá también como gesto de descargo y admiración al partido que había luchado más constantemente frente a la dictadura. A sus últimas reuniones asistió Pilar Brabo y fueron

estremecedoras; no se trataba de que no tuviera ni idea, lo cual era lógico, sino que no estaba dispuesta a aprenderlo, no lo necesitaba. Los sondeos, las prospecciones, los estudios sectoriales, las discusiones técnicas de acercamiento le parecían una forma criminal de perder el tiempo a personas como ella, cuyos análisis científicos no dejaban margen a las pejiguerías[2]. Un día les indicó, en una pausa entre dos importantes reuniones políticas, cuál sería el eslogan de la campaña decidido por Carrillo: «Votar comunista es votar democracia». Ahí es nada. Desertaron casi todos.

En el fondo tanto Santiago, como Pilar, como la inmensa mayoría de los dirigentes estaban convencidos de que lo fundamental era el esfuerzo militante, el de la base siempre entusiasta del partido. Después de más de un año de abandono total se la volvió a requerir para demostrar a los otros cómo trabajaban los comunistas y lo demostró. Lo que ocurre es que eso tenía poco que ver con el arte de ganar votantes. Había también la lógica inexperiencia electoral, sumada a la soberbia del líder europeo, que le impedía pedir asesoramiento a italianos o franceses sobre el difícil campo de la publicidad política. Lo básico eran los mítines (la militancia) y la televisión, donde él ocuparía, casi en monopolio, las imágenes supervisadas plano a plano. Tampoco la suerte ayudó y los dioses se mostraron esquivos con el PCE; toda la actividad estaba volcada en lograr un cierre de campaña que fuera sonado: la fiesta mitin de Torrelodones, en las afueras de Madrid. El que hubiera debido ser el mitin mayor de Europa, en opinión de la dirección del PCE, se transformó en un caos con visos de catástrofe. Ocurrió lo imprevisible en el seco Madrid de junio: una lluvia torrencial que convirtió la fiesta de la organización en el reino de la desorganización. Un desastre en vísperas del 15 de junio.

En el terreno de la planificación, fiarlo todo a la militancia era la mejor manera de que se siguieran las justas consignas de la dirección. En el político, tenía una idea que convergía hacia el eslogan ya citado –«votar comunista es votar democracia»–. Quería monopolizar la idea de la democracia como conseguida por el partido. El procedimiento, tan rudimentario como inútil, le parecía el mejor modo de neutralizar, según sus palabras, el anticomunismo de décadas. Con esa inclinación innata hacia la incoherencia y la corrección involuntaria de sus teorías, Carrillo demostraba que todas las certezas del pasado sobre el enraizamiento del PCE en la sociedad eran vacuidades que él era el primero en rechazar.

Se podía decir que la campaña del PCE en las elecciones de junio de 1977 estaba

basada en superar la propia imagen que Santiago Carrillo daba a los electores. Lo más grave, desde el punto de vista político, no era eso, sino el que para hacerlo lo enfocara pensando que el electorado no es que estuviera desinformado, sino que era estúpido. Suele ocurrir con los soberbios; lo son siempre en función de una apreciación más bien detestable del resto de los mortales.

La campaña electoral del PCE se enmarcaba en el siguiente análisis: el enemigo principal y único era Alianza Popular, el aliado principal y único era el presidente Suárez. El PSOE se reducía a una excrecencia un tanto cómica por su bisoñez, su historia intermitente y su izquierdismo irresponsable. Los socialistas no tenían rubor en exhibir en sus mítines banderas republicanas, mientras que el PCE tenía terminantemente prohibido tal provocación, y así lo transmitía regularmente Jaime Ballesteros a José María Armero para que, a su vez, diera garantías al presidente Suárez. En todo mitin donde apareciera la infamante bandera tricolor sus autores serían apaleados sin contemplaciones. Esto dio lugar a un siniestro intercambio de información entre los dos viejos interlocutores sobre mítines con banderas tricolores y mítines sin ellas; se tenía informado puntualmente al presidente del Gobierno. «En Valladolid aparecieron dos banderas republicanas…» «Sí, pero les dimos para el pelo a los provocadores.»

De la suma de la selección de candidatos, más el modo de dirigir la campaña publicitaria y su contenido político, se deducía que el PCE consideraba su mayor triunfo ser admitido en el arco democrático. El proceso de la transición en su primer periodo había dejado una estela negativa, convirtiéndolo en un contencioso impensable tan solo unos años antes. También se basaba en una victoria arrolladora de la derecha –la centrista y la reaccionaria, que aún no había empezado a ser conservadora y que se pensaba dejaría a la izquierda en minoritarias y débiles posiciones–. La mayor sorpresa de Santiago Carrillo no fue su débil número de votos y escaños, con ser importante, sino el fracaso de Alianza Popular (millón y medio de votos y 16 diputados) y la irresistible implantación del PSOE (más de 5 millones de votos y 118 diputados).

Las elecciones del 15 de junio de 1977 parecían una radiografía de la enfermedad que aquejaba al esquema estratégico del PCE en el primer periodo de la transición. No solo se había equivocado en su ubicación, tratando de montarse sobre el eventual electorado socialista, y convirtiéndose en el PC italiano, con un socialismo fraccionado y minoritario dependiente de la ayuda exterior, sino que equivocó también la relación de fuerzas en la derecha,

pensando que el voto conservador iría hacia Fraga en vez de deslizarse hacia Adolfo Suárez y la UCD. Nadie quería recordar que el PC italiano en 1946, en las primeras elecciones tras la caída del fascismo, no fue el gran partido que muchos imaginan hoy, sino el tercero, detrás de democristianos y socialistas[3].

Santiago Carrillo pensó, y así lo comunicó a sus colaboradores más íntimos, que quienes se habían equivocado eran los electores. No había dado tiempo a deshacer la confusión. La próxima vez se conseguiría, por tanto se debía mantener el esquema: tender puentes hacia Adolfo Suárez y marginar al PSOE, que se deshincharía en el momento que el electorado que le había «robado» al PCE descubriera su fragilidad. Lo más cruel fue que la única autocrítica implícita que asumió fue que Fraga y la derecha conservadora habían sido desahuciados por las urnas. Incluso en esto, el tiempo no le daría la razón.

Este fue el lenguaje pensado pero no escrito, fuera de los debates en el seno del Comité ejecutivo. Para el conjunto del partido los resultados del 15 de junio produjeron cierto desencanto, pero no crisis, y eso es lo primero que llama la atención. En los meses siguientes se notaría un cierto decaimiento en la moral militante, cierto abandono de aquella combatividad a prueba de realidades, pero sin que esto significara en momento alguno un cuestionamiento político general, táctico o estratégico. Las organizaciones de base estaban mucho más preocupadas por las consecuencias de la denominada «territorialización», que se había empezado un año antes y que consistía en disolver las agrupaciones profesionales y corporativas para integrarlas en sus zonas de residencia. Este fue un debate en el que se consumieron millares de horas y que tenía una muy sencilla explicación política.

Formaba parte del licenciamiento de aquellos sectores que, habiendo desempeñado un papel protagonista en la clandestinidad, podían convertirse en grupos de presión. Anegando a los médicos, los abogados, los obreros de Pegaso y los de la construcción en organizaciones de barrio, se diluían en grupos mucho más heterogéneos, al mismo tiempo que facilitaban el trabajo en periodos electorales. Centenares de militantes creyeron que tras la «territorialización», una especie de decreto de colectivización estalinista, se escondía gran parte de los males del partido, si bien no era más que un epifenómeno. En el fondo la fórmula utilizada por el secretario general para explicar los menguados resultados se redujo a una línea: Después de 40 años de anticomunismo nos dejaron solo 40 días para superarlos.

Hubo algunos comentarios críticos al planteamiento de la campaña electoral, pero ninguna voz con autoridad analizó el contenido y la selección de candidatos como elementos negativos. En la reunión del Comité Central del 25-26 de junio para evaluar los resultados aparecieron tímidas referencias a que ciertos candidatos «recordaban excesivamente la guerra civil», pero se echaron encima los arrebatados Julián Ariza y Fernando Soto en nombre de la clase obrera y de su prestigio sindical. Hasta el gran vencedor de la jornada, el dirigente del PSUC Antonio Gutiérrez (casi un 20 por 100 de los votos en Barcelona), intervino para señalar que la cuestión de la veteranía y el exilio no era sino un falso problema que intentan meternos desde fuera. Para tranquilizar y dar ánimo, el propio «Guti» se mostró sinuoso como una serpiente. Cataluña es el país más europeo de España y dado que España se acerca progresivamente a Europa, puede afirmarse que los resultados en Cataluña prefiguran lo que el PCE ha de obtener en próximas confrontaciones electorales. También se mostró humilde y respetuoso como un clérigo que se apresta a explicar que carece de ambiciones para el obispado mientras esté delante el prelado titular: Los elogios al PSUC hay que verlos como un intento de dividir al PCE y al PSUC. En su boca estas palabras se recibían como ungüentos, porque sin los comunistas catalanes el PCE se hubiera reducido del 9 por 100 a un patético 6.

En el Comité Central parecía que se había sugerido el tema de los viejos y los nuevos, para no abordar lo viejo y lo nuevo y que todo quedara en adhesiones incondicionales y chuflas tanto más absurdas, cuanto que se burlaban de sí mismos. Alberti, refrendado en un papel, para él inimaginable, de diputado de Cádiz, hizo al efecto unas coplas que no querían ser autobiográficas:

y yo estoy vivo, aunque viejo,

y nadie me va a decir

que soy ya un muerto pellejo.

Escuchándoles nadie hubiera pensado que aquel Comité Central estaba analizando una derrota electoral. Todo lo contrario. Quizá en esa autosatisfacción resida el germen del desmedulamiento del PCE. La confianza en Santiago Carrillo fue aún mayor que en las épocas de clandestinidad, incluso

más llamativa.

LOS LÍMITES DE UN DIRIGENTE

La cúpula del PCE se mantuvo impávida ante los resultados electorales y para adaptar sus ambiciones a sus realidades se definió al instrumento como «PC italiano en pequeño». El arte sofisticador de Santiago, unido a cierta estulticia ingenua, les había empañado de tal modo que la fórmula les transmitía seguridad en sí mismos, en su futuro esplendoroso. Nadie deseaba pararse a pensar que definirse como un «PC italiano en pequeño» encerraba una contradicción en los términos. Un pequeño Partido Comunista no podría resistir la ofensiva de los poderosos soviéticos, que estaban, lógicamente, metidos en la guerra de bloques. El PC de la URSS, ante tal tipo de formulaciones, no podía menos que sonreír y acelerar sus tomas de posición para copar o neutralizar al PCE antes de que se desmembrara.

El PCUS estaba esperando el resultado de las elecciones para catalogar al PCE y ubicarle en unas u otras relaciones conforme a su entidad real. Las elecciones medirían el grado de influencia en el nuevo Estado y permitirían unas dosis de independencia mayor cuanto más alto fuera su arraigo. Los ataques o las intromisiones no podían producirse de igual modo con un pequeño partido que con uno grande. Si el PCE no salvaba el listón que le incluiría en el restringido club de los dos grandes de Occidente –franceses e italianos–, de poco le valdrían las sutilezas verbales de Santiago sobre las esencias en frascos pequeños. Los partidos son grandes o chicos y en función de ello se les pasaba la mano por el lomo, como en el caso italiano, o los devoraban, como hicieron en Grecia.

Nada casualmente, en los días siguientes a las elecciones del 15 de junio se hizo público el artículo de la revista soviética Tiempos Nuevos (Novoie Vremia) en el que se atacaba directamente a Santiago Carrillo. Apareció el 23 de junio, antes incluso de que se reuniera el Comité Central del PCE. La crítica brutal y personalizada al secretario general se refería a su libro Eurocomunismo y Estado.

Durante el desazonador periodo en que Santiago esperaba semana tras semana y

día tras día la legalización siempre postergada por Adolfo Suárez, el secretario general hervía su impaciencia terminando un libro que sirviera como aparato teórico de la «nueva imagen» con la que debía presentarse a las elecciones. Ello revela su olfato y su indiscutible capacidad de trabajo. La idea fue construir un texto a modo de programa ante la inminente legalización, diseñando las líneas más avanzadas del eurocomunismo e incluso marcando una especie de línea de no retorno que le situará en lo más álgido del comunismo occidental.

Por primera vez se proponía escribir, por ambición legítima de dirigente y porque disponía de tiempo para ello, un documento de validez teórica sin enmascararse en las necesidades inmediatas del partido. Empezó a redactarlo durante las horas de soledad de su primera estancia clandestina en Madrid y pudo terminarlo en los días previos a la legalización. Tenía a su disposición la biblioteca de su amigo Teodulfo Lagunero. Con esa base utilitaria, la seguridad en sí mismo y esa volcánica capacidad de trabajo que le caracterizaba, invertida en la necesidad de sentar cátedra, saldrían 218 páginas.

Lo tituló Eurocomunismo y Estado y aparecería al público en plena campaña electoral el 25 de mayo de 1977. Desde el título, ya no digamos leyendo el texto, se apreciaba un singular intento de reencarnarse en Lenin. También en vísperas de una gran victoria revolucionaria Vladimir Ilich había escrito su Estado y Revolución; como él, lo hizo durante su forzada clandestinidad en Finlandia en el mes de agosto de 1917 y, si nos atenemos a la leyenda, también utilizaba peluca en sus escondites de los alrededores de Helsinfors.

El símil no tiene nada de exagerado. El 25 de mayo, cuando presentó en Madrid el libro, José Sandoval, miembro del Comité Ejecutivo y hombre poco dado a la exageración y al perfume, lo expuso de este modo ante el propio autor, que no se sintió afectado. Lo admitió con la seguridad y el aplomo que le caracterizaron siempre; posiblemente estaba tan seguro de sus méritos como Lenin de los suyos.

Eurocomunismo y Estado es un libro importante. No en función de su altura teórica, que no se eleva un punto del suelo, ni por los planteamientos concretos, en los que apenas si hay algo realmente sólido. Lo es porque en ningún otro escrito de Santiago Carrillo se reflejan con tal eficiencia los límites intelectuales y políticos de su personalidad.

Entre febrero de 1976, con su llegada a España, y los primeros meses del año

siguiente –periodo durante el que redacta el libro–, está por primera vez en su vida en unas condiciones inmejorables para redactar y pensar libremente. Carece de ataduras tradicionales, puesto que la ruptura con los soviéticos es pública y notoria, y cuenta con el apoyo explícito de los dos partidos occidentales más poderosos, el italiano y el francés. En el suyo carece de oposición, incluso de crítica; es unánimemente considerado indiscutible, alma y creador de ese Partido Comunista que está negociando soterradamente la legalización, aunque en la conciencia militante se esté «conquistando» esa legalización. Carece de igual en la política española; hasta Adolfo Suárez le reconoce su categoría de primer político del país. A su izquierda, tanto el PSOE como los radicales, no cuestionan sus tesis generales, todo lo más su persona y su historia.

Sin ironía ninguna, cuando presenta Eurocomunismo y Estado en mayo de 1977 es bastante más que Lenin escribiendo Estado y Revolución. Mientras este era un líder buscado por sus adversarios para detenerle, en el momento más bajo de su popularidad y en plena crisis bolchevique, acusado de agente alemán, Carrillo era el político controvertido, pero al que nadie discute su talento y su experiencia política. ¡Qué más puede pedir un profesional de la cosa pública! El Carrillo que se presenta ante el público vísperas de las elecciones, con ese texto en la mano, está más cercano al Lenin triunfador de 1918, cuando publica Estado y Revolución.

¿En qué se traduce la libertad ideológica de que dispone? Se hace palpable en la recuperación de ciertos demonios de su pasado histórico, como Trotski –Trotski representaba una tendencia política dentro del movimiento revolucionario y del partido ruso, y no podía tratársele como a un vulgar agente hitleriano, ¿qué razones pueden retardar hoy este reconocimiento? La verdad ayudaría a comprender las complejidades de la lucha de clases y a dar una visión más clara de ellas a las nuevas generaciones (p. 150)– y Karl Radek, al que cita como autoridad por su ensayo La evolución del socialismo, de la ciencia a la acción (p. 64).

Treinta y siete años después del asesinato de Trotski y cuarenta después de que Radek desapareciera en un campo de trabajos forzados, Santiago Carrillo y el PCE admitían que formaban parte de su patrimonio. Es mucho si se considera desde la perspectiva de partidos del área soviética, pero referido a la España de 1977, e incluso para gran parte de la propia base militante, se trataba sencillamente de un gesto gratuito, inútil, carente ya de significado y menos aún de relevancia. Para el autor y algunos miembros del Ejecutivo se tratará de algo

parecido a una audaz vuelta a los orígenes leninistas.

En la misma línea se sitúa la referencia al líder del POUM asesinado durante la guerra civil, Andreu Nin. Tras una genérica exculpación con visos de autocrítica –la muerte de Nin fue un acto abominable e injustificable, pero en el cuadro de un putsch, de un delito de alta traición injustificable en plena guerra revolucionaria antifascista–, aparece su figura de veterano curtido en mil mentiras: Yo puedo decir que el Partido Comunista –sus órganos dirigentes– no tuvo ninguna responsabilidad material en ese hecho y que si algún comunista participó individualmente en él –lo que ignoro– lo hizo por su cuenta y no por decisión del partido… En la intimidad he preguntado a camaradas más veteranos que yo… y todos me han respondido que la única versión conocida por ellos era la de la «fuga» (al campo enemigo) y estoy convencido de que me decían la verdad (p. 151). Un dirigente político no encanallado, o sencillamente inteligente, hubiera apelado a la lógica del momento, a las esclavitudes del periodo histórico, o sencillamente hubiera manifestado un elocuente silencio.

A nadie en el Buró o en el Comité Ejecutivo se le ocultaba quiénes trabajaban en los servicios de espionaje y quiénes sirvieron como agentes operativos en el secuestro de Nin. Se inscribía en la lógica estalinista según la cual todo crítico era un enemigo y todo enemigo merecía la muerte. Una explicación real del pasado, aunque fuera tímida, no podía hacerse, no porque hubiera en Carrillo algún rubor de acusar a la Unión Soviética y a Stalin del crimen, sino porque el fin del libro residía en demostrar la independencia presente y pasada, histórica, del PCE respecto al PCUS: Yo no recuerdo de ningún viraje, de ninguna decisión política importante, que tras esa disolución (se refiere a la de la III Internacional) nuestro partido haya consultado previamente con el PCUS. Pruebas de lo contrario se han dado en este libro, como para insistir en ello, y, por lo demás, era lógico, si lo enmarcamos en las coordenadas en que se movían los partidos comunistas. Ahora bien, si la argumentación iba en el sentido de defender la independencia del PCE desde la disolución de la Internacional, e incluso de su inocencia ante las atrocidades del periodo estalinista, ¿cuál era la diana a la que se apuntaba?

La idea que coleaba en su mente desde años antes: la recuperación de la tradición del socialismo español en el seno del PCE. Lo dice textualmente: No hay ninguna razón para no superar la escisión del año 20 y llegar a una convergencia sobre la base del socialismo científico y de la democracia (p. 133). Sentado este objetivo recuperador, se podía abordar el acercamiento a sectores

nacionales impensables para un Partido Comunista a menos de estar en el poder: Las fuerzas transformadoras y revolucionarias tienden a hablar siempre en nombre exclusivo de una clase, el proletariado… tienen –tenemos– que aprender a hablar en nombre de la inmensa mayoría de la sociedad, en nombre de la nación (p. 54). Es por encima de todo un patriota, un político que se define no en relación a los partidos ni a las clases, sino, como él mismo expresa, con vocación de representar a las fuerzas vitales de la nación.

Está calcando la política de Togliatti en 1944-1946, al que se cita, por cierto, reiteradamente, solo que ahora, debido a la coyuntura internacional, eso exige, para hacerse creíble, un distanciamiento rotundo del fenómeno soviético: El eurocomunismo debe demostrar que la victoria de las fuerzas socialistas en países de Europa occidental no aumentará en un ápice la potencia estatal soviética, ni supondrá la extensión del modelo soviético del partido único… En esta línea, es esencial la independencia de los partidos comunistas con respecto al estado soviético y a los otros estados socialistas (p. 51).

El esquema está basado en la premisa de que el PSOE será por principio minoritario –lo que no confirmará la realidad–; el resto se reduce a apelaciones teóricas que descubren su indigencia argumentativa. El secretario general de la Liga de los comunistas yugoslavos, Stane Dolanc, cuando lea el libro le comentará a Manuel Azcárate: «A nosotros las tesis que contiene nos favorecen, pero siento ganas de decirte que cuando veas a Santiago le sugieras que convendría que leyera a Marx y a Lenin». Ambos se echaron a reír, porque en el fondo eran conscientes de que Azcárate nunca se lo diría y de que los conocimientos de Marx y de Lenin del secretario general del PCE seguían en los mismos rudimentos que aprendiera en el periodo de joven socialista unificado. Nunca necesitó más.

Ahora, en 1977, vuelto al país, se producía su aggiornamento personal y así introducía por primera vez en su discurso el no va más de la novedad: Gramsci. Del comunista italiano muerto en 1937 tomaba conceptos inhabituales en su lenguaje, como «bloque histórico», o «intelectual orgánico», comunes al PC italiano desde los primeros años cincuenta. Incluso va más allá y apela, en un afán de modernizarse, a Luis Althusser y sus Aparatos ideológicos del Estado, un texto publicado en 1970 por el PC francés, y desarrolla a este propósito una peculiar teoría: de lo que se trata con los «aparatos ideológicos» es de darles la vuelta (p. 45) y, como para Santiago no hay teoría sin ejemplos, se refiere a dos, el de la universidad, donde la siembra de las ideas marxistas y progresistas es

uno de los medios más eficaces para asegurar el dar vuelta a esos aparatos, y el de ¡los ejecutivos!, ese nuevo personaje de la empresa moderna (p. 104).

En el modo y manera de sacarle partido, valga la expresión, al movimiento estudiantil o a los ejecutivos, Carrillo se mueve a sus anchas y puede hacer guiños y cabriolas, pero lo que se convierte en patético es cuando se propone afrontar el problema del Estado, emulando a Lenin. Si el profesor Wittfogel calificó el texto de Lenin sobre el Estado como la más hipócrita de sus obras fue no tanto por su parcialidad en los análisis (un rasgo típico leninista), sino porque se mostraba premeditadamente olvidadizo respecto a nociones históricas que conocía muy bien, pero que obviaba. No es este el caso de Carrillo. Su recurso a Engels y su recuerdo a la democracia directa de los «iroqueses», los «griegos homéricos» y los «germanos antiguos en asamblea permanente» mueven a irrisión y solo un hombre a quien la soberbia y la vanidad han comido su escaso sentido del ridículo puede escribir en 1977 tales simplezas. No digamos su modelo simplificado del análisis marxista del Estado: En esencia, la posición de Marx, Engels y Lenin sobre el Estado define a este como un instrumento de dominación de una clase sobre otras, subrayando particularmente su carácter coercitivo. Otros marxistas –entre ellos Gramsci y Althusser– se refieren también a los aparatos ideológicos, que actúan no tanto por la violencia sino sobre las conciencias, con medios esencialmente ideológicos (p. 26).

Es verdad que hay una aportación al marxismo o, por mejor decir, Santiago Carrillo en este su primer y último texto teórico, a sus sesenta y dos años, aporta una visión castiza que no existía en el pensamiento ibérico: El aparato del Estado, en su conjunto, sigue siendo el instrumento de la clase dominante y un instrumento de mucho cuidado. Esta es una verdad marxista (p. 18).

Para decir tales cosas no era necesario escribir un libro; para aparecer ante el público como el abanderado de una nueva imagen y un pasado ya superado, sí lo era. Solo en un país que había sufrido la más siniestra y castradora dictadura durante cuarenta años podía ser posible que un dirigente político se propusiera escribir un texto teórico que mostrara un nivel tan pedestre sin que se hubieran echado a reír hasta las cocineras, aquellas señoras de las que hablaba el tal Lenin como objetivo y módulo del Estado en trance de disolución. En aras de años de clandestinidad y de los sufrimientos reales de un partido que acababa de salir a la legalidad, nadie se ensañó con él y se hizo el silencio; hasta hubo quien lo consideró un manual teórico brillante. En los analistas había quizá cierto temor y algo de delectación, porque el autor, desde la perspectiva de mayo de 1977,

estaba llamado a ser, casi lo era ya, un hombre de Estado.

Por eso los soviéticos, temerosos de que se confirmara la profecía, esperaron a las elecciones. Su ataque en el semanario Novoie Vremia hizo grande a Carrillo y convertía las páginas de Eurocomunismo y Estado en una pieza de altura. Solo les preocupaban las referencias al socialismo real, ante todo al de la Unión Soviética, y acusaban al autor de reforzar el bloque agresivo de la OTAN.

Carecía de otra relevancia que la de ser un varapalo público a un secretario general en ejercicio. Era impensable que se le hubiera ocurrido a un redactor voluntarioso. El PCUS rechazaba a Santiago Carrillo; cada uno debía sacar sus conclusiones. Quizá fueron conscientes de que sin un PCE fuerte el fenómeno eurocomunista quedaba vaciado de su significación geopolítica. Si se reducía al PC italiano y al francés, eso no variaba las relaciones siempre complejas entre los soviéticos y los dos poderosos occidentales. Seguirían tratando al PCF de un modo y al PCI de otro. Solo con un PC español fuerte se creaba para ellos un triángulo peligroso en una zona de vital importancia en las relaciones de la URSS y Occidente. El único partido incondicional era el portugués de Álvaro Cunhal, que para Santiago representaba la imagen más denostada.

Si los comunistas portugueses obtenían desde 1973 la adhesión de un 15 por 100 del electorado, a nadie le cabía en la cabeza que tras tanto ruido el PC llegara a la mitad. Para la URSS la comparación les hizo osados.

Nada llenó a Santiago de más orgullo que el ataque de Tiempos Nuevos. Le volvió grande. Entendió que el objetivo del PCUS era él porque de él dependía que el PCE se convirtiera rápidamente en un partido a la italiana: fuerte, independiente e influyente. Su misión ahora consistía en demostrarles que no se habían equivocado: que el PCE, dirigido con su mano maestra, sería el asombro del movimiento comunista internacional y de la clase política hispana. Iría más allá que nadie y se mostraría más audaz que ninguno. Había en ello razones de tipo personal, porque en Carrillo la persona lo empapaba todo, pero también políticas. Por esa vía esperaba una rentabilidad electoral que aumentaría geométricamente. Él no estaba para esperar, como algunos timoratos del Ejecutivo, a los aumentos aritméticos. Ni era tan joven para permitírselo.

CAMINO Y ASOMBRO DE DAMASCO

A partir del ataque soviético, que es simultáneo a los primeros análisis sobre las elecciones de 1977, y hasta la siguiente confrontación electoral de marzo de 1979, Santiago Carrillo irá más lejos que nadie en todos los terrenos que se decida a cruzar, ya sea en el movimiento comunista o en la política española.

Lo único que tratará de que permanezca inmutable será su relación personal con el partido y el equilibrio estipulado en la cúpula. Todo se mudará menos la casa propia; se la pintará de nuevo, se le pondrán accesorios más vistosos, los muebles se barnizarán. Pero se mantendrán en el lugar previsto por él desde hace años. El pensamiento de Santiago para esta aventura que va a emprender quizá se redujera a esa clásica reflexión de los grandes aventureros de la historia, audaces en todo hasta el delirio, pero que cada vez que vuelven a casa exigen la calma de siempre: poder disfrutar de la tranquilidad que procura el hogar y el respeto de sentirse el patriarca.

Políticamente hablando, los diecinueve meses que separan el 15 de junio de 1977 de las elecciones de marzo de 1979, las siguientes, van a ser un delirio político. Innumerables decisiones, opciones teóricas, pactos políticos, inversiones económicas, viajes, declaraciones… llevarán al PCE a un punto de no retorno según el cual o avanzaba en esa vía aún más lejos –para lo que necesitaba un equipo ducho e inteligente bajo la tutela del propio Santiago, oficiando de patrón equilibrado y condescendiente; cosas ambas imposibles por principio– o empezaba su caída hacia el lugar del que salió en 1936: el fundamentalismo político.

Antes de que el PC como colectivo se hiciera el harakiri en la década de los ochenta, su secretario general dinamita todos los instrumentos políticos durante diecinueve meses. Como si se tratara de alimentar su megalomanía de asturiano pobre, fue la ocasión más grande que conocieron los tiempos, la de ver y oír a un secretario general de un partido comunista haciendo y diciendo aquellas cosas para pasmo de propios y extraños. Mientras, sus enemigos, de nuevo como a Napoleón, le dejaban entrar en sus territorios, de los que no habría de volver más que derrotado y solo.

En vez del primer líder occidental que construye un partido diferente en una situación diferente y con una militancia diferente, se transformó en dieciocho meses en el más grande pillo de la política, al que nadie podía negar el talento de

los bribones, pero no podía conceder ni un ápice de credibilidad. Pronto esos mismos le retirarían hasta el título de maestro de perillanes y solo le quedará un halo de funámbulo ideológico, al que todos descubren trampeando aquí y allá por algo tan poco importante como conservar el poder absoluto de un pequeño partido en decadencia.

Vayamos por partes para contar estos dieciocho meses en los que Santiago Carrillo por primera vez en su vida, marcada por la clandestinidad y la oscuridad monótona del exilio, iba a hacer política de verdad, siguiendo la pauta del siempre alabado Lenin. Ahora el asunto se refería a millones de ciudadanos y no a puñados de militantes. El secretario general del PCE al fin podía hacer política.

Para todos los observadores, incluidos los propios socialistas, lo más sorprendente y llamativo de las elecciones del 15 de junio fue su magnífico resultado electoral: casi un 30 por 100 y 118 diputados. Lo habían conseguido en menos tiempo que la UCD, puesto que ellos habían empezado a moverse realmente desde el XXVII Congreso de diciembre de 1976, mientras que Suárez y los barones de la transición llevaban trabajando desde un año antes, e instalados en el gobierno.

El PSOE se había convertido en la segunda fuerza del país. De todos los riesgos nuevos que tenía la situación poselectoral, era el que peor llevaba el secretario general del PCE. Había que quitarle terreno al PSOE y quitárselo allí donde le dolía, en su imagen. Si no tenía programa, ni historia en la clandestinidad que pudiera parangonarse con la del PCE, ni líderes experimentados, todo consistía en que los asesores de la Internacional Socialista habían vendido un producto que se reducía «a la imagen». Una imagen de unos jóvenes que nada tenían que ver con el pasado y a quienes nadie podía achacar culpas históricas de sus predecesores. ¿Quién en su sano juicio acusaría a Felipe González de los errores de Besteiro? ¿O a Alfonso Guerra de los de Largo Caballero? La memoria socialista estaba rota para lo negativo y, sin embargo, parecía traslúcida para lo positivo; eran portadores de esperanzas.

En su peculiar procedimiento de sacar conclusiones atinadas y tomar a partir de ellas decisiones aberrantes, el secretario general del PCE inició su camino de Damasco. Lo hizo a su modo y manera, con la soberbia, la pompa ajada y el carácter utilitario que le caracterizó siempre. En Santiago las intenciones de sus actos no eran siempre evidentes, no se percibían a primera vista. Era cuestión de esperar; la duda nunca alcanzaba el año y en menos de doce meses se hacen

diáfanas.

Creía poder contar con cuatro años, o al menos tres, para preparar su cambio de imagen total, y estaba seguro de que los socialistas, convertidos en su enemigo número uno, se verían sólidamente dañados en su efímero triunfo de 1977. No se trataba del crónico vedetismo de Carrillo. Estaba convencido de que nadie sino él podía darles allí donde dolía: un líder veterano, curtido, que les muestra a España y al PSOE cómo se hace política de altura, con pe mayúscula. ¡Os vais a enterar!

Sin prisas electorales, había llegado el momento de mostrar al público lo que era un político profesional, veterano pero renovador, para España y para el mundo. Santiago no podía limitarse a España si entre sus obsesiones estaba la Internacional Socialista, el principal pivote sobre el que habían radicado los éxitos de los bisoños del PSOE. El camino de Damasco ideológico iba a ser al mismo tiempo el asombro de Damasco.

Así, de una tacada, recién puesta de actualidad su figura por el desmesurado y torpe ataque soviético, Santiago Carrillo se convirtió en el político número uno del país en apenas lo que iba de junio a diciembre de 1977. No era el derrotado o el marginado por un resultado electoral nada brillante, era el triunfador moral frente a todo y a todos. En tan solo cinco meses dejará el balance magnífico de tres viajes de excepción (Moscú, Estados Unidos y Gran Bretaña); una presentación en sociedad del hombre que daba aún las patentes de patriotismo entre la derecha conservadora (Manuel Fraga); y la plasmación de su política, aceptada unánimemente por todo el arco parlamentario (Pactos de La Moncloa). En fin, antes de que terminara el año el rey Juan Carlos le concederá la primera audiencia privada.

Con ese arranque, la derrota del 15 de junio quedará borrada y la sociedad, no digamos el partido y su Comité Ejecutivo, asistirá embelesada a la transformación de ese veterano con mala fama en el hombre maduro con sentido de la planificación política. El castillo de naipes aún tardará en desmoronarse.

Para facilitar la descripción vamos a separar, aunque sea artificialmente, la política exterior de la doméstica. El análisis de Carrillo sobre la situación política y sus salidas es rotundo: el gobierno de UCD no es capaz, ni por su formación ni por su base social, de afrontar las tareas que el país requiere y especialmente una, la de salir del peligro involucionista. Santiago se siente

solidario con Suárez, y lo hace, claro está, pro domo sua, tratando de lograr un consenso que permita una constitución al gusto de todos, una alternativa a gusto de todos y, por tanto, un gobierno a gusto de todos, que no sería otro que el de coalición, al que los comunistas, en principio, no se incorporarían, pero al que apoyarían desde fuera.

De este modo se conseguiría, en opinión explícita del secretario general, darle a la transición democrática una base más sólida que la de la propia UCD, aparecer ante la opinión pública como responsables y solidarios en este primer periodo democrático para gestar la Constitución y poder exigirle al país sacrificios, en aras de los intereses supremos de una democracia en peligro, pero con los partidos unidos para defenderla.

Esa era, a grandes rasgos, su opinión explícita. Había elementos implícitos: todo riesgo involucionista, incluso siendo nada más que un riesgo, significaba un deterioro para el PCE, cuya imagen deformada por el pasado daba vuelos a los involucionistas. Si aumentaba el voto comunista se les hacía perentorio atajar dicho peligro. Por tanto, la incorporación del PCE a las responsabilidades de gobierno, aun sin gobernar, favorecía su imagen de responsabilidad patriótica, restaba argumentos a la reacción. Además, ser un partido de gobierno era la palanca que descubrieron los comunistas italianos para convertirse en lo que eran, sin necesidad de que les entregaran carteras ministeriales. Por último, el gobierno de concentración pondría al PCE en el mismo listón sobre el que se había posado el PSOE y para Carrillo no había duda de que ese nuevo partido socialista de jóvenes frívolos no sería capaz de participar en un gobierno sin dejarse muchos pelos en la gatera. El electorado se deslizaría hacia el auténtico partido socialista, el PCE dirigido por Santiago Carrillo, socialista en el contenido y comunista en su solidez disciplinada. Para abundar más aún en sus tesis, en España no había más que dos políticos, Suárez y él; como no podían gobernar aún solos, no tenían más remedio que hacerlo colectivamente, en un gobierno de concentración.

El ataque de los soviéticos a Eurocomunismo y Estado era un ataque a la figura de Santiago Carrillo y al camino por el que se había metido el PCE. También una forma de ayudar a pinchar al eurocomunismo. Sin embargo, nada podía haber hecho mejor el PCUS para favorecer el lanzamiento personal del secretario general.

El 27 de octubre los diputados del partido del gobierno, la UCD, puestos en pie,

le tributan una ovación por su contribución política y en desagravio a las ofensas que recibe de la URSS. Ese mismo día, por la tarde, el líder conservador Manuel Fraga le presenta en sociedad, en su sociedad, ante el Club Siglo XXI. Un club dirigido todavía por Antonio Guerrero Burgos y cuya junta directiva cuenta con representantes de la parte más intransigente del madrileñismo y del poder central. Los dos políticos que asumían los extremos del parlamento se presentaban mano a mano; cada uno ofrecía al otro lo que no tenía. Para Fraga fue la ocasión de quitarse de encima su pasado de ministro de Información con Franco, de la gobernación con Arias y de intransigente siempre. Para Carrillo se traducía en obtener ese aval de patriotismo que en España desde hace siglos solo dan los reaccionarios.

Ahí estaba Fraga, un reaccionario convertido en conservador, y ahí Carrillo, un hidalgo comunista independiente de Moscú. Un baile de máscaras que los primeros en no creérselo del todo eran ambos protagonistas. Pero funcionó. Les presento, dijo textualmente Fraga, ante un público sonriente y fascinado por el espectáculo, a un hombre de cuidado…, a un comunista de pura cepa. Parecía como si su pasada experiencia política le hubiera convertido en catador de comunistas. Carrillo, satisfecho y ufano, empezó su plática: En efecto, están ustedes ante un comunista de pura cepa. Reconozco lo que tiene de elogio en boca de mi ilustre presentador el añadido de que soy de «mucho cuidado» (la vanidad le hacía cometer un lapsus porque Fraga solo había llegado al «hombre de cuidado» y él añadía el «mucho»); pero, con su permiso, creo sinceramente que exagera. Más que versallesco, se inclinaba a lo grotesco. Su charla estaba pensada como una lección para alumnos deficientes sobre el «eurocomunismo», en el que, dado el nivel y la naturaleza del público, Carrillo empezó por las raíces –hay la creencia, en ciertas gentes, de que el marxismo ha inventado la lucha de clases– y terminó con una descripción genérica del eurocomunismo tras pasar por definiciones del marxismo ad usum del Club Siglo XXI.

Las ovaciones, fueran en los clubes o en el Congreso de los Diputados, tenían poco que ver con el poder real, pero eran manifestaciones de él. La ocasión en la que Santiago se sintió realmente importante fue la gestación, negociación y firma de los Pactos de La Moncloa. La que habría de ser la culminación de su estrategia política acabaría transformándose en su mayor fracaso, porque al final el único involucrado en los Pactos será el PCE.

Los compromisos económicos implicaron a los comunistas y a su sindicato, Comisiones Obreras. Tácticamente no era malo en función de una estrategia

superior: la incorporación del PCE a las tareas de gobierno. Ahora bien, si dicha incorporación no se produjo y los sindicatos y el partido cumplieron su parte, no es difícil deducir quién saldría deteriorado a la larga.

La ovación que le dispensó la UCD el 27 de octubre de 1977 no era otra cosa que el justo reconocimiento a su papel en el final feliz de los Pactos de La Moncloa. La UCD debía admitir, y así lo hizo públicamente, que sin Santiago Carrillo los Pactos no se hubieran firmado y su inseguridad política se habría multiplicado. Ese mismo día las Cortes aprobaron, con el único voto en contra del vasco Letamendía, los citados Pactos. Formalmente esa sesión significaba el triunfo de la política del PCE y muy personalmente de Santiago Carrillo. Quizá después de la gestación de la legalización esta fuera la segunda trampa preparada por él mismo, en la que caería sin remisión. Triunfos reales se convertían en pantanos en los que era más difícil avanzar que hundirse.

La idea de unos pactos como los de La Moncloa ya se formuló por primera vez en la entrevista secreta entre Suárez y Carrillo el 27 de febrero, antes de la legalización del partido. Era lógico, por tanto, que ambos fueran sus adalides desde el comienzo de las negociaciones en agosto de 1977. En la cabeza de los dos protagonistas había ideas paralelas que se fundieron, o quizá Suárez comprendió lo beneficioso que podía resultarle el plan de su colega.

En la idea primigenia de Santiago se trataba de un pacto político con contrapartidas económicas que sirviera de marco para la elaboración de la Constitución y como base operativa del gobierno de concentración. Para Adolfo Suárez se trataba de un plan económico con contrapartidas políticas que garantizara unos niveles de paz social imprescindibles para llevar a buen término la legislatura constituyente sin un acoso de los sindicatos, quienes, por cierto, iban a celebrar sus elecciones al año siguiente.

Venció la postura de Adolfo Suárez y con la ayuda inestimable de Santiago se pudo ir forzando al PSOE y a la UGT, reticentes desde el primer momento, a que aprobaran el acuerdo económico. El capítulo político se chafó desde el momento en que Alianza Popular se descolgó, con la evidente satisfacción de amplios sectores del partido en el gobierno e incluso del PSOE. Los socialistas tenían muy claro que los Pactos no eran otra cosa que la alianza Suárez-Carrillo para arrinconarles.

De todo el ambicioso proyecto firmado el 25 de octubre por las fuerzas políticas,

unos meses más tarde solo quedaban aquellos aspectos que comprometían al PCE y a los sindicatos: la moderación salarial. Esto fue evidente con la salida del Gobierno, en febrero de 1978, de Enrique Fuentes Quintana y la asunción de las funciones económicas por Fernando Abril Martorell. Sin embargo, Santiago antes, durante y después siguió manteniendo el mismo análisis que desarrolló por primera vez ante el Comité Ejecutivo: «Hemos conseguido el compromiso histórico». Al fin demostraba a sus inquietos colegas del Ejecutivo la verdad de una de sus reflexiones privadas favoritas: los comunistas italianos y sobre todo Enrico Berlinguer, su secretario general, carecían de imaginación y audacia. En apenas seis meses de democracia el PCE se jactaba de conseguir más que el PCI desde que en 1973 Berlinguer anunciara su fórmula de «compromiso histórico» Y eso lo habían obtenido con tan solo un 9 por 100 de los votos, mientras que los italianos contaban con el 30 por 100. Una prueba de que la diferencia residía en su talento político.

Aunque no llegó a hacerlo público, sí explicó ante el Ejecutivo que los Pactos no solo favorecían y prácticamente convertían en inminente el gobierno de concentración, sino que significaban que estábamos entrando en la democracia política y social, la antesala del socialismo en la concepción estratégica del PCE. Pero eso había que mantenerlo en secreto, para no asustar a la derecha, insistiendo exclusivamente en lo del gobierno. Casi a punto de firmarse los Pactos escribió en Mundo Obrero un editorial henchido de autosatisfacción: Alguien ha dicho estos días que en La Moncloa está reunido algo parecido a un supergobierno de concentración. Que nadie se sienta discriminado, pero ¿no es así, en efecto?[4].

No estaba errado. El simple cumplimiento de los acuerdos se traducía formalmente en un penta-gobierno (UCD-PSOE-PCE-AP y nacionalistas), incluso el seguimiento de los acuerdos era no solo una manera de orientar a ese Gobierno, sino de teledirigirle. Lo único que un político con fama de avezado no parecía prever es que no se cumplieran y que sirvieran exactamente para lo contrario de las previsiones del secretario general del PCE. Incluso más, que frente a su incumplimiento mantuviera firmemente el mismo rumbo, dejándose arrebatar por el PSOE el marco de su propia base. La historia del cazador cazado o del aprendiz de brujo.

Los Pactos de La Moncloa señalan el momento en el que el PSOE no solo no tiene nada que temer a su izquierda, sino que se apresta a ir devorando pacientemente el terreno que tenía el PCE: el militante y el electoral. Carlos

Alonso Zaldívar escribió mientras era miembro del Comité Ejecutivo del PCE un diagnóstico significativo: Los Pactos de La Moncloa dieron al partido una influencia en la vida política del país muy superior a la que el puro cálculo numérico nos podía dar. Ahora bien, el desarrollo de la política de concentración, junto a las resistencias abiertas de la derecha más conservadora y las reticencias del PSOE, tuvo también un punto de debilidad en la escasa comprensión en el seno del propio Partido Comunista[5].

Una vez firmados los pactos y constatado su incumplimiento, el PCE iba a ser su único defensor. Su aislamiento podía medirse por la indignación de la militancia sindical y política ante un juego que tenía todas las garantías de no salir bien. Aunque eventualmente consideraran que lo mis probable era que entrara el PCE a gobernar, cabía la hipótesis de que no le dejaran. Y entonces ¿qué?

El tiempo fue demostrando a Adolfo Suárez y a la UCD que tampoco era imprescindible integrar al PCE en responsabilidades gubernamentales, si se trataba de un fiel y abnegado cumplidor de los Pactos. Meterlo dentro se traduciría en una crisis de envergadura en el diseño nacional e internacional de la transición y dejarlo fuera no afectaba a la tranquilidad social y garantizaba el asentamiento del nuevo sistema sin temores.

El más cruel de los insultos para un dirigente político es la frase tantas veces repetida por los líderes de UCD: A Carrillo se le debe la facilidad con que se hizo la transición y el mínimo costo de la operación… Que lo diga la Unión de Centro Democrático, y que sea además verdad, no impide el que fuera a costa de la vida política de Santiago Carrillo y del suicidio de su partido. Nadie puede sostener que se sacrificara en aras de los denominados «intereses nacionales», porque son términos equívocos. No se sacrificó por nada, sencillamente creyó que ese era el modo más rápido y eficaz para llegar al gobierno. Si en octubre de 1977 le hubieran dicho al secretario general del PCE que con su política durante la transición se estaba sacrificando por los «intereses nacionales» se hubiera desternillado de risa. Él había escogido cómo ganar. Entonces nadie, y menos aún él mismo, pensaba que los Pactos iban a ser la tumba de su política, ya que no su tumba política.

En su especie de testamento escribe: Los Pactos de La Moncloa son el acuerdo progresista más serio que se ha realizado en nuestro país desde los años treinta entre fuerzas obreras y burguesas. Pocos son los que se han parado a ver que en ellos se sientan las bases de la sociedad civil, de derecho, democráticas que

luego se plasman en diversas leyes y en la Constitución… Solo ese contenido habría bastado para justificar la firma de los Pactos[6]. Nada más ingenuo que señalar que los Pactos son el acuerdo más importante desde el Frente Popular si sabemos que unos meses después empezó la guerra civil, luego la dictadura y, al fin, la transición. Es el más importante porque no hubo posibilidad alguna de que existiera otro. Incapaz de admitir su error, se empecina en autotitularse conductor egregio de la transición. La cruel realidad es que, independientemente de las audaces intenciones de Carrillo, los Pactos no fueron decisivos para el asentamiento de la democracia; primero, porque no se cumplieron y, segundo, porque si sirvieron para consolidar algo fue al gobierno de Adolfo Suárez, que pudo así alcanzar a trancas y barrancas dos legislaturas.

Fuera de las intenciones, que en política pertenecen al reino de lo inútil, carece de sentido magnificar unos Pactos que no se cumplieron salvo en lo que afecta al PCE. No estaban construidos más que para garantizar que la hegemonía política del segundo periodo de la transición –el constituyente– correspondiera al alimón a la UCD y al PCE; uno como autoridad y el otro como ayudante. O, más exactamente, a Adolfo Suárez y a Santiago Carrillo. En el fondo operaba la incapacidad del secretario general del PCE para reconocer, por una parte, sus equivocaciones, y por otra, la verdadera fuerza (o debilidad) de su partido. Aún estaba convencido de que el periodo inaugurado en 1976 de acuerdos en la cumbre entre Suárez y él había sido un éxito completo para el PCE y el mejor camino para llegar al gobierno. Es lógico que el presidente no tuviera ningún interés en sacarle del error. Desde algunos años antes la figura de Palmiro Togliatti se había convertido para él en una referencia obligada y personal. Se diría que trataba de imitar el estilo de Togliatti con Badoglio primero, con Bonomi luego. Incluso el encantamiento de Palmiro hacia De Gasperi, tras la entrevista privada del verano de 1944, casi resultaba un esquema sobre el que calcó su comportamiento respecto al presidente Suárez.

A finales de 1977 todo esto existía ya, pero su apariencia era muy diferente. Entonces aún se trataba de triunfos en la mano de Santiago Carrillo, convertido en una autoridad de la política nacional. Podía volar alto en lo internacional, reforzando su figura. En el mes de octubre, después de una visita muy significativa al Congreso de los laboristas británicos, anuncia que viajará simultáneamente a la Unión Soviética y a Estados Unidos. Desde Henry Kissinger nadie estaba en condiciones de jugar tan fuerte; ser recibido y atendido por los dos bloques, los imperios más poderosos de la historia de la humanidad. Nada de sentir vértigo: le parecía normal porque tenía muchas cosas que

enseñarles. Había expectación.

La visita a la URSS coincidía con el consuetudinario aniversario de la revolución de octubre, pero contenía el aditamento de transcurrir apenas unos meses después del violento ataque de la revista Tiempos Nuevos. Para aumentar la tensión, Carrillo había anunciado que nada más volver de Moscú se desplazaría a los Estados Unidos, adonde no iban de visita los secretarios generales de los partidos comunistas desde la guerra fría, quizá con la única excepción de Nikita Kruschev en 1959 y Leónidas Breznev en 1973.

El 2 de noviembre Santiago se presentó en Moscú y, como es habitual, entregó a los soviéticos su discurso previsto para ser leído en la sesión solemne. Cuando llegó el momento no le concedieron la palabra y la delegación que le acompañaba –Pasionaria, Irene Falcón, Ramón Tamames, Pilar Brabo y Rafael Alberti– volvió a Madrid. No aceptó que les pospusieran para el día siguiente y abandonó la URSS. El PCUS hizo a Santiago un mal gesto, algo que él provocó y que más que disgustarle le satisfizo, porque favorecía su relanzamiento como figura distante del mundo del Este de Europa. Si de verdad se trató de una humillación, fue muy relativa, porque en el fondo le sirvió de coartada para «cargarse de razón» ante el poso pro soviético de una parte del aparato del PCE.

El rechazo soviético tenía un efecto benéfico, puesto que se trataba de vasos comunicantes; una desvaloración en la URSS realzaría su papel en Estados Unidos. ¿Acaso no había pasado lo mismo con Tito en 1948? Estaba claro que para su objetivo primaba su viaje a USA sobre su visita protocolaria y tradicional a Moscú. Iba a armar bronca o a que se la armaran, y, siguiendo las torpezas habituales de los soviéticos, se lo pusieron en bandeja. Es verdad que no había precedentes de que una dificultad protocolaria en el movimiento comunista internacional se convirtiera en pública sin hallar una reparación. Así se hizo siempre y Carrillo lo sabía mejor que nadie. Los soviéticos estaban hartos de él y viceversa. En definitiva, era un 9 por 100 de votos en un país donde el PCUS empezaba a mantener mejores relaciones con el PSOE, que representaba el 30 por 100. Tenía veteranía y sabía lo que le esperaba en Moscú. Como hombre de retos, valiente hasta la osadía, qué mejor que ser tratado como un disidente para que subiera puntos su oferta de entendimiento, que iba a conmocionar los Estados Unidos. No le cabían dudas. Nunca las tuvo cuando tomó una decisión.

De vuelta de Moscú hizo escala significativamente en Roma y visitó a Enrico Berlinguer; ambos aparecieron juntos ante los periodistas. Se presentó un

Carrillo exhibicionista, que se jactaba de su enfrentamiento con el PCUS: Hemos tenido relaciones con Stalin, Bulganin, Malenkov, Kruschev. Hoy las tenemos con Breznev. Y las tendremos también con los futuros dirigentes. La Unión Soviética permanece. Berlinguer estuvo cauto: Mi opinión es que hubiera sido preferible que Carrillo hubiera podido pronunciar su discurso. El italiano, sin llegar a enfadarse, sí se mostró cortante ante la insistencia de los periodistas sobre las diferentes valoraciones que hacían españoles e italianos respecto a los países del Este. Admitió que una cierta diferencia de valoración me parece que existe, pero ante la verba radical de Carrillo hubo de hacer una apelación a la que Santiago no se dio por aludido: Ruego a los periodistas que no se aferren demasiado a esta o aquella frase, sino que lean los serios estudios que venimos haciendo en Rinascita, Crítica Marxista y L'Unità para profundizar nuestro juicio sobre la sociedad soviética y las sociedades socialistas en general. El PCE jamás había hecho una reflexión colectiva sobre dicho tema, ni en su prensa, ni tan siquiera en el Comité Ejecutivo.

Aunque le viniera bien el despego de los soviéticos hacia él y su partido, la verdad es que a alguien menos soberbio le hubiera inquietado que el PCUS, modelo de cautelas con los fuertes e inclinado a las operaciones subterráneas, no tuviera rubor alguno en atacar al PCE y a su secretario general. Muy poco futuro parecían darles para que se comportaran de ese modo. Pero en la mentalidad de Santiago el gesto no tenía más explicación que la de «me atacan porque me temen». En noviembre de 1977, tras el reconocimiento público y unánime de la clase política española, Carrillo estaba sobre una nube de algodón, en el cenit de una clase política lega y acomplejada por su pasado, y que veía en él al diablo convertido a las mismas verdades que ellos acababan de descubrir.

Su vuelta a Madrid fue fácil de imaginar. Venía aureolado de disidencia a una semana de su salida para los Estados Unidos. La invitación norteamericana procedía de la Universidad de Yale, donde debía dar una conferencia. Antes de partir se hizo invitar por Antonio Garrigues Walker, quien organizó una cena en honor del viajero para introducirle en lo que era Estados Unidos de América. En ella, solemnemente, Carrillo garantizó «cien años de tranquilidad» a las inversiones extranjeras en España. A los invitados les parecieron demasiados.

La oportunidad de convertirse en el primer secretario general de un PC viajando por el país que se parangonaba de ser el enemigo número uno del movimiento revolucionario no provocaba en él temor a la paradoja ni recelos de ningún tipo. Más bien, conociéndole, se podía esperar que iba a abrir las puertas del cielo y

que estaba dispuesto incluso a ir más allá de lo imaginado. Santiago sabía que su techo en la política española estaba condicionado por la política de bloques, amén del electorado; que estaba estrangulado en su aspiración de incorporarse al gobierno, dada su adscripción a una ideología del «otro bloque». Para su desbordante voluntarismo, nada mejor ni más audaz que forzar una invitación al país enemigo, convirtiéndose en una atracción, y hacer en él una declaración tal que rompiera con las tradiciones del movimiento que venía representando.

Por eso fue a Estados Unidos. Consideró que aquel era el lugar idóneo para una revisión sin precedentes en un partido comunista: romper con el leninismo. Renunciaba nominalmente a la seña característica del partido. Porque si los partidos socialistas y socialdemócratas habían retirado a Marx de su programa, hay que precisar que la relación de identidad entre marxismo y socialdemocracia no fue nunca tan unívoca como la identidad leninismo-partidos comunistas. Hubo partidos socialistas no influidos mayoritariamente por Marx, por no referirnos al conglomerado de la II Internacional desde la muerte de Engels. Sin embargo, el movimiento comunista era leninista per se, y no solo porque el propio Lenin fue la autoridad concesionaria de avales en función de las famosas 21 condiciones de adscripción a la III Internacional, sino incluso por la trayectoria que llevaría del leninismo al estalinismo y finalmente a la recuperación falseada de ciertos elementos del esquema leninista.

Bad Godesberg significa en la historia de la socialdemocracia alemana el lugar en el que se abandonó explícitamente el marxismo en el programa del partido. Fue en 1959, 64 años después de la muerte de Federico Engels, albacea del marxismo en la II Internacional. Se hizo en una situación de tensión particularmente grave en Alemania a causa de la guerra fría y además como colofón de un intenso debate público en la revista del partido, Neue Gesellschaft (Nueva Sociedad). Salió de un Congreso.

Carrillo iba a hacer su Bad Godesberg del leninismo en primer lugar solo y en segundo lugar en los Estados Unidos. Conforme a su estilo. Independientemente de la trascendencia teórica y práctica del gesto –poco relevante, como veremos–, el momento, el lugar y el modo constituían la mayor muestra de soberbia política que quizá haya tenido Santiago en una vida plagada de ella. Del modo y de sus palabras, pensadas de antemano, cabía inferir que el secretario general del PCE esperaba con su declaración conmover al mundo político estadounidense.

Este ejemplo bastaría para certificar su fragilidad política, su visión provinciana

del poder, su imagen personalista típica de un funcionario con experiencia burocrática –«todo lo deciden los cuadros», dijo en ocasión memorable Stalin– y clandestina, que consideraba las manifestaciones individuales como una fuente de atracción política. En el continuo patetismo de tantos gestos de Santiago, quizá sea este el más ingenuo y malévolo al tiempo, el que refleje mejor su constitución de gijonés audaz y valiente, dispuesto a conquistar América, como sus antepasados fueron a hacer fortuna a La Habana o a México. Pensar que el Departamento de Estado iba a modificar en un ápice su apreciación sobre la situación española, no digamos sobre el propio Carrillo y el PCE, por el simple hecho de que se «abandonara el leninismo» es tan extravagante que mueve a mofa.

Sus clichés del pasado estalinista estaban tan enraizados en él que, de tanto repetir que el Bad Godesberg de la socialdemocracia alemana no había sido más que un gesto a Estados Unidos, ahora obraba en consecuencia. No entendía que la historia tenía motivaciones más complejas y, como ya era sabido para cualquier estudiante de teoría política, todo giro ideológico respondía también a un cambio en la relación de fuerzas. De lo que no se tenía memoria es de alguien que intentara cambiar la relación de fuerzas por un giro ideológico; los hubo, sí, pero no se dedicaron mucho tiempo a la política.

En su papel de chamarilero de la ideología, demostraba su inanidad política, su desamparo y sobre todo una necesidad personal, innata, imperiosa e intransferible: Santiago Carrillo Solares no tenía tiempo para esperar. A los sesenta y dos años, y a partir del 9 por 100 de los votos, intuye que de seguir así se necesitarán muchos años y muchas peleas para alcanzar de manera continuada, no episódica, el peso del PC italiano o francés, y además en un contexto internacional desfavorable y con una situación nacional donde el dominio real de la derecha tradicional es indiscutible. Todo está contra él y no se siente dispuesto de nuevo a empezar como si tuviera veinticinco años. Creía que con esta pirueta iba a superar cuarenta años de clandestinidad, una guerra civil perdida, la miseria del exilio y del estalinismo, y que ante el mundo norteamericano, y por tanto de su colonia España, el PCE daría el salto hacia la gloria. De nuevo con su obsesión por Bad Godesberg; después del abandono del leninismo, a él, como a los socialistas germanos, nadie le podría negar el derecho en Occidente a gobernar.

Desde que se concretó la visita a Estados Unidos no tuvo otro objetivo que ese; el resto no figuraba más que como eco. Llegó el 14 de noviembre y se encontró

con una huelga de los sindicatos de la Universidad norteamericana. No iba a perder la oportunidad tan ansiada porque unos trabajadores llevaran semanas con piquetes y reivindicaciones –Me siento solidario con los huelguistas y si, a pesar de la huelga, hablo es porque pienso que la huelga no se ha hecho para que un representante de los trabajadores españoles pierda el derecho a la palabra, cuando no es frecuente que una persona como yo tenga la oportunidad de hablar en Estados Unidos–. A su vuelta comentó a sus íntimos que la huelga había sido una provocación de los comunistas pro soviéticos de Estados Unidos. Estaba convencido de que nadie, en el Este ni en el Oeste, dejaba de pensar en él.

Pasó cuatro días en Yale y fue el segundo cuando celebró una conferencia coloquio con profesores y estudiantes donde pronunciaría la citada frase. Antes avisó a su acompañante y traductor, que hacía las veces de relaciones públicas, Joaquín Francés, para que tuviera buen cuidado de que ese día no entrara ningún periodista español. Francés, profesional al fin y desconocedor de sus intenciones, dejó pasar solo a uno, José Miguel Larraya, de la Agencia Efe. Así fue como los españoles, incluidos los militantes del partido y el Comité Ejecutivo, se enteraron de que en el próximo Congreso el PCE retirará toda referencia al leninismo.

El resto fueron charlas y entrevistas por doquier. El semanario Time le invitó en su famoso restaurante de «la cima del mundo», con su staff directivo en pleno y haciendo venir expresamente a su corresponsal en Moscú. Gracias al doctor Vicente Navarro fue recibido en la Universidad John Hopkins, donde daría conferencias tanto en Baltimore como en Washington. Luego visitó Harvard y fue necesario habilitar la sala para que el numeroso público pudiera escucharle. Dialogó con Kurt Waldheim, el secretario de las Naciones Unidas, y tuvo que rechazar las invitaciones que llovían de universidades y medios de comunicación. Pero su gran momento fue el de Washington. Allí el Institute for International Affairs de la Universidad John Hopkins le citó para una selectísima comida de trabajo. Hubo doce comensales en torno al secretario general del PCE. Fue la primera y la única vez que pudo hablar ante representantes de las instituciones políticas de los Estados Unidos. Entre los doce se contaban Paul Nitze, experto en temas soviéticos y futuro negociador con la URSS en Ginebra, y Helmut Sonnonfeldt, el antiguo consejero de Henry Kissinger para Europa Oriental, el mismo que en diciembre de 1975 había elaborado la doctrina que lleva su nombre, según la cual Estados Unidos debe favorecer el nacimiento de una potencia imperial soviética, [pero] más estructurada, de modo que esté menos basada sobre la fuerza; por tanto, los partidos eurocomunistas no hacen

más que dificultar ese esquema y deben ser rechazados. Al mundo le corresponde seguir siendo bipolar, estrictamente bipolar.

No tuvo, por tanto, ninguna entrevista con Nitze ni con Sonnenfeldt, sino que ambos, siguiendo el riguroso turno establecido en el almuerzo, fueron haciendo preguntas a Santiago Carrillo. En ningún momento estuvo previsto que se cambiaran los papeles y fuera Santiago quien hiciera de interrogador. Había al menos una satisfacción personal, la de encontrarse a cinco manzanas de la Casa Blanca, en la calle 21.

Carrillo interesaba en tanto dijera y contara respecto a la Unión Soviética y los países del área. Y los medios de comunicación estadounidenses y el Departamento de Estado le utilizaron como ariete antisoviético. Es lógico, lo mismo hubiera hecho la Unión Soviética si un aliado del enemigo le diera la oportunidad. No es de extrañar que sus intervenciones críticas respecto a la URSS fueran recogidas y difundidas por las emisoras de la CIA para el Este: Radio Europa Libre. Con su humildad característica, indicó que había una semejanza entre los dos grandes: En Moscú no me han dejado hablar ante el Sóviet Supremo y en Washington tampoco me han invitado a dirigirme al Congreso[7]. Se negaba así a admitir lo que en el fondo era una amarga realidad: que le paseaban como quien presenta a la mujer barbuda. No tenía más interés que el anecdótico, porque su virtualidad política apuntaba hacia abajo.

Después de doce días en Estados Unidos, el 26 de noviembre volvía a Madrid. Toda su aventura americana se reducía a un hecho simbólico que deslucía su gran estrategia: leninismo sí o no. En Madrid ningún miembro del Comité Central, ni siquiera del Ejecutivo, tuvo la más mínima idea de que su secretario general pensaba renunciar a la seña de identidad que había dado nacimiento al partido. Recordando ese momento, Manuel Azcárate escribió unos años más tarde: Tuvimos todos que luchar para convertir esas declaraciones personales de Carrillo en posición oficial del partido[8].

A partir de entonces se organizaron discusiones teóricas en el partido que siguieron fielmente una sola vía: por qué no abandonar el término «leninismo». Se obviaba la pregunta mucho más evidente de por qué se hacía ahora y no unos años antes, o esperar algún tiempo mientras se abría un debate. Los ideólogos, una vez más, demostraban su nivel de subsidiariedad y de indigencia haciendo exégesis. En este caso no de un informe del secretario general o de una intervención ante el Comité Central, sino de unas palabras dejadas caer

premeditadamente en una charla con los estudiantes de Yale.

A Carrillo no le inquietaba lo más mínimo. Cuando le llamaron la atención por primera vez acerca de la contradicción de revisar las líneas ideológicas del partido sin consultar con nadie, dio una respuesta que fue todo un programa: No soy secretario general para mirarle el culo a los militantes, sino porque voy delante de ellos. Mundo Obrero lo corrigió señalando que no miraba la espalda de los militantes; le pareció que podía ser mal interpretado.

Cerró el año siendo considerado por el semanario político entonces más influyente –Cambio 16– como «el tío más listo que hubo en España durante 1977». Se le veía en el cénit de su carrera, con los focos puestos sobre su figura avasalladora. Sin embargo, empezaba su declinar en un abismal descenso en picado. Su decadencia venía de atrás, como esos viejos personajes maquillados a los que un día se les caen los afeites y transparentan su imagen tantas veces edulcorada. Se enfrentaba a su retrato de Dorian Gray al día siguiente de apuñalar el cuadro. Políticamente volvía de los Estados Unidos y de la Unión Soviética con su capazo vacío. No traía ni un solo tanto que exhibir, más que esa frase que iba a convertirse en un cliché: «¡Qué listo es ese Carrillo!». Lo admitirían igual los periodistas de la izquierda (Rosa Montero) cuanto los de la derecha más comprometida (Emilio Romero). Incluso algunas figuras de la pluma, en los diarios, como fue el caso de Pilar Urbano, habrían de rectificar su juicio de 1976, considerándolo diabólico, para pasar ahora a creerle un ser angelical, por el que había que rezar en bien de la cristiandad. Todos pensaban, quizá, que detrás de tanta vorágine habría algo para que Carrillo se mostrara tan valiente. El PSOE pasó incluso a segundo plano y las visitas de Felipe González, casi cronológicamente coincidentes, a Moscú y Whashington quedaron ocultas por el exhibicionismo de Santiago.

El partido, desde la cumbre hasta el último militante, al leer en la prensa que acababan de abandonar el leninismo desde aquel día en Yale, no pudo ocultar una mezcla de recelo e indignación. Independientemente de ser o no leninistas, se estaba burlando de ellos de la forma más cruel, la del desprecio.

A muchos, quizá no a la mayoría, pero a buena parte de los cuadros políticos de la clandestinidad, abandonar el leninismo no les suponía ningún trauma. Todo lo contrario. Aunque fuera una seña de identidad fundamental, no era propiamente suya y debía superarse por un procedimiento de discusión, que no provocara rupturas innecesarias en la escasa cultura comunista española, en una militancia

formada más en la lucha antifranquista que en la reflexión política. Italianizar el PCE significaba enseñarle a avanzar discutiendo, evolucionando, sin hacer el saltimbanqui.

Incluso estos consideraban como una estafa el hacer tabla rasa con las raíces, como quien un día decide cambiar de ropa y empezar a vestirse de otro modo. En el fondo a nadie en el partido se le ocultaba que se podía abandonar verbalmente el leninismo y que, incluso en eso, había una prueba incontestable de que se reforzaba el estalinismo, auténtica raíz nutricia y seña de identidad de un partido como el español.

EL PASADO QUE VUELVE

En ciertos niveles elevados del partido y dentro de los sectores más renovadores hubo un incidente, apenas apuntado en la prensa y menos aún en la propia organización, que hizo que algunos se preguntaran si aquel hombre no suponía una amenaza para la supervivencia del propio PCE; ¿y si todo no fuera más que una estafa de un viejo que no creía en nada que no fuera él mismo? Los que más lo comentaron fueron algunos diputados y los miembros de la comisión de ayuda al grupo parlamentario comunista. Ocurrió en el Congreso de los Diputados.

La fecha fue el 23 de diciembre de 1977. Santiago se mostró ante los presentes, que no habían vivido el periodo republicano y la guerra civil, como un residuo del pasado, un empecinado en recordar lo que nadie deseaba recordar. Al conjuro de su historia, de su pasado, les trajo a todos los jóvenes diputados comunistas el rancio olor de otra época.

Se debatían en el Parlamento unos incidentes entre las fuerzas de orden público y manifestantes que habían causado, en Málaga y La Laguna, dos muertos. Fraga Iribarne, portavoz de Alianza Popular, después de citar entrecortadamente a Tucídides, recordó con dureza al ministro del Interior, Rodolfo Martín Villa, los atentados en Euskadi, para tratar de aguar las críticas al comportamiento policial en un contexto mucho más amplio, en el que aparecerían al final como heroicos. No solo hizo recuento de los caídos en defensa del orden, sino que incluyó hasta las veces que se habían enarbolado en manifestaciones banderas republicanas.

No había nada nuevo en la posición del líder conservador, ni siquiera su escoramiento hacia la nostalgia y su tono vehemente: Vayamos al fondo de las cosas y digamos al gobierno… ¡Defended de una vez, y no con palabras, el orden y la paz de España! Si no, seréis el gobierno de los tristes destinos, que de una herencia de orden y de paz hizo almoneda y entregó España a la anarquía.

Le replicó en primer lugar Roca Junyent, portavoz de la minoría catalana, defendiendo la idea de crear una Comisión de Encuesta sobre los hechos y recordando a Fraga cierto antecedente nada recomendable: En cierto modo ha parecido que esta última intervención tenía el regusto… de aquella otra intervención que se hizo en circunstancias dramáticas en esta propia Cámara por don José María Gil Robles pocos días antes del 18 de julio. Y esto no es cierto. Hemos de decir claramente que la situación no es ni dramática, ni que es bueno dramatizarla.

Intervinieron también Raúl Morodo, del PSP, y Gómez Llorente por el PSOE, manteniéndose todos en un tono duro frente a Fraga, pero correcto. Entonces subió a la tribuna el hombre que venía de Moscú y de Washington, cogió por el rabo la referencia anterior de Roca y dijo algo que conmocionó a la sala: Y yo quería decirle también al señor Fraga que nunca segundas partes fueron buenas y si aquella política llevó a los cuarenta años que el señor Fraga parecía lamentar aquí, la repetición de esa política hoy podría llevar a consecuencias muy diferentes, señor Fraga; a consecuencias en las cuales los que ganasen no fueran los que ganaron entonces[9].

Era más que una amenaza, se trataba de una provocación enunciada por el hombre que menos autoridad tenía para decirla, porque había participado conscientemente en ella. Era una cita inapelable desde que se estableció la democracia en junio de 1977. No le costó mucho trabajo a Fraga contestar en el mismo terreno que había usado Santiago. Se sentía herido y estafado por el bastonazo nada honorable del hombre que él había presentado en el Club Siglo XXI tan solo dos meses antes: Al señor Carrillo le constan dos cosas: una de ellas es que yo no pertenezco a la generación que hizo la guerra ni la posguerra… y que he hecho gestos especiales de convivencia de los que nunca me arrepentiré. Pasó luego a recordar aquello que nadie quería oír allí y mucho menos el secretario general del PCE: No vengo de partidos que todavía están exaltando la guerra revolucionaria del año 34 en Asturias y que pretenden haber renunciado hace poco, pero solo hace muy poco, a la dictadura del proletariado, ni de grupos políticos cuyos fundadores hayan dicho en esta Cámara cosas que

dijo de amenaza personal, alguna compañera suya de banco que hoy no nos honra con su presencia; ni tampoco que haya dicho que en el presidente del Consejo de Ministros se justificaba el atentado personal. Lo que sí digo es que para dar lecciones de democracia o de culto a la bandera hay que haberla practicado todos durante más tiempo…

No era Fraga persona con autoridad moral para decir aquello, pero la provocación de Carrillo se había dirigido a él y le respondía en el mismo tono violento que resultó como un pistoletazo en la sala: Lo que hoy sí hemos aprendido es que la piel de cordero al final nunca acaba por tapar ciertos pies negros o rojos de sangre que efectivamente algunos no los pueden negar.

El presidente de la Cámara, Álvarez de Miranda, tuvo que llamar al orden a Fraga, por su tono, aunque admitió que Carrillo también se había pasado con el suyo. Todos observaban al secretario general del PCE. Pidió la palabra e intentó salir del entuerto en el que se había metido él mismo:… la enseña que nosotros hemos abrazado últimamente (es verdad, porque nosotros éramos republicanos y somos republicanos), la hemos abrazado por la unidad del país…

Las palabras transcritas solo dan un pálido reflejo de lo que fue aquella sesión. Santiago había recordado a los presentes lo que nadie quería ver. Fue como un flash, un chispazo, que conmocionó a todos. Salió un Carrillo que sorprendió a propios y extraños. Levantaron la sesión a las dos de la tarde y posiblemente muchos esfuerzos, kilos de maquillaje, se habían perdido. El PCE seguía enfrentado a sus propios fantasmas del pasado, no precisamente ideológicos, sin asumirlos y menos aún superarlos. Nadie se atrevió a recordar el incidente, ni en el Comité Central ni en el Grupo Parlamentario. El mismo secretario general lo olvidó o quiso olvidarlo.

Mas quedó en la conciencia de algunos. No dejaba de resultar un sarcasmo que exactamente un mes más tarde se reuniera el Central para borrar la seña de identidad más exótica de la historia del PCE, el leninismo. Nunca habían tenido relación alguna con Lenin y con el leninismo. Bueno o malo, lo desconocían. El debate de la primera guerra mundial, Zimmerwald, la quiebra de la socialdemocracia, todo eso era la prehistoria del PCE. Ellos habían nacido a la política con la república y en plena égida estalinista. Se desarrollaron y crecieron con el estalinismo. No conocieron otra cosa.

El 21 y 22 de enero de 1978 se reunió el Comité Central para discutir las tesis

del próximo Congreso, que se celebraría en marzo o abril. Tan solo dos días antes les entregaron los documentos a los asistentes y, contra todo pronóstico, aún no aparecía en su auténtico desarrollo la tesis XV, sobre el abandono del leninismo. Los métodos seguían siendo los mismos en clandestinidad que en democracia. Un mes después de las afirmaciones de Santiago Carrillo en los Estados Unidos, consideraba que no había llegado el momento de explicitar su posición ante el Comité Central. En la sesión del Ejecutivo había sido Ignacio Gallego el que detectara que faltaba lo del leninismo, ocasión que aprovechó Dolores Ibárruri para preguntar por qué no se dejaba. Carrillo le respondió de manera rotunda que era imprescindible para ganarle al PSOE una parte de la base social. Digan lo que digan ahora, nadie entonces exigió más explicaciones.

El Partido Comunista de España pasaba a definirse como «marxista revolucionario». El término procedía de finales de los años diez y lo habían utilizado tanto Lenin en Estado y Revolución como Rosa Luxemburg en sus polémicas con la socialdemocracia alemana. Posteriormente el pensador Karl Korsch, en su periodo de militante comunista, había dedicado gran parte de su libro Marxismo y Filosofía a reflexionar sobre el «marxismo revolucionario», pero este texto es de 1923 y pronto él mismo pasó a utilizar lo de «leninismo», que durante la era estalinista haría fortuna. En la cabeza de Santiago es muy probable que la definición «marxismo revolucionario» la encontrara durante el tiempo que empleó en releer algunos textos para su Eurocomunismo y Estado y, muy concretamente, el de Lenin que se refiere expresamente a ello. Es importante consignar la fuente para evidenciar lo curioso de abandonar el leninismo utilizando lo único que tenían a mano, la sacralización de Lenin. Otra cosa no sería posible. Era un viaje que de algún modo volvía al mismo punto del que salía.

En las discusiones posteriores en el Comité Central la argumentación no la haría Carrillo: significativamente, la encargó a Simón Sánchez Montero, menos implicado en el pasado estalinista y nada sospechoso de veleidades intelectuales. Simón representaba entonces la imagen del partido heroico de la clandestinidad; nadie podía objetarle nada. Se basó en un curioso sofisma, el de que algunas tesis leninistas ya estaban superadas: las guerras mundiales ya no eran inevitables, no era posible la insurrección armada y era insuficiente la alianza del proletariado con los campesinos; así como no es posible, ni necesario, ni conveniente, el establecimiento de la dictadura del proletariado. De ahí deducía la conveniencia de retirar el término «leninista», porque el mantenimiento de esa fórmula sería lo más antileninista que cabe imaginar. No se señalaba que el

movimiento comunista, todos y cada uno de los partidos, nacía de esa fuente nutricia y que retirarlo, por tanto, era algo más que una cuestión de palabras.

Sánchez Montero relató, escandalizado, que el leninismo se había ido convirtiendo en un fetichismo antimarxista gracias a su versión de catecismo y, por supuesto, obvió el pasado inmediato o lejano. Mientras, Santiago, en un segundo plano, asistía aburrido al nuevo bautismo terminológico. El tema tenía su aspecto de nocturnidad y alevosía; Simón, en su papel de discípulo del Maestro, predicaba que en el fondo el supuesto cambio no era tal, porque lo del abandono del leninismo no era más que un alud periodístico de la prensa sensacionalista. Hubo un par de votos en contra y una abstención. Todos sabían que no se trataba de nada serio, sino de un guiño de Santiago, y que, leninistas o no, seguían inamovibles los esquemas estalinistas de comportamiento. El carácter confuso de la nueva posición se comprobaba con la simple enumeración de los más reticentes al cambio, hombres como Ignacio Gallego y Ramón Tamames, que no tenían en sí nada en común.

El único lugar donde Santiago constató que de la estupefacción se pasaba a la crítica fue en Asturias. Carrillo se desplazó a Oviedo y por primera vez se enfrentó con un partido que no le consideraba el incontestable líder de antaño.

La organización asturiana pasaba por uno de sus momentos más delicados. No era la primera vez que planteaba abiertamente sus divergencias con la línea política y con las orientaciones de Carrillo. Sin ir más lejos, tras el VIII Congreso (1972), Asturias no se mostró de acuerdo ni con el procedimiento ni con las razones alegadas para defender el ingreso de España en el Mercado Común. Allí tuvo que ir clandestinamente Ignacio Gallego para convencerles, sin mucho éxito, aunque se calmaron ante el nombramiento de Valentín Álvarez Areces, Tini, como nuevo responsable después de años de sobresaltos y de la interinidad de Pin Torres.

Los resultados electorales del 15 de junio en la provincia fueron más que prometedores y por encima de la media. Un 10,5 por 100, comparable a otras zonas que se jactaban de poderosísimas, como Madrid (10,7), y superior a Valencia (9,6). Pero las elecciones en Asturias, desde el punto de vista comunista, tenían otro ángulo nada optimista. Por esas peculiaridades de la composición interna de la dirección y de los procedimientos ejecutivos, a Asturias le correspondió que Dolores Ibárruri encabezara la candidatura.

Pasionaria gozaba de un prestigio indiscutible de vieja dama, había sido diputada por la región en las últimas republicanas de 1936, pero electoralmente hablando no tenía ni pies ni cabeza que fuera ella quien abriera la lista. Ni por la edad ni por su imagen, que no correspondía a la del comunismo de los años setenta. Su relación con la vida política, no ya la asturiana, sino la española, era prácticamente simbólica desde hacía décadas. Santiago lo expresó en el Ejecutivo: había que colocarla allí donde pudiera salir. Se trataba de una recompensa después de tantos años de sosiego, mientras él hacía determinados giros que ella no aceptaba ni poco ni mucho. Incluirla por Euskadi era tanto como evidenciar la debilidad del partido y la de ella en particular y podría además agudizar las tensiones larvadas en una dirección proporcionalmente joven, que años más tarde sería el fulminante de la explosión de los «renovadores».

A Dolores le hacía ilusión Asturias. Para ella nada o casi nada había cambiado desde los mítines de UHP en Oviedo formando candidatura con los socialistas Burgos y Moreno y los republicanos Albornoz y Maldonado. Entonces consiguió 170.497 votos, siendo la candidata menos votada, junto a su colega Manso, de los 13 elegidos del Frente Popular.

La primera reacción de los comunistas asturianos, jóvenes y menos jóvenes, al conocer el embolado que les mandaban de Madrid fue de rechazo y así lo hicieron constar. No les era fácil afrontar una polémica sobre la figura de Pasionaria como no representativa del PC del interior y de la política eurocomunista. Hubiera sido tanto como golpear la viga que sostenía una parte del entramado fantasmagórico de un partido eurocomunista con la misma dirección estalinista de los años cuarenta. Carrillo se hubiera sentido atacado directamente, al igual que Gallego y otros. Alegaron, por tanto, razones de edad. Dolores había llegado a Madrid el 13 de mayo de 1977, un mes después de la legalización. Iba a cumplir ochenta y dos años, una edad en la que, salvo quizá en la Unión Soviética, nadie aspira a ganar elecciones. Ante esta objeción se desplazaron a Asturias Simón Sánchez Montero, Jaime Ballesteros y Horacio Fernández Inguanzo, el líder histórico de la clandestinidad para repetirles una y otra vez que «Dolores está como una niña». A cada argumento acerca de los peligros que corría a tan avanzada edad afrontando una batalla electoral, los otros reaccionaban con la misma frase que llegó a hacerse anecdótica entre los comunistas asturianos: «Está como una niña».

No les quedaba más remedio que esperar y comprobarlo por sí mismos. A

mediados de mayo llegó a Madrid, pasó varios días aclimatándose y en observación médica, y luego se desplazó a Vizcaya, donde recibió un emotivo homenaje de los habitantes de Gallarta, allí donde había nacido y donde había peleado sus primeras batallas obreras. De Vizcaya, en coche, se dirigió siguiendo la costa hasta Asturias. En el límite fronterizo con Santander, en Unquera, la esperaba la dirección del partido asturiano. Llegaba la niña. Horacio F. Inguanzo, Tini Areces y Herrero Merediz, entre otros, empezaron sus plácemes y primeras conversaciones.

Las impresiones iniciales fueron más que excelentes, porque, si bien no habló mucho, sí contó, con detalle y fruición, el recibimiento que le habían hecho sus paisanos de Gallarta. Lloraba al recordarlo. No habló más, pero escuchaba, quizá algo distante. Fueron a comer, cantaron, Dolores estaba allí, con eso bastaba. Al poco rato se puso de nuevo a narrar con las mismas palabras y la misma precisión el recibimiento que le habían hecho las mujeres de Gallarta. Bueno, pensaron todos, es lógico, está impresionada. Cuando en menos de tres horas lo había repetido media docena de veces, comprendieron que no les habían engañado: Dolores se había convertido en una niña.

Era ya demasiado tarde para volverse atrás; tampoco hubieran podido. Intentaron contrarrestarlo incluyendo candidatos más jóvenes, pero la lista estaba cerrada y, por muy bien que fueran las cosas con la ley de Hondt, más de dos diputados no era fácil. Los socialistas asturianos, a diferencia de otras regiones, habían existido realmente durante el franquismo y eso contaba a su favor y restaba base a los comunistas.

No todo acababa ahí. También tenían razones para quejarse del candidato que ofrecían los comunistas para el Senado en la terna unitaria. El PC de Asturias presentaba a Wenceslao Roces, el veterano miembro del Comité Central, exiliado en México desde la guerra civil. Este antiguo catedrático de Derecho Romano en la Universidad de Salamanca contaba entonces ochenta años, una edad más digna quizá para el Senado romano, que a él le fascinaba, pero impropia de un partido comunista que pujaba por afianzar una imagen nueva.

La idea de que los comunistas propusieran a Wenceslao Roces se la debían los asturianos a Rafael Fernández, líder del socialismo astur, yerno de Teodomiro Menéndez, otro dirigente del socialismo republicano. Roces y Rafael Fernández compartieron el exilio mexicano y a este le pareció una garantía proponérselo como el comunista ideal para compartir candidatura con los socialistas. Horacio

Fernández Inguanzo lo escuchó de su boca en una de las habituales tertulias en su casa de Oviedo y le pareció de perlas. De esa forma quedaba rechazado el candidato deseado por la organización asturiana, Herrero Merediz, vetado por el PSOE a causa de su defensa como abogado de la huelga salvaje de los obreros de la construcción gijonenses[10].

Con tan lozano plantel fueron los comunistas de Asturias a las primeras elecciones democráticas. Una dama, aún de bella voz, pero con ochenta y dos años a cuestas, para el Congreso de los diputados, y un anciano provecto de otros ochenta como futuro senador. Solo las profundas raíces del comunismo en las zonas mineras permitieron que tamaño disparate no se convirtiera en desaguisado. Ibárruri y Roces saldrían respectivamente diputado y senador, pero al año una y otro habrían de dejarlo. Pasionaria no estaba para esos trotes; el 12 de septiembre la operaron para colocarle un «marcapasos» y cinco meses más tarde tuvieron que repetir la intervención porque se le infectó. El ajetreo de un diputado podía matarla. Las protestas de las organizaciones asturianas obligarán a Carrillo, según su expresión, «a hacer un verdadero cordón en torno a ella para evitar que le llegasen». Sabía que debía mantenerla en la isla y alimentar su culto. Un buen día se sintió humillada porque, reunida con los parlamentarios astures, no le perdonaron sus canas y se chotearon de sus referencias a don Pelayo y a Covadonga. La trataron como a una niña y juró no volver.

A Wenceslao el Senado español le decepcionó. Acostumbrado al romano, se veía con toga, polemizando con Cicerón o con el culto Licinio Valeriano y se encontró a los señores Carro y Martínez Emperador. Allí no se hablaba de Catilina, sino de las miserias de la falta de agua, de los precios de la alfalfa y de las consecuencias de la inflación; y un buen día le hizo caso a su mujer y volvió a México, donde llevaba una vida tranquila. Se consumó lo que venía advirtiendo la organización asturiana. A los tres meses de las elecciones ya enviaron una carta a la dirección en Madrid, en la que decían: Lo que está pasando con nuestros parlamentarios es peor que si no los hubiéramos sacado. Cuando Roces advirtió desde México que no quería volver, los socialistas, que ya se consideraban fuertes, no admitieron un sustituto y compitieron por la vacante, ganándola.

Con estos antecedentes se puede enmarcar la visita de Santiago Carrillo a Asturias el 27 de enero de 1978. Además, estaba la primicia del abandono del leninismo y la celebración de la I Conferencia del PC en Oviedo, que se oponía radicalmente a la propuesta. Lo trataron a la baqueta. Un secretario general

bregado en mil batallas se enfrentó a unos jóvenes y menos jóvenes que no estaban dispuestos a tragarse ni un sapo más, sino a vomitarlos. Y acabó como el rosario de la aurora. Volvió a Madrid con la firme convicción de que esa organización debía ser depurada inmediatamente.

Dos meses después de su visita se cumplían sus vaticinios. La organización asturiana iba a ser depurada en un conflicto político al que no eran ajenas diferencias personales que venían de antiguo. Fue el primer síntoma alarmante de que el PCE empezaba el ritual del harakiri.

IX CONGRESO, EL DEBATE QUE NO PUDO SER

Por todas partes, zona a zona, región a región, nacionalidad a nacionalidad, las organizaciones comunistas iniciaron las discusiones sobre el inminente IX Congreso programado para abril de 1978. Hubo muchos pequeños conflictos que no tuvieron eco, pero nada pudo ocultar que tres organizaciones importantes tenían no menos importantes problemas. Las tres eran representativas de la fuerza del partido durante la clandestinidad: Cataluña, Asturias y Madrid.

Las reacciones ante las tesis y el enfoque del Congreso fueron muy diferentes en el caso catalán y en el asturiano. En Cataluña, el PSUC, soberbio y seguro de sí, con toda razón, por su 18,4 por 100 en las elecciones, que doblaba la media del PCE, interpretó las nuevas orientaciones sobre el leninismo como si se tratara sencillamente de «gestos» de Santiago que no les competían directamente, que afectaban al PCE, no a los comunistas catalanes. En el fondo y en la forma su oposición a la revisión del leninismo estaba basada en el reforzamiento de la independencia del PSUC respecto al PCE. Como se demostrará durante el Congreso, el PSUC no analizará las consecuencias de su actitud como un ataque implícito a Carrillo y a su peso en la dirección de Cataluña, sino como algo que competía fundamentalmente al PCE y a sus dificultades por abrirse camino.

La Conferencia Nacional del PSUC que eligió a los 267 delegados al Congreso se manifestó claramente dividida ante el planteamiento de abandonar el leninismo.

La primera votación dio un resultado apurado a favor de las tesis de Carrillo, pero la victoria pírrica se desmoronó cuando se permitió, tras una maniobra, que el Comité Ejecutivo no votara unido, sino «en conciencia». Carrillo, presente en la reunión, pudo comprobar que el PSUC acababa de romperse en tres bloques entonces nada homogéneos y cuyas divergencias entre ellos solo se atenuaban cuando debían enfrentarse a las presiones y orientaciones de Madrid. El PSUC irá al Congreso sin ganas de dar la batalla a favor o en contra del leninismo (aunque Francisco Frutos y Joaquín Sempere serán los abanderados del mantenimiento del término), sino con la convicción de que sus decisiones ya no serían vinculantes. Después de las elecciones del 15 de junio, el PCE sería para el PSUC un partido hermano, pero ya nunca el padre putativo.

En Asturias las cosas se presentaron de otra manera. La Conferencia del PC asturiano se abordó con una amplitud de miras sin precedentes. El debate en las organizaciones, los artículos en las tribunas públicas, contrastaban con los usos y costumbres de la dirección de Madrid, que asistía estupefacta a aquellos debates. Contaban con 10.778 militantes, una cantidad nada desdeñable y una influencia social que abarcaba todos los estratos.

El órgano del PC de Asturias, Verdad, dedicó sus páginas a debatir sin cortapisas las tesis del IX Congreso y se podía leer cómo el profesor Gabriel Santullano arremetía contra la frivolidad del secretario general, desde su autoridad ética de veterano militante de la clandestinidad, torturado y encarcelado, y con la responsabilidad de quien había estudiado algo más que el secretario general eso de la ideología: Hasta ahora, el secretario general, adelantándose al colectivo, elaboró durante largos años la orientación del partido en solitario, en tanto los sucesivos comités centrales y ejecutivos se limitaban a aprobar, sin más, sus planteamientos, en ocasiones –como la historia ha demostrado sobradamente– simples sueños de exiliado. Era el más cruel retrato que se le podía hacer y el que más le dolía. Respecto al término «leninismo», todo se reducía a una pregunta no menos cruel: ¿Cómo en un mes se pueden despachar 57 años de historia?[11].

Un miembro del Comité Regional, Carlos Dago, se permitía la osadía de ironizar sobre el sentido del ridículo de la dirección del partido poniéndola en solfa: En la tesis XV hay un párrafo que dice… «los comunistas españoles hemos superado autocríticamente la etapa del estalinismo y recuperado las esencias democráticas y antiburocráticas del marxismo». Me alegraría mucho que fuese así. Pero la realidad creo que no lo confirma. Ahí están las tesis del Congreso: ¿Hay algún

tipo de autocrítica en las tesis? ¿Se equivocaron alguna vez el secretario general y los órganos de dirección del partido desde 1960 para acá? Dos miembros del Comité Central, que pronto dejarían de serlo, Herrero Merediz y Tini Areces, también advertían de la contradicción de suprimir de forma artificiosa el leninismo mientras se mantenía lo más leninista del partido, el centralismo democrático. El gesto de Santiago hacia Herrero Merediz no era otra cosa que una maniobra oportunista de corto alcance[12]. Areces, que había sido secretario general de la organización asturiana entre 1972 y 1976, señalaba que la mayor dificultad dimanaba del propio Comité Central, que no está articulado para ejercer un trabajo de dirección colectiva. Para él la militancia había entrado en el absentismo y la afiliación estaba paralizada desde las elecciones de 1977. Los comunistas, escribía, van alejándose de su propia dinámica y eso no tenía más culpables que los dirigentes, que no saben crear actividad o que no quieren crearla.

Con estas manifestaciones, lo de Asturias debía acabarse antes de que esas voces se escucharan en el IX Congreso. La misión la cumplieron Simón Sánchez Montero, Jaime Ballesteros y Manuel Azcárate, desplazados para la ocasión a la pequeña localidad de Perlora. Se celebraba la III Conferencia Regional del PCE. Desde su inauguración el 24 de marzo la posición oficialista no dejó cancha a los críticos: o callaban, o se iban. Se fueron y 113 delegados abandonaron la reunión cuando la mesa prohibió el uso de la palabra a Herrero Merediz, del Comité Central. Fue el vaso que colmó innumerables irregularidades.

La cuestión de Madrid era más crematística, apenas rozaba el tema del leninismo. Sencillamente, se había desatado una lucha intestina por el pequeño poder de la secretaría provincial. Cada contendiente tenía su camarilla y proponía a Carrillo una solución arbitrista o racional para abordar la ofensiva ideológica que Santiago preveía.

El anterior responsable había sido Víctor Díez Cardiel, un metalúrgico, que militaba desde finales de los cincuenta. Había pasado varios años en prisión, y en función de su cargo a la cabeza del partido en Madrid, Santiago lo había admitido en el quinto puesto de la lista por la capital. Era hombre tranquilo de no excesivas luces, quizá obsesionado porque la cárcel y el franquismo no le habían permitido llevar una vida normal, que posiblemente era su máxima aspiración. Esto quizá le limitaba en algunos aspectos, y le creaba, por ejemplo, una ansiedad sexual algo cómica, que hacía huir a la militancia femenina. Carrillo le detestaba porque en él había ese aspecto de obrero escasamente ambicioso y

poco entusiasta. Le quería para que sustituyera a Marcelino Camacho como diputado y así retirar a este de una parte de su escenario, pero cuando se negó a dejar el Parlamento Cardiel se encontró sin el escaño y sin la secretaría de Madrid.

Se abrió la sucesión. Los candidatos que entraron en liza se reducían a Juan Francisco Pla, un abogado no ejerciente, defendido por el oficialismo. Frente a él, Eugenio Triana, un ingeniero con una ambición política real, que empezaba a pensar que quizá el Partido Comunista era el peor sitio posible para colmarla. Había un tercero, el más simpático y menos creíble, Alfredo Tejero, economista que, como Triana, empezaba a dudar de su compatibilidad entre desear una carrera política y aquel montón de gente menos divertida que él. El tapado de Carrillo fue desde el primer momento Juan Francisco Pla. Pero arriesgaba una ruptura en la organización madrileña que disparara el descontento vísperas del Congreso. Por todas estas razones, todas estrictamente personales sin dejar de ser políticas, en la IV Conferencia del PC madrileño Santiago se sacó de la manga un candidato de contención: Simón Sánchez Montero. Ni siquiera había entrado en liza y a nadie se le podía ocurrir que un miembro del Secretariado del Comité Ejecutivo, diputado, ocupara una misión por debajo de sus posibilidades, considerando que ni tan siquiera era miembro del Comité Provincial. Con tal de evitar conflictos antes del Congreso, optaba por la componenda. Solo se mostró irreductible a la petición de la mayoría de los asistentes a la conferencia de no incluir a Pla entre los nuevos miembros del Comité Provincial y, así, fue necesario aumentar en uno el número de ellos por indicación expresa de Santiago Carrillo. Sabía que, pasara lo que pasara, Juan Francisco Pla era uno de esos hombres que uno necesita siempre en los momentos más delicados, porque son inmunes a las crisis. A Carrillo le llamaba mucho la atención la pasión por la halterofilia y los ejercicios de pesas de Juan Francisco: un hombre que cuida así su cuerpo nunca causará problemas intelectuales.

Con las heridas abiertas en Cataluña, Asturias y Madrid se llegó al congreso. Los historiadores quizá consideren el IX Congreso del PCE como aquel en el que se abandonó formalmente el leninismo. Sin embargo, esta aparentemente audaz medida encubrió una cierta vuelta a las formas más estalinistas de organización y de vida interna. La contradicción es sencilla de explicar. En el cambio para recuperar terreno por la derecha y montarse sobre una parte de electorado socialista, la estrategia de Santiago se basaba en diluir algunas señas de identidad que afectaban al prestigio democrático de los comunistas. Sin desdeñar que consideraba a su vez como convenientes esos cambios en la perspectiva de

incorporarse tarde o temprano al propio gobierno. Renunciar al leninismo era tanto como declarar la guerra a todo el veterano aparato del partido cuya vida estaba ligada al periodo estalinista y que interpretaba este paso del secretario general como una invitación a su descabezamiento. Si se renuncia al leninismo y a su procedencia, pensaban, ello es tanto como advertir que debemos abandonar antes de que nos echen, y no estamos dispuestos a abandonar ni a que nos echen.

Antes de que fuera tomando cuerpo esta idea en amplios sectores del aparato veterano del exilio, Santiago la abordó para advertirles de que la obligatoriedad táctica de retirar el leninismo iba indisolublemente unida a su permanencia en los puestos que ocupaban; de no ser así, el partido se inclinaría por la vía de la social-democracia. Al mismo tiempo que se abandonaba el término «leninismo», se garantizaba la conservación de todo lo antiguo, con ese peculiar sentido del equilibrio que caracterizaba al secretario general. Así lo expresó en el Comité Ejecutivo ante las dudas de Pasionaria: era necesario ocupar el lugar del PSOE y no había otra fórmula que cambiar la imagen del PCE. En aras de los excelentes resultados electorales que preveía, y de los que ellos iban a ser los primeros beneficiarios, lo aprobaron todos. Se mantendría escrupulosamente el escalafón directivo. No habría más renovación que la del término «leninismo».

El pacto vitalicio con los veteranos del exilio era condición sine qua non para retirar el leninismo. Esta paradoja permitía que todo siguiera exactamente como estaba y que ante el electorado, en opinión de Santiago, se diera una impresión de apertura y de abandono de todo dogmatismo. No hacía falta ser muy inteligente para predecir que este equilibrio chapucero haría agua al primer fracaso y que habría de enfrentarse con los que exigían una renovación real y con los ortodoxos que rechazaban tanto «oportunismo».

El IX Congreso transcurrió sin demasiados conflictos; se mantuvieron latentes y apenas si afloraron. Los únicos incidentes se mantuvieron en secreto y fuera del alcance de los delegados. Dos miembros del Comité Central saliente presentaron su dimisión previamente. Los dos tenían relación con el problema abierto en Asturias y ambos también habían sido responsables de dicha organización. Tini Areces y José Manuel Torre Arca (Pin) dijeron cosas que a pesar de no tomarse en cuenta quedarían como elementos explicativos del carácter inamovible del estilo del partido. Areces denunció la campaña que orquestaban contra él hombres como Gerardo Iglesias y Horacio Fernández Inguanzo: De repente pasé de ser un camarada que dedicó los mejores años de su juventud a la lucha contra el fascismo… a ser un «hijo de fascista», un «arribista», un «trepador»… Soy

comunista y lo seguiré siendo, dentro del partido, si eso es posible. No lo fue, pues le echarían meses más tarde, en octubre.

El otro, Torre Arca (Pin), fue quizá el primero que descubrió la verdadera naturaleza de la mixtificación que se intentaba producir con el Congreso y que se había convertido en procedimiento partidario desde hacía muchos años: Una de las cosas que aún no se han conseguido en el partido, a nivel de dirección, es discrepar con naturalidad… Mis desacuerdos con la dirección del partido no son fundamentalmente políticos, sino morales. Estoy más convencido que nunca de que sin una ética profunda no puede haber una política revolucionaria y de que el fin no justifica los medios. Que no se puede avanzar hacia la democracia empleando métodos autoritarios.

No hubo más, nada ni nadie se hizo eco de estas intervenciones, dimisiones incluidas, en el Comité Central. Solo Dolores Sacristán, militante procedente de la emigración española en Francia, abandonó la sala y el organismo al que pertenecía, desde 1969. Tres días después empezaba el Congreso. Ante ortodoxos y renovadores Santiago Carrillo había perdido algo de aquel encanto que le hizo indiscutible durante dos décadas: descubrieron que había envejecido de pronto, quizá lo notaban más porque ellos habían llegado a la edad adulta de la política. En el IX Congreso el secretario general del PCE dejó de ser el principio de toda fuente teórica y política, para conservar su evidente talento para la maniobra interna. Garantizó que todo se desarrollara conforme al plan previsto, pero políticamente el cuerpo del partido salió hecho jirones. Incluso se percibió una cierta pérdida del protocolo del que gozaba. Algunos militantes juzgarían públicamente como incalificable personalismo algunos párrafos de su intervención. En el mismo sentido cabe apuntar la provocación sarcástica de la delegación soviética que presidía el director de Pravda, Víctor Afanassiev, que le regaló un monumental retrato de Lenin. Mala señal cuando a un hombre todopoderoso súbditos y colegas empiezan a perderle el respeto.

La polémica sobre el leninismo dominó en cierto modo el IX Congreso. Fue el tema más controvertido y el carácter superficial de la polémica, impreso en la misma decisión, se trasladó a la ponencia oficial que defendió Simón Sánchez Montero con menos talento aún que fortuna. Para él se trataba de poner de acuerdo la definición teórica de lo que es el partido con la política que el partido está haciendo y, por tanto, no significaría cambiar en nada la política que nuestro partido viene realizando ya desde hace años.

Este contrasentido, que servía más para replanteárselo todo que para dejarlo como estaba, exigía obligatoriamente, en opinión de Simón, la renuncia del leninismo porque, si no nuestra credibilidad, nuestra fiabilidad democrática sufriría bastante e incluso el desarrollo teórico de la línea política tropezaría con ese peso de la definición clásica. A partir de la retirada verbal del «leninismo» el partido aumentaría en credibilidad y el desarrollo teórico avanzaría impetuosamente. Quizá había en el fondo un cierto desprecio hacia la opinión pública y una desconfianza notoria en sus propias palabras. Después de años defendiendo determinadas tesis, ahora constataban que todo seguía más o menos igual, pero que, como la imagen del partido no mejoraba, había que retirar un término no muy bien visto para tratar de que la gente notara lo mucho que el PCE había cambiado. El aire frívolo de la decisión, incluso su arbitrariedad, no era difícil detectarlo cuando el ponente alegaba como argumento que seremos el primer PC que no se define como leninista y de ahí infería que se iban a abrir caminos nuevos para desarrollar la teoría.

Aquel día de noviembre de 1977 que Santiago Carrillo explicó a los estudiantes de Yale, con cinco meses de antelación, que el próximo Congreso del PCE retiraría el término «leninista», hubo una cena íntima a la que asistieron, además de Santiago, su secretaria Belén Pinies, el periodista Joaquín Francés y el doctor Navarro, un profesor de temas sanitarios en la Universidad John Hopkins. En la sobremesa, el médico le preguntó confidencialmente qué personaje de la historia le había enseñado más, a cual apreciaba más, a quién se sentía más cercano. No dudó un instante: «Lenin».

Quizá por esta obsesión del doble lenguaje en ningún otro congreso del PCE recibió Lenin los calificativos más excelsos. Simón le llamó el más grande revolucionario de la historia de la Humanidad y las únicas citas para dejar de ser «leninistas» eran del propio Lenin, en un ejercicio en el que se mezclaban el cinismo, la demagogia y un cierto culto intuitivo, nada consciente, de la paradoja.

La oposición al cambio terminológico, a su gratuidad, iba desde Ignacio Gallego a Ramón Tamames, pasando por el valenciano Palomares o Armando López Salinas, pero en la sesión plenaria la defendió Francisco Frutos, dirigente del PSUC, quien señaló algo tan obvio como que todas las razones que se han dado para suprimir el término marxismo-leninismo son válidas para mantenerlo. Para él, como para gran parte de las corrientes más renovadoras del partido, los problemas del PCE no los vamos a solucionar con cambios nominativos, sino

con la elaboración política necesaria, sin dogmatismo ni actitudes defensivas.

Hombres como Nicolás Sartorius y Manuel Azcárate defendieron las tesis oficiales de abandono del leninismo, conscientes de la frivolidad del gesto y el carácter atrabiliario del modo, pero fiados en que sería un avance en el camino de superar las rémoras que pesaban sobre el PCE.

Lo más curioso es que el debate sobre el leninismo, introducido por Santiago, había creado una línea divisoria ficticia en el seno del PCE. Renovadores y dogmáticos estaban contra el abandono del leninismo por diferentes razones, y también había renovadores y dogmáticos que defendían las tesis oficiales con diferentes intenciones. Así Carrillo obtuvo una victoria, por más pírrica que fuera: crear un motivo aparente, no acuciante, de debate, que confundiera las líneas divisorias de las distintas posiciones en el seno del partido.

Los problemas reales quedaban difuminados tras la envergadura de una discusión teórica que no fue tal. Además, él aparecía ante el gran público, desconocedor de los entresijos de la historia, como el más audaz y liberal de los secretarios generales del mundo entero, el primer comunista que rompía con el leninismo. Cualquiera que rechazara la retirada del leninismo, tanto por el método como por el modo o el momento, incluso aquellos para quienes el leninismo no formaba parte de sus señas de identidad genuinas, y que consideraban llegado el momento de desmarcarse de él, todos, unos y otros y los de más allá, todos eran considerados unos dogmáticos proleninistas por la astucia de Carrillo de plantear una pelea en los términos que había querido. La falacia de la polémica del leninismo será la última operación de Santiago exhibiendo su indudable talento para la maniobra interna y su conocimiento del funcionamiento de un partido de tipo estalinista. Pero la «operación leninismo» convirtió el XI Congreso en lo que nunca debió ser: un debate teórico sin teoría ni teóricos.

El nivel fue ínfimo, quizá el eslogan que mejor lo reproduce es el que pronunció una delegada valenciana: No abandonamos la esencia del leninismo… Nosotros queremos hacer la revolución española y a la española. No era tampoco fácil elevarlo, entre otras razones porque ninguno de los contendientes podía explicitar los motivos de fondo de sus tesis: los dogmáticos proleninistas porque no podían defender su ansia por volver a la incondicionalidad prosoviética anterior a 1968; los renovadores antileninistas porque no podían desvelar que todas sus esperanzas estaban puestas en que Santiago encabezara la renovación

para que la situación se volviera irreversible y el partido se italianizara realmente; los dogmáticos antileninistas porque la fidelidad a Carrillo era la garantía de tranquilidad y seguridad en el empleo; y en fin, los renovadores proleninistas porque consideraban un ejercicio de superficialidad rechazar el leninismo y dejar todo lo demás.

Para garantizar que se cumplirían a rajatabla sus compromisos con la vieja guardia y que no hubiera sorpresas en las votaciones, Carrillo impuso una comisión de candidaturas al Comité Central en la que no quedaba resquicio alguno a la improvisación. Todos sin excepción se lo debían todo y jamás le habían contrariado. El que menos llevaba trabajando con él desde hacía quince años: López Raimundo, Manuel Benítez, Basilisa Ranchal, Pilar Brabo, Jaime Ballesteros, Romero Marín y Julián Ariza. Nadie se colaría que no hubiera sido decidido previamente. Se obró, como dijo Jaime Ballesteros en la presentación de la candidatura al Comité Central, con el criterio de continuidad y renovación. Fueron reelegidos los incondicionales: su chófer (Julio Aristizábal), su guardaespaldas (José Gros) y su mayordomo-secretario (Anselmo Hoyos), sus discípulos (J. C. Mauricio, Antonio Palomares, G. Iglesias, Damián Pretel, J. Ariza…) y los veteranos de su quinta (Federico Melchor, Ramón Mendezona, R. Ormazábal, Romero Marín, que seguía figurando como «obrero»), al igual que los dos «campesinos históricos» Pere Ardiaca e Ignacio Gallego… También estaban los que pronto dejarán de ser sus discípulos (Azcárate, P. Brabo, C. A. Zaldívar…) y los que nunca lo fueron, pero que hacía bien en tenerlos (Cristina Almeida, Ernest García, Juan Infante, Amparo Rubiales).

En su intervención política Santiago Carrillo había definido el instrumento que tenía ante sus ojos: Este partido no es una improvisación… Se ha renovado sin dejar de ser la continuidad de un pasado glorioso. Es una larga historia que se orienta hacia un más largo porvenir; en el que serán necesarios también tesoros de combatividad y firmeza y que precisará también de tesoros de inteligencia, porque quiere ser, lo es ya potencialmente y lo será de manera efectiva mañana, un partido de gobierno.

No hay ni un ápice de sentido autocrítico. Su análisis de la situación política parte de ahí para llegar al mismo sitio: el PCE es un partido de gobierno y nadie osará en las tres jornadas congresuales tocar esta piedra angular de sus análisis. Solo los «Pactos de La Moncloa» concitan algunas reticencias, especialmente procedentes de Cataluña, en los hombres más representativos del movimiento obrero, como Cipriano García, pero queda oculto por la hojarasca de los

defensores. Gerardo Iglesias, secretario de la organización asturiana, señala que los acuerdos de La Moncloa no son un elemento de desmovilización de las masas, sino al contrario, facilitan la movilización, puesto que la legalizan. Lamentablemente, no fue más explícito en esta perspectiva novedosa de que las movilizaciones en la democracia fueron legales gracias a los Pactos de La Moncloa, pero el ritual de las palabras servía para justificar todo, desde los citados Pactos hasta el método de la legalización del partido, que en boca de Pilar Brabo se convertía en algo majestuoso: La batalla por nuestra legalización fue la primera batalla dada por nosotros dentro de un nuevo contexto de la lucha de clases en nuestro país, dentro de lo que podríamos llamar el contexto posdictatorial en que se desarrollaba esa lucha de clases.

Este lenguaje metafórico, en cuanto enmascaraba la realidad y el pasado inmediato, estaba cubierto de «realismo», de pragmatismo, que hacía decir a Carlos Zaldívar que hoy la tentación utópica es la peor de todas, por más que estuviera atemperada por la exactitud de afirmar que no hay utopía más reaccionaria que querer reconstruir el pasado. El mismo Carrillo utiliza un estilo que pretende ser muy concreto y que se convierte en deslavazado, con sus habituales latiguillos del pasado parisino, que escandalizarán, por su vulgaridad, a algunos jóvenes militantes. Cuando exclama que se cisca (se caga) en sus enemigos, a los que califica de resentidos viscerales y mezquinos, más de uno considera que es impropio de un secretario general y así lo harán constar en el Congreso.

Terminaba el Congreso número nueve de la historia del Partido Comunista un 23 de abril de 1978. Realmente era el primer congreso de la historia del PCE en condiciones normales, el primer congreso legal de su historia, puesto que el IV, celebrado en Sevilla en marzo de 1932, no se puede considerar tal, porque en octubre fueron destituidos y expulsados el secretario general y los tres dirigentes máximos[13]. El criterio del delegado de la Internacional Comunista convirtió el Congreso en algo superfluo e inútil y se nombró un nuevo secretario general, José Díaz, y un nuevo comité ejecutivo, según el criterio del argentino Codovila. Por tanto, este congreso de 1978, a falta de dos años para que el PCE cumpla sesenta, es el primero en su difícil historia que se hace en condiciones normales. Es lógico, por tanto, que haya que valorarlo de manera muy especial.

Involuntariamente, será Simón Sánchez Montero el que señale con exactitud el fin del mito, el comienzo de una etapa muy diferente para los comunistas españoles: Se acabó ya el tiempo de la sacralización del partido. El Partido

Comunista no es para los comunistas españoles «el Partido», ahora es un partido de la clase obrera… Tenía razón, pero no porque fuera un término ritual que debía abandonarse en virtud de la racionalidad política, sino por algo mucho más pedestre, porque en la realidad política española el PCE había dejado ya de ser «el Partido».

Sin embargo, Rafael Alberti siguió cantando sus versitos como antaño, y hasta le dio un aire otoñal a la clausura. Un congreso sin él no era un congreso del glorioso Partido Comunista.

Un grito izado en el viento

un mar que a las multitudes

arrastra en su movimiento.

Olas y olas y olas

el Partido Comunista

por las tierras españolas.

Hasta el viejo vate se había vuelto rancio y no lograba adaptarse al tiempo nuevo. Estaba agostado, pero los veteranos se lo agradecieron. El tiempo parece que no pasa cuando se conservan las mismas costumbres.

MANTENER EL RUMBO

Una persona sensible a los peligros que corría la vía mantenida contra viento y marea por el secretario general se hubiera dedicado durante algún tiempo a consolidar las audacias de los últimos meses e ir restañando las heridas, hasta recomponer el cuerpo social del PCE, que empezaba a alterarse. Mas no era este

el estilo de Carrillo. Consideró el Congreso como otro éxito personal y aún fue más lejos: ahora había que «homogeneizar» el partido, un término que a partir de entonces se irá convirtiendo en una monomanía. Había que liquidar definitivamente lo de Asturias y así se hizo, expulsando a Tini Areces y protegiendo al nuevo secretario, Gerardo Iglesias. Apareció la primera carta pública de protesta de la militancia contra los métodos utilizados en Asturias. Pero no se le hizo ni caso.

Le preocupaba más Cataluña, que se convertiría en su obsesión prioritaria entre las tareas internas. No era solo el carácter no vinculante que había tenido para el PSUC la cuestión del leninismo, sino el efecto de irradiación. En Valencia, en Euskadi e incluso en Galicia, se consideraba al PSUC y a su secretario general, Antoni Gutiérrez Díaz, como un modelo, en tanto ellos eran los auténticos «italianos» de España. Incluso algunos medios de comunicación jaleaban estos términos.

Pero Carrillo se sentía seguro hasta el punto de considerar que había llegado el momento de sacar Mundo Obrero diariamente. A la necesidad de dar un salto en la influencia del PCE se unían ciertas promesas y ayudas que Adolfo Suárez y la UCD le garantizaron para truncar cualquier intento similar del PSOE. Los cálculos de prospección del nuevo diario del partido tenían trampa y parecían más las «cuentas del Gran Capitán» que una empresa moderna. Lo denunció el economista y miembro del Central, Julio Segura. A él le cabe en exclusiva el honor de haberlo descubierto. Pero se tiró hacia delante; si Santiago lo había aprobado es que había otras cosas que ellos no sabían y que el talento de Carrillo aprovechaba.

Este espíritu de arrolladora aventura casaba con la no menos aventurada política de acercamiento y condescendencia hacia el gobierno de Adolfo Suárez. El PC era el único partido del arco parlamentario que seguía empecinado en creer que los Pactos de La Moncloa seguían vigentes. Incluso se autoconvenció de que se estaban llevando a cabo reformas trascendentales, revolucionarias, con el gobierno de UCD y el soterrado apoyo comunista. Santiago creía en sus propios análisis de tal suerte que perdía la noción de su papel real.

En esta primera legislatura, que luego perdería su número, para ser considerada constituyente, el PCE fue el más fiel, e incluso abnegado, de los aliados de la Unión de Centro Democrático. Sin necesidad de referirnos a los Pactos de La Moncloa, hubo otras actitudes significativas de seguidismo a ultranza.

El 10 de enero de 1978 se celebra en el Parlamento la primera y única sesión informativa sobre el Ejército. Asistieron, como es lógico, el vicepresidente primero y el ministro de Defensa, Gutiérrez Mellado. Durante tres horas la Comisión de Defensa del Congreso de los Diputados debatió y exigió informes y medidas. Desde los socialistas (Luis Solana) hasta los aliancistas (López Bravo), pasando por los nacionalistas vascos (Gerardo Bujanda) y catalanes (Jordi Pujol), todos dijeron algo, criticaron algo y exigieron algo ante uno de los temas más controvertidos y delicados de la transición, como se demostraría exactamente tres años más tarde, un 23 de febrero. Incluso el representante de la UCD (Pérez Llorca). La excepción fue la del diputado comunista Simón Sánchez Montero, quien se expresó del siguiente modo: Señor presidente, señor ministro, señores diputados, he pedido la palabra en este momento de la reunión porque antes no tenía ninguna pregunta que hacer. Pero no quisiera que la reunión se levantase sin que, en nombre de mi grupo parlamentario, quedase aquí clara, patente, la satisfacción que nos produce el que esta reunión se haya celebrado, reunión que nos parece importante, porque inicia la relación y la colaboración entre el Congreso, como expresión de la soberanía popular, y el Ejército de la nación. Yo me felicito de ello y estoy seguro que esta colaboración que aquí se inicia va ser fructífera para el Ejército y para el país. Muchas gracias[14]. No era un caso aislado, ni el tema fútil, como para dejar pasar la primera y única ocasión de la legislatura para tratar la cuestión militar.

El PSOE aparecía como la alternativa a ese gobierno. Con curiosa impudicia dice el secretario general en la tribuna del IX Congreso: El PSOE ha sacrificado muchas cosas a su vocación de «alternativa de poder». Aunque nadie puede negarle ese derecho, sí se le puede hacer el reproche… de haber asomado demasiado la oreja electoralista. Si en la estrategia de Carrillo las esperanzas del PCE de arañar base social al PSOE pasaban obligatoriamente por aparecer como partido del gobierno y aumentar así su credibilidad democrática, al PSOE le ocurría exactamente al revés: solo si se distanciaba de la UCD podía servir como alternativa ante el previsible desmoronamiento de aquel partido de retales que había construido Adolfo Suárez.

Además de los Pactos de La Moncloa hubo otra toma de postura que marcó nítidamente el diferente enfoque de la izquierda ante una cuestión de Estado: la discusión sobre la forma de régimen. Ante el dilema monarquía o república, dilema por lo demás formal, porque nadie en su sano juicio estaba dispuesto a ponerle trabas a la monarquía de Juan Carlos, uno y otro partido enfocaban su política de diferente modo, en función de sus estrategias.

Una vez que no existía peligro alguno de echar a pique el equilibrio del sistema, porque la UCD tenía la mayoría y en este caso concreto podía ser reforzada por Alianza Popular, el PSOE consideró que una forma de desmarcarse del consenso y reafirmar sus señas de identidad sería la de hacer un voto particular en favor de la república. El hecho no carecía de relevancia y aunque iba a servir para los ataques de la derecha, permitía, por otro lado, incrementar la imagen de cambio que los socialistas habían perdido durante el primer periodo de la transición, en el que se distinguieron por su seguidismo.

El PSOE se quitaba la espina de los consensos a los que le habían llevado mancomunadamente la UCD y el PCE y aparecía como partido de recambio, fiel a sus principios y dispuesto a tomar la alternativa. Adoptó la medida de hacer una proposición en favor de la república, que obviamente sería rechazada, y, respecto a la monarquía, se abstendría tanto en la Comisión Constitucional como en el pleno del Senado.

En la sede del Partido Comunista de la calle Castelló se acababa de conocer que el PSOE propondría su voto particular y simbólico en favor de la república. La posición en la que colocaban al PCE no dejaba de ser incómoda: si los apoyaban serían acusados de desestabilizadores y no solo como seguidistas del PSOE, sino como vulneradores de los acuerdos adoptados por Adolfo Suárez y Santiago Carrillo en el proceso de legalización del PCE.

De cualquier forma, el Partido Comunista debía aceptar una de estas opciones: apoyar simbólicamente la república, seguir a la Unión de Centro Democrático o abstenerse desde el primer momento, para no aparecer como seguidista de unos u otros. Se reunieron para debatirlo los miembros del Comité Ejecutivo: Pilar Brabo, Solé Tura, Manuel Azcárate, Ramón Tamames… pero se notaba la ausencia de Carrillo, que estaba de viaje.

Tamames fue el primero en defender el voto particular republicano. Entendía que no se podía dejar solos a los socialistas levantando la bandera tradicional de la izquierda, que se había sumado a la reforma, pero que procedía de posiciones republicanas. Le apoyaron Pilar Brabo y Azcárate, y no hubo opiniones en contra porque Solé Tura no intervino si no fue en un nivel estrictamente informativo, no valorativo: todos sabían que su posición era netamente favorable a dar el sí a la monarquía.

Entonces se produce la llamada telefónica de Santiago Carrillo. Habla con Solé

Tura. Cuando este vuelve a la reunión transmite la rotunda opinión de Carrillo: «Nada de República, apoyar a la Monarquía sin más». La primera en intervenir será la propia Pilar, quien inicia un desmarque de sus posiciones. Uno tras otro, se irán retractando, en ausencia del secretario general, ante la estupefacción de los asesores del tema constitucional, que no están acostumbrados a estos ejercicios traumáticos.

De este minidebate interno pueden sacarse dos conclusiones: primero, el PCE se mantendría fiel a Adolfo Suárez independientemente de lo que pudiera hacer el PSOE, e incluso por eso mismo reforzará su ligazón con el presidente del gobierno. Segundo, la única fuente ejecutiva de análisis y de decisiones pertenecía en exclusiva al secretario general y nadie hasta entonces cuestionó la línea trazada por él. Se le consideraba el principal patrimonio negociador e intelectual del partido, basado en aquel principio político que definió Carlos Alonso Zaldívar durante su periodo de miembro del Comité Ejecutivo: Sí, creo que es marxista opinar que la lucha y el trabajo pagan. Pues bien, la lucha y el trabajo antifranquista de nuestro partido no se ha pagado al contado. Yo creo que se puede ir cobrando a plazos si negociamos bien las letras que están en nuestras manos[15]. Santiago quizá había dejado de ser el estadista que todos preveían, pero seguía siendo el jefe de negociado de una empresa colectiva enfocada al cobro de letras atrasadas.

El apoyo del PCE al gobierno de Adolfo Suárez fue en un momento determinado la única fuente de seguridad que le quedaba al presidente. Ni siquiera podía decir lo mismo de su propio partido, sometido a unas tensiones internas que le erosionaban semana tras semana. La fórmula del «consenso» era una operación a dos –Suárez y Carrillo– que colocaba a los demás en la difícil tesitura de ser considerados desestabilizadores si se abstenían y seguidistas si apoyaban. Sin el PCE el «consenso» no hubiera podido funcionar como forma de gobierno. Se puede debatir su hipotética bondad sobre la base de que fue beneficiosa en un periodo y para una cuestión –la Constitución–, pero gangrenó la vida política.

La soledad del gobierno Suárez-Abril Martorell y la predisposición del PCE están en la base de la iniciativa de entrar en negociaciones para un eventual acuerdo de gabinete. En el otoño de 1978, durante una cena entre Abril Martorell y Santiago Carrillo, ambos acuerdan «confrontar los programas».

De este modo lo planteará Santiago en la Comisión Permanente del Ejecutivo, donde tendrá por primera vez la oposición rotunda de Nicolás Sartorius. El

mismo secretario general se muestra escéptico y hasta algo distante ante la iniciativa. Llega a afirmar que, en su opinión, la confrontación de programas no va a dar nada, pero el solo hecho de celebrar la reunión nos permite utilizarlo en las próximas elecciones… Si estamos colaborando con el gobierno, nadie nos podrá negar el derecho a participar en él.

El rechazo de Sartorius obliga a una transacción. Se acepta ir a una reunión con el gobierno, pero de cualquier acuerdo que se alcance deberá darse cuenta al PSOE. Así se lo explicará la delegación del PCE (Azcárate, Tamames, Solé Tura y Julio Segura) a Abril Martorell, José Luis Leal, Pérez Llorca y Calvo Ortega, cuando se reúnan un domingo de octubre, comida incluida, en Presidencia del Gobierno. El vicepresidente Abril se encogerá de hombros. Leal, ministro entonces, manifestará más tarde que el único interés del gobierno se reducía a comprometer aún más al PCE en la política económica. Pero para eso parecía un tanto superflua la reunión, dado que los comunistas eran fieles a sus compromisos de La Moncloa, incluso si no se cumplían, como era el caso; se limitaban a recomendar la Comisión de Seguimiento, pero sin amenazas.

La larga charla dominical pasó por temas como el de la OTAN sin adoptar acuerdos ni reflejar desacuerdos, sencillamente cambiando opiniones. Al final, la conclusión se redujo a la propuesta de hacer un documento que estableciera el balance de la entrevista y que redactarían Pérez Llorca y Manuel Azcárate. Ninguno haría nada y la iniciativa terminó ahí.

Dos años más tarde, en una sesión parlamentaria, Santiago Carrillo mencionará el hecho en el mismo sentido que lo había mentado en la reunión del Ejecutivo: ahora nos niegan el derecho a entrar en el gobierno, pero bien que en otras ocasiones nos llamaron para prepararlo.

Que se trató de una trampa entre tramposos, y quizá sin más trascendencia que ver lo que caía, se trasluce de un detalle curioso. Carrillo prometió a Abril Martorell que asistiría a la cita. La primera sorpresa del vicepresidente al llegar la delegación del PCE fue no encontrarse al secretario general. Preguntó: «¿Cuándo viene Santiago?», pero en el Ejecutivo ni tan siquiera había planteado tal eventualidad. En su reciente testamento[16] Carrillo no solo señala que estuvo –es decir, se apunta el tanto que entonces le parecía arriesgado–, sino que cita entre los visitantes del domingo a Nicolás Sartorius, su principal detractor. Tratándose de un hombre de memoria prodigiosa, estos retoques de la foto tienen su explicación. Hoy ese «mal recuerdo» tiene un valor positivo para él porque

demuestra lo cerca que estuvo del gobierno y la «unanimidad» que existió en aceptar la iniciativa de UCD; mientras que entonces aún se trataba de una medida que obligaba a la cautela.

No hay que descartar que el gesto de Suárez-Abril de acercarse al PCE buscara asustar al PSOE con un «acuerdo a la italiana» que prolongara la legislatura. Como expresó Carrillo en una conferencia en el Club Siglo XXI, los comunistas se oponían radicalmente a la convocatoria de nuevas elecciones. Por entonces habían elaborado un documento secreto titulado «Propuestas Programáticas», que constituía de algún modo el programa de gobierno para un eventual encuentro de la UCD y el PCE. Constaba de 20 páginas y se mantendrá su vigencia prácticamente sin variaciones durante toda la legislatura constituyente e incluso parte de la siguiente. El PCE propone un acuerdo en base a cinco puntos que van desde el calendario electoral –municipales en febrero o marzo de 1979 y generales en 1980–, a convertir el consenso en forma de gobierno absoluto; plantea expresamente que las leyes sean concertadas… previamente a su presentación al Parlamento. Incluso la cuestión de la OTAN; y quizá para obviarlo sugieren aplazar el debate sobre la entrada o no de España en la OTAN hasta 1986.

En el esquema político que se había elaborado, Santiago estaba convencido de que el PSOE no podía gobernar. A comienzos de noviembre de 1978 escribirá: En esta democracia incipiente y frágil nos parece un error decir que las alternativas que se presentan al país son un gobierno encabezado por UCD o por el PSOE. Si la cuestión se plantea así ante los electores mucho me temo que en las condiciones actuales el PSOE esté haciendo la propaganda de UCD[17].

Era precipitado para él la disolución de las cámaras y la convocatoria de nuevas elecciones. Aún no había tenido el suficiente tiempo para quitarle mordiente al PSOE y forzar a la UCD a un acuerdo de mayoría. Era consciente de que su política exige mucha más fe que razón y por eso no admitía la más mínima duda en el partido respecto a ese punto. Ninguna aventura que deteriorara la imagen de partido moderado, fiel cumplidor de sus compromisos y sólido baluarte de gentes adultas y equilibradas.

Los cambios que debían hacerse los había hecho él: no se hable más. Por eso cuando un miembro del Comité Ejecutivo, Pilar Brabo, inicie su propia interpretación de las innovaciones que introducir, surgirá el enfrentamiento con el secretario general. Es la primera divergencia personal en el Comité Ejecutivo

desde hace muchos años y Santiago está convencido de que debe dar un escarmiento que evite sentar un precedente. El conflicto con Pilar Brabo es algo más que un problema doméstico y personal, es el síntoma de que el secretario general empieza a dejar de ser intocable y que empieza a abandonarle su desodorante.

El 17 de diciembre será un momento clave en la vida de Pilar Brabo Castells. Por primera vez en quince años de militancia, desautoriza las opiniones hasta entonces sagradas del secretario general. Hasta ese día ha sido la más fiel y abnegada de sus colaboradores, y va a dejar de serlo un domingo, cuando en el Hotel Convención intervenga sobre la liberación de la mujer. Desde el día anterior se está celebrando la Conferencia sobre la Mujer organizada por el PC y del tono y el enfoque puede dar una idea el que la mesa presidencial del acto esté compuesta por nueve hombres y cuatro mujeres, todos de la dirección del partido. Las palabras de apertura y clausura las ofreció hombre tan sensible a la mujer y sus derechos como Ignacio Gallego.

Para Carrillo el problema del feminismo en España se reduce a la lucha contra la explotación de la mujer y por la genérica igualdad de derechos. En otro tiempo, se distinguió por afirmaciones más audaces, pero ahora, en 1978, se ha vuelto algo más tradicional respecto a cuestiones incluso privadas. Las relaciones con su esposa han convertido su casa en un lugar incómodo, donde los hijos huyen como pueden; ella no acaba de comprender que un hombre como él necesita libertad para moverse y para actuar y vivir, porque al fin y al cabo tiene sesenta y tres años y existen ya pocas oportunidades de gozar. Desde el viaje a los Estados Unidos con su secretaria Belén Piniés su mujer lo lleva muy mal y recibe tratamiento psiquiátrico. Las ausencias nocturnas de Santiago crean tensiones familiares.

En el etéreo mundo de las declaraciones programáticas todos son radicales, pero ante los problemas concretos de convivencia se comportan como conservadores, apegados a sus hábitos. Carrillo está en un momento particularmente sensible sobre el tema de la mujer, sensible y harto. No es extraño que dé a su intervención un tono más conservador y practicista que en otras ocasiones. Pilar Brabo, que está en la mesa presidencial, y a quien en su vida personal le ocurre lo contrario, rectifica y contradice las opiniones del secretario general ante varios centenares de personas que llenan el local y ante la plana mayor del PCE: Dolores, Gallego, Sánchez Montero, Santiago Álvarez, Ormazábal…

Santiago no es un novato y entiende que el conflicto no se hará esperar. Pilar Brabo mantiene una cierta potestad sobre la organización de Levante y eso debe terminar antes de que se convierta en algo peligroso. Cada vez se comunican más entre Valencia y Barcelona, dejando a un lado a Madrid.

La ocasión para terminar con ese peligro va a producirse un mes más tarde, cuando se celebre el I Congreso del PC del País Valenciano. La importancia que Santiago le da al acto se puede medir por la envergadura de sus tres emisarios: Ballesteros, Sánchez Montero y Romero Marín. Llevan instrucciones inapelables de que sea «elegido» como secretario general Antonio Palomares, un hombre tan limitado que el propio Santiago no tiene ningún rubor en definirle, con él presente, como «el menos malo de los candidatos». Palomares tiene una larga trayectoria de incompetencia política que procede ya de los años sesenta, cuando las redadas del franquismo entre el comunismo valenciano provocaban desmantelamientos sucesivos, en los que Palomares se comportaba heroicamente, según los papeles, pero a quien se achacaba, internamente, la responsabilidad de todos los desastres. La historia del PC en Valencia, desde el final de la guerra civil hasta la democracia, es una apasionante historia en la que converge una militancia numerosa y constante, como en pocos lugares de España, y que tuvo al frente a unos responsables políticos con mentalidad gallera, a caballo entre la irresponsabilidad, la traición y la incompetencia, casi sin excepciones.

En enero de 1978 la organización comunista del País Valenciano está dividida en varias corrientes, pero es numerosa y de influencia notable, como se ha podido comprobar en las elecciones del 15 de junio. De una parte están los seguidores de Antonio Palomares, minoritarios y tradicionales. Los que responden a corrientes más renovadoras solo son mayoritarios en la capital y apoyan a Ernest García, un profesor cuya relación con Pilar Brabo es estrecha en el terreno personal y político. Por último, está una porción muy considerable de militantes para quien Palomares es sencillamente un zote que no entiende ni lo que pueda exponerle Carrillo, a menos que se lo explique dos veces, pero para quienes García es representativo tan solo de los sectores profesionales e intelectuales de la capital y no de la mayoría obrera y sindical. Estos últimos tienen un hombre fuerte que es José Galán.

La misión que encabezan Sánchez Montero, Ballesteros y Romero Marín se reduce a que, pase lo que pase, Palomares debe salir secretario general. Conforme al ritual, Simón Sánchez Montero hace su intervención política y

vuelve a Madrid. Jaime Ballesteros realiza el trabajo de fontanería y organiza la maniobra; consigue que Galán y sus partidarios apoyen a Palomares en aras de las orientaciones de Carrillo, pero debe volver a Madrid para una reunión ineludible. Se queda solo Francisco Romero Marín, que con su visión de coronel pasa revista a los cuarteles, ve la unidad en formación y se queda satisfecho por el orden reinante: descansen, que yo me voy. Vuelve también a Madrid, y Pilar Brabo el último día, en el último minuto, sola y sin procónsules, logra dar un vuelco a la reunión y saca por mayoría simplísima (31 contra 29) a su candidato a la secretaría del País Valenciano: Ernest García.

Cuando en Madrid se entera Carrillo de que el amigo de Pilar es el nuevo responsable del partido, extrae varias conclusiones. La primera es que Simón debió mantenerse en Valencia hasta el final, que Ballesteros ya no sirve ni para garantizar las decisiones burocráticas, y que Romero Marín nunca fue un lince en nada que no fuera mantenerse en la clandestinidad, pero ahora es sencillamente un viejo estúpido a quien se la pega cualquier oso de peluche. Y por fin, otra conclusión definitiva: a esa chica de treinta y cinco años hay que enseñarle lo que es el partido, porque ella entró en 1963 y carece de experiencia.

En la reunión del Comité Ejecutivo inmediatamente posterior a la Conferencia del País Valenciano, Santiago irá derecho a su objetivo y le dará una lección inolvidable: en su vida había escuchado cosas semejantes y con un tono parejo. Ella, la implacable y fría dirigente, se queda alelada y no se le ocurre otra cosa que echarse a llorar. Carrillo la deja llorar y lamentarse un buen rato; cuando cree que ya se ha rebajado lo suficiente ante todos los presentes y que ha quedado bien claro quién manda allí y el costo que tiene querer volar por su cuenta, hace una pausa para que se limpie la cara, pero inmediatamente exige una sanción. Solo cuando Simón Sánchez Montero se opone, porque cree que la sesión ha sido suficiente, entonces se conforma con las lágrimas y la humillación.

Desde ese día Pilar Brabo ya no será la misma, independientemente de que Santiago Carrillo, claro, la haya borrado de su lista. Le odiará con el mismo furor con que se apasionó antes. Pocas personas le habían mimado y servido de tal modo, a cambio tan solo del pequeño poder del periodo de la clandestinidad, que se reducía al riesgo de décadas de prisión y al dominio sobre unos miles de militantes. Es verdad que Santiago la compensó promocionando a su marido, Carlos Sáez de Santamaría, hasta un poco más allá de lo razonable, incluso aceptando dar el dinero necesario para poner en marcha el semanario La Calle,

un año antes de esta catástrofe y a pesar de su incompetencia. Con esa sensibilidad de todo hombre autoritario para alimentar las debilidades ajenas, mantuvo al marido incluso proponiéndolo como candidato electoral, hasta que ella le mandó al carajo. Hasta entonces fue respetuoso con las flaquezas femeninas. ¡Qué balanza puede pesar al mismo tiempo quince años de fidelidad y a un pobre marido inútil!

A algunos, nuevos en el Comité Ejecutivo, el hecho les conmocionó. Carrillo les había demostrado que había conquistado el cargo en tiempos más duros que estos. Para los veteranos fue sencillamente una página ya leída. Él estaba contento, porque es bueno de vez en cuando demostrar la fuerza de un jefe para que nadie se llame a engaño. Se acababan de anunciar las elecciones, el partido debía funcionar como un reloj y a un reloj, para que ande bien, no debe darle cuerda más que una mano.

[1] La minoría comunista, en su corta experiencia, designó en 1936 a Vicente Uribe como secretario y a José Díaz como portavoz en la Diputación permanente, cargos que apenas ejercieron.

[2] Por esas ironías del destino, Pilar Brabo se dedicará, años después de abandonar el PCE, a la sociología electoral.

[3] En las constituyentes de junio de 1946 el PC italiano obtuvo el 18,9 por 100, casi lo mismo que el PSU de Cataluña en 1977 (18,4).

[4] Mundo Obrero, 13 de octubre de 1977.

[5] C. A. Zaldívar, La transición a la democracia, vol. 8 de 60 años en la historia del PCE.

[6] Memoria de la transición, 1983, p. 525.

[7] Mundo Obrero, 1 de diciembre de 1977.

[8] Manuel Azcárate, Crisis del eurocomunismo, p. 59.

[9] Todas las citas están tomadas textualmente del Diario de Sesiones del 23 de diciembre de 1977.

[10] Por esos azares del destino político, en las elecciones de 1979 Herrero Merediz saldrá elegido senador del PSOE después de la crisis que azotaría a la organización comunista asturiana.

[11] Verdad, 20 de febrero de 1978.

[12] Verdad, 15 de marzo de 1978.

[13] Bullejos, Adame, Vega y Trilla.

[14] Diario de Sesiones, 10 de enero de 1978.

[15] Carlos Alonso Zaldívar, 60 años de historia del PCE, vol. 8.

[16] Memoria de la transición, pp. 57-58, 1983.

[17] Santiago Carrillo, «Las contradicciones del PSOE», Mundo Obrero, 9 de noviembre de 1978.

Capítulo 22

Cuando fracasemos en esa empresa, cuando seamos derrotados por completo y estemos lamiendo nuestras heridas en el más lamentable de los estados, entonces sí que comenzaremos a preguntarnos si en verdad no habíamos tenido razón antes, es decir, que la Tierra se mueve.

B. Brecht, Galileo

EL FIN DE UNA POLÍTICA

Las elecciones de marzo de 1979 aportarán muchos y muy variados elementos para el PCE. Contradictorios. Una determinada política, que alcanzó hasta los comicios, habrá de cambiarse treinta y tres días después, a consecuencia de las municipales. El techo electoral del PCE está registrado en estas elecciones y, al tiempo, aparecerá con ellas el callejón sin salida en el que se introdujo la estrategia diseñada desde el comienzo de la transición política. El 4 de abril, el PCE se encontrará con que tiene que volver al punto de partida conscientemente abandonado en abril de 1977: la alianza con los socialistas. Pero ahora en condiciones de inferioridad manifiesta.

Han pasado dos años y se ha dejado en el camino todo lo que constituía la especificidad del PCE: su base militante, su penetración en el tejido social, sus raíces ideológicas en evolución, que se quedan estancadas, su monopolio sindical, su imagen de solidez. Hasta al propio Carrillo, el «mago» de la táctica política, se le desprende su halo de genialidad. Desde abril de 1979, tras conocerse los resultados de las generales y las municipales, se empieza a percibir que el PCE y su secretario general se están suicidando. Ni uno ni otro son capaces de admitir ni el más pálido y evidente reflejo de esa evidencia.

A punto de cerrarse 1979, el 29 de diciembre, Adolfo Suárez comunicó al país que, aprobada ya la Constitución, se cerraba la legislatura. Lo exigía el PSOE y también lo necesitaba el partido gubernamental para poner freno a las querellas internas en aras de la inminente campaña.

El PCE planteó desde el primer momento la pelea electoral como un combate contra los socialistas. Así se decidió en la sesión del Comité Central de enero, donde llevó la voz cantante Ramón Tamames. A él se debía la invención de un agudo eslogan que hacía referencia a la campaña que estaban popularizando los socialistas en el centenario de su partido. Si el eslogan del PSOE era «Cien años de honradez», Tamames añadió «y cuarenta de vacaciones». Una mordaz ironía sobre el escaso espíritu combativo del PSOE durante la dictadura franquista. Esta idea fue recogida con gran satisfacción por Santiago y se transformó en un leitmotiv de los mítines, en los que se señalaba con reiteración que el voto al PSOE no se entregaba a los discípulos de Pablo Iglesias, sino al mismísimo Willy Brandt. Incluso llegó a expresar textualmente que la línea de continuidad histórica con el socialismo del fundador del PSOE y de Largo Caballero estaba en el Partido Comunista. Este objetivo obrerista de restarle como fuera la base electoral que desde junio de 1977 había recogido el socialismo les llevó a un lema de campaña un tanto extraño: «Pon tu voto a trabajar». Todavía hoy nadie sabe a ciencia cierta qué quería decir.

Se confirmaba que el PCE iba a sostener su táctica y su política sobre la viga maestra, establecida sin excesivos razonamientos por Carrillo. La estabilidad de la democracia estaba ligada en primer lugar a Adolfo Suárez y en segundo lugar a un gobierno de concentración presidido también por Adolfo Suárez. Frente a la zigzagueante política de la Unión de Centro Democrático y a su crisis crónica, él ofrecía su ayuda para seguir adelante, convencido siempre de que, una vez descartado Suárez, el resto no era más que frivolidad y aventurerismo.

En las candidaturas comunistas hubo variaciones significativas. La confrontación con el PSOE obligaba a plantear cómo ganar a los sectores obreros. No había más que un modo: implicar al sindicato, Comisiones Obreras. Las listas se llenaron de líderes sindicales: Tomás Tueros por Vizcaya, Rafael Pillado primero por La Coruña, Francisco García Salve primero por Palencia, Julián Ariza primero por Valladolid, Camacho segundo por Madrid y Nicolás Sartorius el quinto. Fernando Soto y Eduardo Saborido, abriendo la candidatura sevillana, y Francisco Cabral por Cádiz, por señalar a los más sobresalientes. También se incorporó a la vieja militancia: Ambrosio San Sebastián por

Santander, María Luisa Suárez por Ávila, Agustín Sánchez por Murcia, Antonio Montoya por Almería, Antonio Palomares por Valencia…

Obsesionado por tener el partido en sus manos, el secretario general volvió a agarrar todos los hilos y diseñó hasta los aspectos más nimios. Solo se permitió un cierto distanciamiento al PSUC, que parecía navegar aún en los vapores que le habían dado el 18,4 por 100 de la anterior votación. A diferencia del PCE, el objetivo de los catalanes no fue el recién constituido Partido Socialista de Cataluña, sino la derecha nacionalista.

Los resultados de las elecciones del 1 de marzo de 1979 se tradujeron en la conquista de 220.000 votos más para el PCE, con lo que sobrepasaba la cota del 10 por 100. Los socialistas aumentaron en 250.000 y 3 escaños, pero la interpretación de este resultado podía tener varias lecturas, porque se producía después de la incorporación del Partido Socialista Popular de Tierno Galván y Raúl Morodo, y la suma aritmética de ambos era superior en 1977 a esta obtenida en 1979. La Unión de Centro del presidente Suárez solo aumentó un escaño y los nostálgicos de Alianza Popular cayeron de 16 a 11 parlamentarios.

Con 23 diputados Santiago parecía satisfecho. Hubo aumentos importantes en zonas conflictivas, como Asturias y Valencia, donde ascendieron del 10 al 13 y del 8 al 12, respectivamente. Aunque casi la mitad de los votos y 15 de los 23 diputados se habían obtenido en dos regiones (Cataluña y Andalucía), los aumentos fueron generales en todas las provincias, exceptuando Barcelona, Gerona, Tarragona y Navarra. Su primer análisis apuntó a que las elecciones habían hecho fracasar la tentativa de consolidar el bipartidismo, que reduciría al PCE a la nada. Su táctica de respetar a Suárez y dirigir sus ataques al PSOE creyó que estaba confirmada por la realidad. Además, el bajón del PSUC en todas las provincias, menos Lérida, le llenaba de cierta satisfacción, porque ellos, que no habían aceptado su táctica de agresividad antisocialista, habían descendido un punto, del 18,4 al 17,4 por 100, lo que se había traducido en la pérdida de 18.000 votos sobre un total superior al medio millón.

Quizá ninguna otra cosa dé una prueba contundente de irrealidad y falta de lógica como el procedimiento analítico de Santiago en las elecciones de marzo de 1979. Al fin y a la postre, el PSUC seguía con una ventaja considerable respecto al PCE y, sin embargo, atacará insistentemente a los comunistas catalanes. El PCE había subido un punto y el PSUC había bajado otro, si bien, al escucharle, parecía que el PCE estaba en la cresta de la ola, mientras que el

PSUC se había desfondado. Aprovechaba el descenso de los catalanes para destacar los puntos que más le dolían: su oposición a la revisión del leninismo, su no beligerancia frente al PSC y otro más importante de lo que parece a simple vista, desmontar la imagen de Antonio Gutiérrez, secretario general del PSUC. Incluso llegará a afirmar, en la reunión del Comité Central postelectoral, que a su juicio la campaña del PSUC ha sido demasiado catalana y demasiado poco española. Una provocación que regocijó a gran parte del Central y que abrió las carnes de los catalanes de todas las tendencias.

El PCE había conseguido en toda España una base de adhesión que se acercaba a los dos millones de ciudadanos, el nivel más alto registrado por el PCE en su historia, hecha excepción del Frente Popular de 1936, en el que no pueden ser analizados separadamente de sus aliados[1]. Los socialistas habían conseguido casi cinco millones y medio de votos, pero al sobrevalorarse ellos y no evaluar el grado de madurez de la crisis en la UCD, se encontraron que aquello que era un paso hacia adelante en el camino hacia la mayoría absoluta y la facultad de gobernar se convirtió en una derrota por sus triunfalistas análisis preelectorales. En sus conclusiones, Santiago Carrillo los considera como los grandes derrotados de marzo de 1979.

La euforia del secretario general del PCE no se correspondía con la desazón que cundía en las filas del partido. La desbordante política seguida en la legislatura constituyente había deteriorado de tal modo el cuerpo del partido que se hallaba ahora, veinticuatro horas después de conocerse los resultados, con un instrumento que tácticamente había prestado su apoyo a un gobierno de UCD que amenazaba desplomarse, al tiempo que había servido de garantía para frenar cualquier presión obrera. Aún seguían sin entender la desproporcionada relación entre desmontar verbalmente el leninismo del modo más estalinista posible y el aislamiento nacional e internacional del partido. Los grandes partidos europeos, italianos y franceses, se desmarcaban del PCE, que no había satisfecho sus esperanzas. Incluso el gesto de Álvaro Cunhal de colaborar en algunos mítines del PCE fue rechazado taxativamente por Carrillo. El secretario general del PC portugués seguía siendo un aliado apestoso, cuando la verdad es que había conseguido el 15 por 100 en las elecciones, manteniendo fielmente a su electorado, e incluso incrementándolo.

El descontento no por difuso era menos palpable y para frenar este proceso de deterioro interno se lanza una campaña: Hay que homogeneizar el partido. Lo dice Santiago ante el Comité Central. Para él todo se reducía a «las diversas vías

de acceso» que habían tenido los militantes al partido; los había que ingresaron durante la guerra civil, otros en la clandestinidad y, por fin, los más numerosos, en la transición. Homogeneizarlos era ponerlos bajo la férula del equipo dirigente, es decir, de él y del aparato tradicional del exilio.

Muchos en la dirección del partido empezaban a preguntarse cuánto tiempo podía mantenerse el apoyo a Suárez y la agresividad frente al PSOE. Adónde se iba a llegar por ese camino basado en que la debilidad de la UCD, y muy especialmente de su presidente, le obligaría a formar un gobierno de concentración. En un esfuerzo máximo por achacar a causas exógenas el fracaso de su política, exclama: La presión imperialista ha sido, probablemente, el obstáculo mayor a que en nuestro país se lleve a cabo una política de concentración democrática. Lo dirá en mayo, cuando el Comité Central se reúna en Córdoba, la única capital con alcalde comunista.

El gobierno de concentración caería como una manzana madura; solo era cuestión de esperar. Si la UCD se desmoronaba cada vez más y el gobierno monocolor del PSOE era un imposible, porque sería apelar al golpe de Estado, no quedaba más que permanecer tranquilos, no ponernos nerviosos y, mientras desmontamos la estrategia aventurera de los socialistas, no agudizaremos la crisis de UCD, porque su desintegración demasiado rápida podría provocar un vacío de poder y el golpe inminente.

El PCE y su secretario general asumieron algo que estaba en su conciencia política desde el comienzo de sus conversaciones con Adolfo Suárez: el que ellos constituían la viga que sostenía la democracia. Que nadie salvo ellos entendía la verdadera naturaleza de la situación y que sin esa reserva de talento y de sensatez la democracia española caería en picado y se hundiría. La izquierda sola no es bastante fuerte todavía para dar soluciones a los problemas del país[2].

Confirmaban la frase intercambiada por Suárez y Carrillo el 27 de febrero de 1977: Nosotros dos somos los únicos políticos del actual momento de España. Como en toda sobrevaloración, había mucho de desprecio a los demás. Se mantenía el esquema interpretativo: nuestra alianza es, a la larga, con UCD. El PSOE no solo es nuestro adversario, sino que, por su falta de fuste, está amenazado de desfallecimiento; su bandera la ocuparemos nosotros porque ni nos separan elementos ideológicos, después del abandono del leninismo, ni en política internacional nos distancia un ápice en la lucha por la neutralidad internacional, por encima de los bloques. La UCD es el débil aliado que nos va a

servir de caballo de Troya para entrar en el gobierno y demostrar nuestra moderación, nuestra independencia. Seremos el partido de la izquierda nacional que este país necesita.

Este esquema interpretativo lo confirmó el secretario general tras las elecciones del 1 de marzo de 1979. Treinta y tres días más tarde afrontarán las elecciones municipales y los resultados obligarán a poner en sordina gran parte del esquema. El PCE anunciaba 3.608 concejales; más de 150 pueblos iban a tener alcaldes comunistas (23 en Cataluña, 19 en Granada, 14 en Sevilla y otros tantos en Córdoba, 10 en Madrid y en Málaga, 9 en Valencia, 8 en Asturias…). El PSOE contaba con más de doce mil concejales en toda España.

El peso de la incontestable realidad obligaba al PCE a firmar el acuerdo municipal prácticamente desde el día siguiente a los comicios. Desde el 4 de abril era un hecho. Alcaldes y presidentes de las diputaciones del PSOE lo serán en función del apoyo comunista, marginando así a la UCD, que, en número de votos, seguía siendo mayoritaria. En veinticuatro horas gran parte del esquema diseñado y mantenido durante los dos años de la transición se tambaleaba y lo mismo que ayer se defendía el gobierno de concentración, al día siguiente se abogaba por la unidad de la izquierda en lo municipal y el gobierno de concentración en lo estatal. Nadie dudaba de que el PCE fuera un partido serio, pero tampoco nadie podía afirmar cuál era su política. Desde el 4 de abril impuso una cierta esquizofrenia: había de llevar al unísono tres políticas. En el terreno general, primacía de un pacto con la UCD que facilitara la incorporación al gobierno de concentración; en el campo municipal, unidad de la izquierda, estricta condición expresada por el PSOE y ratificada en el documento que firmaron Alfonso Guerra por los socialistas y Santiago Carrillo por el PCE. Y la tercera era la del frente interno: había síntomas alarmantes de relajación de la disciplina y del estricto centralismo. Ante una situación política que amenazaba con su complejidad, la dirección del partido, y especialmente su secretario general, exigían un partido más cerrado, menos permeable, indiscutiblemente unido a su líder. Él era el depositario de la táctica correcta, que no podía explicar con detalle, pero que garantizaba su éxito, y no quería que le incordiaran en pleno trabajo.

Si el partido se flexibilizaba internamente correría el riesgo de acercarse a la inestabilidad socialista y entonces perdería la característica dominante de partido sólido y monolítico. En épocas de apertura táctica hay un principio estalinista que debe ser férreamente seguido: el partido se cierra cuando la táctica le obliga

a buscar aliados inseguros. En los términos personalistas que le eran habituales, la formulación vendría a ser esta: yo os llevaré a la victoria, pero no quiero pendejadas ni incordios. Santiago manifestará en varias ocasiones a su entonces círculo de íntimos que los partidos comunistas, como las mujeres, tienen su menstruación, necesitan menstruar periódicamente; limpiarse echando residuos de su organismo [sic]. Siguiendo el símil al pie de la letra: el PCE debía menstruar al mismo tiempo que se aliaba con el PSOE en los ayuntamientos y pactaba con la UCD en el gobierno.

Esta esquizofrenia política iba minando la moral de los cuadros del partido. Gran parte de la militancia iba a tener que hacer política a diferentes niveles; mientras unos se dedicaban al campo municipal, las tareas de altura quedaban en manos del Comité Ejecutivo y muy especialmente del secretariado, convertido en una correa de transmisión del secretario general.

Aunque pueda parecer aberrante, entre las satisfacciones de Santiago Carrillo en este periodo está el XXVII Congreso del PSOE. El 17 de mayo, el nuevo partido socialista nacido del anterior congreso, tres años antes, va a poner el último peldaño que le facilite la conquista del poder. Por una parte será el congreso en el que se abandone el marxismo, pero, principalmente, será el congreso que cerrará el interregno inaugurado en Suresnes. El PSOE se convertirá desde entonces hasta hoy en un partido que concede poderes absolutos a su secretario general. Podría decirse que programáticamente, y en el equipo dirigente, solo había dos congresos previos, el de 1976 y este de 1979, el resto no era la historia del PSOE de Felipe González y Alfonso Guerra; lo demás, el resto, era historia compartida desde 1974. Lo de antes pertenecía a otro grupo político. Simplificando en la formulación, porque este no es el objeto del libro, podría expresarse así: desde 1974, con el ascenso de Felipe González a la secretaría general, se inicia un interregno en la cúpula que durará hasta 1979. Para cerrarlo fue fundamental el Congreso de 1976, que consagró la construcción de un nuevo partido que quedaría definitivamente fijado tres años más tarde y que duraría hasta 1996.

La constatación de este hecho se puede plasmar en un símbolo semántico que va más allá de las palabras. En el XXVII Congreso de diciembre de 1976, el tándem Felipe González-Alfonso Guerra forzará la inclusión del término «marxista» en la declaración del PSOE. Tres años más tarde, Felipe González dimitirá durante unas horas de su cargo porque el partido no acepta la retirada de dicha seña de identidad. Huérfano de dirección colectiva y de líder, y ayuno de línea política

ofensiva, el PSOE constató que su suerte estaba unida a la de Felipe González, al menos por un periodo, y que su evolución debía seguir la pauta de sus dirigentes constituyentes: Felipe González y Alfonso Guerra.

Para Carrillo, los incidentes y las conclusiones de este XXVII Congreso socialista no fueron interpretados en clave de futuro, sino a su modo, como interés inmediato. Su traducción podía resumirse así: el PSOE, al abandonar el marxismo, nos facilita la labor de ocupar su lugar. No captaba que, dada la fragilidad del tejido político de la democracia, los ciudadanos no votaban a UCD, ni al PSOE, ni al PCE, votaban a Suárez y a Carrillo. Ahora lo harían no por el PSOE, de historia larga y contradictoria, sino por algo tan sencillo, cercano y obvio como Felipe González. La retirada del marxismo era un detalle secundario, que no variaba en nada la propia concepción del partido y de su carácter, todo lo más confirmaba cuál era su camino. Magnificar la retirada del «marxismo» era algo tan poco importante, tan superficial, como suponer que había cambiado algo el PCE tras el abandono del leninismo. Una seña de identidad caía y para el PSOE de 1979, nacido pocos años antes, con una militancia recientísima, apenas si era ya una seña de entidad, tan solo un adjetivo que le entroncaba con una historia de la que ya no se sentía responsable.

Nunca he sido un junco que mueve el viento en la dirección que sopla. Con esta frase, que parece extraída de una canción del maestro Quiroga, pretendía Felipe González patentizar su firmeza de principios. Quizá la vulgaridad de la frase –por lo demás falaz, puesto que entonces se movía cual junco en la dirección que soplaba el viento– reflejará la auténtica naturaleza de la pelea política: la conquista del poder pasaba por la personalización de la alternativa. Comenzaba la autocracia en el PSOE y se abandonaba el equilibrio interior. Enrique Múgica y Javier Solana, dos líderes con talento político suficiente como para entender y aprobar la línea emprendida, denominaron elegantemente la tarea como la modernización del lenguaje socialista. Después de las elecciones de marzo de 1979 y, más aún, tras las municipales de abril, una reflexión estaba anclada en la conciencia de los dirigentes del PSOE: o gobernamos nosotros, o el caos. No vamos a necesitar ni programas rotundos ni concesiones especiales: nos regalarán la victoria. No hay otra alternativa. Nosotros, por exclusión. Nuestra misión, ahora, es prepararnos para la transmisión de poderes ampliando nuestro aparato y acondicionándolo para gobernar. Tejer la red donde acabará cayendo el poder.

Por las mismas razones que un electorado inmaduro podía votar a Felipe

González, jamás lo haría por Santiago Carrillo. Había conseguido ser considerado ante la opinión como el más listo y el más hábil, pero, como señaló una encuesta encargada al efecto y nunca hecha pública, era el líder que menos confianza inspiraba.

Estas variaciones en el contexto político se reflejaron en el PCE con una curiosa adaptación del esquema del gobierno de concentración, haciéndolo más concreto. Un acuerdo entre los tres partidos, UCD, PSOE y PCE, que abarcara desde el calendario autonómico hasta la situación económica. Con cierta megalomanía no exenta de frustración, Santiago se refiere en 1979, y ante el Comité Central, al necesario entendimiento entre los tres grandes partidos del país, considerándose a sí mismo, claro está, como uno de ellos.

Sus referencias al gobierno de concentración tripartito empezaron a cosechar risas en el Parlamento. Incluso hubo quien al replicarle le llamaba la atención porque en tal ocasión no había pedido el tan citado y salvador gobierno. La política de Santiago Carrillo y, por ende, la del PCE empezó a tomarse a chufla.

El 10 de noviembre hace su balance ante el Comité Central. No queda más remedio que admitirlo, a veces una política justa no consigue imponerse. La culpa venía a ser de los elementos y muy especialmente del PSOE. Pero que nadie advierta duda o intentos de rectificación, al contrario. Incluso si esa política no progresa, aumentará nuestro prestigio, nos ganará apoyos, reforzará los lazos del partido con las masas. Acrecentará nuestra fiabilidad política, nos dará en el futuro más fuerza parlamentaria y más fuerza de masas. Parecía una variante del cuento de la lechera aplicado a la táctica política. Quien le escuchara podría temer que se trataba de un hombre con rasgos de evidente senilidad. Cuanto mayor era el aislamiento, más veces repetía «teníamos razón». Para evitar, quizá, que alguien le bajara a las miserias de la vida cotidiana, y ante un Comité Central que empezaba a preocuparse al fin de que así no se podía seguir, él se volvía milenario: Nosotros nos distinguimos porque no hacemos política de un día para otro, ni a meses vista, sino política que tiene un alcance histórico, que mira lejos.

Este pleno de noviembre de 1979, en Madrid, tiene algo de decepcionante canto de palinodia. Hay desánimo y cierta sensación de que se acercan tiempos muy duros para el PCE. Pero el timón está agarrado por Santiago y no permite ni un grado de variación en el rumbo. El movimiento de masas, capitidisminuido por años de no ejercer como tal, hierve de indignación porque tiene las manos

atadas. A Comisiones Obreras las ha embridado el partido porque amenazan su política hacia el gobierno de concentración. El sindicato cree llegado el momento de convocar una huelga general ante el deterioro del poder adquisitivo de los salarios y la provocación que para ellos constituye el recién discutido Estatuto de los Trabajadores. La respuesta de la dirección del partido es fulminante: nada de huelgas generales, sería hacer golpismo y enturbiar el clima con el gobierno de UCD. Si le acosamos perderemos la oportunidad de incorporarnos a él, porque la derecha reaccionaria se ensañará con nosotros. Tranquilos; luchas de empresa sí, huelgas generales ni soñarlo. Aceptarán disciplinadamente.

Comisiones Obreras está preocupada por la fulgurante recuperación del sindicato socialista UGT y necesita no perder mordiente ante las elecciones sindicales inminentes. Las críticas de Carrillo al nuevo sindicalismo que intenta boicotear los acuerdos políticos serán una constante del periodo 1979-1980. Los dirigentes comunistas del sindicato se enfrentan con su propia ideología: quién domina en un análisis político, el sindicato o el partido. En la misma formulación de la pregunta está la respuesta. Comisiones Obreras ceden; no habrá huelga general. A lo largo de 1980 las elecciones sindicales ofrecen una variación sustancial en el paisaje del movimiento obrero español. La Unión General de Trabajadores, que en su Congreso de abril de 1976 era un sindicato testimonial formado por los militantes y simpatizantes del PSOE, se ha convertido, cuando termina el año 1980, en el otro sindicato de España, disputándole el primer lugar a las propias Comisiones en varias ramas y sectores.

UNA PREGUNTA EN EL 60 ANIVERSARIO

El PCE estaba metido en un gueto político. En febrero, el secretario general se pone particularmente dramático; la situación internacional puede transformarse en la más seria desde 1945, y no es menos grave la nacional, puesto que se ha llegado a un punto en el que tenemos que plantearnos cómo modificar la situación a que hemos llegado. Habla por primera vez de modo rotundo de una especie de conjuro postergado en el lenguaje desde hace tiempo, la necesidad de combinar la acción parlamentaria con la de masas, pero advierte, no obstante, que el mayor peligro está en caer en la exageración a donde quieren llevarnos, en

un radicalismo estéril e infecundo. Teme ser desbordado por la presión sindical: A veces, puede percibirse algo así como la idea de que la vanguardia obrera realmente son Comisiones y no el partido[3].

Algunas ideas barajadas ya el año anterior se confirman de tal modo que lo que ayer eran aspectos negativos ahora se convierten en enfermedades cancerosas. Si entonces Santiago afirmaba que, pese a su justeza, la política del PCE no conseguía imponerse, ahora empieza a esbozar un giro, porque es un secreto a voces que ni se impone, ni logrará imponerse nunca. En la reunión de Córdoba de la primavera de 1980, Solé Tura y Curiel señalaron la existencia de un distanciamiento entre el Parlamento y la calle y se llegó a la fórmula de elaborar un sistema de incompatibilidades en el seno del partido que evitara la multiplicación de funciones y la incompetencia multiplicada. Había quien compartía doce cargos de responsabilidad, pero ahora esta cuestión se había quedado obsoleta, porque diputados comunistas y militancia eran dos mundos diferentes, habitaban en distintas galaxias. El grupo parlamentario comunista no solo era autosuficiente como colectivo, sino que cada uno de sus miembros era en sí mismo un grupo autónomo que no dependía más que de sí mismo, siempre y cuando no se interfiriera en las orientaciones del secretario general. Había casos escandalosos, como el de Ignacio Gallego, vicepresidente cuarto del Congreso de los Diputados, que campaba por sus respetos bajo la mirada benevolente del propio Carrillo. Maldito el caso que les hacía a los técnicos sobre problemas agrarios: la tierra para el que la trabaja y lo demás son cuentos. Tenía bula para hacer y decir lo que deseara.

La recomendación expresa que le da Santiago Carrillo al encargado del asesoramiento parlamentario, Enrique Curiel, es que trate con atención y delicadeza a Ignacio Gallego: «Es un modo de tener tranquilos y contentos a los soviéticos». Forma parte de su complejo juego de conservar a la fiera dentro y, al tiempo, mantener su política internacional fuera, lo que exige equilibrio y diferenciar lo fundamental –el grupo dirigente– de lo secundario –los vaivenes coyunturales.

En una situación tan delicada mantiene fieramente aún su política internacional. Su posición sobre la invasión soviética de Afganistán es coherente con las tomas de postura anteriores, lo que dice mucho de su confianza en recuperar el prestigio manteniendo el rumbo eurocomunista: La explicación de que el gobierno afgano llamó a las tropas soviéticas es insostenible y la de que se trataba de «salvar» el socialismo en Afganistán lo es más aún, puesto que en este

país no existía, en absoluto, un régimen socialista.

Sobre esta independencia en la crítica al socialismo real intentará basar su giro en la propia política nacional, acercándose al PSOE. El 15 de junio de 1980, fecha importante en este despegue de anteriores posiciones suaristas, dirá ante el Comité Central: Quizá no haya ningún otro país de Europa donde socialistas y comunistas tengan posiciones tan próximas en política internacional. A partir de ahora menudearán las críticas a la hasta ayer piedra angular de la táctica del PCE: Suárez ha perdido la agilidad y la audacia que parecía animarle al principio del cambio… la audacia y la ambición han hecho hoy del presidente un hombre obstinadamente aferrado al poder. Se trataba, más bien, de un recurso obligado para aproximarse a los socialistas, más que de una convicción de que la figura de Suárez estuviera agostada. Nosotros no queremos ver en el PSOE sino un partido con el que, en definitiva, tendremos que entendernos cada vez mejor. Incluso da un paso más y hace proposiciones a sus antes de ayer aventureros adversarios, para una estrategia común de la izquierda que desembocaría en una mayoría de progreso, fórmula que esconde el gobierno de concentración con una parte de la UCD gubernamental. El PSOE ni tan siquiera responderá a sus llamadas, porque ve acercarse el momento de gobernar en solitario.

Es curioso y significativo el que durante esta legislatura Santiago esté particularmente preocupado en consolidar el aparato del partido y que reincorpore a casi todos los veteranos de París tras la simple comprobación de que puedan sostenerse sobre sus pies. Si caminan, aunque padezcan hipertensión, taquicardia o arterioesclerosis, es bueno que refuercen la nueva sede comprada por el partido en una calle de nombre simbólico, Santísima Trinidad. En noviembre de 1980, cuando se trasladen del búnker de la calle de Castelló a este edificio acristalado que fue anteriormente entidad bancaria quebrada, el número de empleados permanentes superará los 330, más que la UCD gubernamental y los alternativos del PSOE. Como detalle nada anecdótico, algunos veteranos procedentes del exilio, entusiasmados por su reincorporación a la actividad burocrática, le sugieren a su jefe de siempre y secretario general que, en fin, se están acercando a los sesenta y cinco años y a su jubilación legal y que convendría incluirlos en la Seguridad Social reconociéndoles la antigüedad. «Se estudiará, se estudiará… pero a ninguno os faltará de nada… El partido se ocupará de todo…» Un hombre con experiencia funcionarial sabe que la dependencia es la garantía de la fidelidad. La mayoría de los «permanentes» subalternos del partido no tendrán Seguridad Social y retiro en condiciones hasta 1983, en que se ponga fin a la ilegalidad con el Estado y a la picaresca entre

militantes.

Ahora, en 1980, está preocupado por acercarse a los veteranos, es la reserva sobre la que se pueden ganar las batallas cuando los jóvenes empiezan a flaquear. El 60 aniversario de la fundación del Partido Comunista de España no puede ser ocasión para el festejo, porque la moral está por los suelos y él mismo se siente algo afectado a causa de que la historia le ha dado la espalda. En uno de los artículos conmemorativos se hará una pregunta que es como un encuentro con el espejo y que dejará sin respuesta. El valor está en su mismo planteamiento: ¿Cómo un partido que tuvo un papel tan descollante en la lucha contra la dictadura no consigue hacerse oír más decisivamente en el momento actual, por qué no obtiene resultados más rápidos?[4].

Hay que haber seguido la peripecia biográfica de Santiago Carrillo para entender la auténtica dimensión de esa pregunta que no necesita respuesta. El instrumento, su instrumento ha cumplido sesenta años y está agostado; él tiene sesenta y cinco y no sabe ya cómo ponerlo en marcha. Hombre y máquina han entrado en el periodo final de su vida.

En aquel panorama de evidente desánimo existe una tensión expectante que solo necesita una chispa para precipitar la crisis. Apenas comenzado el verano, el PSUC redacta el documento que servirá de base para su próximo Congreso, el V. Alguien tira por primera vez de la manta, aunque sea levantando tan solo la esquina.

El deterioro en las relaciones entre Carrillo y quien fuera su discípulo más apreciado, Antonio Gutiérrez, no hizo más que aumentar después del éxito electoral de 1977 en Cataluña y del carácter no vinculante para el PSUC del abandono del leninismo. Como Santiago solía repetir a sus íntimos en el Ejecutivo, el doctor Gutiérrez Díaz se había olvidado de que si ascendió a la secretaría general del PSUC fue gracias a él y se mostró muy especialmente impresionado por el chantaje de que quería abandonar la política y retirarse a Menorca para ejercer la medicina. Gracias a esa presión, Santiago aceptó hablar con López Raimundo y darle una patada hasta la presidencia del PSUC, lo que convirtió al ambicioso médico en el delegado de su política para Cataluña. Ahora pensaba en la razón que tenía Jaime Ballesteros cuando le decía que no se imaginaba al Guti haciendo de pediatra en Menorca. Pero él temió que un mirlo blanco como aquel se fuera por una ambición de más: él, que se jactaba de una ambición sin límites, sabía reconocer el valor de los ambiciosos: para ellos sería

el reino de los cielos.

Cada reunión del secretario general del PSUC con sus colegas madrileños no era más que una ocasión para sufrir las ironías y las pullas de Carrillo, y así empezó a visitar menos la capital. Luego vinieron otros elementos a ahondar la grieta; los recelos se convirtieron en inquina y Gutiérrez Díaz sabía manifestarle cierto despego que ya era desprecio. El contacto entre el PCE y el PSUC en 1980 se convirtió en más episódico que real, puesto que el secretario de los comunistas catalanes faltaba reiteradamente a las sesiones de la Permanente del Comité Ejecutivo, el órgano político por excelencia.

Cuando llegó el verano, uno y otro se preparaban para la batalla en la que ambos saldrían derrotados. El 21 de julio Gutiérrez Díaz asistió a la Permanente para explicar las posiciones del PSUC respecto a la política española. Sería su informe ante el V Congreso. Se criticaba la política del PCE en la transición –Pactos de La Moncloa, consenso…–, disociándose de ella y afirmando la autonomía táctica y estratégica del PSUC: autodeterminación, vía catalana al socialismo, referencia explícita a los «países catalanes»… Carrillo fue al trapo, seguido por la mayoría del Comité Ejecutivo. Acababa de abrirse la crisis PCE-PSUC, de incalculables consecuencias. Manifestaban que no podían convivir mientras el PCE se definiera como marxista, revolucionario y democrático y el PSUC como seguidor de los principios del marxismo, del leninismo y de otras aportaciones de la práctica y el pensamiento revolucionarios.

Se trataba, quizá, de la crisis de mayor envergadura política en el comunismo español, porque, a diferencia de otras, esta se producía en la legalidad y, a diferencia de lo ocurrido en Asturias, implicaba a diputados con representación parlamentaria y a la organización más numerosa y más influyente de España, social y electoralmente. No era casual que la primera pelea política, sobre elementos tácticos, exteriores al propio partido y no internos, como suele ser frecuente, fuera entre el secretario general del PCE y su Comité Ejecutivo, frente a los comunistas catalanes.

No bastaba con los catalanes para distinguir nuevos síntomas de que el declive total se acercaba. Otro desaire de la historia distrajo la atención del secretario general. Aprovechando el verano, el 29 de julio se tuvo que dar la orden de cerrar el diario Mundo Obrero antes de que la quiebra económica arrastrara al propio partido. El volumen de pérdidas superaba los 250 millones, y las irregularidades de la empresa rozaban lo penal exactamente desde el día antes de

salir a la calle. Aquel gafado 20 de noviembre, aniversario de la muerte de Franco, uno de los bancos prestatarios de créditos llamó al director del periódico, Federico Melchor, para informarle de que no entendía cómo el Partido Comunista y el director habían entregado «poderes legales» a un hombre que tenía dos sumarios abiertos por delitos monetarios. El mismo día que salió a la calle el número uno hubo que nombrar un nuevo apoderado.

La historia de Mundo Obrero diario es como un símbolo de las arbitrariedades y de la crisis política del PCE, de sus obsesiones y de sus limitaciones ideológicas y militantes. De 30.000 ejemplares con los que se inauguró, alcanzaba el día del cierre 12.000, un número inferior al de los militantes tan solo de la ciudad de Madrid. Entre las peculiaridades de este periódico, que nunca fue tal, estaba la de tener talleres y redacción separados por una distancia de 50 kilómetros, algo que solo habían conseguido superar algunos diarios norteamericanos reeditados en Europa. El director, Federico Melchor, no era un mal periodista del periodo último de la República y la guerra civil, pero demasiado exilio y demasiadas limitaciones personales hacían de él un personaje apenas divertido, socarrón, cínico y, sobre todo, incompetente hasta límites dignos de una zarzuela. El día que se vio obligado a dimitir alegó entre los motivos del fracaso el escaso índice de lectura en el país[5].

APARECEN LOS RENOVADORES

En el verano de 1980 las preocupaciones individuales de algunos dirigentes del partido se transformaron en colectivas e hicieron algo nada frecuente en un organismo de dirección monolítico: cambiar impresiones sobre el declive que creían aún recuperable. Cuatro años después del comienzo de la transición buena parte de los cuadros de la generación clandestina del interior se preguntaban qué estaba pasando. O, más exactamente, que así no se podía seguir, primer paso para saber qué pasaba y qué no debía seguir ocurriendo.

El más dinámico de todos, Ramón Tamames, quiere saberlo de primera mano y organiza, con el acuerdo de Manuel Castells, la que sería famosa cena del 31 de julio de 1980, con la que los periodistas Erroteta y Vega dan comienzo a su crónica sobre la crisis de los «renovadores»[6]. Entonces empieza una dinámica

política diferente en el seno de la cúpula del PCE. La esquizofrenia va a ser tratada con el tradicional procedimiento de la vieja psiquiatría: electroshock. El enfermo cede e interioriza su enfermedad hasta asumirla como un elemento más, o se disocia, se rebela y entra en coma. El miedo o la muerte; el miedo político o la muerte política.

En realidad, la cena en el domicilio de Tamames solo tenía un interés, que reflejaba la ingenuidad, la buena voluntad y hasta el respeto hacia el secretario general. El objetivo se reducía a saber de primera mano si era posible que Carrillo encabezara la renovación imprescindible para recuperar lo perdido. Un intento que será obsesivo durante años para gran parte de la dirección del partido, hasta que les echen o se vayan.

Además del anfitrión, Tamames, está como principal invitado Manuel Castells, urbanista, que había entrado en el PCE coincidiendo con la incorporación del grupo Bandera Roja en Cataluña y al que se daba un pequeño homenaje de despedida antes de trasladarse a los Estados Unidos. Asiste el trío Pilar Brabo, Carlos A. Zaldívar y Manuel Azcárate, que iniciaban el despegue de las posiciones de Santiago. También Enrique Curiel, que se mostraba receptivo a todo y que gozó de la extraña cualidad de que las diferentes corrientes en el seno del partido siempre pensaron que era susceptible de apoyarles; quizá su condición de gallego ejerciente le facilitaba la labor. No faltaron otros dos hombres de diferente constitución mental, pero muy semejantes en sus objetivos, Eugenio Triana y Luis Larroque. Ambos no estaban allí para convencer a Carrillo de nada, sino más bien para cargarse de razón y afrontar el paso que desde hacía meses rondaba su cabeza: que el PCE no tenía solución y no la tuvo nunca. Creían que no había mucho tiempo para abandonarlo si uno quería trasladarse al PSOE. Muy pronto saldría el último tren, donde podían agarrar el penúltimo vagón.

Santiago Carrillo llegó el último, como en los viejos tiempos, y para remedar el pasado y la clandestinidad se hizo acompañar por un no invitado: Francisco Romero Marín. ¿Qué pintaba allí el denominado Tanque? La trayectoria de Romero Marín desde su estancia en la URSS hasta su actual adscripción (1985) a Gerardo Iglesias probaba algo que en política formaba una variante del militante poco estudiada: la del dirigente dobermann.

El apelativo no pretende tener ningún componente despectivo u ofensivo, es, sencillamente, la mejor manera de resaltar los rasgos objetivos de una

determinada tipología política. En el siglo XIX, un funcionario sajón del Estado prusiano denominado Dobermann se encontraba con la dificultad de tener como misión la de recaudar los impuestos por diferentes localidades de Turingia, afrontando los peligros que causaba la inseguridad de los caminos de la época. El riesgo de su oficio podía dar al traste con su conciencia de probo funcionario. Con germánico rigor fue experimentando con diversas razas de perro, hasta dar con una que tuviera las siguientes características: fidelidad absoluta al jefe sin que esto signifique una relación de dependencia personal, es decir, que si el jefe es sustituido la fidelidad se mantendrá con su sucesor; con todo aquel que no sea su amo se mostrará fiero y no permitirá ningún tipo de confianzas; ante el enemigo del dueño, cualquiera que sea, no tendrá piedad. Valiente siempre, desconfiado más aún. Así nació la raza espúrea, pero eficacísima, de los dobermann.

Si en la fauna política se dice, con evidente falta de rigor, que hay especies variadas: dúctiles camaleones, implacables panteras, soberbios leones, fugaces gacelas y hasta ratas de alcantarilla, no sé por qué no se le da carta de naturaleza a la fina estampa de los dobermann. Además, se trata de una especie exclusivamente partidaria: sin partido político no existe el dobermann, quizá por eso naciera en el siglo XIX, la época que fomentó los partidos políticos.

Carrillo llevaba a su lado a un hombre que significaba sencillamente la fidelidad, a un tipo de militante al que debía el haber podido sobrevivir en los tiempos de hierro del estalinismo en el exterior y la clandestinidad en el interior. Era tanto como decirles a los allí reunidos: estos son mis poderes y pueden despedazaros en el momento que diga «¡A por ellos!». Con Romero Marín no solo se conjuraba al hombre que había soportado como nadie veinte años de clandestinidad en Madrid (una hazaña heroica), sino también el periodo sangriento y menos heroico de las depuraciones y liquidaciones políticas de los años cuarenta en la Unión Soviética y Francia. En los rasgos de su persona se dibujaba, como en una foto, el Partido Comunista en lo más noble, lo más heroico y lo más siniestro. Es posible que muchos comensales no percibieran la simbología, pero Santiago siempre fue un hombre que supo valorar los detalles con exquisita sensibilidad.

Aunque hoy la historia la escriben de momento aquellos que abandonaron o fueron expulsados (Azcárate, Tamames…), la verdad es que la cena del 31 de julio no tuvo importancia alguna, fuera del valor específico de los protagonistas. Se trataba de una despedida a Castells que se aprovechó para plantearle al

secretario general lo alarmante de la situación y la conveniencia de que encabezara una rectificación. No de una política que hacía aguas, sino de la vida interna del partido. Más no hubo, salvo en el caso del PSUC, como ya hemos señalado e insistiremos más adelante, intento alguno de rectificación táctica, y si existió no se expresó. De momento, todo se reducía a airear una vida del partido y una cúpula que parecía un búnker sitiado por los enemigos.

Sin embargo, sí tuvo importancia para el propio Santiago Carrillo. No estaba acostumbrado a aquel tipo de encerronas y contempló, con sus ojos habituados a distinguir los cuerpos en las sombras, la amplitud que adquiría la conspiración. De poco hubiera servido explicarle que no se trataba aún de una conspiración, sino de un clima generalizado que creaba solidaridades y coincidencias. Para él, que había captado las nuevas actitudes de Pilar Brabo en el tema de la mujer y en su virreinato de Valencia, que sabía también que había una nueva y estrecha relación entre ella y Antonio Gutiérrez, quien amenazaba con asediar su poder, todo ello ya no tenía las trazas de una conspiración, sino que creía enfrentarse a un complot.

A las preguntas y advertencias sobre la crisis palpable en el partido respondió con irónicas evasivas. Las auténticas respuestas empezarían en los días siguientes. No esperó ni cuarenta y ocho horas para elaborar su contraofensiva. En el número de Mundo Obrero correspondiente al 8 de agosto, lo que al tratarse de un semanario tuvo que redactarse varias jornadas antes, en pleno periodo vacacional, expuso sus tesis contra la efervescencia renovadora. Tenía la forma de una autoentrevista al estilo de las que prodigaba en los tiempos del exilio y abordaba temas específicos de la situación interna del partido. Incluso el título era ya expresivo: Un partido eurocomunista con una disciplina común.

Admitía que se había producido un descenso en la afiliación pero, al entrar en las causas, no lo achacaba a problemas políticos, sino a la carencia de un aparato burocrático que recogiera y alimentara orgánicamente a la base dispersa del partido. Algo así como «contra crisis, más funcionarios», o, dicho en otros términos, si hay muchos enfermos no se trata de investigar la enfermedad, sino de producir más médicos. La proporción de miembros del partido que tienen discrepancias con su política es mínima y, en general, pensaba, es más bien una decepción que se debe a una falta de auténtica formación revolucionaria. Aquí explicitará por primera vez en un papel su teoría de que asar y vender sardinas en la fiesta del partido es una manera de ligarse a las masas.

Era su respuesta a los críticos de toda laya, renovadores u ortodoxos. Rechazaba cualquier especie de autocrítica personal o colectiva y se encerraba en el búnker de sus certezas. La importancia que otorgaba a estas autodeclaraciones fue tal que hizo insertar en el número de septiembre, y en lugar destacado, un aviso informando que estaba a disposición de las organizaciones y de los militantes el número atrasado con las opiniones del secretario general y advertía, para evitar las interferencias, que pueden ser solicitados directamente a la redacción de Mundo Obrero.

Los frentes empiezan a estar trazados como para comenzar una pelea encarnizada. Las relaciones con el PSUC se enconan. A finales de julio, Santiago había planteado que el PSUC debía escoger entre ser una parte del PCE como hasta entonces, y por tanto admitir como vinculantes las decisiones de los Congresos de este, o constituirse en otro partido. Un reto de tal envergadura solo era explicable si el secretario general del PCE estaba seguro de contar con ayudas considerables en el interior del PSUC. En la secretaría de organización de los catalanes se hallaban dos de sus colaboradores más antiguos y eficaces, el matrimonio Serradell-Abril, quienes mantenían hacia él una fe que solo era eclipsada por la que sentían hacia la Unión Soviética.

El 3 de octubre, el Comité Ejecutivo del PCE decide, a propuesta de Santiago, enviar una delegación a Barcelona para entrevistarse con la dirección del PSUC. Se hace acompañar por Sánchez Montero y Nicolás Sartorius. Están bien elegidos, porque son los dos únicos hombres de prestigio en Madrid que además lo conservan en Cataluña. Lo conservaban porque ambos, y muy especialmente Sartorius, tendrán un comportamiento tan duro e intransigente que se enajenará los apoyos que entonces veían en él al mejor de los sustitutos de Carrillo en la secretaría general. Nicolás se reveló en su verdadero espíritu de tímido que se hace el duro, de dubitativo que se convierte en roca, de apocado que pasa a hacer de número uno. Siguió a Santiago en su criba del PSUC hasta convertirse en más papista que el papa, quizá para que no le echaran en cara cuando volviera a Madrid que mantenía «relaciones con el enemigo». De entonces será la frase cruel y exacta que le dirigirá en privado el secretario general del PSUC: «Nico, tú quieres llegar a la secretaría general bajo palio». No hacía falta añadir que eso era imposible y que los catalanes no estaban por colaborar en la ceremonia.

No estuvo errado Carrillo cuando llevó consigo a los dos hombres que podían ofrecerse como alternativa a su persona; implicándoles hasta el fondo en la batalla frente al PSUC les inmovilizaba y quitaba el apoyo del único partido que

podía jactarse de una base operativa para ponerle en dificultades. Cuando Sartorius trate de rectificar y se independice de las posiciones de Santiago, que será en la siguiente reunión PCE-PSUC, ya quedará patente su fragilidad política y su figura de secretario general de recambio estará por los suelos.

Las presiones del PCE en Cataluña no dieron resultado. Las diferentes fracciones del PSUC coincidían, salvo los pro soviéticos, en mantener su independencia de Madrid, una garantía de no unir su suerte a la suya y bajar electoralmente a la mitad. El combate quedaba pospuesto hasta el V Congreso, que se celebraría en enero de 1981, pero de momento Santiago había perdido todos los asaltos.

A su vuelta a Madrid se reúne, el 27 de octubre, el Comité Ejecutivo del PCE para evaluar los contactos en Barcelona y discutir el informe que presentará el secretario general el próximo Congreso, el Décimo. Faltan aún diez meses, pero ocurre algo insólito. Siete dirigentes, siete de cuarenta y cinco, todos ellos miembros de tan alto organismo, rechazan de diversos modos la exposición que Santiago Carrillo desea hacer en dicho X Congreso. Aunque se trate más de un problema de método que de contenido, es algo inaudito. Rechazan que se les entregue el informe del secretario general unos minutos antes de empezar la reunión, sin tiempo para estudiarlo y preparar el debate, y con la limitación de cuatro minutos para intervenir.

Acaba de pasarse de la pelea sorda y el descontento de pasillo a la lucha política abierta en el seno de la cúpula. Hay que detenerse en los elementos que configuran esta primera escaramuza: no hay política, tan solo diferencias internas, de estilo; aunque, según la tradición leninista-estalinista, detrás de toda cuestión organizativa se escondan siempre dos posiciones diferentes en la táctica y la estrategia.

Son siete dirigentes los que rechazan el informe del secretario general. Lo de menos en este caso es que se trate de forma o de contenido. Dos, con un rotundo no, son nada menos que los secretarios generales de Cataluña y Euskadi, Antonio Gutiérrez y Roberto Lerchundi. Otros cinco se abstienen; de ellos, a tres les conocemos y no es de extrañar: son Tamames, Pilar Brabo y Manuel Azcárate. Pero los otros dos son significativos de otra formación y de otra base: Marcelino Camacho, el líder de Comisiones Obreras, y Antonio Martín Lillo, un antiguo responsable de la organización juvenil comunista en el exilio y ahora responsable en Alicante.

Este caso de los siete dirigentes, aunque pueda parecer irrelevante, porque en toda votación es normal que se produzcan votos negativos y abstenciones, constituye, sin embargo, algo fuera de lo común en la propia historia del Partido Comunista de España, que ha cumplido sesenta y un años. En el verano de 1932 hubo cuatro votos negativos en la dirección y la Internacional les expulsó en octubre; salieron el secretario general, Bullejos, y tres miembros del Ejecutivo: Adame, Vega y Trilla. En 1964 hubo dos en el Ejecutivo (Claudín y Semprún) y antes de un año estarán en la calle. Era necesario llegar a 1981 para que siete disintieran del secretario general en algo y que constara en acta.

Siete no estaban dispuestos a que el partido siguiera trabajando como hasta entonces, a golpe de intuición de su secretario general. Ya aparece, por tanto, uno de los rasgos más llamativos de lo que con el tiempo se denominarán «renovadores»: no se trata de revisar la política hecha hasta ese momento (como ocurrió en 1964) y diseñar otra que evitara la pendiente en la que se deslizaban, sino de mejorar el clima interno, el instrumento, el funcionamiento del partido. Había claramente menor madurez política y menos consistencia en estos dirigentes de 1981 que en los de 1964. Estos no solo son partícipes de esa política que les lleva irresistiblemente hacia la pendiente, sino que carecen de capacidad aún para criticarla; eso vendrá después. Los hijos de esa política no desean matar a su padre, ni siquiera rebelarse por sus limitaciones, su dogmatismo y sus errores, sino que le plantean que debe facilitar el que los suyos, ellos, vayan asumiendo los asuntos de la casa, como adultos que son, sin tener que sufrir una agobiante tutela paterna.

La crisis de los renovadores la facilitará Santiago Carrillo; es estrictamente doméstica y carece de elementos políticos externos, de ahí, entre otras cosas, la inanidad de su futuro y su escasa incidencia en la sociedad. No hay dos políticas, sino dos maneras de hacer la misma política. Será más tarde cuando algunos cuestionen individualmente tal o cual aspecto de la línea trazada. Pero durante todo el periodo del conflicto entre la mayoría de la dirección, vinculada férreamente a Santiago, y los denominados «renovadores» se discutirá de métodos y procedimientos, de centralismo y de democracia, de corrientes y de sensibilidades. Nunca de tácticas, de estrategias y mucho menos aún de elementos ideológicos.

Visto con la cómoda perspectiva de hoy, la mayor hipoteca de los «renovadores» fue que frente a las debilidades patentes de la línea política que ellos padecían no tuvieron quizá la capacidad, quizá el valor, quizá ambas cosas, para afrontar que

el anquilosamiento del partido no podía ser más que una consecuencia de la línea política trazada durante la transición y no al revés.

DISOCIACIÓN Y CONTINUISMO EN EL COMITÉ CENTRAL

El 1 de noviembre de 1980, reunido el Comité Central para continuar la discusión del Ejecutivo, salen a flote aún mayores diferencias. Los rechazos o las simples divergencias procuran un panorama muy distinto al habitual. Algo iba a romperse que ya no tenía manera de volverse a pegar.

En principio, el Comité Central pensaba tratar tres temas –X Congreso, Mundo Obrero y las relaciones PCE-PSUC–. Solo se llegó al primero y a duras penas, gracias a que se ampliaron los dos días previstos del fin de semana y se ocupó el lunes. Santiago empezó describiendo las líneas sobre las que debería transcurrir el debate en el próximo Congreso. Con relación a su anterior intervención en el Ejecutivo, era aún más cauto e, incluso, más deslavazada su argumentación. Sería un Congreso, en su opinión, de renovación y continuidad, a la vez, lo que prueba que este parecía el eslogan más repetido en los últimos años, hasta el punto de constituir una instantánea paradojal del propio partido. Cuando alguien dice «renovación y continuidad» siempre vence la continuidad, al igual que si alguien se define como «revolucionario y conservador» es obvio que estamos ante un conservador.

Carrillo pasó revista a algunos temas como si se tratara de remachar clavos cuyas cabezas empezaban a salir, como el de la transición: No hubo ningún amplio acuerdo en las fuerzas políticas para conseguir la ruptura democrática. Razón por la cual no se había alcanzado, pero que debía obligarle a revisar la política del partido desde 1974 a enero de 1976, entre la Junta y la «reforma pactada». Otra referencia fueron los Pactos de La Moncloa, que en su interpretación confirmaban una política que ha contribuido a dar credibilidad democrática al PCE. Y por fin el consenso, al que señalaba un dudoso valor: La política de consenso fue el único recurso que nos quedó cuando veíamos que la política de concentración democrática no era posible.

Quizá con estas afirmaciones bastaba para consumir varios días de debate, pero

hubo que añadir la propuesta de que el próximo Congreso designara un nuevo cargo, sin precedentes en el PCE, el de vicesecretario general. Esto facilitó la crispación del debate: 71 intervenciones permiten acercarnos a la crisis profunda que vivía el PCE y que había alcanzado la cúpula.

Dominó el tono moderadamente crítico, o quizá, para hablar con más precisión, el tono firme en su crítica del fondo y suave en la forma, sin crispación. Solé Tura manifestó sus dudas respecto a casi todo lo que había hecho el PCE en los últimos años. Igual que Pilar Brabo, Amparo Rubiales, Carlos A. Zaldívar, Alfredo Tejero, Lerchundi e, incluso, Eugenio Triana. El caso de este último fue curioso, porque se mostró el más rotundo en sus afirmaciones de futuro y en la defensa del porvenir inmediato del partido: El X Congreso tiene que significar el relanzamiento del eurocomunismo, la defensa de los resultados políticos del IX Congreso, que fueron aprobados con una mayoría abrumadora. Prevé que el X será un proyecto de transformación revolucionaria de la sociedad española. Unos meses más tarde se pasará al PSOE y no asistirá al Congreso tan bellamente descrito por él. Fue Triana, para mayor escarnio, uno de los que defendió la idea del vicesecretario general.

Entre las intervenciones más críticas estuvo la del dirigente sindical catalán López Bulla, la de Julio Segura, que desde el primer momento manifestó su «perplejidad» ante el informe del secretario general, y la de Javier Pérez Royo, quien puso el dedo en la llaga al señalar que el nombramiento de un vicesecretario general es un planteamiento al revés, no se trata de poner un vicesecretario general, sino de conseguir una secretaría colegiada en la cual el secretario general sea el primum inter pares. No obstante, los más duros entre los críticos serían Tamames, Cristina Almeida y el secretario general del PSUC, Gutiérrez Díaz. Tamames, que empezaba a contar los días que le quedaban en el PCE como si se tratara de una penosa esclavitud, rechazó el papel desempeñado con la UCD: No estamos simplemente para ser apagafuegos y bomberos, o soldadores de la fontanería con empleo eventual, y defendió la idea de un gobierno de izquierda y de los progresistas, y si el PSOE no lo quiere, peor para ellos, lo que le daba un aire de viva Cartagena.

Con su estilo desenfadado, Cristina Almeida no se anduvo con rodeos ni melindres. Para ella el partido ha perdido atractivo para mucha gente, no solo entre los intelectuales, sino que lo ha perdido para muchos trabajadores, para muchos demócratas y para muchos autonomistas. El informe de Santiago ante aquel pleno sencillamente no se puede aprobar. Antonio Gutiérrez habría de

dolerle a Carrillo, porque tuvo la habilidad de referirse al informe con un tono que parecía cuestionar no solo dicho documento, sino el conjunto de la actividad del secretario general: La aportación de Santiago Carrillo al Comité Central es heterogénea y desigual; y no dudó en mostrar su desacuerdo con los planteamientos del camarada Santiago.

En toda reunión de estas características se produce el rasgo curioso de que una velada crítica hacia algún aspecto de la política del partido genera inmediatamente actitudes de «adhesión incondicional» al secretario general, al que consideran salpicado por tal o cual frase. Esta vez no eran gotas, sino un chorreo insistente el que había caído sobre Santiago, y por tanto no menos arrolladores hubieron de ser sus defensores incondicionales. Antonio Palomares, Gerardo Iglesias y Damián Pretel le ensalzaron como quien está jugándose su futuro. Tomás Tueros, el dirigente sindical vasco, expresó, en frase digna de Guicciardini, que si no hay continuidad, no hay política. Su colega Ignacio Latierro mantuvo una postura de principios que evitaba las dudas: Quiero manifestar mi absoluto acuerdo con el fondo y con todo lo que ha dicho Santiago.

De nuevo llamaron la atención, por su seguidismo, Nicolás Sartorius y Simón Sánchez Montero. El primero, al asumir como verdad de fe la política realizada –nuestra autocrítica debe ser fundamentalmente sobre cómo hemos aplicado la política, más que sobre la política misma, que, en sus líneas generales, ha sido correcta– y el segundo, alumbrando ángulos inéditos que no se sabía bien si descubría por ignorancia o por ingenuidad. Para él, la política de concentración tenía casi un único y fundamental objetivo: la elaboración de una Constitución democrática, y los Pactos de La Moncloa, de los que reconoce que se cumplieron únicamente en el aspecto de los topes salariales. No obstante, los convierte en los arquitrabes del edificio de la libertad: Contribuyeron a salvar la democracia en un momento en que se hallaba seriamente en peligro.

Hubo algunos que en el debate demostraron que estaban fuera de juego. Armando López Salinas citó algo tan exótico como a Lenin (fue el único, si descontamos a Santiago, que le dedicó una referencia en el resumen). Francisco García Salve, el exjesuita, ahora defendía la espiritualidad comunista de los orígenes, como antaño hiciera con la ignaciana. Víctor Díez Cardiel hará su aportación anecdótica a la crisis al señalar que en el periodo de los Pactos de La Moncloa he visto a muchos dirigentes del partido ir a determinadas reuniones a prohibir en la práctica que se hiciera todo tipo de manifestación y de huelga. El

pintor José Ortega seguirá fiel a sus convicciones de unir arte y militancia.

La foto de familia estaba hecha. Había unos sentados en torno al padre y maestro, otros que se ponían en los extremos para no parecer comprometidos y, por fin, quien tenía el aplomo de sentarse en la primera fila, con notorio desenfado, como si se tratara de quitarle protagonismo al cabeza de familia.

El lunes 3 de noviembre Carrillo hizo un resumen muy significativo. Sabía lo que tenía que cumplir y, entre lo más urgente, estaba evitar que el magma renovador y crítico consiguiera que uno solo de los veteranos se contara definitivamente en sus filas. Por eso tuvo especial interés en encomiar la intervención de Azcárate, cuyas palabras calificó de aportación interesante en el terreno del denominado frente cultural. Por lo mismo sacudió dos varapalos despiadados a Pilar Brabo y Tamames. A ella, porque había osado recordar que el PCE y la UCD se compincharon para hacer una pinza sobre el PSOE. Y a Ramón le definió como un frívolo.

El panorama lo resumió él mismo en una de sus imágenes metafóricas más conmovedoras, en la que había cierto acento paternal y una violencia contenida. No hay que asombrarse de estas tensiones. Tensiones no las hemos tenido solo aquí, camaradas. Tensiones las hemos tenido en el Comité Central y en los órganos dirigentes del partido en otras épocas. En épocas de clandestinidad. Tensiones muy fuertes, muy agudas, verdaderas crisis al lado de las cuales esto que hemos tenido hoy aquí es un juego de niños. Por eso mismo había decidido que los niños siguieran jugando en otra parte, no en su casa.

Pasado el informe a votación, fue aprobado por 91 votos. Pero había aparecido un desigual frente crítico, sin precedentes en la historia del PCE: 4 en contra y 19 abstenciones. Exactamente 21 disociados de la política del secretario general, puesto que dos de los votos negativos (los vascos Tueros y Latierro) lo fueron por su oposición al debate que había mancillado la imagen de Carrillo. Los 21 aún no formaban un frente del rechazo; había desde los que se mostraban beligerantes con el secretario general (los dos votos negativos de los catalanes Antonio Gutiérrez y Jordi Conill), hasta los renovadores: Zaldívar, Lerchundi, Brabo, Azcárate… En estos contaba con fuerza el peso de las tradiciones, de su propia historia y de sus limitaciones políticas. El más veterano de ellos, Manuel Azcárate, escribió con razonable clarividencia que el mayor de sus errores fue no plantear la necesidad o la conveniencia de sustituir a Santiago Carrillo como secretario general[7]. No era posible llegar tan lejos, lo impedían muchos

elementos de su propia formación. Más sorprendidos que Carrillo quedaron ellos al contemplar las discusiones en el Central. Como escribirá Azcárate, se encontraron en el debate.

Santiago prohibió personalmente la publicación íntegra en Nuestra Bandera de las intervenciones cuando ya estaban en la imprenta. Acababa de empezar su operación de hostigamiento –ahora le tocaba a él– y no permitiría ni un mínimo eco a los disociados de su política.

En noviembre de 1980, tras esta reunión del Central, se rompió el encantamiento de aquellos que creían que Carrillo debía encabezar la renovación. No de todos, pero sí de los más despiertos. Antonio Gutiérrez había tenido una prueba de que esa vía era impracticable cuando un poco antes le había planteado descaradamente la cuestión al secretario general y él le había respondido: «Estoy algo confuso… porque eso que me propones no me merece garantías. Puedo estar con vosotros, pero no me siento seguro. Sin embargo, los otros, con los que ideológicamente quizá me unen menos cosas, sí son más fieles». Inútil dilema entre una renovación que podía costarle el cargo y una fidelidad que le permitía mantenerlo. No cabían dudas y todos tendrían pruebas en los próximos meses.

CONGRESOS HACIA EL CADALSO

La celebración del V Congreso del PSUC, en enero de 1981, introducirá tal cantidad de elementos de confusión que es imprescindible su estudio para entender la crisis de identidad de los comunistas españoles desde el comienzo de la transición. Una crisis acumulada de manera progresiva, hasta encontrar un marco idóneo, o un punto de coincidencia en el que se manifieste de manera explosiva y se lo lleve todo por los aires.

Tenía que ser precisamente el PSUC, la porción del PCE donde se daban una serie de particularidades más acusadas que en ninguna otra organización del partido: existía un nivel de debate político más alto, la experiencia política real era mayor, la relación con el tejido social considerablemente superior, la incidencia en la clase obrera sin parangón y, por último, y no por ello menos importante, el único punto en el que coincidían las diferentes corrientes del

PSUC hasta hacer de ello una seña de identidad era que el PCE, y muy especialmente su secretario general, les perjudicaba. Frente a la imagen italianizante del PSUC, el PCE aparecía como un instrumento monolítico. Existía un cierto equilibrio en la dirección y un aire de partido más flexible. El V Congreso demostraría que el asunto era más complejo y también más superficial, puesto que todo se vendría abajo en apenas cuatro días. En el periodo que va de 1977 a 1980, la media de edad del PSUC había ascendido de los treinta a los cuarenta y tres años. Significativamente, conforme se reducía la militancia se avejentaba el partido. Mientras, los teóricos buscaban profundizar en las raíces del comunismo tradicional.

La organización del Congreso fue planteada con rigor por parte de los «pro soviéticos». Desde la secretaría de organización, controlada por Josep Serradell y Francisco Trives, los delegados del Congreso se eligieron escorándose más hacia la tendencia ortodoxa que hacia cualquier otra. El informe del secretario general saliente, Antonio Gutiérrez, fue aprobado por 419 votos, pero con un frente oposicionista de 272 abstenciones y 78 en contra.

El viejo aparato del PSUC en el periodo de clandestinidad –Serradell, Abril, Ardiaca…– estudió cómo copar o controlar comisiones de trabajo y contando y sumando el resultado fue evidente: el PSUC abandonaba el eurocomunismo. El primer partido eurocomunista de España dejaba de serlo. Tras una curiosa votación semántica se decidió: 424 a favor de retirarlo, 359 en contra y 21 abstenciones.

El resultado se había producido, en primer lugar, por el copo de delegados afectos a la corriente pro soviética y la manifiesta irresponsabilidad del secretario general saliente, Antonio Gutiérrez, pero también por el deslizamiento de los «leninistas» hacia posturas de pureza centrista, distanciados de los «pro soviéticos» y de los socialdemócratas de la antigua Bandera Roja.

Que la corriente dominante era la pro soviética fue fácilmente detectable cuando unos días antes de inaugurarse el congreso el propio secretario general hizo unas declaraciones a la prensa inspiradas en esa postura. Su fino olfato le llevó a darle carnaza a la fiera, pero la fiera quería más. Había pasado el momento en el que con una finta se podían equilibrar las relaciones de fuerzas en la cúpula del PSUC. Los «leninistas», que en su mayoría votarían contra la retirada del término «eurocomunista», se encontraban, no obstante, más cercanos a la ortodoxia que a los socialdemócratas. Eran hijos espirituales de Manuel

Sacristán y de su rigor terminológico; en el fondo, despreciaban aquella vulgaridad de indeterminada precisión, inventada por un periodista italiano sin formación marxista ni leninista; el «eurocomunismo» se reducía a un epifenómeno poco interesante dentro de las variantes del pensamiento moderno. Ningún «leninista» podía rechazar una proposición como la que expuso el pro soviético Joaquín Boix: Nosotros, que estamos por la unidad de la izquierda sin renunciar a clarificar nuestra identidad de comunistas, que no somos pro soviéticos pero tampoco antisoviéticos, que creemos necesario rehacer la unidad del movimiento comunista internacional, pensamos que el término «eurocomunismo» no nos ayuda a avanzar políticamente.

Había tiempo, por tanto, o así lo creían, para ir buscando, hasta dar con el término que ayudara a avanzar políticamente y que facilitara la unidad, desde Barcelona, del movimiento comunista internacional. Joaquín Boix será incorporado al nuevo Comité Central, al igual que Leopoldo Espuny, cerebro gris, nunca mejor dicho, de la corriente pro soviética. Mientras, el maestro Sacristán bendecía lo que para él no era más que una lección de los obreros del Bajo Llobregat a los intelectuales orgánicos[8]. Sus aventajados alumnos se mantendrían en el rigor tantas veces defendido, pero siendo el fiel de una balanza inclinada hacia las posiciones «pro soviéticas». Él los dejaría ahí y daría media vuelta hacia la ecología y el gandhismo[9].

En el V Congreso, la facción «leninista» coincidió en el terreno de los «principios» con el estalinismo militante. Se produjo una estúpida jugada política que daría la puntilla al sacristanismo teórico, el cual merecía una muerte al menos tan digna y tan coherente como había sido su vida. En aras del rigor terminológico se liquidó el único Partido Comunista plural que hubo en sesenta y un años de historia de España. Entre la irresponsabilidad de unos y el empecinamiento de otros vencieron los «pro soviéticos» porque supieron no solo controlar a los delegados, sino ofrecer la línea más coherente de defensa de las tradiciones comunistas.

La victoria dogmática arrastró tras ellos a los «leninistas», confundiéndolos. Mientras que los dogmáticos, denominados «afganos», tenían detrás una experiencia burocrática y un respaldo internacional, los del «rigor terminológico» creían que a partir de recuperar las raíces leninistas se podía superar el anquilosamiento del partido. Fieles a sus principios, se quedaron sin instrumento político, pero con el cuerpo de doctrina intacto.

La historia a partir de aquí es un frívolo juego digno de una polémica estudiantil de los años sesenta. Antonio Gutiérrez y López Raimundo, secretario y presidente, dimitieron, al considerarse desautorizados y negados en su política. Fue el momento de los actores secundarios, que tenían preparados sus papeles desde hacía años, esperando una oportunidad: Andreu Claret, Rodríguez Rovira… Buscaron un hombre que pudiera representar las mejores tradiciones del comunismo catalán y no encontraron otro que Francisco Frutos, un obrero honesto. En el fondo y en la forma hicieron algo semejante a lo que hará Carrillo un año más tarde proponiendo a Gerardo Iglesias; en un caso como en el otro, las cosas no salieron conforme a sus previsiones. La naturaleza de su pacto tácito con los pro soviéticos les obligó a colocar en la cabeza del partido, en su presidencia, a Pere Ardiaca, un tipo que convertía al dimitido Gregorio López Raimundo no solo en genio de la política, sino en un modelo de catalanidad y de coherencia.

El verdadero significado del golpe de Estado ideológico del V Congreso del PSUC se reveló a las pocas semanas, cuando los «pro soviéticos» iniciaron la ruptura del pacto con los ortodoxos «leninistas» y se propusieron avanzar en su influencia dentro del debilitado PC de España.

El panorama que se ofrecía a la vista de los observadores del V Congreso de los comunistas catalanes no podía ser más desolador. Pero Santiago estaba más preocupado que disgustado. Había apoyado inequívocamente a los pro soviéticos Serradell-Ardiaca para demostrarle a Gutiérrez Díaz cuál era su fuerza. Su maniobra tenía algo de suicida, pero a él no se le podía achacar el destrozo; el desaguisado del PSUC era autóctono. Le permitía al menos demostrarles a los díscolos que el peso de la tradición aún contaba en el movimiento comunista español y tenía la sensación de que la mayoría se daría cuenta de que sin él no se podían volver a pegar los pedazos rotos durante el congreso.

Algunos entendieron entonces por qué el 12 de diciembre, a menos de un mes del comienzo del congreso, en una sesión del Comité Central, Carrillo sorprendió a todos sobre la cuestión del PSUC con un viraje de 180 grados, según escribió Azcárate. A diferencia de Gutiérrez Díaz y López Raimundo, que estaban en la inopia y no evaluaban la fuerza real de la ortodoxia, él debía de estar informado por diversas fuentes, posiblemente el propio Serradell, auténtica cabeza del pro sovietismo. Coincidían ambos en su interés por dar un golpe de timón al PSUC y en reducir la soberbia de Antoni Gutiérrez. Que Santiago favorecía a los pro soviéticos era algo tan evidente como que promovió a Ignacio

Gallego como jefe de la delegación del PCE en el congreso. Serradell y Gallego estaban desde hacía años en la misma órbita. Sus biografías se cruzaban hasta casi parecer la misma: dos hombres fieles mientras no se cuestionaran sus puestos de trabajo y su responsabilidad en la cúpula, su estatus. Cuando lo vieron peligrar volverían a sus raíces nutricias y a lo más sólido que tenía el movimiento comunista: la fidelidad a la Unión Soviética.

El secretario general del PCE, al conocer los resultados, publicó un artículo «Sobre los problemas que plantea el V Congreso del PSUC» en el que exponía su diagnóstico del mal y su tratamiento. No es que en el PCE haya demasiado centralismo democrático, es que a escala de España hay muy poco. En función de los estatutos del PCE declaraba la conveniencia de un congreso extraordinario que rectificara las posiciones adoptadas y volviera milagrosamente a la situación anterior, como si de un mal juego se tratara.

En su soberbia creía que el PSUC le necesitaba más a él, que él al PSUC. En ningún momento pareció consciente de que la crisis que había explotado en el V Congreso tenía las raíces en hechos incluso del periodo de clandestinidad, en la nunca explicada incorporación del grupo Bandera Roja (Solé Tura, Borja, Comín…). Anteriores a aquel 2 de enero en el que había saltado una pelea a degüello, síntoma de que había heridas en carne viva desde hacía muchos años y que había llegado la hora de la venganza. Él no fue el factor decisivo para la catástrofe, es absurdo decirlo, pero ni hizo nada por impedirla ni estaba sensibilizado con su papel de acelerador de partículas para el desmadre definitivo. Su interés se reducía a darles una lección a sus alumnos renegados y, muy especialmente, a Antonio Gutiérrez Díaz.

El hasta entonces inmarcesible Gutiérrez Díaz no estuvo a la altura de las circunstancias. Si bien tuvo la coherencia de no aceptar aquel golpe de Estado ideológico, hubo también algo de aprendiz de brujo que dejaría su figura tambaleante. Quizá la mayor satisfacción de Santiago fue la de ver al antiguo secretario general devenir militante de base y contemplar en su lugar a aquel obrero inexperto y retorcido, Paco Frutos, rodeado de víboras.

Con frecuencia en los momentos de crisis hay alguien que tratando de huir corre en dirección contraria y por casualidad se convierte en el primero: son los oscuros personajes, cuya desolación consiste en que nadie les daría una oportunidad, a menos que entre tanta mudanza y tanto incordio alguien se acordara de que estaban allí dispuestos a ser probados como fieles y abnegados

trabajadores. Así fue como se transformó en eminencia del PSUC un periodista avispado, Andreu Claret, de carácter introvertido y bronco, que jamás hubiera aspirado a otra cosa que a redactar comunicados. Claret se convirtió en el símbolo de estos nuevos tiempos. En el movimiento comunista es condición sine qua non para ser secretario general saber como mínimo redactar informes. Francisco Frutos carecía de experiencia y fue necesario alguien ducho en la materia; por su profesión, Andreu llenó esa laguna. Pasó a la categoría de «pluma» del nuevo secretario general del PSUC y puente entre el «flamante» Frutos y el «desposeído» Gutiérrez Díaz.

Lo más inexplicable es que un partido, que tenía el 18 por 100 de los sufragios de Cataluña, se pusiera con publicidad y alevosía a orinarse encima de ellos mientras Francisco Frutos se agarraba la cabeza entre las manos, Andreu Claret redactaba un análisis, Antonio Gutiérrez se encogía de hombros, Solé Tura llamaba a Madrid, Jordi Borja echaba una lágrima y López Raimundo afirmaba que el comunismo en Cataluña era imperecedero. Es posible que los equivocados fuesen los electores que habían pensado que, frente a un PCE anquilosado, ellos tenían un PSUC vivo. Pagaría caro el partido esa desfachatada exhibición de sus miserias.

Apenas si hacía dos semanas que había terminado el congreso de los catalanes cuando les tocó empezar el suyo a los vascos. En este caso se trataba del IV. Socialmente, el PC de Euskadi era poco importante. En las últimas elecciones había obtenido el 4,6 por 100 de los votos, unos 46.000 electores, pero se debatían por romper la costra histórica que les impedía penetrar en la sociedad. La paradoja del comunismo vasco era que había dado figuras de primer orden al PCE. Dolores Ibárruri, Vicente Uribe, Jesús Hernández (que llegó a Vizcaya a los pocos años), Juan Astigarrabía, Jesús Larrañaga, incluso fundadores como Leandro Carro, Oscar Pérez Solís, Facundo Perezagua, o García Quejido, que no nacieron en Euskadi, pero participaron en sus luchas, sin lograr romper la coraza de su marginalidad. Astigarrabía, que es quien más prestigio alcanzará, debía su nombramiento en el gobierno del lendakari Aguirre no a su base social o electoral, sino a los acuerdos adoptados durante la guerra civil, que obligaban a un gobierno de concentración sin exclusiones.

El IV Congreso del PC de Euskadi iba a tomar una decisión histórica: abrir un proceso de integración de los comunistas vascos con una organización nacionalista y marxista, Euskadiko Eskerra, con incidencia social entre los sectores abertzales (patrióticos). En el III Congreso (noviembre 1977) se había

elegido secretario general a Roberto Lerchundi. Santiago Carrillo había sido decisivo para el nombramiento del antiguo militante de una facción de ETA como nuevo dirigente del PC de Euskadi. De los cuatro candidatos, Santiago le escogió a él. Los otros tres fueron descartados por diferentes razones. Ramón Ormazábal era un veterano desde los años de la República y sus relaciones con Carrillo siempre fueron tensas, cuando no violentas; con «Orma» era prácticamente imposible mantener relaciones normales, o amaba u odiaba, era incapaz de indiferencia. Pero, asuntos personales aparte, ponerle a la cabeza del PC de Euskadi significaría que jamás lograrían avanzar un palmo en la sociedad vasca; instintivamente antinacionalista y sin demasiadas luces, no tenía mucho futuro. La cabeza política de Ormazábal era vasca hasta la médula, podría decirse que estaba conformada a la manera de las piedras que levantan los «herri kirolak», un bloque. En 1977, el Partido Comunista de España aún tenía ambiciones de desplazar a los socialistas como fuerza de izquierda en Euskadi.

El otro candidato era Carlos Alonso Zaldívar. Había estudiado ingeniería aeronáutica en Madrid y se desplazó a Bilbao para reorientar la organización vasca a comienzos de los setenta. Estaba demasiado ligado a los dirigentes de Madrid –Pilar Brabo, Ballesteros…– y Santiago le consideraba un hombre excesivamente ambicioso para ofrecerle tentaciones. Además, el indiscutible talento polémico y exegético de Zaldívar no le había pasado inadvertido a Carrillo. Lo mejor era tenerlo cerca, porque pocos como él tenían la capacidad de encontrar los argumentos más sutiles para confirmar una tesis que Santiago tan solo había intuido. Alonso Zaldívar estaba considerado como lo que vulgarmente se denomina «un lince» y a él se debía la contundente réplica que le hizo nada menos que a Jean Paul Sartre cuando el filósofo se atrevió a prologar un libro sobre el proceso de Burgos de 1970. Tampoco creía que pudiera engranar con los nuevos aires que debían orientar el PC en Euskadi; había cumplido una etapa, entre otras cosas incorporando exetarras al partido, pero ahora había que ir más lejos o seguirían en el mismo pozo que desde hacía cuarenta años.

También estaba Francisco Idiáquez, un abogado donostiarra, ingresado en el PC en los sesenta. Tenía en su contra, en primer lugar, que era guipuzcoano en una organización mayoritariamente vizcaína y, en segundo lugar, un comportamiento no heroico en una de sus detenciones.

En el fondo, Santiago Carrillo estaba convencido de que en Euskadi había que ser audaces hasta el delirio porque no había nada que perder: todo estaba perdido

ya. Lo mejor, entonces, era colocar a la cabeza del comunismo vasco a un abertzale, un patriota vasco. Si salía bien y crecían sería un éxito y una prueba de su audacia. Si salía mal volvían a la misma situación que siempre habían padecido. Roberto Lerchundi, médico, fue secretario general.

Santiago le dio el cargo, pero de lo que no pudo librarle es de la ojeriza obsesiva de Ramón Ormazábal. Orma, desde 1930, año de su ingreso en el PCE, se había distinguido por su capacidad para desvelar a traidores y renegados; era un rasgo congénito de su naturaleza. Ahora, en 1981, tenía bases objetivas para afirmar que las intenciones de Lerchundi le descubrían como un «nacionalista, pequeño burgués y liquidacionista». Al enterarse de la propuesta de ir hacia la integración con Euskadiko Eskerra exclamó: «¡Tate, lo que yo había dicho!».

El IV Congreso del PC de Euskadi, o EPK, como gustaban de usar en el periodo de Lerchundi por ser sus siglas en euskera, se dividió entre partidarios de la unificación con un sector de la izquierda abertzale y los tradicionalistas, que consideraban ese camino como la pérdida de las esencias del comunismo. De un lado, mayoritarios, Roberto Lerchundi y los procedentes de sectores más abiertos y nacionalistas; y, de otro, Ramón Ormazábal, Tomás Tueros e Ignacio Latierro, la minoría, indisolublemente unida ahora al PC de España, que estaba decepcionada porque después de tanta audacia resultaba que en Euskadi no se progresaba de manera vistosa. Para Madrid, después de la experiencia nada recomendable de Cataluña, llegaba la de Euskadi, no por pequeña menos traumatizante.

El desarrollo del congreso confirmaría que la mayoría se inclinaba hacia las posiciones de Lerchundi, que saldría elegido por 41 votos frente a 10, con tan solo 5 abstenciones. Ormazábal, en la presidencia del partido, hacía su papel de gran inquisidor, esperando el momento de barrer el partido de «escoria pequeñoburguesa». El Comité Ejecutivo estaba dominado por los «nacionalistas», doce de los quince miembros.

El año 1981 había empezado con dos ejemplos patentes de que el PCE empezaba a caerse a pedazos. Santiago estaba tranquilo, alentado por su particular teoría de que se acercaba la periódica menstruación, igual que en otro tiempo había sostenido lo de la crisis cíclica del capitalismo. Verdaderamente, debilitaba el cuerpo, pero, por alarmante que fuera, nunca había muerto ninguna mujer por eso.

Una conmoción sacudió al país, pero le dio fuerzas para demostrar a todos que seguía siendo el único, solo Suárez era digno de comparársele. El 23 de febrero se producía el golpe de Estado de Milans del Bosch y Tejero. Exactamente un mes y medio después del V Congreso del PSUC y a menos de treinta días del vasco. Con su habitual desparpajo y sentido de la utilidad, Santiago trató, sin mucho éxito, de demostrar que el golpe no hacía más que confirmar sus tesis y que de haberse formado el gobierno de concentración el golpe hubiera sido abortado. Nadie se tomó la molestia de explicarle que su tesis también era válida al revés y que un gobierno de concentración con los comunistas muy bien hubiera podido acelerarlo y hasta es posible que hubiera conseguido más partidarios entre las Fuerzas Armadas.

El 23 de febrero no facilitó precisamente la adecuación de los análisis del partido a una realidad que acababa de dar un giro importante, pero sí tuvo sus efectos en la sensibilidad militante y en la cúpula de la organización. La cabeza del partido se quedó detenida en el Palacio de Las Cortes, donde estaba el conjunto de los 23 diputados. La imposibilidad material de recibir órdenes de Carrillo convirtió al PCE en el exterior del Parlamento en una jaula de grillos, donde cada uno de los pocos responsables tomó decisiones autónomas y, curiosamente, contradictorias. Mientras algunos miembros del viejo aparato clandestino preparaban un comando que supiera utilizar armas largas, Manuel Azcárate llamó a José Mario Armero, como en plena transición a la democracia, para que les pusiera al tanto de lo que ocurría y les sugiriera qué hacer en aquellos momentos de duda e inseguridad. Por su parte, Enrique Curiel y Alonso Zaldívar buscaron a las otras fuerzas políticas para llegar a una postura común, pero no las encontraron.

Carrillo se mostrará sarcástico con todos ellos al día siguiente de fracasado el golpe. El secretario general del PCE sale del Congreso de los Diputados como el héroe del film, compartiendo el papel estelar con Adolfo Suárez y Gutiérrez Mellado. Su gallarda actitud la echará sobre la mesa con ese sentido práctico que forma parte de su carácter. Él no se ha ocultado bajo las sillas (como sus compañeros) ni se ha puesto de cara a la pared, como González y Guerra. Cree que acaba de demostrar su superioridad ante todos y se la va a cobrar. En primer lugar, a sus díscolos colegas de partido y, por supuesto, a las demás fuerzas parlamentarias. Lamenta que Suárez esté perdido y que haya sido sustituido en el gobierno por Calvo-Sotelo. Ve en él la imagen de un igual. El resto son alfeñiques.

En aquellos momentos tan complejos, y a los que tan poco tiempo habrá de dedicar en sus análisis –caída de Adolfo Suárez, crisis de UCD, ascenso de Calvo-Sotelo–, Santiago parece reafirmar sus análisis por el hecho humanamente importante de que el comportamiento de Suárez ante los golpistas es una prueba de que él tenía razón. Pero hay más, hay también los efectos secundarios del golpe fallido.

Algunos cuadros políticos sufren una conmoción que les obliga a replantearse el mapa político y su lugar en él; si de verdad merece la pena hacer una política testimonial que después de la retirada de Suárez y el intento de golpe no es más que humo. Entra en sus coordenadas la idea de acercarse al partido que tiene alguna posibilidad real de gobernar y de influir en la sociedad, el PSOE. Si Carrillo ha repetido hasta la saciedad que un partido no es un grupo de discusión ni un cenáculo ideológico, sino un instrumento para cambiar la sociedad o, sencillamente, para influirla, con eso basta para abandonar el PCE e iniciar el tránsito hacia el PSOE o hacia otro tipo de partido que pueda cumplir tal misión.

Ese será el camino que emprende Eugenio Triana, hasta entonces miembro del Comité Ejecutivo y del Secretariado y aspirante reiterado a un escaño por la provincia de Badajoz. Tras diecisiete años de militancia en el PCE admite el 18 de marzo, en su carta de despedida: Se han alterado sustancialmente las bases de mi compromiso político. Había sido el más conocido y representativo de los técnicos y profesionales que afluyeron al PCE desde mediados de los sesenta. Su marcha era algo más que un símbolo, era el reconocimiento de que cualquiera que deseara una carrera política tenía los días contados para pasarse al sitio donde podría realizarla sin necesidad de un periodo más o menos largo de «travesía del desierto». Había entrado en el partido porque quería hacer política y el franquismo no le dejaba hacerla. Triana quería ser diputado y carecía de vocación para «testigo de Jehová». Se pasó al PSOE, con el que llevaba tratando desde meses antes, y donde se le incluirá en la lista por Madrid, haciéndole al fin parlamentario.

Ramón Tamames, de parecidos análisis, extrajo otras conclusiones. No marcha al PSOE porque es para él como un problema de principios; antes iría con Adolfo Suárez. En el momento que rompe con el PCE es diputado y miembro del Comité Ejecutivo y primer teniente alcalde del Ayuntamiento de Madrid. Su última propuesta en el Comité Central fue la de poner tope en la edad de los dirigentes, sesenta y cinco años. Santiago acababa de cumplirlos y, sin embargo, tendrá la humorada de ser el único que se abstenga en dicha votación.

Francisco García Salve es solo miembro del Comité Central, pero, desde un ángulo muy diferente, considera que el PCE es un cuerpo que huele y crea una facción pro soviética, en favor de la vuelta a los orígenes comunistas –dictadura del proletariado, leninismo, internacionalismo proletario…–. Es el abandono que, aparentemente, menos afectará a la dirección del PCE, pero, en su ortodoxia mística, este hombre intransigente levantó un banderín que iba a ejercer el efecto de la carcoma entre la base militante. Si no tenían política, ellos se quedaban con la fe.

¿Qué línea táctica seguir? Liquidado Suárez, el PCE se encuentra ante un vacío absoluto. Es un cero a la izquierda que intenta por todos los procedimientos ser admitido en las decisiones que siguen al 23-F, especialmente la LOAPA, la Ley Armonizadora del Proceso Autonómico. Pero Leopoldo Calvo-Sotelo y Felipe González no tienen ningún interés en incorporarle. Se acaban los tiempos de Suárez y el consenso. A la dirección del partido se le entrega el documento redactado por García de Enterría que servirá de base para la LOAPA. Se discute en el Comité Ejecutivo y hasta se crea una comisión con los secretarios regionales. Santiago es invitado a Presidencia del Gobierno y mantiene un cambio de impresiones con Martín Villa, Pío Cabanillas y Broseta, del lado gubernamental. Le acompañan Curiel y Zaldívar. El PCE se muestra conciliador y dispuesto a negociar, pero exige alguna garantía de funcionamiento para poder aparecer ante la opinión pública con cierta autonomía, sin ser un criado de los grandes. Martín Villa fue taxativo: o todo o nada. No les quedó más remedio que pasarse al nacionalismo, porque el Gobierno en el fondo no les ofrecía nada, ni una consolación. Ya no eran nada, casi un aliado apestoso, incómodo y, sobre todo, innecesario.

El Partido Comunista de España, que se disponía a celebrar su X Congreso en el verano de 1981, se puede decir que estaba amenazado de indigencia política y de anemia orgánica. El golpe del 23 de febrero, la LOAPA, el gobierno de Calvo-Sotelo, la recomposición de la derecha sobre bases más conservadoras, el Partido Socialista como alternativa, eran un puñado de elementos que marcaban un curso nuevo, o al menos diferente, y que no tenían nada que ver con los supuestos sobre los que el secretario general del PCE construyó la táctica de la transición. No es que fueran pobres, es que estaban en la indigencia.

Anemia orgánica, porque la imagen de futuro que representaban para el conjunto del PCE los comunistas de Cataluña, el PSUC, se había desmoronado como un castillo de naipes allí donde se creía que eran más sólidos. La experiencia de

Euskadi demostró que la imagen del PCE era contraproducente y que se debían buscar ataduras nuevas porque, en el fondo, lo más terrible de la propuesta de Roberto Lerchundi y el EPK era que volvía a una idea que parecía impensable hacía tan solo cinco años, cuando se empezaban las negociaciones con Suárez: para sobrevivir y avanzar hay que pensar en cambiarle el nombre al partido, al menos en Euskadi.

No quedaba ni la disculpa fácil de que eran rasgos heredados en las dos nacionalidades históricas, porque aparecían signos de crisis en el II Congreso del PC de Andalucía y aún más en el de Valencia, donde Antonio Palomares recupera el poder y achicharra a la minoría. Hasta la conferencia de Madrid fue un foco de descontento y al fin un economista con fama de listo pronunció una frase que fue el reconocimiento del reino de los simples: Ha llegado el momento de ir a por Santiago Carrillo. Lo dijo Alfredo Tejero después de casi dieciocho años de militancia, la mitad de su vida.

El 28 de julio de 1981 Santiago Carrillo empieza su informe ante los 1.213 delegados del X Congreso expandiendo una idea que ni él mismo cree: tranquilos, aquí no pasa nada, hemos superado situaciones peores, nosotros somos el futuro. Es un anciano que recita monólogos.

EL ÚLTIMO ACTO

El X será un extraño congreso, como una mezcla de paradoja y ensoñación. Cada grupo o corriente política, incluso cada asistente, creyó que consagraba su fórmula y garantizaba al menos unos meses o unos años de equilibrio político dentro de la crisis.

Sin embargo, desde el día siguiente de la clausura, el equilibrio quedó roto, si es que existió alguna vez. Para Santiago Carrillo este congreso sería el de la depuración de irrelevancias y responsabilidades y el de sostenimiento de su política en base a la incondicionalidad. Salvando las distancias, y dejando al margen el lado grosero del símil, empezaba un periodo que podríamos denominar de mentalidad a lo «República de Saló». Si el IX había sido el intento de recuperar el terreno perdido, el X estaba claro desde sus prolegómenos que

debía tratar de limpiar la casa, porque el enemigo estaba dentro.

Para los seguidores más astutos del secretario general, este congreso abriría la ventana de los vicesecretarios; una fórmula que, al menos sobre el papel, tenía cierta semejanza con abrir el periodo poscarrillista. Estaba basado en la misma concepción que convirtió a Carrero Blanco en continuador del Caudillo, una vía a la continuidad que conservaba lo fundamental. Para gran parte de la dirección del partido el método, sin ser el idóneo, al menos siempre era mejor que nada. Santiago había extraído el ejemplo de su iluminador Togliatti, quien tuvo en el PCI dos vicesecretarios al alimón, Luigi Longo y Pietro Secchia.

En este caso la propuesta de Carrillo era tan florentina que carecía de sentido para un partido al borde del colapso. Debía haber tres vicesecretarios y cada uno de ellos respondería a un patrón diferente de formación, de modo que no fuera fácil que constituyeran un triunvirato para derrocar al inventor de la fórmula. Los dos primeros no tenían dudas: Nicolás Sartorius y Jaime Ballesteros. A Nicolás lo pedían las bases y aunque él sentía hacia este hombre de buena cuna y antecedentes nobiliarios una animosidad teñida de temor, consideraba que nadie mejor que Sartorius daría la medida de lo sensible que era a las iniciativas de la militancia. Ballesteros se reducía a su servicial ángel guardián: discreto, fiel, sinuoso, paciente. Como él, coincidía al ciento por ciento en la inquina hacia Sartorius, entre otras cosas porque entonces Jaime coincidía tanto con Carrillo que parecía su sombra.

Pero este cuadro resultaba demasiado sencillo para un hombre tan desconfiado como el secretario general. Se necesitaba un tercero que pujara con los otros dos en ganarse la confianza del que le había nombrado. Enrique Curiel estaba llamado a ser ese tercer hombre; pertenecía a otra generación, era un chico listo, simpático, y a la larga le daría sopas con honda a Sartorius y equilibraría ese instrumento de áulicos consejeros que iba a ser la triple vicesecretaría general.

El esquema se vino abajo en una comida entre Santiago, Sartorius y Ballesteros. Nicolás se negó en redondo a compartir la vicesecretaría con Curiel, de quien tenía muy mala opinión y le parecía como si Carrillo deseara colocarle a su lado a un tipo expresamente indicado para hacerle sombra. Ballesteros no tenía opinión. Él estaba allí para servir y lo mismo le daban dos vicesecretarios que diecisiete, al final Santiago tendría que recurrir a él, porque nadie le igualaba en fidelidad. La negativa de Sartorius no dio lugar a negociaciones. O él o Curiel. Santiago tuvo que escogerle, porque la designación de Curiel y Ballesteros en la

vicesecretaría hubiera sido mal interpretada.

El nombramiento de Ballesteros y Sartorius en la bicéfala vicesecretaría del partido contentó a todos los seguidores del secretario general. Para los partidarios de una apertura controlada estaba Nicolás, para los fieles ortodoxos del aparato Jaime era la garantía de fidelidad a sus puestos de trabajo y a sus principios.

El congreso también significó para los «renovadores» la confirmación de su influencia, progresivamente adquirida desde la reunión del Comité Central donde se «encontraron». Incluso pudieron ver cómo incidían en un tercio de los delegados, algo impensable unos meses antes.

Los pro soviéticos creyeron con razón que el X Congreso sería la ocasión para demostrarle a Carrillo que frente a los renovadores-socialdemócratas no había más alternativa que una alianza con ellos para salvar las «señas de identidad» del partido o, como solían repetir, «el patrimonio» del partido; sin precisar si se referían al económico, muy quebrantado, o al espiritual, tanto más devaluado.

La militancia de base se mantuvo crédula en la mitología según la cual un congreso es la máxima expresión de la unidad comunista: en el congreso, todo; después del congreso, seguir fielmente la opinión de la mayoría y cerrar filas con el partido. A ellos, por tanto, desconocedores de los intríngulis de los vicesecretarios estudiados homeopáticamente, les parecía un síntoma de que algo iba a cambiar.

Sobre la base de estas múltiples esperanzas entrecruzadas se desarrolló el congreso. Dos meses después ya se podía decir que Santiago Carrillo había fracasado y que su situación era más débil que el día anterior a la apertura. Sus seguidores, que a pesar de todo creían que algo debía cambiar, comprobaron que la experiencia de los vicesecretarios era tan patética que si mantenían un mínimo de dignidad tendrían que dimitir a la primera ocasión que se les planteara. Los renovadores se encontraron frente a la humillación o la expulsión. Los pro soviéticos entendieron que su única fuerza consistía en constituirse en fracción autónoma y dejarse de componendas. Y, en fin, los militantes de base empezaron a preguntarse si merecía la pena todo aquel batiburrillo vivido en las agrupaciones y si no sería mejor seguirlo desde casa. Desde la legalización, en abril de 1977, hasta la inauguración de este congreso, se habían perdido 60.000 militantes y, lógicamente, la edad de los delegados había pasado de treinta y

cinco años en el IX a treinta y ocho en este[10].

Por todo esto sumado cabe considerar el X Congreso como el de la paradoja y la ensoñación. Todos salieron de él menos disgustados de lo que pensaban salir y la satisfacción les duró apenas el verano. Ya era llamativa la fecha de celebración, que parecía emular los congresos del periodo de la clandestinidad. El 28 de julio, cuando se inauguró, habían empezado las vacaciones y no había razones de fondo para tal señalamiento, pero hasta en eso se vivía un remedo de vuelta a los tiempos de gloria y esperanza.

Si de verdad Santiago Carrillo pensó en una vuelta atrás que serviría para detener la sangría, se equivocó. Paradojas y ensoñaciones aparte, el desarrollo del congreso fue una radiografía fiel de que el PCE era un cuerpo enfermo, no solo porque padecía un cáncer en el que las únicas dudas se reducían a su procedencia, y no a su gravedad, sino porque el paciente no daba más de sí y empezaba a exigir ese tipo de curas de choque en las que hay un noventa por ciento de posibilidades de que empeore en el quirófano.

Desde el 28 de julio, y durante cuatro días, el congreso estuvo marcado por el enfrentamiento en los temas importantes entre la tesis oficial, que pasaba de los seiscientos votos, y la renovadora, que superaba los doscientos. Ni en el aspecto teórico ni en el político el congreso definió nada nuevo y es curioso que fuera en el terreno de la táctica donde fueran menores las diferencias entre renovadores y oficialistas. Ambos seguían defendiendo, salvo matices, la misma política; sus divergencias principales eran instrumentales: de concepción del partido. El debate más apasionado fue el de la definición del PCE de los años ochenta y allí se enfrentaron renovadores (Sigfrido Domingo) y oficialistas (Ballesteros-Cazcarra), con la consabida victoria de estos.

La influencia de los «renovadores», un tercio de los delegados, incrementó la inclinación del secretario general a la cirugía; había que amputar y dejarse de medicinas alternativas. Le llevaba a ello su carácter, su experiencia y también su peculiar modo de analizar a las personas y las cosas. Arrastró con él a la mayoría y las actitudes más o menos reticentes a la carnicería que se iba a iniciar quedaron sofocadas por el peso de su personalidad.

La primera operación fue la de convertir en «extraparlamentarios» dentro del PCE a todos los considerados «renovadores». Después del pulso congresual, en el que se había visto reducida su presencia con respecto al anterior Comité

Central, Carlos Alonso Zaldívar se entrevistó con Carrillo para proponerle una tregua. Le respondió con su habitual dominio de la situación, felicitándole por la influencia que había conseguido en el congreso –«lo habéis hecho mejor de lo que yo había calculado»–. En cuanto al fondo de la cuestión, no se anduvo por las ramas y expresó su espíritu de cirujano de hierro: si querían seguir en el partido las cosas debían hacerse a su manera y debían comprometerse a no provocar ningún conflicto hasta fin de año (estaban a primeros de agosto); los renovadores no tendrían responsabilidad alguna hasta el próximo año, 1982, que él consideraba un año electoral y en el que quería entrar habiendo dejado limpia la casa.

No eran unas condiciones de negociación, sino una solicitud de rendición incondicional. Pero si bien no fueron ingenuos respecto a eso, incomprensiblemente sí le concedieron la semana que pidió para preparar la primera reunión del nuevo Comité Central. Cuando se celebre, a mitad de agosto, impondrá su comisión de candidaturas al Ejecutivo, todos abnegados seguidores, e incluso se autoproclamará a sí mismo para evitar sorpresas. Solo admitirá en el máximo órgano del partido a un «renovador», Manuel Azcárate, y exclusivamente en función de la insistencia de Sánchez Montero, que logró un argumento convincente: «El cese de Azcárate en el Ejecutivo podría interpretarse como una presión de los soviéticos».

Luego se dispuso a sajar el forúnculo vasco. En el caso del PC de Euskadi se podía decir que se juntaban el hambre con las ganas de comer. Para Santiago, la simple existencia del PC en Euskadi, con un secretario general situado inequívocamente en posiciones «renovadoras», era una provocación que exigía su sacrificio. Para Roberto Lerchundi distanciarse del PC de España, e incluso romper con él, era la condición imprescindible para superar el gueto en el que estaba metido. Uno quería expulsar y el otro ser expulsado.

Mientras que hombres como Ramón Ormazábal, Tomás Tueros o Ignacio Latierro estaban acostumbrados a vivir y convivir en el gueto como si se tratara de una sociedad iniciática, el joven Lerchundi alimentaba legítimas ambiciones políticas y no estaba por la labor de convertirse en sumo sacerdote de una iglesia residual dedicada a transmitir la verdad revelada por los dirigentes de Madrid. Era otro que había entrado en el PC para hacer política y ahora debía escoger entre buscar otro sitio o convertirse en testigo de Jehová.

La discusión en el Comité Central del PCE sobre la situación de rebeldía en

Euskadi y la necesidad de sajar la disidencia, aun a costa de liquidar toda opción política que no fuera testimonial, apenas sí motivó grandes debates. La mayoría del Comité Ejecutivo del PC de Euskadi que se inclinaba hacia la unificación con Euskadiko Ezkerra fue despedida en una operación de dudosa legalidad, porque la mayoría eran los expulsados, pero nadie se dio por enterado y en el fondo los «renovadores» de Euskadi consideraban que les habían quitado un fardo de encima. Se lo quedaron aquellos que lo llevaban con dignísima y arriesgada constancia desde antes de 1973: Ramón Ormazábal, Tomás Tueros, Ángel Luis de la Calle y la nueva revelación de Ignacio Latierro, que de pronto, y por el nada selectivo procedimiento de «exclusión», es decir, porque no había otro, se vio promovido a la secretaría general del grupo de amigos del comunismo en Euskadi, una «amical d'anciens combatants».

Liquidada la crisis vasca, según el principio de que muerto el perro se acabó la rabia, un mes más tarde los «renovadores», aislados del resto de sus colegas del Comité Central, se propusieron lanzar el guante, quizá con la idea de romper de una vez el aislamiento. Pasar de la tensión inútil e insostenible a la guerra abierta. No podían dejar la oportunidad que les ofrecía el caso vasco y, lógicamente, el motivo fue la convocatoria de un mitin en Madrid, el 4 de noviembre. Se presentaba la Nueva Izquierda Vasca con los dos dirigentes que la habían hecho posible: Roberto Lerchundi, hasta ayer secretario general del EPK, y Mario Onaindía, máximo líder de Euskadiko Ezkerra.

La tarde del 4 de noviembre de 1981, cuando comparezca en los salones del Consejo Superior de Investigaciones Científicas la Nueva Izquierda Vasca, Santiago Carrillo considerará el acto como la oportunidad para abrir una depuración como no se recordaba en el PCE. Ahora o nunca, independientemente de que la situación política general fuera algo más que compleja por el gobierno de Leopoldo Calvo-Sotelo, que era incapaz de evitar el desmoronamiento de la UCD, y de que el trasvase hacia Alianza Popular se hubiera convertido en un paseo colectivo. El futuro es incierto, piensa Santiago; razón de más para dejar el partido limpio como un niño y luego ayudarle a crecer.

La crisis de la Unión de Centro Democrático le incitaba a depurar el partido a fondo, confiando que las próximas elecciones generales pudieran abordarse con la organización convertida en una balsa y él en timonel, sin incordios ni molestias. Las crisis políticas generales siempre le habían servido para dar golpes definitivos en el seno de la organización; era su estilo y lo había

demostrado en los momentos más difíciles de su carrera. Si una crisis interior la haces ir al unísono que una crisis política general, una y otra se compenetran de tal modo, que la resolución de una facilitará la de la otra.

Empezó con el Comité Ejecutivo. Echó sin contemplaciones a Manuel Azcárate, su secretario ideológico desde 1964. Siguió con el Comité Central; otros cinco a la calle: Pilar Brabo, Carlos Alonso Zaldívar, Pilar Arroyo, Jaime Sartorius y Julio Segura. Los dos primeros habían sido sus delfines en los años setenta; no era la primera vez que había visto marchar por la puerta del fondo a sus discípulos más apreciados: primero fue Múgica Herzog, luego Jorge Semprún, posteriormente Gutiérrez Díaz, y ahora esos dos chicos a los que había enseñado todo lo que sabían: Pilar y Charli. Siempre dijo que lo más odioso era el desagradecimiento y estaba convencido de ello. Siguió con el Comité de Madrid y liquidó a los cinco concejales; solo le quedó uno, el berroqueño Juan Francisco Pla, que, al fin, tenía la oportunidad soñada y alimentada durante tanto tiempo. Por corrimiento de escala, y porque era el más despierto de los nuevos concejales, pasó a ser el nuevo portavoz.

Extendió el ejemplo a provincias, sin perdonar ninguna; allí donde alguien se solidarizaba con los vascos se le expulsaba, y a quien se solidarizaba con los solidarizados también, y de este modo se construyó una larga cadena de agravios. Se volvía al «pocos y buenos», que es siempre la fórmula para enmascarar que, sobre todo, quedan pocos y que lo de buenos es pura autocomplacencia.

En la primavera de 1982 el partido estaba depurado y, sin embargo, nada hacía indicar que estuviera limpio. Al contrario, aquello, más que una enrabiada menstruación, había sido una sangrienta cesárea para quedarse con un feto, irreconocible para los ciudadanos, aunque algunos quisieran ver en él algunas antiguas señas de sus antecesores.

Nadie crea que se trataba de palos de ciego. Carrillo sabía muy bien dónde golpeaba. Aunque con mayor cautela, también se dirigió contra las conspiraciones pro soviéticas que trataban de aprovecharse de aquel caos. En su papel de Lenin recuperado se dirigía primero contra la «derecha» y luego contra la «izquierda», si es que esta terminología tenía algún sentido aplicada a aquel desbarajuste inquisitorial que se había apoderado de la dirección del PCE.

El foco pro soviético se concentró en el lugar más atípico que imaginarse pueda,

Cataluña. No había razones básicas, sino ciertas facilidades para la conspiración interna y una fragilidad casi absoluta de los instrumentos políticos desmoronados tras el V Congreso del PSUC. Después del «pacto del lirio», aquel en el que los «leninistas», con tan bella flor ideológica en la mano, se pusieron a describirla en toda su magnificencia histórica, mientras los «pro soviéticos» copaban lo que les interesaba copar; después de aquel pacto los mismos que habían considerado su orden de prioridades en la alianza con ellos se propusieron liquidarlos, animados de una parte por el exsecretario general, Antonio Gutiérrez, que seguía ejerciendo de tal en un despacho de las populares Ramblas, y de otro por Santiago Carrillo desde Madrid, que les animaba a seguir su ejemplo. Así fue como los «leninistas», dando la prueba más palmaria de su inconsecuencia, votaron la expulsión de los «pro soviéticos», aliándose ahora con los Banderas Rojas. Solo cuatro se mantuvieron firmes en su idea primigenia de que en el PSUC podían convivir tanto los socialdemócratas «Banderas» como los pro soviéticos «afganos». Los cuatro –María Dolores Calvet, Manuel Vázquez Montalbán, López Bulla y Rafael Ribó– serían barridos por aquella nueva entente de «leninos» socialdemocratizados y «banderas» estalinizados.

Cuando se expulse a 12 miembros del Comité Central del PSUC elegidos en el malhadado V Congreso será en diciembre de 1981 y ya constituían los «pro soviéticos» un partido dentro del partido. Convirtieron en realidad lo que aún estaba en las sombras y en forma de boceto: nació el Partido Comunista de Cataluña. Lo presidía el mismo hombre a quien los «leninistas» habían elegido como presidente unos meses antes. Aunque tuviera algo de espúreo, también tenía mucho de legítimo hijo del PSUC; solo que ahora sería inclusero.

Dirigentes históricos como Pere Ardiaca y el matrimonio Serradell-Abril cabalgaban de nuevo, pero ahora solos, en favor de la vuelta a los orígenes: se regresaba a la cultura de la resistencia. Los comunistas de Cataluña, al menos una buena parte, decidían constituir sus reservas indias, sus territorios liberados, algún barrio, alguna población fabril de Barcelona, y tender un puente con los «amigos» de Madrid y de toda España para seguir creando reservas indias en todo el territorio de los hombres blancos. El 25 de enero apareció en la capital de España, públicamente, la corriente «pro soviética» en el seno del PCE. Algunos fueron expulsados o se les abrió expediente, pero no eran tan fácil de sancionar como los renovadores, porque ellos se amparaban en la denominada disciplina leninista y solo sacaban del baúl de los recuerdos expresiones que volvieron a poner en circulación: La lucha de bloques es una manifestación de la lucha de clases a nivel mundial.

Cuando llegó, por tanto, la primavera de 1982, el partido estaba abierto en canal sobre la mesa del cirujano, pero organizativamente se había convertido en reinos de taifas, con sus caciques y sus grupos cerrados de incondicionales. El PSUC iba a comenzar un congreso extraordinario para cerrarse la herida que él mismo se había abierto e intentaba lo imposible para un hombre y para un partido político: tras hacerse el harakiri no se puede luego coser el destrozo.

Los que quedaban en el PSUC, «banderas rojas» y «leninistas», detectaban ahora, demasiado tarde quizá, que no les quedaba más que administrar los despojos ante una sociedad catalana que se desinteresaba totalmente de aquellos juegos de exhibicionismo y masacre. El PSUC desde hacía dos años quería iniciar una experiencia singular, la de aplicar a una discusión política los 120 días de Sodoma. En el fondo, la gran esperanza de la italianización social e ideológica y organizativa de los comunistas catalanes se había revelado tan superficial como la firmeza política y el talento de Antonio Gutiérrez Díaz. En esto sí que se confirmaba la maldición política y el desprecio reiterado del filósofo Sacristán hacia este hombre que le parecía un frívolo, marrullero y oportunista.

El congreso extraordinario del PSUC tuvo como máxima ambición volver a la situación anterior al V; como si no hubiera pasado nada y sencillamente se tratara de un vacile entre amigos. El ridículo social, el desprecio al electorado con sus dosis de engaño, porque los ciudadanos sí se habían creído que el PSUC era otra cosa, y tenían razones para pensarlo, ya que se había ganado su prestigio con mucho sudor, mucha pelea y mucho sacrificio, todo sería castigado por el electorado en mayor medida aún que el PCE, porque mayor había sido su irresponsabilidad. Despilfarraron en un par de sesiones de psicoanálisis colectivo lo que durante años habían construido, por muy frágil que fuera. Pero eso sí, después del Congreso Extraordinario celebrado en marzo de 1982, Gregorio López Raimundo volvió a la presidencia y Antonio Gutiérrez Díaz aceptó al fin la secretaría general.

A partir de las depuraciones en el PCE se entró en el reino de la incoherencia absoluta; mientras se procedía a echar a todos los renovadores y a castigar a los pro soviéticos. Estos contaban con importantes bazas en el interior del aparato y se creían en condiciones de quedarse con el santo y la limosna. El partido dirigido por Santiago Carrillo, agarrotado y debilitado para llevar una pelea en los dos frentes y mantener, aunque fuera formalmente, el eurocomunismo, no podía afrontar la nueva situación internacional.

En diciembre de 1981 se decretó en Polonia el estado de emergencia y un golpe de Estado desde el partido introdujo algunas variantes desconocidas hasta entonces en el movimiento comunista. Sin embargo, el PCE apenas si aborda el tema, porque el caos interior y el temor a enfrentarse a los «pro soviéticos» es tal que más vale dejar las cosas como están y hacer ver que quedan muy lejos. En enero de 1982 celebrarán un debate en el Comité Central, pero ni en el tono ni por las conclusiones guarda parangón con el periodo posterior a 1968. Deben estudiar el caso polaco al mismo tiempo que el de Turquía para no caer en la «manipulación imperialista».

El PCE había perdido la brújula, independientemente de que se equivocara en ocasiones anteriores; ahora sencillamente ya no sabía ni hacia dónde ir en un momento en el que gobernaba Leopoldo Calvo-Sotelo y el vacío de poder y de alternativas era total en el país. Había llegado la hora del PSOE, por exclusión. O el partido socialista o nada. No se puede decir que los socialistas hicieran mucho para conseguirlo; habían mantenido una estrategia de rechazo y verlas venir y avanzaban considerablemente en la penetración del tejido social. Su táctica, desde que empezó la transición, consistía en esperar a que se fueran desmoronando los adversarios. Su mejor política consistía en abstenerse de hacerla, no caer en las provocaciones ni en las ofertas de los náufragos. Esperar, esperar y esperar. Se puede decir que habían sido inteligentes o que los otros lo hicieron torpemente, pero de lo que no cabe duda es de que el PSOE era la única tabla que flotaba. La UCD se había roto, Alianza Popular era la vuelta al pasado que huye, el PCE se había suicidado. No había nada más en el horizonte. El electorado era el primero en percibirlo.

Las elecciones autonómicas de Andalucía, convocadas para el 23 de mayo de 1982, iban a ser una prueba de este panorama. El PCE, consciente de la inclinación, del vasculamiento de la sociedad hacia el PSOE, da un giro espectacular a su táctica y lanza el eslogan Juntos podemos. La verdad es que el PSOE podía solo, por eso decir que comunistas y socialistas juntos podían cambiar el país era un gesto de oportunismo innecesario. Para ese viaje no necesitaban alforjas.

Después de las peleas encanalladas y los debates criminales, el giro del PCE no sorprendió a nadie, salvo quizá a su propia base militante. Daba lo mismo que dijera «juntos podemos» o que se ofreciera a Suárez para recomponer el compromiso histórico de cartón piedra que establecieron en los comienzos del gobierno de UCD. Después de apuñalar al PSOE durante cinco años, ahora les

advertían de que «juntos» podían gobernar. Apenas unos meses antes, Santiago sostenía que un gobierno del PSOE era una incitación al golpe de Estado y ahora les ofrecían la alternativa de izquierda en exclusividad. Estaban en el pozo y le decían al PSOE que si les sacaba le perdonarían la vida.

Los resultados electorales del 23 de mayo en Andalucía fueron rotundamente malos, pero no llegan a ser estremecedores. Es el anticipo de lo que pronto les ocurrirá en toda España. Han bajado al 8,5 por 100.

Unos días más tarde, el 7 de junio, se reúne el Comité Ejecutivo para hacer el balance del fracaso y se produce el primer ataque directo a Santiago Carrillo desde que comenzó la transición; incluso desde 1964 nadie había cuestionado su persona y su política, indisolublemente. Al fin se ha decidido a hacerlo Nicolás Sartorius. Refiriéndose a los hechos pasados, especialmente las depuraciones y el estilo de partido, la línea y el modo de llevarla, dirá: Hemos metido la pata hasta el corvejón. Propone una revisión total y a fondo de la política del partido y de quienes la están llevando a cabo. Marcelino Camacho da la puntilla, porque, además de suscribir las palabras de su compañero en la dirección de Comisiones Obreras, añade que el hombre que debe ser designado nuevo secretario general es Nicolás Sartorius.

Algunos apoyos hasta entonces incondicionales, como el de Simón Sánchez Montero, no se manifiestan con la rotundidad de antaño. Santiago plantea por primera y única vez en su vida la dimisión. Ha echado todo lo que tiene sobre la mesa y sabe que solo él es capaz de aglutinar los restos del naufragio. Ha puesto en un brete a los opositores y deja a Sartorius ante la evidencia de asumir su papel y afrontar valientemente el futuro, diciendo «sí, yo quiero». O de volver a su grisáceo puesto en la vicesecretaría general. Desde Ballesteros hasta la mayoría incondicional se lanzan sobre él y carece de fuste para pelear.

Nombrar a Sartorius o a cualquier otro, pero especialmente a Sartorius, hubiera significado abrir una crisis en la cúpula, donde los incondicionales de Carrillo eran mayoritarios y donde la figura de porcelana de Nicolás no gozaba de prestigio. No así en la militancia. Durante años Santiago había desconfiado de él porque tenía todas esas facultades que el secretario general no había podido adquirir; todas menos una: arrestos. Desconfía de él y ha hecho partícipes de esa desconfianza a gran parte del Ejecutivo, que ve en él a un hombre de cera, transigente, y ya se sabe que Stalin pudo descalificar a Bujarin en 1929 utilizando esas palabras de Lenin: gentes de cera en las que cualquiera puede

dejar su huella y moldearla a su gusto. La propia personalidad de Nicolás no le facilita las cosas, quiere ser sutil y seguidista, haciendo un juego florentino incomprensible en un partido mesetario y pétreo. Para evitar malentendidos, a veces se deja llevar por el carrillismo hasta límites que hacen sonreír al propio Santiago. Es una mezcla de inconsecuente y tímido. No quiere mancharse las manos, pero en un partido, o amasas o te salpican.

Al escuchar a Camacho ofertar su nombre hace lo único que un hombre político no puede hacer, disculparse. Esa no es la manera «bajo palio» que él creyó el ideal del ascenso. El 7 de junio su candidatura caerá por los suelos y él también; dimitirá de vicesecretario general, y Santiago, casi por unanimidad, será forzado a retirar su dimisión y asumir su responsabilidad.

Después de la reunión del Central de junio las cosas no están peor que antes, pero ahora Santiago conoce mucho mejor, o cree conocer, quién es quién y cuánto vale cada uno. Incluso en su resumen se referirá al macizo del partido, una expresión que recuerda aquella otra del «macizo de la raza»; con él designa el inconmovible espíritu de la militancia, fiel hasta la muerte y paciente como las ovejas.

Los jirones que ha dejado el PCE en las elecciones andaluzas no son nada comparados con los de la Unión de Centro Democrático y con la victoria atronadora del PSOE. El 27 de agosto, Leopoldo Calvo-Sotelo hace público el decreto de disolución de las Cortes y la convocatoria de nuevas elecciones para dos meses más tarde.

La campaña electoral del PCE se hará bajo el eslogan de Para que nada se pare. Acorralado ante el PSOE, que amenaza con la victoria aplastante, el Partido Comunista aspira a ser el «juan grillo» de la nueva situación. Los socialistas van a hacer el cambio, al menos eso prometen, pero el PCE va a conseguir que el cambio no se quede ahí, sino que vaya más lejos, que no se pare. Es un lema digno de crupier y quien no esté en el juego no lo entenderá nunca. Pero da igual, el eslogan podía ser el mejor eslogan del mundo, que nadie libraría al PCE de una catástrofe. Era la catástrofe anunciada desde el comienzo de la transición, quizá antes, y que nadie quería escuchar. Casi era su destino. El PC vuelve, poco más o menos, al papel de 1933: cargados de razón histórica y menguados de votos. El 28 de octubre de 1982, el Partido Comunista de España obtiene el 3,8 por 100 de los sufragios, 830.000 votos, 4 diputados.

Nada se paró, el corazón siguió funcionando, pero había entrado en una lenta y dilatada agonía. La de esos enfermos que se resisten a morir.

[1] En febrero de 1936 el PC, computado individualmente, también alcanzó algo menos de los dos millones de votos.

[2] Mundo Obrero, 24 de mayo de 1979.

[3] Mundo Obrero, 10 de febrero de 1980.

[4] Mundo Obrero, 1 de mayo de 1980.

[5] Mundo Obrero, 1 de agosto de 1980.

[6] Los herejes del PCE, Barcelona, 1982.

[7] Crisis del eurocomunismo, p. 186.

[8] «El V Congreso del PSUC nos ha refrescado con el agradable espectáculo de la derrota de un equipo político de pequeños burgueses, profesionales de la palabra, a manos, principalmente, de obreros de la construcción del Vallés y del Bajo Llobregat.» El País, 22 de enero de 1981.

[9] Manuel Sacristán, antes de fallecer en 1985, estaba muy interesado en el estudio del pensamiento y la personalidad de M. Gandhi.

[10] P. Vega y P. Erroteta, Los herejes del PCE, p. 24.

Capítulo 23

ANDREA: Con el hombre de la calle dijimos nosotros: él morirá, pero no se retractará. Sus manos están manchadas, dijimos nosotros. Usted dice: mejor manchadas que vacías.

GALILEO: Mejor manchadas que vacías. Suena a realismo.

B. Brecht, Galileo

PSICODRAMA EN CUATRO JORNADAS DEL COMITÉ EJECUTIVO. NOVIEMBRE, 1982 (TRASCRIPCIÓN DE LA REUNIÓN NO HECHA PÚBLICA)

Dramatis personae

Por orden de aparición

Santiago Carrillo, 67 años. Secretario general del PCE hasta la última jornada.

Felipe Alcaraz, 39 años. Profesor. Secretario general de Andalucía.

Antonio Gutiérrez Díaz, 53 años. Médico. Secretario general del PSUC.

Simón Sánchez Montero, 66 años. Panadero en su adolescencia.

Julián Ariza, 47 años. Delineante y dirigente sindical.

Juan Francisco Pla, 39 años. Licenciado en Derecho.

Ángel Guerreiro, 36 años. Profesor. Secretario general del PC de Galicia.

Ignacio Latierro, 39 años. Vendedor de librería. Secretario general del PC de Euskadi.

Jordi Solé Tura, 52 años. Profesor de Derecho.

Anselmo Hoyos, 52 años. Electricista.

Andreu Claret, 36 años. Periodista.

J. A. González Jerez, 66 años. Sus labores militantes.

Francisco Frutos, 43 años. Obrero.

Jaime Ballesteros, 52 años. Sus labores militantes.

Leopoldo Alcaraz, 37 años. Obrero.

Lucio Lobato, 62 años. Obrero.

Adolfo Piñedo, 38 años. Ingeniero. Secretario general de Madrid.

Enrique Curiel, 35 años. Profesor de Derecho.

Francisco Romero Marín, 67 años. Militar.

Eulalia Vintró, 37 años. Profesora de griego.

Ignacio Gallego, 68 años. Campesino crónico.

José Galán, 44 años. Secretario general del PC del País Valenciano.

Gerardo Iglesias, 37 años. Minero.

Nicolás Sartorius, 43 años. Abogado.

Primera jornada. Martes, 2 de noviembre de 1982

Se va a reunir el Comité Ejecutivo. Es la primera vez que lo hace tras el desastre electoral del 28 de octubre.

SANTIAGO CARRILLO. Abre la reunión señalando que lo primero que se debe descubrir son las causas reales de la inclinación del electorado hacia la moderación. Los tres factores principales son: La memoria histórica de la guerra y de la represión…, la crisis económica y en tercer lugar la presión del imperialismo norteamericano[1].

Admite que hay factores negativos que han influido en el reiterado fracaso del PCE, en especial que el partido haya emergido a la legalidad en el momento más bajo del prestigio del comunismo. Debe reconocer que nuestro distanciamiento eurocomunista de los modelos existentes en los países del socialismo real, hasta ahora, no ha sido tan positivo como pensábamos.

Por más vueltas que le doy –exclama refiriéndose a la estrategia política–, no veo otra que esa que en líneas generales ha seguido el partido. El futuro está muy claro: Tendremos que votar la confianza a Felipe y seguir realizando una política de unidad de socialistas y comunistas y no de hostilidad.

No se arrepiente de nada. Yo creo que nuestra campaña ha sido bastante buena. Me parece que ha sido la mejor y la más activa después de las elecciones municipales de 1979. O sea, que a trabajar, porque ahora tenemos delante una campaña, la de las elecciones municipales y probablemente regionales, que van a adelantarse a febrero y hay que prepararlas seriamente.

FELIPE ALCARAZ. No parece muy claro si es que el PC de Andalucía ha perdido las elecciones o sencillamente si se niega a creerlo. Está obsesionado por la traición: Hay gente en el PCE que ha jugado el mismo papel que Calvo-Sotelo en UCD. Que nadie le toque a Carrillo, porque es un gran hombre de masas, y, por si fuera poco, hoy no tiene alternativa.

ANTONIO GUTIÉRREZ DÍAZ. Adopta un tono en el que no se tiene seguridad de si se está cachondeando de todo con sutil ironía o sencillamente es una muestra sublime de cinismo: Seguramente las victorias deben ser muy difíciles

de administrar. No lo sé. Pero en todo caso lo que sí sé es que las derrotas y los fracasos son difíciles de digerir. A mí me parece un acierto la intervención inicial de Santiago; el haber puesto sobre la mesa el hecho incontrovertible, pero que uno tiende a dulcificar, de que estamos frente a la constatación de un fracaso electoral. No hace falta añadir que Santiago no ha puesto sobre la mesa nada, aunque se ha referido al fracaso electoral.

SIMÓN SÁNCHEZ MONTERO. Está desolado. En el momento que el pueblo está enormemente contento, nosotros estamos enormemente tristes. Plantea dejar el Comité Ejecutivo y el Secretariado y pasar exclusivamente al Central, porque se siente responsable del desastre. No tiene objeciones de bulto que hacer: El pueblo ha votado nuestra política, dejándonos a nosotros al margen. Pero sí lanza una advertencia que suena como un pistoletazo y que tendrá consecuencias: Hoy es conflictiva la personalidad del camarada Santiago, no solo fuera, sino dentro del propio partido.

JULIÁN ARIZA. Largo y premioso, para llegar a una conclusión paradigmática: Es un fracaso, pero relativo.

JUAN FRANCISCO PLA. El día 28, en España, además de fracasar, y de manera clara y rotunda, en las elecciones el Partido Comunista, ocurrieron otras cosas, que tendremos que analizar, porque si no, no vamos a poder apreciar en toda su concreción las causas por las que nosotros hemos fracasado [sic]. El resto es igual de enrevesado, salvo una idea enunciada al final, brillantísima: Yo creo que el partido puede salir de la enfermedad que tiene, pero si le operamos en vivo se nos puede morir. Se trata de un antiguo estudiante de Derecho, no de Medicina; tampoco indica el tratamiento.

ÁNGEL GUERREIRO. Esa noche del 28 empecé a pensar y tengo algunas cosas creo que claras y otras muy confusas. Las claras se reducen a dos: Tenemos que plantearnos en qué situación estamos… y qué alternativa nacional tiene el PC a partir de hoy.

IGNACIO LATIERRO. Yo todavía no he acabado mi reflexión sobre las elecciones. Los reunidos lo constatan.

JORDI SOLÉ TURA. Bueno, yo creo que llevamos ya mucho rato dándole vueltas a la cuestión y yo tengo que confesar que me asaltan varias dudas. No solo sobre lo que ha ocurrido, sino sobre lo que estamos discutiendo aquí,

porque tengo un poco la sensación, y lo tengo que decir con toda claridad, que hay como una tendencia a decir: Sí, ha sido muy serio, ha sido muy grave, pero no hay para tanto. Así se inaugura. Es la primera intervención política que aborda de manera concienzuda y despiadada lo que ha ocurrido, deteniéndose especialmente en romper los clichés justificatorios: Yo no creo que haya triunfado aquí el modelo de Bonn. La situación es esta: España es un país mucho más invertebrado políticamente, es un país en el que los partidos ni se han acabado prácticamente de hacer, en el que se producen casos como el de que el partido que está en el gobierno desaparece, y en el que un partido que se ha formado hace unos días gana unas elecciones…

Algunas de sus reflexiones tienen indudable valor, porque él ha sido el hombre del «consenso» constitucional: El problema de estas elecciones es que la gente ha votado contra la forma en que se ha hecho la transición hasta aquí… Puede parecer que esto que digo es una provocación, pero lo digo. Pese a su tono comedido, que trata de limar aristas, sus palabras caen como bombazos: Yo creo que necesitamos una nueva imagen del partido, y cuando digo una nueva imagen no me refiero solo a imagen personal, sino a la forma de hacer las cosas. Nosotros creo que damos una imagen, lo digo con toda sinceridad, sin desdoro para nadie, una imagen no tanto de futuro, como de pasado. Y eso exige cambios. Exige cambios. Cambios en la estructura organizativa, en la dirección y en todos los niveles de la dirección. Propone la celebración de un congreso extraordinario.

ANSELMO HOYOS. Es un hombre duro que gusta de hacerse el gracioso. A los catalanes los tiene atragantados desde hace demasiado tiempo como para preocuparse en disimularlo. Por ganas los barrería de la reunión, pero, como no puede, se va a burlar de ellos, o al menos lo intenta. Podía haber contado el chiste aquel del catalán que iba en autobús y pidió el billete con acento, y su vecino le preguntó: «¿Es usted catalán?», y él dijo que no, hasta que entra un amigo y se ponen a charlar en catalán, y al rato se va el amigo y el individuo otra vez se encara y le recrimina: «¿Por qué no ha reconocido usted que es catalán?», y él responde: «Porque no me gusta presumir». Este chiste estúpido posiblemente no lo conocía, por eso tuvo que inventarse otro. Camaradas, yo de verdad que cuando Antonio Gutiérrez Díaz nos dijo que la transición había terminado, estaba por mirar a la puerta. Luego Jordi me ha tranquilizado un poco, en cuanto que es una cierta forma de transición la que ha terminado, porque si era una decisión colectiva me preocupaba más.

Segunda jornada. Miércoles, 3 de noviembre de 1982

ANDREU CLARET. Yo creo que estamos ante una derrota electoral, como decía Santiago. Es de agradecer que Carrillo tuviera el buen criterio de advertir en su primera intervención que se trataba de una «derrota electoral»; de no ser así corrían el riesgo de no advertirlo. Pero va aún más lejos y toca una de las preocupaciones de los sectores más ortodoxos, de los que se erige en portavoz: Creo que es bueno hacerse una pregunta en voz alta, que a veces en comentarios de pasillos nos hemos hecho. ¿Qué hubiera ocurrido en este país si nosotros hubiéramos adoptado una política «a la portuguesa», es decir, una política dura desde el 15 de junio? Yo creo que, efectivamente, con una política de ese tipo nosotros hubiéramos consolidado mejor de lo que hemos hecho el voto comunista. Pero el voto ideológico; es decir, el voto que teníamos el 15 de junio, ese 8, ese 9 por 100… El dilema entre conservar ese 9 por 100 y ver lo que nos ha pasado, retrocediendo al 3,8 por 100, es un dilema demencial, porque, claro, si el dilema estuviera en eso estaríamos en abierta contradicción con nuestra política, con una política de mayorías, con una política que pretende hacerle jugar al partido un papel hegemónico en la sociedad. Es una versión política de varias fábulas de Esopo, el animalito ambicioso que se ve en la ruina cuando podía haberse contentado con mejorar su suerte. De hegemónicos, a sin grupo parlamentario, va un trecho.

Es un hombre de fe que se ha leído los textos sagrados y ha encontrado la verdad en el sitio menos fecundo. Algunos de nosotros nos interrogamos si hay un espacio entre el dogmatismo y el liquidacionismo. Yo me he tomado la molestia de releerme las tesis del X Congreso estos días y creo sinceramente que ahí hay una política que dibuja sobre el papel, claro está, un espacio entre el dogmatismo y el liquidacionismo. Forma parte de una generación que debe dibujar sobre el papel un espacio entre la ambición política legítima y una apuesta personal fallida.

Introduce una variante analítica que será recogida hasta por el secretario general, según la cual el oculto bálsamo de Fierabrás, que hubiera servido para curar heridas y apaleamientos, es que en España no hay tradición comunista, lo que hay es una tradición de izquierda, que es la que ha usurpado el PSOE.

Aunque es miembro reciente en el Ejecutivo considera, con sinceridad que le honra, que hay que poner sobre la mesa los cargos del Ejecutivo y del Secretariado…; me parece una medida casi higiénica. Propone que se constituya un Comité Ejecutivo de excepción formado por Carrillo, Ballesteros, Sánchez Montero, Sartorius y Curiel, más los secretarios de Cataluña, Madrid, Andalucía, Valencia y Asturias.

GONZÁLEZ JEREZ. Tratándose de un hombre para quien un gesto de Carrillo es algo que percibe en el aire, es sospechosa su defensa apasionada de Asturias, donde el partido solo perdió 4.000 votos. Es una prueba de que nuestra política no ha sido equivocada.

FRANCISCO FRUTOS. La única idea que tiene clara es que Santiago Carrillo debe encabezar el cambio. Sobre el resto tiene dudas.

JAIME BALLESTEROS. En momentos de aflicción, decía el santo, no hacer mudanza. Él está contra los cambios en la dirección porque en este momento jugarían un papel desorientador. Conviene saber que es vicesecretario general.

LEOPOLDO ALCARAZ. Lo más fácil en este momento sería dimitir, por tanto, camaradas, que de mí no espere nadie que dimita. Aclarado ese punto, considera que el primer error sería que Santiago dimitiera, y el segundo, que nosotros se lo pidiésemos.

LUCIO LOBATO. Yo me comprometo seriamente a ser breve. No lo fue. Yo voy a tratar solo dos o tres cuestiones. Trató cuantas quiso. Es lógico que nosotros no tengamos clara conciencia (del fracaso), es por aquello del marxismo, de que la mentalidad y la ideología siempre van con retraso respecto a las condiciones objetivas. No consta que nadie se levantara para castigarle a escribir cien veces: de los simples no será nunca el reino de los cielos.

ADOLFO PIÑEDO. Profesionalmente se trata de un ingeniero, pero su mayor experiencia militante la tiene en el movimiento sindical. No tenemos raíces en el movimiento obrero, pura, simple, lisa y llanamente; la hemos perdido. Tiende a las formulaciones sencillas, pero no exentas de exactitud: Si hablamos de cambios en el partido estamos hablando de Santiago Carrillo; y, para él, hablar de Carrillo es una forma de cargarnos el partido.

ENRIQUE CURIEL. El gallego y la escalera. ¿Sube? ¿Baja? Yo estoy convencido de que nos encontramos ante un momento histórico para el PCE y no

ya para nosotros, incluso como personas, sino del futuro de nuestro partido, y en esas circunstancias creo que se ha conseguido en esta reunión una actitud positiva, de responsabilidad. Pero que tiene también que ir hasta donde cada uno creamos que están las causas de lo ocurrido, que lo contrastemos con serenidad y que efectivamente vayamos haciendo un bosquejo de las salidas y de las soluciones que tenemos por delante.

ROMERO MARÍN. Tiene experiencia en el manejo de blindados, pero aquí se ocupa de intendencia: Los gastos de la campaña van a subir a unos 535 millones de pesetas. Hasta ahora los créditos que hemos conseguido son 425 millones y todavía la Caja de Ahorros de Madrid no ha decidido darnos el crédito de cien millones que nos había prometido…

EULALIA VINTRÓ. Es la primera vez que asiste a una reunión «larga» del Comité Ejecutivo. La primera cosa que me sorprende es el escaso interés con que se escuchan las intervenciones de los miembros del Comité Ejecutivo. Me parece sorprendente que llevemos aquí doce horas más o menos y que muchas personas del Comité Ejecutivo, mientras otros hablan, están leyendo cosas distintas. A mí me parece francamente sorprendente, sobre todo en la situación en que está hoy el partido. Una de dos: o lo que aquí discutimos no sirve ni siquiera para nosotros, porque ni nos escuchamos, o entonces hay que concluir que los miembros de este Comité Ejecutivo no sirven. Que alguien me explique si esto es lo normal.

Terminará la reunión y nadie le explicará nada, pero es verdad que algunos dejaron de leer los periódicos y se pusieron a dibujar.

IGNACIO GALLEGO. En los años cuarenta el poeta gaditano José María Pemán hizo popular un personaje con inclinación a la indolencia y con no menor pasión hacia las sentencias con ribetes sofísticos. Lo llamó Séneca. Gallego es un «séneca» pemaniano, pero de izquierda. Camaradas, yo quería empezar diciendo que para mí un fracaso electoral no es una prueba contra la justeza o no justeza de la política del partido. Me parece que con una política justa se pueden tener fracasos. Esto lo digo yo apoyándome en esta humilde «vieja cultura», que seguramente no sirve nada más que para darme a mí ánimo en este momento. Ya les lanzó la varita de avellano a los mozuelos que se empeñan en eso de la nueva y la vieja cultura comunista.

Él está por lo clásico y lo expresa con su estilo cachazudo y socarrón: En Jaén y

en otros sitios hay un montón de militantes del partido (pausa). Habría que echarles a la calle por pro soviéticos (pausa más larga). Yo creo que rezan todas las noches un padrenuestro a Stalin y dos a Lenin (pausa), y desde luego los locales son una exposición de retratos que da gusto. Pero con una particularidad (pausa larga), y es que allí no hay levantamiento contra ninguna dirección del partido (pausa). Allí hay una disciplina y muchas de esas organizaciones resulta que están bastante vinculadas con las masas (pausa larguísima). Simplemente están en un grado, digamos, de vieja cultura (pausa). Bueno, pues vamos a estudiar y aprender para irnos acercando a la nueva.

SIMÓN SÁNCHEZ MONTERO. Solo desea hacer una puntualización brevísima. No quiere sacar allí algunos trapos sucios del pasado, pero lo que me interesa decir es que yo he querido decir antes lo que he dicho y nada más, porque si hubiera querido decir más, lo habría dicho. Nació en la provincia de Toledo y es amante de los toros, quizá por eso le gusta Juan Belmonte, que dejó aquel prodigio de sentencia: «Se hace lo que hay que hacer, porque hay que hacerlo y porque se puede».

JUAN FRANCISCO PLA. Yo quisiera decir simplemente una cosa.

SANTIAGO CARRILLO. Se dispone a hacer el resumen de dos días de intervenciones, pero un resumen suyo siempre es una pieza complicada. Como la mejor defensa es un ataque, pasa revista a las miserias colectivas y que repartir: Quiero empezar recordando que después de aquel Comité Central (de junio) tomamos la decisión de que todos nos corresponsabilizábamos ante la perspectiva de las elecciones y que todos íbamos a afrontar las consecuencias… y sobre esa base yo retiré mi dimisión.

La culpa de todo la tiene la historia. En esta democracia todavía somos un partido maldito…, la inmensa mayoría del pueblo, incluso nuestros electores, piensan que en este sistema no hay condiciones para que el Partido Comunista sea un partido gobernante. La historia y la estupidez de los votantes.

¿Queréis cabezas? A mí me preocupa que pensemos que la solución es otro ejercicio de automasacre del partido. Implícitamente reconoce que hubo uno anterior. Yo sé que hay quien pide cambios y cambios inmediatos. Bueno, se pueden hacer cambios inmediatos. Pero si queréis que el partido deje de ser ese partido maldito, no hay más que un cambio: disolvernos y entrar en el PSOE. No hay más que ese cambio. Yo no veo otro camino. Una velada admonición a

Gutiérrez Díaz, Solé Tura…

Puede ser que esté viejo, pero en algunos momentos, escuchándole, conserva el empaque del fastuoso prestidigitador que fue. Lo único que siento, en lo que yo no tuve reflejos la noche de las elecciones, es en que no me fui al hotel Palace a felicitar a Felipe. Es en lo único que no tuve, creo yo, reflejos, porque si voy al Palace a felicitar a Felipe me aplauden en el Palace y al aplaudirme a mí aplauden al partido.

No inquietarse. Aún tiene sus viejas recetas para superar las crisis. Como hay muchos nuevos, no están al tanto. Hay que lanzar una editorial que estimule el trabajo ideológico del partido, que haga que todos aquellos camaradas que tengan cualidades y voluntad de hacerlo contribuyan a crear un cuerpo de doctrina. Luego conseguir que funcione una auténtica comisión de cultura en el partido, porque la verdad verdadera es que los ultrarrenovadores nos han enfrentado y nos han alejado de las fuerzas de la cultura. Es fundamental también abordar el tema de los medios de comunicación. Admite que ha cometido un error en fiarlo todo en un diario. La solución ahora está en la radio: Si nos hubiéramos gastado en radio, en un sistema de radio, buscando las formas de que no se tratase de una radio oficial, de una radio del partido directa, sino de una radio con una imagen independiente, probablemente hubiéramos tenido muchos más resultados. Y no pararse ahí: Debemos plantearnos en serio el tema de la televisión. El PSOE va a introducir la televisión privada y nosotros debemos plantearnos la necesidad de estudiar nuestra presencia, aunque sea modesta en un principio…

Como el gesto de estupor de los oyentes debía de ser manifiesto, al menos en algunos, añadió: Pensáis que estoy hablando de la luna y de los peces, que estoy evadiéndome. No estoy evadiéndome. Quizá todos coincidieran en que podía ser un loco, un estúpido o un fantasma, pero evadirse no se evadía. Era el mismo de siempre, tenía las mismas respuestas a los problemas de 1982 que las utilizadas en 1951, y en 1964, y en 1970.

No se burlaba de ellos, quizá los despreciara un poco.

Les ofrecía un papelito y, como cada uno había dicho ya todo lo que quería, podían marcharse a sus casas tranquilos. Yo creo que haciendo un documento político en el que reconozcamos nuestras fallas en el terreno sindical; en el terreno de la cultura; en el funcionamiento de la dirección del partido, yo creo

que con eso el partido puede entendernos.

Para que no crean que se ablanda, les despide con un repaso: Yo no tengo la autoridad que tenía en otras épocas, ni siquiera la autoridad que pudiera tener al principio del cambio. Pero si soy conflictivo en el partido lo soy por haber defendido la política que ha aprobado la mayoría del partido. Si hay que decir que ha fracasado el partido y su política, hay que decir que he fracasado yo y que hemos fracasado todos nosotros. Y ahora una parrafada para los que confían en sustituirle: Yo creo que en el partido hay otros camaradas que son menos conflictivos, mucho menos conflictivos que yo, y puede ser que entre ellos haya un secretario general mejor que yo. Sinceramente, y se me puede tachar de inmodestia, en este momento yo no lo veo a ese secretario general. (Ni él mismo sabe que le quedan apenas cuarenta y ocho horas de disfrutar del cargo.)

Una vez aclarada la cuestión, la última recomendación: Yo estoy dispuesto a seguir si salimos con la voluntad de mantener por el momento la dirección tal como está, dándonos un plazo que puede ser de seis u ocho meses para reorganizarla. Yo me pongo a la cabeza de una acción de este tipo. Pero advierte: No estoy dispuesto a trabajar con un equipo que me acepta como un mal inevitable hoy, pero con la voluntad de desembarazarse de mí en cuanto pueda.

Cree haber dicho la última palabra.

Tercera Jornada. Viernes, 5 de noviembre de 1982

SANTIAGO CARRILLO. Trae el documento que prometió en la anterior sesión y comienza haciendo algunas apostillas al papel. A la tercera frase pasa a referirse a él y a su figura como secretario general. Después de reprochar a los presentes que frente a las campañas insidiosas contra su persona no he sentido la solidaridad del Ejecutivo, pronuncia las palabras que abrirán una etapa diferente en el Partido Comunista de España: El otro día a mí se me ha pedido que encabece los cambios. Reflexionando he decidido encabezar los cambios y he decidido encabezarlos retirándome de la Secretaría General del partido.

Solo unos pocos están al tanto de la decisión tomada el día anterior, jueves, en el

que no hubo sesión del Ejecutivo. Escuchándole se advierte que tiene un plan, aunque no quiere exponerlo en toda su amplitud; ya irá apareciendo. Yo hoy no me retiro, como lo hacía en la reunión aquella del Comité Central, con la voluntad de irme a mi casa… Yo creo que puedo seguir en la dirección del partido, en el Comité Central, por ejemplo, y creo que puedo hacer una labor en el Parlamento con el minigrupo que tenemos.

ANTONIO GUTIÉRREZ DÍEZ. Está tan satisfecho que no desea manifestarlo con vítores ni aplausos, pero si pudiera lo haría. Quizá su único temor es que aún tiene tiempo Carrillo de arrepentirse y que, como experto que es en psicología humana, no entiende muy bien a dónde quiere ir a parar el dimitido. Todo se produce en cuestión de segundos. Sus primeras palabras son: Santiago, estoy plenamente de acuerdo con tu propuesta. Creo que la propuesta que nos traes es justa. Por lo tanto, hago mías tus palabras desde la primera a la última. Dicho esto, sobre el documento yo tengo algunas cuestiones que exponer…

Suena como una provocación. El dirigente que ha conducido el partido durante décadas, al que todos los allí reunidos deben desde su cargo hasta la chaqueta que visten (podrían vestir otra, pero no sería la misma, y eso algunos, no todos), ese hombre que lo ha sido todo en el partido, acaba de dimitir y el secretario general del PSUC le dedica exactamente dos frases y pasa a continuación al orden del día.

JUAN FRANCISCO PLA. Brevísimo. Probablemente estoy muy nervioso, pero acepta la propuesta de Santiago y le propone incluso que fuese copresidente con Dolores o algo así. No se lo perdonará Carrillo nunca. El muy traidor, después de todo lo que he hecho por él, y resulta que quiere convertirme en una momia dándome una patada hasta el cielo.

JOSÉ GALÁN. Es carrillista convicto y confeso. Manifiesta dignamente su pesar. Reconozco tu actitud personal de sinceridad, pero, desde luego, estoy totalmente en desacuerdo con la propuesta que has hecho.

FRANCISCO ROMERO MARÍN. Está tan indignado por lo que oye que se comporta como un tanque en una cacharrería. Yo comprendo la decisión de Santiago. No la comparto, la comprendo. Lo que no comprende son otras cosas: Yo voy a pedir el mismo derecho que ha usado el Guti. Yo pido que Gutiérrez Díaz dimita de la dirección del PSUC y que otros camaradas que han ayudado a hacer esta situación dimitan de sus cargos… Antonio Gutiérrez Díaz tiene mucha

responsabilidad en todo esto, en lo que pasó antes y en lo que está pasando ahora. ¡Y vamos a hablar claro de una vez! ¡Ya está bien de juego!

Descargada la primera andanada sobre el secretario general del PSUC, ahora le toca la siguiente a Nicolás Sartorius. Yo no concibo tampoco que un camarada, por una diferencia en la situación política, deje de trabajar en el partido y no acuda ni a la reunión del Comité Ejecutivo. No lo comprendo, Nico, eso no lo comprendo. Luego apunta al gallego Ángel Guerreiro (Geluco). Un militar que brama es temible. Ya está bien de grupos en el partido y en la dirección del partido. Ya está bien de declaraciones a la prensa, haciendo y dando a la prensa la posibilidad de injerirse en nuestros problemas y decidir por nosotros… Porque la decisión de marcharte no la has tomado tú, Santiago, es la prensa la que la está tomando, y son algunos camaradas los que están propiciando esto… Y detrás de ti será otro, y luego otro, y dejaremos que se coman a todos los camaradas y luego poner a Pradera o Juan Luis Cebrián de secretario general del partido. Podremos ponerlos, porque ellos son los que están decidiendo.

SANTIAGO CARRILLO. Breve puntualización. Exige que se tome el compromiso de callar y no hacer declaraciones. A propósito de eso, siendo yo el portavoz la otra noche de la reunión, he encontrado en Pueblo una información completísima sobre el desarrollo de la reunión, que yo no había dado y que ha tenido que dar alguno de los que estábamos aquí. La verdad es que si no hubiera otras razones, esa falta de confianza que uno siente sería ya suficiente para dimitir.

ANDREU CLARET. Parece como si no hubiera oído nada del exordio de Santiago. Pasa directamente a juzgar el documento que tiene en la mano, para, tras algunos circunloquios, entrar en el tema recurrente. Propone que Carrillo no solo esté en el Comité Central, sino también tiene que estar en el Comité Ejecutivo, en el Secretariado y en todos los órganos de dirección del partido. Claro está, en todos menos en el que ahora ocupa.

SIMÓN SÁNCHEZ MONTERO. Es posible que sea sincero: A mí la propuesta de Santiago me confirma, una vez más, que Santiago es un hombre como muy fuera de serie y la propuesta de hoy a mí me da la impresión de una muestra de grandeza, de virtud.

ADOLFO PIÑEDO. Yo creo que el PCE es necesario… Dicho esto, tengo un par de preocupaciones. Quiero decir una de ellas. Primera: el Secretariado del

Comité Regional de Madrid está con Santiago. Si Santiago sigue siendo secretario general del partido, nosotros con él, sin dudas, sin problemas y hasta donde haga falta. Si no lo es, también. Lo que no se entiende de sus palabras es por qué llama a su afirmación una preocupación; quizá sea un lapsus freudiano.

LEOPOLDO ALCARAZ. En estos momentos de dificultad, cuando estamos alentando a los militantes a seguir adelante; cuando estamos planteando que hay que tirar adelante, el que Santiago dimita, para un sector del partido, lo expliquemos como lo expliquemos, aunque siga en el Comité Central, va a ser prácticamente tirar la toalla. Para un sector del partido. Es carrillista de corazón, pero no está en el secreto.

IGNACIO GALLEGO. Después de muchos años acumulando quina y viendo pasar por su soleada ventana a tanto joven bisoño, el hombre del diente plateado se decide a hablar y a decir lo que piensa de tanta modernidad. No todo, pero una parte. Procede con la mayéutica del veterano. Primero, armarse de paciencia. A mí me parece que la política de concentración que hemos defendido era una política justa. Y a mí me parece que la política de amplia unidad democrática que defendemos es una política justa. Y a mí me parece que la política de pacto por la libertad era una política justa. Y con políticas justas hemos recibido en este país muchísimas hostias y muchísimas derrotas…

Segundo, descubrir la traición. Camaradas, me vais a permitir un recuerdo. Yo he estado en una reunión del Ejecutivo, donde un hombre que hoy es diputado en Madrid por el PSOE (no le cita, pero no puede ser otro que Eugenio Triana) ha dicho textualmente, y lo digo textualmente porque me lo aprendí muy bien: «No hay que tener miedo a que el modelo de sociedad que defendemos los comunistas se parezca mucho al que defiende el Partido Socialista». Para mí ese es el problema y todo lo demás es consecuencia de eso. Y se acabó el debate si el eurocomunismo sí o el eurocomunismo no. Y lo veis, que no es ese el debate; el debate es este otro.

Tercero, volver a la fe verdadera. Aquí mismo uno oye argumentos acerca de la necesidad de un Partido Comunista. Pues apañados estamos si tenemos que convencernos en el Comité Ejecutivo de que hace falta un Partido Comunista.

Cuarto, releer Así se templó el acero. Estoy harto de mantenerme en mi partido con permiso del enterrador y con permiso de cualquiera que me mire por encima del hombro. Creo que esto no es una feria de ganado en la que se les mira a los

animales la boca para ver cuántos años tiene… Encima de que pasan los años y te haces viejo, tienes que estar preocupado de los reproches que te van a hacer por hacerte viejo. Pero todo esto, ¿qué es? La teoría de los guapos. ¡Pero si yo he oído en este partido, y no quiero referirme a nadie personalmente!: «¡Cómo le vas a arrancar los votos de las mujeres, si Felipe es un hombre joven!»! Me cago en la leche, yo tengo una fotografía de joven y no estoy tan mal. ¿Pero cómo es posible que hayamos dejado introducirse tantas nociones burguesas, pequeño-burguesas, entre nosotros? ¿Cómo es posible?

Quinto, el partido es una comunión. Yo voy a decir una cosa que parece una perogrullada, a lo mejor lo es. Yo pienso en un partido en el que pueden estar todos los comunistas y en el que no pueden estar los que no son comunistas. Así de simple, porque sin el Partido Comunista no se va al socialismo y porque para mí tiene muchísimo respeto todo eso que se llama socialismo real, muchísimo.

Sexto, el futuro es nuestro, dejad el presente a los oportunistas. Yo tengo una vieja certeza, la certeza de que hace falta una sociedad sin capitalistas, sin terratenientes, sin explotación del hombre por el hombre. Y resulta que cuando se lo digo a los trabajadores, les agrada. Ya votarán. Que tampoco me he hecho yo comunista para que me voten solamente, sino para algo más. ¡Ya votarán! Y esa certeza o certitud, como se diga, en lo que nosotros defendemos falta con demasiada frecuencia.

Su tono lento, moroso, salpicado de pausas, conforma una oratoria tan vieja como eficaz. Se puede decir que eran sus últimas palabras en el Comité Ejecutivo. Aquel no era ya su partido. Antaño, con su estilo de sofista intuitivo, hubiera sido felicitado por cada uno de los que le siguieron; ahora bostezaban significativamente. Aquel no era ya su partido, o quizá ya no fuera su época.

GONZÁLEZ JEREZ. Camaradas, yo quiero comenzar por decir que me gustaría tener el estado de ánimo, la tranquilidad o el optimismo, por llamarlo de alguna manera, que ha mostrado el camarada Guti: se plantea la dimisión de Santiago y pasar luego, inmediatamente, al proyecto de documento.

FRANCISCO FRUTOS. Solo tiene clara una cosa: que está de acuerdo con la dimisión de Santiago.

FELIPE ALCARAZ. Veteranos y menos veteranos, todos se quedarán de un pasmo ante la desvergüenza de este secretario de Andalucía. Ya es algo más que

un rumor el que Santiago va a designar a Gerardo Iglesias, el asturiano, como su sucesor. ¿De dónde sale un nuevo secretario general? ¿De dónde hay más porcentaje? ¿Primero Asturias y segundo Andalucía? Se autoproclama.

JULIÁN ARIZA. No sé hasta qué punto la decisión de la dimisión de Santiago es consecuencia de la presión de la prensa o es consecuencia de este Comité Ejecutivo.

LUCIO LOBATO. Ataca a Nicolás Sartorius por sus declaraciones al diario Pueblo. Va a hacer, sin pretenderlo, el elogio fúnebre del secretario general saliente: Yo quiero decir que tenemos planteada la dimisión de Santiago Carrillo y también, como todos sabemos, la necesidad de un nuevo secretario general. Yo lo que quiero decir, camaradas, es que con Santiago Carrillo no desaparece el hombre de Paracuellos, de París, del exilio, de la guerra civil, ideas que se han repetido hasta la saciedad. En unos periódicos, lo de Paracuellos; en otros, lo de París; en otros, lo de su condición de protagonista de la guerra civil. Con él no desaparece ese odio hacia la dirección del partido, sino que desaparece el partido.

SOLÉ TURA. Yo voy a ser muy breve, porque simplemente quiero que conste que la propuesta que ha hecho Santiago me parece la única razonable, la más sensata en una situación como la que estamos, y la que creo yo permite resolver muchos de los problemas que aparecen, incluso, en esta misma reunión. Es decir, o se toma una solución de esas características o las cosas pueden crisparse mucho más.

ÁNGEL GUERREIRO. Estoy de acuerdo con la propuesta de Santiago. Está seguro, además, de que Carrillo pasará a la historia por su aportación global en la transición política. (No solo le entierran, sino que le hacen un panteón.)

GERARDO IGLESIAS. Yo me incorporo a esta reunión no en muy buenas condiciones. Me pasé todos estos días en la cama… Santiago le ha hecho llamar con urgencia y le ha puesto al corriente de lo que hay: va a ser el nuevo secretario general. Aunque aún no es público, algunos lo saben, como Jaime Ballesteros y Adolfo Piñedo. Yo pienso que la dimisión de Santiago hoy se convierte ya en una necesidad. Viene pegando fuerte el mozo y si Carrillo tuviera los reflejos de otras épocas no solo hubiera ido al hotel Palace la noche del 28 de octubre, sino que le retiraría inmediatamente su confianza. No es torpe este chico, tiene su lado hábil. Yo acepto la propuesta de dimisión de Santiago,

pero no puedo aceptarla a secas. No puedo aceptarla sin poner de manifiesto que no es porque yo discrepe lo más mínimo de la política que vino defendiendo Santiago.

JAIME BALLESTEROS. Está en el secreto. Yo creo que Santiago Carrillo es el mejor secretario general que tenemos, pero yo no me creo con derecho a someterle a la tensión de que siguiese al frente de la Secretaría General. Ni un cardenal con diez años de curia sería tan expresivo. Su única preocupación es que cambiado el papa se mantenga rigurosamente el dogma y el dogma para él es un partido comunista con una estrategia eurocomunista, porque la estrategia eurocomunista es lo fundamental. (Dos años más tarde, cuando le retiren de la vicesecretaría, marchará con los pro soviéticos.)

NICOLÁS SARTORIUS. Al fin interviene. No está al tanto de nada y piensa, ¡el pobre!, que la dimisión de Santiago puede abrirle la oportunidad ansiada de ser secretario general. Maldice mil veces su desgraciada fortuna, por haber consentido las declaraciones al diario Pueblo. ¡Para una vez que se decide, va y mete la pata, él también, hasta el corvejón! ¡Quién iba a pensar que Carrillo cambiaría de opinión en veinticuatro horas!

Empieza humildemente, pidiendo disculpas a Romero Marín por no haber asistido a la reunión anterior. Ha sido por razones de trabajo. Acaba de empezar en un bufete de abogados y cuesta mucho esfuerzo ganar clientela y aprender el oficio.

Repartidas las disculpas, hace una intervención de secretario general in pectore, o quizá de aspirante. Se muestra tenaz, sensato, comprensivo y rotundo. Es, sin duda, la más brillante e inteligente de las intervenciones. Pasa revista al franquismo en el último periodo, a la diferencia entre cultura antifascista de masas y cultura de masas reivindicativa, a la crisis del movimiento comunista, la transición y las lagunas del PCE durante este periodo. Teórica y prácticamente, es la aportación más seria de un miembro del Ejecutivo durante los cuatro días de sesión.

Daba igual que la hiciera o que no. Maldito el caso que le servía. Creía estar postulando a la Secretaría General y llegaba tarde. Algunos estaban esperando a que terminara para cerrar la crisis que ellos mismos habían abierto.

ENRIQUE CURIEL. Está despistado. Le ocurre lo que a Sartorius, aunque en

menor medida. Tiene olfato y sabe que las cosas nunca son como parecen. Se mantiene firme en su intransigente postura de que nadie pueda sacar una conclusión de cuál es su postura: Yo me remito a la decisión definitiva que tome Santiago, que la respeto, que dudo que sea la más eficaz y que, sea cual sea la solución que se adopte, la acepto y voy a trabajar.

IGNACIO LATIERRO. Razones meteorológicas le impidieron llegar a tiempo. Admite que está bastante descolocado, pero deja entrever que es otro de los que conocen la intrahistoria.

SANTIAGO CARRILLO. Toma la palabra, porque no hay más peticiones para intervenir. Abre un poco la cortina de sus razones y algo menos la de sus intenciones. Cuando yo me he decidido a dimitir ha sido en la reunión del Comité Ejecutivo, porque yo creo que otra cosa no tendré, pero cierto olfato y cierta intuición política sí tengo. Y sentí claramente que a mí me faltaba el apoyo del Comité Ejecutivo. No de todos los camaradas, pero me faltaba el apoyo del Comité Ejecutivo. (Hasta aquí nada es del todo verdad, pero tampoco deja de tener realmente visos de ser real, salvo lo de que tomó la decisión en la reunión del Ejecutivo, que no solo es inverosímil, habiendo escuchado sus palabras, sino que es falso de todo punto. Pero a partir de ahora sí que será puntillosamente preciso.) Y uno de los datos que me dio más todavía esa impresión de falta de apoyo fue la ausencia de Nico… La reunión del otro día a mí me dio claramente la impresión de que se me pedía que encabezara tales o cuales cosas para que me estrellara todavía más a fondo.

No le preocupa dar la impresión de que ha perdido, porque en su confianza tiende a pensar que él reirá el último y muy pronto. Claro que va a ser inevitable una cierta especulación con mi dimisión. Va a ser inevitable, pues, que algunas personas, no hace falta citar, pues canten el «nos lo hemos cargado, que no se ha ido, que le hemos echado». Va a ser inevitable que una parte de la prensa diga que yo me he marchado porque me ha faltado apoyo, pero esa es la verdad. Lo van a decir, pero esa es la verdad.

Se expresó con una tranquilidad de hombre que se siente seguro y que desprecia a los tontos y a los débiles por encima de cualquier otra cosa: Para mí va a ser poco grato asistir a la reunión del Comité Central; escuchar los epitafios hablados e incluso algún epitafio hipócrita que puede surgir en una reunión de ese tipo y que a pesar de la serenidad a que he llegado, no puedo negar que me revolvería las tripas y me trabajaría la úlcera de duodeno. Sin embargo, si

consideráis que debo ir, voy. Y si consideráis que debo presentar yo el papel, lo presento. Tampoco es una cosa que me da miedo. No hace falta apostillar que esa era su intención desde el primer momento, porque sin ello a lo mejor se producían sorpresas que desbarataban la operación.

Podía marcharse a casa hasta el día siguiente, pero insistió porque convenía dejar aún más claras las cosas y para que quien tuviera que entender entendiese: Yo voy a seguir siendo el mismo. Ya sé que no es lo mismo ser secretario general que ser miembro del Comité Central. Hay una gran diferencia, pero en fin, de todas maneras no es fácil enterrarme, no.

Ya está todo dicho. Solo queda un detalle para demostrarles a aquellos imberbes que la situación la domina él y que nadie se atrevería a dar ese paso si él no se lo hubiera permitido. Mi última proposición es sobre el papel que ha redactado Dolores. Dolores quería intervenir aquí, echándoos a todos. Yo la he convencido de que vaya a su casa y que descanse, y le he dicho que mañana por la mañana le explicaré un poco todo… Eso es todo. Entonces, yo creo que tenéis que decidir, porque lo que está claro y en lo que es inútil insistir es en que yo dimito. Eso está muy claro.

Todo saldría conforme a sus deseos. Al día siguiente empezó la última jornada. Era el 7 de noviembre de 1982, domingo, Aniversario de la Revolución Socialista de Octubre. El Comité Ejecutivo decidió con tan solo dos abstenciones (Sartorius y Frutos) que Gerardo Iglesias sería el nuevo secretario general.

Su primera intervención empezó ya avanzada la mañana: No me voy a enrollar, voy a decir simplemente así tres o cuatro cosas. Yo estoy, además, en un estado físico jodido, bastante jodido. El nuevo secretario general del Partido Comunista de España tenía fiebre. Yo voy a aceptar si vosotros consideráis que debéis votarme, sabiendo que yo os digo con entera sinceridad que creo que me falta capacidad para ser secretario general… Pero soy una persona que si asumo eso vais a tener el secretario general que habéis elegido. Yo no soy yo y la mitad de otro. Yo soy yo.

Terminaba un largo camino y empezaba un capítulo, no sé si el último o tan solo diferente, de la historia del PCE.

[1] Todas las palabras que vayan en cursiva fueron pronunciadas exactamente así

por los citados y constan en las transcripciones de la grabación.

Capítulo 24

Porque lo dicen los viejos libros ya no les basta, pues donde la fe reinó durante mil años ahora reina la duda. El mundo entero dice: sí, eso está en los libros, pero dejadnos ahora mirar a nosotros mismos.

B. Brecht, Galileo

LA VÍA POLÍTICA AL SUICIDIO

La aplastante victoria del PSOE el 28 de octubre de 1982 suponía para el PCE, y muy concretamente para Santiago Carrillo, el fracaso absoluto de su política durante la transición. De todas las variables con las que había operado, era quizá la única inimaginable. Es más, era la única que por principio debía ser descartada, porque venía a demoler décadas de trabajo clandestino y el cuasi monopolio del PCE entre las fuerzas antifranquistas.

Aunque no habían sido los únicos, se trataba de la fuerza dominante; la que orientaba y dirigía, y sobre la cual se guiaban los demás grupos de la oposición para rechazarla o aceptarla. El 28 de octubre se daba un vuelco a la hegemonía política de la izquierda y un partido que había quedado desmembrado en 1939, el PSOE, volvía a ocupar el lugar preponderante. No es este el lugar para referirnos a lo poco que tenía que ver el Partido Socialista de 1982 con el de tiempos pasados, pero, independientemente de que las siglas fueran las mismas, lo indiscutible es que el Partido Comunista sí pasaba a ocupar un lugar semejante al que había ejercido durante los primeros años de la República.

Además, la victoria del PSOE significaba en muchos aspectos el final del periodo inaugurado en 1976. Con su ascenso al poder se cerraba la transición política. Conquistaba el gobierno, democráticamente, un grupo que no tenía nada

que ver con el franquismo y lo hacía con un programa de cambio, no de continuidad. Independientemente de cuál fuera su política a partir de ese momento, el triunfo socialista se traducía para el conjunto del país en una ruptura de los lazos con el régimen anterior y consolidaba la monarquía democrática.

Sería confundir los términos no denominar final de la transición a ese momento por el hecho de que no se habían cambiado algunas instituciones del viejo régimen: el ejército, las fuerzas de seguridad del Estado, los tribunales. Esto hubiera significado una revolución política y desde 1976 el camino seguido por el conjunto de las fuerzas políticas fue el de la reforma. Limitándonos al valor exacto de las palabras, el periodo de la transición a la democracia había terminado. Una prueba de que dicha transición había quedado cerrada es que el sistema pudo soportar la renovación de su clase política sin que esto supusiera un trauma.

Los seis años que median entre 1976 y 1982 pasarán a la historia como la etapa de la transición política. El resto será otra cosa; en la hipótesis de que el nuevo régimen diera un paso atrás y volvieran a gobernar los mismos, incluso ante tal eventualidad, se trataría de algo diferente. La eventualidad de una involución, el periodo posterior a 1982 ya nunca sería el de la transición a la democracia.

El Partido Comunista entró en dicha transición con una fuerza no comparable a la de ningún otro grupo de oposición a la dictadura. Seis años más tarde quedará liquidado y se transformará en tres fragmentos de partido en busca de papeles históricos diferentes, tan personales que casi podría decir que son personajes en busca de autor.

No basta con decir que el PCE se equivocó al elaborar su táctica durante la transición. No hay ningún grupo político, por soberbio que fuera, que no aceptara errores, equivocaciones en el transcurso de esos años. Sin embargo, sobrevivieron a sus propias equivocaciones. Tampoco es válido comparar a los comunistas con el partido gubernamental, la Unión de Centro Democrático, pues este carecía de historia, de raíces, y limitaba su contenido a su supervivencia como partido de gobierno. Nadie podía darle más vida que la de su promotor principal, Adolfo Suárez. Hay similitudes en sus trayectorias, pero cualquier comparación carece de sentido; son instrumentos no homologables. En su caso se trata de un partido, en el otro de un presidente del gobierno.

En 1976 el PCE entra en la transición política asumiendo un papel protagonista, y hora es de decir, deshaciendo tópicos, que fue el primer partido de la oposición de izquierda que asumió la reforma como el modo más rápido de llegar a la democracia.

Como se ha expuesto sobradamente en este libro, el PCE, su secretario general, no dudó un instante en que la fórmula que se abría, la de la reforma, quizá no fuera la ideal, pero era la mejor posible a tenor de las realidades políticas.

En aras del realismo y de sus lógicos intereses, y después de evaluar sus fuerzas, el Partido Comunista fue el primero que se lanzó a fondo por la vía de la reforma. Que el término utilizado fuera el de «ruptura pactada» es lo de menos, aunque tuviera el valor simbólico de no entender que si se debía cambiar de táctica no había por qué avergonzarse buscando una terminología ambigua, por no decir imprecisa.

En ningún momento de la primera parte de la transición –la que va hasta las primeras elecciones democráticas de junio de 1977– el PCE dudó de que la reforma mantendría su preponderancia en la izquierda, aunque admitió, como lógico, que se equilibraría con respecto a otras fuerzas hasta entonces en letargo. Se ha explicado ya con datos concretos cómo maniobró el secretario general del PCE para mantener una legítima ventaja sobre sus competidores. Los diseñadores de la transición consideraban que el PCE se merecía un trato especial y una atención preferente, puesto que su fuerza real así lo aconsejaba. Cuando va José Mario Armero a Cannes a visitar a Carrillo, en el verano de 1976, no lo hace porque esté en el exilio y tenga prohibida su entrada en España, ni siquiera para conocer la opinión del PCE sobre la situación, puesto que podía haberlo constatado en el interior, donde Carrillo mantenía buen número de delegados. Va a Cannes porque allí está el hombre que representa al partido que goza entonces de la hegemonía de la izquierda, y sin esa izquierda el régimen no podía ser estable, no digamos ya democrático.

La comunidad de intereses que se establece entre Adolfo Suárez y Santiago Carrillo corresponde a dos análisis paralelos que se complementan en sus objetivos. Quizá fue en esta ocasión donde por primera vez quedó patente la endeblez política de Santiago Carrillo. Conviene saber que a partir de este momento, y más que en ningún otro de la historia del PCE, el secretario general diseña su política solo. Conocedor de que Adolfo Suárez opera por su cuenta, independientemente de su gabinete ministerial, él garantiza otro tanto. Suárez

tiene en sus manos los resortes del Estado, él los del partido. La comparación entre la capacidad real de uno y otro está ahí reflejada.

Es la primera vez que Santiago Carrillo va a hacer política real y no política ficción. Ha estado durante cuarenta años ensayando en «simuladores de operaciones», esos aparatos que tienen los Estados Mayores del mundo para jugar a la guerra como si fuera de verdad, y donde los datos son evaluables y los fallos se comprueban y se corrigen. Ahora, por primera vez en su vida, un hombre de sesenta y un años, para quien el poder se ha reducido a orientar a miles de militantes, a disponer sobre su vida y su hacienda y a dictar órdenes como a subordinados, se enfrenta a la política auténtica y lo hace con un individuo como Adolfo Suárez, que jamás en su vida pisó una sala de «simulación de operaciones» porque llevaba toda la vida haciendo política a todos los niveles del escalafón.

No es posible analizar el fenómeno de la transición en el PCE sin analizar al hombre que domina hasta los más nimios detalles de la actividad de dicho partido. Los efectos de la transición sobre Santiago Carrillo son perceptibles desde su llegada a España y se convierten en caracteriales desde el verano de 1976. Coinciden con los primeros contactos de José Mario Armero, el intermediario del presidente Suárez.

Hasta entonces había hecho política de partido, ahora empieza a hacer política a secas, que es más compleja que la de partido. Sin embargo, él la abordará con su estilo, el que sabe, el que ha ido aprendiendo, no tiene otro, y que será el mismo que ha usado en el partido y que tantos «éxitos» internos le ha conferido. Su encuentro con Adolfo Suárez, no el personal solo, sino el político, es el encuentro con un profesional, que lo es en tanto que maneja los resortes del Estado, y le dejará una impresión imborrable y subyugadora. Le seducirá de tal modo que, creyendo ser él quien ha conquistado a Suárez, olvida que la diferencia entre Suárez y él, es que el presidente del gobierno no está solo y no decide solo, se sirve y es servidor del Estado, mientras que Santiago está solo y decide solo.

¿Qué es lo único que tiene Santiago Carrillo cuando entra en la transición? Un instrumento político del que carecen todos y que además no puede improvisarse, un partido. Sin necesidad de evaluar su fuerza y su calidad real fuera de las leyendas, es indudable que ese instrumento no tiene parangón con ningún otro. Ha sobrevivido a lo más difícil y se ha construido sobre esa base hostil, la

implacable dictadura de Franco.

Resulta curioso cómo una vez controlados los mandos en el interior, despejadas sus dudas y garantizada la indiscutibilidad de sus decisiones, Santiago Carrillo mantiene al partido en un estado semejante al de un ejército en reserva. No lo olvida, porque conoce bien su fuerza y algo menos su debilidad, pero no lo usa. Considera que de momento es él quien debe actuar y debe mantener el partido en un segundo plano. Quizá piense que conviene emplearlo en el instante decisivo y que esa coyuntura no ha llegado, o también que en el fondo no le merece excesiva confianza; al menos no tanto como tiene él en sí mismo. Lo cierto es que desde el verano de 1976 hasta las elecciones de 1977 el PCE, como fuerza política de presión, es licenciada. Debe crecer y debe esperar. Esperará incluso hasta 1982.

Posiblemente no fuera del todo explícita la intención del presidente Suárez de congelar al PCE, pero la verdad es que este partido solo tendrá ocasión para desentumecerse en las elecciones de 1977 y al mismo nivel que cualquier otro grupo, perdiendo totalmente su tipicidad. Si el resultado de 1977 hubiera sido bueno, cabe creer que el PCE consideraría el primer periodo de la transición como unas gozosas vacaciones que les concedió el secretario general, con la ventaja de que a su vuelta les habían aumentado a todos el sueldo gracias a su eficaz labor. Pero, al comprobar el desfase entre lo esperado y los menguados resultados, el instrumento político llamado PCE se diluyó.

Un ejemplo: desde junio de 1977 fue equiparable la actividad militante del PSOE con la que iban desarrollando las agrupaciones comunistas. Equiparables en su atonía.

Consciente o no, la derecha «ucedeísta», con Suárez a la cabeza, demostró una habilidad notable en la tarea de incorporar y neutralizar al PCE durante la transición. No está aún claro si se debió a su talento, o a la incompetencia de sus adversarios. Hay aspectos que exigen una explicación para evitar algunos tópicos que se han convertido en justificaciones. Primero, el PCE no tenía más opción que la reforma. Segundo, el PCE debía aceptar la monarquía democrática y su bandera. Tercero, el PCE no podía renunciar a su opción eurocomunista; respeto escrupuloso del marco democrático y distanciamiento de los países del socialismo de Estado.

Ninguno de estos compromisos produjeron la quiebra del PCE en la transición.

Los tres formaron parte del paquete mayoritariamente aceptado por la militancia. Esto no quiere decir que la reforma les pareciera de perlas, ni que les gustara más la bandera rojigualda, ni que de pronto recordaran que los Borbones eran una dinastía entrañable, porque ni lo sentían ni era verdad. Pero nadie hacía de esto problema de principios. Se podía haber debatido y aceptado con mayor facilidad que otras cosas. Mas se hizo en unas circunstancias vergonzosas, como si se tratara de un pecado o un mal trago. Era un rasgo histórico el de que, en el PCE, nunca se había cambiado de línea y siempre habían tenido razón.

La militancia consideraba que su misión consistía en hacer transformaciones democráticas profundas en una sociedad que las necesitaba y para eso estaba en el Partido Comunista. Por tanto, ni la reforma en vez de la ruptura, ni las banderas, ni la institución monárquica eran, en definitiva, condiciones que lo impidieran. Quizá el elemento definidor de esa militancia estaba en sobrevalorar al propio partido como hegemónico por principio, tanto en aquel presente histórico como en el pasado, pero ese debe de ser un vicio de todo militante en un partido político. Sospecho que de no ser así no militarían y menos en clandestinidad.

Reforma, bandera y monarquía eran derrotas, de eso no hay duda, porque otra cosa sería enmascarar la realidad, pero el instrumento partido iba más allá que tres derrotas en un año. Quizá el más preocupado por el efecto fuera el secretario general, que las haría aprobar de la manera más vergonzante posible. La diferencia entre una familia madura y otra zafia es que si una hija se queda embarazada y no lo desea, a unos se les ocurre afrontar el error y corregirlo, mientras que los otros la casan «por el sindicato de las prisas», convirtiendo la mala fortuna en festejo de bodas.

El PCE, durante el primer periodo de la transición, no solo no pudo soportar la competencia que le hicieron otros partidos, sino que se encogió. Con independencia de que unos fueran legalizados antes que otros, y que el PCE fuera de los últimos y el más conflictivo, no se puede engañar a los analistas: el PCE tenía abiertos locales de partido en todas sus zonas de influencia bastante antes de ser legalizado y en un momento en que el PSOE carecía de infraestructura.

Se produjo una desmovilización política en función de que se creía que la relación de superioridad del PCE en la izquierda iba a mantenerse de modo crónico, quizá porque había costado mucha sangre, mucho sudor y muchas

lágrimas alcanzarla, para que ahora vinieran unos listos a apropiársela.

El PCE optó por no crear dificultades y la interpretación de esta orientación se tradujo en una desmovilización general; cada uno en su barrio (territorialización) o en su trabajo sindical. La política, en la cúpula; el resto tranquilo, ya llegaría el momento en que el Estado Mayor decidiera reemprender la larga marcha por las transformaciones democráticas profundas. Pacientes y en casa. Como Stalin en 1940, Santiago sabe lo que se hace y sus razones tendrá.

En el fondo, Carrillo, emulando a Stalin, empezó a actuar el día que se enfrentó con una realidad inesperada, y si en Stalin eso se produjo el 11 de junio, con la invasión alemana de 1941, en el otro, salvando las distancias, tuvo lugar el 15 de junio de 1977, con las elecciones. Desde ese momento la política se traducirá en un objetivo y dos maneras de obtenerlo.

El objetivo: entrar en el gobierno. Los métodos: el consenso con la UCD y aislar al PSOE. Desde el 15 de junio de 1977 el PCE no parece preocupado por ningún complejo particular fuera de sus menguados resultados; sin embargo, el que tiene complejo de su propia historia es el secretario general. Para él entrar en el gobierno no es un problema de táctica ni de estrategia, es el objetivo único de su vida, su obsesión personal. Lo explicará reiteradamente en las reuniones privadas: es la única manera de conseguir el aval democrático.

En los seis años que duró la transición nadie fue capaz de preguntarle a Santiago Carrillo si el que necesitaba el aval era el partido o él, aunque ambos durante muchos años se identificaran. La historia de la búsqueda de ese «aval», cifrado en poder gobernar o tan solo participar en el gobierno, incluso desde fuera, es una patética trayectoria en la que el PCE sirvió de la manera menos fructífera a sus intereses.

El consenso ayudó a gobernar a la UCD, pero fue un cáncer político que al final les costaría la supervivencia a sus dos principales promotores, Suárez y Carrillo. El consenso era intrínsecamente una rémora del primer periodo sórdido de la transición; un ejercicio extraparlamentario y por tanto antidemocrático, hecho a espaldas del país y de los electores. Estos se vengaron con sus votos. Pero es que además el «consenso» constituía la fórmula ideal en la concepción que de la política tenían tanto Suárez como Carrillo. Les hacía desempeñar su papel de manipuladores del Estado, uno porque tenía un partido a su alrededor con visos de zoológico, y el otro porque cada vez tenía menos detrás, pero creía que así

aumentaba su influencia.

Si en el país el consenso fue un tumor maligno, que convertía algunos aspectos de la Restauración decimonónica en diáfano juego de partidos, en el PCE supuso, sencillamente, la continuación del periodo anterior, pero en circunstancias que exigían un grupo dirigente polivalente y capaz. Un partido es un instrumento que sirve para objetivos políticos, no digo ya para tomar el poder, sino para objetivos políticos, y si el secretario general considera que para alcanzar esos objetivos no es necesario ese partido, entonces lo mejor es licenciar a la militancia, porque de todas formas se licenciará sola.

El gobierno de concentración como táctica fue siempre una falacia. Escondía otra intención. Igual que se utilizó el término «ruptura pactada», para no reconocer que la izquierda se había equivocado en su previsión, y que debía haber empezado antes el trabajo por la reforma, en esta ocasión la expresión «gobierno de concentración» encerraba el modo de ofrecerle al país el «compromiso histórico» entre la Unión de Centro Democrático y el Partido Comunista. Una certeza de Carrillo era que el PCE jamás podría gobernar con los socialistas, pero sí era posible con la UCD, y más aún con Adolfo Suárez. Con el «aval» de la participación gubernamental tendría en su mano la piedra filosofal que permitiría presentarse a los electores como el «auténtico» partido socialista, el que había dibujado en Roma en el verano de 1976 y que los electores no acababan de creerse. De este modo el PCE recuperaría el espectro social que le pertenecía, restándolo al socialismo espúreo del PSOE.

Tras la crisis de Suárez y de su partido-acordeón, el PCE pasó de aspirar a un «gobierno de concentración», a una «alternativa de izquierda». Trataba de conciliar una política de Estado que marginaba al PSOE y que buscaba la alianza gubernamental con la UCD, y una política municipal obligada a hacer al revés. Aunque las había por docenas, solo con esta duplicidad política bastaba para llevar a un partido a la bancarrota.

Ante la diversidad de críticas a la política del PCE, algunos de sus exégetas, incluso entre la derecha «ucedeísta», han reaccionado con una pregunta que pretende ser demoledora y convincente: «Y bien, ¿era posible otra política?». Lo preguntan los mismos que repitieron durante años que el arte de la política no estriba tanto en hacer cosas, sino en cómo hacerlas. Mas cabe una respuesta en forma galaica, con otra interrogante: una vez vistos sus efectos, ¿volvería a hacer usted lo mismo?

Nadie con un mínimo de sentido del ridículo volvería a afrontar la misma batalla de igual modo que cuando la perdió. Lo que es posible es que diga: yo no sabría hacer otra política, o no se me ocurre. Históricamente considerado, lo que demuestra la práctica de seis años de política del PCE es que supusieron su desaparición como partido. No fue vencido por un adversario ladino ni por un enemigo implacable; se murió solo, mientras creía que estaba acercándose a la gloria. En el fondo fue un harakiri, no una quiebra. Es posible que fuera el primer partido comunista del mundo que se suicidó.

VUELTA A LOS ORÍGENES

No era hombre el secretario general del PCE de esos que tienen alguna veleidad de mirar hacia atrás con vergüenza; con ira sí. Sin embargo, en su memoria había niveles; podía ser interrogado sobre Paracuellos, las guerrillas, la invasión del Valle de Arán, la crisis Claudín-Semprún y hasta los «renovadores». El encuestador recibiría siempre una respuesta ponderada e insuficiente; no muy precisa, pero reflexiva. El único tema que le indignaba es que alguien interpretara críticamente la política del PCE durante el periodo de la transición.

Leyendas aparte, el PCE puede considerarse un partido inmaduro cuando llega la transición; la dictadura no facilitaba el desarrollo de las ideas, sino las formas de resistencia. Además, había un elemento propio, genuino: su soberbia. El PCE había construido un mundo de mitos, una escala de valores algo arbitraria en el campo de la política, pero que tenía un peso militante indudable: el respeto litúrgico a los dirigentes.

En un mundo clandestino, acosados por una represión durísima, los dirigentes gozaban de un valor comprobado y otro añadido. El comprobado era el de la constancia, la capacidad de luchar, la voluntad de vencer frente a un enemigo sañudo; saber adaptarse a las más difíciles condiciones, soportar una vida incómoda y arriesgada en aras de unos objetivos. El valor añadido, el que se suponía, era el de que todas esas cualidades difíciles de la vida clandestina se correspondían con la política, con el talento y la utilidad políticos.

Era un valor adquirido como norma de ley en el movimiento comunista, después

de la experiencia bolchevique, que quien luchaba por la revolución estaba en condiciones de dirigirla. Y como los hechos son tozudos, los hechos se han encargado con cierta reiteración de desmentirlo. El Partido Comunista de España fue reconstruido con habilidad y talento bajo la orientación de Santiago Carrillo en unas condiciones nada fáciles, todo lo contrario. Adquirió de él su voluntad indomable y su no menos indomable ambición; también el orgullo y la soberbia, que no son privativos de nada en concreto y que forman como un caldo de cultivo de todo partido, y mucho más de aquellos que se han fraguado en la era estalinista.

La confianza en los dirigentes del PCE formaba parte del basamento de la disciplina y la concepción leninista-estalinista. Hablando con propiedad se trataba de fe, porque fe es creer lo que no se ve ni se demuestra, pero con el añadido de que esa fe estaba edificada sobre una obra real, tangible: los miles de militantes de una honestidad y un valor ilimitados. Un cuerpo social de cuya dureza no caben dudas, porque sobre él se pudo construir una pirámide, la pirámide del PCE.

Esa pirámide se edificó sobre tal base, sobre la resistencia, pero quien alimentó políticamente dicha pirámide fue un dirigente que sabía hacer análisis cuando nadie los hacía, que sumaba cantidades diversas y planos diferentes. Era el único que utilizaba las tablas de sumar en una sociedad donde los académicos se limitaban a contar con los dedos. No es extraño que una gran parte de las generaciones que nacieron a la política a partir de los años cincuenta hayan pasado por el PCE, aunque fuera episódicamente.

El Partido Comunista de España hizo las veces de una universidad en la que unos siguieron cursos intensivos, otros se doctoraron e incluso algunos solo se matricularon y asistieron a un par de clases. Pero fue un elemento formativo sin el cual no se puede comprender ni la literatura, ni el arte, ni el pensamiento de este periodo. No había solo eso, pero sin valorar «eso» no se puede entender el conjunto.

El rector de esa universidad se llamaba Santiago Carrillo Solares. Ese fue su valor y también el límite de su establecimiento. Enseñó los rudimentos de los análisis y formó a una generación con la intención de que respondiera a sus estímulos, pero en la que sobre todo él sería maestro indiscutible. La atipicidad de la universidad política, lo que puede diferenciarla del mastodonte académico, es que aquella alcanza un punto en el que debe confirmar sus enseñanzas,

mientras que la otra puede sobrevivir a su inoperancia.

Aunque para muchos la validez de la doctrina se cuestionó en sucesivos periodos, desde las guerrillas hasta los límites de la autocrítica del estalinismo, nadie podía decir con seguridad que los esquemas táctico-estratégicos del PCE no servían, mientras no llegara el momento de la comprobación. Es verdad que desde 1945 todos los años se aventuraba que sería el último con dictadura, pero, al margen de que se convirtiera en un cliché, en el fondo se trataba de una especie de brindis de fin de año: un deseo.

El momento llegó con la muerte de Franco y la transición política. Fue entonces cuando la falta de un cuerpo de doctrina, la endeblez política, el esquematismo, la frivolidad, la ausencia de consistencia alimentada por años de arbitrismo, la carencia de un equipo político, de un proyecto de penetración real en el tejido social, se desveló como en una gran pantalla. No por partes, sino casi en una instantánea. No es que no hubiera nada, es que nada tenía consistencia. Había prendido en el terreno, pero no tenía raíces. Una persona había construido un instrumento y ese instrumento no podía sobrevivirle.

En la transición se produjo una mutación en las escalas de valores y no es por casualidad que dicho periodo pueda ser considerado hasta ahora como el menos fecundo intelectualmente de la España del siglo XX. Se unía el exilio y la resistencia interior, los disociados del régimen de Franco y los nuevos demócratas. El resultado del conjunto fue patético. Creo que ahí está la raíz del desencanto que empañó a las generaciones que nacieron a la vida política durante la resistencia antifranquista.

El fenómeno es complejo, porque al mismo tiempo que se producía esa frigidez intelectual, ese agostamiento generacional, la sociedad, hablando en términos genéricos, daba un salto en niveles de participación e interés cultural e intelectual, consecuencia de las libertades. La transición a la democracia incrementaba los niveles participativos de la sociedad y quebraba los vehículos de cultura que se habían creado durante el periodo de la resistencia. Ni siquiera para crear otros semejantes, sino para introducirse en otros de inferior nivel.

Si la personalización fue una consecuencia del consenso político, la verdad es que empañó a muchas actividades de la vida social y resultó que las tales personalidades no respondían a las expectativas despertadas ni en el arte, ni en la literatura, ni por supuesto en la política. El binomio Suárez-Carrillo podría ser

ampliable al binomio González-Fraga que le siguió.

En este periodo de personalización política, el partido más inclinado a ello, el PCE, al fracasar en la táctica preconizada por Santiago Carrillo arrastró consigo a la propia organización. Quedó, sin embargo, una parte de esa base sobre la que se sustentó la pirámide del partido: el movimiento obrero. Lo único que convirtió al PCE en un elemento con alguna incidencia en la vida española fue la existencia de Comisiones Obreras, pero hasta eso se fue deteriorando.

Durante el periodo de la transición, y sin que se dieran orientaciones específicas, diferentes movimientos sociales fueron abandonados por el PCE: asociaciones de vecinos, colegios profesionales, etc. En los periodos más duros, donde la derecha tradicional se jactaba de su dominio a todos los niveles, la izquierda conquistó terrenos donde socialmente era minoritaria. En la democracia volvieron a sus antiguos dueños o fueron controlados por la más reciente derecha.

Aunque la complejidad del tema obligaría a desarrollar más estas tesis, analíticamente no tienen sino un sentido genérico: el proyecto de la izquierda fue abandonado y carecía de consistencia, o carecía de consistencia y fue abandonado. Las masturbaciones mentales de décadas de debates sobre el significado del avance de los movimientos sociales y su presión sobre el Estado no formaban parte del interés radical –de raíz– en la estrategia política real de la izquierda, y especialmente de su partido hegemónico, el PCE. Cuando él se desmovilizó, el campo lo ocupó el adversario, casi siempre sin pelea.

En el movimiento obrero no podía ocurrir lo mismo. El carácter de la lucha sindical cabía ser debatido entre diferentes opciones de izquierda, pero no tenía virtualidad alguna de ser usurpado por la derecha. Las raíces venían de más lejos que el antifranquismo. Comisiones Obreras fue afectada, y de qué modo, por la crisis del PCE, pero sobrevivió a ella. Pasó de ser la central sindical mayoritaria a compartir su superioridad con la UGT socialista. Ambas en un contexto de reducción de afiliaciones y de general desmovilización, que coincidía con la crisis económica y un paro que en otras épocas motivaba levantamientos y ahora se distinguía por los apaciguamientos.

El final del periodo considerado como de «la transición política» enfrentó al PCE con su propio cadáver, pero tendría otros efectos en el movimiento sindical. La victoria del PSOE en las elecciones de 1982 y la coparticipación de la UGT

con el gobierno situaban a Comisiones Obreras en una posición compleja. Si Comisiones Obreras quisiera unir su suerte a la del PCE, sus días estarían contados.

Al final de la transición, el PCE se encontrará encerrado en el cajón del que durante años, y en situaciones muy difíciles, logró escapar. Tras un largo círculo lleno de heroísmo y de voluntad, se volvía cuarenta años después al mismo punto del que se partió: un gueto enclaustrado en el movimiento sindical.

LOS RESTOS DEL NAUFRAGIO

¿Cuándo se dio cuenta Santiago Carrillo de que el hombre que había puesto como pararrayos no era el que había imaginado? A los pocos días del nombramiento entendía que Gerardo Iglesias se mostrara independiente de puertas afuera, pero de tanto repetirlo acabó preocupándose y pronto comprobó que había cometido el único error irreparable de todos los que había cometido hasta entonces dentro del partido: ofrecer a un joven lo que nunca hubiera soñado poseer.

Carrillo no inventa, siempre pone a su disposición la prodigiosa memoria para buscar el caso histórico que le sirve de modelo. Durante los debates en el Comité Ejecutivo de donde salió su decisión de nombrar a Gerardo Iglesias como sucesor en vida, se sentía Togliatti en 1951. Siempre le había impresionado aquella historia poco conocida del líder italiano cuando Stalin le invitó a Moscú para proponerle que se hiciera cargo de la Kominform.

Togliatti había marchado a Moscú, en diciembre de 1950, a reponerse de un accidente de automóvil. En vísperas de Navidad, Stalin le propuso su plan: nombrarle secretario general de la Kominform. La idea de dejar Italia y su partido y vivir de nuevo en Moscú o Praga no le sedujo precisamente. Para rechazar la oferta sin molestar a Stalin acudió al recurso de que debían ser los dirigentes del PCI quienes tomasen la decisión. De la dirección solo dos se abstuvieron (Longo y Pajetta) y otros dos se opusieron (Teresa Noce y Terraccini). La mayoría aprobó la propuesta de Stalin. Togliatti los llamará «los siete hijos de puta», y no era hombre que empleara esos lenguajes.

Carrillo llevaba algunos años bajo el síndrome del togliattismo. Desde 1968 había empezado a revisar su figura. La traición del Comité Ejecutivo la comparaba con la del PCI a su secretario general.

Una prueba de infidelidad que él explicaba a sus íntimos como parangonable con la que sufrió Palmiro en 1951. Fue la que le llevaría a utilizar lo que él mismo denominó el ejemplo Miyamoto. También desde hacía años Carrillo estaba fascinado por otra figura del movimiento comunista internacional, el exsecretario general del PC japonés, Jenji Miyamoto. En sus vidas había algunas significativas coincidencias.

Miyamoto había pasado por los más diversos giros. Durante el periodo en que su partido estuvo dirigido por el moderado Nosaka (1946-1950) fue el izquierdista estalinista que dará un golpe de timón, convirtiendo al PC de Japón en un partido seguidista de las consignas de la Unión Soviética. Pero en el VI Congreso abandona la estrategia izquierdista, rompe con el estalinismo y se hace con la dirección del partido. Fue en 1956, coincidiendo con el periodo en el que Santiago Carrillo hace algo similar.

Muchas de las batallas políticas de Miyamoto parecían calcadas de las suyas. Primero contra los denominados «italianos» dentro del PC japonés, una equivalencia prematura de Claudín-Semprún. Luego frente a los pro soviéticos. Posteriormente rompe con los chinos para pasar a aliarse años después y repetir su ruptura con la URSS. Volvió a atacar a los chinos durante la guerra de Vietnam y así llegó a 1968. El PC de Miyamoto condenó sin paliativos la intervención soviética en Checoslovaquia. Desde 1970, en su XI Congreso, se convertirá en un adelantado de la idea que más tarde se denominaría «eurocomunismo»: defensor de la democracia parlamentaria y primero en retirar la hoz y el martillo de su emblema, sustituyéndolo por un signo nacional, el monte Fuji. Los efectos beneficiosos de tales medidas se tradujeron en 1972, cuando el PC japonés pasa de 14 a 39 diputados.

La diferencia más significativa era que Miyamoto y su partido siempre habían ido por delante en giros y aperturas al Este y el Oeste, que casualmente se situaban al revés que los españoles. Si había sido así en otras ocasiones, no había ninguna razón para no repetir la última experiencia de Miyamoto: ceder la secretaría general a Fuwa ante la presión de los jóvenes y retirarse a la presidencia, donde seguía siendo el gran orientador y el principal realizador político del partido.

Tan solo un par de semanas después del nombramiento de Gerardo Iglesias, Carrillo proyecta un viaje a Japón. Lo realizará en enero de 1983 y tendrá la astucia de hacerse acompañar por Enrique Curiel. Ante la evidencia de que el nuevo y joven secretario general asturiano no era la persona que él había soñado, pensaba que otro hombre joven y con mayores luces políticas, como Enrique Curiel, podía ser el nuevo líder que promocionar. Así se lo dio a entender.

Ni Curiel ni los japoneses eran ya los que habían sido. Miyamoto y los dirigentes jóvenes del PCJ no le recibieron tan bien como otras veces; seguían siendo educados, pero tenían ante ellos a alguien que cada vez parecía más una caricatura de sí mismo. Incluso uno, Tomio Nishizawa, no pudo soportar más las desmeduladas críticas de Carrillo a la Unión Soviética: «Camarada Carrillo, ¿por qué no dijo usted todo eso en el último Congreso de su partido?».

Aquel viaje por el mundo: Tokio, Belgrado, Roma, sería el último de su carrera. Se parecía a Sarah Bernhardt, ya coja, interpretando el mismo monólogo de D'Annunzio, a la que nadie deseaba ver, porque preferían recordarla en sus papeles estelares de otros tiempos. En Tokio, en Belgrado, en Roma no hacía más que repetir que el caso polaco, el golpe de Jaruselski, planteaba la necesidad de una nueva Conferencia de Zimmerwald, una nueva recomposición del movimiento comunista que supusiera algo similar a lo que fue la reunión en Suiza de la izquierda socialista en septiembre de 1915.

Le mandaron a hacer gárgaras porque todos estaban al tanto de que en un sitio cacareaba y en otro ponía los huevos. Sabían que después de los acontecimientos de Polonia el PCE no había sido capaz de hacer una declaración de condena y que solo admitió que «verbalmente» tomara postura «personal» Manuel Azcárate. Postura de la que Carrillo no se haría solidario y que condenarían hombres tan dispares aparentemente como Nicolás Sartorius e Ignacio Gallego. Y eso sin contar que poco después al «declarante» y máximo representante de la política internacional «zimmerwaliana» le pondrían de patas en la calle.

Ellos, como todos, percibían que a Santiago Carrillo no le habían marginado Gerardo Iglesias y la nueva dirección, sino su país. Era la ciudadanía la que le mandaba a su casa para que muriera con la dignidad de un hombre que vio pasar por delante de sus narices el poder y creyó que era suyo.

Se negaba, no obstante, a retirarse, con el empecinamiento de quien ha dormido siempre bien, sin pesadillas, y que no está dispuesto a que le recuerden que de

todas sus predicciones conocidas ninguna se ha realizado. En la primavera de 1983, antes de que le traigan el espejo en que contemplar su fracaso, redacta un testamento político, una justificación de su trayectoria en el punto en que es más sensible: la transición política. Lo titula Memoria de la transición. Qué lejos queda el Eurocomunismo y Estado, y sin embargo solo han pasado seis años, los seis años que le han empujado irremisiblemente a la vejez.

Es un viejo perdedor y resentido. Mientras le quede un hálito de vida les hará pagar a todos esos hijos de perra su desdén. De lo único que se arrepiente es de haber dado una oportunidad a un niño –«un guaje»– que, como dicen también en Asturias, la tierra de ambos, no es más que «un piojo a caballo». Como Sansón, está dispuesto a morir arrastrando con él a todos los filisteos. Aunque él sea un Sansón calvo y los filisteos se parezcan a los extras de Cecil B. de Mille.

En el Comité Central de junio de 1983 es consciente de que la mayoría le ha abandonado y de que aquellos incondicionales de siempre se han pasado a su sucesor. Ni siquiera asiste. Jaime Ballesteros será su portavoz, acusando a los nuevos líderes de que se proponen pura y simplemente el tipo de partido que intentaron conseguir los renovadores en el X Congreso. Santiago había quedado en minoría. Es algo que jamás le había ocurrido y carecía de defensa y de experiencia para sobrellevarlo. Toma el camino del acoso y derribo.

El 16 de diciembre de 1983 se celebra el XI Congreso. No aporta nada, salvo que rompe con seis años de transición. Es suficiente. Una generación diferente copa los puestos de mando y borra concienzudamente la política de la transición, su política, como si se tratara de arrancar hasta el último vestigio de lo que ese hombre había significado. El PCE, tratando de salvarse, quizá se apuñale; tratando de arrancar la huella infame, se saca las entrañas.

Oficialmente el PCE que sale del XI Congreso va a buscar una nueva línea política con una única idea fija y certera: la anterior solo ha servido para dejarlo moribundo. Una generación a la que formó Carrillo acaba de matar al padre y sube al poder: Gerardo Iglesias, Enrique Curiel, Nicolás Sartorius, Andreu Claret, Gutiérrez Díaz, Julio Anguita, Pérez Royo, Juan Francisco Pla…

Se dibujan con nitidez tres fragmentos del PCE que ya no pueden convivir y que terminarán constituyéndose en tres partidos o esbozos de partidos. Los tres existían en el PCE desde mucho antes de 1984, que será el que les vea aparecer públicamente. Existían en la práctica desde comienzos de los sesenta.

De un lado, la tradición comunista; de otro, la experiencia resistente. Si en la primera el elemento dominante era el respeto hacia un pasado y un presente del movimiento comunista del que se sentían orgullosos, en la otra residía la elaboración de una alternativa política que tuviera como elementos más valiosos la libertad (por oposición a la dictadura oprobiosa en la que habían vivido) y las transformaciones sociales y políticas profundas (por oposición al imperio de una oligarquía y a la bárbara mediocridad del régimen). Una y otra se habían amalgamado durante décadas en torno a la figura de Santiago Carrillo. Él equilibrará ora una ora otra, hasta constituir un rasgo definitorio de su propio grupo, porque él será lo uno y lo otro, y algunas veces más lo uno que lo otro, o viceversa.

Para explicar lo que ocurrirá a partir del XI Congreso y la aparición de una nueva dirección del PCE, con sus características diferenciadas, es imprescindible valorar un hecho nada anecdótico que a menudo pasa desapercibido. Santiago Carrillo deja la secretaría general porque cree que debe cederla, no porque alguien le obligue a hacerlo fuera de su conciencia y de sus análisis de la situación. Todo lo más le echa el país, no su partido. Nunca nadie se atrevió a pedirle su dimisión fuera de aquella borrascosa sesión de junio de 1982, en la que Marcelino Camacho y Nicolás Sartorius le empujaron a abandonar. Ni siquiera en las famosas reuniones del psicodrama de noviembre de 1982 nadie osó pedirle que se retirara. Después de que él lo sugirió, los demás aceptaron satisfechos su propuesta.

Si sabemos la importancia que tuvo el que Franco muriera en la cama y que él mismo propusiera un sucesor, debemos operar de modo similar respecto a este plan en el que su inspirador fue traicionado. La mayor desgracia de Carrillo quizá fuera no morir de un infarto la noche de la derrota electoral del 28 de octubre. De haber sido así su figura histórica quedaría controvertida; no habría unanimidad sobre su capacidad política y humana. Mas su vitalidad le jugó una mala pasada. Su supervivencia haría de él una figura odiada por los dos grupos que convivían en el PCE. Incluso el desprecio de la ciudadanía alcanzaría límites difíciles de mensurar para unas gentes que estaban convencidas de que se trataba de un pillo muy listo, y ahora se encontraban con que no les cabían dudas respecto al grado de pillería, pero que estaban equivocados en lo de listo.

Después del XI Congreso, el elemento más tradicional, que se había ido desgajando en los últimos años, nada identificado ahora con Iglesias en la secretaría general y Enrique Curiel en la vicesecretaría, se fue agrupando

mientras esperaba que Ignacio Gallego diera al fin el paso y dejara de conspirar en pequeños cenáculos para aparecer como el padre de una operación que, por cierto, él no había fraguado, pero a quien se la dieron hecha porque no había otro.

En 1984, Ignacio Gallego y la corriente tradicional del comunismo hispano siguen los pasos de los catalanes escindidos del PSUC y se constituyen en el «PC a secas», el «PC punto». La idea merece una reflexión, porque a quien la diseñó quizá le corresponda su medalla.

Registrando el partido como «PC», a secas, afrontaba la eventualidad de que el PCE oficial de Gerardo Iglesias se deslizara hacia otro tipo de agrupación en la que sus siglas quedaran subsumidas y desaparecieran. Sin ir más lejos, el PC mexicano tuvo hace años una experiencia de ese tipo. Al aparecer como «PC» impedían el deslizamiento de Iglesias y los suyos hacia otros movimientos reales y potenciales y le vinculaban de manera imperceptible a una historia que en parte quería olvidar. Si dejaban sus siglas de PCE era indudable que el «PC punto» de Gallego recuperaría la «E» que le faltaba legalmente para ser el depositario del patrimonio histórico-político de sesenta años de comunismo en España y en el mundo. Por más que una sentencia judicial les obligara a añadir PC «de los Pueblos de España». La fórmula y la intención seguían siendo los mismos.

Pero hay más. Consagraba el procedimiento griego que tan buen resultado había dado a los soviéticos. Después de la invasión de Checoslovaquia, el Partido Comunista de Grecia se dividiría en dos facciones, una mayoritaria, «del interior», y otra minoritaria, «del exterior»; entonces aún se vivía en plena dictadura de los coroneles. Sin embargo, en el curso de los quince años posteriores, y por diversas razones que no competen a este libro, la facción minoritaria que apoyaban los soviéticos, la «exterior», se convirtió en mayoritaria, y los que se opusieron a la invasión checa quedaron en minoría.

No obstante, el caso griego es un ejemplo poco útil, porque tanto una como otra facción contarían con representación parlamentaria. No era este el caso de España; mientras el PCE oficial mantenía tres diputados y medio, el PC «punto» no solo no tenía ninguno, sino que carecía hasta de las posibilidades de tenerlo. ¿A dónde se dirigía exactamente el «PC punto», entonces? La curiosidad de este partido residía en que su fin estaba cumplido con el solo hecho de existir. Mientras viva –y podrá hacerlo con tan solo seguir siendo solidario de la política

del PC de la URSS– se convertirá en un polo de relación permanente para las otras familias del comunismo hispano. Su auténtico sentido político era el de ser un partido de «traperos de Emaús», dicho sea sin ninguna connotación, ni peyorativa ni religiosa, sino porque, al igual que dicha agrupación de beneficencia, ellos también iban recogiendo lo que a los demás no les servía o lo que habían dejado tirado. Se alimentaba de los retales que se desgajaban del partido oficial, del grupo de fieles a Santiago Carrillo o de nostálgicos de los tiempos heroicos. Era lo que alguien malintencionado denominaría un partido carroñero, porque vivía de desperdicios.

La naturaleza de este partido venía dada por una serie de familias con sentido patrimonial que se distribuían cargos como si se tratara de un club restringidísimo de «antiguos combatientes». La figura de su líder ha sido sobradamente referenciada en este libro. En la personalidad de Ignacio Gallego hay tal cantidad de esquinas que no es fácil definirlo. Uno de sus enemigos, que convivió con él durante el periodo en la URSS, le definió como «un golfo en estado puro». Un exceso verbal que no abarca la mezcla de complejidad y simpleza de este dirigente que sobrevivió a todas las crisis y las trifulcas históricas. En sus últimos años afirmaba su fe inquebrantable en el socialismo real y tan solo un par de años antes vagaba de editorial en editorial tratando de colocar un texto furibundamente antisoviético que había redactado su yerno. Por esas casualidades de la historia, su hija Aurora casó con quien luego sería un disidente exiliado, Yureiev. O el disidente era ful o el abuelo Ignacio alcanzaba la categoría del doctor Jekyll y mister Hyde.

Este panorama se aclara con la incorporación al grupo de Gallego de quien fue durante quince años el máximo albacea de las ideas eurocomunistas en el interior, Jaime Ballesteros. Nadie como él estuvo al tanto minuciosamente de la orientación que Santiago impuso a la política del PCE después de la primera ruptura con la URSS, en el verano de 1968. Fue el más fiel y el más permanente de sus colaboradores y un buen día, en octubre de 1984, envía una carta de despedida al Comité Central, al que pertenecía, y dos meses más tarde, acompañado de otros cuatro colegas, decide pasarse al PC de Ignacio Gallego.

Contar lo que tuvo que hacer y decir Jaime Ballesteros durante la transición para encubrir las actividades de Santiago sería una historia balzaquiana; recordemos que fue el contacto con el intermediario de Adolfo Suárez. Una especie de viacrucis en el que recorrió algunos misterios de rodillas. Lo hizo todo como el más fiel de sus servidores y creía que le llevaría a la gloria, salvando la

mediocridad de toda una vida. ¿Por qué este hombre culto, sensible, hasta inteligente, decide un día irse con un tipo al que no le une nada y a un partido donde le desprecian porque ha sido el principal defensor del distanciamiento de la URSS y el eurocomunismo?

Sin duda que habrá razones de tipo personal e íntimo que solo él mismo podría definir. Pero en el terreno más general los motivos son inseparables del colapso del Partido Comunista en España. Siempre desempeña un papel no desdeñable un elemento tan sólido como un sueldo, un trabajo y un retiro asegurado. A los cincuenta y muchos años uno debe plantearse de qué va a vivir en la vejez y esto, que a algunos no les parecerá argumento político, tiene una solidez humana que nadie puede desdeñar.

En febrero de 1984 se reunía en Sevilla el Comité Central del PCE. Allí Gerardo Iglesias y su gente hicieron una redistribución de funciones, en la que, entre otras cosas, a Ballesteros le correspondió ponerse a estudiar el Mercado Común. Ya era un incordio apearle de la vicesecretaría, pero encargarle de la Comunidad Económica Europea tenía algo de prólogo al despido. Es lógico que buscara un trabajo más seguro.

Sin introducir esta variable en el panorama del colapso del movimiento comunista español y su desintegración final, no se entenderían actitudes humanas que no se corresponden con anteriores posicionamientos políticos. En el final es cuando se da el grito de «¡Sálvese quien pueda!» y cada uno se agarra a lo que cree más seguro y más cercano. Sin esta perspectiva no se entendería que un hombre como Jaime Ballesteros se desplazara hacia los pro soviéticos y que, por el contrario, el antiguo oficial soviético Francisco Romero Marín se mantuviera en el PCE de Gerardo Iglesias.

Los restos del naufragio tienden a encontrar su salvación sin pararse a pensar si esta tabla es mejor que aquella. Para Gerardo Iglesias y su grupo el futuro pasa por parecerse lo menos posible al PCE de los seis años de transición, aun a riesgo de difuminarse sin conseguir los avances electorales esperados.

Para Ignacio Gallego, su futuro es el presente. Esperar y verlas venir. A sus setenta años es el único que puede garantizar que tendrá un entierro con representaciones extranjeras y en el que se cantará la Internacional a la antigua usanza. Su partido no tiene prisa; si en los debates de 1982, cuando aún estaba en el Ejecutivo del PCE, sostenía que las elecciones no eran tan importantes,

¡qué no dirá ahora! Siempre existirá un grupo de incondicionales de la Unión Soviética y de su leyenda; ¿acaso no se mantienen leyendas religiosas más antiguas y menos sólidas que esa?

Los partidos de Gerardo Iglesias y de Ignacio Gallego podrían convivir, si no como hermanos, al menos como primos que se disputan una herencia común. Pero ahí estaba Santiago Carrillo, que no les facilitará las cosas. Era una especie de cadáver político que se negaba a ser enterrado y que amenazaba, además, con enterrarles a todos. Primero inventó una revista, Ahora, que por su nombre pretendía recordar su adolescencia política.

Vivir del recuerdo y tener la satisfacción de verlos hundirse a todos, de demostrar que sin él eran menos que la bosta seca, que decía el profeta. Y creó un grupo denominado «PC marxista-revolucionario».

Mientras él existiera no podrían convivir los dos elementos que formaron el PCE; no digo unirse, que parecía improbable, sino coexistir. Unos y otros necesitaban neutralizar el efecto Santiago Carrillo; vivir sin tener que soñar todas las noches con él, sin tener que imaginar cuál sería la próxima idea que elaboraría para jorobarles la vida. A nadie, ni de los unos ni de los otros, se le habría ocurrido nunca que iba a registrar un nuevo partido con las siglas de «PC marxista-revolucionario». Sin embargo, lo hizo. Quitarse esa losa obsesiva de encima iba a ser algo que duraría tanto como durara él; luego sus partidarios se distribuirían entre el PC de Gallego, principalmente, y el de Iglesias, o abandonarían para dedicarse en exclusiva al trabajo sindical.

La otra gran esperanza, el PSUC, ya no podía separar su destino de sus parientes estatales. Entre el cansancio, la insatisfacción y la diáspora a otros grupos, el PSUC conservó una militancia perpleja y un secretario general, Antonio Gutiérrez Díaz, que lo había sido casi desde hacía años, pero que, hecho sin precedentes en la historia de un partido comunista, fue reelegido en su cargo devaluado después de obtener el puesto 92 de los 95 que formaron el Comité Central. En el Congreso solo tres miembros fueron menos votados que él, lo cual lo dice todo. Acabarían bautizándose «Iniciativa por Cataluña», algo así como incorporar el espíritu de Francesc Cambó a un partido supuestamente radical.

El futuro del PCE, juntos o separados, con Carrillo, Gallego o Iglesias, no sufrirá grandes variaciones con respecto a la actualidad. Al menos no había razones para pensarlo. Los cadáveres se galvanizan y pueden dar en un momento la

impresión de que sus miembros se mueven, pero no vuelven a andar y mucho menos se rejuvenecen con vendajes y apósitos.

El PCE sucumbió en la transición política y no de una sola enfermedad. Se le juntaron todas y en muy poco tiempo. Influyó la decadencia del movimiento comunista en Occidente, la obligación de desarrollar la política de la II Internacional con unos instrumentos políticos construidos para otra cosa, y además por la III. Los partidos comunistas occidentales se construyeron durante la «guerra fría» como búnkeres, sólidos, cerrados e inexpugnables. Habían vencido en la resistencia frente al fascismo. El caso español es paradigmático por haber sufrido la más larga «guerra fría» sin haber vencido ninguna batalla. Quizá también la política soviética influyera y quizá también tenga su valor el que se mostrara más interesada en las relaciones con los partidos socialdemócratas que con partidos comunistas que no gobernarían nunca mientras existiera la política de bloques. El PCE también sufrió de esos virus.

El patrimonio del PCE se disolvió en la historia. De epitafio quizá sirva, con algunas correcciones, el mismo que se hizo el viejo bolchevique Bujarin antes de que lo fusilaran en 1938: «Camaradas: en la bandera que llevaréis hacia la victoria hay una gota de mi sangre».